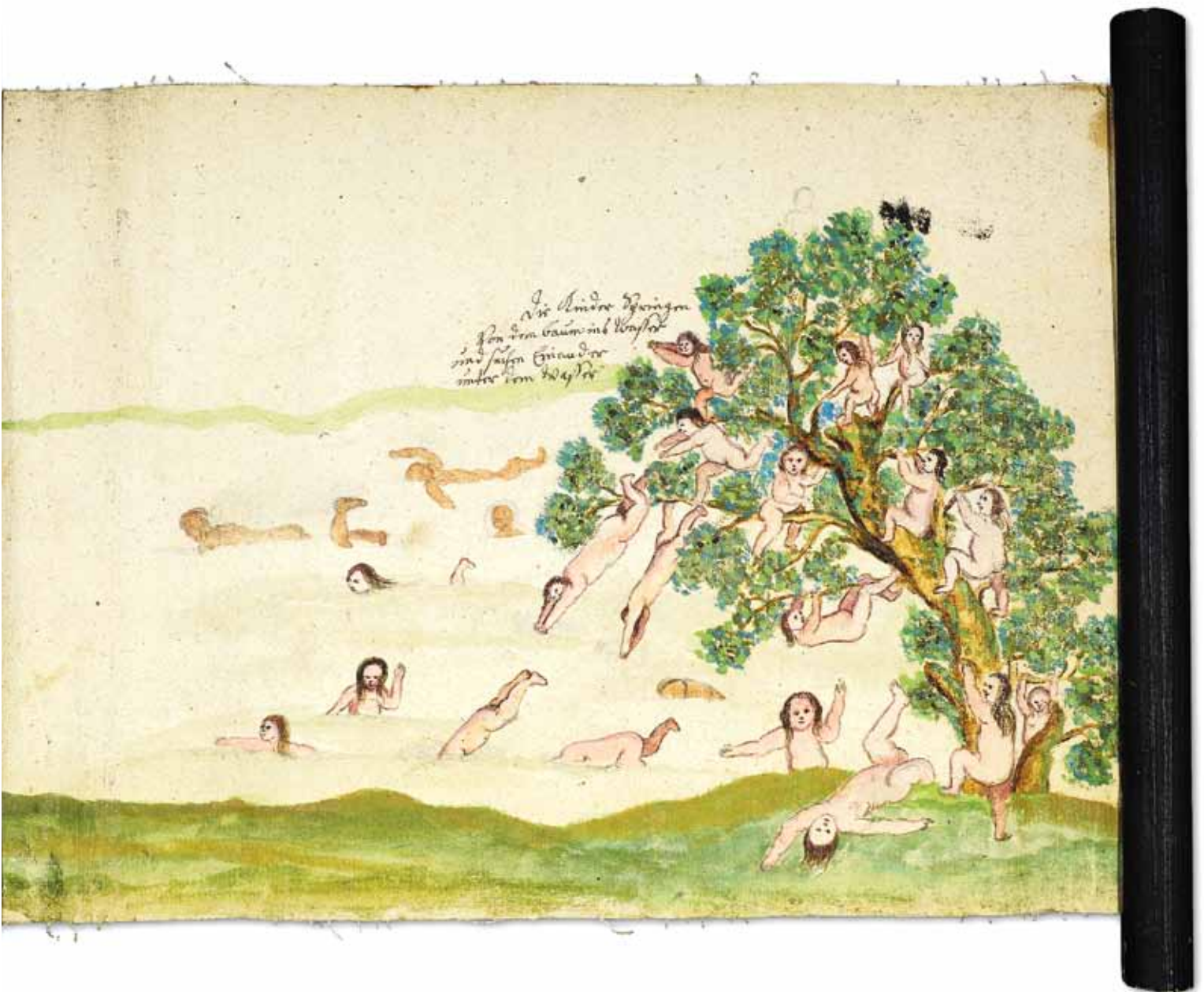


HACIA ALLÁ Y PARA ACÁ (MEMORIAS)

FLORIAN PAUCKE



Paucke, Florian

Hacia allá y para acá. - 1a ed. - Santa Fe: Ministerio de Innovación y Cultura de la Provincia de Santa Fe, 2010.

168 p. + CD-ROM : il. ; 31x22 cm.

ISBN 978-987-26301-0-2

1. Paucke. 2. Florian. Obra Pictórica. I. Título
CDD 759.82

Fecha de catalogación: 12/10/2010

© Ministerio de Innovación y Cultura de la Provincia de Santa Fe, 2010.

© De la traducción al español (salvo en los casos que se indican infra) herederos de Edmundo Wernicke.

© De la totalidad de las imágenes contenidas en este libro Biblioteca del Convento Cisterciense de Zwettl (Austria).

Edición General de la Serie Signos Santafesinos:
Secretaría de Producciones e Industrias Culturales
de la Provincia de Santa Fe.

Subdirección de Ediciones: Nora Avaro.

Coordinación Académica: Darío Macor.

Traducción de *Hacia allá y para acá*: Edmundo Wernicke.

Diseño y tratamiento digital de las imágenes:
Verónica Franco y Liliana Agnellini.

Selección de textos e introducción: Agustín Alzari.

Corrección: Matilde Gimenez, Lila Paolucci, Matías Piccolo,
Laura Tubino, Carina Zanelli.

Traducción de los textos contenidos en las imágenes del «Material Adicional»:
Ingrid Püls y Virginia Ducler, quien también tradujo el artículo «El convento de Zwettl» de Martin Haltrich.

Ministerio de Innovación y Cultura de la Provincia de Santa Fe
San Martín 1642 - Santa Fe (S3000FRJ)

ISBN: 978-987-26301-0-2

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Impreso en Argentina



GOBIERNO DE SANTA FE

Hermes Juan Binner
Gobernador

Griselda Rosa de las Mercedes Tessio
Vicegobernadora

Ángel José Sciara
Ministro de Economía

María de los Ángeles González
Ministra de Innovación y Cultura

Pedro Pablo Cantini
Secretario de Producciones e Industrias Culturales



CONSEJO FEDERAL DE INVERSIONES

Asamblea
Junta Permanente
Secretaría General

Juan José Ciáccera
Secretario General

Agradecimientos:

Convento Cisterciense de Zwettl (Austria)
Abad Wolfgang Peter Wiedemann
Biblioteca del Convento Cisterciense de Zwettl (Austria)
Martin Haltrich
Embajada de Austria en Buenos Aires
Carlos Bernatek
Agencia para el Desarrollo de Santa Fe y su Región
Museo Histórico Provincial «Dr. Julio Marc»

ÍNDICE

PRIMERA PARTE. Partida desde *Europa* hacia *Las Indias Occidentales de América*

13	Capítulo I. Viaje desde Ollmütz hasta Málaga
25	Capítulo II. Del puerto y de la ciudad de Málaga
31	Capítulo III. Nuestro viaje por tierra a Portugal
40	Capítulo IV. Arribo a <i>Lisboa</i> ; descripción del puerto marítimo y de la ciudad
52	Capítulo V. Partida de <i>Lisboa</i> hasta la <i>Colonia S.S. Sacramento</i>
80	Capítulo VI. Del seudo <i>rey Nicolao</i>
90	Capítulo VII. Partida desde la Colonia, llegada a la ciudad de <i>Buenos Aires</i> y descripción de la misma
101	Capítulo VIII. Del gobierno secular, comercio y división de las provincias en el <i>Paraguay</i>
107	Capítulo IX. Nuestro viaje de <i>Buenos Aires</i> a <i>Córdoba</i> en <i>Tucumán</i>
123	Capítulo X. Descripción de la ciudad de <i>Córdoba</i>
128	Capítulo XI. Mi estada y ocupación en <i>Córdoba</i>
135	Capítulo XII. Partida a las misiones
139	Capítulo XIII. Llegada de mis <i>indios</i> en mi búsqueda
141	Capítulo XIV. Viaje desde <i>Santa Fe</i> a la <i>reducción</i> de <i>San Javier</i>
146	Capítulo XV. Mi entrada en la <i>reducción</i> y condición de la aldea

SEGUNDA PARTE. Mi estada y trabajo en *Paracuaría*

152	Capítulo I. Del comienzo y la fundación de la <i>reducción</i> de <i>S. Javier</i>
183	Capítulo II. Los <i>indios</i> piden trasladar más lejos su población
186	Capítulo III. Mis trabajos y desempeños en la nueva <i>reducción</i>
191	Capítulo IV. Gran dificultad en aprender el idioma
193	Capítulo V. Enseño a los <i>indios</i> la música y otras actividades
198	Capítulo VI. Modo y manera de tratar con los <i>indios</i>
207	Capítulo VII. Tumulto originado por la borrachera
210	Capítulo VIII. Subsiguiente dificultad a causa del idioma y por el <i>cacique Cithaalin</i>
214	Capítulo IX. Primera visita por el <i>cacique Nevedagnac</i>
219	Capítulo X. Novedades diarias entre los <i>indios</i>
223	Capítulo XI. Con razón se prohíbe el trato de los españoles con los <i>indios</i>
227	Capítulo XII. Medios para quitar a los <i>indios</i> el hábito de emborracharse
231	Capítulo XIII. Del arar, de hacer velas y jabón
234	Capítulo XIV. Queja de <i>Cithaalin</i> contra el misionero
238	Capítulo XV. Llegada del <i>cacique Nevedagnac</i> a nuestra población y su bautismo
242	Capítulo XVI. Por qué medios fue inducido <i>Cithaalin</i> a pedir el bautismo
249	Capítulo XVII. Del <i>cacique Nalangain</i>

TERCERA PARTE. De la manera de vivir, usos y costumbres de los *indios* americanos en el paganismo

Capítulo I. Qué clase de gentes son los <i>indios</i>	257
Capítulo II. De la figura y color	261
Capítulo III. De la diferencia entre las naciones en <i>América</i>	265
Capítulo IV. De la vestimenta y la «yacija» de los <i>indios</i>	269
Capítulo V. De los enseres y armas de los <i>indios</i>	275
Capítulo VI. El idioma de los <i>indios</i>	284
Capítulo VII. El <i>indio</i> voraz	291
Capítulo VIII. El <i>indio</i> borracho	307
Capítulo IX. El tribunal penal de los <i>indios</i>	312
Capítulo X. Sus ceremonias durante la borrachera	317
Capítulo XI. De los usos en el casamiento y el matrimonio de los <i>indios</i>	324
Capítulo XII. Usos <i>indios</i> para con sus enfermos y difuntos	337
Capítulo XIII. La educación de los hijos de los <i>indios</i>	343
Capítulo XIV. De la superstición de los <i>mocovíes</i>	347
Capítulo XV. Entendimiento y capacidad de los <i>indios</i>	356
Capítulo XVI. Viaje a Buenos Aires	358
Capítulo XVII. Otra habilidad de los <i>indios</i> en trabajos manuales	364
Capítulo XVIII. Cargos de los españoles contra los <i>indios</i>	377
Capítulo XIX. Del tributo de los <i>indios</i>	381
Capítulo XX. Servicios de los <i>indios</i> en la guerra	384

CUARTA PARTE. Del cristianismo de los *indios*

Capítulo I. Su celo de devoción	405
Capítulo II. De su confesión	411
Capítulo III. Extraña solemnidad en la fiesta de <i>San Javier</i>	414
Capítulo IV. Virtudes cristianas, etc.	422
Capítulo V. Su preparación para la muerte	425
Capítulo VI. De la peste « <i>india</i> » o de la viruela	427
Capítulo VII. Milagrosa incitación al santo bautismo	435
Capítulo VIII. Cómo Dios se dio a conocer a los <i>indios</i> mediante penas y beneficios	438
Capítulo IX. Su ingenuidad	444
Capítulo X. De la fundación de una nueva población de <i>San Pedro</i>	447

QUINTA PARTE. Los jesuitas expulsados de *Paracuaria*

- 460 Capítulo I. Sucesos en la ciudad de *Santa Fe* y en mi *reducción*
474 Capítulo II. Viaje desde *Santa Fe* a *Buenos Aires*
482 Capítulo III. Nuestros sucesos en *Buenos Aires*
493 Capítulo IV. Partida de *Buenos Aires* a *Montevideo*
500 Capítulo V. Viaje de retorno a España
510 Capítulo VI. Llegada a Cádiz y estada en el Puerto Santa María
522 Capítulo VII. Viaje desde España por el Mar del Norte a Alemania

SEXTA PARTE. Descripción del *Gran Chaco* en *Paracuaria*

- 526 Capítulo I. Del gran río *Paraná* y del Silberfluss [*Río de la Plata*]
543 Capítulo II. De la calidad del terreno en el *valle Chaco*
552 Capítulo III. De las hierbas que son comestibles o medicinales
555 Capítulo IV. De las plantas terrestres y raíces [tubérculos]
559 Capítulo V. De las frutas terrestres que crecen de por sí en la tierra silvestre
562 Capítulo VI. De las plantas de bosques y de campo que dan frutos
574 Capítulo VII. De otras plantas terrestres en el *Paraguay*
582 Capítulo VIII. De los árboles frutales y de las plantas que se encuentran en *Paracuaria* al igual de Europa
592 Capítulo IX. De los árboles que se encuentran desde el comienzo del *valle Chaco* de sus frutos, su uso y utilidad
610 Capítulo X. De los árboles de selva que se encuentran en este valle hacia más allá al Norte
623 Capítulo XI. De las palmeras y sus clases que yo he visto
626 Capítulo XII. Del clima, vientos y tormentas en el *Paraguay*
631 Capítulo XIII. De los animales que viven parcialmente en el agua, parcialmente sobre la tierra
636 Capítulo XIV. De otros animales dañinos, serpientes y víboras en las aguas
641 Capítulo XV. De aves y otra volatería que viven sobre y al lado de las aguas
645 Capítulo XVI. De otras aves que se encuentran en los ríos y otras aguas
648 Capítulo XVII. De las aves de rapiña en el país
651 Capítulo XVIII. De otras aves de bosques y campos
654 Capítulo XIX. De los loros, del ave tunca [tucán] y los avestruces
670 Capítulo XX. De la volatería casera [europea]
672 Capítulo XXI. De los animales silvestres que viven en este *valle Gran Chaco*
692 Capítulo XXII. De otros animales de caza
698 Capítulo XXIII. De los puercos monteses
703 Capítulo XXIV. De la sabandija reptante

HACIA ALLÁ Y PARA ACÁ¹

HACIA ALLÁ, AMENOS Y ALEGRES; PARA ACÁ, AMARGADOS Y ENTRISTECIDOS

O sea: Noticia fielmente dada por un *misionero* en su partida desde Europa en el año 1748 hacia la América Occidental², en particular a la provincia del *Paraguay*³ y en su retorno a Europa en el año 1769 por la cual él relata especialmente su estada por dieciocho⁴ años en la provincia *Gran Chaco* entre los *indios mocovíes* o los llamados *guaycurues*, su labor, el paganismo y cristianismo de los mencionados *indios*; viaje de retorno a Europa como también el clima, terreno, aguas, productos, bosques, animales [cuadrúpedos] aves, peces, sabandijas reptantes y voladoras, junto con otras exóticas y especiales condiciones, intercalada con diversos grabados, dividida en seis partes.

1 / Se trata de dos adverbios de lugar unidos por la cópula *und* (y), *Hin* expresa el movimiento de alejamiento desde una persona o lugar, mientras *Her* denota el acercamiento desde un sitio distante hacia quien habla. Por tal causa los verbos castellanos «llevar» y «traer» exigen la versión de *hintragen* y *hertragen*. Una traducción mediante «aquí» y «allí» no representa el pensar de Paucke por el concepto estático de tales adverbios pues el autor no intenta establecer la diferencia de lugares sino de los sentimientos encontrados en la ida (*hin*) y la vuelta (*her*).

2 / West-America. Paucke parece haber tenido presente el topónimo «*Indias Occidentales*» y suplanta la voz de «*Indias*» por la de «*América*».

3 / Es decir la división espiritual establecida por la Sociedad de Jesús mediante la frase «Provincia *Paraquaria*» o «*Paraquaria*» (en latín) para las tierras argentinas y paraguayas de hoy. Nuestra versión empleará el término de «*Paraguay*» para la división política y el de «*Paraquaria*» o «*Paracuaria*» para la división espiritual dentro del territorio argentino. Igual distinción rige entre los adjetivos «paraguayo» de un lado y «*paracuario*» o «*paraquario*» por el otro.

4 / Desde el primero de enero de mil setecientos cuarenta y nueve hasta el primero de abril de mil setecientos sesenta y siete o sea dieciocho años y cuatro meses vividos en tierra argentina.

PREFACIO

Hasta ahora no había tenido ningún impulso para tomar la pluma y dar a conocer a alguien mi viaje a la lejana *América*; pero después, a causa de las múltiples solicitudes de mis muy estimados y apreciados favorecedores, me he dejado animar a acceder a su pedido dentro de mis posibles y darles a conocer tanto mi viaje hecho por el Mar Mediterráneo y el Mar Grande [Océano Atlántico] como también por tierra en *América Occidental* hacia las *provincias* de *Buenos Aires*, *Tucumán* y *Paraguay*, pero principalmente para relatarles mi actitud durante diez y ocho años en las *reducciones* recién establecidas hacia el norte, junto con el retorno desde estos países a España [y] desde ahí por el Mar del Norte hacia Holanda. Pero a lo que yo me obligo especialmente durante el transcurso de este relato e información será a observar la sincera verdad de mi informe, la que no se basará sobre noticias ajenas recogidas sino sobre la experiencia propia. Si acaso se incluyera algo que fuera conocido por informes extraños, será mi deber el no ocultarlo al lector y dejar establecida la verdad de aquellas cosas allí donde y por quien me han sido comunicadas. NB, [a esta] página 2⁵. La división de mi relato será séxtuple. Primero: De mi partida desde *Europa* a *Las Indias Occidentales americanas*. Segundo: Mi estada y labores en ellas. Tercero: Las condiciones propias, idioma y costumbres de los *indios* en el paganismo. Cuarto: El cristianismo de los mismos. Quinto: La expulsión de los *misioneros* del *Paraguay*. Sexto: La descripción del gran valle *Gran Chaco*. En esto hay que advertir que lo que yo refiero aquí ha de entenderse sólo de las costumbres y manera de vivir conocidas propiamente por mí y observadas por la experiencia referente a estos *indios*. Así nadie debe pensar que lo que yo he de referir acerca de la *nación* conocida por mí, concierna a todos los *indios* en conjunto porque lo mismo como en *Europa*, ni un solo país es igual al otro en costumbres, usos, manera de vivir y vegetación del terreno, así también estos países más dilatados en todas las cosas se asemejan entre sí, ya algo más, ya algo menos.

5 / Una simple indicación para nueva paginación.

También *Las Indias Orientales* deben de ser distinguidas muy bien de *Las Indias Occidentales*, cuando uno encuentra tan distintas cosas y materias en *América del sud, oeste y norte*, no sólo en cuanto a su situación sino también al *clima*, terreno, plantas, aves, animales, costumbres de los *indios*, junto con sus ideas⁶ [que tienen] gran diferencia y se debe recordar que al igual como las lenguas y los países, así también los usos y costumbres junto con todas las demás [circunstancias] desemejan en algo o en mucho.

Si se tiene presente la relación por uno u otro *misionero* [con referencia] al país donde él pasó muchos años, luego se conocen de pronto las condiciones del país y de los pueblos a los cuales atendió algún otro. ¿Débese acaso inculpar por falsedad a uno porque no dijo lo del otro o si uno parece contradecir lo que el otro afirma? Fíjese bien cada uno si tales *misioneros* han trabajado en el mismo país o *provincia*; si uno ha estado en *Las Indias Orientales*, el otro en *Las Indias Occidentales*, si éste ha vivido en el *Perú* o *México* pero el otro en *Chile*, *California* o en el *Paraguay*. Deben observarse las épocas a cuya mutabilidad están sujetos todos los hombres y países. Un *misionero* del *Perú* me dirá que en el país de su estada se extrae mucha plata; un [misionero] *mexicano* hablará de *México* [como] de puro oro, ¿acaso por eso un *misionero* de *Paracuaria* debe haber dicho una mentira cuando dice que en el *Paraguay* no se encuentran minas de oro y plata? Allá se usa moneda de plata sólo en los puertos de mar y en algunas ciudades de comercio; en lo demás, en los otros lugares hay sólo el trueque [o sea] el cambio de una cosa por otra. Donde hay moneda, se paga con moneda; donde no la hay se compran bueyes, vacas y caballos por paños, lienzos, tabaco; asimismo gallinas, huevos y otra volatería por agujas de coser, jabones, tabaco y sal como en la mayor parte de los lugares del *Paraguay*. El *misionero* del *Perú* dirá: en este reino hay pocos vacunos, caballos y cosas semejantes; el *paracuario*⁷ dirá que en los desiertos retozan hasta cientos de miles de ganado de asta y caballos, sin tener un dueño. El [misionero] *peruano* se quejará porque los mulares exceden el valor de 30 pesos fuertes, el *paracuario* dirá que en su tierra los mulares no valen cuatro o cinco pesos fuertes. El *peruano* dirá que en su reino se instruye en las ciencias a los hijos de los *indios* y también se les *promueve* a doctores pero el *paracuario* sostendrá que sus coterráneos no son capaces de nada de esto y se asemejan más a los animales silvestres que a los humanos aunque *Perú* y el *Paraguay* colindan.

6 / *Genie*. Resulta difícil discernir si se trata de un *lapsus calami* por «*genien*», o de la voz francesa de «*genie*» o del latinismo *Genius*, usados en plural alemán, suponemos que el autor quiso referirse a los diferentes modos de pensar por parte de las tribus indígenas.

7 / Formamos el adjetivo «*paracuario*» o «*paraquario*» de acuerdo con lo manifestado en la nota 3. Su concepto se distingue pues del moderno «*paraguayo*».

¿Quién al percibir que en un país, una generación es distinta a la otra, podrá inculpar de falsedad al [misionero] *peruano* o al [misionero] *paracuano*? Pues sepa cada uno que yo escribo sólo acerca del *Paraguay* y de la condición de aquella circunscripción de la que he adquirido experiencia y conocimiento durante 18 años, todo lo demás lo dejo a los experimentados en los otros países.

Pero podría ocurrir que un *misionero* que lo hubiere sido en el *Paraguay* podría referir algo más y hubiere investigado más a fondo algunas circunstancias; también, que pudiere dar una mejor noticia de la condición de una u otra cosa. Jamás yo podría oponerme a la mejor experiencia de éste, pero han de reconocer todos como más digno de crédito lo que yo he visto en mi región por mis ojos, lo que él sólo conoce por noticias. Si bien en ninguna cosa debo fiarme tanto a mi experiencia mientras otro quien, al igual mío, hubiere conocido el asunto por sus ojos pudiere dar una noticia más verídica por su mejor perspicacia y el esmero en la investigación practicada de la verdad, por el mayor conocimiento y comprensión más clara, puedo aseverar asimismo que yo relato lo que he visto y experimentado en la forma como lo he conocido⁸.

No temo ninguna contradicción por alguien conocedor también de aquellos países, ni hubiera yo osado abordar semejantes descripciones si hubiere imaginado que debía incurrir en algo defectuoso o contrario a la verdad, por lo cual estoy dispuesto a proseguir mi descripción con tanta mayor firmeza cuanto más reconozco mi sincera disposición para con la verdad. No se canse el lector de tener la paciencia necesaria, pues yo al escribir esto he usado de mayor [paciencia] que él al leerlo.

8 / El miedo de no ser creído en Alemania no se manifiesta sólo por Paucke y su comisionero Dobrizhoffer sino ya dos siglos antes por el Dr. Dryander en el prólogo a la obra de Juan (Hans) Staden, *Vera historia*, etc. (primera versión del alemán al castellano por Edmundo Wernicke y en imprenta bajo los auspicios del Museo de Etnografía de la Facultad de Filosofía y Letras en Buenos Aires).

HACIA ALLÁ Y PARA ACÁ

PRIMERA PARTE

Partida desde Europa hacia *Las Indias Occidentales de América*

CAPÍTULO I

Viaje desde Ollmütz hasta Málaga

En el año 1748, después de empeñosa presentación de mi pedido, durante once años, llegó desde *Roma* el permiso para que yo partiera a *Las Indias* o sea a *América*, hacia los *paracuarios*. Yo no pensé en el viaje tan lejano, en mar alguno, en ningún peligro de muerte, en ningún martirio aunque fuere el más ultrajante. Mi corazón estaba tan lleno de gozo que despidió de mis ojos la lágrima más dulce y alegre. Mi afán era partir lo más pronto. En el tercer año de mi *teología* yo aún no era sacerdote pero conforme a mi pedido me apresuré tanto que me despedí el 8 de enero en Ollmütz y el 16 en Brunn como sacerdote ordenado por su *eminencia* el *cardenal* de *Troyern* [y] que el mismo día de mi primera misa celebrada partí con otro, a las 4 de la tarde.

Partida de Ollmütz

Llegué al puerto marítimo de *Livorno* en *Toscana* el 11 de febrero. El barco destinado para ambos había levado anclas unos días antes y había partido al mar; pero encontramos pronto otro, uno sueco, que dio prisa a nuestra partida desde el puerto. El barco era un buque mercante sueco, en su mayor parte cargado de cereales, el cual partía a *Lisboa*, en *Portugal*. Llevaba doce *cañones*; sus *tripulantes* o peones de botes eran unos catorce junto con el *capitán*. Cuatro sacerdotes de la orden de *S. Francisci* de *Asis*, siete *jesuitas* y algunos *pasajeros* completaron el número de treinta personas. El *capitán* junto con todos los *tripulantes* era sueco y luterano, pero asimismo fue atento y amable para con nosotros. Levó el ancla en el décimo quinto día de febrero, por la mañana a la hora tercera; proseguimos por todo el día con un viento suave. El diez y siete se levantó un viento ya más fuerte y [nosotros] divisamos las islas *Cerdeña* y *Córsica* ante las cuales pasamos pero vimos que la separación entre ambas consistía en un estrecho angosto.

Partida de Livorno

El 18 a las 10 de la mañana, nos persiguió un buque inglés pero cuando apercibí que perseguía a un no enemigo, sujetó su curso y nos dejó. Comenzó a llover esa noche y a la mañana siguiente. Nos encontramos ya en el mar francés, llamado *Mar di Borbona* o *di Lion*, que no nos causó terror si bien levantaba altas olas. Según se dice este mar es generalmente tempestuoso por la proximidad de la tierra contra la cual con el viento fresco el mar se estrella fuertemente y rebota a lo lejos, pero no me fue fácil tener un buen apoyo en el buque cuando yo como encargado de la cocina daba la comida a las gallinas⁹.

Como a 19 de febrero, el viento era algo más furioso, algunos de mis compañeros inclinaron las cabezas y comenzaron a vaciar sus estómagos; yo no encontré mutación alguna en mi salud y atendí con destreza mi oficio de cocina. A la tarde el viento sopló aún con mayor fuerza, pero como era favorable a nuestro curso, nos deslizamos rápidamente.

Hago las veces de cocinero

9 / En todo lugar Paucke demuestra sus habilidades de cocinero competente y de crítico de los diversos platos que se preparan en los países que él recorre. Por la misma razón no omito indicar las recetas correspondientes.

El 20 a la mañana temprano llegó a nuestra vista la isla *Minorca* la cual posee la corona inglesa como única [dueña] en el Mar Mediterráneo junto con el puerto de *Gibraltar*. El viento nos adelantó con mayor empeño y en una hora recorrimos diez *millas* latinas. A la tarde, cerca de las cuatro, se mostró la isla *Majorca*, de dominio español; pero al anochecer divisamos la isla *Ivi*, igualmente sometida a la corona española. El 21 nos corría un viento favorable; ese día todos fuimos invitados a su mesa por nuestro señor *capitán*. A la tarde, hacia las cinco el viento bueno se despidió de nosotros y abandonó el barco al viento que vino en contra nuestro y echó el buque para el lado derecho, hacia España; nos aproximamos así tanto a las costas españolas que descubrimos el *cabo S. Martini* y la ciudad de *Alicante*.

El 22 cuando ya era cerca de las once vimos las cumbres de la sierra de *Valencia* que estaba llena de nieve y distaba de nosotros alrededor de dos leguas alemanas. El 23 estuvimos aún a la vista de dicha sierra y no pudimos seguir a causa de la persistencia del viento contrario; más aún el viento nos empujó tanto para atrás que volvimos a ver el *Cabo S. Martini* que habíamos perdido de vista el día anterior. Sobre nosotros había una gran tormenta. En este tiempo nos visitaron tres de las ballenas más chicas, llamadas *balinetas* que desde sus narices, arrojaron a lo alto grandes aguas. Al lado [del buque] apareció una gran tortuga que semeja una mesa redonda de dos varas de *diámetro*. El movimiento del barco era ya más violento; ahí mis compañeros quedaron ya echados en la cuja y listos para pagar el tributo al mar lo que hicieron pronto en debida forma pues el malestar del estómago descubrió el *contrabando*; yo me sentía bien todavía y no percibí contrariedad alguna en mi salud y a eso debí de ser aun el enfermero de mis compañeros.

El 24 persistía aún hasta el anochecer este viento contrario; después siguió en la noche una inesperada calma de mar de modo que nuestro barco fue empujado hacia atrás en una gran distancia por las corrientes que fluían desde la tierra al mar.

El 25 persistió por toda la mañana la dicha calma del mar; entonces nos visitaron veinte peces que son llamados terneros marinos. Como yo no los he visto por completo fuera del agua, no puedo dar una noticia segura de su figura. Ahora mis compañeros estuvieron algo más alentados y todos observaron que todavía no habíamos abandonado *Alicante* cuyo castillo pudimos ver perceptiblemente; nuestro *capitán* nos invitó otra vez a su mesa.

A la mañana del 26, el barco estuvo muy tranquilo. Después de las diez de la mañana recomenzaron los maitines detonantes, pues se formó una fortísima y terrible tempestad en el mar. Yo y un sacerdote de la *provincia bávara*¹⁰ tomamos nuestros *violines*; quisimos tocar la pieza de los animosos pero nuestros corazones palpitantes dieron el *compás* para ello y despidieron pronto nuestros *violines*. Hacia las doce de la noche el viento amainó.

El día 27 temprano a las nueve, apercibimos doce barcos holandeses y mediante la

10 / Anonomasia por P. Martín Dobrizhoffer, el futuro autor de *De Abiponibus*, como se comprueba en el texto.

vela mayor nos movimos a su encuentro. Si el viento y el mar no hubieren estado tan impetuosos, ellos nos hubieren visitado de seguro pero todos, cada uno a una sola vela, pasaron por delante de nosotros y tomaron su curso hacia la *Berbería Africana*. El mar ya estaba hinchado y de pronto nos echaba sobre las cumbres de las olas, de pronto al abismo de las aguas. Todos nos impresionamos mucho, en especial porque vimos penetrar las olas en el buque, oíamos crujir el barco y notamos una escasa alegría en la cara de nuestro *capitán*. El mismo confesó que durante el transcurso de diez y ocho años en los cuales navegó por el mar, no había estado en la situación de pasar por semejante tempestad. Poco a poco el viento arreció aún más; sus soplidos a través de la gran cantidad de cabos, [y] el rumorear del mar fueron tan extraordinarios que nadie podía oír su propia voz y el *capitán* apenas pudo *comandar* por su megáfono a los *tripulantes*; el barco era lanzado de un lado al otro con un estrépito horroroso y el crujir de los tablones y tirantes del barco. De miedo yo no pude permanecer en nuestro *camarote*, todos mis compañeros estaban echados en el suelo y se sostenían de las varas de hierro que para tal destino y fin estaban fijadas en las paredes del cuarto. Me trasladé desde nuestro cuarto a la cubierta del buque porque [el estar] abajo era muy angustioso y terrible por el horrible crujir del buque y los tremendos choques de las olas que resonaban como tiros de una pieza de artillería. Yo me senté debajo del mástil, me prendí lo mejor que pude para que acaso una ola del mar no me arrancara para afuera del buque, pero ocurrió otro suceso: el viento tomó la vela grande y única que habíamos tendido, la arrancó de todas partes y la tiró al mar. Si una punta de esta vela me hubiera agarrado, yo habría ido a parar al mar. Pero como esta vela permaneció prendida por los cabos en algún sitio arrastraba tras de sí al buque; los marineros ateridos de frío tuvieron que trabajar para retirar la vela del mar mientras las olas, por hallarse inclinado el barco a un lado, penetraron con mayor violencia; y vi que sobre mi [cuerpo] ya no quedaba ni un solo lugarcito seco; me enderecé lo mejor que pude y retorné hacia mis compañeros a todos los cuales vi echados en el suelo; pero en el camino recibí unos cuantos fuertes golpes por el rápido y violento movimiento del buque hasta que al fin caí por la misma escalera y me golpeé reciamente en la cabeza; al fin llegué al cuarto donde noté un mayor movimiento que arriba en el buque. Poco a poco el viento y el mar se enfurecieron tanto que creímos que teníamos que perecer. Los dichos sacerdotes *italianos* que viajaban con nosotros hacia *Lisboa* en Portugal para desde allá navegar al reino de *Angola* en las costas *africanas*, estaban tan intranquilos como nosotros. De pronto venían rodando entre nosotros hacia la derecha, de pronto nosotros los acompañábamos de nuevo hacia la izquierda; lo peor y lo más desagradable fue que ellos la noche antes se habían preparado para la *colación* una clase de comida cuya sobra habían conservado en una fuente dentro de un canasto todo lo que fue volcado por el movimiento del barco [y] corría por el cuarto entero y originó un hedor tan fuerte que los más de nosotros tuvieron que vaciar sus estómagos, ante todo uno que¹¹ no podía aguantar el sabor de aceite de comer, ni de cebollas, ni del ajo. La comida o *colación* consistía en fuerte

Pasamos una gran tempestad

Sobresalto en el buque

11 / Parece ser Dobrizhoffer.

vinagre nuevo *atemperado* en algo de agua en el cual habían empapado unos pedazos de bizcochos, remojados con aceite de comer, cebollas crudas y ajos en buena *cantidad*, agregados finitos y los habían guardado para el consumo. Los españoles y *portugueses* usan también este modo de refrescarse, ante todo en el mar y dicen que en el buque es un *antidotum* contra el escorbuto y otras enfermedades infecciosas; a esta hedionda mescolanza llaman *gaspacho* que se debe pronunciar como *Gaspatscho*¹².

La tempestad seguía siempre y el viento formaba sobre nosotros unos horribles torbellinos; una ola después de otra penetraban al buque, con frecuencia golpeaban por las ventanas hacia dentro del cuarto; las olas chocaban con terrible estruendo contra el barco cuyo movimiento hacia los lados era tan grande que la punta del mástil pegaba contra las olas. Nosotros no sabíamos qué hacer, tomamos *reliquias* y objetos benditos [y] en confianza a los santos los tiramos al mar. A una *medalla* con *reliquias* que también yo tiré, la fuerza del viento apenas la dejaba llegar al agua y durante un corto tiempo fue llevada por el viento de un lado a otro como suspendida sobre el mar.

No habíamos comido nada en todo el día, menos aún pudimos cocinar algo y de continuo debimos de estar echados en el suelo. Los timoneles y el *capitán* permanecieron todo el tiempo arriba en el buque, atados con sogas al lado del timón para que no fueran arrastrados al mar por las olas. Apenas pudieron mover el timón y nadie sabía si el buque avanzaba o retrocedía o se ladeaba; esto perduró durante toda la noche y el viento creció tanto que uno creía que iba a romper y destrozar el buque.

Cualquiera puede imaginarse cuán alegre y divertida fuera para todos nosotros esta noche, ante todo por el temor de ser arrojados tal vez contra las costas españolas o turcas.

El 27 a la mañana agradecemos a Dios que nos hubo permitido alcanzar otra vez el día y que todavía no vimos tierra alguna; si hubiéramos estado cerca de ella, ningún medio ni socorro nos hubiera salvado de naufragar pero no notamos mitigación alguna ni en el viento ni en el mar. Al igual del polvo en tierra bajo las grandes tempestades, el agua del mar era echada al aire por el viento lo que no cesaba durante todo el día; ahí tuvimos que ayunar de nuevo; lo bueno que la misma hambre estaba tan asustada que no nos llamó a comer. En lugar de comer comenzamos a orar con empeño para implorar a Dios su ayuda; si desde el buque mirábamos por un momento hacia afuera, teníamos que ver con horror el asombroso remolinear de aguas; se veían elevarse montañas de agua enteras que por parte penetraban al buque, por parte se metían por debajo del barco y elevaban a éste hasta a una altura formidable.

El día 28 alcanzamos a vivir aún sin desgracia pero la noche nos fue más horrorosa que la anterior. Ese día la *batalla* fue aún más encarnizada y nosotros ya no sabíamos

12 / Es decir conforme a ortografía y pronunciación alemana. Paucke se encuentra ante la misma dificultad de diferencias fonéticas que dictaron a Utz Schmidl en el siglo XVI su sistema (Ulrico Schmidl, *Derrotero*, etc. Versión por Edmundo Wernicke). Dobrizhoffer creó un sistema metódico para la pronunciación de los idiomas indígenas, que es de sentir no fuera conocido por Paucke.

qué nos ocurriría. El *capitán* junto con sus *tripulantes* había pasado sin dormir ya dos días y noches. Hacia las ocho de la mañana el *capitán* mandó averiguar por la medición cuanta agua había captado el buque; notó que por frecuentes veces el agua había penetrado al buque y causado mucho daño en los cereales cargados; entonces se fueron todos por turno a las dos bombas de agua para poner remedio pero por desgracia las bombas estaban obstruidas por los cereales y desde ellas corrían más cereales que agua. El *capitán* demudó la cara de susto, entonces perdimos todo ánimo y creíamos de veras que debíamos perecer. El *capitán* suspiró y dijo las siguientes palabras: —Mis señores, ahora el peligro es sumo si el viento y el mar no se apaciguan. ¡Oh, cuánto mejor sería para mí, si estuviera sentado en casa sobre la silla de zapatero en vez de tener que hacer con los vientos y la mar como un *capitán* de buque!— Fue incesante el bombear durante todo el día hasta la noche en que midieron otra vez el agua y encontraron que en el buque había ya poca. Pero entonces nadie pudo gobernar el buque por ello el timón fue atado y el buque fue dejado a la *discreción* de los vientos y de las olas. Era imposible buscar un puerto marítimo y entrar en él sobre todo porque notamos que el mar nos echaba siempre más cerca de la costa mora; el mar jugaba con nuestro buque lo mismo que con una pelota y nosotros estábamos ya muy debilitados por el hambre y el continuo andar rodando por nuestro recinto.

El buque hace agua

Gran peligro

Uno de los reverendos *Patres capuchinos* tuvo en esta pena una ocurrencia cómica, pero no bien meditada. Estaba ya harto de andar rodando y harto de golpes; de pronto creyó haberlo remediado si realizaba su invención artificiosa. Tomó una sogá con la cual había liado su colchón, la ató por ambas puntas en la vara de hierro, igual como suelen hacer los muchachos cuando quieren columpiarse; invirtió un gran trabajo y maña para poder sentarse en esta sogá; el buque se tumbó hacia nuestro lado y él quedó pendiente en el aire; ¡Oh, qué bien parecía encontrarse! Pero el buque pegó pronto contra su lado y el *Pater capuchino* golpeó fuertemente con sus dos *hemisferios* contra la amurada del buque; a pesar del terror que me infundía el mar impetuoso sentí ganas de reír. De nuevo ganó un *minuto* de estar colgado en el aire, [pero] el segundo *minuto* le resultó tan grave, que tuvo que sufrir el segundo golpe sobre los propios ambos medios globos mundiales; la tercera vez le pareció inaguantable y se tiró de nuevo desde su columpio al suelo y otra vez comenzó a rodar y andar girando. A este tiempo ya no había en nuestro buque ninguna vela tendida salvo en el mástil principal. Después de las tres de la tarde, cuando el viento sopló tan fuerte que perdimos toda esperanza de salvación, asimos el rosario e imploramos la intervención de *María*. Notamos que el viento se tornaba más cortés y poco a poco el mar fue más amable; entonces se reanimó nuestro *capitán* y nos trajo la alegre noticia de un tiempo más benigno en aproximación, pero nosotros hicimos con tanto mayor celo nuestra oración con el corazón más levantado. Se terminó el rosario y el buque navegó algo más tranquilo. Todos clamaban por una refacción. A pesar de todos estos horrores, yo estaba sano y como maestro de la cocina y cocinero corrí a la parte inferior del buque que se llama la *Santa Bárbara*. Quitó el tarugo de un barrilito de medio cubo de vino

Chistosa ocurrencia de un *P. Capuchino*

Cociné una sopa
de vino para
reconfortar a mis
cofrades

de *Chipre* que a causa de que no lo podíamos beber por su extrema dulzura agüé para una buena sopa de vino. No hubiera podido prepararla por el movimiento aún fuerte del barco si las ollas no hubieran colgado de unas cadenas sobre el fuego; pero conseguí que la sopa de vino quedara cocida. La llevé con gran cuidado al cuarto sin un tropezón, pero no sin volcar una cierta cantidad.

Cuando mis compañeros me vieron con esta sopa de vino, noté en ellos una especial alegría, tal vez mayor que si el *Mesías* hubiere aparecido a los judíos de hoy. Pero como las olas del mar estaban aún algo agitadas nadie pudo sentarse a la mesa sino que cada uno se sentaba en el suelo, tomaba con la mano izquierda la fuente, con la mano derecha metía rápidamente la cuchara adentro y sin tardanza a la boca y de nuevo se apoyaba con esta mano en el piso hasta que notaba otra vez el equilibrio en el movimiento; sin esto hubiéramos volcado frecuentemente la sopa; lo bueno fue que yo podía servirles más pues el primer ataque a la sopa pasó pronto; yo corrí en busca de mayor cantidad y tenía aún lo suficiente para confortar con mayor eficacia a todos.

En el ínterin el mar se tornó más apacible y el viento se suavizó pero no cambió su *loge* [lugar]. Dada la mansedumbre del tiempo, uno tras otro comenzaron a levantarse del suelo. Sólo entonces los reverendos *capuchinos* empezaron también a abrir los ojos, pero ante nuestra sopera vacía, porque todo había sido echado con empeño en nuestras tragaderas; mas cada uno pudo consolarse con un pedazo de queso y bizcocho que saboreó con el mayor placer. El *capitán* a quien del mismo modo el hambre castigaba con fuerza tuvo pronto servida su mesa y comenzó a olvidar el susto anterior.

Tras esta refacción comenzamos a satisfacer el sueño y nos resultó demasiado corta la noche siguiente pero a hora temprana me despertó un tumulto que originaron nuestros tripulantes. Todos se reunieron, recogieron las velas, cambiaron el curso de nuestro barco y tendieron [las velas] como era preciso hacia el lado contrario por donde debíamos navegar. El *capitán* hizo volar algunas oracioncitas de tiro bien luteranas las que usan también y aun de un modo peor los marinos católicos. Yo me sobresalté por ello y creí que nos encontrábamos en un nuevo peligro. Así era, pues al lado derecho vi una pequeña isla baja y casi a nivel del agua, de donde distábamos a un corto tiro de pieza [de artillería]; tras todos los peligros [pasados] hubiera podido causarnos el mayor. Era una isla *africana* llamada *Alboran*, no lejana de las costas *africanas* en las cuales divisamos aún los fuegos de los moros. Dios nos ha salvado de este peligro mediante un viento favorable pues, o hubiéramos naufragado contra la isla, o caído en manos de los moros; lo bueno que ellos no nos habían notado.

El *capitán* giró rápidamente el barco hacia la costa española de *Cataluña*. Era el primer día de marzo. El mar ya estaba manso pero el viento hinchaba aún algo [las velas] si bien suavemente. Mis compañeros de viaje volvieron a mirarme con ojos hambrientos; también el estómago mío había vuelto a encogerse... ¿A qué medios [acudir]? La sopa de vino de *Chipre* debía de remediarlo, pero algunos de mis compañeros tuvieron apetito de comer pescados salpresados. De éstos había también en mi *despensa*; si no hubiera pensado en mi salud que me acompañaba todavía, yo habría llevado algunos

al estómago aun sin cocinarlos. La provisión de tales peces llenaba un barril de medio cubo. El hambre nos habría obligado a vaciarlo dentro de pocos días pero yo pensé en la salud para más adelante y de acuerdo con la necesidad y conveniente a la salud ulterior formé mi lista de cocina.

El viento no nos fue del todo desfavorable; navegamos por el lado derecho hacia España; a mediodía vino entonces a nuestra vista un nuevo objeto que flotaba por el mar y todos opinaron que sería un vestigio de la tempestad marítima ya pasada; bien fuera una barca empujada o una ballena. ¡Qué esperanza! la aproximación nos dio poco a poco un mejor conocimiento. Doblamos el barco a su encuentro para tener el objeto al costado derecho del buque. Los tripulantes estuvieron parados contra la punta del mástil para observar hacia dónde y a qué costado flotaba ese objeto; informaban de continuo hacia abajo, a los timoneles, y les indicaban la dirección del barco lo cual el *capitán* halló conveniente porque al igual de los demás deseaba ver esta maravilla marina. Los marineros de arriba daban variados informes; de pronto era una barca zozobrada por la tempestad, de pronto una ballena, pero la aproximación decidió presto las opiniones, pues pareció ser un tonel; pero al final era un barril, aunque ignorándose su contenido.

Pescamos un barril de vino

El contra maestre, en la esperanza de una buena presa llamó a los demás marineros; se ataron las roldanas, se pasaron las sogas por ellas y algunos de los marineros se ataron sogas bajo los brazos y se deslizaron al mar para cazar el tonel. Uno tomó la vara provista de una punta de hierro semejante a un hurgador, dio una punzada y abrió la vena de la cual no saltó la sangre sino un vino rojo de *Cataluña*. Pronto estuvieron con sogas cuatro tripulantes en el mar pero atados por un cabo por debajo de los brazos por el cual quedaban mantenidos sobre el agua, aseguraron el barril y lo subieron al barco. Había bastante vino pues el barril tenía en su vientre por lo menos unos doce cubos de buen vino rojo de *Cataluña*.

Esta presa encantó los corazones de todos y ayudó a olvidar los padecimientos pasados bajo la tempestad pasada. Todos comenzaron a ahogar [bebiendo] el anterior padecimiento y para poder ahogar en un todo la amargura del anterior suceso no probaron comida alguna en la que no echaran bastante vino, aunque ella fuera de arvejas, cebada o habas.

La hora del anochecer se presentó con agradable y favorable viento que nos acompañó durante toda la noche [y] con el cual seguimos navegando con felicidad el segundo día de marzo en que divisamos ya las costas españolas. Al acercarnos conocimos que nuestro barco tornaba su roda hacia la ciudad de *Alicante*.

Eran las dos de la tarde cuando un pequeño barco vino hacia nosotros; el visitante nos era desconocido desde lejos, pero distinguimos que cuerpo del barco era menor y más chico que el nuestro. Pronto oímos un tiro de una pieza de artillería por el cual se nos exigió poner el barco a la capa y esperar al buque que se aproximaba (hay que advertir que poner a la capa un barco significa enfrentar una a la otra dos de las velas más grandes: a saber [la] del mástil y del corredor que es el mástil de la parte delantera

Significado de estar un buque a la capa

Un corsario trató de sorprendernos

del buque, de modo que el viento hinche ambas velas estiradas frente a frente [una] contra la otra por cuya causa el casco del barco no puede [marchar] ni hacia adelante ni hacia atrás y por lo tanto debe quedar parado), izar la bandera y darnos a conocer si éramos un barco amigo o enemigo; pues fue en el año 1748 en que Inglaterra procedía como enemiga contra Francia, Baviera y Austria. Nuestro *piloto* izó la bandera pero se cortó la sogá porque el viento fuerte la agitó demasiado violentamente; el buque que se aproximaba no demoró mucho y en seguida nos saludó mediante una bala de *cañón* que silbó por arriba de nuestro barco. Nosotros estuvimos todos parados en la plaza de armas, curiosos por ver quién tronaba de este modo contra nosotros. Pronto siguió otro disparo que nos mandó la bala muy cerca de nosotros ante cuyo reiterado saludo nosotros emprendimos la retirada hacia el cuarto inferior del barco.

Poco después de nuestra retirada vimos esta embarcación forastera distante de nuestro buque a mitad de un tiro de pistola; no se colocó al lado de la *batería* sino al través, a popa de nuestro barco. El capitán conoció pronto que era un *corsario* o buque pirata holandés; cobró coraje y a la pregunta de quién era, contestó el *capitán* que se viniera a nuestro barco y pronto lo sabría. [Él] gritó hacia nosotros que los eclesiásticos y seglares fuéramos desde el interior del buque a la plaza de armas. Nos presentamos y vimos que el buque *corsario*, mucho más bajo y más chico, estaba provisto de seis cañones; no vimos más que una sola persona pues las otras estaban escondidas. En cuanto el *corsario* vio siete eclesiásticos negros y cuatro pardos con largas barbas que con los demás sumaban treinta hombres, tendió rápidamente sus velas en la creencia que habría aún más escondidos y velozmente su embarcación se alejó de nosotros. Entonces nuestro *capitán* comenzó a rezongar en sueco con mayor fuerza por no haber hecho cargar con balas sus *cañones* con las que hubiera dado a este pirata un viático de fuego. Poco después vimos algunos peces marinos de un insólito tamaño pero no pudimos distinguir si eran especies de ballenas, aunque despedían abundante agua de sus narices.

El tres de marzo proseguimos con viento favorable y fuerte que arreció durante la noche y permaneció en su fuerza hasta las doce. Habíamos tendido sólo la vela del mástil grande la que se desgarró de nuevo por la fuerza del gran viento, pero el movimiento del barco no fue tan fuerte mientras que con su soplo nos hizo adelantar bien. El viento se mudó en un nuevo ventarrón que vino desde las costas españolas y nos volvió a empujar poco a poco hacia el *África*.

El 4 de marzo a la mañana arreció con fuerte lluvia el viento que otra vez nos empujó hacia las costas españolas. A la hora de mediodía el viento se aplacó; de pronto se sosegó por completo. A las tres de la tarde prevaleció un viento contrario y se cambió en un fuerte ventarrón que fue muy bravo hasta tarde, por la noche, pero después de medianoche se suavizó.

El 5 de marzo vimos otra vez la costa española y la ciudad de *Velez* que estaba situada sobre una amena colina cerca del puerto marítimo de la ciudad de *Málaga*. Una alegría inmensa nos invadió al ver esta tierra por donde pudimos mirar hacia muy

adentro y descubrimos varias ciudades al parecer lindas. Nos empeñamos en entrar en el puerto marítimo al lado de *Málaga* pero en vano, pues el viento contrario nos rechazó de nuevo y echó nuestra embarcación bien lejos a alta mar y otra vez fuimos empujados hacia las costas *africanas*. El *capitán* quiso hacer acortar la vela grande para que no tomara demasiado viento, así estuvieron parados sobre el palo travesaño o *antena* diez marineros que colgaban de ella cual grandes pájaros; fue la dicha de que la vela recogida formara una bolsa dentro de la cual fueron arrojados por el viento todos los diez marineros; sino hubiera sido por esto, algunos hubieran volado al mar, otros sobre el buque y hubieran quedado estropeados. Al anochecer el *capitán* giró la roda hacia España. A la mañana siguiente estuvimos de nuevo cerca del puerto de *Málaga* pero en vano nos empeñamos en entrar. Cruzamos por el mar cerca del puerto, cambiamos por repetidas veces el *Rhombus* para con ello ayudarnos a aproximarnos al puerto y captar así cerca de tierra un viento más favorable con que nos ayudaríamos [a llegar] a la costa pero aun esto fue inútil hasta el anochecer; entonces tuvimos que alejarnos de las costas y penetrar más al mar para que a la noche no estrelláramos acaso el barco contra las costas.

Quisimos penetrar en el puerto pero en vano

El 6 de marzo a la tarde nos saludó otra vez con fuerte soplado un viento contrario a nuestro viaje el que de nuevo osó contra nosotros una alegre tempestad; ésta duró por toda la noche hasta las tres en la madrugada. Con la luz del día nos vimos otra vez no lejos de la ciudad de *Málaga*. El viento cambió y vino desde tierra contra nosotros; esto sucedió el siete de marzo. Por ello la esperanza de alcanzar la bahía fue echada de nuevo a alta mar. Cerca del anochecer nos despedimos otra vez de la tierra con la mayor congoja de nuestras almas. El viento comenzó de nuevo a enfurecerse y arrancar una vela tras otra. Si bien teníamos tendidas sólo dos de ellas se rasgaron asimismo la una tras a otra. ¡Oh! qué terrible fue otra vez esta noche obscurísima a la que en ocasión sólo el rayo o el granizo alumbraba por un instante; el cielo tronaba y volcaba sobre nosotros un tremendo chaparrón, hasta la madrugada el mar bramaba sin cesar y el viento estuvo acérrimamente enconado.

El ocho de marzo nos encontramos alejados ya a mucha distancia de la costa española; por la neblina acuosa no veíamos nada. El barco caía otra vez de un lado al otro en todo el día, pero al aproximarse la noche el viento se cansó y todos nosotros estábamos debilitados por el múltiple sacudir. El viento si bien más suave permaneció asimismo en su posición contraria a nosotros. Por la mitad de la mañana el viento sólo usó de violencia; tuvimos que recoger otra vez todas las velas y seguir navegando únicamente con la mayor. Nos cruzamos con una pequeña flota de seis barcos mercantes holandeses que pasaron ante nosotros y tomaron su *Rhombum* hacia la Berbería *Africana*; ninguno pudo detenerse a hablar con nosotros a causa de las tremendas olas marinas que se elevaban muy a lo alto pero estos dichos seis barcos tenían el viento a favor de su avance mientras nosotros teníamos que hacer velas contra el viento contrario para mayor demora nuestra y no conseguimos adelantar. A la tarde el viento se debilitó de nuevo y por un rato nos concedió un plazo de tiempo para descansar. A

medianoche el viento ya se había repuesto, preparó al barco para el baile y lo empujó otra vez hacia *África*.

El diez de marzo este viento persistió con igual furia; las velas recibieron de nuevo unos fuertes desgarrones.

El once estuvimos otra vez cerca de España y con placer y suma ansia de penetrar a puerto vimos la ciudad de *Málaga* cuando se levantó un viento en derechura contra nosotros y tuvimos que retroceder hasta la región de la ciudad española de *Almería*. Allí encontramos el mar más benigno y un viento más suave que duró por toda la noche y el siguiente día, doce de marzo. Al tiempo del anochecer tuvimos calma de mar y de viento. Durante la noche la luna iluminaba bien clara; a ambos lados de nuestro barco nos acompañaba una multitud de peces grandes que según sus vueltas en el agua relucían una vez rojizos como el fuego, otra vez plateados y resplandecían como las luciérnagas. Tales peces son llamados *dorados* por los españoles; los tripulantes apresaron muchos asetándolos con el *arpón* o flecha arrojadiza. Nosotros los contemplamos al día siguiente: sus escamas eran de un gracioso color de luz azul con diversos puntitos rojos por todo el cuerpo al igual de las truchas en nuestra tierra; su longitud era cerca de una vara y media; pero lo ancho un buen cuarto de vara.

En la décima hora del tiempo nocturno, el viento *oeste* se cambió en viento *este*. El trece de marzo sopló bien despacio; a mediodía vino presuroso en pos nuestro un buque inglés y nos persiguió a toda vela. Se acercó tanto a nosotros y se colocó al lado derecho que los *capitanes* pudieron hablar entre ellos sin levantar la voz. Lo que yo admiré fue cómo dos barcos con las velas tendidas bajo viento libre podían estar tan cerca el uno del otro sin chocar entre sí y quedar parados tan paralelamente a igual distancia y fue porque ambos barcos estaban a la capa como he indicado arriba.

El barco inglés estuvo muy amable; tenía veinticuatro *cañones*; nos dio noticia que el diez de marzo un barco inglés agregado a él, que retornaba con mercaderías desde *Esmirna* en Turquía, había sido capturado no lejos del *Cabo de Gates* en el dominio español por un buque de guerra francés y conducido a *Tolón*, pero que el buque que platicaba con nosotros se había salvado mediante la fuga. Después de esto ellos tendieron sus velas como nosotros las nuestras y cada uno siguió su camino. Esta noche dormimos tranquilos sin preocupación.

El catorce de marzo nuestro *capitán* ya no deseaba entrar en un puerto marítimo. Como el viento nos era favorable quiso atravesar en derechura el estrecho marítimo de *Gibraltar* en la esperanza de captar un viento favorable en el *Océano*. Estábamos ya listos a entrar por el Estrecho cuando un viento contrario nos corrió hacia atrás. Así fuimos obligados a abandonarnos al viento y tomar la ruta hacia *Málaga*, en la cual el viento nos acompañó tan amablemente que a la tarde, a las cinco, anclamos en el puerto. Encontramos el fondo a diez y seis brazas.

En seguida de echar el ancla vimos venir hacia nosotros una pequeña barca con seis personas que fue enviada por el *gobernador* de la ciudad para saber el motivo de nuestra arribada. Nosotros nos alegramos cuando oímos que en esta ciudad había un

Collegium de *jesuitas*. Les pedimos comunicaran al *Collegio* nuestra llegada pero aún no nos era permitido bajar a tierra y quedamos muy alegres a bordo esta noche. A la mañana temprano vimos al costado de nuestro barco cuatro pequeños buques con diferentes comestibles tanto de pastelería como de verduras, carne y buen vino. A las ocho de la mañana del día quince de marzo recibimos orden de la ciudad que no bajáramos a tierra hasta tanto no fuéramos revisados por el *Collegio médico de la Sanidad* el que poco después nos saludó. Desde el puerto vinieron cinco *medici* en una pequeña barca, subieron a nuestro buque, se colocaron en la barandilla y todos nosotros, uno tras otro, tuvimos que pasar delante de ellos y hacernos observar en la cara. Nos hallaron sanos a todos nosotros, se despidieron con toda cortesía y navegaron de vuelta a la ciudad.

Llegamos al puerto de Málaga

Todos tuvimos que pasar por la inspección

Nosotros estuvimos tan alegres en nuestros ánimos que pensamos poco en los peligros y fatigas pasadas pero yo recordé de algunos cofrades temerosos que dejé en la *provincia* y en consideración de su índole *porcelánea* que en muchas circunstancias había notado en ellos, no dudé que hubieran saltado en mil pedazos si habrían tenido que aguantar con nosotros las tempestades pasadas.

Al corto rato obtuvimos licencia de bajar libremente a la ribera. Nosotros no tuvimos necesidad de procurarnos una barca pues llegó una enviada por el *Collegio* que nos transportaría a la ciudad. En seguida nos despedimos de nuestro *capitán* sueco y desembarcamos del buque. El *capitán* en cambio nos recomendó que retornáramos a la hora del anochecer para permanecer durante la noche en el barco pues apenas se levantaría un buen viento, él levaría el ancla aun a medianoche y proseguiría de nuevo su viaje; pero si de día el viento nos era favorable a cualquier hora nos daría por un disparo de *cañón* la señal para regresar desde la ciudad al barco.

Nosotros navegamos con alegría a la ribera, desembarcamos y cruzamos por algunas calles hasta el *Collegium*. Las gentes de la ciudad acudieron, muchos se acercaron a nosotros, besaron respetuosos la cruz que cada uno de nosotros llevaba pendiente al costado. Llegamos al *Collegium*, fuimos saludados tierna y muy amablemente por todos los *jesuitas*. Ya había pasado la duodécima hora pero como por tanto tiempo no habíamos leído ninguna santa misa, nos encaminamos al altar y presentamos a Dios el sacrificio de agradecimiento por el feliz desembarco a tierra; tras esto fuimos llamados a la mesa donde apareció toda la *comunidad* junto con el jefe del *Collegio*; todos nos abrazaron y estrecharon contra sus pechos con la mayor ternura. Terminado el almuerzo el cocinero del *Collegij* quiso demostrar también su amabilidad para con nosotros, me tomó como a primero (tal vez habría sentido el rastro de grasa y humo de la cocina a que yo apestaba como ex cocinero) y me dio un cordial abrazo.

Bajamos a tierra

Fuimos recibidos muy amablemente

Permanecemos en el *Collegio* hasta el anochecer; nos despedimos y fuimos a la ribera donde encontramos ya esperándonos una barca cargada con abundante *bastimento* para nosotros, consistente en algunos carneros, gallinas, pan, panecillos, verduras y semejantes otras cosas de consumo; pero encontramos ante todo una cantidad de naranjas dulces, manzanas y otras frutas españolas, junto con un buen cesto de botellas llenas de vino de *Málaga*.

Arribamos a nuestro barco y participamos al *capitán* de todos los obsequios, que él aceptó con placer y gratitud. Cuando nos despertamos a la mañana, la barca de la ciudad ya nos esperaba abajo, al costado del buque para conducirnos a tierra. Mientras estuvimos anclados tal orden del día fue observada hasta el 22° día de marzo y recibimos diariamente más y más bondad y afecto tanto de parte de personas eclesiásticas como de legos. La nación española es conceptuada como orgullosa y desafecta a otras naciones; dejo sin dilucidar esta información pero mi experiencia me enseña que al igual que en España también en otros países se hallan personas altaneras e inciviles por lo cual no puede ser vergonzoso para ninguna *nación* ni pernicioso a su fama si algunas en ellas no poseen las mejores costumbres. Yo admito que las inclinaciones, usos y costumbres no sean iguales en todo el mundo y lo he experimentado bien pero es un prejuicio el creer que todos los [hombres] de un país sean complacientes con sus instintos naturales y con el gozo de sus pasiones y permitan todo a sus impulsos. He recorrido la mayor parte de nuestra *Europa* fuera de los dominios muy *nórdicos* y los de muy al *levante* hacia Turquía; y he recogido la experiencia y el conocimiento de todos aquellos quienes son más morales que los otros; por otro lado, si bien uno ponderara altamente a los alemanes en las ciencias, las artes y técnica con preferencia a otros, la experiencia me ha convencido que de nada de esto se carece en otros países. Yo no quiero cacarear demasiado temprano pues recién desde la puerta he saludado a España. Hablaré más adelante con mayor experiencia la verdad sin apasionamientos. Muchos se referirán a las noticias que [les fueron dadas] por otros que tuvieron ocasión de conocer el mundo y de investigar las inclinaciones de las gentes. Yo aseguro que escribiré imparcialmente y no apreciaré a ninguno más que a otro. Sigo la marcha de mi relación y hasta aquí no doy preponderancia a ninguna *nación* hasta que yo haya investigado bien y maduramente todo.

CAPÍTULO II

Del puerto y de la ciudad de Málaga

El puerto marítimo no fue labrado por la naturaleza sino por el trabajo de los españoles: [es] chico pero cómodo para veinte buques mercantes anclados. A menudo es limpiado del barro para que los buques floten. Ningún barco grande puede penetrar, por cuya causa los mayores iguales al nuestro deben echar ancla al mar, a trescientos o cuatrocientos pasos delante del puerto. Está cerrado por un muro levantado sobre grandes bloques pétreos echados al mar junto con una torre que llaman *Pharos* y que en el tiempo nocturno está iluminado adentro por una gran luz que puede verse claramente en alta mar. Inmediato al puerto se eleva en tierra un gran peñón sobre el cual hay una antigua *ciudadela* mora y otea hacia alta mar. Ella en sí no posee nada bello ni agradable; por lo que sería de ponderar es por la antigüedad y porque es un recuerdo de los tiempos en que la mayor parte del reino español estuvo por más de cien años bajo la dominación de los moros, cuya evocación ellos conservan aún en la pronunciación de la lengua española, pues por una tonada turca vuelven desagradables muchas palabras.

La ciudad no es grande en su circunferencia ni alta en sus edificios pero sin embargo es ordenada e igual a las ciudades menores, pero no las más chicas en *Europa*. El comercio concuerda con el puerto y los buques que llegan. Los habitantes no son de un color muy blanco porque los más de ellos como los de las localidades confines son iguales a los coloreados por el sol. Tienen un obispo propio que se domicilia allí mismo y es el dechado de un verdadero pastor. No había mañana cuando debimos pasar por delante de su vivienda episcopal en que no hubiéramos encontrado en su zaguán a más de cien pobres a quienes se dispensaba la limosna. La *catedral* es vistosa, grande y magnífica. En su exterior aún se la trabajaba y las molduras eran colocadas en bello *mármol* al derredor de toda la iglesia. La iglesia de los *jesuitas* es una *rotonda*, provista adentro de coros en su derredor.

En el tiempo de cuaresma, en toda España es costumbre de decir todos los miércoles y viernes a la tarde un sermón de media hora, que ellos llaman *ejemplo*. Pero los domingos (en lo demás, en todo el año no es de oírse sermón alguno excepto en los días de los santos fundadores de órdenes, en una que otra fiesta de la madre de Dios o en una *extraordinaria* gran festividad de una iglesia) se pronuncia a las tardes un sermón de una hora para lo cual el predicador se sirve de una historia conforme a la Escritura, la presenta según su acontecimiento y formula sobre ella su *moral* o enseñanza de costumbres al igual como he escuchado la historia de *Moisés* que el predicador repartió por todos los domingos de la cuaresma. Otra vez [escuché] a otro que durante un año enseñó la historia de *David* perseguido, otro [año la] del *David* arrepentido. Los miércoles y viernes tras el sermón terminado el mujerío debía de salir de la iglesia después de lo cual la iglesia se cerraba y se bajaban las cortinas en las

Modo de pronunciar
los sermones en
España

ventanas; a continuación era cantado en seguida el *Miserere* con *instrumentos* bien sonantes en tono *gregoriano* bajo el cual los hombres se castigaban reciamente con *disciplinas* los unos a los otros hasta el final en que cada cual se encaminaba a su casa.

Hasta el vigésimo primer día de marzo habíamos esperado en esta ciudad el viento bueno, que empezó a soplar a la hora del mediodía. Estábamos ya sentados a la mesa cuando nos fue dada la primera señal por un disparo de *cañón*. El *capitán* levó el ancla a la vez y cuando ellos ya la tuvieron fuera del mar oímos tronar entonces el segundo disparo de *cañón*. Nosotros ya habíamos limpiado la fuente y dejamos la mesa con toda prisa para no llegar demasiado tarde. Esta despedida de la tierra nos fue muy penosa pero no hubo remedio; debimos de navegar de nuevo; fuimos a la ribera, allá encontramos nuestra barca lista ya para trasladarnos al buque. El viento había arreciado muchísimo y las olas marinas se levantaron tanto que todos llegamos bien mojados al barco porque el agua caía fuertemente en nuestro buquecito. Desde lejos vimos tenderse las velas de nuestro buque y el barco ya comenzaba a moverse con fuerza. En el ínterin se hizo toda la previsión de alzar velas en cuanto nosotros hubiéramos subido al buque. Apenas hubimos subido, se produjo el tercer y último tiro de *cañón* para la despedida de la ciudad y volamos hacia el estrecho de *Gibraltar* hacia donde tuvimos que recorrer trece leguas alemanas. A la noche llegamos a dicho lugar y cuando creímos pasar bien y pronto por este estrecho y salir a la mañana temprano al Mar Grande, se opuso el viento y se volvió contra nosotros pero en esta noche nos mantuvimos cercanos en la esperanza de tentar la travesía al día siguiente.

Partida desde
Málaga a Gibraltar

A la mañana temprano del veintidós de marzo entre las dos y las tres horas cuando estábamos en lo mejor del sueño, oímos la voz de nuestro *capitán* que nos despertó a todos, pues gritó fuertemente por su megáfono a no sé quién en el mar. Nosotros inquirimos para saber pronto la novedad. El *capitán* gritó por segunda vez pero nosotros no oímos contestación alguna por nadie, tampoco vimos nada en el mar porque la noche estaba muy oscura. Pero después de largo escuchar oímos que un pequeño bote venía a remo contra nosotros y estaba ya muy cerca. Nuestro *capitán* gritó aún otra vez quién se aproximaba a nuestro barco, pero mucho menos obtuvo una respuesta. Por esto mandó aportar rápidamente hierro y pólvora, encender la mecha y cargar los *cañones*. En un instante, todo el buque estuvo como quien dice totalmente iluminado y en su derredor fueron colgadas hasta doce linternas. El *capitán* amenazó a los que se aproximaban con [hacer] fuego si se atrevían a acercarse más al barco por cuya amenaza notamos pronto por el remar que la barca se alejaba de nosotros; después de un rato no oímos más nada y comenzamos a seguir satisfaciendo nuestro sueño.

Cuando rompió el día, estuvimos muy ansiosos en mirar por la lejanía del mar para conocer si era de divisarse alguna barca en el mar; vimos entonces con mucho placer el agradable estrecho situado frente a nosotros, que a ambos lados estaba ceñido completamente por las rocas más altas. Ahí vimos de pronto los deslindes de dos partes del mundo; a la izquierda las costas de *África*, a la derecha las de *Europa* que según manifestación de nuestro *capitán* estaban separadas por dos leguas españolas, pero a

Estrecho de
Gibraltar

causa de la planicie del mar según primer cálculo ocular parecían distar entre sí sólo por una corta legua, mas el largo del estrecho importaría cinco leguas. Nosotros no hemos medido nada; por esto yo informo según la manifestación de nuestro *capitán*. Sobre las rocas de ambas costas vimos acá y allá algunos edificios erigidos a la antigua que estaban circunvalados por fuertes murallas; estuvimos tan cerca que hubiéramos podido reconocer una persona si alguna se hubiera hecho ver.

A la derecha de nuestro barco vimos el gran peñón de Gibraltar; se hallaba lejos de la fortaleza en el mar, tras la cual se hallaba el puerto. Vimos muchos barcos anclados y reconocimos la fortaleza desde donde una cantidad de cañones apuntaban hacia el mar. En derredor del peñón vimos aletear tres embarcaciones medianas que a causa del viento contrario buscaban entrar al puerto; eran dos buques mercantes suecos del tamaño de los *bergantines*, cada uno provisto de seis *cañones*. A la izquierda apareció ante nuestra vista la ciudad *africana* de *Ceuta* en su mayor parte como situada cuesta arriba; aunque está edificada al modo moro y cerrada por muchas murallas, era asimismo linda de ver por su *situación*.

Si bien esta ciudad de *Ceuta* está situada en la pertenencia turca o mejor dicho en [pertenencia] mora fue quitada por los españoles a los moros y permanece aún hoy día bajo el dominio del rey de España; aunque ella padece múltiples ataques por los moros, no ha sido quitada hasta ahora a los españoles. Estas dos fortalezas, a saber *Gibraltar* y *Ceuta*, son las dos llaves del estrecho que a todos los barcos pueden cerrar o abrir la entrada y salida al Mar Grande. Yo había oído antes que era la creencia de muchos que al lado de este estrecho había dos grandes columnas en las cuales había sido esculpida la inscripción: *Non plus ultra*. No he visto tal cosa ni he sido informado sobre ello en España.

Tras nuestro barco descubrimos en la cercanía seis buques mercantes holandeses que con nosotros querían penetrar en el estrecho. Al lado, en el costado izquierdo vimos en las costas no lejos de *Ceuta* tres grandes buques de guerra junto con un *transporte* en los cuales con la ayuda del *perspectivo* [anteojos de larga vista] percibimos mucha tripulación. Los holandeses quisieron saber en seguida quienes serían (pero fue creencia general que eran buques de guerra franceses); dispararon algunos tiros de *cañón* sin bala, hicieron ondear sus banderas; también los suecos izaron en seguida su bandera en el asta; esto significaba que los tres buques de guerra se dieran a conocer por sus banderas tremolantes pero estos permanecieron como antes y no hicieron ondear bandera alguna. Si hubieren sido buques franceses y se hubieren dado a conocer, el fuego de los *cañones* habría ardido bien, pues era tiempo de guerra en que Holanda e Inglaterra guerreaban contra España y Francia por cuyo motivo nosotros jamás fuimos transportados sobre tales barcos enemigos sino sobre los *neutrales*.

Los barcos holandeses nos hicieron compañía por todo el día y permanecieron en todo tiempo cerca de la boca del estrecho y esperaban un viento favorable para entrar al Mar Grande. Al anochecer los buques holandeses cambiaron su *Rhombum* y salieron a alta mar; no creíamos otra cosa sino que los holandeses estaban empeñados en

Ceuta y Gibraltar

Vimos seis buques holandeses

Quisimos entrar
en el estrecho de
Gibraltar

tomar conocimiento de aquellos tres buques de guerra. Nosotros en cambio hicimos navegar nuestro barco durante la noche hacia *Ceuta* y lo giramos otra vez hacia *Gibraltar* para no abandonar el estrecho alcanzado y para mantenernos cerca de él.

El 23 de marzo no vimos más ni los barcos holandeses ni los de guerra, todos se habían escondido en alta mar. Con fatiga y trabajo logramos hacer un buen trecho de camino en el estrecho; entonces nos enfrentó un violento ventarrón y de nuevo nos echó afuera.

El 24 de marzo vimos desde lejos los buques holandeses que se habían separado de nosotros como también los tres anteriores buques de guerra que habían echado anclas más abajo cerca de las costas *africanas*. El viento había amainado de nuevo y nosotros navegamos otra vez hacia el estrecho. Cuando ya creímos que ahora nos resultaría, fuimos rechazados de nuevo por el viento contrario. Pero nos sostuvimos de modo que de pronto visitábamos *Ceuta*, de pronto otra vez *Gibraltar* y cruzamos de un lado al otro.

El 25 de marzo a causa del viento contrario y demasiado impetuoso tuvimos que perder de vista el estrecho y fuimos arrojados a alta mar lo que no nos dio reposo durante todo el día.

El 26 de marzo todavía fuimos zangoloteados de acá para allá sobre el mar pero mediante repetidos cambios de vela nuestro *capitán* cuidó en no alejarse demasiado de *Gibraltar*.

El 27 de marzo vimos cerca de las costas españolas cómo fue llevada prisionera una *galiota* [galeota] española sorprendida por una embarcación mora. Como los españoles en la *galiota* conocieron que era un buque moro, tuvieron tiempo de bajar desde la galera a unos botes y huir en ellos a la costa española. Así los moros no lograron otra presa que la *galiota* vacía de gentes pero cargada de mercancías la que ellos trasladaron rápidamente consigo a las costas *africanas*.

Quiénes son los
moros

En esta ocasión debo de advertir que nadie bajo el nombre «moros» ha de entender que ellos serían los negros de *Etiopía*, *Angola*, *Cabo Verde* o *Farnambuco* [Pernambuco] y semejantes pues éstos no son llamados «moros» por los extranjeros sino *Schwarze* o sea *negros*¹³ pero los verdaderos moros que por los extranjeros son llamados *moros*, son de *secta mahometana* y turcos pero no reconocen al emperador en *Constantinopla* por su legal soberano inmediato sino que tienen sus reyes especiales quienes deben impuesto y tributos a la Puerta *Otomana*, si bien en escasa parte. Hay muchos de estos reyes o reyezuelos pero el más principal es el *marrocano*. Otros moros son llamados *algerienses*, *Túnez*, *Fez*, *Trípoli* y etc. Ellos no son de color negro sino de [color] pardo amarillo; hacen cruceros por el mar Mediterráneo y acechan los barcos. No se atreven contra los grandes buques salvo por una emboscada segura. Ellos pasan en horas de la noche por el estrecho y observan todo hasta las *Ínsulas* Canarias; se fian en sus embarcaciones livianas y

Su astucia y manera
de sorprender los
barcos

13 / Los alemanes distinguían entre «moros negros» (africanos) y «morenos blancos» (los moros). *Mohr* en alemán indica a toda persona de cutis obscuro (Ulrico Schmidl, nota 51).

pequeñas que son demasiado veloces para que un buque de guerra pudiera perseguirlos. Como ahora sobre estos dos mares viajan también semejantes pequeños bajeles cristianos ellos los observan muy diligente y exactamente. Saben también que por lo común los buques cristianos excepto los buques de guerra son tripulados por pocos tripulantes; ellos van pues a un golpe seguro porque los aventajan en tripulación aun en una pequeña embarcación pues se acercan tan cautelosamente que más de uno ni se imagina que ello fuera en su perjuicio. Usan diversas astucias; dejan ver poca gente arriba en el buque; todos se ocultan acostados abajo como arenques; tienen intérpretes de diversas lenguas que están vestidos no a la turca sino a la holandesa, inglesa, sueca; éstos —y pocos de éstos— están arriba en el buque, hablan diversos idiomas. En el ínterin se acercan al borde del buque debajo de las piezas de artillería; los escondidos salen arrastrándose como hormigas debajo de la cubierta del barco; cada uno lleva dos garfios de *abordar*, de un lado como una hacha, pero del otro como una púa aguda que encajan en el buque y con su apoyo trepan hacia arriba; mientras tanto otros desde el buque turco los apoyan con los fusiles por los cuales tratan de matar a tiros a los defensores del barco atacado para alejar una resistencia contra sus ataques turcos.

Hasta ahora los buques más grandes de estos moros eran iguales a los *bergantines*; ellos tenían también *chabequines*¹⁴ con las cuales entraban también al Mar Grande y hasta las *Ínsulas Canarias* (las que distan trescientas leguas desde *Cádiz* hacia el Mar Grande). Sin embargo se quiere sostener que ellos están provistos con dos buques grandes, uno con cuarenta, el otro con sesenta *cañones*.

Se me preguntaría de dónde tales pueblos bárbaros reciben esas embarcaciones, pólvora, balas, *cañones* y fusiles, ya que ellos no producen en su tierra tales cosas. Yo contesto que ellos si bien podrían comprar esto a sus vecinos turcos tienen otra oportunidad pues los poderes marítimos nórdicos como ser Suecia, Dinamarca y semejantes como me contestó mi *capitán* sueco, solían aportarles anualmente una cierta [cantidad] en *municiones* de guerra para que los buques enviados al mar por sus comerciantes pudieren pasar sin impedimento; por esto notamos en nuestro *capitán* escaso cuidado en evitar las costas *africanas*; pero él temía un asalto nocturno, especialmente porque fuimos arrojados por los ventarrones hacia *África* y vimos ya reflejarse en las costas los fuegos de los moros que también hemos observado frecuentemente en el lado de los españoles porque cerca de *Granada* y del *Cabo de San Pablo* hemos visto en hora nocturna muchos fuegos no muy distantes unos de otros que a causa de los moros en crucero fueron encendidos todas las noches para señal de la vigilancia como intimidación a los moros. No es una novedad que los moros en hora nocturna desembarcan en la costa española, asaltan y llevan consigo cristianos cautivos pues las costas españolas, especialmente las cercanas de *Málaga* y algo más lejos hacia el reino de *Granada* como he de referir, distan apenas ochenta leguas. Los moros asaltan de noche y huyen en seguida con su presa; antes de que un buque armado los persiga,

De dónde consiguen los moros sus buques y munición

Somos empujados hacia África

14 / *Jabequines* diminutivo de *jabeque*. Embarcación costanera de tres palos, muy ligera.

ellos ya han alcanzado junto con la presa sus costas moras. En las costas españolas se ven también acá y acullá unas torres levantadas en albañilería sobre las cuales se han colocado tres *cañones* de hierro, uno hacia la mar, los otros hacia la derecha e izquierda. Yo mismo he observado tales torres cuando viajé a caballo hasta *Lisboa*.

Retorno otra vez a la ruta cabal y al proseguimiento de mi descripción de viaje que yo había dejado en el 27 de marzo. Ese día tuvimos mucha lluvia y una fuerte tormenta con truenos que nos causó bastante temor.

Otra vez nos
dirigimos hacia
Málaga

El 28 como nuestro *capitán* vio la mala disposición del viento hizo retornar el buque hacia *Málaga* en busca del puerto y esperar allí un mayor favor del mar y del viento. Cómo esta inesperada resolución alegrara nuestros ánimos otra vez atribulados lo comprenderá cualquiera. Pronto picaba hacia *Málaga* la roda a la cual el viento instigaba tanto más cuanto más soplaba hacia este puerto. Arribamos a la 4ª hora de la mañana y echamos el ancla; en la parte restante del día y la noche quedamos a bordo del barco.

Allá pisamos tierra
por segunda vez

Como el 29 nuestro retorno no fue conocido por nadie el *capitán* bajó al agua su *lancha* y nos acompañó a la ribera; fuimos juntos al *Collegium* y [él] junto con nosotros fue recibido con todo afecto.

Fuimos invitados a la mesa junto con él, si bien los herejes (como nuestro *capitán*) son muy odiados y aborrecidos por los españoles, mas se despidió por motivo de tramitaciones ante su *cónsul*.

CAPÍTULO III

Nuestro viaje por tierra a Portugal

Por lo primero ya pareció [exceso] que nosotros en un viaje (que con buen viento hacia *Lisboa* puede ser hecho generalmente en diecinueve días) habíamos empleado sólo hasta el estrecho de *Gibraltar* cuarenta y un días; ante todo porque teníamos orden de no perder la escuadra *portuguesa*, la cual (como fue relatado) partiría en marzo hacia *América*, si no hubiéramos debido permanecer un [año] u otro y tal vez varios años en *Portugal* o después de la paz concertada volver a España, esperar allí un barco que hubiera tomado su derrota hacia *Buenos Aires* en cuyo puerto *americano* suele arribar apenas un buque en tres, cuatro o más años. Pues cuando habíamos llegado a *Livorno*, que fue el 17 de *febrero*, habíamos recibido de nuestro *P. Procurator* que con los primeros había hecho velas anteriormente en un buque sueco, la *orden* de seguirle lo más pronto posible por estar ya lista para viajar la escuadra *americana*. Nosotros temimos perder esta ocasión. ¿Qué había que hacer? Resolvimos una vez expuesto el asunto seguir la opinión del jefe de este *Collegij* que consistió en esto: que viajáramos más bien por tierra en seguridad del traslado hasta Portugal, que por agua con incertidumbre, sobre nuestro *aporte* [conducción] a puerto. El superior consideraba mejor el viaje terrestre que la navegación y ordenó hacer los preparativos para que fuéramos transportados. Esto fue un bocado duro y de difícil digestión para nuestro *capitán* cuando recibió la noticia. Si bien era un hereje, nos apreciaba sinceramente y vertió lágrimas; no menos él conmovió nuestros corazones. Nos despedimos de él y de nuestros cuatro compañeros de viaje de los cuales ninguno se alegró por ello.

Resolución de viajar por tierra a Portugal

Esa noche quedamos todavía *in Collegio*. El 30 fueron requeridos los caballos y preparado todo para la partida. Nuestro *capitán* vino entonces a tierra para vernos una vez más y despedirse, lo que ocurrió con gran pesar de parte suya y nuestra. Un solo impedimento se oponía, a saber: no sabían montar a caballo dos de mis compañeros de viaje para quienes se dispuso pronto de un medio y se tomó en alquiler una pequeña calesa que los condujo por otro camino, no por la sierra *andaluza* a lo largo de la ribera del mar sino por la tierra llana hasta el *Puerto S. Mariae*.

Despedida de nuestro capitán

El 31 temprano nosotros cinco estuvimos a caballo, los otros dos en su vehículo. Cabalgamos por *Andalucía Baja* que los españoles llaman *Andalucía Baya*¹⁵ por sobre las más altas sierras cubiertas de nieve si bien en la llanura encontramos siempre el más bello y agradable [tiempo] de primavera. Ya aquí yo hubiera dejado fácilmente de lado a nuestro guía y proveedor que se había ofrecido acompañarnos él mismo desde *Málaga* hasta *Puerto de S. María*. Este era un eclesiástico seglar de *Málaga*. Fue muy agradable para nosotros porque no estábamos muy versados ni en la lengua española ni portuguesa. Hubiéramos podido manearnos con hablar el latín en carencia de un

Comenzamos a caballo nuestro viaje

Nuestro guía

15 / «Andalucía Baja» dice el original por manifiesto error de copia que escapó a la mirada revisora de Paucke como en otros lugares.

intérprete lo que también hubiera sido muy grave porque en España se encuentran pocos latinistas fuera del clero aunque éste entiende todo, pero lo habla mal porque sólo acostumbran hablar el español.

Este eclesiástico seglar que con nosotros podía hablar tanto latín como nosotros con él el español (piense cada uno que excepto de unas pocas palabras nada más) comprendía asimismo de vez en cuando lo que nosotros le decíamos en latín. Nosotros no sabíamos tampoco si él era un sacerdote o sólo un *minorista* pues jamás le vimos orar el breviario y leer la misa. En *Málaga*, bien lo habíamos visto vestido de su *clériga* pero en el viaje no tenía más que una *camisola* corta formada a la usanza española, un sombrero achatado, un manto pardo y un sable a la cintura. Este día llegamos por la noche a una pequeña villa donde descansamos y recibimos gran amabilidad pero [había] poco de comer como era tiempo de cuaresma. Pues en toda España, en la cuaresma, al anochecer no se verá nada de huevos, leche ni queso sino que la *colación* consiste en algunas hierbas hervidas o (como se dice) habas cochinas hervidas, rociadas calientes con vinagre y aceite, pero lo mejor era el vino que uno podía beber *sicut aquam iniquitatis*. El alemán entenderá esto mejor que nadie. Bien hubiéramos querido descansar pero las *visitas* españolas, por la flor y nata de esta villa y por muchos religiosos se produjeron hasta tarde en la noche. Por esto ha de saberse que los españoles tienen la costumbre en cuanto saben la llegada de una persona forastera, ante todo de una persona religiosa, que los más principales de la ciudad, cada uno de por sí, la visiten y saluden, cuya demostración de amabilidad debe presentar también el saludado a ellos en caso que permaneciese un tiempo en esta localidad; si no ellos se resenten y lo conceptúan una gran descortesía.

Colación de
cuaresma española

Urbanidad
española

Camino pesado por
la ribera española

Nosotros dejamos esta localidad el 31 de marzo y viajamos siempre sobre la tierra desnuda que formaba el confín y la ribera del mar. De pronto estábamos en la altura, de pronto bajábamos cabalgando al valle más profundo. En la altura abarcábamos frecuentemente con la vista una gran extensión del mar y muchas veces vimos grandes buques navegando; en algunas regiones tuvimos que cabalgar muy cerca de la ribera del mar que no se hallaba delimitada por rocas fronterizas sino que era llana hacia lejos tierra adentro. De pronto teníamos [que volver] a la sierra alta en que encontramos asimismo boscajes de *olivos* que estaban plantados a cordel en el más bello orden ameno. De pronto entrábamos en un terreno llano donde estaban paradas como bosquecillos las más altas varas de romeros. Nosotros usábamos las varas como fustas para avivar con ellas nuestros caballos. A la par de éstos [romeros] los campos estaban colmados de los más abundantes tomillos, espliegos y semejantes hierbas sabrosas que nos deleitaron por un olor agradable. De pronto tuvimos que buscar de nuevo la ribera del mar y cabalgamos sobre puras conchas marinas de que yacían allí —sin decir algo exagerado— muchos millones de diferentes tamaños, colores y formas. Allí hubiera yo querido [ver] algún *curioso* amante de *rarezas* en nuestros países; para su alegría completa hubiera podido saciar su espíritu y curiosidad. Yo descendí del caballo, caminé sobre muchos cientos de miles de conchas; por la hermosura y cantidad de

Paisajes amenos

ellas no sabía cuál escogería primero para mí; pero para poder llevar muchas conmigo, elegí las más pequeñas, más especiales y más bellamente coloreadas. Me llené todos los bolsillos y apenas pude llevarlas pues ya tenía conmigo como unas quinientas y hube de subir otra vez a caballo para que no me pesaran demasiado; y no lo tuve en cuenta aunque los demás comenzaron a reírse cordialmente de mi empeño en buscar conchas pero yo me alegré con mi fardo.

Al fin llegamos a una pequeña localidad que no se asemejaba ni a una ciudad ni a una aldea sino que formaba el asiento de un noble español, pero no era habitado por los señores¹⁶. Nosotros pedíamos comida pero no había que pensar en pescados aunque el mar estaba cerca; por lo tanto nos tuvimos que contentar con una fuente llena de un alimento a modo de un frangollo que consistía en panecillos ensopados con manteca de puerco pero debimos de pagar bien por lo poco. Seguimos cabalgando y al anochecer llegamos a una ciudad llamada *Bornos*¹⁷ donde una gran cantidad de españoles iba en *procesión* y cantaba el rosario. Esta *procesión* era como una *de poenitentia*; muchos andaban con coronas de espinas sobre sus cabezas, otros con sogas en sus cuellos, otros estaban liados en ambos pies y arrastraban tras de sí ya una gruesa cadena larga ya un gran trozo de madera. A su vez otros se hacían guiar por un criado y llevaban un freno de caballo en su boca; otros que tenían sus brazos fuertemente atados contra un pedazo de madera como en cruz, caminaban así extendidos. Habían de verse diversas obras de penitencia muy pesadas que no estoy dispuesto a describir en su amplitud¹⁸. Nosotros buscamos pronto un alojamiento para la noche que yo no hubiera podido encontrar peor en Alemania en una tal localidad. Allí fuimos de nuevo servidos con un frangollo que los españoles llaman *migas*. Otra vez fuimos saludados diligentemente por los habitantes y a la mañana cuando hubimos terminado la santa misa un noble español nos invitó a su casa y nos obsequió con *chocolate*. Después de haber tomado el desayuno montamos sobre nuestros caballos y nos pusimos en viaje. A mediodía llegamos otra vez a una ciudad donde al fin encontramos algunos pescados. Pensamos tener un almuerzo bien sabroso pero nos pareció muy español; todo el aderezo consistió en agua, aceite y una buena *porción de peperoni*¹⁹ o pimientos españoles. La mala suerte le tocó a nuestro compañero del cual he dicho antes que él era un enemigo de cebollas y aceite; no pudo probar nada de ello, tuvo que saciarse con panecillos y manteca; los demás en cambio metimos fuertemente la cuchara pero nuestros labios ardían como fuego a causa de la excesiva pimienta por la que la sopa estaba completamente amarilla. También allí tuvimos que dejar buena plata por el almuerzo. Nos apresuramos a arribar bien pronto a la ciudad de *Puerto Santa María* pues la comida era muy desagradable al estómago alemán y los estribos habían

Comida española

Procesión española

Estribos españoles

16 / Ha de referirse a un «cortijo feudal».

17 / Villa con ayuntamiento en el partido Arcos de la Frontera.

18 / No sólo en España, pues Dobrizhoffer menciona también las crueles penitencias que se imponían los españoles en tierra argentina.

19 / Error por *peperoni*, voz con que los italianos designan estos pimientos.

Iglesias españolas

maltratado tanto nuestros pies que hasta los nudillos de los pies nos dolían como si estuvieran recalcados. Pues los estribos españoles no son hechos de hierro a la manera de los alemanes sino que cuelgan de las correas a guisa de dos cajitas de madera en la que uno mete los pies y está como parado en ellos y los lleva cubiertos todo el día. Al anochecer llegamos a una pequeña localidad donde no hallamos una fonda sino que uno de los regidores de la ciudad, a los que los españoles llaman *alcaldes*, nos invitó a su casa y nos dio para descansadero únicamente un establo. Nuestra cena consistió en una ensalada fresca y nada más. A la mañana cuando hubimos leído la santa misa nos aprontamos de nuevo para el viaje. Se me ocurre lo que en el curso de mi descripción ya debía haber comunicado referente a las iglesias en las ciudades menores. Uno ha de encontrar pocas iglesias que reciben la luz por las ventanas abiertas; por lo general se encuentran una o dos ventanas; toda la luz para el interior de la iglesia se da por la puerta abierta por cuyo motivo las iglesias son muy oscuras. No se ven escaños como en Alemania; el mujerío o se hinca o se sienta en el suelo pero coloca por debajo de sí una alfombra; los hombres se arrodillan o están parados. El mujerío se cubre la cabeza con un gran pedazo de tafetán o damasco, o también con otro género en el cual se envuelve junto con los brazos, hasta los muslos. Los hombres en su mayor parte llevan la cabeza completamente pelada; sólo en derredor de la nuca tienen una hilera de cabellos cortos; llevan bajo el sombrero un capirote de lienzo bordado con puntillas que no quitan ni en la iglesia durante la santa misa y menos durante el sermón. Tal el país, tal su costumbre. Durante la misa se ve apenas rezar a alguno sino que están parados con las manos cruzadas en meditación. Llevan pendiente del cuello el rosario y cuando quieren rezar se lo quitan. Los españoles que llevan largo su cabello propio y lo tienen trenzado, lo destreñan cuando van a la iglesia y lo dejan volar a lo largo, especialmente cuando van a la santa confesión pero otros no llevan trenzados sus cabellos sino dentro de una red de seda que está liada en derredor de la cabeza y que tiene atrás en la coronilla, dos borlas. Tales redes no las sacan ni tampoco en la iglesia.

Ahora ¡adelante con nuestra descripción de viaje! A mediodía arribamos a una pequeña villa situada sobre un alto cerro. Allí acechamos por un almuerzo satisfaciente pero poco pudimos conseguir. Las *migas* tuvieron que suplir de nuevo. Después que nos hubimos llenado, buscamos un conveniente alojamiento nocturno y lo encontramos en la ciudad *S. Lucas* situada en la ribera del mar. Es una ciudad mediana, bellamente edificada en la que se encuentran algunos conventos, también un *Collegium* de *jesuitas*; igualmente está bien provista de alimento y tiene un puerto marítimo. Al lado de esta ciudad entra al mar el gran río *Guadalquivir* que es navegable hasta la ciudad de *Sevilla* y lleva *balandras*, *taratanas*, *faluas*, *paquebotes* y *bergantines*²⁰ los que todos son nombres de diferentes barcos chicos.

Nosotros permanecemos fuera de la ciudad en las inmediaciones del río *Guadalquivir*, que tuvimos que pasar al día siguiente; tampoco sabíamos que en esta ciudad había un *Collegium* de *jesuitas* del que fuimos informados más tarde *in portu*

20 / Paquebotes figura por error como «paquibotes», en el original.

Santa María. A la mañana subimos junto con nuestros caballos en un buque ancho y bajo; cruzamos muy tranquilos el río y emprendimos nuestro camino hacia *Xeres de la Frontera*, una ciudad pequeña pero linda no lejos del *puerto S. María* donde se hallan domiciliados muchos nobles españoles. Allí sobre un puente de piedra comimos nuestro almuerzo consistente en un pedazo de queso y pan blanco; encontramos un excelente vaso de vino pero no quisimos entrar en ninguna fonda para no tardar en llegar al *puerto S. María* por lo cual almorzamos bajo el cielo libre, en el puente, al lado de nuestros caballos si bien en esta ciudad había también un *Collegium* pero no lo supimos porque a nadie habíamos preguntado por él. Pronto montamos otra vez a caballo y marchamos por entre muchos huertos de *olivos* hasta el *puerto S. María*, distante de *Xeres* una legua alemana. Llegamos a ese *puerto* entre las 3 y 4 de la tarde, descendimos adonde ya estaba preparado nuestro alojamiento en un gran edificio que se llamaba *hospitium Missionariorum* y solía ser el habitual paradero para los *misioneros* que arribaban.

Portus S. Mariae

En él encontramos un amable recibimiento, todo cuidado y manutención. Allí habitaban cuatro *jesuitas* con su jefe eclesiástico que era un hombre muy viejo de buena estirpe española pero nacido en la ciudad *americana* de Quito. Si bien este varón colmado de años se encontraba en *Europa* como *Superior* de *Hospitij indiano* añoraba siempre su patria y fue para él su mayor placer cuando algunos *misioneros* ordenados partían hacia el continente de *América*.

Nosotros permanecemos cuatro días en esta ciudad y en este alojamiento; fuimos agasajados suficiente y gustosamente. En el ínterin contemplamos la ciudad y lo que se exhibía como notable en la región. El tiempo era muy limitado para observar algo más detenidamente pero lo que nosotros hemos notado en este corto tiempo será referido también aquí brevemente.

La ciudad *Portus Sanctae Mariae* no es una de las más grandes pero sí de las mayores y más bellas ciudades del reino español de *Andalucía* frente mismo a *Cádiz*, el célebre *emporio* o puerto industrial y ciudad en *Europa* donde se halla el fondeadero de muchísimas potencias marítimas y de hombres de comercio. El puerto marítimo se encuentra en el medio entre las dos ciudades *Puerto S. Mariae* y de la ciudad de *Cádiz* de modo que desde un lado el *Portus S. Mariae*, por el otro *Cádiz* aseguran y guardan al puerto marítimo. En el medio de estas dos ciudades anclan todos los buques que frecuentes veces suman hasta trescientas y más embarcaciones marítimas. Desde nuestro *hospitio* por las propias ventanas de los cuartos se podían contemplar y reconocer todos los barcos surtos, los arribantes y los extranjeros. Una de las más agradables representaciones que yo he contemplado en mi vida y [uno] de los más divertidos recreos del alma para un amante de asuntos extraños y deleitantes lo he encontrado ahí. *Cádiz* no se halla sobre la tierra firme sino que [es] una península o isla que forma hacia la ciudad *Puerto S. María* un seno y a la vez abraza el puerto. Por ambos lados es anegado y lavado por el mar; dista treinta leguas del Estrecho de *Gibraltar* como fui informado. Diariamente se ve la entrada y salida de barcos. Cada buque, especialmente

Su descripción

Cómo son los prácticos

un español, debe solicitar de la ciudad mediante un tiro de *cañón* un guía por entre el puerto o —como ellos dicen— un *practicum* cuando está todavía lejos para que el [práctico] pueda encontrarlo aún delante de la entrada al puerto y acompañarlo a éste. Entonces el *practicus* se encarga del buque como si él fuere el *capitán*; los tripulantes deben obedecerle y tender las velas como él manda; igualmente él está al lado de la aguja *magnética* y ordena a los timoneles cómo han de mover el buque. El *capitán* verdadero se comporta como si no fuera nadie y deja al *práctico* mover el barco al puerto. Si el *práctico* sufre un percance ha de responder por ello; si lo lleva con felicidad al puerto percibe su buena paga. Y esto se hace a causa de que muchos son expertos del mar pero no del puerto marítimo y como por lo general un naufragio (fuera un barco encallado o estrellado) no suele ocurrir en alta mar sino en la entrada o salida del puerto marítimo de acuerdo con el proverbio *inportu naufragium* se usa siempre la precaución a la entrada y la salida, de esperar para un guía, a quien el puerto es completamente bien conocido. Si no hubiera peligro como en otro puerto como ser *Livorno* en *Toscana*, *Málaga* en *Andalucía*, *Lisboa* en *Portugal*; de los sitios en *América*: *Montevideo* del SS. *Sacramento* del dominio portugués y *Buenos Aires* del dominio español en los que he entrado y donde no hay peligro, no se solicita un *practicum* o experto por ser innecesario. Pero a causa de ser peligroso entrar al puerto de *Cádiz* por la roca existente debajo del agua llamada *Punta de Diamante* contra la cual han navegado en derecha muchos barcos y han naufragado, los buques, especialmente los españoles, deben de pedir un *practicum*. Lo mismo hicimos nosotros cuando de vuelta de *Las Indias* hemos llegado a *Ostende* donde desde lejos aún, pedimos del puerto mediante un disparo de *cañón* un *practicum* quien también estuvo pronto a disposición.

El puerto de Cádiz

Este puerto es también peligroso del lado de la ciudad de *Portu S. Mariae* donde encallan en la arena también muchos buques chicos, y se hunden en corto tiempo como yo con mis ojos he visto dos, a los que no se pudo socorrer a causa del gran viento y las olas; así [los tripulantes] debieron hundirse y ahogarse a la vista de todos.

Al lado de la ciudad de *Cádiz* en la punta de una hilera de rocas hay una torre alta o llamada de otro modo *Pharos* en la cual durante la noche se mantiene mediante lámparas colgantes, una magna luz para advertir a los que llegan por mar a la cercanía del puerto, que en horas nocturnas no acerquen demasiado el barco.

Fuera del puerto hay aun otros parajes aptos para ancladeros hacia el cabo de *S. Vicentij*; uno tiene el nombre *Arenas Gordas*, el otro *A las Puercas*. En este sitio estuvieron anclados seis buques franceses, de seguro para espiar si saldría del puerto de *Cádiz* un buque holandés o inglés [a fin] de revisarlo en alta mar, pues en ese entonces —como ya dije— era tiempo de guerra. Aquí es de advertir que también en tiempos de guerra los barcos enemigos entran en los puertos marítimos; eso es en un puerto *neutral* donde no ha de hacerse ninguna hostilidad por parte de uno contra el otro ni tampoco algunos tiros de artillería hechos fuera del puerto si no comienzan los del puerto *neutral* a hacer fuego contra ambos. Así sucedió en el puerto marítimo de *Livorno* dos días antes de que nosotros embarcáramos. Habían anclado un buque francés y uno inglés

que entonces eran enemigos entre sí. El francés levó anclas durante la noche, el inglés lo notó y soltó también su buque; apenas hubo salido el francés, el inglés lo siguió y a poca distancia del puerto se hicieron fuego entre ambos. Como esto ocurrió contra los reglamentos y leyes de puertos, desde la ciudad hicieron también fuego contra ellos hasta que se separaron. No hemos sabido lo que habrá ocurrido en el mar más lejano y alto.

Los susodichos barcos franceses que estuvieron anclados en *las Puercas* entraron el tres en el puerto. Entonces fue ameno ver cómo entraron unos tras el otro con las velas tendidas y las tremolantes banderas bien blancas; cuando estuvieron cerca de la ciudad, cada uno hizo tronar sus *cañones*. Este tronar de los disparos duró por un buen cuarto de hora. Desde la ciudad contestaron a cada barco con siete *cañones*. Esta costumbre es observada siempre cuando entra al puerto un buque de guerra y la ciudad debe de contestar con *cañones* pero no con tantos con los que es saludada. Si hay en el puerto una *capitana* de guerra es saludada también y ella contesta con unos disparos de *cañón* pero siempre impares como ser con tres o cinco o siete *cañones*. Aquí no quiero detenerme en la descripción de la ciudad de *Cádiz* y del *puerto de S. Mariae* porque las he visto sólo por pocos días; me reservo para mi viaje de regreso desde *Las Indias* que entonces he permanecido durante nueve meses *in portu S. Mariae* y como de nuevo quedo prevenido de aprontarme para el viaje al reino *portugués* no puedo detenerme en la descripción de estas dos ciudades sino que debo partir.

¡Pero qué sierra tan alta tuvimos aún que remontar! La comida durante este viaje y la comodidad no fueron mejores que antes. Cuanto más nos acercamos a *Portugal*, tanto peor encontramos el hospedaje. Las gentes no eran tan amables como en España ni tan tratables y les bastaba que nosotros (aunque alemanes) tuviéramos como guías a españoles y estuviéramos destinados a *misiones* españolas pues los *portugueses* son tan encolerizados contra los españoles como un halcón contra una calandria. Cuando llegan a ver en su tierra a un español no saben qué afrenta y burla hacerle. Imagínese cada uno el espectáculo que se produce cuando un judío llega a parar entre los estudiantes de Praga; así nos ocurrió a nosotros como a españoles entre los *portugueses*. Después de sufrir muchas incomodidades y padecimientos llegamos a la ciudad de *Miranda*, buscamos la fonda; ningún *portugués* nos informó con verdad. Cabalgamos entonces a *Pilatus*, de *Pilatus* a *Caiphaz*, de *Caiphaz* a *Anas* de *Anas* a *Herodes*. Comprendimos entonces que éramos mofados por los *portugueses* al igual que *Cristo*. Nos acompañaron en multitud hasta que al fin uno de entre los más ruines, no tan ruin como los demás nos indicó en verdad una fonda. Fuimos recibidos muy secamente como por quien no ve de buen agrado los huéspedes en su casa; descendimos de nuestros caballos ínterin cuando completamente rendidos buscamos un lugar de descanso y los dos peones llevaron al cuarto el escaso fardaje, los *portugueses* se divirtieron con nuestros caballos, cortaron a todos las cerdas de las colas y crines; [los caballos] quedaron completamente tusados y feamente desfigurados. Nuestros dos guías españoles a quienes pertenecían los caballos, no debían decir nada si no toda la caterva *portuguesa* hubiera

Aversión de los
portugueses contra los
españoles

La ciudad portuguesa
de *Miranda*

Nuestro recibimiento
allí

Comida de los
portugueses

avanzado contra ellos y los hubiera maltratado despiadadamente. Lo peor en estas dos *naciones* es que hieren pronto de punta con el cuchillo y no temen asesinar un hombre, especialmente los *portugueses* que acostumbran, cuando pasean por las calles de la ciudad, llevar bajo el brazo y la capa la espada desnuda cuya vaina dejan en casa. ¿Qué íbamos a hacer nosotros? Denunciarlos ante el alcalde era inútil pues a ninguno podíamos acusar en propiedad, por esta pillería; al fin tuvimos que aguantar todo y mirar sólo por alejarnos buenamente. Al otro día seguimos cabalgando y al anochecer llegamos a otra localidad donde de nuevo tuvimos un gran acompañamiento hasta la fonda. En total el viaje por *Portugal* nos resultó más pesado y desagradable que si hubiéramos viajado por España durante todo un año; obtuvimos poca comida y tuvimos que pagarla terriblemente. Estas gentes se llenan en su mayor parte con frutas. Si bien tienen también pescados, éstos por lo común se hierven sólo en el agua y se consumen con aceite y vinagre; fuera de esto comen muchas verduras, hierbas, *fasoles* y cosas semejantes. Como en este viaje hemos pasado la última semana del tiempo de cuaresma, no puedo decir cómo nos hubiera ido en días de carne. Pero más tarde yo pude hacer un cálculo por la comida que durante siete meses hemos consumido en *Lisboa*. Fuera de la ciudad de *Miranda* que está bien fortificada, no hemos visto ninguna ciudad digna de mención; *Portugal* no es muy poblado como tampoco España, pero España es un país más lindo y mejor, tanto en costumbres como también en cosas reales y manera de vivir. Es cierto que los *portugueses* se enfrentan con grandes *cumplidos* entre ellos, pero para con el alemán el español parece ser todavía más sincero que el *portugués*; este [último] es un hombre insolente y altanero; ellos se creen la *esencia* de la cultura *europaea*. Si nosotros lo queríamos pasar algo mejor, teníamos que admirar todo lo que era *portugués*. Si hubieran sabido lo que yo pensaba muchas veces entre mí, no habría recibido ni un bocado de pan.

Asimismo las ciudades por donde pasamos, estaban edificadas en buen orden pero no de manera para que yo aconsejara a un *caballero* alemán que valdría la pena y el dinero para viajar hacia allí, pues las cosas notables no me parecen tan valederas como el dinero gastado en semejante viaje.

La ciudad de
Almeida

Al fin llegamos a la ciudad de *Almeida* que en buena edificación está situada a orillas del río más grande de *Portugal*, llamado *Tagus*. Allí permanecemos hasta después del almuerzo, dejamos los caballos y buscamos una barca para cruzar el río *Tagus* y entrar a *Lisboa* que está situada en la margen del mencionado río y navegamos por una hora hasta el lugar. Antes de que desembarquemos en *Lisboa*, quiero almorzar todavía en *Almeida* y relatar algo más ampliamente sobre ella.

Almuerzo caro

Para nuestro mayor placer vimos desde esta ciudad de *Almeida* al otro lado, a *Lisboa* que con siete cerros luce lindamente; pero desde lejos aparece más que de cerca cuán linda es en sí. El almuerzo de *Almeida* era para ocho personas y dos caballeros; consistió en sopa, tres huevos para cada uno, una fuente de pescados; en cuanto a vino habíamos tomado algo más de dos jarras, se habría pasado de un sextario. Ahora yo preguntaría a un buen y experto posadero en Alemania cuánto pediría él por un

semejante almuerzo, pero que tenga presente que el vino —el *ordinario* de mesa— costaba *en proporción* también menos que en Alemania. No se asuste nadie cuando oiga de veinte y tres pesos fuertes entregados en su paga. Nadie tenía que decir una palabra y [hubo que] pagar en silencio. Nuestros corazones latían y los bolsos de dinero padecieron merma. Después del almuerzo terminado dirigimos nuestros pensamientos al próximo último viaje final a *Lisboa* que había de ser por agua. Se aprestó la barca, fuimos al *puerto* y comenzamos a navegar. Nuestro compañero-guía, el *eclésiasticus* ya había visto mucha agua pero poco viajado sobre ella. Él se resistió a viajar con nosotros pero ante nuestra insistencia resolvió acompañarnos hasta *Lisboa*. El río *Tagus* formaba grandes olas. El movimiento de la barca revolvió el estómago de nuestro ángel de compañía y [él] perdió todo color en la cara, se echó al suelo para no ver el río turbulento y sentir aún mayor malestar; cada golpe de las olas contra el buque le exprimía el sudor y repetidos suspiros. Nosotros como ya acostumbrados nos reíamos con compasión de él. Después de una navegación de media hora tocamos tierra y fuimos recibidos en la orilla por un inmenso tropel de *portugueses*, pues a causa de ser sábado de pascuas ya había *música* en el puerto la que consistió en una *gaita* (como se dice), *guitarra* a *manera* de una *bandola* y de un tambor muy pequeño. En diversos lugares se tocaba con estos *instrumentos* para el baile, pero éste por su simplicidad era más bien un motivo de risa que de admiración. Ellos no formaron otra posición que [colocarse] uno frente al otro y alejarse de nuevo con pequeños pasitos entre ellos. Cada uno de ambos danzantes tenía en la mano y pendiente del dedo mayor una castañuela torneada de madera dura y en el medio entrecortada, que ellos entrechocaban en la mano llana y causaban siempre al compás del baile un estrépito de madera. A este baile no puedo denominar de otro modo que *tiquismiquis*²¹, pues no es un [baile] francés ni polaco ni alemán. ¿Qué es entonces? Un [baile] portugués.

Llegada a Lisboa

21 / *Lari fari* en el original. Sin mayor sentido en el idioma alemán.

CAPÍTULO IV

Arribo a Lisboa; descripción del puerto marítimo y de la ciudad

Cuando estuvimos en la ribera y preguntamos dónde se hallaba el *Collegium de jesuitas*, no nos dieron contestación alguna pues preguntamos en lengua latina; seguramente ellos no nos entendieron. El *eclésiasticus* junto con sus compañeros españoles estaba ahí parado como el pobre pecador de Sprottau²². Al fin comenzaron a preguntar en su lengua castellana para saber dónde se encontraba el *Collegium*. Entonces se levantó una risa general como si la lengua portuguesa con la española no fueran por lo menos hermanas mellizas. Al fin mediante dinero y buenas palabras nos acompañó un pobre diablo y ése era un español del reino de Galicia. Tuvimos que caminar muy lejos y la caminata nos era más fastidiosa que penosa a causa de la compañía portuguesa que nos acompañaba. Habíamos llegado al *Collegium* y esperamos ante la puerta. En cuanto la noticia de nuestra llegada fue dada en la puerta del *Collegij*, nos recibió nuestro *Procurator* junto con los demás *misioneros* de *Indias*. Entonces experimentamos la satisfacción para la que habíamos realizado tan trabajoso viaje hasta Lisboa.

Los *jesuitas portugueses* nos saludaron al siguiente día temprano porque habíamos llegado en horas del anochecer. No pude conocer por sus caras la amabilidad, por lo cual yo no pude deducir si ella fuera una serena santidad o una mesurada *gravedad*. Pero yo no olvidé la amabilidad alemana para con cada uno que me saludó.

Al día siguiente estuvimos preocupados por saber si por acaso hubiera llegado nuestro barco desde Málaga, pero no pudimos obtener noticia alguna. Cuando ya habíamos descansado por catorce días, quise ver también el puerto marítimo portugués de Lisboa hacia el que me encaminé con otro. Inesperadamente no sin cierto sobresalto [para mí] fui abrazado y besado por alguien en la calle. Yo me enderecé y miré a ese buen amigo en los ojos que reconocí humedecidos por lágrimas de alegría; la *peluca* sueca lo delató aún más y me presentó nuestro *capitán* del buque a quien habíamos dejado en Málaga y efectivamente él lo era. Pronto me informó de su llegada en un buque inglés que junto con el suyo propio lo había traído al puerto como presa. Fue después a [ver] su *cónsul* (como los suecos lo mismo que otras potencias marítimas tienen en todos los puertos) para salvar su buque de manos de los ingleses.

El motivo de [haberle sido] quitado fue (como él dijo) que los ingleses lo habían hallado cargado de cereales, por esto le inculparon de llevar alimentos a sus enemigos pero esto no era verdad pues él había cargado los cereales en Italia y los llevaba a Portugal que no se hallaba envuelta en esta guerra. Nosotros habíamos dejado nuestros baúles en este buque cuando lo abandonamos en Málaga; éstos también habían quedado en manos de los ingleses junto con el buque, si Ana, entonces reina en Portugal, hermana de nuestro emperador Carlos VI, en Dios difunto, no hubiera intervenido.

22 / Se trata de algún dicho popular referente a esa ciudad prusiana.

Nuestro ex capitán
de buque me
saluda con regocijo

En cuanto retorné al *Collegium*, informé al *P. Procurator* nuestro superior quien al día siguiente corrió a la Corte y le comunicó a la reina la desgracia de nuestro buque. La reina no tardó en poner pronto en libertad a nuestro buque, con lo cual nosotros recobramos sin pérdida alguna nuestros baúles y objetos.

Desde el doce de abril en que habíamos pisado la ribera de *Lisboa* quedamos hasta el diecisiete de *septiembre* en esta ciudad de *residencia* real. Un mes tras otro se decía que la flota partiría hacia el *Brasil* pero las anclas mordían aún demasiado fuertemente el fondo. Vamos a dejarlas morder hasta el diecisiete de *septiembre*; en el ínterin me empeñaré en indicar aquí lo que mientras tanto he visto y notado en esta ciudad. El *Tagus*, el río principal en este reino de Portugal forma el puerto marítimo. Se vierte al mar, a una hora de la ciudad donde un *castillo* a la derecha, otro [castillo] a la izquierda sobre el resto de una isla vigilan con los *cañones* listos la entrada al puerto. La anchura del *Tagus* pasa en algo una hora [de viaje]. Más cercana de la ciudad que de la otra banda al lado de *Almeida* hay en el río una isla donde en mayor parte viven judíos que entonces no eran tolerados en la ciudad y llevan sombreros verdes como señal. La isla es tan larga como la salida desde el puerto hasta el mar; entre esta isla y la ciudad anclaban los buques. Ahí se ven barcos de todas las potencias marítimas de los que había surtos entonces más de trescientos. Ha de saberse que semanalmente se imprime un boletín en que se hallan indicados todos los buques entrados y salidos del puerto junto con el lugar de partida y destino, su carga, el nombre del buque y del *capitán* por donde es fácil saber cuántos barcos paran en el puerto. También se publica qué buque comienza a cargar, qué carga es embarcada y cuándo levará el ancla. Se reconoce en un buque la señal de listo para el viaje cuando hace tremolar la bandera y dos o tres días antes lleva adelante una que otra vela chica.

Al lado de estos buques grandes se ven también por dos veces más unos buques chicos que se hallan en continuo movimiento, cargan y descargan. No pasa un día sin que entren y salgan buques que a la entrada y a la salida deben enarbolar su propia bandera.

En cuanto entra un buque los guardianes van a su encuentro desde la ribera; ni bien ha anclado, suben ellos al buque y vigilan para que de éste no se descargue nada hasta que haya obtenido el permiso de llevar su carga a la ribera. Lo mismo se hace cuando el buque quiere cargar; entonces es ocupado también por seis u ocho guardias que deben vigilar día y noche que no llegue al puerto nada indebido.

También sucede en ocasiones aunque no muy frecuentes que unas personas sospechosas por robo o asesinato se refugien en los buques a partir y se oculten; por ello [los buques] son también revisados prolijamente y observados los viajeros existentes en ellos. Ello no obstante en ocasiones es escondido por el *piloto* del barco, el *contramaestre* o los marineros, alguno que no se presenta sino recién en alta mar; como entonces hay tanta gente en el buque no son reconocidos tan pronto por el *capitán*.

Es agradable ver [que al igual como] cuando es el natalicio [del jefe] de una potencia marítima ocurre lo mismo también en su fiesta onomástica. Todos los buques que

El *Tagus* y el puerto marítimo en *Lisboa*

son sujetos a este soberano son ornados y engalanados en la forma más bella. Ahora como cada buque debe de llevar consigo banderas de todas las potencias marítimas, las izan en las cuerdas de los mástiles y las dejan ondear por el día entero. Tres veces por día disparan los *cañones*, a la mañana, a mediodía y al anochecer. En la mesa cuando recuerdan de su soberano bebiendo a su salud hacen tronar otra vez todos los *cañones* en lo que los ingleses se demuestran como los más empeñados.

En los buques de guerra se cumple la sentencia de los condenados a muerte en igual forma como ocurrió cuando estábamos todavía en este puerto. En un buque de guerra inglés fue fusilado un *desertor* católico al que un carmelita alemán preparó para la muerte. El condenado tuvo que hincarse en la borda de la proa del buque; en sus pies tenía atado un par de balas de *cañón*; fue baleado por la cabeza y cayó de espaldas al agua.

Descripción de la ciudad de Lisboa

La ciudad de Lisboa es la *residencia* del rey de Portugal; muy extensa, encierra siete colinas por lo cual es llamada *Septicollis*. En estas colinas hay muchísimas aberturas pero que son habitadas y asemejan como si fueren los suburbios de la verdadera ciudad. La ciudad queda abierta sin murallas, posee dos amplias plazas principales, una en el centro de la ciudad, propiamente dicha, la otra al lado de la residencia real. Se encuentran muchos conventos de órdenes. La *Sociedad* tenía allí cuatro casas; un *Collegium* llamado S. Antonio, la segunda S. Rochus que era la casa de los *profesos*; la tercera en *Cottovia* donde [está] el *noviciado* de la *Provincia*; la cuarta al fin de la ciudad que los *portugueses* llamaban *de los Apóstoles* porque fue edificada para los *misioneros* de *Indias* y allí son examinados los *novicios* llegados desde otras *provincias* para *Las Indias*; todas estas cuatro casas tenían lindas iglesias. En *Cottovia* edificaban entonces una *capilla* de S. Xaverij; el altar, todo de *jaspe* y *lazulita* azul, veteadado con venas de oro, fue llevado allí desde *Italia* por cuenta del rey *don Juan* de Portugal. Igualmente estaban cubiertos completamente por estas piedras los muros laterales. La magnificencia y hermosura de esta *capilla* deleitaban los ojos de todos y debe haber costado algo notable. Hasta se hablaba de tres millones, pero yo no sé si debo darle crédito porque he notado que la *nación* portuguesa en la apreciación de sus cosas propias debe de haber heredado algo de los polacos.

Capilla de S. Javier en Lisboa

La parte donde está el castillo real asemeja a una ciudad verdadera y más arriba a mano derecha del castillo hay una gran calle resplandeciente de casas señoriales que conduce hacia la casa de los *profesos*. La otra calle principal hacia el castillo está [formada] por altas casas cuyas paredes no se pueden ver porque todas están revestidas desde arriba hasta abajo al primer piso con vigas o como suele decirse con tirantillos que están cubiertos todos por enrejados.

El palacio del patriarca

La ciudad tiene un *patriarca* cuyo palacio se edificaba entonces en forma muy magnífica. Algunos cuartos empalizados ya se estaban terminando y cubiertos con tapices holandeses en que se hallaba entretejida la batalla entre *Constantino* y *Maxentio* de un modo tan natural que uno creía que procedía del pincel más notable y artista. El palacio lindaba con el castillo real a cuyo lado se edificaba también la iglesia *patriarcal*

Iglesia patriarcal

y dejaba ver más riqueza que belleza. El culto divino se oficiaba a manera de la iglesia de *San Pedro en Roma*. El rey *don Juan*, entonces vivo, era tan amante de estas *ceremonias* de iglesia que solicitó de *Roma* la licencia de usar en su Real Capilla que a la vez era Iglesia *Patriarcal* un coro de la orden del culto divino (en cuanto fuere admisible). Vistió entonces (el número ya se me olvidó) a personas de posición, en parte legos, en parte otros *vasallos* nobles, provistos de la primera ordenación; les dio rentas anuales con el compromiso de presentarse como *cardenales* en las ceremonias eclesiásticas usuales en *Roma*. Se les llama *principales*, se diferenciaban de los *cardenales* en su hábito. Al lado de éstos tenía otros [eclesiásticos] vestidos de hábitos de seda violeta o azul violeta que él llamaba *monseñores* de los que había un número aún mayor. Yo tenía curiosidad en ir a una *víspera* y de observar el proceder en ella. La *música* consistió sólo en el órgano y voces cantantes [coros] que todos eran de Italia, pero la *víspera* no se hizo de acuerdo con el sonido *gregoriano* sino con el método *musical* como se acostumbra en las iglesias *catedrales*. A ambos lados de la iglesia hasta donde alcanzaba el llamado *Presbyterium* estaban sentados en hileras a cada lado en orden doble cada una más bajo que la otra los señores *principales*. Así como los escalones bajaban más entre sí, estaban sentados también los *monseñores*. Esta magnificencia de iglesia era de contemplarse con devota veneración. El patriarca que era un reverendísimo señor de cabellos blancos celebró la *víspera*. El rey don Juan²³ estaba arrodillado en el coro y asistía a la *víspera* (como se decía) observando todas las ceremonias [para ver] si ellas se realizaban como exigía la iglesia. Yo pensé en mi interior que de un rey se había formado un *sacristán*. Durante toda la mañana estaba en el coro y asistía a todas las misas. [Cuando] él notaba un defecto o la menor cosa en la misa tanto en los sacerdotes como en los *ministrantes* no faltaba la inmediata admonición y daba a conocer el defecto mediante el envío de uno de sus sirvientes. Yo no le he visto pues era tan casero que jamás se le ha visto fuera de su corte ni de su *gabinete*. ¡Ya lo creo!, aunque fuere muchacho nadie podía decir haber visto a su rey. Pero yo lo vi, no tan claramente como deseaba de buen grado, pues él estaba arrodillado tras unos enrejados; estaba vestido y embozado por completo de blanco. Su vivienda no era un *gabinete* especial. Ya no se ocupaba de asunto alguno del reino y procuraba servir a Dios. Quien gobernaba el reino y disponía todo era su real esposa *Ana*, la hermana del emperador *Carlos Sexto*. Realmente una santa mujer que por su virtud y devoción demostraba de qué linaje originario procedía. Era querida por todo el reino como una madre amante; todos estaban contentos y le deseaban un gobierno de larga duración. Era especialmente una madre de los pobres y como yo sé, no por experiencia ajena sino por propia vista, iba comúnmente en coche a asistir a la devoción que se celebraba en los conventos de la ciudad; la afluencia de gente pobre era como de enjambres y a ambos lados marchaban limosneros instituidos que hacían abundantes repartos. Demostró un afecto especial a nuestra *misión* porque nos libró de los impuestos de

Ceremonias de iglesia

Principales y Monseñores

El rey se dejaba ver raras veces pero observaba todo

La reina Ana de Austria

Su bondad y afabilidad

23 / El rey Juan V de Portugal, reinó desde 1706 a 1750. Fue el fundador de la Academia de Historia portuguesa y un dispendioso constructor de conventos.

aduana, tributo y pago por el buque [y] a la vez nos recomendó muy bien al cuidado del capitán don José Ferreira.

Durante el tiempo que nosotros los *jesuitas* alemanes permanecemos en *Lisboa*, fuimos invitados a la corte frecuentes veces en conjunto, por esta amabilísima reina; otras veces tuvimos la alta merced de hablar con la reina cada uno por separado junto con nuestro *P. Procurator*. Era un consuelo cordial para cada uno el platicar con esta pía y santa reina. Demostraba la mayor alegría cuando oía que nosotros éramos *vasallos* de la Casa de Austria; preguntaba a cada uno por su patria, su nombre, su edad en la orden sacerdotal; todo quería saber. Lo que yo admiré mucho fue que en su *gabinete* hablando con nosotros, se quedara parada frecuentemente al lado de su sillón; tampoco quiso que un sacerdote besara la real mano. Pues nos decía: —Mis queridos sacerdotes, otros aprecian besar mi mano como una merced pero yo estimo que al besar mi mano un sacerdote, se concede a éste una merced escasa.

De qué manera el rey felicita a la reina en su día onomástico

El rey, ya viejo y enfermizo no se dejaba ver jamás. Tenía su padre confesor en el *Collegio de S. Antonio* que tenía junto al *Collegium* un edificio especial que el rey había hecho levantar allí. Su paseo era desde su *gabinete* al coro de su real *Capilla*. Sólo en el día onomástico de su reina se hacía vestir para desearle felicidad en el día onomástico y entraba al *gabinete* de la reina. Las *ceremonias* que él usaba no eran magníficas y la felicitación [era] muy breve. El rey se había metido en los dedos de ambas manos los más preciosos anillos, se aproximaba a la mesa y tendía ante la reina sobre la mesa todos los anillos [sacándose los] de los dedos y decía a la reina en lengua portuguesa: *muitos para biens*; esto significaba ¡mucho felicidad!; daba vuelta y dejaba a la reina en su *gabinete* y el rey volvía al suyo.

Palacio real

El palacio real no me ha parecido ser algo especial en cuanto a la edificación exterior e interior. Contra la plaza al lado de la corte hay un *ala* única que es de una altura de tres pisos; el resto del edificio tiene sólo dos pisos pero adentro los cuartos por los cuales uno cruza de uno al otro, están forrados por completo con terciopelo y ornados con los galones más finos de oro o de plata. Cuantos cuartos tantos terciopelos de diferente color cubren las paredes. El palacio tiene en el centro una alta rotonda donde se dice que el rey tiene su *gabinete*. La plaza de la corte, que es bastante grande y por la cual se transportan generalmente las cargas para los buques, está ocupada de un lado por el palacio real pero del otro, al frente, se levanta un alto peñón sobre el cual se edificó la *ciudadela* principal que domina todo el puerto mas no ha sido construido en modo tan fuerte y prolijo como el que puede verse en Alemania.

Admirable acueducto

Lo que al lado de esta ciudad de *Lisboa* es también notable de ver es un acueducto que desde una fuente distante cinco leguas de la ciudad es conducido por entre las rocas más altas y los valles hasta adentro a la ciudad; es verdaderamente una obra de rey y una construcción asombrosa; ahí se puede decir: *sunt prava in directa et aspera in vias planas*. La ciudad entera o su mayor parte toma de esta única fuente el agua para beber. Se camina hasta la fuente del agua por una recoba de cinco leguas de largo que por las pequeñas cúpulas distantes diez varas cada una de la otra recibe suficiente luz.

Se puede caminar con plena seguridad a ambos lados adentro o afuera de la recoba pues a ambos lados de la recoba levantada hay un camino de tres varas de ancho sino aún algo más. Acá y allá esta recoba tiene puertas para que se pueda salir y entrar. A ambos lados en la recoba interior hay *canales* de agua, esculpidos en piedra donde corre agua fresca y agradable para beber hasta dentro de la ciudad; lo restante del suelo fuera y dentro de la construcción está empedrado con piedras cuadradas. Donde hay un valle profundo, la bóveda está colocada sobre arcos de una altura de torre y sobre pilares o columnas de un grosor mayor que de torre y levantados en trozos cuadrados que mantienen pareja la recoba de los valles a la de las rocas perforadas. En la ciudad de inmediato al *Colegio* de *Cottovia* hay un gran edificio en albañilería donde bajo bóveda han sido unidos, con arcilla unos grandes depósitos de cañería y captan el agua de donde durante todo el día el agua es sacada en barrilitos de medio cubo y transportada sobre mulas por la ciudad.

Pero para poder contemplar toda la construcción resolví marchar a pie junto con otro *jesuita* alemán, oriundo de la *Provincia* bávara²⁴, hasta el manantial en parte por dentro de la bóveda, en parte fuera de ella. Como nuestro camino era parejo y libre de obstáculos caminamos reciamente; el hambre nos hostigaba [pero] para nuestra buena suerte encontramos una mujer con panes; le compramos uno y preguntamos por vino que pronto hallamos en una *barraca* que se encontraba al lado de la roca y tuvimos ocasión de reponernos. Terminada la breve refacción seguimos andando y llegamos a la fuente, descendimos por una escalera y contemplamos los ojos de agua que con toda fuerza brotaban de una roca. No debimos tardar en volver para que no nos sorprendiera la noche [y] llegamos completamente rendidos a las siete del anochecer otra vez a nuestro *Collegium*.

Mas pronto tuve que pagar mi *riesgo* con un gran dolor de garganta que me formó una úlcera en el mismo lugar y me causó mucho desasosiego; sin embargo sané en catorce días. Habían pasado tres meses que nosotros permanecíamos en *Lisboa* y esperábamos ansiosos que la flota *brasileña* levantara anclas de una vez. En el ínterin practicábamos la lengua española; la portuguesa si bien no la apreciamos mucho, nos entró de paso sin sentir.

Nuestro paseo fue comúnmente hacia el confesor de la reina que vivía en *Cottovia* con otro sacerdote y un hermano de la *Sociedad* y de la *provincia* austríaca; [ellos] tenían su vivienda propia separada afuera del *Collegio*. Comimos muchas veces en su casa y lo hicimos a usanza alemana pues no nos placía mucho la comida portuguesa de la cual he de contar pronto algo *apetitoso*. Muchas veces también hacíamos nuestros paseos a los *carmelitas* alemanes que habían edificado en el puerto marítimo su pequeño convento o como se llama por los *portugueses* su *hospitium* y pudimos contemplar muy de cerca los buques que salían y llegaban porque tenían que pasar por delante. Este *hospitium* fue fundado por la reina *Ana* entonces aún viva, junto con una bonita capillita que es una pura *rotonda* y dedicada al Santo *Juan Nepomuceno*.

Nuestras andanzas
en Lisboa

El hospicio de los
carmelitas en Lisboa

24 / Ut.

La comunidad de estos *Padres carmelitas* se componía de seis personas, todas de la *provincia* austriaca y también todas bien versadas sobre los *instrumentos musicales*; tenían también un gran armario lleno de diferentes *instrumentos*. De nosotros, los *misioneros* alemanes, se agregaron cinco, comimos frecuentemente en casa de estos religiosos y celebramos una tarde *musical* hasta el anochecer. Algunos de estos religiosos habían sido gravemente heridos por los moros porque en su navegación por el Mar Mediterráneo cuando fueron solicitados a Viena para *Lisboa* y viajaban hacia allí, fueron detenidos y cautivados por los *argelinos*. Quiero agregar aquí lo que ellos nos hicieron saber de su cautiverio.

Carmelitas caen
prisioneros [de los
moros]

Cuando fueron cautivados parecía que todos debían de ser sableados; fueron despojados de todas sus ropas y conducidos completamente desnudos a *África* donde en seguida en la ciudad turca (el nombre se me olvidó) fueron ofrecidos en venta en la plaza pero no fue encontrado comprador alguno, ante todo porque los moros llegaron a saber que éstos eran puros sacerdotes. Ha de saberse que los moros no compran de buen grado a sacerdotes católicos para *esclavos* por el escasísimo provecho que reciben de estos *esclavos* pues no deben ocupar ninguno para el trabajo. A pesar de ello durante los tres años de su prisión fue vendido alguno que otro hasta por cuatro veces, también fueron tratados bastante amistosamente por sus amos que poseían grandes medios hasta que al fin el *Bahi* [bey] cuyo nombre se pronuncia *Bay* los hizo *esclavos* suyos por lo que no padecieron ningún contratiempo y quedaron librados de todo trabajo.

Son libertados por
la reina

La reina *Ana* de Portugal en cuanto supo que sus *carmelitas*, llamados desde Austria, fueron cautivados por los *argelinos*, tomó a sueldo un buque inglés, envió una gran suma de dinero y reclamó los *carmelitas*. El *Bey* no estuvo conforme; exigió más; de acuerdo con el poder que la reina había dado al *capitán* inglés fue acordado lo exigido. El *Bey* pareció estar contento y prometió libertarlos. Cuando ya se hicieron preparativos [de partida] llegó un mandato que los cautivos se quedaran o que se abonara más dinero; esto también fue acordado. Más tarde el *Bey* se arrepintió de no haber exigido más; hizo detenerlos de nuevo y exigió aún más. El *capitán* para no volver sin los sacerdotes prometió más también, tras lo cual el *Bey* ordenó que se les libertara. Mientras tanto los ingleses quedaron escarmentados y apuraron la partida. Fue levada el ancla, tendidas las velas como si ya fueren a zarpar [y] en el ínterin fueron conducidos a bordo los *carmelitas*, lo que los moros no se habían imaginado porque pensaron que había suficiente [tiempo] de detenerlos aun cuando estuvieren a bordo del buque antes de que [los ingleses] levaran el ancla y partieren. Pero fue más listo el inglés que ni bien los tuvo a bordo, partió hacia la mar. Como de esto fue informado el *Bey*, ordenó levar anclas de un *jabequin* y perseguir rápidamente al buque inglés saliente pero [fue] en vano, el inglés se rio del moro y navegó bien seguro que el buque moro vendría demasiado tarde. Al fin trajo con felicidad sus *carmelitas* al puerto y los entregó a la reina que con ojos lagrimeantes les dio la bienvenida deplorando que ellos a causa de haber sido solicitados habían padecido tan gran sufrimiento; procuró en seguida que fueren atendidos en sus viviendas con toda comodidad.

Volvamos al camino cabal de mi relato y anotemos qué otras cosas notables fueron observadas en *Lisboa*.

Nosotros habíamos esperado la *procesión* de la fiesta del santo *Corpus Jesu Christi*; entonces pudo verse algo notable tanto en la ciudad como en el puerto marítimo. Anotemos primero la *procesión* en la ciudad, después veremos la del puerto.

Procesión de Corpus Christi

Todos los *religiosos* debieron aparecer en ella pero desde la Corte emanó la orden a todas las autoridades eclesiásticas, que los clérigos que aparecieran en la *procesión* (Oh, qué extraño me parece esto; en verdad no es ficción sino realmente una orden dada) se hicieran cortar primero las barbas. Yo lo creí una ficción y una ocurrencia con la que tal vez se nos quería engañar pero lo que sucedió después me lo hizo creíble. Los *jesuitas portugueses* nos informaron que el rey no podía pasar en una *procesión* pública ni en un *convento* a los sacerdotes o seglares barbudos y miraba también con desagrado a aquellos que por ley de la orden no debían llevarlas pero no estaban afeitados. De que esta noticia había sido cierta me convencí cuando los cuatro *capuchinos* barbudos de quienes hablé en el viaje por el Mar Mediterráneo debieron hacerse cortar en seguida las barbas al llegar a *Lisboa*; séame permitido advertir que en Portugal los *padres capuchinos* son llamados a causa de sus barbas los *barbadinos*. Entonces sucedió que nuestro *P. Procurator*, generalmente un porfiado contra todo el mundo, se presentó sin estar afeitado justamente esta mañana en que se reunió toda la comunidad del *Collegio* al lado de la puerta para partir a la *procesión*. El *P. Rector* del *Collegij* dirigió los ojos a todos pero cuando vio a nuestro viejo *P. Procurator*²⁵ le chocó en seguida la barba de éste; se encolerizó tanto por ello que le ordenó que en seguida sometiera su barba a la navaja. El buen viejo cerró la boca y obedeció. El motivo por el cual los superiores insisten tanto en que todos estén afeitados al aparecer en una *procesión* ha sido por la orden del rey quien a escondidas contemplaba a todos y en cuanto hallaba alguno, hacía amonestar al superior y también a ese no afeitado.

Todos nosotros fuimos en buen orden con las capas de coro puestas a la *capilla* del real castillo donde se reunían todas las órdenes religiosas de *Lisboa*. ¡Allá había de verse la clerecía! Y las demás gentes a no poder ser contadas. La *procesión* inició su marcha desde la real *capilla* por las calles más principales de la ciudad; los altares no estaban al lado de las casas como en nuestro país sino que había cuatro iglesias indicadas por las cuales pasaba la *procesión* y visitaba los cuatro altares. La *procesión* solía cruzar por las calles más grandes de la ciudad y las iglesias distaban mucho entre ellas pero nosotros ya habíamos terminado toda la andanza, veníamos ya de vuelta hacia la real capilla y aún estaba el Santísimo en la *capilla*. Ahí pude observar detenidamente todo: primero vino toda la *clerecía* de *Lisboa*, parte en sus *rojetes*, parte en sus *casullas*; después seguían los *monseñores*, todos vestidos con ropas *talares* de azul violeta; tras

25 / El *P. Ladislao Orosz*, húngaro de nacimiento, fue encargado por el *Collegium Maximum* en Córdoba (Argentina), para traer una misión desde Europa y a los tres años estuvo de vuelta.

ellos los *principales*, completamente rojos con sus sombreros rojos como los *cardenales* en Roma. Delante de cada pareja de estos *principales* iban dos personas vestidas de azul *violeta* de las que cada una portaba una gran *maceta* hecha de plata y dorada; cada una tenía también su *caudatorium* o portador de la cola. Después otros veinticuatro en sus *dalmáticas* y doce en *pluviales*²⁶ con sus mitras obispales y el cayado pastoral en las manos. Tras éstos seguía el *patriarca* que llevaba el Santísimo bajo un dosel rico en oro y plata o *baldaquín* que llevaron los dos hijos del rey a saber *don José*, el príncipe heredero pero actualmente rey efectivo²⁷ y *don Petrus*, su señor hermano, *don Ferdinando* y *don Manuel*, hermanos del difunto rey en Portugal *don Juan*. Tras el Santísimo seguían los *ministros* de la Corte y todos cuantos servían en la Corte. Cerca detrás de ellos vinieron según su dignidad todas las órdenes portuguesas de *caballeros* con toda la vestidura y distintivos de su orden, toda la demás *nobleza* de la ciudad, al fin los ciudadanos y la gente mujeril; todo un regimiento de infantería acompañaba la *procesión*. Otro regimiento de caballería estaba [formado] sobre la gran plaza al lado de la Corte. En cada altar el regimiento entero disparaba de una vez sus armas; el regimiento de caballería seguía y contestaba de igual modo con sus fusiles; de pronto tronaban desde la *ciudadela* los *cañones* y al fin todos los barcos en el puerto tanto de las potencias marítimas católicas como de las luteranas *calvinas* e inglesas se envolvían en fuego [de disparos] y humo. Las calles por las cuales fue portado el Santísimo estaban cubiertas de un lado al otro de las casas con lienzos en las cimas de las casas para que el sol no quemara demasiado. Por esto toda la *procesión* marchaba a la sombra y al fresco. El camino estaba cubierto por anchas tablas de madera forradas con tapices y sembrado de las flores más olorosas. Las casas a ambos lados llevaban desde la cumbre hasta la tierra unos colgajos de las más lindas piezas de oro y plata, tapices y piezas de seda en forma tal que no se notaba nada de estas casas. Ahí había de verse tal hermosura y riqueza como yo no la había visto ni la veré en toda mi vida.

Después que yo hube contemplado todo exactamente, fui al puerto llegué a buen tiempo de que pude ver y oír las cuatro salvas desde los buques. Yo no sé si hubiera podido ver algo más divertido y milagroso. Pude imaginarme una verdadera *batalla* naval en el mar; los barcos estaban [envueltos] en fuego [de disparos] y humo, uno tras otro disparaba y fue tal el tronar que la tierra en la ribera temblaba. Yo me trasladé a casa después que la *procesión* había retornado a la real capilla [y] fui a la mesa; en esto los ingleses a cada brindis en su almuerzo comenzaron de nuevo a disparar todos los cañones cuyas descargas duraron hasta el anochecer. Y es cuanto puedo relatar sobre la *procesión* en *Lisboa* en el día del santo *corpus* de nuestro señor *Jesu Christi* que se celebra en la manera más magnífica todos los años. El domingo bajo la *octava* fuimos

26 / La dalmática es vestidura sagrada con faldones y una especie de mangas anchas abiertas que forman cruz. Las capas pluviales son usadas por los prestes; se colocan sobre los hombros ajustándolas por delante con alguna manecilla o broche.

27 / Al poco tiempo sucedió a su padre como José I.

invitados todos los *misioneros* del *Collegium Cottovia* a la *procesión*; nosotros solos sumábamos cincuenta y seis. Los *jesuitas* de todos los *Collegios* comparecieron en ella; ya que había varios cientos de ellos. En la *octava* fuimos invitados igualmente a la casa de *profesos* a *S. Rochus*; ambas *procesiones* fueron muy magníficas y comparecieron también los príncipes junto con los hermanos del rey reinante *don Juan*; ellos portaron el dosel bajo el cual el Santísimo fue acompañado. Después de la *procesión* fuimos invitados a la mesa y obsequiados con una gran cantidad de manjares cuya mayor parte era de dulces asaz agradables a la boca alemana. Además vimos una gran cantidad de pastelería, *confituras* y confites a los que los españoles y *portugueses* son sumamente afectos. Fueron servidas frutas cuantas se pudieren encontrar. Pero así como abunda todo en tales ocasiones, tan ahorrativo lo es especialmente en los *Collegis* en la mesa *ordinaria* y diaria la que quiero referir en brevedad con el agregado sobre la manera y el modo de comer a la buena portuguesa.

Nuestro *P. Procurator* debió de pagar diariamente por cada persona de sus *misioneros* once *reales del vellón* que equivale en moneda alemana a 1 R, 6 X [un rixdale y seis kreutzer]. Las comidas eran las siguientes: primero una sopa sin cucharas en la mesa que debimos beber de la escudilla como los *portugueses*. Después traían la carne de buey sin el menor agregado de un rábano u otra cosa. Sólo a veces veíamos algunos pedazos de raíces cocidas y hierbas de gusto fuerte, a que también gustaba fuertemente la sopa. Esta hierba se llama en Alemania menta crespá [yerba buena]²⁸ es una especie de melisa pero las hojas son ásperas. Después de la carne de buey traían una especie de gachas en una fuente con cucharas que estaban metidas en las gachas²⁹. Nosotros los alemanes no sabíamos qué comida tan extraña fuera ésta; a ninguno le sabía mejor que cuando no la tenía sobre la mesa. Yo con mi curiosidad estuve pronto listo para preguntar a un portugués qué comida era ésa. Un *israelita* no hubiera podido dar un mejor informe de su *maná* que este portugués: —Ah —dijo él— por *Deus*, éste es un alimento excelente que se trae del *Brasil*; se hace de una raíz que secada se muele para harina y de ahí viene el óptimo alimento del hombre. —Ah, mi Dios —dije yo— si éste debía de haber sido mi mejor alimento, me haría el mejor provecho si yo hubiere sido un puerco. Ante esta palabra él se fastidió y me dijo: —¿Vosotros, los alemanes, no coméis puercos? —Ya lo creo —dije yo— pero no lo somos. ¿A quién será sabrosa esta comida?; el que quiera probarla lo verá pronto: que haga unas gachas de harina sin sal, sin manteca de puerco, sólo cocidas en el agua, vierta vinagre en ella: ahí está unida toda la *delicadeza*. Que me diga después qué gusto le ha tomado y yo le sostendré que es una comida de las más insípidas. Tales palabras ahuyentaron a mi portugués por lo cual él se despidió a las calladas³⁰.

28 / Krausminze.

29 / *Kasche*. No es palabra alemana, tal vez fuera hispanismo pero extrañamos hallarla escrita en letras alemanas.

30 / El autor confesó más tarde haber cambiado de opinión y pondera la excelencia de la mandioca.

Costumbres de los portugueses en la mesa

Debo confesar y cualquiera lo habrá experimentado que un mono encuentra en su alimentación acostumbrada mayores ventajas de sabor que en los mejores bocados de golosinas. Así se contentará un portugués con su *morcilla* (así llaman al chorizo de sangre) o también con cebollas blancas frescas y un pedazo de pan y creará que él se traga de una vez todo el reino celestial como mis paisanos silesianos cuando tienen albóndigas de harina y carne de puerco.

La raíz de que hacen la harina para las dichas gachas se llama *mandioca* de la cual he de escribir más cuando las frutas del *Paraguay* me dan motivo para ello. Los huesos de la carne que nosotros por lo común, dejamos en la mesa sobre el plato los tiran ellos al medio de la mesa. Así también cuando lavan el vaso en que han bebido vino bueno y luego quieren tomar agua en él lo vacían todo al medio de la mesa. Las migas de pan que al tiempo de comer se juntan en la *servilleta* las vuelcan debajo de la mesa. Los *jesuitas* alemanes tenían la costumbre de juntarlas y daban a cada mesa un pequeño plato que era pasado de uno a otro; en éste juntaban las migas que el sirviente de mesa empleaba a su vez para alimento de las gallinas.

Comida para enfermos

Si uno de ellos —es decir, de los *portugueses*— se enferma, su comida y alimento propio de enfermos es entonces una gallina estrangulada³¹ que en *Lisboa* vale un *cruzado*³². Un *cruzado* es una pieza de moneda de oro que según moneda alemana vale 23 Gr. [cuartos] o 1 R, 9 X [un rixdale y nueve Kreuzer]. La preparación es como en Italia; ellos estrangulan la gallina sin quitarle por el cuchillo una gota de sangre; cuando entonces el pescuezo y la cabeza están hinchadas completamente azules por la sangre contenida, arrancan las plumas y la meten en la olla con agua; cuando está cocida, la traen al enfermo sobre un plato y entonces se trata de: ¡come pájaro o muere! ¡Oh!, qué *apetitoso* para un enfermo a quien repugnan los platos aun mejor preparados; y ésta es la mejor y la única comida que los *portugueses* presentan a los enfermos. ¿Qué ocurrió con uno de mis compañeros de viaje? Fue atacado por la fiebre fría y no la perdió antes de haber tragado cuarenta gallinas estranguladas. ¡Oh!, cómo se le pararon los pelos de punta a nuestro *P. Procurator* cuando tuvo que pagar por ellas cuarenta cruzados o cuarenta y seis R. [rixdales].

Preparativos para nuestra partida para América. Nuestro capitán

Fue bien que comenzara a entrar el mes de *septiembre* en el cual ya se apresuraba realmente nuestra partida con la flota *brasileña*. Nuestro *capitán* era *don José Ferreira*, un *portugués* de ojos de gato que sabía jurar más que un carrero encolerizado. Nuestro barco tenía el nombre *S. Ana y de las Almas*. Todos nuestros alimentos para el próximo viaje fueron llevados al barco. Diariamente esperábamos subir al buque. Al fin el 15 de *septiembre* ya se dijo que pronto debíamos de embarcarnos. Esta noche descansamos a guisa de los pequeños estudiantes que al día siguiente deberían iniciar el viaje a su casa. El 16 recibimos orden de liar nuestras camas y transportarlas al buque;

31 / *Abgewuerkt*. Bringmann en su extracta leyó *gewürzt* (condimentado), pero el texto desautoriza tal verbo.

32 / El «cruzado» español no es de confundir con el *Kreutzer* alemán, pese una posible traducción literal.

entonces todo quedó cumplido en breve tiempo y listo para el viaje. Mientras nuestros baúles y camas fueron llevados al buque, fuimos a la Corte a despedirnos de nuestra bondadosísima reina y queridísima madre. Ella demostró una especial alegría por vernos otra vez y que nosotros fuéramos llevados en el buque *S. Ana* a nuestras *misiones*. Nos despedimos y solicitamos besar su mano que ella al fin nos alargó con estas últimas palabras: —Mis queridísimos *Patres*, yo les deseo una feliz navegación, conserven todos ustedes su salud, recuerden de nosotros y de nuestro reino cuando harán en la santa misa el sacrificio a Dios y queden Ustedes siempre nuestros buenos amigos.

Habíamos llegado al 17 de *septiembre* cuando fuimos llevados al buque, temprano en la séptima hora. Todos marchamos con alegría y regocijo; fuimos repartidos en dos buques; en uno que era una *fragata* comprada a los ingleses fueron instalados seis sacerdotes, en el otro que era un buque mercante quedamos cincuenta y cuatro personas, es decir sacerdotes, hermanos y novicios. Este día estuvimos parados todavía porque en uno u otro buque de la flota aún no estaba todo preparado. Este día comimos en el buque y fuimos bien regalados por nuestro *P. Procurator*.

Al mismo tiempo se realizó durante el día entero una *visita general* y revisión en todos los barcos de la flota. Todos cuantos estaban en ellos menos nosotros y conocidos fueron preguntados quiénes y de dónde eran, para dónde iban y qué cargos tenían y si llevaban pasaporte y licencia para partir. En el ínterin nos visitaron también muchos nobles *portugueses* como también *jesuitas* del *Collegio*.

Todo era alegría y regocijo; se podían reconocer fácilmente los buques que con la flota debían de hacer velas pues estaban adornados en el modo más lindo y cubiertos por completo con todas las banderas. Durante el día entero se oía música, atabales, cornetas; a cada minuto había de oírse y de verse algo nuevo. Todo el puerto estaba en movimiento parecía como si una *escuadra* partiera al mar contra el enemigo. En el ínterin nosotros nos deleitábamos en la contemplación de tales lindos movimientos y preparativos para el próximo viaje.

CAPÍTULO V

Partida de Lisboa hasta la Colonia S.S. Sacramenti

Rompió el día del 18 de *septiembre*; entonces todos los buques de la flota a partir comenzaron a levar anclas. Esta alzada importa mucha fatiga y trabajo [y] todos los tripulantes deben de ayudar en ella. En todos los buques mientras levan, hay una continua gritería, ante todo cuando notan que el ancla ya no está prendida en el fondo y cuando aparece ya fuera del agua.

Aquel buque que levaba más pronto el ancla, tendía en seguida sus velas y partía con rumbo al mar. La flota se componía de cincuenta y tres buques que fueron acompañados por la *Almiranta*, *Capitana* y otros dos buques de guerra hasta las *Ínsulas Canarias* pues hasta allá hay el mayor peligro de moros y piratas. Ínterin se oía en muchos buques el resonar de cornetas y atabales; en otros unas *sinfonías musicales* que todas eran de ver y oírse bien porque ellos [los músicos] estaban arriba en la popa del buque que los españoles llaman *Plaza de armas*. Al pasar por delante de las dos *ciudadelas*, las cuales ya he mencionado, cada buque hizo tronar sus *cañones*; procedió lo mismo para la despedida. A cada buque se le contestó mediante *cañones* por las *ciudadelas*.

Nuestra partida

Ya fuera del puerto vinimos a alta mar, vimos estar ya a la capa los buques partidos antes y esperar a los demás hasta que estuvieran reunidos; nosotros hicimos lo mismo. Si bien no habíamos notado en el puerto un viento fuerte, asimismo soplaba con notable fuerza. El movimiento del buque ya hizo su *operación* en nuestros jóvenes *novicios* que para quedar al aire libre y mitigar en algo sus náuseas de estómago no cuidaron de sus sombreros de los que muchos fueron arrojados al mar por la violencia del viento. El movimiento del buque fue fuerte y los jóvenes *jesuitas* comenzaron ya a vaciar sus estómagos; a las pocas horas todos estaban en cama. Nuestro buque estaba demasiado cargado en la proa, la cual no podía ser girada tan fácilmente por el timón; estuvimos así en peligro de naufragar porque nos encontrábamos parados cerca de la ribera. Si no se hubiera apaciguado el viento, hubiéramos tenido una mala noche. Todos los buques arriaron la mayoría de las velas, en parte por la fuerza del viento, en parte también para que pudieran alcanzarnos los buques siguientes a nosotros.

En este día ganamos poco camino mas siempre conseguimos alejarnos bastante de las costas, pero a pesar de ello no habíamos vencido todas las dificultades pues como nuestro barco estaba más cargado en proa que a popa las olas en todo el tiempo se volcaban en la punta hacia adentro del buque; por lo tanto los tripulantes tuvieron que trabajar fuertemente para mudar la carga y cargar parejamente el barco.

Como nuestro *almirante* viera el 19 de septiembre que aun no habían salido del puerto todos los buques si bien teníamos un buen viento norte, hizo seña de detener y que todos los buques se pusieron a la capa hasta que todos los buques estuvieran reunidos. La *Almiranta* fue como primera con nosotros al mar, la *Capitana* había quedado atrás

para observar los barcos que seguían. Fue una gran lástima por el viento propicio que habíamos captado en alta mar pero debimos de perderlo tan inútilmente y quedamos durante toda la noche en el mismo lugar.

El 20 de *septiembre* la *Capitana* señaló por varios *cañones* desde lejos que permaneciéramos a la capa lo que nos ordenó también la *Almiranta* por tres *cañonazos*. Por lo consiguiente debimos de quedar inmóviles por ocho horas. Mientras tanto nuestro *P. Procurator* leyó la santa misa con asistencia de todos los sanos.

El 21 de *septiembre* recibimos el más favorable viento *nordeste* pues no era justamente a *puppi* [de popa] sino algo de lado que los españoles llaman *viento largo*. Hoy carneamos en el buque un buey de los cuatro que teníamos en el buque. Fuera de la carne ahumada y salada nuestro abastecimiento consistía en veinticinco carneros, veinte puercos, ochocientas gallinas y otra volatería. Muchos creen que los bueyes y otros ganados cuelgan pendientes en lo alto atados con sogas pero no hay tal cosa; todos están sueltos en el centro del buque que llaman *entre puentes* y corren por todos lados salvo que fueran muy ariscos; entonces se les ata sólo de los cuernos y ellos caen menos al suelo que el hombre aunque el buque esté en gran movimiento.

En nuestro buque teníamos nueve moros negros que todos eran expertos en tocar el *clarín* y batir el atabal; eran *esclavos* de nuestro *capitán* [y] no tenían que hacer otra cosa que tocar charangas y marchas al romper el día, a medio día cuando el *capitán* almorzaba y al anochecer para la oración y para hacer procesión. Todos los días al anochecer debían de reunirse todos los del buque, rezar públicamente la letanía *laurentina* y el rosario, después de lo cual todos cantaban por un rato un canto a la madre de Dios.

El 22 de *septiembre* seguía aún el buen viento. A mediodía fue invitado nuestro *capitán* a la mesa por el *Almirante* de manera que mientras duraba la mesa, se oían los *cañones* lanzar afanosamente los estampidos desde la *Almirante*. Desde nuestro buque se contestaba.

El 23 el viento vino más desde oeste y fue algo lateral a nuestro buque así nos acompañaron una cantidad de grandes peces marinos que a manera de un buey tenían grandes cabezas; en lugar de boca tenían una abertura redonda desde donde lanzaban agua; no pudimos ver en un todo lo restante del cuerpo.

El 24 de *septiembre* a la tarde nuestra *fragata* de escolta donde viajaban los seis *misionarj* hizo la señal por un tiro de *cañón* en cuya consecuencia nuestro *capitán* en seguida bajó al mar su barca para obtener la noticia por qué motivo habían disparado; y supimos que en la roda del buque se les había roto el bauprés el cual con la ayuda de nuestros tripulantes fue compuesto esta tarde y ellos siguieron con nosotros.

El 25 de *septiembre*, hoy a la mañana, se despidió el primer buque que era del príncipe del *Brasil*; dobló la roda hacia *Bona Cruz* con el disparar de todos sus *cañones* ante lo cual también la *Almiranta* y la *Capitana* mediante el disparo de varios de sus *cañones* desearon buena suerte en su camino.

El 26 de *septiembre* tuvimos aún tiempo perdurable y el viento empujó muy bien a la flota; si nosotros no hubiéramos debido esperar en tantas ocasiones ya habríamos

Nuestra provisión
en el buque

Vemos las islas
Canarias

pasado las islas *Canarias*. Lo más fastidioso era que todos los buques debían de obedecer a la *Almiranta* y andar a la falda de ella.

El 27 de *septiembre* a la tarde fue nuestro barco el primero que divisó las islas *Canarias*. Nuestro *capitán* hizo estallar en seguida un *cañón* lo que la *Capitana* nos dio también a entender con dos *cañones* que ellos ya habían visto la tierra a mano izquierda, pero a la derecha vimos desde lejos la isla *Madeira* que está sometida a la corona portuguesa y de donde se lleva a Portugal la multicolor madera del sándalo. Todos los buques que nos acompañaban demostraron su alegría por las islas divisadas y descargaron todos sus *cañones*. La *Capitana* que tenía que transportar doscientos soldados a esta isla *Madeira*, se despidió también de nosotros y giró hacia la mencionada isla.

El 28 de *septiembre* seguimos aún con buen viento; vimos cerca de nuestro buque un gran pez que hizo saltar a muchas varas en alto el agua de la nariz.

El 29 de *septiembre* por ser domingo tuvimos santa misa en que todos tomaron la *comuniión*. Hasta aquí no ha habido día en que no hubiéramos podido celebrar el sagrado sacrificio de la misa. Estábamos ya cerca de las islas *Canarias* cuando la *fragata* se acercó a nuestro buque para hablar con nuestro *capitán* si no deberíamos apartarnos ya de la demás flota porque teníamos el camino más largo. Durante estas deliberaciones los buques proseguían siempre con buen viento. Al fin oímos un tiro de *cañón* desde la *Almiranta*; en seguida debimos ponernos a la capa y esperar a dos buques que partieron y aún no nos habían alcanzado. Esto disgustó mucho a nuestro *capitán* pero tuvo que obedecer. Durante este tiempo el *capitán* hizo matar dos bueyes; los cornetas negros estaban como cuervos en derredor del animal muerto. Ahí me quedé pasmado. Apenas se había abierto la res y se veía la panza, tomaron sus cuchillos, sacaron a tajos la panza y cual perros cortaron pedazos de ella, a la que sólo tajearon un poco para que la comida cayera afuera y así tragaron aún calientes las tripas sin ser lavadas ni cocidas; tras esto tomaron una botella de tres sextarios de caña y la empinaron a gusto. Yo les pregunté qué tal les había sabido. Todos contestaron:

—Muy bien, ojalá tuviéramos semejante almuerzo todos los días.

Este día que era muy claro contemplé las islas *Canarias*; lo más lindo de ver era el alto peñón de *Tenerife* que se eleva desde el mar y sobrepasa por su altura todos los demás peñones; no tiene punta y semeja como si la punta estuviera cortada en un modo completamente plano. Nuestros *marineros* dijeron que se le podía ver a 30 y más leguas en alta mar.

Ese día el *capitán* sacó sus *cuadrantes* para de aquí en adelante observar la altura del *Poli* y *graduarla*. Encontramos el 30 grados 39 minutos. A la tarde tuvimos calma y quedamos inmóviles frente a las islas *Canarias*.

El 30 de *septiembre* llegó navegando el *oficial* de la *fragata* hacia nuestro barco; estaba deseoso, debido al viento que soplaba, que se prosiguiera navegando. Tras haber ellos tratado el asunto fuimos todos a la mesa durante la cual los negros no dejaron reposar los atabales y cornetas. Desde nuestro buque descargamos nueve *cañones*; con otros tantos contestó la *fragata*, que no estaba lejos. Después de terminado el almuerzo se despidió el

Desayuno de los
negros

capitán, embarcó en su *falúa* y marchó hacia su buque; nosotros lo acompañamos desde nuestro buque con el estampido [de] veintidós *cañones* y con tantos iguales respondió la *fragata*.

A la tarde se levantó un viento; arreció de continuo y nosotros seguimos navegando por nuestra ruta. En el camino llegaron a nuestro buque muchos peces grandes que al igual de los puercos monteses tenían a ambos lados —como lo notamos— cuatro colmillos salientes. A la hora del medio día observamos que ya navegábamos bajo el grado 29 con 33 minutos.

A la tarde se despidieron seis buques mercantes que partieron hacia *Marañón*; entonces se hicieron nuevamente descargas por todos los *cañones*. Al fin también la *Almiranta* tomó su ruta hacia el puerto marítimo *canario* y nos abandonó con viento propicio hacia *América*. Esta fue para nosotros una agradable despedida; tras ella no teníamos que obedecer a nadie más que a los vientos.

El 1º de *octubre* seguimos con buen viento y observamos a mediodía el grado 28 con 43 minutos. Durante toda la noche sopló un viento bueno.

El 2 de *octubre* temprano alrededor de las siete horas perdimos el viento. No es cosa nueva que al lado y entre las islas, el viento a veces se debilite por completo. Esta calma era triste para nosotros; mientras tanto los tripulantes se divertieron con la pesca y cazaron con el *arpón* algunos grandes peces.

El 3 de *octubre* si bien el viento era débil, proseguimos asimismo despacito. Hasta entonces no habíamos dejado fuera de vista la restante flota pero por un buen trecho estábamos más adelante que todos los demás. Nos encontramos a mediodía a 27 grados 59 minutos. Hoy comenzamos a celebrar la novena al apóstol de los *indios*, el Santo *Franciscus Xaverius*.

El 4 de *octubre* en la fiesta del Santo *Francisci Seraphici*. Hoy como hasta ahora en todos los días de nuestra navegación tuvimos la sagrada misa; todos los que no leyeron la misa recibieron la sagrada *comunió*n. El viento fue *este sud este cuarta sud*, muy favorable para nuestro viaje; nos arrancó poco a poco de la compañía de los otros buques. Había la orden que los buques no se abandonaran los unos a los otros hasta que cada uno estuviere obligado a separarse y tomar otro *rhombum*. Nuestra *fragata* por más ligera estaba adelante ya por una buena legua; por esto tuvo que arriar muchas velas para no abandonarlos y tomar con mayor moderación el viento. Si este buque hubiere podido correr libremente, habría tocado tierra un mes antes en *América*. Hoy a mediodía estuvimos a 26 grados 16 minutos. Este mediodía nos colocamos fuera de vista de los otros buques y proseguimos solos.

El 5 de *octubre* tornó el viento más hacia el sud y se hizo *sudeste*. A mediodía ya viajábamos a 24 grados 53 minutos. Entonces vimos volar [peces] desde el mar en bandadas al igual que los estorninos en Alemania pero pronto cayeron otra vez al agua. Estos eran los peces voladores que eran perseguidos por otros peces pero como las alas se les secaban, caían otra vez al agua. Vimos también dos golondrinas que permanecieron en nuestro buque y volaron de un mástil al otro; sin duda se habrían extraviado

Peces voladores

en nuestro buque porque nos mantuvimos tan cerca de las islas *Canarias*. Después un estudiante de España y un joven *jesuita* me preguntaron qué aves eran éstas; yo repuse en seguida y dije que eran *canarios*. Entonces fue grande el asombro porque ellos aún no habían visto [canarios] tan negros con alas tan largas; los que ellos conocían, tenían un color amarillo blancuzco.

El 6 de *octubre* arreció el viento y nos transportó cada hora por dos leguas alemanas; a mediodía navegábamos a 22 grados 30 minutos. Los peces voladores fueron muy perseguidos por los otros peces marinos [y] volaron en bandadas desde el mar en derredor de nuestro buque; aquellos a los que se les secaron las alas cayeron al buque. Su color es blanquecino y su figura larga como de arenque, pero más angosta en el pecho; tenían alas a modo de aletas pero más largas. Los españoles llaman a estos peces *pexes voladores*; la *x* se pronuncia como *ch* [alemana]. Según la pronunciación yo escribiría: [en alemán] pejes *voladores* que significa *fliegende Fische*.

El 7 de *octubre* estuvimos a la hora de mediodía a 20 grados 16 minutos. Durante este día vimos muchos miles de peces voladores. Cuando los peces iniciaron una *batalla*, el mar se tornó tan rumoroso y el agua resultaba tan desmenuzada en alto como en una catarata donde el agua pega contra las piedras. Esta inquietud y el movimiento de los peces y del mar se produce hasta a distancia del buque.

Manera de preparar
la carne salada

Nos ocurrió en esta noche una inesperada prueba de la amabilidad de peces marinos. Ha de saberse que por la carencia de agua dulce sobre el mar la carne salada es primero tirada [liada] a una sogá al mar y desalada, tras esto es cocida en agua de mar y después en [agua] dulce en que se toma la sopa. Como esta carne atada a una sogá es arrastrada durante la noche en el agua por el buque en marcha un gran pez marino *taburón* [tiburón] le dio a hora nocturna el golpe final. A la mañana el cocinero quiso subir la carne desalada y cocerla pero yo opino que el *taburón* o como dicen otros, *tiburón* ya le había hecho la decocción.

Sabor y color del
agua marina

¡Quién pensaría que el agua de mar sería útil para desalar la carne salada y quitarle la sal! Puedo asegurar que el agua de mar es muy salada. Es bueno que uno se lave diariamente la boca y evite así la podredumbre de la boca y el *escorbuto*; [el agua marina] fortalece y mantiene fresca las encías pero bebida puede ser más *laxante* que la sal catártica; [ella] *opera* por ambas vías y puede matar al hombre. No he encontrado en el agua de mar otro gusto que el de agua alumbrada que parece ser tan grasosa como cuando uno se lava con jabón. El agua de mar parece ser azul oscura o bien negro-azul aunque semeja en sí un agua cristalina cuando uno la saca y la vierte. ¿Cuál será la causa?; yo no encuentro otra sino que el fondo [del mar] está situado a tantos cientos y más de brazas más abajo y lo demuestro por la siguiente experiencia: cuando uno se aproxima a tierra aunque sea a 30 ó más leguas, se ve el agua ya verdusca, más allá aún más clara o verde marina; cuanto más uno se acerca tanto más se aclara el agua. Si se está cerca del puerto, el agua parece amarillenta; por eso la causa de que el agua del mar en todo tiempo se hace más clara, no parece ser otra sino que el fondo del mar se eleva más y [el agua] recibe de éste la claridad. Se dice y se demuestra por

la continua experiencia que el agua de mar no apaga ninguna materia ardiente, especialmente los buques que al contrario ella los inflama más bien y mantiene ardientes. Puede ser fácilmente por la pez con que el buque está cubierto, por el *alquitrán* con el cual se riegan todas las velas pero si la otra agua [la dulce] es capaz de apagar como se quiere aducir, ello no debe depender sólo de la pez y del *alquitrán* sino también por el agua porque el agua del mar es tal vez más *salitrosa*. Si se me dijere que la pez es igual a una manteca de puerco la que cuando se derrite y se le echa una gota de agua fría, se vuelve llama; ¡de acuerdo! pero porque dicen que el agua dulce y fría apaga la llama parece haber en el agua dulce y el agua marina algo especial de modo que la una apaga el fuego pero no así la otra. Sea como fuere, dejo la explicación de este asunto a los actuales *neoterics* [filósofos modernos] que tal vez con sus nuevas y las más razonables reglas básicas aportarán de inmediato a los caviladores un locuaz *discurso*. Yo no puedo detenerme pues el viento está propicio y me empuja hacia más allá.

El 8 de *octubre* nos llevó el viento más allá de *Cabo Verde*; dejamos al lado derecho las islas y así navegamos por entre *África* y dichas islas pero no vimos tierra alguna. A mediodía habíamos alcanzado 18 grados 14 minutos.

El 9 de *octubre* siguió reciamente el viento. Ocurrió entonces en nuestro buque una vulneración entre dos *esclavos* de nuestro *capitán* y faltó poco que uno hubiere quedado muerto. El *capitán* pronunció en seguida su sentencia: el heridor sería estirado con las manos liadas contra el mástil en tal manera que quedaba parado sobre los dedos de los pies; en esta posición fue azotado tan lastimeramente con un cabo de cuatro ramales que uno se creía que moriría. Rogamos en su favor pero fue en vano hasta que el *capitán* de por sí dijo que era bastante. En mi vida hubiera yo creído que los negros y *mulatos* fueran una gente de tan mala entraña; por un escaso motivo sacan ya el cuchillo y pegan adonde aciertan. Muchos se suicidan, como en *Buenos Aires* he visto más tarde a dos que en un instante se hundieron el cuchillo en el pecho. Apenas terminó la *ejecución*, el *mulato* fue aún aherrojado y ligado. Hoy observamos a mediodía 16 grados y 31 minutos.

Pelea de dos esclavos a bordo

El 10 de *octubre* en la fiesta del Santo *Francisci Borgias* hicimos todos nuestra devoción. En la mesa fuimos obsequiados con una cuarta parte de una gallina seca y flaca y un cuarto de libra de carne vacuna. En el ínterin el viento perdió las fuerzas para soplar y nosotros tampoco recibimos mucha fuerza de nuestro almuerzo. Hacía ya mucho calor pero seguimos pasito adelante. A la hora de mediodía nos encontramos ya a 15 grados 14 minutos; ahí vimos otra vez una gran *batalla* entre los peces que saltaron del agua e hicieron curvaturas de diez y más pasos.

El 11 de *octubre* recibimos otra vez viento fresco y de buen lado; estuvimos ya a 13 grados 46 minutos. Antes de anoecer nos amenazó un gran ventarrón pero que asimismo no nos alcanzó y pasó de largo pues era sólo una tempestad lateral que los españoles llaman una *borrasca*. Tales tempestades duran a veces una media hora o una entera; se la puede ver llegar; el mar ennegrece por completo a lontananza y esa negrura se acerca de continuo; por la mitad del *horizonte* y frecuentemente por las

De tempestades marinas

tres partes del *horizonte* se ve acá y acullá levantarse una espuma blanca. Esta proviene de las olas chicas que la fuerza del viento no deja elevarse y las aprensa hacia abajo. Es de admirarse con cuánta fuerza ataca de pronto, en un instante, al buque. Si este viento no fuera previsto antes y notado de antemano para poder arriar todas las velas, tendría la fuerza de romper el mástil y todos los demás árboles y desgarrar los paños. Por esto como en la noche tales eventuales tempestades no se pueden ver desde lejos sobre el agua se arrian al anochecer todas las velas para que el viento no pueda tener una fuerza tal de voltear el buque. Es cierto que un buque cargado parejamente no puede ser volcado de modo que lo de abajo dé vuelta hacia arriba porque se levanta de nuevo como un dominguillo aunque esté apretado hacia abajo, pero puede ser empujado en tal forma por el viento que pega también con el mástil sobre el agua. Ahora mientras el viento no cesa, sino aprieta de continuo, el buque queda inclinado a un lado de manera que también los *cañones* llegan a quedar bajo el agua. Si están abiertas las aberturas de las bodegas que ellos llaman *escotillas*, penetra en pocos minutos tanta agua al interior de estas bodegas del buque que también el buque por el peso del agua se va hundiendo y cuanto más se hunde, tanta más agua capta. Por tales circunstancias no hay entonces salvación del hundimiento. Por esto cuando aperciben una tempestad arrian las más de las velas, rebajan las *antenas*; también hasta el mismo mástil que se compone de tres pedazos superpuestos lo rebajan mediante la bajada de las dos piezas superiores; cierran las *escotillas* con las puertas correspondientes a ellas que tapan a su vez con lienzos embetunados, y los clavan en derredor; con esto el viento y agua pueden bramar lo que quieran; si en lo demás la caja del buque es buena y firme, casi no puede haber peligro. Tales tempestades son tan comunes y frecuentes en esta altura del cielo que también en un solo día y una noche siete u ocho llegan con la dicha violencia; a veces duran sólo un cuarto de hora. Desde el 13 grado antes de la *línea* o *aequator* hasta otros tantos grados después del mismo los buques son de continuo perseguidos por tales *borrascas*. A 12 de *octubre* el viento tornó hacia *oeste* y ya fue poco útil para nuestra navegación. A la mañana a las 11 horas nos sorprendió una tempestad tan veloz que si el *capitán* no hubiera sido tan previsor y prolijo en arriar las velas, se hubieran roto todos los mástiles; y si bien unas pocas velas estaban escasamente tendidas, el buque asimismo fue echado zangoloteado hacia los lados de modo que nada quedó fijo en su lugar; en un medio cuarto de hora, todo volvió a quedar tranquilo. A la tarde, a las cuatro horas, tuvimos otro torbellino igualmente tan violento; apenas duró un cuarto de hora.

Tareas de los tripulantes

Los tripulantes deben de estar sentados en todo tiempo al lado de los cabos y tenerlos en la mano para dejar caer en seguida las velas si llega una borrasca semejante. Es de admirar cómo en un instante se bajan todas las velas junto con sus *antenas*; para eso cada cabito tiene su nombre; cada *marinero* debe saber sus nombres y el lugar donde corresponde [y] de qué vela pende el cabo. En la noche obscura ellos encuentran cada uno como de día. Son ejercitados frecuentemente y tienen su *exercitium* del mismo modo que los soldados en campaña; deben entender todas las evoluciones de los

buques y las *maniobras* pertinentes a éstas; son ejercitados igualmente en la descarga de los *cañones*; cada uno sabe su lugar y lo que debe ejecutar. Quién pensaría que en una guiñada de ojos el buque puede ser girado por las velas y el timón de un lado al otro. No se oye *comandar* por nadie sino que el *contramaestre*, el *piloto* y el *capitán* tenían pitillos de plata; por las diferencias del soplar sobre éstos ya saben todos lo que se debe hacer. Yo he visto tal costumbre en buques españoles, *portugueses*, ingleses y holandeses; sólo en nuestro buque sueco el *capitán* usaba la bocina.

Con ocasión de este relato tomo motivo para contar algo más sobre la conducta del *capitán*. El *capitán*, el *piloto* y el *contramaestre* (que en todo tiempo debe permanecer en la parte delantera del buque y debe mandar todo [y] tiene también el derecho de usar la caña de Indias y es como el mayordomo en un alojamiento) deben de llevar un *diarium* o libro diario y consignar en él (sin que sepa el uno lo que anota el otro) todo lo que ha ocurrido en la navegación; ante todo en qué grado han viajado cada día, qué viento, qué *rhombum* ha llevado el barco, cuántas velas ha extendido, qué cosa ha sido rota y compuesta en el buque, cuántas veces han sido hablados por otros buques extranjeros, por cuánto tiempo se detuvieron, si han entrado a algún puerto y por cuál motivo, cuánto tiempo han permanecido en éste. Si acaso ha ocurrido una desgracia que el buque se ha perjudicado o que la carencia de los alimentos, del agua y tales cosas hubieran obligado a entrar a puerto, el *capitán* debe de convocar todos sus *oficiales* junto con todos los *pasajeros*, explicar la contrariedad. [Si] todos ellos reconocen ser necesario buscar algún puerto, deben suscribir todos lo que han estimado más necesario agregando todas las causas. Si los otros se oponen y no lo reconocen como necesario, el *capitán* no debe entrar en puerto alguno.

El 13 de *octubre* jugaban en derredor de nuestro barco una multitud de *tiburones* y *delfines* que tienen una figura muy diferente a la que yo he visto grabada en las estampas. Como he reconocido por su nadar de ida y vuelta, tenían la figura de un chancho, completamente liso sin escamas. Tan alegres huéspedes eran para nosotros la señal de una tempestad inminente en el mar. El *capitán* ordenó arriar en seguida todas las velas y mantenerse listo contra la tempestad. Entre las siete y ocho horas de la mañana nos saludó el esperado torbellino o la *borrasca* que nos atacó con el mayor ímpetu pero cesó tras una media hora. Después de esto fueron leídas dos sagradas misas e iniciada la novena a *San Ignatius*. A hora de mediodía estuvimos a 11 grados 40 minutos. A la tarde tuvimos una gran calma de mar hasta las diez horas en la noche tras la cual un viento propicio nos empujó hacia adelante, hasta las cuatro horas de la mañana.

El 14 de octubre después de las cuatro horas de la mañana el viento cambió y sopló de *Este sud Este*³³ con lo cual nada pudimos hacer para adelantar camino. A la hora

33 / Las voces alemanas «Este, Sud, Norte y Oeste» son consideradas extranjeras por Paucke y por ello escritas en letras latinas. En realidad, reemplazan sólo las antiguas denominaciones de los puntos cardinales mediante: naciente, mediodía, noche y poniente.

de mediodía nos encontramos aún a 11 grados 8 minutos. A la tarde vimos jugar en derredor de nuestro buque muchas *tuninas* [toninas]; a estos peces ya los conocimos en el Mar Mediterráneo y en la primera navegación habíamos salpresado un barrilito entero de tales peces. Eran buenos de comer pero muy duros y difíciles de digerir.

Modo de captar el agua de lluvia

El 15 de *octubre* el cielo estaba cubierto por fuerte nubla³⁴ [y] comenzó a llover. Nos alegramos entonces por haber podido captar bastante agua para nuestra bebida. Pudimos a la vez asear nuestra ropa pues el agua de mar quema mucho el lienzo y tampoco limpia tanto como el agua dulce. Para captar el agua cada uno usaba su sábana blanca que se ataba de las cuatro puntas en los cabos y se colocaba debajo una vasija en la cual se escurría el agua. Hoy fue imposible hacer una *observación* mediante el *cuadrante*. Poco antes de medio día experimentamos de nuevo una calma. A mediodía nos visitaron otra vez muchas *tuninas* que trajeron con ellas un fuerte chaparrón; también los manteles tuvieron que ayudar entonces a captar el agua y captaron lo suficiente para beber pues el agua que se daba en la mesa consistía de dos vasos cervecedores lo que era muy poca para tanto calor que día y noche nos exprimía bastante sudor.

Calma del mar

Después el mar se hizo tan calmo que no pudimos adelantar. No era de sentirse airecito alguno y el movimiento del barco fue mucho más desagradable que bajo un ventarrón. El barco bamboleaba de un lado al otro con movimiento y crujido del mástil y del forro del barco, la caída del barco de un lado al otro era muy despaciosa aunque el mar semejaba al aceite pero asimismo por el hinchamiento del mar se levantaban colinas y montañas de agua. La causa fueron los muchos ríos desde tierra que se vuelcan al mar y son llamados *currentes* [corrientes]; éstos forman todo el movimiento del mar aún cuando hay calma de viento y de mar.

Currentes

Si bien nosotros no notábamos en nada si el barco iba hacia adelante o hacia atrás conocimos al día siguiente que en el día y la noche anteriores habíamos retrocedido alrededor de cincuenta leguas. Durante este día los marineros se tiraron frecuentemente al mar y se bañaron.

El buque debe ser regado bajo el gran calor

Las velas del buque colgaban derechas hacia abajo y como empezó a brillar un fuerte sol, el *capitán* bajó al mar sus dos barcas y *botes*, los *marineurs* [marineros] embarcaron [en ellos] y rociaron el buque en sus costados por todo el derredor. Esto tiene que hacerse para que la pez con la cual el buque está pintado en la parte de afuera por completo no se escurra derretida por el calor del sol y abra las junturas de las tablas. El barco es lavado diariamente desde arriba hasta abajo —esto es a la mañana—; después del almuerzo y de la cena es encerado. Para esto se destinan en los buques de guerra o *fragatas* seis [y] también ocho muchachos que desempeñan este cargo y llevan consigo durante todo el día un estropajo y una escoba que al igual de los pífanos de los regimientos de soldados tienen pendientes desde sus hombros al costado y ellos son llamados *paxes* o *paches de escoba*³⁴. Dondequiera ellos estén metidos en el buque,

Pajes de escoba

34 / Fonetismo alemán: *ch* igual a *j* castellana.

ni bien oyen al *contramaestre* llamar por el pitillo lo que conocen en seguida por el sonido y manera de tocar contestan de inmediato por el grito: —¡Señor! —y corren hacia él que en seguida les ordena lo que deben hacer. Apenas han hecho esto [y] en cuanto el *contramaestre* encuentra otro lugar sucio son llamados pronto otra vez; si no aparecen pronto hay entonces acicate con el látigo. Muchas veces no he podido contener la risa cuando he visto estos muchachos saltando así a la orden. Por lo general son de esos hijos que no hacen nada bueno en tierra y no dan esperanza de enmendarse. Ellos se me figuran como los maldecidos que sólo padecen pero jamás para su enmienda; pues si entran entre la gentuza del mar y entre los marineros, especialmente de las potencias marítimas católicas, jamás pueden enmendarse pues yo creo no haber visto una gentuza más desesperada que en el mar; no he oído en país alguno jurar, injuriar, blasfemar en tal forma. ¡A quién se le ocurriría una mayor maldad como la que yo he oído contar de un tripulante español! Este hombre insensato después de haberse quitado el gorrito de la cabeza, [haberlo] alzádolo hacia el cielo, [haber] convocado a todo lo que hay en el cielo, [haber] llamado a todos los maldecidos junto con todos los diablos y finalmente haber invitado a todas las almas a meterse corriendo desde el purgatorio en su gorrito, lo tiró al suelo, pisoteó y zapateó con sus pies como un insensato sobre el gorrito y gritó a sus *camaradas* que hicieren igual cosa. ¿Quién se creería que el [mismo] funesto diablo se atrevería a una cosa semejante? Basta de estas cosas que podrían resultar todavía un mal ejemplo. De tales cosas no he oído [contar] de sus marineros en otros barcos marítimos luteranos ni *calvinos* pues yo debo confesar que en éstos yo he sido más edificado y en los buques católicos he sido más escandalizado³⁵.

Sus tareas

Malignidad de los tripulantes

En el buque sueco yo oía diariamente cantar y orar a toda la comunidad de marineros. El domingo debían reunirse todos y presentarse ante el *capitán* que estaba sentado sobre un escabel y a ambos lados [estaban] los tripulantes; [ellos] tenían un libro de sermones del cual el cocinero del barco, un viejo luterano garrapiñado por la pringue leía un sermón entero tras el cual el *capitán* hacía su alocución a la tripulación y luego ellos comenzaron a loar a Dios mediante un canto. Yo debo confesar que la primera navegación por el Mar Mediterráneo con luteranos me edificó, pero la segunda con cristianos católicos me ha escandalizado de la manera más grave; y la primera navegación con puros luteranos como lo son los suecos no ha sido la última; pues la última fue a mi retorno de *Las Indias* por el Mar del Norte por el *Canal* inglés entre *Dover* y *Caliz*³⁶ [Calais] hacia *Ostende* con un *capitán* holandés *don Andrés Cornelis* en una pequeña *fragata* que era de su propiedad. Yo no quise pasar más por el Mar Mediterráneo hacia *Civita Vecchia* porque sólo tenía que tomar un buque de transporte español. Es fama general y yo mismo poseo la experiencia que el clero católico recibe mayor respeto y es más apreciado en los buques luteranos que entre sus propios correligionarios por lo cual hemos resuelto viajar hacia los Países Bajos más bien por el Mar del Norte que ser mortificados y escandalizados por los propios correligionarios.

35 / La misma observación fue hecha por el Padre Antonio Sepp decenios antes.

36 / Error de copista por Calais. La voz de «Caliz» denotaría al antiguo «Cadiz».

El 16 de *octubre* hubo calma durante todo el día y aún duraba el violento movimiento del buque que en el transcurso de la noche pasada nos zangoloteó de un lado al otro y nos causó una gran intranquilidad. A mediodía nos encontramos a 11 grados 42 minutos.

El 17 temprano las *tuninas* [toninas] jugaban muy inquietas en derredor de nuestro barco; otra vez nos preparamos contra una tempestad que no tardó mucho y nos zangoloteó durante tres cuartos de hora tras lo cual volvió a soplar un viento despacioso hasta la hora de anochecer. A la hora de medio día observamos que navegábamos en 11 grados 8 minutos. Al irrumpir la noche tuvimos otra vez un mar completamente tranquilo pero de nuevo fuimos rechazados por 40 leguas. A la tarde volvió a soplar un viento débil que nos adelantó por un cuarto de legua alemana en una hora.

El 18 tuvimos buen viento y de buen lado por el cual fuimos empujados de tan buen modo que a mediodía habíamos alcanzado 10 grados 30 minutos. Ahí nos visitaron de nuevo algunos cientos de *tuninas* [toninas]. Nuestro *capitán* examinó hoy sus tripulantes en cargar y descargar los *cañones*. También voló a nuestro buque una golondrina de mar que cazamos y que es llamada *gaviota* por los españoles. Ella es en un todo igual a las golondrinas acuáticas [vencejos] en nuestros países³⁷. El viento duró por toda la noche y nos adelantó de modo que el 19 de *octubre* a mediodía viajamos bajo el 9° grado. Otra vez el viento bueno se retiró de nosotros y quedamos detenidos en un mismo sitio. En el ínterin aparecieron dos grandes *tiburones* de los cuales apresamos uno mediante un grueso anzuelo de hierro. Todos los tripulantes debieron de probar su fuerza en esta bestia y tironeando con gran fuerza apenas pudieron entrarla al barco. El pescado tenía alrededor de siete varas en su largor; pegaba tan poderosamente en su derredor como si con su cola quisiera hacer añicos el buque. Las aletas laterales tenían una anchura de una media vara y como una de largor. La nariz era puntiaguda, la cabeza [era] redonda oval y no ancha, igual a un *cono*. Tenía la dentadura muy abajo con dientes filosos puntiagudos, [era] completamente liso por el cuerpo, la piel [era] azul clara. Generalmente este pez acompaña muy de cerca a los buques, traga todo lo que se echa a la mar: carne, gallinas muertas, ganado y gentes. Si bien no es costumbre de comer su carne, asimismo los *tripulantes* la repartieron entre ellos y la comieron. Revisaron su estómago y encontraron en él un *tiburón* muy joven, junto con dos gallinas que había devorado poco antes.

Pez marino tiburón

El 20 de *octubre* tuvimos un calor insoportable y quedamos detenidos todo el día a causa de la calma de mar y viento. Durante todo el día el buque fue rociado con agua marina en todo su derredor.

El 21 de *octubre* a mediodía estuvimos en el 8° grado pues las corrientes debajo del agua nos habían empujado insensiblemente. A la tarde divisamos un barco portugués que navegaba hacia *Pernambuco*. Por ambas partes hubo una visita y hubo también la despedida mediante 18 tiros de *cañón* por ambas partes. Aunque el cielo

37 / *Meerschwalbe* la primera, *Wasserschwalbe* el vencejo.

estaba completamente cubierto vimos en esta noche una cosa maravillosa en el mar. El agua hendida por el buque era de verse como fuego a ambos lados y como si las olas fueran de puro fuego; lo cierto es que yo pude con ellas leer en el libro. Sin duda el mar será más *salitroso* en este lugar que en otros.

El 22 de *octubre* el mar estaba inmóvil pero el buque no tenía sosiego; caía de un lado al otro con tremendo crujir del buque entero. A mediodía fue cazado por los tripulantes un pez que los *portugueses* llaman *caballo*; era de cuatro varas de largo. Se nos dijo que era un pescado precioso y uno de los mejores peces marinos; [era] igual en cuerpo y color a un sollo de río. La cabeza era igual a [la de] un gran salmón. Al acercarse la noche tuvimos otra vez una tempestad de un cuarto de hora.

El cielo tenía una cara muy tenebrosa y amenazaba con tormenta por todo el *horizonte*. La noche fue algo triste pues temimos una tempestad tremenda tanto desde arriba como desde el mar; mientras tanto vimos todo el mar lleno de estrellas igual al firmamento lo que hasta ahora jamás ni en todo nuestro viaje habíamos observado. Los *portugueses* nos dijeron que este mar estaba estrellado así desde el tiempo en que una *misión* de 40 *misioneros* de la Sociedad de *Jesu* que viajaron al *Brasil* bajo la dirección de un superior de nombre *Azebedo*³⁸ fue muerta por los holandeses en parte en el buque, en parte fue ahogada [arrojada] viva al mar. En este lugar los buques católicos solían implorar especialmente con la descarga de todos sus *cañones* dichos cuarenta testigos de la sangre de *Christi* para una futura feliz navegación. Nuestro *capitán* con todos los suyos rindieron también este homenaje a los testigos de la sangre de *Christi* e hicieron fuego con nueve *cañones*. Después de medianoche nos sorprendió un violento ventarrón que nos intranquilizó durante una media hora. Nosotros ya viajábamos a 7 grados 51 minutos.

A 23 de *octubre* tuvimos un viento malo que a la tarde se despidió del todo de nosotros. Nuestro buque fue echado hacia atrás por las corrientes debajo de agua y a mediodía nos hallamos otra vez a 7 grados 29 minutos. A la tarde tuvimos otra vez un viento de adelantamiento hasta medianoche en que de nuevo se despidió de nosotros y nos dejó detenidos.

El 24 de *octubre* estuvimos de nuevo sobre un [mismo] lugar; el mar y el viento [estuvieron] sin movimiento. Vimos otra vez cuatro peces grandes que son llamados por los *portugueses* *cachurros* o *Catshurros*³⁹. Este día el *capitán* nos dio la alegre noticia que ya careceríamos de agua de beber en cuanto persistiera la calma del mar y nos advirtió de contentarnos en adelante con una menor medida de agua. ¡Alegre noticia! disfrutar de menos refrescamiento bajo este calor que habíamos sentido y de uno mayor

Un milagroso lugar de
estrellas en el mar

Padecemos carencia
de agua

38 / El jesuita Ignacio de Acevedo, junto con 39 comisioneros fue muerto en el mar por el corsario Jacobo de Soria, a fines del siglo XVII. Sepp relata que desde entonces en ese paraje del mar aparecen unas fosforescencias sobre las aguas que representan las almas de estos mártires.

39 / Fonetismo alemán.

aún que debíamos de esperar. El *capitán* envió al otro buque una barca *reportera*⁴⁰ por la carencia de agua y pensó en buscar un puerto marítimo en el *Brasil*. A nosotros nos hubiera gustado ver tierra firme pero el *capitán* y todos los demás *officiers* [oficiales] del otro buque eran muy contrarios a esto. Debimos vivir pues en la esperanza de un buen viento que en parte nos refrescara; en parte nos adelantara más rápidamente. Seis tripulantes y el *capitán* yacían muy enfermos.

El 25 de *octubre* tuvimos una lluvia considerable desde temprano hasta tarde a la noche; entonces cada uno de nosotros captó cuanta agua podía captar. El mar comenzó a henchirse y empujó lejos uno del otro a nuestros dos buques. Los ventarrones que nos persiguieron todo el día, vinieron de todos lados, de pronto desde *oeste*, de pronto del *este*, *sur* y *norte*. Los tripulantes trabajaron todo el día en cambiar las velas porque los vientos se mudaban por lados opuestos. Esta noche hacia la una se originó entre nosotros los *jesuitas* un susto general por el fuego que el *capitán* mandó hacer al costado de nuestro barco para señal al otro buque en qué grado viajábamos nosotros. La señal fue inesperada para muchos que no sabían de ella y creyeron que el buque había prendido fuego. Nosotros estábamos todos en profundo sueño cuando uno se levantó de su cama, saltó al centro del cuarto y gritó con toda fuerza: *ardet, ardet* [arde]. Por esta gritería todos despertamos del sueño, vimos al dicho *Speiteufel* [diablo escupidor] que desde la pala de menudeo tiraba muchas chispas; el crepitar era grande y las chispas volaban por delante de nuestras ventanas. Cuando vimos esto saltamos todos de nuestras camas como langostas y gritamos todos en conjunto: —El buque arde —a cuya gritería se deslizó desde su cuartito de dormir nuestro *P. Procurator* y apareció en su uniforme nocturno diciendo: *revera ardet*, arde realmente.

Susto inesperado

El *capitán*, junto con todos los tripulantes, oyeron esta gritería, corrieron hacia nosotros y nos dieron una buena reprimenda por nuestra pusilanimidad. Desde que supimos la causa y las circunstancias de la señal desapareció el miedo mortal y de nuevo buscamos nuestros lechos para dormir.

El 26 de *octubre* en la *vigilia* de los Santos *Simonis* y *Judas* tuvimos vientos contrarios todo el día. A mediodía navegábamos a 6 grados 40 minutos.

Captamos agua de lluvia

El 27 de *octubre* tuvimos un fuerte chaparrón, *quasi nulla dies sine linea*. La captación de agua fue general otra vez. El *capitán* había hecho una provisión de 8 barriles y en este tiempo apresamos otra vez un *tiburón* más grande que el anterior.

Preparación y muerte de un tripulante

El 28 de *octubre* en el día de la fiesta de los Santos *Simonis* y *Judas* en que un tripulante hidrópico se despidió de este mundo asistimos todos al ofrecimiento del sacratísimo Bien; fue provisto de todos los santos sacramentos. Este uso católico fue ejecutado no sólo aplacible sino también ornadamente. Su lecho había sido vestido con diversas banderas, los principales [los jefes] junto con los marineros acompañaron con las velas encendidas al Santísimo Sacramento; se arrodillaron ante su lecho y rezaron por el moribundo. Este había hecho su *testamento* a tiempo, y dejó a su mujer e hijos que

40 / *Reportbarke*.

había dejado en Portugal ciento cincuenta pesos fuertes y aún algunos más. Durante toda la noche tuvimos calma de viento y un gran chaparrón; ahí captamos bastante agua para seguir el viaje. Ese día estuvimos en 6 grados 40 minutos.

El 29 de *octubre* tuvimos un ventarrón furioso que junto con la lluvia que se descargó en abundancia nos impidió el santo sacrificio de la misa. A mediodía sopló el viento desde *sur oeste*; a la tarde, de pleno *sud* que vino contra nosotros; a la hora del anochecer perdimos el viento y quedamos detenidos. Por corto rato nos combatió aunque débilmente el viento *sud*. En la noche a la novena hora nos atacó una tempestad que comenzó a soplar con furia; después volvió el viento *sud* contrario a nuestro viaje. Ese día estuvimos a 6 grados 21 minutos. El 30 de *octubre* sopló un viento contrario durante todo el día. El 31 de *octubre* a las tres de la tarde falleció el mencionado bote-ro hidrópico. Comparecimos todos en su última partida de este mundo. Al anochecer alrededor de las ocho fue echado al mar. En esta ocasión debo agregar brevemente las ceremonias que se originan en un sepelio en un buque. El cuerpo muerto no permanece mucho tiempo en el buque y lo echan rápidamente al agua pero no en seguida de su fallecimiento sino que lo dejan algunas horas hasta que esté frío. Tras esto lo colocan sobre una tabla puesta en la proa en la borda del barco. Ponen al muerto vestido de su ropa, atan una bolsa llena de arena en sus pies; todos los tripulantes deben presentarse; después el *capellán* del buque ejerce como es uso todas las ceremonias eclesiásticas con todas las oraciones pero cuando él llega a las palabras: *ad paradisum* levantan ellos la tabla en la punta donde está la cabeza del muerto y lo dejan caer al mar. En este momento todos los *tripulantes* exclaman: ¡*buen viaje!* esto denota *glückliche Reise*.

Manera de sepultar en el mar los muertos

El 1º de *noviembre* tuvimos otra vez una lluvia muy fuerte; el mar y el viento estuvieron tranquilos. Nuestro *capitán* enfermó gravemente.

El 2 de *noviembre* tuvimos tiempo apacible; vimos quince peces grandes; tenían unas cabezas iguales a [las de] bueyes pero sin cuernos. En vez de la boca se veía una abertura redonda por la cual arrojaban el agua en grosor de un brazo. Los *portugueses* llaman *melotes* a tales peces. Después de esta diversión de peces nos llegó un viento bien apacible pero asimismo hicimos en cada hora una *milla* y media. El viento arreció a medianoche y se cambió hacia *sud este*. Hoy habíamos alcanzado el 5º grado con 40 minutos.

Peces melotes

El 3 de *noviembre* el viento fue mediano; se sostuvo hasta la hora del anochecer en que nuevamente se despidió de nosotros. Otra vez vimos una *batalla* entre los peces voladores con otros que hicieron chocar con gran resonancia el agua marina y agitaron en diferentes lugares el mar. Hoy a mediodía navegamos a 5 grados 14 minutos.

El 4 de *noviembre* temprano el viento era escaso pero antes de mediodía arreció, se tornó hacia *sud-sud-este* y era de usarlo. Divisamos dos buques que ocho días antes notamos navegando hacia *Pernambuco*. Nos pareció que ellos hubieran tenido más veces que nosotros la calma marina. Por los tripulantes supimos que en muchas ocasiones suele haber calma de viento en un lado del mar, mientras en el otro un buque

Novena para San Antonio

distante a algunos miles de pasos prosigue navegando con buen viento. Hoy estuvimos en el 5° grado.

El 5 tuvimos una calma marina por todo el día. Ínterin los tripulantes estuvieron ocupados en rociar de continuo el buque y nosotros [nos ocupamos] en pescar varios peces. Yo tuve la suerte de alzar al buque un bello pescado que los españoles llaman *durado* [dorado] y de cuya figura ya he anotado algo antes. El pez tenía una vara y media de largo; fue servido también en la mesa; cincuenta y seis personas tuvieron bastante para comer de él. El calor era tan fuerte día y noche que habríamos podido perecer de sed.

El 6 de *noviembre* el mar estaba como aceite. Nosotros ya habíamos celebrado muchas novenas: a *S. Ana*, a *S. Ignatium* y *Xaverium*. Ahora comenzamos la oración a *S. Antonius* del cual los *portugueses* son grandes devotos. La devoción no es tan piadosa cuan cómica: cuando los *portugueses* por un tiempo largo no reciben un viento bueno y favorable, atan un cordel en el cuello de la imagen de madera y la cuelgan en el mástil o la tiran al mar atada a la popa del barco, la dejan nadar en el agua y arrastrar por el buque tras de sí. Puede ser que *S. Antonius* no tome a mal su devoción tan descortés y la atribuya a su ingenuidad. Recibimos viento que durante toda la noche nos transportó muy bien. Nuestro *capitán* estaba ansioso por ver qué existencia teníamos en nuestra agua de beber; ordenó que se averiguara bien y se comprobó que [de] siete barriles [las aguas] se habían escurrido. ¡Sí, sí!, los tripulantes las han hecho escurrirse pero para dentro de sus propias gargantas y tragaderas. Fue un susto general, pero con esto y de ahí en adelante nosotros tuvimos que quedar satisfechos con una medida menor ¡y con qué trastorno! El calor acrecía y el agua disminuía. Yo pensé que todo lo interior se quemaría dentro de mí. Hoy pescamos un pez tremendo de grande que se resistió con tanta fuerza que perdimos toda esperanza de entrarlo al barco, pero tuvo que ceder y entregarse a nuestro barco. A mediodía nos encontramos a 4 grados 41 minutos.

El 7 de *noviembre* el viento fue constante durante el día y la noche en que pasamos por delante de la isla de *Palma* que pertenece al continente de *África*. Nuestros marineros estuvieron especialmente alegres en este día y representaron comedias cómicas que de continuo se renovaban y consistían en unas palizas bastante chistosas. Nuestro buque apuntó con la roda hacia el *oeste* con una *cuarta* hacia el *sud*. El *capitán* mudó su *rhombum* hacia *leste* [este] con dos *cuartas* al *sud*. El motivo fue por no perder de vista a nuestro barco-compañero porque había sido ordenado severamente que no se separaran los unos de los otros pero los ventarrones nos apartaron finalmente tanto que al día siguiente lo perdimos de vista por completo.

El 8 sopló un viento fuerte; nuestro buque tornó la roda hacia *oeste* con una *cuarta* al *sud*. Pero el *capitán* hizo doblarlo prontamente al *este* con ocho *cuartas* al *sud* para buscar de nuevo al otro barco. En tiempo nocturno a las nueve nos atacó una tempestad repentina; como teníamos demasiadas velas tendidas, el buque fue ladeado tanto que poco faltó que embarcara agua; se rompieron en el bauprés la vela y en los mástiles las dos [velas] pequeñas de más arriba que los españoles llaman *juanetes*. Hoy viajamos a 3 grados 11 minutos.

El 9 de *noviembre* nuestros marineros remediaron todas las velas desgarradas y tendieron nuevas en las *antenas* de los mástiles. A mediodía observamos a un lado pero lejos de nosotros a nuestra *fragata* perdida de vista, sólo vimos sus pequeñas velas superiores. Es admirable ver sobre una superficie semejante cuyo *horizonte* (como dicen los marineros) se extiende por diez leguas lo que se nota al divisarse un buque.

La extensión de la superficie del mar

El barco que se aproxima parece surgir desde una profundidad, no desemejante al sol que se levanta también poco a poco en el *horizonte*. Cuando alumbra el sol, se ven las velas superiores en los mástiles como un fuego de pálida luz. Cuanto más se acerca uno, tanto más se elevan las velas hasta que distingue ya el casco del buque y al fin ve claramente el barco entero. Muchas veces tuve la curiosidad de saber en cuántas horas un barco a cuyo encuentro íbamos se encontraría con nosotros y hallé que nos encontraba justamente en tres horas durante las cuales hacíamos velas hacia él y el barco hacia nosotros. Tuvimos un día agradable y nos hallamos a 3 grados 7 minutos.

El 10 de *noviembre* tuvimos con un viento suave la más agradable mañana. En tales lindas mañanas acostumbraba estar arriba en el buque ya antes de romper el día y me sentaba en el *Waffenplatz* que ellos llaman *plaza de armas* a fin de observar de qué manera rompía poco a poco el día. Sentía la mayor diversión en la contemplación de cómo la luz del día asomaba poco a poco y el cielo se coloreaba de continuo hasta la clara aurora. Es imposible que el hombre no ensalzara al Creador y autor de este milagro y [entonces] tenía la ocasión de elevar su ánimo hacia Dios y pensar lleno de consuelo en Él. Ese día a la tarde tuvimos otra vez un viento fuerte y contrario con una copiosa lluvia; captamos también abundante agua para beber y cocinar pues el agua que teníamos en barriles, abajo en el barco, era ya de un gusto y hedor repugnantes, lo mismo que si hubiera sido recogida de una charca hedionda.

Bajo el Ecuador el agua dulce cambia

Asimismo encontramos ya en ella muchos gusanos blancos y sin embargo debimos beberla porque no teníamos otra. No es nada novedoso que cuando uno ya se acerca al *aequator* el agua marina huele así tan mal y se torne gusanosa; de este modo suele ocurrir en todos los barcos, que el agua cambie en tal manera. En realidad no es mala pero muy repugnante y horrible para beber. También se torna completamente amarilla y perdura con este gusto, hedor y gusanos hasta que se pase el *aequator* después del cual esta agua cambia de nuevo en una forma que así como antes cuanto más nos acercábamos al *aequator*, mudó el color y el sabor y comenzó a dar mal olor, así también cuanto más nos alejábamos otra vez del *aequator* perdió el color, sabor y olor, y vino a ser una agua buena para beber. A mediodía tuvimos un corto ventarrón tras el cual comenzó a soplar un viento norte pero pronto se despidió y se puso hacia el *sud*. Por toda esta siguiente noche hubo tal inestabilidad y variación de viento que los tripulantes debieron de trabajar continuamente en cambiar las velas. Al fin todos los vientos nos abandonaron y el barco no pudo avanzar pero el movimiento del mar fue tan fuerte que nuestro barco fue echado de un lado al otro. Esta era una tempestad que el mar experimentó por debajo de sí [sic] pues aunque no soplaba viento alguno, las olas se elevaban como montañas y pegaron a veces adentro del buque. Pero a la

mañana nos tomó un fuerte viento del *sud* y usó de una gran fuerza contra nosotros.

El 11 de *noviembre* hacia la hora de mediodía se debilitó el viento; nuestro *capitán* dobló el barco hacia *leste* [este] con la intención de buscar a nuestra *fragata* pero [resultó] en vano; no pudimos ver nada de ella. Estuvimos a 3 grados 59 minutos y el viento nos corrió por toda la noche.

El 12 de *noviembre* recibimos a la mañana un viento más ventajoso; el buque fue doblado hacia *sudoeste cuarta sud*. Esta noche comenzamos la novena a la santa madre *Ana* que era la patrona de nuestro barco y [éste] llevaba el nombre *S. Ana y de las almas*. Hacia el anochecer comenzaron a cambiar fuertemente los vientos por cuya causa los marineros tuvieron que trabajar de continuo en el cambio de las velas. Se nos rompió la punta del mástil la cual fue repuesta si bien con gran trabajo, pero sí con rapidez. En esa noche dudábamos si nuestro *capitán* enfermo viviría hasta la mañana. Todos estuvimos muy tristes y temerosos; tampoco habíamos hecho mucho camino pues estábamos a 3 grados 28 minutos.

El 13 de *noviembre* tuvimos otra vez varios *ataques* tempestuosos de vientos pero tras ellos persistió el viento anterior. El cielo estuvo encapotado y a hora de mediodía no pudimos hacer ninguna *observación*.

El 14 nos abandonó el viento; el viento *sud* comenzó a soplar a medio día; poco a poco tornó hacia *löst* [este] en cuya situación permaneció. A la hora de medio día nos encontramos a 2 grados 36 minutos. A la tarde tuvimos fuerte lluvia y nuestros marineros pescaron muchos peces.

El 15. Hoy pescamos tantos peces que bastaron para darnos a todos en el barco almuerzo y cena. Otra vez vimos grandes luchas entre los peces que durante todo el día se perseguían mutuamente y trataron de comerse. Los marineros hicieron gran presa de ellos; en un tiempo de tres horas había tantos alzados a bordo que pesaban más de treinta y siete quintales. Estos peces tenían la figura de un gran salmón; los *portugueses* los llaman *cachurros*; son de buen sabor, de carne roja y tienen mucha sangre. No deben quedar más de veinticuatro horas sin ser cocidos, de otro modo su carne se muda en pura sangre. En muchos de tales pescados hallamos tragados abundantes peces de vuelo llamados *voladores*. Justamente estos peces son los enemigos de los peces voladores y éstos son su alimento diario. Hoy estuvimos a 2 grados 1 minuto.

Peces cachurros

El 16 de *noviembre* el mar y nuestro buque estuvieron en gran movimiento por el viento demasiado fuerte. Como ya estábamos tan cerca del *aequator*, nuestro *piloto* usó de gran cuidado para no naufragar en horas de la noche contra un arrecife, llamado el arrecife de *S. Pauli*, situado a un grado y medio antes del *aequator*, [y que] se levanta sobre el mar y se deja ver; en tiempos pasados un buque portugués naufragó contra él. Ellos saben bien en donde está según la latitud pero no según la longitud; por esto las guardias fueron duplicadas durante la noche. Los peces estuvieron hoy otra vez muy inquietos y se perseguían por todos los lados. A este mediodía nos encontramos en 1 grado y 1 minuto. De acuerdo con el viento que teníamos, se calculó que a la mañana entre las seis y siete horas pasaríamos el *aequator*.

Arrecife de S. Pauli

El 17 de *noviembre*, después de leída la santa misa, hice compañía a los timoneles que tenían que atender el timón para conocer por la aguja magnética en qué minuto debíamos de *pasar* el *aequator*. Dos minutos antes de las siete horas la aguja magnética comenzó a dar varias veces unas vueltas completas como si hubiera perdido el norte y no pudiera hallarlo más hasta que tras el espacio de un minuto llegó a ser más sosegada y señaló que el norte que antes [de pasar] el *aequator* lo teníamos contra la parte delantera del barco, [la teníamos] tras haber cruzado el *aequator* contra la parte posterior del buque. Fue una gran suerte que con un viento tan bueno hubiéramos *pasado* el *aequator* pues generalmente los barcos suelen tener bajo el *aequator* una calma marina por muchos días y permanecen también inmóviles por catorce y más días. Este viento persistió todo el día y la noche siguiente.

Pasamos el *aequator* como he notado en la aguja magnética

El 18 de *noviembre* este viento fue constante, lo que a todos nosotros nos satisfizo mucho. A mediodía estuvimos muy ansiosos por saber en qué grado nos encontraríamos y hallamos que ya estábamos a 2 grados 23 minutos. Nuestro *capitán* enfermo encontró también una mejoría; así fuimos doblemente consolados. Otra vez fueron pescados por nuestros marineros muchos peces. De esta manera seguimos navegando con viento favorable bajo el eco de atabales y cornetas.

El 19 de *noviembre* nos dedicamos otra vez a la pesca; pescamos en ella un pez grande llamado *Albacorra* [albacora]. A mediodía estuvimos en 4 grados 36 minutos. A la tarde tuvimos un ventarrón tras otro y una fuerte lluvia que suele caer comúnmente bajo el *aequator* y en su región aledaña; he observado también que a las seis de la mañana y de la tarde se producían la salida y la entrada del sol las que no se alteran durante todo el año sino que son iguales siempre, día y noche. Por esto observamos también a la entrada del sol la *elevationem Poli* mediante otro instrumento que era una cajita en que está la aguja magnética. El 20 de *noviembre* reposó el viento, no así los peces de los que hemos tomado otra vez una gran cantidad. Por el cielo encapotado no pudimos hacer hoy nuestra *observationem*.

El 21 de *noviembre* tuvimos otra vez buen viento fresco. Fue el último día en que terminamos la oración pública a la santa *Ana*. El altar de la santa *Ana* en el barco fue adornado en el modo más magnífico. Nuestro *capitán* que ya había abandonado su lecho de enfermo colgó en la imagen una corona tasada en algunos miles de pesos; ella estaba copiosamente engarzada con diamantes. Navegamos ya a 5 grados 45 minutos.

Una devoción por la feliz navegación

El 22 de *noviembre*. Para dar las gracias por esta navegación hasta aquí tan feliz, celebramos hoy un oficio cantado junto con un sermón. Entre nosotros los *misioneros* alemanes habíamos ocho personas *musicales*. Yo compuse una misa de voces y de instrumentos de manera que los *violinistas* podían cantar a la vez. Los *portugueses* mostraron una gran alegría por ello; todo marchó muy bien. Todos los tripulantes formaron de *parada*. Al comienzo de la misa, *Gloria*, *Credo*, acción y fin de la Misa se hizo fuego por nueve *cañones* en cada ocasión. A mediodía el *capitán* invitó a su mesa a todos los *jesuitas musicales* junto con los superiores lo que nos fue tanto más deleitoso por cuanto nos alegramos por la salud de nuestro *capitán*; los timbales resonaron, las cornetas lanzaron sus sonidos y los *cañones* dispararon con gran alegría. Después

Divisamos un
buque al cual hizo
señales nuestro
capitán

de la mesa tuvimos que admirarnos otra vez pues las *batallas* libradas por los peces marinos mantenían al mar en constante movimiento; lo más cómico fue que nuestros negros en excesivo regocijo tocaron de continuo *charangas*⁴¹ cuando veían a los peces perseguirse mutuamente con la mayor violencia; entonces se levantaba un ruido que era bien perceptible; a causa de nuestra ruta tuvimos que cruzar a veces con nuestro barco hasta por entre la entreverada *batalla* de peces; entonces nuestros marineros ponían atención y lo que escapó a los otros peces fue ensartado por los arpones de nuestros tripulantes. Los peces eran puras *albacoras* de las cuales ya he referido y una gran cantidad entró en nuestro barco. Nos encontramos en 6 grados 14 minutos.

El 23 de *noviembre* tuvimos otra vez la ocasión de sacar bastantes pescados del mar; en el estómago de algunos fueron hallados unos peces de un largor de un cuarto y medio de vara; la parte superior de la dentadura era larga e igual a una becacina, la parte inferior corta y [como] de pescado. A la hora del medio día divisamos un barco; nuestro *capitán* le preguntó por un tiro de *cañón*; como él [barco] tenía un viento favorable y navegaba a algunas leguas de distancia de nosotros, no perdió el tiempo y siguió haciendo velas. Nuestro *capitán* mandó izar en el mástil el *gallardete* que es tan largo que desde el tope del mástil llega con la cola hasta al mar. Era completamente verde como usan los *portugueses* en el barco y todos los soldados *de la marina* están vestidos de verde y rojo. Este *gallardete* en la parte superior tiene sólo una vara de ancho y como una media vara de largor pero como he referido se angosta hasta la punta, hasta llegar al mar; [él] forma también el distintivo de *capitán* de guerra. Ahora como el nuestro unía ese *carácter* aunque no *comandaba* un buque de guerra sino un barco mercante y era *capitán de mar y guerra* hizo tremolar su *gallardete* ante cuya vista todo barco debe detenerse pero el buque llamado y preguntado no quiso entenderlo y siguió su camino. Nuestro *capitán* hizo izar su bandera con el segundo tiro de *cañón* y persiguió al otro buque. En esto el otro barco dobló hacia nosotros pero sin bandera izada y vino a nuestro encuentro. Entonces nuestro *capitán* quedó tan irritado que mandó cargar a bala todos los *cañones*, ordenó a un *cañón* hacer fuego y la bala voló hacia el buque. Ya se vio la gravedad, la que el buque inquirido entendió bien; en seguida se dio a conocer por la bandera. Cuando nuestro *capitán* notó que era un buque mercante portugués y era llamado *S. Antonio* que tres semanas antes vimos rumbo hacia *Pernambuco*, sintió la descortesía inferida a él como *capitán de mar y guerra* por el *capitán* de un buque mercante [y] en seguida quiso mandar hacer fuego con todos los *cañones* bien cargados pero todos en el barco trataron de apaciguarlo. Él accedió pero hizo otra jugada. Parecía que el buque rumbeaba derecho hacia nosotros y llegaba más cerca de la borda para darse a conocer debidamente. Cuando el barco estaba ya listo para hablar, cambió nuestro *capitán* sus velas y dio las espaldas al buque en señal del resentimiento que había experimentado por su descortesía anterior. El [otro]

41 / *Intraden*. Término de la música antigua para cortos compases de marcha.

buque bajó su bandera izada, tendió más velas y nos dejó también. A la tarde tuvimos otra vez un ventarrón tan violento que la parte superior del mástil bastante doblada empezó ya a crujir y poco faltó que lo hubiéramos perdido de nuevo; asimismo [en] una vela [se] hizo un gran desgarrón. Poco después este viento se debilitó y permaneció en buena dirección; sopló durante la noche e hizo adelantar nuestro viaje. Hoy estuvimos en los 7 grados 23 minutos.

El 24 de *noviembre* nos empujó el viento por delante del Cabo S. *Agustini* sin que lo viéramos; fue lo bueno que estuviéramos tan distantes pues más de cerca causa angustia y es temido por todos. En este *cabo* se venera una milagrosa imagen de devoción de Nuestra Amada Señora en cuyo honor nuestro *capitán* mandó ondear la bandera y saludó esta clementísima Virgen con una descarga de nueve *cañones*. Todos nosotros nos alegramos de tener ya a nuestra derecha a *América*; todos cayeron de rodillas dieron las gracias a la bienaventurada Virgen por el amparo que ella hasta aquí nos había deparado y le encomendamos nuestra ulterior navegación. Hoy navegamos bajo 9 grados 1 minuto.

Cabo San Agustini

El 25 de *noviembre*. Hoy nuestro *capitán* modificó ya la ruta de nuestra navegación llevada [hasta aquí]. Giró bien temprano la roda hacia *Sud Sudoeste* debiendo de buscar un puerto marítimo en el *Brasil* y penetrar [en él] porque el agua de beber mermó mucho. Continuamos buscando con mucho empeño el puerto S. *Sebastián* junto al *Río Grande* que bajo el *Trópico* en 23 grados está situado a algunos minutos más. Hoy pasamos la isla S. *Francisci* sin verla y a mediodía nos hallamos en 10 grados 32 minutos.

El 26 de *noviembre* navegamos con viento persistente y adelantamos un buen trecho; el viento se hizo más violento y a mediodía estuvimos en 12 grados 9 minutos. A la tarde el viento en su mayor parte nos fue contrario por cuya causa la roda fue doblada a *sud sudoeste cuarta oeste*. El 27 de *noviembre* sopló otra vez un buen viento pero más débil que ayer pero asimismo hicimos en una hora con tres cuartos [de hora] hasta una legua alemana entera. A mediodía navegamos ya a 13 grados 25 minutos.

El 28 de *noviembre* el viento se debilitó mucho pero como entró de lado en las velas y vino a asemejarse a *viento largo*, nos adelantó en una legua por cada hora. Observamos en este mediodía que navegamos en 15 grados 17 minutos.

El 29 de *noviembre* padecimos mucho calor; se debilitó el viento que sin embargo se compuso antes de mediodía y nos mitigó el calor. Hoy se dio la orden por nuestro *capitán* que el *Mayordomo* junto con el *contramaestre* averiguaran cuántos barriles de agua teníamos aún en existencia y ellos encontraron veintidós barriles llenos de agua. Esta noticia dio a nuestro *capitán* nuevo ánimo para navegar por la ruta recta hacia el *Silberfluss* [Río de la Plata] y a no buscar el puerto marítimo S. *Sebastián* en el *Brasil* pues con tanta agua se animó a bastarse aún en esta navegación. Todos nos alegramos que no fuéramos demorados en nuestro viaje. Hoy navegábamos bajo 16 grados 40 minutos.

El 30 de *noviembre* a la hora del mediodía habíamos alcanzado 18 grados 20 minutos y pasamos delante de la isla de la *Sta. Trinidad* pero sin verla. Hoy pescamos

Malentendido por un almuerzo

otra vez un gran *tiburón*; en su estómago hallamos tres gallinas que en el día anterior fueron tiradas muertas fuera del buque; y junto con éstas también un gorro de dormir de algodón que el día antes se le había caído al mar a un *novicio*. Este día fuimos bien atendidos en la mesa. En el almuerzo hubo un malentendido entre nuestro *P. Procurator* que [era] un Húngaro⁴² y nuestro cocinero todavía *novicio* un Bávaro. El *P. Procurator*, en pésimo alemán, ordenó al cocinero que matara hasta once gallinas. El buen bávaro no hizo más que tomar el cuchillo y matar todas las gallinas hasta [dejar vivas] once y las preparó para servir las en la mesa. El *P. Procurator* a la vista de tantas gallinas preparadas mandó preguntar al cocinero cuántas servía para la mesa [pero] recibió la contestación de que él había muerto [todas] las gallinas hasta once que había dejado con vida. El *P. Procurator* se irritó muchísimo y dio al cocinero algunos tratamientos honoríficos pero nosotros nos reímos cordialmente por un convite tan bien dado e inesperado pues por lo común no teníamos en la mesa otra cosa que un pedazo de carne de puerco o de buey con legumbres o un cuarto de gallina flaca con un poco de arroz y otro aditamento. En esta ocasión el cocinero debió contentarse con su fuerte repri-menda pero nosotros también estuvimos muy contentos con nuestro almuerzo. Ya navegábamos bajo el 18 grado 20 minutos y tuvimos al costado la *misión paraquaria* cuyos *indios* son llamados *Chiquitos* o *Tschikitos*⁴³. Desde hoy fui ya remiso en *observar* al *cuadrante* y quise desistir por algunos días, para tener un mayor placer si pasados esos días notaba que habíamos sido transportados por unos cuantos grados más.

Sobresalto en el buque

El 1º de *diciembre* temprano proseguimos navegando con felicidad; pero antes de la hora del mediodía nos tomó un fuerte ventarrón que persistió durante una hora entera. Estábamos sentados en la mesa con viento favorable; de pronto un ventarrón pegó al barco y lo colocó sobre un costado pero todos nosotros caímos al suelo con cuanto teníamos sobre la mesa. Un *novicio* español, al oír tan gran tumulto arriba en el buque subió corriendo en pleno susto y comenzó a gritar: *gracias a Dios ya vamos al cielo. Gott sei dank wir gehn schon in den himmel*. El *capitán* que arriba *comandaba* los tripulantes oyó a este *novicio* y le gritó en pleno ardor: ¡vayase al diablo y no me atemorice a los demás, no hay peligro alguno! Los tripulantes estuvieron muy listos ante este ventarrón inesperado, pronto hicieron volar las velas tendidas tras lo cual el barco se enderezó otra vez. Si el buque hubiera quedado echado algunos minutos más, hubiera tomado [el buque] mucha agua, se hubiera hundido y nosotros hubiéramos perecido.

Celebramos la fiesta de S. Javier

El 2 de *diciembre*, víspera de nuestro santo apóstol de *indios*. Este día observamos riguroso ayuno en honor a este santo si bien en verdad durante nuestra navegación todos los días por la alimentación y las bebidas medidas exactamente no eran semejantes a los días de ayuno; pero en honor al santo este día de ayuno fue más severo. Desde el cielo recibimos buen viento y seguimos navegando rápidamente.

El tres de *diciembre*. Hoy celebramos una misa cantada durante la cual otra vez

42 / El P. Ladislao Orosz.

43 / Fonetismo alemán.

todos los *cañones* estallaron cinco veces. En la mesa tuvimos bastante de comer, ahí debieron aparecer asadas las once gallinas que nuestro cocinero bávaro días antes había dejado aún con vida. A las 12 horas tomé de nuevo el *cuadrante* y nos hallamos bajo el 21° grado 45 minutos en cuya altura del cielo está situado el *Cabo* o esquina de la tierra del Santo *Tomás*.

El 4 de *diciembre* pasamos el *Cabo Frío* y pasamos delante de *Río [de] Janeiro* o puerto marítimo de todos los santos pero no vimos tierra alguna.

El 5 de *diciembre* cruzamos el *Tropicum Capricorni*. Experimentamos un ventarrón impetuoso. Diariamente pescamos peces que debieron mitigar nuestra hambre ya que con la carne se hacía mucha economía. Diariamente vimos también sobre el mar algo nuevo y extraño pero que omito por la brevedad sino mi relato no tendría fin.

El 6 y el 7 de *diciembre* tuvimos fuertes y frecuentes cambios de viento. A mediodía navegamos bajo 26 grados 8 minutos; a nuestra derecha quedó la isla *S. Vicentij*.

Desde el día 8 hasta el día 11 de *diciembre* habíamos ya alcanzado 29 grados 12 minutos y estuvimos al mismo frente de la isla de *la Santa Catalina* que pertenece a la corona de *Portugal*. Este día vimos muchas *Balinetas* que iguales a pequeñas ballenas nadaban en derredor de nuestro barco pero no se pudo ver su tamaño entero. El dorso que yo vi por varias ocasiones me pareció ser de un ancho de tres o cuatro varas. A la tarde recibimos un viento más fuerte que nos adelantó bien. Loamos a Dios por tan feliz navegación; aún teníamos que hacer siete grados hasta el puerto de *Montevideo* que pertenece al español y está muy adentro en el *Silberfluss* [Río de la Plata].

El 14 de *diciembre* como encontramos que ya habíamos alcanzado el 31° grado y algunos minutos, el *capitán* mandó girar el barco hacia la tierra que quiso ya buscar; además tuvimos un viento muy bueno; del mismo modo viajamos también el 15 de *diciembre*.

El 16 temprano a la mañana cuando se notó que iba a romper el día, oímos una gran gritería que elevaron nuestros tripulantes. Todos gritaron: ¡*tierra, tierra!* [como] que ya veían la tierra. No era una tierra sino un banco de arena que apenas se dejó ver sobre el mar. Estuvimos distantes de él apenas unos mil pasos; si no hubiera sido visto el banco de arena hubiéramos naufragado en [tiempo de rezar] algunos padrenuestros y hubiéramos perecido. Este banco de arena fue ya una señal de la proximidad de la tierra. Nuestro *capitán* comandó nuestro barco otra vez hacia alta mar y tuvimos el viento lateral *a la balina* del barco. Todos al igual agradecemos a Dios por nuestra salvación de este peligro. Pero tuvimos que esperar los mayores peligros en la entrada del *Silberfluss* [Río de la Plata] donde se observan varios grandes largos y anchos bancos de arena que casi imperceptibles están muy poco debajo del agua. Uno es llamado *Banco Inglés*, el otro se llama *Banco Ortiz* en el cual ya se han perdido muchos barcos. El *capitán* ordenó que día y noche estuviera arriba en el mástil un centinela y observase todo.

El 17 de *diciembre* a la mañana temprano oímos gritar de nuevo: ¡*tierra, tierra!* porque otra vez vieron tierra y era una sierra alta que fue vista desde lejos. Nosotros navegamos con toda diligencia y cautela con rumbo hacia la tierra hasta que tuvimos la

Pasamos el *Tropicum Capricorni*

Nuevo sobresalto

Los mayores peligros están en la entrada del *Río de la Plata*

sierra ante nosotros a cinco millas alemanas pero nadie reconocía la región. Para no ponernos en peligro, el *capitán* giró el buque otra vez a alta mar.

Isla de Los Lobos

El 18 de *diciembre* temprano a las ocho horas comenzamos a buscar otra vez la tierra. Hacia las diez horas vimos pasar flotando un lobo marino muerto; por él conoció el *capitán* que no estaríamos lejos de la isla *de los Lobos* donde viven muchos miles de lobos de mar. Antes de llegar al mediodía vimos de lejos otra vez la tierra. El *capitán* tomó el mapa en el cual están designadas todas las orillas y las costas *americanas* y después de mucho contemplar encontró que nosotros debíamos de haber estado ayer en la ribera de los *Castillos* en cuya región se encuentra la entrada al *Silberfluss* [Río de la Plata] y que habríamos navegado en derechura hacia el banco de arena llamado *Banco Inglés* si no hubiéramos retornado a alta mar. En este banco de arena ha perecido unos años antes una *misión* entera que estaba destinada al Reino de *Chile*. La ribera que vimos hoy era la ribera de *Maldonado* donde hay un puerto marítimo al entrar ya en el *Silberfluss* [Río de la Plata]. Vimos un alto peñón, lejos de la ribera en el mar; todos reconocimos que era la *isla de los Lobos*. Pasamos navegando muy cerca de ella a hora de mediodía y vimos a los lobos de mar correr en gran cantidad en idas y vueltas. Como el *capitán* ya sabía en qué región estábamos se animaron todos en el barco y siguieron navegando alegres. Teníamos con nosotros un *practicum* como experto de esta región pero sus *practiquen* [prácticas] dieron a conocer puras *párticas*⁴⁴ pues no sabía a dónde estaba y hacia dónde debía navegar y guiar el barco y asimismo tomó bajo su dirección la derrota del buque. En vista y en consideración de un guía tan inexperto y —podría decirse— ciego, el peligro y los sustos que pasamos fueron grandes. Nosotros deseábamos que el *capitán comandara* en persona pero como ya he relatado el *capitán* no debe entrometerse y debe de dejar hacer lo que dicho *practicus* estime conveniente. Comenzaron ya a echar la sonda para reconocer cuántas brazas de agua tenía el buque y qué clase de fondo habría por debajo del agua.

Banco inglés

Tuvimos un mal práctico

Sonda de barco

La sonda era de plomo, tenía abajo un gran hueco que estaba lleno de sebo. Al costado derecho fuera del buque estaban parados dos marineros con tales sondas; las tiraban cada tres o cuatro minutos y gritaban: ¡tantas y tantas brazas de agua, pues según éstas debe de dirigirse el *capitán* que necesita saber cuántas brazas de agua ha menester su barco para que flote. El motivo por que el hueco bajo la sonda fue llenado con sebo es para que se reconozca sobre qué fondo se navega; de éste a la caída de la sonda queda pendiente algo en el sebo, sea ello barro o arena, y si el buque comienza a sentarse sobre ésta, no hay nadie capaz de salvarlo pues una vez que se detiene, el mar echa de continuo más arena contra él y entierra tanto más fuertemente al buque en el fondo. Fue echada la sonda y hallaron diecinueve brazas de agua pero nuestro barco necesitaba sólo seis brazas. El fondo era arenoso; mientras tanto nuestro *piloto*

44 / *Partiquen*. El autor forma esta voz como derivada de «parte», o sea partícula incompleta de saber.

subía y bajaba por el mástil en parte para descubrir la isla *de las Flores*, en parte para comandar y guiar el buque hacia allí. Al fin descubrió la pequeña isla que nosotros bajo la dirección del *practici* habíamos perdido y navegábamos en derechura al banco de arena. El buque fue doblado en seguida hacia el lado derecho. A la tarde llegamos a la pequeña isla y pasamos al lado de ella a un tiro de fusil. La pequeña isla no era más grande que la plaza o el mercado de una pequeña ciudad; sobre ella estaba situada a gran distancia de las costas una tosca torre cuadrada. Nadie lo consideró una isla, no lo era tampoco sino que era sólo un pequeño banco de arena levantado algo sobre el mar, sobre el cual se hallaba esta torre para señal de que ahí mismo existe un pequeño banco de arena y para que los viajeros supieran cuidarse. Por esto no vimos la isla *de las Flores* la que he visto sólo más tarde cuando regresé desde *Las Indias* a España.

Como ya habíamos navegado mucho dentro del *Silberfluss* [Río de la Plata] fue también preciso usar de mucha cautela; no debimos navegar durante la noche sino estar a la capa y más tarde echar ancla. En el barco corría la voz que no se debía haber navegado tan cerca de la ribera porque es muy alta y peligrosa por los peñascos, mas Dios y nuestros santos patronos nos condujeron con felicidad, pero no sin frecuentes sustos tal vez para que con más frecuencia recordáramos de él. Navegamos por el río arriba con la sonda en la mano de continuo pero todos con el corazón quién sabe dónde. El barco como conocimos por la sonda no tenía más que ocho brazas de agua, de ahí el más valiente se tornó en el más pusilánime. El cerro del puerto de *Montevideo* nos invitaba y la escasa agua junto con el peligro nos amenazaban. La sonda volaba al mar⁴⁵ una vez tras otra y sacaba arena en el sebo, seña segura de que navegábamos sobre el banco de arena. Fue nuestra suerte que en este tiempo penetrara la marea del mar en el *Silberfluss* [Río de la Plata] lo que ocurre diariamente y [que] tuvimos un buen viento que no nos dejó plantados sobre el fondo; el mar con las olas agitadas por el viento nos levantaba y seguimos con felicidad más adelante hasta que vimos más cerca el puerto marítimo y la fortaleza de *Montevideo*. Anocheció y nosotros quisimos alcanzar el puerto; la luna lucía clara porque el cielo estaba sin nublazón. En la 8ª hora llegamos hasta cerca del puerto marítimo, vimos enfrente a mano derecha una hilera de peñascos bajos contra los cuales nos empujaba el mar. Los españoles llaman a esta hilera de peñascos *las Carretas*. Creímos que el viento nos alejaría pero la corriente nos arrojaba hacia los peñascos. Nuestro piloto vio el peligro que nos amenazaba, subió al mástil y vio que el buque se acercaba siempre a los peñascos [y] gritó entonces desde arriba en el mástil: *jaiga el ancla!* [esto] significa: *falle der Anker*. El ancla ya estaba lista y se hundió sin demora. Cuando cayó, experimentó nuestro buque un fuerte temblor que nos causó un buen consuelo como una seña de buena esperanza pero a un sacerdote alemán de mi edad y también *misionero* de 21 años⁴⁶ le causó el mayor susto pues creyó que el buque ya naufragaba contra una roca y comenzó a gritar fuertemente: ¡el buque

Peligro cerca de
Montevideo

45 / El autor denomina al Río de la Plata indistintamente río como mar.

46 / Es decir, el *P. Martín Dobrizhoffer*.

naufraga y nosotros perecemos! Si bien por su candor y gran elocuencia era un *favorito* del *capitán* asimismo el *capitán* le reprochó por su miedo y le mandó callarse. Desde la fortaleza del puerto de *Montevideo* nuestro barco ya había sido visto pero como no llegamos esta noche tuvieron el cuidado en mandarnos buscar por una barca que también llegó hacia nosotros a la luz de la luna. Como la barca traía algo de verdura a vender, nuestro *P. Procurator* compró tales comestibles para nuestro alimento; entregó también una carta al *Superior* de la *Residencia* de *Montevideo* y comunicó nuestra llegada.

En este anochecer nos sentimos muy alegres porque habíamos alcanzado la tierra y [habíamos] sido salvados de tan grandes peligros, y a la vez porque era la víspera del festejado jucundísimo nacimiento [de] *Christi*.

Llegamos con
felicidad a
Montevideo

A la mañana temprano del 25 de *diciembre* después que nosotros todos los sacerdotes habíamos celebrado el santo sacrificio de la misa llegó desde el puerto a las siete horas una barca grande y se dirigió hacia nuestro barco; entonces hubo suficiente *fourage* [comida]. Junto con diferentes verduras y frutas trajeron para nosotros cuarenta y dos carneros, medio buey carneado, cuarenta yuntas de gallinas, pan fresco y bueno, diferentes cajas y cajitas llenas de azúcar y confites y un barrilito lleno de *vino carlón* que es un buen vino tinto.

Todos tuvimos este día un buen almuerzo y con la alegría de echar el ancla en el primer puerto marítimo de *América*; también lo más dulce para nuestros ánimos era el haber escapado a los más grandes peligros. No demoramos mucho; después de comido el almuerzo levamos otra vez el ancla y viajamos río arriba por el *Silberfluss* [Río de la Plata]. En este día temprano el *P. Superior* de la *Residencia* en *Montevideo* ya había despachado un mensajero a caballo que en la colonia *S.S. Sacramenti* (la que tiene un puerto sometido a la corona de Portugal y alimenta a una residencia de seis sacerdotes de la sociedad) comunicara que la *misión* había llegado con felicidad a *Montevideo* y ya navegaba hacia la *Colonia*. Nosotros teníamos que hacer todavía cuarenta leguas antes que llegáramos a esa *Colonia*; este día adelantamos un buen trecho hasta el anochecer y echamos otra vez el ancla en el medio del río que allí tiene un ancho de cuarenta y más leguas. Ya no se veía tierra ni por uno ni por otro lado. El buque tuvo que estar anclado durante la noche por el peligro que amenaza a los buques grandes en parte por el fondo demasiado alto, en parte por los peñascos que acá y acullá causan inseguridad al viaje durante la noche.

Viaje penoso hasta
la *Colonia del S.S.*
Sacramenti

El 26 de *diciembre* levamos el ancla muy temprano; seguimos navegando un buen trecho con velas bien tendidas, cuando de pronto quedó encajado nuestro buque y si bien las velas fueron hinchadas por el viento, no quiso moverse más porque había tocado fondo y no [tenía] suficiente agua para elevarse. En seguida fueron echados al agua el bote grande y dos lanchas provistas de cabos y remeros; estos [cabos] fueron atados en el buque grande y hasta treinta de los boteros comenzaron a remar en su buque chico para elevar del fondo el barco y arrastrarlo tras de ellos. Los boteros tuvieron que trabajar firmemente para que movieran un poco el buque; lo bueno fue que el fondo no era de arena sino de barro. Al mismo tiempo fue echada desde lejos un ancla;

todos trabajaron en el buque hasta nosotros los *jesuitas* y con otros dábamos vuelta al molinete como si debiéramos de levantar el ancla. Con este dar vueltas y el tirar por los boteros en sus barquillas llevamos el buque grande hasta por sobre el ancla; éste fue sacado del agua y transportado hacia más adelante por una lancha chica hasta donde daba la cadena del ancla. Otra vez se echó al agua el ancla que de nuevo había mordido fuertemente y otra vez nos empeñamos con las velas tendidas con el remar de los boteros y nosotros en dar vueltas [al molinete] en llevar el barco hasta sobre el ancla; esto lo repetimos algunas veces hasta que [el barco] empezó a flotar; entonces seguimos navegando y el fondo era ya más hondo.

Mientras navegábamos así, se formó sobre nosotros una fuerte tormenta; al fin comenzó a tronar y relampaguear. Ahí conocimos por primera vez cuán furiosas son las tormentas *americanas*. A la tarde comenzó a jugar con nosotros un ventarrón violento que [es] un viento *sudoeste* y es llamado *pampero* por los españoles. Nosotros arriamos todas las velas y echamos el ancla. El agua ya no era negra o azul índigo como en el mar sino amarilla. El movimiento del barco fue peor y más inquieto en este río que en alta mar; las olas chocaban también con más violencia y entraban en el barco. ¿Quién creería que en este río habría más peligro que en alta mar? Y que las olas asaltan al barco con tan asombroso poder. Ello es así; la causa es que como el río tiene allí sólo una anchura de alrededor de cuarenta leguas y se halla estrechado por las costas de *Buenos Aires* y *Montevideo*, las olas no tenían el espacio de extenderse en la misma forma como en alta mar; por eso pegaban más rápidas y más violentas contra el barco porque eran rechazadas por las dos costas opuestas entre sí.

Peligrosa tormenta

Este ventarrón duró toda la noche y nos causó unos grandes temores pero el temor mayor fue a causa de la tormenta que llegó desde arriba y estaba detenida sobre nosotros. Era un continuo relampaguear al cual seguía siempre un trueno; el buque se hallaba entre un continuo fuego. ¿Qué hubiera sido si el trueno pegaba en el depósito de la pólvora?; todo hubiera volado al aire. Esto nos causaba la mayor aflicción y nos aconsejó implorar muy celosamente a Dios. Por la fuerza de este movimiento el buque arrastró tras de sí el ancla que ya había quedado floja y mordía poco en el fondo. Nosotros tuvimos que echar al costado derecho del buque el ancla de mayor tamaño llamada *Esperanza* para que no fuéramos echados junto con la primer ancla, ya en la costa del *Brasil*, ya contra un banco de arena. Esta ancla, si todas fallan en un barco, es bajada última; es la más grande y la más gruesa; su *cable* o el cabo del ancla es grueso como el cuerpo de un niño gordo y muchas veces más gruesa; para cortarla se necesita mucha fuerza por el agua y un gran movimiento por el buque. Asimismo no es una novedad que también semejantes *cables* se hagan pedazos.

A la mañana temprano el viento permanecía aún tan fuerte como antes, pero la tormenta en lo alto fue más amable que durante la noche que pasamos orando en su mayor parte. Permanecimos anclados; a la tarde calmó el viento y quedó algo más tranquilo durante un par de horas tras las cuales retornó la anterior tormenta y se enfureció como antes; el barco permaneció anclado por todo el día.

El 27 de *diciembre* a la tarde vimos un *bergantín* de un tamaño de la mitad de nuestro barco que desde *Colonia* venía hacia nosotros. Ya desde lejos hizo ondear su bandera por la cual se dio a conocer que era el *bergantín* de la *Colonia S.S. Sacramenti*; tenía doce *cañones* y cuando avanzó más cerca de nosotros, disparó sus *cañones* y nos saludó con ello. Hizo caer su ancla a distancia de un tiro de fusil ante nosotros. Contestamos y agradecemos pronto con veintitrés tiros de *cañón* que todos en la ciudad de *Colonia* pudieron oír. El ventarrón impidió que los *capitanes* de nuestro barco y del *bergantín* no pudieran saludarse de palabra mutuamente y visitarse. A la tarde el viento aflojó; fue echada al agua la *barca* del *bergantín* en la cual llegó a saludarnos un *oficial* en *uniforme* verde y rojo. Trajo en ella comestibles frescos de carne, verduras y volatería, pan y vino, todo lo cual nos remitía el *P. Superior* de la *Colonia*. Este *bergantín* fue nuestro seguro *Raphael* que debía introducirnos en la *Colonia*. Durante este día y la noche quedamos aún anclados porque al anochecer el viento se hizo más fuerte y el río más inquieto.

El 28 de *diciembre* hacia las ocho horas levamos ambas anclas y proseguimos con viento fresco; el *bergantín* delante de nosotros a guisa de guía, nosotros tras de él. En este día quedamos encajados con nuestro barco por tres veces en el barro del cual nos ayudó [a salir] principalmente el *bergantín*. Al anochecer ambos [buques] echaron sus anclas y quedaron parados no lejos el uno del otro.

Llegamos con
felicidad al puerto
de *Colonia*

La entrada al mismo

El 29 de *diciembre* vimos las costas del *Brasil*, no lejos de la *Colonia*, levantamos el ancla para hacer nuestra última jornada hasta la *Colonia* en cuyo puerto entramos con felicidad a la tarde. Saludamos a la ciudad con todos nuestros *cañones* pero ellos respondieron con cinco. Todos desembarcamos con regocijo, fuimos en parejas a la iglesia grande donde el *Te Deum* fue cantado con música tras lo cual nos presentamos al *Gubernator*, le agradecemos el cuidado recibido; después nos trasladamos todos a la *residencia* donde ya nos esperaban con un magnífico almuerzo portugués por el cual todos los *orantes*⁴⁷ de nuestro buque abandonado fueron introducidos a la *Residencia*.

El 30 de *diciembre* permanecemos en esta ciudad y fuimos visitados por los *portugueses* más notables; recibimos de ellos un gran testimonio de aprecio. A la tarde contemplamos todo en la ciudad, fuimos invitados también a uno que otro jardín de recreo.

Descripción de
la ciudad *Colonia*
S.S. Sacramenti

Esta ciudad junto con el puerto se encontró antes bajo la soberanía española, pero fue adjudicada a la corona portuguesa. Es chica y en su mayor parte habitada por comerciantes *portugueses*. Las casas son bajas y edificadas en buen orden. La plaza es cuadrada y chica. La iglesia parroquial da *frente* [a ella]; en el centro de la plaza está la guardia principal a cuyo lado se avecina la *residencia* del *Gubernator*. Todas las casas son de muralla. Hacia el lado de la tierra la ciudad está guarnecida por trincheras de altas murallas y un profundo foso seco abierto [a pólvora] en la roca, ocupados por piezas [de artillería] de hierro. Hacia el lado del puerto hay igualmente un alto *bastión* sobre el cual [hay] seis *cañones* de hierro que protegen el puerto. Esta ciudad

47 / *Beter*. Todos los religiosos autorizados a orar públicamente.

tiene un pequeño *arsenal* que guarda el vestuario junto con las armas para un solo regimiento de *coraceros*. Me pareció más bien un museo de armaduras [*Rüsthammer*] que un arsenal [*Zeughaus*], pero en *Las Indias*, aun entre los *portugueses* como entre los españoles nacidos allí, era una *maquinaria* notable y la mostraban como una cosa extraordinaria; lo sería para los ojos de ellos pero no para los míos, mas era preciso alabar todo para no tener algún choque.

En horas de la noche se encontraban sobre la plaza cerca de la guardia principal las vacas y otro ganado de asta del *gubernator*. De ahí puede deducir cualquiera cuán limpia estaría la plaza a la mañana temprano. Nosotros los *misioneros* a lo menos no debimos quejarnos que pisábamos sobre lo duro aunque por mucho tiempo no habíamos caminado sobre el suelo. Pero esto no puede ser de otro modo: el ganado jamás está dentro de establos sino bajo el cielo libre durante día y noche en invierno y verano. Ahora como sólo la ciudad pertenece por completo a los *portugueses* y [éstos] no tienen fuera de la ciudad más que cien pasos [otros quieren decir que cuarenta] fuera de los cuales no les corresponde derecho alguno, es necesario que el *gubernator* en horas de la noche guarde su ganado dentro de la ciudad; de otro modo ya que en el deslinde hay una guardia española, el ganado sería apresado como de *contrabando* y conquistado como una presa fuera de la ciudad. Mas el *gubernator* ha recibido permiso de dejar pasar su ganado durante el día fuera del deslinde si bien no muy lejos pero de arrearlo a la ciudad para el tiempo nocturno. A mí me parece que los *portugueses* viven tan estrechados y son mantenidos por los españoles tan entre barreras como actualmente los judíos en nuestros países. Yo mismo he visto los centinelas en derredor de la ciudad; me pareció como si la ciudad estuviere bloqueada de continuo. No es posible que desde el lado de la tierra pueda colarse alguna cosa si —bien entendido— los centinelas no son pillos e intermediarios. Yo no sé si tal cosa ocurre pero es probable sea así. Esta *colonia S.S. Sacramenti* fue la primera entidad que presentó al *jesuita* el *ex [exeat]*; la que ha traído a este mundo un nuevo rey *Nicolaum* Primero y lo ha hecho famoso en él. Yo he tenido el placer de leer su biografía original bobamente confabulada y la manera de obtener su dignidad real en *Paraquaria*.

CAPÍTULO VI

Del seudo rey NicolaoDel seudo rey
Nicolaus

Nosotros recibimos la descripción de este rey ficticio⁴⁸ ya antes de que lo hubiéramos imaginado en *Paraquaria*; vimos monedas de oro que se decía hizo acuñar el nuevo rey *Nicolaus* y esta moneda como supimos habría procedido de territorio portugués, como en realidad lo fue, así pues en toda *Paraquaria* no se encuentra una casa de moneda como tampoco minas de oro o plata; y aunque se encontrara una casa de moneda, ni escaseara oro y plata, los *indios* ineptos del rey *Nicolai* no habrían sido capaces de producir tales peniques sin un instructor o de alguien que les hubiere enseñado acuñar monedas.

Todo el asunto nos extrañó y no sabíamos si debíamos asombrarnos o reír de que tuviéramos en el país semejante rey del que se sabía más bien en *Europa* que en *Paraquaria*.

Al fin supimos por unos buques que en España entera en unión de todos los países limítrofes y hasta en Alemania hablaban con gran murmuración del rey *Nicolao*. Nosotros vimos monedas de oro pero ¿de dónde? Seguramente no de *Paraquaria* pues ni [los] ríos ni el terreno son auríferos salvo que [el oro] fuese traído desde el *Perú* y de ahí en poca cantidad o desde *México* que es español y se halla a mil quinientas leguas o desde el *Brasil* que siendo portugués dista también varios cientos de leguas de *Paraquaria*, pues de una tierra pantanosa [y] llena de agua pueden esperarse más bien sapos que oro. Yo debo confesar que habiendo vivido allí como *misionero* durante veinte años, he visto la primera moneda de oro en mi despedida de *Paraquaria* en la ciudad de *Santa Fe* que fuera de la ciudad un español sincero, por amistad y compasión, me dio en un apretón de manos con la frase: *antes Martyr que confehsor. Ehendeb ein martyr als eim beichtigter*. Él quería decir: que si esta moneda fuera hallada sobre mí, yo me hiciera más bien martirizar antes que confesar de dónde yo la hubiera obtenido. Pues temió ser desterrado del país por esta causa. Pero hay que notar que esta moneda de oro no era una española sino una portuguesa: suficiente prueba que el oro en el territorio *paraquariense* no es cavado en el cenagal ni es volado [a pólvora] de entre las rocas que no existen. [Esto es] cuanto oro [he visto] de *Paraquaria* y aun éste [fue] recibido de los *portugueses*; quien quiere tener más, que lo busque o comience [a preguntar] a *Nicolás* Primero donde explotaba sus minas de oro.

Pero recién pasado el año hemos sabido que esta moneda fue forjada con ayuda de una persona lega por un sacerdote de orden en *México* (al cual yo y otros por una manifestación de los españoles hemos visto en *Portu S. Mariae* en España y cuyo hábito no quiero denunciar). Esto fue dado a conocer por este mismo colaborador lego que antes de su muerte declaró esto en presencia de testigos hábiles.

48 / Dobrizhoffer ha referido también la falsedad de la leyenda de un tal rey Nicolás, pero sus pormenores difieren y parecen más lógicos.

Se decía que este pseudo rey *Nicolaus* habría sido un hermano francés, después un alemán y tan luego de la *provincia* austríaca, en seguida un español de la sociedad *Jesu* quien por el motivo, que a los hermanos les fue prohibido llevar el *birrete* al igual de los *scholasticis*, se había alzado contra los sacerdotes del *Collegij* y originado junto con otros hermanos un motín *in Collegio*.

El real historiógrafo y biógrafo de *Nicolai*, del primer monarca *paraquario*, tuvo sin duda una tonta noticia de muchos años antes según la cual, en España habrían sido quitados a los hermanos los *birretes* que anteriormente pudieron llevar, lo que les pareció muy riguroso. Pues ¡remedie lo que pueda remediar! para que no se le ponga freno a esta mentirosa maldad⁴⁹, ello —en virtud de este cuento— dio un ficticio motivo para presentar el rey *Nicolaum* ante este mundo. Quiero aportar sólo algunas pocas observaciones que yo hice en la biografía de *Nicolai* que leí.

Primero: el nombre de este rey *Nicolai* (como quiere decir el biógrafo) fue *Nicolaus Roui bouini*. Que me diga un francés (dado que *Nicolaus* hubiera sido un francés) si en toda su patria y reino puede ser reconocido como existente un nombre semejante. Preguntemos a un alemán, a un español, a un portugués y finalmente a un *indio* y todos deberán confesar que éste es un nombre *italiano* falsificado. Ahora reconoceremos pronto al biógrafo según su tierra nativa; él mismo se ha traicionado porque ha dado a *Nicolao* un nombre que no asemeja a ningún nombre francés, a ningún alemán ni portugués ni *indio* sino a un [nombre] italiano que generalmente terminan en *i*. El quiso traer al mundo un nombre extranjero duro y extraño y con éste dar verosimilitud a su *Nicolaum* pero el *italiano* ha prevalecido en él y lo ha descubierto.

Dice además que este hermano como *jesuita* habría sido un *Procurator* y se habría casado en esta ciudad sin conocimiento del *Collegij* entero, de sus superiores y compañeros de casa y habría vivido por todo un año fuera del *Collegio*. Bien dudaría yo si en una ciudad tan grande que es enteramente católica-cristiana un casado públicamente podría mantenerse tan oculto, que en la ciudad entera no se le conociera por todo un año a lo menos en aquella calle donde acostumbraría vivir. ¿No habría ocurrido alguna averiguación acerca de éste o aquél que se había extraviado de una comunidad religiosa? ¿No se habría buscado y escrito? ¿No habría hablado sobre ello toda la ciudad y ante todo porque concierne a un religioso cuya más mínima falta cunde más que los pecados de un seglar por todas las casas de hospedaje y tabernas y se mezcla en todas las conversaciones?

Escuchemos el nombre de esta mujer religiosa. ¿Será otra vez un nombre español como se dijo? Ella se llama *Doña María de la Cupiditá*, otra vez bien [de nombre] romano como su padrino. Pero, ¿se encontraría en toda la tierra itálica alguien que tuviere tal nombre ficticio? Sería que se tratase de un apodo. Su señor hermano como quiere hacer creer este loco nuevo *bolandista* italiano habría sido un *oficial* de soldados de nombre *Fortieri*. Este *platónico* historiógrafo quiere tener a la fuerza como compatriotas suyos

49 / Según Dobrizhoffer el rey Nicolás proviene de un error de traducción, pues se trataría de un *indio* que desempeñó en una reducción el cargo de regidor.

a toda la familia de *Nicolai*; así aparece, pues da a todos unos nombres inventados a modo italiano.

Las circunstancias de la apostasía de este tan mentado hermano *Nicolai* habrían sido que él con todos los hermanos del Colegio (que eran unos cuatro o cinco) se hubieran alzado contra los sacerdotes, hubieran cerrado las puertas del *Collegij* y durante más de tres días no les hubieran dado nada de comer. Si se hubiere dependido de violencia los hermanos bien habrían sucumbido. Aunque un hermano puede ser más grosero que un sacerdote, el número de los sacerdotes podría haberles sido muy superior y no dudo que éstos los hubieran maniatado con facilidad y aun podido humillar mediante la fuerza del tribunal seglar. ¿Y los sacerdotes habrían sido tan incapaces que no hayan podido encontrar ni modos ni medios de hacer saltar las puertas y procurarse todo lo necesario para alimento y socorro? ¿Nadie en la ciudad hubiera podido notar durante tres días que ningún *jesuita* pudiera salir del Colegio ni hombre seglar alguno entrar al *Collegio*? Y aún si esto hubiese quedado inadvertido, habría sido para la ciudad entera una novedad el no ver ningún *jesuita* en la iglesia durante tres días porque todos como dice el *autor* habrían sido encerrados *in Collegio* por el hermano *Nicolás*? ¡Oh, qué verosímilmente escribe este historiógrafo *nicoláico*!

Bien quisiera saber yo de qué modo hubiera llegado a *Las Indias* y a *Paraquaria* este *Nicolaus*. El autor ya lo dice: habría llegado en el año 1753 con una *misión* de *jesuitas* a *Buenos Aires* y eso tan felizmente que en tres meses había hecho el viaje sobre el Mar Grande. ¡Oh cómo se han esforzado hasta los vientos para que *Paraquaria* tuviera pronto un rey! ¡Extraña navegación que en tres meses hizo este camino que otros barcos y buques pueden terminar apenas en cuatro y aún más meses!

Pero yo estuve en *Paraquaria* donde he llegado en el año 1749 el primer día de enero y he pisado la ribera en el puerto de *Buenos Aires*. Fue nuestro *P. Procurator Romanus* que entregó esta *misión* de las antedichas personas de la sociedad *Jesu*. El *P. Ladislao Orosz* un húngaro de nacimiento de *Casohaw* [que] en el viaje desde *Paraquaria* a *Europa* y en el transporte de sus *misioneros* recibidos desde *Europa* a *Paraquaria* había empleado sólo tres años lo que era algo poco usual y mientras existió la *Provincia Paracuaria* no retornó tan rápida y felizmente ningún *Procurator* como este *P. Ladislaus* con nosotros los *misioneros*, fuera del que recordaron de un solo *Procurator* vuelto en cuatro años que era un *Pater* de nombre *Eran* bien conocido por mí.

En la *Provincia Paracuaria* donde viven quinientas personas de la sociedad, ha habido la costumbre que cada cinco años se eligiera con la concurrencia de todos los más ancianos *profesos* de la *Provincia* un nuevo *Procurator* que buscara *misioneros* en *Europa* y también informara a la vez en *Roma* al *P. General* sobre el progreso de la conversión de los paganos, condición clerical y estado de la *Provincia*. Este *Procurator Romanus* recién electo en *Paraquaria* debía trasladarse en seguida a *Buenos Aires* para esperar allá un barco oportuno y procurarse todos los medios para el viaje. Tal espera duraba en ocasiones tres, también cuatro años. Si habían transcurrido tres años desde

su elección y [él] no había hecho velas desde *Buenos Aires* debía permanecer entonces en *Paraquaria* y era destituido *per Congregationem abbreviatam* (que consistía sólo por los *Consultores* de la *Provincia* que se encontraban en el *Colegio Máximo* en *Córdoba* de *Tucumán*) y se elegía un nuevo *Procurator*. Así ocurrió con un *P. Pedro de los Arroyos* que fue elegido antes que el *P. Oroz* para buscar nuestra *misión* en *Europa*. Como entonces llegaban pocos buques desde *Europa* a *Buenos Aires* pasó el tiempo de tres años por lo cual dicho *P. de los Arroyos* tuvo que detenerse y desistir de su viaje a *Europa*. Por ello fue elegido en su lugar *per Congregationem abbreviatam* el *P. Ladislaus Oroz* y [éste] tuvo la suerte de ser transportado en breve.

En este año de 1749 cuando nosotros los *misioneros* llegamos con nuestro *P. Ladislao* a *Paraquaria* fue celebrada in *Colegio Máximo* de *Córdoba* en *Tucumán* (donde yo entonces estuve presente) en el mes de *noviembre* con asistencia de los más viejos *profesos* de la *Provincia* una *Congregatio completa* en que la suerte tocó de nuevo al *P. Pedro de los Arroyos* y [él] fue designado por segunda vez *Procurator Romanus*. Para su compañero o segundo *Procurator* en caso de la muerte del primer *Procurator* fue elegido el *P. Carolus Gervazoni*, un italiano. Ellos navegaron hacia *Europa* en el año 1751 en cuanto yo recuerdo. No retornó ninguno de los dos pues ya entonces se trataba en la corte con gran empeño de hacer invisibles en *Paraquaria* a los *jesuitas*. El *P. Pedro de los Arroyos* murió en *Madrid* y a su compañero *Carolus Gervazoni* no se le dejó volver y fue enviado desde *Madrid* a *Génova* a su anterior *provincia*. Los *misioneros* que ya estaban casi completos debieron permanecer parcialmente en los *Collegijs* en España, parcialmente retornaron a sus correspondientes *provincias*.

Fue ya en el año [mil setecientos] cincuenta y siete o cincuenta y ocho en que ocurrió que un *Procurator Romanus* de la *Provincia Chilense* debía de partir desde *Cádiz* y hacer velas con sus *misioneros* recibidos, a la *provincia* de *Chile*. En esta oportunidad seis hermanos y un solo sacerdote el *P. Josephus Mayer* de la *provincia* bohemía consiguieron partir con esta *misión chilena* hacia *Paraquaria*; los cuales llegaron también en el año 1759 a *Buenos Aires* pero entre éstos no hubo ni uno solo que hubiera llevado el nombre *Nicolai*. Es cierto que en el año 1749 llegó conmigo a *Paraquaria* un *jesuita* de nombre *Nicolaus Plantitsch* pero era un sacerdote [que] jamás fue enviado a la *misión* sino que debía de enseñar *filosofía* y *teología* en *Córdoba*; después llegó a ser *superior* en la *Residencia* de *Montevideo* [y] regresó a *Europa* con todos los demás *jesuitas* y —como yo oigo— vivía antes de la disolución de la *Sociedad* en *Varasdin* como *rector* instituido del *Collegij* local.

Ahora yo quisiera saber con qué *misión* habría llegado el célebre *Nicolaus* a *Paraquaria* y en qué año, ya que se constata como falso que en el año 1753 hubiere llegado a *Paraquaria* una *misión*. El mencionado *P. Nicolaus Plantitsch* era bien de la *provincia austriaca* pero de nacimiento *croata*, un hombre distinguido, docto y altamente apreciado que con el tiempo hubiera pisado las gradas de los mayores cargos en la *Provincia*. Así no hemos encontrado hasta ahora al *Nicolaum* en *Paraquaria*.

Pero entonces busquémoslo en la isla *S. Gabriel* donde el *autor* dice que *Nicolaus* habría reclutado en corto tiempo hasta cinco mil *indios*. Nadie dude de que yo he visto

Isla S. Gabriel.
Su condición

bastante la isla S. Gabriel. ¿El lector quiere saber y conocer su condición? Que mire entonces el peñasco en el puerto marítimo de la Colonia S.S. *Sacramenti* de que he dado antes un corto informe. Este peñasco dista de tierra a un buen tiro de fusil; tendrá en su circuito apenas unos doscientos pasos. Sobre este peñón hay una casita que es la casa de guardia ocupada apenas por seis soldados *portugueses*. En derredor de la casita hay un muro bajo y fuera del muro apenas se puede pisar sin peligro de caer al mar.

Ahora que el buen conocedor de esta isla me diga cómo sobre un peñón tan chico que dista de la ciudad de Colonia a un tiro de fusil podrían permanecer, vivir y obtener su necesaria alimentación 5000 *indios*. Demuestra con esto que los papeles porque había recibido las noticias sobre esta isla y de tantos miles de *indios* que habían humedecido por completo en el camino.

La curiosidad me hostigaba por saber aún de qué manera este *Nicolaus italiano* se habría hecho en seguida tan bien querido por los *indios* insulares, con qué regalos los habría atraído hacia él y sometido a la obediencia. Segundo, ¿en qué lengua habría hablado con ellos, cómo habría ganado sus corazones para que lo adoraran como a un rey y le quedaran sumisos en un todo? Ha de alegar otra vez algo que parecerá creíble a los inexpertos, dudoso a los razonables y por eso mismo falso a los peritos. Es así como yo digo pues el *autor* expresa que este hermano habría traído consigo desde España en el buque en que estuvo la *misión* muchísimos barriles con bebidas embriagantes a que son muy afectos los *indios*; más tarde habría transportado todos a la isla S. Gabriel y así atraído hacia sí los *indios* y los habría hecho amigos.

¡Bien acertado! Si es tan fácil traer a la obediencia los *indios* mediante las bebidas, los españoles habrán sido de muy escasa inteligencia y sólo el *Nicolaus* habrá procedido con superinteligencia ya que mediante las bebidas embriagantes habría atraído a la moralidad y al vasallaje a tantos miles. ¡Cómo! ¿En el transcurso de trescientos años no se les ha ocurrido a los españoles nada semejante? De esta manera ellos hubieron atraído hacia sí a todos los *indios*. No habría sido menester otra cosa sino que todos los *misioneros* hubieran sido destiladores de aguardiente, que de esta manera habrían sometido innumerables *vasallos* a la corona española y todas *Las Indias* estarían convertidas desde hace muchísimo tiempo. Pero por la experiencia debo confesar que si el *Spiritus Domini nostri* aún no ha traído a todos a una vida decente y legal, el *Spiritus vini* o el orgulloso espíritu traído consigo por *Nicolai* no habrá realizado ninguna obra milagrosa tan rápida.

El que quiera saber lo que causa en los *indios* este espíritu desconcertador, escuche lo que yo y todos los españoles conocedores de los *indios* han experimentado.

Primero: tanto en los tribunales religiosos o seculares está prohibido bajo grave pena que español alguno alcance un vasito de aguardiente ni a un indio pagano ni a uno ya converso a la santa fe en las poblaciones. En el derecho canónico el contraventor está sometido a la excomunión menor y este *casus* queda *reservado* y retenido sólo al obispo para absolver de ella. En el derecho secolar [el contraventor] está sujeto a una

confiscación de sus bebidas y hasta también condenado bajo [pena de] destierro. ¿Por qué? Porque aun sin esto el indio en sus hábitos asemeja a un animal indómito, en su índole se muestra sanguinario, vengativo, iracundo y belicoso. ¡Cómo sería si un espíritu tan desconcertador dominara su cabeza! ¡Contémplese en *Europa* un hombre por lo general tranquilo y decente! ¡Qué espectáculos y porquerías comete cuando siente en sus sesos un buen vapor!

En mi tiempo cuando yo pasé unos pocos días en la ciudad *Sanctae Fidei* [Santa Fe] con algunos de mis *indios* y dos paganos ocurrió que un español bien conocido por mí y tabernero de aguardiente quiso conseguir de uno de estos dos paganos una linda alfombra [y] dio a beber al indio un vaso de aguardiente; el espíritu subió pronto a los sesos del indio y [éste] se enfureció tanto que corrió con el cuchillo por la calle tras las mujeres españolas y las persiguió hasta la iglesia. Si yo hubiera dado cuenta ante el juzgado, el español hubiera caído en una gran desventura. Pero aun hoy día ha de recordar la reprimenda que me tuvo que escuchar y del susto de entonces.

Ahora el *Nicolaus* habría sido tan feliz que por medio de tales bebidas que oscurecen tanto la razón, hubiera iluminado el entendimiento de los *indios*. ¡Oh, qué pronto hubieran descargado un fuerte garrote en vez de una corona regia sobre la cabeza del nuevo rey y sin someterse a él hubieren bebido en corto tiempo toda su provisión de bebidas!

¿Qué sucedió pues con un barco español que yo aun recuerdo había anclado no lejos del *Cabo de Hornos*? La mayor parte de los tripulantes y viajeros habían bajado a la ribera. Los *indios* salvajes, denominados *pampas* y *pelchues* se hicieron ver, fueron atraídos por los marineros y regalados con bebidas. Los *indios* se propusieron obtener una mayor cantidad y apoderarse del aguardiente restante en el barco. Por ello espionaron por una oportunidad y la encontraron para matar a todos los españoles. Cuando todos estuvieron muertos, corrieron los *indios* al barco para hartarse con la restante provisión de aguardiente, bebieron con tanta ansia que algunos de entre ellos reventaron con los vientres estallados mientras otros fueron muriéndose poco a poco. Si *Nicolaus* hubiere conocido este suceso, no se hubiera aproximado tan animoso con semejantes bebidas a los *indios*.

La *máxima* que nosotros los *misioneros* debemos usar para la conversión del paganismismo consiste en deshabituarlos poco a poco de la bebida embriagante de que ellos sin saber nada de vino ni de aguardiente fabrican bastante cantidad en sus tierras silvestres como en el transcurso de mi descripción he de referir más adelante. Ya existe entre ellos, ante todo desde el comienzo de *noviembre* en que reina un gran calor, la costumbre de hacer de miel [y] de frutas unas bebidas que ellos beben día y noche, de dormir la borrachera y volver a tomar una nueva. En semejantes reuniones mojadoras en las cuales a veces aparecen más de cien *indios*, ocurren unas cosas tales que causan el mayor asombro a todo hombre razonable. Estos bebedores reunidos terminan infaliblemente su diversión mediante el pegar, matar, asesinar y parecidos espectáculos asesinos que ellos representan entre ellos y por medio de ellos. Por tal motivo las mujeres

indias cuando sus consortes se embriagan se empeñan en esconder las lanzas y mazas de sus hombres entre los matorrales de la selva para que en cuanto los hombres llegan a las manos entre ellos no tengan otros instrumentos que sus manos desnudas. No ha sido pues ningún medio ni inteligencia alguna por parte del nuevo rey *Nicolai* el ganar por tan embriagantes bebidas a los *indios* en general desconocedores de la obediencia y no habituados al sometimiento pero el poetizante biógrafo de *Nicolai* ha hecho sumamente increíble todo su relato. El infeliz ha sido tan corto de vista que no ha previsto que desde *Paraquaria* llegarían algunos que le castigarían junto con el seudo rey *Nicolaus* por una falsedad tan manifiesta.

A más yo quisiera saber en qué idioma ha podido traer a la obediencia a los *indios* moradores de la isla *S. Gabriel* y señorearlos como rey. El *autor* no indica la lengua tal vez en la creencia que en toda *Paraquaria* al igual como en toda Francia se hablara una sola lengua. Si quisiera sostener esto, yo puedo decirle que entre los distintos idiomas del reino *Paraguay*, la lengua de los *guaraníes* es aun la más común porque esta *nación* ha sido traída a la Fe verdadera por los *misioneros* desde cien y más años desde los tiempos del Santo *Francisci Borgias*, tercer *general* de la *Sociedad*, y repartida en 33 poblaciones hasta estos tiempos, se compone —diré de paso— en algunas de cien mil, en otras de veinte mil almas. Pero ninguno de estos [*guaraníes*] estuvo domiciliado en esta isla *S. Gabriel* sino de ahí hasta trescientas o cuatrocientas leguas. Los *indios* moradores al lado del río *Uruguay* estaban más cerca pero no se sabe de ninguna lengua india en la isla *S. Gabriel* porque hasta ahora no se ha encontrado allí indio alguno.

Junto con esto el *autor* da al rey *Nicolaus* una cabeza tan *rafanirt* [astuta] y aprehensora que éste habría aprendido en tiempo de tres meses la lengua india. Quisiera Dios que yo hubiera tenido la mitad de esta habilidad y hubiera aprendido tan bien la lengua de mis *indios* en tres años aunque los mismos españoles confiesan que no había ninguna *nación* más hábil para aprender lenguas indias que la alemana.

Nadie piense que entre los *indios paracuarios* hubiera una lengua común. Es cierto; entre los *indios* colindantes se encuentra una pequeña similitud de las lenguas así como en la lengua bohemia con la polaca o morava. Pero cada *nación* es tan pequeña que entre los [*indios*] aun dentro de las selvas y en las aldeas recién establecidas fuera de las selvas, se encuentran —si mucho— unas mil almas que hablan un mismo idioma sino fuere que con ellos viven los de otras *naciones* y que por la comunidad entre ellas una [*nación*] aprende la lengua de la otra. Yo puedo decir de mi *misión* establecida bajo la invocación del santo apóstol de *indios Xaverij* que tuve que enseñar mil seis cientos bautizados y trescientos paganos pero entre ellos atiende a muchos [*indios*] de otros pueblos agregados a ellos y de [otros] idiomas. Se decía que todos eran *mocovíes* pero no lo fueron todos sino que yo encontré [*indios*] de diversas lenguas y generaciones que parecieron ser una [común] generación porque hablaban una lengua [común] pero ellas se diferenciaban en las lenguas según su nacimiento. Los que tenían una igualdad de idiomas con mis *mocovíes* eran los *copogni*, *pelo*, *tobas*; los que tenían lenguas especiales de su *nación* eran los *belelas*, *malvaleas*, *guaraníes*, *abipones*, *jaucanigas*, *lules*, *mataguayos*.

De esto cada uno puede deducir que en una *misión* de mil novecientas almas no todas son de una [misma] *nación* ni lengua pero que aprenden la lengua popular por la comunidad y el continuo trato entre ellas.

Hay una diferencia tan grande entre las *naciones* en *Paraquaria* aunque ni la duodécima parte está tan poblada como *Europa* pero han de encontrarse muchos más vecinos. ¿Quién me diría que si un país que alcanza hasta setecientas leguas y también más en longitud y más de quinientas en la anchura (como yo he oído) estuviere poblado como nuestras tierras alemanas no encerraría muchos millones de almas y se encontrarían en ellas numerosas lenguas? Yo recuerdo sólo de las *naciones* que existían en la circunscripción de las ochenta leguas y anoto sobre este papel cuantas sé y he conocido. Sus nombres son: *mocovíes, abipones, chambas, pampas, aucaes, payaguás, calchines, calchaquies, malvalaes, belelas, lules, ichinipies, frentones, jogongaes, capogni, pelones, jaucanigas, matarás, japitalogas, isistenes, pahsaimes, tobas, ococollot, quichivaches, mataguayos, chiriguanas* y otros más. Entre tan diversas *naciones* y tantas lenguas, el rey *Nicolás* ¿no habría tenido una cabeza más grande que la torre *babilónica* que a causa de la diferencia de las lenguas se tornó en una *máquina* de confusión? Si el rey *Nicolaus* hubiera sido el *Anti Cristo* vivo y su biógrafo el *Elias*, entonces aquél no hubiera podido ligar consigo tantos *indios* reacios y cazudos como zapallos ni éste hubiera podido relatar una historia tan falsa.

¿Pero qué ocurriría con tantos barriles de bebidas? ¿De qué modo este hermano *jesuita* ha podido introducir al buque sin el conocimiento de la *misión* entera tantos barriles de *licores* espirituosos sin gastos asombrosos? ¿De qué modo ha podido transportar estos barriles sin embarcaciones en una manera tan de contrabando en la isla *S. Gabriel*? ¿Cómo los españoles y *portugueses* entre quienes de una a la otra banda todo es apresado como *contrabando* han sido tan negligentes en dejar *pasar* tales bebidas a sus enemigos como los son los salvajes *indios*? ¿Se cree tal vez en *Europa* que en *Paraquaria* no se ejerce ordenamiento o inspección alguna sobre tales envases? ¿Que se puede exportar y entrar lo que uno [quiera] y como quiera? Aunque no existen en *Las Indias* todas las enfermedades como en nuestros países, el interés y el afán del dinero recorren el mundo entero. Cuando no es en provecho del *soberano*, va en provecho de los servidores que en no escasas veces son más severos con una arrogada importancia y *autoridad* de *superior* que las que demanda el jefe. En el caso de funcionarios y mandones como *vice rige* siempre: *Procul a Jove, procul a fulmine* o como suele decirse: a distancia en la campaña se está bien contra el tiro o cuando más dista uno del *Júpiter* o comandante, tanto más lejos se halla del rayo; por esto el cálculo se hace más amplio de lo que debiera ser.

A más el *autor* debía haber explicado de qué modo este *Nicolaus* habría cargado tantos barriles de bebida en España sin conocimiento del *Procurator* y de toda la *misión*, primero hacia *Buenos Aires* y después a la isla *S. Gabriel*.

He dicho ya arriba de qué modo se procede antes de que el barco en España reciba el permiso de partir a *Las Indias*, cuán prolijamente es vigilado todo desde el comienzo

hasta el fin del cargamento; que cada jeme en el barco tiene su tasa fija y ha sido medido; que todo lo que se trae al barco es revisado y se carga de impuestos. Igualmente [que] cuando el barco ha entrado al puerto marítimo indiano se envían como lo primero desde el puerto seis y también ocho guardianes y en el barco hay vigilancia en todo su derredor; de este modo nada puede salir ni entrar sin ser revisado. Tampoco sé de qué manera este *Nicolaus* como hijo de un pobre soldado español que de su casa no llevara consigo nada más que una pistola vieja y un anillo habría finalmente poseído el *quantum* de procurar suficientes barriles de vino o aguardiente para cinco mil *indios*, pagar el impuesto y abonar la correspondiente *Bucke*⁵⁰ o [sea la] bodega. Y aun si hubiera abonado esto, tendríamos todavía el grave problema de cómo habría podido transportar todo esto desde *Buenos Aires*, territorio español a la isla *S. Gabriel* sita enfrente, en el territorio portugués, sin los mayores gastos e impedimentos. Pues, ¿cuántas embarcaciones se encuentran en *Buenos Aires*? Yo puedo decir que a la par de tres *corsarios* que son los barcos de caza para atrapar el *contrabando* tienen algunos vecinos españoles diversas *barcas* que ellos emplean diariamente para enviarlas a las islas no muy distantes (que son tan grandes y también más chicas que las isletas e islas en el Danubio) ya para traer frutas o leña, ya también otras tales cosas necesarias a sus casas. ¡Oh, qué diferentes dificultades habría tenido que vencer *Nicolaus* con los *indios* vagantes por los bosques! Quienquiera que ha observado allí la situación, reconocido la dificultad, ha notado por propia experiencia la manera de vivir de los *indios*, su naturaleza, indisciplina, inconstancia, ingratitud, haraganería, glotonería, embriaguez, su espíritu vengativo y crueldad ha de decir que este *autor* italiano o ha soñado con un *Nicolao* o ha faltado a la verdad de manera malévola desde el comienzo hasta el fin. Lo bueno que este biógrafo de *Nicolai* no ha agregado su nombre por lo cual puede avergonzarse en secreto y sólo en su interior si no ha perdido junto con la veracidad toda la vergüenza.

Lo más notable es que después de tan general gritería en el mundo *européo*, después de tanto tumulto que habría hecho este *Nicolaus* y después que los *jesuitas* han abandonado ya casi por completo toda la *Paraquaria*, hasta el mundo entero, [éste] reposara tan rápida, tan impensadamente y de repente de manera que apenas ya se piensa en él ni se habla ni se sepa hacia dónde habría desaparecido.

Pero yo sé que una persona religiosa y [una] seglar han fabricado las monedas de los dineros de agradecimiento de *Nicolai*, especialmente aquellas en que fueron acuñadas de un lado el busto de *Nicolai* con la inscripción: *Nicolaus primus Rex Paraquariae*, pero en el otro el nombre *Jesús* con unos rayos y la inscripción: *Regnum Jesuiticum Paraquariense*. Los españoles y el clero *mexicanos* poseen este conocimiento por la persona seglar como colaboradora en la fabricación de la moneda quien había confesado públicamente en el lecho de muerte ante muchos testigos que con una persona

50 / De esta voz alemana que indica el interior de los barcos se formó el término castellano «buque» en reemplazo de «barco».

religiosa (que también reveló de nombre y con la indicación de la orden) habían sido el inventor y el fabricante en *México*. A nosotros los *ex jesuitas* de *Las Indias* nos es bien conocida la persona religiosa porque más tarde la hemos visto en España en la ciudad *Portus Sanctae Mariae* y los españoles seculares la han indicado con los dedos.

En el transcurso de esta biografía de *Nicolai* encuentro tales errores, contradicciones e incongruencias que si el cerebro del *autor* está formado como su relato, éste recibirá una merced si por misericordia se le ayudara [a entrar] en un hospital donde se guardan los locos y tontos. Por esto no quiero ya afanarme en reprochar a un *fantaseador* su necedad y borrachera porque es trabajo perdido predicar a los bobos y querer traerlos a la razón y el entendimiento mediante razonables explicaciones [y] claros testimonios.

Yo me he expresado algo más ampliamente en investigar la supuesta vida del ficticio rey *paracuario Nicolai* de lo que me había propuesto y habría aún mucho para redactar una *critica* de ello. Ya que él mismo en la mejor ocasión en que podía haberse hecho famoso ha desaparecido tan abruptamente y que todos los sensatos en el mundo están convencidos que *Nicolaus* había sido sólo una ficción por unas cabezas locas sería vano perder lastimosamente el tiempo y trabajo con ulteriores divagaciones semejantes y demorar a otro ansioso por noticias más divertidas. Por esto vuelvo rápidamente a mi descripción de viaje para no perder la ruta emprendida por tierra.

CAPÍTULO VII

Partida desde la Colonia, llegada a la ciudad de Buenos Aires y descripción de la misma

Habíamos pasado el 30 de *diciembre* en la *Colonia S.S. Sacramenti*. El 31 esperábamos con seguridad una *barca* o *bote* desde *Buenos Aires* en que debíamos de cruzar desde la *Colonia* hacia dicha ciudad el *Silberfluss* [Río de la Plata] que tiene nueve a diez millas de ancho. Ha de saberse que *Buenos Aires* está situada en la banda *paraguariense* y la *Colonia* en la *brasiliana* está casi *in paralelo* y que en los días claros se puede ver desde una pequeña colina la margen de la *Colonia* y hasta la misma ciudad como yo mismo he visto.

El primer día de enero de 1749 bien temprano arribó la *barca* cerca del peñón o sea de la isla llamada *S. Gabriel*. Todo fue preparado para el embarque y la partida, la que se hizo temprano a las diez horas de ese día. Veintiséis sacerdotes subieron temprano a esta *barca* entre las 9 y 10 horas. Nosotros hicimos tremolar la única vela que un fuerte viento sopló hacia adelante y a la tarde en la 4ª hora nos hizo atracar felizmente en el puerto marítimo de la ciudad de *Buenos Aires*.

Nuestra llegada a
Buenos Aires

Junto con el *P. Provincial Manuel Querini* y la mayor parte de las personas del *Collegio* nos esperaron en la orilla de la ciudad muchos cientos de españoles y los más notables de la ciudad. Ellos nos abrazaron a todos nosotros con afectuosa amistad y en su compañía fuimos introducidos por parejas a la ciudad. En todas las iglesias tocaron todas las campanas y nosotros nos encaminamos con regocijo a la iglesia del *Collegij* donde dimos gracias a Dios por el viaje felizmente terminado y fue cantado musicalmente el *himno ambrosiano Te Deum* tras lo cual fuimos al *Collegium* para ocupar nuestro alojamiento.

El 2 de enero nosotros los *misioneros* recién llegados fuimos a saludar al *Gubernator* de la ciudad de *Buenos Aires* señor *Adonaigui*. Él tuvo un especial placer en vernos; ante todo recibió con notable amabilidad a nosotros, los *jesuitas* alemanes y mencionó a muchos señores *generales* alemanes que él había conocido en tiempos de la guerra en el territorio *napolitano* y con quienes en frecuentes ocasiones había comido y hablado con ellos. Nos despidió con una oferta de su favor y protección.

En los primeros ocho días después de nuestra llegada fuimos obsequiados como huéspedes con la mayor hospitalidad en el *Colegio* y atendidos especialmente en la mesa. El comedor estaba sembrado por completo en el suelo con hojas de hinojo y flores; sobre las mesas se hallaban repartidos *confites* de azúcar, con otras frutas diversas de árboles y de tierra que hasta en el sitio de cada uno yacían sobre la mesa [frutas] en cantidad como ser: *naranjas* ácidas y dulces, higos *indios* y negros, duraznos, melones de agua [sandías] y otras. La cantidad de las comidas que los españoles llaman *potajes* o como nosotros solemos pronunciar «potaches» [pronúnciase en alemán potajes] no era tan grande como uno u otro pudiera creer sino que habilitó una suficiente sobriedad pero

para satisfacer al lector curioso voy a dar una noticia detallada (hasta donde mi fuerza rememorativa aún es capaz).

Los platos son por lo general seis o siete, por raras veces más, pero no se observa el orden de las comidas como en otros países. El uso es allí que todo se sirve por *porción* a cada uno en pequeñas vasijas. Primero se trae un plato playo con pedazos de pan cortados, bien remojado con sopa de carne de buey, sembrada de rebanadillas de cebollas cocidas; se agrega también ajo, y se derrama por encima grasa caliente pero no de manteca sino [de grasa] de vaca o buey; después sigue una buena media libra de carne de vaca asada generalmente de costillas y agregado a su par un pedazo de chorizo ahumado (que llaman *salchicha*). La *porción* era tan grande que si yo por no esperar otra la hubiera consumido entera, no hubiera sido tentado para mayor cantidad. Después de ésta, se sirvieron algunas comidas cocidas, por lo común fueron unas perdices escabechadas que no son iguales a las perdices *européas* sino que se parecen a las codornices grandes. A veces seguían gallinas del país cocidas, tras éstas un plato cocido de corderos tiernos o de cabritos. ¿Qué otra cosa? Algo de pastelería y más ¡*Risum teneatis amici!* Al final apareció un caldo flaco de vaca. ¿Seguiría a éste pronto la carne de vaca? Como se dijo, así sucedió. La carne de vaca debía cerrar las comidas y ser lo final, pero en compañía de diferentes carnes y condimentos; a este plato los españoles llaman *porción* por lo que todos los demás platos debían ser llamados *portinculas*, porque únicamente ésta es llamada *porción* y es en realidad una muy buena *porción*. Quien en Alemania tuviere ganas de conocer el sabor y la bondad de semejante *porción*, forme de acuerdo con la siguiente *receta* a la manera española la siguiente lista de cocina: trate en cuanto pueda establecer ésta conforme a su antojo, pero mediante el cambio de hierbas y raíces que le plazcan. Esta *porción* es llamada por los españoles *olla podrida* y los siguientes aditamentos son cocidos junto con la carne de vaca en una olla; en cuanto a carne, la de carnero; un buen pedazo de carne porcina fresca, un chorizo de sangre ahumado que los españoles llaman *morcilla*; en cuanto a verdura, se pone repollo blanco, raíces de perejil, cabezas enteras de cebollas blancas, algunos dientes de ajo, menta crespita o meliza [toronjil] y *garbanzos* como los llaman los españoles. En Indias agregan la raíz que denominan *mandioca*. Dicen los *indios* que ésta les fue señalada para su alimento por el Santo apóstol *Tomás*⁵¹ cuando en tiempos pasados predicó entre ellos y les transmitió el santo *Evangelio*. En Alemania pueden agregarse nabas amarillas o blancas ó sea nabos de agua [Wasser Rueben], entonces tendrá —ya que con éstas hay hierba— un gusto a hierba y nabos.

Servicio de la comida
en Buenos Aires

Receta de hacer la olla
podrida

51 / Entre los *indios* sudamericanos ha corrido una vaga tradición de un misterioso personaje venido desde el mar y que les enseñaría diversos oficios. Era conocido como *Simmé*, *Somé*, *Zumé* y Staden en 1584, lo recuerda como *Meire Humane* que enseñaría la tonsura a los *indios* tupíes. *Meire*, sería la voz francesa de *maire* y no sería ajena la misión cristiana a la creencia que se tratará de un profeta o de un apóstol.

Con referencia a esta *olla podrida* hay que anotar también que para ella se toma una olla espaciosa en la cual no escasee la correspondiente agua junto con la mezcolanza de carne y aditamento verde indicados y si en caso sucediere que el caldo necesario se evaporara, no se eche agua fría en ella sino agua tibia, de otro modo todo resulta desabrido. Los cocineros y maestros de cocina entendidos no han de negarme la aprobación. Además hay que observar que después que toda esta *confusión* de alimentos hirvió bien a medida y no demasiado, se deje la olla bien tapada bajo un calor más suave y se la mantenga rehogada. Pero no se olvide el pertinente condimento, pues es preciso que se halle agregado todo lo que incita al paladar y al olfato, fortalece al estómago y no daña a la salud. ¿Quién me dirá que esta afamada *olla podrida* no sea un bocadito alimenticio general [y] una *substancia* que despierta cuerpo y alma? Por lo tanto no se necesita mucha obra milagrosa; esta comida *substanciosa* por sí sola puede resucitar a un muerto; basta que él tenga poder de consumirla; me remito a una prueba. Pero yo digo que nadie sea chocado por mi exposición aunque yo la produzca con fundamento chistoso pero puede creerse con toda seriedad, que al que no tiene una natural repulsión a uno u otro aditamento de esta *olla podrida*, puede ser servida no sólo toda la carne condimentada sino que también la sopa sola puede ser comparada a una *substancia* de un agrado y fuerza propia. Quien quisiera experimentarlo, que prepare tal tormenta comilona en una olla y dará una favorable bienvenida a la *olla podrida* española⁵². Se preguntaría ¿entonces en tales mesas no será servida caza del monte: aves, patos y gansos? Y yo contesto que de todos los dichos [platos] se percibe poco o casi nada en una mesa y que los españoles no son afectos a ellos. Lo casero es para ellos lo más agradable, lo demás no los incita. Yo guardo la opinión que los españoles que yo he conocido en *Indias* y especialmente los nacidos allí (que son llamados *criollos* en italiano *criolino*⁵³) comerán con el mayor placer más bien un lagarto (como por propia experiencia puedo atestiguar) y despreciarán por completo la volatería *europaea* ante todo la algo mal oliente. En nuestros países es una comida agradable y sobre todo para personas de alta distinción lo que en *Las Indias* es el único alimento de todos los *bárbaros*. En *Europa* una buena mano de oso en las mesas es un bocado de regalo; el indio devora entero al oso hormiguero si bien su carne necesita ser asada o hervida durante toda una noche de que yo mismo tengo la experiencia. Pero es de advertir que la caza de monte colorada y negra tiene en *Indias* una carne de color y sabor completamente diferentes como en su lugar he de referir y por lo general se come asada por los *indios*.

La preparación española de comidas es mala y en las más de las veces tienen la costumbre de no usar otro condimento que la pimienta española que ellos llaman *ají* o según la lengua alemana «*Achí*» [o sea ají] y en idioma ítalo *peperoni*. En *Paracuaria*

Peperoni

52 / Las últimas oraciones resultan de difícil explicación en el original.

53 / Aquí promedia algún error del copista, pues tal voz no existe en italiano. Habría el diminutivo de «creolo», sinónimo de «criollo». En seguida el mismo error en la voz italiana de *peperoni*.

hay una clase diferente de esta pimienta que crece en las selvas y es comida por los avestruces con gusto. Crece en pequeños arbustos, sus hojas son completamente semejantes al corazoncillo⁵⁴; la fruta consiste en chauchas alargadas iguales a una haba blanca o más bien iguales a una chaucha de *café* y tiene un idéntico color rojo pero es de una fuerza aún mayor para picar que el *peferoni*. Este polvo molido rojo debe estar siempre sobre la mesa [una cantidad] de trecho en trecho para que cada uno pueda poner a su antojo suficiente pimienta en las comidas y la sopa. Algunos españoles son tan afectos a esta pimienta que vierten en su escudilla más de una media cucharada sopera aunque por esto la boca les arda luego como fuego.

Nosotros los alemanes no sabíamos qué nos pasaba; picoteamos poco las comidas, lo que notaron los españoles pero esto fue pronto remediado porque más adelante las comidas fueron preparadas sin esta pimienta; sin embargo los españoles pudieron usar en la mesa a su antojo su *porción* de *peferoni*. Esta pimienta es llamada *Cumbari* por los *indios guaraníes*.

Durante ocho días enteros estuvieron a la hora de mesa en la antesala del comedor los *músicos* de la iglesia con *violines*, *violones* y arpas que durante todo el tiempo de la mesa hicieron *música*. Después de haber sido servido el último plato debieron entrar los *músicos* al comedor en cuyo centro se efectuaban danzas, alocuciones y bienvenidas a los nuevos *misioneros*. Tanto los *músicos* como los bailarines eran moros negros y *esclavos* del *Collegij*; hacían tanto buena *música* como también elegantes danzas. Diariamente vimos durante la mesa bailes nuevos y tuvimos un agradable entretenimiento. Después de estos ocho días de hospedaje fuimos invitados a la mesa por el señor *Gubernator* como lo hizo también el *P. Superior* de la *residencia* y nos *trató* magníficamente.

En el tiempo en que nosotros permanecimos en *Buenos Aires* llegamos a ver frecuentes veces a *indios* salvajes que habían venido con un *misionero* de la reducción de la Inmaculada Concepción establecida hacía sólo nueve años. Ellos acompañaron a un *cacique* de su *nación* completamente ciego quien por su lenguaraz solicitaba del *Gubernator* que le entregara los doce *indios* de su *nación* que éste había cautivado en una escaramuza entre ellos y los españoles y los mantenía en prisión en la fortaleza. El *gubernator* no se hizo rogar por mucho tiempo y dio la libertad a todos los doce. El *cacique*, junto con sus compañeros y los doce *indios* libertados, se alojaron con mujeres e hijos en el patio del *Collegij* bajo unos altos *olivos*; ellos fueron provistos también de comida por el *Collegio*. El segundo día llegó un indio ebrio al *Collegio*, tuvo una discusión con su mujer que había venido con el *cacique* ciego a buscarlo; tomó de pronto su cuchillo y pegó a ella un hondo tajo en el brazo y la hubiera apuñaleado sin duda si otros no hubieren acudido a socorrerla y hubieren contenido al airado *indio*. El *cacique* tenía el nombre *Juan Bravo*, si bien era ciego sabía asimismo conducir bien sus salvajes *indios* contra los españoles y era bien temido tanto por los suyos como por

54 / *Johanninkraut*.

Indios Serranos

los españoles. Los *indios* eran de los *serranos* por quienes la ciudad de *Buenos Aires* es combatida las más de las veces y recibe un gran daño en el ganado y también en gentes. Es una *nación* muy grande que se extiende hasta la sierra *chilena* y por esto son llamados *serranos* porque viven en esta sierra. Ellos viven reunidos con los *indios pampas*, *pelchues* y también con los *aucáes* pero los *pampas* viven en una tierra completamente llana y desnuda donde no se ve ni se hallará arbolito alguno por lo cual son llamados *pampas* a causa de la tierra llana en la que viven porque *pampa* quiere decir en lengua española una tierra llana y vacía de todo bosque. La constitución de estos *indios* era: persona alta, ojos negros y largos cabellos negros, [estaban] completamente desnudos, pero llevaban en su derredor una manta de pieles que los cubría hasta las rodillas. Las pieles eran de un animal silvestre que los españoles llaman *juanacos* o conforme a nuestra pronunciación *chuanacos* [*juanacos*]. Estos animales viven en las sierras y las cuevas rocosas; están formados como un pequeño *camello*, de largo pescuezo y levantado en el lomo; la piel es muy velluda con blandos y suaves pelos bajo los cuales crece una lana muy caliente; tras haberse caído los pelos superiores produce un calor aún mayor. Por esto los *indios* no esperan que hayan caído estos pelos sino que ellos mismos los arrancan desde un principio. Esta manta peluda está pintada por afuera con diversas figuras rojas lo que los *indios* estiman un adorno. La carne de estos animales monteses es su comida; ellos viven a más de ésta y en su mayor parte también de la carne de caballos. El color del cuerpo y de la cara de estos *indios* es igual a la que se ve en los gitanos. Los *indios* que eran los hombres de la escolta del *cacique Juan Bravo* no tenían mantas velludas sino que estaban ceñidos con una pequeña alfombra tejida que colgaba hasta las rodillas; otra mayor cubría su cuerpo superior [y] tenía en el centro una abertura por donde ellos metían la cabeza y dejaban colgar la alfombra hacia abajo por sobre el cuerpo⁵⁵. Cada uno llevaba pendiente al costado un sable y sus boleadoras en derredor del cuerpo. El *cacique* con sus compañeros nos visitó a nosotros los nuevos *misioneros* frecuentes veces. Tomamos nuestros *instrumentos musicales* y lo deleitamos con nuestra *música*, que le era muy agradable. Él tenía también mucha gana de llevar consigo a uno o dos de nosotros lo que pidió mucho al *P. Provincial* pero como aún no habíamos rendido el *terciorato* y por ello debíamos de partir hacia *Córdoba* en *Tucumán*, el *P. Provincial* le prometió enviarle uno después de haber pasado un año. Con estas promesas satisfizo al *cacique*. Éste deploraba muchas veces ser ciego y no poder vernos. Entre ellos había un indio de dieciocho años, hermoso de cara, admirablemente alto de persona, muy alegre, de fuertes y bien formadas extremidades; se le podía contemplar con placer. Éste demostraba un especial afecto cuando nos visitaba. Yo hubiera ido alegremente hacia ellos en seguida si hubiera obtenido el permiso por el *P. Provincial* y desde entonces mi único deseo y anhelo era que yo fuera enviado a los *indios pampas*.

55 / A todas luces un «poncho», pero Paucke no ha usado este término.

El distintivo del *cacique* eran sólo unas plumas de avestruz pintadas de rojo de un jeme de largo que tenía puestas en la orilla del sombrero; en lo demás no se distinguía en nada de los otros.

Nosotros permanecemos en esta ciudad de *Buenos Aires* desde el comienzo de enero hasta el 19 día de abril. Como hemos permanecido pues durante estos ulteriores tres meses en esta ciudad quiero dar un pequeño relato de ella.

Buenos Aires es en todo el territorio de *Paraquaria* la más grande y más notable ciudad, mayor que Praga en Bohemia pero no tan magnífica aunque más ordenada pues las calles son rectas como a cordel de modo que desde la plaza puede mirarse hasta la campaña y desde esta hasta la plaza sin obstáculo. Los huertos que son cultivados al lado de la ciudad, están cercados a ambos lados de la calle no por cercos o paredes sino por vegetales *indios* que son llamados *cardones* en modo espeso y en orden parejo de manera que ni la gente ni el ganado pueden penetrar por entre ellos al huerto. En Alemania he visto tales vegetales en invernáculos principescos y reales pero no del tamaño como crecen en *Las Indias* en la campaña y los bosques. Allí se encuentran especialmente dos clases diferentes de *cardones*; una consiste en una gruesa vara larga de la que brotan en derecha hacia arriba unas varitas más delgadas. Cada varita tendrá una vara y media o también dos varas de alto. Las varas no son redondas sino que tienen seis y también ocho cantos al modo de una pasta que en Alemania se llama *Spritzkuchen* [quesadilla o churros] tienen espinas rojizas de un jeme de largo de que cinco o seis nacen de una coronilla. En estos [huertos] hay pequeñas construcciones pero en figura y modo de palacetes levantados por albañilería que están rodeados por muros en que hay en su derredor unas pequeñas aberturas cuadradas en que anidan las palomas. En estos huertos se encuentran también murallitas cuadradas en construcción baja que cubiertas arriba por un tejido de alambre sirven para vivienda a los conejos a que [los españoles] son más afectos que a las liebres y que se sirven generalmente en las comidas. Ninguna de las calles de la ciudad está pavimentada de piedra; el piso es de pura arena; desperejo al fin de la ciudad y lleno de pozos que la lluvia ha excavado pero las calles son anchas. Las habitaciones están bien adornadas en el interior y espaciosas, se hallan pocas ventanas de vidrio o ninguna; todas están abiertas durante el día pero a la noche se cierran mediante postigos de madera.

Por lo común sus casas son de un piso y muy pocas de dos, la mayoría de ladrillos, de un buen aspecto exterior pero en el interior tienen por lo común un patio limpio y aseado que está cerrado por una o dos partes de la casa. Los techos tienen tejas chatas o están provistos arriba con una azotea para que en el verano se pueda tomar con la mayor comodidad el aire fresco arriba sobre la casa. La ciudad posee una plaza mucho mayor de las que vi en Viena; ella se halla *in cuadro*. El costado que mira hacia el *Silberfluss* (Río de la Plata) tiene altas recobas⁵⁶. En el centro se halla con una alta

Descripción de la ciudad de Buenos Aires

Sus cercos de huertos

Sus casas

56 / *Laube*. Significa más bien «glorieta». Más claro hubiera sido el término «Säulengang».

torre el Cabildo cubierto de latón blanco; al lado izquierdo está la *residencia* obispa a cuyo lado se encuentra la iglesia *catedral* con dos torres que tienen unas puntas en ladrillos. Frente al Cabildo está el fuerte al que se entra desde la plaza, rodeado por trincheras también frente a la plaza y hay plantadas seis piezas [de artillería] contra la plaza y el cabildo. Todo el fuerte está provisto en su derredor con piezas metálicas [de artillería] tanto en el frente como a espaldas y ambos lados. En este fuerte está la *residencia* del *gubernator*, que él debe habitar; tiene ahí adentro su cuerpo de guardia de 30 hombres de a pie y 16 hombres de a caballo. La *montura* [uniforme] de la *infantería* era entonces de azul de Francia con vueltas y *camisolas* de color *citron* [limón]; la *montura* [uniforme] de los dragones era amarilla con vueltas y *camisolas* de [color] azul de Francia; las hombreras tejidas de plata. En toda ocasión en que el *Gubernator* salía [en coche], a paseo o a algún otro acto le acompañaban cuatro dragones delante y cuatro dragones atrás los que todos se sentaban a caballo con la *espada* desnuda.

A la par del *Gubernator* hay en esta ciudad un obispo que tiene —a decirlo— una buena consideración pero hace una mala *parada* [representación].

Toda su corte consiste en un sirviente negro, un cochero y dos *familiares* que generalmente tienen solo la primera ordenación. Los españoles los llaman *monigotes* al igual como a los demás recién ordenados. Yo los llamaba *Spadi fanxerle*; así me los figuraba⁵⁷. El obispo daba la librea en azul con vueltas rojas y hombreras de igual color. Varias veces he tenido el honor de hablar con el obispo y contemplar su vestidura. No vi otra cosa que un hábito de color rojo violeta de mal género, un *roquete* con un mantelete rojo violeta como suelen aparecer [con él] los señores *canonici* en el coro; el sombrero del cual pendían a ambos lados dos gruesos cordones tejidos en seda verde y en sus puntas dos borlas igualmente de seda estaba cubierto por *tafetán* verde. Su sirviente era un negrito y los *familiares* le acompañaban tal vez solo cuando ellos querían. Cuando salía en coche, dos mulares tiraban de éste; fuera de ello yo no vi mucha gala en él sino más edificación. Yo estuve presente cuando en la ciudad *Sanctae Fidei* fueron ordenados dos obispos a saber el obispo *Manuel Illianes*, un *premonstratense* según su orden que fue nombrado obispo en *Tucumán* en la ciudad de *Córdoba*; y el obispo *Juan Salguero*, un religioso secular y *canonicus* de *Córdoba*, nombrado obispo en *Arequipa* a quienes el obispo de *Buenos Aires* consagró allí con *asistencia* de dos *canónigos* de *Córdoba*. Yo tuve que acompañar allí con mis *indios músicos* las *ceremonias* y la consagración. Estuve presente también cuando el señor obispo de *Buenos Aires* comunicó en dicha ciudad el santo *sacramento* de la confirmación para la cual yo acompañé también a 43 de mis *indios*. Raras veces sucede que un obispo fuera tan arrojado de meterse en tales peligros y regiones desérticas por cuyo motivo nosotros los *misioneros* teníamos el *privilegio* de dar a los *indios* moribundos el santo *sacramento* de la confirmación pero el *superior* de todas las *misiones* también, fuera de un caso de muerte. En esta confirmación a que asistí, vi predicar siempre al obispo antes

Corte y vestimenta
del obispo

57 / Serían «paseantes en corte». Se trata de una frase imaginaria y familiar.

de la confirmación desde el púlpito en vestimenta *pontifical* y explicar al pueblo todas las circunstancias de este santo sacramento. Este edificante desempeño del cargo de pastor espiritual de apacentar las ovejitas con el verbo de Dios y con el buen ejemplo, lo he visto en dos obispos que —como se notó— evidentemente hicieron ante todo en los tiempos de nuestra partida de *Las Indias* el oficio de buenos pastores de sus ovejitas, aunque no eran grandes amigos de la *Sociedad* y he sabido por muchos, que los obispos suelen dar tales edificantes enseñanzas a sus ovejitas especialmente en semejantes circunstancias salvo que su edad o su estado achacoso no permitan que ellos puedan viajar por tantos cientos de leguas. Basta aquí [de hablar] del *Gubernator* y del obispo en *Buenos Aires*.

Sigamos contemplando la ciudad en que hay diez iglesias bien edificadas, ante todo [las] de los *jesuitas* y *franciscanos* bien dotadas de cúpulas. Estas iglesias y cúpulas están provistas con muchas ventanas y tienen una buena luz aunque en las iglesias españolas de los pueblos y pequeñas villas como yo he dicho la luz penetra sólo por la puerta abierta. A más de la iglesia de la *catedral* hay una parroquia *S. Nicolai*. En cuanto a religiosos de convento se cuenta con *dominicos*, *franciscanos*, *de la Merced*, *S. Petri Nolasci*, *de Redemptione*, *los recoletos de San Petri de Alcantara*, *Barbadinos* o *Betlemitas* que al igual de los hermanos misericordiosos atienden a los enfermos y los tienen con ellos en el convento. Su hábito es pardo; tienen un capote pardo hasta las pantorrillas; además del *capuz* llevan un sombrero cubierto con bofeta negra; viven de la limosna. Sobre el lado izquierdo de los capotes llevan una lata *oval* en que está pintado el nacimiento de *Jesu Christi* y ellos son llamados *betlemitas* pero como llevan largas barbas se les llama también *barbadinos*. Todos son hermanos legos y tienen como padre espiritual un sacerdote seglar. Lo mismo que en otras órdenes hay instituidos *definitores* o *consultores* de orden eclesiástico, tienen ellos en el convento también cinco de esos que llaman *prudentes* o sea razonables y entendidos. A más de éstos hay dos conventos de las vírgenes espirituales *capuchinas* y otras que ellos llaman *de la enseñanza* las que enseñan a las niñas. Hay también un *Collegium* edificado con dos pisos, tiene en el centro un jardín al cual cierra por tres partes el *Collegium* pero por la cuarta parte, la iglesia. Este *Collegium* tiene al otro lado un patio al que dan sombra unos grandes *olivos* bajo los cuales los susodichos *indios* tenían su campamento. A más de este *Collegium* los *jesuitas* tenían una *residencia* que se hallaba ocupada por seis personas y fue llamada la *residencia* de *Belén*; esta *residencia* fue cambiada en *Collegium* en el tiempo en que yo estuve en *Paraquaria*. De inmediato, contra la *residencia*, ha sido edificada una casa de tres alas con una linda rotonda que constituye la iglesia, a la manera de la que en Praga, en *Hradschin* está en seguida de la casa condal de *Czerni*, pero la capilla no es tan amplia como aquella de *Buenos Aires*. Esta casa que asemeja a un pequeño *colegio* está provista de un piso con cuartos en fila y orden debidos. El objeto y fin de esta casa era para que todos los años cuantas veces se anunciaran algunas personas para hacer los *ejercicios* del Santo Padre *Ignatij* tuvieren así, adentro, la mejor oportunidad de probarse por estos

Iglesias y conventos

Incómodo puerto
marítimo de
Buenos Aires

ejercicios religiosos a cuyo fin podían tener el alojamiento y la manutención sin tener que pagarlo; por esta causa fue nombrado también un sacerdote de la Compañía de *Jesu* que no tenía que desempeñar otro cargo que explicar estos santos *ejercicios* a quienes lo solicitaran. El fundador y donante de este edificio fue un rico español, morador de esta ciudad que lo edificó a su costo y proporcionó todo lo necesario para ello. El *Silberfluss* o *Río de la Plata* pasa muy cerca de la ciudad y a sesenta leguas de distancia de la ciudad se vuelca al mediodía [sur] al mar. Si bien la ciudad es el único puerto marítimo de *Paraquaria* los grandes buques no pueden atracar a tierra cerca de la ciudad por la poquedad del agua. Por esto los grandes buques mercantes deben anclar distantes de la ciudad a dos buenas leguas pero las cargas son poco a poco retiradas del buque por pequeñas *barcas* y transportadas a la ciudad, lo mismo cuando el barco se carga otra vez. La segunda causa de que el buque no puede tocar de más cerca la costa se halla [en] la entrada y subida del mar que ocurren diariamente como también en otros puertos marítimos, y los buques quedarían parados en lo seco, pues cuando el río entra al mar se puede entrar al río bien por un cuarto de legua, sin peligro de vadear el agua.

En el tiempo en que yo en A. 1749 arribé a *Buenos Aires* se veía anclado frente a la ciudad un único buque. Tenía el nombre *La Luz* y hacía ya cuatro años que esperaba la carga. Entonces supe también que en muy raras veces llegaba un buque desde España a este puerto de donde cualquiera puede deducir que el comercio desde España a *Paraquaria* no progresa mucho y que en *Paraquaria* ha de encontrarse poco que pueda dar una utilidad a los comerciantes españoles. Y hasta ahora no hay mucho que *aprovechar*; lo más son los cueros del ganado de asta pero de éstos reciben poco los españoles porque raras veces tocan allí. Los buques en su mayor parte tocan en *Montevideo* que tiene un buen puerto marítimo y dista ochenta leguas de *Buenos Aires* hacia el mar. Si bien la ciudad es chica tiene asimismo un fuerte más grande y mejor que *Buenos Aires*. La mayor parte de los cueros los acaparan los *portugueses* y los llevan a Portugal. Aunque está severamente prohibido llevar algo a los *portugueses* ocurren asimismo diariamente innumerables *contrabandos*, a pesar que tres pequeños buques livianos [ligeros] que son denominados *corsarios* recorren el río aguas arriba y abajo; cada uno lleva seis *cañones* pequeños junto con diez o doce soldados *regulares* que en estos buques persiguen las *lanchas*, *botes* y *tartanas* portuguesas, les quitan el *contrabando* y queman sus embarcaciones.

Pero en estos últimos años ya se ha visto a este puerto más rico en barcos y donde antes abordaba un buque en dos o tres años puede encontrarse en este tiempo en un año a uno o dos buques. También han sido establecidos *paquebotes* que son despachados desde España a *Buenos Aires* todos los meses al decimosexto día con actas, disposiciones y otros escritos y diarios de *Europa*.

Pesca rara

En este puerto marítimo, cuando el río estaba crecido, vi una pesca admirable que se efectúa con dos caballos. Sobre cada caballo está parado un hombre sobre el recado en esta posición ambos cabalgan al río hasta que el agua sobrepasa el recado; extienden

sus redes y uno y otro comienzan a tirar la red hacia la orilla. ¡Quién no creería que el peso de la red bajaría a ambos del recado! Si bien yo no he visto esto de cerca sino de lejos, pienso que sus recados están arreglados de modo que ellos puedan colocar bien sus pies y afirmarlos. Cuando ellos pescan con anzuelo el caballo está parado en el agua tan profunda que apenas puede verse la cabeza.

El clima allí es sano, pero muchas veces se experimentan tales ventarrones llamados por los españoles *huracanes*, que uno cree que todo es volteado. Estos *huracanes* se levantan generalmente entre mediodía [sur] y el anochecer o sea al *sudoeste*, se les llama también *pampero* porque sopla desde la tierra llana donde viven los *indios pampas*.

En invierno y verano las tormentas son tan comunes y fuertes que uno cree que la ciudad estuviera de continuo bajo el fuego [de los rayos]. Las crepitaciones [son] tan estrepitosas y tan seguidas una tras otra, que en mi vida he pasado por semejantes tormentas en Alemania⁵⁸. Así lo he experimentado más tarde por todo el país. No se oye que un trueno⁵⁹ hubiera originado allí un incendio, tal vez porque en las casas se encuentra poca madera salvo el armazón. Pero debo manifestar que el trueno [rayo] ha descargado también en chozas de paja en mi *reducción* y no ha incendiado nada. Como luego estos rayos tronantes indican que por casualidad no encienden, demuestran asimismo su fuerza en el ganado y en las gentes, de que mucha cantidad es muerta durante el año en todas las regiones. Me ha llamado la atención que los españoles tocan las campanas con tanta parsimonia contra las tormentas. Yo sólo recuerdo que frecuentemente en *Córdoba*, una ciudad de la *provincia de Tucumán* se han tocado las campanas en tiempos de tormenta.

Tormentas

He extrañado mucho la manera de tocar las campanas en España y *Las Indias*. Ella difiere por completo del tañer las campanas en nuestros países donde las campanas son tiradas del cordel todas juntas y tocadas.

Modo de tocar las campanas

Pero en *Indias* se usa de otro modo; cuando se toca con una campana mayor, la *máquina* está arreglada de propósito de manera que si bien se tira la campana, se la echa en cambio por sobre sí de modo que ella también da dos vueltas en derredor, pero con un nuevo tirón da otras dos vueltas hacia atrás. A las campanas de cuarenta y aún más *Cent* [quintales] las doblan hacia arriba en forma tal que la boca de la campana que en otros momentos pende hacia abajo queda parada hacia arriba por tiempo de un padrenuestro; después se la deja caer de modo que ella con pleno impulso gira dos veces sobre sí misma y de nuevo queda parada así hacia arriba. Muchas veces he contemplado con horror este toque de campanas y pude verlo muy fácilmente desde la calle porque las campanas no cuelgan adentro en la torre sino afuera en los ventanales y aberturas. Yo no serviría para campanero sin el temor de que la campana

58 / Idéntico terror a las tormentas argentinas es manifestado por Sepp y Dobrizhoffer. Es un fenómeno psíquico extraño.

59 / Paucke usa la voz alemana *Donner* (trueno) con acepción de rayo.

Badajo

cayera de pronto sobre mí. En vista de este modo de tañer yo pensaba y temía que la campana se lanzara por entre el ventanal de la torre y cayera hacia afuera sobre las casas o a la calle. Pero —como yo he oído— hay seguridad y sería un extraño destino que las campanas originaran semejante cosa. Cuando se toca con todas las campanas en conjunto, no son tiradas entonces sino que ellos toman el badajo o como se le llama el corazón y tañen en forma que presenten al oído una pieza ordenada al igual como si fuera una *música*.

CAPÍTULO VIII

Del gobierno secular, comercio y división de las provincias en el *Paraguay*

El gobierno secular en esta ciudad es idéntico a los gobiernos cuyo jefe está lejos. Nadie se olvida de sí mismo pero aprovecha la ocasión de cuidar prolijamente el porvenir. La mayor parte y la hueva la sacan los funcionarios, los negociantes y *comerciantes*. Si bien la *religión* hacia Dios es muy edificante en el vulgo, aquel que navega a *Las Indias* por el *interés* se hará pagar su viaje en la mejor forma. Nadie estorba al prójimo para que no pueda cumplir su intento especialmente cuando los ávidos por dinero comienzan a viajar y gobernar. Se me dirá que en *Paraguay* no se halla oro ni plata. Así es, pero se encuentra lo que tiene el valor del oro y de la plata. La plata pura no se halla en *Paraguay* excepto que fuere llevada allá desde el reino del *Perú*, reino que tiene un gran comercio con *Paracuaria*. Los *paracuarios* envían mulas que salen de ahí en cantidades de doce a quince mil; ellos exportan muchos miles de quintales de la hierba *paracuaria* (que llaman *Caá*, pero la más fina *Caá Mini*) a ese reino, como también al reino de *Chile*. Aunque en un país no exista ni el oro ni la plata ya se encuentra el modo cómo poder obtenerlos pues *Buenos Aires*, *Córdoba* y algunas otras ciudades de comercio no pueden quejarse. Aunque ellas son pobres en dinero poseen en cambio cosas tales de que otras carecen y las necesitan. *Perú* tiene buena y mucha plata, tiene lana y carneros que no son iguales a los nuestros y son llamados especialmente *carneros de la tierra*, SCHÖPSE DIESES ERDREICHS porque la lana es casi parecida a pelo de *camello* y los *indios* usan estos carneros como acémilas para sus mercaderías. Tiene bosques, que producen mucho *cacao* para *chocolate* y *vanilla* o *vanili*⁶⁰. Tiene muchos otros cientos de cosas buenas de que están privados en *Paracuaria*, pero que necesitan asimismo. El reino de *Chile* tiene el *índigo* que los españoles llaman *añil*, tiene frutas y diversidad de frutas de árboles al igual que en *Alemania*; tiene vino y otras parecidas existencias que no se encuentran en *Paraguay* pero que [ésta] necesita. Pero en *Paracuaria* tienen ganado de asta, caballos y mulas en cantidad y a bajo precio; en el *Perú* no tienen [mulas] algunas si bien se necesitan mucho en las minas para transportar las barras de plata. En *Chile* y en el *Perú* tienen poca grasa de vaca y sebo; ¡qué he de hablar de tabaco y azúcar que en *Paracuaria* se plantan muy abundantemente! ¡Uno por lo otro! Así viene desde el *Perú* la plata y desde *Chile* el vino, frutas y otras cosas semejantes por cuyo medio un país con el otro puede alimentarse y procurarse la plata.

El *gubernator* en *Buenos Aires* es el jefe supremo en toda la *provincia* que pertenece a *Buenos Aires*. *Tucumán* ya tiene un gobierno especial si bien está sujeto a la corona española. Su *gubernator* tiene su *residencia* en la ciudad de *Salta* en los límites con el reino del *Perú* aunque tiempos antes [la tuvo] en *Córdoba*. El tercer *gubernator*

Ciudades de comercio

⁶⁰ / Omisión de una letra por parte del copista. La palabra sería «vainilia» o «vainilie», para reproducir fonéticamente la «ll» española.

es llamado en realidad el *gubernator del Paraguay* porque la ciudad en que él vive es denominada la ciudad *del Paraguay* o la ciudad de la *Asunción* o *Himmelfahrt Mariae*. Estas tres *provincias* tienen también cada una un obispo a saber: el obispo de *Buenos Aires*, el obispo de *Tucumán* y el obispo del *Paraguay*. Sobre todos ellos está el *vice rey* o como lo llaman los españoles el *virrey* que vive en el *Perú* en la capital *Lima*; él con todos los *gouverneurs* tiene su tiempo fijo y ningún *virrey* o *gubernator* debe permanecer más de cinco años en su empleo salvo que el rey desde España lo destinara a gobernar por otros cinco años como ha ocurrido durante los pasados *affaires* jesuíticos. Cada ciudad tiene para su superior un jefe especialmente instituido que es llamado *teniente* o *lieutenant*; éste debe entregar el cargo cada tres años a algún otro salvo que pluguiere al *Gubernator* confirmarlo para continuar. Pero hay que advertir que existe una diferencia entre los *tenientes*. Unos son llamados *tenientes gobernadores*, otros *tenientes rey*. El *teniente gobernador* puede ser destituido según la voluntad del *gobernador* porque también fue nombrado por él. El *teniente rey* no puede ser destituido por el *gubernator* sino por el mismo rey por motivos importantes; de otro modo queda por su vida en posesión del cargo y también su hijo puede ocuparlo porque este empleo es obtenido del rey mediante un pago y conforme al pago puede alcanzar también a sus hijos. Lo mismo se venden también otros cargos para que deban de pasar también a los hijos del comprador.

Los corregidores que los españoles llaman *alcaldes* se cambian anualmente tanto en España como en *Indias*. Hay dos en cada ciudad; ambos se eligen por todo el *magistrado* [autoridad municipal] en el primer día del año nuevo con gran conmoción de la ciudad; en señal del derecho y de la justicia llevan en la mano una vara o una cañita delgada teñida de negro y de casi tres varas de largo especialmente cuando ellos aparecen en el cabildo o en la iglesia en un día de gran festividad o cuando visitan una persona a la que quieren honrar. Pero cuando entran en un convento o un *Collegium* a visitar un buen amigo dejan apoyada su varita judicial al lado de la puerta fuera del cuarto y visitan sin ella.

En el último día del año tras el cual serán elegidos temprano los nuevos *alcaldes* y ellos han de entregar la caduca varita que ellos llaman *vara*, ocurren a veces unas cosas extrañas que si bien duelen sensiblemente al *alcalde* que debe entregar su *vara*, mueven a risa a cualquier otro. Voy a contar sólo una jugada que los mozos alegres de la ciudad *Sanctae Fidei* hicieron en esta ocasión a un *alcalde* de nombre *don Pedro Mihura*. Como éste había perseguido severa y enérgicamente sus vicios o impiedades y acosado diligentemente durante todo el año de su cargo, se reunieron todos ellos al anochecer en la plaza de la ciudad frente mismo al cabildo. Algunos de entre ellos estaban trajeados como *plañideras*, otros como *coristas*, otros a su vez provistos con palas y hierros cavadores a guisa de cavadores. Ellos enviaron [a decir] a la iglesia parroquial que para una persona moribunda se tocara la campanilla de movimiento y que por un largo tiempo no se interrumpiera ni cesara el toque. El tañido fue hecho y el mismo tañedor no sabía para quién. Mas ello fue revelado por las *plañideras* para-

das en la plaza que al tiempo de sonar la campanilla de la muerte gritaron llorando: *Don Pedro Mihura está muriendo. Herr Peter Miura stirbt*. No hubo poder alguno de hacer callar al populacho durante toda la noche. Hasta la mañana cuando todos los señores cabildantes junto con el señor *teniente* atendieron en el cabildo la elección de nuevos corregidores, todo el pueblo estuvo esperando y ansioso de ver pronto los nuevos *alcaldes* que en seguida de su elección toman las *varas* entregadas por los *alcaldes* anteriores y junto con el cabildo se trasladan con su vara de poder y justicia a la iglesia parroquial para asistir allí a la misa cantada como nuevos corregidores. Contra toda esperanza de los mozos alegres sucedió que terminó la elección y sólo uno de los *alcaldes* anteriores fue reemplazado; *Don Pedro Miura* debió seguir representando por el siguiente año su cargo judicial bien desempeñado. Venía entre el cabildo, confirmado de nuevo y con su vara de justicia en la mano. ¡Oh qué pronto se terminó la concurrencia del populacho y el tumulto! Uno después de otro se perdió lo más calladito que pudo y se fue a su casa. Y sin embargo este señor hizo tocar en el transcurso del año siguiente la campana de la muerte a dos que con toda justicia fueron condenados por él a la muerte. Yo mismo los he visto colgados en la horca en el centro de la plaza; el primero se llamaba *Laurentius*, un mozo de veintiséis años; el segundo *Hieronimus* de unos cuarenta años.

Tomo esta ocasión para informar de qué modo los culpables son ajusticiados de muerte. Los llamados *alcaldes* tienen entre ellos el rango en la forma de que uno es llamado *de primer voto*, el segundo *de segundo voto*. El de *primer voto* es aquel que es elegido como primero y más *principal*, precede al otro en el *stallo*⁶¹ [sala] y en asuntos judiciales, pero el que detiene al malhechor le pronuncia también la sentencia, con conocimiento del *gubernator* y del *teniente* de la ciudad que por lo común es *él justicia mayor*. En lo demás el juez arregla todo y el *teniente* con sus soldados (los que en las ciudades chicas no son otros que los ciudadanos y moradores de la ciudad) debe ayudar a prender al malhechor y guardarlo. En cuanto el *alcalde* (el que debe perseguir en persona al malhechor) lo alcanza, grita en seguida al malvado: *¡Favor al Rey!* Esto significa por la dignidad o el respeto del rey por lo cual el malhechor debe entregarse. Si se rehúsa o quiere resistir, puede ser muerto a tiros en el acto. El juicio *criminal* se tramita pronto sobre todo si es un negro o un mulato o un indio. Pero cuando un español ha cometido algo pasible de la pena capital, resulta difícil condenarlo a muerte; a lo más lo expulsan de la ciudad. Si es expulsado se va a otra ciudad o comienza a traficar⁶² mercaderías a los reinos limítrofes para lo cual otros españoles le ayudan de muy buen grado.

Cuando se llega a una *ejecución*, o sea a la realización del fallo se anuncia ésta tres días antes de su muerte. Los españoles son muy misericordiosos para con ése [reo] pues ellos mismos lo visitan, le llevan de comer y beber de modo que el *maleficante*

Modo de ajusticiar a los malhechores

61 / Italianismo sinónimo de «sede» de autoridades, aquí «sala» de audiencia.

62 / *Verschleissen*. Verbo anticuado que posee aquí cierto carácter de contrabandear.

puede *tratar* bien al carcelero y los soldados que le custodian. Ellos pagan también muchas santas misas para que Dios le conceda una piadosa hora de muerte. En el día de su muerte temprano se reúnen unos vecinos de a caballo, ocupan las cuatro esquinas de la plaza; en cada esquina una *compañía* completa pues el lugar del suplicio está en el medio de la plaza de la ciudad donde de antemano es fusilado o estrangulado contra un poste, después, ya muerto, es colgado de la horca erigida con tres maderos. Ha de saberse que en todas *Las Indias* no se encuentra ningún ahorcador o verdugo. Los que deben fusilarlo son de la *Compagnie de los Forestieros* [forasteros]; éstos son aquellos españoles solteros que no han nacido en el país sino en España y han venido a *Las Indias* a hacer el comercio. El *maleficante* es vestido con un casacón de algodón que no tiene otra figura que la que suelen vestir los flagelantes en la semana santa. La cara le es tapada; está parado y espera las balas. Quienes lo fusilan son por lo común seis personas; sostienen sus fusiles apenas a dos pasos del condenado; disparan a la señal del *alcalde*. Si no muere en seguida, hay ya muchos otros de los espectadores provistos con pistolas cargadas los que le colocan las pistolas bien sea al oído o al corazón y lo perforan a tiros. Aún los más notables vecinos hacen esto y lo estiman una obra de caridad y por esto ello no perjudica en nada su honor. Muerto así se le coloca en el suelo una sogá en el cuello y [él] es tirado para arriba a la horca por un *mulato* o un negro o un *indio*.

En mi tiempo cuando fueron ajusticiados éstos dos, *Laurentius* e *Hieronymus*, no se hizo esto en público sino secretamente en el pequeño patio de la cárcel por el motivo que el *alcalde* temía que si los ajusticiara públicamente, algunos *franciscanos* se habrían apalabrado de salvarlos por cuya causa se hubiera podido originar una gran desgracia al igual como en tiempos antes ha sucedido en *Lima* con el *Gubernator* del *Paraguay* de nombre *Antiquerra* que fue ejecutado por *rebelde* contra su rey. Sucedió que debía ser decapitado en la plaza pública en *Lima*. Ahora, cuando este *Antiquerra* ya había de subir al cadalso, se le abalanzaron los *franciscanos*, lo rodearon y gritaron: ¡*Pardon, pardon!* El *comandante* a quien en esto le iban su cargo y dignidad no quiso dejarse quitar este *maleficante* [y] gritó entonces a sus soldados que lo fusilaran pero junto con él quedaron muertos y heridos también algunos *franciscanos* si bien sabían de antemano que si alguien se atreviere a salvar al *Antiquerra* se le haría fuego pero ellos asimismo habían osado tentar la suerte.

Ya cuando el pobre pecador es sacado de la cárcel, doblan en la iglesia parroquial la campana de muerte; después que ha muerto, doblan con todas las campanas por el muerto. El cuerpo queda colgado hasta después de entrar el sol. Luego se allega la *Cofradía de la Sangre*, eso es la *Bluts-bruderschaft* y la *de la Caridad*, la *Bruderschaft der liebe*, hacen bajar el ahorcado y le dan un decente entierro en la iglesia del Convento. Los dos sobredichos fueron sepultados por los *PP. franciscanos* en la iglesia. Estas cofradías se encargan también de aquellos que acaso son asesinados ocultamente en hora nocturna y son hallados en las calles. Ellos colocan el cuerpo en un ataúd descubierto y lo exponen públicamente ante el cabildo hasta el anochecer, después lo entierran.

Estas cofradías se componen de los más notables vecinos de la ciudad y cuando ellos efectúan un entierro de tal clase se hallan vestidos de rojo, pero la vestimenta es larga y [de ropa] *talar*.

Como hablo de los entierros quiero agregar algo sobre el modo cómo se entierran en España los fallecidos. Hay ya para todos un ataúd descubierto en que él [fallecido] es colocado tras su muerte y llevado descubierto a la sepultura. Al lado de la sepultura es sacado del ataúd y colocado en la tierra sólo con su ropa; cuando hay suficiente tierra sobre él, ésta es emparejada con los pies por los sepultureros, luego [éstos] comienzan a pisonearla fuertemente con gruesos maderos, echan más tierra encima hasta que toda la tierra que echaron primero hacia afuera esté otra vez en la sepultura y pareja con la demás tierra.

En *Córdoba*⁶³ he visto la cripta en que hay a ambos lados una albañilería de dos varas de gruesa; en ésta hay arriba unas aberturas emparedadas en que se coloca a los muertos se los cubre con un poco de cal y encima se cierra con ladrillos. En *Portu S. Mariae* hay en las iglesias diversas pequeñas criptas a las cuales son echados los difuntos uno sobre el otro, todos sin ataúd. Sucede que llega a haber mucha agua en ellas en la cual también nadan a veces los muertos.

En *Las Indias* igualmente hay entre los españoles la costumbre que cuando ellos hacen celebrar un *requiem* cantado por los muertos, especialmente en el día de la conmemoración de todas las almas, se halle extendido en el centro de la iglesia un paño negro sobre el cual ellos ofrendan para los muertos pan, huevos, corderos, gallinas; esta ofrenda les toca en parte al párroco y a los sirvientes de la iglesia, lo restante es repartido a los pobres.

Tras la muerte el cadáver es colocado en una sala donde arden día y noche muchas velas de cera y de continuo rezan gentes del hospicio u otros pobres. Son requeridos también unos religiosos que durante las horas del día deben rezar en alta voz por el difunto. El *estipendio* por una santa misa es de un peso duro.

Como aún permanezco [con mi relato] en *Buenos Aires* y tengo ante los ojos el *Silberfluss* debo indicar por lo mismo el fundamento y la razón por qué el *Silberfluss* o *Río de la Plata* lleva este nombre. Muchos creen que este nombre le fue dado porque llevaría mucha plata en su lecho pero esto es una vana imaginación. La verdadera causa es que la mayor cantidad de plata excavada en la célebre mina en *Potosí* en el *Perú* es transportada por tierra desde el *Perú* a *Buenos Aires* donde es guardada hasta tanto se ha reunido una buena *cantidad*; más tarde es cargada en *Buenos Aires* y llevada por buques por sobre este río al mar y sobre el mar a España. Por esta causa este río es denominado el *Río de la Plata*. Si llevara arena argentina sería llamado por todo su curso *Silberfluss* [Río de la Plata] pero pierde este nombre ya no muy lejos de *Buenos Aires* y es denominado *Paraná guazú*; más arriba al lado de la ciudad de *Corrientes* corre hacia nacimiento a un brazo más angosto y tiene el nombre *Paraná miní* que los *indios*

Cómo los fallecidos son enterrados por los españoles

Por qué el Río de la Plata es llamado así

63 / Parece tratarse de Córdoba de España.

guaraníes nombran así en su lengua y [éste] significa *Paraná* chico.

El oro de *Potosí* es enviado por tierra hasta *Buenos Aires* en bolsas de cuero que tienen más o menos un cuarto y medio de vara de altas y en el *diámetro* algo menos que un cuarto de vara. Estas bolsas son llamadas *zurrones* y cada una contiene quinientos *pesos* o pesos duros españoles.

Esto ocurre todos los meses por dos veces. El transporte se hace en carros de carga de dos grandes ruedas los que son tirados sólo por bueyes y esta entrega es llamada *situado*⁶⁴. A estos acarreos los acompaña una tropa suficiente a causa de la inseguridad originada por los *indios* salvajes. Se sabe también que en una otra ocasión este dinero se ha perdido por estos mismos soldados.

Ya teníamos bastante de la ciudad de *Buenos Aires* y cada uno deseaba partir lo más pronto para trasladarse lo más antes al lugar pertinente; supimos entonces que el *Procurator Provincial* de *Córdoba*, *Carlos Gervazoni* con otro *P. Andreas Astina* en la compañía de noventa y cinco carros de carga se acercaba a la ciudad. Todos nos alegramos y arreglamos bien nuestros baúles. El parque quedó en una chacra perteneciente al *Collegio* cerca de la ciudad y los *Patres* de *Córdoba* vinieron a nosotros al *Collegium* para preparar todo para el viaje.

64 / Situado denota «sueldo o renta sobre un bien productivo».

CAPÍTULO IX

Nuestro viaje de *Buenos Aires a Córdoba en Tucumán*

Nosotros no demoramos mucho y a fines del mes de marzo partimos de la ciudad. Los más nobles españoles de la ciudad enviaron para todos sus coches y sirvientes junto con regalos en vino *rosoli*, *chocolate*, azúcar y tabaco; nos hicieron conducir hasta la chacra donde estaba nuestro parque. En este día nos visitaron desde la ciudad muchos *caballeros*, y se despidieron de todos. Al día siguiente nos pusimos en marcha y comenzamos nuestro viaje.

Ahora quiero describir nuestra *caravana*, vehículos y manera de ser conducidos éstos. En los viajes *paracuarios* se usan dos diferentes vehículos o carros; unos son llamados *carretas* que son únicamente carros de carga; los otros son denominados *carretones* en que viajan por lo común las personas viajeras junto con su *equipaje*. Todos los carros son de dos ruedas tan grandes como una rueda grande en un molino de moler. Un hombre puede alcanzar apenas una llanta de arriba. La pieza céntrica o sea el cubo [maza] en que están metidos los vástagos de la rueda [rayos] y el eje del carro tiene un grosor de tres cuartos de vara *in diámetro* y a veces es más grueso. La rueda tiene diez vástagos o rayos de un grosor de tres dedos y de la anchura de una mano fuerte. El arco de la rueda o la llanta se construye de tres piezas [camas], tiene a lo ancho un buen jeme, en lo grueso algo menos. Para toda la rueda y la restante armazón del carro no se usa un solo clavo de hierro; todo se asegura mediante unas gruesas cuñas. El armazón consiste de tres maderos, a saber: una lanza de un largo de siete varas, labrada por los cuatro lados y de ángulos iguales, cada costado de un buen jeme de ancho, parecido a un tirante; los dos maderos laterales son cada uno de cuatro varas de largo y del mismo ancho de la lanza; por entre los maderos laterales y la lanza hay a lo largo cuatro agujeros de un ancho de cuatro o cinco dedos; por estos agujeros son colocados maderos de un grosor y anchura uniforme. Para que el armazón no se abra, se hacen correones de un buen cuero de buey y [con ellos] se mantienen a igual *distancia* los maderos laterales con la lanza. Hacia arriba en los dos maderos laterales fueron perforados seis o siete agujeros en que se aseguran firmemente a ambos lados por arriba unos palos de una vara y media de largo, que forman los apoyos laterales para todo el toldo. Luego se atan unos gruesos arcos en la punta de estos palos que forman la bóveda que se cubre con cueros de vaca y se une bien mediante unas costuras. Los costados son revestidos con cañas *indias* contra las cuales se teje muy agradablemente una clase de un largo junco filoso que ellos [llaman] *cortadera* o por cañitas muy delgadas que ellos llaman *vimbres*. A esta choza viajante se sube por una escalera chica que durante el viaje está atada al lado de la choza. En ésta se viaja, se duerme y se come. La yacija es un marco de madera atado en las cuatro esquinas y tejida espesamente por el todo con correas, levantada por encima del piso para que los baúles y cajones puedan estar depositados debajo. El marco de la cama debe tener sólo tres o tres y media varas de

Descripción de los
vehículos o carros

largo para que lo restante de las cuatro varas adelante sea cómodo para sentarse el picador de los bueyes pero atrás para el señor. Mejores que las *carretas* son los *carretones* que tienen mucho mayor comodidad y [donde] la choza pasa de cuatro varas de largo en que uno puede estar sentado cómodamente y dormir durante el viaje. Toda la choza está forrada adentro con tablas delgadas y cañas tejidas en lugar de paja; tiene adelante una pequeña abertura y atrás una puerta de dos alas que también puede ser cerrada. Estos carros tienen adelante y atrás dos puntales que los españoles llaman *muchachos*, significa en alemán *Buben*; éstos penden de continuo también durante el viaje adelante y atrás para que el carro, si se detiene, no caiga hacia adelante ni para atrás y en seguida sea sostenido derecho por los *muchachos*. En la punta delantera de la lanza está atada fuerte y seguramente el yugo en que se aseguran bien los bueyes; desde la lanza parte una larga sogá trenzada en cuero en cuya punta se ata el otro yugo y son uncidos los bueyes delanteros. ¿Pero cómo se podrá gobernarlos, llevarlos al camino o mantenerlos en el camino? Es muy fácil, pues delante de la primera *carreta* marcha uno de a caballo que por lo general es el dueño de las *carretas*. Cabalga paso a paso según el tranco de los bueyes. Si la *caravana* de *carretas* es grande, algunos otros más cabalgan a ambos lados para que en caso de que los bueyes salieren del carril, sean llevados otra vez al camino. A más de ellos hay adelante en cada *carreta* un *mulato* o *indio* que pica con dos picanas los bueyes; con la mano derecha sostiene una larga caña india que descansa sobre una horquilla que asegurada en un palo sobre el respaldo de la bóveda de cuero sobrepasa el largo de la choza por media o tres cuartos de vara de largo y él pica y guía con esta caña los bueyes delanteros hacia el lado derecho o izquierdo, sostiene en la izquierda una caña más corta y más delgada con que pica los bueyes de la lanza. La caña larga que alcanza hasta los bueyes delanteros, tiene una punta de hierro o hecha de hueso con que agujija los cuartos traseros. Lo mismo la caña más chica está provista con igual agujijón. Si el conductor o peón que se halla sentado adelante en el carro quiere que los bueyes tornen a la izquierda picanea al buey que está uncido adelante al lado derecho; así también con la picana más corta contra el de la derecha de la lanza. Si ellos tienen que girar a la derecha agujijonea entonces con la picana a los bueyes uncidos a la izquierda. El que anda a caballo y representa ser el jefe es llamado *capataz*; el que agujijonea con la picana los bueyes para el tiro lleva el nombre de *picador*, en alemán *STECHER*. Cuando en el camino algún carro de carga se encaja o si se rompe algo se detienen en seguida todas las *carretas* y esperan hasta que todo esté remediado para seguir el camino. La *caravana* está provista con fusiles y sables; cada *carreta* o *carretón* lleva puesta al lado una lanza contra el asalto de los *indios* salvajes pero con todo este cuidado los españoles se hallan en desventaja las más de las veces.

Modo de conducir

Conductor *indio*
picador

Sus picanas

Las dos cañas de picar tienen también sus nombres: a la larga la llaman *picana*; ella es de una caña de once a doce varas de larga, adornada en todo con penachos de plumas de avestruz de diversos colores y provista con campanillas colgantes. La caña misma tal cual crece en la selva se llama en lengua *india guaraní Tacuara* pero la más

chica de un largo de más o menos tres varas y media [es] llamada *Nocolocate njoaquitiqui* tiene cerca del agujón también un penacho de plumas de avestruz. Ésta [picana] sin el penacho de plumas se usa generalmente por los *picadores* o agujadores de bueyes en lugar del asador por lo cual ellos llaman *picana* al asado.

También tienen estos *picadores* o conductores de *carretas* una larga *corneta* que ellos tocan a veces sobre todo durante la noche para animar a los bueyes; ésta me ha deleitado también especialmente el oído aunque jamás he sido tenido por un buey. La figura de esta corneta es como sigue: es una caña de tres o cuatro y media varas de largo de aquellas de que suelen hacerse las trompetillas⁶⁵ para *oboes* y *fagotes*. La caña se llama *canna* [caña] *de Castilla* o sea caña de España pero en el idioma *indio Nocololate*. Esta caña tiene a distancia de un jeme o de un buen cuarto o tercio de vara sus divisiones o —como se dice— sus botones al igual de cualquier otra caña; ahora como estos botones o *secciones* impiden que la caña en su largor pueda servir en un todo para un pífano por causa de las divisiones de la caña que están todas tapadas, ellos hacen en cada botón una pequeña abertura por la cual pinchan con un clavo y taladran y limpian lo tapado pero cubren otra vez las aberturas con cera o con una resina pegajosa: arriba en el sitio más delgado de esta caña cortan una abertura que mide una pulgada de largo donde colocan la boca para soplar; abajo donde la caña tiene el mayor grosor, meten un pequeño cuerno para el pabellón. Esta es toda la figura de esta corneta que cuando se toca, suena hasta muy lejos, sobre todo en la noche. Cómo tocan esta caña y qué pieza o sonido entonan, me sería imposible poner sobre el papel y yo dudo que el mejor *musicus* o *compositor* sería capaz de hacerlo. Pero el sonido de esta caña es tan fuerte y también tan resonante como una corneta y —podría yo decir— también algo más fuerte. Para estos carros a fin de que ni el eje ni el cubo o maza se friccionen muy fuertemente usan también ellos un engrase de carros correspondiente a ello que preparan de la siguiente manera: toman sebo de buey, lo desmenuzan sobre un cuero y lo machacan hasta que llega a ser una *masa*, luego toman paja y la encienden, agregan sebo y lo mezclan con la paja quemada, así el unto se torna completamente negro. Si no tienen paja a mano, toman carbones molidos y los mezclan con el sebo. Cuando más tarde el eje se encuentra muy frotado y se halla ya demasiado tiempo dentro de la maza, forran el eje con un pedazo de cuero crudo y lo untan con sobredicha *mixtura* para engrase de ruedas. Otros toman jabón tal cual se usa para lavar y que es mejor para que no se origine fuego por la fuerte fricción del eje contra la maza y por el calor exterior del sol. Contra el fuego tienen también otro remedio; ellos toman hojas de higueras indias que los *indios* llaman *Daiyamic*, las meten por pedazos entre el eje y hacen seguir el carro. Como tal *caravana* —pero que por los españoles no es llamada *caravana* sino *tropa*— va marchando por doscientas, trescientas y también cuatrocientas leguas y muchas veces por campos desnudos donde no se encuentra ni un tronquito de madera, llevan siempre consigo una provisión en

Su corneta

Su engrase para los carros

65 / Blasröhrlin, o sea «Cerbatanilla».

lanzas, rayos y mazas para que en caso éstas se rompieran en el camino, ellos no queden detenidos en la ruta y puedan reemplazar pronto lo descompuesto. Si no hay tal provisión o si se rompe un carro sobre el campo desnudo donde a distancia de más de cien leguas no se ve arbolito alguno, son desuncidos los bueyes, se reparte la carga entre los otros carros y la *carreta* rota queda detenida y es abandonada. Frecuentes veces tales carros se encuentran abandonados en el campo.

Sus vasijas para agua

Cada *carreta* tiene sobre la parte posterior una vasija hecha y cocida en barro o arcilla que se fabrica en el reino de *Chile* y en que el vino y el aguardiente se transportan a *Paracuaria*. Por dentro está alquitranada, abajo del todo tiene una canilla de madera para que al igual que de un barril se pueda trasegar el *licor*. Las *tropas* llevan estas vasijas consigo para que los viajeros tengan bastante agua de beber y cocer pues en las soledades *paraquarias* débese viajar muchas veces por dos y tres días bajo el mayor calor sin que se encuentre una gota de agua para las gentes y el ganado por lo cual se viaja generalmente a hora nocturna y se sigue marchando hasta las nueve horas de la mañana donde por lo común el calor ya ataca con fuerza. Mientras descansan las gentes y el ganado, se prepara ínterin el almuerzo sobre el campo y el ganado comienza a pacer hasta la cuarta hora de la tarde en que se unce y se prosigue hasta la noche oscura; entonces dejan comer otra vez al ganado por algunas horas y los viajeros se alimentan con lo que tienen, hasta el siguiente viaje nocturno.

Así seguimos viajando poco a poco, con no mayor ligereza de la que puede tranquilizar un buey; para hacer una legua española necesitábamos una hora y media. El vehículo en que teníamos nuestra *provisión* iba entre los primeros cuya tarea primera es hacer fuego en el lugar donde se va a consumir la comida de mediodía y poner las ollas al fuego para que cuando lleguen las últimas *carretas* el almuerzo esté ya medio listo. Nuestra caravana fue repartida en tres *tropas*; cada una hacía con sus carros un *círculo* al igual de una fortaleza de carros y esto por el siguiente motivo: primero, para que el ganado después de haber comido lo suficiente en el campo abierto quedara guardado durante las horas nocturnas dentro de la fortaleza de carros y no se extravíara en esta extensa tierra; segundo, para que al ocurrir un asalto de *indios* las gentes y el ganado pudieran huir hacia adentro de ella y defenderse con mayor seguridad contra el enemigo. La cocina consiste en dos zanjas de un largo de cuatro varas cavadas en cruz en que yace la leña encendida. Sobre estas zanjas se colocan a través unas varas de fierro sobre las que están las ollas.

Su provisión de leña

En la chacra del *Collegij* de *Buenos Aires* habíamos hecho en un monte de duraznos una provisión suficiente de leña que en parte se asegura bajo el carro contra la lanza, en parte sobre el techo del *toldo* (así llaman la construcción o choza que se halla colocada sobre las ruedas). Si escasea la leña, la cocina resulta bastante fría y los viajeros deben de remediarse con cardos secos, gruesas matas de plantas campestres, con huesos de caballo, bueyes y otros animales silvestres y con el estiércol del ganado a cuyo calor se cuece y se asa. Para [la hora de] comer teníamos una tienda larga bajo la cual comíamos el almuerzo. Después de comer cada español buscaba su lecho debajo de

Siesta española

una *carreta* y comenzaba a dormir, pues ésta es la costumbre en los países de allá de dormir por una hora después de comer. Muchos lo hacen por un tiempo mayor. Nosotros los alemanes no estábamos acostumbrados a ello; nos íbamos al lado de alguna *carreta* donde la casilla daba alguna sombra y rezábamos en silencio nuestras jornadas. En tales circunstancias tuve una rara ocurrencia sobre la cual yo mismo hube de reír y fue al tiempo en que yo rezaba el *completo* y en el *salmo* de *David: Qui habitat*, llegué al *versículo: ab incurso et daemonio meridiano*, sobre el asalto y el diablo que ejerce su furia a mediodía. A los mismos españoles causó gracia la idea y ocurrencia mía, pues después de terminar la hora de dormir que ellos llaman *la siesta* yo iba de uno a otro y les preguntaba si ellos no sabían cuál era el diablo del que *David* dijo «el que ejerce su furia a medio día». Nadie supo responderme. Al fin ellos me preguntaron a mí mismo si yo sabía cuál sería el diablo. Sin titubear les contesté y dije: éste es el diablo de mediodía de que están poseídos todos los españoles a la hora de mediodía después de comer y es el diablo del sueño que vaga a la hora de dicha *siesta*. Esta respuesta tuve que oír muchas veces en el transcurso de nuestro viaje cuando los españoles después de comer se acostaban y me gritaban: *jah, padre Floriano ya estamos otra vez poseídos del daemonio meridiano! Sehen Sie mein Pater Florian, wir sind schon wieder besessen von dem Mittagsteufel*. Yo les contestaba y preguntaba si ellos permitieran que yo lo exorcizara; ellos estarían libertados pronto de él, pues yo conocía un fuerte medio ante el cual había de ceder seguramente. Aunque ellos me conocían como que yo les pagaría en buena moneda quisieron saber asimismo por qué medio yo podría exorcizar al diablo. Yo no tardaba mucho en responderles que el látigo era el mejor instrumento para expulsar semejantes diablos y despertar los soñolientos. Esta broma les fue tan graciosa que más de uno despidió al diablo del mediodía y permanecía despierto a mi lado durante este tiempo para seguir escuchando algo divertido. Desde este tiempo yo fui por todo el viaje entretenedor de los *jesuitas* españoles junto con otro *jesuita* de la *provincia* austríaca que tenía ocurrencias cómicas y sabía amenizar el viaje a los españoles. Su nombre de pila era *Martinus*; [él era] agradable en su manera de hablar y divertido en sus ideas. Su manera de pensar podía alegrar a cualquiera⁶⁶.

Después que los españoles hubieron dormido lo suficiente y el diablo del mediodía había salido de ellos, sonaban ya las sobredichas cornetas de cañas. Mientras tanto cada *peón* o picador revisaba su *carreta* si había algo que debía de ser obviado o asegurado en el carro; esto se hacía generalmente antes que ellos uncieran. Cuando vimos ya que los bueyes estuvieron reunidos, cada uno debió subir a su *carreta*, porque la pequeña escalera por la que hay que subir se ataba al costado de la *carreta* en su lugar correspondiente.

Ya he referido casi todo de estos carros *paracuarios* pero me resta agregar cuánto peso se puede cargar en un carro semejante y cuán suave es el viaje en él.

A fin de que este carro no tenga una carga demasiado escasa o demasiado grande se ha dispuesto cargar cada uno con lo menos ciento veinte *Stein* que los españoles

Cuánto peso conduce un carro

66 / Se trata de Dobrizhoffer.

suelen llamar *arrobas*. Pero una *arroba* o un *Stein* como decimos nosotros, contiene veinticinco libras; por lo tanto calculadas conforme a nuestras pesas en *Cent* [quintales] la carga cabal de un carro importa treinta *Cent*. Los conductores que se fían en la fortaleza de sus carros y la guapeza de sus bueyes cargan aún más en sus carros, de modo que ellos traen en una *carreta* hasta ciento cincuenta *arrobas* o *Stein*, sobre todo cuando en su viaje esperan un camino parejo; en tal caso cargan también treinta y siete y medio *Centen*. Ahora como hay diversas cargas en que ellos no pueden observar tan exactamente el peso sino que deben manejarlo conforme al espacio y sitio del carro, suelen arreglarse no según el peso sino según la cantidad. Por ejemplo ellos cargan vino o aguardiente en *Chile* que transportan a *Paraquaria* y entonces no cargan más de veinte vasijas de barro de que cada una [como digo] de paso contiene un cubo. Exportan también de *Paraquaria* grasa de vaca en estas vasijas de las cuales colocan también sólo veinte en un carro. Se cargan ciento veinticinco, también ciento cincuenta cueros de buey; cada cuero si quiere obtener su valor íntegro debe pesar cuarenta, también cuarenta y tres libras. Cuando conducen yerba *paraquaria* que encierran en costales de cuero cuadrados, no aceptan más de veinte; cada costal contiene siete u ocho *arrobas*, esto es uno y tres cuartos quintales o dos quintales.

La comodidad de este carro para los viajeros es grande, en cuanto uno en él está libre de la lluvia e intempestuosidad del tiempo. Si se quiere dormir, se tiene a mano la cama pero ¡guay de aquel que no está habituado a golpes ni sacudidas! de pronto volará en la cama hacia arriba, de pronto rodará de un lado al otro.

Si perdura mucho el calor, se calientan los cueros con que la chocita está cubierta y nadie puede aguantar el calor, ardor y sudor. Cuando el tiempo está algo húmedo o algo lluvioso se refugian en ella todas las moscas cuantas puedan caber adentro que no cesan de picar al viajero durante día y noche, le producen en la cara y las manos grandes ronchas y hasta traspasan con sus agujijones un ropaje liviano que por poco que sea, cada uno debe llevar para que no se consuma de calor. Sin embargo con el tiempo uno puede acostumbrarse a las sacudidas y dormir bajo el sobreviviente cansancio, pero no es posible habituarse a las picaduras de las moscas.

Al fin llegamos a un lugar donde hay una imagen llena de gracia de la Madre de Dios. Era una villa de nombre *Luxan* (léase *Luchan*⁶⁷); la habitan sólo los españoles y ahí es de verse una grande y bella iglesia. Dista de *Buenos Aires* veinte leguas. Nosotros hicimos allí nuestra devoción, adquirimos alguna provisión de carneros para el viaje ulterior y después de terminado el almuerzo proseguimos nuestro camino. Marchamos durante siete días y noches enteras sin que viéramos alguna otra persona ni vivienda. Mirábamos por un campo llano, extenso y ancho que debe deleitar la vista del hombre; era tan parejo como el mar cuando está tranquilo; no era de verse arbolito alguno; todo el campo no tenía otra hierba que puro trébol. No se encontraba ni una gota de agua ni sitio alguno que pudiera tener agua. Este campo llano es muy inseguro

67 / Conforme a la fonética alemana: Lujan.

para cruzarlo por las correrías de los *indios pampas, pelchues, serranos y aucaes*. Los españoles limpiaron sus fusiles y los prepararon contra los *indios*. Para nosotros ya era demasiado fatigoso el viajar en este carro de continuas sacudidas. Hubiéramos montado de muy buen grado sobre los caballos de los que teníamos suficientes hasta decir muchísimos con nosotros, pero faltaban los arrees y las sillas de montar. Yo no pude aguantar más, sobre todo cuando vi un campo tan lindo y no podía desde la *carreta* contemplar esta linda región. Yo tenía un cojín de cuero que me servía de almohada, me empeñé en conseguir una cincha y me hice ensillar con este cojín el caballo; en la cincha aseguré a ambos lados un correón que debía de servirme para estribo. El freno con que goberné al caballo fue a su vez un correón atado a la boca del caballo. Monté a caballo y partí. Mi ejemplo movió a otros compañeros a hacer lo mismo, a aprestar sus caballos y seguirme. No hacía mucho que yo había cabalgado solo hacia adelante cuando ya vi tras de mí a doce *franciscanos* que viajaban con nosotros a *Córdoba*, a proseguir sus *estudios*; entre ellos había un solo sacerdote *fray Pedro de la Huerta*; los restantes, todos *portugueses*, habían sido aún *coristas* y soldados desertores de los *portugueses*. Yo vi que todos tenían sus completos arrees de montar; al final de éstos seguían quince jinetes negros que estaban sentados a caballo bastante *a la grace*, al igual que yo pero nos seguían con toda prisa; todos éstos eran *jesuitas*, en parte sacerdotes, en parte aún jóvenes estudiantes. Así contábamos ya veintiocho montados a caballo; si hubiéramos encontrado *indios*, hubieran mirado bien⁶⁸.

Mis arrees de montar

Cuando así reunidos seguíamos cabalgando vimos en el campo a unos dos mil pasos distantes de nosotros una gran cantidad de pequeñas gamitas. Yo ya tenía ánimo de meterme cabalgando entre ellas y de cazar. Hice de guardabosque mayor y envié a lo lejos de a dos y dos a algunos de mis compañeros hacia los lados para que rodeáramos esta salvajina⁶⁹; en el ínterin nosotros esperamos hasta que los enviados estuvieron todos en sus *puestos*; de pronto todos comenzaron a cabalgar a plena carrera de los caballos hacia ellas y a mantenerlas en medio de ellos. Estas gamas estaban ya tan fatigadas que dejaron colgar las lenguas fuera de la boca; estaban también tan aturdidas que apenas atinaron a escapar. Yo atendí más a la salvajina que a mi silla; la cincha se aflojó de modo que mi cojín cayó al suelo y asimismo yo perseguí con ahínco las gamas. Al fin me había deslizado tanto sobre el caballo que me encontré casi sobre el pescuezo del caballo; por esto tuve que interrumpir mi caza para no perder del todo mi cojín: pero quién recordaría en un llano casi infinito donde no se halla la menor seña por la que uno podría guiarse para buscar lo perdido y donde por la altura del trébol tampoco es de verse lo que yace por el suelo. Sin embargo mis cazadores monteses siguieron firmemente y cazaron dos gamas que de cansadas cayeron al suelo; las cazamos vivas a ambas y las trajimos atadas a nuestras *carretas*. Los peones de

Nos divertimos cazando

68 / Una oración obscura que puede aludir tanto a los *indios* como a los jinetes.

69 / Uso este término por asemejarse más a la palabra alemana «Wildbret» y haber sido usado en igual sentido por conquistadores.

Su campamento nocturno

las *carretas* o picadores de bueyes saltaron de sus carros, mataron en seguida ambas gamas, las tiraron sobre los carros y prosiguieron el viaje.

Ahora la preocupación era por mi cojín perdido que fue difícil de encontrar aunque todos los de a caballo se esmeraron en buscarlo pero fue hallado al rato. Ya se acercaba la noche y amenazaba con una fuerte tempestad; soltamos nuestros caballos y cada uno se metió en su carro. Nuestras *carretas* recibieron en seguida la orden de detenerse y de cerrar los puentes carreteros.

Tremenda tempestad

Poco después nos atacó un terrible ventarrón junto con un chaparrón consumado. El relampaguear, el tronar y el granizar eran terribles y un rayo tras otro descargó en nuestro derredor pero sin daño a algún hombre o el ganado. El campo estuvo pronto lleno de agua pero bajo una tienda grande se preparó algo para la cena. El que quería comer allí debió vadear por el agua; el terreno por no ser firme sino suelto cedía a cada paso. A causa de la carencia de sirvientes no era tampoco posible que a cada uno le fuere llevada su comida. Quien tenía unas buenas botas, podía todavía buscarse él mismo la cena. Yo me resolví pues a vadear por el agua y el lodo. La noche era tan obscura que yo no pude distinguir nada a distancia de tres pasos pero el continuo fuego desde el cielo me alumbró el camino. Tomé en la mano mi campanilla de *Loreto*⁷⁰, me santiguaba constantemente con la santa cruz y tocaba de continuo. En este paseo empleé una buena mitad de un cuarto de hora hasta que arribé al lugar con el cual di por llamadas y respuestas. Creo que no he pasado en el mar por semejantes sustos aunque jamás he sido miedoso. Después de comida la cena tuve que regresar otra vez a la *carreta* y buscar el lecho nocturno. Si antes me fue difícil hallar la tienda aunque notara la lumbré en su interior, fue entonces más difícil encontrar entre tantas *carretas* la mía, pues no se veía ninguna señal de la luz. Por ello tuve que auxiliarme con un continuo llamar y gritar por sus nombres a mis vecinos los que contestaron cumplidamente y yo seguía a la voz. Ya no había hilacha seca alguna sobre mí; debí desvestirme en seguida y buscar el lecho.

Fortaleza y guardia españolas

Esta noche quedamos parados en el mismo lugar pero a la madrugada se había perdido la tempestad. El cielo aclaró y el sol que siguió luego junto con un buen viento endurecieron el suelo de modo que pudimos proseguir con mayor prisa. Ya habíamos hecho ochenta leguas sobre esta tierra llana y aún debíamos de marchar cuarenta leguas. Al segundo día llegamos a una localidad española donde no encontramos otra cosa sino españoles armados que se hallaban provistos con algunos cientos de caballos. Toda la localidad no tenía más que tres chozas edificadas a lo largo, que tenían en su derredor un cerco espeso construido con gruesos palos. Oímos que estos soldados habían ocupado este lugar porque por frecuentes ocasiones los *indios* se dejan estar en esta región y quitan la seguridad a los caminos. El nombre de esta localidad era: *el*

70 / Según la leyenda, la casa de la Virgen fue trasladada desde Nazaret a la ciudad italiana de Loreto y los objetos adquiridos allí poseían fuerzas milagrosas. Tanto Sepp como Dobrizhoffer y otros, emplearon también estas campanillas contra las tormentas.

Fuerte de Pergamino o la *Vestung Pergamino*. ¿No le voltaría a uno la risa en la contemplación de esta fortaleza de *Las Indias*? El fuerte entero no tenía en su circuito más de cien pasos; si este palenque de palos merece un nombre de fortaleza, entonces cada agricultor en nuestros países que ha cercado su granja con muros en derredor tiene una fortaleza mucho mejor y más resistente.

¿Cómo eran luego los soldados? Contestación: iguales al fuerte. Uno que otro estaba provisto con un fusil pero los demás tenían una lanza cada uno; [no vestían] ningún uniforme; todo su vestuario era una camisa; sobre ella un rojo corpiño de franela que ellos llaman *chaleco*, un par de ropas interiores que ellos llaman *calzoncillos*; no tenían en los pies un calzado; sólo tenían un par de botines⁷¹ sin taco hechos de cuero de buey, de tigre o de gama. Estos soldados estaban obligados a revisar diariamente la región por algunas leguas o de cabalgar a *reconocerla* como se dice. Ellos tenían también un centinela que estaba sentado en una altura de lo menos ocho brazas en lo alto y observaba desde arriba el país por muchas leguas en derredor. ¿Cómo será construida entonces esta casilla de guardia (que los españoles llaman *mangrullo*) y erigida tan alta? Había cuatro de los más altos árboles⁷² [postes] que repartidos en un cuadrado⁷³ distaban dos varas entre sí; sobre ellos había un lugar para sentarse al cual el soldado debía de subir por un escalerón. El desempeño de los demás que estaban sentados abajo en las chozas no era otro que jugar a los naipes y divertirse. Semejante modo de vivir tan holgazán nos pareció tan *insólito* referente a soldados alemanes, que no pudimos concebirlo. El jefe de este destacamento de soldados no se diferenciaba en nada y no se le hubiera reconocido si nosotros no hubiéramos preguntado por él; jugar a los naipes, comer, beber mucho, dormir y blasfemar lo sabían tanto el *oficial* como el simple soldado. Yo me [los] imaginaba como una banda de asesinos reunida en Alemania. No crea nadie que estos soldados fueran una tropa regular y ejercitada en las reglas de la guerra. Son gentes vagas como los *indios*, jamás pelean en formación, no obedecen a mando alguno, cada uno mira por el modo o cómo poder huir o cómo despachar a la Eternidad con buena y segura ventaja un *indio*. Aunque no es impropio que se combata a los *indios* por modo igual y armas iguales pues jamás ninguno de ellos forma en un orden de batalla sino que se empeña en perjudicar a su enemigo, pero asimismo el *indio* es más animoso que semejantes haraganes agavillados especialmente cuando nota la oportunidad de aplicar con ventaja su golpe o puñalada.

Al lado de este fuerte tuvimos que estar parados durante un medio día por causa de tomar bueyes frescos que los conductores de nuestra tropa o *Caravana* tenían allí a pastaje y en prevención para mudar los bueyes frescos por los cansados y dejar a éstos a pastaje hasta el regreso.

71 / Stifletten (botines); el autor omitió de agregar «o de potro».

72 / Banme (árboles), pero en el presente caso se trataría de postes traídos de otras partes.

73 / *In vier Ecken*. Literalmente: «en cuatro esquinas».

Descripción de los
soldados españoles en
Paracuaria

Para una sola
carreta se necesitan
muchos bueyes

Cualquiera opinaría que durante un viaje en *Las Indias* se daría abasto con cuatro bueyes a un carro y que al igual como en Alemania con cuatro caballos no mudados que no son usados en demasía uno podría viajar hasta la lejana campaña. Pero hay que considerar que la incomodidad de los caminos, el alojamiento nocturno sobre el campo abierto, el forraje de pura hierba, la carencia de agua [que es] sumamente escasa, especialmente bajo un calor tan grande y junto con ello la gran carga, deben de debilitar mucho al ganado; aunque yo pueda atribuir a un buey en *Las Indias* la fuerza de dos iguales en Alemania, por cuyo motivo se destinan a cada *carreta* diez bueyes para mudar en prevención de si acaso alguno rengueara o se enfermara; si no [resultaría que] por un buey inútil toda la *tropa* quedaría retardada aunque el buey si bien desuncido debe recorrer siempre este camino pero puede reponerse más pronto que cuando debe llevar el yugo.

Una *porción* para
una persona es de
seis libras de carne

¡Hágase pues la cuenta de cuantos bueyes se necesitan para tres tropas, en conjunto noventa y cinco *carretas*! No serán menos de novecientos cincuenta; fuera de éstos hay que arrear el ganado para carrear. Sígame calculando para cien y algunas setenta personas el alimento diario que consiste únicamente en carne vacuna, pues no se ve pan alguno; para cada persona lo menos seis libras de carne; yo podría tener un cargo de conciencia si declarara un cuarto de libra menos pues estos zagales que tienen más la naturaleza de *indios* que de españoles demuestran una insaciabilidad y si uno no los viera devorar sino sólo contemplara sus asados creería que tales estómagos no tuvieran fondo sino una sola tripa en el vientre de modo que cuanto ellos comen busca en camino recto la salida. Nadie podrá comprender cómo en unos países tan cálidos fuere posible engullir de una sentada una *porción* tan inmensa de carne y ello no obstante al anochecer sentir un *apetito* o incitación a tragar una porción igual o mayor que a mediodía.

Por qué los *indios*
son tan voraces

Asómbrese cada cual a quien este relato parezca extraño, yo ya no me asombro desde que he visto por la experiencia lo que ocurre y lo que yo mismo he comprobado. No en vano todos los nuevos *misioneros* fuimos aconsejados en *Buenos Aires* cuando recién llegamos a esa ciudad que no comiéramos con parsimonia y a la *manera europea* sino que llenáramos bien el estómago pues a la media hora después de la comida seríamos incitados a comer. Pregúntese a un físico y sin titubear él atribuirá esto al aire absorbente. Yo no contradigo que esto pueda contribuir mucho a la rápida digestión pero no admitiré que en toda la *América* (que en magnitud sobrepasa tal vez cuatro o cinco veces a *Europa*) reinara un aire tan absorbente y por ella todos los *indios*, *mulatos* y negros fueren tan glotones. Por lo tanto la causa debe hallarse en algo diferente y no sólo en el aire absorbente. Ellos [los físicos] se basarán tal vez sobre el consumo del agua pero el problema no queda relevado pues no es preciso recorrer los países para encontrar aguas que posean virtudes y defectos diferentes. ¿Cuál será entonces la causa? Aquella que han observado todos los hijos del país. La carne es sin duda de buen sabor, gorda y buena de comer, pero no da la nutrición que la carne en los países *europeos* suele dar, pues la carne no es tan substanciosa como en *Europa*. El

La causa

forraje no es tan fuerte porque no es otro que la hierba tal cual el ganado la encuentra en los bosques y sobre los campos; [el ganado] está expuesto a todo tiempo tempestuoso, más arisco que domado y cuando debe ser amansado se le obliga mediante el hambre; cuando es recogido para la carneada queda extenuado; después es encerrado en corrales por dos o tres días sin forraje y luego se mata. ¡Cómo tal carne podrá tener una fuerza nutritiva! En nuestros países se corre a veces el ganado hasta que quede flojo y cansado, se degüella en ese cansancio y la carne es buena para comer. La carne de un ganado cansado en *Paraquaria* es tan fea y sin sabor como la paja. Si yo sirviera a alguien en nuestros países una carne vacuna tan cansada nadie comería un solo bocado de ella. No en vano exclaman y gritan aquellos que en *Buenos Aires* llevan la carne por las calles: *carne fresca descansada, frisches und ausgeruhtes fleisch*. En verdad yo puedo decir que cuando recibí en la mesa carne vacuna conocí al primer bocado si había sido un animal cansado, cuya carne yo había probado.

Sea esto un proemio de lo que he de referir en el transcurso de mi relato acerca de los *indios* glotones⁷⁴. Volvamos otra vez al camino de nuestro relato de que nos hemos desviado un poco antes.

Después que estuvimos provistos de nuevo con bueyes de tiro frescos y con buenos, frescos y gordos vacunos para carnear, fuimos transportados tanto más rápidamente. Cuando habíamos hecho otra vez algunas treinta leguas por tierra solitaria llegamos a un río que los españoles llamaban *Río Segundo*. En la otra banda del río encontramos una población o aldea en que vivían sólo españoles. Ellos tenían una pequeña capilla donde en los días domingos y festivos celebraban su servicio religioso. Pasamos con felicidad el río si bien él tenía tres varas de hondo. En la otra banda tomamos el camino a corta distancia del río. Otra vez monté a caballo con un compañero inseparable, el *Fray Pedro de las Huertas*. Como habíamos oído que los *indios* en la mayoría de los casos suelen hacer sus campamentos cerca de este río, nos picó la curiosidad de buscar tales [*indios*] pero cada uno de nosotros llevó consigo un fusil para seguridad. Cabalgamos sin decir a nadie adonde [íbamos]; dejamos nuestras *carretas* y nuestra marcha fue en derechura al río sin que miráramos para atrás, donde quedarían nuestras *carretas*. Los jefes y dueños de toda la *tropa* notaron esto. Ellos quisieron pegarnos un susto y habrían visto con placer (como más tarde confesaron) que nosotros hubiéramos huido de miedo. Enviaron ocultamente tres hombres de a caballo al río los que debían adelantarse a nosotros y esconderse tras el matorral como *indios* escondidos. Les siguieron también los dos dueños de las *carretas* y se escondieron entre un matorral hacia el cual cabalgábamos en derechura. Ya nos acercábamos al río y veíamos de vez en cuando unos paraderos entre la hierba; sin duda —nos dijimos uno al otro— no han de estar lejos los *indios* pues ahí han tenido su campamento nocturno. Cabalgábamos con ojos alertas a todos los matorrales si podríamos ver algún ser viviente. Aún

Quisimos buscar
indios salvajes

74 / La voracidad e insaciabilidad del indígena llamó extraordinariamente la atención de todos los misioneros.

no habíamos adelantado unos cien pasos más allá, cuando vimos que en un arbustito comenzó a moverse algo; nos sorprendimos y cesamos de avanzar cabalgando. El movimiento del matorral creció cada vez más; al fin resolvimos hacer fuego. Yo amartillé el gatillo y me aprestó a tirar; entonces saltaron los españoles de entre el matorral, nos gritaron y se dieron a conocer. Fue una suerte que no había descargado todavía, como quise, si no esta broma se hubiera tornado en realidad y yo sin saber hubiera muerto a tiros a algún compañero nuestro. Nos rogaron volver con ellos a nuestras *carretas*, porque en realidad este río no era seguro por los *indios*, y no exponernos al manifiesto peligro de perder la vida; por lo que hemos retornado con ellos y no deseábamos más buscar *indios*.

Perdices *indias*

Cuando hubimos vuelto a nuestras *carretas*, vimos otra vez muchos *jesuitas* montados a caballo; los más tenían en las manos unas largas cañas huecas y muy livianas y se entretenían con la caza de perdices de las cuales encontramos en estos campos una gran cantidad y cazamos muchas. Las perdices en *Paracuaria* no son de la forma como en Alemania ni corren ni vuelan en bandadas unidas sino que se quedan aisladas y recorren el campo. Tienen la figura y forma de una alondra grande. Cuando [la perdiz] está sentada bajo el pasto no se la ve pero cuando se levanta y corre se descubre por su incesante cantar. El color de las plumas es igual al de las alondras. Por su cantidad y la facilidad con que ellas se dejan poner el lazo es divertido cazar estas perdices. Por quien está montado a caballo es lo más fácil cazarlas; si ocurre que la perdiz vuela, el perseguidor galopa tras ella porque ella se asienta otra vez a los cien pasos o más y donde ella está sentada cabalga en derredor dos o tres veces pero siempre tan cerca que pueda alcanzarla y cubrirla con la larga caña en cuya punta ha asegurado un lazo hecho de un cañón de avestruz rajado a lo largo. Cuando forma el caballo este *círculo*, ella comienza a temer y se agacha por completo contra el suelo; allí el jinete puede ponerle seguramente y cómodamente el lazo en derredor de la cabeza, da con la caña un pequeño golpecito a cuyo sentir la perdiz levanta el vuelo y ella misma cierra el lazo en el pescuezo. Así nosotros en un solo día hemos cazado algunas veces cuarenta y hasta cincuenta. La carne es completamente blanca pero poco jugosa y muy seca para comerla; los huevos son de una cáscara *violeta* roja y se hallan muchos nidos entre la hierba; [los huevos] son también buenos para comer.

Cómo se cazan

Con esta caza de perdices el día no nos resultó largo, mas el tiempo demasiado corto, pero con esta caza jamás demoramos en nuestro viaje y nos encontramos cada vez más cerca de la ciudad de *Córdoba*. Llegamos a una pequeña población de los *indios*; aunque todavía no eran cristianos los hallamos asimismo amables y mansos.

Una pequeña tribu de la *nación pampas*

Era toda una amistad [tribu] o parentela consanguínea; de siete u ocho *familias*, de la *nación* llamada *pampas*. Su *cacique*, aún un pagano, llevaba asimismo el nombre *Antoni* [Antonio]; él demostró una especial amabilidad hacia nosotros, los *misioneros*. Yo admiré mucho esta gente y sus toldos levantados, que eran de cueros caballares, cosidos juntos, estirados tan fuertemente que se podía batir sobre ellos como sobre un tambor. Sus mesas de juego, [propias] de afectos al juego, eran también de cueros

caballares bien extendidos y fuertemente estirados para que rebotara bien el juego a los dados que ya habían aprendido de los españoles. Cada toldo era multicolor, compuesto por cueros caballares diversamente teñidos lo que daba un aspecto deleitoso pero el hedor de la carne de caballo, que es su alimento, causaba horror y asco.

El *cacique Antonius* que compareció completamente vestido y en un capote se me acercó y contempló el arreo y el *equipaje* de mi caballo; se admiró del material de montura; sin decir una palabra más se despidió de mí. Al poco tiempo hizo su segunda visita y me regaló una cincha de cuero bellamente trenzada y una rienda trenzada con dieciséis correas, entrelazadas a ciertas distancias con caños de avestruz teñidos diversamente. El menor valor de una rienda trenzada en tal forma está mal paga, a lo menos allá, por un peso duro. Quise mostrarme también agradecido y le alcancé uno que otro regalo que había traído desde Alemania para los *indios*; pero aunque todo *indio* estima mucho éstos y le son muy agradables, rehusó aceptarlos con el pretexto de su simpatía para con los religiosos de quienes no esperaba otra cosa que una buena enseñanza. Yo no pude darle mucha enseñanza pues yo dominaba aun muy mal la lengua española y él podría ser mi maestro en ella, pero me serví de un lenguaraz a quien escuchó con placer y gran atención. Le di un buen pedazo de tabaco que apreciaba más que oro y dinero. Como él tenía una provisión de tales cosas, se aplicó en proveer también a otros con tales menesteres de equitación.

Su cacique

Nosotros contemplamos toda la aldeíta de cuero por adentro y por afuera; encontramos en el centro una gran mesa redonda que era una manta estirada sobre muchos palos y cosida de cueros caballares solamente blancos, tan estirada que semejava un tambor. El cuero era tan blanco y sin desgaste que parecía ser completamente nuevo; tuvimos mayor placer en contemplar esto que la ciudad de *Constantinopla*.

Nosotros oímos en una choza una voz llorosa a la que seguimos y encontramos que allí había fallecido una *india*. Bien pronto estuvo listo el luto que no lo había hecho ni un sastre ni un tejedor de crespones pues la madre de la difunta estaba sentada cerca del cadáver pintada tan de negro que creíamos que era una mora negra, pero fuimos informados que esto era el luto que se hacía por el duelo a los muertos. ¡Oh, cuánto costo ahorran los *indios* en su pompa fúnebre! Yo jamás he sabido que un *indio* fallecido hubiera vuelto a ser visible en este mundo después de su muerte para quejarse que sus amigos hubieren llevado tan mal luto por él, lo mismo que tampoco jamás he sabido en nuestros países que alguien después de un sepelio magnífico y costoso hubiera dado las gracias. Pero en *Las Indias* he oído en frecuentes ocasiones que a un *Pater misionero* en las *misiones guaraníes* que se llamaba *Antonius Sepp* y era bávaro de nacimiento⁷⁵ le habrían aparecido los pequeños inocentes niños y le habrían agradecido por la diligencia que tuvo al enterrar cada niño fallecido con el mayor adorno y la mayor pompa fúnebre. Y en verdad este hombre pío tenía la costumbre que cuando por azar en su *misión* habían muerto en un mismo día tres o cuatro niños inocentes (como en semejantes *misiones* populosas ocurre en no raras ocasiones) no enterraba

Luto indio

75 / El padre Antonio Sepp había muerto en Yapeyú en 1732, después de una estada de cuarenta años en esa reducción.

a todos de una vez y juntos sino que retiraba a uno después del otro de su casa y los depositaba en sepulturas preparadas por separado.

Nosotros seguíamos caminando y vimos tras estas chozas a algunos jóvenes *indios* de esta *nación* que hacían ejercicio y con piedras redondas forradas en cuero dentro de una sogá trenzada de dos brazas de largo, tiraban contra un palo asentado para acertarlo con provecho. Admiramos allí a los muchachos con cuánta seguridad acertaban el palo asentado no porque ellos lo enlazaran con las piedras sino que pudieron acertar el palo con una de las dos piedras marcadas y eso aun a 50 pasos de distancia del blanco.

Después que hubimos demorado ahí por un rato largo proseguimos nuestro camino hasta la noche. Poco antes de que hiciéramos alto le sucedió a un *jesuita* alemán un casual y por él mismo buscado revés de parte de un animalito que los españoles llaman *zorrino* o *zorrillo*; los *indios* de *nación amocovítica* o *mocovítica* [lo llaman] *inigzac*.

Nuestro *Pater Procurator Ladislaus Orosz* ya en el tiempo de la navegación sobre el Mar Grande nos había dado a conocer mucho sobre la condición del terreno de *Paracuaria*, de las costumbres de los habitantes de ella, de la condición de los hábitos y cualidades de los animales y nos había hablado especialmente de este animalito tan oloroso. Asimismo sucedió que dicho *jesuita* para substraerse a las sacudidas de la *carreta* creyó más cómodo marchar a pie tras las *carretas*. Ahí le ocurrió de repente una aparición inmediata al camino, que le hizo un pequeño animalito del tamaño de una pequeña marta. Era completamente negro, sólo por sobre el lomo tenía por ambos lados a lo largo dos listas blancas como la nieve; la cola de pelos largos que era de un largo de un cuarto de vara. Este animalito le gustó al *jesuita* y se apresuró a agarrarlo. Lo alcanzó con su bastón pero el animalito se sirvió de sus armas naturales, alzó la patita trasera y dio al perseguidor un buen *asperges* [aspersión] sobre el traje, bastón y la cara. El hedor de esta *aqua forte* llenó en seguida el contorno entero de manera que todos comenzamos a horrorizarnos. Todos nosotros no sabíamos aún qué significaba esto, pero los paisanos *paracuarienses* reconocieron pronto este animalito y su efecto y gritaron: ¡*Zorrino!* ¡*Zorrino!* Después que hubimos proseguido marchando por media hora sin embargo este hedor no quiso perderse; las *carretas* pararon para hacer pacer los bueyes y preparar la cena; recién entonces supimos lo que había ocurrido y cómo nuestro *comisionero* había tenido la dicha de conocer más de cerca que todos nosotros este animalito.

Todos corrimos hacia él para conocer por él mismo el curso de este suceso, pero por el hedor nadie pudo permanecer a su lado; así tuvo que quedar alejado de nosotros como un *excomunicado*; tampoco fue admitido a nuestra cena; aislado en su *carreta* tuvo que percibir el hedor junto con la cena. Lo bueno fue que tenía doble vestimenta para mudarse pues el hedor había penetrado en su ropa de modo que aunque había expuesto su ropa durante catorce días al aire libre y a la intemperie sobre el techo del carro, el hedor era el mismo de antes; entonces tuvo que abandonar y perder su traje, su caña de *Indias* y todo lo que había sido mojado por esta agua natural. Este

El animalito *Inigzac*
o *zorrillo*

animalito es lindo de contemplarlo pero su *orina* es de un hedor tan penetrante que los perros cuando lo cazan los humedece con su hidráulica, se revuelcan de continuo sobre la tierra como si enloquecieren y echan mucha espuma por la boca y babea durante mucho tiempo. Ésta es toda la defensa que él hace contra sus perseguidores. Cuando el viento sopla en contra el hedor se apercibe también por más de una legua española; si está muy cercano, mueve a muchos a desocupar sus estómagos. Yo he oído decir pero jamás lo he probado que este hedor que el viento acarrea consigo puede ser pronto ahuyentado mediante una jarra de agua que se vuelca al aire o contra él [aire]. Debe de haber un remedio que mitiga este hedor pues yo he visto mantas enteras de tres varas y media de largas y de dos varas de anchas que son de pieles de estos animalitos unidas por costura y tienen un hermoso aspecto. Muchas personas de calidad no mirarían en *Europa* por unos cien *ducados* para obtener una manta semejante. Los *indios pampas* tienen muchas de tales mantas para cubrirse. En una manta hay también cincuenta o más cueritos, cada uno negro como el otro y suave como seda y no se advierte hedor alguno.

Con el tiempo tuve curiosidad por saber cómo y de qué modo los *indios* pueden cazar este animalito sin notar tal inmundicia pero no pude saber otra cosa fuera de que los *indios* buscan sorprenderlos bien despacito, de improviso y con gran habilidad agarran la cola y en toda prisa lo mantienen suspendido en el aire y lo matan pendiente en el aire con la otra mano. Dicen que así el animalito no expelería *orina* alguna.

Con esta ocasión yo oí de otros tales *zorrinos* o *zorrillos* que viven más adentro en el país cerca del reino del *Perú* y no se defienden mediante la *orina* sino únicamente con la escopeta de vientos naturales cuyo hedor sería también tan penetrante que ni la gente ni los animales podrían permanecer a su lado. Ellos viven en el campo en cuevas debajo de la tierra; penetran también en las aldeas a las chozas *indias*, se alimentan de huevos de toda volatería, hallan especialmente muchos de perdices, de aves acuáticas y de patos. Igualmente les saben muy bien los tiernos pollitos; yo mismo tengo la experiencia pues cuando yo vivía ya en la reducción con mis *indios*, tuve también a hora nocturna semejante huésped pequeño en mi choza y lo vi bajo mi mesa. Yo no supe remediarme de otro modo, [que] tomé mi fusil y lo fusilé en mi choza pero [el animalito] asimismo no falleció tan vacío que yo no tuve que sentir algo de este hedor durante ocho o diez días.

Ya habíamos cruzado una campaña de ciento veinte leguas cuando encontramos de vez en cuando unas chozas en que vivían españoles para cuidar su ganado de asta, caballos y ovejas sobre el campo; una señal que no estábamos lejos de *Córdoba*. Vimos también unos pequeños boscajes y desde lejos una sierra alta que distaba de *Córdoba* unas cuatro leguas más allá. Encontramos ya pequeños arroyuelos y agua para beber; también pudimos comprar una carne mejor.

Más allá tuvimos que pasar otra vez el *Río Segundo* en cuya banda opuesta nos bajamos. Ahí encontramos una vivienda a cuyo lado se había erigido una gran enramada donde nos esperaba con su linda *música* el reverendo *Pater Rector* de *Córdoba* y

nos saludó ahí mismo. Ya estaba preparado el almuerzo al que todos fuimos invitados y obsequiados en lo más posible. Este *P. Rector* era el susodicho *P. Pedro de los Arroyos*, un hombre amable y muy agradable a cuyo lado permanecemos este día y pasamos también la siguiente noche. Aún distábamos dos cortas leguas de *Córdoba*; al día siguiente marchamos pues bien temprano en compañía de nuestro *P. Rector* y de toda su sociedad acercándonos a *Córdoba* y llegamos a esa ciudad a la novena hora de la mañana. Todos descendimos de nuestros carros a cerca de dos mil pasos ante la ciudad, tomamos nuestras capas y sombreros y terminamos en buen orden a pie nuestro ulterior camino a la ciudad. La gente de la ciudad estaba parada a ambos lados para observar esta entrada; los más notables, junto con el Concejo vinieron a nuestro encuentro y nos acompañaron hasta la iglesia del *Collegij* donde el *Tedeum laudamus* fue cantado *musicalmente* en presencia de toda la gente que nos había recibido en la calle. También sonaron las campanas en todas las iglesias de la ciudad. Después de esto tuvimos otra vez ocho días para descansar durante los cuales fuimos *tratados* espléndidamente como en *Buenos Aires* y regocijados con *música* durante el almuerzo.

Llegamos a Córdoba

Nuestro recibimiento

El *referectorium* o comedor estaba ocupado por completo con árboles verdes; a la hora de la mesa uno de los *jesuitas* aún estudiante tenía diariamente un ejercicio de escuela: una *Oratio* latina o un *poema* o alguna otra ficción *poética* que fue pronunciada también en lengua castellana; todo era amoldado a las circunstancias de nuestra llegada. Con asistencia de muchos *jesuitas* del *Collegio* y de muchos otros señores de la ciudad paseamos diariamente por los campos en derredor de la ciudad; otra vez fuimos obsequiados en el campo con una buena merienda tras la cual volvimos al *Collegium* a la hora de la campana de la queda.

CAPÍTULO X

Descripción de la ciudad de *Córdoba*

La ciudad de *Córdoba* en *Tucumán* no es una ciudad demasiado grande pero tampoco demasiado chica; posee calles ordenadas y parejas, una espaciosa plaza cuadrada, vistosos pero bajos edificios; está habitada por muchos respetables y ricos españoles. Tiene un obispo que habita allí en su *residencia*, cuenta con ocho *canónicos*; tiene una linda y grande iglesia *catedral*. Fuera de ésta se cuentan aun otras ocho iglesias, tres conventos de órdenes, dos conventos de vírgenes y un *collegium* que en esta *provincia* es denominado *collegium maximum*. Los tres conventos de órdenes son [de] los reverendos *PP. Dominicos, Franciscanos y de la Merced*. Los conventos de vírgenes son: el uno de la *Santa Catalina*, el otro de la *Santa Teresa*. Estas iglesias no son tan preciosas en su edificación y en su ornato interior pero la iglesia del *Collegij* es grande, respetable y muy hermosa adentro, especialmente cuando se celebra un día de alta fiesta donde son de verse los espaldares damasquinos de color *carmín*, las arañas *crystalinas* y otras [cosas de] plata. La mesa del altar está ornada de puros espejos y cristales; un *antependium* [cortina] es de pura plata batida; el otro de *crystal* y espejos sobre que se han entorchado adornos de plata y dorados al fuego. El *tabernáculo* que es de una altura de tres varas y media y está extendido a lo largo sobre toda la mesa del altar ha sido construido en Italia con cristales de diferentes colores. Todos los candelabros junto con el crucifijo son hechos de *crystal*. Todo el *ornato* y ropaje para la misa mayor están bordados por completo sobre un fondo de plata, en partes adornado con ramitos tejidos en seda. El valor de esta vestimenta sacerdotal consiste en cuatro mil pesos duros.

Sus iglesias y conventos

Magníficas iglesias de los *jesuitas*

No es un milagro que esta iglesia [sea] tan magnífica; pues cada *procurator* que viaja a Roma y trae consigo una *misión a América* se esfuerza en traer consigo algo elegido para esta iglesia. Si bien este *collegium* tiene una pequeña *biblioteca* está provista asimismo con los libros más selectos y más modernos. El edificio es de dos pisos; tiene dos patios o plazas; a más de éstos el muro del *Collegij* encierra otros tres anchos patios donde los cerrajeros, panaderos, toneleros, carpinteros, zapateros, pañeros, sastres y *boticarios* tienen sus *oficios*.

Tiempos antes el *noviciado* estuvo separado del *collegio* y tenía un edificio especial y una pequeña iglesia al extremo de la ciudad la que es ahora la casa de *ejercicios* y [en que] personas seglares al igual como en *Buenos Aires* atienden la soledad de ocho días y la renovación de su espíritu. Pero el *noviciado* ha sido unido al *collegio* si bien con la correspondiente separación de estos *novicios*, de los otros. En este *noviciado* los sacerdotes completan también a la vez tras los estudios terminados el tercer año de prueba que se suele llamar el *terciorado*. Contra el *collegio* ha sido edificada la *procuratoría* de toda la *provincia* donde vive igualmente el *Procurator* con su compañero.

Los *jesuitas* tenían allí una *universidad*; frente al *Collegio* [tenían] otro edificio en que al igual a un *convictorio* vivían setenta y aún más *alumnos* mantenidos en buen

Universidad

Convictorio

orden de costumbres y *estudios* por un *rector*, un *ministro*, dos *correpetidores* o *pasantes* como se les llama allá y son atendidos por un *procurator* y auxiliares. Todos viven en este edificio que es denominado *Collegium de Monserrat*; tiene una abundante dotación y [ellos] son mantenidos en la mayor disciplina. Tienen sus horas fijadas para cada reglamento de la escuela y de la casa; en ellas son incitados a fiel observancia. En cuanto alguno no quiere someterse al orden de la casa, puede pronto comenzar la partida aunque ésta se efectúa en todo honor. El infractor es primero amonestado, castigado y obligado en lo posible a la observación de sus deberes; si las amonestaciones y medios son infructuosos, los padres del joven son advertidos para que determinen lo más conveniente sobre sus hijos porque la puerta ya estaría abierta para su hijo. Si entonces no es de esperar una enmienda se previene al *alumno* de proveerse de su correspondiente vestimenta para la partida; cuando ella está lista, se reúnen todos sus *convictorios*, le acompañan junto con el *P. Rector* hasta la puerta de la casa y lo despiden. Esta despedida aunque es tan cortés se considera asimismo tan denigrante por los externos que parece que llevaran quemadas sobre la espalda la horca y la rueda. En este *convictorio* hay hijos de los padres más distinguidos y más ricos. Si bien algunos son becados, los más habitan esta casa en virtud de sus propios medios. Su traje es negro y consiste en una capa de vuelo entero pero cerrado a costura, tiene una sola abertura desde el cuello hasta la mitad del pecho que se cierra por cuatro o seis botoncitos. A ambos lados tienen arriba las aberturas correspondientes por donde pasan sus brazos que son revestidos con negras mangas postizas iguales a las que suelen llevar en Bohemia los señores *clerici* o sacerdotes seculares.

Su vestimenta es toda de paño. Sobre esta capa llevan pendientes unas bandas de un cuarto de vara de anchas, de tela o de paño, teñidas en punzó por uno y otro lado y otra pende hacia abajo desde sobre el hombro y espaldas hasta el borde de la capa. En los que aún no son *baccalaurei* [bachilleres] o *magistri philosophiae* la banda es de un solo ancho pero cuando son ya *magistri* hay agregado al extremo de los lados algo de este paño en algún sitio; cuando ya es *licentiatus theologiae* lleva todo igual en las dos puntas y el corte y la figura de éste es igual a una *estola* sacerdotal y un distintivo de un *magistri theologiae*. Todos van a la escuela con los *cuadrados* puestos, son atendidos con mucho esmero (antes que todos los demás) y examinados en sus *estudios*. Ellos tienen los retratos de los antecesores y de todos los *ex colegiales* representados en propia imagen por todo el comedor entre los cuales hay muchos obispos y arzobispos. Cuando atienden los *estudios* en la casa y no tienen que salir a otra parte, suelen llevar trajes caseros que en un todo asemejan a los trajes caseros de los *jesuitas* españoles; tienen otras largas alas de un ancho de una mano pendientes hasta el borde de la vestimenta pero todos [los trajes caseros] se hacen de paño pardo en que pasean también en conjunto por el campo.

Hay también un *convictorio* obispal donde están sólo seis *colegiales* o *alumni* becados; tienen por jefe al obispo y por *rector* un *canónigo*. Éstos llevan capas de azul celeste y la cinta es azul violeta oscura. Ellos llaman *beca* a la banda.

La *residencia* obispal estuvo en los tiempos anteriores en *Santiago del Estero* pero fue trasladada a *Córdoba* por motivos esenciales. La *residencia* obispal de allá no es mejor que la casa de un burgués distinguido en su piso inferior porque no pasa de un solo piso. Una antesala única con su *gabinete* están tapizados con paños de espaldas, en lo demás toda la corte y gala obispales consisten en lo que he expuesto en la descripción de la ciudad de *Buenos Aires*. Cerca de la ciudad pasa el río *Córdoba* que tendrá alrededor de setenta pasos de ancho; su fuente se halla en la sierra que dista de la ciudad en los contornos más próximos dos o a lo sumo tres leguas.

En tiempos anteriores esta ciudad tenía como habitante al *gubernator* de *Tucumán* pero por importantes motivos el *gubernator* ha fijado su *residencia* en *Salta* cerca de la fronteras *peruanas* pero se oye que en tiempos anteriores el *gubernator* no había podido ponerse de acuerdo en una [misma] ciudad con el obispo por razón de ciertas *máximas* de Estado que aun en mi tiempo causaron entre estos dos jefes algunas discordias en la ciudad de *Buenos Aires*. He oído que las rentas del obispo de *Buenos Aires* suman anualmente veintiséis mil *pesos* o *Thaler* duros⁷⁶ que en nuestra moneda importan cincuenta y dos mil R. [rixdales] pero que el salario del obispo de *Tucumán* importaba seis mil *pesos* que son doce mil R. [rixdales]. Cada uno extrañará lo poco que corresponde a estos *prelados* eclesiásticos, especialmente si considera que en *Las Indias*, la vestimenta y el sustento o lo que fuere (excepto el alimento) son muy caros. No ha de dar un gran grito: ¡joro bastante, pero poco en su trueque! Si un obispado en *Las Indias* posee rentas tan grandes o mayores que en los países europeos, ¿por qué los obispos de *Indias* tratan de volver a España y allí ocupar la menor o menos rendidora silla obispal? ¿Por qué entonces *Las Indias* son iguales a un *noviciado* para obtener una dignidad o un empleo importante en España? ¡Oh, cuántos se engañan en su creencia de que en *Las Indias* el oro y la plata se podrían dar de comer a los caballos! Ellos se asombran cuando se oye hablar de una armada de plata que desde *Las Indias* habría transportado a España nueve o doce *millones*. Yo pregunto: ¿se oye que la armada de plata suele arribar desde *Las Indias* a España todos los meses o a lo menos todos los años? Tantas veces no se oye [hablar] de armadas de plata y no sería de extrañar si con mayor frecuencia se oyera de ellas porque los países y territorios que la Corona española posee en *Las Indias* y en España sobrepasan lejos a todos los países que poseen los *monarcas* de *Europa* todos juntos, y no me asombraría de manera alguna que todos los años llegaran a la Corona española desde los países *indios* algunos cientos de *millones*. Esta armada de la plata no se envía desde *Paraguaria* o desde algún otro país sino desde los reinos *mexicanos* y *peruanos*. La plata de todos los países es reunida y transportada de una vez a España. No puedo negar que en *Las Indias* se encuentra mucho oro y plata pero no en general. Hay también países donde no se encuentra oro alguno sino sólo plata; en otros ninguna plata, pero oro y en otros ni plata ni oro.

Rentas obispales

76 / Según el texto, un rixdale equivalía a dos pesos y tenía 60/K- o sea Kreutzer. 15 Kreutzer equivalían a un real de plata.

Tampoco he oído que *Potosí* donde se cava la mayor parte de plata pertenecería únicamente al rey; en cuanto es de mi conocimiento personas *particulares* de *nación* española tienen esta sierra para explotarla, que está como en arriendo y el rey percibe sólo la quinta parte de ello pues quien encuentra la veta, excava y da al Rey lo pertinente, pero los ocupantes cargan con los gastos. Donde podría haber oro o plata, ahí faltan trabajadores y gentes animosas que quisieren emprender semejante obra. Y aunque sucediere que hubiera bastante oro y plata no se les halla en todos los lugares de los ríos ni se lava de la arena. Tengo conocimiento que sólo en *Pica*, una región del reino del *Perú* se lava el oro de la arena; en este lavadero se ocupan los *indios* que allí ya son *civilizados*. A más cada uno asentirá que el oro no es tan apreciado en aquel país donde muchas veces se puede adquirir más por el hierro que por oro. Llévasele a un *indio* un cuchillo o una hacha de oro y pídale lo que uno quisiera comprar; dará entonces con el mayor placer mucho más por el cuchillo o el hacha de hierro que por los de oro.

Además las mercaderías *europeas* aunque haya tanta plata y oro en *Las Indias* son asimismo tan caras en *Las Indias* que si los españoles de allá no se aplicaran a ahorrar mucho oro y plata no podrían alimentarse ni vestirse de acuerdo con su rango. Tan poco dinero existe entre las gentes vulgares (yo no hablo de las ciudades que tienen a su lado un puerto marítimo ni otras donde se ejerce el comercio pues allí deben de haber necesariamente plata y oro) que en la mayor parte de las ciudades se trueca una cosa por otra; asimismo en las ciudades comerciales todo es tan caro que hasta las cosas más baratas en *Europa* son allá de un alto precio. Si alguien compra un cubierto de cuchillos que en *Europa* se consigue por veinticuatro Kr. [cruzados alemanes] tendrá que pagar allá dos y también tres *pesos* y medio (que importan en nuestra moneda 5-R.⁷⁷). Una camisa de lienzo para tropa a dieciocho *reales de la plata*, son cuatro R. 30 Kr. Por una pieza de lienzo que ellos llaman *Britannia* de sólo siete varas de larga y en la calidad igual al lienzo del cual compro una buena pieza en Alemania por dieciséis R., debo de pagar allá por una piecita de siete varas unos catorce y hasta dieciocho *pesos* duros. Si ahora debo de pagar por siete varas catorce pesos, ¡qué precio tendrá la pieza de treinta varas! ¿No es cierto que tal pieza de dieciséis R. en Alemania ha de costar más de cien y unos veinte ducados en *Indias*? Yo tenía un *violín* que compré en Italia por dos R. por el cual un aficionado quiso pagarme cuarenta pesos u ochenta R. Un cuchillo que yo compro aquí por tres Kr. cuesta allá alrededor de 1 R. Una caja inferior para tabaco hecha de *papel mache* que se compra por un séptimo, cuesta en *Las Indias* dos E. Una vara de la *peor franela* dos R. La vara de ralo algodón aunque el algodón hay bastante en *Indias* y aún el lienzo se teje allí, dos E. o un *Thaler* [peso]. Cuando en *Buenos Aires* en 1769 debí partir con ciento setenta *jesuitas* dio cada uno de su escaso dinero lo que pudo en sus posibles, para una *flauta traversa* a fin de que tuviéramos en el mar un pasatiempo con música. Yo pagué en nuestro país apenas tres R., allá tuvimos que pagar quince *pesos*; éstos son treinta R. Al fin ¿qué costarán allá los géneros ricos?

Las cosas europeas son muy caras en Las Indias y [se adquieren] no por dinero sino por trueque

77 / Véase la nota anterior.

Entre nomás una persona *particular* y se le pararán los pelos de punta. Para comer ya ha de hallar, aunque tendrá que consumir con economía el pan o no verá ninguno fuera de las ciudades. Un panecillo que en Alemania se compra por un Kr. le demandará un *real de plata*, éstos son quince Kr. En España se platica muchísimo sobre las riquezas en *Indias*, del oro y de la plata, de perlas y piedras preciosas. Todo esto se encuentra también en *Indias* pero no como se dice; la mayor parte yace aún en las rocas y en el agua. Los comerciantes preferirían más bien cargar y sacar de *Indias* oro y plata en sus barcos, que cueros de bueyes, azúcar, tabaco y otros tales efectos, si no hubiera más que juntar aquello en los ríos y los cerros. Yo no me engaño porque tengo la experiencia de que esta fama extendida por el mundo y especialmente en España es sólo un cebo para que los españoles por el ansia del dinero se trasladen empeñosamente a *Las Indias* y pueblen los países de allá.

Con una gran compasión yo tuve que ver a un hombre joven venido pocos meses atrás desde España, lamentar su imprudencia; que por la gran esperanza de enriquecerse pronto había dejado su patria y había partido a *Las Indias*. Me contó el milagro que le habían hecho creer, que en *Paraquaria* había tanta plata que hasta los caballos estarían herrados en sus cascos con plata en vez de hierro; «veo ahora —dijo— que ningún caballo está herrado ni con hierro y me encuentro en la mayor pobreza». Estaba dispuesto a viajar al [reino] *peruano* para ver si allí podría remediar su pobreza.

Un español
tristemente
desilusionado

CAPÍTULO XI

Mi estada y ocupación en Córdoba

Termino en Córdoba mis estudios y el terciorado

Volvamos al camino de mi relato. Nosotros habíamos terminado nuestros ocho días como huéspedes recién venidos cuando todos tuvimos que entrar a la escuela. Yo no había terminado aún todo el cuarto año de *teología*, me preparaba a rendir el último *examen* escolar y después de éste, cumplir mi tercer año de prueba o *terciorado*; durante este tiempo de mis *estudios* me fue ofrecido que yo *reformara* allá la *música* de la iglesia y ejercitara mejor en ella a los moros negros de los cuales había muchísimos *in Collegio* para la servidumbre. Yo tuve veinte de ellos como aprendices sobre diversos *instrumentos* los que ya servían en la iglesia, pero sin el conocimiento de notas algunas; lo que ellos cantaban y tocaban lo habían aprendido sólo de oído y por el ejercicio continuo; pocos de los cantores sabían leer; yo no supe todo esto desde un principio hasta que por propia experiencia noté que ellos cantaban y tocaban todo de memoria aunque tenían en las manos y ante sus ojos sus escritos *musicales*.

Tuve que componer una misa musical

Aún quedaban cuatro meses hasta la fiesta del Santo Padre *Ignatij* en cuyo día el obispo debía de *pontificar* en nuestra iglesia. Yo fui requerido por el jefe del *Collegij* de componer una nueva misa *musical* con las correspondientes *vísperas* y ejercitar en ellas a los negros. El tiempo me pareció demasiado corto como para componer todo eso de nuevo; más corto aún para ejercitar en ellos a los negros para que pudieran presentarse honrosamente pero por los pedidos de todos fui animado a ello.

Y enseñar la música a los negros

Cuando ya había compuesto algo quise hacer la prueba y ver si sería posible de meterles algo en los sesos en tan corto tiempo pero pronto perdí todo ánimo; cuando yo averigué en el primer llegado de qué modo había de ser tocada o denominada esta o aquella nota, no supo contestarme nada, tampoco podía tocar ni el primer *tacto* [compás]. Tuve miedo entonces y quise desistir pero asimismo el ruego de los *jesuitas* me indujo a usar de toda diligencia en enseñarles siquiera algo nuevo aunque ellos no fueran capaces de aprender todo. Compuse pues las *vísperas* y la misa; ambas eran bastante armoniosas y largas; ensayé durante una semana y encontré en los morenos una gran habilidad de modo que creí no perder mi trabajo en ellos. Yo tenía entre ellos un moreno chico que tocaba el arpa, no sabía leer ni escribir y menos conocía las cifras *musicales* pero al poco tiempo tocaba el *bajo* sólo por el oído y con la otra mano el acompañamiento de tan linda manera que no erraba ni una nota ni *pausa*; lo mismo ocurría con todos los demás; sólo el *organista* entendía algo de las notas. Su habilidad les ayudó tanto que un mes antes de la fiesta habían aprendido todo y pudieron aparecer en el coro público. Yo los ejercitaba diariamente a la hora en que la *comunidad* se hallaba en la primera mesa o sea a mediodía desde las dos a las tres y al anochecer desde las seis a las ocho.

Realicé en la iglesia algunos ensayos *generales* donde aparecieron los más del *Collegio* y escucharon todo con el mayor placer. Esto me congratuló mucho con los españoles

y ellos me demostraron todo afecto y amabilidad. La obra se realizó en el día de *San Ignatij*; el obispo celebró él mismo las *vísperas* y al día siguiente la misa mayor, tras la cual cruzó la iglesia exclamando en alta voz hacia el coro: *vivan los ángeles que hoy he oído*. Es *leben die engel welche ich heute gehöret habe* y les dio la bendición por repetidas veces. Había al mismo tiempo una gran concurrencia de la ciudad para oír la nueva *música europea*.

Terminada esta *solemnidad* me empeñé en ocuparme seriamente de mi *teología* y a prepararme para mi *examen* que después de un mes terminé también felizmente. Yo quise pasar en seguida a mi *terciorado* pero fui demorado. Noté bien los pensamientos que mis superiores habían concebido y recibí también alguna noticia de ellos por algunos amigos muy adictos a mí, quienes conocían mi ansia afanosa por partir lo más pronto a una *misión india*. Yo me hallaba dentro de un proyecto que después de terminado el *terciorado*, debía entrar como *ministro* en el *convictorio* de *Monserate* para que ellos me retuvieran de este modo en *Córdoba*. El *P. Rector* en su afecto hacia mí quiso atraerme a su intención mediante favores y diversas diversiones; me dio un permiso de viajar durante un mes en la región de la ciudad de *Córdoba* y de visitar las *estancias* pertenecientes al *Collegio* las cuales son unas pequeñas aldeitas. Destinó otros dos *jesuitas* para compañeros míos y algunos morenos para servidumbre; también ordenó a todos estos lugares de mantenerme y atenderme hasta cuando yo quisiera. Acepté y cabalgué desde *Córdoba* a una *estancia* denominada *Alta Gracia* situada a siete leguas de esta ciudad; allí encontré una buena habitación, buen trato y amena diversión; pues ya vivían allí un sacerdote y dos hermanos; el sacerdote tenía que atender lo espiritual y los hermanos la administración. La *estancia* en *Las Indias* no es otra cosa que un cortijo de campo pero no a la manera como en nuestros países que ahí se tendría un asiento de caballeros sino que es un lugar donde viven los cuidadores del ganado y los necesarios labradores del campo respectivo. Las *estancias* de los *jesuitas* tienen siempre un aspecto mejor que las *estancias* de los legos y asemejan a una pequeña aldea en la forma como yo la he visto en las vidrierías mayores en Bohemia. Por el bosquejo de una *estancia* perteneciente a los religiosos y a los legos cualquiera podrá distinguir fácilmente cómo se forman las propiedades rurales en *Las Indias* frente a las que en nuestra patria se llaman *Landgüter* [propiedades rurales]. Una *estancia* en *Las Indias* no es otra cosa que un lugar que dista de la ciudad (bien entendido en las regiones donde el asalto de los *indios* no es raro) a lo más unas veinte leguas donde se cuida el ganado de asta, los caballos, mulares y ovejas. Cuando los patrones deben de alimentar varios *esclavos*, hay entonces allí seis o siete familias de moros negros que atienden únicamente al ganado patronal y el cultivo del campo. Un *Collegium* entero como [el de] *Córdoba* donde especialmente con la llegada de una nueva *misión* viven hasta ciento ochenta personas, debe tener ya más *esclavos* y más *estancias* que los patrones de [estancias] legas.

El *Collegium* de *Córdoba* tiene tres *estancias* de esa clase a saber: *Alta Gracia* que posee como dependencia un lugar sito a cinco leguas que se llama *puesto de S. Antonio*.

Querían retenerme en Córdoba

Me enviaron a las estancias

Lo que es una estancia

Estancia Alta Gracia

Puesto de San Antonio

Este *puesto* está situado entre puros peñones y la alta sierra desnuda; no tiene más que tres malas chozas donde viven cinco moros negros que cuidan hasta ocho mil yeguas destinadas a la crianza de mulas y con las cuales pastan alrededor de tres mil mulares que todos son críos de estas yeguas. Los *leopardos*⁷⁸ y los tigres hacen durante el año un crecido daño entre este ganado pero son muy perseguidos por los negros y muchos son muertos. Yo vi entonces colocadas sobre las puntas de los corrales hasta cuarenta cabezas de leones que todos habían sido muertos por los negros durante este año.

Chala

A la *estancia Alta Gracia* pertenece también una alta sierra solitaria que es la más alta cerca de *Córdoba* y es denominada *Chala* o sea *Tschala*⁷⁹; allá viven grandes y numerosos tigres porque encuentran el alimento entre el ganado de asta de allí. Pues lo mismo como en el *puesto* de *San Antonio* [se crían] sólo caballos, así en la *Chala* se cría únicamente ganado de asta en cantidad hasta cuatro mil piezas. En ocasión de mi viaje, he observado todo esto y he tenido una muy amena diversión. Esta sierra es tan alta que hemos visto las nubes de lluvias debajo de nosotros mientras arriba tuvimos el brillo del sol lo que había observado también en esta sierra en el camino de vuelta a *Córdoba*, pues arriba reinaba un tiempo agradable, pero cuando descendimos quedamos bien mojados; los truenos y granizos retumbaron en derredor de nuestras cabezas. Hay también un seguro indicio de una tempestad cuando a la mañana se ve esta sierra con sus cumbres cubiertas por las nubes. Yo observé muy prolijamente la situación de este campo de pastoreo y noté que arriba sobre la cumbre de esta sierra podía pacer una cantidad de ganado en una medida mucho mayor pues hay un campo extenso sobre este cerro que uno cree que fuera un amplio territorio rodeado en todo su derredor por otras peñas colocadas espesamente las unas juntas a las otras, de modo que el ganado que suele pacer en este circuito no encuentra en ninguna parte una salida por donde podría extraviarse. Para este extenso y amplio campo no hay otra entrada que la que fue para mí la salida que allá es muy angosta y puede ser cerrada por dos o tres barreras⁸⁰. Esta región está provista con el mejor pasto, ríos y aguas que en mi vida no se me ha presentado nada mejor, más hermoso ni agradable para la crianza de ganado. En la sierra lateral que cierra este campo extenso y amplio e impide toda salida hay muchas cuevas hondas y largas donde se ocultan los tigres y salen en hora nocturna a la rapiña. Para perseguir a éstos se tenía un valiente *mulato* que era el azote de los tigres y aquellos que no querían ser presa de su lanza debieron serlo de su lazo colocado delante de la puerta. En ese tiempo él había muerto un tigre al que mató sólo con su lanza. Ya que yo conocía bastante la fuerza de este animal, debí admirar la fuerza de este hombre que completamente solo, sin ayudante, pudo vencerlo. Oí de este hombre una mayor habilidad que era la siguiente: tomaba en la

Un mulato valiente

78 / Es decir «leones pardos», o sea «pumas».

79 / Fonética alemana de «*chala*». Es la Sierra de «*Achala*».

80 / Haltern denota lo que sujeta, es decir cercos, muros, etc.

mano derecha un puñal largo, de dos dedos de ancho pero la izquierda la tenía envuelta en una alfombra. Así con el brazo extendido y bien guardado esperaba al tigre y en cuanto este lo asaltó, el *mulato* se valió de su presteza, metía la mano y el brazo así guardados dentro de las fauces del tigre que éste en su acometida había abierto [y] con la derecha le metía el puñal por sobre el pecho al corazón y mataba al tigre. ¿Pero la fuerza del salto no le hubiera tendido por tierra? No, su fuerza sobrepasaba a la del tigre que caía antes al suelo. ¡Cosa y fuerza⁸¹ extrañas en un hombre frente a un animal tan monstruoso!

En mi presencia este matador de tigres trajo una cabeza de semejante monstruo. Yo me asusté y me asaltó un horror. Entre los españoles e *indios* he encontrado muchos tales hombres intrépidos como el *mulato* que de la caza del león hacían para decirlo así un pasatiempo. Está comprobado que donde no hay la fuerza, debe remediarlo la maña.

Por la *estancia* de *Alta Gracia* fuimos provistos con los mejores caballos de silla que nos transportaron hasta la *estancia Candelaria*. En este viaje debí pagar la *chape-tonada*⁸² o sea el aprendizaje de un extranjero.

Estancia Candelaria

De pronto teníamos que subir, de pronto bajar por las rocas bajo un tiempo ingrato que volvió completamente resbaladizo y escurridizo el suelo. Ahora como yo cabalgaba algo más despacioso que mis compañeros, me había quedado un buen trecho detrás de ellos; las circunstancias exigieron también que yo tuviere que desmontar; mientras tanto mis *camaradas* de ruta ya se habían alejado más y cabalgaban detrás de un recodo de la roca y mi caballo perdió de vista a los otros [y] comenzó a relinchar fuertemente. Yo monté rápidamente. Apenas tuve un pie en el estribo, comenzó a correr conmigo con fuerza tras los otros caballos pero yo ocupé la silla; el caballo no se dejaba sujetar, saltó cuesta arriba, cuesta abajo, al fin rodó conmigo cuesta abajo, me tiró desde la silla por varios pasos por delante y después de las mías el mismo caballo dio algunas volteretas por sobre mí; volvió a enderezarse y quedó parado pero yo yacía aún por tierra y estaba completamente aturdido pues la nuca había hecho un buen crujido hasta que al fin retorné en mí, monté sobre el caballo que ya no quiso correr tan ligero tras los otros. Mis compañeros no supieron nada de ello y yo guardé silencio. Pero gracias a Dios yo no sentí ni un dolor ni una herida en parte alguna.

Después de media hora llegamos a la *estancia Candelaria*; fuimos recibidos con gran amabilidad por un sacerdote residente allí y el hermano, su compañero. Apenas habíamos vivido allí algunos días, llegamos al día nueve de *noviembre*. A la mañana temprano entre las tres y cuatro se levantó una terrible tempestad que comenzó con granizo y truenos. Poco después la tormenta estaba ya sobre nosotros; un fuerte trueno sucedía al otro; uno fue tan violento que todos nos despertamos y creíamos que

Terrible tempestad

81 / El autor usa de la voz de *Gewalt* como masculino, en completa discordancia con el idioma alemán.

82 / Tal la voz española en el texto.

el rayo había caído en el edificio. Yo me senté para buscar las sagradas reliquias del Santo Padre *Ignatio* y la campanilla de *Loreto* pero antes de que yo hallara ambas se produjo sobre nosotros la segunda descarga en la pieza donde los cuatro *jesuitas* nos hallábamos hospedados. A mis pies estaba mi fusil cuya culata fue hecha añicos; yo estaba sentado cubierto por los escombros echados abajo; el marco de la puerta estaba completamente destrozado y un gran perro que yacía casi a mis pies estaba sin conocimiento y *murió* al tercer día; a un *jesuita* que estaba acostado enfrente, el fuego le había chamuscado los cabellos del lado izquierdo; un *antependio* de altar *bordado* y [a la vez] el mejor, estaba completamente echado a perder; y una linterna de latón se había fundido, mas a nadie entre nosotros esto había perturbado en lo más mínimo en la forma como suele ocurrir en una descarga de un rayo tan cercano. Nosotros quedamos tan animosos que uno llamaba al otro para saber si alguno de nosotros no hubiera recibido con un efecto mayor la descarga del rayo. Todos los que en la pieza teníamos en el suelo nuestro libre e ilimitado recostadero dimos noticia de nuestra presencia.

Uno solo o sea el *P. Martín*⁸³ (quien como dije antes había tenido una *batalla* con el hediondo *zorrino*) dormía lo más bien en su *alcoba* rodeada por murallas y por largo rato no respondió a los continuos llamados. Todos creíamos que habría sentido la descarga completa del rayo, pero tras larga continuación de nuestros gritos despertó al fin y preguntó que suceso causaba el terror. Nosotros le explicamos [que era por] una llamarada descargada en nuestra cámara. Fue difícil que lo creyera hasta que se levantó y vio el techo de la casa aún en ascuas de fuego. Fue una señal que no había sido despertado por el rayo. A las siete de la mañana fuimos todos al sagrado oficio de la misa cuyo *introitus* era: *terribilis est locus iste* porque era el noveno día de *noviembre* en que se celebra el aniversario de la consagración eclesiástica del *Sancti Salvatoris*. ¡Oh, qué terrible había sido para nosotros esta mañana! Desde ese tiempo las tormentas me habían infundido tan gran terror que yo tenía miedo ante una pequeña nubecilla ascendente y apenas podía tomar un alimento ni era capaz de conversar con otros sobre algo. No tuve ya una hora alegre en esta *estancia* porque estaba situada entre sierras donde por lo común las tormentas retumban con más fuerza que en la tierra llana y la señal cierta de una tormenta es: cuando a la mañana la sierra llamada *Chala* situada a diez leguas está cubierta de nubes o se apercibe sobre ella una nube pequeña. Ante mi requerimiento volvimos a *Alta Gracia* al día siguiente, dormimos en casa de tres negros que vivían completamente solos entre estas solitarias cavernas. Al romper el día proseguimos el camino y a la tarde llegamos a la *estancia*. Yo llegué si bien con alegría, asimismo no sin recelo ante una tormenta de que me daban señales las nubes ascendientes sobre la *Chala*.

Fue tiempo que llegáramos a la casa pues durante toda la noche siguiente no se oía otra cosa que tronar y granizar. Era horrible contemplar desde esta *estancia* cómo a lo lejos hacia *Córdoba* caían los rayos cual víboras desde el cielo y al mismo tiempo

83 / O sea P. Dobrizhoffer.

estallaban sin cesar sobre nosotros. De improviso hubo una descarga que me asustó más que el trueno que graneaba sobre nosotros en la *Candelaria*. Yo esperé al día en cuya hora temprana el tiempo amainó, monté a caballo con mis *camaradas* e hice en cinco horas estas siete leguas españolas. Por esta ocasión yo ya tenía lo suficiente de diversiones campestres en *Las Indias* y pensé en encerrarme pronto en la casa del tercer examen donde yo había de pasar el segundo susto porque la tormenta sacudió con un rayo la pieza tercera [a contar] desde la mía. Debo de confesar francamente que las tormentas pudieron en mí más que los ventarrones sobre el mar pues la vista de una nubecilla por la cual yo creía o preveía que tronaría, me quitaba ya todo ánimo para mis actividades y esto [fue] desde el tiempo en que el rayo cayó sobre nosotros en la *Candelaria*.

Pocos días antes de nuestra llegada la tormenta había muerto a un español debajo de la puerta de su casa. Pero a otro [le había muerto] hasta cincuenta ovejas que al tiempo de una tormenta anterior estaban reunidas en un corral. Esto último fue considerado por todos como un manifiesto castigo de Dios pues había rechazado el día antes con extraña despedida a un hermano lego de la orden de *San Francisco*, que como colector enviado le pidió una oveja, y él había negado poseer ovejas; el rayo bien las había hallado a la noche siguiente y, como he dicho, mató cincuenta ovejas.

Ya es tiempo que yo retorne a mi tercer año de prueba del que me he alejado algo por propia licencia. Si bien yo estaba muy contento de comenzar a alejar mi última demora para mis tan celosamente logradas *misiones paraquarías*, esta prueba me pareció semejar a una nueva *moda* o presentación. Un alegre y despejado humor que yo poseía pudo soportar todas cuantas cosas extrañas me aportara este año pero cuando desde un traje debí meterme al sayo tuve miedo ante todo porque lo vi completamente nuevo para mí. Por incitación de mi ánimo alegre quise probar si podría quedar parado derecho sin ponérmelo yo. La prueba me dio buen informe: mi sayo quedó parado como el más fuerte bocacá sin que yo estuviere adentro. Era grueso y de la lana más fuerte, tejido no diferentemente a un *hábito de capuchino* y —para que se le semejara completamente— de un color bayo, no abierto adelante sino cerrado por completo y cosido hasta el pecho. Cada vez que yo me vestía, creía ponerme un zamarro de colas de aldeano silesiano. Todo esto no me incomodó tanto sino que yo debí llevar esta vestimenta bajo un calor tan fuerte y experimentara lo que yo había temido. Pero me remedié para hacer pronto más suave y soportable el zamarro burdo y tieso, no tuve mejor medio que restregarme frecuentemente contra la pared lo que hacía reír con ganas a los españoles que de improviso me encontraban en esta operación.

Hay que saber que los *novicios* llevan semejante vestimenta no en todas, pero sí en algunas *provincias* de la tierra española, pero en cambio en todas *Las Indias*, como también los *Patres* en el tercer año de prueba que están vestidos con ella, sólo en los días de semana. Pero cuando se trata de que deben aparecer en la misa, ante enfermos, en el confesonario o en otros actos oficiales, se ponen la ropa negra. Mas cuando ellos van a los hospitales y a las cárceles para barrer o llevarles la comida a los presos no se

Inicio mi tercer año de prueba

Sotana de novicio en Indias

quitan la ropa baya sino que van con la escoba de barrer por debajo del brazo y con la otra mano llevan por las calles y la plaza la olla de la sopa de los pobres hasta la cárcel. Un buen ejemplo como se ven muy pocos iguales en Alemania.

Yo soporté todo con gozo e inmutable alegría en la consideración de que diariamente abreviaba el tiempo de mi año de prueba en la esperanza de aguardar el cumplimiento de mi anhelo y emprender mi viaje a las *misiones*. No debía decirlo, pero nadie tomará a mal mi sinceridad que el deseo de llegar pronto a las *misiones indias* me ha hecho verter muchos miles de lágrimas. Fue al tiempo en que se celebró la *congregación provincial* o la reunión de los *profesos* más viejos de la *provincia* en *Córdoba* en que como he dicho debía ser elegido el nuevo *Procurator* para Roma. Ahí comparecieron muchos viejos *misioneros* de las *misiones paraquarias* y todos los *rectores* de los *colegios* pero ni uno solo de las nuevas e incipientes *reducciones* de los salvajes *indios* neófitos. Yo soporté una gran sollicitación [de ir] a estas viejas redacciones de parte del *P. Provincial*, por el superior de estas *misiones* que su nombre era *Bernardo Nusdorfer*, según su tierra [era] un bávaro; pero mi pensamiento estaba dirigido sólo hacia los susodichos *indios pampas* o a alguna generación *india* completamente nueva, en lo demás desconocida que habrían abandonado recientemente el paganismo. Yo bien hubiera podido desvestir este tan incómodo sayo pardo y vi que algunos de mis compañeros de prueba entre quienes estaba también mi querido *P. Martín*⁸⁴ partieron con estos *misioneros* pero yo en virtud de mi firme voluntad debí demorar aún por seis meses. Ello no obstante sin el mayor sacrificio superfluo quedé envuelto en mi sayo. Bien para mí que por el continuo fregar ya estaba más suave.

84 / Se trata de Dobrizhoffer que en 1750 partió a San Javier y más tarde pasó a los abipones.

CAPÍTULO XII

Partida a las misiones

El día veintiséis de marzo fue para mí como el sol del 20 de febrero en Ollmütz cuando supe que yo partiría a *Las Indias* y el ocho de enero cuando en Brünn en Moravia fui ordenado como sacerdote por su *Eminencia cardenal von Troyer* en el convento real. Pues ese día yo recibí noticia de partir a las *misiones*. Antes de que yo tuviere noticia segura mi *instructor* que al mismo tiempo era *magister novitiorum* me preguntó si yo tenía ya reunidos mis avíos necesarios para el camino. Yo no pude contestar porque aún no sabía de ningún viaje; después fui preguntado por mi *P. Rector* y otros si yo ya sabía para dónde sería mi viaje. Lo mismo como al primero no supe qué contestar a los otros pero supe que había noticia que yo debía viajar hacia la ciudad de *Santa Fe* donde sabría a cuál *reducción* de *indios* se me enviaba. En cuanto oí de *reducción* de *indios*, mi ánimo se alegró y me empeñé en saber con certeza hacia dónde sería dirigido mi viaje; pronto supe también que estaba destinado a una de las *misiones* recientemente establecidas que se encontraba en la región de la ciudad de *Santa Fe*.

Yo me apresuré en la preparación de mi partida pero mi *P. Rector* quiso testimoniarme todavía algunas pruebas de su amistad para conmigo y por su propia voluntad me ofreció que yo me demorara algunos días más y visitara primero mis buenos amigos que vivían en las *estancias*. Me pesaba tener que soportar aún otra demora antes de mi viaje pero lo acepté y emprendí pronto mi viaje de paseo; en el ínterin ellos proveyeron en el *Collegio* una oportunidad para que yo a mi vuelta fuera transportado rápidamente. Mi viaje de paseo fue bastante provechoso para mí pues en cada *estancia* me fue regalado por una parte por el sacerdote, por otra por el hermano, por cada uno⁸⁵ un buen caballo de silla; regresé así a *Córdoba* con ocho caballos de silla regalados que todos eran excelentes trotadores. Ya estaba lista la oportunidad para proseguir, que consistió en una cómoda *carreta* y ocho caballos de silla. El camino que yo debía de seguir hacia *Santa Fe* era de noventa o como decían otros de cien leguas en medio de una continua soledad y desierto por donde solían vagar los *indios* salvajes de diversas *naciones* y cometer asesinatos como había ocurrido poco antes de la cuaresma en el viernes santo en que habían penetrado en una aldeíta sita cerca de *Jesús María*, habían muerto muchas mujeres y hombres y llevado cautivos consigo a los niños. El segundo golpe ocurrió con un *P. Francisco Herrera* quien con anterioridad a mí, había sido enviado a las *misiones* por este mismo camino pues él con otras siete personas legas fue asaltado por una pandilla de asesinos de los salvajes *indios* y muerto de cinco lanzazos⁸⁶. Yo encontré aún un fajo de *musicales* y dos pedazos de un *oboe* que

Viaje a Santa Fe

Muerte del Padre
Francisco Herrera

85 / Barbarismo por decir: de parte de cada uno.

86 / Según Dobrizhoffer que cruzó por el mismo lugar, Herrera fue muerto el 18 de febrero de 1747.

él había llevado consigo a la *misión* y en los *musicales* yacía todavía un mechoncito de los cabellos del mártir asesinado.

Tuve no poco cuidado en este viaje; al fin llegué a una aldea llamada *Río Segundo* al igual del río en cuya orilla estaba edificada la aldea; ahí tuvimos que esperar nuevos bueyes de tiro. Permanecimos allí hasta la tarde del siguiente día; durante la noche quedé en mi *carreta* como en *Indias* es costumbre de los viajeros aunque pernocten al lado de una ciudad o aldea pues en ninguna ciudad o aldeita ha de encontrarse una posada donde los viajeros pudieren hallar albergue u hospedaje; ellos deben quedar en el campo y dormir bajo el cielo descubierta o en su *carreta* en que portan consigo también su yacija junto con las cosas necesarias para el descanso. Igualmente deben estar provistos con el pertinente alimento y menaje para poder cocinar la correspondiente comida y platos como también llevar consigo tabaco, hierba *paraquaria* que es su *te*, sal, jabón, agujas de coser, cuchillos para que en caso de carecer de alimentos y tener ocasión de comprar en algún lugar gallinas o carneros, los obtuvieren no mediante el dinero sino contra semejantes mercancías pues los españoles que viven en el campo aprecian tales cosas más que el dinero.

Mi provisión en el viaje

Toda mi provisión para la alimentación en un viaje de cien leguas eran dos corderitos, una buena bolsa de yerba *paraquaria*, doce fajos de tabaco, alrededor de cuatro libras de jabón, un cuartillo de sal, seis *paquetes* de agujas de coser, algunas indulgencias y rosarios, medio cuartillo de cubo de vino, una olla de hierro y un *castrol* [cazuela] para cocinar, un plato de estaño y una pequeña sopera.

Qué es la *chatasca*

Lo mejor y lo más útil fue una bolsa llena de *chatasca* que no es otra cosa que un carnero gordo asado en el horno de panear que se mete entero sin ser descuartizado al horno bien caliente y se asa bien; después se separa la carne asada de todos los huesos, se desmenuza finita y se deseca al sol; tras esto la carne asada y desecada se machaca dentro de un mortero hasta quedar en fibritas pequeñas; entonces se le mezcla ajo cortado finito, cebollas, pasas grandes y chicas, pimientos, sal y jengibre y se guarda hasta el tiempo del viaje. Los españoles llevan este alimento en una larga bolsita atada atrás en el recado sobre el caballo cuando deben perseguir con prisa a los salvajes ladrones y yo también tuve conmigo semejante alimento en este viaje. No puede haber un almuerzo más ligero que éste; tiene también un gusto muy bueno. En cuanto uno llega al lugar donde quiere permanecer a la hora de mediodía se precisa sólo el agua y un pequeño *castrol* [cazuela] tomar un puñado de esta *masa* y echada al agua ha menester de un cuarto de hora y se tiene preparada una buena sopa y comida. Por la mayor parte yo no tuve en mi viaje otro alimento que éste, el cual siempre me pareció *apetitoso*.

Rápido almuerzo

Al otro día temprano me visitó al lado de este lugar *Río Segundo* un español y pidió algo de yerba *paraguaya*, un pedazo de tabaco y un pedazo de jabón lo que le alcancé con buena voluntad. Él se retiró de mí muy contento; al poco tiempo cabalgó de vuelta con un caballo de tiro; me saludó y en prueba de su agradecimiento me regaló el caballo de tiro que era un excelente trotador. Yo admiré esta generosidad y le agradecí la

buena voluntad con el agregado de que yo no necesitaba el caballo porque ya estaba provisto con ocho caballos de silla; todo esto fue inútil, yo tuve que aceptarlo y proseguir con él. De semejante valor y precio son los caballos en *Paraquaria* que pronto uno puede llevar consigo uno o dos regalados.

Proseguimos y llegamos al paraje más peligroso donde los *indios salvajes* acostumbran tener su lugar de correrías⁸⁷ llamado *Pozo Redondo* o *Runder Brunnen* pero tuvimos la suerte de no notar nada de los *indios*; ahí retumbaron de nuevo los truenos y los granizos que resonaron en los oídos. El cielo estuvo tan impetuoso que ni un caballo ni un buey quisieron marchar adelante; tuvimos pues que esperar un tiempo mejor en este lugar peligroso. Al día siguiente nos deslizamos bajo un tiempo más benigno y tres días después llegamos al fin a la ciudad de *Santa Fe* o *des heiligen glaubens* donde tuve que permanecer hasta el 10 de *junio*, en que vinieron los *indios* de la nueva población a acompañarme en adelante hacia su vivienda.

Pozo Redondo

Descripción de la
ciudad de *Santa Fe*

La ciudad de *Santa Fe* es una de las ciudades menores pero situada en una linda llanura del país y bien ordenada; dista noventa leguas de *Córdoba* y cien de *Buenos Aires*. Tiene al costado el río *Paraná* que ya más hacia *Buenos Aires* es llamado *Río de la Plata* o *Silberfluss*. No lejos de esta villa por el lado del norte se une con el río *Paraná* el río *Colastiné*; pero por el lado del oeste corre cerca de la ciudad el río *Salado* al que los *indios* y los llamados *amocobitas* denominan *Inniati*; tiene su origen muy lejos en el desierto y desemboca al lado de esta ciudad de *Santa Fe* al río *Paraná*. Su agua es siempre salada por lo tanto se le llama *Salado*. Hacia el norte alrededor de ocho leguas desde la ciudad hay un gran lago que es denominado *Laguna de Paiva* y alrededor de treinta leguas más allá hay otro y mayor lago llamado *Laguna Blanca* en cuya orilla suelen ocurrir comúnmente grandes choques entre españoles e *indios salvajes*; por el medio de ella corre un río angosto pero traicionero al cual se le llama *Saladillo*; tiene diversas especies de peces. Al lado este inmediato al *Paraná* hay otro lago que a lo largo tiene tres leguas españolas, también rico en peces como ser *surubís*, *dorados*, *pacúes*, *sábalos*, *bogas*, *bagres*, *rayas* y *patíes*. Un mes antes de cuaresma se ven al lado de este lago muchos pescadores que llegan desde *Córdoba*, *La Rioja* y otros lugares pobres en peces y sacan abundante pesca que ellos matan prestamente, los limpian bien y desecan al sol.

La pesca lo mismo que la caza y el corte de leña en los bosques son permitidos a todos. Nadie necesita solicitar permiso ni pagar un solo penique, de tal modo es libre todo en el país entero. En esta ciudad de *Sanctae Fidei* hay instituido un *comandante* cuyo nombre en aquel entonces era *Francisco Antonio de Veracrus de la Maxica*. [Él era] a la vez real juez y *Justicia mayor*; los españoles lo llaman *teniente gobernador* o *lieutenant* de la ciudad nombrado por el *gubernator*. Tiene dos *corregidores* de la ciudad o *alcaldes* y doce *regidores* que son los concejales.

Los *jesuitas* tenían allí un *Collegium* de catorce personas y al lado una linda iglesia

87 / Tummelplatz. También Dobrizhoffer escribe que los puntos de reunión de los *indios* para los malones eran Alta Cruz, Pozo Redondo y la estancia S. Tomás.

grande; dos iglesias parroquiales, una para los españoles, la otra para los *mulatos*, *mestizos* y semejantes que son denominados *naturales*, por cuya causa la parroquia se llama *Curatia de los naturales*; tiene también conventos de los reverendos *PP. Dominicos*, *de la Merced* y *Franciscanos*. Toda la ciudad es abierta y no rodeada por muralla alguna aunque ocurren peligrosos asaltos por *indios* en horas de la noche. En nuestros países una ciudad semejante debería ser la fortaleza fronteriza que estaría fortificada de la mejor manera porque allí el enemigo puede verse muy bien a ojos vistas. La plaza es en cuadro, no muy grande pero linda. Toda la ciudad está bajo grandes árboles umbrosos que son más altos que los más altos tilos, y desde lejos hacen alegre y muy amena la ciudad a los ojos. Las casas son en su altura, en su construcción y su comodidad como las de otras ciudades; por su mayor parte se encuentran [allí] almacenes. Allí hay un pequeño puerto al cual arriban los barcos desde la ciudad del *Paraguay* o de la *Asunción* con miel, azúcar, tabaco y yerba *paraguaya* por todo lo cual deben abonar derechos. Ellos podrían pasar de largo con su carga sobre el río *Paraná* sin someter sus mercaderías a derechos de aduana y llevarlas directamente a *Buenos Aires* pero se exponen al peligro de perder todo si fueren sorprendidos por cuyo motivo este pequeño puerto es llamado *puerto preciso* o sea *notwendiger hafén*. Por lo mismo todas las *barcas* de los *indios* de las grandes *Misiones*, las cuales fueron fundadas cerca de la ribera del *Paraná* y parten con *barcas* hacia *Buenos Aires*, deben declarar en este puerto todo lo posible de derechos de aduana y abonar al rey lo pertinente. Este deber importuna mucho a los navegantes y los perjudica por el aumento de los días de su viaje en que la manutención [y] el salario aumentan y en muchas ocasiones ellos pierden el viento favorable que hubiere adelantado sus barcos. Los habitantes de la ciudad del *Paraguay* han protestado frecuentes veces contra esta obligación de arribar al puerto y han consentido en pagar todos los impuestos de aduana durante el camino pero que no debieran arribar al puerto para ahorrar el tiempo y los gastos sin que se le disminuyese al rey algo del pertinente y requerido impuesto, pero la ciudad ha ganado siempre la pendencia.

CAPÍTULO XIII

Llegada de mis *indios* en mi búsqueda

El 9 de *junio* me visitaron mis futuras ovejitas y deseados *indios* de la población del Santo *Xaverij* que acompañaban a un comisionero *P. Emanuel Noble Canelas* para conducirme a su población y apresurarme. La escolta consistía en doce *indios* adultos y cinco pequeños que eran aún escolares. Yo experimenté un gran placer en ver estos selváticos, a mi tan agradables en la mayor esperanza de permanecer a su lado por el tiempo de mi vida. Ellos conocieron pronto mi buena idea para con ellos y no me abandonaban durante el tiempo en que podían permanecer a mi lado.

Llegada de mis *indios*
en mi busca

De los *mocovíes*

No era posible hallar una oportunidad que hubiere podido transportarme a esta gente *india*, tanto tiempo ansiada, pues los españoles dan gracias a Dios cuando no están obligados a pasar por allí a tres o cinco leguas porque temen hacer el último viaje de su vida en la región de los *indios* pues los neófitos permanecían todavía en su antigua fe. Digo antigua fe aunque ellos no tuvieren fe alguna pero sí pura superstición y vivían también conforme a sus antiguos usos y costumbres y antiguos sentimientos. Por esto tuve que permanecer hasta el 10 de junio en la ciudad de *Sanetae Fidei*. Allí no me faltó nada sino que se satisficiera mi anhelo de estar pronto al lado de mis *indios*.

Al fin el 9 de junio como ya se dijo tuve la alegría de ver un *misionero* con doce *indios* de la gente destinada a mí que habían llegado a buscarme y a acompañarme a su población.

Aseguro que yo no hubiera cambiado por ninguna otra alegría, salvo la celestial, el consuelo recibido y el placer a la vista de estos *indios*. Estas salvajes reproducciones de lo humano fueron el mayor placer de mis sentimientos y de largos anhelos. Y al igual como yo deseaba ver y conocerlos ellos deseaban encontrarse conmigo y estar a mi lado.

Nosotros permanecemos en esta ciudad hasta el 11 de dicho mes de *junio* durante cuyo tiempo yo con permiso de mi superior guardaba para ellos (fuera de la comida que ellos recibían del *Collegio*) y les daba la mayor parte de los platos de comida que me fueron entregados en la mesa. Pronto conocieron mi ánimo inclinado hacia ellos del que usaron tan provechosamente que tampoco en la alta noche yo no quise separarme de ellos, ni ellos de mí. Uno que otro sabía algo la lengua española con los que yo podía conversar mayormente; con los otros usé generalmente de señas exteriores y de ademanes amistosos aunque los conocedores de la lengua española me ayudaron con sus interpretaciones.

Yo tenía conmigo diversos instrumentos de que son muy amantes los *indios* como ser *violín*, *flauta traversa*, una corneta de monte y una gran *espineta* [clavicordio]. Si yo hubiera sido un perro de agua, estos *indios* no hubieran podido hacer conmigo mayores pruebas de las que hicieron. De pronto tuve que tocar el *violín*, de pronto tuve que tomar la *flauta*; lo mismo sucedía con tocar la *espineta* y tocar la corneta de

Alegrías de mis *indios*
de estar conmigo

monte la que yo podía dominar en modo menor pero asimismo les gustaron mucho la *flauta* y la corneta de monte. Si bien yo en la corneta de monte tenía una embocadura roncante porque mi embocadura natural jamás se había ejercitado sobre este *instrumento* asimismo con esta inhabilidad fui considerado por los *indios* como un artista y un *virtuoso*.

Divertido pasatiempo

Yo hice en la *música* todo lo que ellos pidieron de mí y después de cada ensayo largaban una risotada de alegría. Les complacía que yo estuviera condescendiente con todo lo que me pidieron y por mi parte sentí un placer que tuvieran un deleite y gusto en mi engaño. En este pasatiempo agradable para mí y para ellos tuve yo una mayor aún por la monería que hice con mi *flauta travesa*. Yo tomé la embocadura para soplar por sobre el labio superior y tocaba desde abajo; entonces abrieron tamaños ojos con igual admiración pues creían que yo tocaba la *flauta* por mi nariz y no mediante la boca. Todos estuvieron ansiosos de hacer lo mismo; uno después del otro pidieron el *instrumento*, lo tuvieron debajo de la nariz y también quisieron tocar mediante el respirar por la nariz hacia adentro y no pudieron lograr sonido alguno. Yo y cualquiera que lo hubiera visto ¿no hubiera podido caer de risa al suelo? Todos creyeron que yo tocaba esta flauta no con la boca sino por la nariz.

Otra monería fue no menos divertida. Yo tenía un espejo que de improviso sostuve a un *indio* adelante de su cara. Éste sin saber lo que era, vio su cara en él y por eso se asustó tanto que cayó de espaldas al suelo gritando ¡*lquy!* ¡*lquy!* mi alma, mi espíritu están ahí adentro. Después que se hubo repuesto y levantado otra vez quise mostrarle más explícitamente todo y quitarle el miedo y el susto pero en vano; no quiso jamás volver a mirar al espejo. Asimismo se retiró desde lejos a un lado y miró por detrás del espejo que yo sostenía en mi mano. Aunque no vio nada más de su alma, acudió a sus manos y manoteó por debajo del espejo por si acaso podría con su manopla atrapar a su alma; y aunque él había hecho estas dos experiencias sin éxito, no quería ya mirar en el espejo; fueron vanas todas las pruebas y explicaciones que yo hice contra su errónea creencia. Desde entonces como yo lo había llamado mono, conservó este nombre para siempre y fue llamado por sus cohabitantes *cochiquiagba* o sea mono. Asimismo él no menos supo colgarme un favorable título honorario, pues dijo en su lengua a los otros: *Novet eda piognac ludega*. «Este es el diablo y un gran hechicero».

CAPÍTULO XIV

Viaje desde Santa Fe a la reducción de San Javier

Con estas y parecidas exhibiciones yo tuve junto con ellos un pasatiempo divertido y un pasatiempo alegre hasta el tiempo de nuestra partida que ocurrió como dije el once de *junio* a la tarde. El tiempo si bien bueno, era dudoso e inconstante; mi *bagaje* fue conducido en una *carreta* pero yo y los demás montamos a caballo.

Este viaje me pareció más alegre que a los *israelitas* el de la tierra de promisión pues puedo recordar que a pesar de todas las fatigas y accidentes adversos no rezongué jamás o sentí molestias. Mis *indios* que me rodearon como un enjambre de abejas, me dulcificaron todas las amarguras del viaje y con su acompañamiento me hicieron soportables las fatigas. Desde la ciudad de *Santa Fe* hasta la población teníamos treinta y cuatro leguas que se pueden recorrer con carros de carga dentro de tres días, pero a caballo sin cansancio en veinticuatro horas; yo más tarde con caballos de muda, recorrí estas leguas a veces en trece o catorce horas como referiré más adelante según la ocasión.

En este viaje tuvimos casi siempre que vadear a caballo durante once días el agua que a veces alcanzó hasta el recado. Fuera de que la ruta nos llevó por sobre caminos fangosos, aguanosos, por los baches y arroyos, el cielo también nos regaba con fuertes y frecuentes lluvias de modo que no pudimos secar ninguna ropa ni vestimenta. Los truenos se seguían sin cesar unos tras otros, tanto de día como de noche y durante estos once días caían frecuentes lluvias como también después cuando hubimos llegado a la aldea, este tiempo lluvioso duró continuamente hasta treinta y un días. Mas durante la noche yo podía esconderme en mi *carreta* pero los pobres *indios* a quienes compadecía más que a mí mismo, debían cuidar durante toda la noche los caballos y bueyes para que no los perdiéramos en esta tierra silvestre, pues tanto la lluvia y truenos como también los caballos cimarrones hubieran podido arrebatarlos nuestros bueyes y caballos. Por esto los *indios* debieron estar a caballo de continuo y mantener rodeados a nuestros animales. Pero asimismo la vigilancia de mis *indios* no era la suficiente para evitar toda pérdida pues la noche fue tan oscura que nadie pudo observar al otro a distancia de tres pasos salvo que pudieran ver algo por el relámpago y el rayo para que mantuvieran aún rodeados algunos animales. Pero al romper el día vimos que todo el ganado junto con los caballos de silla de que teníamos hasta ochenta y dos se habían escapado durante la noche. Todos los *indios*, de los que cada uno no tenía más que un solo caballo sobre el cual había estado sentado durante la noche, cabalgaron en seguida hacia distintas regiones a buscar los perdidos [y] alrededor de la hora del almuerzo trajeron casi la tercera parte de los caballos y bueyes pero yo perdí seis de los ocho caballos que me fueron regalados en *Córdoba* y no hubo posibilidad de encontrarlos de nuevo pues ya habían ido a parar entre los caballos cimarrones y quedaron perdidos por muchos meses.

Viaje desde Santa Fe
a la reducción Xaverij

Mis *indios* tuvieron la suerte de agarrar en el campo dos caballos ajenos que estaban liados en las patas delanteras con sogas torcidas de colas de caballo. Los *indios* adivinaron pronto de dónde eran éstos; la señal la tenían en las sogas de liar, de cerda de caballo, como usan los *indios* salvajes para asegurar los caballos durante la noche, para que no puedan alejarse de su campamento nocturno y sean fáciles de hallar a la mañana. Así estos dos caballos hallados no eran otros sino de los *indios* salvajes los que (como expresaron mis compañeros de viaje) tal vez hubieron acampado durante la noche no lejos de nosotros y ante la estada nuestra habrían huido por la noche abandonando estos caballos que en el apuro no habrían podido hallar.

Otra vez uncimos a sus yugos los bueyes vueltos a encontrar y tratamos de ganar algo en nuestro camino ulterior. Al tiempo de anochecer habíamos llegado a un río muy crecido llamado *Saladillo* que en realidad tiene una anchura de apenas treinta pasos pero asimismo mucha profundidad y que con la llegada de las aguas corre en forma [de tanto caudal] que es preciso nadar aun por sesenta y más pasos; además que [como] en la ribera sólo se encuentra por acá y allá mucha agua, no conviene ningún lugarcito para acampar en la proximidad durante la noche. ¡Y ahí tuve que elegir mi alojamiento nocturno! Pero el percance que entonces me ocurrió, nació de mi vivacidad y porque yo, desconocedor de los peligros en este paraje, no tuve cuidado ni previsión⁸⁸.

Barca india

Fue mi deseo de apresurar el viaje por cuyo motivo yo pasaba muy animoso por todo. Todos los preparativos fueron hechos para que nosotros pudiéramos descansar esta noche bajo tan crudo tiempo lluvioso en la otra banda de este río pues acampar por la noche en esta banda equivalía a salir de este lugar al otro día a la tarde, como ocurrió también. Yo fui el primero e igualmente por primera vez fui transportado a través del río sobre una embarcación *india* y siempre usada por los *indios*. El barco o vehículo consistía en un cuero crudo resecado que fue atado en las cuatro puntas de modo que los costados tenían la altura de un jeme. Mis *indios* tiraron ahí adentro mis cosas del recado y todo lo que yo llevaba sobre el caballo; al final yo también tuve que sentarme ahí adentro. Los *indios* me arrastraron en esta posición hasta la orilla de dicho río, me llevaron más adentro al agua y probaron el equilibrio que en esta navegación es menester mantener para que esta barca de cuero no se incline más a un lado que al otro, si no era de temer el hundimiento del barco y de los navegantes. Cuando todo estuvo equilibrado y yo estaba sentado cual un muro⁸⁹ sobre el cuero, un *indio* ató en éste una correíta, se echó desnudo al agua, tomó entre los dientes esta correíta, nadó a través del río y arrastró tras de sí mi barco de cuero junto conmigo. Este único *indio* me acompañó y me transportó por sobre este pequeño Mar Rojo pues el agua estaba rojo obscura. Pero asimismo yo no pasé a pie seco porque si bien el agua me perdonaba desde abajo, no así el agua de lluvia desde arriba. El *indio* era un muchacho

Mi travesía del Río
Saladillo

88 / Las antecedentes oraciones resultan oscuras en el original tal vez por copia defectuosa.

89 / Es decir, inmóvil y recto.

de alrededor de quince años, pero un *marinero* experto en esta navegación y me condujo con felicidad a la otra banda.

Mis compañeros de viaje quisieron seguirme con los bueyes y los caballos pero no fue posible llevar los bueyes al agua; en cuanto estos notaron la profundidad saltaron hacia atrás. La noche obscureció más y yo ya estaba parado en la orilla al otro lado del río con el deseo de tener una mayor camaradería a mi lado. Pero en vano. Tuve que quedarme solo durante toda la noche con mi compañero de escolta. Como ya no había esperanza de portar todo a través del río en este anochecer y yo estaba solo con mi muchacho en la otra banda, los *indios* estuvieron muy preocupados por mí por cómo ellos podían hacer algo más agradable la noche y la yacija. Por esto enviaron en seguida otro muchacho junto con dos cueros vacunos secos. Mientras tanto yo estaba en la orilla despejada en el agua y lodo; tronaba y granizaba sobre mí; la violenta y continua lluvia me había remojado tanto que yo temblaba por todos los miembros. Mi pequeño *indio* en su *montura*⁹⁰ de color de cuerpo [encarnado] estaba desnudo delante de mí y para que la lluvia no le mojara tanto la cabeza desnuda se colocó en su cabeza desnuda el *cuadrado* o sea mi sombrero *clerical* y se paró ante mí como si me solicitara contemplarlo y observar si esta gala no sería sentadora también para él. Esta monería me movió a reírme y me alentó cuando vi que mi pequeño desnudo camarada *indio* comenzaba todavía a divertirse porque yo, el arropado, tiritaba de frío. El que a través del río me había traído los dos susodichos cueros secos retornó pronto a sus *camaradas* los que habían encendido un buen fuego en la cuesta de un gran bosque porque no había posibilidad de llegar donde yo estaba pero yo tuve que pernoctar completamente solo con mi pequeño *indio* en la otra banda del río porque ni ellos pudieron volver hacia mí, ni yo a ellos, pues si bien yo hubiera podido efectuar mi anterior navegación la lluvia copiosa prohibió el transporte porque el cuero usado para barco habría podido llenarse de agua durante el camino bajo la lluvia y me hubiera mandado al fondo.

Entonces con mi pequeño *indio* tuve que quedarme alejado durante esa noche de mis demás compañeros de viaje en la otra banda del río [y] no tenía ni un pedazo de pan para roer. Yo poseía para el reposo tres cueros vacunos y el cuarto lo era mi barco de cuero; di dos a mi pequeño *indio*; uno para las veces de un colchón, el otro para cobertura. Los otros dos me quedaron para instalar mi *canapé* mojado y fangoso. Usé un cuero como cojín acolchado, el otro en vez de frazada. ¡Oh, qué dulcemente habría dormido! Nada de eso. Yo estaba echado bajo una piel sobre la cual la abundante lluvia caía fuertemente hasta medianoche, en que yo fui molestado no sólo por el hedor del cuero sino también por su peso. Toda la noche fue una *vigilia* continua. Mi pequeño *indio* me gritó que mirara la luna del cielo, pues las nubes se habían separado algo y a veces se veían rayos lunares aunque la lluvia caía de un tirón. Le pregunté qué cosa de nuevo encontraba él en la luna. «¡Ay! —me dijo— ¿Tú no ves nada? ¡Los perros han

90 / Galicismo por «uniforme».

Noche horrorosa

Mi campamento nocturno

comido la luna!»). Miré la luna y noté un eclipse de luna. Este muchacho como ya había tenido trato con los españoles durante cuatro años, sabía ya algo de la lengua española, por eso yo le comprendía, y él también fue destinado por previsión para mi plática. Cuando yo escriba lo que los *indios* opinan sobre eclipses de luna y por qué causa se oscurece como dicen los *indios*, lo indicaré en su tiempo y lugar.

Ínterin cuando teníamos dirigidos nuestros ojos contra el firmamento del cielo, no recordamos de lo que pasaba en la tierra. Un tigre rugió hacia nosotros, y contestarle o dar alguna advertencia hubiera sido lo mismo que ofrecerle nuestra vida. Éramos dos, ambos inermes y aún si [hubiéramos tenido armas] no hubiéramos podido presentar dos ojos gatunos tan grandes como tenía el animal mirón nocturno [noctivisor]⁹¹. Lo peor fue que en seguida, tras éste oímos rugir al segundo. A nosotros dos, ni lluvia ni tormenta ni granizo ni rayos pudieron causarnos un susto tal como la proximidad de semejante enemigo del hombre y la ausencia de nuestros compañeros de viaje por la cual debimos pasar forzosamente. No fue un solo rugido sino muchos con que el tigre nos originó una noche muy despierta. Yo pensé entre mí: en el mar me perdonó la ballena, ¿sería ahora en tierra un tigre mi sepulturero? ¡Esto sería el menor provecho para mí! Pensé en mi pequeño *indio* que me había dicho que los perros habían devorado la luna; yo temía lo mismo, que un tigre nos desgarrara a ambos. Parecía como que el tigre se nos acercara pero ¡gracias a Dios! que su amistad [su parentela] desde lejos nos había proporcionado tranquilidad porque durante toda la noche no lo notamos cerca de nosotros.

Al fin al romper el día desapareció el susto puesto que vimos en la otra banda del río los movimientos de los *indios* que con grandes gritos comenzaron ya a hacer nadar [el ganado]. El día anterior los bueyes estuvieron extenuados y hambrientos, por esto no quisieron comer su pienso nocturno en la otra banda del río pero a la mañana cuando notaron que la marcha rumbeaba al terruño estuvieron prontos en la mitad del río para llegar al otro lado.

El ganado estaba ya a nuestro lado pero las *carretas* aún en la otra banda del río; mis *indios* ya me habían traído sobre sus cueros por sobre el río todo el *bagaje y fourage* [manutención] que los obligó a un quíntuple *pasaje* por el agua desde una banda a la otra; después tuvieron que entrar por una sexta vez al río y buscar las *carretas*. Este trabajo duró hasta la hora del mediodía y bajo una lluvia continua; un viento fuerte y frío soplaba desde el sur; no había fuego y como todo estaba húmedo y empapado por la lluvia, no se pudo tampoco encender el fuego. Yo no había tomado alimento alguno por más de veinticuatro horas, lo mismo mi pequeño *indio*, por cuya causa mi estómago estaba muy descontento. Por ello no permanecemos mucho tiempo sobre este desnudo y aguanoso terreno; pronto buscamos una situación mejor para el alojamiento nocturno que hallamos en un espeso bosque a cuyo costado hacia el *norte*

91 / Oraciones completamente oscuras. Parece que el autor quiere indicar que la fiera, por su mejor vista, los habría espiado y acometido.

encontramos un lago de aguas de sesenta leguas de largo que tuvimos que cruzar a lo ancho. Pero fue imposible llegar con todo a la otra banda antes de la noche; por eso lo dejamos para el día siguiente; ínterin tratamos de encender un buen fuego y mitigar la pena de nuestro estómago. A la vez cada uno estuvo empeñado en protegerse contra la lluvia. Pero los *indios* cuidaron primero de mí y construyeron una choza con ramas de árboles unidos que cubrieron arriba con paja y junco, después echaron encima algunos cueros de buey. Tras esto cada uno buscó adonde agazaparse, pero bajo esta lluvia tan fuerte otros cuatro tuvieron que mantener reunido por una medianoche todo el ganado para que no ganara el bosque espeso.

A la mañana temprano monté otra vez en mi barco de cuero y fui conducido con mi *bagaje* por cuatro *indios* por sobre el lago donde en parte tuvieron que vadear, en parte que nadar. Esta travesía era aún más difícil que la de ayer pues llegamos a tierra apenas en una media hora pero asimismo a mediodía habíamos trasportado con felicidad todo a la otra banda y ahí hicimos nuestro almuerzo.

En la margen de este lago encontramos hasta algunos miles de patos silvestres de diversos tamaños y clase; ellos aguantaron también el tiro desde veinte pasos porque jamás habían sido perseguidos por ninguno. Ahí conseguí matar con mi fusil siete patos y aunque no tenía conmigo ningún sabueso para tomar los muertos por el tiro, llevaba yo tantos *indios* como perros de agua que como por una apuesta saltaron al lago tras los patos y en broma se empeñaron quién sería el primero en atrapar un pato. Ellos sacaron todos del agua; entonces era agradable ver con qué curiosidad buscaron los perdigones acertados y se admiraron que de unos granitos de plomo tan chicos podía ser muerta una ave tan grande.

Aún tuvimos que hacer siete leguas hasta la aldea. Después de comido el almuerzo proseguimos la marcha y nos acercamos por tres leguas más a la aldea. Esta noche comenzó a llover muy fuertemente otra vez pero tuvimos una oportunidad para encender el fuego. Al día siguiente teníamos que hacer aún cuatro leguas; no pudimos avanzar tan prestamente por el suelo fangoso y mucha agua, asimismo llegamos a estar a mediodía a dos leguas cortas de la aldea. Algunos de mis *indios* ya se habían adelantado secretamente sin que yo lo notara para dar más pronto la noticia de mi arribo en cuya consecuencia muchos *indios* e *indias* vinieron a mi encuentro y me saludaron amablemente. Yo me di y di a mis *indios* el tiempo de comer el almuerzo y como yo tenía aún suficiente carne la repartí entre los *indios* llegados desde la aldea, que saborearon con placer el almuerzo. Al fin cuando todos estuvimos saciados, hicimos la marcha final hasta la aldea donde ya comenzaron a hacer sonar la campanita de su iglesia. Todos cuantos pudieron moverse corrieron por la aldea a reunirse al lado de la iglesia para ver al *misionero* acabado de llegar. Yo no pude responder a sus saludos con nada mejor que con una cara amable como ellos también me mostraron.

CAPÍTULO XV

Mi entrada en la *reducción* y condición de la aldea

Encontré allí un viejo *misionero*, el *P. Francisco Burges*, hombre de gran celo e intrépido. ¡Oh, qué alegre estuve yo! Ambos nos abrazamos con lágrimas de alegría. Me pidió que yo estuviera conforme con la vivienda y manutención en esta región desértica. Me llevó en seguida a la iglesia y después a mi vivienda, ¡Oh Dios! ahí no vi otra cosa sino una choza de gitano pero no me asusté por ello y crié gran ánimo para conformarme con este albergue.

Condición de la aldea

Las chozas de los *indios* eran algo menos disformes que las nuestras; no guardaban orden, todas al montón y nosotros en medio de ellos. En toda la aldea no había lugarcito alguno que asemejara una plaza; ni [había sido] *formada* calle alguna; las chozas [eran] de paja y con los techos con una altura de tres y aún menos varas de alto de modo que nadie podía estar parado adentro, entre las chozas [había] barro y bastante hedor porque todo el ganado para la alimentación de la gente se carneaba al lado de sus casas donde siempre quedaban tirados los huesos, las entrañas y la cabeza con el cogote del ganado pues los *indios* no consumían otra cosa de un buey fuera de las cuatro postas principales, junto con el pecho; lo demás queda tirado para los perros y las aves de rapiña.

La iglesia

Mi vivienda y la del *P. Burges* como la iglesia no tenían paredes sino que estaban rodeadas por cueros frescos de buey pero el techo de la iglesia era de paja y el techo de mi vivienda era también de cuero crudo. Desde una horca erigida al lado de la iglesia pendían las dos campanitas de iglesia a cuyo lado estaba la escuela para los niños que como la vivienda mía tampoco tenía otra pared o techo.

Construyo un nuevo altar

La iglesia no asemejaba otra cosa sino un cobertizo de aldeanos donde éstos suelen guardar sus carros y herramientas para el cultivo del campo. En su derredor se encontraban metidos en tierra hasta una vara unos postes forrados con cueros crudos. El altar en la iglesia estaba construido con ladrillos *egipcios* [adobes] sobre el cual se encontraban una imagen de *crucifijo* y dos velas. Los candelabros eran dos cuernos de buey llenados con arena en que estaban puestas las dos velas. Yo traía conmigo varios cuchillos, formones y otras herramientas que podían serme útiles para trabajos de escultor o de carpintero. Por lo tanto al poco tiempo me tomé el trabajo de levantar un nuevo altar. Ya que la iglesia estaba erigida por puros cueros hice también un altar de cueros del modo siguiente: tomé algunos cueros vacunos frescos, los estiré fuertemente sobre un marco hecho al propósito por palos gruesos para que secaran al sol. Después raspé con una pala afilada los pelos de un lado y la sangre y las venas del otro lado; el cuero se tornó entonces bien blanco por ambos lados tras lo cual yo separé el cuero cortándolo en derredor del marco e hice sobre el cuero el dibujo que corté con mi formón y debajo del cual coloqué papel de diverso color pero el cuero perforado lo tapé con fuerte agua de cola que para esto había cocido de pedazos cortados de un

cuero. Yo había traído conmigo a la vez desde *Córdoba* una buena cantidad de vidrio luciente que ellos llaman *Talco*; una vez quemado éste lo hice pisonear y moler, polvoreé [con él] las figuras bañadas en agua de cola y erigí así el altar que tenía alrededor de tres varas de altura. Los *indios* se alegraron mucho por este *altar* que lucía desde lejos como si fuera de plata.

Mi vivienda tenía a lo largo cinco pero a lo ancho tres varas; lo mismo que el techo era enteramente de cueros que con clavos de madera estaban afirmados en el suelo. Yo había amontonado tierra en su derredor para que el agua de lluvia no entrara en mi vivienda, lo mismo se hizo en la orilla de la iglesia. Mas ello no impidió que a veces mi cuarto y la iglesia estuvieran llenas de agua pues es muy bajo el terreno, adonde el agua bajando por las cuestas se juntaba y penetraba en nuestras casas. Si bien yo me ocupaba bastante en arreglar las cosas en una forma algo mejor y más ordenada según mi habilidad, no pude realizarlas tan pronto porque no tenía un ayudante y los *indios* aún no sabían nada de un trabajo manual ni se empeñaban en trabajar en algo.

Mi vivienda

Mi mayor preocupación fue aprender el idioma para que yo no necesitara hablar por señas con los *indios* como un mudo pero la oportunidad era tan incómoda para esto, que tuve que hacerlo con un gran impedimento. Si yo quería quedarme en mi choza y atender ahí al aprendizaje de la lengua me corrían hacia afuera los perros, las gallinas, muchos miles de moscas y mosquitos. Como vivíamos en medio de los *indios* quienes cada uno tenía lo menos ocho, también doce perros, éstos venían de día y de noche por debajo de los cueros a dormir en mi choza [y] acampaban debajo de mi cama pues cuando había [tiempo] lluvioso, los cueros pendientes en derredor de mi choza colgaban hasta abajo a tierra, pero cuando calentaba el sol, se recogían tanto que arrancaban de la tierra los clavos [estacas] con que estaban estirados contra el suelo y se levantaban tanto que mi choza estaba abierta en derredor a altura de una buena vara y de este modo podían entrar los perros, gallinas y otra sabandija. Las moscas se reunían especialmente durante el tiempo húmedo y colgaban por miles de los cueros que no habían sido limpiados de la sangre; cuando el sol ardía mucho, los cueros se calentaban tanto que yo debí padecer un calor insoportable que me extraía de la cara y manos el sudor en forma de gotas. Las moscas se volvían entonces aún más impertinentes y asaltaban en enjambres la cara y las manos de manera que yo podía escribir apenas una palabra de la lengua *india* sin defenderme de las moscas.

Plagas indias

De perros

Si durante el día yo no tenía reposo a causa de las moscas, lo tuve aún menos durante la noche que tres cosas me hacían casi insoportable. Primero la colosal cantidad de moscas, segundo el ganado de asta del que teníamos tres mil cabezas en el campo para alimento de los *indios*, tercero el frecuente aullar de todos los perros de los *indios*. Yo no exagero en cuanto elevo a seiscientos o setecientos la cantidad de los existentes en toda la aldea.

Las moscas son en este país como el quinto *elemento* porque son tan comunes como los otros cuatro elementos. El país es también apropiado para esto porque es completamente pantanoso, lleno de baches, lagunas, ríos y grandes lagos. Estas moscas

De moscas

Del ganado

atormentan tanto los caballos y otros animales en el campo, que todos a la hora del anochecer huyen a la aldea por motivo del continuo fuego y el humo que en todas las chozas no paran día y noche y por eso no hay tantas moscas como en el campo. Pero asimismo se remedia poco para este ganado, y nosotros, los del pueblo, debemos aguantar unas penas aún más duras que si el ganado quedara en el campo pues las moscas sentadas sobre los lomos u otras partes de este ganado no pueden ser ahuyentadas por los coletazos, las acompañan hasta la aldea y comienzan allí a vagar. El ganado de asta para librarse de los agujijones de las moscas comienza a rascarse fuerte y continuamente contra la chozas y si los bueyes en vez de usar la fuerza [usaran] la habilidad, voltearían para un solo montón las chozas *indias* [y] mi casa de cueros junto con la iglesia de cueros. Tras esto a la par este barullo los perros comienzan a la noche, frecuentes veces, un aullar general que por tan intranquilo e impedido sueño uno tiene que despertarse, ¿cómo puede esperarse entonces una buena mañana? También se puede figurar que con tanta cantidad de ganado, el griterío y el mugir de los toros no fuera tan *piano* como el canto de un *canario*, pues el patalear, cavar [y] mugir era según las *batallas* que ellos hacían unos contra los otros. Pero asimismo el no ocurrir jamás un cese en estas desarmonías nocturnas me incomodó poco en lo futuro, si las picaduras nocturnas de mosquitos, el calor exagerado y la pesadez del aire no me hubieran atormentado e inquietado el sueño.

A la par de todo esto, se oía durante toda la noche un continuo machacar por las más de las mujeres *indias* que especialmente a horas de la noche y temprano a la tercera hora pisoneaban sus cuernitos de moruecos o como se les llama en nuestros países «pan de San Juan» cuya granza y harina usan para preparar una bebida con que se emborrachan mucho la mayoría de los *indios*. En oportunidad yo informaré más sobre ello.

Entretanto quedo en mi choza y anoto lo que ocurre en ella. *Intus et foris pugna*. Lo mismo que desde afuera así también fui mortificado por año y medio en el interior pero siempre sin fastidio interno aunque no sin la sensación.

Ha de saberse primero que los perros de los *indios* en su mayor parte son sarnosos a causa de la ceniza del fogón donde ellos eligen su yacija en horas de la noche y duermen también de día plácidamente en ella. Quien conozca la acritud de esta *materia salitrosa*, puede adivinar fácilmente los emanantes *efectos*. Por esto los perros quedan despojados de los pelos, completamente desnudos y crían un cuero grueso que al mirarlo causa asco; de esa clase eran mis *camaradas* de dormilona, pero debajo de la cama. Este [cuero] por el violento rascar o por una mordedura por otros perros con la contribución de tan fuerte calor del sol [y] el volar de las moscas (que por lo común se ponen sobre las heridas frescas y aumentan allí las hiendas) se llena de cresas y criaba grandes gusanos blancos que penetraban cada vez más comiendo hasta las entrañas o hasta los sesos. Tales perros que en este estado buscaban siempre la sombra buscaron refugio también debajo de mi cama para defenderse contra más moscas. ¿Quién hubiera sacado con apalea, chucear u otros medios parecidos a tal perro [sino] más bien muerto que vivo?

Si bien ningún *indio* suele emplear gallinas para su alimento, eran todos tan grandes aficionados a mantener gallinas al lado de sus chozas, que se oía cantar a los gallos, por su cantidad, por casi toda la noche. ¿Qué hubiera hecho *Petrus* ante tanto cantar de los gallos si un canto bastó por tres veces para hacerle verter lágrimas de sus ojos? ¿Cómo sería en Francia donde todos son *galli* [galos]? Como las gallinas no tenían otra cosa para comer que lo que ellas mismas buscaban en derredor de las chozas se complacían en penetrar también en mi vivienda de cueros y eran tan ordinarias que cuando yo escribía, ellas osaban garabatear también algo con sus uñas sobre mi escritura. Esta plaga fue para mí la más soportable todavía por ser la más útil pues ellas dejaban caer en muchos rincones de mi choza los huevos de los cuales yo fui la marta.

Otros huéspedes que me visitaban frecuentes veces eran motivo de un susto especial. Primero un animalito hediondo llamado *zorrino* o *zorrillo*, del que he dado noticia arriba en ocasión de mi viaje desde *Buenos Aires* a *Córdoba*, se encontró una noche debajo de la mesa dentro de mi cuarto. Pronto sentí su bálsamo y lo busqué y hallé donde he dicho ¿Qué hacer? Era inútil matarlo a palos o con otro instrumento pues un solo chorro hubiera hecho estornudar mi choza ¡Más! la aldea entera. Después de largo cavilar tomé mi fusil, disparé contra la bestia y la maté sin que ella pudiera verter su agua balsámica pero por algunos días sentí el resabio en mi choza.

Los otros huéspedes eran culebras indígenas y serpientes de que maté siete poco a poco dentro de mi choza. Las víboras, serpientes y culebras se encuentran en este país en todas partes y en cantidad no escasa. ¿Cómo podría estar sin semejante sabandija un país tan pantanoso y caluroso?

Yo tenía todavía otro enemigo en mi choza que no dejaba de molestarme ni de día ni de noche. Si bien yo de buen grado le hubiere escapado ella me alcanzaba de un solo brinco, y ésa era la pulga, una enemiga hereditaria de toda sangre humana. Por tanto calor y la humedad del lugar no es ningún milagro que también esta sabandija se multiplique muchísimo.

Si bien yo en este relato permita a veces a mis ocurrencias chistosas alguna libertad no debe nadie creer que todo esto fuere escrito en modo de broma y así el asunto fuera diferente de como doy la noticia. Nadie dude de la verdad, ya que yo temo decir una mentira intencional, debo recelar aún más en escribirla. Mi decisión es relatar con toda sinceridad lo que en realidad he experimentado aunque yo a veces aduzco algo de chistes.

Al lado de todas estas sabandijas me parecieron ser una de las plagas *egipcias* una cantidad asombrosa de diversas mariposas menores y mayores, de orugas aladas y lombrices que a la hora del anochecer y nocturna tornaron horrenda la comida. Nosotros no podíamos estar de calor en nuestra choza, por eso debimos salir al campo libre y tomar nuestra cena a campo libre. Apenas estaba la luz sobre la mesa, se reunía este enjambre hediondo en derredor de la luz, volaba a la cara y los ojos, frecuentes veces cuando tomábamos la cuchara de sopa en la boca teníamos dos o tres de estos animalitos en la cuchara. Sobre toda la fuente revoloteaba esta sabandija voladora que por

gran cantidad había caído adentro y seguía cayendo. Así debíamos despejarlos a un lado con la cuchara para que pudiéramos recoger algo de la sopa. Como eran de verse pues tantas diferentes especies de estos animalitos tuve empeño en contar cuántas diferentes especies se presentaban sobre nuestra mesa y encontré que [había] cuarenta y ocho, la una completamente diferente de la otra.

A pesar de todas estas incomodidades yo no puedo decir que me fuera difícil permanecer en esta región desierta. ¡Oh, qué milagrosamente ayuda Dios en aquellos ejercicios y actividades con que uno carga por amor a Él y por las almas! Reconocimos que Dios a nadie deja carecer de aquella gracia que le es precisa para el ejercicio de su cargo, especialmente cuando su cargo implica un objeto y fin tan nobles y distinguidos que sólo concierne a Dios y la salvación de las almas porque teníamos la diaria y manifiesta experiencia de ello.

Por esto debo desistir forzosamente de mi relato para dar un informe del comienzo del establecimiento de esta población o *reducción* de cómo estos *indios* desde su selvática región y de su paganismo han sido convertidos a la verdadera Fe para que se pueda conocer mejor cuán milagrosa es la gracia de Dios y de qué modo y por cuáles medios Él los ha traído a su reconocimiento, ya que se sabe lo que ellos han sido antes.

SEGUNDA PARTE

Mi estada y trabajo en *Paracuaria*⁹²

⁹² / *Paracuaria* se refiere a la división espiritual establecida por la Sociedad de Jesús, y en el presente caso, a la Argentina (*Santa Fe* y el *Chaco*).

CAPÍTULO I

Del comienzo y la fundación de la *reducción* de S. Javier

Comienzo de la fundación de S. Xaverij

Acallagaec

Estos *indios* que llevan el nombre *amocovit* y por los españoles son llamados también *mocovíes* aunque también se quiere llamarlos *guaicurru*, vivían en la extremidad del gran valle llamado *Chaco*, distante quinientas leguas de la ciudad de *Santa Fe*. Pero esta distancia no les impedía asaltar frecuentemente la ciudad, matar a maza y lanza varios vecinos, y llevar consigo los niños como *esclavos*. Si bien estos *mocovíes* eran muy numerosos, se aliaban con otros *indios* colindantes, a saber con los *abipones*, cuyo verdadero nombre es *acallagaec* y con los *tobas* que en realidad se llaman *natocovit*. Así marchaban a hostilizar los contornos de la ciudad de *Santa Fe* y a asesinar cuantos llegaban a su alcance. Los vecinos de la ciudad de *Santa Fe* tenían todo el ganado y los caballos sobre los campos circundantes donde [habían] construido algunas pequeñas chozas para viviendas de los cuidadores del ganado. Los *indios* asaltaban estas chozas, mataban los habitantes y ahuyentaban al ganado que se dispersaba en los vastos bosques y acreció de año en año. Por esta causa el ganado de asta y los caballos han aumentado tanto en estas tierras silvestres que en el tiempo actual uno encuentra en diversas regiones a tal ganado cerril reunido de a miles.

Ellos se acercaban durante la noche a la ciudad, asaltaban a los vecinos habitantes a orillas de la ciudad y asesinaban en toda prisa cuantos podían. Nadie podía dejarse ver fuera de la ciudad si no quería dar por perdida su vida. Frecuentemente salían los españoles armados de la ciudad pero por lo común volvían en número menor. Ahora, como estos *indios* hostilizaban de continuo a esta ciudad, los vecinos debieron abandonarla y retirarse a dieciocho leguas donde levantaron una nueva ciudad y prontamente fue incendiada por los *indios* la ciudad abandonada.

Pero también en esta nueva ciudad los vecinos no tuvieron sosiego y también allí fueron perseguidos violentamente por los *indios*. En frecuentes veces sostuvieron también ahí unas escaramuzas sangrientas [y] debieron llamar en su auxilio aun a la ciudad de *Buenos Aires* que dista cien leguas de *Santa Fe*. El *gubernator* de *Buenos Aires* les envió cincuenta hombres de los *dragones* regulares que pronto marcharon contra los *indios* pero con tan mala suerte que fueron rodeados por los *bárbaros* y todos hasta el último hombre fueron muertos a flechazos.

Es cierto que también a los *bárbaros* la acción no siempre les salió bien y en varias cinco o más veces fueron muertos o cautivados; con esto los *bárbaros* se tornaron aún más iracundos y venían cada vez con más gente de pelea⁹³ contra la ciudad. Se produjo un llamado a muchas otras ciudades españolas distantes para que socorrieran esta ciudad que también acudieron pronto y recorrieron las regiones: desde la ciudad de

93 / *Mannschaft*, i.e. conjunto de hombres que forman una unidad de combate o una tripulación.

Corrientes trescientos hombres; desde *Córdoba* setecientos; desde la ciudad de Tucumán doscientos; desde la ciudad de *Santiago del Estero* quinientos hombres. Mientras estos buscaban a los *bárbaros* en las tierras selváticas, no se encontró a ninguno de ellos, pero los *bárbaros* fueron como un relámpago a las ciudades desde donde habían partido los vecinos auxiliares y cometieron grandes asesinatos y rapiñas. Por ello los españoles quedaron obligados a abandonar de nuevo la ciudad de *Santa Fe* y a proteger sus propias ciudades.

Ahora, como a los muchos años los españoles vieron que ellos no tenían el poder de protegerse contra estos *bárbaros*, apelaron a un medio diferente de combatir a los *bárbaros*, no por las armas sino mediante la bondad. Sin embargo los españoles no dejaron de [tener] a mano sus armas, hicieron también algunas felices salidas y en alguna que otra ocasión cautivaron uno que otro *bárbaro* a los que no mataron como en otras veces sino hicieron azotar en la plaza pública. Tras esto enviaron los prisioneros de vuelta a los suyos para que pudieran contar lo que les había sucedido. Este medio, aunque más benigno, tampoco consiguió apaciguar a los *bárbaros*.

El jefe de esta ciudad era el señor *Javier de Echagüe*, *teniente gobernador*, un hombre de gran sensatez y de una conducta muy cristiana y edificante [y] a la vez un valiente soldado. Cuando éste vio que los *bárbaros* revoltosos no querían dejar tranquila a la ciudad, se dedicó con todo empeño al problema. Ordenó que todo vecino mantuviera siempre bien preparadas sus armas y provistas con la necesaria *munición*, que de continuo tuviera listos a lo menos seis caballos bien alimentados; también dispuso que se hiciera provisión de bastante bizcocho y se pastaran los vacunos necesarios para el alimento en una isla del Silberfluss [Río de la Plata]. Fueron ordenados otros [vecinos] para que carnearan diariamente en esta isla seis vacunos y secaran al calor solar la carne cortada muy delgada para que cada vecino en la ocasión de una salida la llevara consigo atada al recado sobre el lomo del caballo.

Entonces él comenzó empeñosamente a procurar la paz y la tranquilidad, partió de la ciudad y recorrió con su volante pequeña *armée* [ejército] de cuatrocientos hombres todos los rincones y ante todo aquellos donde él sabía que moraban los *bárbaros*. En varias ocasiones dio con un pequeño grupo de *bárbaros* a los que no trató de matar a tiros sino rodear y cautivarlos y [lo realizó] felizmente. Una vez se habían reunido unos nueve de éstos: él tuvo la suerte de tenerlos pronto en el medio; mantuvo a distancia su cerco formado y esperó que los *bárbaros* hubieran agotado sus flechas; tras esto ordenó que la tropa avanzara lentamente y estrechara el cerco: hubiérase visto con qué empeño, rapidez y crueldad los *bárbaros* trataron de pelear. Los españoles gritaron a los *bárbaros* que se rindieran y les sería perdonada la vida. Pero fue en vano. Los *indios* con sus lanzas corrieron como leones contra ellos, hirieron también a algunos, pero había la orden de no matar a ninguno sino de tratar de prenderlos como también ha sucedido. Cuando ellos vieron ahora que ya no tenían flechas y que por el estrecho cerco no podían manejar más sus lanzas, debieron entregarse prisioneros.

En seguida fueron llevados a la ciudad y bien guardados. En la misma forma hacían

diariamente dos o tres prisioneros pero a los cuales jamás ocurrió algún mal en la ciudad. Muy al contrario este sensato *comandante* les dispensó una gran amabilidad y buscó de ganarlos con beneficios y bondad. En diversas ocasiones hizo llamarlos a su casa, platicaba amablemente con ellos por medio de un lenguaraz, no les dejaba carecer de nada en la comida y en otras cosas, los obsequiaba con aquellas materias que él sabía les agradaban. Los vecinos de la ciudad se les demostraban igualmente afectuosos y reunieron variadas mercancías para regalarles. De este modo retuvo estos *bárbaros* hasta que al fin les había dado a conocer bastante su amistad y ellos aseguraron desear ésta y la paz. Regaló también a cada uno un caballo y los despidió para que pudieran demostrar y contar a sus coterráneos cuán amable y bondadosamente habían sido tratados por los españoles. Todos estos medios no bastaron a pacificar por completo a los *bárbaros*.

Ellos se hicieron ver pronto en gran cantidad ante la ciudad pero aunque seguían robando y hurtando dejaron de matar a los españoles. El *comandante* estuvo pronto a caballo otra vez con su tropa y los persiguió; de nuevo trajo algunos prisioneros con mujeres e hijos a quienes dispensó también la mayor amabilidad y diversos regalos. Algunos días después se aproximaron a la ciudad cinco *bárbaros* de a caballo: trajeron con ellos un español cautivo que mucho tiempo antes cerca de la ciudad de *Corrientes* había sido aprisionado por los *bárbaros* llamado *José Casco*⁹⁴, un hombre fuerte y de altísima estatura y ejercitado en matar y robar los otros *bárbaros*. Este pidió que el *comandante* saliera con tanta escolta como era el número de ellos pero sin armas. El *comandante* estuvo listo en seguida [y] tomó consigo sólo cinco hombres pero con armas. Cuando los *bárbaros* vieron que los españoles llegaban armados gritaron que las armas se depositaran de lado pues ellos no habían venido a pelear o para hacer algún otro daño sino sólo para hablar con ellos [los españoles] a solas. El *comandante* les hizo contestar que si se trataba de esto, ellos también depusieron en seguida sus lanzas sobre el campo y avanzaron como amigos para hablar con ellos. A esto los *bárbaros* clavaron en seguida sus lanzas en tierra y tiraron al suelo sus flechas. Los españoles hicieron igual cosa y depusieron todas sus armas y así cabalgaron ambos a encontrarse. Los *bárbaros* mediante su lenguaraz comenzaron en seguida a reclamar los prisioneros a lo que accedió el *comandante* con tal de obligarles a no hostilizar más la ciudad y conducirse amigable y pacíficamente para con los españoles; del mismo modo se conducirían los españoles para con ellos y no cometerían hostilidad alguna contra nadie; que al contrario ellos deseaban más bien que todos se comprometieran para una paz permanente; también les sería permitido venir libremente a la ciudad,

94 / Este español es probablemente el homónimo que tras muchos años de cautiverio entre los *abipones* sirvió más tarde como intérprete al teniente gobernador en *Corrientes*, Nicolás Patrón, en una malograda expedición contra los *mocovíes*, aún salvajes, y los *abipones* del *Chaco*, al cual hace referencia el P. Dobrizhoffer (*Historia de Abiponibus*, t. I, página 388).

salir y entrar pero siempre sin las armas, que deberían depositar delante de la ciudad y podrían volver a tomar a su regreso de la ciudad. Y si les placía cabalgar con el *comandante* a la ciudad y a su vivienda, podrían hacerlo sin que les ocurriera nada adverso o lastimoso. En el ínterin el *comandante* ordenó a uno de sus compañeros que en seguida se adelantara cabalgando a la ciudad con el siguiente mandamiento: que a la entrada de los *bárbaros* a la ciudad los habitantes permanecieran tranquilos en sus casas y que nadie saliera a la calle para ver los *indios*. Todo ocurrió como se ordenó; los *indios* acompañaron al *comandante* a la ciudad y aunque no hubo ninguna afluencia de gentes, los *bárbaros* sin embargo miraban de soslayo recelando se les hiciera alguna traición. Ellos llegaron a la vivienda del *comandante*, fueron atendidos lo más afectuosamente y obsequiados. Tras haber transcurrido algunos días fueron acompañados en compañía de los otros *indios* cautivados anteriormente y de las sobredichas mujeres y niños hacia las afueras de la ciudad por cinco españoles

Apenas habían transcurrido ocho días, se oyó hablar otra vez de los atropellos de los *indios*, de cómo ellos habían quitado a un español de la ciudad muchos cientos de cabezas de ganado y caballos. En seguida el *comandante* montó a caballo otra vez con su tropa y los persiguió. Él los alcanzó felizmente y arrebató todo el ganado a los *bárbaros* fugitivos los cuales —así como anteriormente se habían resistido— ahora al contrario para no incurrir en la ocasión de matar otra vez a españoles, emprendieron la huida en su creencia que era bastante obra de amistad que ellos no mataran a nadie aunque robaran a todos. Muchas veces los españoles dejaron impunes a tales rapiñas sin perseguir a los *bárbaros* por cuyo motivo éstos creyeron que con tal de no matar sus rapiñas no les importaban mucho a los españoles. Pero para reparar también esto y evitar tales rapiñas se usaron los medios más factibles. El *comandante* deliberaba muchas veces con el *P. Rector* del *Collegij* en *Santa Fe* de cómo era de repararlo pues la ciudad estaba ya tan privada de víveres que sólo desde el lado *Sur* se podía introducir algo con el mayor peligro y con numerosa tropa. El ganado ya les había sido dispersado en su mayor parte y hurtado por los *indios*; los campos no se podían cultivar por el peligro de los *indios* y aunque en la ciudad les hubiere faltado el pan hubieran podido sustentarse, sin embargo, sólo de ganado al uso *paraquario*. Pero como también éste les fue quitado, tuvieron que tomar poco a poco otras medidas para obtener carne.

El *Collegium* de *Santa Fe* poseía una *estancia* o cortijo donde se cuidaba el ganado y [éste] alcanzaba a veintitrés mil cabezas de ganado de asta. A la vez había allí amplios cultivos de trigo y cebada. Todas las semanas debían llegar desde allí cinco *carretas* cargadas de grasa y carne. En todo tiempo el *P. Procurator* del *Collegij* acompañaba estos suministros con el mayor peligro de su vida, aunque él tenía consigo unos cincuenta hombres armados. Fue la mayor buena suerte que dos ríos, a saber: el río *Salado* y el río *Caracarañal* atajaban a los *indios* para que no pudieran atravesar tan rápidamente desde una banda a la otra. La ciudad tenía a un lado hacia el *Este* el río *Paraná* que más allá hacia *Buenos Aires* se llama el *Silberfluss* [Río de la Plata]; hacia el *Sur* o *Sud* tenía los ya mencionados ríos *Salado* y *Caracarañal*; por los lados *Oeste* y *Norte* era hostilizada y angustiada por los indios *bárbaros*.

Tal *socorro* de víveres debía ser traído durante cinco meses en carne y grasa en su mayor parte, pues los cereales no podían alcanzar por mucho tiempo para esta ciudad aunque era chica. Se carneaban semanalmente veinte bueyes que desde esta *estancia San Michaelis* eran arreados a la ciudad. Durante cinco meses ya se habían consumido cuatrocientos vacunos. No se podía remediar de otro modo sino hacer todo lo extremo para acudir en ayuda de la ciudad.

Ya en frecuentes veces el *P. Rector* había expuesto al *Comandante* que no había otro medio mejor que enviar desde el *Collegio* algunos sacerdotes a los *indios* para pacificar esta gente salvaje. Ya había también algunos bien dispuestos a hacerse cargo de esta grave embajada con peligro de su vida, especialmente un *P. Francisco Burges*⁹⁵ al que he mencionado poco antes. Este hombre era tan empeñado y deseoso de amansar estos *bárbaros* que no cejaba y de continuo volvía a animar al *Comandante* y al *P. Rector* que usaran sus servicios en tan peligrosa empresa. Pero el *Comandante* se oponía y de ningún modo quería exponer a semejante peligro a este hombre hasta que al fin el insistente pedido de este *misionero* había vencido al *Comandante*. Él consintió en que se les enviaran dos *jesuitas* a quienes haría acompañar con tropa armada; tal era la orden del Rey: que no se dejara partir *misionero* alguno sin una correspondiente y precisa escolta de hombres armados y no se sacrificara su vida [entregándolos] a los *indios*. Pero tanto el *Superior* del *Collegij* como el *misionero* se opusieron. Este quería partir sin escolta por confiar que con su santa Cruz obtendría más que los españoles con la espada empuñada. Se formaron las disposiciones de que los *Patres* partieran solos de la ciudad en compañía de tres lenguaraces que ellos tenían en la ciudad. El nombre de uno era *Francisco Montiel* llamado por los *indios Dilic*, el otro era *Pedro Fernández* [llamado] por los *indios Ypic*, el tercero era *Antonio Mendoza* pero [llamado] entre los *indios Nemacaiqui*, esto significa izquierdo o zurdo. Los nombres de los *misioneros* eran: *Francisco Burges*, oriundo del reino de *Navarra* en España, un coterráneo del Santo Padre *Ignatij* pues *Bizcaya* y *Navarra* colindan entre ellas y cada país quiere tener por coterráneo al santo padre; el segundo era *Josephus García*, un andaluz. Pero aunque les habían sido designados como compañeros tres lenguaraces, llevaron con ellos uno solo.

Los *Patres* marcharon con peligro de su vida a las buenas o a las malas y se encontraron a cinco leguas delante de la ciudad con un grupo de *indios* con mujeres e hijos. Cuando los *indios* vieron llegar estos huéspedes forasteros, corrieron a sus caballos y se prepararon a hacer resistencia pero cuando ellos [los padres] se acercaron y fue reconocido por los *indios* que unos *patres* se acercaban a ellos, cabalgaron a su encuentro y acompañaron a los *Patres* hasta su asamblea *bárbara*. Los *indios* parcialmente se pusieron adustos pero otros en cambio se mostraron más amables. Los *misioneros* expusieron la causa de su venida y en nombre del *comandante* pidieron tranquilidad y paz. Y para que ellos [los *indios*] tuvieran la seguridad de esta amistad, tendrían libre y pacífica entrada en la ciudad. Ellos podrían entrar en la ciudad cuando quisieran, no

95 / El autor habla aquí por boca de este meritorio fundador de la *reducción* de *S. Javier*.

les ocurriría nada malo sino que al contrario experimentarían siempre una gran amabilidad de parte de los vecinos. Los *Patres* prometieron de paso que si ellos [los *bárbaros*] fueren atacados y hostigados por enemigos externos, recibirían en todo tiempo un seguro socorro por la ciudad. También convendría más que ellos desde sus tierras selváticas se asentaran más cerca de la ciudad para participar más cómodamente de la ayuda española. También podrían pedir que algunos *Patres* vivieran siempre con ellos para que estuvieran tanto más seguros de la amistad concertada.

Como estos *bárbaros* por sus andanzas habían llegado también a las *misiones* de los *indios guaraníes, tapes y tobatines* desde mucho tiempo antes establecidas y habían visto cuan gran cuidado y protección recibían los *indios* por sus *misioneros*, admitían en recibir los *Patres* pero primero querían informar a su *cacique* o —como ellos lo llaman— *Nezealegnec* y consultarle; lo que él resolviera o admitiera, sería también del agrado de ellos. Los antes adustos *indios* se tornaron más amables y acompañaron a la vuelta a estos dos *Patres* junto con el lenguaraz por un buen trecho.

Se había cumplido la embajada y los *misioneros* regresaron a la ciudad. La noticia causó en la ciudad un gran contento y la esperanza de que en corto tiempo la tranquilidad sería devuelta a la ciudad de *Santa Fe*, y que estos *bárbaros* a los que no pudo domeñar la espada, los sometería la Cruz. A los dos meses se aproximó el *cacique Ariacaiquin* con un gran acompañamiento de *indios* e *indias* y acampó delante de la ciudad. En seguida los *misioneros* estuvieron prontos a visitarlos; ambos fueron con su lenguaraz hacia este mencionado *Cacique* quien tras un amable saludo les devolvió el saludo. Todo el hospedaje consistió en una piel de tigre que mandó tender en el suelo e hizo señas que se sentaran sobre ella. Él se sentó a su lado y tenía a un costado al lenguaraz a quien preguntó por qué motivo habían venido los *Patres*. Después de haber oído bien todo, respondió: —Estará muy bien lo que los *Patres* me comunican y yo no desconfío de lo que ellos por su parte me expresan, pero los españoles son hombres falsos, tienen de cierto buenas palabras, pero sus sentimientos nos perjudican. Yo sé muy bien que los *Patres* se encargan de nosotros y tratan de cuidarnos como padres. Yo ya he sabido por otros coterráneos míos que ellos nos tratan como a hijos, nos quieren y nos proveen y no tenemos nada que temer de ellos, pero los españoles han engañado en demasía a nuestros antepasados; su amabilidad era una traición y una amistad simulada, pues sólo trataron de hacernos *esclavos* y matarnos a azotes y, como si nosotros no fuéramos seres humanos como ellos y no tuviéramos entendimiento, nos emplearon como bestias de carga. [Si] nosotros quedábamos postrados bajo la carga, colocaban la carga sobre algún otro y nos dejaban tirados en el campo y perecer de sed como animales. Desde esos tiempos nosotros no hemos podido aguantarlos y los hemos perseguido como a nuestros peores enemigos hereditarios. Ahora ellos quieren atraernos mediante la bondad y en cuanto yo conviniere con ellos una amistad, me perseguirían y me oprimirían como a su peor enemigo. Yo tengo entre mi gente una estimación mayor que vuestro jefe; el hacerme un vasallo de los españoles sería pues para mí una afrenta. Ellos son hombres atrevidos y cuando cautivan alguno

Llegada del cacique
Ariacaiquin

Su plática

de los míos, lo tratan peor que nosotros a ellos. Preguntad a sus hijos que llevamos cautivos con nosotros [y] los que tenemos aún aquí con nosotros si carecen de algo y si no están contentos a nuestro lado. Los queremos y los tratamos como a nuestros propios hijos; no los cargamos con otros trabajos fuera de que de cuando en cuando miren en el campo por nuestros caballos. Pero los españoles tratan a nuestros hijos como si fueren perros. Vosotros, Padres (el *cacique* se tornó hacia los *misioneros*) os compadecéis de nosotros y de nuestros hijos. Bien sé que sois gentes diferentes a los españoles. Los españoles tratan de enriquecerse aunque nosotros somos pobres y ya que ellos no pueden arrancarnos nada nos quitan aun la vida. Yo viviría todavía de buen grado con vosotros los padres pero no con los españoles.

Los *Patres* le aseguraron que no todos los españoles eran iguales y que él no se mostrara contrario a todos los españoles pues entre ellos había igualmente quienes tenían buenas intenciones, tan buenas como de los mejores amigos. Ante esta respuesta el *indio* sonrió y dijo: —Vosotros debéis ser muy buenos amigos de los españoles; ¿acaso sois inducidos por ellos para engañarme a mí y a los míos? Si es así, no fiamos tampoco de vosotros. Dejad estar hasta otra ocasión; yo seguiré considerándolo y consultaré con los míos.

Como los *Patres* ya notaron la desconfianza que este *bárbaro* guardaba contra los españoles, creyeron conveniente no seguir tratando con él en esta ocasión, diéronle algunos regalos y con la mayor pesadumbre lo dejaron, pero le prometieron que si permaneciere ahí por algunos días, ellos le visitarían frecuentemente. El *bárbaro* les prometió que permanecería todavía en este lugar para ver cómo se portarían para con él los españoles.

Todos en la ciudad ansiaban recibir una noticia alegre y ante todo el *comandante*, que se empeñó mucho en hacer amigo a estos *bárbaros* trabajosos. Oída la noticia, resolvió visitar en persona a ese *cacique*; por lo tanto, al día siguiente cabalgó sólo en compañía de los dos *Patres* y del *lenguaraz* y llevó consigo muchos regalos para el *cacique* y sus compañeros. Pero fue recibido por el *cacique* con cara adusta. El *comandante* se mostró lo más amable con él y le comunicó por el *lenguaraz* el propósito de su venida. El *cacique* respondió poco a la exposición, pero escuchó todo en silencio. Al final se dirigió al *lenguaraz* y dijo: pregunta a estos *Patres* si yo debo creerle y si en realidad piensa así como habla.

Los *Patres* le aseguraron que él tenía tan buenas intenciones para con él como ellos mismos. El *cacique* opuso: —¿Pues cómo él puede ser como vosotros? Él lleva una ropa distinta a la vuestra. Él manda a sus soldados que nos maten, pero vosotros no. Él nos persigue con la espada, pero vosotros buscáis beneficiar y cuidarnos. Él debe ser un hombre diferente. Los *Patres* le respondieron que él era el comandante en la ciudad y el jefe; tenía el deber de proteger a sus subordinados contra todos los asaltos enemigos como lo haría él [el *indio*] si alguien atacara a sus subordinados. Pero como no quería seguir empuñando la espada contra ellos, había venido con manos inermes, para hacer amistad y a reconciliarse con él; que [el *cacique*] desechara esta mala opinión acerca de los españoles y se conviniera con ellos.

Sí —dijo el *cacique*— bien lo quisiera yo, pero no se puede tener confianza. Él es completamente diferente a vosotros. Decidle que se quede con sus españoles; yo me quedo con mis coterráneos. Si quiere seguir teniendo qué hacer con nosotros, que demuestre ser más valiente que nosotros. Con su fusil no puede dañarnos tanto como nosotros con nuestra arma arrojadiza, pues antes de que lo cargue con bala, nosotros hemos enviado doce flechas contra él. Yo y todos los míos queremos a vosotros, pues no hacéis mal a nadie. ¡Mirad y cuidad que él no engañe también a vosotros!

El *comandante*, al escuchar esta plática que el *lenguaraz* le tradujo, palabra por palabra, enrojeció mucho de vergüenza, pero no la dejó notar mayormente y aconsejó amigablemente al *cacique*: que tuviera una opinión diferente sobre la *nación* española; si no quería confiarse en ellos, que tuviera confianza a los *Padres*. Y quedaba librado a su voluntad si quería vivir con los españoles o con los sacerdotes presentes. Si quería estar lejos de los españoles, le sería igualmente gustoso [al *comandante*] que viviera a distancia, junto con estos dos sacerdotes, como con los españoles en la cercanía, pero, que primero lo visitara en la ciudad.

Sí —dijo el *cacique*— voy a hacerlo, pero los sacerdotes no deben abandonarme jamás en la ciudad.

Tras esto se levantaron todos; el *cacique* montó sobre su caballo y cabalgó con el *comandante* y los sacerdotes a la ciudad que se alborozó sobremanera y contempló al *cacique* con la misma alegría de los judíos, si llegara su supuesto *Mesías*.

La alegría en la ciudad fue general y ésta la dio a conocer evidentemente al *cacique*. Este fue conducido a la vivienda del *comandante*, pero de continuo debieron acompañarle los sacerdotes, en cuyo medio cabalgó en todo tiempo. Los regalos que le fueron aportados por los habitantes le agradaron mucho. Él quedó en la ciudad durante una noche; a la mañana temprano comenzó a tener miedo y pidió se le dejara partir. Si hubiera quedado aún este día, no hubiera podido retirar los regalos⁹⁶.

Empero, tuvo que dejar abandonados muchos, sin haber dicho si mandaría retirar los demás, pero todo fue remitido en pos de él [y] los sacerdotes se lo entregaron. Demostró un gran agrado por esta atención de haberle remitido lo dejado, agradeció y dijo a estos dos padres: —Yo les agradezco la amabilidad que vosotros me habéis demostrado; me alegro por la amabilidad de los españoles, pero sin embargo no me fío de ellos. Si ellos desean tener paz con nosotros, venid entonces vosotros con nosotros, pues yo no quiero vivir cerca de los españoles. Todavía han de querer hundir a vosotros junto con nosotros. Dentro de poco os visitaré otra vez.

¡Oh, cuán desventurado fue este pobre *cacique indio*!, pues al medio mes después se hizo convencer por los suyos de marchar contra *Córdoba*, para robar y matar allá. Partió con doscientos o trescientos *bárbaros* a la región de la ciudad de *Córdoba* y se trabó en una sangrienta escaramuza con los españoles que marcharon a su encuentro. Si bien los *indios* vencieron, este *cacique* fue muerto sin embargo por una bala. ¡Cuántas veces he oído hablar de esto por mis *indios*, pues los más estuvieron presentes! En

El *cacique* se va a la ciudad

Infeliz muerte del *cacique Ariacaiquin*

96 / Por ser obsequiados en exceso.

Cithaalin quiere
vengar la muerte
de su hermano

esta *batalla* se había encontrado también mi *cacique* preferido, de nombre *Domingo Nevedagnac*. Este había recibido entonces también un buen descalabro, pues un español le había pasado la lanza por sobre el pecho, desde un costado al otro. La buena suerte fue que la lanza había pasado por entre el esternón y la piel, pero él habría perecido por una segunda lanzada, si otro valiente *indio* de nombre *Baltasar Dacaguin* no hubiera muerto con rapidez al español. Recuérdense los nombres de estos dos *caciques indios*, pues en el transcurso de mi relato serán mencionados frecuentemente.

Ahora había muerto el sobredicho *cacique Ariacaiquin*, y toda la ciudad de *Santa Fe* se hallaba azorada, porque ella preveía que los *bárbaros*, a causa de la muerte de su *cacique*, se meterían en lo futuro, no sólo con *Córdoba*, sino también con ellos. Con esta muerte parecía haber desaparecido también la esperanza que estos *indios* se amoldarían alguna vez a una *reducción*. Este *cacique* muerto tenía un hermano de nombre *Cithaalin* que también encabezaba hasta trescientos *bárbaros* y con ellos correteaba cerca de *Salta*, *Tucumán*, *Córdoba* y *S. Tiago* y cometía grandes asesinatos y rapiñas. Cuando este *Cithaalin* supo que su hermano había sido muerto por los españoles, comenzó a rabiar con gran furia contra los españoles. En seguida marchó contra la ciudad de *Tucumán*, que se halla erigida en la *provincia* de *Tucumán*; se encontró con cincuenta hombres de tropa españoles y los aniquiló a todos. En seguida se dirigió contra *S. Tiago del Estero* y aterrorizó a toda la región; también allá asesinó hasta quince personas. De ahí se dirigió contra *Córdoba*, donde en una pequeña aldea llamada *Sinsacate*, dio muerte a muchos hombres y mujeres y llevó cautivos a los niños. Al fin volvió otra vez cerca de *Tucumán* y produjo en la región una gran inseguridad y mató a todos los viajeros. Se atrevió aun a otro ataque, que fue el último, y asaltó otra vez la región de *Tucumán*, cautivó muchos niños de ambos sexos y trató de ponerse pronto a salvo en un bosque distante de *Tucumán* unas veinte leguas. Los españoles supieron que pararía allá y le persiguieron con quinientos hombres. Enviaron adelante un *avant-garde* [vanguardia] a *reconocer* con sigilo los contornos. Estos vieron en completo sigilo en la selva las pisadas frescas de los caballos *indios*. Los españoles enviaron a la noche dos jinetes a revisar el bosque y [éstos] hallaron al *cacique Cithaalin* con toda su gente al otro lado del bosque a orillas de un río. Las fogatas encendidas los habían traicionado; ellos vieron que los *indios* estaban sentados sin cuidado, al lado de sus fuegos. Estos dos españoles descendieron de sus caballos, se arrastraron por el suelo hasta más cerca y reconocieron a sus niños compatriotas que estaban sentados con los *indios* al lado de los fuegos y comían junto con ellos. Tras este reconocimiento los dos españoles retrocedieron, montaron rápidamente a caballo y cabalgaron hacia su tropa. Sabida la noticia, se hicieron los preparativos de *atacar* en la madrugada, al romper el día, a los desprevenidos *bárbaros*, lo que se realizó también con felicidad. Los españoles se acercaron a buen tiempo y descerrajaron sus fusiles contra los *bárbaros*, pero con el cuidado de no matar algunos de sus coterráneos cautivos. En seguida los *bárbaros* saltaron a tomar sus lanzas. Entonces los españoles pudieron hacer una *salva* más segura contra ellos. Algunos *indios* fueron muertos, otros quedaron *blessiert* [he-

Él es ahuyentado

ridos] y el *cacique Cithaalin* recibió una bala en el muslo derecho, pero tenía su caballo ahí cerca, saltó sobre él y emprendió la fuga junto con los demás, abandonando los niños cautivos. Los *indios* huyeron en parte por el río, en parte por el bosque; dejaron una buena cantidad de sus caballos que todos fueron tomados, junto con los hijos de españoles. El *comandante* dejó cien hombres para proteger el botín y persiguió con cuatrocientos hombres a los fugitivos. En el camino encontraron de vez en vez algunos *indios* fugitivos de a caballo, que en seguida fueron tomados prisioneros. La cantidad de prisioneros llegó a doce personas, pero el *cacique Cithaalin* se les había escapado.

Este golpe tan inesperado abrió los ojos del *cacique Cithaalin*. Él pensó ya en tomar otras medidas y vivir más tranquilo. Sabía que su hermano había concertado ya alguna amistad con los españoles y había estado dispuesto a admitir padres espirituales y *Patres* que debían haber vivido con él. Después que hubo sanado de su *blesure* [herida], resolvió marchar a la ciudad de *Santa Fe* y hacer conocimiento con los españoles. *Cithaalin* era un *indio* atrevido, rencoroso e iracundo. Cabalgó con otros diez hasta cerca de la ciudad y solicitó que se le enviaran dos *Patres* para tratar con ellos. En seguida estuvieron prontos el *P. Francisco Burges* y *José García* y cabalgaron a las afueras de la ciudad. A la vista de los *Patres* que se le acercaron, el *cacique Cithaalin* comenzó a sonreír y les preguntó: ¿Queréis ser pues nuestros padres? Yo soy el hermano de *Ariacaiquin*, a quien los españoles han asesinado cerca de *Córdoba*. ¿Sois vosotros aquellos con quienes él habló en [tiempo] pasado? Los *Patres* contestaron con un sí y que lo mismo como lo habían prometido a su hermano, le prometerían marchar también con él hacia dónde y cuándo fuese de su agrado; que él entrara con ellos a la ciudad, seguro que no le ocurriría ningún mal y sería recibido amigablemente por todos; ellos considerarían mejor este asunto y lo arreglarían de un modo perfecto. La ciudad fue avisada de esta novedad fortuita y muchos españoles cabalgaron hacia fuera de la ciudad para ver y saludar a este nuevo inesperado huésped. Los españoles reconocieron en seguida el pájaro, porque les había causado tanto trastorno y ellos habían peleado frecuentemente con él. Les era conocido bajo el nombre *Poste mudo*, que desde mucho tiempo los españoles le habían dado por apodo a causa de que cuando se volvía iracundo y quería hablar, no podía pronunciar de ira apenas una palabra, ya que este nombre quiere significar: «der stumme Stock» [el poste mudo].

Cuando *Cithaalin* vio venir tantos españoles desde la ciudad y que otros ya acompañaban a él junto con los *Patres*, dijo *Cithaalin* a los *Patres*: —¿Qué quieren éstos aquí al lado mío? Yo he llamado sólo a vosotros pero no a ellos. Mejor sería que se quedaran en sus casas; yo no necesito que ellos me conduzcan como a un prisionero. Yo no soy un prisionero, *Pater*, díles que se vayan a sus casas. Vosotros me bastáis para indicar el camino a la ciudad.

Los *Patres* aconsejaron en seguida a los españoles que se retiraran y regresaran a la ciudad, lo que hicieron y dejaron a los *Patres* y el *cacique*. Ellos quisieron conducirlo al *comandante* para que hablara con él, pero se opuso y dijo: Llevadme a vuestra casa, pues el *comandante* no me ha obligado por sus armas a aparecer ahí; si él quiere hablar conmigo, ya sabrá dónde estoy.

Él vuelve y pide
Patres

Ellos llegaron después al *Collegium*; todos los *Patres* salieron de sus cuartos a saludar al *cacique* y éste se mostró amable para con ellos y preguntó adónde estaba su *capitán*⁹⁷. Se refería al *P. Rector*, que ya estaba presente. Cuando éste se anunció, le dijo *Cithaalin*: —Vea, estos dos *Patres* deben ir conmigo, ¿estás conforme?

—No sólo estoy conforme, sino muy regocijado —contestó el *P. Rector*— y si necesitáis más *Patres*, ¡pedidlos!; tengo aún muchos otros.

Los demás *indios*, sus compañeros, no dijeron palabra alguna, pero miraron siempre en derredor y observaron todo en la casa. Fueron conducidos a la iglesia, la que les gustó en el mayor grado; el *cacique* volvió después a hablar y dijo: —Tenéis tan lindas cosas y edificios en vuestras ciudades, ¿por qué no quedan los españoles en sus ciudades y casas? Esto sería mejor, en lugar de perseguirnos por centenares en nuestros campos y bosques. ¿Qué cosa mejor buscan entonces entre nosotros cuando ellos poseen más que nosotros? Si yo tuviera tal oportunidad y pudieran vivir en semejantes casas, no las abandonaría jamás.

El *cacique* fue consolado, que tuviera paciencia por unos pocos meses y le sería edificada una aldea y también una linda casa.

Él repuso: —Si es así, volveré y entonces viviré con vosotros, pero ¿vivirán también españoles entre nosotros?

Hasta donde fuera necesario —contestaron los *Patres*— y a él agradara, podrían vivir también algunos españoles a su lado.

No —dijo el *cacique*—; yo bien quisiera hacerme amigo de ellos, pero no quiero tenerlos tan cerca de nosotros, pues ellos no proceden humanamente con nosotros. Los perros tienen entre nosotros mejor vida que nosotros entre ellos [los españoles]. Con el tiempo ellos se volverían falsos, pues no cumplen su palabra, simulan ser amigos pero en nuestro perjuicio. Pero vosotros no sois tan egoístas: vosotros nos ayudáis a trabajar, nos alimentáis, no lleváis armas, enseñáis y cuidáis nuestros niños. A éstos los compadezco si en alguna ocasión fueran cautivados o muertos en el campo por los españoles u otros. Yo ya quiero procurarme la tranquilidad para mí y mis hijos.

En el ínterin había llegado el *comandante* para ver a este nuevo huésped y saludarlo. *Cithaalin*, según su hábito, no mudó su cara de patriarca⁹⁸ [jefe de tribu] y ceñuda, pero el *comandante* se mostró muy amable para con él: le invitó a su vivienda, donde quería darle hospedaje y alimento hasta cuando le gustara quedarse en la ciudad. *Cithaalin* se dirigió al lenguaraz y le dijo: —Pregunta a los Padres si yo puedo ir con él.

Sí —contestó el *P. Burges*— podría visitarlo con plena seguridad pues este señor podría influir en el máximo modo que se estableciera pronto la *reducción*.

—Así sea, yo le visitaré —dijo, pero que esperara hasta que hubiera descansado, él estaría perezoso para ir ahora a su vivienda. El *comandante* se quedó a almorzar en el

97 / Según Dobrizhoffer (*opus cit.*) la voz española «capitán» era conocida por casi todos los *indios* como de jefe. Los *caciques* aspiraban a ser llamados «capitanes» mientras la voz de *cacique* no cundió mayormente.

98 / *altväterisch*, i. e. patriarcal. En el presente caso denota «dominante».

Collegio mientras en la cocina se puso una gran olla con carne y verduras para dar un almuerzo también a los *indios*.

El *cacique* debía ir también al *refectorio* a la mesa, pero no quiso pues —como dijo— él no estaba habituado a estar sentado a lo alto sobre una silla: la tierra era el mejor asiento para él. Le gustaría más comer en el patio bajo un árbol, con los suyos; no estaba acostumbrado a la comida española. Quedó preparado el almuerzo; los *indios* estuvieron sentados en el patio bajo un árbol; tenían en el centro la olla; el *cacique* estaba sentado entre ellos como un cualquiera y ellos comieron que era de admirarse. Tampoco les faltó el pan que les agradaba especialmente; la bebida fue el agua.

Cuando el almuerzo estuvo terminado *Cithaalin* junto con su escolta fue con el *comandante* a su vivienda donde de nuevo hubo una gran olla llena de carne y pan blanco; ahí los *indios* comieron con gusto muy bien y tanto como si todavía no hubieren comido nada. Al anochecer *Cithaalin* quiso partir bajo la promesa que dentro de unos días se presentaría otra vez en la ciudad y trataría seriamente con el *comandante* la fundación de la *reducción*. Los dos *Patres* habían acompañado al *cacique* a la casa del *comandante* y también le acompañaron otra vez hasta fuera de la ciudad. Se despidió de los *Patres* y dijo que lo esperaran de vuelta pronto y él arreglaría con ellos lo ulterior.

Apenas habían transcurrido cuatro días, estuvo ya de vuelta delante de la ciudad este *cacique Cithaalin* con sus dos mujeres, seis hijos y su madre. Se vinieron sin tardanza al *Collegio* y preguntaron por sus Padres quienes condujeron a él y a toda su familia a la casa del *comandante* donde tuvo su alojamiento por ocho días en el primer patio y junto con su secuela fue alimentado abundantemente por cuenta del *comandante*. Durante este tiempo el *comandante* platicaba en presencia de los *Patres* con el *cacique*, le prometió apresurar su solicitud y comunicar ésta al *Gubernator* quien *exhortaría* al obispo a pedir del *P. Provincial* que nombrara dos *misioneros* para la nueva *reducción*.

Ha de saberse que cuando los *indios* solicitan una *reducción* se observa esta forma: el *comandante* ante quien se presentan los *indios* y piden una *reducción*, pregunta a los *indios* qué *Patres* piden, si *jesuitas*, *franciscanos* o también sacerdotes de otra orden. Los que ellos solicitan son propuestos al *Gubernator*. El *Gubernator* manda un informe al obispo y solicita que provea la *reducción* con preceptores hábiles. El obispo pide tales al *Provincial* de la orden que los nombra y los envía en seguida. Después se envía la licencia por el *Gubernator* en nombre del Rey a los *Patribus* para que ellos a su gusto puedan elegir un lugar para la nueva *reducción* y les *cede* en campos y bosques un terreno de seis leguas de ancho para la manutención del ganado necesario. Estas seis leguas pueden ser tomadas desde el *Sud* al *Norte* o desde *Este* a *Oeste*. Tales leguas se reparten así: en caso que el *misionero* dice que toma el fondo desde *sud* al *norte*, cuenta entonces desde la aldea hacia el *Sud* cuatro leguas y otra vez desde la aldea hacia el *norte* dos leguas. De esto informaré más cuando escribiré de la nueva *reducción S. Petri* que yo solicité desde 1760 y fundé al fin en el año 1766.

Volvemos a nuestro *cacique Cithaalin*. Éste después de haber sido bien atendido du-

De qué modo se
procede cuando los
indios piden una
reducción

rante ocho días y junto con toda su familia haber sido obsequiado por la ciudad, prometió al fin que regresaría una vez más a la tierra selvática a platicar con sus demás *indios* y volver a los tres meses con su gente y las *familias* de la misma a tomar posesión de aquel campo que le sería conveniente. Todos en la ciudad se alegraron; las ciudades de *Córdoba*, *Tucumán*, *S. Tiago* y la ciudad de *Santa Fe* prometieron dar una contribución en ganado para que los *indios* ni bien vinieran, tuvieran también su alimentación. Esta contribución alcanzó hasta tres mil cabezas de ganado vacuno⁹⁹ y no recuerdo cuántos cientos de caballos que todo esto habían dado los españoles, cada uno en sus posibles, para ayuda. La utilidad que surgiría para todas estas ciudades por esta *misión* era [la de] una tranquilidad deseada y la seguridad de conservar su ganado y estar protegidas contra otros *indios* salvajes¹⁰⁰.

Llega otro cacique
Aletin

Mientras tanto cuando todo esto ocurría y *Cithaalin* cabalgaba por la naturaleza selvática para la propaganda, se hizo ver al lado de la ciudad otro *cacique* con su gente. Su nombre era *Aletin*. El *cacique* era un hombre grande y grueso, ciego de un ojo. Correteó el ganado y los caballos que pastaban sobre el campo de los que arreó una buena tropa. El *comandante* de *Santa Fe* estuvo a caballo en seguida con sus soldados, partió y a ocho leguas de la ciudad alcanzó al *cacique* y su gente, los sorprendió de improviso y les quitó todo cuanto habían dejado abandonado. Con este botín volvió a la ciudad.

A los pocos días después de esta acción, enfermó el *comandante don Javier de Echagüe* y murió en vísperas de su santo patrón nominativo *Francisci Xaverij*. Toda la ciudad deploró este fallecimiento de un *officier* [oficial] tan excelente y devoto.

Esto fue comunicado en seguida a *Buenos Aires* y en lugar del difunto fue nombrado *comandante don Francisco Antonio de Vera Muxica* (se lee *Muchica*) [ortografía alemana]. Aunque este señor no podía mostrarse tan llano y amistoso con los *indios* pues tenía el aspecto de un hombre severo, no era en cambio tan experto en *máximas militares* como el difunto. Mostró un especial espíritu *autoritario* pero adhirió a esa opinión que se atrajera a los *indios* mediante la bondad. Desde entonces él apresuró celosamente la *reducción* ya apalabrada. Envió en seguida un medio *escuadrón* de sus soldados al campo a buscar donde poder dar con algunos *indios* para convencerlos a venir a la ciudad. El malogrado *cacique Aletin* con su gente se dejó ver por ellos y a distancia hizo unos preparativos como si quería proceder hostilmente contra ellos. Pero los españoles se detuvieron y le hicieron señas de amistad, bajaron sus armas y ambos [grupos] se acercaron. Ellos [los españoles] realizaron lo propuesto mediante

99 / La entrega efectiva llegó sólo a trescientas cabezas.

100 / *wilde*. Reaparece aquí este adjetivo (vertido como salvaje) que el autor usa para designar los naturales. Esto nos induce a suponer que él tuvo a la vista, bien sea algunos apuntes en latín del P. Francisco Burges o el esbozo de la futura «*Relación de la fundación de los mocovíes*» escrita por este mismo Padre y existente en el Archivo de la Provincia de Aragón, en Barcelona, a página 359 según Félix F. Outes, en su *Diario del viaje, etc. del R. P. José Cardiel*, publicado por la Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires, 1930.

las preguntas: cuándo se dejarían estar tranquilos desde que veían que los españoles como ofendidos por ellos se mostraban tan amistosos frente a ellos. Les contaron que el *cacique Cithaalin* (este era casado con una hermana del *cacique Aletin* de nombre *Cainet*) quería establecer dentro de un par de meses con su gente una *reducción* y ya había elegido los *Patres* destinados a ella.

Aletin se sorprendió ante esta noticia; quiso conocerla más detenidamente [y] habló entonces así a los soldados: que se volvieran interin a la ciudad; él recabaría informes cuál sería la intención de *Cithaalin* y si éste tuviera semejantes pensamientos, él tomaría iguales resoluciones. Ambos [bandos] se separaron con demostraciones de amistad. *Aletin* había recogido pronto la nueva, fue rápidamente a la ciudad de *Santa Fe* y por lo primero al *Collegium*, preguntó dónde estaban los *Patres* que acompañarían a *Cithaalin* en la *reducción* bajo la manifestación que él también sería igualmente apto para fundar con su gente una *reducción*; que los *Patres* marcharan con él y les mostraría un lugar donde era conveniente asentar la gente.

Solicita *Patres* y...

Fue difícil resolver esto por cuyo motivo para eludir todos los contratiempos y las perturbaciones acaso surgentes de ellos, los *Patres* dijeron que *Cithaalin* había arreglado ya todo para la fundación del pueblo; por esto sería aconsejable dejar pasar los meses indicados y esperar la venida del mencionado *cacique*. Si éste no apareciera en el tiempo fijada o al corto tiempo más tarde, ellos admitirían su solicitud y comenzarían con él la *reducción*.

Tan empeñado estuvo *Aletin* que ya no quiso retirarse de *Santa Fe*. Le fue pues indicado para su permanencia cerca de la ciudad un lugar donde el *Collegium* tenía un pequeño cortijo con el nombre de *Chacarita* (léase Schacarita) [pronunciación alemana]. Allá fue alimentado y atendido con toda su *familia*; tenía consigo también unos doce *indios* que todos eran de su parentela. Ellos visitaron frecuentemente la ciudad y el *Collegium*, demostraron siempre un gran deseo y anhelo por una *reducción*. ¡Gran paciencia por parte de un *indio* de inclinaciones inconstantes de permanecer en un mismo lugar por tres meses e insistir en su *pretensión*!

El tiempo transcurrió y los meses se terminaron pero *Cithaalin* aún no quiso aparecer ni se pudo obtener una noticia de él porque se hallaba distante de *Santa Fe* hasta unas trescientas y aún más leguas. Se estaba a mediados del cuarto mes y aún no se presentaba *Cithaalin*. Por lo tanto se resolvió que en el interin se entregaran los *Patres* a *Aletin* y que no se suspendiera por más tiempo el comienzo de la *reducción*; que fuere *Cithaalin* o *Aletin*, el establecimiento del pueblo quedaba de todos modos en la parentela de ambos.

Aletin recibió pues los *Patres* y viajó con ellos hasta el lugar donde había estado la ciudad de *Santa Fe* distante dieciocho leguas de la nueva ciudad de *Santa Fe* al lado de un brazo del río *Paraná* que entra en el río *Colastiné* cerca de *Santa Fe*. El lugar era accesible por tierra y por agua; tenía una buena situación y un contorno ameno pero habitado por muchos tigres. En seguida se hicieron los preparativos de edificar una iglesia y viviendas para los *Patres*; en esto ayudaron hasta doscientos españoles que

Recibe a los *patres*

eran *comandados* por un *capitán*. Otros soldados fueron enviados a reunir el ganado regalado por los españoles y a traerlo a esta región¹⁰¹.

Aletin demostró un gran placer por estos preparativos y aunque el *indio* es el hombre más haragán en el mundo ni ha aprendido la menor cosa de un trabajo, es sin embargo apto de imitar lo que ve. Para invenciones y cosas *especulativas* se encuentran en *América* pocos *indios* selváticos que tuvieran habilidad, ¿o es que ellos son tal vez demasiado inconstantes en su *fantasía* o pensamiento? *Aletin* demostró gran valor y empeño de ver pronto una iglesia y las viviendas para los *Patres*; animaba su gente y la incitaba al trabajo con su ejemplo porque él mismo pisaba el barro para ladrillos *egipcios* [adobes] y lo amasaba con los pies. Los soldados enviados debieron también trabajar reciamente. Entre nueve personas que parcialmente alisaban, parcialmente aportaban el barro y el agua, fabricaron dentro de ocho días catorce mil ladrillos. Otros estuvieron ocupados en abatir troncos, labrarlos para cumbreras, puertas y tales cosas necesarias. Otros cortaban carrizos y cañas para cubrir todo. Dentro de un mes quedaron levantadas una iglesita y cuatro viviendas para los *Patres* y sus avíos y trastos caseros. Los españoles de la ciudad se quitaron las cosas de que podían privarse tanto en mesas, servicio de mesa, vasijas de cocina y también imágenes para la iglesia. Todos trabajaron empeñosamente en establecer pronto esta *reducción* y diariamente era esperado *Cithaalin* pero transcurrió un día tras otro sin oírse algo de él.

Tras haber sido erigidas la capilla y las viviendas de los *misioneros* los soldados junto con sus *oficiales* se despidieron y regresaron a la ciudad. Recién habían reunido trescientas cabezas de ganado y arreado a pastar en el campo aledaño. Ahí comenzó el tragar. Eran más o menos unos dieciocho *familias* de *indios*, calculada una *familia* en nueve almas; había que darles de comer bastante. Dentro de tres días se carnearon seis reses vacunas para todos, pero parecía que los *indios* no se contentaban con tan poco¹⁰² y se quejaban por padecer hambre aunque fuera de esto mataban muchos tigres, avestruces, ciervos y semejantes para su sustento. Ellos querían que se carneara diariamente. El *P. Francisco Burges* como párroco y hombre muy afectuoso les hizo una enérgica advertencia que no se creyeran que serían mantenidos siempre con bastante alimento por los españoles; que sólo era un comienzo de ayudarles; luego ellos mismos tendrían que remediarse y ocuparse en su subsistencia. Algunos cabalgaban al campo y enlazaban con sus lazos arrojados la mejor vaca, fuera mansa o arisca, preñada o no preñada para matarla y destinarla a su propia choza sin que el *misionero* hubiera tenido antes noticia de esto. Ninguno quería carnear ni comer bueyes ni toros; ellos querían tener para su alimentación sólo las vacas y con prefe-

101 / La *reducción* de *S. Francisco Javier* se fundó en agosto de 1743. Primero se ofreció el *P. Carlos Gervasoni*, italiano, para misionero por haber ya actuado entre los mocovíes, pero como no era bastante joven para aprender ese idioma cuyo estudio aún no se había iniciado fue enviado el *P. Burges* aunque primero había sido designado para la cátedra de teología en la Universidad de Córdoba. (Charlevoix, *Histoire du Paraguay*, Livre XXI).

102 / *so weniges* complemento adverbial que aquí denota: esta cantidad.

Comienza a construir una iglesia y viviendas para los *Patres*

Los españoles aportan también su parte

El *P. Francisco Burges* fue el primer sacerdote de la *reducción*

rencia aquellas que al segundo o tercer día después debían haber tenido terneros. Éstas fueron las primeras advertencias de la ulterior evolución de su cargo apostólico.

De seguro que estos *indios* tenían comida en abundancia pero ellos querían tener todos los días una carne recién carneada; tiraban la del día anterior a los perros que ellos quieren muchísimo y prefieren padecer hambre más bien antes de hacer carecer algo a sus perros.

No había otro medio para enmendarlos que nombrar jefe de los cuidadores a un español que pronto se obtuvo desde la ciudad, mas éste aullaba con los lobos. El *P. Burges* se empeñó en reprocharles esto y de amonestarlos seriamente que si ellos querían mantenerse reunidos, tal conducta sería muy inútil para la existencia de su propósito [y] que por lo tanto fueren más moderados por lo primero en no matar tanto ganado [y] por lo segundo en dejar a salvo las vacas pues los bueyes y toros no les parirían terneros y en cuanto ellos hubieran terminado de comer todo, ¿de dónde recibirían una contribución, especialmente cuando dejaban en el campo el cogote, cabeza, espinazo, patas y entrañas, para comistrajo a las aves y los tigres? Ellos le contestaron que no se preocupara; cuando ellos habrían comido este ganado, podrían vivir también de pura caza montesa como antes; ellos ya buscarían de que alimentarse. —Pero —repuso el *Padre*— el fin y el objeto eran que ellos se resolvieran a una vida cristiana y no a una paga como antes, los que no podrían realizarse en cuanto ellos se verían obligados a buscar como antes su alimento en los bosques. La causa porque ellos eran alimentados por los *Padres* era para que por la alimentación no tuvieran motivo de alejarse de la continua instrucción por sus sacerdotes nombrados; de otro modo no vivirían como cristianos sino cual paganos como antes; por esto sería inútil que los *Padres* se preocuparan de ellos y padecieran grandes penurias junto con ellos a las que no estaban habituados pero que habían aceptado y junto con ellos padecían en tanta medida por el cariño a su bienaventuranza temporal y eterna.

—Pero —dijeron ellos— los españoles han dado todo este ganado para nosotros y para nuestro alimento; por lo tanto nosotros somos sus dueños. Nosotros lo sabemos porque ellos nos han dicho que ahora ya no viviéramos a la manera nuestra sino a la española; nosotros éramos tan libres como cualquier español que puede hacer con lo suyo lo que él quiere. Los españoles carnean cuando quieren; comen lo que quieren; nosotros somos libres y ni prisioneros ni *esclavos*; ¿por qué nos haremos medir por ti la comida y el alimento? Déjanos no más comer reciamente, cuando maduró, maduró [terminó]. En su lengua denota: *Jeme onomaloti jeme*. ¡Oh, en tales circunstancias se necesita una buena coraza!

Los españoles disolutos les habían propinado todas estas enseñanzas en que los *indios* se empecinaban porque les hablaban conforme a su *apetito* e inclinación. No puedo decir otra cosa sino lo que he notado por la experiencia y durante muchos años que he pasado en *Las Indias*: si los *indios* tuvieran siempre un trato libre con los vecinos honestos de la ciudad, sería ello un gran aporte a la enseñanza por los *misioneros* pero como por lo común el populacho vulgar se roza con ellos, no aprenden nada bueno sino unas enseñanzas contrarias a la moral cristiana. Los soldados españoles

Malas enseñanzas
por los españoles

La distancia de los españoles es necesaria y útil para los *indios*

les habían puesto sobre la lengua todo cuanto los *indios* respondieron al P. Burges. Por esta causa fue ordenado seriamente también por la Corte española que se impidiera en lo más posible la comunidad entre españoles e *indios* y no se permitiera que entre ambos se realizara una acción común. Tal como yo anotaré más ampliamente en el transcurso de este informe.

Los españoles no desean otra cosa sino que los *indios* se mantengan sosegados para que ellos puedan ejercer en paz su comercio. En lo demás no les importa nada si son paganos o cristianos. ¡Oh cuántas veces he debido oír esto también de españoles de una diferencia con los demás! Tales enseñanzas prenden en el espíritu de los *indios* con tal fuerza que no se les puede deshabituarse de ellas. Yo llamaba tales *indios* unos puros incrédulos y a sus maestros podría conceptuárseles *anticristianos* españoles. Entre los españoles no hay otro deseo sino que los *indios* se mataran mutuamente con reciedad; en lo demás aunque se fueran al diablo el país estaría sin embargo tranquilo.

Si el mal y las malas enseñanzas habrían cesado con la partida de los españoles, hubiera bastado para el bien, pero la cercanía de la *reducción* al lado de la ciudad habría sido la perdición de estos *indios* si con el tiempo la localidad no habría sido abandonada y alejada más hacia la naturaleza silvestre. Pues diariamente ocurrían las visitas por parte de los españoles y lo mismo por parte de los *indios* a la ciudad. *Familias* enteras fueron invitadas a que permanecieran en las *estancias* españolas cuanto tiempo quisieran. ¿Qué les importaba a los españoles que éstas ya no aparecieran en su *reducción* por dos o cuatro meses y quedaban al lado de los españoles? Pues tenían bastante que comer y tales cristianos españoles no se preocupaban mayormente si ellos cazaban una que otra vaca ajena en el campo y la carneaban para el alimento de los *indios* que paraban ahí. Con esta oportunidad los españoles empleaban el trabajo y ayuda de los *indios* en la agricultura, esquila de ovejas y en la caza de caballos cimarrones. Ellos les daban de comer abundantemente pero no de lo propio; les pagaban a la vez sólo la mitad del dinero que de otro modo tenían que pagar a sus compatriotas; o los hacían esquilar ovejas por ocho o más días y después del gran trabajo los *indios* volvían a casa con un poco de lana de tres o cuatro ovejas y creían no obstante haber obtenido el mayor *profit* [provecho]. Los españoles aconsejaban a los *indios* con mucho celo pero bellacamente que era mejor cultivar la comunidad con los españoles antes de estar sometidos a los *Patres* pues los españoles les pagaban el trabajo, pero los *Patres* les abonarían jamás su trabajo porque ellos debían trabajar para mantener todo el pueblo, mientras en cambio entre los españoles recibían paga y la aprovechaban solos. El asunto llegó a tanto que los *indios* no querían trabajar de ninguna manera salvo que su *misionero* al igual de los españoles les pagara.

¡En cuántos apuros se halló este nuevo *misionero*! Los *indios* no consideraban que ellos y sus *familias* eran alimentados de continuo en el pueblo, que recibían de éste todo lo necesario, que ellos podían dedicarse sin cuidado ni pena tanto a su bienestar temporal como eterno de sus almas, sin impedimento, más con la mayor comodidad.

¡Pero, con cuánta facilidad se deja seducir un bobo! Si bien ellos no se dejaban engañar tan fácilmente en lo que importaba a su propio provecho. El gato, por más irracional que es, tiene sin embargo suficiente entendimiento de engañar y cazar al ratoncito. Yo me animo más bien a hacer comprender las reglas de la razón a un hombre pensativo y razonable que a un aldeano empecinado, mucho menos a tal selvático *indio* que vive cazando salvajemente tigres y *leopardos*. Finalmente no es de admirar que un *indio* se apegue tan cándidamente a sus prejuicios tan mal concebidos cuando en *Europa* muchas ideas semejantes, aún más salvajes, se encuentran en cabezas al parecer razonables. Los *indios* no deben ser inculcados tanto porque su incapacidad los disculpa. Pero tales gentes malévolas son mensajeros de *Satanás* que quieren substraer de la buena enseñanza de sus sacerdotes a los *indios* inclinados al mal e ignorantes. Todo parece ser puro *interés* a costa de los pobres e ingenuos *indios*.

¿Cómo no será seducida pronto esta pobre gentilidad si ella ha estado tanto tiempo entre los españoles de quienes oyeron tantas enseñanzas opuestas a la enseñanza de sus sacerdotes y vieron ejemplos tan seductores? Estas circunstancias dificultaron muchísimo su conversión y dieron al sacerdote un trabajo insoportable para impedir las. Los *misioneros* se dedicaron a hacer todos los requerimientos; ellos solicitaron del *comandante* que procurara de sujetar esta vagabundez de los *indios* lo que se realizaría del modo mejor mediante la prohibición que ningún español ocupara un *indio* para sus trabajos de labranza u otras obras sino que les aconsejaban más bien a permanecer en su *reducción*, atender a sus quehaceres y oír la enseñanza del sacerdote. Pero ¡qué remedió todo esto! Al principio esto no podía acometerse con un mayor empeño para que los *indios* no se disgustaran acaso.

Esta materia fue presentada por repetidas veces al *comandante* y [él] proporcionó también remedio pero sin seriedad alguna. Al fin él contestó a los *misioneros* que si bien él no aprobaba que los *indios* permanecieran en la mayor parte al lado o entre los españoles, tampoco el *misionero* podía ni debía prohibir a sus *indios* que tuvieran trato con los españoles pues éste sería el mejor medio de amansarlos e inducirlos a la amistad con los españoles.

Pero con fuerte insistir, enseñar y pedir el *misionero* había inducido a los *indios* en modo que no visitaran tan frecuentemente ni tampoco en tan gran cantidad a los españoles lo que notaron pronto en la ciudad y preguntaron a los *indios* por qué motivo venían tan raras veces a la ciudad y cesaban en visitarlos. Los *indios* les confesaron presto que el *misionero* les había prohibido y no veía de buen grado si ellos viajaban tan frecuentemente a la ciudad. Esto bastó para que ellos recibieran de nuevo una bella enseñanza de los españoles que les decían que no obedecieran en esto al *misionero*, pues él no tenía otra misión que enseñarles la doctrina cristiana, de alimentarlos y que el ganado y todo lo que los españoles habían aportado para su *reducción* era la propiedad de ellos; que no fueren como los *indios guaraníes* que debían trabajar como *esclavos* y eso sin remuneración; que ayudaran no más a trabajar a los españoles; entonces se ganarían muchas cosas útiles y percibirían su salario y pago. Estas

enseñanzas, perjudiciales al buen progreso de la *reducción* y al espiritual provecho de sus almas, motivaron de que los *indios* hicieron grandes daños entre el ganado, pues cuando a cualquiera se le antojaba, cazaba una vaca y la carneaba para su alimento; ¡más!, cuando ellos viajaban a la ciudad de *Santa Fe*, no omitían llevar consigo una buena provisión de carne. Algunos tenían la costumbre que el día anterior al de la carneada, retornaban de su paseo a la aldea pero una vez recibida la carne abandonaban otra vez la aldea. ¡No había que pensar que ellos a pedido del *misionero* hubieren trabajado! Ellos querían ser pagados por esto. Junto con esto importunaban al *misionero* con el continuo pedido que les diera tabaco, cuchillos, sombreros y otras cosas más y querían obtener de él cuantas se les ocurrieran. Si él les decía que no había existencia, amenazaban con ir a los españoles pues ahí obtendrían cuanto pedían; era sólo preciso de ayudarles por unos días en el trabajo; ellos ya habrían sabido por éstos que todo lo que el *Pater* tendría bajo su poder era para ellos; por lo tanto él no podría conservar esto para sí sino que debía repartir todo a ellos.

El *misionero* se asustó y se entristeció muchísimo por este reproche, pero les dio una serena respuesta y preguntó si ellos creían que vivirían continuamente a costas de los españoles sin que quisieran empeñarse en ganar mediante el trabajo lo necesario para su sustento. Eso que habían aportado los españoles era muy poco y sólo para aquellos que con su trabajo contribuirían en algo al progreso de la *reducción*, pero cuando esto se hubiera repartido por regalo, no tendrían nada más que esperar de parte de los españoles. Por esto ellos mismos deberían empeñarse luego en ayudar a la *reducción* de modo que siempre podrían obtener algo en cosas necesarias. Bastaba que al principio no tuvieran que preocuparse por su alimento y tuvieran ocasión de dirigirse al Dios verdadero. Ellos deberían ayudar diligentemente a trabajar para la comunidad, así habrían de recibir el premio por la ganancia en común.

Tal respuesta no les gustó y estimaron al *misionero* como un hombre avaro. El único consuelo que en estas circunstancias tuvo el *misionero* fue que el *Cacique Aletin* era todavía tan razonable y trataba de animar con buen consuelo al afligido *misionero* diciéndole que con el tiempo todo cambiaría. Él visitaba al *Pater* casi diariamente y preguntaba con cuidado si le pesaba haber dejado la ciudad y haber venido con ellos a la tierra selvática. ¡Ay, cómo no me pesaría! —repuso el *Pater*— no porque he abandonado mi *Collegium* sino porque comprendo que esta *reducción* con tan mala conducta de los *indios* y continuo ocio de sus habitantes no puede subsistir mucho tiempo por cuya causa toda mi fatiga y trabajo y cuanto padezco con ustedes quedará sin producto. Yo he venido aquí por amor a vosotros y a vuestras almas. Todo cuanto vosotros trabajáis es para vuestro bien y no para mi provecho. En mi *Collegio* he estado bien atendido, no he carecido de nada y nunca tuve necesidad de algo para venir junto a vosotros por [pedir] algo. Yo he vivido contento sin vosotros, ahora véis bien lo que padezco por el cariño a vosotros y en qué peligros, necesidades, aprietos y graves preocupaciones me he metido, especialmente porque veo que vosotros me abandonáis así y cuando yo quise ayudaros con mi labor vosotros no me prestáis ningún apoyo que sin embargo os podría ser de gran utilidad.

Aletin le consuela

—Está tranquilo mi *Pater* —dijo el *cacique*— basta que desde el principio algunas de mis gentes te ayuden; no todos nosotros somos de igual condición, algunos habían venido con buenos pensamientos y con voluntad de ayudarte, otros en cambio están aquí únicamente porque encuentran qué comer. Al que quiere trabajar, dale trabajo; al que no quiere [trabajar], déjalo partir, con el tiempo ya abrirá los ojos. Cuando tienes algo, dales a aquellos que lo merecen, pero otros que no te ayudan ni quieren contribuir al bien de la comunidad, déjalos partir. Yo te prometo que con los mejores de mis amigos te ayudaré y siempre estaré a tu lado; otros se avergonzarán con esto y también darán una mano a la obra. Di solamente lo que quieres que hagamos, yo te proporcionaré ayudantes pronto.

Así ocurrió en realidad. Este *cacique Aletin* trajo en seguida diez *indios* al *misionero* y preguntó que tendrían que hacer. El *misionero* díjoles que cuidaran el ganado que pastaba el campo y tuvieren atención que éste no se alejara de los deslindes. Que no permitieran que sin su conocimiento un *indio* se atreviera ya a apropiarse o ya a carnear algo. Segundo que no permitieran que los españoles ordinarios que cruzaban tan libremente por los campos¹⁰³ y visitaban casi diariamente los *indios* en la *reducción* se hicieran tan agregados¹⁰⁴ pues por esta comunidad aprendían mucha maldad y falsas doctrinas que acarrearía mucho daño al estado temporal y espiritual de sus almas. *Aletin* asintió a ambos consejos y prometió ejecutar todo. A los pocos días se vio una pequeña mejoría. *Aletin* llamó a todas las gentes y les hizo a su manera una larga plática. Todos callaron y se alejaron cada uno a su casa. En algunos esta plática les había hecho una mayor impresión que si el *Pater* les hubiera pronunciado un largo sermón.

Entre otras palabras de enseñanza que *Aletin* hizo comprender a sus *indios* dijo también lo siguiente: para que vosotros veáis que no he venido con vosotros a buscar mi comida pues ésa —lo sabéis— no ha faltado ni a mí ni a otros en los bosques, quiero también comenzar con algunos de vosotros y cuidar diligentemente nuestro ganado. ¿Quién hará esto? Nuestro *Pater* no, pues él hace bastante con darnos a conocer Dios que hasta ahora no habíamos conocido. Que empleáramos españoles para esto no sería de utilidad pues tendríamos que pagarles y mantenerlos. Y tal vez ellos no emplearían aquella diligencia que fuere necesaria porque atenderían no a un haber propio sino a uno ajeno. También seríamos mofados como hombres inútiles por los españoles a causa de hacer cuidar por extraños nuestras propias cosas. Antes no hemos sido haraganes para causar a los españoles toda posible intranquilidad y hacerles daño; así tampoco debemos ser haraganes para colaborar en nuestro propio provecho. Que nadie se atreva a enlazar una vaca en el campo pues ellas han sido encomendadas al *Pater* para que él las reparta a medida para nuestro alimento. Si cada uno tomara lo que se le antojara, podría originarse una gran injusticia a muchos otros que obedecen

Consejo del
misionero a los
indios

Plática de *Aletin* a los
indios

103 / Alusión a nuestros paisanos, llamados «gauchos» en la literatura moderna.

104 / Vivir de agregados, ora admitidos ora furtivos, en las estancias fue por siglos el *modus vivendi* impuesto por las condiciones económicas a nuestros trabajadores jinetes.

al *Pater* en esto de no matar furtivamente ganado y en corto tiempo no tendríamos nada que comer; por lo tanto quedaríamos obligados a abandonar nuestra aldea y nuestro padre para buscar nuestro alimento en el campo. Muchos de vosotros por sus hurtos podrían enemistar de nuevo a los españoles (que ahora son nuestros amigos). Anteriormente vosotros habéis debido preocuparos por vosotros y vuestros hijos, pero ahora tenemos un padre que se preocupa por todos nosotros.

Este *cacique* estuvo tan ferviente en su plática que todos creyeron que él estaba fuertemente enojado. El *misionero* que había oído esta plática, llamó al *cacique*, ponderó su plática, le agradeció y dio un cuchillo para cada uno de los que le ayudaran en el cuidado del ganado.

Poco después seis *indios* cabalgaron presurosos al campo bajo la dirección del *cacique Aletin*, juntaron diligentemente el ganado y lo observaron cerca del pueblo durante toda la noche. A la mañana lo dejaron desparramarse pero durante el día los *indios* salían por frecuentes veces a ver el ganado para que algunas piezas no se alejaran del pastoreo fijado. Esto ocurría de ahí en adelante todos los días pero no todas las noches, porque el ganado ya solía habituarse [se aquerenciaba] a este campo.

Habían pasado tres meses desde que el *misionero* permanecía con estos *indios* en dicho lugar, cuando al fin llegó el *cacique Cithaalin* con su gente desde la tierra selvática. Él manifestó contento que sus coterráneos ya se habían reunido y dado comienzo a esta *reducción*. A los *indios* ya habitantes ahí averiguó sobre todas las circunstancias de la conducta en la aldea. Los *indios* le refirieron las instrucciones que habían recibido de los españoles las cuales le gustaron muy bien. Él visitó luego al *misionero*, indicó la causa de su llegada, y se disculpó de no haber cumplido su palabra a causa de la dificultad que tuvo por tener que reunir su gente por todos los lugares agrestes y muchos de ellos habían tardado en decidirse; pero que había aún más que habían prometido seguirle.

El *misionero* quedó muy alentado y reconfortado por esta llegada porque vio que Dios le envió varias almas a ganar. Él dispuso en seguida que a estos nuevos huéspedes fueren llevados cinco bueyes que ellos debían carnear para su alimentación. Entonces los nuevos *indios* quedaron muy alegres y *Cithaalin* muy contento porque desde un principio se les daba bastante que comer. El *misionero* había calculado por cuánto tiempo estos cinco bueyes bastarían para la alimentación de la gente y pensó enviarles de nuevo otros tantos a los tres días. Pero al día siguiente entró *Cithaalin* otra vez en el cuarto del *misionero* y pidió de nuevo que se carnearan para él y su gente otra vez cinco piezas para alimento. El *misionero* extrañó que estos nuevos llegados ya hubieren comido cinco bueyes. Pero lo dejó pasar sin dar una señal de extrañeza así enseguida fueron traídos los bueyes para la carneada. Ante esto *Aletin* sacudió la cabeza y acudió corriendo ante el *misionero* con las preguntas si acaso los recién llegados carnearían todos los días mientras ellos que habían llegado con él desde el comienzo a la *reducción* tendrían que contentarse con obtener carne recién a los tres días, pues ellos no eran menos sus hijos y encomendados que los nuevos llegados ¿o acaso

Cithaalin llega al pueblo

El inmoderado pedir de *Cithaalin*

quería más a ellos que a él con sus compañeros? El [Pater] debía saber que también él era un *cacique* y que era igual al *Cithaalin*. Entonces el *misionero* estuvo en aprietos de qué modo remediar el asunto y establecer entre ellos un buen convenio.

Mi *Aletin* —dijo el *misionero*— mi ánimo no es más favorable para con ellos que para contigo y los tuyos. Yo quiero a todos vosotros y no estoy más inclinado a uno que a otro. Pero tú debes reconocer que ellos proceden hasta ahora por la ignorancia y que yo debo demostrarle a ellos como forasteros algo más hasta que aprendan de ustedes lo que ha de hacerse. No creas que esto seguirá así pero ellos verán poco a poco cómo vosotros os conducís y adquirirán iguales medidas de conducta. Basta que tú y tus gentes no padezcan hambre; por lo demás en oportunidad yo sujetaré también a ellos para que se conformen con lo que tú y tus gentes se contentan. Tú mismo me has dicho que yo tuviera paciencia desde un principio y que con el tiempo todo cambiaría. Por unos días vamos a perdonarles aún; después les haré presente lo que también a vosotros he expuesto en oportunidad.

—¡Ay! —dijo *Aletin*— mi Padre, si tú quieres proceder así con *Cithaalin* y sus gentes, no podrás aguantar por mucho tiempo su conducta. Yo bien sé qué cabeza atropellada es éste. Si tu apruebas lo que él quiere, él ha de creer que tú le temes pues él es altanero, violento e iracundo. En cuanto él no consigue lo que él quiere, te abandonará y retornará a la tierra selvática; toda tu benevolencia para con él quedará pagada por la ingratitud. Dile en seguida lo que él debe observar y cómo debe conducirse. Él mostrará pronto si él quiere acceder a eso o no. No te preocupes, aun si él se alejara, ya ha de regresar después de algún tiempo y tendrá mejor cuidado en conducirse bien y acomodarse a tus disposiciones. Hoy todavía yo le enviaré los cinco bueyes fijados, mañana no le doy más nada. Déjame no más manejarle con él, pero no le digas nada, de que soy sólo yo quien quiere negarle el ganado pedido. Si él se va, no temas que yo con mis gentes te abandonaré.

Por estas palabras el *misionero* se tornó más animoso y prometió seguir su consejo y no demorar en decir a *Cithaalin* lo que debía observar. —Así mi querido *Aletin*, ¿tu idea y pensamiento son de sostener la *reducción* y no abandonarme con los tuyos? Entonces estate seguro también de mi parte que si mis superiores y jefes no se oponen, quedaré a tu lado hasta la muerte.

Al día siguiente vino otra vez *Cithaalin* y pidió se diera suficiente alimento para él y su gente pues cinco bueyes eran demasiado pocos; él necesitaba diariamente sólo para su *familia* un vacuno. Todo esto ocurrió por instigación de sus *indios* a quienes él quería adular para que no le abandonaran.

El *misionero* cobró ánimo pero sin mostrar de estar fastidiado y le contestó: —Mi querido *Cithaalin*, de esta manera en que tú quieres carnear diariamente cinco bueyes o vacas, no habrá dentro de algunos meses ganado alguno sobre estos campos y se dirá de ti y los tuyos que tú has consumido todo. Nosotros tenemos que pensar en algo más y también en otros; yo tengo otros que son más que tú y tu gente. Si ellos pueden estar satisfechos con lo que yo les doy, tú también puedes contentarte. No te faltará

nunca el alimento pero no puedes tener superabundancia.

Cithaalin contestó: —si tú no me das, carnearé yo mismo en el campo para mí lo que me plazca. Tú nos das bueyes pero mi mujer quiere carne de una vaca, ella no puede comer carne de buey.

—Muy bien mi *Cithaalin* —contestó el *Pater*— en esta manera cada uno sabrá que el ganado disminuyó no por negligencia mía sino por tu inmoderación. Yo me he empeñado en procurar el primer alimento para todos; de aquí en adelante si tu quieres sostener la *reducción*, mira cómo consigues mayor cantidad de ganado. Yo te doy lo que necesitas. Este pueblo no es sólo para ti y tu gente sino para todos. Así tú también aprovéchalo como los demás y no pidas preferencia en ello.

A esto *Cithaalin* respondió: —Yo ya no te necesito; si yo quiero comer, salgo a cazar con mis *indios*. No falta caza montesa en los bosques y si ésta me faltara, me encamino a los españoles; ellos ya son mis amigos y me han hecho invitar a su lado. Mañana me ausento a la ciudad de *Santa Fe*; allá voy a saber de qué modo tú debes conducirte para con nosotros.

El mencionado *cacique Cithaalin* dijo esto con tal ira que la papada comenzó a temblarle y a moverse¹⁰⁵. Poca importancia dio a esto el *misionero*, afirmado sobre la plática que él había oído de *Aletin*.

En seguida *Cithaalin* dio orden que le acompañaran veinte *indios* a la ciudad de *Santa Fe*. Sin mayor palabra cabalgó hacia la ciudad. En el camino mandó matar tres vacunos de la *reducción* para no hacer el viaje con su gente sin alimento; cuando *Aletin* lo supo, quiso reventar. Él colocó en diversos lugares unas guardias ocultas para ver si algún otro seguiría este mal ejemplo, pero no se advirtió nada.

Por consejo de *Aletin* el *misionero* despachó en seguida dos *indios* de rápido cabalgar a la ciudad de *Santa Fe* con una carta al *comandante* en la que dijo lo siguiente: Si sería su voluntad que los *indios*, de acuerdo con el informe dado por los españoles, podrían usar como quisieren el ganado dispuesto para alimentación de la *reducción*. Si fuera así, entonces él debería procurar algunos miles de cabezas en pocos días, sino todos ellos tendrían que abandonar la *reducción* establecida. Pero si no fuere así, diera a *Cithaalin* que iba a la ciudad otros informes que los [de los] españoles vulgares de la ciudad. Él no había sido mandado por sus superiores como un [jefe de] *piquete* de la ciudad de *Santa Fe* sino como un docente de las verdades cristianas y católicas y él estaba dispuesto a hacer esto hasta su último aliento. Si él quería que los *indios* fueren sólo buenos amigos de los españoles y no se hicieren buenos amigos de Dios, él no tendría nada que hacer en esto sino que [el comandante] enviara un perito que los atendiere en asuntos temporales; él emplearía toda su diligencia en desempeñar su cargo que corresponde únicamente a su profesión y a sus obligaciones de la orden. Atender lo temporal no era jamás el cargo de un sacerdote sino sólo una materia agregada a los *misioneros* por los españoles. Su voluntad era pacer hasta el cansancio estas nuevas ovejitas de *Cristo* mediante la palabra de Dios pero que ellos proveyeren

105 / Alusión a un gesto característico del *cacique*.

Cithaalin corre a la ciudad ante el Comandante

El misionero se le adelanta por una carta

de mantenerlos con el alimento corporal. Si no fuere así, él preferiría contentarse con hierbas y raíces en la más profunda tierra selvática y promover a la vez el provecho de sus almas antes que alimentar tragaldabas contrario a las doctrinas de *Jesu Cristo*, para provecho de los españoles.

La carta era acre pero obtuvo una mesurada respuesta: que el *misionero* permaneciera sin cuidado al lado de ellos y en ese lugar pues así era ventajoso para la ciudad y próspero para la tranquilidad de todo el contorno. Se produciría una seria y eficaz providencia a fin de impedir la tan frecuente comunidad entre *indios* y el populacho; por este motivo se celebraría de inmediato una *sesión* que mediante prohibiciones impediría este desorden.

Pronto se produjo la noticia de esta *sesión* en que se resolvió que los *indios* bien podrían visitar la ciudad pero siempre con el beneplácito del *misionero*; a tal efecto deberían traer el certificado escrito del permiso obtenido del *misionero*. Pero aquel de los españoles que invitara a un trabajo o entretuviera a tales *indios* paseantes sería punible y penado mediante arresto u otras penas monetarias según la gravedad del asunto; y que esto se comunicara a los *indios* para que tampoco ellos causaran inquietud a los habitantes con tan frecuente visita.

Tras esta disposición llegó *Cithaalin* como primero a la ciudad; él había demorado anteriormente por ocho días en la caza. ¿Él creyó tal vez que desde todas las torres tocarían las campanas para él? Pero él vio que los españoles se demostraron si bien amables, no tan extremosos como él se había imaginado tal vez. Su primera entrada fue a la vivienda del *comandante* a quien él dijo en lugar de un saludo: —Aquí estoy.

El *comandante* le dijo igualmente —Yo también estoy aquí— y se rió. *Cithaalin* (hay que tener bien presente su nombre pues este *cacique* es la persona *general* [principal] en todo este relato en cuanto fue impeditivo al misionero y a la paz del pueblo) preguntó al *comandante*: —¿No me conoces?

—Sí, yo te conozco —repuso el *comandante*. —Si bien yo no te he visto, he oído en cambio mucho acerca de ti. ¿Cómo te va en tu nueva población?

A esto *Cithaalin* comenzó a hablar con gran descontento. El *comandante* fue muy mesurado y dio al *cacique* una cuerda enseñanza, le prometió toda ayuda y protección siempre que él se condujera con tranquilidad y obediencia frente al sacerdote. Él le regaló una yunta de bueyes y tres vacas; dio a sus compañeros diversos regalos útiles para ellos. Les ordenó a todos que una vez que tuvieran una vivienda y paradero fijos, no los abandonaran tan frecuentemente en lo porvenir sino que asistieran diligentemente a la doctrina por su sacerdote y procuraran que esa *reducción* no pereciera por sus propios malos procederes. Esto fue una buena prevención¹⁰⁶ que *Cithaalin* no había esperado. Pero este *bárbaro* no lo tomó tan a mal, se quedó por tres días bien atendido en el primer patio del *comandante* tras lo cual volvió a abandonar la ciudad y en el campo siguió a su conveniencia pero sin hacer daño alguno a los españoles.

Después de un tiempo llegó *Cithaalin* al pueblo de vuelta de su viaje sin que él

El altanero saludo
por *Cithaalin*

Enseñanza por el
comandante

106 / *Merkstölpel*, voz familiar que denota una llamada al orden o un escarmiento.

Enseñanza por el misionero

hubiere saludado al *misionero*. Pero al día siguiente se mostró y solicitó se hiciera carnear para él pues él tenía hambre junto con sus allegados. El *misionero* ya estuvo más alentado en la repuesta pues él se afirmaba sobre la plática del *cacique Aletin* y la disposición expedida por el *comandante*; por eso contestó así: él le suministraría alimentación pero extrañaba que se hubiera alejado de la *reducción* para saciarse en la ciudad entre los españoles y volviera aún con hambre a casa. —Sí —respondió él— frecuentemente uno espera mucho pero recibe poco. Tú y los españoles nos engaños a todos.

El *misionero* respondió: —Haz lo que hace *Aletin* junto con su gente, así no serás engañado y vivirás satisfecho con todo.

—¿Entonces quiere que yo trabaje y de continuo esté junto a la gente?

—No —dijo el *misionero*— yo no pido que tú trabajes sino que tú, tal cual el otro *cacique*, induzcas a tu gente al trabajo que será útil, no para mí sino para el sostén de todos vosotros.

—Pero yo —repuso *Cithaalin*— y mis gentes jamás hemos sido acostumbrados a trabajar.

—Eso no puede ser, *Cithaalin*. Aunque vosotros no habéis realizado estos trabajos que nosotros hacemos, habéis debido trabajar sin embargo y buscar con gran cansancio vuestro alimento. ¿No será un trabajo estar sentado a caballo todo el día y buscar bajo el calor y la lluvia el alimento y volverse a su casa muchas veces con las manos vacías y con el estómago hambriento? ¿Cuántas veces os ha ocurrido (como otros me han contado) que vosotros en la época del tiempo lluvioso, en que la caza montesa busca los rincones más recónditos para protegerse contra la lluvia, vosotros no habéis podido encontrar alguna, por tres a más días? A nuestro lado, haya tiempo bueno o lluvioso, tenéis siempre días fijos en que recibís alimento fresco. Por más fuerte que fuere este trabajo, no es tan fuerte como el vuestro al cual el hambre os obliga y vosotros en frecuentes ocasiones debéis padecer por muchos días. ¿No es mejor que uno tenga su seguro alimento en casa que una superabundancia en el campo sin poder disfrutar de ella? Nadie te ha obligado a venir aquí como tú mismo dices, y yo tampoco te obligaré a partir hacia de donde has venido.

Cuando *Cithaalin* vio que él con sus objeciones perdía terreno generalmente, se alejó sin otra frase que *lachim*, ya me voy.

Cithaalin permaneció obstinado y no quiso en lo más mínimo inducir a los suyos que movieran una mano para la comunidad. Él paseaba con los suyos por el campo y volvía a casa cuando quería. Él no preguntaba al *misionero* por el alimento sino que ordenaba que se carneara. A cuantos vinieron ante él y quisieron comer les dijo: —Busca en el campo lo que te place, todo es nuestro.

Pero él se sujetó para sí y en oposición al *misionero* vivía sólo de caza montesa agarrada.

El ganado disminuía y cada día su cantidad fue más escasa. El *misionero* informó todo al *P. Provincial*, también exhortó a los españoles que mantuvieran su promesa y completaran las tres mil cabezas de las cuales él había recibido trescientas. La respuesta fue que no había existencia de ganado, que él viere de dónde obtenerlo. Al *mi-*

sionero le pesaba abandonar el pueblo; por eso él escribió una carta al *Superior* de las misiones guaraníicas y pidió que con asenso de los *indios* hiciera un aporte con algo de alimento desde las *reducciones* a esta *fundación*. Con el asentimiento de sus *indios* él [superior] resolvió ayudar por lo pronto con quinientas cabezas de ganado astudo; pero para otros años con lienzo que importaría quinientos pesos fuertes. Se hicieron pronto los preparativos de recibir este ganado. La nueva *reducción* estaba ya tan escasa de víveres que el *misionero* ya pensaba enviar los *indios* a cazar para la comunidad del pueblo. Ínterin vino el *socorro* del ganado. El *misionero* convocó a ambos *caciques*, *Aletin* y *Cithaalin* junto con otros *indios* estimados entre el pueblo y les habló: —Vosotros habéis dicho que todo lo que los españoles habían dado para el establecimiento y progreso de vuestra *reducción* era de vosotros. Ya lo habéis comido, ahora se terminó. Ahí veis un nuevo arreo de ganado, pero éste ya no proviene de la liberalidad de los españoles sino que es un espontáneo regalo de los *indios* ya creyentes que tiempos antes eran iguales a vosotros pero por su diligencia en el trabajo y obediencia a la doctrina de *Jesu Christi* han obtenido el poder de ayudar a vosotros. Y ellos han hecho esto con placer por haber sabido que vosotros, como ellos tiempos antes, queréis convertirlos a Dios. Este ganado lo vais a disfrutar no como vosotros queréis sino como yo permitiré y repartiré a vosotros. Si entonces os contentáis, quedará éste aquí para vuestro alimento pero al contrario yo lo enviaré ora de retorno ora lo daré a otros *indios* que dan mejores indicios de su vida cristiana. Yo no pido ninguna utilidad de ello; tales cuales han venido [los animales] los haré distribuir.

Enseguida se pronunció *Aletin* y dijo: —Yo quedo con mi gente a tu lado aunque otros nos abandonaran. Yo he venido aquí para conocer a Dios y para vivir como un ser humano, no cual una bestia como antes. Tras esto se alejó y cabalgó con los suyos a cuidar el ganado recién llegado.

Esto fue un duro bocado para el estómago de *Cithaalin* que no dijo ya otra cosa que: *joamcata*. Ya basta. En mi tierra no ha de faltarme lo que yo quiero comer.

Tras estas palabras él también se despidió y se fue a su casa. El ordenó en seguida a sus gentes que se aprestaran para salir de la *reducción* al día siguiente. Pronto estuvo hecho. A la mañana temprano partieron de la *reducción* hasta trescientas personas y emprendieron su camino a la tierra selvática.

El *P. Burges* se asustó ante este movimiento. Para su reanimación hizo llamar a su lado al *cacique Aletin* y le comunicó su aflicción. *Aletin* consoló al *Pater* con estas palabras: —No te aflijas, mi padre; yo conozco demasiado bien a *Cithaalin*. Él ha tentado también a mí y quiso que yo partiera con él pero yo le he contestado que yo soy un haragán, pero la verdadera causa está en que yo siempre me avergonzaría en abandonarte ya que yo te he traído aquí para mi instrucción. Tú sepas que yo quedo a tu lado mientras tú estés al lado mío. Deja ir a *Cithaalin* hacia donde él quiera, él no estará ausente por mucho tiempo. Yo sé que le ha gustado nuestra población. Él prueba sólo si él puede asustarte para tener luego motivo de exigir todo de ti, pues si él ve que tú le adulas o que te asustas o envías en busca de él, entonces haría él igual cosa en

El *misionero* pide *socorro* para alimentación de sus *indios*

Cithaalin se aleja del pueblo

Buen consuelo por *Aletin*

otra ocasión en la esperanza que tú enviarías de nuevo en su búsqueda y le rogarías. A lo cual [repuso] el *misionero*: —Ahora, mi querido *Aletin*, estamos otra vez solos y no tenemos impedimento por otros para que en todas las cosas establezcamos un buen orden y ciertas medidas. Organicemos este pueblo de manera que resulte claro que vosotros comenzáis una vida ordenada y en comunidad. Yo organizaré el asunto de manera que ha de gustaros a vosotros mismos. Lo primero es que vosotros asistáis a horas determinadas a la doctrina cristiana, pues debemos comenzar desde Dios y ese será el mejor medio para que recibamos de Él su bendición y amparo sobre nuestra *reducción*. Lo segundo que pongamos mano a procurar las necesidades temporales para mantenimiento de nuestra vida. Esto no puede ocurrir de otro modo que mediante el esfuerzo y el trabajo. Entonces será necesario que cuidemos y atendamos diligentemente el ganado en el campo; que fijemos también ciertos días en que se reparta la carne al pueblo. Por cada seis *familias* debe ser carneado cada semana un vacuno; el cuero será traído a mi casa dónde habrá un sitio para extender y secar el cuero sacado. Pues la venta¹⁰⁷ de tales cueros es fuerte entre los españoles. El provecho será para la comunidad del pueblo para que se adquieran hachas, cuchillos y semejantes herramientas necesarias. ¿Estás conforme?

—Sí —dijo *Aletin*— todo se hará. Yo no soy haragán para trabajar pues no soy como mis demás paisanos. Yo siempre he estado inclinado al trabajo.

—Entonces queda convenido así —dijo el *misionero*— más tarde cuando esto estará ordenado, pensaremos en varias otras cosas. Tú nombrarás un *indio* respetable al cual los demás estiman y temen; éste dirigirá como jefe con otros seis *indios* el ganado y lo cuidará.

Aletin nombró pronto un respetable *indio* con otros seis de su amistad [parentela], todos *indios* animosos y fuertes. Ellos desempeñaron su cargo también a pedido del *misionero*. Pero para que él estuviere más cerca del ganado pastante y evitara que el ganado de la *reducción* se mezclara acaso con el ganado de los españoles, se erigieron para él y su *familia*, a cinco leguas de la *reducción* hacia la ciudad de *Santa Fe*, seis chozas donde él podía vivir. Pronto se notó que por los *indios* no se cometía tal daño cual antes, pues ellos temían al cuidador principal nombrado y ninguno osó acercársele. Sin embargo, uno fue tan animoso que en cierto día se dirigió ocultamente al campo y cazó con su lazo una vaca, pero pronto fue agarrado pues los cuidadores cabalgaban casi todo el día por entre el ganado. El capataz encargado sacó rápidamente su sable y cortó de un hachazo su lazo con cuyo resto huyó la vaca. El [ladrón] tuvo que conformarse y cabalgar tranquilamente de vuelta a la *reducción*.

A los dos meses cuando los *indios* que habían quedado con su *cacique*, habían ya arreglado debidamente su *reducción* y trabajo, regresó el fugitivo *cacique Cithaalin* con toda su gente a la *reducción* pero no saludó al *misionero*; se quedó muy tranquilo y terco con su gente en sus chozas campestres levantadas. Tampoco pidió nada de carne ni para sí ni sus *indios*. Al siguiente día todos comenzaron a tener hambre, apres-

107 / *Verschleiss*, i. e. venta con destino a exportación.

Se nombra un
encargado del
ganado

taron por eso sus caballos y cabalgaron al campo a matar caza montesa; esto duró algunos días seguidos. Pero *Cithaalin* se quedó tranquilamente sentado en su choza y se alimentó con lo que algunos de sus amigos habían traído del campo y le habían obsequiado. *Aletin* desempeñaba siempre muy bien su cargo y trabajaba muy diligentemente con los suyos como si lo hiciera en oposición a *Cithaalin*. Pero no obstante el *misionero* trató de mostrar a *Cithaalin* una prueba de su cuidado y quiso ofrecerle carne; *Aletin* aunque era opuesto a ello, dejó al *misionero* que hiciera lo que le pluguiera. Este envió un muchacho a *Cithaalin* con la pregunta si tenía qué comer; en caso contrario él mandaría pedir al *capataz* (así llaman los españoles al cuidador principal del ganado) que le diera de comer a él y también a su gente. *Cithaalin* aceptó muy amablemente este ofrecimiento y pidió carne, la que en seguida se entregó, pero de acuerdo con el orden y el reglamento de carne como se había establecido en la *reducción* o sea una vaca o novillo para cada seis *familias*; nadie protestó y cada uno aceptó lo que le fue dado. También desde este tiempo ni un *indio* ni *Cithaalin* habían vuelto a tocar una vaca para carrearla para ellos solos sin permiso del *misionero*.

Cithaalin regresa

Parecía que esta *reducción* ya comenzara a disfrutar de alguna paz pero el enemigo de la paz no podía aguantar que hubiera un progreso pacífico. Pronto se originó un alboroto que hubiera podido perturbar a todo buen progreso de esta instalación precavida y hubiera causado al *misionero* las mayores dificultades si Dios sin esperanza del *misionero* no hubiere procurado un remedio. El suceso fue como sigue:

Era un milagro que por seis meses esta *reducción* no había sido asaltada aún por otros *indios* salvajes. Pues en este extenso valle *Gran Chaco* (léase: *Schaco*) [pronunciación alemana] hay por todas partes muchos miles de *indios* de diferentes *naciones* y lenguas que vagan de continuo y buscan de robar o de matar algo; por este motivo no podía ser de otro modo sino que esta población sería asaltada alguna vez por ellos. Dieciocho *indios* salvajes no se atrevieron a oponerse a una población numerosa de cien *indios* de pelea, por ello cabalgaron a la región donde los seis *indios* comisionados cuidaban el ganado. Se ubicaron en el campo donde pastaba el ganado de la *reducción* y espionaron para cometer un robo o un asesinato de un *indio*. Ellos tenían aspecto de diablos porque estaban pintados de negro y rojo en la cara y vestidos por todo [el cuerpo] con penachos colgantes. El valiente *capataz* o cuidador de ganado que era un *indio* algo maduro, fuerte y grande, vio estos pintados espectros salvajes [y] cabalgó a su encuentro; él no tenía consigo otras armas que un arco y cinco flechas. Sus hijos que en otra parte recogían el ganado no estuvieron presentes. Como estos *indios* salvajes vieron en el campo a uno solo, cabalgaron contra él pero cuando el *capataz* ya estuvo cerca de ellos, bajó del caballo [y] comenzó a reprochar a los *indios* salvajes por querer intranquilizar esta región. Sin embargo ellos quedaron sentados sobre sus caballos pero a alguna distancia y no dijeron palabra a cuanto este *capataz* abominaba contra ellos, pero ninguno de los dieciocho *indios* salvajes osó atacarlo pues lo conocían bien y vieron que él estaba provisto de flechas. Si este *capataz* no hubiera gastado sus flechas, ninguno se hubiera atrevido contra él. Pero él fue demasiado impetuoso, empu-

La nueva población es asaltada por ladrones

Buena conducta del *capataz*

ñó su arco y apuntó contra uno que estaba a mayor distancia y se desvió a un lado pero otro de los salvajes recibió pronto la flecha en el brazo. El *capataz* usaba de la siguiente finta: él apuntaba contra uno y enviaba la flecha contra otro. Mientras esto sucedía, acudieron sus dos hijos de los cuales cada uno llevaba en la mano un dardo; el padre no tardó en dar un buen [flechazo] a otro mediante la segunda flecha; tras esto los *indios* huyeron [pero] volvieron a aproximarse. El *capataz* se enardeció aún más, tiró e hirió algunos de ellos hasta que se hubieron gastado sus cinco flechas, entonces los salvajes cabalaron rápidamente contra él y lo mataron con sus lanzas lo que ocurrió en un instante y en seguida emprendieron la fuga.

El *capataz* es
muerto

En cuanto los *indios* de la *reducción* supieron que el *capataz* había sido muerto por los salvajes, se movió todo el pueblo y ensillaron llevando lanzas y flechas para perseguir a los asesinos. Los persiguieron por cincuenta leguas pero perdieron el rastro y no pudieron encontrar a nadie debieron [volver] pues a su *reducción*. En el regreso cabalaron algunos de ellos por los bosques para buscar alguna caza montesa para su alimento; éstos encontraron a dos *indios* salvajes que eran *abipones* y no sabían nada de todo el suceso. Los *mocovíes* lancearon a ambos y este asesinato quedó tan oculto que nadie, fuera de los matadores, lo supiera; pero a los pocos años¹⁰⁸ fue conocido en la *reducción*. Cuan afligido estuvo el *misionero* que había quedado solo con unos pocos *indios* en la *reducción* puede deducirse de las siguientes circunstancias: él tenía que temer que la paz en la *reducción* no quedaría restablecida por mucho tiempo por ser tan vengativos los *indios* que no cejan hasta tanto se han vengado. Pasados unos ocho días regresó toda la gente. Los hijos del cuidador principal muerto no descansaron [en pensar] hasta que ellos no hubieren muerto algunos de los *indios* salvajes. Por lo tanto comenzaron de nuevo para alistar gente de pelea para buscar los asesinos y si no los encontraran, querían matar a todos que eran de *nación abipona* y cayeren en su poder.

Los *indios* quieren
vengarse

También *Cithalin*, este huésped distinguido, comenzó a agitarse porque el asesinato era de su amistad. El *misionero* se esforzó en apaciguar la gente inquieta con la objeción que de esta manera no se podía esperar ningún fin de guerrear y con ello jamás una paz; que los *abipones* podrían unirse con otros *indios* y asaltar la *reducción* contra los cuales una población tan chica no podría luchar sin ser exterminada. Al fin se dejaron apaciguar y transfirieron la venganza hasta que algunos más de la *nación mocoví* se les agregaran.

Pero son
contenidos por el
misionero

Ahora había la más grande preocupación y dificultad en enviar un nuevo *capataz* a este sitio peligroso y hallar un *indio* tan leal como el anterior. Fue necesario también que se ocupara este lugar con más gente que antes. Si esto sucedía, los *indios* en la *reducción* quedaban también disminuidos: con ello habría peligro que ninguno [de los dos sitios] podría ser defendido suficientemente contra un asalto imprevisto. Además no era conveniente alejar tantos *indios* de la doctrina cristiana e instrucción por el *misionero*. En esta preocupación Dios dispuso al fin que se presentara un valiente

108 / Creemos ver aquí un *lapsus calami* en lugar de «Semanas», como resulta de lo subiguiente.

indio que con su gente él mismo habitaba este lugar y quiso hacerse cargo del cuidado del ganado. Este era el *cacique Aletin*. ¡Oh cuán pesaroso fue para el *misionero* dejar partir de su lado su *Aletin*! Pues éste fue su mano derecha en todos los desempeños. ¿Debería quedar solo entonces el *misionero* con el voraz y salvaje *Cithaalin* en la *reducción*? Esto era duro para el *misionero* que por ello se sobresaltó mucho. Pero hubo que hacerse para que alguien contra quien no se atreviera *Cithaalin* se encargara del cuidado del ganado.

Cuando ahora *Aletin* cuidaba con su gente el ganado, llegó la inesperada nueva que en los bosques adyacentes vagarían otra vez los *indios* salvajes y habrían arreado consigo muchos caballos. Pues así fue porque los más de los *indios* habían perdido casi todos sus caballos y quedaron de a pie, por lo cual no pudieron perseguir a los ladrones lo que les fue muy doloroso. Ellos supusieron que los ladrones no fueren otros sino los *abipones* pero [fue] un error: pues quien les había robado los caballos era justamente un *cacique* de la *nación* de los *mocovíes*, bien conocido entre los españoles bajo el nombre de «*El indio crespo*», esto denota el *cacique indio* con cabellos crespos. Él se diferenciaba de otros *indios* porque él no tenía un cabello parejamente pendiente o lacio sino crespo. Entre los *indios* él fue nombrado *Nevedagnac* y ellos decían que en consideración a su valentía el mismo diablo le había dado este nombre. En la *reducción* había ya muchos de sus amigos cuyos caballos él no había respetado. Él era a la vez un gran enemigo de *Cithaalin* a quien durante una discusión que tuvieron entre ellos en la tierra selvática, había aplicado un fuerte bofetón de manera que éste cayera al suelo. También lo ha desafiado por frecuentes veces a un duelo a lanza.

¡Quién hubiera dicho entonces de este *indio* que con el tiempo él sería el adelanto y el apoyo de esta nueva *reducción* y el único consuelo de los *misioneros* como lo fue más tarde cuando yo debí atender esta *misión* o *reducción*! Mi relato va a referir mucho loable y edificante de este *cacique* recto y bien cristiano que más tarde en el bautismo ha recibido el nombre *Dominicus*. Por esto hay que recordar bien su nombre.

Él era un *archi corsario* especialmente contra los españoles, audaz, intrépido y belicoso. Él es justamente aquel del cual he contado cuando he escrito de la muerte del primer *pretendiente* de esta *reducción* denominado *Ariacaiquin*, hermano de *Cithaalin* donde este *cacique Nevedagnac* en una escaramuza acaecida fue atravesado entre el esternón y la piel con una lanza por un español. Él era un *indio* grande [y] fuerte, de nobleza entre ellos, afamado por la valentía; luchó muchas veces contra grandes partidas españolas y era muy temido por todos los *indios*.

Tras este robo de caballos ocurrido vinieron en conjunto los *indios* ante su *misionero* y se quejaron mucho por el robo tan actual [reciente] de sus caballos; también lamentaron que los españoles no les prestaban ninguna ayuda como amigos sino que más bien callaban frente a todo y no dejaban notar ninguna señal de su impresión ante su desgracia. «Nosotros —dijeron ellos— sentimos más lo que ocurre a nuestros amigos; nosotros exponemos cuerpo y vida para ayudarles. Ellos nos han prometido que nos socorrerían lo mismo como nosotros estamos prontos a proteger su ciudad

Aletin ocupa el cargo de un *capataz*

Indio crespo o el *cacique Nevedagnac*, un *corsario*

Más tarde un celoso cristiano

y velar por su tranquilidad. Ellos tienen tal vez un placer especial en que nuestros compatriotas chocan con nosotros y contra nosotros pero dejan en paz a ellos. Antes todos nos han temido, pero ahora nos consideran iguales a españoles porque somos sus amigos. Ellos ven que somos pocos y sin embargo no nos ayudan».

CAPÍTULO II

Los *indios* piden trasladar más lejos su población

Como de parte de los españoles no podía esperarse ayuda alguna no quisieron tener más su *reducción* en la cercanía de los españoles sino trasladarse hacia más allá, a la tierra selvática. Ellos pidieron a la vez al *misionero* que escribiera al *comandante* y le comunicara que ellos querían trasladarse más lejos con su población, para que no tuvieran que padecer en tal cercanía de la ciudad junto con los españoles, pues el sitio en que ellos estaban era el pasaje común y el camino de los *indios* ladrones.

Este pedido de los *indios* fue muy grato al *misionero*, porque él ya había experimentado que la proximidad de los españoles a una nueva *reducción* no solía acarrear cosa buena, por lo cual él sólo había ansiado de tener una ocasión y un motivo a trasladarse hacia más allá a la tierra selvática. Si bien este motivo no pareció suficiente existían sin embargo varios otros importantes que exigían la mudanza. Pues en el invierno, en que por la mayor parte perdura el tiempo lluvioso, el campo quedaba inundado de tal manera que apenas o de ningún modo se podía llegar a la ciudad, porque la *reducción* no se encontraba sobre una colina, sino entre lagos y ríos y debía padecer mayor peligro cuando el río *Paraná* desbordaba. Segunda, el paraje era tan malsano para el ganado que en su mayor parte se tornaba sarnoso y tiñoso¹⁰⁹. También estaban muy cerca los bosques, donde podían permanecer a cercanía de la *reducción* sin ser notados los ladrones y los *indios* salvajes. Además, las *estancias* de los españoles estaban tan cerca que el ganado podía mezclarse en una media noche con el ganado de los españoles, en cuya ocasión los españoles buscaban el consumo más entre el ganado de la *reducción* que entre el propio, como demostraba la experiencia diaria. El cuarto motivo —agregó el *misionero*— [era] porque la proximidad de los españoles, en parte por malos ejemplos, en parte por consejos mal dados, impedía el progreso de la conversión; sería pues necesario que los *indios* quedaran más alejados de la mala situación, pues la proximidad daba motivos a que los *indios*, por su continuo pasear y visitar, asistieran raras veces a la doctrina cristiana y adquirieran a causa de una excesiva comunidad ideas más despreciativas de la *nación* española, como también con el tiempo ha ocurrido en realidad.

El *misionero* comunicó todo esto al *P. Provincial* y a la vez al *Comandante*, con todas las circunstancias y causas que forzosamente debían promover la mudanza de esta *reducción* a un sitio más conveniente, pero a los españoles no les gustó no tener al alcance de su mano cerca de ellos y como un antemural estos *indios* y opinaron que en el futuro tendrían que pelear solos contra los salvajes. Su único anhelo era que los

Los *indios* piden trasladar su población más allá

A causa de la proximidad de los españoles

A causa de las inundaciones

109 / Puede que aluda a la sarna y a la plaga de la garrapata. Por otra parte, hemos constatado entre nuestros paisanos del siglo pasado la creencia de que los altos pastizales ocasionaban pestes.

indios se exterminaran reciamente solos entre sí, para que ellos [los españoles] pudieran atender con tranquilidad sus negocios. El *misionero* agregó todavía: el descontento de los *indios* en este lugar sería un motivo suficiente para trasladarlos a aquel sitio hacia donde ellos corrían, a fin de que a lo menos éstos quedaran tranquilos y no se aumentaran los enemigos de la ciudad, que en otras partes se habían presentado. Si acaso el *P. Provincial* tuviera una preocupación de que los españoles ya no contribuirían nada para la fundación del otro lugar, que no lo tuviere en cuenta, pues para tal fin ya no necesitaban de los españoles, porque los *indios* ya de por sí se dedicaban al trabajo. Finalmente los *indios* no preguntarían si los españoles querían, sino que ellos se escaparían a su costumbre y harían lo que les pluguiere.

El Comandante se opone

Cuando el *comandante* supo que el *misionero* junto con sus *indios* quería abandonar el lugar de la *reducción*, envió presto un mensaje al *cacique Cithaalin* y le invitó a su lado a la ciudad de *Santa Fe*. *Cithaalin* montó prestamente a caballo junto con algunos *indios* y cabalgó hacia la ciudad de *Santa Fe*. El *comandante* le interrogó por la novedad que ocurría en la *reducción* y dijo que no era conveniente que ellos se alejaran aún más de la ciudad; que él se opusiere. *Cithaalin*, cautivado por lisonjas y donativos por el *comandante*, prometió que él no permitiría que la *reducción* fuera mudada a otro lugar. Todo esto lo supo el *misionero* [y] escribió por segunda vez al *P. Provincial* y al mismo tiempo al *Gubernator* de *Buenos Aires*; les explicó todas las dificultades que obligaban a la gente a buscar otro lugar y organizar de nuevo la *reducción*. El *gubernator* lo reconoció como acertado y escribió en respuesta permitiendo que los *indios* eligieran un campo que les pareciere el más apto. El *misionero* convino todo con el *cacique Aletin*. Este estuvo también dispuesto a abandonar la iglesia edificada junto con la vivienda del *misionero*, fijó un día en que en todo sigilo partieron con algunos *indios* y buscaron en la margen del río *Paraná* un lugar apropiado que pronto hallaron, a las seis leguas traspuestas, en un sitio llamado *los Algarrobos*, al lado de un río que era un brazo del *Paraná* y desembocaba en el río *Colastiné*, cerca de la ciudad de *Santa Fe*. Más al norte él tiene el nombre de *los Dorados*, donde vino a quedar esta *reducción* en su tercera mudanza.

La reducción es instalada en el lugar Los Algarrobos

Después que todo estuvo ya bien convenido y el lugar de *los Algarrobos* les gustó a los *indios* [y] les pareció también apto para establecerse allá, volvieron a la *reducción* y se prepararon a realizar la mudanza de la población. *Cithaalin*, tal cual había prometido al *comandante*, no quiso resolverse a abandonar este lugar junto con *Aletin* y el *misionero*, pero cuando vio que la mayoría de los *indios*, bajo dirección del *cacique Aletin*, siguieron al *misionero* y no se preocuparon mayormente de él, aunque varias veces le habían requerido a ello, comenzó finalmente a moverse también y siguió con toda su gente a dicho lugar y sitio.

En su aspecto este campo era muy ameno y conveniente para el ganado, extensa y ampliamente provisto de buen pastaje; estaba limitado hacia el Oeste por un bosque de cinco leguas de largo; hacia el lado Este por el río de *los Algarrobos*. En el río había una *ínsula* de cuatro leguas de ancha, pero hasta cuarenta leguas de larga que a su vez

estaba limitada por el río *Paraná*. En esta *ínsula* se encontraban muchos tigres, ciervos, puercos monteses, avestruces, venados, leopardos, monos, zorros grandes y chicos, *papagayos* de muchas clases y otras bellas aves acuáticas, junto con patos grandes y chicos; lobos marinos y puercos marinos [carpinchos]¹¹⁰ en gran cantidad. Esto era muy conveniente y agradable a los *indios*; también *Cithaalin* comenzó a sonreírse, especialmente cuando él vio el campo llano hacia el costado *Oeste*, donde al lado de lagos [llenos de] juncos se encontraba justamente una gran cantidad de todos estos animales junto con muchos miles de caballos silvestres, que en esta tierra selvática pacían a veces de a trescientos, ochocientos, también a mil. Esto fue para los *indios* una buena ganga¹¹¹ que tuvieran una caza excelente y mediante la caza de los caballos cimarrones, podían reemplazar los quitados a ellos por el *cacique Nevedagnac*. Mas como el ganado astudo y los caballos de la *reducción* habrían de padecer gran daño en el pastoreo, a causa de tigres y leones, los *indios* estuvieron ocupados en parte con la caza, para limpiar el campo de esta salvajina dañina, en parte empeñados en establecer de nuevo su población. Apenas estuvieron concluidas la iglesia y las viviendas de los *misioneros*, ocurrió la desgracia que se originara un incendio y todo quedara quemado hasta al ras. Se trató de reparar de nuevo el daño y dentro de un medio año quedaron levantadas por completo la iglesia, las viviendas y la aldea. Enseguida de esto, los *indios*, junto con los *misioneros* y todos sus trastos, tuvieron que refugiarse otra vez sobre una colina distante a un cuarto de legua. Pues en el mes de *Martis* el *Paraná* comenzó a desbordarse de manera tal e inundar en tanta altura la vasta campaña aunque distaba cuatro leguas de él, que en la *ínsula* sólo se veían únicamente las copas de los árboles más altos y las aguas asemejaban un mar. Los *indios* debieron permanecer sobre esta colina durante todo el tiempo de la cuaresma. Y como a causa de la mucha agua uno no podía moverse hacia ningún lado, se trató alimentarse mediante peces y carpinchos. Tampoco hubo existencia de pan, pero el *misionero* poseía todavía algunos celemines de harina, de la cual él amasó en la ceniza caliente algunos panecillos redondos; en lo demás se remedió con albóndigas de harina, las que él debió preparar con manteca de pescado, hasta que al fin bajó la gran agua. Pero como ellos temieron que tal vez dentro de algún tiempo pudiese ocurrir igual cosa, resolvieron abandonar también este lugar y buscar otro al que esta gran agua no pudiese alcanzar; se retiraron alrededor de seis leguas más al *Norte* y encontraron un lugar aún más bello. Por esto todos los *indios* marcharon con el *misionero* hacia allí, acamparon ahí y comenzaron en seguida a erigir la iglesia y las viviendas para los *misioneros*¹¹².

De nuevo es
trasladada más lejos
la *reducción*

110 / *Seeschweine* podría traducirse también «puercos de lagos o lacustres».

111 / *gefundenen Handel*. Denota verbalmente un «asunto hallado» que en el lenguaje familiar responde al término usado por la versión.

112 / Aquí termina el relato del *P. Burges*, que coincide con el de su ex subordinado Dobrizhoffer (*Historia de Abiponibus*, tomo III, página 112). Escribimos el apellido *Burges* (sin acento en la última sílaba) pues seguimos la ortografía usada por Paucke y Dobrizhoffer al respecto.

CAPÍTULO III

Mis trabajos y desempeños en la nueva *reducción*

Mis desempeños
y labor en la
reducción

Hago ladrillos
egipcios

Invité a los *indios* a
trabajar

Y éste fue el lugar donde yo he llegado a los tres meses pasados, [y] encontrara la iglesia de cuero y la vivienda como he indicado arriba. Todo esto se había erigido sólo en el apuro, para que a lo menos tuviéramos un lugar donde pudiéramos celebrar el culto divino. Ínterin estuvimos empeñados en levantar poco a poco, en un lugar mejor y más alto, distante unos cuatrocientos pasos de nosotros, una iglesia mejor y una vivienda más cómoda.

Yo me encargué de la iglesia y del otro edificio junto con el jardín; hice la medición para la iglesia y fabriqué moldes para construir ladrillos *egipcios* [adobes]. Cuando los *indios* vieron que yo no reparaba en trabajar en el barro, comenzaron algunos a ayudarme; pero yo traté de atraer a otros y animarlos a trabajar por diverso modo que les era agradable. Algunos se resolvieron pronto a dar una mano a la obra, pero otros se sentaban al lado nuestro durante el trabajo y sólo contemplaban lo que hacíamos nosotros. Yo invité a uno que otro que probara y ayudara, pero siempre recibí la repuesta: —Yo soy haragán. Otro se disculpó: que él no se animaba a ayudar por no saber aún cómo se manejaba el asunto; en caso que él no lo hacía bien, no sería de mi agrado y él tendría que avergonzarse. Yo repuse que por lo menos prestara buena atención y probara luego; aun si él echara a perder algo, no sería ni vergonzoso para él ni fastidioso para mí. Hice todo para incitarlos, en parte por la amabilidad, en parte por regalos, para que ellos vencieran por lo menos la primera dificultad. A veces echaba a perder algo o lo inutilizaba a propósito para que lo vieran los *indios*; al mismo tiempo preguntaba al *indio* que estaba a mi lado, si él también podría trabajar como yo. El podía contestarme apenas por la risa, pero decía: —Así lo acierto también sin haberlo aprendido. Tú quieres enseñarnos y tú mismo echas a perder tu trabajo.

—No me importa —decía yo— en otra ocasión lo haré mejor.

Todo esto lo observaban los *indios*, que contemplaban. Yo llamaba otra vez a alguno y le preguntaba si él podría imitarme tales artificios. Él contestaba en seguida: —Para mí no sería un arte.

—Entonces ven —decía yo— y prueba si tú aciertas mejor que yo. De buen grado veo que me hagas notar un error. Si lo haces mejor que yo, te regalo algo.

—¡Bah! —decía él— no me arrepentiré por ganar algo. El *indio* trabajaba conmigo por media hora y se empeñaba en hacer todo mejor que yo de modo que me presentaba su trabajo para observarlo pieza por pieza; yo lo ponderaba, pero quise que él contemplara también mi trabajo, que a todo propósito hice en modo defectuoso y para él era el mayor placer el poder hacerme notar un error. Yo buscaba justamente esto y por mi broma he obtenido que uno después del otro se hayan acomodado al trabajo y hayan colaborado. Estos *indios* eran todos del manejo casero¹¹³ de *Aletin*, que venían al

113 / *Haushaltung*. Serían sus «agregados» a quienes él mandara y atendiera.

trabajo, no con estos de la tercera hora, sino con aquellos de la novena hora. *Cithaalin* con los suyos esperó hasta la undécima hora¹¹⁴.

Mientras estuvimos así ocupados y atentos en la preparación de convenientes *materiales* para la iglesia, para que de una vez pudiéramos quedar permanentemente en un sitio, fuimos atacados levemente por otros *indios* salvajes que hacen sus correrías, no por tierra, sino por agua, en *canoas* o pequeños botes; atracan de noche a la costa, donde saben de un lugar poblado y cometen sus asesinatos. Estos se llamaban *payaguás* un pueblo que es muy alevé, que ha solicitado *misioneros* en muchas ocasiones y ha sido reunido en *reducciones*, pero siempre ha asesinado alevosamente sus maestros. Por tan reiterado engaño no pueden obtener *misioneros* algunos hasta ahora, aunque han vuelto a pedirlos en muy frecuentes veces, pues ellos son considerados unos abyectos por los españoles. Y si bien se muestran muy amigos para con los españoles, los visitan en sus ciudades y venden los peces pescados en el *Paraná*, nadie se fía de ellos a causa de su falsedad. Ellos no se alimentan con carne y pan, sino con peces, porque viven de continuo sobre el agua y son más peces que hombres, no que tuvieren la figura de un pez, sino porque están tan habituados a zambullir en el río y pescar debajo del agua, que aun nadan debajo del agua y cazan con las manos los peces.

Como los piratas sobre el mar, ellos son ladrones y *corsarios* permanentes sobre el río *Paraná*, el *Paraguay* y el río *Uruguay*, que es el más cercano de *Buenos Aires*. Ellos se juntan sobre veinte, aun setenta y más botes; están metidos por lo general en las islas, espían para robar y matar a quienes pueden agarrar. Toda su *montura* [uniforme] consiste en una piel natural que han traído consigo al mundo y no es otra que el *uniforme* de nuestro padre *Adán*. Su mejor arma es un remo de madera dura, que será más o menos de tres varas de largo; dos varas a lo más es el palo; la tercera vara es una pala de doble filo por ambos lados y muy puntiaguda en el extremo, la que en el medio es de dos o a lo menos de uno y medio jeme de ancha. Si alguien recibe a la tarde semejante dardo en el vientre, no le tentará ningún almuerzo al siguiente día, hasta ha de olvidar de levantarse. Junto con esta pala tienen también un fuerte garrote [macana] elaborado de la madera más dura.

Sus embarcaciones son pequeños botes, en ambos extremos muy puntiagudos, más o menos de cinco varas de largo, de siete cuartos de ancho, cuya madera en el piso es de una pulgada de grueso, pero a los lados de un meñique. Cuando ellos comienzan a remar con sus remos, o [sea] anchos y largos dardos de madera, casi vuelan sobre el agua. En cada extremo está parado uno en la punta, otros dos o tres yacen escondidos dentro del bote. Ocurre en frecuentes veces que por el fuerte viento en el río *Silberfluss* [Río de la Plata] o en el *Uruguay*, las olas se elevan tanto que penetran al bote, lo ponen pesado para el curso y vuelcan hacia arriba el fondo del bote, pero ellos le dan vuelta rápidamente, pues nadan en el agua al lado del bote, al que sin gran esfuerzo vuelven a enderezar pronto. Pero cuando acaso hay uno solo en el bote y el bote embarca mucha agua, él pega entonces unos saltos en alto en la

114 / O sea la penúltima, según la *Biblia*.

punta, con cuyo movimiento el agua se escurre; mientras tanto, él sigue navegando siempre.

Ellos se alimentan, como se dijo, de puros peces y *cocodrilos*; jamás gustan de la carne. Pero a los peces los cazan en mayoría con las manos, pues ellos se sumergen por debajo del agua y nadan tras el pez por debajo del agua hasta tanto lo han aprisionado con las manos.

Ellos se tajan y se mutilan tanto en el cuerpo como en la cara, para que les queden puras señales de las heridas o cicatrices y a éstas estiman como un indicio de su valentía y coraje. A causa de que ellos dejan poca tranquilidad a los navegantes y vuelven inseguro y muy peligroso al río, se ha tratado de infligirles algunas derrotas sensibles; los españoles se atreven poco a guerrear por agua contra ellos, pero los portugueses para trasportar tanto más seguras sus mercaderías a los españoles, se han hecho lugar¹¹⁵ y les han aplicado dos fuertes golpes, uno tras el otro. Setenta y dos de estas canoas *indias* y *payaguás* habían penetrado en una angosta entrada fluvial [afluente] al río *Paraná* y se habían escondido en un rincón lleno de carrizo y cañas, para espiar los navegantes que pasaran. Esto lo supieron los portugueses, aprestaron en seguida seis barcos con tripulación y ocho *cañones* de campaña que ellos habían colocado bien con todo sigilo a ambos lados de la angostura de la entrada fluvial y habían cargado con metralas; a la vez, mantuvieron bien ordenados los soldados en ambas bandas. Además estiraron desde una banda a la otra una fuerte cadena de hierro, la cual no podía ser advertida tan fácilmente, porque se hallaba algo debajo del agua. Algunos hicieron, ínterin, una engañifa sobre el *Paraná* y se hicieron ver con unas pequeñas embarcaciones ante la desembocadura de este afluente. Entonces los *payaguás* salieron de este escondrijo con todas sus canoas y quisieron correr tras la presa. Cuando ellos estuvieron en lo mejor de la carrera fueles estirada en alto la cadena, se les hizo fuego de ambas bandas con los *cañones* y armas de fuego menores; los *indios* quedaron entonces completamente confusos. Sin embargo, dos tuvieron la suerte de saltar con sus canoas por sobre la cadena, pero los demás en parte fueron muertos a tiros, en parte hechos prisioneros, porque mediante el nadar por debajo el agua, habían osado [llegar] a la orilla. Esto había causado entre ellos tal miedo, que por muchos meses ninguno de sus restantes paisanos se hizo ver sobre el río. Pero como el *indio*, por más tiempo que pase, jamás omite de vengarse, pensaron en comenzar de nuevo sus correrías y de hostigar los navegantes. Cuando veían una embarcación pequeña, navegaban hacia ella, saltaban al agua en su cercanía y se empeñaban a volcarla a la fuerza dentro del agua. Esto lo supieron a su vez los portugueses, se ocuparon en construir varias embarcaciones que no eran muy grandes y que los *indios* se animaban a volcar, pero ellos les fijaron en el fondo unos muy puntiagudos clavos de hierro para engañar a estos volcadores de barcos; así subían y bajaban por el *Paraná* con estas punzantes pequeñas *barcas* provistas con suficiente tripulación que estaba escondida,

115 / *haben sich Platz gemacht*. Aquí de dudoso sentido, pero responde a querer verse libres.

echada en el fondo. Los *payaguás* las asaltaron con ímpetu y cuando trataban de volcar con sus hombros estos buquecitos, se metieron las púas dentro de sus hombros; en esto los soldados se pusieron de pie, en parte con *mosquetes*, en parte con sables; destrozaron las cabezas de los *indios* y con su maña hicieron un gran daño entre ellos. También sacaron del agua mediante lazos a muchos, los que necesitaron para saber dónde los demás tendrían su campamento junto al río. Por la amenaza de quitarles la vida, los *portugueses* obtuvieron que los *indios* prisioneros les indicaran el lugar buscado, donde ellos, a hora de la noche, asaltaron a los *indios* y mataron a fusil a los más. Estos dos escarmientos tan enérgicos no pudieron causar otra cosa sino que los demás debieron cesar en sus correrías. Por ello, esta *nación* fue tan disminuida, que se creyó que ella había desaparecido del todo. Pero la mala hierba no se pierde y no puede ser extirpada tan completamente que no eche algunas raíces. Pero este mal había sido aliviado en mayor parte. Estos *indios payaguás*, como relaté arriba, comenzaron a visitarnos, pero desde lejos. Si bien no cometían acto hostil alguno, nos preocuparon sin embargo, por si con el tiempo no se acercarían acaso más. Ellos quisieron quitar a mis *indios* el miedo que los retenía de una mayor comunidad. Es lo cierto que ningún pícaro se fía del otro. No había otra cosa de ver y de oír que las continuas señas desde lejos que ellos hacían a mis *mocovíes* y los llamaban hacia ellos. Jamás se veía estar parado en la orilla a más de uno, pero los demás estaban escondidos en canoas bajo las barrancas del río y espiaban al *mocoví* que se acercaba. El *payaguá*, que se hacía ver, tenía en las manos algunos fajos de tabaco, al cual son muy afectos los *mocovíes*, pero fue una buena suerte que aún por estas incitaciones ninguno se dejó engañar. Yo recibí la noticia que en la orilla de nuestro río estaban tales huéspedes forasteros; tuve curiosidad de verlos, pero no solo, sino que cincuenta de mis *indios* montaron pronto a caballo con lanzas y flechas [y] cabalgaron conmigo en derecha a la orilla. Los *payaguás* nos habían visto pronto y aquel que se había hecho ver arriba bajó a saltos, en seguida al río a su canoa y comenzó a huir con los demás. Cuando hubimos llegado a la orilla, vimos flotar ya en el centro del río seis canoas de los *payaguás*, que trataban de llegarse a la otra banda. Ahí conocimos que ellos habían venido como enemigos contra nosotros para espiarnos; mis *indios* tendieron sus arcos y enviaron tras ellos un verdadero chubasco de flechas; no sé si habrán muerto alguno, pero vi que en muchos se habían pegado las flechas. Desde este tiempo no hemos tenido ningún otro choque con los *payaguás*, pero por un tiempo bastante largo estuvimos en guardia que no fuéramos asaltados de imprevisto por ellos en hora nocturna.

Ahora como esta *reducción* fue la primera, tuvimos que considerar más bien como enemigos que amigos a los *indios* salvajes que, aunque bien distantes, vivían en derredor nuestro y por tierra se dejaban ver en nuestros contornos; nosotros teníamos que observar prolijamente sus movimientos para no perder caballos y vacas a centenares. Como yo era aún joven y listo para todo ni había obtenido en la viveza un rango inferior, tuve que estar presente en todo y mis *indios* se alegraron mucho porque me vieron intrépido, especialmente en las circunstancias que por lo general a todo el

pueblo tornaron temeroso¹¹⁶. Yo comencé a aprender la lengua con el mayor empeño juntamente con dejarme emplear para todos los trabajos, pero yo comprendí que era un asunto muy aburrido estar sentado en mi choza durante todo el día para el estudio de la lengua; me formé pues un cabal horario por el cual me dedicaba en parte a la lengua, en parte a la *música* y la enseñanza de los niños, en parte a los demás asuntos y trabajos.

116 / *fürchterlich*. Este adjetivo calificativo, derivado de *Furcht* (miedo) denota «causante de miedo» es confundido por el autor con *furchtsam* (invadido por el miedo). Lo glosamos como uno de los tantos quid pro quo del autor.

CAPÍTULO IV

Gran dificultad en aprender el idioma

Nada me fue más duro que comprender la lengua de la que hasta entonces había aprendido poco si bien en frecuentes ocasiones me mortificaba hasta la media noche. En cuántas ocasiones las lágrimas se me cayeron de los ojos y me invadió una profunda tristeza que la lengua no quiso pegármese tan pronto como yo pretendía. Como esta tristeza era tan perceptible y para que no me avasallara acaso un desaliento, mi *comisionero P. Burges* me consolaba en frecuentes veces y me daba esperanza que yo comprendería el idioma más pronto que él, pues él decía según su experiencia que los alemanes eran más aptos que los españoles en aprender el idioma *indio* porque tenían aprontadas sus lenguas para idiomas duros. Él me dio también algunas instrucciones y un vocabulario escrito, comenzado a medias, que él había recopilado con gran dificultad y trabajo durante los tres años que él ya había cumplido entre ellos. Yo leía y escribía con diligencia pero como esta introducción contenía aún muchos errores y yo ya sabía mucho de memoria pero oía decir de otra manera por los *indios*, volví a tener mucho miedo y me afligía de nuevo porque con esta iniciación en el idioma yo perdía tiempo y trabajo sin notar un progreso en la lengua.

Por lo tanto yo me resolví a aprender fundamentalmente de ellos la lengua por un continuo ejercicio entre mis *indios* tanto en los trabajos como también en los viajes; pero yo no omitía de anotar empeñosamente todo cuanto y de qué modo había oído de ellos. Yo averiguaba diligentemente lo que denotaría esto o aquello y así percibí que poco a poco la lengua me parecía más fácil. Cuando los *indios* oyeron que yo ya empezaba a balbucear, demostraron un gran contento. Yo notaba sin embargo que ellos recelaban en indicarme los errores cometidos al hablar; sin duda yo habré entremezclado bastantes dislates¹¹⁷ pero ellos callaban y no daban a entender que yo había errado. Sólo un muchacho que me había oído hablar, comenzó a repetir varias veces la palabra equivocada que yo no había pronunciado correctamente. Si bien yo lo había oído, no di indicio alguno de notarlo, pues yo esperaba sólo que él lo pronunciara correctamente una vez como correspondía para evitar en adelante el error. Los *indios* abominaron del atrevimiento de este muchacho y le amonestaron que no fuere tan irrespetuoso y que cesara con semejante mofa; bastaba que yo me hubiera dedicado a hablar su lengua aunque con errores, pero sin embargo ellos me comprendían y estaban muy contentos; también sería un indicio de que yo permanecería con gusto entre ellos. Yo simulé no haber comprendido nada pero de algunas palabras que comprendí, he adivinado de ser esto una corrección pero no di seña alguna de haberlo entendido así. Me plugo mucho que los *indios* miraban con tanta compasión mis errores por lo cual me animé a explicarles mi deseo y dije: —Hijos míos, ya noto que al hablar vuestra lengua cometo muchos errores; me causará un gran placer si vosotros me los prevenís

117 / Böcke. Término familiar oír «errores risibles».

En el segundo año
yo ya enseñaba a
los niños

y me indicáis de qué manera debo hablar; vosotros no me avergonzaréis por ello, sino que yo os agradeceré pues yo quiero comprender perfectamente vuestra lengua para que yo pueda enseñaros; esto es mi objeto y fin definitivo [y] para conseguirlo no me avergüenzo de error alguno.

Los *indios* se alegraron y desde este tiempo era para ellos un placer el advertirme mis errores, pero para mí una gran utilidad de ser advertido pues en el segundo año ya pude enseñar a los niños en la doctrina cristiana y en el tercer año ya subí al púlpito. Lo mejor fue que yo no tenía recelo en predicar aunque yo sabía que yo cometía muchos errores en la pronunciación ni tampoco sabía del todo el significado propio de las palabras. Por este motivo hice saber a todos que si en mi sermón notaran algo que no [sería] bastante comprensible conforme al uso de su lengua o que fuera incorrecto de cualquier modo me lo comunicaran, aun en presencia de otros; yo lo consideraría como una prueba de su sinceridad y también les premiaría en algo. Entonces tuve suficientes maestros y como yo había escrito todos mis sermones, pude distinguir muy fácilmente lo incorrecto de lo correcto y enmendarlo; también me serví de la oportunidad de entremezclar en el siguiente sermón algo por lo cual podía enmendar el yerro precedente; con esto quedaba en mi memoria lo real de la lengua natural y los *indios* veían también que yo me empeñaba a enmendar en seguida errores idiomáticos cometidos mediante lo cual yo conseguí tanto que los *indios* me entendieran y estuvieron muy contentos conmigo; yo tuve también el consuelo de poder ya conversar con ellos.

CAPÍTULO V

Enseño a los *indios* la música y otras actividades

Tuve bastante ejercicio en aprender [el idioma] *indio* junto a los niños a los cuales instruía en leer, escribir y en la *música*. En todo tuve éxito y en tres años cuando los tuve en el aprendizaje *musical* conseguí de veinte muchachos que ellos fueren útiles en la misa y *vísperas* con los precisos *instrumentos* para una *música* eclesiástica completa¹¹⁸ para el asombro de los *indios* y aún mayor de los españoles. Otro *misionero* que desde una distinta reducción tuvo que pasar por la mía y era perito en la música no podía admirarse bastante que a tantos niños *indios* se les había hecho peritos y hábiles en la *música*; él lo tuvo por una obra milagrosa y los oía con placer. A la par de esto yo quise habilitar también en otros oficios manuales a los *indios* mayores. Si bien yo por parte de los artesanos podría ser llamado un chapucero *aprobado*, fui estimado en cambio un maestro perfecto en *Indias*. Así ocurre en un país donde el tuerto es rey porque todos son ciegos.

Había sido bueno que yo desde mis primeros años cuando ya deseaba partir a *Las Indias*, me había dedicado en observar con curiosidad los artesanos y de aprender algo de cada uno, tanto mediante preguntas como por observación más detenida de su trabajo. Nadie me tome a mal la presente recordación que hago ahora; parece ser una interrupción de mi relato pero sin embargo será conveniente que yo no omita de contar aquello que más tarde ha servido grandemente a mí y a mis *indios*¹¹⁹. Siempre es bueno y laudable y hasta útil en las situaciones ocurrentes con el tiempo que uno sea afecto a saber de mucho aunque no hubiera ocasión de hacer uso de este conocimiento en alguna vez; saber mucho no es dañoso. Había de ser recordado y asentado sobre el papel con máxima atención todo lo que yo observara, con cuidado lo que experimenté. Hice también ensayos en uno que otro [oficio] para servirme de la experiencia en *Indias*. Donde y cuando yo podía aprender algo estuve atento a ello. Esto me ha servido de tal manera que creo que ello ha contribuido no poco a la conversión de muchos *indios*; pues influye en ellos mucho más lo que ven con sus ojos que lo que oyen con sus oídos; por lo menos en esto yo había logrado la buena ventaja que mediante mi habilidad escasa y mayor dedicación me hice bienquisto y grato a los *indios*, lo que en ellos causa cual una obligación para ver con agrado su maestro y acceder mejor a sus enseñanzas. Yo vi que todo cuanto yo emprendía me resultó factible y aunque yo no lo ejecutaba con completa perfección, bastó sin embargo para que los *indios* tuvieran un placer en ello y lo que yo ejecutaba resultaba en modo suficiente un servicio provechoso. Pronto construí un torno con ayuda de los *indios* a cuya labor

118 / i. e. una orquesta.

119 / Paucke particulariza aquí pero fue obvio que los *misioneros* solían adquirir de antemano cierto acopio práctico en las artes manuales como también hicieron en los rudimentos de la música.

En tres años, 20 muchachos aprendieron la música

Mi preocupación en la juventud por aprender y saber algo

Lo que a mí y a mis *indios* fue muy útil

Construyo un torno

Un banco de
carpintero

tuve que asistir de continuo y dar ininterrumpida instrucción. En mi vida jamás había tomado en mi mano y menos limpiado a soplo un cepillo de carpintero pero sin embargo lo empuñé y me ocupé en fabricar con mis *indios* lo necesario para la casa: hicimos puertas, marcos de ventanas, mesas y cosas semejantes. Para estos trabajos elegí tres activos *indios* jóvenes de la *familia* del *cacique Aletin*; uno de nombre *Lezatin*, el segundo *Nochiguan* y el tercero *Dachigac*. Ellos eran bastante hábiles y *trataban* [manejaban] las herramientas con seguridad al corto tiempo pero no con la diligencia y la energía con que algún otro [trabaja] en nuestros países. Cuando se cansaban un poco, se detenían por un buen cuarto de hora y aun una media hora y comenzaban a charlar entre ellos, especialmente cuando yo no estaba presente. Así pasó el tiempo hasta que la madera correspondiente estuvo labrada y [pero] ellos hubieron visto de buen grado pronto qué resultaría de estos maderos; frecuentemente me preguntaron para qué servirían tantos maderos labrados. Para contentarlos e inspirarles mayor afición construí mediante ellos una mesa pequeña y un marco de ventana. Cuando vieron que ya estaba compuesto algo proveniente de su labor, se alegraron ellos mismos y sintieron mayor empeño en proseguir trabajando. Tampoco les hice escasear nada; les daba diariamente fuera de su fija *porción* de carne un buen pedazo para asar que ellos preparaban y comían en su taller. Súpose entre los *indios* que estos tres carpinteros ya habían construido algo de su labor; entonces acudieron muchos a nuestro taller y contemplaban lo fabricado. Especialmente *Aletin* demostró un placer que estos tres muchachones como sus *familiares* y parientes ya hubieran dado un testimonio de su habilidad; todo esto sirvió a mis oficiales carpinteros para mayor estímulo. De ahí en adelante tuvimos todos los días a algunos *indios* que nos visitaban en el taller que era sólo un pequeño cobertizo. También el torno ya estuvo terminado y construído con una rueda a la que otro [hombre] debía dar vuelta. Yo ya tenía unos maderos bellamente preparados para ello, aseguré uno en el torno y comencé a tornear. Entonces mis carpinteros echaran a un lado su labor y me observaron detenidamente. Les complacía que un madero tosco quedara redondeado tan prontamente y con tan leve trabajo: los *indios* presentes se reían porque era algo extraño para ellos. Yo invité a varios a que también lo *probaran*; algunos tenían miedo bajo el pretexto que ellos no lo acertarían y si ellos echaran a perder la madera, yo no estaría muy contento. Y aun así —dije yo— probadlo no más, no se pierde nada con un pedazo de madera.

Nuestra obra de
carpintería

Nuestra tornería

Entonces se vio en realidad un verdadero juego de monos; uno tras otro quiso ensayar y se arrebatában mutuamente de las manos la herramienta. Yo les mostraba cómo debían mantener y girar el hierro y observaba de qué manera uno o algún otro se prestaban a ello; a éstos les propuse que si tenían placer en este trabajo, les mostraría y les enseñaría todo de muy buen grado. Pronto se presentaron dos que tenían afición a ello y comprendieron la obra en corto tiempo de manera que ya labraban muy bien cosas sencillas. Es cierto que ellos no hacían esta labor como era de desear, pero bastaba que ellos no se resistieran a seguir aprendiendo. También tuve que enseñarles con cautela; para ello me serví del ardid de ponderarlos aunque lo habían hecho bastante

mal. Luego les decía: —Vosotros os habéis empeñado en hacer bien esto pero todavía puede ser mejor— y les enseñaba de qué manera. Con esto ellos quedaron contentos, porque veían que yo no despreciaba su trabajo. En muchos días ocurría que uno que otro no aparecía en su taller, pero por lo mismo yo no les decía ni palabra ni preguntaba por qué no habían venido sino que me demostraba para con ellos como si jamás hubieren faltado; y les plació muchísimo esto de que nunca me enojaba ni diera una señal de un disgusto. Realmente se necesita mucha paciencia y hay que usar gran dulzura a fin de mantenerlos en un trabajo; en caso contrario uno inducirá a pocos o a ninguno a trabajar. Que él haga poco o mucho, eso debe ser admitido. Si bien ellos se enojan pronto, no pueden aguantar, sin embargo que otro se enoje a causa de ellos pues pronto lo abandonan. Yo traté de atraer por completo a mi lado al *cacique Aletin* en quien yo tenía un buen ayudante que aconsejaba a los *indios* y me procuraba en seguida un indio o más en cuanto yo necesitaba un ayudante para esto o aquel trabajo. Él se volvió tan hogareño en mi choza que me visitaba frecuentemente en el día [y] consultaba conmigo qué habría de hacerse en ciertas ocurrencias donde él mismo no podía dar una indicación.

Si bien el *P. Burges* y el *P. Canelas* se trataban muy amablemente con todos los *indios*, yo había conquistado sin embargo en corto tiempo a los *indios* en tal forma que pude obtener de ellos casi más que ambos. Ocurría a veces que ellos les hablaran demasiado acremente por lo cual algunos *indios* quedaban descontentos; ahí tuve que ser el intermediario y a la vez logré una reconciliación. Hasta entonces yo tuve poco que hacer con los *indios* por lo que tampoco hubo ocasión de que ellos pudieran estar descontentos conmigo pues no es posible que uno no tuviere nunca un choque con gentes sensibles cual los *indios*, especialmente con aquel que como jefe tiene que manejarse con ellos en toda ocasión. El párroco está expuesto a muchos disgustos pues de él debe emanar todo lo que el *indio* necesita para su alimento, vestimenta y herramientas necesarias a su trabajo propio y de la *reducción*. Si lo que él pide no está pronto presente o si es defectuoso o si el *misionero* se disculpa con no tenerlo, están descontentos en seguida, no van al trabajo sino que pasean por el campo por dos o tres meses como ocurrió frecuentemente.

En realidad ellos querían al *P. Burges*, pero por dichas circunstancias estuvieron frecuentemente descontentos con él; entonces tuve que arreglar todo otra vez como intermediario lo que ha gustado mucho al *P. Burges*. Los *indios* venían también con mayor confianza a mí porque sabían que entre ellos y su párroco se produciría una rápida reconciliación por mí. Yo me ocupaba en disuadirles con moderación de todo, en consolarlos y apaciguarlos pero no sin previa conversación con el *P. Burges* que exigía todo esto.

Como tales cosas me salían tan felizmente, vi que aunque no en posesión completo del idioma podía sin embargo con mi lengua balbuceante hacer tanto que allané muchos malentendidos. Entre otros, yo había hecho tan amigo mío al revoltoso *cacique Cithaalin* mediante una amena sincera amabilidad en regalos, consuelos y buenos

Fui muy bienquisto
entre los *indios*

También con
el revoltoso *Cithaalin*

Que me confió sus hijos

consejos que de ahí en adelante yo dominara con poca cosa su altanero y barullento ánimo ¡[y] más! consiguiera que él mismo me encomendara lo más diligentemente sus hijos para que yo los cuidara y ellos me visitaran de continuo. Por esto yo obtuve una maña especial en deshabituarse mucho al padre mediante sus hijos —que no eran tan hostiles— de su orgullo bárbaro y de su inmoderación iracunda. Él tenía tres hijos ya bastante crecidos que él hizo llegar con placer al santo bautismo y que pronto eran tan hogareños a mi lado que durante el día yo los tenía casi continuamente en mi casa de cueros; aunque frecuentemente vinieran en tiempo inoportuno para mí, yo mostraba sin embargo como que me eran gratos e hice todo lo posible de ganar al padre mediante sus hijos. El *P. Burges* se había empeñado ya desde muchísimo tiempo en llevar junto a él a su casa a los hijos de este *cacique* y cuidar de ellos pero fue en vano. *Cithaalin* no quiso admitir que sus hijos sirvieran a uno de los *Patres*. Lo mejor —junto con su conducta obstinada— fue que él no retuvo a sus hijos de la habitual doctrina cristiana sino que les ordeno asistir a ella junto con otros niños; como ahora estos niños por orden de su padre se presentaban diligentemente tanto a las doctrinas cristianas como en la escuela, tuve la mejor ocasión de hacerlos favorables y afectos a mí. Es cierto que el *P. Burges*, antes de mi llegada, había influido sobre el *cacique Cithaalin* en tal modo que éste consintió que uno de sus hijos llamado *Devatcaiti* se trasladara a su vivienda pero este muchacho permaneció apenas durante un mes, abandonó al *Pater* y volvió a su casa sin antes anunciarse. El *P. Burges* no pudo oponerse a ello y tuvo que dejarlo hacer. *Cithaalin* tenía otros dos hijos algo crecidos, uno con nombre *Acanagqui* de 15 años, el otro *Cadiodi* de 12 años los que él no quería dejar partir de su casa, según se decía, pero los compelió a presentarse asiduamente en la doctrina cristiana y asistieran a la escuela; tampoco fue opositor a que se hicieran bautizar pero él mismo no quiso acceder a aceptar el agua del santo bautismo. Ínterin nosotros usamos de todo empeño para que el otro *cacique Aletin*, se hiciera bautizar; éste consintió muy conforme y solicitó que se le cristianara pronto; hizo bautizar a él, a su mujer, a todos sus hijos y otros seis *indios* de su parcialidad con mujeres e hijos, lo que hizo una honda impresión entre los demás *indios*. Ellos estuvieron con curiosidad y el pueblo entero acudió corriendo para ver las *ceremonias* que hicimos efectuar con toda la magnificencia posible. También hicimos invitar para ello a algunos de los españoles más principales de la ciudad de *Santa Fe* que fueron acompañados también a nuestra *reducción* bajo escolta de muchos *indios* armados y ejercieron el padrinazgo de los nuevos bautizandos. Cuando ahora nuestro *cacique Aletin* estuvo bautizado, se mantuvo con mayor celo al lado de los *misioneros*, se hacía emplear en todos los trabajos y desempeños, comparecía asiduamente en los actos de la iglesia y asistía diariamente a la santa misa. Los *indios* neófitos siguieron pronto al ejemplo de este *cacique* y comparecieron asiduamente en el servicio divino. Ellos venían frecuentemente a mi choza a visitarme; por esto yo tenía oportunidad de dar muchos buenos consejos que escuchaban con gran sumisión y atención. ¡Oh cuán contento estuve en vista del gran fruto que yo vi brotar de la instrucción dada y a la vez reconocí que un consejo en *privado*

Aletin es bautizado

y una instrucción dada amistosamente en secreto hacían más efecto en los *indios* que muchos otros sermones públicos en la iglesia.

Por esto resolvimos pues entre nosotros, los dos *misioneros*, que de conformidad con el rango de los demás *caciques* íbamos a convocar poco a poco la gente y cada uno por sí haría llegar diariamente a nuestras chozas dos o tres, uno después del otro, para exponerles las verdades divinas y la doctrina tras cuya enseñanza cada uno sería despedido con una pequeña donación.

Yo me ocupé de los hombres y de los niños, el *P. Burges* en cambio de las mujeres y niñas. Con estas enseñanzas y amables conversaciones obtuvimos que poco a poco muchos pidieran el sagrado bautismo y se hicieron cristianos. Los primeros y más presurosos para el bautismo fueron los de la parcialidad del *cacique Aletin*; los del lado de *Cithaalin* eran aún algo obstinados porque todavía no vieron en su *cacique* al cual eran afectos, ninguna inclinación hacia el cristianismo.

Cithaalin fue cada vez más y más afecto a mí, me visitaba frecuentemente sin haber sido llamado por mí, y demostraba especial simpatía hacia mí; pero como él era quisquilloso y extravagante en todo, tuve que cazar con mucha moderación y cautela a este pájaro suelto. Yo ya tenía instruyéndolos a todos sus hijos, por parte en leer y escribir, por parte también en la *música* los que con el consenso de su padre *Cithaalin* se habían hecho bautizar, el primero y mayor: *Vicentius Acanagqui*, el segundo *Sebastián Devalcaiti* y el tercero *Antonius Cadiodi*. Pronto obtuve también que él hiciera bautizar su hijo menor y sus dos hijas más grandes; al hijo con el nombre de *Joaquín*, a la hija mayor *Teresa* y la menor *Teodora*. Todos estos hijos e hijas de *Cithaalin* eran muy diligentes y asiduos en la escuela y doctrina cristiana; no sólo no fueron obstaculizados por su padre sino más bien estimulados a comparecer en tales instrucciones. Sin embargo *Cithaalin* no era de igual condición todos los días pues especialmente cuando él estaba ebrio lo que ocurría en frecuentes veces retenía en casa a sus hijos y no dejaba aparecer en la escuela a ninguno aunque los hijos ansiaban presentarse. Era preciso pasar con silencio por sobre todo esto y dejarlo suceder.

Nuestro arreglo en la enseñanza de los paganos

Los hijos de *Cithaalin* reciben el bautizo sagrado

CAPÍTULO VI

Modo y manera de tratar con los *indios*

Es preciso usar de modos extraños y mañas para conducir al Bien al *indio*; jamás debe hacerse esto con celo y consejo exorbitantes, si no el *indio* se fastidia pronto y ya no comparece más. Aun el consejo no debe ser demasiado *teológico* sino él no comprende nada y ello resulta igual como si uno hablara al aire. Tampoco pueden aguantar que se les hable con una voz demasiado alta; ellos creen en seguida que uno quiere obligarlos a la fuerza y está enojado con ellos. Y si el *indio* guarda acaso en su ánimo algún fastidio causado por otros, hay que dejarlo hasta que él se apacigüe. En estas circunstancias yo he tenido experiencia por demasiadas ocasiones lo que me hizo más prudente desde entonces en adelante. Quiero aducir aquí algunos casos ocurridos a mí por los cuales cada uno conocerá que el *indio* comprende muy lenta y difícilmente las cosas de la Fe y que es preciso proceder con él al igual que con un niño para que uno no lo asuste ni fastidie a causa de celo y consejos excesivos.

Yo ya tenía mucha experiencia en el modo y la *manera* de tratar con ellos pero ella no obstante no podía comprender que algunos (cuando les aconsejaba y les enseñaba con la mayor moderación y les preguntaba si ellos me entendían) no me contestaban con un claro sí o no. Ellos no decían ni una palabra durante todo el tiempo, contestaban sólo con un resoplo¹²⁰ que les causaba el aliento retenido en el pecho; miraban de continuo al suelo, comenzaban a hacer sobre el suelo con el dedo grande del pie como un dibujo o a cavar con él un hoyito; salivaban¹²¹ de continuo desde un lado al otro sobre la tierra. Al principio yo no sabía qué significaría esto; tampoco lo interpretaba por tan mal como era hasta que finalmente el *cacique Aletin* estuvo presente ante uno que en su presencia y con tales *ceremonias* estuvo en mi choza. *Aletin* también comenzó en esto a hablar muy suave y moderadamente con él [y] apoyó mi alocución instructiva; entonces el *indio* comenzó a cavar con su dedo del pie con mayor vehemencia y salivaba sin cesar sobre la tierra. Cuando *Aletin* observó esto me llamó aparte y me dijo: —Mira, yo ya conozco que para hoy tu enseñanza dada no fructificará en este *indio* pues él habrá tenido alguna contrariedad en alguna otra parte la que ha conmovido e intranquilizado su espíritu; déjale ir a su casa por hoy hasta que él haya digerido aquello que amargó su ánimo, si no él podría tornarse mal dispuesto contra ti y no volver más¹²².

120 / *Raschler*. Voz infrecuente y con acepción de emisión de respiración corta y agitada.

121 / *spirzleten*. Forma de presente imperfecto de un infrecuente verbo *spirzlen* si no es error por una problemática voz de *sprizlen* (arrojar líquidos).

122 / Es sabido que Facundo Quiroga reconoció en un criollo la culpabilidad por el nervioso movimiento de su pie. Por nuestra parte hemos notado en los modernos paisanos del oeste que al recibir una reprimenda y sentirse culpables mueven nerviosamente un pie calzado de alpargata u ojota.

Yo seguí su consejo y despedí al *indio* con buenas palabras y un pequeño presente; él lo aceptó pero sin demostración de un agradecimiento, dio vuelta sin despedirse y se retiró. Al día siguiente me visitó espontáneamente de nuevo, me saludó muy amablemente, ya me miraba a la cara y daba clara respuesta a mi plática; estuvo por mucho tiempo con cara amable a mi lado y me escuchaba atentamente. Entonces el antes hosco *indio* resultó ser un mejor *politico*, y esta experiencia me sirvió otra vez para advertencia: en cuanto de ahí en adelante yo notaba que ocurrían tales indicios, buscaba pronto una ocasión de despedir amablemente al *indio* y pedirle ulterior visita para otra oportunidad.

A más me sucedió con algunos otros cuando yo comenzaba a enseñarlos con gran amabilidad, que yo notara en ellos otros indicios de sus emociones anímicas. Yo veía que sus ojos estaban llenos de lágrimas y que el mentón inferior comenzaba a moverse al igual a quien empieza a llorar. Yo creía que el *indio* estaría emocionado en su interior y se compenetraba de mi enseñanza pero yo había errado por lejos: no era otra cosa que ira y bilis que le mortificaban interiormente; esto lo comprendí por respuestas dadas que a veces eran muy atrevidas y acres como también muy inmoderadas.

En esta virtud tan venenosa era muy habituado y perfecto nuestro *cacique Cithaalin* pues si algo no se hacía pronto conforme a su voluntad, él comenzaba a tener los ojos llenos de lágrimas y a mover el mentón; por esto yo le adjudiqué otro nombre que entendíamos nosotros solos para que no llegara a los oídos de él; yo le llamaba por esto el *capitán tiembla barbas*, eso es *Bartwakler* [meneador de la barba]. Yo habría perdido toda su amistad si él lo hubiera sabido. Él había recibido por los españoles el apodo *Poste mudo* que significa: *Der stumme Stock*. *Cithaalin* ya sabía los españoles que lo apodaban así porque él había oído frecuentemente este nombre por ellos cuando le habían saludado o hecho saludar por otros. Él fue tan curioso en una ocasión que me preguntara qué significaría esta palabra *Poste mudo*. Yo noté enseguida lo que él quería pues él lo consideraba un apodo como lo era en realidad. Yo no supe remediarlo de otro modo que interpretárselo en lo más posible en forma que él no se resintiera. Por ello le pregunté si él habría tenido alguna vez un *apostema* o sea un hinchazón. Él respondió que sí y me contó la circunstancia de su *apostema*. Ve —le dije— esto no significa otra cosa sino que como no todos saben tu nombre, hacen uso de las circunstancias. Por esto para que los *indios* sepan a cuál de los *caciques* de nuestra *reducción* deben saludar de su parte, dicen: saludame al *cacique Poste mudo*, como si quisieran decir: el que una vez ha tenido un *apostema*; pues *apostemado* denota en lengua española a quien ha tenido un *apostema* y como los *indios* y otros españoles ignorantes no pronuncian bien las palabras, dicen en vez de *apostemado*: *Poste mudo*.

El quedó muy contento y dijo: —Ah, entonces ellos deben haberme compadecido sin embargo porque han recordado de mi enfermedad.

—Ya lo creo —dije yo—; esto puede ser, pues así como el que recuerda de la muerte de su amigo, siente en sí siempre una pesadumbre, así también los españoles deben sentir un pesar porque recuerdan de tu enfermedad anterior.

El apodo del iracundo *Cithaalin*

Yo se lo interpreto

Esto le plugo a mi *Cithaalin* y él quedó contento. Aunque él parecía ser un ignorante en muchas materias, no era tan incapaz de no notar muy bien muchas cosas, y [yo] tuve que servirme de una manera especial y de extensas pláticas para mantenerlo contento. En una ocasión yo casi hubiera volcado el caldo¹²³ y [él] me habría denunciado la amistad si yo no hubiera usado de toda cautela para apaciguarle.

Antes de mi llegada, él había permitido a solicitud de ambos *misioneros* a sus tres hijos *Vicente*, *Sebastián* y *Antonio* que moraran al lado de los misioneros pero que no les sirvieran tanto en sus viviendas y en la iglesia sino que sólo se hicieran presentes. Sin embargo estos muchachos (como ya mencioné antes) abandonaron por completo a los *Padres* alegando que *ellos no eran esclavos; que no se privarían de su libertad. Si querían tener sirvientes, que pagaran y dieran un salario*. Es que a ellos les pesaba que no pudieran concurrir a caballo con toda libertad a las habituales cazas y paseos, pues el *indio* es un individuo habituado al desasosiego que apenas permanece constante en un asunto o negocio. Por esta causa todos ellos escapaban del lado de los *misioneros* y permanecían junto a su padre con el que marchaban tan presto al campo, tan presto a la caza, tan pronto a la ciudad de *Santa Fe*. Era de deplorar que estos muchachos, por otra parte tan buenos, quedaran tan pervertidos por esta conducta de su padre tan inculto. Si bien ellos ya habían abandonado a los otros dos *misioneros*, yo me esforcé sin embargo en habituarlos de nuevo a ser tan hogareños que ellos durante el día estuvieran en mayor parte al lado mío. Un día en que *Cithaalin* estuvo junto a mí y mostraba un ánimo alegre, le expresé cuánto yo deploraba que sus dos hijos tan bien inclinados vivieran tan distanciados de la casa de los *misioneros* donde ellos no sólo podían ser educados buenamente sino igualmente bien provistos por lo cual él tendría que preocuparse menos también en su casa. Si no les agradaba permanecer al lado de los otros dos *Patribus* quedaban libres para seguir al lado mío, yo cuidaría de ellos cual un padre. —Sí —dijo *Cithaalin*— es cierto que mis hijos parecen ser más afectos a ti que a los otros y me place mucho que tú te ocupes de nuestros hijos en modo que aprendan y entiendan algo; ellos también están bien contentos contigo pero yo no sé si ellos quieren estar también a tu lado. En cuanto se refiere a mí yo bien consentiría que retuvieras a uno bajo tu cuidado y proveyeras en lugar mío; pero a *Vicente* quiero conservar a mi lado y educarlo a mi modo pues yo debo tener un hijo que me ayude y éste es el mayor.

Esta respuesta me bastó y me aseguró que yo podría educar en buena forma a lo menos uno de los hijos de *Cithaalin*. *Sebastián* más que los otros dos hermanos demostraba siempre poseer el mayor afecto a mí.

Yo dejé pasar aún un tiempito sin contar nada a *Sebastián*. Ínterin ocurrió que yo debí viajar a la ciudad de *Santa Fe* para buscar elementos necesarios, en parte para nuestra alimentación, en parte para las necesidades de la *reducción*. Pocos días antes se supo entre la gente que yo quería viajar a la ciudad. El *P. Burges* se preocupaba por

123 / *die Suppe verschütten*. Frase familiar equivalente a cometer un error por exceso de prisa.

suficientes *indios* que debían acompañarme pero yo tuve pronto varios que se presentaron espontáneamente a formar mi escolta cuanta era necesaria, pues la mayor parte de los *indios* y de los muchachos querían montar a caballo y acompañarme. El *P. Burges* tuvo miedo y temor ante tanta gente que se preparaba para el viaje (pues este viaje habría costado más que cuanto yo debía buscar porque para tanta gente comilona debe ser arreada a la vez una buena cantidad de bueyes para alimentación). Él pudo apenas impedirlo, hasta que al fin algunos se dejaron contentar por la promesa que ellos serían mis hombres de escolta en otra ocasión hacia donde quiera que fuera. Si bien tuve una gran alegría que los *indios* me siguieran tanto, temí sin embargo que esto me sería tomado a mal por la ciudad y por los *jesuitas* en el *Colegio* y sería considerado una innovación porque jamás habían venido tantos *indios* con un *misionero* a la ciudad. A los otros dos *misioneros*, mis colegas, tampoco les causó un gran placer que tantos *indios* me siguieran en gran número mientras ellos, cuando querían viajar, tenían siempre mucho inconveniente en encontrar *indios* que quisieran acompañarlos espontáneamente, pues a ninguno se le puede obligar y después del viaje hay que entregar a cada uno un regalo pero esto no debe ser una cosa exigua, pues entonces el *indio* se descontenta mucho y en la próxima no se puede pedirlo para tal viaje pues él se rehusa de seguro. Cuando más adelante yo llegué junto a la ciudad, quise que los *indios* permanecieran en el campo delante de la ciudad al lado de nuestros caballos pero todo fue en vano; si bien dejaron sus caballos en el campo con cuatro *indios* que debían cuidarlos, todos los demás me acompañaron para dentro de la ciudad y al *Collegium*. Hubo una gran afluencia de gentes de la ciudad que extrañaban a tantos *indios* en acompañamiento del *misionero*. Todos preguntaron qué novedad había ocurrido y temieron que en la *reducción* se hubiera originado algún motín. Yo enrojecí de vergüenza y por el temor de qué modo esto me sería conceptuado. El *comandante* envió en seguida su *ordenanza* al *Colegio* para saber qué pretendían tantos *indios* al lado del *misionero*. El *P. Rector Miguel de Zea* junto con todos en el *Colegio* se intranquilizaron y no creían correcta una escolta tan crecida. Yo pensé entre mí que yo había visto por última vez el *Colegio* y la ciudad de *Santa Fe*, porque formé el firme propósito a no volver a viajar jamás a esta ciudad y a permanecer hasta la muerte en la tierra selvática junto a los *indios*; traté también de emprender pronto mi viaje de regreso. Ínterin expliqué al *comandante* y al *P. Rector* que el causante de tan grande escolta no fui yo sino los mismos *indios* porque ellos habían cabalgado en seguimiento mío sin la voluntad mía ni de los demás *misioneros*. En esta misma noche se presentaron otros seis *indios* más que habían seguido. ¡Oh Dios, qué miedo tuve yo! Y traté de alejarme pronto; por esto le pedí al *P. Procurator* de despacharme pronto para que yo pudiera volver. Esto —por serme afecto— ayudó que yo, pronto atendido, pudiera emprender la marcha de regreso con mis *indios*. ¡Oh qué contento abandoné la ciudad y cabalgué con mis *indios* con rumbo a nuestra *reducción*! Ellos me pidieron que no me apresurara tanto y les diera tiempo en el campo para cazar alguna salvagina o caballos cimarrones. Yo les permití todo con placer y ellos se divertieron muchísimo en el campo y en

Viaje a la ciudad
con varios *indios*

La gran escolta de
indios es mal mirada

los bosques. En cuanto hube emprendido la *marcha* a la mañana, mis compañeros de viaje ya estaban empeñados en cazar y matar salvagina. A la vez encontraban en todas partes abundante miel silvestre que los *indios peruanos* denominan *lechiguana* pero los míos *Nacatec*. Qué clase de miel es ésta haré saber en la oportunidad correspondiente. Mis *indios* traían mucha salvagina y miel en hora de mediodía y al anochecer al lugar donde nosotros en horas fijas acostubrábamos a descansar o aun a reposar. Por lo general yo estaba sentado fuera de la rueda, solo, completamente callado, rezaba mis horas o escuchaba su conversación para que algo de lo oído me quedara en la memoria. Semejante trato con los *indios* me era muy útil y de este modo yo aprendí la especial manera de hablar la lengua. Los *indios* estaban todos sentados en derredor de un fuego y yo a un lado; quince de mis muchachos jóvenes que me habían acompañado estaban sentados en derredor de su fuego al mismo lado mío. Tanto los *indios* como los muchachos se contaban entre ellos todo cuanto habían muerto en salvagina en este día u obtenido en miel; a veces miraban dándose vuelta hacia mí mas yo permanecía callado pero extrañé que cuando repartían la salvagina y la miel, dieran vuelta tantas veces y me miraban repetidamente. Yo creí que ellos querían de buen grado participar algo de su caza también a mí pero que no se atrevían por ignorar si yo aceptaría y comería semejante salvagina y miel. Como todos ya habían recibido su parte pero yo nada, me resolví a hacerme presente y darles a entender que ellos me habían excluido y no me habían participado nada de su caza. Apenas les dije esto, me trajeron de máximo agrado las mejores piezas de caza y de miel. Yo no había probado aún tal salvagina ni había hecho notar hasta ahora algún *apetito* de ello por cuyo motivo recelaron en participarme de ella. Yo me dominé al probarla en esta primera ocasión porque conocí que todos estaban ansiosos de ver si yo comería de lo que ellos comen y si comería al modo de ellos.

Yo pruebo asado
indio bajo alegría
de mis *indios*

Yo hice un gran esfuerzo en mandar asar carne de salvagina recién muerta, sin ser lavada y llena de sangre y comerla pero para causar un placer y mediante él hacerme grato a ellos solicité que uno de mis muchachos asara un buen trozo de ella. *Sebastián* que me había acompañado durante todo el viaje, hizo pronto un asadorcito de una verde ramita de arbusto, atravesó la carne sin ser lavada y lo clavó contra el fogón. Esto —pensé entre mí— será un comistrajo que me ha de revolver todo mi interior pero no [ocurrió así].

El asado ya estuvo listo a *manera india* sin sal ni pan. El asado aún en el asadorcito fue colocado ante mí en la tierra; yo comencé a cortar de él; entonces *oculi omnium* [los ojos de todos] estaban sobre mí y observaban con empeño si yo lo comería. Yo simulé como si nada extrañara en este asado aunque mi estómago se resistía fuertemente a admitir semejante alimento, pero para no disgustar a los *indios* comencé a cortar del asado [ensartado] aún en el asador y a comer. Cuando los *indios* lo vieron, se elevó entre ellos una risotada de alegría tan grande que yo apetecí de seguir comiendo para mantenerlos alegres. Esto bastó para que de ahí en adelante me trajeren siempre lo mejor de la salvagina cazada como de la miel. Con esta primera prueba yo había

causado entre los *indios* un gran contento y un mayor afecto hacia mí. Cuando vieron que yo no menospreciaba sus regalos y sus comidas preparadas a su modo, dijeron pronto entre ellos: *Ini e Padri toton eguemgace enamca eenza mocom*. El *Pater* no es un extranjero, en realidad él parece ser uno de nosotros. Ellos me preguntaban también: —¿*mal na mani?* —¿Te gusta?

Yo les contestaba con el bocado en la boca: —*loi de za*—, en realidad muy bueno y bien. Entonces me hicieron con alegre risotada la segunda sonada. Desde entonces los *indios* estaban aún más contentos conmigo y toda vez que habían cazado algo, me traían una parte. Esta primera dominación de mí mismo me fue difícil pero de ahí en adelante ella me ha facilitado todo: yo ya comí de todo cuanto me traían los *indios*. Yo hice aún más; aunque yo tenía por separado mi fogón para mi cocina y tenía una yacija apartada con mis muchachos, me encaminé sin embargo y me senté en medio de ellos, comí también frecuentes veces de su propio asado. Esta y semejantes acciones en común con ellos me servían en primer lugar para comprender más pronto y mejor la lengua *india*; segundo, que los *indios* cada vez me fueron más afectos y más amables para conmigo.

Yo ya me acercaba a la *reducción* e hice el último campamento nocturno a algunas leguas de ella. Comúnmente yo no veía reunidos todos mis compañeros de viaje sino allá donde ora descansábamos a mediodía ora establecíamos el campamento nocturno. Había ya mucha obscuridad y vi reunida apenas la cuarta parte de mis *indios*; esto me pareció muy extraño y yo no sabía qué pensar pues no era posible que mis *indios* todavía cabalgaran por los bosques. Como ya había obscuridad y no aparecía entre nosotros ninguno de los demás, pregunté dónde estaban los otros y recibí la respuesta: *Iyo yo yte gue lo que niic*. Se han adelantado cabalgando a la aldea. Yo extrañé que los demás nos habían abandonado sin decir una palabra; pero poco a poco en otras iguales situaciones he experimentado que cuando ellos ya estaban cerca de la aldea, acostumbaban dejar al *Pater* solo con un *indio* mientras los demás corrían a la *reducción*. Yo tenía a mi lado todavía hasta unos seis *indios* y cinco muchachos. En cuanto llegué a casa, conté a mis dos *comisioneros* que los *indios* al último me habían abandonado casi todos pero ellos me dijeron que no me preocupara por ello pues esto les ocurría también en cuanto se acercaban a la población.

Sebastián, el hijo de *Cithaalin*, con el cual me detuve en mi relato, me había acompañado pues durante todo el viaje y había cuidado de mí como si ya quisiera quedar del todo conmigo. Por entonces yo no di a conocer nada de lo que yo me proponía hasta tener más indicios que el muchacho quería quedar realmente a mi lado. Yo ya tenía desde antes dos muchachos que me servían pero eran tan inhábiles que hubiera sido preciso que yo les sirviere. Uno de estos muchachos era de estatura y color de blanco [europeo], no como los otros de color de gitano en la cara; lo mismo el otro, de nombre *Petrus Palalalinqui*; ambos estaban completamente desnudos, sólo tenían sobre sí un cuero de pequeñas gamas campestras. Yo traje desde *Santa Fe* algunas varas de *franela* azul para pantalones y corpiños que los españoles llaman *chalecos*, junto con

Visto más
muchachos

algunas varas de lienzo de algodón para camisas. Yo mismo tuve que hacer de sastre que cortara y también cosiere todo esto. Mis dos satélites *indios* estuvieron vestidos ya al corto tiempo pero vi pronto a los pocos días cuán incómoda les era esta vestimenta pues ellos volvieron a aparecer en seguida conforme a su *moda* primera con sus cue- ritos y llevaban de muy mal grado la vestimenta hecha recientemente alegando que dentro de ella les hacía demasiado calor y les refregaba excesivamente el cuerpo. Sin embargo, como yo no cejaba, volvieron a ponerse la nueva vestimenta pero no con mucha gana.

Sebastián estaba continuamente a mi lado y me servía diligentemente sin que yo le hubiera incitado a ello. Al fin le pregunté si al igual de los otros dos él quería quedar conmigo de ahí en adelante. Sin titubear él contestó afirmativamente a mi pregunta y ya no me dejó. Yo llamé a su padre, el *cacique Cithaalin*, para saber si él *también* estaría conforme con ello y lo encontré de acuerdo. Mis dos compañeros también quedaron consolados con la esperanza que por tales medios y modos *Cithaalin* al fin se volvería también más manso. Después de transcurridos dos días se presentó su hermano menor *Antonius Cadiodi* y tenía ganas de quedarse conmigo al igual que su hermano *Sebastián*. Al fin [vino] también el tercero, *Vicente*, al cual como mayor el padre quería tener consigo. Estos dos, como ya he referido, habían servido antes a los otros dos *misioneros* pero [se habían] retirado voluntariamente de ellos. *Cithaalin* calló a eso aunque su hijo *Vicente* le había abandonado y se había dirigido a mí. Yo estaba deseoso de enseñar la *música* a los tres hermanos juntos. *Antonio* se hizo *discantista* [tiple] pero *Vicente* tomó el *violín*. *Sebastián* también tuvo que participar pero él mostró poca habilidad porque prefería como me dijo ayudarme más bien en otras ocupaciones que en la *música* por lo cual le dejé la libre elección. Los otros dos demostraron gran celo y suficiente habilidad. En pocos días se presentaron ya más *candidatos* a aprender la *música*, de manera que yo pronto tenía reunidos veinte muchachos a quienes expliqué los primeros fundamentos de la *música*, pues yo había aprendido ya tanto la lengua que ellos pudieron entenderme bien.

Ya desde mucho se había hecho la provisión en *instrumentos* los que obtuve en corto tiempo de los antiguos *misioneros* de los *guaraníes* a saber: seis *violines*, un pequeño *violón*, cuatro flautas, seis *chirimias*¹²⁴ que se tocan como *oboes* y tienen la voz igual a las que usan los polacos para el baile de osos. Junto con éstos recibí una *espineta* y dos arpas. Sólo con una corneta de monte tuve mala suerte. Estos *instrumentos* habían llegado en *barcas misioneras* por el río *Paraná* a *Santa Fe*; en cuanto yo tuve noticia, viajé a la ciudad y despaché a mi *reducción* todos estos *instrumentos*. Di la corneta de monte a un muchacho que debía llevarla consigo a caballo y colgarla desde el cuello a la espalda; lo que menos temí fue que sucediere un percance a la corneta de monte. En el camino miré hacia atrás si me seguía mi escolta, divisé a mi muchacho pero no corneta de monte alguna. Yo me asusté en la creencia que éste lo había olvidado o aun perdido; le pregunté luego dónde estaba. El muchacho me mostró entonces un atado de arcos rotos y me dijo: —aquí está.

124 / *Chirimien* en el original en vez de *Schallmein*, que sería la verdadera voz alemana.

Conseguí
instrumentos para
la música

Percance con una
corneta de monte

Lo que yo sentí entonces puede imaginarse fácilmente cualquiera pero yo tuve que aguantarlo en silencio. Al muchacho le resultó incómodo de llevar a caballo la corneta de monte entera, por eso la quebró en pedazos y lió todo para proseguir más aliviado en la creencia que ella prestaría sus servicios aun despedazada.

Cuando yo había traído estos *instrumentos* a la *reducción*, hubo gran alegría entre todos y se empeñaron a aprender con gran celo y constancia. Yo conseguí que ya en seis meses ellos cantaran a voces e instrumentos en la iglesia una fácil letanía corta. Los *indios*, especialmente los padres de mis *músicos*, estaban muy contentos; los asistentes a la santa misa fueron más numerosos y los aún no bautizados concurrían diariamente para escuchar la *música*. En una palabra mis *músicos* fueron las añagazas a cuya voz los *indios* acudían frecuentemente a la iglesia.

Desde ahí en adelante nosotros los *misioneros* ya no teníamos tan gran dificultad en reunir los niños en la escuela y en la doctrina cristiana como anteriormente. Ocurría que sin embargo algunos niños se rehusaban y preferían mucho más corretear por el campo o se entretenían con jugar y tirar flechas que aparecer en la escuela. ¿Qué hicieron los padres? Ellos buscaban sus hijos, los tomaban de las manos o también los arrastraban por el suelo hasta nuestra vivienda a los que se rehusaban¹²⁵. Sin embargo había también algunos *indios* que todavía no querían permitir que sus hijos concurrieran a estas enseñanzas. En tal caso nos ayudó mucho el buen *cacique Aletin* quien frecuentemente les hablaba con tanta insistencia hasta que también ellos enviaban sus hijos.

El *cacique Cithaalin* estaba aún muy vacilante y remiso en ayudar en el progreso de la *reducción* tanto en lo que concernía a los trabajos como a otros asuntos correspondientes a la buena educación de los *indios*. Con tal que él tuviera buen comestramiento y beberaje estaba conforme, dejaba a cada uno hacer lo que se le antojara y callaba a todo. Mientras él estaba desembriagado permanecía pacífico, pero en cuanto tenía un buen vapor en la cabeza, semejaba a un semiposeído, comenzaba a intranquilizar a todos los suyos, hasta a correr con la lanza a *Las Indias* para fuera de sus chozas. Él era muy iracundo, sanguinario, mal dispuesto e indómito; sus hijos al contrario eran muy morigerados. Cuando ellos notaban que su padre había bebido en exceso esencias estomáticas embriagantes, huían todos de la casa paterna y se escondían en nuestra vivienda. Su mujer que era una excelente *india* y hermana del *cacique Aletin*, tenía que huir a casa de su hermano si no ella hubiera recibido las palizas y golpes para todos.

Esta *reducción* contaba ya cinco años desde su fundación, ya se notaba que los *indios* se tornaban poco a poco más moderados y que ya más de la mitad había aceptado la fe cristiana, que también ya empezaban a trabajar algo pero sin embargo, eran tan inconstantes y despaciosos en su trabajo que apenas hacían en ocho días lo que unos pocos [diferentes] en tres. A la par de esto no había en tiempo de verano cesación alguna en beber y emborracharse.

Costumbres de
Cithaalin

125 / Oración defectuosa por cambio de sujeto que enmiendo en esta forma.

Los *indios*
acostumbraban
asesinar sus hijos
mal formados

Ellos tenían también la costumbre *bárbara* de asesinar a sus hijos que no les placían o que no tenían miembros bien formados o alguna otra señal desagradable en el cuerpo. Nosotros teníamos que estar alertas de continuo que no ocurriera más un semejante asesinato de niños. Pero sin embargo, ¡cuántos habrán sido asesinados aún en estos años en sus andanzas de dos y aún tres meses por los bosques de los que no hemos podido saber nada antes de que ocurriera!

Cithaalin fue uno de los peores borrachines. Dondequiera que hubiere una reunión de semejantes compinches bebedores, él era el primero. En frecuentes veces yo hablé con él y me esforcé en librarlo de este vergonzoso vicio de la embriaguez, pero él me respondía que ya no le era posible dejar este excesivo beber; él lo había aprendido desde la juventud. Que yo no se lo impidiera; él tendría cuidado que ninguno de sus hijos hiciera lo mismo; para él ya era demasiado tarde a dedicarse a la sobriedad.

Aletin era más moderado; él también había usado antes en toda ocasión tal embriagante agua de garguero, pero obedecía con mayor agrado y mucho más que *Cithaalin*. Y si bien él probaba en ocasiones algún buen trago y tampoco era de ser contenido una vez emborrachado, iba en silencio a su casa cuando sentía tormentosa la cabeza y no se dejaba ver ante nosotros hasta después de dormido.

CAPÍTULO VII

Tumulto originado por la borrachera

Los *indios* tuvieron una vez una *asamblea* casi general en la cual comparecieron algunos *indios* de otra *nación*; por ésta tuvimos casi un motín general en nuestra *reducción*. Estuvieron reunidos casi la mitad de los *indios* y bebieron durante toda la noche; se oía la gritería hasta en nuestra vivienda y nadie de nosotros osaba aparecer ante estos hombres furiosos. Ellos tenían a la vez algunos pequeños tambores y diversos *instrumentos* de viento mediante los cuales hicieron unos estrépitos espantosos durante la noche entera. A la mañana el asunto se tornó serio; todas las mujeres y niños salieron corriendo de sus chozas y se salvaron en nuestro patio. Vimos una cantidad de *indios* con lanzas correrse los unos a los otros; nadie pudo atreverse a apaciguar este tumulto. Los *indios* completamente desnudos se perseguían mutuamente pero todavía sin herirse hasta que al fin un *indio* de la *nación mataguay*, aún un pagano, vino a dar en las lanzas de dos *indios* que las metieron a éste hasta siete veces en el vientre y lo dejaron tirado en el lugar con los intestinos echados para afuera. Yo acudí presuroso en este peligro, llevé conmigo agua para bautizarlo en este apremio, *Aletin* me vio acudir, llegó corriendo con su tropa de armados, me rodeó para proteger en este peligro tanto a mí como al herido. A la vista de esto los furiosos monstruos borrachos se alejaron en seguida y se detuvieron a lo lejos, gritaron contra *Aletin* y sus gentes que se aproximaran a ellos y combatieran con ellos. *Aletin* se dominó y quedó a mi lado. Ínterin yo hablé al herido y él pidió ser bautizado. Como yo vi que este golpe le había desembriagado lo suficiente y yo había notado que aún no había tan gran peligro de muerte, lo *dispuse* en lo posible para recibir el santo bautismo, le bauticé e hice cuanto pude de meterle los intestinos en el vientre. Lo bueno fue que ningún intestino estaba lesionado; yo le cosí la herida e hice llevarlo a su choza; las demás heridas se las lavé con aguardiente del cual teníamos una buena provisión para semejantes circunstancias. ¡Quién creería que este *indio* aún hubiera podido vivir! Yo comencé a *curarlo* con puros fomentos de vino caliente dentro del cual había hervido romero: en catorce días él estuvo *curado* por completo. Más tarde supimos que todo el alboroto lo había causado nuestro *Cithaalin* emborrachado y había ordenado a otros matar a este *indio*. ¿Qué debíamos hacer nosotros los *misioneros*? Tuvimos que callarnos para que todos los *indios* del partido de *Cithaalin* no abandonaran la *reducción*. Pero en tiempo oportuno y en buena ocasión le pegué al *Cithaalin* una discreta reprimenda y le demostré cuánta desgracia podría ocurrir a su gente por la embriaguez de él. Me escuchó bastante sereno y prometió que si bien él seguiría bebiendo, tendría cuidado que tal tumulto no volviera a ocurrir.

En otra ocasión de una reunión remojada [de bebedores] ocurrió un tumulto aunque no tan grande pero no pasó sin un asesinato. Un *indio* grande y fuerte, de nombre *Otependagaiguin*, había trastornado por completo su seso a causa de beber, llegó a

Tumulto estallado en la borrachera

Curo a un *indio* herido

Un *indio* mata a lanceadas a su mujer

Coraje del asesino

la noche a su casa, tomó su lanza y en el acto mató a su mujer. Nosotros tuvimos que hacer durante la noche para apaciguar los amigos y hermanos de la asesinada pues ellos estaban tan irritados que en esa misma noche quisieron vengar la muerte de su hermana y parienta. A la mañana temprano del día siguiente se oía un continuo tocar de los pífanos y cuernos de vaca en señal de una *alarma*. Enseguida arreglamos con nuestro fiel *cacique Aletin* que él interviniera con su tropa y ocupara la plaza de la *reducción* en caso de un naciente tumulto. Ínterin íbamos por separados por el pueblo, de choza en choza, y les instábamos que no prestaran una ayuda a los amigos de la asesinada ni se pusieren de parte del asesino: todos prometieron permanecer tranquilos. Mientras tanto el asesino en su jactancia quiso mostrar su valor aunque algo atemorizado (como que él se imaginó que al fin él sería muerto por el partido contrario) saltó al medio de la plaza y llamó a los parientes de su mujer asesinada que se vengaran en él. Mientras tanto *Aletin* con su gente tuvo buen cuidado que ninguno de los ofendidos se hiciera ver con su lanza. El asesino se hacía el furibundo y decía: —*Aquí estoy con mi lanza, venga quien quiera a matarme. Aguantaré dos lanzazos sin defenderme pero al tercero me vengaré.*

Quien considera este inmoderado desafío puede reconocer fácilmente cuánto puede reflexionar la cabeza *india*. No podía ocurrir que él aguantara dos lanzazos sin que al primero él cayere inmediatamente al suelo y tuviere lo suficiente; al segundo ya no lo hubiere recibido vivo, pues los *indios* saben muy bien por qué lugar pueden echar al alma fuera del cuerpo. Pero por nuestro empeño y la vigilancia de *Aletin* nadie intentó acometer al asesino. Mas yo y el *P. Burges* nos encaminamos hacia él y le condujimos a nuestra vivienda, donde este *indio* comenzó a llorar de corazón, reconoció su precipitación y prometió conducirse más morigerado desde ahí en adelante. Poco después él fue bautizado y recibió el nombre de *Leandro*. El más encarnizado de los parientes fue el *indio Anigcique* el que al poco tiempo fue inducido también a perdonar por completo al asesino de su hermana, se hizo cristiano y recibió el nombre de *Petrus*.

Al lado de estos hombres borrachos no pasaba día alguno sin que nosotros los *misioneros* junto con toda la gente no fuéramos intranquilizados. De pronto veíamos pendencias entre el mujerío por lo común devoto en otros momentos, de pronto de nuevo entre los *indios* borrachos. En poco tiempo hubiéramos podido evaporar¹²⁶ este diluvio de embriaguez si los *indios* poco a poco llegados desde la tierra selvática (los que visitaban frecuentes veces sus parientes) no hubieren sido tales bufones de *Baal* como se les encuentra en países *europeos*, especialmente en la noche de carnaval... Pues lo primero en tales visitas es emborracharse bastante y completamente, de otro modo no pueden obsequiar con nada. Cada choza de los *indios* viejos y ancianos es una posadera, la cervecera es la mujer que prepara la malta y apresta sin fuego la bebida. ¿Qué bebida será ésta que sin embargo emborracha tanto? Por ahora yo callo sobre esta arte de *destilación* hasta la ocasión en que yo daré noticia más expresa de

126 / *dämpfen*. Verbo que denota apaciguar, ahogar de acuerdo con la imagen usada si no es error por «dammen» poner dique.

las bebidas *indias*. Pero adelante que estas bebidas embriagadoras no son ni vino ni aguardiente y mucho menos cerveza.

En nuestros países se ve cuán hostiles viven en conjunto las mujeres en una ciudad; aunque no a puño como en *Las Indias* proceden sin embargo tanto peor con la lengua habladora y a espaldas que a veces sería mejor que se arrancaran unas a las otras las cofias de las cabezas y terminaran con esto de una vez con su ira en lugar de que por mucho tiempo se rebajan e insultan de palabra entre ellas. No [ocurre] así en *Las Indias*, pues las mujeres *indias* sueltan de una vez su ira; ellas se colocan en línea de batalla provistas con quijadas de pescados, se pegan y golpean con éstas entre ellas en modo de quedar gravemente heridas y ensangrentadas; después de esto todo termina y de nuevo se reúnen como si nada hubiera ocurrido. Cómo sería si ellas procedieran del modo como debe oírse de muchos cristianos. Yo perdono pero no puedo olvidarlo en toda mi vida.

Riña entre las mujeres *indias*

En estas riñas de mujeres no había tanto peligro como cuando daban una *batalla* los hombres. En estas *batallas* femeniles nuestro *P. Burges* era el vencedor y podía separarlas prontamente. ¿Con qué? Él tenía un látigo que él solía usar cuando andaba a caballo. Bastaba que ellas le vieran con el látigo en la mano para que ya terminara toda cuestión y pendencia; cada una se apresuraba a llegar lo más rápidamente posible a su choza pues creían que él las castigaría y como ellas estaban completamente desnudas en la parte superior del cuerpo, temían que tal vez deberían sentir un latigazo sobre sus espaldas. Aunque esto no hubiera sucedido, fue sin embargo lo temible para ellas y un remedio fuerte de *curar* en sus mismos primeros *aspectos* la habitual enfermedad femenina de la pendencia y *ansia* vengativa.

P. Burges pacífica con un látigo

CAPÍTULO VIII

Subsiguiente dificultad a causa del idioma y por el cacique Cithaalin**Mi dificultad por el idioma**

Yo permanecía ya un año y seis meses al lado de estos *indios*. Nada me afligía más que el no poder predicar aún. Atreverme a subir al pulpito sin un fundamental conocimiento y comprensión de la lengua habría sido un atrevimiento y un pecado porque yo me hubiere expuesto al peligro de predicarles una heterodoxia porque las palabras a veces son ambiguas y según la pronunciación denotan lo contrario. En frecuentes veces yo estaba sentado completamente solo en el campo y deploraba ante mí mismo la falta de la lengua de entonces. Sin embargo en consideración al tiempo en que otros fueron mucho menos peritos en otras lenguas *indias* que yo en un año y medio, me animé de nuevo. Ínterin yo estuve diligente en la instrucción de la juventud y en diversas chapucerías que yo había emprendido únicamente por el impulso de mi vivacidad de entonces. Los otros dos colegas y *misioneros* atendían la instrucción de la gente en la iglesia y ante los enfermos aunque todavía con lengua tartamudeante pero parecía que ellos obtuvieron bastante fruto de ello. Yo no había comprendido más que la ordinaria manera de hablar de los *indios* que yo había aprendido mediante el continuo trato con ellos en el campo y en los trabajos pero lo real del idioma en que hubiera podido enseñarlos, aún me era desconocido; pues a él correspondían frases especiales que ellos en su usual lengua especial jamás han empleado en propiedad ni habían tenido antes su conocimiento. Ellos no sabían nada de Dios, de una iglesia, de santos sacramentos y mucho menos de otras cosas de la Fe. ¿De qué manera iba yo a exponerles esto en su idioma? Lo peor fue que uno u otro lenguaraz de los españoles cautivos había sido una bestia igual al mismo *indio*. Como yo entonces quería vivir y morir al lado de estos *indios* o también de otros semejantes no perdí el ánimo, ni omití tampoco empeño alguno en hacerme versado con todo celo en su lengua.

Mi más querido *favorito* y más gran espíritu, alborotador en la *reducción* permaneció siendo siempre mi mejor amigo y yo pude concordarme mejor con él que los otros dos *misioneros*. Él me presentó más de un bocado grosero y duro pero ¡gracias a Dios que me ha ayudado a digerir todo con facilidad! Si bien yo no era aún capaz de domarlo, bastaba que él no me diere choques tales cuales a mis otros dos *misioneros* los que también yo tuve que sentir necesariamente.

Huida de Vicente

Su hijo *Vicente* que acostumbraba estar de día en mi domicilio pero de noche en su casa paterna, fue denunciado ante el *P. Burges* de haber dado un pequeño regalo a una niña *india*. El muchacho lo supo y de miedo que el *P. Burges* se lo reprocharía y le reprendería, tomó su caballo y sin conocimiento del padre ni mío cabalgó a la ciudad de *Santa Fe*, [y] se refugió en el *Colegio* al lado del *P. Rector*. Yo no supe nada de esto sino que noté su ausencia recién al otro día a la hora de la *música*. Corría la voz: *Vicente Accanagqui nemota*. El *Vicente* ha cabalgado secretamente a su casa. Su padre *Cithaalin* no comparecía tampoco diariamente en mi choza como en otras veces. Yo no

estaba tranquilo ante esto, pero nadie sabía el motivo de su huida. Tres días después vino el muchacho con un acompañante español y con una carta del *P. Rector* a mí en la cual éste me solicitó que yo propiciara entre el *P. Burges* y el muchacho un arreglo. El muchacho no demoró mucho a mi lado sino que volvió a la casa paterna. Pasaron tres días en que ni padre ni hijo aparecieron ante mí. Al fin mandé preguntar por un mensajero por qué ni *Cithaalin* ni su hijo *Vicente* ya no me visitaban en cuya consecuencia *Cithaalin* vino a mi lado. Su saludo no era tan amable y su mentón comenzó a moverse ¡un mal fenómeno! Él quiso comenzar a hablar pero de bilis y de ira apenas pudo pronunciar una palabra, mas yo entendí esto: que él estaba enojado con el *P. Burges* y conmigo a causa de su hijo porque el *P. Burges* había querido castigar su hijo y que yo no había impedido a su hijo ir a *Santa Fe*. Yo contesté y dije que yo no había sabido de ello pero que extrañé que ni él ni su hijo se hubieran dejado ver en nuestra casa ya desde unos días. —Y desde aquí en adelante él no se hará ver— dijo *Cithaalin*.

*Esto sería bien un mal agradecimiento —[repuse yo]— por tantas bondades, afecto y cuidado que he demostrado a ti y tu hijo. Si tú mismo dices a otros indios que yo era tu mejor amigo y que yo no te niego nada de lo que me pides ¿por qué entonces he merecido ahora tan inesperadamente y sin culpa mía que ni tú ni tu hijo quieren saber algo de mí? ¿No recuerdas más los beneficios dispensados? Si tu quieres estar enojado contra mí, sepas que yo no pelearé contigo pues no he venido a la reducción para enfadarme contra vosotros sino para enseñaros y daros a conocer la verdad. Si tú me quieres escuchar, está bien; si tú no quieres, no puedo obligarte, pues queda libre para ti lo mismo como queda libre a mí de elegirme otros amigos*¹²⁷.

Cithaalin me escuchó por un buen tiempo sin decir una palabra; entretanto mis muchachos estuvieron ocupados en ensillarme el caballo y aprontarse para el viaje también ellos, pues yo debí pasar nuestro río aún en este día porque quería cabalgar a la isla para elegir madera y palmas para el nuevo edificio de la iglesia y nuestra vivienda. Yo noté en la cara y el mentón de *Cithaalin* que la cólera ya se había apaciguado en algo; al fin él me preguntó adónde quería viajar yo y después que yo le hube contestado, preguntó: —¿Puedo ir contigo?

—En nombre de Dios —repuse yo— pero yo parto pronto.

Cithaalin no demoró mucho; me dijo: *lachig*, ya voy, corrió en busca de su caballo y me acompañó a través del río. Yo no había convocado más que cinco *indios* y cuatro muchachos para mis hombres de escolta, pero más de veinticuatro personas montaron a caballo y me esperaban ya junto al río con lanzas y flechas. Era como si fuéramos a buscar un enemigo.

Este pequeño viaje fue tan agradable, divertido y provechoso que yo volví muy contento a los dos días. No habíamos llevado *provisión* con nosotros, pero tuvimos lo suficiente para comer pues en esta isla hallamos una gran cantidad de ciervos, tigres, *Crocodilos*, carpinchos y puercos monteses. De todos éstos cazaron y mataron los *indios*.

Viaje a la isla a
buscar leña

127 / Estas oraciones fueron subrayadas en el original.

Descripción de la isla

Este día matamos aún cuatro ciervos, dos tigres, cuatro carpinchos y ocho piezas de jabalíes¹²⁸. Entonces mi *Cithaalin* ya se tornó más alegre y animado; él se mostró también otra vez muy amable para conmigo, y donde por acaso descansábamos a mediodía o de noche y comíamos, tuvo él su fuego cerca del mío para que pudiéramos conversar en todo tiempo. Su bebida preferida era el *té paracuario* del cual he de dar noticia más adelante. Yo tenía conmigo una buena *porción* de este *té*; entonces mi *Cithaalin* ya estuvo bien contento. Yo pude tener en él el mejor amigo; y era su amigo cada cual que le llenaba empeñosamente la boca con comistrajo y bebida y en todo tiempo le metía en la mano un cuchillo, un sombrero o alguna otra cosa; pero a todo esto él se enojaba pronto con su amigo o benefactor por lo general bueno y lo abandonaba como si jamás hubiere recibido un beneficio.

En esta isla encontré muy cerca del río *Paraná* unos hermosos altos árboles que los *indios* llaman *avite* junto con otros de madera roja de bellos troncos largos y gruesos. Pero como yo vi que los árboles estaban en un terreno tan pantanoso, tuve poca esperanza en poder usar algunos para un edificio, porque la madera en tal terreno no suele ser tan fuerte y está sujeta a rápida putrefacción y descomposición. Sin embargo para otros empleos podía ser usada. Yo me fijé bien en este bosque para emplear en lo venidero su madera. Al lado de éstos vi también unos sauces altos gruesos y derechos como que también eran otros bellos árboles que semejaban a árboles de *cedro* pero no lo eran, mas de esta madera se podían hacer tablones buenos y livianos; ella servía también muy bien para mesas, marcos de ventanas o fines parecidos. La madera era blanda y colorada como [de] un *cedro*; los *indios* lo llaman *otelaledic*. También encontré varios matorrales de cañas que tenían un largo de cuatro [y] aún más varas y estaban llenas adentro. Yo podía emplear todo. Me bastaba saber adónde, en caso de necesidad, podría hallar algo.

Al día siguiente en la madrugada, antes de la salida del sol, se hicieron notar una cantidad de monos con su gritería, *faisanes* silvestres que mis *indios* denominaban *Cotivini* y muchos papagayos distintos. Era gracioso escuchar cómo los monos en la mañana, en seguida de romper el día, comenzaban a gritar lo mismo como si hicieran su oración matinal. Primero comenzaban a murmurar muy suave y sosegadamente, después de un rato gritaban con clara resonancia, tras ello murmuraban de nuevo muy sosegadamente y luego hacían de nuevo una gritería en común. Esto duraba así alternativamente por un cuarto de hora después de lo cual volvieron a quedar completamente silenciosos. Los *faisanes* hacían lo mismo y comenzaban a gritar alternándose casal y casal en diferentes lugares. Yo no quise salir de esta isla hasta que hubiera descubierto y hallado los monos (los que con su temprano murmurar y gritar a nada semejaban más que a la gritería de los judíos en sus *sinagogas*). Nosotros cabalgamos a través de charcos y pantanos hasta que llegamos al bosque para dar con los monos. Estos eran tan astutos que a pesar de estar sentados sobre los árboles se podían esconder tan hábilmente tras el follaje y las ramas que uno no notaba ni veía ninguno.

Cómica caza de monos

128 / *Schwarzwild* en el original.

Nosotros ya pensábamos que ellos se hallaban en otro bosque y quisimos proseguir cabalgando, cuando se descubrió un mono negro al cual nos habíamos acercado en demasía y [el que] de miedo dejó caer desde el árbol su excremento. Pronto lo descubrimos y comenzamos a saltar tras él pero no hubo posibilidad de cazarlo pues él saltaba de un árbol al otro. Al fin yo quise cazarlo aunque no vivo a lo menos muerto; lo atravesé de una bala de modo que cayó muerto al suelo; con el estampido del fusil se asustaron todos los demás monos y quisieron huir. Sobre un árbol estaba sentada una *familia*; la mona tenía sobre sus espaldas los monitos jóvenes que se mantenían asidos tan firmemente a la madre que a pesar de saltar ésta de un árbol al otro los chicos no se despegaron de ella. En este bosque vimos un lugar donde había puros troncos nuevos y delgados que eran fáciles de sacudir, tratamos de llevarlos hacia allí y arrearlos sobre estos delgados troncos. Fue imposible [arrearlos] a todos o a la mayoría, pero algunos fueron perseguidos tanto que tuvieron que trepar a saltos por lo cual ya no pudieron llegar a los árboles más altos y al bosque espeso. En cuanto alguno había trepado a saltos sobre tal tronco bajo y delgado, los *indios* comenzaron a sacudir tan fuerte y continuamente hasta que los monos tambaleaban, caían al suelo y fueron capturados rápidamente por los *indios*; entonces se originó una gritería de monos que era espantoso de oírse. Agarramos cuatro de ellos, entre éstos una madre con sus chicos. Primero tuve un placer con ellos pero como todo el día y la noche gritaban y lloraban tan tristemente, largué otra vez a todos. Hice sacar el cuero al mono negro muerto a bala y mandé hacer con él una funda para mi fusil; la cola del mono era suficientemente larga para cubrir el caño de mi fusil. Después que hubimos terminado esta cacería de monos, regresamos, hicimos un almuerzo para nosotros y alrededor de las cinco de la tarde llegamos a nuestra aldea. Trajimos con nosotros cuatro cueros de ciervos, dos de tigres que los *indios* me habían regalado, pero los *indios* se reservaron los cueros de los puercos monteses para alforjas que se pueden colocar por sobre los recados. *Cithaalin* estaba tan contento que desde ahí en adelante me visitara de nuevo frecuentemente y dejaba ir a mi casa su hijo *Vicente*.

CAPÍTULO IX

Primera visita por el cacique Nevedagnac

Nevedagnac visita
nuestra población

A nuestro regreso a la aldea encontramos nuevos huéspedes que habían llegado desde la tierra selvática para visitar sus conocidos y amigos. Había un *cacique* y entre ellos en lo demás un *indio* noble de nombre *Nevedagnac*, o sea aquel que dos años antes había robado todos los caballos de los *indios*. Él era un simpático hombre joven. Si yo le calculo nueve pies, no he de errar en la altura. Por otra parte, él era fuerte de extremidades, de cara amable, tenía cabellos crespos negros cuando por lo general todos los *mocovíes* llevan cabellos negros y largos. Él era muy simpático al hablar y mostraba también poseer muy buena cordura. Si bien él exhibía una cara seria, ésta se hallaba sin embargo mezclada con una simpática moderación. Los otros *indios* me dijeron que entre ellos éste era el más famoso en valentía; que éste jamás había asaltado aldeas españolas o ciudades para asesinar las gentes sino para robarles sólo los caballos y otros ganados, pero siempre habría tratado a buscar a soldados españoles armados y pelear y dar *batalla* no con uno solo sino con muchos.

Su buena manera
de hablar

Este *cacique* me gustó cordialmente; según mi conocimiento fisionómico él fue uno de los mejores que yo había conocido. Yo me empeñé en recibirlo con la mayor amabilidad y él se me presentó con admirable cortesía. Yo no advertí en él ningún ánimo altanero, aun cuando él hablaba con sus compañeros y acompañantes. Durante su conversación ponía una simpática expresión de cara y les hablaba muy serena y suavemente. ¡Oh cuántas veces rogué a Dios que Él iluminara a este hombre y lo llamara hacia sí! Él no usó del lenguaje ordinario para conmigo sino que me hablaba como suelen hablar entre ellos los *caciques*, esto es con un idioma que difiere con el lenguaje ordinario. Vinieron también otros de mi *reducción* a mi casa los que me saludaron. Él observó bien en qué lenguaje me hablaban y notó que ellos usaban el lenguaje ordinario. Él no tardó en recordarles y darles una amable reprimenda que no hablaran tan ordinariamente con el *Pater* como con otros de sus semejantes, pues —decía él— yo extraño que vosotros no tengáis mayor respeto ante un *Pater*; no me parece correcto que nosotros hablemos con él como con alguno de nuestra gente común. Ellos [*los Padres*] no me parecen ser iguales a nosotros sino mucho más nobles de lo que podemos ser nosotros. Yo ya he notado que ellos son respetados por los españoles más nobles por lo cual reconozco que ellos son de mayor valimiento y más elevados que los españoles. Nosotros debemos confesar que nosotros también somos de menor valimiento e inferiores a los españoles; si éstos los respetan tanto, debemos respetarlos nosotros aún más que somos inferiores a ellos.

Aunque los *indios* eran de otra parcialidad, escucharon con respeto y mansedumbre a este *cacique* pero expresaron el motivo por el cual conversaban tan ordinariamente con nosotros: como los *Padres* querían aprender la lengua *ordinaria* tal cual es en sí misma, no admitían por ello que se les hablara en la lengua que se usa frente a

personas distinguidas sino sólo en el lenguaje ordinario. En consecuencia el *cacique* se dio por satisfecho y dijo: si ellos no quieren ser honrados por nosotros como queremos y debemos, honradlos entonces como ellos lo quieren y merecen pues ellos son de mayor valimiento que nosotros. Si yo permaneciera en esta *reducción* al lado de vosotros, ya sabría yo conducirme para con ellos como lo merecen. [Aunque] yo considere lo que quisiera, ellos son mejores que nosotros; ellos comen mejor ellos se visten mejor y también hablan mejor. Yo no sabría qué cosa los obligaría a quedar a nuestro lado y vivir con nosotros. No se me puede ocurrir otra cosa sino que ellos son buenos padres y quieren a cada uno sea quien fuere. Nosotros somos gentes ignorantes y hemos creído estar solos en el mundo. Vivimos a nuestro albedrío y asimismo no tratamos de salir de nuestra miserable condición porque amamos la libertad y cada uno quiere ser su propio amo. Nosotros no queremos dejar vivo a nadie excepto a nuestra parcialidad, ni tampoco perdonamos a ésta pues nos matamos los unos a los otros y somos nuestros propios enemigos y asesinos. Todavía si entre nosotros tuviéramos una amigable alianza de no causar daños el uno al otro, podríamos decir aún que somos seres humanos que procuran el sosiego contra otros pero nosotros mismos no nos damos sosiego; cada uno hinca la lanza al vientre sea de quien fuere. Es cierto que yo meto mi lanza dentro de la tierra al lado de mi choza y pienso entre mí: ¿qué fin tiene esta lanza? No otra cosa que apaciguar mis enemigos. Matar a lanzazo a cualesquiera y especialmente a quien no tiene defensa no es un testimonio de valentía, pero el presentarme ante el enemigo y pelear con él estimo una valentía. Si yo viniera a vuestro lado y viviera junto con vosotros, no penséis que yo quisiera unirme con vosotros por una necesidad o temor sino que lo que me movería sería sosegar mi vida inquieta y escuchar lo que dicen vuestros padres que han venido aquí a enseñaros. Yo no temo a nadie, eso lo sabéis a lo mejor vosotros que en frecuentes veces junto conmigo habéis buscado conmigo y combatido los enemigos. ¿Me habéis visto ceder alguna vez? pero yo a vosotros. Si entonces vosotros queréis ser buenos y tranquilos, debéis demostrar todo respeto a estos padres que os quieren proporcionar la tranquilidad. Yo digo otra vez: Si yo me agregara a vosotros en esta población, no ocurrirá esto por la necesidad o el temor; vosotros ya me conocéis que yo jamás he temido a nadie. Yo estoy aún con muchas fuerzas y en buenos años todavía, pero permanecer al lado de tales hombres nobles y valientes como lo son vuestros padres no me parece ser una vergüenza. Por ahora no quiero prometeros tampoco de agregarme a vosotros pero puede suceder que me compadezca de mis hijos y viniera con ellos a vuestro lado.

Después de esto él se dirigió a mí y dijo: —Si vuelvo otra vez a tu lado, ten por seguro que yo permaneceré junto a ti.

Aletin que poco antes había entrado en mi *gabinete* de cueros sin que el *cacique Nevedagnac* lo hubiera notado porque él no quiso importunarlo en su plática, escuchó con alegría todo cuanto expuso este *cacique*, se encaminó hacia él y dijo: —¡Haces bien así, mi primo! (ellos eran parientes). Tú sabes que en los bosques no teníamos penuria para mantenernos; nos hemos ocupado siempre en domeñar a los que nos habían

Él da buena
esperanza de
agregarse a la
población

ofendido; nosotros creíamos que nadie habría más arriba de nosotros, nos fiábamos a nuestras armas y fuerzas y no sabíamos de ninguna otra cosa que hacer lo que nos complacía. Pero ahora que tenemos a nuestro lado estos padres (en esto le cayeron de los ojos algunas lágrimas y también a mí) he conocido recién que existe aun otro que es superior a nosotros y al cual no podemos resistir y él es Aquel de quien tenemos el origen y que nos ha creado. Éste —como oímos— es más fuerte y más valiente que todos nosotros; él es también el *cacique* más poderoso y habita arriba de nosotros, tiene nuestra vida en su poder y si bien Él es el más poderoso, tiene compasión de nosotros y quiere que vengamos hacia Él. Yo tengo deseos de verlo alguna vez, pero, como oigo, esto no puede ocurrir hasta después de nuestra muerte, siempre que en nuestra vida le somos fieles. Estoy ya desde algunos años con nuestros padres y conozco muy bien que nuestra vida es diferente que en la tierra selvática. Yo no tengo que preocuparme de nada pues estos padres cuidan de nosotros, y lo que me ha complacido especialmente es que ellos se ocupan tan amablemente de nuestros hijos. Compadécete tú también de tus hijos y procúrales tranquilidad, nada les faltará aquí lo mismo que a los nuestros.

El *cacique Nevedagnac* le contestó: —Todo me place pero yo quiero reflexionar aún mayormente y consultar con los míos; si yo no volviera pronto, no creas que te he mentado sino que ha ocurrido algo importante, *Zaneco toma lot dicet m Zanec*. Significa: volveré cuando quiero volver. Ahora mi padre, ya me voy de tu lado.

Él se despidió también de todos los presentes que en mayoría eran sus parientes y dijo: Vosotros mis hermanos (así llaman a sus amigos) cuidad vuestros padres hasta que yo vuelva, después os ayudaré; a mí me place muy bien aquí; ya me alejo otra vez de vosotros.

Este *cacique* tenía con él algunos veinte *indios* que todos [eran] jóvenes muchachos bien crecidos y animosos de los que cinco eran de estatura muy buena, fuertes y muy grandes; éstos sonreían de continuo a mí y parecían estar contentos. A todos les obsequié por lo menos con un cuchillo. Al *cacique* di junto con algunos líos de tabaco un sombrero, un cuchillo y un hacha, lo cual él agradeció amablemente. Yo lo conduje aun ante el *P. Burges* que le recibió con gran amabilidad e inmediatamente dio orden al *cacique Aletin* de traer dos vacas para que tuvieren un alimento para el viaje. Esto le gustó tanto que se dirigió a *Aletin* y dijo: —*lga meen! madi noini Neze leagnca enca Padril, udiaeca labili, mati eene mocon, tor caeca n da bo tegue*. ¡Oh!, cuán buenas y bien nobles personas son estos *Padres*; ellos tienen buenos sentimientos, no son como nosotros y no nos niegan nada. *Lijovitaé enam jalamac machic*. Ya es tiempo o ya ha llegado que yo me vaya en de veras.

Después de su partida preguntamos si este *cacique* habría visitado también a *Cithaalin* como a un pariente suyo pero supimos que no, si bien antes había estado casado con una de sus hermanas.

Ellos nos contaron que el *cacique Nevedagnac* aún en la tierra silvestre no había vivido en buena relación con *Cithaalin* porque había tratado muy mal a su hermana

por cuyo motivo él habría dado en una ocasión tan fuerte bofetón a *Cithaalin* que éste había caído a tierra semidesmayado. Desde este tiempo *Cithaalin* le había huido siempre y le había evitado.

Nosotros comunicamos entonces al *P. Provincial* y al *Comandante* de *Santa Fe* lo que había ocurrido con este *cacique* en nuestra *reducción* y pedimos que por intermedio del *Gubemator* de *Buenos Aires* prestaran un socorro mediante el cual obtuviéramos alguna cantidad mayor de ganado astado para mantención de los *indios* que vendrían con el *cacique Nevedagnac* pero recibimos en vez de ganado sólo buenos consuelos. Con el permiso del *P. Provincial* recurrimos a las antiguas *misiones* de los *guaraníes* que distaban de nosotros hasta unas cuatrocientas leguas en la otra banda del río *Paraná* y *Uruguay* y todas en conjunto contaban unas ciento veinte mil almas convertidas a la verdadera fe [y que] también ya estaban instruidos por los *misioneros* en todos los oficios y diversas artes. Esas son a saber las *misiones* sobre las cuales con buen fundamento escribe el señor *Muratori*¹²⁹ pero el señor *Hübner*¹³⁰ muy frecuentemente da un golpe de través a la verdad sincera.

El buen progreso de nuestra *reducción* movió al *Superior* y a los *misioneros* de estas *misiones* a inducir a los más principales *indios* de sus *reducciones* a que encontraran bien de formar un aporte de las propiedades en común y frutos de sus aldeas para esta *misión* recién establecida, lo que hicieron también con placer; especialmente porque veían que sus pueblos mediante la conversión de estos *mocovíes* vivían en mayor paz y tranquilidad que antes de ser formada esta *reducción*. Pues estos *mocovíes*, mis niños, hacían frecuentemente grandes correrías allende del *Paraná* y hostigaban de

Informe al *P. Provincial*, acerca del *cacique Nevedagnac*

129 / Lodovico Antonio Muratori, *Il Cristianesimo Felice nel Paraguai*, Venezia, 1752. (Existe un ejemplar de esta obra en la Biblioteca Ricardo W. Staudt en Buenos Aires). Este autor no salió de Italia pero se basa en los informes de varios *jesuitas* y con referencia al término geográfico de *Paraguay* usado por los *jesuitas* dice en un pasaje a página 52 de su obra: «E qui convien ripetere, che nel gran tratto del Tucuman, Rio della Plata, Paraguai, Uruguai, Paraná ec, ch'io mi prendo la liberta di comprendere sotto il nome di Paraguai...».

130 / Juan Hübner (1668-1731) publicó entre otros un libro sobre *Antigua y moderna geografia*, que aparecido en 1603 obtuvo en su vida 36 ediciones. Su hijo Juan (fallecido en 1753) escribió en 1730 una *Geografia completa* en alemán (Enciclopedia Brockhaus). A uno de estos autores se refiere Paucke. Según me informa el doctor Guillermo Rohmeder, director del Instituto de Estudios Geográficos de la Universidad Nacional de Tucumán y poseedor de un ejemplar de la 32.ª edición de la citada obra de Hübner (padre), editada en Leipzig en 1726, se lee en las páginas 902-3 la noticia que «el *Paraguay*, perteneciente casi por completo a los españoles está situado entre el Río de la Plata y el Brasil. En el Río de la Plata hay mucha plata. Asunción es la residencia de la gobernación. Buenos Aires es una célebre capital comercial con lindo puerto». Para la época no es escueta la noticia.

Los guaraníes
ayudan a nuestra
reducción

continuo estas *misiones*; ellos eran tan atrevidos que penetraran en las aldeas y mataran a lanza o maza ante las puertas de sus viviendas los *indios* cristianos habitantes ahí. En varias ocasiones trajeron también con ellos hasta cuarenta y más pequeños niños cautivos desde estas *misiones*. Pero esto había ocurrido cuando aún vivían en las selvas.

Los *guaraníes* estuvieron dispuestos a ayudar a nuestra *reducción* y prometieron aportar algo en seguida para el primer año según la posibilidad de cada aldea. Ellos reunieron en seguida quinientas cabezas de ganado astudo que trajeron hasta el *Paraná*, frente mismo a la ciudad de *Santa Fe*, donde nuestros *indios* recibieron este ganado y con ayuda de soldados ordenados por el *comandante* arrearon a nuestra *reducción*. Ellos prometieron que para los próximos años, hasta tanto los nuevos *indios* pudieren remediarse por sí mismos, aportarían anualmente una cantidad tal en tabaco, *té paraquario* y lienzo de algodón que llegaría a quinientos pesos fuertes.

Este socorro nos animó tanto que no ahorramos esfuerzos en reunir más y más *indios* salvajes de los bosques en nuestra *reducción*. Comunicamos a la gente esta gran generosidad de las antiguas *misiones* en las que antes de su conversión habían causado tanto daño y pedimos que aconsejaran bien a sus coterráneos y amigos que aún vagaban por las selvas y se reunían ocasionalmente con ellos para que desde aquí en adelante cesaran en asaltar y hacer daño a estas *misiones*. Yo recibí poco después una carta con una *lista* de los niños cautivos oriundos de estas *misiones* de los cuales los más se encontraban en nuestra *reducción*. En esta carta mis *indios* fueron requeridos por los *guaraníes* más principales de devolver a las *misiones* sus niños coterráneos que ellos habían cautivado. También me fue permitido que si fuere necesario y los poseedores de los niños pidieren un rescate yo lo diere; todo ello sería abonado por ellos. Como mis *indios* me eran tan afectos, hubo poco inconveniente en rescatar estos niños mediante un regalo. Yo reuní pronto setenta y tres niños libertados y los envié en una gran *barca* a través del río a sus padres. Yo hubiera recibido todos pero muchos estaban aún distantes hasta unas cuatrocientas leguas entre los *indios* salvajes.

CAPÍTULO X

Novedades diarias entre los *indios*

Tras la partida del *cacique Nevedagnac* habían transcurrido ya dos meses y aún no tuvimos desde su partida ninguna noticia de él. Ínterin tuvimos diariamente en nuestra *reducción* unas inesperadas novedades que pasaban entre los *indios*, especialmente cuando estaba reunida la cofradía mojada. Diariamente había airadas camorras, ya entre los hombres, ya entre las mujeres. Pero para que ya no se llegara más a una pelea sangrienta ordenamos que todas las lanzas (de las que cada uno tenía clavada en tierra la suya delante de su choza día y noche) en cuanto los *indios* se hubieren reunido, fueren escondidas en el campo para que ninguno en hora de la embriaguez pudiera hallar su lanza. Esto podía hacerse sin disgusto, porque también en tales ocasiones las mujeres en las selvas tenían la costumbre de hacerlo, pero no remedió más que evitar únicamente los asesinatos. Las camorras proseguían continuamente y como ellos no hallaban las lanzas, usaban de sus puños y se pegaban tan inhumanamente entre ellos que muchos caían desmayados al suelo [y] otros quedaran con la nariz rota, los ojos heridos y las caras hinchadas.

Precaución por camorras

Muchas mujeres, especialmente las más viejas, tenían también a veces un buen *habemus*¹³¹ y comenzaban a librar entre ellas una *batalla* en la plaza pública. Se desnudaban hasta el bajo vientre, asían quijadas de peces bien filosas [y] donde acertaban, infligían a la otra un sangriento tajo. Ellas usan también esos instrumentos para esquila las ovejas. En semejante tumulto comparecía empeñoso nuestro *Aletin* con sus neófitos y hacía de mediador. Nosotros los *misioneros* nos presentábamos también y nos dedicábamos a apaciguarlas. Estaba bien todavía que los *indios* eran tan respetuosos con nosotros y no dieran alguna vez un golpe memorativo también a nosotros sino que se dejaran apaciguar con nuestra presencia y consejo.

Batalla de mujeres

Nuestro borrachín *Cithaalin* era en todo tiempo entre ellos *da capo*¹³². Al último cuando ya no les era permitido golpearse comenzaban uno después del otro a llorar de ira y entraba en su choza. Entonces se debía haber oído la gritería y el llanto que duraba hasta tanto los sorprendía el sueño. De repente alguno saltaba de nuevo desde su choza a la plaza pública y desafiaba a toda la gente si querían pelear con él: de pronto otro corría al campo y buscaba su lanza; entonces sus mujeres tenían que hacer y sujetarlos para que no recomenzaran de nuevo. Nuestro *Cithaalin* era el peor pues no dejaba en paz a nadie que estaba a su lado. Él corría hasta los niños con huesos y piedras que tiraba contra ellos desde una choza a la otra y cuando éstos no podían remediarse de otro modo, huían a nuestra vivienda adonde *Cithaalin* jamás se atrevió a entrar pues él sabía bien que ninguno de nosotros, los *misioneros*, le temía; tampoco

131 / i. e. «tenemos adentro un buen trago» que suponemos ser frase estudiantil.

132 / El que empezaba «de nuevo» como en la música.

Ridículo canto de un indio

se fiaba de *Aletin* que nos hubiera ayudado en seguida con su gente. El mayor fastidio teníamos que padecer a hora nocturna a causa del abominable cantar y la gritería de los borrachos. Pues no bien se había apaciguado en ellos la ira comenzaban a cantar; en este canto que carecía de orden [y] de toda *armonía* referían todas sus proezas realizadas, sus vicios y asesinatos. Todos estaban en derredor nuestro porque teníamos nuestras chozas en medio de ellos. Yo tuve que reír de uno cuyo canto yo comprendí en un todo; su nombre era *Pahsogdin*¹³³. Este *indio* tenía ya una edad de sesenta años, estaba echado a lo largo sobre su cuero y gritaba como si quisiera cantar: *Cagaiji Padril achimapíguim lataga; nquet naá, notiaca a camyi nityi tapec, nquetea abije Mih-sa noep neven catigdadi ibiji quen Jesu Frito*. Escuchad Padres, vosotros nos prohibís la bebida o el vino, bien si el vino fuere malo, vosotros también bebéis cuando celebráis misa; cómo no será bueno si *Jesu Frito* (dijo en vez de *Jesu Christo*) está en el vino.

Capacidad de los niños indios

Esto y más observaron también los muchachos que me servían y descansaban en el campo junto a la puerta de mi choza en horas de la noche. Yo oí una tremenda risotada ante mi puerta, pero conocí pronto por qué motivo se reían; pues ellos repetían muchas veces la palabra: *Jesu Frito* y hacían a la vez un tremendo vocerío. Desde entonces este *indio* recibió el nombre *Jesu frito* y en cuando ellos le veían, se burlaban de él y lo llamaban con este nombre lo que yo les prohibí cuando lo apercibí y con el tiempo les quité la costumbre. Antes de conocer bien a estos niños creí entre mí que ellos serían de corto entendimiento y que el aprender les parecería más difícil de lo que yo conocí más tarde. Pero yo puedo asegurar que he encontrado niños hábiles y capaces a todo. Al principio cual palos sin cepillar me parecieron de escasa capacidad pero sólo fue, como conocí con el tiempo, porque cada uno se había criado, según el impulso de la naturaleza, sin instrucción ni manera de conducirse. Y como yo recordaba que también en mi patria, especialmente entre la gente serrana, ocurren semejantes salvajes crianzas, no me admiré que tal *política* estuviere en uso también en *Las Indias*. Con el tiempo he conocido que los niños de mis *indios* eran capaces a todo ¿y por qué no? Vaya uno al reino *peruano*; ahí encontrará *seminarios* establecidos que son habitados sólo por niños *indios*, [que] se dedican ahí a las ciencias, llegan a ser *doctores* y también *canonici* en la profesión eclesiástica. Si también en nuestros países se ve a muchos que una vez recibida la instrucción llegan desde el más bajo estrato de campesinos a ser hombres principales en el Estado y en la profesión eclesiástica. Si no hubiera mediado la instrucción, habrían permanecido siendo simplotes ganapanes aldeanos.

Yo vi que los viejos Juanes no podían aprender lo que no habían aprendido cuando Juanitos en la tierra selvática. Se necesitaba mucha paciencia a imprimir en tales cabezas endurecidas la educación de un hombre razonable; sin embargo hice lo que pude con paciencia y longanimidad que pudieron más como una eficiencia de la mano de Dios que una propia dedicación. Yo vi la gran diferencia —y los mismos *indios* la notaron— entre un muchacho indio que con sus padres llegaba de la tierra

133 / Debe leerse *Passogdin*, pues la *hs* significaba entonces «ss» en la ortografía alemana. Era un cacique.

salvaje y uno que había servido ya por algunos meses a nosotros los *misioneros*: ¡más! En frecuentes veces yo debí prohibir a mis muchachos que no tuvieran tan perceptible pasatiempo [burla] con estos niños paganos. Me parecía como si yo viera en las anteriores escuelas de *jesuitas* los nuevos *parvistas* [pequeños ingresados] cuando se encuentran en la calle con los escolares. Aunque ellos [mismos] apenas han salido del huevo y casi llevaban aún las cáscaras sobre las espaldas, mostraban sin embargo mayor animación y agudeza que cuando en aquel entonces habían estado aún entre ellos. Hasta me es permitido agregar: que un *indio* bautizado, aunque en lo demás despreciado entre ellos, parece tener otro aspecto después de haber recibido el santo bautismo. Yo no hubiera creído tanto a mi experiencia como cuando supe por los españoles que ellos reconocían en las caras quién era bautizado o nobautizado aunque todos eran iguales entre sí en la vestimenta, representación exterior. Y [cuando yo] para hacer una prueba llevaba conmigo a la ciudad en parte unos paganos, en parte unos cristianos y preguntaba cuál sería un pagano o un cristiano encontraba sin embargo que los españoles jamás erraban. Los paganos estaban a veces mejor trajeados que los cristianos y yo trataba de confundir a los españoles por el aspecto exterior pero en vano: ellos daban en el blanco. Parecía como que la merced recibida en el santo bautismo les refulgiere desde los ojos. Yo mismo notaba que aún los no bautizados parecían más salvajes y más huraños que los bautizados, pues aquellos no eran tan alegres ni tan hogareños¹³⁴; no sólo sus gestos sino también toda su postura y figura indicaban un salvajismo, cuando al contrario en los bautizados se notaba una vivacidad y una animación decidida.

Por la cara se reconoce a los bautizados

Yo no deseaba nada más con mayor celo que llevar a un buen camino a *Cithaalin* pero esto costaba mucho esfuerzo y trabajo. Porque como él era tan altanero, creía ser contrario a su honor el venir a ser un cristiano; él dijo también haber oído siempre de sus padres que el agua que los *Patres* vertían sobre la cabeza de los niños, era un veneno fabricado por los *Patribus* para matar los niños para que su *nación* jamás pudiera aumentarse y acrecer; y si bien él había hecho bautizar a sus hijos [y] también veía con sus ojos que ellos estaban sanos, era sin embargo, difícil a convencerlo que se hiciera bautizar. A pesar de toda su manera salvaje él era no obstante un pájaro ducho y confesaba jamás cuál era el verdadero motivo de no querer hacerse bautizar. Al fin como yo le aconsejé tan sinceramente y que él notó tanto por mis palabras como por los beneficios que yo le había rendido que yo tenía muy buenas intenciones para con él, me confesó al fin que él había oído de españoles [el consejo] que él permaneciere tranquilo y tuviere sofrenados a sus *indios* para que no causaran ningún daño a los españoles, en lo demás él podría vivir como quisiera [pues] los *Patres* estaban obligados a alimentarlo y suministrarle todo cuanto él necesitara; para esto ellos [los españoles] habían contribuido con tanta cantidad para que [los *indios*] estuvieren bien provistos de todo; que él no se dejara dominar por los *misioneros* como una criatura ya que él era un *cacique* y el jefe de sus *indios* y debía permanecer siéndolo. Es cierto que *Cithaalin* no

Mi cuidado por *Cithaalin*

Pláticas perniciosas de los españoles

134 / *Einheimisch*, es decir «tan de casa», «confiados».

había oído estas perjudiciales pláticas y enseñanzas de [boca de] los españoles nobles sino del populacho ordinario y de las gentes holgazanes pero sin embargo él creyó que todo esto era cierto y justo. Para poner fin a estas malas pláticas me quejé ante el *Comandante* y le expuse que todo nuestro empeño y trabajo quedaría perdido si los españoles no cesaran en tales enseñanzas perjudiciales. Fuera ello como fuere, yo me vería obligado a comunicar todo esto al *Gubemator* y al obispo de *Buenos Aires* ¡más!, hasta al virrey de *Lima* para que lo impidieran mediante medidas oportunas.

CAPÍTULO XI

Con razón se prohíbe el trato de los españoles con los *indios*

El fruto de mi queja fue que a todos los españoles se prohibió partir de ningún modo a la *reducción*, salvo que ocurriera con el permiso del *Comandante* y en causas de la mayor importancia con un billete al *misionero* al cual debían saludar sin antes haber permanecido junto a algún *indio*. En consecuencia ellos debían permanecer durante la noche en la vivienda del *misionero* y en caso de que tuvieran que hablar algo importante con los *indios*, debía realizarse esto en presencia del *misionero*. También se prohibió que algún español comprara algo de los *indios*, salvo que estuviere presente el *misionero* en cuya presencia debía hacerse el negocio con el *indio*. El motivo fue porque los españoles aprovechaban el desconocimiento del valor de las cosas y la incapacidad de comerciar por lo cual hacían un gran perjuicio a los *indios*; les tomaban las cosas más bien mediante la charla que por un pago y si alguno procediere en contra de esta orden, tendría —a la par de otro castigo— que devolver lo comprado y perder también el dinero entregado.

Después de esta orden expedida tuve motivo de viajar a la ciudad; llevé conmigo un hijo del *cacique Aletin* cuya madre le había fabricado una linda manta nueva para su vestimenta. Este muchacho, de nombre *Eusebio*, vio vender panecillos en la ciudad, quedó tentado de probar también éstos pero no tenía dinero. Él quiso bien volver al *Colegio* y pedirme un medio *real*; en el interin a un español le gustó la manta con que el muchacho estaba vestido, le habló que le vendiera esta manta, él le daría en cambio otra manta vieja y aún pagaría encima cuatro *reales* que en nuestra moneda importan un florín. El muchacho se dejó convencer, entregó su manta nueva en cambio de la vieja, tomó el dinero y compró en seguida cuatro panecillos por dos *reales*. Él creyó haber hecho un negocio ¡quién sabe cuán bueno! Volvió al *Collegium* y se presentó sin recelo ante mí. Yo me asusté ante su extraña vestimenta [y] le pregunté adónde había dejado la manta nueva. —Yo la he vendido —dijo el muchacho— a un español por esta vieja —y me mostró aún dos *reales* de moneda de plata.

Yo no demoré, hice acompañar mi muchacho por un moro negro del *Colegio* y mandé buscar al español al que hallaron felizmente también. Pero él no quiso devolver la manta nueva sino dijo que él la había comprado y el muchacho la había dado de buen grado. —¿Desde cuándo el *Pater* ha de entrometerse en el comercio de los *indios*? Estos tienen su propiedad y con ésa pueden hacer lo que quieren sin consultar al *Pater* si les era permitido y aun en el caso de regalar de balde sus cosas.

Tal noticia me plugo tanto que en seguida me encaminé al corregidor y expuse el transcurso del asunto, el que entonces mandó devolver la manta en seguida sin que el muchacho hubiere repuesto el dinero y el español fue multado todavía en algunos *pesos* o *thaler*¹³⁵ duros españoles.

135 / voz alemana por «peso».

Se prohíbe a los españoles tener trato con los *indios* sin tener permiso

El mismo *Cithaalin* reconoce cuán perjudicial es la comunidad con los españoles

Tal trato de los españoles ordinarios con los *indios* fue reconocido por todos como inconveniente y también perjudicial a la conversión de los *indios* si no ocurriera pronto un corte de esta peligrosa comunidad. El *Comandante* hizo prohibir también que no se admitiera en la ciudad a *indio* alguno que no tuviera una cédula permisora de su *misionero*. En realidad este trato quedó impedido en la ciudad, pero fuera de la ciudad en las *estancias* de los españoles sitas en derredor donde solían morar los cuidadores del ganado y el peor populacho había todavía el mayor impedimento y oposición a nuestra enseñanza. ¡Quién podía evitar y notarlo cuando los *indios* permanecían allí! Pues estas *estancias* distaban dos y aun cinco leguas de la ciudad. Nos costaba mucho trabajo y vigilancia de evitar esto en algo hasta que el mismo *Cithaalin* abrió los ojos y vio que estas malas gentes no tenían nada de bueno en sí. Él había dado a un español dos caballos en cambio de los cuales éste le había prometido cuatro vacas. *Cithaalin* no podía salir de la *reducción* para viajar a la ciudad a buscar sus cuatro vacas [y] para esto tuvo que solicitar de nosotros una cédula permisora la que nosotros en un asunto tan justo no pudimos negarle. Él cabalgó con gran esperanza a la ciudad, buscó durante tres días al español hasta que lo encontró [y] reclamó sus cuatro vacas. El español recibió bastante descortesmente a mi *Cithaalin* y no quiso hacerle entregar las cuatro vacas hasta que le proporcionara otros dos caballos porque él habría perdido los otros dos como pretexto. *Cithaalin* se enojó y le amenazó que si no cumplía su palabra, le quitaría con la lanza la oportunidad de engañarlo en lo futuro. Fue bien que habían estado presentes otros españoles que apaciguaron a *Cithaalin* y le dieron el consejo acusar a este hombre ante el *comandante*. —Oh —dijo *Cithaalin*— yo no tengo nada que hacer con vuestro *comandante*, yo mismo puedo hacerme justicia.

Tras esto cabalgó con sus *indios* al campo, buscó el ganado que pertenecía a este español, hizo separar cuatro buenas vacas y ordenó que si acaso éste corriera tras ellos para reclamar sus vacas lo lancearan en seguida. Pero el español no se hizo ver, si no hubiera ocurrido otro alboroto.

Cithaalin volvió muy airado a la *reducción* y se quejó ante mí por la estafa que el español había querido cometer contra él. Ahí tuve yo una buena ocasión de darle una fuerte amonestación que en lo futuro como *cacique* no tuviere comunidad con gentes malas ni negociara con ellas. Sería mejor que él cultivara su amistad con españoles nobles que le querían bien y de los cuales él escucharía enseñanzas mucho mejores. —Sí —dijo *Cithaalin*— pronto he de conocer las astucias españolas pues veo pocos buenos entre ellos; viven peor que nosotros en la tierra selvática: pronto he de reconocer los buenos. Créeme, *Pater*, aquellos que tienen tejas sobre sus techos son gentes excelentes y sinceras; cuando nosotros llegamos junto a ellos, se muestran muy amables para con nosotros, nos regalan muchas cosas útiles y nos aconsejan todo lo bueno; que nosotros tengamos fe en la enseñanza de nuestros padres y vivamos de acuerdo con ella; nos hablan de Dios y nos animan a hacernos bautizar. Pero los que tienen sólo paja sobre sus techos, me parecen ser peores que nosotros, ellos roban uno al otro lo que no ocurre entre nosotros. Es cierto que nosotros nos emborrachamos pero

ellos como cristianos, aunque saben (como decís vosotros) que con esto ofenden a su Creador, lo hacen lo mismo que nosotros. Vemos en ellos tales cosas y comunidades con las mujeres que nosotros (cuando somos casados) no hacemos y, si ocurriere algo semejante con nuestras mujeres y niños, mataríamos a nuestras mujeres y niños. Si yo fuera también un cristiano no debería hacer tal cosa ni lo haría tampoco. ¿No parece mejor permanecer pagano antes de ser un mal cristiano? No te extrañes que yo no quiera ser bautizado, pues veo que los que tú has bautizado, se abstienen de beber y ya no se embriagan. Yo tendría que hacer esto también como cristiano, pero me sería demasiado difícil dominar esta antigua costumbre, así para que yo pueda beber quiero seguir siendo como soy.

—No, mi *Cithaalin* —respondí— tus pensamientos te engañan. Dios no prohíbe el beber, pero el beber en exceso y el embriagarse por cuyo motivo ocurren muchos otros vicios perjudica la salud y se debilita la naturaleza: esto lo prohíbe Dios. Aunque estés tan inclinado a la embriaguez puedes con el tiempo deshacerte fácilmente.

Entonces él dijo: —Yo podría bien dominarme en no beber tanto pero la ocasión que tengo con la presencia de tantos otros *camaradas* bebedores me incita siempre a beber más hasta que yo quede ebrio y luego vuelco sin medida la bebida a mi interior.

—Sigue pues a mi consejo —respondí— abandona estas reuniones y ya que bebes con tanto agrado, hazte preparar diariamente en tu choza con sigilo una ollita de esta bebida, bébela a solas según tu conveniencia sin que invites a otro con ella. Tú verás que la saborearás mejor y la gozarás en mayor tranquilidad. Aunque fueres ya un cristiano, no ofenderías en este modo a Dios con tal que no bebas en exceso.

Entonces él me dijo: —Déjame tiempo, yo lo consideraré. Tal vez he de seguir tu consejo.

Tras esto me encaminé al lado del *P. Burges* y le referí toda la conversación con *Cithaalin*. A él plugo mucho el consejo que yo le había dado, sólo deseábamos saber si *Cithaalin* [lo] seguiría. Habían transcurrido pocos días cuando supimos que en nuestra *reducción* se realizaría entre los *indios* una nueva reunión de borrachos y que en algunas chozas ya preparaban la bebida embriagante. *Cithaalin* había sido invitado a ella y tenía muchas ganas de comparecer allá pero él recordó del consejo que yo le había dado y no quiso comparecer ahí sin mi conocimiento. Él se presentó luego ante mí y [pidió] ya que él había sido invitado que yo le permitiera que él pudiera embriagarse bien una vez más.

—Mi *Cithaalin* —le dije— en esto yo no puedo apoyarte ni admitir que tú te embriagues. Yo no he ordenado la sobriedad y tampoco he prohibido embriagarse sino Aquel que nos ha creado al cual yo y todos los hombres debemos obedecer; si fuera sólo una prohibición que hubiéramos hecho nosotros, podríamos permitirlo entonces, pero un mandamiento que Dios ha dado no puede ser abolido por hombre alguno ni ser modificado algo en él.

—Pero yo he oído de unos españoles —repuso él— que vosotros los Padres ordenáis y prohibís muchas cosas conforme a vuestro beneplácito.

Pide permiso para embriagarse

—¿Cómo? —respondí— ¿De qué españoles has oído esto? ¿Acaso de aquellos que tienen tejas sobre sus techos o de los que [tienen] paja [sobre ellos]?

—Bien te puedes imaginar [que lo oí] no de los que tienen tejas sino de los de paja sobre los techos, dijo *Cithaalin*.

Yo contesté: —Bien, mi querido *Cithaalin*, ¿qué opinas de su conducta? ¿No dijiste tú mismo que ellos eran peores que vosotros jamás [fuisteis] en la tierra selvática? Ahora si sus hechos son tan falsos y repelentes para ti, ¿cómo pueden sus palabras inducirte a un aplauso [a aquellos] cuya obra tú aborreces? La boca habla por reboamiento del corazón; si no hay nada bueno en la boca no puede haber algo bueno tampoco en el corazón. Más bien cree a aquellos de quienes alabas las costumbres que te placen; de otro modo no sabrás jamás lo que es correcto. Tales hombres tratan de obtener una amistad contigo pero en tu perjuicio. Ellos buscan su provecho pero jamás el tuyo. Después de haberte engañado bastante aún se mofan de ti como si tú fueras un bobo. Cree lo que yo te aconsejo para tu provecho y está seguro que no he venido aquí a sacar un provecho de vuestra pobreza: yo he abandonado mil veces más de lo que puedo esperar de ti. Yo no necesito de ti pues tú ya has visto cómo mis hermanos en la ciudad viven sin preocupación de vestirse ni de alimentarse y reciben mayor honor que nosotros de vosotros; tampoco tienen para vivienda semejantes chozas como tengo yo para vivienda. Nadie me ha obligado a venir al lado vuestro, sólo mi incesante anhelo y la salvación de vuestras almas fueron la causa. Lo que yo busco es: dar a conocer a Dios a ti y a los tuyos. Para que todos vosotros seáis felices no sólo aquí sino también en la otra vida. Si yo no tuviere otro propósito que sólo cultivar mis placeres, hubiera sido un loco por haberme lanzado al peligro de vida y a estas penurias; pues yo hubiera podido lograrlos sin haber hecho un viaje tan largo y peligroso y haber padecido tantos contratiempos. No, mi querido *Cithaalin*, yo jamás he necesitado de ti pero tú necesitas de mí o de alguno que sea igual a mí. Si bien has podido pasar tu vida sin mí [ha sido] sólo por corto tiempo pero no puedes obtener la vida que te espera después de tu muerte sin ayuda de un maestro que te da a conocer lo que es útil y auxiliatorio para ello. Sé sensato y sigue una conducta que te haga grato ante Dios y los seres humanos.

—Todo lo que tú dices está bien —expresó *Cithaalin*— pero compadécete de mí y déjame experimentar una vez más una borrochera; después yo ya me haré una obligación no en dejar de beber sino en no embriagarme.

—Anda entonces —le dije— y bebe hasta tanto yo no mando en tu busca ni pregunto, pero si te llamara alguno que yo he enviado, aléjate en seguida. Yo te aseguro que si se trata sólo de beber, yo te proporcionaré otra bebida que no te embriagará pero te ha de agradar.

Con esto lo despedí dejándolo bien contento.

CAPÍTULO XII

Medios para quitar a los *indios* el hábito de emborracharse

Mientras tanto yo estaba preocupado de qué modo yo podría separar a este *cacique* con buena manera del gremio de Noé. Yo tenía una buena provisión del *té paracuario* que no se halla en nuestra tierra selvática pero es solicitado muy ávidamente y bebido muchísimo por los *indios* pero ninguno tenía el poder o la oportunidad de procurárselo porque tenía que ser traído desde las *misiones* de los *guaraníes* que lo plantan. Yo envié su hijo *Sebastián* que llamara a mi lado a su padre como si yo tendría que hablar con él. Él me contestó: iré dentro de un rato. Yo envié al otro [hijo] pero él [padre] no era de retirarlo de ahí hasta que le pidió el tercero al cual él siguió. Yo tenía ya todo preparado para servirle el *té indio*. —Bien —dije yo— mi *Cithaalin*, si te place beber tienes ahí cuanto quieras.

Cithaalin no estaba ebrio todavía; ni bien vio esta bebida dijo: —Pues si yo tuviera diariamente ésta, no pensaría mucho en nuestra bebida, ésta me gusta y no da dolor de cabeza.

Yo le tomé la palabra y le prometí que si él se abstendría de la otra bebida, yo le ayudaría a que esta bebida no le faltara en ningún día. Hicimos al respecto un *contrato*, él bebió con placer y se encaminó bien tranquilo a su choza. Yo referí en seguida al *P. Burges* lo que había ocurrido con *Cithaalin* y pedí que hiciera procurar lo más pronto este *té* con ayuda del *Procurator*, tal vez podríamos llevar a mejor camino a *Cithaalin*. Él se alegró, mandó decir al otro día que se hicieran los preparativos para que en la población no faltara nunca este *té*. Él solicitó también de las antiguas *misiones* de los *guaraníes* que le fuere enviado un socorro en este *té*. En consecuencia fue *resuelto* por los *misioneros* y los más principales de las *reducciones* con consenso de los superiores y del *P. Provincial* que nuestra *reducción* recibiría anualmente como una limosna cinco bolsas, cada bolsa de siete arrobas de peso, y dos piezas de lienzo, cada pieza de 100 varas.

Al día siguiente muy temprano estuvo *Cithaalin* a mi lado y pidió *té* porque le había gustado mucho en el día anterior y él había tenido después una noche muy tranquila. Yo se lo di con placer y él corrió apresuradamente a su choza para tomarlo. Desde entonces en adelante mi *Cithaalin* me molestaba tanto por su porción diaria que frecuentemente solía pedir en un solo día también dos veces la yerba. Yo no podía imaginar que el bebería tanto pero tras diligente averiguación supe que él había invitado también a sus buenos amigos y había fundado con ellos una cofradía de bebedores [de yerba]. En esta reunión comparecían también aquellos borrachones que ya habían probado suficientemente su obra maestra en el gremio mojado. Cuando mi *Cithaalin* no tenía suficiente yerba, venía junto a mí en busca de más. Yo noté que él y otros se abstenían por muchos días de sus bebidas y se contentaban con beber la yerba. Cuan-
tas veces él me pedía y yo tenía para participarle, yo le daba hasta que llegó de *Santa*

Medios de quitar la
costumbre de beber
en demasía

Fe un suficiente *socorro* que el P. *Burges* tenía que repartir pero me dio siempre lo suficiente para que yo pudiera satisfacer a *Cithaalin*. Poco después vinieron varios de estos borrachos privilegiados y principales de la *reducción* [y] a semejanza de *Cithaalin* pidieron tener también su *té* continuamente en sus chozas. Yo les dije pedir esto al P. *Burges* como el *principal* porque él tenía que procurarlo; y para que los *indios* supieran que no sólo yo sino más bien el otro debía cuidar de ellos. Al fin resolvimos ambos que al anochecer, después del rosario y letanía terminada, cada uno de los *caciques* se presentara junto a la puerta del P. *Burges* donde recibiría una pequeña *porción* de este *té* con la condición que cada uno se abstuviera de otra bebida y apareciera asiduamente en la iglesia al rezarse el rosario. Es cierto que al principio comparecieron todos pero como esto se hacía diariamente y así llegó a ser costumbre, comenzaban algunos a faltar y a no venir en persona y enviaban ya sus hijos ya algún autorizado de entre sus buenos amigos a buscar el *té*. Esta fue una señal suficiente de que ellos no habían comparecido al rosario. Por primera vez esto pasaba y ellos recibían [té]; a la segunda vez recibían de mi parte una noticia desagradable que les notificaba que si alguno no hubiera comparecido primero en la iglesia, no recibiría la yerba ni por él ni por algún otro. Yo cumplí mi palabra y despaché a uno que otro sin yerba a su casa. Esto no les plugo pero era para su salud y desde entonces comparecían asiduamente. Pero ellos probaron aún otra manera: no estaban presentes durante el rosario pero en cuando notaban que iba a terminar, se deslizaban desde sus chozas y corrían a nuestra vivienda en busca de yerba; pero como pronto apercibimos este abuso, dábamos sólo a aquel de quien sabíamos de seguro haber estado en la iglesia junto con otros.

Poco a poco mis *indios* se habituaron a beber este *té* y sólo deseaban tenerlo en suficiencia. Entonces yo tuve la sartén por el mango, pues dije que para recibir un poco de yerba comparecieran asiduamente en la iglesia también aquellos que aún eran paganos. No podíamos dar diariamente a todos; poco a poco ellos habían llegado a ser una buena *cantidad* pues el quintal de la yerba más inferior se pagaba ocho *pesos* o *taler* duros españoles y se repartía mensualmente un quintal y medio. Lo bueno fue que las *misiones* de la costa del *Paraná*, como dije arriba, nos ayudaron anualmente con cinco bolsas llenas de yerba. Yo pregunté al P. *Burges* qué habría de hacerse, pues yo veía que los *indios* fueron atraídos a la iglesia mediante esta yerba y pensé si no se podría atraer también al trabajo por este medio a los *indios* y quitarles mediante la bebida esta embriaguez. El P. *Burges* quedó muy conforme con mi propuesta y preguntó de qué modo yo pensaba realizar esto. Como habíamos comenzado a dar alguna [yerba] también a los paganos, era muy difícil negarles ésta pero yo encontré un remedio: primero que para el recibo de ésta ya no dejaríamos presentarse a nadie que no hubiera concurrido a la iglesia y al trabajo. Segundo que quienes desde ahí en adelante se sirvieran de su *chicha* (Tschitscha) o de sus bebidas embriagantes no deberían esperar que recibirían alguna yerba pues esta bebida, por costar dinero, no podría ser para otros sino para aquellos que por su ayuda en los trabajos a beneficio de la comunidad contribuyeren en algo.

Aletin que hasta entonces no había osado solicitar algo de esta yerba aunque él trabajaba y también bebía con gusto [la yerba], preguntó si esta yerba se le daría también a él al igual de *Cithaalin*. —Naturalmente —contesté yo— siempre que tú con tus *indios* concurrirás asiduamente al trabajo y los compelerás más y más, recibirás diariamente para ti y tus colaboradores suficiente yerba para que durante el día podáis beber también en el trabajo.

Esto le pareció bien a *Aletin*; él comenzó con el mayor celo a atender todos los trabajos y a proporcionar los *indios* necesarios para ellos. *Cithaalin* venía diariamente temprano después de la misa, y al anochecer después del rosario, a buscar su *porción* de yerba donde tuvo ocasión de ver cuánta yerba recibía de nosotros *Aletin*. Como él notara que *Aletin* recibía mucho más que él, tuvo la curiosidad de preguntar por qué ocurría esto. El *P. Burges* le contestó porque *Aletin* ya era un cristiano, se abstenía de la *chicha* [y] a la vez iba al trabajo, atendía al bien del pueblo y compelia los *indios* al trabajo; por este motivo para que también la gente que trabajaba junto con él tuviera para beber, se le daba mayor cantidad. Si *Cithaalin* hiciera al igual, compeliara sus *indios* al servicio divino y al trabajo y se hiciera bautizar, habría de recibir también una *porción* mayor, especialmente si dejara de beber otras bebidas. *Cithaalin* vino en seguida junto a mí pero algo resentido y alterado en su ánimo y se quejó que *Aletin* recibía del *P. Burges* una mayor cantidad de yerba que él; que él también era *cacique* como *Aletin* y también tenía su gente y buenos amigos a quienes quería dar de beber. Yo ya sabía lo que el *P. Burges* le había respondido porque ya antes habíamos considerado y convenido todo entre nosotros. Y esto había ocurrido adrede para despertar en *Cithaalin* una envidia contra *Aletin* que le inclinara a mejores pensamientos. Yo le contesté lo mismo que antes [le dijo] el *P. Burges* y aún agregué: —Tú debes saber que nosotros recibimos de los *guaraníes* esta yerba o sea una cantidad de bolsas como una donación para aquellos que se han hecho bautizar, que se allanaron al trabajo y han desechado la embriaguez. Si ellos llegaran a saber que nosotros participamos de ella también a los que aún no fueron bautizados ni dan una mano al trabajo ni se deshabitúan de la embriaguez, podría ocurrir que desde ahí en adelante no nos enviaran más nada. Basta ya que te damos en secreto para que no lo sepan los benefactores. Si nosotros te diéramos también igual cantidad antes de estar tú bautizado y ocupado en ayudarnos o antes de abandonar la costumbre de beber en exceso, *Aletin* diría también: —Éste ni está bautizado todavía, aún no dejó la costumbre de beber *chicha* ni se ocupa aún en ayudar a los *Patres*; él aún no es cristiano y ello no obstante recibe la cantidad cual yo, cuando yo debo ganármela mediante prestación de ayuda en el trabajo. Él diría: —¿para qué han entrado éstos al pueblo? Parece ser que sólo para tener bastante de comer y beber. Tú ves bien cómo los españoles trabajan empeñosamente para obtener lo necesario para alimento. Si vosotros queréis ser tratados al igual a los otros, debéis también conducirlos igualmente como los otros. Prueba y haz como los otros y serás más grato no sólo a nosotros y a los españoles sino también a tu propia gente y cohabitantes en esta *reducción*.

Pelea por el té

Consejo a *Cithaalin*
a trabajar

—Sí, padre mío —dijo *Cithaalin*— es duro que yo deba trabajar; más bien podría abstenerme de la embriaguez pero para el trabajo yo soy demasiado viejo.

Yo le respondí que nosotros no le exigíamos que él trabajara sino que bastaba si él compelia a sus *indios* para ello, que los vigilara para que trabajaran y comparecieran en el servicio divino y la doctrina cristiana. Si *Aletin* trabajaba junto con su gente, era por su libre voluntad; no le había sido propuesto otra cosa que la que yo ahora había expresado a él. *Cithaalin* preguntó: —¿pero en qué deben trabajar mis gentes?

—Hay bastante que hacer, mi *Cithaalin* —dije— y como tú ves de qué modo *Aletin* con los suyos está ocupado en obtener los *materiales* para la iglesia y nuestra vivienda, sería una cosa excelente si tú cultivaras el campo labrantío para la comuna. Todos vosotros comeréis los frutos.

—Esto no hemos hecho en toda nuestra vida —dijo él— ¿cómo podremos ahora hacer frente a ello?

Yo le prometí que yo mismo les mostraría al principio como había que emprenderlo aunque yo tampoco jamás había aprendido ni realizado semejante trabajo.

Él me dio su palabra que él haría este trabajo con su gente [y] me preguntó cuándo se haría esto y cuántos *indios* se necesitarían para ello. Él tuvo reunidos pronto unos veinte y me los presentó. Yo informé enseguida al *P. Burges* quien se alegró íntimamente que yo había convencido para algo a mi *Cithaalin*. Él dio en seguida bastante yerba para que en el trabajo todos pudieran tomar *té* de tiempo en tiempo.

CAPÍTULO XIII

Del arar, de hacer velas y jabón

Cithaalin ya tenía a disposición su bolsita para la yerba y recibió también una libra de ella. Él cabalgó alegremente con sus *indios* al campo donde pronto hicieron fuego y con el mayor *apetito* tomaron esta yerba amarga sin azúcar y me esperaron. Yo dispuse en seguida unos bueyes y lo necesario para la labranza, llegué al campo junto a ellos y fui saludado muy alegremente por ellos. En seguida indiqué algunos que ayudaron a meter al yugo los bueyes. Al fin tomé el arado, comencé a arar, hice estar al lado mis *indios* para que observaran cómo debía hacerse esto. En realidad yo lo hice muy mal, y no pude conseguir surcos derechos; éstos eran como el camino de una serpiente. Yo había hecho ya con gran fatiga cerca de nueve o diez surcos y sudaba por completo.

—Ahora venid —les dije— probad cómo resultará esto a vosotros.

Pero yo recibí enseguida esta respuesta: —Padre, sigue trabajando, tú lo haces muy bien.

—Eso sería lindo —dije yo— que vosotros estáis ahí parados ociosos y bebéis a gusto pero yo deba trabajar. La yerba ha sido dada a vosotros para que trabajéis y algunas veces bebáis a la vez; si sólo queréis beber y no trabajar, entonces ya no recibiréis más yerba. Ahora yo me sentaré aquí y beberé porque he trabajado y no os daré nada de esto.

—¡Andad, andad —dijo *Cithaalin*— y probad! vosotros ya lo acertaréis.

Pronto tomó uno el arado y comenzó a arar y en realidad él lo hizo mucho mejor que yo pues él tiró los surcos mucho más rectos. —Bien —dije yo— no me hubiera imaginado que vosotros haríais enrojerme de vergüenza aquí pues veo que vosotros lo hacéis mucho mejor que yo; ahora ya tengo vergüenza de trabajar ante vosotros y tener que avergonzarme aún más. Seguid trabajando, ya cabalga a casa, antes de mediodía vuelvo al lado vuestro; tal vez ya esté librado de mi rubor de vergüenza.

Para mí fue una alegría cordial que yo ya había inducido a tanto los *indios*, cabalgué en seguida a la *reducción* y referí al *P. Burges* lo que había ocurrido. Él me agradeció con el mayor contento. Pasadas las diez volví a cabalgar hacia mis aradores, contemplé su trabajo que por el tiempo en que habían arado, era muy escaso; sin embargo los alabé y les mostré un semblante alegre. Pero les dije que en lo futuro fueran un poco más presurosos y apurasen algo más su trabajo; entonces yo comunicaría en seguida a la ciudad de *Santa Fe* que *Cithaalin* con su gente ejercía tan diligentemente la agricultura. Ordené que ahora desuncieran, dejaran comer sobre el campo a los bueyes y cabalgaran a sus casas para comer el almuerzo; que a las dos de la tarde comparecieran de nuevo ahí y prosiguieran su trabajo. Algunos cabalgaron a su casa, trajeron al campo su almuerzo crudo, lo asaron sobre su fuego, bebieron también hasta las dos en cuya hora yo los visité otra vez, les fijé tres horas para el trabajo tras las cuales podían volver a su hogar. Qué bien me sentí en esto de haber podido inducir a los *indios* a tanto y

Cithaalin tenía su bolsita de té

Les enseñó a arar

Toda atención de los trabajos fue encomendada a mí

El padre Burges atendía los adultos y el padre Canelas los indios chicos

especialmente a *Cithaalin* para que él también se había preocupado del trabajo. El *P. Burges* puso de ahí en adelante toda su confianza en mí junto con Dios y me pidió que yo me encargara seriamente de ocupar los *indios* y entretenerlos con trabajos para que se habituaran a permanecer en la *reducción* y mediante éstos quedarían impedidos muchos paseos tanto a la ciudad como al campo y ellos tendrían ocasión de asistir con mayor asiduidad a la doctrina cristiana. En el ínterin como yo no era aún del todo perito en el idioma, me encargara de los asuntos caseros y campestres, también hiciera de maestro de cocina, maestro de graneros y guarda mayor de bosques. Yo no descansaba durante todo el día; de pronto estaba a caballo, de pronto a pie y me dedicaba a preparar todo como podía emprenderlo.

Mi otro compañero *P. Manuel Canelas* no hacía hasta entonces otra cosa que ejercitarse de continuo en el idioma, se hizo cargo de enseñar a leer a los pequeños jóvenes y a instruirlos en la doctrina cristiana pero el *P. Burges* atendía los *indios* e *indias* más grandes también en repartirles todo cuanto les era necesario para el trabajo y su alimento. Finalmente quiso transferir esto a mí pero yo me rehusé pretextando que los *indios* al ver que yo tenía todo a mi cargo, se independizarían por completo de él y prestarían mayor obediencia a mí que a él lo que no tendría buen resultado pues se substraerían a su enseñanza ya que él no tenía que darles nada. También sería muy trabajoso para mí, especialmente porque yo, ocupado de presto en el campo, de pronto en el bosque, de pronto en otros trabajos, no podría asistir a los *indios* en la *reducción* como él.

Entonces en el trigésimo año de mi edad yo era bastante animoso, sano y fuerte y trataba de disponer ordenadamente todo. Si bien los *indios* en frecuentes veces me echaron a perder mi *concepto* [propósito], no me dejé desconcertar por ello. Todas las mañanas y todos los mediodías daba mi clase *musical* por una hora, después me entretenía con diversos trabajos menudos, bien en nuestra casa o en el campo donde edificábamos la nueva iglesia. Allí teníamos listos unos catorce mil ladrillos *egipcios* [adobes]; a éstos ellos debían llevarlos bajo techo durante una media hora a la mañana y a la tarde y apilarlos para que no se echaran a perder por la lluvia. Igualmente los niños escolares hacían tanto cuanto cada uno según sus fuerzas podía hacer. Yo había prohibido a todos llevar a la vez más de un ladrillo en consideración sus padres que tal vez podrían quejarse de que nosotros cansábamos sus hijos por el gran trabajo. Hecho el trabajo cada uno recibía un pequeño regalo o yo hacía hervir para ellos una olla llena de carne que placía mucho a ellos y a sus padres. Mi *Sebastián* era su jefe y como él era hijo de *cacique* le prestaban obediencia. Este buen muchacho se hacía emplear en todo y era también dispuesto y voluntario para todo.

Aún no teníamos quién nos hubiera amasado pan; por lo tanto tuvimos que contentarnos con bizcocho que hacíamos traer desde *Santa Fe*. Las velas para ser encendidas y el jabón para el lavado tenían que ser traídas también desde la ciudad. Yo vi tanto sebo al que nosotros juntábamos del ganado carneado para venderlo [y que] las velas en muchas ocasiones fueron traídas rotas desde *Santa Fe*. Para remediar esto yo

averigüé en la ciudad cómo se debía preparar la legía y de hervir el jabón pues todos los habitantes de la ciudad hacían, cada uno para su necesidad, el jabón en su casa y estiraban velas si bien algunos otros se ocuparan con este trabajo para la venta; pues tales artesanos que fueren jaboneros de oficio no se encuentran en *Las Indias* sino que todo lo hacen las mujeres de sus *esclavos*. Tras la enseñanza recibida preparé con mis muchachos en mi *reducción* la necesaria ceniza para ello de una hierba que los españoles llaman *quinoa silvestre* y mis *indios Ebeve*. Es una hierba que da una ceniza salada. La legía estuvo lista; hice machacar bien el sebo y empleé para ello en mayor parte el podrido, comencé a hacer hervir y revolver; al otro día cuando el sebo estaba ya hervido, formé un cuero de vaca a guisa de una batea cuadrada adonde eché la cocción del jabón y la dejé enfriar. Nadie tenía mayor ansia que yo [por saber] cómo resistiría la prueba mi obra maestra. El jabón era bueno y mi chapucería fue estimada una obra maestra. Me dediqué a estirar velas y laboré una madera igual a la que había visto entre los jaboneros en Alemania: a su efecto empleé los niños escolares; en lugar de palitos tenía yo cañas delgadas. Algunos [niños] derretían el sebo, otros hundían en él los pabilos y tomaban este trabajo como una diversión y pasatiempo; yo también estaba no menos alegre en este nuestro trabajo aunque sucio era agradable, sin embargo no parecía ser un trabajo. Hicimos en un anochecer quinientas velas, todas de buen grosor. Ahí mi *P. Burges* estuvo contento y me consideró un benefactor de la *reducción*. Como yo no era aún suficientemente capaz a ayudar en el progreso espiritual a los *indios*, me ocupé con mayor celo de lo temporal para poner todo en buen orden. Pero el tiempo se me hizo ya muy largo que yo aún no había adelantado en la lengua tanto como para contribuir en la enseñanza de los *indios*. Yo solicité del *P. Burges* que me confiara los sepelios y los bautismos de los *indios* adultos; que yo no quería servir sólo en lo que yo hacía entonces sino que el prestar ayuda a las almas contribuiría mucho a mi consuelo espiritual. Además le dije que también un hermano lego podría desempeñar mis ocupaciones por lo que me pesaba que yo como sacerdote debía practicar en esto. Que yo hacía todo de buen grado con presteza y empeño pero sentía sin embargo siempre en mi ánimo una contrariedad de que hasta ahora pese mi deseo [sólo] pude contribuir a la salvación de las almas menos de lo que yo había buscado¹³⁶. A veces estaba yo tan consternado que en el campo o en el bosque me sentaba debajo de un árbol y deploraba con lágrimas mi incapacidad para predicar, pero me tranquilicé por eso de que por lo menos practicaba en lo que hasta ahora pude ejercer pues todo cuanto yo trabajara en esto o aquello sería asimismo en provecho de estos pobres *indios* y ayudaría mucho a su conversión y sostén. Con tales buenas consideraciones yo me consolaba pero sin embargo no estuve bien tranquilo en mi ánimo hasta que al fin llegué a enseñar doctrina cristiana y pocos meses después subí al púlpito y pude escuchar confesiones.

Hago jabón

Y vela

136 / Redacción embrollada.

CAPÍTULO XIV

Queja de *Cithaalin* contra el misionero

El turbulento
Cithaalin acusa al
padre *P. Burges*

Apenas me satisfacía algo mi media lengua *india*, recibí un choque aún mayor que me hubiera casi acobardado si yo entendiera menos de la lengua *india* que entonces. El causante fue *Cithaalin* que asemejaba más a un diablo que a un bautizando. Su altanería y su inmoderación le impulsaron a lo que hizo. Él fue un insaciable en todo; quería obtener siempre más de lo que él merecía aunque no se le dejaba carecer de nada. Él creyó tal vez que con su espíritu altanero podía asustar a los *misioneros* y los españoles. Él abandonó el cultivo del campo, montó temprano a caballo y se trasladó con rapidez con todos sus camaradas a la ciudad. Pronto recibí noticia de ello. ¡Un nuevo suceso que yo no soñé ni menos había temido! Sus propios hijos que quedaron conmigo no sabían ellos mismos cuál imprevisto ventarrón había alzado a su padre. ¡Oh cuán sensible me fue este golpe! Así son los más de los *indios*; hoy ángeles, mañana demonios. Yo recordé de lo que se lee para la fiesta del Santo *Ignatij Martyris* con referencia a los seis *leopardos*: *quibus cum benefeceris, peiores fiunt*. Cuanto mayor bien les haces, tanto peores y más bellacos se toman. Yo ya tenía ganas de correr tras de él si no hubiera temido hacerle con esto aún más altanero. El *P. Burges* quedó casi deshecho en aflicción. Considerando sin embargo su conducta no podíamos atribuir este suceso a nadie más que a su indómita pasión y arrogante altanería.

Este alborotador turbulento, una vez llegado a *Santa Fe*, no se encaminó al *Colegio* sino en derechura al *comandante*, acusó al *P. Burges* de ser tan mezquino y no darle suficiente yerba para tomar. Él sabría bien que esta yerba era una donación que los *guaraníes* habían enviado para él [*Cithaalin*] y sus gentes, pero que el *P. Burges* lo manejaba tan económicamente como si le pertenecía. De aquí en adelante él quería disponer de esta yerba para que él pudiera repartir lo suficiente a sus *indios*. El *comandante* le contestó bien brevemente: —*Cithaalin* yo sé bien con respecto a esta yerba que los *guaraníes* la han enviado a vuestro *P. misionero* pero para que él, según su parecer, lo reparta poco a poco a quienes se dejaran inducir al bautismo y al trabajo necesario; [pero] no a todos aquellos que no quieren hacer nada bueno. El *Pater* ha pedido esta yerba y cuando ella se acaba, él ya se preocupará por obtener de nuevo otra yerba, ¿Sabes una cosa, *Cithaalin*? Tú también haz lo mismo, solicita donde quieras dentro o fuera de la ciudad que se te obsequie algo de esta yerba y si te la dan ¿encontrarás, bien entonces si tu *P. Burges* te diría: [trae] acá esta yerba? Tú debes dármela. ¿Tú se la darías?

—No —dijo *Cithaalin*— porque pedirá a mí lo que yo he solicitado a otros, pues ésta no sería de su propiedad.

—¡Mira *Cithaalin*! el padre *Burges* ha pedido la yerba a los *guaraníes* para que él pueda participar a los que la merecen y a los que él quiera [dar]. Por eso tú no puedes obligarle a que te dé también a ti [y] mucho menos que recibieras mayor cantidad que

los otros que ya son cristianos y le ayudan. Si él te da poco a poco y no todo de una vez, podrá darte durante mucho tiempo; si tú la quisieras toda de una vez y la consumieras a tu beneplácito, faltará la yerba a ti y a él. Yo no puedo ayudarte en el presente caso pues el *Pater* no es mi subordinado en esto.

El *comandante* escribió al *P. Burges* y le informó de la queja de *Cithaalin*. Él pidió a la vez que no se dejara advertir ninguna señal de ofensa por ello; éste ya se desmocharía las astas con el tiempo.

Este ladino *cacique*, después de haber cazado junto con sus *indios* durante ocho días en el campo y los bosques, volvió en hora nocturna a la *reducción* [y] envió con su hijo *Vicente* la carta a la mañana temprano pero él no se dejó ver y permaneció sentado en su choza durante todo el día. Al día siguiente quiso probar si el *P. Burges* le enviaría a su demanda algo de yerba la que el *P. Burges* le hizo entregar en seguida pero no tanta como él solía darle en otras ocasiones, por lo cual *Cithaalin* volvió a enojarse. Los otros *indios*, sus *camaradas* de escolta hacia la ciudad, estaban ya bastante acostumbrados a tomar la yerba; ellos esperaban que *Cithaalin* los llevara al campo a proseguir la arada comenzada y con ello tener ocasión de pedir yerba para tomar. *Cithaalin* quedó sentado en un mismo lugar en su choza; tampoco dio aviso de trabajo a sus gentes hasta que al fin otro *indio* respetable se ocupó del asunto y por insinuación de los hombres de escolta de *Cithaalin* solicitó del *P. Burges* que diere a los aradores esta bebida porque ellos habrían resuelto a proseguir aun sin *Cithaalin* su trabajo comenzado en el campo labrantío. Ha de saberse que los *indios* obedecen a su *cacique* cuando ellos quieren; [él] no puede obligarlos a nada pues cada uno es amo en su casa y gobierna su familia como quiera sin que el *cacique* se atreviere a estorbarle. El *cacique* no debe tampoco ordenarle nada sino pedirle muy cortésmente cuando quiere obtener algo de él. Sólo en ciertas circunstancias cuando el *cacique* los invita a cometer un robo o a pelear contra otros o invadir las *estancias* españolas y matar los habitantes, entonces todos corren junto a él.

Sus mismos *indios* comenzaron ya a despreciar la conducta de *Cithaalin* porque veían que por causa de él obtenían poco de nosotros. Nosotros pedimos consejo a *Aletin* de cómo habíamos de conducirnos de ahí en adelante para con *Cithaalin*. *Aletin* pronunció en seguida la *sentencia* que no se le adulara por demás, pues con esto él se tomaría aún más altanero e iba a querer gobernar a su antojo la gente y los *misioneros*. Que le dejaran dar fin a su enojo y se mantuvieran indiferentes para con él. Nosotros hicimos así y le dejamos fluctuar¹³⁷ por unos días; él recibía su carne y alimento fijados como antes. Al fin *Cithaalin* no pudo esperar más, visitó a *Aletin* y preguntó qué disposición de ánimo tendrían para con él los *Patres*. *Aletin* respondió que él hallaba en nosotros la misma disposición como antes; ninguno de nosotros estaría enojado; que hiciera la prueba y nos encontraría tan amables para con él al igual que antes. —Si tú

Conducta de los
indios para con su
cacique

137 / *Schwimmen* denota en propiedad «nadar», pero suponemos corresponder el verbo empleado por nosotros por su acepción dubitativa.

no quieres creerme, encamínate hacia tu amigo el *P. Florian*, él te descubrirá pronto de qué manera está dispuesto.

Cithaalin me visitó y me saludó muy amablemente: yo simulé no saber nada de su queja, le agradecí y pregunté por qué no me había visitado durante tanto tiempo. Él me contestó que le había sobrevenido una gana de visitar los de la ciudad, por eso él se había resuelto hacer un paseo. Yo quise que él visitara y saludara también al *P. Burges* pero él se negó [y] me pidió que yo le regalara algo de yerba para poder tomarla. Yo le di un puñado y lo despedí sin señal de ofensa. Al otro día volvió mi *Cithaalin* y me pidió yerba; yo opuse una pequeña dificultad y dije que él la pidiera de aquel otro al que yo tenía que pedir para mí mismo, sino éste extrañaría que yo me dirigiera a él tantas veces por yerba; si él recelaba [de ir] solo, iría yo con él a ver al *P. Burges*. Aunque él temía recibir una reprimenda por parte del *P. Burges*, le convencí que fuera conmigo. Él fue recibido amablemente por éste y sin que él hubiera pedido yerba, el *P. Burges* le dio sin embargo una manada llena. Ambos volvieron a ser buenos amigos y *Cithaalin* conoció que los *Patres* no eran tan vengativos y atropellados como los *indios*. Él se despidió y visitó pronto los aradores a cuyo lado permaneció todo el día en el campo.

Aunque la costumbre de la embriaguez de los *indios* aún no había sido reprimida, advertimos empero que al lado de los hermanos borrachines no asistían tantos [hombres] ni en tan frecuentes veces como antes, especialmente por parte de los *indios* bautizados los cuales en realidad ya daban a los otros un buen ejemplo tanto en la asistencia a la doctrina cristiana como en la extirpación de anteriores malas costumbres y particularmente los que se habían hecho bautizar junto con *Aletin*. Nosotros les demostramos también un afecto especial y los obsequiamos antes que a otros con cuanto podíamos. A *Aletin* y su mujer le dimos una vestimenta completa la que él llevaba con gran placer y jamás la desechó mientras yo estuve en la *reducción*, pues él se empeñaba de pronto en vestirse él mismo, de pronto nosotros le ayudamos en procurar vestimenta. Yo me empeñé en cuanto pude en llevar a buen camino a *Cithaalin* pero esto costaba trabajo y paciencia. ¿Qué hice yo? Empleé el siguiente medio: como *Aletin* tenía una buena manera de tratar con los *indios*, le induje a que poco a poco hiciera buenos amigos con él a algunos que estaban de parte de *Cithaalin*, especialmente de los más principales y que a los que fueren gustosos de trabajar los invitara a ello para que estuvieren de su parte. Él lo hizo con gran habilidad y trató atraerse algunos de los mejores amigos de *Cithaalin*. Pronto tuvo a tres de éstos que ya no visitaban tanto como antes a *Cithaalin* que a él. A mi pedido el *P. Burges* entregaba también más yerba *paracuaria* para que éste pudiese obsequiar a sus amigos; ellos abandonaron a *Cithaalin* porque veían que al lado de *Aletin* eran obsequiados tan amablemente; hasta les placía más que al lado de *Cithaalin* que raras veces les mostraba una cara amable. Ellos ya querían resolverse a desocupar sus chozas y agregarse a la parcialidad de *Aletin*. Él me dio noticia de todo y yo traté de arreglar el asunto de modo que *Cithaalin* acaso no se ofendiera en demasía si sus propios *indios* se alejaban de él. —No —dije yo— ellos pueden permanecer bien en sus chozas al lado de *Cithaalin*, pero cuando

Otro medio de
llevar a buen
camino a *Cithaalin*

quisieran podrían trabajar con *Aletin* y si acaso también ellos solos querían realizar algún otro trabajo, que alistarán algunos de sus gentes o *familias* para trabajar con ellos y éstos recibirían lo mismo que los demás su yerba para la bebida. A nosotros nos gustaría si ellos vivieran en común entre ellos y estuvieran unidos como habitantes de una misma aldea. Ahora ellos deberían tomar sin embargo una diferente manera de vivir. Si antes entre ellos había sido usual que cada uno viviera a su voluntad, sería necesario ahora que todos fueren de una sola voluntad y mostraran una común preocupación en provecho de ellos y de toda la gente, pues en un buen entendimiento entre todos habría mayor contento en lugar de que cada cual hiciera lo que quisiera. Ellos eran hijos de un solo padre que los había creado, por lo tanto ellos deberían vivir unidos entre sí como hermanos. Esta enseñanza les gustó y ellos resolvieron no arriarse al *Cithaalin* sino más bien a nosotros los *misioneros*. Con estos tres *principales* yo gané más de veinte colaboradores y los empleé donde los necesitaba. Más tarde tuvimos que pasar aún grandes dificultades con *Cithaalin* pero todas fueron allanadas por *Aletin* y otros buenos *indios*.

CAPÍTULO XV

Llegada del cacique Nevedagnac a nuestra población y su bautismo

El cacique
Nevedagnac entra
en nuestra
población

En este ínterin recibimos la alegre noticia que el *cacique Nevedagnac* que algunos meses antes nos había visitado, se aproximaba con cuarenta *familias* de su parcialidad y quería entrar en nuestra *reducción*. Él estaba aún a tres leguas de nuestra aldea, yo cabalgué a su encuentro en compañía de muchos *indios* y niños *indios* y le conduje a la *reducción* donde él fue recibido con alegría. Este *indio* hizo una animosa exposición de su llegada con la promesa que él quería permanecer al lado nuestro. Pocos días después cuando él hubo descansado¹³⁸ cabalgó en mi compañía a la ciudad que lo había recibido en la manera más agradable. También el *comandante* le hizo especial honor que este *cacique* aceptó con contento. Él fue atendido bien regalado y me acompañó nuevamente a la *reducción*. En el camino yo noté por sus conversaciones y conducta que él no era tan *fantasioso* como nuestro *Cithaalin* pues tenía un modo de hablar muy sensato y demostraba tener diferentes sentimientos. Al corto tiempo él mismo se ofreció que él quería ayudar al igual de los demás en los trabajos y obras en la aldea. Él tenía unos muchachos incomparablemente crecidos y fuertes que estaban muy dispuestos para todo. Yo me alegré de tener a nuestro lado tan excelente *indio* y un *cacique* tan estimado entre los otros. Todos sus gestos y manera de expresarse me parecía diferenciarse de los demás. Él visitaba diariamente a mí y el *P. Burges* y demostró que no pensaba conducirse como *Cithaalin*. Pronto se entendió bien con *Aletin*. Para con *Cithaalin* se mostró si bien amable pero jamás íntimo y aunque él, conforme con la antigua costumbre, comparecía de buen grado en las reuniones mojadas [y] se embriagaba también algo, no se excedía sin embargo tanto como *Cithaalin* y otros. Él era un enemigo de todo disturbio y peleas, hablaba poco pero sensatamente en su choza y demostraba ser un *indio* noble. Los que estaban bajo su mando le querían y demostraban una especial obediencia. Él tenía dos mujeres lo mismo que *Cithaalin* pero *Aletin* tenía una sola, ni había tenido jamás una manceba, pero tenía una sola hija. En cambio *Cithaalin* estaba sentado entre sus hijos como un padre de muchas familias pues de una [mujer] tenía seis hijos y de la otra siete fuera de aquellos que él había tenido antes y que habían muerto en la gentilidad.

Su buena conducta

El *cacique Nevedagnac* oía de otros que el deseoso en hacerse bautizar debía vivir con una sola mujer y abandonar la otra; aunque ellas no serían expulsadas de la *reducción*, debían separarse de sus maridos y separadas vivir a distancia; también ellas junto con los hijos serían atendidas como viudas por los *Patribus*. Esta noticia bastó

138 / El autor usa el pretérito pluscuamperfecto cuando en realidad correspondería el pretérito indefinido; en la oración siguiente apela al presente, pero traducimos en el segundo tiempo mencionado. Se trata de errores de oído frecuentes en el manuscrito los cuales nos glosamos expresamente.

para que él sin un consejo nuestro apartara una de sí y permaneciera con la otra. En realidad esto fue doloroso a la mujer pero ella tuvo que admitirlo sin embargo y se apartó.

Nosotros supimos por los otros lo que *Nevedagnac* había hecho y le apreciamos aún más que antes pues él mostró las mejores señales de un sincero propósito y arribo a la *reducción*. Él observó y contempló muy atentamente todo, vino también en frecuentes veces a ver los niños en la escuela y a visitar los aprendices en la *música*: todo le fue grato y él dijo: —Si yo ahora fuera un muchacho, aprendería con alegría algo; toda vuestra instalación me gusta mucho.

¡Quién quisiera y pudiera describir las más hermosas expresiones de su contento que él dio a oír frecuentemente!

Hasta entonces fue por lo general *Aletin* el que se dejaba ocupar de desempeños en el campo labrantío, en el bosque y trabajos. Ahora teníamos un ayudante que nos pareció ser aún mejor. Todos los *indios* en nuestra *reducción* le tenían mucho respeto aunque se contaban en las parcialidades de otros *caciques*; cada uno estaba contento a su lado especialmente después que él se hizo bautizar. Él estuvo apenas unos meses en la *reducción* (durante cuyo tiempo él asistía continuamente a la doctrina cristiana) cuando ya pidió que se le enseñara junto con su mujer para recibir el santo bautismo; sus *indios* estuvieron en seguida dispuestos a hacer lo mismo. Para nuestro mayor consuelo ellos fueron instruidos tan bien en pocas semanas que merecieron ser bautizados pronto. Cuando los españoles en la ciudad supieron que este *cacique* ya se preparaba para el bautismo, ofreciéronse los más principales a ser sus padrinos. Tuvimos que conducirlo junto con su mujer e hijos a la ciudad donde él fue bautizado en la fiesta del Santo *Dominici* y también recibió el nombre de este santo. Seis de los españoles más principales asistieron de cerca a su bautismo lo mismo que las esposas al bautizo de su mujer y de su hija. Para padrinos elegí al señor *Domingo Crespo de los Ríos* y al señor *don Francisco de Echagüe*. Al primero no sin motivo pues los españoles solían nombrar a este *cacique* (contra el cual antes habían librado *batallas* muy peligrosas y cuyo nombre no conocían) *indio crespo* o el *gekrausten Indianer*; por lo tanto *Don Crespo* tenía ya desde antes un parentesco de nombre para encontrar uno más cercano en el santo bautismo con *Nevedagnac* o el *indio Crespo*¹³⁹.

Nevedagnac es bautizado

Parecía haber la mayor fiesta en la ciudad. Nuestro *Dominicus Nevedagnac* fue bautizado por el *P. Rector* del *Colegio* y también obsequiado con comida en el *Colegio* bajo una *música* completa [orquesta]; el *comandante* estuvo también presente en la mesa. Nadie se hubiera imaginado cuán sensato y piadosamente habló en la mesa este *indio*. El *comandante* habló también tan amablemente con él (pero cada uno mediante un lenguaraz) que ambos dieron o notar su gran contento. ¡Oh, mi *P. Florian*! —dijo el *comandante* a mí— en este hombre Usted ha hecho una presa tan feliz que Dios ha de recompensarle ampliamente y nuestra ciudad no olvidará de agradecerle. Yo le conozco

Discurso del Comandante

139 / Los precedentes párrafos referentes a los padrinos del cacique y su mujer fueron introducidos por separado, pero con igual letra del manuscrito.

muy bien y he peleado con él en frecuentes ocasiones; en seguida comunicaré a las ciudades de *Córdoba, Tucumán, S. Jago y Paraguay* que este *Saulus* se ha cambiado en un verdadero *Paulus*. Atienda Usted¹⁴⁰ a este hombre bueno como a una joya de toda la *reducción*; los indicios me dan esperanza que mediante él la paz está asegurada para nosotros y todas las ciudades circunvecinas.

Todo lo que se pudo fue reunido en la ciudad a obsequiar a este *cacique* y su mujer.

En consideración a estos amables testimonios mi neófito *Dominicus* me dijo: —Da a conocer mis palabras que yo te digo y asegura a este noble jefe de la ciudad que como yo ya estoy bautizado y soy un hijo de Aquel que ha creado a nosotros y todo lo de este mundo, somos hijos de un solo padre y por lo tanto hermanos entre todos nosotros. Antes yo no he sabido nada de nuestro padre que nos ha creado y si yo lo hubiera sabido, no me hubiera demostrado tan hostil contra ellos; yo sabré enmendar desde aquí en adelante mis errores de mi anterior ignorancia y siento de corazón que he perseguido tan incesantemente y también he muerto mis hermanos. Yo creía que todos eran mis enemigos pero ahora veo cómo me he equivocado en mi ignorancia. Yo les prometo que lo mismo como antes los he perseguido, me empeñaré de aquí en adelante de ser un protector contra sus enemigos. Diles que pueden estar seguros y creer en mis palabras; que ellos no crean que *Dominicus* como cristiano y su hermano los engañará, desde que he aborrecido esta falsedad ya como hombre salvaje. Yo les pido y siempre he de alegrarme que ellos me miren no como a un extraño sino como a su hermano. Dile también a este noble jefe que en cuanto en lo futuro él sería ofendido por mis coterráneos o la ciudad fuera asaltada, yo [obedeciendo] a su palabra y el permiso de nuestros padres cristianos jamás demoraré en prestar ayuda con mi gente.

Estas palabras dijo nuestro *Dominicus* con tanta energía y emoción que el *Comandante* y los demás en la mesa sin comprenderle sólo por el gesto de su semblante y expresiones de la lengua dejaron correr las lágrimas por las mejillas. Después de haber yo interpretado todo esto, hubo un contento general entre nosotros.

Desde entonces este *indio* era tan ávido de saber fundamentalmente todo, especialmente en asuntos de la Fe que en días de domingo y de fiestas en que los *indios* tras el servicio divino terminado cabalgaban habitualmente a cazar, él permaneciera y se quedara frecuentemente por dos a tres horas y asiduamente indagaba todo en lo que él, por no bastante informado, tenía alguna duda. Él me confesó que muchas veces estaba echado sin dormir pensando hasta medianoche, comparaba su anterior vida con la actual y conocía que él había asemejado más a un animal que a un ser humano; a la vez él deploraba no haber sido llevado más antes al reconocimiento de su ignorancia.

140 / El pronombre *sie* escrito siempre con minúscula por el autor es difícil de reconocer como de segunda persona (de tratamiento directo) o de tercera. Aquí corresponde al primer caso y debe leerse *Sie* o sea «Usted», porque el comandante se particulariza con Paucke.

En este *Nevedagnac* y en *Aletin* teníamos dos buenos *camaradas* que nos hicieron casi insensibles todos los contratiempos. Sus familiares y todos los de su parcialidad se conducían tan moral y respetuosamente que fueron un espejo para otros de los que veinte enseguida se hicieron bautizar también. *Cithaalin* veía y notaba todo esto sin presentarse o perder una palabra sobre todas estas circunstancias. Sin embargo ello había causado una buena impresión pues por mucho tiempo él ya no se animó a fastidiar y sólo espiaba qué ocurriría en adelante. Él no tenía de su parte tanta gente como nuestro *Dominicus* aunque a su lado vivían muchos pero había numerosos *caciques* separados que se mantenían a su lado únicamente para beber en exceso. Estos *caciques* eran los siguientes: *Etepeglotin*; éste tenía reunida su amistad¹⁴¹ de siete u ocho *familias*; *Etemgaiquin* tenía cinco; *Quebachin* tenía nueve, *Capiacain* tenía ocho, *Nitiacaiquin* tenía seis y *Cithaalin* no tenía más que tres pero todos estos acompañaban a *Cithaalin* en la tierra selvática sólo cuando él partía a robar, asesinar o beber en exceso. *Canatnodin* y *Pahsodin* aunque *caciques* tenían la menor cantidad de secuaces y sostenían al partido de *Cithaalin*. Al lado de *Aletin* no había ningún *cacique* pero su amistad consistía en veinticuatro *indios* casados que eran también muy buenos hijos y seguían asiduamente a su *principal*. Nuestro *Dominicus Nevedagnac* tenía los más. Los *caciques* que sostenían su partido, eran *Quetogquin* con seis *familias*; *Ervadi* con cuatro *familias*; *Ybagyin* con cinco *familias* y *Guilibitin* con tres *familias*; todos los demás eran sus partidarios, muchachones elegidos, bien crecidos y vivos. Él tenía el mayor número de secuaces. Tan grande tropa puso mucho impedimento a *Cithaalin* en sus propósitos y él no se animó a hacer entre la gente tantas agitaciones como antes. Al corto tiempo muchos siguieron el ejemplo de nuestro *Dominici* y se hicieron bautizar.

Familias y parentelas
de los caciques

141 / En este caso la parentela.

CAPÍTULO XVI

Por qué medios fue inducido *Cithaalin* a pedir el bautismo

Aletin recibe una vara

Para incitar aún más a buenos pensamientos a *Cithaalin* promoví que *Aletin* como un *cacique* tan benemérito recibiera del *Comandante* una vara y fuera nombrado *capitán* del pueblo. Esto causó gran impresión entre los *indios* cuando vieron a *Aletin* andando de un lado al otro con la vara al igual de un *capitán* español. Yo quise proporcionar también una para *Dominico* pero él rehusó y dijo: —¿A qué preciso una vara? Yo tengo mi lanza; la vara me parece ser una cosa innecesaria; no estoy habituado a ella; cada cual me conoce sin ella por lo que yo soy. Para trabajar y estar sentado a caballo no necesito una vara; tal vez le sentará mejor a *Cithaalin* y puede ser que en el deseo de obtener una vara él se conduzca mejor para con vosotros de aquí en adelante, pues por lo general él es muy altanero. Yo soy aún novicio y demasiado joven para que en seguida lleve una vara; no quiero tener ninguna por favor; si tú quieres que con el tiempo me corresponda una vara, he de merecerla primero.

Celo de *Cithaalin*

Cithaalin no pudo domeñar a su curiosidad por tanto tiempo: pronto vino a preguntarme por qué razón *Aletin* llevaba una vara, si la había comprado él mismo o le había sido regalada. Yo dije que él había recibido esta vara por el *comandante* de la ciudad en pago de su buena conducta y conversión a la verdadera Fe. —¿Así sera él —repuso *Cithaalin*— será él solo el *capitán* y gobernante de nuestra *reducción*? ¿Él es acaso más que yo?

Para contestar a esta pregunta a fin de no causar ninguna envidia pero sí un provecho, respondí lo que Dios me dictó y dije: —La vara es un signo de distinción en que los gobernantes han colocado a *Aletin* porque él se ha ocupado en trabajar por el establecimiento del pueblo, en inducir sus familiares y adeptos al bien y haber aceptado el santo bautismo. Esta vara es un signo de un noble entre los españoles pues tú mismo ya habrás notado que no todos sino los menos entre ellos llevan una vara, salvo que tengan un mando sobre otros y un cargo que causa una distinción. Por esto ellos han obsequiado una vara a *Aletin* en testimonio de que él es considerado un *indio* noble también por los españoles.

—¿Y por qué —preguntó él— no han ofrecido aún una vara a *Nevedagnac*, pues él ya está bautizado y en el bautizo le han hecho tan grandes demostraciones de honor?

Yo repuse: —Tú sabes bien cuánto tiempo *Aletin*, siendo ya cristiano, ha estado todavía sin vara y al fin la ha recibido sin embargo. Ellos no entregan tan rápidamente la vara aunque uno ya esté bautizado sino esperan si él se conduce también como un cristiano bautizado. Si *Nevedagnac* se conduce tan celosamente como lo ha sido hasta, ahora tendrá pronto en sus manos una vara. Trata que tú también te hagas merecedor de ella así podrás tener una pronto.

Este suceso y conversación entre yo y el *cacique* *Cithaalin* referí en seguida al *P. Provincial* a lo cual yo sin reticencia agregué que me parecía ser una cosa útil mandar

hacer una vara también para *Cithaalin* la que dentro de cierto tiempo de acuerdo con su futura buena conducta podría serle entregada; en caso contrario podría ocurrir que este *indio* se tornara ora pusilámene ora muy airado si viera que nosotros, los *misioneros*, fuéramos más afectos a *Aletin* que a él y con desconsideración a la persona de él tratáramos de hacer respetable a *Aletin*.

Pronto también fue labrada la vara según mi escrito y enviada a mí a la *misión* por nuestro *P. Provincial* pero no entregada inmediatamente a *Cithaalin*. La vara quedó durante algún tiempo en mi cuarto pero tan a la vista que *Cithaalin* podía verla en cuantas veces me visitaba; como esto ocurría en frecuentes ocasiones, él fue impulsado por la curiosidad a preguntarme a quién pertenecía esta vara y quién la llevaría.

Yo contesté: —La obtendrá aquel de entre los *caciques* del pueblo que dará las mejores pruebas de una vida cristiana y contribuirá en la mayor forma a la admisión en la *reducción*.

Ante mi respuesta *Cithaalin* permaneció completamente callado y no preguntó más; yo no deseaba tampoco otra cosa sino que *Cithaalin* entendiera bien todo lo que yo decía. Era fácil de conocer cuánto había influido en *Cithaalin* este ejemplo. De este tiempo él demostró mayor celo en visitar la iglesia y a presentarse al trabajo, también en ser más dispuesto que antes cuando se le encomendaba atender algo.

Yo quise probar por algún tiempo más la perseverancia de este *cacique Cithaalin* y guardé la vara en otro sitio para que él, al visitarme, no pudiera verla. Transcurrieron algunas semanas durante las cuales él nunca encontraba la vara en el sitio anterior; él no pudo refrenar su curiosidad [y] finalmente me preguntó adónde estaba la vara que antes había estado en éste o aquél sitio. —¿Tal vez ya la has dado a *Domingo Nevedagnac*?

—No —respondí yo— mientras *Domingo* no esté bautizado, no tendrá esperanza a vara alguna en ese tiempo pues la vara es un signo de mando sobre los demás. ¿Debería pues tener un mando y poder sobre bautizados un no bautizado? Esto no es usual entre los cristianos. Tú sabes que *Aletin*, antes de ser bautizado, no ha llevado jamás una vara.

Esta respuesta debe haber impresionado a *Cithaalin* porque al corto tiempo él vino muy amable a mi lado y preguntó cuándo le bautizaría. Yo contesté: —Cuando yo veré que tú quieres ser bautizado en realidad y lo pedirás pues sin tu voluntad no sólo aparente sino verdadera ningún *Pater* te bautizará.

—En cuanto se refiere a mi voluntad —dijo él— no hay que hacer reparo alguno; hay ya bastante tiempo que he adquirido la voluntad. Si tú quieres bautizarme, lo dejaré hacer cuando tú quieras.

—Muy bien —dije yo— pero tú tienes en tu casa dos mujeres que tampoco son bautizadas; ¿tú te crees que como cristiano te será permitido vivir con dos mujeres paganas? Esto no puede ser.

—En esto —dijo él— tampoco hay impedimento; de aquí en adelante viviré sólo con una, la que junto conmigo puedes bautizar.

Por cuál medio
Cithaalin fue
inducido a solicitar
el santo bautismo

Yo despedí a *Cithaalin* sin informarle si le bautizaría pronto o no. Al día siguiente me hizo inmediatamente una nueva visita y me preguntó dónde tenía yo la vara, él quería verla. Él obtuvo sin oposición lo pedido. —Pues —dijo él— ¿me regalarás la vara si yo me hago bautizar?

—No, mi *Cithaalin*. Que tú te hicieras bautizar para obtener la vara te sería probablemente agradable pero no provechoso. ¿Qué te sirve ser bautizado y llevar en la mano una vara si tú haces la vida que es contraria al santo bautismo y a un buen cristiano? Si tú quieres hacerte bautizar, no debes mirar la vara ni tener otro propósito sino el de poner en salvaguarda tu alma que es mil veces más valiosa que una vara. ¿Qué resultaría si tú rompieras la vara? ¿No dirías para qué me sirve el bautismo si ya no tengo vara alguna?

—No —repuso él— yo haría como acostumbro cuando se me ha roto una lanza, me hago una nueva; del mismo modo yo me procuraría una vara nueva.

A esto yo le di la siguiente respuesta: —Si es que tú deseas el santo bautismo para el bien de tu alma y no por una vara quebradiza, empéñate en atender asiduamente primero a la instrucción necesaria para un buen cristiano y en aprender cómo has de conducirte después del santo bautismo.

Por todas estas conversaciones conocí muy bien que *Cithaalin* quiso saber si esta vara sería en realidad para él o para algún otro. Él la hubiera tomado con ambas manos en cuanto yo se la hubiera ofrecido pero yo pensé entre mí que sería mejor no apresurarse demasiado y esperar por un tiempo cómo sería la futura conducta de este *indio*. En el ínterin lo despedí sin embargo con una buena esperanza.

Conversación con *Cithaalin*

Transcurrieron accesoriamente ocho días durante los cuales *Cithaalin* evitaba mi casa pero ello no obstante le vi asistir diariamente a la santa misa en la iglesia. Al fin vino muy alegre a mi choza y me preguntó cuándo él tendría probabilidad de ser bautizado. Yo le contesté que en cuanto él demostrara seriamente que lo quería y habría esperanza que se conduciría como un piadoso cristiano. —Sí, ya sería tiempo que yo recibiera el bautismo de una vez —dijo él— pues yo temo que sin el bautismo yo cambiaría de idea cuando viera que tú bautizas *indios* peores e inferiores que yo antes que a mí. Ellos me despreciarán como si ellos fueran más dignos de ser bautizados que yo.

—Sí, mi *Cithaalin*. Tienes razón y aún otras cosas más pensarían y dirían de ti.

Ante estas palabras mías él deseó saber qué pensarían y dirían luego de él. Concordaba con mi deseo que él quería saber esto por lo cual no se lo oculté sino que le dije: —Cada uno pensaría que tú no te has acercado a nosotros los sacerdotes para ser un cristiano por amor a la salvación de tu alma sino para que tú sin cuidado puedas comer fuertemente, recibir frecuentemente donaciones de nosotros y vivir en seguridad ante los españoles. Yo no creo que eso haya sido tu objeto y propósito de acercarte a nosotros; si esto fuere así, no debes imaginarte que te resultaría bien.

Ante esto *Cithaalin* se sorprendió por un rato, se dirigió de nuevo hacia mí y dijo: —Tienes razón; pero tú no debes pensar esto de mí; ni el apremio por los comestibles ni el miedo ante los españoles me ha inducido a acercarme a vosotros. Yo tenía en la

tierra selvática la suficiente comida para mí y mis amigos sin tener que preocuparme de dónde recogerla; los bosques me la daban sin otro trabajo que sólo tomarla. Cuando yo tenía hambre y había tiempo bueno, cazaba de a caballo y esto era mi placer; si había tormenta, me dejaba estar sentado debajo de *mi* choza en algún lugar, dormía por el mayor tiempo o me servía *chicha* que jamás me faltaba y venía a ser igual a un alimento.

—¿Qué te movió entonces a acercarte a nosotros? —pregunté— ¿acaso lo fueron los españoles que tantas veces te han perseguido?

—Estos de ningún modo —respondió él— yo he peleado con ellos toda mi vida, les he pegado buenos golpes y muerto muchos, ya en mis años de juventud. Yo jamás los he temido pero sabía que ellos me han temido por lo cual yo siempre me tornaba más valiente y los buscaba. Es cierto que muchas veces yo me escondí ante ellos cuando marchaban contra mí porque yo veía que yo no tenía un medio favorable de derrotarlos, pero frecuentemente los he vencido por lo cual he cautivado tantos de sus niños. Yo no he temido nada a lo que he podido resistir. Un tigre es más furioso que un español pero ni esto me ha asustado. ¿Por qué? Porque (aunque él podía matarme) yo tenía también el poder de matar a éste como también al español; pero como yo no encontré ningún medio contra la muerte, la he temido y esto es la causa porque he venido a vosotros. Yo quería oír de vosotros cómo nos encontraríamos después de la muerte. Nuestra opinión es en realidad que después de la muerte nos dedicamos en los bosques a la caza de animales silvestres pero no sabemos nada cierto de ello y creemos lo que nos han dicho nuestros padres y antepasados. Vosotros en cambio nos informáis de otro modo ya que decís que nosotros iremos ora al cielo ante nuestro Creador ora al gran fuego junto al diablo. Yo no quiero ir a dar allá; esto me ha movido a buscaros para saber de qué modo puedo llegar al cielo a nuestro Padre.

—Tus pensamientos ya son muy buenos, *Cithaalin*, pero tú debes saber que no todos los bautizados llegan al cielo sólo por el bautismo sino aquellos que después de recibido el bautismo llevan una vida conforme con la doctrina de *Jesú Christi* lo practican asiduamente aquello que Dios exige ser observado por cada cristiano y se cuidan solícitamente de lo que pudiera ser contrario a estos mandamientos. A ti no te importaría nada antes pues has asesinado muchos [y] has robado su propiedad; el tener varias mujeres era vuestra costumbre, mentir y engañar vuestro hábito, robar y hurtar una proeza heroica, embriagaros hasta perder la razón vuestra mayor y más preferida diversión; todo esto debes evitar de aquí en adelante para que seas apto a recibir el bautismo.

—Pero lo contrario he visto en españoles bautizados —repuso *Cithaalin*. ¡Cuántos españoles nos han engañado! Han robado nuestros caballos, han asesinado a muchos de nosotros y cuando yo viajo a la ciudad de *Santa Fe*, veo siempre algo que es contrario a lo que tú me dices. Los españoles saben beber en exceso tan bien como nosotros y algunos aún mejor que nosotros, y cuando ellos están borrachos, se matan a puñaladas entre ellos pero nosotros en nuestra borrachera cantamos durante toda la noche

o combatimos a puños; aunque nos herimos tan fuertemente con los puños entre nosotros que a golpes mutuamente nos sacamos los ojos y nos hundimos las narices, no se enoja nadie y al otro día somos buenos amigos otra vez. Ahora dime: ¿tales españoles van también al cielo?

Si ellos se enmiendan realmente —dije yo— y cesan en sus malas acciones, pueden entrar al cielo pero si persisten en su antigua costumbre y mueren en este mal estado, van al infierno aunque sean cristianos.

—Yo no tengo objeción alguna o dificultad en lo que tú me dices —dijo *Cithaalin*— yo puedo dejar de matar, robar, mentir y engañar; no me será difícil tampoco vivir con una sola mujer; lo único que no podré dejar será el beber y embriagarme. Yo lo he acostumbrado hasta ahora durante mi vida, de tal modo, que esta costumbre ha arraigado profundamente en mí. Yo espero bien que nuestro Creador tomará en consideración mi edad y permitirá más a mí como *cacique* que a un *indio* común. Si tú me permitieras esto, yo te obedecería muy dispuesto en todo lo demás.

Mi *Cithaalin* —dije— lo que Dios prohíbe, no puede permitirlo ni yo ni otro *Pater*. Aunque tú eres un *cacique*, la Ley de Dios te obliga al igual que a otro que es inferior a ti pues ante Dios todos somos iguales. Un *cacique* por su mando sobre los otros está hasta más obligado a abstenerse de todo esto porque su ejemplo puede causar entre los inferiores ya un gran bien ya un gran mal; como ahora los *indios* ordinarios se conducen en mayor parte según el ejemplo de sus *caciques*, ellos pueden realizar un gran bien o causar un gran mal según su buen o mal ejemplo.

—Dime, *Pater* —repitió *Cithaalin*— ¿cómo pueden mis compañeros escandalizarse ante esto y tomar un mal ejemplo cuando generalmente es nuestra única ocupación y manera ¡más! nuestro continuo ejercicio, pues también los españoles hurtan, roban y matan? Estos aunque cristianos nos persiguieron a fuego y espada por lo cual nosotros también nos resistimos a ellos y les hicimos el mayor detrimento posible. Nosotros evitábamos todo hurto entre nosotros, ni siquiera teníamos valor de pegar a una bestia o un perro que nos hacía daño y pertenecía a alguno de nuestra familia y esto lo hemos observado hasta hoy. Por ello no será entonces ningún escándalo para los míos si yo persigo los extraños que pueden hacernos daño.

—Otra mucho mejor Ley y ha dado Dios a los cristianos —contesté— fuera de donde fuera y quien fuera aun si él fuera un no-bautizado y no un cristiano, nosotros no debemos hacerle mal alguno, sino dejar a cada uno lo suyo y considerarlo nuestro prójimo a quien amar y no odiar nos manda Dios.

—Pero esto no hacen los cristianos en *Santa Fe* —repuso *Cithaalin*— ellos nos prenden y golpean en medio de la ciudad y cuando nos han castigado bastante nos dejan en libertad. Si son cristianos y si los cristianos no deben hacer ningún mal a su prójimo ¿por qué proceden así con nosotros?

—Es muy diferente —dije yo— cuando se castiga en justicia a alguno por sus delitos, especialmente por quien tiene el derecho de castigar; otra cosa es ofender o perjudicar a alguno por odio o por ira sin motivo dado como habéis hecho vosotros, pues cuando

no habéis podido encontrar al ofensor o si éste era demasiado fuerte para vosotros, habéis buscado algún otro de la *nación* de donde era el ofensor y aunque hubiera sido sólo un niño bastaba que éste fuera de la *nación* del ofensor para que debiera morir. Esto no era justo ni tampoco deben hacerlo los cristianos. Si ocurre también entre los cristianos es injusto entonces. Si en tal caso se detiene alguno, se le condena también por los jueces de la ciudad y él debe perder la vida lo que no ha sido jamás la costumbre vuestra. Así ahora, *Cithaalin* —proseguí yo— recuerda lo que hemos conversado entre nosotros; piensa bien todo y lo que resuelvas entre ti, puedes comunicarme en adelante; entonces yo sabré lo que habrá de hacerse.

—¿Por cuánto tiempo —preguntó *Cithaalin*— rehusarás aún a mi cabeza el agua del bautismo?

Yo contesté: —Hasta tanto tu cabeza no aceptará seriamente los verdaderos sentimientos de un buen cristiano.

—Yo estoy pronto a hacer todo lo que me indicarás, sólo temo que cuando yo llegue a la ocasión de beber, olvidaré la sobriedad; ¡oh! ¡dime sinceramente! —proseguí *Cithaalin*— ¿yo ofendería gravemente por una borrachera a nuestro Creador? ¿Por qué Dios ha creado tales cosas que pueden contribuir a su ofensa? Nosotros hallamos miel y copiasa en nuestro terreno como también *Amap*¹⁴² (éstos son los llamados cuernitos de chivos o pan de San Juan) de ellos hacemos una bebida agradable a nosotros lo mismo que los españoles hacen de los racimos de uvas el vino, del trigo y de otros frutos de la tierra el aguardiente. Si a ellos les es permitido hacer y beber esto, ¿por qué sería prohibido a nosotros?

—No te precipites, *Cithaalin* —repuse— todo lo que Dios ha creado y ordenado está bien pero nosotros quienes usamos mal y en nuestro daño lo bueno porque abusamos de estas cosas y empleamos con exceso, tanto en daño del alma como del cuerpo, lo que debería servir para nuestro bien. De este modo el hombre puede llevar al peor objeto y fin la cosa mejor. ¿No es cierto —añadí— que Dios nos ha proporcionado a todos los vivientes el alimento útil para sostener la vida y quiere que por él fortalezcamos y mantengamos fuerte nuestro cuerpo para que seamos más capaces a atender a nuestra ocupación? Ahora cuando tu consumes alimento más copioso y bebida excesiva ¿estás tan capacitado al día siguiente que puedas realizar lo que generalmente con la serenidad de tu cabeza habías solido hacer tan fácilmente?

—No —dijo *Cithaalin*— el vientre estaba pesado y la cabeza llena de dolores; yo no era capaz de levantarme de mi yacija al día siguiente.

—Entonces, dime —proseguí— ¿esto significa cuidar la salud y emplear el alimento y la bebida para la conservación? Tendrás que confesar lo contrario porque con tal exceso en comida y bebida te perjudicas más. Mira cómo uno puede faltar de este modo contra el objeto y fin de los alimentos proporcionados a nosotros y que por el pernicioso abuso de lo destinado para la conservación de la vida nosotros frecuentemente

142 / El algarrobo.

la abreviamos. Recuerda esto muchas veces de aquí en adelante, especialmente en ocasión de un inmoderado deseo por comer y beber; en lo demás yo no creo que lo que Dios ha creado para tu bien y tu sostén pueda ser para tu perjuicio y perdición. Si ahora quieres ser sinceramente un cristiano, debes empeñarte también a llevar una vida cristiana y ser diligente en aprender aquellos conocimientos y deberes que incumben a un cristiano.

—Esto lo haré —dijo *Cithaalin*— fija tú la hora en que tú me instruirás diariamente; después cuando yo he comprendido la suficiente enseñanza, no postergues en darme el agua y rociar mi cabeza.

Esto se llama entre ellos «ser bautizado» pues en su idioma no tienen ninguna palabra justa para expresar el bautismo, por lo cual dicen: *Nocodigui ncaic* volcar agua sobre la cabeza.

Tras esto *Cithaalin* se encaminó a su casa y demostró gran contento por nuestra conversación. Al día siguiente me visitó otra vez y pidió que yo le enseñara lo que realicé diariamente entonces como también en las siguientes cuatro semanas hasta que él hubo adquirido el necesario conocimiento para ser bautizado, después de lo cual yo determiné el día de su bautismo y a la vez pregunté cuál de las dos mujeres que él tuvo desde antes habría elegido para su esposa legal y [cuando] la hubo indicado, la instruí también en cuanto fue necesario. En el día fijado aparecieron ambos en la iglesia y con ellos toda la gente pero su otra mujer (de la cual él tuvo dos hijos y una hija adulta a saber el *Antonio Cadiodi* y *Vicente Accanaggi e Isabel Azolet*) quedó muy triste sentada en su choza. Los padrinos del bautismo fueron dos españoles de nombres *don Juan de la Coizgvieta*¹⁴³ y *don Francisco Antonio Vera de la Muxica*. *Cithaalin* recibió el nombre de *Francisci de Asis* pero a su esposa que con nombre indio se llamaba *Cainet* fue dado el nombre *Ignacia*. *N. B.* Hay la costumbre en España que se dé en propiedad también los nombres de los santos de sexo masculino a las mujeres en el santo bautismo como ser: *Antonia, Toribia, Florian, Raymunda*, lo mismo como en nuestros países de *José* se da *Josefa* a las mujeres¹⁴⁴. Para hacer más memorable el día, porque *Cithaalin* era un *cacique*, les regalé un buey para ser carneado como también otros dos al *cacique Aletin* y al *cacique Nevedagnac* para que en este día dieran de comer a toda la gente. Terminado el bautismo, me dirigí a ambos [esposos] en presencia de toda la gente en la iglesia, les hice renovar el *contrato* conyugal y les di luego la bendición sacerdotal como se acostumbra hacer con todos que antes en su gentilidad habían vivido como marido y mujer porque fue constatado en realidad que ellos en su gentilidad habían convenido un *contrato civil* después del cual al siguiente día les fueron dispensadas las bendiciones habituales.

Cithaalin es bautizado

143 / Sospechamos que tal apellido podría ser *lapsus calami* por «Cruzquieta» o alguna forma similar, originado por la tilde de la letra alemana de u.

144 / El autor repudia esta derivaciones nominativas, pero ellas existen también en nombres alemanes.

CAPÍTULO XVII

Del cacique Nalangain

Cithaalin era ya cristiano y casado cristianamente de lo cual la ciudad de *Santa Fe* se alegró muchísimo. De los *caciques* más principales de nuestro pueblo restaba aún aquel *Nalangain* con el cual no tuve ninguna dificultad en bautizarlo prontamente. Era un hombre muy diligente en su hacer y dejar hacer, de cara seria, medido en su hablar y muy inclinado a la fe cristiana lo que se conocía claramente por la asiduidad en asistir a todos los ejercicios de iglesia y a la doctrina cristiana. Él tuvo antes también dos mujeres pero no bien se agregó a nuestro pueblo, había despedido de su lado y ya anteriormente a una y vino con una sola a nuestra aldea.

Un día le pregunté cuándo tendría él iguales pensamientos como nuestro *Cithaalin* y solicitaría el santo bautismo.

Mi *Pater* —dijo él— en cuanto respecta a mí, ya hace tiempo hubieras podido bautizarme. Si yo no hubiera querido ser bautizado, no me hubieras visto tanto tiempo a tu lado, y yo no hubiera vivido tantos meses al lado tuyo si yo no hubiera tenido la idea de ser un cristiano. Para estar aquí únicamente por tener de ti mi alimento diario y poder vivir sin cuidado, yo mismo me habría avergonzado; tales ideas corresponden sólo a los perezosos y temerosos pero no a mí a quien la penuria o lo que ocurra siempre de ingrato o contrario no pueden causar tal apremio.

¿Por qué —pregunté yo— no has pedido aún ser bautizado al igual como antes hizo frecuentemente *Cithaalin*?

Nalangain contestó: —*Cithaalin* ha notado tal vez en sí mismo que él ya era apto para ello pero yo creo no ser hábil para ello hasta que tú mismo me reconozcas [apto] para ello. Y para mí habría sido una vergüenza el pedir de ti el bautismo para el cual aún no me hubieras reconocido apto. En cuanto tú me encontraras apto para él, yo no me rehusaría en modo alguno; tú debes comprender y saber cuándo puedo ser admitido al bautismo; en cuanto tú lo ofreces, estate seguro que yo no opondré la menor objeción.

—Pero, dime —repuse— ¿te place a ti todo lo que oyes de Dios en nuestras doctrinas y no te parecen pesadas las obligaciones que corresponden a un cristiano?

—Yo he reflexionado bien todo —dijo él— y en muchas noches en vez de descansar he comparado nuestra vida salvaje con la vida cristiana; he encontrado también la gran diferencia entre nuestra vida y la vida cristiana y conocido que nosotros no somos gentes sino animales que no tienen leyes. Pero he observado también que no somos animales sino algo mucho más elevado porque somos los amos de todos los animales que deben obedecernos y en parte servir para nuestra alimentación, en parte ayudar a buscar nuestra alimentación. Ahora si somos amos de ellos no debemos vivir como los animales sino como sus amos que no tienen un modo de vivir igual a los animales; ahora como somos diferentes a los animales en el vivir, no debemos tampoco

Del cacique Nalangain,
hermano de Domingo
Nevedagnac

Nalangain es
consultado para el
bautismo

Su respuesta

Buenos pensamientos
de Nalangain

ser iguales a ellos en la muerte. Yo bien he oído de ti que nosotros, los seres humanos, somos completamente diferentes en el alma pues cuando éstos son muertos o *crepan* [revientan] ha terminado todo tanto su cuerpo como su alma, pero cuando nosotros morimos, permanece viva nuestra alma que jamás ha de morir. En nuestra tierra selvática también ya teníamos esta opinión de que nuestras almas no mueren, que nosotros tras la muerte recorreremos los bosques y mediante la caza buscamos nuestro alimento y por ello hincábamos en nuestras sepulturas la lanza y armas usuales para que podíamos tener todas a mano pero nosotros creíamos que también los caballos que durante la vida teníamos a nuestro uso deberían servirnos también después de la muerte; por esto se mataban también nuestros caballos para que nos siguieran después de la muerte. ¿Tendrían también (pensé yo) los caballos un alma inmortal al igual de nosotros? Entonces se me ocurrió otra vez que si ellos no son iguales a nosotros en la vida ¿cómo nos serían iguales en la muerte? Pues el animal no puede hablar como nosotros; tampoco puede reflexionar como nosotros; no puede reconocer tampoco lo que es bueno o malo o querer el bien o el mal. Pues, pensé yo: el animal tiene sobre sí un superior o sea al hombre que lo domina y al cual debe obedecer; así también nosotros tendremos un superior al cual estamos sometidos y debemos obedecer y éste por lo mismo debe ser mejor y más poderoso que todos nosotros los seres humanos. Entonces yo no sabía ni qué hacer para que yo pudiera conocer quién sería éste hasta que había escuchado vuestras doctrinas. Y como yo conocí que debía ser así como vosotros enseñáis, no he tenido jamás un escrúpulo en ser bautizado también por vosotros; por lo consiguiente está en tus manos y depende de ti si y cuando quieres bautizarme. Si tú me encuentras ya apto, no demores mucho; pues para mí será mejor y más alegre vivir como un amigo que como enemigo de Aquel que es más que yo y todos los humanos.

El oír tales palabras de un *indio* y aún no bautizado me causó el más sensible placer. Yo le pregunté por varios artículos y misterios de la Fe que él contestó muy satisfactoriamente pues él asistía de continuo a todos los sermones y doctrinas cristianas siendo aún pagano y como él poseía mayor sensatez y entendimiento como yo había advertido por muchas preguntas dirigidas a mí sobre misterios de la Fe escuchados, no debí emplear un largo trabajo a instruirle mayormente. Sin embargo para que no sólo él sino por su ejemplo otros de su parcialidad llegaran más pronto al santo bautismo, tuve en él un celoso propagandista entre toda su parentela.

En realidad diariamente acrecía más la cantidad de los que solicitaban empeñosamente a ser bautizados con su *cacique*. En pocos días *Nalangain* reunió cuarenta hombres y mujeres junto con sus hijos que durante ocho días enseñé a unos tras otros en la iglesia, las mujeres a la mañana, los niños a la tarde, a las dos y los hombres a las cinco. En el ínterin hice también los preparativos para el día venidero en que todos éstos debían ser bautizados simultáneamente. Yo consulté al *cacique Nalangain* a quién de los españoles quería tener para padrino del bautismo y si él quería ser bautizado

en *Santa Fe* en presencia de los españoles. Requerí su opinión¹⁴⁵, él no quería ser menos que *Cithaalin* quien había sido recibido en el bautismo en la dicha ciudad por los más principales habitantes de la ciudad. Pero él me preguntó si él sería un mejor cristiano si tuviera como padrino a un español [noble]¹⁴⁶ o algún otro cristiano villano. —No —dije yo— esto sólo sería para mayor contento de los españoles y para mayor consuelo espiritual que ellos obtienen de cuando son testigos, le acompañan en el santo bautismo y pueden encontrar con ello un parentesco espiritual entre [ellos y] aquel que en virtud del santo bautismo es admitido y recibido en la amistad y gracia de Dios.

Yo le expliqué a la vez el parentesco espiritual entre el bautizado, el bautizador y el padrino. —Haz lo que te plazca —dijo él— en lo que concierne a mí soy indiferente si tengo como padrino a un noble o un villano con tal que yo sea cristiano y me encuentre en la amistad de nuestro Creador. Yo reconozco que antes he asemejado más a un animal que a un ser humano y me parece que no me será difícil el poder vivir como un cristiano; bautízame no más; nada me importan las circunstancias de tener padrinos nobles o villanos; haz lo que tú crees lo mejor.

Yo di en seguida al *comandante* de la ciudad la grata nueva que el *cacique Nalangain* junto con ciento cuarenta personas pedían el santo bautismo y fijé el día de su bautismo. Esta noticia fue tan consoladora a los españoles que muchos de los más principales y entre ellos el mismo *comandante* se ofrecieron para padrinos pero quisieron que el *cacique* se trasladara a la ciudad para recibir allí con mayor magnificencia el santo bautismo. Yo habría admitido con alegría esto pero pensé que acaso en *Cithaalin* nacería un celo o envidia que él como *cacique* y primer fundador de la *reducción* no habría conocido tan gran magnificencia y estimación en su bautismo como *Nalangain* que recién después de algunos años le había seguido a la *reducción*. Sin embargo a pedido de la ciudad le propuse que se trasladara con mujer e hijos a la ciudad de *Santa Fe* para ser bautizado allí en el día fijado. Pero en seguida me arrepentí haberle hecho este ofrecimiento después que hube escuchado su respuesta: —Mi padre —me preguntó él— ¿acaso quiero ser bautizado y ser cristiano a causa de los españoles? ¿Será mi objeto y fin complacer a ellos o pedir u obtener algo de ellos? Yo no he necesitado de ellos en la tierra silvestre cuando yo era pagano, menos ahora que yo por el bautismo seré igual a ellos. Para que ellos vean que yo ni los temo ni espero algún bien de ellos, quiero ser bautizado aquí en nuestra aldea al igual de otros. ¿Y los otros que quieren ser bautizados conmigo deben también ir a la ciudad y allá recibir el bautismo?

—No —dije yo— ellos quieren hacer bautizar en *Santa Fe* a ti solo con tu *familia*. Los demás de tus compañeros serán bautizados más tarde.

—*Toton jamac*. Esto no está bien —dijo él— nuestro Creador me ha dado aquí la buena idea de hacerme bautizar y no entre los españoles ni tampoco a causa de los

145 / *vermeind*. La redacción embrollada obliga a dar tal sentido e infinitivo a este gerundio alemán.

146 / La versión introduce el adjetivo «noble» por tratarse, al parecer, sólo de españoles conforme con la oración siguiente.

españoles. Dios no está sólo en la ciudad sino también aquí y en todas partes como tú dices y yo también creo. Basta que esté presente nuestro Creador, no necesito a nadie más. También mis gentes estarían descontentas si yo fuera a recibir el bautismo en otro lugar que ellos que han concebido la idea de hacerse bautizar en este mismo lugar junto conmigo. Yo también gozaría de una gran alegría si veo también como compañeros en la vía de mi reconocimiento a aquellos que he visto como secuaces de mi descamino.

Él expresó tal respuesta en su lengua con pocas palabras con tal energía que yo de consuelo y alegría cordial dejé caer las lágrimas. —Muy bien, mi querido hijo —dije— en este caso todo ha de ocurrir a tu mayor consuelo.

Yo comuniqué a los de la ciudad que se habían ofrecido para padrinos que si les era cómodo venir a nuestra reducción en el día fijado, serían buscados en la ciudad y seguramente acompañados a nuestra reducción bajo escolta de neófitos que eran de la parcialidad de *Nevedagnac*.

Esta fue para ellos una agradable noticia. No sólo ellos sino muchos otros vinieron bajo protección de dicha escolta a nuestro pueblo en víspera fijada. El saludo al *cacique* que ya los esperaba eran lágrimas de alegría. En verdad *Nalangain* no lloraba pero sin embargo se notaba que en su sentimiento él estaba íntimamente contento lo que él dio a conocer según me acuerdo con las siguientes pocas palabras: —*Ha ha novitiji*, sí, sí, vosotros ya habéis llegado. *Naatic ludegat* muchas gracias. *¿Mal acamiji gdicotiji m lraliji?* ¿queréis ser mis padres? *Naatic ludegat nca ecno* muchas gracias si esto sucede. —Diles —dijo el *indio* a mí— que mi sentimiento desfallece por su gran amabilidad que ellos me demuestran sin recordar del mal que yo les he hecho tantas veces cuando los consideraba enemigos míos. En lengua *mocoví* denota así: *Jnia peglo* tú les dirás *madi jelebani jebel m zadenatagane tapec* que mi sentimiento desfallece descaecido cuando yo considero *enegui enamca Jdica, namagdi nalliaca gdoqvía aloquen mecoa namoti gdoquicate* que ahora se me muestran tan grandes amigos aquellos que antes he odiado, como si ellos solos hubieran sido la causa de nuestro odio *lemca enigui nacide zadenataganza, zanatiquit enamca een*, pero ahora después que me he formado pensamientos más sinceros, he encontrado lo verdadero, *madi ocom abeque n nocodi guilo ncaigo ncaja* que todos nosotros que somos bautizados, somos hermanos y amigos, *Qnimen naatic ludegat* ¡Oh muchas gracias! *Acatagnialo* aconséjalos, *Toton Daticota zalo labili* que por ello no tengan ánimos tristes, *enamca enegui ocom abeque m ocom* ahora en realidad serán considerados por nosotros como si fueran de nosotros y de nuestro origen. *Catigdadi Jdiatedague coca* porque tenemos un padre: a saber Dios.

Los españoles se admiraron ante el saludo tan sincero de este *indio*, demostraron un gran placer por su expresión y le dieron por mi intermedio consejos consoladores después de lo cual el *cacique* se encaminó a su casa con tales palabras: —*leen lachigvo tomalotaga* basta, me voy a mi vivienda hasta luego. Esta noche cuando yo tuve en mi humilde vivienda estos padrinos recién venidos, estaban ellos tan contentos que

no se arrepentieron por haber hecho no sólo estas treinta y cuatro leguas hasta esta *reducción*, sino otras tantas si hubiera sido preciso.

Cithaalin recibe una vara

La gente en la aldea se despertó muy temprano a la mañana siguiente. Se oía tocar las cornetas, cuernos y flautas como suelen usar en sus *festines* de alegría. Yo convoqué los *caciques* ya bautizados *Aletin*, *Cithaalin* y *Nevedagnac* que eran amigos con *Nalangain* para que junto con sus subordinados presentaran algunos testimonios de alegría a los españoles recién llegados. *Cithaalin* recibió a la vez su vara tantas veces anhelada como *cocapitán* de nuestro pueblo por lo cual él demostró la misma animación y satisfacción como si en este día le fuere hecho el mayor honor. Yo di a cada uno un buey para *tratar* [obsequiar] con él a su parcialidad como también a los demás *caciques* principales. Se llegó a la hora de dar el bautismo; ahí toda la gente se animó y compareció en la iglesia. Los padrinos del bautizo se habían vestido lo más magníficamente pero mi *Nalangain* compareció en su manta tal cual acostumbraba vestirse generalmente, muy tranquilo y sereno sin mayor vivacidad como antes. Yo recelaba que él estaría algo abatido en su ánimo y le pregunté si él temía recibir el agua del santo bautismo. *Diadigni* déjame no más; *Mizi diotia avagqac, annodec namoti diotia* yo no temo el agua del bautismo sólo temo al fuego [del purgatorio] *tanoti dicit m nocodigui icaie* justamente por esto quiero ser bautizado.

Los españoles y todos sus servidores habían traído consigo fusiles y en servidores había ocho personas que con sus fusiles cargados estuvieron parados delante de la iglesia y cuando yo di al *cacique* la sagrada agua del bautismo fue dado fuego entre algazara y gritería de los *indios* tanto adultos como pequeños; lo mismo ocurrió cuando su mujer e hijos recibieron el santo bautismo.

Eran cuarenta los que fueron bautizados y la función duró más de cinco horas después de la cual todos fueron abundantemente obsequiados, en parte por mí, en parte por los españoles con lienzos, paños, sombreros, cuchillos y hachas. El *cacique* *Nalangain* que en el santo bautismo había recibido el nombre *José*, fue obsequiado por su padrino de bautizo con seis vacas y doce ovejas; lo mismo también por *don Narciso de Echagüe*, el segundo padrino (el cual era un hijo del difunto *comandante* de la ciudad *don Francisco Xavier de Echagüe*) le fueron dados además, junto con las vacas y ovejas, cuatro lindos caballos.

Todo el día la gente estuvo alegre tal vez más porque tenían copiosamente qué comer que por el suceso.

A hora del mediodía los padrinos y visitantes enviaron desde su mesa, que ellos mismos habían instalado y para la cual habían aportado consigo todo desde la ciudad, algunos platos a *José Nalangain* para que los comiera junto con los demás *caciques* pero sin vino aunque los visitantes querían agregar también algo de éste si yo no lo hubiera impedido. Pero *Cithaalin*, este borrachín, no pudo apaciguar su *apetito* de tomar vino. Después que hubo comido con *Xavier Aletin* y con nuestro *Domingo Nevedagnac* hizo una visita a los huéspedes con el único propósito (como él mismo se descubrió enseguida) que sólo echar por el gañote una *porción* de vino. Sin embargo

los visitantes ya estaban instruidos que no alcanzaran vino a ningún *indio* ni a *cacique* alguno. *Cithaalin* se demostró muy alegre, con la misma apariencia le recibieron también los visitantes. Transcurrió un buen rato entre esta amable conversación sin que se le obsequiara con un trago de vino. Al fin él mismo requirió y pidió con el pretexto que su estómago estaba algo indispuerto. Si bien le objetamos que podría empeorar, esto no sirvió para desviarlo de su pedido. Por esto yo resolví darle algo de vino pero únicamente un medio vasito que por aparte mezclé con bastante agua. ¡Oh, qué contento y agradecido estuvo *Cithaalin*! Él bebió vaciándolo poco a poco para deleitarse por tanto mayor tiempo, conversaba con los visitantes más por señas y movimientos de cabeza que por palabras, vació el vaso hasta la última gota y partió en seguida. Después vinieron también el neófito *cacique Nalangain* con *Domingo* y *Aletin*, dieron las gracias a los visitantes por el honor que por su presencia habían demostrado a ellos junto con todas sus gentes; ofrecieron a ellos y a toda la ciudad la amistad y un buen entendimiento y se alejaron. Al día siguiente los españoles trataron ya de regresar a la ciudad; todos los *indios*, grandes y chicos, jóvenes y viejos, montaron a caballo para acompañar a los huéspedes por un trecho del camino. *Nalangain* me pidió permiso de conducir seguros, junto con otros diez de sus *indios* los visitantes hasta la ciudad lo que permití de buen grado y fue muy grato a los españoles.

Ahora ya estaban bautizados todos los cuatro *caciques* más principales con cuya ayuda yo tenía gran esperanza de bautizar poco a poco los demás *caciques* y los *indios* ordinarios como también ha sucedido, ya que de mes en mes di el sagrado bautismo ya a veinte, ya a treinta y más *indios*. En aquel tiempo yo conté entre cristianos y paganos que se habían vecindado en el pueblo hasta novecientas almas. Entre éstos eran los menos los que con su trabajo manual contribuyeron seriamente al bien de la reducción, pero poco a poco se encontraron siempre algunos más que a veces daban una mano a la labor porque fueron inducidos para ello por *Aletin* y *Domingo*. Los más numerosos eran todavía como aquellos de quienes dice el poeta: *Nos numerus sumus et fruges consumere nati*¹⁴⁷. Para comer y beber, correr a caballo todo el día y cazar presa montesa ninguno era demasiado perezoso. Lo más pesado para ellos era trabajar de a pie y aunque el sitio del trabajo distaba sólo de cincuenta a cien pies desde sus chozas, los más sin embargo iban allí en sus caballos, los dejaban atados a un lado sin cuidado hasta que era hora de dejar el trabajo. Luego cabalgaban al campo. Algunos, pero no los más, volvían después de la hora de mediodía a su trabajo. Ni yo ni los *caciques* debíamos decir una palabra en contra para no ahuyentarlos del todo del trabajo en la esperanza que cuanto más aumentara en ellos la luz de la Fe, tanto más se empeñarían en adelantar mediante su ayuda al pueblo, lo que ha sucedido también pero sin embargo no con el celo con que lo hubieran podido realizar sin gran trabajo.

Mientras tanto dejo reposar aquí mi narración del ulterior progreso de esta localidad y el aumento en el cristianismo hasta haber escrito sobre el anterior modo de

147 / Nosotros somos números y nacidos para consumir los frutos.

vivir de estos *indios*, de su paganismo, sus usos y comercio. Después proseguiré mi narración sobre ellos como cristianos, junto con la partida y despedida que he debido emprender en unión de todos los demás *jesuitas* por orden del rey en España.

TERCERA PARTE

De la manera de vivir, usos y costumbres
de los *indios americanos* en el paganismo

CAPÍTULO I

Qué clase de gentes son los *indios*

Desde que la Sociedad de Jesús ha laborado con efusión de su sudor y sangre ya por el tercer siglo en esta parte del mundo últimamente descubierta, eso es en *América*, se cree en nuestros países que estos *bárbaros* serían ya tan *civilizados* que apenas había de encontrarse un solo salvaje en estos desiertos. También se cree que en *Las Indias* todos los *indios* hablan una misma lengua [y] tienen iguales costumbres e inclinaciones; en cuanto uno relata sólo alguna cosa de los *indios americanos*, se quiere tenerlo por entendida con referencia a todas. No [hay] tal cosa: la diferencia entre idiomas, costumbres y usos es mucho mayor que en nuestros países. Se quiere decir que en el mundo no existen más de setenta y dos lenguas pero ¡vaya uno a *Paracuaria* que frente a los otros territorios de *América* es uno de los países más limitados! Entonces se han de encontrar sólo ahí más lenguas que en todos nuestros países. Pues lo mismo como los nombres de las familias se diferencian entre sí, se encuentran también diferentes lenguas y ha de saberse que las *naciones* distan mucho tan numerosas como [son] en nuestros países pero sin embargo cada una tiene un idioma diferente y en *América* se encuentran pocas lenguas que fueran generales, excepción hecha únicamente de la lengua *quichoa* (léase *Kitschoa*)¹⁴⁸ que se habla ampliamente en la parte de dominio *peruano* *Cusco* a la par de la lengua *guaraní* que fue conocida y extendida en el *Paraguay* porque estos *indios* fueron convertidos a la Fe cristiana hacen ya más de doscientos años. Por lo demás se encontrarán en las selvas aún miles de *indios* salvajes pero no reunidos sino sólo en modo de *familias*, acá seis, acullá ocho *familias* y sin embargo se opinará que estos países no estuvieren poblados en la menor forma aunque en ellos viven muchos miles y miles porque ellos no se notan a causa de la gran extensión de estos países.

Sabemos de cierto que en toda la *América* en la Sociedad *Jesús* los *indios*, ya convertidos por ella a la verdadera Fe y ya sometidos en parte al rey de España, en parte al rey de *Portugal*, han sido contados en sus *misiones* establecidas como más de un millón seiscientos en aquel entonces cuando la *Sociedad* debió abandonar la *América* entera. ¡Dios sabe cuántos están sumidos aún en la tenebrosidad del paganismo de los cuales hasta ahora no se tiene noticia alguna y cuyas regiones nadie ha cruzado! Sin duda ha de haber aún muchísimos de éstos porque como yo tengo la experiencia que por nosotros, los *misioneros*, se descubrieron nuevas *naciones* de nuevas lenguas, también oímos de nuestros *indios* ya *reducidos* que bien ellos mismos o sus antepasados habían obtenido noticias de otros y más salvajes *indios* que poseen algo especial en costumbres, lenguas y conformación personal. Mas de aquellos que (como se quiere creer en nuestros países) se sirvieran de una oreja para sábana pero de la otra para fra-

148 / Ortografía y pronunciación alemana.

zada durante el sueño o que tuvieran el ojo sobre el pecho, [que tuvieran] las rodillas atrás y no delante [que] también pudieran correr ligeros como los avestruces, no he oído durante toda mi estada hasta cerca de veintiún años¹⁴⁹ en *Las Indias americanas* [y] menos los he visto.

Lo que es notorio a mi experiencia y que yo mismo he observado durante el tiempo de mis años de *misión*, voy a exponer en la restante continuación de mi relato mediante pregunta y respuesta lo que servirá para facilidad de mis siguientes informes sobre estos países y al lector para el mejor conocimiento. Si las preguntas se siguen en buen orden, la capacidad memorativa podrá contestar entonces con mayor facilidad. Entro en materia.

Pregunta: ¿Los *indios* son pues, hombres como nosotros?

Respuesta: Lo que concierne a su alma y a la conformación de los miembros del cuerpo, ellos son hombres como todos nosotros aunque tengan escaso parecido con nosotros en su color, modo de vivir y otras costumbres porque se han desarrollado en selvas conforme a sus impulsos sin la menor instrucción, mientras nosotros hemos sido inducidos a una conducta moral por la educación y la enseñanza, por la vida moral de otros, por lectura de las historias y hechos de nuestros antepasados. La estatura de muchas *naciones indias* es alta y agradable. Ellos son fuertes de huesos y fornidos; formales en sus configuraciones; de ningún modo [son] inhábiles; [son] de un ánimo alegre pero sereno; ligeros para correr y de no cansarse tan pronto; listos en manejar sus armas. Entre mil no se encontrará ni uno que tuviera una disconformidad en su cuerpo y miembros dislocados. Por lo común hablan imperceptiblemente; jamás se meten en mayor disputa excepto las mujeres o los *indios* ebrios que por noches enteras ora cantan, ora lloran o estando solos en su choza aplican apodos e insultos en ausencia de él a su adversario que alguna vez los ofendió; todo esto lo hacen cuando de noche ya están acostados sobre sus recostaderos. Ellos no saben de ningún juramento [insultante], de ninguna maldición ni blasfemias. La palabra [insultante] de mayor ira que poseían mis *indios* era *Elobgaec*, ¡tú muerto! o como yo lo había entendido de ellos que denotaba: yo quisiera que tú murieras.

Pregunta: ¿No hay entre ellos ningún tullido, ciego y semejantes?

Respuesta: En cuanto yo he visto, no los hay. Bien he visto tullidos y ciegos entre ellos pero no de nacimiento sino tullidos por heridas por las flechas y lanzas, por coces y rodadas de caballos; ciegos por las viruelas u otras desgracias acontecidas pero no tantos que desde su nacimiento han estado en tal miserable estado como se ven en nuestras ciudades y países. Yo no puedo saber la causa ni la diferencia. Yo creía que más bien se encontrarían más tullidos entre los *indios* que entre los *europeos* porque las [mujeres] *indias* no saben nada de formación corporal de sus hijos al nacer éstos, así como se hace en nuestros países con vendas y mediante manoseos. Ellas no usan cunas; lo más que he visto [hacer por] las *indias* es que algunas colocan sus hijos en lienzos o en un cuerito sobado de venado en el cual se ha estirado por ambos lados

149 / El autor cuenta desde su salida y vuelta a Alemania.

Los *Indios* son
hombres como
nosotros

Entre ellos no
se encuentran
tullidos

una sogá y que cuelga pendiente de dos palitos metidos en tierra y tras el envi3n dado se columpia con los ni1os acostados adentro. Ellas no tienen tampoco una cinta andadora, ning3n carrito andador en que los ni1os puedan aprender el caminar, ninguna almohadilla frentera para la ca3da a fin de no romperse la cabeza. En cuanto el ni1o tiene un trimestre o, si mucho, un semestre de edad y ya puede pisar un poco, la madre en pocas veces alza en brazos a su hijo sino que lo deja cabalgar al lado sobre sus hombros y lo rodea con el brazo para que el ni1o no caiga hacia atrás. Cuando el hijo ya puede caminar algo, la madre lo toma del bracito y al ir en busca de agua o de alguna otra cosa, lleva al ni1o del brazo con ella; que 3l camine o se esfuerce por caminar o se deje arrastrar, por eso la madre no tomará sobre su brazo a su ni1o. Si el ni1o se cansa por demás, lo tira del brazo sobre su hombro y lo deja cabalgar. No ser3a un milagro si a estos ni1os les ser3an dislocados los bracitos.

Pero, ¿cuál ser3a la causa de que entre ellos se encuentren tan pocos tullidos o casi ningunos que hubieren nacido como tullidos? El que tenga conocimiento de las costumbres *indias* responderá: porque los *indios* acostumbran asesinar en seguida el ni1o que llega al mundo con un miembro defectuoso o torcido o con una mácula en la cara o con falta de un miembro en el cuerpo; por lo tanto s3lo quedan los que poseen sus perfectos miembros y conformaci3n corporal. Yo debo dar raz3n a esta causa porque sé por experiencia que así sucede; pero no s3lo ni1os tan defectuosos sino tambi3n ni1os completamente sanos en todos sus miembros son asesinados por la madre. Pero ha de saberse que esta causa no es la 3nica porque muchas veces ellas no perdonan a otros ni1os sanos, pero ello sucede por lo siguiente:

Primero: Cuando la mujer del *indio* ha dado a luz y el padre no puede detenerse en el lugar del alumbramiento, bien sea por carencia de alimentos o por un pr3ximo viaje largo, ordena a su mujer de matar al ni1o, orden que ella observa prestamente y en seguida tuerce el pescuezo al ni1o: pero esto sucede en los primeros d3as despu3s de su nacimiento. La causa de matar est3 en que el ni1o por sus gritos y atenci3n a 3l no sea un impedimento en el viaje. Cuando han dejado vivir el ni1o ya tanto que 3l ya puede sonreír a la madre o si tiene alguna otra donosura agradable al padre y a la madre, 3stos ya no tienen coraz3n de matarlo pero a un grit3n le torcerán pronto la garganta.

La segunda causa es cuando el marido sospecha que 3ste no sea su hijo, ordena entonces matar al ni1o; ella de su parte para quitar al marido toda sospecha est3 muy conforme y ante su vista ahoga al ni1o.

Tercero: Cuando el marido tiene ya muchos hijos con una mujer, manda matar los subsiguientes pues le es dif3cil buscar sus alimentos y es impedido en sus viajes por tantos hijos. Yo o3 una vez de este abuso *bárbaro* y tuve curiosidad de preguntar cuántas madres así tan despiadadas habr3a en nuestra reducci3n y fueme contestado que tantas cuantas mujeres hab3a en ella, que algunas habr3an matado dos, otras a tres, y otras aún más [ni1os] y 3sta hab3a sido la costumbre de sus antepasados que hab3an comido tambi3n ni1os muertos en esta forma, pero los cuales ser3an enterrados bajo tierra ahora por haber abundancia de comida.

La causa

Muchas matan sus hijos

¿Por qué?

Un *indio* me deja su niño

También en la oportunidad cuando muchos *indios* salvajes me visitaron en mi reducción que ahí quedaban un semestre o más meses, he comprobado que todo cuanto había oído de ellos había sido cierto. Nada podía quedarme tan oculto que yo no hubiera sabido pronto por los cristianos en mi reducción si en la aldea había sido dado a luz por una pagana un niño cuyo asesinato yo trataba de impedir con toda presteza. La mujer de un *indio* pagano de nombre *Opelquein* el cual ya desde ocho meses moraba a mi lado, había dado a luz un varoncito; el *indio*, por causa de estar ya listo para la partida a la tierra silvestre, había dado a entender a sus amigos que ya eran cristianos que él deseaba fuera muerto este niño. Yo tuve pronta noticia y visité en su choza al *indio Opelquein* al cual hallé reunido con su mujer y el niño. Después del saludo dado le pregunté si él pensaba partir ya y como él me lo confirmó, seguí preguntando si él no quería esperar hasta que este niño recién nacido estuviere algo más fuerte. El contestó: —Ya lo he dicho a su madre. Yo seguí averiguando —¿Tal vez tú quieres hacerlo matar?— Él contestó: —Ya se lo he dicho a su madre, ella ya lo sabe.

Yo repuse: —Tal vez lo sé yo también; ¡qué lástima esta criatura! Si tú quieres quedar libre de ella, regálamela a mí. Yo la alimentaré y criaré, en cambio tú recibirás cuatro varas de lienzo.

El *indio* no titubeó mucho y dijo: —Si tú quieres tener el niño, tómalo. —Yo entregué el niño a otra *india*, di el lienzo prometido al *indio* y me despedí. Poco después bauticé este niño y me encargué de él. Catorce años después me visitó de nuevo este *indio Opelquein* con su mujer sin que este *bárbaro* hubiera preguntado por su hijo. Después que él me había visitado varias veces, presenté este muchacho a su padre y pregunté si lo conocía. El padre sacudió la cabeza; al fin le dije que ése era su hijo que yo le había comprado en cuatro varas de lienzo catorce años antes. El hijo bajó los ojos y no quiso mirar a su padre. Pero el padre lo contempló muy serio por un rato largo y dijo: *Abenotiaca ini*— Tal vez él lo es. Y tras esto pasó a otra plática. Yo lo obsequié con un pedazo de tabaco y él se marchó sin mirar mayormente a su hijo. Tales niños tuve varios en mi aldea, todos bien y cabalmente criados.

Ahora la causa [de que] entre los *indios* se encuentran pocos tullidos: el matar ellos los hijos defectuosos en seguida después de nacidos, no me parece ser una prueba suficiente que no hubiere de encontrarse entre ellos algo defectuoso porque durante los dieciocho años que yo he dirigido a esta reducción como verdadero cura en mi diligencia y vigilancia de evitar tales peligros, jamás he oído ni visto que hubiera nacido un niño defectuoso en sus miembros, lo que de seguro hubiera podido ocurrir lo mismo como suele ocurrir en una ciudad o aldea en nuestros países donde no hay tantas *familias* como en una reducción *india* de cuatrocientos a quinientos habitantes.

CAPÍTULO II

De la figura y color

Pregunta: ¿Qué fisionomía y color tienen los *indios*?

Respuesta: En seguida de haber nacido son blancos y rojos como los niños *Europeos*. Igualmente lo son con poca diferencia los niños de moros negros que en *Paraguay* son *esclavos* de los *españoles*. Estos aparecen en un todo con una piel encarnada. Además los niños *indios* traen consigo cabellos ya negros y casi de una pulgada de largo, pero los niños de los pardos [traen] muy pequeñas motas negras por toda la cabeza. Todos tienen ojos negros como carbón y cuando son adultos, llevan un largo cabello negro; pero los cabellos son mucho más gruesos que [los de] los *Europeos*, iguales a las crines de los caballos los que más tarde untan frecuentemente con grasa de avestruz o tigre o aceite de comer y dejan ondear libremente. El peine para peinar los cabellos les da la cola del Ameysz-Bär al cual los españoles llaman *oso hormiguero* pero los *mocovíes*: *ladiodgac*. Este animal tiene una cola que tiene un largo de cinco cuartos de vara [y que] tiene pelos de un cabello de jeme y medio de largos, tiesos al igual de las cerdas de puercos y también de igual grueso. Ellos toman un buen manojito de éstos, lo ligan en una altura de dos dedos sobre la raíz de manera que se parece a un escobillón redondo y con él se alían los cabellos. Pero para que los cabellos largos no les cuelguen por sobre la cara, lo arrancan de raíz en una anchura de dos dedos desde la frente hasta la coronilla por en medio de la cabeza de manera que desde ahí en lo futuro quedan calvos en la cabeza y que los cabellos laterales tienen que pender por el costado hacia abajo; esto lo hacen tanto los hombres como las mujeres. Mis *indios* tenían caras formales y bien trazadas al igual de nosotros en *Europa*. Sin embargo entre tantas diversas *naciones* de los *indios* se encuentran también desiguales formas de caras aunque ellos son vecinos entre sí; algunos son de cara blanca amarilla y en las mejillas algo rojiza, otros son de pardo-claro o de color de carne oscura, otros pardos-oscuros, otros a su vez como los gitanos en Hungría. También se puede deducir más o menos de la forma de la cara de qué *nación* es el *indio*. Los *mocovíes* que eran mis hijos espirituales, tenían cara alegre y bien formada. Los *abipones* y *jaucanigos* se conocían por sus ojos que estaban notablemente más hundidos. A los *quichicaches* se les conocía por su corta *estatura* pues toda la *nación* se constituye por puras personas chicas; ellos llevan siempre un cabello desgreñado porque jamás se peinan ni sacan la roña de la cabeza, tienen caras cortas y anchas y la nariz en manera de los *calmucos*. Los *guaraníes*, *tapes* y *tobatines* se reconocían también por sus caras porque en su mayor parte tenían unas caras como si fueren impresas en una misma forma. Fuera de esto, los más tenían cuellos tan cortos como si la cabeza estuviera parada entre los hombros; y así también [se trata] de otros que uno puede distinguir bien sea en el color o en la figura de la cara o del cuerpo o también puede reconocer en otros aires del cuerpo. Por esto yo no digo que todos los de una *nación* se parecieran tanto entre ellos como si no sería

Fisionomía y
color de los *Indios*

No admiten
ningún pelo en la
cara

Se hacen tatuar
las caras para ser
bellos

encontrado entre ellos algún mejor formado sino que sólo digo lo que les concierne común o mayormente. Contéplese a un *chino*, entonces se le reconocerá pronto por los ojos chinos, contéplese a un *calmuco*, entonces pronto lo descubrirá la nariz, a un *polaco* presto la redonda cara mofletuda, [mírese] a un *italiano* o un *español*, entonces descubrirá a éste la *autoritaria* postura pero a aquel la cara de sombra oscura.

A más los *indios* no admiten ningún pelo en sus caras; ellos arrancan de raíz las cejas, la barba y aún los pelos de las pestañas; para ello tienen una pequeña punta de cuerno que por el centro tiene un tajo bien finito; con esta pinza agarran un pelo tras otro y los arrancan. Si les falta ésta toman un cuchillo, asen el pelo entre un cuchillo y pulgar y lo arrancan junto con la raíz. Un sensible tormento que ellos se aplican sin demostración de una sensibilidad.

Tampoco dejan sus caras sin mayores galas: los hombres se hacen tatuar tres rayas entre los ojos por sobre la nariz, dos debajo de cada ojo como también dos al lado del ojo izquierdo y derecho. Luego se hacen tatuar la barba inferior junto con el labio inferior a comenzar desde el interior del labio hasta debajo del mentón o hasta el comienzo de la garganta en derechura hacia abajo de manera que conforme a la anchura de la boca se ven una raya tras la otra de las cuales hay a veces de doce a quince. Si yo cuento sobre cada raya cincuenta puntos el labio inferior junto con el mentón deben recibir seiscientos u ochocientos cincuenta puntos. ¿Pues vale tanto el diablo? Yo —sea Dios mi testigo— no aguantaré al Diablo ante el Diablo un solo punto. Yo habría tenido la mejor oportunidad y me hubiera hecho aún mejor quisto con los *indios* si yo —como ellos me propusieron— me hubiera hecho pintarrapear del mismo modo.

Las mujeres padecen un martirio aún más grande y no pueden aguantar éste de una sola vez por cuyo motivo se hacen hacer primero el bosquejo y cuando han sanado sigue lo demás. Los bosquejos consisten en dos rayas *paralelas* desde arriba de la frente hasta la nariz que se efectúan mediante una espina en unos cuantos cientos de puntos; otras dos rayas *paralelas* [se trazan] sobre cada mejilla desde el ojo hasta por debajo el mentón. El labio inferior hasta debajo del mentón recibe incisiones en manera de rayas como en los hombres. ¿Cuántos cientos de punciones se hacen en esto? Deben ser más de mil porque una va en seguida al lado de la otra. Así termina el boceto hasta que las personas femeninas aumentan tanto en años como en fuerzas corporales. Después que este cuadro ya está dibujado y sanado, empieza el pintar. Si ella ha debido padecer mucho en el tiempo del dibujo y en los primeros bosquejos, debe padecer ahora el doble, pues sobre el labio superior debajo de la nariz se pungan cinco o seis triángulos que por afuera y por adentro están *guarnecidos* con puntitos y punciones. Luego se pasa por sobre la mejilla por ambos lados un símil de un trabajo de tallado¹⁵⁰ como se suele ver en las sillas y sillones. Para mayor comprensión sirva la figura yuxtapuesta. Por sobre la frente tienen también su seña tatuada. Después que la cara está tan llena de puntos y sangre que no tiene lugar ninguna otra figura, se hace la *operación* sobre el pecho desde un hombro al otro y por ambos brazos hacia



150 / Prügelarbeit.

abajo hasta las manos. Después de esto toman carbones machacados de madera blanda y los restriegan dentro de los puntos de modo que toda la cara y restantes partes queden bien restregadas con este polvo negro. ¡Había que verse ahí la figura de un ser humano! La cara se hincha totalmente y la convalecencia se demora por tres o cuatro meses durante cuyo tiempo la mujer no debe comer carne sino raíces y hierbas; ella debe tener un aspecto tan demacrado que se le conozca haber pasado por un ayuno de cuatro meses. En caso de ser denunciada por haber comido carne, se le reprocharía por las mujeres como la mayor afrenta. Ocorre que algunas de ellas por su natural constitución corporal queden aún con un buen aspecto y a éstas las sospechan generalmente de haber comido carne. Algunas *indias* viejas que por lo común declaran ser brujas, tejen ínterin una red que es laborada bien espesa y aunque la pintada ya estuviera sana, no debe comer carne sin embargo hasta que esta red esté terminada. Lo peor en esto es que las viejas brujas se toman bastante tiempo y demora en hacerla. Esta red se regala después a aquellas cuyo *contrafait* [imagen] está pungida en sus propias caras para que se sirvan de ella cuando llegan al estado de viudez.

Ahora cuando la hinchazón de su cara ha desaparecido y la piel echada a perder ha caído, todos los puntos son tan cognoscibles y azul-oscuros como si hubieran sido dibujados con pintura azul-oscuro. Todo dibujo es perceptible hasta su proveya edad. ¿Y ésta sería la belleza de las *indias*? ¡Lo que puede la imaginación! Como el sexo femenino *uropeo* es tan ansioso por todas las modas [y] sólo trata siempre llevar sobre sí nuevos y exóticos vestidos de gala y aprecia en lo más a aquella [moda] que proviene desde tierras lejanas, podría también complacerse con aquella moda que procede desde algunos miles de leguas. Ahora yo preguntaría qué diferencia habría entre una locuela por las modas *uropea* y una *india americana*. Yo digo: [no hay] ninguna porque ambas son *fantaseadoras* y quieren ser bellas mediante la fealdad.

Además los hombres *indios* lo mismo que las mujeres acostumbran también llevar en el cuello diversas sargas de cuentas de vidrio; se arreglan rojos pectorales y brazaletes que bordan con rueditas redondas de conchas blancas semejantes a los saúcos¹⁵¹ en forma de figuras y se los cuelgan en cruz por sobre el pecho y el dorso desnudo como los aldeanos bohemios su delantal. Ellos usan también pendientes que son hechos a modo de botones de madera o de cuerno. En el labio inferior de la boca tienen una pequeña abertura que atraviesa de un lado al otro; en ésta meten una larga astilla de madera o algunas largas plumas de avestruz, no para ser bellos sino para hacerse terroríficos ante los otros. En lugar de las pinturas o dibujos que las mujeres tienen sobre su pecho y ambas piernas, los hombres se dibujan con algunos cientos de cicatrices por todo el pecho y brazos las cuales ellos se pungen al tiempo de sus reuniones y beberajes mediante una espina que es la colita de Schwannenfisch¹⁵² para demostrar que ellos son corajudos e insensibles.

Las mujeres llevan también sus pendientes pero tan grandes y redondos como una

Pendientes *indios*

151 / Recortes de tallos de saúco.

152 / Schwammenfisch, la describe como la raya, en español.

gran caja redonda de tabaco. Los aros son de puras hojas de palmeras, arrolladas sobre sí [en forma de] una ruedita pero para que éstas sean más lindas forran primero las hojas de palmeras acá y acullá con hilos de lana diversamente teñidos, luego retuercen una hoja sobre la otra y les dan la forma de una ruedita. Se creerá que ellas han de colgar mediante alguna cosa estos aros en las orejas. ¡No! Esta ruedita entera debe ser forzada para dentro del lóbulo de manera que no debe colgar del lóbulo sino estar metida dentro de él. Tú preguntas ¿pero cómo pueden hacer en el lóbulo una abertura tan grande para que esta ruedita pueda colgar ahí adentro? Yo contesto: sin trabajo pero no sin un estiramiento de larga duración. Cuando ellas están aún en sus primeros años, perforan el lóbulo mediante una espina de hojas de higueras *indias* en lugar de una aguja; en esta abertura meten primero un tallo de paja, más tarde un palito delgado, poco a poco otra más gruesa, dejan que sane la abertura en su derredor y la amplían de tiempo en tiempo con un palo mas grande mediante continuo estiramiento hasta que la abertura es del tamaño que ellas desean. Este procedimiento dura por muchos años hasta su edad de adultas: el lobulito siempre se estira más y crece también en carnadura. En este modo aunque ellas poseen orejas formadas como las de otras gentes, los lóbulos llegan a ser tan grandes y reciben tal abertura que se encuentran a poca altura sobre los hombros y que la ruedita queda rodeada por el lóbulo colgante hasta abajo.

CAPÍTULO III

De la diferencia entre las naciones en América

Pregunta: ¿cuántas diversas *naciones* hay en *América*, y tienen ellas igual desatino en desfigurarse?

Respuesta: ¡quién quisiera o pudiera saber todas las naciones en *América*! Menos nombrarlas. Aunque yo he cruzado la *provincia Paraquaria* en su mayor parte, no sé contar sin embargo de todas sus naciones ni de todas sus costumbres que ellas observan. Yo me limitaré a manifestar lo más fundamental sólo de aquellas que yo conozco y yo mismo he visto por ser pueblos vecinos. Yo fui enviado por mis superiores a los recién *reducidos indios amocovit o mocovíes* en el gran valle que los españoles llaman *Gran Chaco* (Tschako)¹⁵³, un valle de cuatrocientas a quinientas leguas españolas y [que] llega por el lado norte hasta las fronteras del reino de *Perú*; por el poniente linda con el reino de *Chile*. Estos *mocovíes* fueron los primeros que por el lado norte han llegado a la Fe. Durante mis años *misioneros* he tenido ocasión de conocer fuera de estos *mocovíes* los demás pueblos [naciones] situados en derredor como también muchos otros que en las selvas vagan por trescientas a cuatrocientas leguas en este gran valle. Los nombres de ellos son los siguientes: hacia mediodía los *indios pampas, aucaes, pelchues, serranos, calchines y calchaquies*, estos pocos me son conocidos desde este lado. Hacia el poniente hay los *mataguayos, mataraces, yapitalagas, malvalaes, belelas, pazaimes, isithenes, ichinipies, lules*. Hacia al norte los *mocovíes, abipones, jaucanigos, frentones, lenguas, lippes, rapo, ocolot, apiggnic, cahsó, bayas, juanás, payaguás*. Todos éstos tienen cada cual otra y diferente lengua lo mismo que tienen diferentes nombres, viven al parecer en amistad pero donde uno puede asesinar secretamente al otro y aunque sólo fuere un niño, no dejan escapar la oportunidad. Estas *naciones* y aun muchas más de las cuales sólo he oído y no sabe ningún *misionero* hasta ahora, se encuentran en esta *provincia del Paraguay* y de año en año se descubren nuevas.

¿Quién contaría las tribus que allende el *Silberstrom* [Río de la Plata] en la banda del *Brasil* vagan hacia la salida del sol? De éstas me son conocidas las menos; sólo he visto *guaraníes, tapes, tobatines, charubas y xaribes*¹⁵⁴; estos últimos hasta ahora son aún antropófagos. ¡Cuántas *naciones* habrán de hallarse hacia el lado Este en el *Brasil* en la costa de los ríos *Marañón* y *Orinoco*! Yo no puedo imaginarme otra cosa sino que en la *América* entera o sea: *Paraguay, Chile, Perú, Valdivia, Quito, México, California, Sonora* y otra cantidad de países que pertenecen sólo al rey de España, se encuentran más diferencias de *naciones* e idiomas que en las restantes tres partes del Mundo¹⁵⁵. Es seguro que el rey de España posee él sólo muchos más países que todos los príncipes

Hay diversas
naciones en América

Nombres de algunos
indios vecinos

153 / Pronunciación y ortografía alemana.

154 / Esta voz no vuelve a aparecer, pero significa los *caribes antillanos*. Nos encontramos tal vez frente a un error de copia, pues el autor no se refiere a ellos.

155 / Por lo visto, aún no cuenta la Oceanía.

Fugaz noticia de
California

y reyes en *Europa*. Yo lo atestiguo por la declaración de muchos peritos, no en virtud de mi experiencia como si yo hubiera viajado por todos sus países sino en virtud de una única *provincia Paraguay* que en tiempo del rey *Inga* perteneció al reino del *Perú* y ha servido a los *indios* que querían substraerse al yugo de este rey como un lugar de refugio y amparo por lo cual ha también ocurrido que los pueblos *paraguayos* han solido llevar una vida de animales sin rey, sin obediencia y sin orden alguno. Ahora si esta *provincia Paraguay* es tan extensa y contiene tantas *naciones* salvajes, ¿vagarán tantas en tan grandes y muchos reinos de *América*? Quién sabe hasta dónde se extiende *América* en el territorio que detrás de *California*, aún no está descubierto del todo y es denominada *terra incognita Aeonidis*¹⁵⁶. De *California* no han sido explorados más de trescientas leguas españolas como yo mismo he oído de un *misionero* digno de fe quien en ese país tuvo su *misión* como el más avanzado. ¿Cuántas leguas más habrá? Ya está bien que los *geómetras* e *icnógrafos*¹⁵⁷ calculen el suelo y sus reinos pero se encuentran lejos [del objeto] y deberían hallar lo justo. Yo quisiera saber primero: ¿de dónde tienen ellos noticia que *California* fuera una isla? Pero yo sé de *misioneros* que han partido desde *México* a *California* y han vivido allí muchos años que ésta tierra toca como una *península* con la *mexicana*. Segundo: ¿con qué constancia estaban seguros en poner la orilla y el fin de la tierra en esta latitud del *Polus* en su grado fijo? Lo que por lo general debe ser encontrado y advertido mediante el *cuadrante* u *octante* sin que ellos han tomado vista de esa tierra. Ellos me responderán que la noticia les ha llegado por otros *geómetras*. Esto me es aún más difícil de creer a causa de que *California* no ha sido descubierta hace poco y eso no por *geómetras* mediante *instrumentos matemáticos* sino por aquellos que al igual de los *apóstoles* miden los países de los paganos mediante las pisadas y éstos en el presente tiempo no han penetrado por mucho más de trescientas leguas. Ahora, ¿cómo saben ellos cuán larga y ancha es la *California*? ¿Y en qué grado comienza la *terra incognita* y a cuántos grados se extiende hacia el *Poulos* [polo]? Yo creo siempre que ellos se servirán de la suposición, pero, ¿ésta disculparía al *matemático* de un torpe error en cuanto él quisiera disculparse por haber errado en quinientas leguas en cuanto a la extensión? Al igual como yo he leído tiempos antes un *problema* en el *Colegio Clementino* de Praga ante un gran cuadro pintado: *¿An vitium Matheseos sit, errare quingentis lencis?*¹⁵⁸ ¡Ya lo creo! Cuanto más lejos se está, tanto más se puede errar un peligro que no ha de temer quien se encuentra más cercano. Yo contemplo sólo en los mapas hechos de *América* lo que yo he visto con mis ojos y pisado con mis pies. ¡Oh cuánto han errado los lejanos *icnógrafos*! Yo he de comunicar en su lugar como nosotros los *misioneros paracuarias* con motivo de nuestro extrañamiento de *América* hemos debido hacer por orden del rey de España

156 / No habiendo encontrado en ninguna enciclopedia ni diccionario esta voz, la suponemos un derivado de *eos* griego; y del sentido de tinieblas de la aurora.

157 / Dibujantes de planos.

158 / Frase irónica: ¿o será un defecto de la Matemática el errar en quinientas leguas?

un *genuino mapa icnográfico* del *Gran Chaco* en el cual habíamos trabajado para¹⁵⁹ el rey, el segundo para el *virrey* en *Lima* y el tercero para el *Gubernator* de *Buenos Aires*. Si se comparan éstas con las cartas anteriormente hechas se encontrará cuánto se había errado. Con mi relato me he desviado hasta a la tan distante *California*; para que yo no pierda del todo el camino, vuelvo a tiempo al *Paraguay*. Referente a la *América* norteña hacia la cual se navega pasando por la isla de *Cuba* hacia *Vera Cruz*, *Portobello* [y] se viaja hacia *Florida*, *Virginia*, *Filadelfia* y luego hacia el *Canadá*, no puedo decir otra cosa que la que sé por noticias. Por eso como me he propuesto a comunicar sólo lo que he visto, dejo todo esto a un lado y sigo la corriente que me lleva.

Las costumbres de los *indios americanos* las cuales he conocido yo mismo o sabido por mis *indios* son diversas: algunas son comunes a muchas *naciones*, otras sólo a ciertas [naciones]. Y como he comenzado a hablar de la costumbre de los *indios* de engalanarse o más bien de desfigurarse, quiero proseguir en esta *materia* y eso (y tan luego) de algunas que yo también he visto. Hay *indios* que en ambas orejas tienen unas aberturas por donde se puede pasar un palo del grosor de un dedo meñique; ellos tienen también una abertura parecida horadada por el medio de las dos ventanas de la nariz por entre la carne por donde llevan atravesada un palo de un largo de tres o cuatro jemes. Otros tienen muchos cientos de agujeritos picados por hileras y cicatrizados sobre ambas mejillas; los agujeritos comienzan debajo de los ojos a ambos lados de la nariz, casi hasta las orejas; en éstos meten las plumas más chicas de diversos papagayos multicolores las que tienen los colores más vivos una después de la otra a lo ancho y una después de la otra a lo largo. La variación y la vivacidad de los colores deleita a la vista pero descompone la cara del *indio* como si de cada lado pendiera una escobilla de plumas pintadas. Entre todos los *indios americanos* es costumbre desfigurar el cuerpo y la cara por ninguna otra causa que por creer de aparecer ya más ornados, ya más horribles. Esto me parece como un *contrafait* [retrato] del diablo: éste es tanto mejor y más noblemente acertado cuanto más feo y abominable está pintado.

Como mis *indios* habían estado reunidos en un pueblo ya por varios años y durante este tiempo habían visto en los españoles cómo estos usaban sombreros y gorros para tocarse, quedaron incitados a una igual forma de cubrir la cabeza. Ya muchos de los *caciques* y otros principales hombres tenían provisión de éstos pero otros más ordinarios y la chusma joven que aún no tenía [fondos] de procurarse gorros o sombreros, cubrían sus cabezas con lo que pudieron. Algunos se fabricaban gorritos mediante las vejigas vacunas tales cuales se sacan de la res recién carneada, se las ponían en seguida y las dejaban secar en sus cabezas. Otros se ataban en la cabeza el fresco redaño en que suelen estar los intestinos. Otros a su vez mataban cigüeñas, rasguñaban la piel según el grosor del ave por el centro alrededor del cuerpo, sacaban la parte posterior con piel y plumas en forma que con todas estas quedaran también las plumas de las

Otra costumbre
de algunos indios de
desfigurarse

159 / Paucke usa aquí como en otras ocasiones la preposición *vor* en vez de *für* (para) aunque podría traducirse también «para ante».

Cómico disfraz de
un hombre y de
una mujer

colas, se la colocaban en la cabeza de modo que la cola quedara erecta. ¡Quién no reiría cordialmente ante esta figura o *Mercurio indio*! Pero ellos se ponían tan serios y lo mismo caminaban en esa forma por la aldea como si tuvieran sobre la cabeza el sombrero de *castor* más fino y más bello.

Aquí no debo olvidar de la excelsa *máscara* que he visto en mi pueblo por parte de un hombre y una mujer que eran cuidadores o atajadores del ganado de asta. Yo acostumbraba dar anualmente a los que cuidaban el ganado, junto con otros regalos, también alguna *franela* azul y algunas varas de lienzo de lino junto con una vara de paño para el hombre para pantalones porque él tenía que estar sentado a caballo casi todo el día; al hombre cuatro varas para una camisa, otras cuatro para su mujer. Igualmente a cada uno cuatro varas de *franela* azul. Yo mismo era el sastre que cortaba todo para el hombre y también realizaba algo con la aguja. Las mujeres, ávidas de aparecer a la manera de las españolas, cosían las cuatro varas con hilos de lana lo bien que podían y se hacían un batón. ¡Ahí era mi deseo que un *europeo* hubiera visto estas figuras! Pero la diversión duraba apenas por tres o cuatro días y [entonces] se les veía retornar a la *moda* antigua y llevar su anterior piel de tigre y de león. Uno de estos cuidadores de ganado creó junto con su mujer una *moda* cómica en la cual él me visitó en mi vivienda y me pidió un pedazo de tabaco. Su vestimenta no era otra cosa que el batón de su mujer que él tenía pendiente desde el cuello como una capa de coro. Cuanto más yo me reía, tanto más serio estaba parado ante mí el *indio*; sin importunarse por mi risa, tomó su pedazo de tabaco y salió por la puerta. Si esta figura me fue tan cómica, tuve que reír aún más por su mujer. A la tarde yo caminaba por la aldea como generalmente solía hacer casi diariamente a visitar tanto los enfermos como los sanos. Cuando pasé por delante de la choza del mencionado *indio*, vi estar parada su mujer fuera de la choza al lado de un mortero de madera y pisar afanosamente el trigo turco o *cucurus* pero en una figura que yo jamás en mi vida me hubiera imaginado. Desde lejos no pude adivinar qué cosa tenía sobre la cabeza esa *india* hasta que estuve más cerca de ella. ¿Qué fue pues? Ella tenía los pantalones de su marido como una peluca sobre su cabeza de modo que las dos partes de las piernas colgaban por ambos lados por sobre el pecho. Aunque apenas pude contener la risa, la pregunté por qué motivo tenía sobre la cabeza los pantalones de su marido. Ella contestó porque el sol quemaba tanto. Mi marido tiene mi batón, así yo he tomado los pantalones a guardarme del sol¹⁶⁰.

Yo veo esta representación a modo de costumbre demasiada y frecuentemente en nuestros países ¡tantos ríen y se mofan de tales disfraces y se admiran que muchas mujeres se llaman *Simón*¹⁶¹!

160 / En muchas ocasiones el autor pasa inadvertidamente de primera persona a tercera y viceversa.

161 / Alusión al hábito de derivar nombres femeninos de originariamente masculinos. El pasaje resulta obscuro.

CAPÍTULO IV

De la vestimenta y la yacija¹⁶² de los indios

Yo me abstengo de escribir aún sobre sus costumbres más notables porque primero debemos saber qué manera de vestirse poseen. En su tierra silvestre todos anduvieron desnudos en tiempos anteriores pero ahora a causa de la vecindad y el conocimiento de los españoles han tratado asimismo a cubrirse los sitios más secretos aunque se encuentran todavía muchas *naciones* que no admiten ropa alguna sobre sí y andan completamente desnudas.

Toda su vestimenta consiste en una piel de ciervo, venado o tigre las que no son labradas sino que únicamente mediante el continuo raspar y restregar con conchas son tornadas blandas y flexibles. Ellos lían esta piel sólo mediante una correíta de manera que la cabeza junto con el brazo derecho pueden pasar formalmente por la abertura y tienen esta piel colgada sobre su cuerpo como una pelliza de húsar y [ella] llega generalmente hasta sus rodillas. La piel cuelga abierta al costado cuando no hay viento y cubre el vientre, el lado posterior y la parte posterior; [si] hay algún viento frío o helada meten adentro también el brazo derecho por debajo de la piel y dejan salir sólo la cabeza. Si perdura un viento, no dejan ondear su capote de cuero conforme con el viento sino que lo vuelven contra el viento. Cuando el viento sopla por el lado derecho al caminar o cabalgar [ellos], la piel cuelga a la derecha y el lado izquierdo queda desnudo [si] sopla por la izquierda, cuelga ella por la izquierda y el lado derecho queda descubierto; [si] hay ventarrón desde adelante giran toda la piel por delante del pecho y el dorso queda desnudo. Sopla el viento por las espaldas, cubren entonces el dorso y quedan descubiertos por adelante y la piel cuelga de ellos como una pequeña corta capa de *víspera*¹⁶³. A la vez se hallan ceñidos por una correa sobre la piel desnuda en derredor del cuerpo de la cual llevan pendientes sus cuchillos en una vaina; el cinturón les sirve también para que puedan meter a la derecha e izquierda entre cinturón y vientre algunos lios de flechas para tenerlas a mano en seguida. Sobre las espaldas empero meten el garrote¹⁶⁴ con el cual matan tanto la salvajina como la gente. No acostumbran llevar algo sobre la cabeza hasta que tal vez se agregan a una reducción y viven con los *misioneros*. Los niños andan desnudos hasta el séptimo año o aún más, sólo uno que otro tiene a veces un cuerito sobre sí.

También las mujeres andan desnudas con cabellos colgantes hacia abajo; adelante llevan un delantalcito o pañoleta de un jeme o un jeme y medio de ancho que cuelga

¿Qué vestimenta tienen?

Vestimenta femenina

162 / El autor distingue entre cama [*Bett*] y simple recostadero [*Liegerstatt*]. Usamos el término «yacija» por aproximarse a ese último sentido.

163 / *Vespermantel* parece referirse a la capa pluvial de los prelados. Ésta lleva canefa por delante y capillo a las espaldas.

164 / Entre una correa.

Cómo hacían sus mantas

hasta los tobillos. Si bien usan también una piel para cubrir el cuerpo restante, tienen sin embargo en mayoría unas mantas de cueros de nutrias. Esta manta se compone generalmente por dieciocho a veintidós cueritos y está pintada por afuera en un todo con figuras rojas. Las mismas *indias* son las pintoras, ellas no usan al efecto un pincel sino un palito pero pintan por separado cada cuerito antes de reunirlos en una manta; ellas fijan con delgados clavitos de madera tales cueritos contra el suelo y luego hacen sobre ellos sus trazos artísticos. Ellas preparan la pintura roja de una corteza roja de un árbol; en lugar de agua toman orina en la cual cuecen un poco la corteza y luego la usan.

Ellas toman esta manta por la mitad, pasan por medio una correa de manera que quede doble, la atan en derredor del cuerpo sobre las caderas y la dejan colgar doblada sobre el cuerpo inferior; por arriba quedan completamente desnudas. Cuando sienten demasiado frío, estiran por sobre el hombro la parte superior que cuelga junto con la inferior y guardan el cuerpo superior contra el viento y la helada. En su choza están por lo común sin manta, únicamente con su delantalcito, pero en la tierra silvestre andan por lo común tales cuales Dios las ha creado, especialmente ciertas *naciones* como ser: *payaguás, belelas, malvolaes, etc...* y otras más. Cuando ellas están de caza en las selvas [y] para que puedan correr más ligeras estiran por entre los pies el delantal hacia arriba atrás de ellas y corren en pos del animal silvestre: a mí se me representaban como los saltarines y saltimbanquis en nuestros países.

Cuando las mujeres están incorporadas al pueblo, andan sin embargo más decentemente vestidas porque también el *misionero* les ayuda en ello aunque ellas en su choza usan la *moda* antigua. En las nuevas reducciones todas andan en el verano con el cuerpo superior desnudo pero no les es permitido aparecer tan desnudas en la iglesia y en la casa del *misionero* si no quieren oír una buena reprimenda.

La vestimenta de los guaraníes en las antiguas misiones

En las *misiones* más antiguas donde ya no vive ninguno de los primeros *reducidos* y los *indios* e *indias* ya hilan, tejen y trabajan, también ya son hábiles en todos los oficios manuales y [donde] la *reducción* ya posee buenos medios para procurar lo necesario para la vestimenta, también para poder ellos mismos fabricar todo, los *indios* andan ya mejor vestidos aunque pobre pero decentemente y en *manera* honesta. Semejantes *misiones* son 33 reducciones de la gran *misión* contra los ríos *Uruguay* y *Paraná* donde se decía que ahí tenían un rey Nicolás. Como ellos han cultivado suficientes campos labrantíos y han plantado algodón, pueden proporcionarse bastante lienzo de lino y el *misionero* puede vestir a los más de ellos.

Su vestimenta y traje es el siguiente: los hombres son raspados por toda la cabeza al igual de un novicio de una orden; la vestimenta consiste en un par de pantalones, en un corpiño y un paño tejido que generalmente es de un largo de tres varas y de un ancho de dos. Este paño blanco tiene en el centro una abertura por la cual el indio puede meter sin dificultad la cabeza; este paño cuelga hacia abajo sobre los hombros y los brazos para que cubra todo el cuerpo hasta las pantorrillas, también a los lados está guarnecido con flecos blancos de algodón. En tiempo de invierno llevan también

tales mantas tejidas de lana¹⁶⁵. Jamás llevan camisas excepto las que ellos mismos pueden procurárselas o en otra forma se las ganan mediante su trabajo; en lo demás todos andan descalzos.

Las mujeres no tienen otra cosa que una larga camisa de lienzo con mangas muy cortas, cubriéndolas completamente hasta los pies: tal camisa llaman *tipoi*. Esta es toda la vestimenta de las *indias* en las grandes y antiguas *misiones* que son habitadas por puros *guaraníes*, por *tapes*¹⁶⁶ [y] por *tobatines*.

En estas *misiones* hay generalmente algunas ciento veinte mil almas que ya han aceptado la Fe cristiana o han sido criadas en ella. Allí se encuentran *reducciones* que son habitadas por cuatrocientas o quinientas, por mil o dos mil *familias*. Una reducción estaba poblada ya por cuatro mil *familias*. Cuando las *familias* aumentan en medida exagerada en una aldea *india*, acostumbran los *misioneros* dividir la aldea y destinan de aquellas *familias* que lo quieren de su voluntad, mil o más *familias* para que se elijan un sitio aprovechable y situado cerca de su aldea matriz para fundar allí una nueva aldea a cuyo fin les ayudan sus *misioneros*, tanto en la construcción de las casas, de la iglesia como también en los campos labrantíos y se envían nuevos sacerdotes a ellas. Así resulta también que una aldea dista de otra dos o cuatro u ocho leguas. En nuestra región empero donde las aldeas recientemente fundadas no son habitadas por nadie más que por recién alistados semi salvajes, no se dejan las aldeas las unas tan cerca a las otras sino que se las establece distantes unas de las otras por unas cuarenta o más leguas. El motivo es [el siguiente]: como jamás ellos podrían ser bastante retraídos de sus antiguas costumbres en su modo de vivir, no se tendría jamás reunidos a los que pertenecen a un [mismo] pueblo¹⁶⁷. Porque si alguno comenzaba a tener rencillas en un pueblo, se refugiaba en el otro. Si ellos observaran que en un pueblo la vida era mejor que en el otro, los más abandonarían su pueblo viejo y pasarían al nuevo. ¡Cuántos inconvenientes se originarían entre los *indios* y también los *misioneros*! Si yo adujere todas las causas de los desórdenes que en esta situación ocurrirían de seguro, tendría que hacer un largo aparte en mi relato. Tómese nota sólo de uno. La reducción del Santo *Xaverij* ya había estado bajo instrucción por cinco o seis años, los *indios* se habían abstenido del emborrachamiento habitual en la tierra silvestre, y habían renunciado a otros usos paganos; si en aquel tiempo se hubiera fundado no lejos de esta *reducción* otra [reducción] de recientemente agregados *indios* los cuales hubieren sido coterráneos, conocedores del idioma o parientes, ¡qué perjuicio no se hubiera originado! Por la amistad se hubieren visitado; [y] como el *misionero* debe perdonar aún mucho a los nuevos y a esto debe callarse hasta el momento oportuno, éstos habrían abolido la antigua fraternidad de borrachines, ¿qué harían entre ellos los *indios xavieranos* como amigos?

Las nuevas aldeas
deben distar entre sí

¿Por qué?

165 / Por lo visto, un poncho.

166 / En el original «Tapos» por error; Paucke nombra siempre en conjunto estas tres naciones.

167 / Redacción embrollada.

Los *indios* no son tan fuertes y heroicos ni tan insensibles que al igual que otros cerca del fuego no se calentaran a lo menos o en medio de estos borrachines no mojaran también. Sería una oportunidad que los que por miedo a su *misionero* no debieron beber en la reducción del Santo *Xaverij*, pudieren beber a satisfacción en la nueva *reducción* en ausencia de él. Muchos dirían ¿por qué el *misionero* que enseña a los recientemente *reducidos* no prohíbe que no se organicen beberajes? ¿Por qué admite tales huéspedes? Sí, esto sería bien y perfectamente hecho en aldeas *europeas* donde el alcalde puede intervenir mediante el garrote y el sacerdote tiene más libertad de mantener reunidas sus ovejitas en una sola grey, pero donde el alcalde mismo podría ser la víctima y el guardián mismo la presa de los lobos con pérdida de todas sus ovejitas aisladas, es preciso hacer como el cazador de pájaros: que no arroja el garrote contra las aves mientras corren entre la red sino cuando ya están debajo de la red. Hay que usar una manera muy diferente para dominar *indios* que se han sometido voluntariamente al yugo de *Cristo* pero al contrario pueden también desecharlo sin resistencia. Es necesario usar cautela en nuestros países con hombres que sin embargo han sido educados en la ley de *Cristo*, especialmente cuando la ofensa y el descontento de un solo habitante pudiere revolucionar comunas enteras; cuando mayor prudencia es necesaria donde los *indios* son muy semejantes a los granos de pólvora los que al prender fuego uno solo, estallan todos entre el humo. El lector recordará lo que yo aduje como el motivo por el cual esta *reducción* de San *Xaverij* en seguida del comienzo de su fundación había sido mudada siempre más distante y más lejos de la ciudad de *Santa Fe*; es de saber [que fue] para que los *indios* por una comunidad demasiado próxima con los españoles no tomaran acaso malas costumbres y aprendieran falsas doctrinas y también se les quitara a los *indios* el insaciable pasearse a la ciudad y a otras aldeas, pues tales paseos que frecuentemente duran dos a tres meses, son muy perjudiciales a los *indios* en aprender la doctrina cristiana la cual cuando no la oyen por algunas semanas se les desmemoria en la mayor parte.

Su recostadero

Su recostadero es un solo cuero de tigre o de vaca que ellos tienen debajo de sí en vez de un colchón; la colcha es el cuero que ellos usan para vestimenta tan cómodamente que ellos pueden vestirse y desvestirse en un minuto varias veces, ¡mas! otras tantas veces como nuestros *artilleros* botan balas de una pieza [de artillería]; no hay más demora que meter la cabeza para adentro y para afuera pero con menos detenimiento con que ellos descargan la pieza. Sobre este recostadero que no consiste en un solo cuero sino en varios según el número de la *familia*, están acostados el hombre y la mujer junto con todos los hijos. Ellos aprecian sobre todo el [cuero] blanco o blanco y negro [overo negro] o blanco y rojo o pardo-manchado porque (como me fue dicho) ellos pueden ver y matar [ahí] en el mejor modo las pulgas. Hay que notar que ellos denominan a las pulgas *ipiog lapacata*, pulgas de perros. Es raro encontrar un *indio* o *india* que tuviera debajo de la cabeza una almohada de cualquier cosa que fuera. En sus chozas en la aldea su yacija está levantada algo por sobre la tierra y consiste en cuatro horquetas de madera; en éstas se hallan colocados dos palos, uno a los pies, el

otro a la cabeza, a ambos lados tienen a lo largo otros dos palos sobre los cuales colocan otros a través, uno después del otro desde los pies hasta la cabeza, pero sobre ellos un cuero. Mediante esto se encuentra listo el *canapé* blando y martirizador de costillas.

Ningún *cacique* se distingue de entre ellos por su vestimenta, su casa o ajuar. Entre ellos, nobles y villanos, tienen tan exacto uniforme que uno no puede reconocer un *cacique* ni distinguirlo de un *indio* ordinario si uno no está informado de antemano. En frecuentes veces el traje de un *cacique* es peor que el de un ordinario. La causa se encuentra en que ellos tienen la costumbre de no negar nada de lo que otros, sean quienes fueren, solicitan de ellos. Cuántas veces los he vituperado por este despilfarro pero sin resultado pues ellos no pueden aguantar de modo alguno que se diga de ellos ser mezquinos lo que en su lengua denota: *Acimatcaet*. Para que entonces esto no les sea reprochado, entregan todo cuanto se les pide. Yo he tenido que oír muchas veces esta denominación porque ellos se creían que yo sentiría igual impresión cuando me llamaran *Acimatcaet* o mezquino y les daría todo lo que ellos me pedían.

Especialmente las *indias* hicieron diversas pruebas conmigo; ellas pedían eso o aquello. Aunque yo me disculpara que lo pedido por ellos no existía, tuve que ser llamado sin embargo un *Acimatcaet*. Pero yo me remedí y dije que yo no podía oír un nombre más agradable como que yo fuera un mezquino. A más pedí que comunicaran en la aldea que yo era un mezquino pues (dije) en esto tengo el mayor provecho; si todos en el pueblo supieran que yo era dadivoso y daba todo, no me bastaría el día para atender a todos y darles lo que yo no podría rehusar. Pero si ellos saben que yo soy un mezquino, tendré paz con todos pues ellos sabrán ya de antemano que vienen en vano hacia mí y deben volver [con manos] vacías.

Las *indias* tenían la costumbre que al final de la santa misa unas quince a veinte de ellas se reunieran con sus hijos ante mi puerta. Algunas venían a pedir algo de lo que necesitaban; otras en cambio —y [eran] las más— para escuchar lo que otras pedían de mí. Ahora yo preguntaba a la primera: ¿qué quieres de mí? Ella respondió: nada. ¿Qué quieres tú? preguntaba yo a la otra y así en adelante. Todas respondían: nada.

—Bueno —dije— ya que no queréis nada, andad todas a [vuestra casa] y trabajad, yo también comenzaré mi trabajo. Apenas daba yo las espaldas, comenzaba alguna: —Yo quiero una aguja— o cosa semejante. Yo preguntaba a la otra: ¿qué quieres tú? —También una aguja. Así yo volvía a preguntar a todas, a una después de la otra; entonces todas querían tener una aguja como la primera. Pero yo procedía así: (y) daba a la primera lo que ella había pedido, a las demás las dejaba sentadas en el umbral de mi puerta hasta que ellas de por sí iban a sus casas.

Las *indias* son tan molestas en el pedir que demandan y quieren tener también lo que no necesitan; hasta que ellas oyen de alguna lo que ella pide. Ellas espían en sus casas que están abiertas en todo el derredor si alguna entra en la casa del *misionero*. En cuanto ven a alguna, se levantan varias y la siguen, una después de la otra. Si yo les pregunto por lo que quieren, no contestará ni una sola, pero si doy con la que por carencia de una cosa viene hacia mí y pide de mí lo que ella precisa y obtiene, ya ha-

Los *caciques* no tienen nada especial que no tenga el inferior

blan todas y quieren tener también lo que ésta ha pedido.

Otras proceden de este modo: cuando ven a alguna ir a la casa del *misionero*, espían en casa hasta que ella regresa; entonces ya van a su encuentro en la plaza y preguntan qué le ha dado el *Pater*. Sea lo que fuere, ya llega una después de la otra hacia mí y pide igualmente lo mismo. Si ocurría que una mujer ha venido a mí con sus hijos enfermos para consultar y pedir algo para su restablecimiento y yo participé tal vez un pedacito de azúcar, tenía ya en seguida una corrida de *indias* con sus hijos; todos estaban enfermos y todas querían tener azúcar.

CAPÍTULO V

De los enseres y armas de los *indios*

El ajuar de los *indios* es arreglado como su ropaje: malo y escaso. Él consiste en algunos cueros crudos para su yacija, un mortero de madera para pisar trigo turco y cosa semejante, una o dos ollas para cocinar y otras tantas o más vasijas grandes para sacar el agua y conservarla en ellas. Las *indias* mismas hacen todas estas vasijas y de un modo especial. Ellas buscan el barro a orilla de un río, lo mezclan con el polvo de los pedazos viejos machacados de jarros de agua; luego machacan también carbones y mezclan todo con esta *mahsa* [masa], que ellas amasijan bien y elaboran.

Su ajuar

Cómo hacen con barro las vasijas

Para la fabricación no tienen otra herramienta que sus manos, una concha, una piedra pulidora y un harapo mediante los cuales forman un chorizo unido a la redonda sobre el cual fabrican primero el fondo de la vasija. Pero es de notar que ellos jamás forman plano el fondo de la olla o vasija de agua sino redondo y algo puntiagudo por cuya causa antes de colocar la olla al fuego cavan primero un hoyo en el cual la olla puede estar parada sin peligro de tumbarse. Pero ellos fabrican estas vasijas en este modo: después de haber preparado el fondo, hacen de esta *mahsa* puros choricitos de un largo de un cuarto de vara, pegan a la redonda uno después del otro y por encima entre sí, meten la concha en el agua, alisan adentro y afuera los choricitos de modo que no se puede notar ningún resalto del uno al otro. Estos choricitos los emplean para la figura que quisieren [hacer] y construyen figuras muy especiales. Después dejan secar al aire bajo la sombra la vasija húmeda; tras esto tienen una pintura roja [y] pintan la vasija por el lado de afuera. Después que ella está seca, toman la piedra pulidora y la dejan reluciente.

A más en el campo encienden un fuego y colocan esta vasija en proximidad del fuego para que se calienten más pronto cuando se colocan en el mismo fuego. Después que hay bastantes carbones, encienden un gran fuego en derredor de los carbones enrojados, ponen al mismo medio la vasija hecha hasta que esté bastante cocida. Luego preparan para cada una un montón de ceniza caliente sobre la cual colocan la vasija para que ésta enfríe poco a poco y no se raje tan pronto al aire. También tienen una cierta resina de árbol con la cual pegan las rasgaduras ocurridas en las jarras de agua para que no pueda escurrirse ni una gota de agua.

Cómo las cuecen

Sus morteros que ellos llevan consigo cuando cabalgan al campo o a los bosques a cazar o a buscar frutas son todos de madera. Si es demasiado difícil llevar consigo los troncos remédianse del modo siguiente cuando tienen que machacar algo: cavan un hoyo en la tierra, colocan adentro un número de cueritos con los pelos hacia abajo; ahí colocan luego lo que deben machacar y golpean con un palo grueso y pesado hasta que todo está pisoteado y molido.

Cómo fabrican sus morteros

Pero los *indios* fabrican los morteros que son de madera en la siguiente manera: cortan un tronco de una altura de una vara o más [y] hacen en el centro con un cu-

chillo un pequeño hoyito; ahí adentro colocan algunas brasas enrojecidas que en su derredor quemán la madera; con una concha raspan lo quemado, colocan de nuevo brasas encendidas y proceden con la concha como antes y por tanto tiempo hasta que tanto a lo hondo como a lo ancho de la redondez la abertura está hecha y pueda servir para el uso.

El restante ajuar casero consiste en dos o tres pares de costales de carga bien sea de cueros de puercos monteses o de carpinchos. Estos [costales] les sirven para traer a la aldea la leña desde los bosques o las frutas que ellos buscan en los bosques¹⁶⁸.

Sus penachos

Ulteriormente no tienen nada más fuera de uno o dos penachos que ellos reúnen tejiéndolos por los cañutos con hilos gruesos, los atan en palos de una vara o dos de largo y los colocan tras ellos al lado de su recado. Este penacho les da sombra contra el sol. También cuando hacen algún trabajo al campo libre fuera de su choza, fijan este penacho en tierra y se sientan debajo de él. Estos [penachos] tienen tejidas en el centro las plumas blancas pero por afuera las grises. Algunos [*indios*] son más hábiles; juntan puras plumas blancas y cuando han reunido suficiente, las tiñen de azul, rojo, amarillo y de diversos otros colores; las tejen también en esta forma y hacen un penacho muy lindo.

Sus armas y muebles

Todos los *muebles* del hombre son sus armas con las cuales él caza y mata todo para su alimento. Allí arriba donde el cuero con el cual él se cubre y viste está liado, tiene él en esta misma correíta una punta de cuerno hueca con una tapa de cuero [sobado] o cuero crudo; en ésta tiene el tabaco de hojas mascadas con algo de sal o polvo de costillas vacunas quemadas que debe suplirle la carencia de sal. Al lado de ésta tiene colgantes de ahí dos cañitas de dos dedos de largas en cada una de las cuales él ha escondido una punta o espina del «Schwammenfisch» (pescado de hongo) con la cual él mismo se abre la vena según la necesidad, se hiere por jactancia el pecho y los brazos y en frecuentes ocasiones, especialmente en reuniones de beberajes, se perfora la lengua y la rompe en pedazos. Las armas son un arco de flechas, una lanza de un largo de seis varas, una porra gruesa bien labrada de la mejor y más fuerte madera rojiza que estando verde se labra bien pero seca y agostada es fuerte igual a hueso y [que] mella aún las herramientas más duras y más afiladas. Ellos fabrican estas armas con sólo raspar conforme con el grosor y en la redondez, lo que es un trabajo de mucha duración. A la par de éstas tienen una cantidad de flechas de puntas diversas y de diferentes *materias*. Serán algo más de una vara de largas; la flecha es ya una caña ya un palito redondo y recto de la madera más liviana. Ellos sacan estos palitos de los matorrales que en modo de arbustos crecen sobre los campos y al lado de los bosques. Los palitos se raspan bien blancos, se adornan de distancia en distancia con rayas rojas en el derredor; abajo tienen una ranura que agarra a la correa por la cual el arco está tendido; pero a ambos lados hay alas hechas de plumas, atadas a la cañita con hilos

Cómo hacen las flechas *indias*

168 / Aún hoy tales costales conocidos con este mismo nombre se usan en algunas provincias del Oeste argentino a idéntico fin.

finos en largor de tres dedos y apogados con un poco de resina. El palito se ahueca arriba en hondura de dos pulgadas; en ésta meten un palito de un cuarto de vara de largor, raspado en redondo de madera dura pero completamente puntiagudo. Luego toman un huesito de un dedo de largor de las patas de los grandes zorros monteses¹⁶⁹, a ése lo hacen filoso por dos lados y sumamente puntiagudo. Como es hueco, se coloca en la punta de madera y se dispara [la flecha]. La herida causada por este huesito duele de un modo sobremanera fuerte; yo la he sentido en mi mano derecha la que he podido curar apenas en dos meses. Lo peor es que cuando este huesito penetra en el vientre hueco la vida del herido se termina pues aunque ellos pueden retirar la flecha, queda encajado sin embargo el huesito. Lo mismo ocurre cuando la flecha traspasa la carne gruesa. Yo he visto un cacique de los *abipones* de nombre *Oahari* o también *Ichoalai*¹⁷⁰; entre los españoles él tenía el nombre: *José Benavides*, todavía era pagano aunque con nombre cristiano. A éste en una *batalla* con otros *indios* salvajes le fue traspasado a tiro por la nuca un huesito parecido; aunque le habían retirado la flecha, quedó encajado sin embargo el huesito al cual él tuvo dentro de la nuca por cuatro meses hasta que a nuestra solicitud el huesito o puntita de zorro le fue extraída por un hermano *franciscano* que era perito en la *cirugía*.

Las puntas de las flechas que en los lados reciben muescas y picos son también de madera dura. Otros tienen [las puntas hechas] de hierro y a su vez otros de una caña que cortada filosa y puntiagudamente tiene especial efecto de envenenar la herida de tal manera que el herido no se escapa con vida.

Hay otras *misiones* aún que están situadas hacia el *Perú* y pertenecen a la *misión paraquaria*; sus nombres son los siguientes: *chiquitos*, *cucurades*, *zatieños*, *zumampas* y otros semejantes más. Éstos preparan un veneno que es tan fuerte que si alguien es sólo rasguñado por la flecha, comienza arrecirse sin demora. Ellos prueban el efecto de este veneno en un árbol grueso y grande [para ver] si es ya bastante fuerte o no; un tanto sólo la puntita de la flecha, la disparan para dentro del árbol; si el árbol a las veinticuatro horas está seco hasta la raíz y el follaje completamente marchito, el veneno es bueno entonces; si [el árbol] está aún en algún frescor dan entonces al veneno algunos hervores más sobre el fuego. He oído que las *materias* de que ellos hierven este

Flechas
envenenadas

Cómo prueban estas
flechas

169 / *Waldfuchs*. Zorro del Monte (*cerdocyon thous*) subvariedad de zorro muy reparada en los bosques de la América Meridional. Existe en la Argentina en los bosques del Norte Argentino (cf. *Mamíferos sudamericanos* por A. Cabrera y José Yepes Buenos Aires, 1940).

170 / Según Dobrizhoffer (t. II, pp. 171 y 174) este cacique, aunque no amaba la paz observó cumplidamente la paz hechas con los cristianos. En ocasiones devolvió los ganados robados por los salvajes. Contribuyó a fundar la reducción de San Gerónimo y se distinguió por jamás hacer un mal a la ciudad de Santa Fe, aun en momentos de lucha contra los españoles.

¿Quién prepara el veneno?

veneno son puras savias venenosas de árboles y hierbas. Las que deben hervir y preparar el veneno son únicamente viejas *indias* provecas pero ¿por qué viejas? Ellos indican la causa: porque por lo común todas las ocupadas en la preparación de este veneno deben morir prontamente y no hay perjuicio para las mujeres viejas si ellas mueren algo más antes. Después que el veneno está preparado y ha dado la prueba cabal, se conserva en pequeñas cajitas las que ellas pasean por la aldea en modo de procesión entre gritos de alegría. Ellos no usan siempre este veneno sino únicamente cuando van a la pelea contra otros *indios* salvajes y eso en el modo siguiente. Ellos hacen flechas cuya punta es completamente de madera, rompen con los dientes la puntita pero no del todo sino que cuelgue un poco en lo restante; hunden esta puntita y nada más en el veneno y guardan las flechas para el uso. Si ocurre que ellos llegan a pelear, basta que ellos sólo rocen y hieran al hombre desnudo donde quiera que fuera para que éste entonces quedará tieso al corto rato y morirá. Pero la causa de que ellos rompen la puntita y no la dejan más separada es la siguiente: para que los enemigos no puedan recojer estas mismas flechas y dispararlas de vuelta pues en cuanto ellos aciertan con esta flecha sea al hombre o la tierra, se despega la puntita envenenada y toda la flecha está inutilizada para causar algún daño.

Como ya los pequeños varones de mis *indios* y otros se ejercitan en disparar las flechas, ambulan por campos y bosques para tirar a las aves pero para que con una flecha puntiaguda no hieran en demasía las pequeñas aves tienen en lugar de puntas en sus flechas un botón tallado¹⁷¹ de madera para con él sólo chocar y golpear las aves acertadas. Desde su juventud son tan hábiles en tirar las flechas que aciertan al ave aún en el vuelo. Yo no me animaría estar parado aunque sólo a cien pasos ante el arco de flechas de un *indio* [pues] él tendría un tiro seguro.

Fuerza de sus flechas

Yo no hubiera supuesto jamás la fuerza y el poder con la cual ellos disparan la flecha si yo mismo no lo hubiera visto. Ha de saberse primero que ellos no mantienen muy doblado al arco de flechas extendido aunque bien estirado. Mas como ellos retiran con la izquierda hacia afuera el arco de la más dura madera pero con la derecha [retiran] a la flecha con el cordón hasta al pecho, el arco se dobla por completo; con esta fuerza hacen volar la flecha y tiran con tanta violencia que yo he visto a un *indio* grande y fuerte que habiendo recibido por la flecha sólo un rozamiento al lado de la oreja derecha, ha caído de espaldas al suelo; su nombre era *Josephus Nalangain*, un hermano carnal de *Domingo Nevedagnac* y también un *cacique* valiente entre los *indios*.

En otra ocasión cuando yo quise proporcionar una pequeña diversión a los *indios*, hice colgar un pedazo de tabaco en una vara alta y ordené tirar sobre él a distancia de ochenta pasos. Un *indio* viejo, de nombre *Cogoequin*, comenzó a estirar su arco con la flecha pero ni por una cuarta parte de cuanto de él debía estirar. La flecha se le escapó del cordel cuando él no había alzado aún el arco y apuntado hacia el tabaco, chocó a algunos cincuenta pasos contra un palo, rebotó desde el palo y voló hacia el lado donde

171 / En vez de *gespitzten* (afilado), lee *geschnitzten* (tallado), por tratarse evidentemente un error en la primera voz.

estaban las *indias* con sus hijos y atravesó todavía el brazo de una niña. Cuando se quiso sacar la flecha, fue preciso extraerla a tajos.

En otra ocasión estábamos en una contienda con *indios* salvajes y paganos. Un *indio* atropelló en plena carrera del caballo contra uno de los nuestros en la intención de matarlo con su lanza. Yo estaba a caballo a un lado bajo la protección de seis *indios* míos. Uno de ellos vio el peligro del perseguido, hizo botar una flecha contra el pagano persiguiendo, le acertó [atravesándole] la pierna gorda [pantorrilla], el recado y aún hasta dentro del caballo en profundidad de una falange de dedo; nosotros lo vimos claramente después que otro de nuestra partida le había muerto con la lanza.

En otra vez paseaba yo completamente solo con un *indio* por el bosque para elegir algunos árboles lindos y hacerlos abatir. Llegó a nuestro encuentro un tamaño tigre que sin tranco fuerte venía hacia nosotros desde lejos. Nosotros habíamos visto al tigre antes que él a nosotros. El *indio* dijo que nos detuviéramos y lo esperamos entre el matorral. Yo no me encontraba tranquilo porque el *indio* no tenía lanza alguna sino sólo su arco con algunas flechas. Él me preguntó para dónde tiraría él sobre este animal. Yo dije: —¡Tira donde quieras con tal que lo mates! —Me pesa —dijo el *indio*— que yo atravesara tan bella piel por otra parte, yo quiero que sea tuya. —El tigre ya estaba ante nosotros a unos cincuenta pasos, el indio hizo volar ahí su flecha, pegó al tigre adelante por debajo del mentón en la fosa del corazón de modo que de la flecha sólo se vio el largo de un dedo, todo el resto había penetrado por el corazón al vientre. Por este único tiro tan bien empleado el animal quedó tendido muerto.

Cuando los *indios* están en una pelea sería de suponerse que no sería posible sino que por tanto estirar y tender sus arcos de flechas, el pulgar y el brazo derecho quedarían inútiles para ulterior defensa a causa del rebotar del cordel. ¿Qué hacen ellos? Debajo de la mano izquierda al comienzo del brazo tienen sobre la arteria en un jeme por el brazo arriba una venda o una piel cruda a modo de una manga contra la cual choca el cordel. En la mano derecha tienen un instrumento de una *tablita* delgada de madera dura con una abertura por donde ellos meten los restantes cuatro dedos, el pulgar queda afuera con el cual agarran sin violencia el cordel al cual los restantes cuatro dedos con ayuda de la tablita tiran y extiendan sin sensación.

Es admirable cuán ligeras una después de la otra y cuán numerosas las flechas vuelan contra los perseguidos: yo me imaginaba un fuerte chaparrón contra el cual sin un techo no se puede impedir que la mayor parte de las gotas caigan sobre uno. Lo mejor es que se ve llegar la flecha pero cuando son muchas y se le escapa a una, es tocado por otra. Si bien una sola flecha es de una ligereza tal que sin gran agilidad se puede apenas eludirla, los *indios* son sin embargo tan hábiles que en seguida notan hacia donde la flecha busca el camino y sin gran movimiento eluden la flecha de pronto con agacharse, de presto con brincar o saltar, de pronto mediante un giro al costado o de presto con elevación del pie.

Aunque las flechas con que ellos matan a tiros los peces y las nutrias en lagunas y ríos, son preparadas del mismo modo que las otras, sus puntas no tienen sin embargo

Flechas con que matan los peces

ni hierro ni hueso sino que son solamente de madera dura y poseen tijeras [filos]¹⁷² de ambos lados. Ellas son dos veces más largas que las otras, [se hacen] de cañas más gruesas. El motivo [de ello] es para que cuando han ensartado en el pescado, sepan hacia donde nada el pescado lo que ellos deducen por la parte [de la flecha] que por el largor de la caña aparece sobre el agua por lo cual lo cazan fácilmente con la mano y lo pueden sacar [adherido] a la flecha. El cordel en el arco es de doble correa torcida pero no de cualquier cuero sino de cueritos de gamas monteses, a saber de las que sólo habitan en el bosque y jamás salen al campo libre. Este cuerito es de una fuerza y duración especiales.

Otra clase de arcos con dos cordones

Ellos tienen aun una clase de arcos que son llamados por ellos *Alobadit*. Estos tienen dos cordones, pero [éstos] son separados mediante dos palitos en la parte superior e inferior de modo que entre ellos [los cordones] pueden colocarse los cuatro dedos. En el centro tienen una red de dos dedos de ancho, tejida espesamente; [ellos] toman una bala hecha de barro y reseca al igual a una de las balas más grandes de *mosquete*, la colocan en la redcilla, la asen con dos dedos junto con la redcilla, estiran el arco y disparan. Con qué seguridad tiran aun los varones chicos, lo he notado y visto con admiración cuando ellos destrozan mediante ellas las cabezas de las palomas y perdices. No es un milagro que ellos sean tan ejercitados en las flechas y lanzas sino también en otros similares instrumentos de *mortificación* pues desde el comienzo de los primeros años cada niño ya lleva consigo un arco adecuado a sus fuerzas y tira hasta contra las moscas asentadas.

Sus lanzas

A la par de flecha y arco tienen también lanzas con las cuales pelean contra sus enemigos y traspasan los tigres. La mejor lanza que les sirve para la pelea y la caza a los tigres es una [hecha] de una madera fuerte como hueso, de un color rojizo o más bien de *violeta*. Ellos llaman al árbol del cual hacen la lanza *Netegaguic* y la lanza hecha de él llaman *Netegagque* pero si la lanza tiene arriba una punta de hierro la llaman *Netequigae*. Estas lanzas son por lo general de un largo de seis varas. Cuando ellos están en la aldea, las tienen hincadas de día y de noche ante sus chozas. Si tienen hierro en ellas, éste es bruñido como espejo; y resulta una cosa notable en que en toda la aldea ante cada choza hay hincada una lanza que sobresale algunas varas por sobre el techo de la choza cuando la choza más grande y más espectacular de un *indio* tiene una altura de apenas cuatro varas. Hay otro árbol que mencionaré en su lugar correspondiente; éste es llamado *Leanalicaic*¹⁷³.

Del árbol del cual hacen sus lanzas

En cuanto atañe al árbol *Netegaguic* éste es de tres troncos que erectos y altos nacen juntos de la tierra sin que se note una sola rama hasta la punta; sólo muy arriba las ramas que están todas juntas comienzan a *formar* una copa. Los troncos no son más gruesos de lo que uno puede abarcar con dos manos; a éstos eligen los *indios* para sus

172 / *Zanken* en el original, que supongo más bien error por *Zacken*, que indica recortes filosos.

173 / Esta voz no vuelve a aparecer, parece tratarse del árbol «lanza».

lanzas. Tres o cuatro *indios* se reparten este árbol porque de uno solo pueden hacerse únicamente tres o cuatro lanzas: lo hienden a lo largo con un hacha acerina o pétreo de leñador que es hecha de pedernales, hachan y cortan este [tronco] hasta que sólo sea necesario darle la redondez y el grosor mediante raspadura. Esto resulta despacio pues en ocasiones una lanza queda terminada apenas en seis u ocho días.

Ellos tienen a la par uno o dos dardos tiraderos que son de un largo de algo más de tres varas y de madera liviana. En este palo tienen ellos una punta de madera dura que tiene cuatro o cinco muescas. Ellos se sirven de éstas cuando en los ríos espían a carpinchos nadantes o tratan de matar cocodrilos. Los *indios* son tan hábiles en tirar este dardo que a veinte o más pasos apenas errarán una vez entre varias. Tampoco se precisa más sino que ellos vean sólo la cabeza del carpincho nadante: entonces calculan la medida que en poco errarán el cuerpo. Una vez que el dardo está clavado en el animal, saltan entonces al río, nadan tras el carpincho, asen el palo cuya parte sobresale del agua e indica hacia donde nada el carpincho herido, sacan éste para afuera a la orilla y lo matan con sus mazas.

Ellos usan también tales dardos tiraderos cuando pelean con otros *indios*. Antes de llegar a estar tan cerca que con sus lanzas puedan alcanzar al contrario, emplean los dardos tiraderos para herirse mutuamente desde lejos pero éstos son hechos de una *manera* diferente. Ellos atan fuertemente en la vara liviana otro palo de media vara en el cual hay una punta: luego toman otra punta de una cornamenta de ciervo que mediante una correíta fuertemente torcida está asegurada en la vara. Esta punta se halla en el dardo al igual que el huesito de zorro en la flecha. Si ellos meten ésta al contrario en la barriga, cae la vara pero la punta queda en el herido y no hay remedio alguno de sacarla; el herido debe perecer forzosamente.

A más ellos tienen entre sus armas una fuerte maza con la cual matan los puercos monteses y también los hombres. Ellos son también tan hábiles en el manejo y dominio de ella que cuando cazan a caballo un avestruz y ya se le acercaron a veinte pasos le rompen tirando [la maza] bien sea las patas o el pescuezo. En los bosques les sirve también para bajar a golpes las ramas secas de los árboles para el fuego. Siempre tienen esta maza metida entre una correa a las espaldas para que al correr no se hallen impedidos.

Además se encuentran entre los trastos caseros de un *indio* algunos lazos arrojados y piedras arrojadas [boleadoras]. El lazo arrojado es un correón doblemente torcido cortado de un cuero crudo, de un grosor de un pulgar regular y comúnmente de un largo de once brazas. En una punta tiene una argolla de hierro por donde se pasa el correón y forma el lazo, la otra punta se asegura fuertemente en la cincha del recado. Él les sirve para enlazar los tigres cuando [éstos] huyen en el campo libre y también los ciervos y ahogarlos con el lazo, para cazar los bueyes y echarlos por tierra.

Hay tres clases de piedras arrojadas; dos redondas que cada una puede abarcarse con una mano; la tercera es larga y angosta. Las tres piedras son todas forradas por un pedazo de cuero y fuertemente liadas. Ellos hacen una correa torcida de dos brazas de

Sus dardos tiraderos

Mazas

Lazo arrojado

Boleadoras

larga [y] en cada punta [de ésta] hay asegurada una piedra así redondeada en el medio de esta correa y entre las dos bolas hay otra correa trenzada de dos varas de larga en la cual está asegurada la piedra alargada; mediante estas tres bolas encadenadas —a decir así— persiguen los caballos cimarrones, tiran tan seguro a treinta pasos que ellos lían al animal silvestre ya las patas posteriores ya las delanteras junto con el pescuezo y las estrechan que él queda inhabilitado para correr y puede ser agarrado tanto más fácilmente con el lazo arrojadizo. Ellas sirven también para cazar mediante ellas los avestruces. Ellos tienen ya desde la niñez el ejercicio de todos estos instrumentos para matar. Los muchachos se hacen una diversión ora con los perros de la aldea ora entre ellos mismos; algunos representando una presa de caza, corren ligeros adelante, los que corren tras ellos los persiguen con el lazo, tiran a distancia de diez o más pasos y los cazan ora por el centro del cuerpo ora por los pies en lo cual la nariz recibe a veces un buen choque contra el suelo. Los niños más chicos se hacen también boleadoras de huesecitos de terneros que cuelgan en soguitas delgadas: éstos marchan contra las gallinas de la aldea, las rodean y disparan con sus huesecitos arrojadizos entre ellas¹⁷⁴. Sin duda a muchas gallinas les quedan liadas las patas. Yo hacía realizar esa misma caza a las gallinas en cuanto yo quería comer alguna en casa pues todas eran mías y [estaban] solamente dispersas por entre la localidad, porque tenían libertad de salida y debían buscarse ellas mismas su alimento. Los *indios* tenían sólo el placer que las gallinas en las horas de la noche dormían sobre las chozas de ellos y que los gallos comenzaran a cantar frecuentemente. Aunque los *indios* suelen comer diversa caza del monte y volatería montesa, no comen sin embargo gallinas.

Recados *indios*

Finalmente los *indios* tienen también sus avíos de montar. Los recados tienen una figura muy distinta que en nuestros países. Por sobre el lomo [del caballo] desde las espaldas hasta las patas traseras tienen [tendidas] dos chorizos pajizos liados que encierran por el medio la cruz del caballo. Estos son forrados por un cuero vacuno: a los lados el cuero cuelga por sobre el vientre del caballo hasta a la mitad¹⁷⁵. Ellos no tienen estribos por cuyo motivo los *indios* sólo saltan a caballo lo que ocurre en un momento. Algunos se colocan en el costado izquierdo del caballo, toman con la mano izquierda la crin, colocan la mano derecha sobre el anca del caballo, pegan un brinco y bolean el pie derecho por bajo el izquierdo por sobre el pescuezo del caballo hacia el otro lado lo que ocurre todo con la mayor celeridad. Otros toman sus lanzas en la mano izquierda, colocan la derecha sobre el anca del caballo pegan un brinco y volean el pie derecho sobre el caballo. Cuando ellos quieren desmontar, les es igual un costado que el otro;

Cómo montan a caballo


174 / Aun en tiempos modernos el traductor ha visto en la campaña a los niños bolear gallinas y pavos con boleadoras improvisadas hechas con huesecitos, maderitas, piedrecitas y hasta con papeles machucados. Lo mismo conserva en el archivo familiar un dibujo hecho por su padre Roberto Wernicke en 1849 en Buenos Aires, donde un chico en camisón bolea un gallo.

175 / Por lo visto, los primitivos bastos.

ellos volean un pie por sobre el pescuezo hacia el otro lado y bajan con los dos pies juntos, lo que sucede en una guiñada de ojos.

Pero las mujeres montan de un modo muy diferente. Ellas colocan el pie izquierdo sobre la rodilla del caballo, toman con ambas manos la crin y se esfuerzan para que con el vientre lleguen al pescuezo¹⁷⁶ del caballo; luego se colocan a lo largo del pescuezo y bolean el pie derecho arriba; cuando están arriba se deslizan primero hacia atrás hasta el lugar correspondiente. En cuanto a los niños muchas veces cuatro o cinco niños están sentadas sobre un [solo] caballo. El apearse es lo mismo que por los hombres.

Cuando los *indios* tienen un recado español como ya lo usan en la *reducción* suelen tener estribos y también espuelas.

Los estribos son [hechos] ora de un grueso palo de una madera que se deja doblar o de un pedazo de madera donde hacen una abertura para que puedan meter bien el dedo grande. Ellos tampoco no usan más que su dedo grande, mediante el cual levantan toda la conformación de su cuerpo y se colocan sobre el caballo. Las espuelas son de una delgada rama de árbol que tiene una horqueta como la figura (ver figura en el libro) yuxtapuesta¹⁷⁷; la rama de la cual salen las partes de la horqueta es cortada a una pulgada [del tronco] y se agudiza; entonces la espuela está lista. Ellos atan en ambas puntas de la horqueta las correitas, colocan el talón entre  la horqueta, las atan por sobre el pie y espolean el caballo. Ellos usan siempre una sola espuela porque no dudo que ellos tienen la otra en su cabeza¹⁷⁸. Las riendas de sus caballos que ellos mismos hacen, son de cuero trenzado; ellos las trenzan mediante cuatro, ocho también diez y seis ramales, ora redondas ora anchas. Ellos entretrenzan también estas riendas con largas plumas de avestruz diversamente teñidas a saber: despegan el lomo de estas plumas; a ése lo tiñen y usan para entretejer. Las riendas más fuertes las hacen de cuero vacuno, pero las más delgadas de cuero caballar. En esto los *indios* son muy peritos maestros, hacen una labor tan excelente que el español más noble se empeña en obtener una rienda *india* para caballo y de buen grado hace por ella un *dispendio* de un par de pesos duros. Yo hice a muchos españoles un obsequio muy agradable con tal mercancía *india* la cual yo hacía fabricar por algún *indio* y por ello entregaba algunas varas de lienzo y también el cuero.

Ellos hacen de un cuerno el freno para sus caballos. [A tal fin] parten por el medio la punta de un cuerno, la mantienen sobre el fuego, van cortando y torciendo tantas veces hasta que obtienen la forma precisa; con el cuchillo taladran en cada pieza tres agujeros en los cuales ellos colocan tres travesaños de madera y reúnen ambos cuernos laterales. Estos tres travesaños reemplazan al bocado de hierro que sujeta hacia abajo la lengua del caballo.

Estribos y espuelas
de los *indios*

Sus riendas



176 / Por cierto hay aquí algún error de copia. Este modo más bien un parecido era conocido en la vieja campaña, como «montar a lo panadero».

177 / El dibujo figura dentro del texto y en el margen.

178 / Redacción embrollada con alusión incomprensible.

CAPÍTULO VI

El idioma de los *indios*

Pregunta: ¿qué idioma tienen ellos?

Respuesta: lo mismo que los pueblos difieren entre sí, son también muy diversas las lenguas entre ellos. Se encuentran pocos que tuvieren lenguas iguales pero algunos tienen en conjunto una similitud en algunas voces pero con una pronunciación completamente diferente. Los *abipones* que son los vecinos más próximos de los *mocovíes*, tienen en efecto algunas palabras de los *mocovíes* pero una pronunciación completamente diferente. El *mocoví* pronuncia *lachic* [Lajic] pero el *Abipón* dice «lahic», esto denota «ya voy». El primero dice: *licgdic* tu miserable pero el otro *lichiedaric* (lijidaric) y así en lo demás. Pero las más de las voces son desemejantes a la otra como en lengua *mocoví* *Jpicg*, el perro, al cual el *abipón* nombra *catiniga*, pero el indio *charuba loxcan* léase *lochan* [lojan]. Tomemos las lenguas de los *mocovíes*, *abipones*, *guaraníes* y preguntemos al *mocoví* qué denota bello en su idioma. Él me dirá: *udiaeac*, el *abipón ariahic*, el *guaraní jpona* o (para decir) muy bello «*jpona eté*». El pronunciará el *na* por la nariz. En cambio el *chamba* dirá: *bilu* por lo cual se conoce qué diferencia lingüística hay también entre *indios* vecinos.

Se encuentran entre ellos unas lenguas tan confusas e incomprensibles que el *misionero* sin la real ayuda de Dios pudiera aprenderlas casi imposiblemente. Apenas si se entiende una sílaba o una letra de ellas cuando conversan y uno cree que sólo fuere un graznido de gansos o de otros animales. En frecuentes veces yo he hecho presente a mis *indios* que a mí no me parecía otra cosa sino que el Enemigo Malo fuere el maestro de todos sus idiomas para que su dificultad detuviere los *misioneros* y con ella si bien no impidiera la salvación de sus almas la hiciera a lo menos muy dificultosa.

Lo que además es de advertir en el idioma de mis *mocovíes* y *abipones* (pero yo no sé si este modo es usual también en la lengua de otros *indios*) es que el idioma es modificado mucho por ellos. ¿De qué modo? Del siguiente: muchos *indios* tienen nombres de diversos animales y cosas, por ejemplo: *Nadel* [voz alemana de aguja]. Esta voz tiene también muchos como un cognomen como también el nombre *Strauss* [voz alemana de avestruz]. Ahora es lo usual entre ellos que en cuanto uno de ellos muere o se mata el animal o el objeto cuyo nombre ha llevado el difunto pierda en seguida en su idioma el nombre y reciba uno nuevo a fin de que ellos, por la denominación de este animal, no recuerden del difunto ni se renueve el pesar por su fallecimiento. Ya en mis primeros años cuando yo estuve entre estos *indios*, fueron muertos un *cacique* de nombre *Ana*, otro de nombre *Aloatagangaiquin* y luego otro de nombre *Amaniquin*. Ahora como estos nombres tenían sus significados que *Ana* denota *Nadel* [la voz alemana de aguja] [y] *Aloatagangaiquin* deriva de *Zoloat* que denota matar y *Amaniquin* [deriva] de *Amanic* que denota avestruz, la aguja y el avestruz debieron recibir otro nombre nuevo de modo que la aguja ya no fue llamada *Ana* sino *Nevedagancate*, matar no más

De cómo poco a poco modifican su idioma

¿Por qué motivos?

El primero

Zaloat sino *Zatetahat* y el avestruz no fue más llamado *Amanic*. El nuevo nombre del avestruz ya se me ha olvidado. Así ocurrió también con otro *indio* que tenía el nombre: *Nayamin*, esto significa «zorro» pues el zorro en su lengua denota *Nayam*; como murió este *indio*, el zorro ya perdió su nombre y de ahí en adelante fue denominado *Novagai-ga*. ¡Quién no deduciría suficientemente de esta costumbre que en años venideros y con el tiempo poco a poco la lengua *mocóbí* ya no se parecería a sí misma [y] sería una lengua completamente diferente!

Con tal ocasión ocurrió un raro suceso. Después de la muerte del *indio* del cual he hablado poco antes y que tenía el nombre *Aloatagangaiquin*, toda la gente compareció al domingo después de su muerte en la iglesia para asistir allí al sermón antes del cual siempre alguno pronuncia toda la doctrina cristiana y toda la gente responde. El primer orante llegó a los diez mandamientos de Dios; cuando él comenzó a decir el quinto mandamiento: *Toton aloataganic* tú no debes matar, los *indios* dieron vuelta las caras, no contestaron y todos enmudecieron. Yo ordené al primer orante que repitiera el mandamiento pero también la segunda vez todo permaneció mudo. Yo admiré esta novedad y pregunté cuál era el motivo de su mudez. Entonces una provecita *india* me respondió que esta palabra no debía ser pronunciada sino que en lo futuro se debía decir en su lugar: *toton atitaható*. Yo ordené al primer orante que dijera esa voz a la cual en seguida toda la gente contestó. Después de terminado el servicio divino pregunté cuál era la propia y fundamental causa que ellos ya no querían decir *toton aloa taganio* sino *toton atitaható* y supe en cambio lo que he aducido poco antes, es decir que ellos por esta palabra recordarían la muerte de su *cacique Aloatagangaiquin* y despertarían el viejo pesar.

A causa de que la lengua de los *mocovíes* y de mis *abipones* vecinos es difícil de comprender y aprender, es también motivo de la diferencia con la cual hablan entre ellos. Es costumbre casi general entre ellos de no hablar jamás en alta y clara voz sino entre dientes. ¡Cuánto trabajo ha costado hasta que yo he aprendido la lengua por el oído! Cuando yo creía haber comprendido ya una palabra, había errado por lejos. Además los *indios* tienen la costumbre de acortar la palabra y no pronunciar jamás claramente todas las letras o sílabas porque tragan muchas. Ahora ¿cómo podía yo poner sobre el papel una lengua semejante, establecer ciertas reglas, investigar las terminaciones y uniones de las voces? ¿Cómo iba yo a reconocer las raíces y el fundamento de las palabras derivadas y compuestas? Sólo Dios debe hacer aquí lo más que ha prometido dar a sus *apóstoles os et sapientiam*, elocuencia y sabiduría.

Pero es de admirar que estos *indios* no pueden tolerar que alguien les dirija la palabra en fuerte y alta voz, especialmente dentro de una construcción. Después que yo había aprendido ya tanto de la lengua que mis *indios* podían entenderme bien, ocurrió que me visitara un *cacique* salvaje de nombre *Paiquin* y amigo de *Domingo Nevedagnac* al cual algunos de mis *indios* acompañaron hacia mí a mi choza. Cuando yo le hablé en voz tan clara como yo podía, el *indio* miraba de pronto hacia un lado, de pronto hacia el otro como si él contemplara algo en mi habitación. Pero esto no era el

El segundo motivo

Ellos no pueden tolerar el hablar en alta voz

motivo sino únicamente el sonido de mi voz. Yo creía que él entendía todas mis palabras pero me había equivocado, pues cuando le pregunté si me había comprendido, él se volvió hacia mis *indios* y pidió conocer lo que yo había dicho pues él no había entendido ni una palabra porque mi voz resonaba demasiado fuerte en la habitación por cuyo motivo él no había podido comprender. También agregó que cuando yo hablara con él, suavizara y no elevara mi voz.

El tercer motivo

Otra causa por la cual es difícil aprender la lengua es ésta: ellos según la diferencia de las personas, hablan también diferentemente, colocan agregados o interposiciones a las voces pues según las condiciones de la persona con la cual se habla, se modifican también las palabras. Cuando un *indio* habla con otro que no es de la nobleza ni uno de los más valientes, habla entonces la lengua común. Si se habla con un *indio* noble y de aprecio entre ellos, la palabra tiene según su condición [de éste] un agregado al final o en el medio. [Cuando] él habla con un hijo de un noble, observa entonces otro modo de hablar y así él habla diferentemente con una mujer casada y otra vez en otra forma con una soltera.

Doy un pequeño ejemplo sobre lo mencionado. Los agregados más comunes son los siguientes: *in an* y *et*. Frente a un noble ellos mezclan la palabra con un agregado *in*, ora en el centro ora al final de la palabra como ser: cuando él por [decir] «tú» quiere decir *acami*, sería una descortesía el decir a un noble *acami* sino que él debe decir *acamin*. Cuando él quiere decir: ¿oyes tú *moagayi*? Debe decir: *moagayin* o *moagagátedápec*. Cuando él quiere decir: ¿este ganado pertenece a éste? *lalo eda* debe decir: *lalo in edadin*. A un hijo de *cacique* el *indio* no debe decir: *acami* sino *acamiji* lo mismo como nosotros decimos: *Jhr* [vos]¹⁷⁹. Cuando ellos hablan de una mujer soltera, aun estando ella ausente, observan asimismo toda forma de hablar como si ella estuviera presente y usan el agregado o interpolado *en* como ser: en lugar de *acami* «tu» dicen *acamen* lo que frente a ellas denota tanto como «tú». Cuando ellos hablan con o de una mujer casada agregan o interpolan en la voz el «*et*» como ser «este ganado pertenece a ella» como se dice de un hombre: *lalo in edadin*, dicen al hablar de una mujer casada: *lalo et edadet*. Lo mismo *Moagayin* «oyes tú» frente a un noble, *moagayen* frente a una soltera *moagayet* frente a una mujer casada. Ahora queremos ver el *in* como interpolado no al final sino dentro de la palabra: *Elacata* denota «él duerme»; pero para que se reconozca si aquel que duerme es un noble o un villano dicen ellos: *Elacainta*, de una mujer casada: *Elacaetet*.

Especialmente en los *pronombres*: «éste, aquél» se observa no sólo la persona con la cual o de la cual se habla si es ella noble o villana, casada o no, sino también si ella está presente o ausente, si va o viene, está parada, sentada o echada: Cuando *éste* está presente y es un *indio* villano, dicen ellos: *eda*; de un noble *Edadin*, de una mujer casada *adadet*, de una soltera *ada* cuando él está sentado: *Ini*, del noble *Inidin*, de una soltera *Ani*, de una casada *anadet*. Cuando él está acostado *Idi* o *ididin*, de una persona femenina *ada* o *adadet*. Cuando «aquél» es un ausente y una persona masculina dicen

179 / Tratamiento propio del siglo, pero hoy caído en desuso en el lenguaje alemán.

ellos: *eca* o *ecadin*, de personas femeninas *aca* o *acadet*. Cuando él llega y ya está a la vista, dicen: *Ena* o *Enadin*, de personas femeninas *anan* o *anadet*. Cuando él se va y ya está algo distante dicen: *éhsa* o *ehsodin*. De una persona femenina: *Ahso* o *ahsodet*¹⁸⁰.

Además todas las preposiciones, adverbios, *adjetivos*, *substantivos*, todos los nombres propios y cualquiera voz que sea, tienen siempre una mutación de tiempo, por ejemplo: yo, se dice *ayim*. Yo lo soy: *ayim*. Yo lo fui: *ayimquet*. Yo suelo serlo: *anymó*. Aunque no se modifica la misma palabra, se reconoce por el agregado si es del tiempo presente o pasado o futuro por este modo: el agregado *quet* denota el *imperfecto*. Mediante el agregado de *nalliacata* o *nalliac* determinan el *perfecto*, por *nallaccu* el *plusquamperfecto*. Por el agregado «o» el futuro. En el optativo colocan ante el verbo el *nozogdi*, como ser: ¡Oh si yo fuere! *Nozogdi aimquet*.

Fuera de todas estas circunstancias hay otras por las cuales se modifican los verbos para que se sepa su significado real. Los significados que en otras lenguas deben ser explicados mediante varias palabras realizan ellos por un pequeño agregado que unen a la voz radical. Pongo por ejemplo el único verbo: *jacio*¹⁸¹ yo tiro. Esto se dice en lengua mocoví *zalet*. Como yo debo usar ahora en la lengua alemana varias voces cuando yo quiero expresar: «yo lo he tirado de mí» digo en lengua *mocoví* solamente *Zalataiba*: «Yo he tirado a tierra» o «sobre la tierra». Así el *mocoví* dice: *zalatini* o *zalatigni*: «Yo lo he tirado en alto»; *zalatichiquen*: Yo lo he tirado muy alto; *zalatichiguemgue*: Yo lo he tirado debajo de algo; *zalatot*: Yo lo he tirado en derredor de algo; *zalatezop*: Yo lo he tirado sobre o por encima de algo; *zalatelec*, en plural *zalatelgot*: Yo lo he tirado afuera; *zalatebec*: Yo lo he tirado adentro; *zalatabo*: Yo lo he tirado en el medio; *zalatobogui*: Yo lo he tirado por entre muchos para adentro; *zalatoboyuilo*: Yo lo he tirado en contra; *zalatiguit*: Yo lo he tirado en pos de él; *xalateveque*: Yo lo he tirado al fuego; *zalatébac*: Yo lo he tirado al agua; *zalatagzom*: Yo acostumbro tirarlo; *zalatetapec*: Yo me tiro yo mismo; *nalatalta*: Uno tira al otro; *nalatetata* o *nalatetapecta*¹⁸².

Además un objeto no tiene un solo nombre sino varios y ellos modifican el nombre según las circunstancias para las cuales o en las cuales se usa este objeto. Por ejemplo: Una aguja se llama *ana*, el diminutivo es: *analole*. Si esta aguja sirve para coser se llama: *Jvadagancate*¹⁸³. Si ella sirve para picar se llama: *Joadagancate*. Lo mismo una jarra de agua se llama en su lengua: *Nivuma*. Si sirve para beber se llama: *netagqui*. Si se la usa para regar algo se llama *Jocodagqui*. Si ella sirve para sacar agua se llama: *Jliviogqui*. El que quisiera presentar todas las extrañas circunstancias de su manera de hablar tendría que escribir un buen libro al respecto. Pero basta esto con referencia a la lengua *mocoví*, tal vez ha de afluir algo más en el transcurso de esta descripción según la ocasión. Hay que advertir también que todos ellos en su lengua se dan a sí mismos como también a otros el «tú» y aun que ellos hablaran con el Rey de España, le dirán «tú».

180 / Ortografía antigua alemana por: *asso*, *assodet*.

181 / Es el verbo latino *jacere*.

182 / Las dos últimas voces mocovíes resultan sin explicación.

183 / Sigo a la corrección anotada al margen.

Qué nombres
llevan los *indios* y
cómo los
modifican

Lo mismo que estos *indios* por su naturaleza son muy sometidos a la mutabilidad, no tienen tampoco en su nombre una continuidad. Ellos modifican éstos según su propio parecer o también según el de otros *indios*. Pero ni bien ha nacido una criatura, ya se le adjudica un nombre. Únicamente las *indias* viejas o *indios* viejos que se encuentran en el rango de hechiceros o brujos reparten los nombres.

Esta modificación de nombres ocurre entre los adultos por lo general cuando celebran la reunión en la confraternidad de borrachines. Basta que en esa ocasión uno de sus buenos amigos comience a decir: —este nombre no me gusta y sería más de mi agrado que tú tomaras el nombre de tu abuelo o de algún otro de tu amistad. Esto basta para que en lo futuro él quiere ser nombrado en el modo como desea el otro. Así (si es permitido decirlo) así el agua bautismal corre por la garganta y no por sobre la cabeza. Ellos tienen también la costumbre de comprarse uno al otro el nombre por afecto o por amistad; el valor es acaso una manta o un caballo o lo que ellos valoran mucho entre ellos.

Los hijos jamás adoptan el nombre del padre; aun si él tuviere seis o más hijos, cada uno lleva un nombre distinto. Ni la mujer admite el nombre de su marido ni la hija el nombre de su madre. Para prueba traigo sólo un ejemplo de mi *archiindio Cithaalin*. El mismo tenía al principio el nombre *Ariacaiquin*¹⁸⁴, a ése lo modificó en *Ylimodin*, a ése lo cambió con el nombre *Ripligoin* y otra vez en *Peliguedaín*, luego en *Vadanoquin*, finalmente en *Cithaalin* al que conservó firmemente porque ya era cristiano y ha seguido mi consejo.

Este *cacique* estaba casado con la hermana del *cacique Aletin*. Su nombre fue: *Ignatia Cainogquet*. Él tenía antes dos mujeres; de una tuvo dos hijos y una hija, de la otra que él después de su bautismo reconoció por su mujer legítima tuvo tres hijas y tres hijos. Cada [hermano] de la una como de la otra tenía otro nombre completamente diferente del padre y de su hermano. Todos eran ya bautizados. El mayor de la mujer abandonada fue llamado: *Acanagqui*, en el bautismo *Vincentius*. Pero el menor: *Cadiodi* en el bautismo *Antonio*. Los tres hijos de la mujer legítima tenían también sus nombres especiales, el mayor o de más edad fue llamado: *Devagqueite*, en el bautismo: *Sebastián*. Este muchacho fue el más constante de todos que han estado al lado de un *misionero* y le sirvieron. Ninguno pudo conservar sus muchachos de servicio por más de cuatro o cinco meses; algunos ni por un mes. Apenas se aburrían, partían a las calladas y abandonaban al *Pater* pero este muchacho (*Sebastián* que yo había tomado a mi lado desde mi entrada entre los *indios* o más bien que él mismo había comenzado a servirme) quedó constantemente a mi lado durante catorce años y cuando yo ya le había casado con la hija del *cacique Domingo Nevedagnac* permaneció todavía algunos años y hubiera quedado conmigo hasta el fin si yo no le hubiera dado un cargo que era de ser un superior de todos los *indios* que teman el cuidado de todo el ganado

184 / Hay aquí un contrasentido, porque en otro momento *Cithaalin* se declara «hermano de Ariacaiquin».

y éstos eran cuarenta hombres. ¡Ah, si yo tuviera a mi lado este mozo fiel! ¡Qué hombre debería dar o me daría mayor cuidado del que él me ha dado! En el transcurso de mi narración tal vez yo recuerde describir su lealtad y afecto para conmigo, con que él me ha servido. El hermano menor tenía el nombre *Pachicaiqm* en el bautismo *Joaquín*. El tercero y menor: *Cozadail* en el bautismo *Matias*. La hija de la mujer repudiada que ya era casada, tenía el nombre *Cadioquet*, en el bautismo *Isabel*; la mayor de su mujer legítima *Evagyn* en el bautismo *Teresa*; la menor *Pelagquem* en el bautismo *Teodora*, pero la menor *Azole* en el bautismo *Floriana*.

En esto hay que anotar también que el *indio* que era el marido (yo digo cuando aún no eran bautizados) no solía decir jamás de su mujer: «mi mujer» sino «la madre de mi hijo»; ni la mujer (decía) jamás de «mi marido» sino «el padre de mi hijo» o «de mi hija». No conozco la causa. Ellos no supieron darme otro motivo sino que tal era su costumbre.

Se creería que esa lengua y la de los otros *indios* sería pobre en palabras a causa de que los *indios* en sus selvas serían desconocedores de muchos miles de cosas que se encuentran en nuestros países por miles y más miles por lo cual les serían también desconocidos todos los nombres y significados por cuanto la lengua *india* no sería tan rica en voces que cualquier lengua en *Europa*. A pesar de ello yo puedo asegurar que difícilmente uno les mostrará alguna cosa de *Europa* a la cual ellos no pudieran dar pronto un nombre circunstancial; sólo necesitan ver la *figura* y saber el uso del objeto. A la par de esto un objeto tiene entre ellos múltiples nombres que entre sí no tienen similitud por ejemplo: *Hausz* [la voz alemana de casa]. Ellos la llaman *Jbo* o *Ymoc* y también *Jegqui*. Ellos no tenían iglesias en sus selvas, tampoco jamás las habían visto y a pesar de ello pronto encontraron algunos nombres y la nombraron *natu mnagqui* o también *Dios labo* la casa de Dios. No sabían nada de campanas y de tañer las campanas pero sin embargo la campana no quedó sin nombre: *natoina*. Tocar la campana: *natoiniqui*; repicar las campanas en conjunto: *natoiniquilo* y así en lo demás.

A la vez tienen semejantes voces que denotan lo que nosotros debemos significar no con una sola sino con varias palabras, por ejemplo: Yo estoy echado de espalda; el *indio* dice esta única palabra: *zilogyachiguem*. Estoy echado de barriga: *Zilogyami*. *Item*: yo estoy triste. El *indio* dice: *Zaticotao zaticotadi*. Yo estoy triste por la ausencia de mi amigo se expresa mediante esta sola voz: *notenátan*. Yo me enojo después de que yo he chanceado con algún otro, todo esto quiere tener dicho *el indio* con esta única voz: *Zcotenatam*. No hay tampoco ningún miembro, ninguna vena, tendón o hueso en el hombre y el ganado que no tuviere su nombre especial.

En todo su idioma no tienen ninguna *f* ni *r*. Cualquiera que los oye hablar, supondría que ellos tuvieran una *r* en muchas palabras como ser: *lidiatedaec* un tigre o un multicolor [overo]. Cuando los *indios* la pronuncian, parece que dijeran: *lidiatraec*. Pronuncie uno esta palabra *lidiatedaec* en manera de que él haga imperceptible la *e* entre *t* y *d*, ella ha de sonar sólo en forma como si hubiera en ellos una *r* aunque esa no existe como indica la voz escrita. Cuando ellos deben pronunciar la *f* dicen *p* como por ejem-

No tienen palabras
blasfemas

plo, Santa Fe, dicen *Santa Fe*. Por *Florian* dicen *Llorian* [«Lorian» en la pronunciación alemana].

Ellos desconocen lo que denota blasfemar; tampoco tienen blasfemias. He encontrado una sola pero no he notado que fuera tan mala como ellos me declararon que sería de mala y es ésta: *Elobgaec* que denota un animal muerto o un hombre muerto. En sí misma [la palabra] no será mala pero en el concepto en que los *indios* iracundos se la dicen los unos a los otros, tiene la acepción como si se dijera: yo quisiera que te murieras.

Cuando ellos quieren confirmar algo como verídico, no usan palabras como en nuestros países «por mi alma» «así como vive Dios» y semejantes fútiles y tremebundas palabras sino: *ncaenza* o *enamcaeen* que tanto una como otra denotan y sólo significan: «en verdad» o «verdaderamente».

CAPÍTULO VII

El *indio voraz*

Pregunta: ¿qué [come] y de qué modo come el *indio*?

Respuesta: los *indios* como paganos viven en los bosques de caza montesa, frutas del monte, raíces, miel, huevos de avestruz y de las otras aves grandes; de carpinchos, zorros, gatos silvestres, lagartos *cocodrilos*, nutrias y víboras grandes; de ratones campestres rojos; y también de pequeños conejos que tienen un aspecto de ratas grandes [cuises].

Hay entre ellos ciertas *naciones* que *jamás* comen carne sino siempre pescado como ser los *malvalaes*, los *isisthenes ichinipies* [Ijinipies] *pazaimes*, y *lules*; pero especialmente los *payaguás* que de continuo vagan en sus canoas sobre el *Silberfluss* [Río de la Plata] y también otros ríos. Hay otros *indios* que se alimentan de pura carne de caballo como ser los *charubas* [pro. jarubas]; éstos prefieren comer un potrillo joven que un ternero gordo. Varios fuera de éstos tienen igualmente también el alimento en caballos como ser los *pampas*, *pelchues*, *aucaes*, *serranos*. Otros a su vez se alimentan de carne humana que tiempos antes ha tenido también muy buen sabor para mis *mocovies* y los que aún en mi tiempo se la han saboreado sin mi saber ni voluntad cuando han peleado tan encarnizadamente con los salvajes que de éstos han sido muertos setenta y dos tanto hombres como mujeres.

Ellos comen también las langostas, tanto jóvenes como viejas como también los huevos que éstas entierran. También se alimentan de avestruces, leopardos, tigres y semejantes.

Generalmente comen asada la carne; pero si la cuecen, hierven la carne en el agua sin sal, la que no usan ni en la [carne] asada ni cocida. Ellos no comen ovejas, puercos [ni] gallinas: únicamente lo que es silvestre.

Ellos no tienen pan aunque lo comen con gusto cuando reciben alguno. Ahora como ellos viven de la caza, jamás pueden estar todos juntos sino que viven *en familias* separadas las unas de las otras. Tampoco tienen un asiento fijo donde permanecen sino que viajan entre la tierra silvestre por cien, doscientas y más leguas, de pronto en la orilla de los ríos, de pronto en el campo. Donde notan haber mucha caza montesa en el contorno, permanecen también hasta catorce días; se construyen chozas de ramas de árboles, cazan todos los días hasta advertir que la caza montesa ya ha sido bastante consumida; entonces abandonan sus chozas y prosiguen viajando hasta donde encuentran otra vez bastante caza montesa. Esta manera de vivir es toda su ocupación: fuera de ella no trabajan en nada. No saben nada de agricultura y son perezosos y haraganes para ella aunque podrían tener suficiente conocimiento de ella porque en frecuentes veces la han visto entre los españoles. Cuando ellos cazan tanta caza del monte que no pueden consumir [toda] la carne, la cortan en pedazos delgados, la cuelgan al sol y la dejan secar para que puedan llevarla consigo más cómodamente.

No tienen pan

Comen la carne sin lavarla

En realidad no comen jamás la carne cruda pero sin embargo [la comen] asada o cocida a medias. Tampoco lavan jamás la carne antes de ser hincada o colocada al fuego; sino que en cuanto el animal silvestre ha sido muerto, le sacan el cuero y estando aún caliente cortan pedazos de él, los asan y cuecen aunque la sangre corra todavía de ellos. Si bien se asa para todos que están sentados al lado de un fuego, cada uno debe sin embargo colocar al fuego para sí un asadito que él llama *Iya lagatolec*, esto es un asadito ligero por el cual él coloca el fundamento para la comida siguiente.

Cómo reparten entre sí la presa silvestre

Cuando tres o cuatro cazan y matan en común, ya tienen designadas las partes que les tocan según méritos y trabajos. Al que como el primero ha cazado y muerto el animal, le corresponde un cuarto posterior junto con el cuero entero; el que llegó primero en su ayuda recibe el segundo cuarto posterior; los demás reciben el cuarto anterior y los que han cooperado en menor medida deben repartirse entre ellos el resto. Jamás he visto entre ellos una pelea o descontento en esta repartija; todos se conformaban con lo que les tocara.

Ellos no se fijan mucho si la carne se ensucia en el suelo: ella irá al fuego con todo el barro. También ocurre que ellos juntan la que les sobra y que no pueden comer en un [mismo] sitio, lo echan sobre el caballo de modo que cuelga largamente por ambos lados hacia abajo y siguen cabalgando así. Ahora como deben cabalgar cruzando por baches y charcas, por aguas y barro, la carne llega a estar completamente mojada y barrienta. Cuando ellos cabalgan algo más rápidamente o cazan otra presa silvestre, la carne golpea contra el vientre del caballo y recibe mucho sudor y pelos del caballo pero ellos son demasiado haraganes de buscar agua para lavar la carne; la colocan en el asador tal cual se retira del caballo. Cuando yo les pregunté por qué comían carne sucia, me respondieron que el fuego consumía toda esta suciedad.

Un delicioso asadito indio

Yo tuve un buen bocadito en un bosque donde hice matar un buey; en ese día había llovido, cuando los *indios* despedazaron en el suelo el buey desollado, habían abierto también toda la panza por cuya causa todo lo devorado se escurría entre la barriga del buey. Los *indios* ya habían hecho entre sí la repartija pero dado a mí el grano de pecho y aquello que mi *Sebastián* sabía era de mi *apetito*. Pero yo vi sin embargo que él tardaba en colocar al fuego un asado para mí. Por eso ordené a otro *indio* que me agregara un *Iyalagatolec*. Él cortó enseguida un buen costado de la res que aún humeaba de calor natural, [y] corrió al fuego con él en el asador. Yo vi que éste, completamente revolcado en lo devorado estaba lleno de inmundicia [y] le ordené que lo lavara pero tuve que oír de él como de otros que el fuego consumía todo. Sin embargo, yo insistí que lo lavara porque había a mano bastante agua. Que anoten esta manera de lavar todos los cocineros desaseados y cocineras desaseadas: es un procedimiento muy fácil, rápido y poco carente de agua. El *indio* ya había colocado en el asador el pedazo de carne sucio y muy emporcado en lo devorado por el vacuno, corrió a un charco barriento, metió a la boca algunas manadas llenas de agua barrosa y arrojó el agua desde la boca sobre la carne, pasó la mano algunas veces por arriba y abajo sobre la carne y corrió con ella al fuego. ¡Qué tenía yo que decir y pensar sino lo que los *indios* solían decir a mí que

el fuego consume todo! ¿Quién hubiera querido ser entonces mi convidado? ¡Creo que ni un desollador! pero no obstante puedo decir en toda verdad que entonces y en [otras] frecuentes ocasiones cuando he comido semejantes asados, no he sentido asco o repulsión alguna y que lo he saboreado muy bien pero con ninguna otra idea sino que el fuego absorbe todo.

En la mayoría de los casos cuando yo viajaba con mis *indios* por dos o tres meses en las soledades, debí hacer una rápida comida al igual de los *indios* y contentarme generalmente con asados. ¡Quién podría llevar consigo ollas para cocinar cuando todos van de a caballo! Tómese un pedazo de carne, éste sea cortado en forma ancha y muy delgada o también en forma de una sogá larga y echado sobre las brasas enrojecidas. Apenas se necesitó de más que el tiempo en que se rezan tres o cuatro padrenuestros cuando ya estuvo comido. Yo me había acostumbrado ya tanto a este comistrajo que lo he saboreado con mayor agrado que un asado preparado conforme al arte. Debo confesar (otros me llamen o no un tragaldabas)¹⁸⁵ que después que yo he retornado de *Las Indias*, he sentido antojos más por un asado *indio* preparado de semejante *manera* que por una pierna de ternero preparada en óptima forma.

¡Lo que puede la costumbre! que (cuando yo había llegado desde *Las Indias* a Znaym)¹⁸⁶ frecuentes veces me ha incitado con un impulso muy grande a comer en alguna vez semejantes asaditos como yo había comido en muchas ocasiones en *Las Indias*, especialmente en los viajes. Debo confesar sinceramente y decir en verdad, sin que yo hubiera pensado en una voluntaria mortificación de mí mismo que yo, en carácter de *ministro* del *Colegio* de allí, he llegado un lunes temprano a la cocina donde he sorprendido mondongos lavados y limpiados antes del almuerzo enviados para la comunidad eclesiástica; como por lo general era usual el lunes estaban aún enteros y no cortados. Yo tomé un buen pedazo (hurto *apetitoso*) lo eché sin sal sobre los carbones enrojecidos: pronto estuvo listo mi almuerzo, lo comí al lado [del fogón] con un *apetito* muy bueno. Igual cosa ocurrió en Neuhaus¹⁸⁷ donde yo por el segundo cocinero que era un *candidato* y un joven de Eger, [que] también más tarde fue aceptado en la *Sociedad*, hice cortar para mí del recipiente o de la sartencita un pedazo de mondongo. El muchacho no sabía por qué o para qué [sería] pero yo eché éste [pedazo] sobre carbones ardientes y lo dejé en la creencia que era para los perros. ¡Qué esperanza! también al padre *Florian* saboreaba bien este almuerzo. En cuanto estuvo asado, invité con él al muchacho; con qué admiración y risa él participó en este almuerzo, puede imaginarse aquel a quien también esto parece tan extraño. No obstante yo le induje a que él también lo comiera y, tal vez por complacerme, él se sobrepuso y probó unos cuantos bocados sin dejar notar una repulsión pero no le ha hecho daño aunque no sin miedo lo mordiscaba.

185 / *Saumagen*, estómago de puerco.

186 / Ciudad en la provincia de Moravia.

187 / Ciudad en Bohemia. Sus habitantes son en mayoría checos; fue asiento de un Colegio de *Jesuitas*.

Fácil *manera* de asar rápidamente la carne a lo *indio*

La cura a base de asado puede usarse en la mejor forma en Las Indias

Yo recuerdo de cierta *cura* que los señores médicos suelen ordenar a aquellos que abrigan en su cuerpo una naturaleza viscosa y húmeda¹⁸⁸ y humores perniciosos. Es la *cura* por el asado que yo he visto usar mucho en las ciudades *indianas*. Yo aseguro que les hará mejores efectos que un asado a la parrilla o un asado zapatero¹⁸⁹ o semejantes que se suelen presentar en las mesas más distinguidas pues lo que el asado en sí pudiera tener de bueno, lo echan a perder los hierros de cocina, condimentos añadidos y especias que son no poco nocivas al hombre en su salud. Por eso mismo me parece que los *indios* llegan a ser tan viejos y muchos viven también más de cien años y que semejante edad no sería rara entre ellos si en el cazar y en otros esfuerzos excesivos inútiles no cometieren demasías y no fueren tan afectos a la gula y la borrachera. Quien tuviera un *apetito* de [comer] semejante asadito, se presente ante mí; yo conozco especialmente bien la *receta* y —si con ello se hace un servicio— quiero prepararle también el asado.

El mejor asado en Las Indias

Otro asado que es más limpio y que españoles más distinguidos suelen comer también al tiempo de sus viajes es la carne de vaca o ternera de la res sacada con cuero y pelos colocada en el asador y dejada asarse: esto no obstante se hallaría tal vez uno u otro que tuviere apetito a él; es cuestión de hacer una prueba. Por esta causa quiero agregar aquí la preparación.

Hay que saber que el mejor asado del cuarto trasero por sobre la cola [es] apto para él por las grasas con que la carne está entremezclada y a causa de la blandura de la carne. Esta carne se corta junto con el cuero superior en una media vara de largo hacia la cruz; a lo ancho a ambos lados de los cuartos en un grosor de dos dedos; por el medio entre cuero y carne debe ser metido el asador y para que el asado que es ancho no se contraiga de golpe, se le ponen dos flechas metidas en forma de cruz que mantienen enhiestas las cuatro puntas del asado. El lado que está cubierto por el cuero debe ponerse como primero al fuego para que se queme el pelo; entonces el asado queda como de un puerco montés chamuscado. Cuando el asado ya se ha contraído, el cuero [está] tan tieso que se oye el sonido del cuchillo como si entre cuero y carne hubiere un vacío, el asado es tornado al otro lado que aún no estuvo al lado del fuego: éste [una vez] bien asado y todavía jugoso se retira del fuego pero en modo que tenga suficiente calor para que el asado quede jugoso y no se reseque. Luego se saca del asador y se coloca sobre la parrilla o sobre la tierra desnuda. Y no hay que tener cuidado que la fuente reciba alguna suciedad pues de por sí está negra como quemada; este cuero quemado del asado sirve en vez de fuente. Se tajea en forma de cruz la carne hasta al cuero del cual es despegado el pedazo asado. ¿A quién no le daría apetencia? Pronto se muestra una sopita [juguito] que se junta tras cada tajo tan jugoso. Yo bien puedo asegurar que un asado preparado así sería muy agradable para muchos, especialmente si fuera preparado con esa limpieza con la cual se suele proceder en nues-

188 / *Fruchte* en el original, que supongo error *por feuchte*.

189 / *Sehusterbraten*. No hemos encontrado datos al respecto pero probablemente significa «churrasco» muy condimentado.

tros países. Pregunta: ¿cómo comen los *indios* sus asados? Respuesta: ellos toman un buen pedazo del cuarto trasero del buey en un peso de seis o más libras. Tan grueso que sea, se coloca cerca del fuego en un asador de madera; cuando un lado está asado, el *indio* gira hacia sí el costado asado, comienza en seguida a descortezar lo pardo en el asado y a comerlo. Ínterin mientras él come, se está asando el otro lado al cual él gira de nuevo hacia sí, corta por encima poco a poco lo pardo y come; mientras esto ocurre de nuevo, el primer lado despellejado ya está nuevamente asado y así él [*indio*] procede con él como antes y hasta tanto que él ha comido, poco a poco, el asado hasta [llegar] al asador.

Pregunta: ¿cómo cuecen y comen ellos la carne cocida? Respuesta: ellos colocan al fuego una olla sin agua de modo que la olla a veces comienza a arder antes de verterse agua en ella pero dan apenas la cantidad de agua cuanta pueda contener la tercera parte de la olla. Después cortan en pedazos la carne sin lavar, llenan la olla tan repleta con ellos que los pedazos están amontonados muy por arriba de la olla. Después que han hecho hervir con la poca agua los pedazos inferiores en la olla de modo que la carne ya ha recibido una blancura la retiran del agua, sacan otra vez toda la carne, colocan primero la sin cocer y luego la ya cocida por encima de ella [y] la dejan hervir otra vez por un tiempo. Luego proceden como antes y lo repiten tantas veces hasta que toda la carne tiene aspecto de blanca por el cocer. Luego vuelcan todo sobre un cuero en un montón y consumen de ahí primero la escasa sopa lo que ocurre así: toman una fuente de barro en la cual vuelcan la sopa. Los *indios* están sentados en rueda en derredor de la carne. *Pasa* de uno a otro la fuente con la sopa de la cual cada uno hace un solo sorbo y [ella] circula hasta tanto la sopa se termina hasta la última gota. Hay que advertir que en esta preparación no se usa más que agua y ningún condimento ni sal. Al fin se acomete contra el montón de carne a cuyo lado tienen una fuente grande en la cual tienen, bien sea grasa derretida de tigre, de avestruz o de vaca. Si les faltan tales grasas, toman el sebo ora de una vaca ora de un ciervo, muerden un buen bocado, lo mascan bien, lo sacan mascado de la boca y lo pasan por el sebo derretido o las grasas, luego vuelven a tomarlo en la boca y comen mientras hay algo. Yo debo confesar que yo también he usado frecuentemente esta manera de comer, primero por curiosidad, luego por necesidad pero sólo con grasas de tigre y de vaca. Sin embargo en algunas veces empleé la sal para ella, pero encontré mejor sabor sin sal. No hay duda que con estas pruebas y otras semejantes he perdido todo asco y repulsión y por ello los *indios* concibieron no menor afecto hacia mí cuando vieron que yo no aborrecía ni desprecia-ba su manera de comer y su modo *indio* de cocinar.

Una manera de cocinar aún más *apetitosa* he visto en un bosque y más tarde en frecuentes veces también en el barco cuando con mis *indios* navegaba por cien y más leguas por el *Silberfluss* [Río de la Plata] arriba. Teníamos una navegación divertida, especialmente cuando navegábamos entre las islas y afluentes del *Silberfluss* en cuyas riberas solían estar y dormían al calor del sol muchísimos carpinchos. En cuanto veíamos sentados algunos, cesamos desde lejos en remar y dejamos deslizarse la embar-

cación sólo con las velas, nos acercábamos con la barca muy cautelosamente hasta cuarenta o veinte pasos pero yo, con un certero fusil, aplicaba una bala al carpincho más gordo; algunos [de los acertados] quedaban echados en la orilla, otros saltaban al agua y como la bala los mortificaba y ellos comenzaban a desangrar, levantaban la cabeza por sobre el agua y nadaban lo mejor que podían; ahí había ya diversos *indios* con sus dardos, los metían a los carpinchos por el vientre, saltaban al río y mediante el dardo tiraban el animal traspasado desde el agua a la barca. Las entrañas fueron tiradas de nuevo al agua, lo demás quedaba en el barco. De esta manera yo tenía ocasión de matar desde ocho a diez piezas durante el día. En cuanto los *indios* veían que el chanco había sido tocado, metían tal gritería de júbilo que ella resonaba fuertemente entre las islas y los bosques. Ellos tenían el mayor placer en ver con cuánta rapidez la bala, junto con el estampido, penetraba en el animal y que con ella se podía matar tan bien. Pero estaban aún más contentos cuando recibían la carne desde la olla a la boca. Si bien ellos comen de agrado la carne vacuna, les es sin embargo mucho más grata tal carne silvestre.

Para volver ahora a hablar de su manera de cocinar, he observado una limpieza aún más distinguida que la anterior. Ellos tomaban un carpincho y lo cortaban en pequeños trozos con cuero y pelo, echaban estos pedazos en la olla con poca agua, hervían todo poco a poco, como arriba, tomaban la sopa y finalmente sacaban de los trozos el cuero recién cuando ya comían en realidad. Para semejante comistrajo se me fueron toda gana y *apetito*, tampoco he podido llegar a tanto de haber probado un solo trocito de él.

De los avestruces comen sólo los dos cuartos o «dipe»¹⁹⁰ y tampoco pueden comer otra cosa de ahí porque el cuerpo entero [tiene] muy poca carne. [Estas aves] no tienen un pecho bien provisto de carne como otras aves sino puro hueso forrado de cuero, lo mismo el dorso. Entre huesos y cuero tienen las grasas sin carnes las que los *indios* hierven y después mascan la carne cocida y la meten [en] las grasas para comer. Los ratones del campo y los *conejos* que ellos llaman *Nezogona* no se hierven ni se asan sino se fríen lo mismo también los lagartos. Ellos echan afuera los intestinos, a los primeros les arrancan todos los pelos y los entierran junto con el cuero en ceniza caliente. Cuando están fritos, sacan la piel y [los] comen.

Ellos colocan una tras otra en una ramita delgada las langostas crecidas que tienen la misma figura como en nuestros países, la pasan algunas veces por el fuego y comienzan a comer. Otros matan las langostas y las tuestan al sol, así resacas son machacadas a un polvo que se echa en una olla con agua y se cuece para papilla. Cuando las langostas ponen huevos, hacen pequeños agujeritos en la tierra donde colocan sus huevitos; ahí van las *indias* con sus hijos, excavan los huevitos, los cuecen en una olla con agua y cuando están bastante cocidos, ellas se ponen a la mesa¹⁹¹.

190 / Voz escrita en letra alemana. No nos ha sido posible encontrar esta voz en lenguas germana o eslava.

191 / *Tafel*: mesa de banquete. Aquí en sentido irónico.

Comen ratones del campo

Comen langostas

Los *indios* cazan de la siguiente manera las langostas nuevas que aún no pueden volar sino que sólo saltan por el campo: ellos cubren un sitio grande con paja, las mujeres y los niños se colocan en derredor, desde una distancia comienzan a arrear las langostas hasta que todas han llegado a la paja extendida; encienden luego la paja por todos lados y asan las langostas. Luego se sientan ahí al lado y las devoran completamente o medio quemadas cuantas pueden [comer], juntan las restantes, las llevan en bolsas a sus chozas y se mantienen con ellas mientras tienen existencia. El *indio* jamás comerá una bestia flaca por más hambriento que él estuviere salvo en la miseria más grande; pero él usará de todos los medios de obtener un trozo de grasa o de sebo aunque éste fuere ya viejo, podrido o hediondo sólo para poder mojar en él la carne flaca y comerla.

Ellos beben también el sebo derretido y grasas sin que hiciera daño a alguno. Yo no sé cómo es posible que ellos puedan digerirlo tan bien. Yo estuve obligado a hacer yo mismo para mi uso en mi vivienda todas las velas y también el jabón para lavar; para esto yo empleaba muchos muchachos *indios* chicos que debían ayudar¹⁹². Un grupo de ellos ponía el pabilo a las velas, otra parte [les echaba] el sebo derretido, otros machacaban el sebo, otros lo diluían en una olla. Los que tenían el cargo de verter las velas empleaban cáscaras partidas por el medio para recoger el sebo derretido y volcar sobre el pabilo. Apenas me inclinaba yo a un lado, el *indio* ya estaba con la cáscara en la boca a beber el sebo; no era posible que yo pudiera tener tan exacta atención a todos sin que ellos en alguna que otra vez no tentaran un sorbo. Para que yo obtuviere tales peones y colaboradores cuantos quisiera, bastaba que les permitiera comer los chicharrones del sebo derretido los que juntados en un montón comían en comunidad.

Pregunta: ¿se restriegan la boca después de comer? Respuesta: para restregarse las manos y la boca les sirve la hierba de la tierra o los perros, pues ellos arrancan un manojito de hierba, con él se restregan las manos y la boca. Si hay perros presentes —los que casi nunca faltan— refriegan las manos en sus pelos y pasan por algunas veces con la boca por sobre su lomo.

Yo tenía en mi edificio recién erigido un pasillo a ambos lados de una anchura de tres varas por todo que estaba soportado por columnas de la más fuerte madera roja; éstas ya estaban negruzcas de puras grasas pues en cuantas ocasiones los muchachos que me servían en la mesa habían lamido algo de los platos, iban a estas columnas y limpiaban ahí sus bocas. Otros agarraban sus largos cabellos y limpiaban la boca y las manos. También algunos atrapaban de la cabeza a otros y usaban los cabellos de ellos en vez de *servilletas*. Cada uno admitía de buen grado que la boca grasienta se refregara contra sus cabellos porque todos estaban acostumbrados a untar sus cabellos sea con grasas o con aceite vegetal para que fueren lustrosos.

A más he observado que ellos no tenían dificultad en encontrar o en fabricar pronto una cuchara cuando querían tomar con cucharas el caldo a la *manera* española al igual que una sopa. Algunos tomaban un pedazo de cuero, raspaban los pelos, corta-

Beben el sebo
derretido

Sus cucharas

192 / Oración embrollada por cambio del sujeto; la aclaro en esta forma.

ban con el cuchillo una plancha redonda con una palita ancha, metían la plancha aún húmeda en una cavidad formada para ello para que llegara a ser *convexa*, la dejaban secar y la tomaban para su uso. Otros toman un cuerno, lo parten por la mitad a lo largo, redondean la punta y [éste] les sirve no sólo para cuchara de tomar sino también para cucharón. La tercera manera de tener una cuchara es más fácil que todas las demás; ellos toman una concha de las más grandes que se encuentran en todas partes al lado de los ríos y lagunas, hienden un palito y meten la concha en la hendedura; ahí tienen una cuchara con mango cuan largo quieren tenerlo. Pregunta: ¿qué otras cosas comen los *indios*? Respuesta: yo tendría que escribir mucho si debiera referir en su orden todos sus bocados regalados; bastante *apetitoso* es lo que ya he manifestado. Sin embargo como he sido sólo sincero en mi narración hasta ahora, no me tomará nadie a mal si uso en adelante la vieja sinceridad. Pero ruego a aquel que está sometido a una presta repulsión o asco que no lea ni escuche lo subsiguiente: ¿qué otra cosa devoran aun los *indios*? ¿Puedo decirlo? ¡Sin miedo sea dicho! Así sea. Con permiso del lector: ellos comen también los piojos tanto de sus propias cabezas como de cabezas ajenas. Por lo común usan de este *confite* después de comer. Ahí uno toma la cabeza del otro, busca hasta que encuentra; el piojo cazado debe ser mordido en seguida debajo de sus dientes, al cuero lo tira fuera de la boca. Esta costumbre tenían no sólo los *indios* míos sino todos los de las diferentes *naciones* que yo he conocido. Ellos no reparan aunque algún otro contemple sus pasatiempos tan asquerosos. Mis *indios* ponían buen cuidado en no hacer tal procedimiento en mi presencia pues yo no me les callaba jamás y los amonestaba en seguida.

Pregunta: ¿sin embargo los *padres misioneros* mantendrán mejor aseo en el comer?

Respuesta: yo puedo asegurar que jamás he visto a un *misionero* comer piojos pero tengo la más cierta experiencia que ni en la cocina ni en la mesa se observa aquel aseo y limpieza como correspondiere a un sacerdote. Pues el sacerdote si quiere tener sobre la mesa algo que podría comer sin repulsión o asco, debe él solo preparar todo, ir a la cocina y estar al lado de las ollas sin que se aproxime un *indio* sino todo su empleado aseo está sucio. Pero es imposible que el sacerdote desempeñe este cargo a causa de otras necesidades ocurrentes que le expulsan de la cocina. Ahora quien quiere comer sin asco debe evitar la cocina y sortear los cocineros *indios* para no perder todo el *apetito*.

En estas nuevas *misiones* algunos *misioneros* tenían la suerte de recibir en regalo por buenos y devotos españoles un moro cocinero enseñado; otros tenían alguno que habían comprado por algún precio. Pero ¿éstos eran pues leales a la limpieza? Yo no conozco ninguna diferencia entre ellos y los *indios*, pero sé eso: los negros hieden más que los *indios* y yo creo que los *indios* no son tan asquerosos como los negros. Yo no poseía lo suficiente para poder obtener un cocinero semejante, por lo tanto yo empleaba *indios* pequeños que tenían el encargo de estar sentados al lado de las ollas, revolver algunas veces la comida y no dejar apagarse el fuego. Si ellos hubieren hecho solamente esto, hubiera sido pasable; yo no necesitaba más que eso pues toda mi comida cocida era sal, agua y carne. Pero en frecuentes veces yo encontraba en derredor del fuego cuatro,

El cocinero casero
de un *misionero*
en una nueva
reducción

también cinco muchachos que eran *camaradas* de mi joven cocinero y en esta reunión unos se peinaban los cabellos, otros se buscaban los piojos de la cabeza. Yo digo en verdad que en frecuentes veces he sacado de la sopa en la mesa los cabellos *indios*.

Si el *apetito* podía serme debilitado en la cocina, debía haberseme ido toda gana de comer en la mesa. Generalmente yo tenía parados en derredor de la mesa doce a quince, aún más muchachos que en mayor parte tenían menos de cinco o seis años [de edad], niños tiñosos, sarnosos, hirsutos, sucios y hediondos que cual foragidos esperaban o el plato o un pedacito de pan. Apenas atrapaban un plato corrían a unirse tres y cuatro; cada uno raspaba con la mano o lamía con la lengua. ¿Quién pondría luego mayor atención en qué harían después con el plato cuando lo habían lamido bastante? En una ocasión me pareció extraño que tan pronto y en corto tiempo yo recibía de vuelta el plato; puse exacta atención a lo que hacían después y observé que tras lamer el plato, pasaban a un rincón, escupían sobre él y al fin lo fregaban con la punta de su pielcita que se cuelgan. En su consecuencia yo ordené en seguida que uno o dos de mis muchachos más grandes que me servían en casa, tuvieren cuidado que lo sobrante fuere reunido y entregado después del almuerzo terminado a los muchachos pero de ahí en adelante los platos y demás vajillas de mesa no deberían ser dejados en manos de ninguno.

Algunos preguntarían ¿por qué causa yo había admitido muchachos sucios cerca de la mesa y no los había alejado del cuarto? Pero yo también podría preguntar si yo con ello hubiera hecho mucho bien a ellos y a sus padres. El *misionero* debe aún alegrarse si los padres admiten que sus hijos puedan entrar en la casa del *misionero* y cuesta grande y largo trabajo que entre *indios* recién *reducidos* se atraigan por lo menos los niños; cuando los niños son ya tan domados que de buen grado estén al lado del *misionero* se han ganado a medias sus padres. Si los niños temen la casa del *misionero* y se apartan de él, no se debe esperar que los padres se le acerquen. Lo primero de todo debe ser atraer hacia sí los niños mediante cualesquiera buenos medios. Cuando los niños están contentos a su lado, se dejan estar más en la casa del *misionero* que en su propia choza; los padres al notar que el *misionero* los admite de buen grado a su lado, los cuida, también les regala, están muy conformes y se animan aun ellos a visitar el *Pater*; mediante esto él tiene la mejor oportunidad de hablar con ellos y hacerlos afectos para con él pues ellos deducen que el afecto y la amistad demostrada a sus niños fuere útil también a los padres. Por los niños el *misionero* toma conocimiento de muchas incorrecciones que ocurren entre la gente de las cuales él jamás hubiera sabido si no hubieran sido delatadas por los niños. Además a los padres les es cómodo no ser fastidiados todo el día por sus hijos y ellos saben que uno les da igual cuidado que ellos mismos, que éstos son atendidos y no padecen miseria. Muchísimos que tal vez hubieren vuelto a la tierra silvestre han sido conservados para el pueblo porque los hijos estaban demasiado acostumbrados a los *misioneros*. Recuérdese cómo el *cacique Cithaalin* ha sido conservado por sus hijos. Tales causas y otras aún más importantes me animaron a admitir a mi lado de buen grado los niños aún más asquerosos. En lo

Los sirvientes de
mesa

Cómo los niños
prestan utilidad al
misionero

El ayuno de un misionero

demás yo mantenía el aseo tanto dentro de la casa como en la cocina cuanto yo podía y las circunstancias lo permitían. En el campo y en los bosques yo debía conformarme con todo, amoldarme al tiempo, al lugar y a la compañía.

En la aldea yo tenía bastante y suficiente carne para comer pero como los cocineros era también la preparación.

En el tiempo de ayuno la cosa era muy justa: aunque el río era rico en peces, sin embargo en tiempo de invierno los peces no querían picar frecuentemente en anzuelo alguno; tampoco se podía matarlos a flecha porque estaban demasiado hondos en el agua. Durante todo un tiempo de ayuno me sucedió que sólo en tres ocasiones pude obtener pescados pero yo tenía huevos en superabundancia. Inmediatamente en el ayuno siguiente no me faltaron pescados, tuve una gran abundancia de ellos pero no pude obtener un solo huevo aunque algunos cientos de gallinas correteaban por el pueblo. También ocurría que en algunos ayunos yo no obtenía ni huevos ni pescados; por lo tanto estuve obligado a comer únicamente verduras hasta el domingo de la *Pasión* hasta que me enfermé fuertemente y por ello debí comer carne. Durante este ayuno de hierba me visitó otro *misionero* que venía del pueblo *San Jerónimo* y viajaba a la ciudad de *Santa Fe*; él no había comido en este día nada mas que un huevo de avestruz que sus *indios* habían hallado en el campo. Él venía desde cuarenta leguas y era *misionero* instituido y párroco de los abipones. Él solicitó comida. Yo prometí darle cuatro platos que también en realidad fueron llevados a la mesa. Después de una sopa insulsa vino una fuente llena de repollo blanco, después de ésta berza de coles toda con caldo; a ésta siguió una fuente de repollo blanco con aceite de olivo y vinagre, al último una fuente de berza con manteca y sal. El *Pater* me miró y comenzó a sonreír y me preguntó si habría queso pero no lo había en provisión; por lo tanto tuvo que contentarse con berza y col.

Sin embargo yo había escrito a nuestro *procurator* que me mandara algunos *fasoles* y lentejas para que durante el tiempo de ayuno [yo] estuviera provisto de alguna verdura, pero no obtuve nada y la respuesta fue: en cuanto yo no tuviera comida de ayuno usara el *decreto* del papa León Undécimo. Tal contestación me pareció extraña que él en lugar de *fasoles* y lentejas me dirigiere ese *decreto*. Yo le contesté rápidamente y dije: si el decreto *Leonis* contuviera *fasoles* y lentejas, yo no las hubiera pedido al *P. Procurator* pues yo lo tenía bien guardado en mi baúl el *decreto*, yo tampoco pedía de él un decreto sino *fasoles* y lentejas. Tal respuesta trajo pronto lo que yo había pedido junto con una carta en la cual él me decía las siguientes palabras: él no había creído que los venidos desde países fríos fueren tan ardientes. Esta digresión de mi relato sea asentada aquí por la ocasión que me hizo recordar de ella.

Aunque había suficiente carne en la aldea tanto de vacuno y de ovejas y de puercos como de gallinas, no se podía comerla con agrado, en parte a causa de la preparación desaseada, en parte por falta de las cosas correspondientes. Yo no tenía en casa más condimento que pimienta española que yo plantaba en mi huerto o la pequeña pimienta silvestre que mis *indios* llamaban *Itimagaye*, los *guaraníes* *Cumbari*, los españoles *Ají*; de otras cosas yo no tenía nada.

Una sola vez solicité del *Procurator misionero* alguna pimienta; faltó poco que él me hubiere atendido con las palabras con que Cristo atendió al diablo en el desierto: *vadepost me Sathana, scandalum es mihi*¹⁹³. Él me contestó que él extrañaba que un *misionero* que había resuelto soportar todas las penalidades junto con los *indios* y aguantar toda falta de las cosas necesarias, solicitaba al fin que se le enviaran especies, esto no era otra cosa que querer darle un escándalo. Esta respuesta me impresionó tanto que a causa de gran sensibilidad le contesté en seguida y traté de quitarle el escándalo de la siguiente manera: Reverendo *Pater Procurator*: en *Bethania* los discípulos del Señor estuvieron con Cristo en la casa de *Simón* y como vieron que una mujer llegó a Cristo y volcara sobre su cabeza un precioso unguento, los discípulos se fastidieron y llenos de celos comenzaron a murmurar: —¿para qué sirve este derroche? se hubiera podido vender y dar el importe a los pobres. Todos ellos estuvieron en el *Collegio*, éste es el *Collegio apostólico* y entre ellos [estuvo] sin duda también Judas que fue el primer *procurator*. ¿[Este] habrá sido también el primero que hubiera murmurado por ello? Los discípulos estaban aún reunidos en el *Collegio* y ninguno [fue] hasta entonces un misionero del mundo que hubiere vivido separado de los otros. Yo noto, mi *Pater*, que Usted vive aún en el *Collegio* en el cual Usted está sin preocupaciones por el sustento y ropaje porque otros atienden a Usted. Yo sé también que Usted rompe sus ropas más en el trasero que las suelas de los zapatos en sus pies (yo le envié también un par de zapatos viejos en los cuales las suelas ya estaban gastadas y yo por tres meses había andado a pies descalzos); también me es conocido que si el cocinero no ha preparado las comidas conforme al gusto, debe escuchar después de la mesa algo del salmo de las maldiciones. Yo quisiera únicamente que Usted hiciera conmigo sólo por algunos días un paseito por entre la naturaleza silvestre; creo que Usted saborearía otra pimienta que la que yo he solicitado de Usted. ¿Usted cree que a un misionero corresponda solamente vivir sin ayuda alguna, con falta de todas las cosas y en continuo sacrificio? No, mi *Pater*, recuerde Usted lo que dice Cristo: el trabajador valga su salario y [recuerde] la divina sabiduría que al buey que trilla no se le debe atar la boca. En cuanto si Usted acaso vive en toda abundancia y cree haber merecido esto ya que Usted todo el día aprensa el sillón, reflexione Usted que también aquellos que en las regiones selváticas soportan calor y frío, vientos y tempestades, hambre y miseria [y] están en continuo peligro de vida y deben padecer el mayor desasosiego para la salvación de las almas, son dignos de una refección que es la más ínfima entre las que disfrutaban y que yo he pedido. *Veniat* —seguí diciendo— *me-cum vadat por loca deserta absque pera, sacco et calceamentis, loculos tamen, quos forte domi habet, domi abjiciat. Commendo me etc*¹⁹⁴. Esta carta pimentada procuró pronto la pimienta pedida y la respuesta agregada era muy moderada y suave, llena de excusas.

193 / Oración embrollada por cambio del sujeto; la aclaro en esta forma: Retrocede de mí, Satanás, eres un escándalo para mí.

194 / Que venga, que camine conmigo por lugares desiertos sin mochila, saco ni calzado, también los cajoncitos que acaso tiene en casa que los deseche en casa. Me encomiendo, etc.

Ensalada de un misionero

¿Qué hacía yo cuando yo quería comer una ensalada para refrescamiento bajo tan gran calor? Yo reunía diversas hierbas, el rábano silvestre que tiene un sabor como be-
rro de fuente, agregaba a él hojas de rábano, cortaba todo a pedazos menudos, junto
con uno que otro diente de ajo y agregaba alguna cebolla; yo bien tenía vinagre pero nada de aceite
de olivo pero yo me remediaba: yo tomaba ya miel, ya buen tocino, éste suplía en ocasiones la
falta de aceite de olivo. Va a haber aún muchas ocasiones de hablar de mi cocina y sustento; por
ello retorno de nuevo al camino de mi relato sobre mis *indios*. Después que hemos comido de
la comida de los *indios* y en el modo como comen, se querrá saber de buen grado si los *indios*
observan en la comida una moderación; por ello hay la pregunta: ¿si los *indios* comen mucho
o poco?

Respuesta: se sabe que en los países fríos las gentes comen mucho más que las que viven en
países cálidos; la causa parece ser natural porque en los países fríos en tiempos de la helada, todo
el calor del cuerpo se contrae al interior por cuyo motivo el estómago debe llegar más pronto
a la digestión. Pero en países calidos el calor natural queda repartido por el cuerpo porque nin-
gún frío lo contrae desde afuera o lo obliga a meterse en el interior por cuyo motivo la diges-
tión de las comidas no sería tan rápida en estos países como en aquéllos. Pero la experiencia
me ha demostrado lo contrario pues por continua atención he hallado que un solo indio
puede devorar más en una sola sentada que ocho personas de países helados. En realidad con-
forme a mi comida puedo decir en verdad que un indio en un día puede comer más que yo en
tres semanas. Muchos reirán ante esta comparación y pondrán en duda si yo acaso no hubiera
usado vidrios de aumento cuando yo he medido lo que el indio devora en un día. Pero yo apelo
a otros *misioneros* que conocen los *indios paracuarios* y han vivido con ellos por muchos años¹⁹⁵.

Tres guaraníes devoran un buey entero

Antes de que yo partiera hacia *Las Indias* me admiré cuando había leído en el Welt-
bote [Correo Mundial] del P. *Stoecklein*¹⁹⁶ que tres *indios guaraníes* de una sentada ha-
bían devorado por tanto tiempo hasta haber comido un buey entero. Cuán increíble
esto me había parecido, tan convencido quedé no sólo cuando he oído por otros misio-
neros estas aparentes imposibilidades en *Las Indias* sino que las he visto poco a poco
también en mis propios *indios*.

Algunos misioneros de las misiones guaraníes me contaron que estos *indios* al ser destinados
a la agricultura por sus sacerdotes, reciben cada uno dos bueyes para el trabajo, ocurría también
por frecuentes veces en cuando los *indios* padecían hambre que ellos sin reflexión mataran
uno de estos bueyes de tiro y lo comieron. En semejante ocasión tres *indios guaraníes*
acosados por el hambre habían matado un buey [y] habían estado sentados a su lado
basta que terminaron de comer todo el buey.

195 / Por ejemplo, Sepp, Dobrizhoffer, Sánchez Labrador.

196 / *Jesuita* escritor, pero que no parece haber sido misionero en América. Paucke escribe
en su mala ortografía alemana: Welt Pothe. Según nos informa el doctor Guillermo Roh-
meder el título de esta publicación editada en 28 partes en Augsburg y Graz desde 1726
-1736 por el padre José Stoeckleim fue: *Der Neue Weltbott. Mitallerhand Nachrichten
deren Missionarium Soc. Jesu.* (El Nuevo Correo Mundial, con diversas noticias de los mi-
sioneros de la Soc. Jesu).

¿Qué ocurrió con mis *indios*? Yo viajé con cinco de los míos a la ciudad de *Santa Fe*; hicimos campamento nocturno en el campo al lado de un riachuelo; entre estos cinco *indios* se hallaba conmigo el *cacique Aletin*. Ellos habían comido poco durante el día; por esto ordené carnear una vaca. Yo tenía conmigo un solo muchacho, el *Sebastián* que cortó para mí y para sí también un buen pedazo de carne para que nosotros tuviéramos un buen almuerzo. Los asados que los cinco *indios* desde un comienzo clavaron al fuego ya me causaron pensamientos de preocupación porque eran tan tamaños que yo dudaba que ellos terminaran de comerlos pero creí que ellos dejarían acaso algún sobrante para la mañana siguiente. Después que hube comido mi cena y realizado lo que me restaba de orar a la luz del fuego, me acosté. Mi yacija era en el suelo (sobre) un cuero de tigre, el recado mi almohada y mi *poncho*¹⁹⁷ o capote la colcha. Temprano me desperté, cuando ya reflejaba la aurora, grité a mis compañeros de viaje que se persignaran con la señal de la Santa Cruz, dieran gracias a Dios por la noche bien pasada y pidieran gracia y amparo durante este día. Yo los miré; tres de ellos estaban sentados aún al lado del fuego y devoraban; uno junto con *Aletin* estaba echado de barriga y charlaba con los aún devorantes. *Aletin* se levantó de un salto y corrió hacia su caballo, lo mismo hizo también el otro y comenzaron a ensillarlos; los otros tres trajeron también sus caballos, pero *Sebastián* preparó en el ínterin un asadito. Mi caballo de silla estuvo también presente pronto. Como yo permanecía aún al lado de mi fuego, mis *indios* volvieron a sentarse otra vez al lado de su fuego y comieron a gusto lo asado restante. Al fin me levanté y les indiqué que ya era tiempo de proseguir nuestro camino pero que ataran la carne sobrante, la echaran sobre los caballos y llevaran con ellos. Ahí se presentó *Aletin* con la alegre noticia que ya no tenían más carne que debieran echar sobre los caballos. Yo me sorprendí y no quise creerlo pero como *Aletin* me mostró los huesos que yacían en derredor de nuestra cocina de campo, quedé convencido. ¡Buen apetito en lo futuro —dije yo— mi querido *Aletin*! Si cinco personas de vosotros devoran todas las noches una vaca, tal vez también una durante el día, terminaremos pronto con nuestro ganado pues durante un año cinco personas de ustedes podrían devorarse setecientos cuarenta vacas; ¿cuántas vacas quedarían invisibles en el tragadero de unos quinientos *indios* durante el año? *Aletin* notó que yo me hallaba algo fastidiado por ello, quiso consolarme y rogó que por esta vez olvidara lo sucedido, ellos se contentarían en lo porvenir con menos alimento, pues (dijo él) cuando nosotros tenemos o mientras tenemos, cesamos apenas en dejar sin asado u olla al fogón hasta que todo está comido; y aunque somos tan glotones somos después también tan fuertes y saciados que podemos aguantar sin comer cuatro días. Nosotros creíamos que podíamos comer como quisiéramos porque tú nos habías dejado toda la carne. En adelante reparte tú mismo y determina lo que comeremos a mediodía o al anochecer para que yo pueda decir que era voluntad tuya. Si ellos notaran que yo hago esta repartición me conceptuarían un mezquino y pensarían que yo fuera quien les midiera

Cinco *mocovíes*
comen una vaca en
una noche

Yacija del
misionero

197 / *Ponkl* en el original. El que dictó el verdadero escrito de Paucke pronunció la *ch* como *k* a la alemana y leyó la *-o-* final como *-l-*.

Doce *indios*
devoran en una
noche 43
carpinchos

la carne; pero yo no quiero ser mirado como un mezquino o *Achimatiaec* entre la gente.

Por esto de ahí en adelante yo repartía siempre lo que yo creía suficiente e indicaba el tiempo en que tendríamos carne fresca; de ahí en adelante no tuve fastidio y no noté tampoco contrariedad alguna entre ellos. Yo observé también que cuando ellos tenían suficiente carne vacuna para comer, no ponían empeño alguno en cazar un animal montés pero si les era medida la carne durante el viaje, tenían ellos suficiente caza montesa a mediodía y al anochecer. Otra prueba de su glotonería tuve en otra vez cuando con doce *indios*, todos carpinteros, estuve en una isla del Paraná para allí abatir palmeras y maderas para la construcción de la iglesia. Yo tenía conmigo los suficientes vacunos para su mantención durante ocho días. Pero yo vi que mis *indios* no pensaban en la sobriedad y se dedicaban más a devorar que a trabajar. Al fin hice lo que *Aletin* me había aconsejado: carneó un vacuno para tres comidas y di a cada fogón según la cantidad de personas la carne correspondiente. Ninguno de ellos demostró un descontento; sin embargo a la segunda comida había poco sobrante. A la tercera todos estuvieron echados de barriga y como no tenían nada que comer sólo descansaban sin dar señal de que querían comer. Algunos disipaban el hambre mediante bromas, otros fueron a orillas del río a tirar a los peces, pero otros eligieron el mejor medio contra el hambre, a saber el sueño. Entonces me fue difícil hacer matar otra vez un buey y más difícil aún en no proporcionarles comida alguna ya que ellos trabajaban a mi satisfacción. Yo no hubiera reparado entonces en hacer carnear un buey para ellos si yo no hubiera temido que ellos, a causa de mi generosidad, podrían pensar: sigamos devorando fuertemente, cuando el *Pater* verá que no tenemos más nada [de comida] ya la procurará.

Yo pensaba de todas maneras de qué modo yo podría remediar esto sin perjuicio; me resolví por eso a holgar más bien un mediodía y hacerles un pequeño deleite espiritual que carnear un vacuno fuera de tiempo. Por lo tanto les pregunté si tenían ganas de cabalgar a la caza por mediodía a la tarde y matar carpinchos. Con gritos de júbilo escucharon esta proposición. Pronto estuvieron a caballo con sus dardos. Yo quedé solo con mi *Sebastián* y los despedí en nombre de Dios. Ya era muy oscuro cuando ellos volvieron de su caza. Los caballos estaban liados de pura carne de carpinchos que apenas podían transportar. A propósito conté cuántos habrían matado entre grandes, medianos y chicos había cuarenta y tres piezas de ellos. Los puercos más grandes eran en realidad tan grandes y aún más grandes que un cerdo manso mediano. Pronto hicieron una tamañana fogata, todos colocaban a su lado los puercos cuantos cada uno había muerto. Yo estaba sentado al lado junto a mi fogón y observaba solo en todo silencio qué ocurriría. Ellos despedazaron sus puercos; los más grandes en cuartas partes, los medianos por mitades y dejaron enteros a los chicos, los traspasaron así con cuero y pelos con sus asadores y lo colocaron cerca del fuego. Yo vi diez y ocho asados parcialmente de cuartas partes, parcialmente de medias partes y parcialmente de puercos chicos. Al lado de éstos tenían una gran olla que podía

contener un medio cuarto de un cubo¹⁹⁸ de agua, a ésa la colocaron en el centro del fuego, volcaron adentro apenas la cuarta parte de agua y echaron en ella los trozos de puercos partidos con cuero y pelos hasta que la olla estaba sobrepasada de carne, procedieron también en el modo como ya he indicado en nuestra navegación arriba. Después habían devorado todo en conjunto para mi mayor admiración. Tras corto rato ya había otra vez diez y ocho asados al lado del fuego; yo creí que todos ya estarían ahitos y prepararían lo restante para el almuerzo, me fui a descansar y dejé mis *indios* vigilaran al lado de los asados.

A la mañana temprano me despertó la gritería de los monos y de los faisanes de monte. Los doce *indios* estaban todos echados en profundo sueño; yo pensé en los dieciocho asados que ayer, antes de acostarme, había visto al lado del fuego; ya ni con un *microscopio* los habría encontrado; ya no se veía ni un asado ni un fuego. ¡Aló! —grité a mis *indios*— los monos y los pájaros ya están alertas y en su primer alegría ya loan a Dios con su gritería, ¡arriba! en nombre de *Jesús*, rezad primero, después almorzad y al final trabajad hasta la novena hora.

Ellos se levantaron y se echaron de barriga; apoyaron el mentón sobre ambos brazos y manos; sin embargo noté que todos al despertarse se santiguaron pero no puedo decir en verdad que hubiera visto rezar a alguno de ellos salvo mis muchachos que yo tenía para servirme. Estos debieron [hacerlo] en vez del sermón que durante un cuarto de hora los hubiera hecho sudar tanto más porque yo levanté de tal modo la voz que también los *indios* adultos al lado de su fogón debieron oírla. Esto sirvió a mis muchachos como una advertencia, pero a los otros para una inadvertida reprimenda y mayor enseñanza. Después quise que prepararan prontamente su almuerzo para que trabajaran en la fresca hasta las nueve y no bajo el calor y entonces noté que ya habían terminado su cena junto con el almuerzo. Uno vino hacia mí con un pequeño lechón y me dijo: —é *Padri* (en vez de *Pater*) éste hemos guardado para ti para un almuerzo, que te aproveche bien.

Yo agradecí y dije que ellos también tomaran su almuerzo, pero él encogió sus hombros y dijo: —a nosotros no nos resta nada. Cuán peliagudo sonó esto a mis oídos, puede imaginarse cualquiera, primero porque me era imposible creer que doce personas pudieran comer en una noche cuarenta y tres carpinchos aun si todos estos hubieran sido lechones: segundo porque a la vez tuve que hacerles carnear otro buey.

Yo había oído frecuentemente de sacerdotes dignos de fe que una vez se había originado en las *Misiones* grandes tal hambre magna sin que ellos hubieran tenido carencia de carne, que ellos han asado al fuego y comido el cuero crudo y las sogas hechas de cuero crudo y ya usadas. Digo sin carencia de la carne porque cada uno tenía lo que en otras ocasiones le bastaba para saciarse pero entonces hizo tanto *efecto* como si él no hubiera tomado alimento alguno. Esta peste duró por tres meses; ¿no habrían podido comerse entre sí mismos¹⁹⁹?

198 / *Eimer*, de un contenido de dieciocho litros.

199 / Este pasaje de embrollada redacción nos trae una de tantas invenciones de la época. Tal vez algunos casos agudos de polifagia dieron origen al cuento de semejante peste imaginaria.

Otro *indio*
devora en una
mañana por un
peso de pan

Otra prueba de la glotonería india conocí en la ciudad de *Santa Fe* de parte de un mozalbete que me había acompañado a la ciudad, de nombre *Bonifacius*, después un verdadero pillete porque se ha separado de su legítima mujer, ha ido a la tierra silvestre, ha vivido algunos años en ella y al fin ha retornado. Este era un mozo gordo, muy fornido. Una vez se le antojó comer bastante pan: por este motivo vendió a un español su nueva manta que su mujer le había fabricado con gran fatiga y trabajo. Aunque valía seis pesos duros la vendió por un peso duro; él sacrificó éste una mañana para pan, recibió por él veinte panes, cada pan del tamaño de un pancillo de un *Kreuzer*, comió todos, uno después del otro, y apareció en el almuerzo donde él, como quien no hubiera comido antes, comió junto con los otros como después me han referido otros. De todas estas curiosidades de la glotonería de estos *indios* he aducido sólo estas pocas en prueba de los testimonios míos y de otros porque he conocido éstas hallándome presente.

CAPÍTULO VIII

El *indio* borracho

Pregunta: ¿qué beben los *indios*?

Su bebida común es agua, jamás de pozos sino de ríos y lagunas porque ellos no tienen pozos ni la habilidad de cavar y calzar [los]. No es preciso que la laguna sea de agua clara; basta que ella tenga humedad mezclada con el barro. Como este valle en el cual yo estuve entre los *indios* es un terreno bajo pantanoso, tiene varios ríos y lagunas parcialmente salados desabridos cuyas aguas bebería ni un solo hombre aun el más infimo de nuestros países. El *indio* no repara en el agua turbia y barrosa con tal que no sea demasiado salada. Resultaba lo más pesado para mí ya que frecuentemente tuve que viajar durante tres o cuatro meses por la tierra silvestre; el calor tan tremendo del sol causaba gran sed y en muchas ocasiones yo no hallaba ni una gota de fresca y buena agua. Cuando acaso llegábamos a una laguna, estaba ella completamente revuelta por los caballos vagantes en los bosques y campos y tan barrienta que yo debía poner por encima un pañito y por entre medio de éste sorber alguna humedad y a pesar de ello la poca agua estaba tan caliente por el calor del sol como si estuviere hervida. De semejante penalidad podré escribir más según la ocasión; por esto permanezco en el relato de la bebida de los *indios*.

La bebida de los
indios

Cuando comienza la primavera suelen los *indios* acercarse más entre sí que en tiempo de invierno donde se ocupan más de la caza que del beberaje. El motivo es para que puedan reunirse tanto más facilmente y atender al continuo beber en común. Siempre tratan estar cerca de un río para que no les falte el agua para preparar sus bebidas.

En seguida de comenzar la primavera que comienza en el mes de agosto se ocupan los *indios* con sus mujeres en juntar la miel para hacer de ella la bebida que entre las bebidas es la más fuerte, los emborracha pronto y causa fuerte dolor de cabeza. Para ello toman ora miel campestre ora silvestre. La miel campestre no es tan suave como la miel silvestre por lo cual también la bebida es más fuerte y más dañina. La miel campestre se junta por avispas amarillas y negras y no por abejas, tampoco tiene cera sino que todo el tejido en el cual está la miel es de la misma *materia* de la cual es el tejido de las avispas; pero la miel silvestre se junta por abejas y el tejido es de cera.

Bebida de miel

Poco trabajo y arte se precisan para fabricar la bebida. Ellos toman un cuero crudo [y] seco de tigre o ciervo que ellos cuelgan con las cuatro puntas de cuatro varas de manera que el cuero forma entre estas cuatro varas cual una bolsa. Ahí adentro echan la miel junto con la cera vuelcan agua por encima hasta arriba y dejan fermentar así bajo el calor del sol; en tres o cuatro días la bebida tiene la suficiente fuerza. Pero como en muchas chozas se prepara igual bebida, se designan algunos de entre los *indios* que tienen el encargo de probar de antemano si la bebida así preparada tiene la cabal fuerza. Si ella está a punto, van justamente los catadores e invitan para ello a todos

los más distinguidos que ya han agregado la [sílab] *in* a su nombre; pero los que aún no tienen esta [sílab] pueden bien comparecer en esto como escanciadores pero no beber. Y tampoco es permitido a ningún *indio* joven o soltero tomar un trago de ahí, salvo que él fuere el hijo de un *cacique*.

De *betacaic*
[chañar]

Desde que las frutas silvestres han llegado a su madurez en el verano ellos se sirven también de éstas para fabricar sus bebidas embriagadoras. La primera fruta es una fruta harinosa alargada, el gusto y olor es similar a las chinchas. Ellos la machacan, vuelcan agua encima y de nuevo la dejan fermentar bajo la calor hasta que esta bebida adquiere su fuerza. Si bien ella hiede horribilmente, sin embargo la beben con el mayor *apetito*. La fruta y el árbol se llaman por los españoles *chañar* o *tschanniar*, pero por los *mocovíes* *betacaic*.

De *algarroba*

La tercera clase es de la fruta de un árbol que los españoles llaman *algarroba*, los *mocovíes* *amapic* y la fruta *amap*. Es una fruta larga de un dedo de ancha y de color amarillo que ellos juntan en febrero y llevan en bolsas desde el bosque a sus viviendas; tiene la figura de un angosto cuernito de chivo. Si esta fruta no está madura no se la puede comer pero cuando está madura es entonces dulce y harinosa. Ésta la dejan secar al sol, después se desmenuza a pisón, se vuelca en susodicho modo en un cuero; sobre esto se vierte agua y se *destila* al sol. La bebida [originada] de ella hiede tan fuertemente que con facilidad se puede saber en cuál choza se fabrica semejante bebida. Esta bebida es aun la más sana para ellos; ella alimenta mucho y por medio de la orina expulsa del cuerpo humano mucha humedad mala, imparte también buenas fuerzas y aumento en el grosor. Esta bebida se llama por otros *indios* *chicha* o *tschitsca* [pron. alemana] por los *mocovíes* *latoga*. Pero el cuero en el cual preparan la bebida se denomina por ellos *ñapé*. Yo aduciré las demás virtudes y uso de esta fruta cuando escribiré de la propiedad del árbol.

Bebida de
cucurus [maíz]

Aun otra bebida y fuertemente embriagadora de trigo turco o —como decimos nosotros en nuestros países— *cucurus*²⁰⁰ se prepara del siguiente modo: ellos echan los granos desprendidos al agua para que se ablanden y se hinchen bien, los vuelcan en montones sobre un cuero grande; en su derredor están sentadas unas *indias* viejas que mascan estos granos y vuelven a colocar en un montón los mascados. Después que todo ha sido mascado y molido por estas mujeres viejas, vuelcan agua encima y lo dejan fermentar bajo el calor del sol hasta que llega a su completa fuerza y beben empeñosamente. Esta bebida —como me han asegurado los *indios*— es muy fuerte, embriaga rápidamente y causa también fuertes dolores de cabeza. Yo bien quise saber ¿por cuál causa las mujeres viejas debían mascar la semilla? ¿Si su boca babosa contribuía algo a la fuerza? ¿Si no fuere así no podría emplearse un mortero y pisonear?, pero es ya costumbre de hacer así esta bebida *apetitosa*.

Lo mismo que en la comida los *indios* son muy entregados a la inmoderación tam-

200 / *Kukuruz*, nombre de maíz en los idiomas alemán y eslavo surgido de la lengua turca. De ahí la denominación «trigo turco».

bién en el beber: cuando ellos [tienen] los *materiales* para susodichas bebidas y mientras tienen una existencia de ellas, beben de continuo. Los más se emborrachan tan inhumanamente que la naturaleza expulsa de sí por todas las vías lo superfluo y ellos asemejan más a una bestia que a hombres. Después de haber dormido la borrachera beben de nuevo y tan profundamente como antes. Muchos —como ellos mismos me han contado— hasta ni piensan en comer durante tres y más meses sino que se alimentan únicamente bebiendo en exceso y especialmente, como he dicho, la bebida que ellos hacen de la fruta *algarroba* o *amap*. Ínterin, como el hombre se entrega de continuo al beber y no recuerda del alimento necesario de sus hijos, la mujer debe encargarse de cómo ella alimente los hijos con raíces y frutas silvestres o con la masticación de la *algarroba*.

Pregunta: ¿cómo son ellos cuando están fuertemente borrachos? Respuesta: yo no debo nombrarlos gentes sino animales salvajes, indómitos e iracundos, hasta mulares y burros que no tienen entendimiento alguno. A pocos los he visto alegres sino furibundos y sanguinarios. Entonces recuerdan de todas las injusticias y ofensas que les han ocurrido por otros; lloran de ira, gritan y desafían a éstos aunque no estén presentes; también comienzan a cantar, pero observan un sonido y *melodías* tan salvajes durante toda la noche que es muy terrible. Muchas veces se levantan del suelo de un salto, corren en busca de sus flechas y lanzas pero las cuales han sido escondidas ya a tiempo por sus mujeres en el campo o bosque cercano. Ellos salen corriendo de sus chozas, gritan por todo el pueblo o en el campo, retan a duelo aun a sus propios *caciques*; desechan todo de sí al fuego, aun el cuero con el cual se cubren. Cuanto encuentran de tejido, lana y similares pertenecientes a sus mujeres debe ir al fuego. La madre esconde sus hijos para que ninguno llegue a vista del padre para no ser asesinado. En el ínterin la pobre mujer debe padecer angustias mortales y permanecer a su lado sin decir una palabra para apaciguarlo. Ahora cuando por un pueblo algunos cincuenta y más de semejantes fantasmas en conjunto corren, gritan, ululan y rabian como tigres furibundos, ¡qué dulce noche puede gozar el *misionero* en cuya choza se escuchan todas las palabras! Ocurre con frecuencia que todas las mujeres y niños se acuestan en derredor de la choza del *Pater* por temor a los *indios* borrachos para no sufrir una desgracia. Frecuentemente los emborrachados chocan tan furiosamente que por no hallar lanzas algunas (porque las mujeres se las han escondido y han apartado cuanto fuere útil para herir) van con el puño los unos contra los otros, se arañan lastimeramente y se golpean las caras. En esto hay que admirarse que ninguno pregunta a su mujer por sus armas si no ella tendría la peor parte. Yo tampoco puedo decir que durante todo el tiempo de mi permanencia con ellos yo hubiera recibido de ellos un choque aunque estos diablos embriagados saltaban en derredor de mi choza y esparcaban de mi choza las mujeres con los hijos.

Uno solo con nombre *Castaño* en español (no se me llega ahora a la memoria el nombre *indio*) vino completamente emborrachado a mi vivienda a la mañana temprano alrededor de las tres cuando yo permanecía aún sobre mi recostadero, se paseaba

de un lado a otro y hablaba consigo mismo con estas palabras: —Yo soy un hombre valiente, he muerto cinco españoles y ninguno me ha herido; yo no temo a nadie pero todos temen a mí. —Yo comencé a hablarle y dije: —¿Qué buscas en mi casa? —Él respondió: —Yo no busco nada, vengo sólo a visitarte y a pasear.

Yo le di esta respuesta: —Si quieres pasear, anda al campo libre, ahí tienes espacio suficiente, yo no necesito a nadie aquí que me perturbe en el descanso. Di lo que quieres y anda a casa, duerme y ven de día a mí.

A lo cual él comenzó de nuevo a preguntar por qué yo no tenía *respeto* a él si yo no sabía que él era un *cacique* que había asesinado cinco españoles.

—Sí —dije— yo te tendría mayor respeto si en lugar de los hombres hubieras asesinado cinco perros sarnosos que corretean por cientos en el pueblo, yo te hubiera obsequiado aún además un buen pedazo de tabaco.

—*Ha, ha* —contestó él— si tú me das un pedazo de tabaco, mataré perros en seguida mañana. —Yo me levanté de mi cama y eché la ropa sobre mí; le di un buen pedazo de tabaco con el agregado: —En cuanto mañana me traes cinco perros sarnosos muertos, recibirás un pedazo de tabaco aún más grande, ahora anda a tu choza, duerme tranquilo y no perturbes a nadie. Pero ten presente; tú me traerás a casa todas las tripas lavadas de los perros junto con los cuerpos que haré enterrar bajo los árboles frutales para que éstos crezcan bien, pero las tripas servirán para hacer cuerdas sobre el *violín*. Este encargo le fue grato, [él] agradeció y se fue a su casa. A la mañana mandé uno de mis muchachos para preguntarle si él recordaba de su promesa, que cumpliera su palabra, el tabaco prometido ya estaría preparado.

—En seguida, en seguida —respondió él. Al anochecer vino él con tripas de perros en manos y un séquito de muchachos que arrastraban tras de sí cinco perros muertos.

—Ahí tienes —dijo él— lo que yo he prometido; para que veas que yo puedo matar también perros; ahí te traigo las tripas y lo demás haz enterrar debajo de los árboles.

—Yo le di también lo que yo había prometido con la amonestación que en lo futuro en la borrachera evitara mi casa y aunque él era valiente, no sabría aún cuán valiente sería yo. —Pero —dijo él— yo estoy con placer a tu lado, por eso vengo a visitarte.

—Mas yo le dije: —Yo no tengo de buen grado emborrachados a mi lado; si quieres visitarme no vengas emborrachado ni durante la noche en la cual yo quiero dormir. Yo no voy de noche hacia ti, así tú también déjame descansar si no te desahucio la amistad.

—Bien —dijo él— no estés enojado, de aquí en adelante no he de molestarte.

Otro de nombre *Otepangaiquin* se había entregado a beber en exceso [y] llegó completamente borracho a su choza (la desgracia fue que su mujer había olvidado de esconder la lanza); asíó la lanza y atravesó de parte a parte su mujer que quedó muerta al instante. Y si bien yo había acudido en seguida al recibir la noticia, fue ya demasiado tarde. Ahí debía uno haber visto la revuelta en el pueblo. Los hermanos y amigos de la matada concurrieron con lanzas y buscaron al matador que estaba escondido en mi choza pero nadie se atrevió a buscarlo ahí. Yo lo guardé hasta al otro día en que quedó

desembriagado y le amonesté mucho. Él reconocía su crueldad y se arrepentía del hecho. Al fin me dijo: —*Pater*, yo sé que los amigos de mi mujer matada me buscan y no cejarán hasta haber vengado la muerte. Tal vez si no me hallan van a querer vengarse en mis amigos [parientes]. Permíteme que yo pueda colocarme con mi lanza en la plaza pública.

—¿Qué quieres ahí en la plaza pública? Ellos te matarán pronto.

—No, eso no lo temo, pues si ellos saben como sin duda deben saberlo que yo ya he estado en tu casa, ninguno ha de herirme. Si yo quedara por más tiempo junto a ti me conceptuarían un hombre cobarde y miedoso.

CAPÍTULO IX

El tribunal penal de los indios**La especie de
salvaguardia
entre los indios**

Hay que saber que los *indios* tienen una especie de *salvaguardia* en la siguiente manera: si hubiera alguno a quien se persiguiera y buscara para [darle] la muerte pero éste ganara tiempo de llegar a la choza de un *cacique* aunque ellos ya le perseguían con sus lanzas nadie será sin embargo tan atrevido de causar un mal al perseguido en la choza del *cacique* o arrastrarlo afuera; pues ellos saben que si hacían esto, el *cacique* junto con sus familiares defenderían el perseguido y sería de temer que él con todo su pueblo comenzara una guerra y tratara de matarlos. Por ello este *indio* estuvo bien seguro en mi casa porque ellos respetan la vivienda del *misionero* como una *casa* de un *cacique*. Pues cuando los *indios* salvajes visitaban sus parientes en nuestra aldea y preguntaban por la casa del *Pater*, decían en su lengua: —*Jga labo é Padri Nezeleagnec* ¿dónde está la vivienda o la casa del noble *Pater*? Pues ellos no denominan sus *caciques* con el nombre: *Cacique*; sólo los españoles dan este nombre a los *indios* nobles pero ellos llaman su *cacique* con el nombre *Nezeleagnec*.

Si un *cacique* mismo persigue a alguien para matarlo, no atacará jamás en la choza de otro *cacique* al perseguido y mientras éste se conduce como habitante de la casa del *cacique*, está seguro, aunque salga al campo o ande por algún otro paraje, pues ellos temen causar una gran pelea en cuanto lo atacaran. Aunque los *indios* no tenían que temer esto de mí porque ya sabían que no era costumbre de los *misioneros* de originar una pelea con ellos o de pelear, temían a *Aletin* y a *Domingo Nevedagnac* que eran buenos ángeles tutelares del *Pater* y que se ocuparían de esto y vengarían la afrenta [hecha] a la casa eclesiástica. Estos dos eran siempre los que estaban del lado del *misionero* y por el temor a ellos los *indios* se abstuvieron de causar algún mal al *Pater* sino en frecuentes ocasiones algunas vidas lo hubieran pasado mal pues hay extrañas y temerarias cabezas entre ellos que muchas veces ponen en peligro la vida del *misionero*.

Aunque ellos me tenían en altísimo aprecio y afecto, yo hubiera podido recibir sin embargo el último final por uno u otro en algunas circunstancias. Yo lo sé de su propia boca cuando me han confesado sinceramente que ellos con indicación de las circunstancias ya tenían en las manos bajo su cuero-cubertura su cuchillo para con él despedirme de la vida.

Ahora el *indio* que había asesinado a su mujer no quiso dejarse retener, fue a su casa, asió la lanza y se colocó en el centro de la plaza; hizo su preámbulo con alta y elevada voz: —Aquí estoy —dijo él— vosotros, amigos y parientes de mi mujer a la que yo he muerto, presentaos con vuestras armas, ¡vengaos en mí! Dos lanzazos aguantaré sin defenderme pero el tercero voy a resistir. Aunque muchos ante esta noticia habían concurrido, los otros a quienes esto importaba quedaron sin embargo en sus chozas. Pronto supe esto, hice ordenarle mediante el *cacique Domingo Nevedagnac* que se fuera a su casa y permaneciera tranquilo. Él obedeció pronto y abandonó la plaza. El her-

mano de la lanceada fue el más airado y pensó en asesinarle en ocurrente situación segura pero yo tuve suficiente tiempo de quitarle su propósito y pacificar a todos. Este ya era cristiano llamado: *Petrus Anigci*.

Pregunta: ¿los *indios* no tienen ningún tribunal para castigar los asesinatos?

Respuesta: no tienen ninguno. Cada padre de familia es dueño de vida y de muerte; por carencia de un tribunal él puede matar a golpe y matar a arma blanca a quien quiera. Sólo debe temer que los parientes maten tal vez traidoramente a alguno de sus familiares o que ellos con armas y junto con otros asociados acometan contra él. Pero esto ocurre así: si el matador es un hombre fuerte [y] valiente [y] tiene también hermanos y parientes que son *caciques* o *indios* briosos, si también su amistad es más numerosa los otros temen entonces y no atentan contra él. Pero si él es un villano y tiene también menor amistad que le ayude se animan contra él y asesinan al matador.

A mis *mocovíes* se les había agregado en el pueblo un *indio* de otra *nación* llamada *mataguayos* y vivía ya por cuatro años sin bautismo en mi pueblo. Éste no era grato a los ojos de *Cithaalin*; en una reunión de borrachos quisieron sacarlo del camino [matarlo]. Aunque *Cithaalin* ya [era] cristiano y los más de los coborrachos también eran cristianos, yo no pude sin embargo quitarles que hubieran dejado por completo de emborracharse pero a escondidas buscaban ocasión para ello. *Cithaalin* fue el *principal* que había ordenado se le preparara en otra choza un *napé*, convidó a otros seis de sus mejores amigos y saborearon a gusto. Compareció ahí también el dicho *mataguayo* que por lo general se presentaba asiduamente en tales ocasiones. Sin mostrar una cara hostil *Cithaalin* le dejó beber. Cuando este *mataguayo* ya estaba bastante embriagado, comenzó después él mismo (como suele ocurrir) a ponderar sus proezas [y] a despreciar a otros hasta que *Cithaalin*, junto con los demás, comenzaron a enojarse contra él, *Cithaalin* dijo a uno de sus mejores *camaradas*, de nombre *Etemgaiquin*: —Mátalo de un lanzazo. Él se paró de un salto junto con otro de nombre Juan *Canatnodin* y corrieron en busca de sus *lanzas*. El *mataguayo* quiso salvarse por la huida pero cuando ambos vieron que él se les quería escapar, tomaron la lanza más próxima de los otros *indios*, corrieron tras él y en el camino le infligieron siete lanzazos de modo que los intestinos le colgaban para *fuera* del vientre. Yo fui informado enseguida, corrí presuroso desde mi casa hacia el herido al cual los hechores habían abandonado ni bien me habían divisado; yo ni he visto alguno de ellos²⁰¹. Hice lo que era lo más necesario para su alma; mandé también meterle los intestinos al vientre por una india vieja, lo bauticé y lavé las heridas con vino hervido y rosmarino [romero] pero yo mismo cosí la herida en el vientre por donde asomaban los intestinos; las demás heridas que él tenía en parte en el pecho, en parte en el dorso, las cubrí con una buena cataplasma caliente de vino e hice llevarlo a su choza, *Cithaalin* no apareció por unos días en mi vivienda; al día después del hecho consumado, cuando yo salí de mi choza llegué a ver a *Etemgaiquin*. Él estaba parado cerca de mi choza adosado contra la pared. Yo le pregunté con cara muy seria qué buscaba. Él contestó muy humilde: —*Pater*, vengo hacia ti (él era un hombre de ya

201 / Redacción muy embrollada, que aclaro en esta forma.

cincuenta años y entre ellos un señor de varias *familias*). Pero yo le dije: Si tú no tienes mejor conducta de la que has mostrado ayer, no me vas a dar ninguna prueba de tu enmienda que Dios exige de tí. Tú no te has hecho honor alguno sino que has cometido la mayor vileza, ya que has atacado con tu lanza a un desarmado y [has] buscado su muerte. Si tú lo hubieras visto con su lanza ante ti, tal vez te habría decaído el valor. Será mejor que de aquí en adelante demuestres tu valor en un tigre para que tu mujer e hijos tengan bastante que comer en vez de que pruebes tu lanza en un hombre. Reflexiona que Dios vengará este hecho en ti; aunque él sea tu deudor por largo tiempo, no ha de olvidar de esto. Si vosotros queréis vivir como en la tierra silvestre quedad entonces abandonados por Dios y por nosotros los *Patres* pues yo no quiero que haya lobos entre mis ovejas. Nada me importa de tí si tu conducta sería como antes. Con estas palabras lo dejé y seguí mi camino. Después de esta alocución mía noté que ninguno de los culpables se atrevía a pedir de mí ni tabaco ni otras necesidades; pero yo tampoco preguntaba por ellos; cuando otros me visitaban, me mostraba con una cara descontenta y seria, aun ante el inocente. Cuán alegre, divertido y placentero ocurrió antes todo, cuando los *indios* en compañía me visitaban, tan desganado, silencioso y sin la menor broma ocurría en esos días en que todavía perduraba la sensación por el hecho. Por la aldea circulaban diversas habladurías como suele ocurrir también en las ciudades de nuestra tierra cuando se comete un hecho extraño. El rumor más general era que yo me mostraba completamente diferente que antes y había peligro de que abandonara del todo el pueblo y me alejara, por cuyo motivo ellos abominaban ese hecho que había sucedido por orden de *Cithaalin* y por la ira de los otros. Yo tenía algunos que confidencialmente me comunicaban lo que se decía en el pueblo; según ellos tomé mis medidas razonables para sostener y prevenir los inocentes y reconocer los culpables. En un anochecer vinieron hasta treinta *indios* a mi cuarto, junto con *Domingo* y *Aletin* todos estuvieron parados en mi derredor y yo en medio de ellos; todos me miraban con cara triste pero nadie dijo una palabra. Al fin comenzó a hablar *Domingo* y me preguntó si yo había cambiado por completo mi ánimo para con ellos.

—No —dije yo— no guardo ojeriza contra vosotros pero no puedo ocultar la pesadumbre que me ha causado la atrocidad cometida por vuestros compañeros. No sería un milagro que yo concibié otras ideas, pero el buen ánimo que abrigo para con los otros que se portan conforme a la ley de Cristo, ése me contiene. Ahora mi pueblo no ha llegado a ser un redil de ovejas de la mansa grey de *Cristo* sino una cueva de los lobos feroces. ¡Oh cuán verdadera reconozco la verdad de las palabras de *Cristo* cuando Él ha enviado sus apóstoles y discípulos para salvación de los infieles!: *ved —dijo Él— yo os envío como ovejas entre los lobos*²⁰². Yo creo que vivo entre lobos, no los que desgarran mi cuerpo sino que destrozan mi ánimo por la tristeza. Yo no sé todavía qué pensar y qué resolución definitiva tomar. Si pienso permanecer ante vosotros, me entristece entonces que no experimento ningún fruto de mi enseñanza entre vuestros cohabitantes y me acomete a la vez una incertidumbre. Pero cuando veo la buena conducta

202 / Subrayado en el texto.

de los otros entonces me pesa de abandonaros. Dios sabe que ninguna otra cosa me ha impulsado a venir entre vosotros que ser vuestro padre y procurar a la vez vuestro bienestar tanto temporal como eterno. Las lágrimas me corrieron por las mejillas. Después que yo hube terminado de hablar mi querido *Domingo Nevedagnac* comenzó con tan seria elocuencia a hacer a todos los circunstantes una alocución que en verdad yo no hubiera podido hacerla mejor. Ahí conocí yo el entendimiento de este *indio* y el buen juicio que siempre le ha distinguido de otros *caciques*. *E Padri* —dijo él— nosotros ya hemos comprendido bien que tu ánimo nos ha contemplado con descontento; por esto hemos llegado a tu lado no para preguntar por la causa de este descontento porque ésa ya la sabemos, sino para preguntarte si tú quieres abandonarnos. Si fuera esto quieras considerar primero que la maldad de tres de nuestros cohabitantes no es maldad de todos los demás. Si ellos serían castigados por tu partida de nosotros tenemos que padecer por ello también nosotros que somos muchos más que los que han cometido la maldad. Yo ya sé que tú no necesitas de nosotros pero nosotros necesitamos de ti. A ti te baste que los más de entre nosotros obedezcamos a tu enseñanza, tal vez también estos pocos tomarán otras ideas con el tiempo. Ten paciencia con nosotros pues todavía somos miserables.

La energía y el modo convincente con que este *indio* me hizo esta alocución habrían podido modificar también la resolución más celosa de mi ánimo: en la mayor forma me penetraron estas palabras: *tú no necesitas de nosotros pero nosotros necesitamos de tí*²⁰³. Tal expresión me ha hecho digerible muchos bocados fastidiosos que me presentaron los *indios* desobedientes y renitentes, pues en tales ocasiones yo pensaba entre mí: yo no he venido aquí por mí mismo sino por los *indios*.

Para que yo satisfaga sin embargo a quien [fuera] deseoso de leer en la verdadera lengua *mocoví* esta alocución que me ha hecho *Domingo* quiero agregarla también en la lengua:

E Padri ocom ena. li ñavatcata pe gue: madi cabili toton loidi gui cocom. Tanotiaca ocom zanagnac m acami. Toton enetapiguio cabili gdcitim zadenac enamca abé matica gdoigdae. li zadenac moti zinati. Mal gdcitim oquiogdic? nquet nca eénquet Elac adenatagnita pe quet: Madi lazobgague lñioca ocae ini cobo lacee mati lazobgague ocom abegue. Tanotiac nquet oquiogdiquet, notiocaen abiequet gdoviti cocom abegue, namaticoa lazobgague. Zadensá mati ibiogdom Fiaca acami mati gnoviniogdic calagan ocom gnovenagdic. Leenquet: paatcatabequen oite nca azobcatape glecquen gdapagenatagan catidij. Abenotica ecoa namati dengane enomal ncopá janatedaguito enam noini ladenatagancate, gneodovagdini, Catigdadi ocom jogdacca.

¡*Pater!* Nosotros estamos aquí, ya hemos percibido que tu ánimo no es dulce para con nosotros. Por eso hemos entrado a tu lado. Que no ocurra a tu ánimo que nosotros queremos saber cuál es la causa que no estás contento. Nosotros ya lo sabemos. Sólo

203 / Subrayado en el texto.

pregunto si quieres alejarte de nosotros. Si así fuere quieras considerar sin embargo que la maldad de tres de nuestros cohabitantes no es maldad de nosotros todos. Por ello si te alejaras de nosotros vengarías también contra nosotros todos que no tenemos un crimen. Yo ya sé bien que somos viles. Y tú no nos necesitas pero nosotros te necesitamos. Que te baste que somos muchos más que creemos en tu enseñanza. Tal vez aquellos que no son buenos con el tiempo encontrarán muy buenos pensamientos. Ten paciencia porque somos tan miserables.

A esta alocución yo contesté en manera muy consoladora a Domingo y los demás circunstantes y dije:— ¡Hijos míos: no os aflijáis porque ande descontento! Yo sé bien y distingo los culpables entre vosotros los inocentes. Vosotros que os empeñáis en vivir de acuerdo con lo que yo os enseño, me hacéis soportable la pesadumbre que me han infligido los culpables. No creáis que yo haya concebido ideas perjudiciales a vosotros de abandonaros; pues yo no pude esperar de gentes inmorales otra cosa sino pesadumbre y descontento. Yo sabía también que la doctrina de *Cristo* no penetraría tan pronto en todos, por esto no admiro ni extraño que entre vosotros ocurran maltratos. No me atribuyáis que yo estuviere pusilánime o pensare abandonaros pues si el verbo de Dios no se pega en ellos, espero que en vosotros fructificará y esto me basta y me dulcificará toda amargura; tampoco ahogará el ánimo bien dispuesto para con vosotros. Partid consolados y quedad fieles a Dios, por esto yo no os abandonaré. A estas palabras todos comenzaron a hablar y dijeron :—*Gnaatic Iudegat e Padri*. Te agradecemos mucho *Pater*.

La consternación entre los *indios* era mayor por causa mía que por el herido. Pero los que lo habían herido llegaron a ser invisibles durante un mes y vagaban por los bosques hasta que se les había pasado el temor y lo cometido había quedado en cierto olvido. Yo esperé por bastantes días al señor *Cithaalin* pero él no dejó ver nada de sí, sin embargo venía diariamente a la santa misa después de la cual él se escondía rápidamente otra vez en su choza. Se conocía suficientemente que él estaba avergonzado; yo aparentaba no pensar en él. Ínterin me empeñaba en curar al herido al cual también dentro de dos meses he restablecido felizmente. Dejemos lo demás acerca de *Cithaalin* y sus hechos salvajes; él proporcionará bastante ocasión para que en el ulterior relato yo deba recordar de él.

Lo peor en estos *indios* es la embriaguez que en ellos no muere hasta escapárseles el alma. Así yo no me admiré tanto ante estos hombres salvajes que jamás han aprendido a oponer una resistencia a la natural inclinación ni un freno a la costumbre sino cuando yo veo hombres tan desenfrenados entre aquellos que quieren ser considerados verdaderos y buenos cristianos y temo que muchos *indios* ante el tribunal de Dios los avergonzarán y condenarán. Las *indias* viejas pueden también beber en exceso pero no todas sino las que son ya consideradas hechiceras entre ellos. Ninguna de las demás debe tomar esta bebida excepto los *caciques*, los padres de *familias* y otros *indios* valientes junto con los hijos de *caciques* aunque fueran todavía jóvenes y solteros.

CAPÍTULO X

Sus ceremonias durante la borrachera

Las *ceremonias* que ellos usan al tiempo de beber en exceso a emborracharse consisten en cosas inhumanas y muy deshonestas. Muchos abandonan sus nombres y se hacen dar algún otro; otros compran de otros sus nombres; otros se pinchan y aplican a su pecho y brazos muchos cientos de punzadas; otros a su vez perforan sus lenguas con el agujijón que sacan a peces esponjarios²⁰⁴ y llevan siempre consigo, también se pinchan las venas. Este agujijón es de un dedo de largo fuertemente puntiagudo, bien dentellado al igual de un serrucho. En cuanto se perforan con él la lengua, no pueden retirar más el agujijón porque los dientes no son derechos sino inclinados; por esto ellos deben arrancar el agujijón cortando la lengua de modo que los dos pedazos cuelgan separados. Con la sangre de esto untan su pecho y brazos [y] dicen que con ella quedan resistentes contra la bala y la lanza. Otros expelen la sangre dentro de una vasija, beben de nuevo la sangre ya ellos, ya algún otro que al igual de un copero saca en tales borracheras el beberaje y lo brinda. Algunos se exceden en la bebida en tal forma que la expelen frecuentemente por ambas vías; ahí hacen igual que con la sangre: o ellos u otros la beben de nuevo.

Ellos tienen también su *música* durante esto pero ningún baile. Los *instrumentos musicales* son silbatos, cuernos de buey y tambores. Los tambores son una olla llenada de agua a la mitad, cubierta arriba por un cuero de oveja. Cuando se toca se le oye desde lejos pero no tiene el sonido igual al de un tambor común y se parece más a un [tambor] turco pero no tan resonante²⁰⁵. Cuando mis *indios* estaban no muy lejos de mi choza y temían ser traicionados por el tambor, no usaban tal *música* durante sus borracheras; sin embargo yo oía de vez en vez los *indios* emborrachados cantar y gritar por la aldea durante toda la noche. Si yo de día tenía un presentimiento de esto no podían esperar entonces de mí otra cosa sino una o dos *visitas* desagradables junto con una buena reprimenda. Algunos se dejaban atemorizar y volvían a casa; otros prometían seguirme pero recién cuando habían bebido hasta apurar todo. Ellos suelen también verter en ollas las chauchas de esta bebida²⁰⁶, volcar agua encima y recalentarla al fuego; aunque esto ya no tiene fuerza lo beben sin embargo mientras el sabor de su bebida aún los incita. Frecuentemente no me importaba nada pinchar con mi bastón bien puntiagudo un agujero en una que otra olla como si ocurriera por casualidad para que lo restante se escurriera.

Los muchachos e hijos eran los mejores espías que me informaban cuando en una choza sería preparado un *nape*. El *indio* creía frecuentemente que no podía ser conocido por nadie que él preparaba una bebida pero yo ya sabía unos días antes donde sería

Sus ceremonias durante el beber en exceso

Inmoderación en el beber

Cautela de mis *Indios*

Espías de los bebedores

204 / *Schwammfisch*, la raya.

205 / En la lámina XCVI aparece otra manera de hacer tambores.

206 / La chicha de *algarroba*.

celebrada la *asamblea*. Ellos no sabían de dónde yo tenía tal noticia, ya que ellos trataban con posible empeño en mantener todo oculto. Cuando yo sabía de ello, entonces me tenían pronto como salteador espiritual en sus chozas; a algunos les ordenaba que volcaran todo, pero a otros no les tenía fe y yo mismo lo hacía en la mejor *manera* y tranquilidad. Al principio los *indios* no pudieron adivinar quiénes serían los traidores hasta que al fin comenzaron a sospechar de sus niños propios y otros de la aldea y habían acertado por cuyo motivo debieron cuidarse también de ellos, pero en vano pues mis pequeños estafeteros²⁰⁷ cumplían tan fiel y empeñosamente su cargo que ni mediante regalos se hicieron inducir a callarse. Si acaso los muchachos no podían encontrar el *nape* cuando aún estaba en preparación, notaban sin embargo adónde y cuándo los *indios* estaban sentados en reunión y bebían. Cuando los *indios* ya estaban reunidos y veían vagar un muchacho no lejos de su choza, se levantaban de ahí y tiraban con canillas y huesos contra él. Pero tampoco esto remediaba nada. ¿Qué hicieron los *indios*? Algunos de los nobles habían levantado no lejos de la aldea en su derredor unas chozas donde vivían los cuidadores de sus caballos y vacas o también los guardas de sus cultivos. Algunos creyeron que allá mismo estarían seguros y no serían traicionados si ahí preparaban sus bebidas y celebraban sus reuniones. Por algunas veces estuvieron de buena suerte pero ocurrió que yo los hallara. Así yo dedicaba todo mi empeño a extirpar el emborracharse; poco a poco había podido hacer desistir de ello a muchos, especialmente a *Aletin* y *Domingo* con sus gentes. El peor era *Cithaalin* con toda su casa de los cuales sin embargo había algunos que me obedecían y se abstendían de emborracharse. Yo me dedicaba a quitarles toda oportunidad o de estorbarlos donde fuere que yo sabía haber un peligro, pero por varias veces tuve que pasar por alto semejantes reuniones y aparentar de no saber de ellas, pues ocurría en frecuentes veces que los salvajes y de entre ellos muchos *caciques* visitaban sus amigos y conocidos en la aldea; si bien acampaban generalmente fuera de la aldea, se visitaban mutuamente; de pronto venían los infieles a sus amigos en la aldea, de pronto los míos salían hacia ellos. Si venían los salvajes a la aldea, se los obsequiaba ora con un asado ora con carne hervida; pero si iban mis *indios* a ellos se les obsequiaba con un *napé*. Muchos se negaban a beber pero otros lo admitían con mayor facilidad, se sentaban al lado de ellos y saboreaban bien el espíritu de Stolpe²⁰⁸. Ahí yo ya debí cerrar un ojo para no ahuyentar a los infieles.

Domingo se deja inducir a beber

En una ocasión vinieron algunos conocidos de *Domingo* desde la tierra silvestre a visitarle. Si bien *Domingo* por mucho tiempo se había abstenido de la bebida embriagadora, se dejó inducir no obstante por el pedir e insistir de sus amigos que él bebió por sólo dos veces [pero] sin embriagarse en lo más mínimo. En seguida yo recibí noticia de ello pero yo ignoraba las circunstancias que le habían movido a beber; creí por lo tanto que él hubiera recordado de su hábito ya dejado desde mucho tiempo y se

207 / *Ueberreiter*, voz inusual.

208 / *Stolper Geist* Stolpe ciudad del NE alemán, era conocida por su producción de alcoholes. Cabe también la versión de «espíritu tropezador» de *stolpern*, tropezar.

hubiera dejado conquistar de nuevo por éste. Callé a eso por los siguientes días si bien atormentado por diversos pensamientos pues su ejemplo habría causado poca cosa buena entre los demás *indios* porque podían hacer lo mismo. Él vino muy amable al siguiente día con algunos auxiliares junto a mí pero notó pronto que mi cara parecía algo más atribulada que otras veces pero él no me preguntó; sólo quería saber qué cosa tenía que trabajar. Yo le contesté que yo tenía que hablar primero algo a solas con él; que saliera conmigo fuera del cuarto pues yo no quería que otros oyeren lo que yo hablaba con él. Yo le pregunté enseguida si era cierto que en el día anterior él había bebido junto con los infieles; él no lo negó y yo dije: —Por esto tú me has afligido mucho y dado a tus subordinados tal vez un escándalo porque después que por tanto tiempo te has dominado y no has bebido, te has dejado vencer por tu antiguo hábito.

—¿Sabes tú —dijo él— cuánto yo he bebido o has sabido que yo habría estado embriagado? Lo que yo he bebido era muy poco y sólo para satisfacer a mis amigos y ¡créeme! que yo no he dado ningún escándalo por ello pues también los infieles pudieron notar que yo como un cristiano ya tomaba con mayor moderación lo que en otras veces hubiera tomado inmoderadamente como ellos. A mí no se me ha ocurrido que con esto pecaría o cometería una falta; los cristianos y en lo general también los españoles nobles en la ciudad beben vino y aguardiente pero con moderación sin emborracharse; si yo hago lo mismo ante todo para complacer a mis amigos y con sostenida moderación, no pensé faltar con ello.

Pero si tal vez yo he faltado también en esto, no lo he sabido. Si de aquí en adelante tú vieras en mí algo que no es lícito a un cristiano no creas que yo lo hago por maldad sino piensa que yo no lo había reconocido por ser malo. Por lo cual tú me informarás y estate seguro que no habrá costumbre alguna que yo no pudiera dejar.

Yo respondí: esto me alegra, mi querido *Domingo*, y yo estoy bien contento por tu razonable respuesta. Justamente así demostrarás y darás a conocer que eres un noble y valiente hombre si dominaras tan caballerescamente tu anterior mal hábito, pues es mucho más valiente y heroico aquel que puede vencerse a sí y a sus inclinaciones que quien voltea todos los demás enemigos. Ser vicioso es fácil pero ser virtuoso es difícil especialmente en incitantes ocasiones. Permanece y persevera siendo aquel que lo eres hasta ahora y tú serás caro y agradable a Dios, a nosotros los Padres y a tus subordinados. Nos separamos muy alegres.

Algunos días después de esto vino *Cithaalin* a mi lado y pidió tabaco y yerba *paraguaya*. Yo aparentaba estar descontento pero le di lo que él me pidió y no hablé más nada con él pero él quedó en mi cuarto hasta que yo había despachado los demás *indios*. Después le pregunté que más quería él o tendría que decir. El contestó: *nada*²⁰⁹. A lo cual yo le dije secamente que se fuere a su casa, yo tenía otras cosas que hacer. —Sin embargo algo debo preguntarte —repuso él— ¿es cierto que tú quieres echar fuera del pueblo a mí junto con los que han herido al *mataguayo*?

Esto lo hubieras merecido —dije yo— junto con todos los demás pero de ello no he

De cómo se disculpa
Domingo

209 / Subrayado en el original.

hablado con nadie; ¿acaso tú crees que yo he de manifestar a cualquiera enseguida lo que yo pienso? Si tú oyeres esto²¹⁰ de mí, entonces pudieras creer lo que yo te digo. Yo no echo a nadie mientras hay aún esperanza de una enmienda. Tú has aplicado un gran choque a ti y a todo el pueblo: a ti te has dañado en tu alma porque has obrado contra Dios y tu prójimo.

Pero él es (repuso *Cithaalin*) un no bautizado y no cristiano, por lo tanto un enemigo de Dios, ¿por qué entonces yo no le odiaría porque el odia a Dios? Los españoles que sin embargo son cristianos, matan también a los que son malvados. ¿A cuántos de mis compatriotas han muerto a tiros y a mí también me han perseguido y metido una gruesa bala en un muslo mientras aún no era cristiano? Yo conozco muy bien, pues lo vi al que apuntó contra mí; él era un simple soldado y no un *cacique* como yo. Si él ha buscado matarme ¿por qué no he de hacer matar a un hombre tan malvado? Entre los españoles ¿quiénes condenan a los malhechores? No otros sino los nobles y principales. Entre mi gente yo soy tan noble como ellos, ¿por qué no podría yo mandar matar a un hombre tan malo?

A esto yo respondí: has de saber primero, *Cithaalin*, que ninguno aún de los más nobles españoles excepto el designado para ello puede condenar a muerte al otro. Tú no has sido designado para que hagas matar a otros. Segundo: el juez español no hace matar a nadie en ira o cuando él está embriagado como tú has hecho sino que todo sucede con madura reflexión y con certeza que el crimen ha merecido la muerte. Ellos no lo matan tampoco en el acto, sino que lo prenden y le dan tiempo, ora para que se defienda, ora para que se prepare para una muerte bienaventurada. Tercero: no consideran si es cristiano o no cristiano fuere quien fuere; si él es culpable de la muerte, es condenado; si es inocente, se le deja ir en libertad. Si los españoles te han perseguido, fue por esto: porque tú les has causado gran daño del cual ellos no podían librarse de otra manera que mediante tu muerte, pero en cuanto tú mismo te has demostrado amistoso para con ellos y los has dejado en paz, ¿quién te ha hecho después algo perjudicial? Pero si tú hubieras cometido esto entre españoles, te habrían aplicado justamente el juicio que merecen los malhechores. ¿No has oído también que aquel que entre los españoles mata en ira o por odio a otro es matado también? así te hubiera sucedido. Y las palabras expresas de Dios son: que quien mata debe ser matado. Dios hasta ordena en el quinto mandamiento: Tú no debes *matar*²¹¹ esto es: no [matar] en manera aleve, no en ira, no en la embriaguez, no por odio, no sin un crimen suficiente, no por jactancia como tú [hiciste]. ¿Qué te has imaginado que has querido quitar la vida a un no bautizado a causa de sus palabras sueltas en la beodez y enviarle en seguida a la casa del fuego eterno? Nosotros los *Patres* venimos aquí desde tantos miles de leguas a procuraros la salvación y tú, impulsado por tu maldad, ¿quieres privar de ella a ése? ¡Suficiente prueba de tu crueldad! ¿Qué cuenta hubieras dado a Dios por la pérdida de su alma? Semejante conducta no es de un cristiano sino la obra del ene-

210 / i. e. su pensamiento. Redacción embrollada.

211 / Subrayado en el original.

migo de las almas, o sea del diablo. Diles a tus cómplices y coborrachos que ellos no quedarán tranquilos en sus ánimos hasta que no se han reconciliado con Dios y con el herido; y esto sea dicho también para ti.

—¿Tú no tendrás odio alguno contra nosotros? —dijo *Cithaalin*.

Yo no odio a ninguno de vosotros —respondí— aun si él fuere el peor malhechor de todos vosotros pero odio vuestras maldades. Hasta tanto que vosotros no dejáis éstas, no vivo contento entre vosotros.

—Pero si él nos perdona —dijo *Cithaalin*— ¿nos perdonarás tú también y olvidarás el hecho cometido?

—A quien habéis ofendido en la mayor parte —dije yo— es a Dios y con él debéis conciliaros pero primero con el herido; él ya es vuestro hermano porque es bautizado, éste debe ser reconciliado primero con vosotros.

—Yo hablaré con él —dijo *Cithaalin*— basta, yo ya he comprendido lo que tú me has dicho. *Lachic* (pronunc. alemana: Lajic) ya me voy.

Yo no sé cómo yo tuve esa vez el valor de hablar tan animosamente con este *indio* iracundo. Si yo hubiera considerado esto a propósito antes, hubiera temido que él abandonaría el pueblo y partiría con un grupo de almas pero Dios le había dado ideas muy distintas y movido su ánimo no hacia la ira sino al reconocimiento de la verdad. A la mañana siguiente vino *Cithaalin* con los demás malhechores a mi vivienda, se llegó a mí completamente solo con ellos y dijo: —Yo junto con mis allegados he visitado al herido, él se ha mostrado muy amistoso para con nosotros; en realidad él es un hombre malo²¹² pero como ya es bautizado y por ello nuestro hermano, hemos hablado sin embargo con él.

—¿Qué dijo pues él? —pregunté a *Cithaalin*.

—Él dijo: mis intestinos ya están de nuevo en su lugar y yo espero que el *Pater* me restablecerá; yo ya soy un cristiano y el *Pater* me ha dicho que yo os perdonara pero de aquí en adelante no me asaltéis y decidme de antemano que queréis matarme para que yo no caiga inerte bajo vuestras lanzas. Nada me duele más que el no haber tenido una lanza con la cual hubiera podido defenderme. ¿Seremos pues amigos tras esto?

—Sí —dijo *Cithaalin*.

—Entonces andad —dijo el *mataguayo*— y decid que el *Pater* os sea benévolo y favorable; yo también lo soy.

—Así parte, *Cithaalin* —dije yo— y prohíbe que ninguno de vosotros se exceda en el beber pues esto es toda la causa de vuestro delito. Ninguno dijo una palabra más y todos se despidieron lo que siempre es en ellos una buena señal. Por tales circunstancias yo sabía pronto si mi palabra había fructificado o no. Cuando yo había dado al *indio* una reprimenda por algún motivo y él se despedía con [pedir] permiso, podía yo saber en seguida que él había aceptado pacíficamente la lección. Si él se iba sin decir: *lachic* ya me voy, sabía yo que él se retiraba descontento. Yo lo dejaba pasar hasta que ocurría

212 / *Sehlecht*, pero en aquella época este adjetivo denota también *schlicht*, o sea humilde, sencillo, ordinario.

Otro suceso
durante el beber

una ulterior ocasión de mostrarles una cara favorable para que ellos no creyeran que eran odiados por mí.

Ocurrió en otra ocasión que a la llegada de *indios* salvajes, algunos de los familiares y mejores amigos de *Domingo* se dejaron de nuevo persuadir a asistir al beber. Todos eran *indios* de buena y noble dignidad; el primero de nombre *Tomás Capiacain*, el segundo *Marco Jdinidin*; este nombre denota en lengua *mocoví* a un acostado, a causa de que él como pagano se presentaba en todas las reuniones embriagantes y estaba sentado o acostado durante ellas por lo cual le han dado el nombre *Jdinidin* que significa: *tú ves al que está ahí acostado*²¹³. El tercero era *Gerónimo Quetogyin*, el íntimo amigo de *Domingo*. Yo supe que estos tres cristianos y personas nobles estaban sentadas con los paganos en sus chozas y se hallaban ya medio embriagados. Yo me levanté rápidamente, los visité y pregunté: —¿Qué hacéis aquí? *Gerónimo* me contestó: —Nosotros hemos visitado nuestros amigos y no hablamos nada malo, somos pacíficos y no tenemos ninguna gresca. Yo ya notaba que sus lenguas tartamudeaban y que ellos tenían un buen *habemus*²¹⁴ en la cabeza. —Bien —dije yo— vosotros ya tenéis lo suficiente, andad a casa y estad tranquilos. Tú *Tomás Capiacain*, ven en seguida conmigo, yo he de darte una diferente bebida que tú has de tomar de mayor agrado y que te dejará en buena razón. Él comprendió que yo me refería a la yerba *paraguaya* y vino en seguida conmigo. *Gerónimo* dijo: —Anda nomás *Pater*, yo sigo en seguida.

La desobediencia
se castiga

Después que hube despachado a Tomás a su casa, me paré delante de mi casa y puse atención si *Gerónimo* y *Marco* se separarían; cuando hube esperado durante un tiempo, tomé mi bastón y sombrero, corrí otra vez hacia ellos [y] apostrofé con celo a *Gerónimo*: ya que él no quería seguir a mi benévola amonestación, estuviera seguro que Dios castigaría tal vez pronto su desobediencia y me retiré. A los dos días me pesó haberle hecho esta amenaza pues Dios lo castigó tan fuertemente que él fue traído moribundo desde una isla al pueblo y yo debí impartirle los últimos sagrados *sacramentos*.

El suceso fue el siguiente: él cabalgó junto con otros *indios* a través del río a una isla a reunir sus caballos y a causa de la cantidad de tigres llevó su lanza para defensa: ahora cuando él sin recelo de un tigre escondido cabalgaba por entre arbustos y cañas, se detuvo su caballo y comenzó a resoplar. Él quedó parado, asió su lanza con la mano izquierda debajo de la punta sobre su cintura, miró en derredor pero no pudo distinguir nada porque el carrizo y las cañas eran demasiado altas. El tigre escondido hizo de improviso desde el lado derecho un salto contra la cabeza del caballo; el caballo saltó hacia el lado izquierdo donde él mantenía la lanza de cerca contra su cuerpo y se la hincó por un jeme y medio de largo cuerpo arriba. Sus acompañantes lo trajeron así a la aldea. En seguida me llegó la noticia que *Gerónimo Quetogyin* se moría. Yo no tardé nada en llegar hacia él. —¡Ay *Pater*! —comenzó él a hablarme— ahí está el pago de mi desobediencia, nuestro Creador me ha castigado como tú me habías profetiza-

213 / Subrayado en el original.

214 / Del latín «tenemos», término al parecer estudiantil.

do, ahora soy un desventurado. Yo le respondí con consuelos; él hizo su confesión y yo ordené cocer rosmarin en vino lo más pronto que se pudiera, le exprimí la herida y le puse una cataplasma tras la otra; así lo repetí durante algunos días hasta vi que este medio hacía su buen efecto. Yo estuve tan feliz en esta cura que a los ocho días él ya estaba sentado de nuevo a caballo. La cura era buena aunque el *cirujano* poseía poco conocimiento de semejante cura de heridas. El mejor efecto de esta cura fue que *Gerónimo* se abstuvo de beber en exceso en lo futuro.

Pregunta: ¿tienen los *mocovíes* también un juego para su diversión? Respuesta: en semejantes ocasiones de borracheras no tienen ni danza ni juego sino que únicamente, cuando han llegado a reunirse, comienzan a golpearse lastimeramente a puños entre ellos; esto ocurre cuando están completamente embriagados. Lo mejor y lo más precavido es que sus mujeres esconden anteriormente todas las lanzas, sino ellos se matarían a lanzadas.

En general tienen la costumbre de tirar sus *nepun*, o sea garrotes (con los cuales matan caza silvestre y gentes); aquel que tira más lejos, gana lo dispuesto. El premio consiste en lazos, boleadoras, flechas, corales de vidrio o cosas semejantes. El tirar no es inmediato por el aire sino que el *indio* tiene ante sí una pequeña zanja dentro de la cual después de tres pasos de salto dados primero, él tira el garrote con tal fuerza que éste resalta desde la zanja bien alto por el aire y mientras vuela por el aire da vueltas como una rueda y a la vez forma una curva a lo largo. Ahora el que entre quince o veinte *indios* ha llevado así más lejos su garrote, ése gana. En este juego se necesita más fuerza que maña. Pero cuando después mis *mocovíes* se habían conocido mejor con los españoles, habían tratado más frecuentes veces con ellos y visto diversos juegos, ya se veían juegos de naipes, dados, bolos²¹⁵ y otros semejantes juegos de pasatiempos, ellos ya comenzaron a alejarse del trabajo y pasar el tiempo en el juego. Yo tuve ahí unos buenos auxiliares en *Aletín* y *Domingo*; yo les expliqué toda la futilidad del juego de modo que ellos conocieron claramente que no era ni para una utilidad temporal ni espiritual sino más bien para detrimento y perdición del pueblo.

Para que el mal quedara ahogado desde su inmediato comienzo, no ahorré empeño y mis dos *caciques* me apoyaron fielmente. Yo recogí todo, lo eché al fuego con la más fuerte prohibición que nadie introdujere semejantes juegos al pueblo. Pero para una diversión les permití —mas sólo en ciertos días a la tarde después del trabajo— el juego de bochas en que más tarde poco a poco ha venido a quedar fuera también de uso como por sí mismo. Pero como su juego acostumbrado desde tiempos, el *nepun* o el tirar los garrotes, necesitaba de gran fuerza [y] por ello hacía dolerles los brazos y los inutilizaba para el trabajo; a más que por ello muchos abandonaban su trabajo y se iban al juego, por lo cual ya comenzaban a hurtar entre sí esto o aquello para tener la puesta para jugar, se prohibió también en general y se dio a todo esto un buen fin antes de que ellos se acostumbraran a una ansia mayor por jugar.

215 / *Kögel*. Se trata de un error por confundir con dos puntos la tilde sobre la *u* de *Kugel*. Renglones adelante se explica el error por ser el juego de bochas.

Su juego

CAPÍTULO XI

De los usos en el casamiento y el matrimonio de los *indios*

Pregunta: ¿en qué año se casan los *indios*?

Respuesta: entre los *mocovíes* y *abipones* aún en gentilidad no hubo costumbre alguna como en otras *naciones* de casarse en edad temprana; por lo general los hombres se casaban solamente después de [cumplir] unos veinte años de edad; en cambio las mujeres cuando ya eran aptas tenían cortadas en la cabeza sus señas en sus cabellos por cuyas señas los padres comunicaban que ellas ya podían casar. Pero las señas eran las siguientes: Ellos les cortaban una corona de sus propios cabellos en derredor de la cabeza al igual como suelen llevar los *PP. minoritas*, pero de vez en vez cortaban en esta corona en derredor unos vacíos o mellas²¹⁶ de dos dedos de anchas. Ella fue también pintada por completo y más bien pinchada en la cara y en el pecho. Si bien ahora tal niña estaba dispuesta para el casamiento, no ocurría sin embargo lo que suele ocurrir entre cristianos en nuestros países que el que desea en casamiento una niña, realice festejos durante dos o tres años antes, vaya a pasear con ella por el campo, celebre secretas entrevistas y cometa, ¡quién sabe cuántas ofensas más de Dios para obtener este sagrado *sacramento*! Los *indios* no fian a nadie su niña sola, tampoco he visto ni notado jamás que los *indios* concurrían así diariamente a la casa o se dejaban estar al lado de ellas hasta tardía hora nocturna sino que muy raras veces o nunca se verá al mozo en su casa ni tener reunión con ella en la calle hasta que el *indio* está resuelto a celebrar el casamiento y esto ocurre así: sin que la niña sepa de ello una palabra, el *indio* va donde están los padres de ella les habla y les pide la hija para esposa. Si no les place el novio, se la niegan; si les place, le preguntan qué cosa dará por ella. Los regalos, o para decir mejor, el pago son ya algunos cueros de tigre, ya uno o dos caballos; si ellos tienen vacas, dan también una o dos: a esto también algunos collares de corales de vidrio. Si los padres no están conformes con esto, piden más entonces; si es demasiado para el *indio*, se va por su camino. Si ocurre que se convienen el *indio* se va a su choza pero los padres toman la hija y la conducen a 1a choza de su novio; ahí empieza realmente el gritar y llorar de la hija; si ella resiste como por lo común acostumbran, es arrastrada entonces por los padres a la choza del novio; ahí los padres saludan al novio diciendo: —*lani* ahí ya la tienes, la novia se sienta al suelo con la cara contra la pared; ella misma se tapa con una red [velo] y llora de continuo. Los padres se van a su casa y dejan sentada su hija. El novio no habla a ella ni ella a él; al fin él va a sus quehaceres y deja sola la novia. Interin vienen otras *indias* hacia ella, la consuelan, otras la compadecen y la novia no dice ni una palabra. Los padres del novio se muestran muy amables para con ella, invitan la novia a comer; si ella no viene, se callan. Cuando el novio llega a casa y la ve aún sentada y llorando, procura que ella se calle y él pide que ella alcance a él cualquier cosa que sea. Si ella se levanta y se la da, es una buena seña; él la invita a

Señas de una
niña casadera

Cómo se
conduce el novio

Cómo se hace su
solicitud

El novio compra
la novia

216 / *Luken oder Scharten* o sea «entradas».

comer y ellos comen en conjunto pero sin hablar una palabra. Poco a poco ella contesta cuando es preguntada hasta que al fin el pesar ha desaparecido por completo.

Entre nosotros los cristianos se acostumbra que la mujer obedezca al marido y que los padres ya no tengan nada que ver con su hija casada aunque ella debe demostrar sin embargo el respeto correspondiente por un niño a los padres, bien sea por impulso natural, bien por mandato. Pero entre estos paganos se acostumbra que los padres traten tan autoritariamente su hija casada y, sin decir nada al marido, lleven junto a ellos su hija por dos o tres meses y la tengan consigo el tiempo que les plazca o también que la rapten. Esto ocurre generalmente cuando el marido vaga en la caza o en alguna otra parte en el campo. En tales circunstancias los *indios* tienen a la vez esta costumbre; cuando el mando vuelve a su casa y no encuentra su mujer pero oye que ella está de caza con sus padres, espera por cinco, seis [y] aún más días a su mujer; si ella no viene él parte en viaje también y se queda en los campos y los bosques por el tiempo que le place. Cuando él vuelve a su casa y la mujer ya lo espera en la casa, todo está bien aunque ella había partido con sus padres sin conocimiento de él; pero si ella en realidad está en la aldea al lado de sus padres pero no en la vivienda de él en su espera, él ya no pregunta por ella ni por el pago que él ha abonado por ella.

También ocurre que el marido repudia su mujer, ya no la admite y pronto se casa con alguna otra. Lo mismo hace la mujer, abandona su marido cuando se le ocurre y casa con algún otro. Pero la mujer no deja tan fácilmente al marido como el marido a la mujer. Si él ha vivido bien con ella por algunos años y engendrado hijos, no queda ningún hijo con el padre sino que la madre lleva todos consigo y el marido no se preocupa por su alimento sino que deja el cuidado sólo a la madre.

Cuando una casada ha pecado con algún otro lo que ocurre muy raras veces y engendra un hijo extraño [y] confiesa sinceramente su malhecho, el marido la conserva no obstante para su esposa. Pero si ella no confiesa y el niño queda vivo, entonces él [marido] mata con arma punzante la madre; si el niño muere, ella es dejada con vida pues ellos dicen que no se puede sufrir el vivir con una esposa que engendró un niño con otro.

Pregunta: ¿cuál es el cargo de la mujer en el cuidado de la casa?

Respuesta: ella debe cocinar, traer agua y leña y hacer todo lo que el hombre necesita para su atención; el hombre no hace otra cosa que cazar en el campo, beber en exceso empeñosamente, robar, asesinar, comer y dormir.

Además la mujer debe fabricar las ollas y vasijas para el agua; no tiene que lavar pañales porque jamás se faja un niño. Tampoco tiene que remendar nada excepto cuando la manta del hombre reciba una rasgadura o si se rompe su doble tafetán²¹⁷ de cueros de nutrias. A la vez ella debe estar atenta para cuando el marido quiere partir cabalgando para que ella traiga el caballo asegurado a largo lazo en el campo, lo ensille y cuelgue en el recado para el marido el perteneciente avío de caza; en el ínterin el *indio* yace de barriga en la choza, tiene a su lado su hijito o hijita y juega con ellos.

La mujer debe
ensillar el caballo

217 / Alusión irónica a las mantas pintadas, usadas por las mujeres indias.

Cuando el caballo ya está listo, él entrega a la madre su hijo, monta a caballo y espera la lanza que la mujer debe alcanzarle. Cuando el marido llega de la caza, la mujer debe estar presente pronto con el hijo, lo coloca en brazos del sentado en el caballo, recibe de él la lanza, la hinca al lado de la choza en su correspondiente sitio y se coloca ante el hombre que por un rato queda aún a caballo con el niño. Yo no aconsejaría al marido que no tomara al niño sobre su caballo y lo acariciara pues habría llanto en la casa. Después que él ha sostenido al niño por un buen rato, vuelve a darlo a la madre que lo coloca otra vez en la choza. El *indio* desciende del caballo y de nuevo se echa de barriga cerca del niño; ínterin la mujer tira al suelo la carne cazada, desensilla el caballo, corre con él al agua, lo reconduce, lo ata al lado de la choza a largo lazo, lo deja pastar atado, va y toma de nuevo su niño.

Ellos tienen también de dos a tres mujeres

Mientras los *indios* son hombres jóvenes, quedan con una sola mujer, excepto los hijos de los *caciques* o los que ya antes en sus años de jóvenes son valientes y animosos; pero cuando son hombres en sus mejores años toman una o dos concubinas pero por lo general él vive con una [sola] la que él tiene consigo en su choza; las otras quedan con sus padres en los bosques, separada la una de las otras. Ahora si ocurre que una concubina se encuentra con la mujer verdadera del *indio*, es preciso que ellas riñan públicamente. El marido está presente, permanece callado y las deja reñir hasta que ellas tienen suficiente y se separan ellas mismas.

Ellas deben reñir entre sí

Yo vi una pelea semejante entre una mujer que vino desde la tierra silvestre y visitó sus amigos que ya eran cristianos; pero como entonces un *indio* que también era su marido había estado presente con su mujer verdadera, mas se encontraron en la aldea comenzaron los maitines de golpes²¹⁸. Una pegó por la cara a la otra, se arañaron por todo el cuerpo, se tironearon mutuamente de los cabellos y se defendían con quijadas de pescados de modo que la sangre corría desde brazos y pechos; en seguida el marido se sentó a caballo con su lanza y se colocó delante de ellas; los amigos de una y otra acudieron y quisieron separarlas pero el marido no lo permitió y dijo: —Dejadlas pelear, ya cesarán cuando tengan bastante.

No es usual entre los *indios* y lo estiman deshonoroso que el marido se entrometa o haga de árbitro cuando las mujeres discuten y pelean entre sí pues ellos dicen ser un deshonor para ellos el mezclarse como hombres en rencillas de mujeres. Aun cuando el marido está sentado en la choza y alguna otra *india* ataca a su mujer y la hiere a verter sangre, el marido quedará sentado y no dirá palabra alguna acerca de ello.

En lugar de la mujer; el marido se acuesta de sobreparto

Cuando la mujer entra en dolores de parto, el marido se aleja de la mujer hasta tanto ella ha librado; después él vuelve y se acuesta en su descansadero y queda ahí por cinco o seis días como si él estuviere enfermo a la muerte; durante este tiempo la mujer debe cocinarle y darle bien de comer. En una palabra: en vez de seis semanas²¹⁹

218 / *Pumpermetten*. Término dialectal.

219 / *Wochen*, o sea el tiempo de cuidado por la mujer tras el alumbramiento. Según el Padre Nicolás del Techo, el marido tras el parto de la mujer debe quedar inactivo hasta secarse el cordón umbilical del niño. No debe matar fieras ni fabricar armas ni poner trampas a las aves [*History of Paraguay*, p. 719].

él está acostado por la mujer seis días. Se me ocurrió con dos gentiles que querían avecindarse en mi pueblo y hacerse cristianos; ambos daban buena seña de su propósito tomado. La mujer llegó a parir, pero padeció gran peligro: dio a luz y el niño estaba tan débil y expuesto que ellos me llamaron apuradamente para bautizar al niño. Cuando llegué a la choza, pregunté por el niño y su madre la cual estaba sentada junto al fogón, y preparaba la comida para su marido. Vi al niño acostado sobre el regazo de ella pero noté que no había tanto peligro como se me había informado. Yo pregunté a la madre si quería que el niño recibiere el sagrado bautismo. —Sí —dijo ella— para esto te he hecho llamar.

—Pero sepas —dije yo— en caso que tú fueres a volver con tu marido a la tierra silvestre, yo guardaré el niño a mi lado y no permitiré de ningún modo que tú lo lleves contigo al bosque. Ella estuvo conforme con esto y quiso que al niño fuere dado el sagrado bautismo, pues —dijo ella— nosotros ya quedaremos aquí y no tengas cuidado que abandonaremos este pueblo. Yo bauticé al niño pero como noté que a mi alrededor había puras mujeres y ni un sólo hombre, la pregunté: —¿Pues adónde está tu marido?

Ella contestó: —Él no está aquí. Las *indias* cristianas comenzaron a reír a escondidas, me miraron y guiñaron los ojos; yo lo noté pronto y entendí sus guiñadas. Me di vuelta atentamente por la choza, miré a la yacija, descubrí al fin a mis pies cinco cueros de vaca ciervos puestos unos sobre los otros, vi también que algo estaba más levantado del suelo.

—¿Qué son estos cueros aquí? —pregunté y levanté hacia un lado con el pie el primer cuero, descubrí la cara de su marido y pregunté: —¿Qué haces aquí?

—Nada —respondió él. Yo quise saber además si él estaba enfermo.

—No —dijo él— *yo he parido*.

—¡Ay, qué hombre tonto eres! Tu mujer ha parido y no tú, levántate y deja tu recostadero. Tras esto lo dejó pero él no vino a mi casa antes de haber pasado seis días y pidió un pedazo de tabaco; yo no hablé nada más de lo ocurrido como si yo ya no supiere de ello. Cualquiera ha de extrañar que las *indias* en tales ocasiones se porten tan descuidadas pero lo cierto es que en tales circunstancias pocas corren peligro aunque algunas en estos trances han muerto repentinamente.

Puedo agregar aquí algunos acontecimientos de los cuales puedo ser testigo porque ocurrieron en mi pueblo. Un *indio* se hallaba en el campo y cazaba caballos cimarrones; mientras tanto su mujer estaba cerca de dar a luz. No fue posible de convencerla que esperara el momento en su choza frente a su pretexto que su marido estaba ocupado en la caza de caballos, así que ella también quería esperar bajo el cielo libre en el corral donde él solía guardar sus caballos el tiempo de su alumbramiento. Ella no estaba aún bautizada, así se hizo como ella pidió; ella se encaminó al corral de caballos y parió felizmente. ¡Cuántas veces ocurrió que ellas iban con sus vasijas de agua a buscar agua [y] volvieron con un hijo recién nacido y ellas mismas lo trajeron al bautismo! La hija de *Domingo*, que era casada con el hijo mayor de *Cithaalin* de nombre *Sebastián*, cabalgó un día al bosque, recogió leña, cargó el caballo, volvió a casa y apenas hubo descendido del caballo tuvo también un hijo que ella misma llevó al

bautismo. Tales sucesos ya no me eran una cosa nueva ni extraña porque ocurrían tan frecuentemente pero después que yo las había aconsejado que en tales circunstancias no salieren [de casa], se produjo una mejoría.

Pregunta: ¿los *indios* aman a sus mujeres? Respuesta: yo no puedo decirlo bien porque yo veía que ellos por causa nimia desechaban sus mujeres y les demostraban poco afecto pero las mujeres se creían que el hombre no les mostraba cariño si no las apaleaba empeñosamente. Esto me lo demostraron múltiples ocasiones donde he notado que ellas pensaban que el marido no las amaba cuando él ahorra los golpes. Una casada de algunos meses vino ante mí, se quejó muy afligida que su marido la aborrecía. Yo la pregunté si acaso él la habría tratado a golpes o dado palabras injuriosas. —No —dijo ella— en frecuentes veces yo le he hecho cosas incorrectas por las cuales yo hubiere merecido severidad pero hasta ahora él no me ha dicho ninguna palabra resentida; si él me amara, me habría castigado. Yo tuve que reírme y respondí: —Tal vez él no tomará tan a mal ni sentirá tus faltas como tú crees.

—¡Qué esperanza! —respondió ella— no es posible que él pueda ser tan insensible; yo noté muchas veces que él se enoja interiormente; si él quisiera golpearme, estaría bien que él desahogara la ira en mí, pero así él mantiene y conserva dentro de sí la ira y de continuo estará iracundo contra mí. Ella vino algunas veces a pedirme algo de que carecía; yo la pregunté si su marido ya la quería. —No —me respondió ella completamente descontenta— él se porta conmigo como antes.

Es cierto, su marido era un mozo joven y por lo general pacífico, sin embargo le dije que si su mujer le haría algo incorrecto, él le diere una fuerte reprimenda. También ocurrió [así]; la reprimenda fructificó tanto que su mujer le contestara brava y acremente; entre hablar y protestar se llegó a tanto que él la vapuleó bien a puños mas ella no se presentó ante mí pero yo tuve noticia del suceso, esperé la ocasión de preguntarla si su marido ya le habría mostrado afecto. Ella comenzó a sonreírse y dijo: —Yo ya estoy contenta con él.

Otra que tenía un marido grosero y bárbaro, no podía quejarse que su marido no la amaba pues ella me traía muchas manchas azules y rojas, ya en la espalda, ya en la cara, pero en esto estaba tan callada que no se quejó jamás. En una ocasión se presentó con un ojo vendado ante mi puerta; yo la pregunté qué había ocurrido. —Nada —dijo ella. Yo tampoco quise seguir preguntando. Pero más tarde cuando el marido le había pegado en la cabeza con un garrote y le había partido el labio superior, ella misma vino llorando y ululando que el marido le había hecho esto. Yo oí también de otros que ella no tenía ninguna hora tranquila a su lado.

—Mujer —dije a ella— ¿qué debo hacer yo? Lo que tú quieras —respondió ella. —Anda a tu casa y déjame hacer. —Yo cité a *Domingo* y *Aletín*, les conté el curso del asunto y resolvimos conducir a él a una choza y tenerle *arrestado* en ella pero colocar ahí al lado dos hombres armados a lanza. Así se hizo. Apenas estuvo el marido en arresto por unas horas llegó su mujer llorando y pidiendo que yo pusiera en libertad a su marido, el castigo ya sería suficiente. El marido fue puesto en libertad. Algunos días después

vino esta misma mujer con un brazo vendado a mi casa. Yo pregunté si el hombre ya había vuelto a tenerle amor. Ella me contestó —Puede ser. Se dio vuelta y se encaminó a su casa. Otras me dieron después la noticia verdadera que el hombre el día anterior le había roto a golpes el brazo por completo. Ella misma se ha curado sin solicitarme una ayuda.

Aún otro suceso especial ocurrió con un *indio* que [siendo] *guaraní* y cristiano había escapado de su pueblo algunos años antes me había ofrecido que él quería servir si yo necesitaba trabajadores. Él podía ser empleado en diversos trabajos manuales y era un mocetón muy útil. Él trabajaba conmigo ya por más de un año; su conducta me satisfacía. Cuando yo menos lo pensé, se hizo invisible. Yo temía que él hubiera tenido una desgracia y hubiera caído en las garras de un tigre. Por esto envié seis *indios* a caballo a buscar por el campo o en los bosques si pudieran hallarlo. No lejos del pueblo encontraron el rastro completamente fresco por entre la hierba, lo siguieron y ya a dos leguas de la aldea encontraron al perdido y lo trajeron de vuelta. Cuando yo le pregunté por qué se ausentó, él me respondió: —Yo ya tenía ganas de alejarme pero temí que tú me detendrías, por esto yo partí sin tu voluntad. Mis *indios* ya quisieron aplicarle justicia y castigarle pero yo no lo permití, le di una buena reprimenda y ordené que él siguiera trabajando en el pueblo. No transcurrieron catorce días que mi *guaraní* ya se perdió otra vez; yo mandé perseguirlo y él fue de nuevo traído felizmente de vuelta. Entonces yo le reprendí con mayor celo, le reproché que la vez anterior él había merecido castigo y mis *indios* en realidad lo hubieran castigado si yo no hubiera sido tan benévolo para con él y lo hubiera prohibido. También exigí saber por él la causa de su segunda huida. Él respondió que él no sabía otra causa que ésta: que yo no lo apreciaba ni quería.

¿No es amor —dije yo— si yo te perdono y frente a tus delitos soy benevolente?

Pues —dijo él a su vez— si tú me hubieras tenido afecto, me habrías hecho castigar entonces ya a la primera vez tras mi huida pero tú no lo has hecho, yo veo así que tú no me tienes afecto.

¡Ah —dije yo— si esto es para ti una señal de afecto, ha de suceder para que tú de aquí en adelante estés más contento a mi lado!

Yo ordené en seguida que le midieran diez azotes con un correón. El *indio* no se encojió ni una sola vez; después de recibidos los azotes me besó la mano y dijo: —Doy las gracias, padre, ahora me has dado razón²²⁰. Este *indio* me sirvió aún por algunos años sin que durante este tiempo yo lo hubiere perdido en alguna vez.

En otras múltiples ocasiones o casi por lo general he notado especialmente entre gentes jóvenes recién casadas que al principio la mujer estaba descontenta con su marido. Si yo la preguntaba cómo les iba o si vivían contentos y unidos entre sí, tenía que oír entonces comúnmente por las mujeres jóvenes unas quejas contra sus maridos; jamás estaban contentas. La queja común era: mi marido no me quiere. Pero cuando más tarde había oído que la joven esposa había sido bien apaleada por su

220 / *Verstand* i. e, facultad de comprensión.

marido, entonces yo no oía ya más quejas, todas estaban contentas y quietas.

Las mujeres no temen los golpes por sus maridos, pero ser muertas a arma blanca y ser asesinadas o también ser abandonadas y repudiadas, eso lo temen y eso las mantiene dentro de la obediencia. Aquella persona femenina que posee fama de ser iracunda, puede estar segura que ella no obtendrá un marido, pues el *indio* se casará más bien con la mujer más fea con tal que ella sea apacible, que con una iracunda aunque ella fuere igual a una diosa.

Los *mocovíes* y los *abipones* aborrecen igualmente aquellas mujeres que son sospechadas por una infidelidad o latrocinio. Dos jóvenes de escasisima edad estaban ya resueltas a casarse y las usuales admoniciones debían hacerse. Antes de pronunciarlas por primera vez, pregunté al novio si él persistía en su resolución de casarse. Él respondió que sí, lo mismo que ella. El sábado al atardecer antes del día de su admonición vino a mi lado el novio completamente cambiado y dijo: — *Pater*, yo rechazo esta mujer y no la quiero tener como esposa. — A la vez comunicó también la causa del por qué ella con otras muchachas habría sido destinada por mí durante la recolecta del trigo turco o *cucurus* a juntar el trigo turco sobre el campo común, pero habría tomado algunas espigas sin mi permiso y las hubiera hurtado; ahora esto estaba manifiesto en el pueblo; él no quería reconocer una semejante para su esposa. Yo traté de disminuir todo y con esto sostenerlo para que se casara con ella, pero en vano. Ella recibió las calabazas y él casó con otra al poco tiempo.

Pregunta: ¿entonces los *mocovíes* no son inclinados al latrocinio? Respuesta : robar, hurtar y asesinar es su oficio más usual pero en esto hay que advertir que ello ha de comprenderse sólo contra aquellos que no son de su estirpe. Causar daño a algún otro que es un extraño es una virtud entre ellos, pero substraer la menor cosa a uno de su comunidad sería entre ellos un vicio y una cosa muy mal conceptuada. Pues si no hubiera esto, se robarían todo entre sí, porque no tienen ni pueden tener nada encerrado. Cuando ellos cabalgan a la caza, en la cual permanecen en frecuentes veces por dos a tres meses, todo su avío casero queda tan seguro en la choza abierta que tampoco *indio* alguno se atreverá a penetrar en ausencia del otro en su choza. Muchos tienen animales monteses mansos y avestruces, de los cuales una gran cantidad eran propios de diversos *indios* en mi pueblo. Yo mismo tenía seis avestruces, dos tigres, un *leopardo* y algunos venaditos en mi patio; sin embargo aunque ellos causaban algún daño a los *indios*, nadie osó hacerles nada. Una mayor prueba fue que si bien día y noche yo tenía colocados a la vista las bolsas de sal, yerba *paraguaya* o *té* y tabaco, jamás se me perdió algo de esto, si bien los *indios* le eran muy afectos.

Yo tenía a la vista depositadas en mi cuarto muchas cosas como (ser) cuchillos, agujas y semejante y aunque en frecuentes veces muchos *indios* me visitaban, yo también en frecuentes ocasiones por alguna causa o trabajos sobrevenidos los debí dejar solos en el cuarto, no he notado jamás haber perdido algo. Yo probé frecuentemente mis muchachos con muchos objetos que yo había tirado a propósito en mi cuarto como perdidos, para seducirlos con ellos, pero no noté nada de una incorrección. Con el tiempo y a causa

de la comunidad con la gentuza española se notó que los muchachos comenzaron a tomar pequeñas cosas, los que tuvieron que sufrir su castigo ni bien fueron sorprendidos. Si los *indios* no vieran tan malos ejemplos por los españoles, se conservarían de modo que a muchos cristianos podrían servir como un modelo.

Mis *indios* tenían en la ciudad de *Santa Fe* un aprecio tan grande y buen nombre, que los habitantes les permitían libre entrada aun a lo más interior de sus negocios, porque tenían la experiencia que ningún *mocoví* les causaría el menor daño. Cuando yo viajaba a la ciudad oía los mejores elogios a mis *indios*, mientras antes en su gentilidad ellos causaron el mayor daño a la ciudad y les robaban lo que podían. Una vez, cuando yo viajé a la ciudad con algunos de mis *indios*, no pude llegar de día a la ciudad; por lo tanto, tuve que permanecer a dos leguas de la ciudad al lado de un rancho español donde estaban en casa el hospedero y la hospedera. Yo quedé al lado de mis *indios* y acampé al lado de su huerta que estaba rodeada por un cerco muy sencillo²²¹, como en nuestros campos se suelen atar los travesaños para que el ganado no tenga entrada libre a la mies. El hospedero junto con la mujer estaba asustado y creía que él tendría tal vez *indios* forasteros salvajes al lado de su vivienda, que durante la noche le serían perjudiciales. Para asegurarse vino en la obscuridad a espiar desde lejos qué huéspedes seríamos. Nosotros ya habíamos hecho fuego y estábamos sentados en su derredor. En cuanto este hombre me vio, vino con alegría y saludó lo más amistosamente a mí y mis *indios*: —Gracias a Dios —dijo él— que yo sé quiénes son. Yo y mi mujer ya estábamos llenos de miedo y susto; pensábamos ya en huir durante la noche a la ciudad, en la creencia que ellos fueren abipones u otros *indios* salvajes. Él volvió corriendo y consoló su mujer, la que al corto rato vino también con él junto a nosotros y trajo carne, melones de agua [sandías] y otros melones, que todos tuvimos para comer lo suficiente. El marido ordenó a sus peones que carnearan pronto un corderito gordo para mí, mientras los *indios* recibieron un medio cuarto de carne de buey. Ellos permanecieron por una hora con nosotros y comenzaron a contar lo que poco tiempo antes había ocurrido con dos *familias mocovíes* enteras de mi reducción. —Vinieron —dijo él— pocos días antes y casi a esta misma hora dos *indios* viejos junto con sus mujeres y niños; acamparon también al lado de nuestro huerto. Nosotros no sabíamos quiénes eran; tampoco nos atrevíamos a indagar si eran *indios* salvajes o mansos. Habíamos ya recogido pero aún no guardado nuestros melones, éstos estaban aún amontonados en nuestro huerto; sus hijos entraban y salían, pasaban en derredor de los melones. Entonces a mi mujer le entró tanto miedo que ella no sabía si debía entrar los melones aun esta noche o dejarlos acostados. Yo era de opinión que nos contuviéramos y que nadie entrara al huerto; era más conveniente que dejáramos los melones librados a la buena o mala suerte antes que nos expusiéramos al peligro. Después de un buen rato oímos como si ellos oraban; miramos por la ventana y notamos que todos, chicos y grandes, estaban arrodillados en derredor del fuego; no comprendimos lo que ellos

221 / *Schlecht*.

habían orado, pero después que hubieron terminado su oración oímos cantar como primera una niña, a la que todos los demás han seguido cantando. Esta era una canción en nuestra lengua española a la madre de Dios: *Buenas noches tengáis madre, hija del eterno Padre*; en alemán: *Gute Nacht, wuensche ich Euch Mutter, Tochter des ewigen Vater; yo mucho me regocijo, que tengáis a Dios por hijo: ich erfreue mich und frohlocke dass Ihr Gott zu einem Sohn habt*. Cuando yo oí este canto conocí que ellos eran *mocovíes* de la reducción del Santo Xaverij. —Bien —dije a mi mujer— nosotros y nuestros melones, junto con todo nuestro avío casero estamos en la mejor seguridad. Tú verás que no perderemos ni un solo melón; déjalos depositados donde están, ellos están bien guardados. Mi mujer no quiso crearme; fue no obstante a los montones de melones, contempló muy exactamente todos, hizo algunas señas para ver si yo había dicho la verdad. A la mañana temprano cuando rompió el día, mi mujer ya estuvo en el huerto y encontró que no se le había perdido ni un solo melón. Ella volvió casi sin aliento hacia mí y entre el mayor asombro me dio la noticia que los *indios* no habían tocado ni uno. —Ah [dijo ella] a estos *indios* he de obsequiar y con tu consentimiento reparto un montón y les hago el regalo. —Ella lo hizo también, llamó a todos al huerto y les dio permiso que se repartieren entre ellos el montón de melones entero. Ellos nos expresaron el mayor agradecimiento y se despidieron.

Yo reconocí por las circunstancias del tiempo cuáles *indios* o *familias* habían sido éstas. Yo conté todo a mis *indios* en su lengua y les recomendé a seguir dando a los españoles un buen ejemplo y no infligirles ni el menor daño.

Pregunta: ¿los *indios* se casan también entre su parentela?

Repuesta: aunque ellos no observan ninguna ley de Dios ni saben de ella, la ley de la naturaleza les está impregnada en virtud de la cual ellos precaven y eluden lo que es contrario a ella. Tanto más fácil les será observar como cristianos las leyes de Dios, porque éstas son conformes con la naturaleza y no contrarias a la naturaleza. Si los herejes que dicen ser imposible observar los mandamientos de Dios y encuentran la mayor objeción en el sexto mandamiento, hubieran observado mis *indios* como paganos, habrían aprendido de ellos que lo que a ellos les hacía imposible observar el mandamiento de Dios, lo impuso la naturaleza misma. Sería una atrocidad si fuera ofrecido a un *mocoví* o a un *abipón* que él se casara en el quinto o sexto grado de la parentela. Yo como *misionero*, cual otros, tenía por el Papa el poder de dispensar los *indios* aún en el segundo grado de la consanguinidad y de unirlos pero jamás lo he ejercido, porque yo mismo veía que ellos aborrecían unirse con alguna que fuere parienta aun en el grado lejano, por lo cual yo jamás tuve un peligro de errar en este caso, cuando dos querían casarse entre sí, sino que yo estaba seguro que ellos mismos se aborrecerían si fueran cercanos consanguíneos parientes. Frecuentes veces yo ya sabía que algunos eran parientes muy lejanamente, y cuando los preguntaba si querían ser casados entre ellos, se asustaron por mi pregunta y lo rehusaban porque eran parientes entre sí. Yo averigüé y encontré que eran parientes en quinto o sexto grado, pero ellos decían *jcaya*, ella es mi hermana o él es mi hermano. Cuando yo oía esto al

principio, creí que fueren parientes consanguíneos en segundo grado, pero cuando yo había conocido que aun los parientes lejanos se llamaban hermanos, ya pude saber en qué grado. Yo los dejé en su costumbre y jamás usé de mi pleno poder porque ellos de por sí no necesitaban de éste. Tampoco les manifesté que yo podía dispensar en grado más cercano para que acaso no ocurriese un malhecho entre parientes fuera del matrimonio. Por esto se puede deducir suficientemente cuán temerosos son los *indios* en lo que concierne aun sólo lejanamente a su parentela en la creencia que era contra la ley de la naturaleza casar entre la parentela; ¿y cristianos no recelarían lo que la ley de la naturaleza y la ley de Dios bajo castigos eternos ordena evitar? pero como yo bien preví que con el tiempo uno u otro se casarían en el cuarto o quinto grado del parentesco consanguíneo, les manifesté para su conocimiento que de ahí en adelante si ellos fueren parientes lejanos no habría que hacer un impedimento; en los más cercanos yo vería lo que podría hacerse. En tales circunstancias yo podía servirme únicamente de *Domingo* o *Aletin*; por ellos yo obtenía bien extensas noticias de la parentela de todos los *indios* en la aldea. Tampoco había encontrado jamás un impedimento u obstáculo entre los que querían casarse, pues ellos averiguaban su parentesco tan exactamente entre sí, que hasta ahora no debo tener ningún temor por ello²²².

Tampoco se casa ningún *indio* con una española cautiva aunque ella fuera hermosa cual una imagen; antes él se uniría con una *india* de facha haragana²²³ que con una española cautiva. En igual manera una india verdaderamente honesta no se casará con ningún español cautivo o *indio* forastero, aunque fuere el hombre más hermoso. Ahora cuando en un pueblo [había] *indios* [o *indias*] que alguna vez fueron cautivados por españoles y luego dejados en libertad o españoles o españolas que habían sido cautivos de los *indios*, éstos debían casarse entre ellos o la española recibía por favor para esposo uno de los *indios* peores y más abyectos.

Pregunta: ¿la mujer debe seguir al marido como entre nosotros los cristianos?

Respuesta: cuando los casados se encuentran en una [misma] aldea, ocurre a veces que la mujer se domicilia en la choza del marido, pero muy raras veces. Si la mujer es de otra aldea el marido se traslada entonces casi siempre a la otra aldea y vive en la choza de los padres de su mujer hasta que él adquiere alguna para sí solo, pero ésta debe estar inmediata a la choza de sus padres, pues las madres y abuelas entre los *indios* son acondicionadas [en ideas] en manera que ellas, aunque han casado sus hijas, tratan sin embargo de tener éstas a su lado y gobernar a ellas y a la par a los maridos. En realidad los maridos no deben dejarse dominar, pero como ellos se demuestran y son siempre más razonables que el precipitado sexo femenino, no oponen resistencia en el comienzo, pero en cuanto los atropellan por demás, el marido está listo pronto para alejar de sí a palos madre, abuela y mujer.

Cada cual puede creerme lo que sigo contando, pues yo poseo centuple experiencia:

222 / Oración en presente para aludir a un posible arrepentimiento posterior.

223 / *Schlaraffengesicht*, término despectivo de dudosa acepción. Según algunos lexicógrafos «cara de vinagre»; según otros «cara de mona vagabunda».

Simulaciones de
las *indias*

Se refiere a las riñas entre marido y mujer. La mujer ofenderá, mortificará e irritará al marido por tanto tiempo hasta que *él*, acabada la paciencia, le aplica algunos azotes. ¿Qué hace ella? Ella comienza a retorcerse y a revolcarse; se desmaya, queda echada como si ya estuviera muerta. Pero ¡bien advertido! en tales ocasiones yo encontraba un buen color en la cara y un pulso regular. Algunas tenían en realidad una cara pálida por la ira, pero el pulso estaba en regla. Entonces toda la parentela se reunía corriendo, lloraba y daba alaridos; la gritería no era otra sino que: «*Ella está muerta, ya está muerta*». En seguida estaba el mensajero en mi puerta: —«*Esta o aquella se muere*» —o también—: «*ha muerto*»²²⁴. Yo ya sabía de otras circunstancias cuando ellos venían tarde en la noche a mi lado y me llamaban diciendo: —*yelebet apic* —ella ya muere— o *yeleb*, ella ha muerto. Para cerciorarme yo solía preguntar: ¿*mal yelebsa?* ¿ella está muerta realmente? —*É llac ani*, no, ella aún está viva, pero comienza a morir. Yo corría entonces a su choza y veía que ella estaba tendida en el suelo sin que se notara que ella respiraba. Al principio antes de que fui conocedor de sus simulaciones, yo mismo creía ser cierto que ella comenzaba a morir o en seguida moriría. Tales sucesos ocurrían muy frecuentemente y yo tuve que salir en muchas ocasiones de mi cuarto a media noche entre truenos y granizos y asistir a la moribunda. Lo más penoso era que tales simulados fallecimientos ocurrían comúnmente bajo tal intempestuoso tiempo. En esto yo debí sufrir y padecer el que más, pues la lluvia era frecuentemente tan copiosa que ponía todo bajo agua porque el pueblo estaba situado en la hondonada y en mayor parte en el pantano. Puedo asegurar con certeza que frecuentemente tuve que cruzar el agua hasta las pantorrillas. *Aletin*, que vivía cerca de la iglesia y de mi casa, tenía que ser mi *Eneas* que a mí, el padeciente *Anquises*²²⁵, salvaba no del fuego sino del agua y barro y me llevaba sobre sus espaldas hasta la casa de la muerta simulada. Yo no veía ningún síntoma de muerte en ella, pero creía que fuera una enfermedad de mujer; yo no tenía *spiritum cornu cervi*²²⁶ ni otras cosas fortificantes. Yo me remediaba con lo que podía, me hacía alcanzar un cuerno de vaca con brasas en su interior, sobre éstas ponía la lana ovina sucia y lo hacía sostener bajo la nariz de la difunta, de manera que el humo maloliente penetrara fuertemente. Pronto respiraba ella; ahora cuando ella había vuelto en sí quería yo consolarla y Dios sabe cuántas *absoluciones* y *sub conditiones* yo he impartido en tales circunstancias porque yo creía en realidad que había un peligro. Pero los excesivos desmayos y ansias mortales de las *indias* casadas me hicieron pensar si no habría una oculta simulación. Yo esperé otra oportunidad y reflexioné sobre lo que debía hacer en tales casos para que yo conociera si había algo verdadero o simulado en ello. De nuevo fui llamado en hora nocturna como otras veces

224 / Las tres exclamaciones están subrayadas en el original.

225 / El autor compara su situación con la de Anquises salvado en la homérica Troya por su hijo Eneas.

226 / De la destilación del cuerno de ciervo se obtiene una solución *liquor ammonii carbonici pyroleosi*, que en la antigua terapéutica desempeñaba un papel importante, según Brockhaus bajo *Hirsshorngeist*.

al lado de una muerta simulada; yo escuché si ella respiraba. Al principio no pude notar nada. Yo vi que los ojos [estaban] cerrados, que al contrario en los moribundos o muertos, están abiertos por lo común de modo que después de la muerte hay que cerrarlos. Al fin después de un buen rato ella comenzó a respirar fuertemente y en seguida ya quedó de nuevo sin respirar. Todas las madres, abuelas, parientas y otras lloraban y gritaban que ella estaba muerta. En tales ocasiones vi jamás un *indio* ni su marido. Al fin pregunté dónde estaba el marido. —Ay, *Pater* —dijeron ellas— justamente éste es el causante de su muerte: él la ha pegado hoy.

—¿Adónde?

—Por la cabeza y todo él cuerpo. —¿No debía yo haberme enojado por ello? Yo no pude ver ni hallar en ella ni una sola seña de un azote pero yo fingí y probé (sin que lo notaran las sentadas en derredor) si yo podía suspender la respiración tanto rato como la moribunda. Cuando ella volvió a respirar, comencé también a respirar y quise saber si yo o ella podíamos suspender la respiración por más tiempo. En verdad yo pude suspenderla por más tiempo que ella. Cuando ya conocí esto, dije a las circunstantes: — Consolaos, ella no está muerta, pronto la despertaré. Yo saqué mi tabaquera, tomé un buen polvillo de tabaco español [rapé] y se lo metí en la nariz. Ella comenzó entonces a estornudar que apenas pudo cesar. —Ahora, hijos míos —dije— ella ya está viva, yo ya no tengo nada que hacer aquí, yo me voy a casa.

Las mujeres *indias* son muy astutas. Aunque en ocasiones quieren ser azotadas por sus maridos, el motivo no es justamente querer conocer por ello si son amadas por sus maridos, sino para tener a causa de las palizas recibidas un motivo de simular, de mostrarse desmayadas o muertas para ver si el marido se aflige por ella y se apesadumbra, por lo cual ellas notan luego si él la quiere o no la quiere. Todas muertas semejantes que yo había resucitado en la dicha manera sanaron también tanto que al siguiente día no les quedó ningún deajo de los anteriores desmayos y ansias mortales. Otra causa es: cuando el marido no quiere hacer todo lo que su mujer pide, ellas quieren entonces causarle un mal para que en otra ocasión él se amolde mejor a su voluntad, y como no se atreven a contestar de cara al hombre u oponerse a él, emplean tales medios simuladores, como *Domingo* y *Aletin* me han asegurado y me han dado a conocer aún más astucias de las mujeres *indias*. De ahí en adelante yo supe arreglarme a ello y *curar* pronto tales casos de muerte; tuve después buen sosiego y [ello] no ocurría tan frecuentemente porque yo les daba junto con la cura de tabaco una buena reprimenda, por lo cual notaron que yo había reconocido su simulación.

Pregunta: ¿cómo cabalga a la caza el *indio* con mujer e hijos? Respuesta: el marido cabalga adelante con la lanza en la mano, con su lazo y boleadoras; luego sigue la mujer con los hijos más chicos; a veces tiene rodeados con su manta a dos delante y dos detrás de ella; siguen a ella los hijos que ya pueden manejar el caballo. Éstos arrear a la zaga el resto de los caballos. La mujer ha cargado primero su cabalgadura cual una acémila, pues ella debe llevar consigo todos los enseres caseros, como ser ollas, vasijas, morteros de pisar, el cuero arrollado sobre el cual se acuestan; arcos y flechas del

Una muerta
simulada se resucita

Por cuál motivo
simulan

marido, su dardo y lo que siempre necesitaran en el campo. Pero la mujer debe cargar mucho más cuando ellos se mudan de un lugar a algún otro, en frecuentes veces hasta a doscientas, aun trescientas leguas en la tierra silvestre. Entonces muchas veces ella tiene sentados a ambos lados, sobre sus alforjas, que están cubiertas con cueros, perros chicos, gatos o también tigres chicos o *leopardos*; a veces también papagayos chicos. Yo he visto a una *india* salvaje en el camino, que viajaba desde la tierra silvestre a nuestra aldea, la cual amamantaba en el pecho de un lado a un niño y del otro a un perrito chico. Cuando ellos llegan al lugar donde quieren acampar y cazar, la mujer debe empezar a construir en seguida la choza, la que ella forma con gajos de árboles, herbaje y carrizo largo. El marido se ocupa en asegurar sus caballos, después cabalga y busca algo de comer para su familia, en lo cual le siguen todos los perros, de los cuales un *indio* a veces lleva consigo catorce y más, pues éstos le encuentran la mayor parte de la caza montesa y le procuran comida.

Pregunta: ¿qué clase de perros se hallan en *Paracuaria*? Respuesta: se encuentran muchísimos perros que de naturaleza no tienen pelos sino sólo una piel negra [y] lisa; son bajos pero largos; sirven únicamente para cazar las lagartijas y otros animalitos del campo que viven bajo la tierra. Los españoles los llaman *perros chinos*. A más se encuentran dogos ingleses negros o pardos, perros de agua y también perros grandes que no temen luchar con un tigre, especialmente cuando varios de ellos unidos atrapan un tigre²²⁷. Yo tenía un perro grandotazo que yo llamaba *Soldado*; éste era tan magistralmente enseñado contra los tigres, que ninguno le hacía frente y se atrevía con él, pero bastaba que él los espicara y delatara. Yo mismo tenía nueve perros en mi casa: cuatro galgos, dos overos negro-pardos como la clase de gozques, dos buscadores de tigres y el grande. Ellos me hicieron excelentes servicios en viajes lejanos y peligrosos. Y ésta es la única bestia que en las tierras silvestres puede procurar alimento y avisar o salvar en los peligros.

227 / En su *Historia de los indios*, Capítulo X, escrita a mediados del siglo XVI por el fraile franciscano Toribio Buenaventura o Motoline, refiere que los españoles introdujeron en Las Indias desde España una crianza especial de perros bravos para defender los *indios* contra los tigres, con asombrosos éxitos.

CAPÍTULO XII

Usos *indios* para con sus enfermos y difuntos

Pregunta: ¿cómo se portan los esposos si uno de ellos se enferma?

Respuesta: ni bien la mujer se enferma, el marido no queda en la choza sino él se aleja de la casa durante el día y se pierde ahí por el campo hasta tanto se le antoje; ínterin deja su mujer enferma a los padres de ella y a los parientes. Si él queda en la aldea se allega sin embargo a su choza pero no se cuida de su mujer como si ella no estuviere enferma. Si él le da pocas buenas palabras cuando ella está sana, se torna completamente desinteresado cuando ella yace enferma. Él no pregunta a nadie, mucho menos a la enferma, cómo se encuentra ella. También ocurría frecuentemente que la mujer estaba en el mayor peligro donde el marido hubiera podido preguntarme por lo menos cuál era mi opinión, si ella se restablecería o no, pero ellos no dejaron oír ni una palabra ni notar que tenían una mujer enferma mientras al contrario las mujeres cargan con todo el cuidado de sus maridos enfermos. Si el marido está acostado en cama, la mujer debe estar sentada día y noche a sus pies y atenderlo. Pida el marido lo que quiera, la mujer le procurará todo [aun] si debiera enviar otros al campo o a los bosques en cuanto fuere posible de obtener lo pedido, fuere ello en provecho del marido enfermo o no.

Pregunta: ¿cómo son atendidos los enfermos entre los *mocovies*?

Respuesta: infeliz aquél cuyo enfermero fuere un *indio* o una *india*, él debería morir de hambre. Si yo mismo no hubiere sido el enfermero de mis *indios* y yo mismo no les hubiere preparado en mi casa la sopa o lo que siempre fuere tal comidilla de enfermo, todos hubieren muerto de hambre o por falta de aquel alimento que el enfermo ha menester. Pues ellos tenían la siguiente costumbre: aunque yo les preparaba todo en lo posible y enviaba a sus chozas esto era en realidad presentado al enfermo pero si él no quería comerlo, los sanos, sin decirle una palabra más, lo recogían y lo devoraban; de este modo han dejado constantemente sin alimento al enfermo. Pero después que yo supe esto, les llegaban, por mis muchachos la comida y la bebida. Aunque ellos no quisieron tomar nada, yo los aconsejaba sin embargo hasta tanto que ellos tomaron de mi mano la comida por lo cual aparece que he salvado la vida a los más. Lo mismo ocurría también con aquellos remedios y *medicamentos* que yo les preparaba; en cuando yo los enviaba por algún otro, no se hacía nada; la *medicina* quedaba colocada en un rincón de la choza y debía echarse a perder; basta que yo supe también esto y de nuevo a ciertas horas yo mismo debí administrarles el medicamento y en diversos modos inducirlos a tomarlo.

En su gentilidad ellos tienen la siguiente costumbre, especialmente en tiempo de las viruelas o de una peste; entonces ni las *familias* quedan reunidas sino que se dispersan por los bosques. Si alguno de ellos se enferma y hay un peligro, colocan entonces ante el enfermo una fuente con comida y una jarra con agua, se ausentan y lo

Los afectados por una enfermedad infecciosa son abandonados

dejan completamente sólo, suceda con él lo que quisiera. Tampoco averigua alguien por él hasta después de un tiempo largo durante el cual ellos creen que él debe ora haber sanado ora ya haber muerto.

Matan a los padres en trance de muerte

En la tierra silvestre solían practicar una cosa inaudita con sus padres: si los hijos veían que sus padres no podían sanar de la enfermedad o notaban como seguro que ya no había otro remedio que morir o si ellos antes de su muerte eran mortificados en demasía, el hijo o hija tomaba su macana, golpeaba varias veces en la cabeza al padre o la madre hasta que el alma se iba porque les acongojaba demasiado que el padre y la madre debieren padecer por tanto tiempo; por lo consiguiente para librarlos y quitarles más pronto los dolores procedían en dicho modo con sus padres. Pero después que estaban muertos comenzaba entre las mujeres el alarido por la muerte y lloraban al padre o a la madre muerta a golpes.

Creen que nadie puede morir de muerte natural

Anteriormente no quisieron saber nada de que el ser humano muere de una muerte natural porque la ley de morir le fuere impuesta por Dios sino que él viviría siempre si no fuere muerto, sea en la pelea u otra ocasión o por brujas. Por lo tanto no bien ha fallecido alguien, fuere grande o chico, joven o viejo, conciben en seguida la sospecha contra un brujo o una hechicera, piensan en venganza y tratan de matarlos. Si ellos no pueden hacerle nada, acuden a la ayuda de otro hechicero el que despachará al asesino de la vida a la muerte lo que él efectúa de la siguiente manera: él hace llevar al cuerpo del fallecido al campo libre y colocarlo sobre paja seca, enciende la paja y quema el cuerpo por un costado; le tira una o dos flechas por la garganta; la tercera al corazón; junto con esto el hechicero pronuncia en secreto algunas palabras y deja estar yacente por un tiempo el cuerpo muerto; después lo llevan a sepultarlo. Los hechiceros dicen que mediante este procedimiento el matador debe perecer pues las flechas que él hace pasar en el cuerpo por el corazón debían a la vez traspasar la garganta y el corazón del matador y matarlo fuere quien fuere. Una igual *ceremonia* ocurría también en mi reducción cuando mis *indios* eran aún cristianos neófitos y tenían aún muchas de sus antiguas costumbres y supersticiones. Pero ello ocurrió con uno que había llegado muy recientemente desde el desierto y fue bautizado antes de su muerte. Pero el maestro de *ceremonias* hechicero que por su propia voluntad, sin previo conocimiento mío o de otros cristianos había realizado en secreto esta *operación*, era todavía un pagano y había llegado a mi reducción pocas semanas antes.

Pregunta: ¿cómo se conducen los *mocovíes* en seguida tras la muerte de un difunto?

Respuesta: cuando muere la mujer de un *indio*, el marido toma su caballo y cabalga a la caza o agarrada de caballos; mediante esto él quiere ahuyentar el pesar por su mujer fallecida, no se preocupa por su entierro pues eso deben hacer sus amigos; después de uno, dos o tres meses él retorna pero no a su casa de la cual ya han salido también sus hijos después de la muerte de su madre o padre. El padre enviudado deshace en un montón su choza y erige no lejos una nueva o interin sólo una *barraca* de herbajes y gajos de árboles. La causa porque el *indio* deshace su choza está en el motivo para que la muerte que ya una vez ha caído en su choza, no le visite en lo futuro. —Pues

Deshacen la choza

¿Por qué?

—dicen ellos— si la choza quedara parada, ningún habitante estaría seguro de la vida porque la muerte ya conocería el camino a la choza; pero si ellos abaten la choza, ella creería que ya no habría habitantes, por lo tanto ellos estarían bien seguros contra la muerte. El segundo motivo es para que a la vista de la choza los demás habitantes no recuerden del fallecido ni rememoren su muerte. Pero después cuando ya fueron cristianos traté yo de quitarles esta creencia *fantástica* y abolir la costumbre de destruir sus casas. Muera un hombre o una mujer, no ha de aparecer ningún hombre *indio* en la choza del moribundo, solamente mujeres y las *indias* más viejas que ya esperan que él esté muerto para entonar en seguida el aullido. Después que el marido ha fallecido la mujer comienza a gritar que se la oye en toda la aldea, agarra de la cabeza al marido fallecido, le golpea con los puños en el costado como si ella estuviera enojada porque él la había abandonado; a la vez habla al cuerpo de este modo: —Ay, tú, marido infiel y cruel, ¿por qué me has abandonado? Tú has sido tan firme en tus cacerías, tan valiente en las peleas, has muerto tantos y tantos españoles, tantos *indios*, ¿de dónde obtendré de nuevo tal marido? Tú ya no tienes misericordia para conmigo y tus hijos, ¿quién les buscará el sustento? De aquí en adelante ellos vagarán abandonados —y tales cosas más. Algunas madres llegan a ser tan airadas contra sus hijos que a uno lo tiran por acá al otro por allá, si no es que hasta quieren matarlos y enviarlos en pos del padre. Cuando llega el anochecer, vienen las *indias* viejas desde todos lados, se reúnen en la choza del difunto, aúllan y gritan toda la noche hasta que rompe el día, durante el día callan todas. Al otro anochecer hacen lo mismo y así aun durante tres o cuatro noches. Bajo tal gritería de pena todos los perros de la aldea entera comienzan a aullar, ¡que oiga entonces alguno esta gritería y aullar! Él no podría imaginarse otra cosa sino un infierno lleno de maldecidos.

La viuda se corta los cabellos por toda la cabeza; lo mismo hace el viudo y recorta también los cabellos de todos sus hijos. Las *indias* coplañideras exigen de la viuda un pago por su aullar y gritar. La viuda regala todo que perteneció al difunto de modo que ella no conserva con ella ni la menor cosa de él excepto sus armas que se colocan en su sepultura. Lo mismo el viudo regala todas las cosas que han pertenecido a la difunta; nada queda a los hijos. El marido mata [a arma blanca] el caballo que su mujer ha usado pero recorta las colas de sus cabalgaduras y de los caballos de sus hijos y les tusa las crines. La viuda cubre su cara con un velo, está sentada durante algunos días con la cara contra la pared y no habla con ninguna persona. Tampoco deben reír durante unos meses ni la viuda ni el viudo y [deben] hablar raras veces. Yo tenía mucha diversión con mis *indios* viudos cuando tan serios comparecían con otros a mi lado, no hablaban nada y a pesar de que otros reían entre ellos o presentaban algo ridículo, se mostraban completamente serios. Una vez yo quise inducir a propósito a reírse a un mozo cuya mujer había muerto y fue justamente aquél a quien de improviso había presentado el espejo y que se cayó de espaldas por el susto. Yo no pude inducirlo a ello si bien yo había instigado los demás a que hicieren lo mismo. El viudo era generalmente un archichancero y alegre en conversaciones y ademanes. Sin embargo yo lo tenté

Su luto

No deben reír

Muestras del luto

hasta que él no pudo contener más la risa. Desde ese tiempo él se dejó de cara triste y fue tan chistoso como antes.

Cada *nación* tiene otras señas del luto por sus difuntos; yo sé de algunas otras porque yo mismo las he visto; así los *pampas*, *aucaes*, *pelchues* acostumbran pintarse de negro toda la cara y andar así por algunos meses. Las mujeres de los *indios charubas* se cortan una falange de sus dedos cuantas veces se les muere un marido. Quien quiere saber cuántos maridos se les han muerto, puede conocerlo por las faltantes falanjes de sus dedos. En realidad ellos no tienen nada determinado cuanto ellos deben permanecer en estado de viudez pero observan un cierto tiempo; y entre ellos sería mal mirado el que al transcurso de un mes de la muerte de su mujer quisiera casarse con otra como ocurre sin embargo en frecuentes ocasiones en nuestros países. Si alguno se casara más temprano, habría la conversación entre ellos [que] él no habría amado su mujer, habría sido por lo tanto un marido fútil.

[Si] muere el marido, los hijos quedan con la madre; [si] muere la madre, los padres [de ella] o los amigos no dejan ningún hijo al lado de su padre sino que la parentela toma todos en guarda al lado de ella y el padre no se preocupa de sus hijos ni los hijos de su padre. Yo no sé cómo puede ocurrir esto. Parece como que el padre y los hijos se hubieren quitado su natural afecto entre sí, ¿o será tal vez que ellos por vana intención compriman el afecto natural y lo mantengan oculto en lo cual parecen ser maestros?, pues ellos pueden desde un comienzo dominar sus pasiones naturales que uno cree que ellos fueren dominadores de ellas pero sólo en cierta situación que les parece ser la más útil para su intento; luego ellos se dan a conocer como unos desenfrenados.

Pregunta: ¿dónde y cómo entierran sus muertos?

Respuesta: ellos entierran sus muertos en un lugar [fijo] aunque dista algunas leguas. Si ellos distan más del lugar, entierran entonces el cuerpo en un bosque dondequiera que fuere. Después del tiempo en que ellos creen que el cuerpo se pudre y sólo quedan los huesos, viajan al sitio, sacan los huesos y los trasladan al lugar donde están sepultados sus compañeros de stirpe, aunque ellos tuvieren que viajar hasta doscientas y más leguas para ello; de esto puedo dar fehaciente testimonio por propia experiencia. Cuando los *indios* parten hacia un distante lugar español o a un diferente dominio *indio* para librar allá un combate y tienen que emprender la huida, dejan echados sobre el campo sus muertos que ellos no pueden arrastrar consigo hasta que ellos creen que los esqueletos yazgan sin carne sobre el campo; luego se ponen en movimiento los amigos de los muertos y viajan por tan largo camino para juntar únicamente los esqueletos de sus compatriotas y transportarlos su *Galgala*²²⁸. Traigo al papel sólo dos de semejantes sucesos que han ocurrido en mi tiempo. Concernía a cristianos²²⁹ que quedaron muertos en los bosques. Un *indio* había cabalgado al campo

228 / Error de copia. *Golgata* o la voz de *Golgotha* en griego, pero de origen arameo, denota «lugar de calaveras».

229 / i. e. *indios* cristianos.

para correr caballos, se había adelantado demasiado lejos y aproximado hasta a cincuenta leguas de Córdoba; los españoles, que [como] generalmente hacían sus recorridas para *reconocer*, sorprendieron a este *indio* en su región. En la creencia que él fuere un espía o cómplice de los *indios* salvajes pegáronle una bala al pecho y lo dejaron echado sobre el campo. Después de largo tiempo se notó que este *indio* de nuestro pueblo estaba perdido; se oyó con indicación del sitio también que los españoles de Córdoba habían muerto un *indio*. Sus amigos concibieron pronto la suposición que sería el perdido de entre ellos, cabalgaron rápidamente a traer sus huesos y los trajeron a mí, que los he sepultado también cristianamente en tierra. Un *indio* y cristiano recién bautizado de nombre *Florian Connogoiquin* cabalgó a la caza y tropezó con un tigre contra el cual él se opuso pero con mala suerte. El tigre saltó contra él con tanta rapidez que él erró el lanzazo y el tigre le aplicó un mordiscón en la nuca por lo cual él se desmayó. Pero después que el [tigre] se había alejado hasta cincuenta pasos de él, comenzó seguir provocando al tigre que de nuevo le ha asaltado y lo ha muerto con el segundo mordiscón. Sus escasos compañeros mondaron la carne de sus huesos, la enterraron y trajeron los huesos mondados al pueblo a enterrar en el campo de Dios como se suele decir. Será bueno tener presente este caso de muerte para que uno sepa recordarlo en aquel lugar donde ya pienso aducir varias circunstancias acerca de este *indio*.

Los *indios* salvajes que visitaban sus amigos entonces ya cristianos vieron el camposanto en mi pueblo y notaron que este lugar rodeado por muros no se encontraba fuera sino dentro de la aldea al lado de la iglesia; esto les plugo. Después que ellos habían permanecido algún tiempo en la reducción, partieron otra vez en viaje hacia la tierra selvática. Habían transcurrido tres meses cuando los vi de nuevo en mi reducción y ellos trajeron a la puerta de mi vivienda un gran montón de huesos humanos. ¿Qué nuevo será esto? Ellos dijeron que todos estos huesos eran los de los fallecidos de entre su parentela y como algunos ya habían fallecido como cristianos y sido sepultados aquí, querían que yo enterrara también estos huesos entre ellos. Ellos trajeron estos huesos desde trescientas leguas. Yo les respondí que se conformaran si quedaban enterrados en el circuito de esta reducción pues los que descansaban al lado de la iglesia habían muerto como cristianos, pero los que morían como paganos, no tenían colocación entre cristianos fallecidos, así tendrían que ser enterrados afuera. Ellos estuvieron conformes con esto y enterraron los huesos en el campo no lejos del descansadero de los cristianos difuntos.

Su lugar de entierro en la tierra silvestre se encuentra en un gran bosque solitario pero no en un solo sitio sino en diversos sitios por entre el bosque. Se conoce pronto adónde está enterrada una persona masculina por las armas que están hincadas al lado. La sepultura es una fosa algo larguilla como se suelen hacer generalmente las fosas pero más ancha y más amplia, tampoco más honda que a lo más de tres cuartos de vara. Dentro de esta fosa colocan al cuerpo envuelto en un cuero sin mayores ceremonias que aullar y gritar a la vez. Para dentro de la sepultura le dan una fuente

Su lugar de entierro

Alimentan sus
hijos enterrados

vacía y una jarra de agua para que él tenga todo a mano para comer y beber y no le falte el avio necesario material de vasijas. Después que el muerto está acostado en la fosa, colocan a través y bien juntos por sobre él unos fuertes palos; sobre estos palos se colocan ramas de árboles arrancadas y se echa tierra por encima. Así el *indio* yace en su sepultura como en una cripta. Pero apenas es de sufrir el hedor al lado de estas sepulturas, especialmente durante el gran calor del verano pues los cuerpos no yacen muy hondamente y las sepulturas no están resguardadas para que no atravesara ningún hedor de cuerpos en pudrición.

Ellos no entierran los pequeños niños con una fuente o jarrito al lado porque ellos no pueden aún buscarse el agua, sino que los sepultan en la tierra de modo que quede emergida fuera de la sepultura una mano en la cual los padres colocan diariamente el alimento para el niño muerto.

Yo tenía en mi reducción un *indio* salvaje y pagano que había llegado con mujer e hijos y este *indio* era precisamente aquel a quien ya había encontrado acostado en lugar de la mujer por seis semanas. Después que él había vivido ya muchos meses en la aldea, vino de improviso hacia mí y dijo: —*Pater*, ahora iré otra vez por un tiempito a la tierra silvestre por ser sumamente necesario pues allí tengo enterrado un hijito el que estira para fuera de la tierra su mano en la cual yo solía darle la comida; ha pasado ya mucho tiempo que yo no lo he alimentado; yo debo partir urgentemente por esto y proveerle. Él dejó su mujer e hijos a mi lado y cabalgó por algunas cien leguas hacia dentro de la tierra silvestre donde estaba enterrado su hijito para de nuevo colocarle comida en su manito. Esto valía la pena.

Las armas que están hincadas al lado de las sepulturas de los *indios* quedan por todo el tiempo mientras exista un pedazo de ellas; tampoco debe atreverse nadie a tomar de ahí la lanza o flecha, todo está ahí como si nadie debiera tocarlo.

CAPÍTULO XIII

La educación de los hijos de los *indios*

Pregunta: ¿tienen los *indios* también una buena educación de niños?

Respuesta: si la educación de los niños está tan mal atendida entre la mayoría de los cristianos, ¿qué educación puede esperarse entre pueblos salvajes que crecen sin enseñanza, sin instrucción y están por completo sujetos a su libre voluntad? El padre y la madre dejan al niño hacer según su antojo lo que él quiera y como [lo quiera]. Los padres no encargan nada al niño, tampoco prohíben nada y los hijos obedecen un poco a los padres. Especialmente cuando el hijo ya es adulto parece como que el padre y la madre le temieren. Cuando el hijo ya es grande y [de una edad] mayor de quince o diez y seis años, gobierna entonces en la casa y el padre y la madre deben obedecerle pero él a nadie. Si acaso el padre le hablara que hiciera unos pasos y le alcanzara algo, el hijo o quedará mudo y simulará no haber oído nada o le dirá abiertamente: —yo no quiero—o —tengo pereza.—El padre queda con esto tan conforme que él mismo se sirve y no deja notar ninguna seña de un sentimiento. Cuando el mocetón ya está fuerte y tiene ya su lanza, el padre entonces se le presentará con el mismo respeto como a un extraño y no osará decirle una palabra acre. La madre recibe a veces un azote por la espalda; él empuña también la lanza contra su padre y la madre.

De continuo yo me empeñé tanto en el sermón como en las doctrinas cristianas a explicar a los padres el deber que tenían de educar bien sus hijos y de inculcar a sus hijos el deber de obedecer en un todo a sus padres y demostrarse respetuosos de ellos. Yo tenía buena atención si ellos observaban esto, aconsejaba primero los padres que me dieran noticia en seguida en cuando sus hijos faltaran en algo o fueran desobedientes; yo ordené a los niños que a la mañana y al anochecer antes de ir a descansar besaran las manos a sus padres. Además yo tenía algunos muchachos que recorrían diariamente la aldea y preguntaban a los padres si los hijos hacían lo ordenado y de qué modo les obedecían. A los que habían faltado no les era permitido aparecer en el almuerzo para los niños. Yo me contentaba con poder conseguir que los padres se quejaran por la desobediencia de sus hijos aunque todavía no tenían el valor de castigarlos. Muchos padres enmudecían y callaban los delitos de sus hijos pero otros ya comenzaron a acusarlos. Pero para que yo los tuviera más cerca de mí, edificué una escuela lo mismo como yo había edificado mi choza y la iglesia: de puros cueros de buey frescos que estaban tendidos contra postes. En ella yo reunía los varones de siete a quince aún más años. Mediante la enseñanza diaria y consejos obtuve sin embargo que algunos no se portaran tan descorteses para con sus padres.

Los niños se castigan jamás por sus padres aun cuando cometieren el hecho más vergonzoso. Cuando el padre oye de su hijo que él ya vaga con otros *indios* para asesinar y robar, lo tiene por un gran honor, lo mismo la madre. Ellos tampoco pueden admitir que sus hijos sean castigados aunque sólo sea de palabra. Los padres toman

Jamás castigan sus hijos

partida por ellos y los defienden celosamente. Las madres tienen la costumbre de admitir al pecho sus hijos hasta el quinto año. Muy frecuentes veces he visto que un hijo de cuatro o cinco años ha estado parado al lado de la madre y ha mamado; pero yo les he quitado por completo esa costumbre.

Yo reflexionaba frecuentemente de qué modo yo podría inducir los padres a que ellos castigaran sus hijos por faltas o a lo menos admitieran que fueren castigados por otros. Cuando yo les explicaba el cuarto mandamiento, insistía mucho que fueren castigados los hijos que desobedecieran a sus padres o más bien les causaran un mal o una ira y este deber incumbiría a los padres y también a los jefes del pueblo. Y si los padres fueren tardíos o negligentes en esto, serían castigados entonces junto con sus hijos desobedientes. Como ellos oían esto luego tan frecuentemente, algunos del lado de *Domingo* comenzaron a reprender fuertemente de palabra sus hijos y a execrar sus faltas. Yo supe de un muchacho de seis años a quien su padre ordenó ir a la escuela junto con otros niños que había alzado un hueso y lo había tirado pasando al lado de la cabeza del padre. El padre calló a esto y no castigó su hijo, tampoco comunicó nada a mí en el temor de ser castigado tal vez. Yo hice el procedimiento mediante *Domingo*, lo envié al *indio* que castigara por ello a su hijo. El *indio* no le dio ninguna contestación. *Domingo* se enojó por esta grosería y le dijo: —si tú mismo no quieres castigar tu hijo ni acusarlo ante nuestro *Pater* lo haré castigar yo. —Él tomó entonces al hijo y lo condujo a mi casa. El *indio* junto con su mujer siguieron tras su hijo y observaban qué ocurriría con él; a ambos se les conocía en la cara que estaban enojados. *Domingo* vio al *indio* con su mujer y les preguntó seriamente que buscaban ahí; que se ladearan sino querían que él los hiciera reconducir a sus chozas por unos *indios*. *Pater* —dijo *Domingo* a mí— ordena que este muchacho sea castigado para que otros niños malcriados vean lo que ocurrirá con ellos si cometieren iguales faltas. La gente en la aldea se reunió corriendo, todos los chicos estuvieron presentes y esperaban lo que ocurriría. ¿Sabes una cosa? —dije a *Domingo*— para que todos vean y sepan que nosotros los *Padres* procedemos con todos vosotros como padres con sus hijos, sea perdonada por esta vez a este muchacho la pena que él habría merecido. Pero para que él extienda pidiendo perdón hacia el Padre Celestial esa mano que él ha extendido contra su padre, debe ser conducido a la columna que está en el centro de mi patio y en ella debe ser atada la mano para que todos los niños puedan verla; a la vez [debe] pedir públicamente perdón a su padre. *Domingo* realizó tan seriamente este procedimiento que todos los niños temblaban²³⁰. También les dio una acre advertencia que en cuanto alguno se atrevería a desobedecer a sus padres y más aún si osaran a levantar sus manos contra sus padres tendrían que esperar aún más y mayores castigos. —Pero vosotros, los padres —prosiguió él— sabed que debéis educar vuestros hijos, no como en los bosques,

230 / Juan Staden describió en 1554 la costumbre entre los *indios tupíes* en el Brasil, donde a veces el *cacique* de una tribu recorría las chozas y rasgaba con un filoso diente de pescado las piernas de los niños para asustarlos y habilitar a sus padres a amenazar con el *cacique* a los desobedientes (Juan Staden, *Vera Historia*, Capítulo 40).

sino como corresponde a buenos cristianos y que de aquí en adelante debéis castigar sus faltas. Si mis hijos realizaran algo semejante veréis un ejemplo que daré a todos los padres y mostraré de qué modo deben mantenerlos en la disciplina. Ahora —dijo él al muchacho— anda hacia tu padre y pide perdón por lo que has hecho contra él. El padre fue llamado desde el pueblo; aunque al principio no quiso comparecer, debió sin embargo presentarse por temor a *Domingo*. *Domingo* puso en boca del muchacho las palabras que él debió decir a su padre. Después de haber ocurrido esto, el padre condujo su hijo llorante a casa.

Otro padre (el cual por lo general había protestado fuertemente que sus hijos fueren castigados por faltas y alegó que sus hijos no eran *esclavos* ni súbditos de los sacerdotes, que si los padres no castigaban, éstos no debían ser castigados mucho menos por otro), este padre —digo yo— tuvo una cuestión con su hijo que ya tenía la edad de quince años. La discusión llegó al extremo que el hijo aplicó al padre algunos golpes en la cara; por lo cual el padre se entristeció tanto que llegó llorando ante mí y se quejó lastimeramente. Yo tuve ahí una buena ocasión de darle una fuerte lección y de decir: él mismo tenía la culpa de que esto le había ocurrido porque él no había castigado su hijo y había protestado fuertemente contra mi enseñanza en la cual yo había dicho que los hijos desobedientes debían ser castigados ora por los padres ora por los superiores. —¿Ahora qué quieres demandar ante mí? —seguí diciendo—, tú no quieres castigarlo, yo tampoco debería hacerle castigar, de este modo yo no puedo ayudarte.

El padre me respondió: Castígalo tú, yo ya no tengo poder de castigarlo porque él se me ha opuesto.

No, mi hijo —dije yo— el mejor remedio será que tú mismo lo castigues públicamente en mi presencia para que él conozca que el padre tiene poder sobre él; espera, yo lo haré comparecer en seguida.

Yo llamé al *cacique Aletin* para ver si éste también estaría tan resuelto como antes *Domingo*. *Aletin* estuvo presente en seguida; en cuanto oyó que él debía traer el hijo de este *indio* corrió sin más palabras en su búsqueda [y] también lo trajo en seguida. Después que yo hube reprochado bastante severamente su falta al hijo, ordené al padre que él mismo le castigara. *Aletin* llamó a un fuerte mocetón de cuyas espaldas el [hijo] debió colgar. *Aletin* dio al padre un azote de correas trenzadas para azotar al hijo lo que el padre hizo por tanto rato hasta que yo le dije que bastaba. Él habrá recibido más o menos unos cinco azotes. Luego lo entregué al padre con la recomendación que de ahí en adelante no perdonara a sus hijos sino yo haría castigar a él mismo por los jefes *caciques*. Estos dos ejemplos ya bastaron que primero muchos padres mediante amenazas trajeron a la obediencia sus hijos, otros también ya comenzaron a castigarlos mediante golpes y a mí me bastaba también infundir un susto a los niños en el principio e impulsar a los padres a dominar tanto más fácilmente sus hijos.

Durante la enfermedad subsistente del padre o de la madre los hijos deben padecer grande hambre; ellos no deben comer carne sino sólo frutas del monte o raíces y tan pocas que se les ve en la cara que ayunan mucho y esta *dieta* les es ordenada por

Cuando los padres están enfermos los hijos deben ayunar

los hechiceros. Lo contrario observan nuestros médicos: los enfermos deben ser sobrios, deben abstenerse de muchos alimentos y también hacer una merma en el alimento conveniente mientras que el *indio* enfermo puede comer lo que quiera y los hijos sanos deben ayunar severamente.

CAPÍTULO XIV

De la superstición de los *mocovíes*

Pregunta: los *mocovíes*, ¿son sujetos a la superstición?

Respuesta: si tal cosa es tan común entre cristianos que confiesan tener la verdadera Fe, ¿cómo no ocurrirá en los paganos que sin reconocer a Dios no tienen ninguna fe, ninguna doctrina y ninguna educación moral? ¿No serían sujetos a todas las supersticiones? Sin embargo si yo trajera a comparación las supersticiones de los *mocovíes* paganos con las supersticiones de los cristianos hasta donde conozco, puedo confirmar con verdad que los *indios* no tienen la 50ª ¡más! ni la 100ª parte de las supersticiones que los cristianos ponen en real ejecución. Yo puedo decir también que si a los *indios* se les ridiculiza sólo en amistosa conversación la tontera de sus supersticiones, desisten de ellas y las desprecian más antes que los cristianos a los cuales desde el púlpito se les reprocha tan frecuente y enérgicamente su ceguedad.

Sin embargo quiero agregar aquí algunas supersticiones de los *indios*; cuando ellos oyen a un pájaro que silba como un ser humano que llama al otro, dicen que los españoles no distan de ellos a lo cual ellos huyen pronto y abandonan su lugar. Cuando una garza ceniza vuela sobre ellos y grita a la vez, presagia la muerte [y] que pronto alguien de ellos debe morir. Ocurrió que yo estuve parado con algunos *indios* delante de la iglesia al lado de la cruz y conversaba con ellos cuando vino volando una garza, se sentó sobre la punta de la cruz y comenzó a gritar; entonces un *indio* viejo de nombre *Anselmo Pelegzoquin* dijo que moriría alguien de nuestra aldea. Yo me alteré por su dicho y le dije: ¿éstas son palabras para un cristiano? Tú debías avergonzarte que tú como hombre repites mentiras de mujeres viejas y esto en mi presencia que frecuentemente os he refutado la cuestión y explicado ser falsa. ¿Cómo sería si Dios te castigara y tú o alguno de tu casa fuere ése? El *indio* se asustó y no dijo una palabra más. Al día siguiente su hijito de cinco años de edad, de nombre *Pantaleon* jugaba animoso y sano con otros de sus semejantes ante la choza de su padre; entre el continuo juego este muchacho cayó de golpe y quedó muerto. El padre vino en seguida a mi lado y con la mayor lamentación me comunicó la muerte de su querido hijito. ¡Ay! —gritó él hacia mí— ¡Ay, *Pater!* Dios ya ha castigado mi dicho supersticioso de ayer, la muerte ha sorprendido a mi hijo, ¡yo desventurado padre!

Yo me empeñé en consolarle lo más diligentemente y de aconsejarle que como él conoció ahora que su dicho de ayer había disgustado a Dios tuviera cuidado en lo futuro y no creyera jamás tales cosas sino la enseñanza de los sacerdotes.

Cuando alguien señala con el dedo hacia el [colorido] rojo o amarillo en el ocaso del sol dicen ellos que el dedo se les cae. Tales tonteras tienen en gran cantidad pero no tantas como los cristianos.

Por todos modos quieren que uno crea que los hechiceros tienen una hierbita la cual colocada por ellos debajo de la yacija de las personas casadas las hace desunidas

Sus supersticiones

Engaños por los
hechiceros y las
hechiceras

De qué modo
curan las
enfermedades

y muy odiadas entre sí. Quienes se declaran hechiceros o hechiceras son muy temidos por todos y son entre ellos los únicos médicos que pueden curar todas las enfermedades pero no saben ayudarse a sí mismos cuando están enfermos. Ellos curan poco mediante hierbas u otros remedios, la cura más general es chupar el mal la que se realiza de este modo: el enfermo debe acostarse a lo largo en tierra; el hechicero pregunta después dónde siente el dolor; coloca luego ahí su boca, comienza a gruñir y mugir como un buey, muérdese secretamente en la lengua hasta que él siente sangre en la boca, la escupe y dice que él la había sacado del cuerpo del enfermo. De pronto echa de la boca un pedacito de madera, de presto un pequeño hueso los cuales él antes había metido secretamente adentro y simula que él lo había chupado del cuerpo del enfermo.

Yo visitaba una *india* enferma que fue muy mortificada por la disentería; a su lado estaban sentadas diversas enfermeras y entre ellas algunas que eran estimadas por ellas como hechiceras; éstas dijeron que pedazos enteros de hueso salían de ella. Yo reí ante esto y dije: —Estos huesos vienen tal vez de otra parte.

Yo observé bien a todas y divisé en la mano de una un pedazo de hueso del dorso de un venado joven; aunque ella quiso mantenerlo en secreto, no había notado sin embargo que yo ya había visto el hueso. La enferma tuvo que apartarse, [hacer del cuerpo] entonces la del hueso estuvo ahí en seguida para asistirle. Mientras ella estaba en su obra, las otras oyeron caer algo y me dijeron: —Otra vez se ha ido de ella un hueso.

La ayudante vino con el hueso a la choza y lo mostró a los demás; —ved —dijo ella— qué hueso ha salido de nuevo de ella.

—Ay, mujer mentirosa —contesté yo— tú has tenido ya más antes este hueso en tus manos, yo mismo lo he visto: ¿para qué quieres engañar a otros? Mándate mudar a tu casa y no te hagas ver más.

Ella no respondió nada y fue a su choza. Tales engañadores y engañadoras tienen en esto un buen provecho porque comen en vez de la enferma; que ésta muera o sane, ella [la hechicera] debe ser pagada por ellos [los enfermos]. La paga es acaso una buena manta o una vaca o un caballo.

La segunda cura que ellas hacen, especialmente cuando alguien padece de dolores de cabeza, es mediante su propia saliva que echan en sus manos y unen restregándola; luego untan con ella la sien. Ellas mueven la cabeza del enfermo hacia un lado y otro, murmuran en secreto algunas palabras, al fin doblan su mano a lo largo contra la cara del enfermo, soplan sobre ella y dicen: *gdimivec*, tú ya estás sano. Un viejo *abipón* cojo vino a mi lado cuando el mismo día yo tenía un gran dolor de cabeza, él me vio desganado y preguntó qué me hacía mal. Yo contesté que yo padecía grandes dolores de cabeza. —Esto puedo yo remediar pronto —dijo el *indio*— yo te sanaré pronto.

—Déjame en paz —repuse yo— no te necesito; ya se mejorará de por sí mismo. El *indio* no quiso cejar y hacer su cura. Sin embargo, la curiosidad me impulsó sólo para ver qué *ceremonia* él usaba en ello y permití que hiciera la cura. Él no hizo otra cosa que la que yo he acabado de contar y al último dijo en su lengua: —*layamini*, tú estás ya sano.

—¿Yo estaría sano? ¡Oh, hombre salvaje! —le dije— abandona de hacerte el doctor y no engañes las gentes; tú no sabes ni puedes nada.

Él no quiso salir de mi lado sin ser pagado. —Sí —dije yo— he de pagarte como en mi patria se suele pagar a semejantes engañadores. Él quiso saberlo. Yo le confesé francamente que a tales se les encerraba, se les atormentaba mediante el hambre y también se les pagaba con azotes. Él ya no dijo otra cosa que: —*lachim*, ya me voy.

Si fueren hechiceros y hechiceras todos los que se confiesan tales y a los cuales se conceptúa hechiceros, entonces bien la tercera parte de los *indios* serían hechiceros. Entre ellos quieren hacerse importantes ante los demás y también temibles, y uno quiere ser superior al otro; por esto uno menosprecia al otro y cada uno trata hacer de lado al otro. Cuando muere un *indio* o un hijo de *cacique* (porque ellos creen que todos son muertos por los hechiceros) los amigos o el padre del fallecido se encaminan hacia un semejante [hechicero]; le preguntan cuál de entre ellos había muerto al fallecido. El indicado está seguro que él debe dejar la vida, si no en seguida pero sin embargo al corto tiempo. De esta manera muchísimos son asesinados en la tierra silvestre, aunque ellos ni han muerto mediante magia al difunto ni entienden algo de este arte. Yo me di un gran trabajo en quitar a los *indios* esta creencia que entre ellos hubiere hechiceros. Yo descubría todas las astucias y supercherías para que el pueblo ni se fiara a ellos ni los temiera. Yo predicaba en contra y les ordené en la iglesia pública que si ellos eran tales gentes que ejercieren en mí algo de sus magias, pero yo estaba seguro, porque yo vi y sabía que ellos no podían hacer semejantes cosas. Pero había muchos en mi reducción que aún no se habían desprendido del anterior miedo a los hechiceros, ni lo habían perdido. Los hechiceros iban ellos mismos a las chozas y preguntaban por los enfermos, los instigaban tanto hasta que el enfermo los admitía y los empleaba. Especialmente solían chupar muchos niños enfermos.

Al fin, tras toda mi fatiga aplicada, conseguí sin embargo que muchos *indios* despacharan de sus casas tales enfermeros, aunque otros aún los emplearan. Ellos vieron que sus hijos enfermos no sanaban aunque los hechiceros habían empleado todas sus *ceremonias* para su cura; luego vinieron hacia mí y pedían auxilio. A los que yo sabía que ellos no habían empleado antes un hechicero, les di lo que de cualquier modo no podía hacer daño a los niños enfermos. Ellos regresaban contentas a su casa, pero yo les ordené que no consultaran más a ningún hechicero y usaran sólo aquello que yo les había dado. ¿Pero qué medicinas eran éstas? No eran otras que las que de primero se me ocurrían y los niños sanaban. Las *indias* ya habían tomado la costumbre de comparecer diariamente con sus hijos después de la misa oficiada entre quince, veinte y aún más en la puerta de mi casa. Si yo les preguntaba de qué padecían, éstos respondían: —¿Qué sabemos nosotros? Sólo sabemos esto que ellos están enfermos; si ellos pudieren hablar lo dirían ellos mismos; tú dales no más alguna cosa. Yo no sabía en qué ayudar. Pero para que ellas se retiraran consoladas de mí, daba a algunos un pedacito de azúcar que ellos debían beber con agua caliente. A otras daba higos almibarados; a otras, a su vez, un pedacito de bizcocho y les aconsejaba que ninguna empleara

Los hechiceros están frecuentemente en peligro de vida

Las madres vienen con sus hijos al misionero

Niños enfermos sanan

un hechicero para su niño, sino que sólo confiaran en Dios. Cuando venía alguna con su hijo, de la cual yo sabía que ella había consultado primero con un hechicero y usado sus curas, simulaba despedirla pronto hasta que ella prometía de abandonarlo; entonces le daba uno de los susodichos remedios universales. En estas ocasiones Dios hizo cosas admirables, pues mediante ellas quiso acrecer la confianza en Él y sus ministros, pues todos los niños que habían usado mis remedios prescritos sanaron pronto y ninguno murió; pero de los que habían acudido a los hechiceros no sanó ninguno y todos murieron. Por mis *indios* y las madres de los niños yo he oído frecuentes veces ponderar esto: que los que tomaron de mí un remedio contra la enfermedad, habían quedado todos sanos y con vida; pero los que habían muerto, eran todos los que se habían hecho chupar por los hechiceros. Yo no pude atribuirlo a otra cosa sino a la buena Fe y la confianza en Dios por estos nuevos cristianos.

Después que yo ya había logrado tanto entre mis *indios* que la reputación de los hechiceros ya había disminuido mucho; ¡más!, se había extinguido en mayor parte y el anterior miedo a ellos había caído en desprecio, comenzaron ellos aunque no en mi presencia, sino aparte, con amenazarme que todos ellos unidos iban a matarme por medio de una magia; también amenazaron al pueblo, que por lo pronto debería pasar por una gran inundación y los que escaparan al agua serían todos cautivados por los españoles y serían hechos *esclavos*. —¿Sería, pues (dijeron ellos) el *Pater* más fuerte que todos nosotros? ¿Él tendría más poder contra nosotros que nosotros contra él? Nosotros le acusaremos ante su Dios Padre y jamás vendrá el Espíritu Santo hacia él.

Procedimiento contra los hechiceros

Estas tontas pláticas me fueron referidas por mis buenos cristianos. Los hechiceros llegaron a ser tan atrevidos que se encaminaron por entre las chozas de los *indios* y les exigieron cuanto ellos quisieron. Si no se les atendía cortésmente o si se les despedía sin un regalo, agoraban desgracia y tal calamidad que muchos se asustaron por ello y permanecieron en el temor. Yo ya no pude aguantar tan gran atrevimiento y aunque yo a todo estimaba una puerilidad, debí sin embargo quitar a las buenas gentes el terror. Yo empleé a *Domingo* y *Aletin*, llamé también a *Cithaalin* junto con todos los demás *caciques* y les dije: —Hijos míos, yo ya no puedo aguantar la osadía de los que en nuestro pueblo se dicen hechiceros; ellos asustan el pueblo con sus amenazas, pero yo estoy dispuesto a meterles otro terror. En seguida preguntó *Cithaalin* si yo no los temía. —Mi *Cithaalin* —respondí yo— yo no temo a nadie; sólo Dios es de temer, especialmente por aquel hombre que vive fuera de su gracia. El diablo con todo su séquito debe temer a mí y a todo buen cristiano que cree verdaderamente en Dios. Yo ya he resuelto a oponerme a vuestros hechiceros y destruirlos. Pero decidme todos vosotros, *indios* nobles, ¿sois más valientes y fuertes que ellos?, ¿o son ellos superiores a vosotros? Si ellos son más fuertes ¿cómo tenéis entonces poder de matarlos? Pues podrían ellos quitaros más pronto la vida que vosotros a ellos. Pero como ellos no son más poderosos que vosotros, aunque los más abyectos hombres entre todos vosotros tratan hacerse grandes y temibles mediante presagios. ¿Vosotros también tendréis miedo y os haréis engañar? Esto me daría pena y para vosotros [sería] la vergüenza

más grande. Seguidme y haced lo que yo os encargo de realizar: el siguiente domingo vosotros incitaréis diligentemente a todos los habitantes de la aldea para que todos comparezcan en mi sermón y doctrina cristiana, especialmente aquellos de los cuales sabéis que declaran ser hechiceros, tanto las personas femeninas que masculinas. Tened buen cuidado que nadie se abstenga. Ellos quieren atemorizar a mí y a todo el pueblo, pero ellos deben saber que no saldrán sin miedo de la casa de Dios. No temáis: si ellos no quieren comparecer, forzadlos entonces y si ellos se oponen, no obstante, decidles entonces en nombre mío que no permanezcan ni una hora más en el pueblo y que se ausenten todos hacia donde quisieran. El domingo siguiente antes de que yo hice dar la señal para el servicio divino, me coloqué fuera de mi vivienda y miré hacia las chozas de mis *indios*; en cuanto las campanas comenzaron a sonar, mis tres *caciques* encargados junto con otros *indios* indicados ya estuvieron fuera de sus viviendas; cada uno cruzaba por las chozas correspondientes a él y los enviaba a la iglesia. Fieles e infieles llegaron juntos, aunque yo creía haber ya conocido muy bien a todos, vi, sin embargo, caras forasteras, especialmente de mujeres viejas y ancianas; todas las brujas y hechiceros debieron comparecer y para que todos tuvieran sitio y lugar ordené que los niños permanecieran por ambos lados, cerca de las puertas laterales.

Después de mi doctrina cristiana se inició mi sermón contra brujos; yo les expliqué el atrevimiento de los falsos profetas que en el pueblo se dedicaban a hablar contra la doctrina de *Cristo* y la verdad cristiana; era entonces justamente el evangelio: *guardaos de los falsos profetas*. La *sentencia* que les expresé si ellos no pusieron fin a sus astucias fue que aquellos que en el pueblo se declararan hechiceros y hechiceras y ya eran cristianos debían ser sepultados después de su muerte no entre los cristianos, en tierra bendecida, sino en el campo llano, como otras bestias y si esto no les sirviera como prevención, escribiría yo los nombres de todos en un papel y los colocaría bajo los pies de la imagen del Santo *Xavery*.

Esta mi alocución causó tan apetecido movimiento, que después de medio día yo vi en mi patio todo un tropel de *indios* e *indias* ancianas. Ninguna quiso ser una bruja: a todas se les hacía una injusticia; ellas me llamaban aparte y me presentaban en secreto sus excusas. Algunas decían que se les hacía una injusticia porque habían sido inculpadas de ello únicamente por gentes hostiles; otros habrían hecho esto por la miseria para obtener de los demás unos regalos, mientras ellos no sabían nada de magia; todos tenían sus excusas; ninguna quiso confesar que ellas sabían algo de semejante nigromancia. —Bien —dije en secreto a todas— ¿entonces es cierto que ninguna y ninguno de vosotros entiende algo de la magia? —Ellos contestaron: —Nadie. —Tras esto me dirigí a los *caciques* y demás gente que había concurrido: —ahora habéis oído de ellos mismos que ellos no os pueden dañar ni ser útiles mediante magia. De aquí en adelante todos debéis saber que quien de todos vosotros viera a alguno visitando como antes los enfermos para engañarlos mediante el chupar u otra manera y que quien descubra tal cosa será premiado, y los *caciques* y cada padre de familia tendrán cuidado en que nadie entre los familiares se sirva de ellos. En cuanto ellos supieren de alguno lo hicieran público en seguida.

Sentencia contra los
hechiceros

Acerca de un
hechicero ciego

Después de este procedimiento yo ya no había oído nada de hechiceros y sus actuaciones durante un año, excepto cuando venían algunos de tales con los paganos desde la tierra silvestre, pero también éstos hacían con gran cautela sus engaños. Cuando yo creí que ya todo estuviere sosegado, tuve en mi reducción un ciego al que las viruelas habían ofuscado ambos ojos. Antes de que él se asentara en el pueblo, yo ya le había conocido. Aunque él era ciego, era sin embargo entre sus coterráneos el más inquieto y no podía permanecer en ningún lugar ni siquiera un mes; su placer era viajar desde la tierra silvestre a mi aldea y de nuevo desde la aldea a la tierra silvestre. Mientras él permanecía en la aldea no estaba jamás lerdo ni perezoso en comparecer como un pagano también al lado de los trabajos comunes, en los cuales él no tenía necesidad de los ojos; él hacía esto sin el menor requerimiento, pero después de algunas semanas, en cuanto él oía que algunos de los paganos regresaban a la tierra silvestre, tenía que partir con ellos. Al fin Dios quiso poner dique a su extravagancia y le hizo encorvarse de manos y pies, que él debía arrastrarse sobre cuatro pies (pero esto ocurrió en la tierra silvestre); él pidió y encontró también a algunos que lo trasladaron a caballo hasta la reducción. Su deseo era llegar a mi lado cuanto más pronto tanto mejor; ellos lo llevaron a mi casa y yo no podía oír de un cristiano viejo frases mejores y más cristianas que de él. Él quiso ser bautizado pronto, pero yo no estuve tan apresurado en impartirle el bautismo que él en pedirlo. Las perlitas no se deben echar a los puercos. A las pocas semanas de su llegada se deslizó como pudo sobre manos y pies a mi lado y pidió hablar en secreto. Ahí él comenzó hacerme tal alocución que yo no sabía qué pretendía. De seguro es una real verdad [el refrán]: cuanto más contrahecho, tanto más zongo²³¹. Él quería casarse y pidió ser bautizado pronto. Yo le pregunté: —¿cuál de nuestro pueblo te gusta más? —Él respondió que le gustaba ésa o aquella o también la tercera; que yo hablara no más con ellas, él sabía de seguro que ellas querían casarse con él. Es de saber que las mujeres le engatuzaban y él se dejó engañar por ellas. A más le pregunté ¿por qué motivo él las amaba, si él las habría visto, pues?

Él quiere casarse

Yo no sé si me es lícito agregar aquí su respuesta; espero que cada cual me perdonará, lo mismo como yo a él no le he interpretado mal su respuesta decidida. Cuando yo le pregunté entonces si él había visto a aquella con la cual él quería casarse, me contestó: —*Lo mismo que tú, por detrás*. Y él se rió fuertemente tras esto.

Yo tuve
frecuentemente un
divertido
pasatiempo con el
hechicero

Yo tuve frecuentemente mucho pasatiempo con él porque él venía diariamente arrastrándose a la puerta de mi cuarto, pero no quería tener otra conversación conmigo que de casar y de cuándo él casaría.

Él proponía diariamente una diferente con la cual yo debía hablar hacer las veces de casamentero. No había otra cosa sino que las femeninas le tornaban más loco aún de lo que él era. Él se arrastraba desde una choza a la otra en solicitud de casamiento; todas le prometían que arreglara no más con el *Pater*; en lo demás él podría elegirse alguna que más le gustara. Hasta *Domingo*, que por lo general era un hombre muy reservado y serio, tuvo con él su mejor entretenimiento, especialmente al preguntarle

231 / *je krümmer, desto dümmer.*

si se casaría pronto. Este entretenimiento duró alrededor de dos años; al fin este *indio* tullido llegó a ser más fuerte sobre sus pies y usaba dos palos únicamente para pararse sobre sus pies y andar penosamente. Él había arreglado el palo de la mano derecha como una cruz; solicitó permiso para poder andar mendigando por la aldea de choza en choza en la misma forma como él había oído que los cristianos tullidos y pobres hacían igual cosa en la ciudad de *Santa Fe*. Entonces él ya estaba bautizado y ha recibido el nombre *Valentini*, pero su apellido era *Pezezeguenac*. Yo aplaudí su ocurrencia e idea; estuve curioso también por ver si él recibiría luego de mis *indios* una limosna y qué cosa le entregarían. Él recorría diariamente la aldea; recibía tantos regalos y limosnas que apenas podía llevarlos. Él tenía pendientes dos grandes bolsas delante y tras de sí; ambas estaban llenas de carne, melones, zapallos y otros elementos de comida; él no fue rechazado por ningún *indio* o *india*. Él era el único que en la aldea tenía la mayor y mejor comida; cuando otros ya esperaban el día en que recogerían nueva carne, él tenía aún una superabundancia en su choza. Cuando las *indias* ya viejas y repudiadas por sus anteriores esposos vieron esto, tuvieron ganas de casarse con él; ellas le visitaban frecuentemente, le cocinaban y también le traían agua. Esto fue para *Valentín* un negocio conveniente. Él me visitaba diariamente y pedía limosna también a mí. Yo le pregunté una vez por qué pedía limosna también a mí, ya que yo le había procurado su comida [y] le suministraba tabaco y sal en la semana. —Está muy bien —dijo él— esto ya lo tengo, y lo que yo ya tengo no pido a ti sino lo que yo no tengo.

—¿Pues qué cosa no tienes todavía? —seguí preguntando. Entonces él me contestó: —Aún no tengo una mujer, la que desde mucho tiempo te he pedido y ésa puedes procurarme.

—Pues ¿cuál tiene que ser? —repetí— yo me empeñaré en hallar alguna ciega para que marido y mujer sean iguales y ninguno tenga que reprochar algo al otro. Entonces *Valentín* rió cordialmente y dijo: —De manera que si ella debía ser ciega como yo para que el uno no tuviéramos nada que reprochar al otro, ella debía ser también tullida y renga como yo, pero una semejante no me sirve ni tampoco una ciega, pues como no tengo ojos ella debe tener ojos, si no los perros nos robarían la carne desde el fuego. Son bastantes las que me quieren, pues ellas ven que no tendrían carencia a mi lado, porque yo reúno suficiente limosna. —Bien, *Valentín* —dije— cuando tendrás alguna que quiere tenerte para marido, preséntate, yo os uniré pronto. Corto tiempo después él se arregló con una y fue casado. Todos burlaron de él cuando se hizo casar y frecuentemente tuvieron divertida conversación con él, especialmente cuando llegaba a estar en alguna reunión de mozos alegres.

Cuando este ciego *Valentín* conoció que los *indios* eran muy generosos para con él, anduvo día y noche por las chozas y comenzó a estirar más el arco; ya no quiso tomar lo que le daban sino que él les exigía lo que él quería: de pronto un cuchillo, de pronto un sombrero, de pronto lana y cosas semejantes. De algunos él recibió lo que él solicitaba, hasta un caballo le fue dado por un *indio* para que él no caminara sino cabalgara. Él usó esta manera de mendigar por casi un año; se hizo siempre más atrevido y si ellos

Él junta limosna

Se vuelve atrevido y grosero

no le daban lo que él pedía, ya se enojaba, les daba palabras groseras y les amenazaba que no verían al Dios Padre. También comenzó a visitar los enfermos y a chupar los pequeños niños enfermos. Avisado de todas estas cosas, hice llamar en seguida ante mí al *Valentín*; le prohibí pedir limosna de ahí en adelante en la aldea y que se siguiera dándole limosna. *Valentín* sintió amargamente esta prohibición, pero, sin embargo, se encaminaba en frecuentes veces a probar si a pesar de ello él podría coleccionar algo en la aldea, mas tuvo que volver sin nada a su choza. Él se quejaba con otros de esta prohibición que yo había expedido; dijo también que él había hablado con Dios Padre y [éste] le habría prometido que no me admitiría en el cielo. Él esquivaba mi casa por muchas semanas, hasta que la miseria le apremió; yo tampoco quise hacerlo llamar, sino que esperaba una buena ocasión para darle una enérgica reprimenda ante todos los demás.

Domingo le dió una reprimenda

A la tarde se daba la señal para que el pueblo compareciera al rosario como generalmente era usual diariamente; las *indias* penetraban en la iglesia pero los hombres solían reunirse al lado de la cruz delante de la iglesia. *Valentín* no sabía que yo estaba parado entre ellos y no me vio tampoco porque él era ciego. *Domingo*, *Aletín* y otros estaban parados también ahí, comenzaron a bromear con él y le preguntaron si él había reunido mucha y copiosa limosna en ese día. —Sí —dijo él— ¡cómo voy a coleccionar cuando vosotros todos hacéis lo que manda el *Pater*! sois buenos compatriotas, obedecéis a aquél que no es de entre nosotros; así ocurre cuando se obedece a gentes extrañas pero ya vendrá el tiempo en que Dios Padre se hará cargo de mí, ya he hablado con él. *Domingo* le preguntó qué aspecto tenía Dios Padre y se rió.

A esto *Valentín* dijo: —Sí, tú ya puedes reír; si yo hubiere tenido buenos ojos como tú, lo hubiera visto también pero yo sé que Él está enfadado contra el *Pater*. Ante este decir *Domingo* se enfrentó serio contra él y dijo: —*Valentín*, eres ciego no sólo en tus ojos sino también en tu entendimiento, a lo menos si tú tuvieras mejores decires contra nuestro Padre, hubieras demostrado también y reconocido que tú has ofendido a Dios, a todo el pueblo y a nuestro *Pater*. ¿Es acaso un deber que nosotros te demos todo lo que tú pides? Tú debes estar contento con todo lo que las buenas gentes entregan si no quisieras ser ya más que nuestro *Pater*; él no pide más a nosotros sino sólo que sirvamos a Dios y por esto él nos da todo lo que necesitamos. Calla de aquí en adelante y no asustes a nadie con tus amenazas; eres el más miserable en todo el pueblo y quieres que nosotros nos dejemos asustar por ti y creamos más a ti que al *Pater*, que nos enseña: si bien tú llevas la cruz en manos, pareces sin embargo tener al diablo en el corazón. Cuidate de aquí en adelante de no ir por el pueblo conforme con tu antigua costumbre y no pidas a nadie una limosna. Peor será que chuparas un enfermo como yo ya sé que tú has hecho, yo te prenderé y te haré azotar fuertemente. Tú tienes que saber que yo no temo a ti ni a nadie de todo el pueblo, vosotros con vuestras amenazas no podéis asustar más que a los niños pequeños que hasta ahora no sabían nada de vuestras astucias. Lo que tú sabes de hechicerías, lo sé yo también y yo puedo aún más que tú porque tú puedes asustar los pequeños niños, pero yo puedo asustar y matar todos los hechiceros.

Al fin yo me di a conocer y pregunté: —¿comprendes *Valentín* lo que te ha dicho *Domingo*? —Entonces *Valentín* se asustó fuertemente de modo de no decir palabra alguna hasta pasado un buen rato. Después que yo le hube amonestado aún más, él comenzó a humillarse a pedir perdón tanto a mí como a *Domingo* y prometió enmendarse en todo.

—Bien —dije yo— si observas lo que prometes, mira primero cómo te entiendes con los *caciques* del pueblo; si ellos te permiten mendigar de aquí en adelante, puedes hacerlo; según la palabra de ellos doy permiso también; hasta tanto no tienes tampoco un permiso mío. Él prometió todo lo bueno y obtuvo el permiso que durante la semana podía ir mendigando por el pueblo los miércoles y viernes. Él lo hizo también y se comportó sin dar motivo de una queja mayor.

Yo hubiera podido sujetar por menores medios tanto la beodez como los mentirosos hechiceros si los *indios* salvajes a fin de visitar sus amigos no hubieran venido en frecuentes veces durante el año.

La llegada de éstos despertaba siempre las viejas casi extinguidas costumbres. Por esta causa yo debía proceder más cautelosamente con ellos para no ahuyentarlos, pues quien quiere cazar pájaros, no debe echar palos entre ellos antes de que estén captados²³². Pero yo hice el impedimento²³³ más posible para no dejar revivir del todo las viejas costumbres ni desaparecer las nuevas. Dios tenía que hacer lo mejor y dar al *misionero* tal consejo y modo por los cuales él mantenía los cristianos y no ahuyentaba los paganos. Si bien yo detenía los paganos no dentro del pueblo sino afuera cerca del pueblo, no pude prohibir sin embargo que ellos se visitaran entre sí. Ellos se paseaban por la aldea de uno a otro. Cuando los hechiceros salvajes encontraban un enfermo, querían curarlo a la fuerza. Entre tantos no era de suponer otra cosa sino que algunos se hubieran dejado engañar por la elocuencia de los hechiceros, pues entre muchos se encuentran también muchos débiles, *multi imbéciles* como dice el apóstol por lo cual aún no se podía decir que la antigua costumbre hubiera cesado por completo. Por lo tanto mi única preocupación fue que por lo menos los carbones enterrados debajo de las cenizas no prendieron fuego. Yo he reconocido y lo reconozco aún muy bien que si Dios no aporta la mayor parte, ningún *misionero* traería por medio humano ni a un sólo *indio* salvaje a la manera de vivir cristiana.

232 / Alusión a algún proverbio procedente del ejercicio de la montería.

233 / *Inhalt* o sea el moderno *Einhalt*.

CAPÍTULO XV

Entendimiento y capacidad de los *indios*

Pregunta: ¿tienen pues los *indios* un entendimiento tan bueno como las gentes en nuestros países?

Respuesta: ellos tienen un entendimiento tan bueno como todos nosotros, pero él no es tan agudo porque ellos viven sin doctrina ni ocasión que podría hacer agudo al entendimiento. ¿Pero cómo eran los antiguos alemanes como paganos? Ellos vivían en realidad en pueblos pero ellos tenían sus asambleas en bosques. Su supuesto servicio divino o mejor dicho servicio diabólico lo realizaban entre los más espesos matorrales, estimaban que no era conveniente encerrar su Dios entre cuatro paredes. Ellos adoraban al *Dübel* [diablo] que hoy llamamos *Teufel* pero al que los sajones y prusianos nombran todavía *Dübel*²³⁴; el error estaba de acuerdo con su tontería. Los propósitos mediante los cuales ellos quieren dirigir y ejecutar la guerra se hacían al emborracharse de modo no distinto que hasta ahora entre los *indios*. Ahora si los antiguos alemanes no hubieren tenido otra oportunidad de llegar a ser más razonables y expertos, seríamos aún en estos tiempos unos *indios* ignorantes²³⁵, si bien a pesar de un siglo tan ilustrado yo podría dar con propia firma y sello aun a muchos la carta de certificación de que ellos, aunque iluminados con la luz de la verdadera Fe, proceden en sus costumbres y conducta de manera más irrazonable que los *indios*. Es cierto que los *indios* no pueden hacer inventos artísticos o científicos algunos porque en ellos el entendimiento jamás se ha experimentado ni ellos suponen inventar algo o reflexionar de qué modo se podría hacer esto o aquello porque ellos pasan toda su vida en nada más que en devorar, beber en exceso, dormir, cazar y matar.

Los *indios*
aprenden fácil y
ligeramente

Pero instrúyase al *indio*, enséñesele cualquier cosa que se hace en nuestros países, él imitará todo. Quiero callar aún de otras antiguas *misiones* y hablar sólo de mis novicios que he conducido en parte desde los bosques a la reducción, en parte he encontrado como arribados y he aceptado como gentes no civilizadas. Ninguno sabía uncir en el arado un buey; ¿quién de ellos había visto un *instrumento musical*? ¿Quién de entre ellos había puesto la mano en una herramienta en ocasión alguna? En el año 1750 cuando yo llegué a estos *indios*, no se sabía de ninguna *música* de iglesia. Los *indios* no sabían ni ejercían otro oficio que construir chozas, matar ganado y comerlo. Cuando yo vi los *indios* tan silenciosos, de escasas palabras y eso en silencio con ninguna amabilidad en la cara, con muchos usos desatinados, yo creí según el aspecto ser imposible hacer de estos palos un *Mercurio*²³⁶; pero cuando yo hube tomado mejor conocimiento

234 / En realidad, ambas voces derivan del griego diábolos. Aquí Paucke declara no ser prusiano.

235 / *Talkete*, modismo del sur alemán. Deriva de *Talk*, pasta o masa fofo, e indica a un hombre inhábil (según Paul).

236 / Por ser el transmisor de impresiones y dios de la elocuencia y retórica.

de ellos y los hube experimentado más detenidamente, vi entonces cuán alegre ánimo dominaba en ellos. En tres años yo ya tuve *música*²³⁷ en mi iglesia. Al cuarto año yo ya fui llamado con mis veinte muchachos a la ciudad de *Santa Fe* al *Colegio* donde yo tuve que cantar con mis *indios* las primeras *vísperas* y al otro día también la misa cantada en la fiesta de *S. Ignacio*. La concurrencia ocurrió de parte de toda la ciudad y para que ella pudiera ver mejor mis *músicos indios* la ciudad pidió que no se colocaran estos *músicos* en el coro de la iglesia sino abajo en medio de la iglesia, no lejos del altar mayor a ojos de todos para ser vistos por todos. Esto ocurrió también y la misa cantada se ejecutó con dos *violones*, dos *arpas*, ocho *violines*, un *violoncelo*, una *trompa marina* y los demás cantores. Eran en todos veinte muchachos *indios*, los mayores de dieciséis años. Muchos españoles nobles no pudieron contener las lágrimas durante esta ejecución considerando que ellos veían ahora estos *indios* (que pocos años antes habían inundado con sangre de cristianos toda la campaña y el país y servido a nadie más que al diablo) alabar al verdadero Dios en las iglesias.

Comprenden en tres años la *música*

Fueron llamados a *Santa Fe*

237 / i. e. una orquesta.

CAPÍTULO XVI

Viaje a Buenos AiresLlamados
a Buenos Aires

La fama de mis *músicos* llegó a la ciudad de *Buenos Aires* en la cual se hallaba nuestro *P. Provincial*. Por muchos caballeros, tanto eclesiásticos como seculares, se solicitó que mis *músicos mocovíes* fueron llamados también a *Buenos Aires*. Al año siguiente recibí una carta de mi *Provincial* por la cual él llamaba a mí con mis *músicos* a la ciudad de *Buenos Aires*, pero que yo apareciera allí por lo menos tres meses antes de la fiesta de *S. Ignacio*. Yo extrañé esta carta en modo de no saber qué debía pensar. El camino desde mi pueblo hasta esa ciudad era de más de cien leguas, había duda que los padres de estos *músicos* permitirían que sus hijos se trasladaran por un camino tan largo y a esta ciudad forastera porque ellos podían creer que se quería raptarles sus hijos y entregarlos a los españoles. Especialmente encontré dificultad con los hijos de *Cithaalin* de los cuales tres debían viajar conmigo: *Sebastián, Vicente y Antonio*, el más joven de entre ellos; todos los demás *músicos* eran hijos de los *indios* más principales. Pero los padres tenían en mí una confianza mayor de la que yo imaginé y permitieron muy alegres que sus hijos se pusieron conmigo en camino. Mi partida fue en los últimos días del mes de abril y al décimo tercer día de mi viaje llegué a la ciudad de *Buenos Aires*²³⁸. Como nosotros tomamos nuestro alojamiento *in Collegio*, fue destinado un cuarto amplio y grande para mis muchachos, pero yo debía habitar mi *quartier* [alojamiento] especial. Esto no fue nada agradable a mis muchachos pues no querían habitar sin mí, todos vinieron a mí y no se dejaron alejar de mi cuarto. ¿Qué iba a hacer yo? pues la mitad de ellos no tenía cabida alguna a mi lado. Por esto yo debí desocupar mi cuarto y pasarme con ellos a la sala grande donde quedamos todos reunidos día y noche. [Mi cuarto] asemejaba pronto a un cuarto de guardia, lleno de hedor y suciedad, todos se admiraron que yo podía permanecer así entre ellos.

Viaje a la ciudad

Si acaso yo iba del *Colegio* a la ciudad, todos mis *músicos* estaban en zaga mía y me seguían por las calles. A los habitantes les era una cosa extraña de ver en sus calles los veinte muchachos *indios* que cubiertos sólo con una manta única iban completamente desnudos en lo demás. Si yo entraba en una casa, ellos quedaban parados en la puerta de calle hasta que yo volvía a salir y así me acompañaban otra vez al *Colegio*. Yo les di permiso que pasearan sin mí por la ciudad y contemplaran bien todo pero ellos se negaron y dijeron: —Nosotros no debemos partir de tu lado pues esto nos han ordenado nuestros padres porque ellos temen que tú quedarás con los españoles y nos abandonarás.

Yo comencé a repasar con mis *músicos* en parte en el coro, en parte en mi cuarto las primeras *Visperas* y misa cantada. Después que fue conocido en la ciudad que los *indios* recién venidos eran todos *músicos* y hacían en la iglesia su ensayo, tuvimos pronto huéspedes de la más principal nobleza de la ciudad que con admiración escuchaban

238 / Ateniéndonos al texto sería en mayo de 1755.

esta *música india*. Se reunían hasta treinta a cuarenta de ellos, demostraban gran amabilidad a mis niños y les regalaban dinero.

Finalmente a la víspera del Santo Padre *Ignacio*, el pueblo se reunió en tanta cantidad para la víspera que nosotros no sólo tuvimos que cerrar el coro sino que dos granaderos armados debían estar al lado de la puerta para que no entrara el pueblo. Los coros laterales que alcanzaban por toda la iglesia estaban repletos por ambos lados con nobles y villanos abajo en la iglesia en gran apretujamiento lo que ocurrió más por el motivo de ver la *música* nueva y los *músicos* que atender su devoción, pues aunque en las iglesias de *Las Indias* se hace *música* no se halla dotada tan perfectamente con *instrumentos* sino sólo por el órgano y los cantores. Cuando hay una *música* con instrumentos, tienen ellos acaso un arpa y algunos *violines*, tocan *minuetes*, marchas y piecitas semejante entre una misa chica por lo cual les ha parecido muy extraño pero les ha gustado muchísimo que vísperas y misa fueren cantadas conforme al orden y esto por *indios* que pocos años antes eran aún paganos y no habían oído *música* en toda su vida. El obispo de *Buenos Aires* celebró él mismo las Vísperas y al día siguiente²³⁹ la misa cantada por las cuales mis *indios* recibieron una buena cantidad de dinero. Transcurridos algunos días el obispo envió al *Colegio* y me hizo pedir de permitir a mis *indios* hacer *música* durante su mesa. Yo los envié con sus *instrumentos* y sus *musicales* [libros de notas] de las que yo tenía en existencia una buena cantidad y que mis *músicos* podían tocar muy hábil y graciosamente. El obispo envió su carruaje y me hizo invitar también a su mesa. Si bien al principio mis muchachos se negaron a ir sin mí, se alegraron mucho después de que yo también estaría presente. La *música* de mis muchachos fue para la admiración y diversión de todos los huéspedes y [éstos] hubieran creído jamás que entre semejantes *bárbaros* se encontraría tal habilidad para un arte armonioso tan difícil si ojos y oído no los hubieran convencido. Ellos los trataron tan afable y graciosamente como si provinieren de los padres más distinguidos. Yo noté que los sirvientes de mesa les llevaban mucha comida y con ella también vino; ellos notaban bien que yo tenía mis ojos dirigidos de continuo sobre ellos; ellos comían bien, pero se negaban a tomar vino, pero los sirvientes estaban empeñados en hacerles llegar vino. Yo quise salvar mis *músicos* del peligro y pedí al obispo de no hacerles dar vino porque ellos estaban acostumbrados al agua y no a vino. A la vez yo temía que uno u otro de ellos enfermara como también ha ocurrido que mi mejor *violinista Joaquín Giochimbogui* enfermara a los pocos días y la puntada al costado pronto le habría aniquilado no por causa de tomar vino sino por otra causa que yo no pude saber. Pero fue la conversación unánime que un *indio guaraní*, maestro de ocho *instrumentos* y maestro de orquesta en la aldea del Santo *Tomás* le había pegado por hechizo esta enfermedad por que él había oído entre los españoles tanta ponderación de mi *Joaquín* que sobre el *violín* nadie le fuera igual en *Buenos Aires*. Pero él también estaba en esta ciudad y por lo general recibía la ponderación de un maestro en la *música*; él *instruía*

Fueron llamados
ante el obispo

239 / 31 de julio de 1755. Ignacio de Loyola falleció el 31 de julio de 1556 y suponemos que en el original Paucke se refiere siempre a él.

también muchos niños de los españoles. Sea como fuere yo estuve contento que mi *Joaquín* volvió a sanar.

Después de la fiesta de *San Ignacio* tuve que permanecer aún hasta fines del mes de *agosto*. Entretanto yo recibía una carta tras otra de mi *comisionero* que se afligía por mi ausencia tan larga y también comunicaba que el pueblo estaba muy intranquilo porque por los españoles en *Santa Fe* habían recibido noticia que sus hijos debían volver a su reducción con otro *misionero* mientras yo por empeño de los españoles debía quedar en *Buenos Aires*. Él escribió simultáneamente una carta enérgica al *P. Provincial* la cual éste mismo me leyó agregando que él había tenido en realidad el pensamiento de retenerme en *Buenos Aires* a solicitud de la ciudad y de enviar otro *Pater* en lugar mío a la reducción con mis *indios* pero no se había imaginado la intranquilidad que se originaría por ello a causa mía en el pueblo, pero como ahora él había comprendido por la carta de mi compañero que ello no era factible, modificaba su resolución y me daba permiso de regresar con mis *músicos*.

Los españoles se empeñan en retenerme en Buenos Aires

Algunos jesuitas averiguan mi consenso

Contesto

Algunos sacerdotes que sabían en secreto de la disposición del *P. Provincial* que yo debería permanecer en *Buenos Aires*, no sabían aún nada de que el *P. Provincial* había modificado su disposición. Por lo tanto ellos quisieron averiguar mi consenso sobre la permanencia en *Buenos Aires* y ver a la vez qué cara agradable yo pondría a ello si me hicieren la propuesta de permanecer con ellos y dejar acompañar a su casa mis *indios músicos* por algún otro. Una pregunta inesperada puede fácilmente impedir a uno para hablar pero el susto aún me dio ánimo para hablar y les dije : —Mis señores: ¿qué cara pondrían Ustedes si alguien les dijera de improviso que Ustedes desocuparan el *Colegio* y se trasladaran a la reducción *india* para lo cual Ustedes antes no hubieran tenido ningún impulso ni simpatía? Tal cara pongo yo también ante esta proposición inesperada. A mí me habría dolido eternamente que yo, para vivir en un *colegio* en *Las Indias*, habría padecido por algunos miles de leguas durante el viaje un continuo peligro de vida pues tal cosa hubiera yo podido tener con mayor tranquilidad y bienestar en mi patria. Lo que a mí me movió a abandonar mi patria no ha sido para pasar el tiempo de mi vida en *Buenos Aires* o en alguna otra ciudad bajo la tranquilidad de un *Colegio* sino a dejar mi vida entre los *indios* para la salvación de sus almas. —Pero —repusieron ellos— Vuestra Reverencia debe estar pronto a obedecer en todo lugar y a cumplir lo que el superior ordena. Aunque Usted ha llegado a *Las Indias* a causa de los *indios*, Usted debe haber resuelto sin embargo con indiferencia a obedecer al superior aun cuando él ordena algo contrario a sus ideas. Ellos me instaban bien y yo no supe defenderme de otro modo sino que tales falsos enganchadores se retiraran de mí y se alejaran. Un sacerdote alemán y ya domiciliado en el *Colegio*, habiendo sido anteriormente *misionero* por trece años entre los *guaraníes* quiso averiguar como él había estado antes en la ciudad de *Santa Fe* y conocía bien todos mis muchachos qué dirían ellos si él les daba a entender que yo debía permanecer en *Buenos Aires* y ellos tendrían que retornar con otro a su aldea. El *Pater* era de nacimiento un suave de nombre *Francisco Pauer* de la Provincia bávara. Él vino a mi cuarto donde todos mis

Los muchachos son igualmente pesarosos

muchachos estaban presentes a mi lado, simulaba como que ya fuere cierto que yo debería permanecer en *Buenos Aires*. Él habló español conmigo sabiendo que algunos muchachos ya entendían suficientemente la lengua española. La exposición era la siguiente: —¿Cuándo partirán pues desde aquí sus muchachos? pues el *Pater* que debe acompañarlos ya tiene todo preparado. Vuestra Reverencia ya sabrá en qué cuarto vivirá de aquí en adelante; el *Procurator* de la casa ya tiene todo listo, Usted puede aun hoy ocupar su cuarto. Decir él esto y los muchachos dejar inclinar sus cabezas y alejarse uno después del otro fue simultáneo. El *Pater* apercibió todo y él mismo quedó conmovido, se marchó en seguida y lo comunicó al *P. Provincial* de nombre *Alonso Fernández* quien le contestó que él ya había cambiado su disposición y ya me lo había comunicado; que yo en nombre de Dios emprendiera con mis *indios* mi partida y viajara con todos hacia la aldea. Finalmente el *P. Provincial* me regaló algunos *paquetes de medallas*, alrededor de diez mil agujas, dieciocho docenas de cuchillos y doce docenas de campanillas de metal como se usan en Alemania en los viajes de trineo y cincuenta pesos duros. A todos mis muchachos hizo dar a cada uno una camisa, un saquito, pantalones y un sombrero. Yo repartí en seguida entre ellos el dinero que habían recibido como regalo por los nobles españoles [y] después habían depositado en mi poder, les di aun dos días de plazo para que emplearan su dinero en la ciudad para cosas útiles. No había entre ellos ninguno que no hubiera adquirido un recado nuevo y otros avíos de jinete; a la par de ello muchos compraban algunas varas de género del color que les gustaba a ellos; alguno tenía seis u ocho cuchillos nuevos. ¿Quién contaría todo lo que los muchachos habían comprado?, pues ellos habían recibido bastante dinero.

El *Provincial* permite el regreso

Tan contentos como estuvieron en *Buenos Aires*, tan contentos también iniciaron la partida y viajaron conmigo a casa. No era un asunto simulado que yo permaneciera en esta ciudad pues los españoles nobles y los vecinos principales habían instado fuertemente al *P. Provincial*. Él no debería dejarme partir con los *indios*, ellos prometieron reunir por compra algunas casas y con ellas formar un *seminario* el cual yo dirigiría para que sus hijos fueren instruidos en los *instrumentos de música*. El *P. Provincial* les había prometido —también en cuanto yo quisiera aceptar este cargo y por ello no se originara mayor intranquilidad entre mis *indios*— que él satisfaría su pedido. Pero nada resultó en estos *conceptos* porque yo no quise permanecer y mis *indios* no quisieron abandonarme.

Este viaje a *Buenos Aires* me da ocasión de recordar y aportar algunas cosas que han ocurrido en el viaje de retorno. Cuando viajamos de nuevo desde *Buenos Aires* hacia *Santa Fe*, cruzamos el río de las *Conchas* en cuya región vimos manadas enteras de perros cimarrones que suelen alimentarse de terneros y potrillos en el campo, ellos viven en pleno campo en cuevas debajo tierra; según los agujeros por los cuales un campo muy ancho y amplio está minado, se puede deducir cuántos miles de perros viven sobre este campo. Aunque los vecinos de *Buenos Aires* y alrededores salen a caballo de cien a doscientos hombres armados para exterminar estos perros, parece no ser posible de exterminarlos. No les falta alimento alguno porque sobre este campo pacen

Viaje de retorno desde *Buenos Aires*

Caza de perros en el camino de regreso

tantos miles de ganado astudo y caballos, en parte de ganado manso, en parte de arisco; si no fuere esto, ningún ser humano podría viajar por este camino sin peligro de ser desgarrado por los perros. Pero como ellos son perseguidos, se asustan y tienen miedo; en cuanto ven a alguien a caballo, emprenden pronto la huida y buscan sus agujeros.

Mis *músicos* tuvieron en este campo una caza divertida. Todos estuvieron encabalgados con sus lazos y boleadoras; como ellos vieron tantos perros reunidos, cabalgaron rápidamente hacia ellos. Si los agujeros no hubieran estado tan cercanos uno del otro en los cuales se metieron presto, ellos hubieron agarrado muchos, si bien quince quedaron entre sus lazos y boleadoras a los cuales mataron todos. Pero como ellos son también grandes amantes de los perros, habían agarrado también seis chicos y atado en los dos carros de carga que yo llevaba conmigo pero fue imposible llevarlos pues como eran fuertes y ariscos y trataban siempre de libertarse de las sogas, se ahorcaban ellos mismos; los otros mordían en derredor de ellos que nadie se podía acercárseles; por ello debieron matar a todos pues nunca se hubieran amansado y tal vez nosotros hubiéramos llenado nuestro contorno, campos y bosques con perros cimarrones que hubieren causado un gran peligro tanto al ganado como también a las gentes.

La estancia de Areco

Después pasamos el río *Arrecifes* y finalmente llegamos al río de *Areco* a veintidós leguas de *Buenos Aires* donde el *Colegio* de *Buenos Aires* tenía una pequeña alquerita²⁴⁰ que ellos llaman *estancia*. Allí vivían tres *jesuitas*, dos hermanos que dirigían la explotación y un sacerdote que como capellán atendía las almas de los moros negros de ahí que eran *esclavos* del *Colegio* y cuidadores de ganado. Allí vivían alrededor de cuarenta *familias* de negros que también ejercían la agricultura y trabajaban en un horno de ladrillo. Los demás estaban encargados del ganado del cual vivía el *Colegio* junto con sus *esclavos*. Había hasta doce mil cabezas de ganado astudo; ellos tenían también algunos miles de caballos junto con una numerosa crianza de mulares. Diariamente debían ser arreados temprano los caballos desde el vasto campo hasta la estancia a los corrales para que los negros tuvieran los caballos necesarios para el resto del día para revisar el campo y recoger el ganado. Yo permanecí con mis *indios* cuatro días en este paraje; allá tenían suficiente diversión y ocasión de probar sus boleadoras las que también los moros conocen con gran maestría y pueden usar tal vez aún mejor que mis *indios*. Cuando los moros traían en la madrugada los caballos a los corrales, había siempre veinte a cuarenta caballos cimarrones mesturados entre ellos que sobre los amplios u extensos campos se habían agregado a los caballos mansos; pero como tales caballos cimarrones son perjudiciales a los mansos cuando se mezclan con ellos, y extravían frecuentemente muchos cientos de caballos mansos, por trescientos, cuatrocientos y más que sobre un campo de cien y más leguas ya no son de encontrar más ni pueden ser campeados a causa del gran calor solar y carencia de agua, tratan ellos de matar los caballos cimarrones (que junto con los mansos

240 / *Kleines Gütel*, diminutivo de *Gut*, o sea una heredad. Paucke se refiere con el diminutivo probablemente a «las casas», pues el gran número de ganado enumerado a renglón seguido nos indica un importante establecimiento rural.

fueron arreados a los corrales) lo que ocurre del siguiente modo: Los negros les tiran al pescuezo el lazo que está bien asegurado a la cincha del recado del jinete, sacan a la fuerza al caballo cimarrón desde los corrales al campo; ahí ya están otros negros de a pie con sus lazos, los tiran a los caballos brincantes a las patas, cierran a tirones [el lazo] y los voltean al suelo. Cuando está echado, libran de lazos los pies y el pescuezo y con un cuchillo filoso abren de un solo tajo la barriga; el caballo se endereza de un salto y se aleja con las tripas colgantes para afuera de la barriga que son desgarradas por los saltos del caballo hasta que éste finalmente a los cien pasos se cae y muere. En una mañana yo he visto matar así cuarenta caballos cimarrones que todos quedaron tirados no lejos de los corrales. Al día siguiente todo blanqueaba a la mañana donde yacían los caballos, tampoco no vi otra cosa que los limpios huesos completamente despejados de carne de todos los cuarenta cadáveres. Yo extrañé que bestias salvajes habrían comido en una noche los cuarenta caballos y supe que los perros cimarrones de la región han hecho esto por lo cual se puede deducir que sobre estos campos los perros cimarrones viven a miles.

Los negros matan los caballos cimarrones

Los perros cimarrones comen en una noche 40 caballos muertos

Si ellos encuentran entre estos caballos encerrados algunos potrillos bien formados, los dejan vivir, los jinetean y los amansan. Mis *músicos* deploraban el gran desperdicio de tantos caballos, rogaron a los negros les cedieran algunos de los jóvenes equinos útiles, ellos querían llevarlos consigo a su aldea. Los negros les dieron la libre elección de llevar consigo los que quisieron.

Mis *indios* reciben de regalo caballos cimarrones

Si alguno hubiera podido llevar consigo cien caballos lo hubieran hecho. A causa de ellos yo tuve que esperar aún algunos días hasta que junto con los mansos fueron arreados otra vez los cimarrones. Mis *indios* reunieron así entre todos veinticuatro caballos, hacían marchar adelante sus caballos de silla mansos y durante el camino restante montaron únicamente los caballos ariscos que ellos trajeron ya mansos al pueblo. Cuando ellos montaban estos caballos en el camino, había siempre alguno sobre un caballo manso que conducía con el lazo el arisco para que si acaso volteara al jinete no pudiera escapar con el recado; de este modo se ayudaron uno al otro hasta que llegamos a nuestra reducción.

CAPÍTULO XVII

Otra habilidad de los *indios* en trabajos manuales

Habilidad de los
indios en trabajos
manuales como
hacer carros

Ahora para volver a esto si los *indios* en realidad tienen buen entendimiento y habilidad para entender y comprender algo, se puede deducir fácilmente que ellos no son tan inhábiles como se cree sino que *puramente* la falta y carencia de toda instrucción y doctrina es culpa de ello. Yo llegué a tanto con los años que yo tenía hasta veinticinco *indios* que sin mi presencia construían carros de carga enteros. Tres de ellos eran ya tan expertos que por sí solos indicaban los maderos para las ruedas y las curvas, reparaban los agujeros para los rayos y construían bien y cabalmente toda la rueda. Yo había llevado a un buen estado treinta y seis de semejantes vehículos. Yo tenía cuatro muchachos que hacían trabajo de escultura perforado; ellos han construido una parte del altar y tan luego la inferior junto con éste un *tabernáculo*, dos *antipendia* [cortinado] todo en trabajo perforado y sotopuesto con pedazos de espejo roto, primorosamente dorado y pulido para lo cual yo tenía otros seis muchachos. Las dos *antipendia* junto con el *tabernáculo* han sido incrustados²⁴¹ para la iglesia *jesuíta* en *Santa Fe* para los dos primeros altares laterales de la Madre Dolorosa y nuestra amada Señora de las Obras Milagrosas.

Trabajos de
escultura

Fabricantes de
peines


Yo tenía dos muchachos que hacían peines aunque me faltaban algunas herramientas que hubieran adelantado y facilitado la labor. Ocho carpinteros y cuatro torneros hacían ya tan bien sus oficios que yo por ellos fabriqué todos los marcos de puertas y ventanas para mi iglesia y casa recién levantada; las puertas y los postigos eran de marcos con tablas encajadas y cinceladas.

Carpinteros y
torneros

Yo compré en *Santa Fe* las herramientas de una antigua cerrajería con yunque, martillos, limas y semejantes, sin fuelle que yo fabriqué con mis *indios*, comencé a forjar con tres muchachos que eran ya fuertes y llegué a tanto que ellos volvieron a templar y acerar todas las azadas de las cuales ya había saltado el acero; también hicieron de nuevo los hierros con los cuales solíamos marcar el ganado. Cómo hubiera podido ser posible de otro modo mantener en estado los útiles necesarios para todo el pueblo y pagar por la compostura en *Santa Fe*, pues una azada que yo hice componer en la ciudad costó un peso duro, una marca de hierro cuatro pesos duros; todo esto lo ahorré con mis tres jóvenes peones herreros.

Yo los llevé frecuentemente conmigo a la ciudad donde ellos durante el tiempo de mi estada debieron quedar en la herrería del *Colegio* para aprender algo allí. Mi mejor escultor y muchacho hábil para todo que también solía servirme, estuvo conmigo en la ciudad; éste estaba metido siempre en la herrería por curiosidad; él viendo entonces que el herrero un negro y arpista en el *Colegio* construía azadas completamente nuevas puso buena atención. Cuando quisimos viajar a casa, me solicitó que yo pidiera prestado el hierro que era el molde de batir sobre él la oreja de la azada, pero yo mandé

241 / *Angefrimet*, o sea hoy *angepfriemt*.

hacer un nuevo molde para mi herrería. Tras nuestra llegada el muchacho ya deseaba hacer una azada nueva como él había visto en la ciudad; él hizo el cuño, luego la oreja para la azada, lo batió sobre el molde, lo soldó y fabricó una azada que se podía usar muy bien. Él me pidió también que él pudiere construirse un hierro para marcar sus caballos propios; él ensayó tanto hasta que él arregló un hierro bien formado. El cual [muchacho] de ahí en adelante en cuando se necesitaba una nueva marca de fuego, las fabricaba todas. Para la marcación de todo el ganado de asta que consistía en 24 mil, de caballos en tres mil, de las yeguas especiales para la crianza de mulas en 1300, de los mulares en 400, de la crianza de burros en 182 piezas, yo necesitaba diez y ocho marcas de fuego; muchas se echaban a perder en una marcación y llegaban a ser inútiles para el año siguiente a causa del fuego constante en el cual durante un mes debían marcar, pues cuando comienza la marcación los hierros deben quedar todo el día en el fuego para que mediante un apretar impriman la marca. Los hierros del pueblo tenían este  antedibujado²⁴² nombre del Santo *Xavier* y con parecido era marcado cada animal de propiedad de la comuna del pueblo.

Tuve además deseos de edificar bien fuerte y firme mi vivienda y cubrirla con tejas pero no pude encontrar ninguna tierra apta para ello; toda resultaba demasiado fuerte y en cuanto yo ponía al sol algo formado, se rajaba todo; yo probé de diferente manera pero no pude obtener entero a ningún ladrillo seco. No faltaba un suelo arcilloso especialmente en el circuito de la reducción; yo entremezclé la arcilla con paja hachada o heno y lo encontré más apto que la sola arcilla cruda. Como yo quise descubrirlo luego, cabalgué puramente para averiguar esto a la ciudad y donde encontré un horno de ladrillos, ahí tenía yo que ver y saberlo todo observaba bien todo y también el horno lo probé de nuevo; tomé alguna *cantidad* de arcilla, algunas paladas de arena fina y un tanto de tierra negra y otro tanto de estiércol deshecho de caballo; hice pisar bien todo en una *masa* y fabriqué la prueba la que sequé a la sombra. Ella estuvo tan fuerte que yo podía estar parado sobre los [ladrillos] crudos sin quebrarlos. Preparé luego un pequeño horno de ladrillos *egipcios* [adobes], que son sin quemar, coloqué mil cuatrocientos adentro y los quemé bien; unos poquitos se habían rajado, los otros eran todos utilizables y resistentes contra el agua. Así seguí haciendo y obtuve cubrir con ellos toda mi vivienda y empedré con ladrillos planos.

Ya habían demostrado los *indios* lo que ellos podían trabajar pero las mujeres *indias* y sus hijas no sabían otra cosa que tejer lana al huso y esto ocurría sólo por una u otra que frecuentemente querían trabajar para sí. Las demás no sabían otra cosa que cabalgar a la caza y cuando volvían pasar todo el día en ocio. Yo convoqué los *caciques* y les hice presente el ocio de todas las mujeres; que ellas también eran alimentadas de lo que pertenecía a la Comuna pero no trataban de auxiliar en algo a la Comuna. Yo les insté que ellos incitaran también las féminas a contribuir con algo en provecho del pueblo común; algunas con hilar, otras con teñir, otras con tejer; aunque ellas hasta



Construyo un horno de ladrillos

Tejedoras. De qué modo fueron ganadas para ello las indias

242 / Se halla dibujado en el texto y al margen. Es marca que fácilmente hace «plancha», por lo cual uno de los travesaños es más delgado y la «S» se afina en su centro.

ahora no sabían hacer tales cosas, yo les procuraría de dónde aprender. En esto también habría un gran provecho para sus maridos, ellas podrían hacerles en lugar de los cueros mantas bellamente tejidas para las cuales yo les ayudaría mediante lana y los tintes pertenecientes. Yo tampoco no pedía más sino que tres *indias* durante el año entero hicieren en conjunto una alfombra: como regalo para esta labor yo les daría suficiente lana y también tintes para que ellas luego pudieren hacer también para sus maridos una manta.

Mi recuerdo fue grato a todos los *caciques*, como también a todos los demás hombres en el pueblo, pero algunas de las mujeres haraganas no estuvieron contentas con ello. Pero yo no hice caso: me bastaba que muchas de entre ellas se resolvieren a ello. Yo tenía mil setecientas ovejas con buena lana; comencé a esquilas y repartí la lana correspondiente para una manta a cada una, las demás se extrañaron de ello cuando vieron repartir la lana. Algunas de las disidentes vinieron y *probaron* si ellas también podrían obtener alguna, pero regresaron con una respuesta de modo que de ahí en adelante no osaron a reclamar lana. Las mujeres *confederadas* para esta labor determinada se empeñaron y en tiempo de tres meses yo ya tenía en mi casa setenta y tres mantas terminadas y bien elaboradas, las que yo envié a la ciudad de *Paraguay* [Asunción] y en cambio recibí cuarenta y ocho quintales²⁴³ de yerba paraguaya, quince quintales de tabaco con algunas *Steine* [arrobas] de azúcar para el pueblo. Corresponía repartir poco a poco en total al pueblo la yerba que les servía como té y también el tabaco, que les servía para mascar y fumar; en otras ocasiones hubo mucha economía en estos efectos pero como había llegado la utilidad de las mantas, yo fui ya más generoso pero ninguna de las *indias* haraganas debió solicitarme tal cosa; ella debía ir a su casa en toda verdad sin *té* ni tabaco. A las que habían hecho las mantas como a sus ayudantas les di lana de cinco ovejas y junto con ella tinte rojo, índigo y alumbre de mina. Entonces se les abrieron los ojos a las otras: ellas también hubieron trabajado de buen agrado pero había fallado la balsa de travesía²⁴⁴ y llegaron demasiado tarde, pero ello les sirvió para el tiempo futuro. Muchas pidieron que yo les proporcionara trabajo todavía; ellas quisieran terminar su trabajo aun antes del fin de año, pero yo ya había determinado que en este año una sola de las *desidentas* obtendría trabajo de mí.

Como ahora los *indios* y sus mujeres, junto con los hijos estaban ya en algo desacostumbrados al ocio, no quedaban otras que sus hijas. Ahora que yo había atraído a un trabajo moderado sus padres y hermanos, no tuve que sufrir ningún impedimento en dominar la parte más débil. Para ello Dios me dio consejos especialmente útiles, sin cuya luz y ayuda yo jamás me hubiera obstinado en realizar algo entre estas gentes salvajes. Yo tenía una vieja *india*, *cacica* enviudada, la que yo había instituido como jefa de las niñas, sólo para que tuviera exacto cuidado que las hijas del pueblo comparacieran diariamente en la doctrina cristiana y con ella asistieran a la doctrina en la iglesia. Cuando había algo que trabajar o que hacer, era dirigido por esta *india*, que

²⁴³ / *Centen*.

²⁴⁴ / *Überfuhr*, la balsa de transporte.

Mantas elaboradas por primera vez por las *indias*

Premio por el trabajo

De qué modo las niñas fueron atraídas al trabajo

en todo debía estar presente y cuando se había llegado a que se iniciaran los castigos en el pueblo, las niñas fueron castigadas también por ella; igualmente yo tenía al frente de los muchachos un *indio* viejo considerado que reunía con toda satisfacción los muchachos y los contenía. Hasta ahora las niñas no hacían otra cosa que asistir diariamente a la santa misa, a la doctrina cristiana y al rosario a la tarde; de trabajar no supieron nada que decir que en tiempo del cultivo²⁴⁵ del trigo turco, lo que durante el año ocurre sólo algunas veces. El algodón ya no debí confiarles, porque mucho se hubiera echado a perder; por lo tanto, tuve que dejarlo a los muchachos. Sin embargo, yo quería acostumbrar al trabajo también a las niñas desde cortos años, para que ellas también ayudaran a la Comuna mediante su trabajo. Yo tenía aún en existencia muchísima lana; para utilizar ésta a tiempo, me serví de una nueva astucia y ordené a la maestra de las niñas que después de la doctrina concluida determinara acaso cuatro de las niñas más grandes y mejores y viniera con ellas a mi vivienda, yo les daría algo que hacer. Pronto estuvo ella con las determinadas a mi lado. Yo hice traer en seguida un buen montón de lana y les dije que se ocuparan en separar la mejor de la inferior. Ellas quedaron ahí mismo sentadas con la maestra al lado de mi puerta; hicieron diligentemente su trabajo y tuvieron muchas espectadoras en otras niñas. Algunas sin ser determinadas se sentaron a su lado y ayudaron. Después de un buen rato yo quise ver lo que hacían y ya hallé nueve niñas; yo simulé no notar nada; las cité de nuevo para el siguiente día temprano. Apenas hube terminado la misa, corrieron ellas ya a su trabajo; entonces encontré reunidas ya unas veinte con su madre venerable que llegó a mí y en secreto contó todo lo que las niñas durante el trabajo habían hablado entre ellas: que en verdad algunas más grandes ya pedían de hilar. Yo estuve conforme y le ordené que dejara hilar a quien quisiera, pero que después de terminado el trabajo, tanto a la mañana como a la tarde, enseñaran sus hilados y me los dieran. Otras (dijo ella a mí) se habían afligido que yo las había salteado y quería tal vez que sólo aquéllas aprendieran y ellas nada. Ellas también comparecerían diligentemente en este trabajo si sólo supieran que yo lo aprobaría. Yo respondí y le dije que ella aceptara la que se presentara al trabajo, fuera cual fuera y dejara a cada una la libre voluntad si querían carmenar o hilar lana; que les preguntara a la vez si acaso algunas querían aprender a teñir u otras a tejer. En pocos días yo conté ya más de cincuenta niñas crecidas que comparecían diligentemente en este trabajo.

Aprenden a hilar

Yo dispuse en seguida a proporcionar todo lo perteneciente, tanto en *materiales* como en vasijas; ordené construir una larga y ancha enramada para que estas niñas pudieran trabajar a la sombra. Yo ya tenía reunidas hiladoras y tintoreras; les di [a conocer] todas las mañas favorables que yo sabía y había indagado entre los españoles; estuve de continuo entre ellas hasta que estuvieron aptas de hacerlo solas.

Teñir lana

Finalmente quise averiguar también cómo se conducirían para tejer; elegí de entre ellas algunas mayores y les mostré de qué modo debían estirar el hilo para tejer. Todo

Tejer

245 / *Fexung*. No nos ha sido posible hallar el origen de esta voz, usada por Paucke en el sentido de cultivo y de cosecha.

iba bien; al principio yo no les di a tejer cintas anchas sino de tres a cuatro dedos de anchura de un color; después otras de dos colores, para que ellas aprendieren a tejer éstas con figuras.

Hacen alfombras

Yo supe que una *india*, que por mucho tiempo había servido como prisionera entre los españoles, se encontraba en el pueblo y eso entre los familiares de *Domingo*; a ésa la nombré maestra y le di algunos regalos. Ella desempeñó diligentemente su cargo y dentro de un medio año hizo tan aptas a seis de las más grandes, que en parte ya estiraban para alfombras, con listas de diversos colores; en parte trabajaban ya con figuras fáciles las estiradas. Ellas fueron visitadas a veces también por las mujeres casadas, en la intención de aprender también algo. ¿Qué contaré más ampliamente de esto? Basta saber que en un año [fue] conseguida toda una *fábrica* de mantas y que las más de las mujeres y niñas ya habían erigido su instalación de tejer delante de sus chozas. Yo remití de una vez alrededor de trescientas de las mantas más lindas a la ciudad *Paraguay*²⁴⁶; algunas de ellas fueron pagadas en valor de veinticinco pesos fuertes, las más con doce pesos fuertes; las peores con seis pesos fuertes. Entonces ya pude ayudar mejor al pueblo y como las mujeres se habían aplicado tan empeñosamente a urdir tales mantas, se aplicaron también sus maridos a procurarse ovejas para ellos, para que sus mujeres tuvieran [lana] para hilar y tejer. Entonces los *indios* ya no iban cubiertos con cueros de tigres, leones o nutrias, sino con mantas de lindos colores.

Alegría del pueblo por el provecho del trabajo

Todos en el pueblo estuvieron regocijados sobre esta institución, porque vieron qué provecho tenían de ella. Ellos se hicieron hacer también mantas, no por dinero, sino por ovejas; yo debí ser el intermediario para que no fueren engañados por los españoles; ellos obtuvieron frecuentemente por una manta dieciséis o veinte y aún más ovejas; también trocaban caballos contra ovejas. Todos estaban empeñados en hilar y tejer. También fue para los paganos un gran impulso a avecindarse en el pueblo porque ellos vieron semejantes cosas, que los *indios* e *indias* se presentaban más aseadas y que ellas ya tenían algunas empresas propias.

Atención a los trabajadores

Los niños que trabajaban en mi taller, tenían diariamente su buen almuerzo, pero a la tarde yo les repartía fruta, como ser higos nuevos, duraznos, melones, de todas las cuales yo tenía una abundancia. Después de esto daba a cada uno la lana de cuatro, también de seis ovejas, cuando se esquilaba; también frecuentemente otros regalos de lienzo, corales, tijeras y cuchillos. Con esto yo obtuve que ellos no vagaran tan inútilmente en los bosques y campos y el pueblo entero tuvo por ello un buen provecho.

Un misionero viejo considera a este pueblo un milagro

Yo tenía en mi pueblo un *misionero* viejo ya emérito, que estuvo instalado ya treinta años primero entre los *Guaraníes*, después diecisiete años entre otros *indios* nuevos; también había sido *rector* en el *Colegio de las Corrientes*; finalmente desde mi pueblo había sido destinado como *rector* a *Santa Fe*, pero sin terminar tres años de su rectorado había pedido y obtenido de volver a viajar a mi reducción, su nombre era *José Brigniel*²⁴⁷,

246 / En los escritores *jesuitas* se halla con frecuencia la oración: la ciudad del *Paraguay*, que también llaman Asunción.

247 / El *P. Furlong* ha dado su biografía en *Entre los abipones*.

un klagenfurtense de Carintia y de la *Provincia* austríaca. Éste tenía su placer cuando en broma podía jugarle alguna pasada y me dijo en la mesa que yo había tomado para todo tales medidas, por las cuales en tan corto tiempo yo había amansado tanto estos generalmente tan indómitos *indios* e inducido a semejantes cosas que los españoles en tantos años no habían podido imponer; a él mismo le había parecido imposible sujetar a *indios* de a caballo de modo en querer tan prontamente trabajar y ser devotos al servicio divino, ya que es sabido que hasta ahora ningún pueblo que ha poseído el uso del caballo ha sido útil para algo. Luego siguió diciendo: —Los que sólo [están] de a pie como los *guaraníes*, *tapes*, *tobatines* y semejantes no tienen ningún recurso tan rápido y cómodo de estar tan presto acá, tan presto acullá, porque les [es] mucho más penoso atender a pie que a caballo a sus cazas y paseos vagabundos; por ello deben quedar mayormente en el pueblo y asistir a la doctrina; pero los que usan los caballos son inquietos y pueden satisfacer sus vagancias sin cansarse. Conceptúo este pueblo como una gran obra milagrosa y lo que Vuestra Reverencia ha obtenido hasta ahora con estos *indios* puedo estimar una obra milagrosa. Ahora que Usted es tan maravilloso, yo quisiera ver aún dos obras milagrosas por usted. Fue un milagro y un gran milagro que Dios ha realizado por el Santo *Xaverium*, que Usted ha recibido el don de los idiomas y ha enseñado los *indios* que todos lo entendieron, aunque ellos hablaban diferentes lenguas y no se entendían entre ellos mismos. En lugar del don de las lenguas Dios le ha comunicado el don de los trabajos y oficios, pues Usted es un músico, un carpintero ebanista, tornero, escultor, herrero, albañil, arquitecto, agricultor, fabricante de peines, pintor, un fabricante de violines, *Passetol*²⁴⁸ y órganos, un curtidor, pasamanero, sastre y semejantes, pero no tengo todavía prueba alguna de que usted fuere un zapatero. El motivo es porque lo veo andar ya por algunos meses con zapatos sin suelas.

Pero aun esto (repuse yo) seré capaz de hacer sin obra milagrosa. Yo me busqué en seguida un par de zapatos viejos y gastados; hice una horma nueva; yo no tenía suelas pero teníamos sillones viejos que eran labrados y forrados con cueros de vaca repujados. De uno corté las suelas y del fino las plantillas; en lugar de un nuevo cordobán²⁴⁹ usé unas botas viejas que yo había traído desde *Europa*; descosí los zapatos viejos y según el cuero superior y los forros, corté también éstos de pedazos viejos para mis zapatos, pero con el aumento de un medio dedo. Cuando yo descosía los zapatos viejos, observé bien detenidamente todo de cómo se cosen eso y aquello y observé que el zapato entero tenía en todo su derredor un margen; todo me sirvió para la fabricación de mi obra maestra. Yo no tenía nada más que una lezna para zapatos, de dos pulgadas de larga; no me fue difícil hacer el hilo, pero no acertaba cómo insertar bien las cerdas, pues éstas se me cortaban tras algunos tirones hechos y prolongaron la fabricación de mi obra maestra, pero en tiempo de tres días los zapatos estuvieron listos. Yo los llevé a mi querido anciano para divertirle y dije: —El maestro del gremio

Tuve que hacer de zapatero

248 / Corruptela de *bassetol*, contrabajo.

249 / i. e. la suela.

Los mozos
vagabundos son
inducidos al
trabajo

debe inspeccionar las obras maestras, por lo cual yo también dejo a su *censura* la mía. El querido anciano rió cordialmente y dijo: —En mi vida he visto semejante *milagro* natural; hasta el mismo Santo *Crispinus* se admiraría de ello, pero aún falta y es precisa una cosa: que Vuestra Reverencia haga también las veces de un *Mestre de campo*. Todo me parece tener subsistencia, pero los adultos mozos libres solteros que no se dejan emplear para ningún otro trabajo que correr caballos cimarrones, corretear el ganado, buscar miel en el campo y en los bosques, éstos necesitarían a alguien que fuere su *Mestre de campo* y los reuniere acabadamente. Si Usted podría realizar aun esto, conceptuaré perfecta la habilidad suya. —Bien —dije yo— debo realizar también este maldito *milagro*. Yo convoqué a los tres *caciques* más principales: *Aletin*, *Domingo*, *Cithaalin*: les expliqué cómo todo en el pueblo ya daba el mejor indicio para el bienestar general, pero después que ellos habían sido cuidadosos en ayudarme en todo, sería aún preciso usar el más diligente empeño e incitar al trabajo a los mozalbetes del pueblo, para que no se dijere que ellos se alimentaban por el trabajo de los ancianos, sino que ellos estaban en las mejores fuerzas; debían ocuparse en ayudar a los brazos de los de edades ya mayores. De otro modo, los ancianos deberían padecer gran penuria y los jóvenes se acostumbrarían, no sólo a la vagancia, sino también a muchos defectos y vicios, por cuya causa este pueblo se desemejaría y parecería más bien una vivienda de vicios paganos que una reunión cristiana. Lo que yo solicito es que vosotros notifiquéis seriamente aun hoy a todos que mañana comparezcan ante mí; que ninguno a la mañana temprano cabalgue al campo, sino que después de celebrada la misa todos estén presentes a mi lado y también vosotros con ellos. Si no [ocurre esto] yo pensaré que vosotros os preocupáis poco de vuestro pueblo y os interesáis poco por su bienestar duplicado. Yo os doy buenos y útiles consejos: vuestro deber como jefes del pueblo es realizarlos. Ellos prometieron usar toda diligencia a presentar todos. *Aletin*, que en tales procedimientos era muy presuroso, anduvo como un loco por el pueblo y me trajo ya en ese anochecer una multitud de los muchachos vagabundos. Yo me demostré muy amables para con ellos (pues vi que estaban asustados) y dije que a la mañana temprano vinieran a mi lado; no deberían guardar ninguna sospecha de alguna fastidiosa reprimenda, sino que yo sólo quería hacer plena amistad con ellos; di un pedazo de tabaco a cada uno y los despaché muy contentos. Corrió el rumor entre el pueblo que el *Pater* convocaba todos los mozalbetes y los obsequiaba con tabaco. A la mañana después de la misa vi los tres *caciques* con una cantidad de los mozos mejores; eran alrededor de ochenta. Mi más querido compañero anciano vio esta revuelta; asombrado ante este suceso salió de su cuarto cuando yo ya estaba parado con ellos y preguntó qué significaba esto. Yo contesté: —No se asuste, Vuestra Reverencia; esto significa solamente que el *Mestre de campo* realiza entre su pueblo una *revista* y reseña. El me comprendió pronto volvió hacia su cuarto y dijo: —Bien, Dios mío, esto es una obra milagrosa muy grande. Dios dé a este *Mestre de campo* fuerzas suficientes; él es un prusiano (esto lo dijo porque yo soy un bajo silesiano)²⁵⁰ y hace posible lo imposible como su Rey.

250 / En esta oración, «él» responde al pronombre de tercera persona *Er*, escrita con mayúscula en el texto cual voz de devoción a Dios y también de respeto a un superior

Yo me dirigí a los presentes y les hablé muy amistosamente. Entre muchas otras enseñanzas que les di dije también esto: —Yo mismo tengo vergüenza que tan buenos y fuertes mozos dejen perder sus fuerzas en la vagancia y en este pueblo no tienen otra labor para ellos que devorar gratuitamente lo que trabajan otras gentes ancianas cargadas de años. A vosotros se les puede comparar con las aves de rapiña que roban y devoran lo que otros deberían aprovechar. No seáis como niños menores a los cuales se les debe meter la comida en la boca; de aquí en adelante haced de acuerdo con el ejemplo de otros y demostrad que teneis aptitud y habilidad para trabajar sino todos os conceptuarán unos mozos inútiles. Nosotros tenemos que trabajar bastante para mantener nuestro pueblo no sólo en un buen estado sino también para adelantarlo. Que diga cada cual a qué tiene disposición; él puede elegirse un trabajo que le place. Algunos contestaron con respeto que ellos jamás habían sido solicitados a algún trabajo por lo cual habían buscado sobre el campo su mantención. Pero yo dije: —Los que quieren trabajar, no se alejen antes de la salida del sol y no queden todo el día fuera del pueblo sino que se muestren donde otros trabajan por donde se puede conocer que ellos tienen una inclinación a ello.

Yo pregunté después a cada uno qué trabajo quería hacer. Algunos lo dijeron francamente, otros dijeron: —yo no sé. Los que dijeron: —yo no sé, los destiné a mi huerto y éstos eran treinta; envié cinco a los carpinteros de carros, seis a la ebanistería, dos a los escultores, cuatro a los torneros, dos a la herrería. Seis que eran mozos despiertos los reservé para el trabajo que yo les indicaría. Diez pasaron a los fabricantes de ladrillos. Los demás los destiné a la agricultura otros al ganado. Al día siguiente comparecieron todos en sus talleres indicados los que en seguida de la santa misa terminada recorrí y encontré a todos en su lugar correspondiente. Después pensé en mi querido anciano y lo conduje por todos los talleres, mostré todos los anteriores remisos y le pregunté qué milagro sería éste. Él contestó: —Ahí debe contestar Dios Padre, yo no lo sé. —Con estas palabras se fue a su cuarto y dijo: —*A Dios Signor Maestro de Campo*²⁵¹.

A los seis mozos que yo había reservado para un trabajo que yo les destinaria, los traté como si fueren mis familiares. En un viaje a la ciudad de *Santa Fe* pasé por la *estancia* de un portugués, domiciliado en la ciudad *Don Francisco de la Mota*; ahí vi a un joven inglés tejiendo una linda alfombra que él tejía con una lana sencillamente hilada en modo de terciopelo con sombreado de diversas flores y figuras. Yo contemplé exactamente y por largo tiempo las trabaduras; en esto se me ocurrió que sobre un lienzo grueso sin tejer y con la aguja se podrían hacer también semejantes trabaduras en modo fácil. Yo regresé a mi aldea, tomé una vara de lienzo fuerte pero no tejido estrechamente, hice con tinta el bosquejo, tomé lana teñida conforme con el sombreado de los colores según yo tenía; comencé a hacer mediante una aguja hecha de madera dura las trabaduras según el dibujo; abrí las trabaduras y rebajé las hilazones

Remisos se inducen
al trabajo

Aquí indica usted. En cuanto a la voz de prusiano, se origina por la conquista de la Silesia por Federico II de Prusia, pero Paucke se considera sólo silesiano, tal como lo cita Dobrizhoffer.

251 / Parece irónica imitación del modo de hablar castellano por Brigniol.

Se hace una alfombra vistosa

surgentes y vi que esto me había resultado. Tomé mis seis mozos, dibujé un lienzo de seis varas a lo ancho y cuatro a lo largo como necesitaba el pie del altar en la iglesia; les enseñé la punzadura que realmente no era difícil de comprender, coloqué uno en cada esquina, los otros dos en el medio. Ellos debieron primero cubrir todo el bosquejo con trabaduras conforme al dibujo con lana negra hilada; después les di lana teñida para hacer las flores, follaje y el sombreado. Los mozos trabajaron conforme a mi voluntad y placer. La alfombra estuvo lista y los españoles que la vieron me ofrecieron veinticinco pesos fuertes, pero yo ya la había dedicado a la iglesia. Después de ésta mandé hacer otra que era doble de grande. Por ésta me ofrecieron cincuenta y dos pesos fuertes pero ella estaba también destinada a mi iglesia. Después dibujé cojinillos y también alforjas [para] cuando se viaja a caballo. Estas y semejantes ocupaciones debían ser empezadas para que la holgazanería tan arraigada en estos *indios* quedara exterminada de una vez, la juventud sofrenada y en obediencia, las ocasiones de pecados y vicios disminuidas y también se ayudara a la aldea. Sin embargo yo jamás había sido ejercitado en tales obras manuales y trabajos pero como yo sentía siempre un gran impulso ya desde los primeros años de mi entrada espiritual en la Sociedad estuve también empeñado en averiguar, preguntar, ver y poner atención sobre aquello que yo creía podría ser útil saber en estos países salvajes. Y si bien yo al igual del tuerto rey en el reino de los ciegos *pasaba* en este reino de la ignorancia por un maestro con lo poco que yo había comprendido en modo de chapucero, yo no había sido ni aprendiz ni oficial en ninguna parte. No había otra cosa sino que yo había agregado a una habilidad el atrevimiento y la resolución, entonces el asunto ya estuvo remediado. Yo llegué a tanto que osé construir mediante la ayuda de mis carpinteros un pequeño órgano para mi iglesia —o como se dice— un *positivo* con cinco registros. Si yo hubiera querido venderlo en una iglesia de la ciudad de *Santa Fe*, hubiera obtenido por él ochocientos pesos fuertes (como me fueron ofrecidos varias veces).

Construyo un organito

También comencé pronto a instruir a uno de mis *músicos*. En cuando los *indios* oyeron tocar el órgano, se reunió corriendo el pueblo y quiso entrar a la fuerza en la iglesia lo que quería imponer mediante el golpear en las puertas: yo no tuve tranquilidad hasta que no dejé entrar a todos; entonces hubo admiración tras admiración. Yo tenía en él cuatro pequeños registros que representaban una gritería de aves, ésta era especialmente grata a mis *indios* y por ello yo merecí que ellos me denominaran un hechicero.

Los españoles desprecian todo oficio

Así ocurre en las nuevas reducciones. Si el *misionero* sabe algo, si él es hábil y dispuesto a semejantes cosas, ellos aprenden cuanto ven: si él no lo es, permanecen ellos unos posmas²⁵² pues, ¿de cuál otro podrían ellos aprender? Los españoles mismos son poco empeñados a aprender algo de un arte, todo está en el comercio. Ellos consideran como el ejercicio más despreciable el ejercer un oficio manual. No se encontrará un español *indiano*²⁵³ que fuere un sastre, zapatero, carpintero o semejante; todos estos

252 / *Stoecke*, i. e. palos.

253 / Perífrasis por español inmigrado, pero también por americano.

oficios y otros más son únicamente ocupaciones de los *esclavos* y *mulatos*. Ningún español dará su hija en matrimonio a otro que ejerce un oficio y aun un arte salvo que éste deje el oficio. Yo conocí en *Santa Fe* a dos que entendían bien la *cirugía* y la ejercían siendo solteros pero, ellos no pudieron conseguir en matrimonio una española hasta tanto no habían abandonado por completo su *cirugía* y se habían hecho *comerciantes*. Ahora ¿de quién aprenderían los *indios* semejantes cosas? De cierto desde España vienen algunos que sacan *provecho* de oficios pero ellos son las peores gentes y no otros que aprendices escapados pues quien entiende bien su oficio, tiene su porvenir en España y no se trasladará a la mar peligrosa; y aún si tales arribaran en *Las Indias*, no osará ninguno encaminarse a los *indios* salvajes. Por lo tanto todo importa que el *misionero* entienda algo de todo para que los *indios* sean instruidos.

¿Qué diría yo de los *indios guaraníes*, *tapes* y *tobatines* cuyas misiones ya en tiempo del Santo *Francisci Borgia* han tenido su comienzo con la *Sociedad* y en mi tiempo [estaban] en el mejor estado? No hay oficio o arte que no hubiera sido introducido allí. Ellos funden las más bellas campanas, elaboran la plata, fabrican todos los *instrumentos musicales*, son muy ejercitados en escribir, pintar [y] dibujar. Aunque los libros de *música* sólo se escriben, dirá sin embargo cada uno que son impresos. Ellos dibujan las estampas tan artísticamente con la pluma que uno no sabe distinguir la copia del *original*. Un *misionero* se hizo remitir desde España un paño para un completo adorno de altar, de éste faltaba todavía una vara para una *casulla*; él llamó a un *indio* que era tejedor, le preguntó si se animaba a imitar un pedazo como este paño. El *indio* pidió uno de los retazos cortados, desmenuzó con atención hilo por hilo el retazo; después que el *indio* había notado todo, pidió que se le proporcionara la seda y el necesario hilo de oro para ello, comenzó a trabajar y fabricó todo el pedazo en tamaño de una vara que fue completamente igual al otro. ¡Quién diría ahora que los *indios* no tienen buena inteligencia y razón! Los *indios peruanos* son también tan extraordinariamente inteligente y entendidos que ellos en pintar imágenes y *contrafaiten* [retratos] no ceden ante los mejores pintores en *Europa*. Tal vez algunos habrán visto las pinturas que los *misioneros* desde *Quito* del *Perú* han traído a *Europa* como de los pintores en *Cuzco* y habrán admirado suficientemente qué habilidad se encontraba en estos *indios*. En *Perú* hay instituidos también *Seminarios* en que los niños *indios* son educados, instruidos en la ciencia, enseñados en *teología*, *promovidos* a *doctores*, también llegan a ser sacerdotes y reciben *canonizados*. Por esto si los *indios* fueren criados en continua práctica y enseñanza, darían iguales testimonios de su inteligencia, entendimiento y habilidad como cualesquiera en *Europa*. Y si los *uropeos* hubieren sido criados sin doctrina ni enseñanza, sin ocasión de conocer algo, en bosques, entre gentes de igual ignorancia, *Europa* sería una *India* tal como *América*.

Se conceptúa a los campesinos como la gente más baja y simple pero, ¡cuántos cientos de entre ellos han atendido en cortes reales los cargos más altos con máxima prudencia y satisfacción! ¡Cuántos de ellos han llegado en el estado *militar* a posiciones

Aprendices huídos de España se estiman maestros en *Las Indias*

Admirable habilidad de los *indios* de las antiguas *misiones*

En el *Perú* son pintores excelentes

Estudian y llegan a *doctores*

Al principio fueron
tratados como
animales

comandantes! ¡Cuántos han brillado *in infula*²⁵⁴ y brillan aún! Para todos los cargos y estados, artes y ciencias se encuentran gentes aptas entre ellos si sólo hubieren tenido ocasión de la doctrina y de la enseñanza a exhibir su entendimiento y su inteligencia cohibida. Por ello no se puede deducir que los *indios* por ser *bárbaros* e incultos hombres salvajes tienen por ello menos entendimiento e inteligencia, lo mismo como si en ellos como en posmas informes no se podría imprimir nada de nuestra manera. ¡Que soló les llegue el escultor que es experto en su arte, entonces puede tallar de ellos también las imágenes y estatuas más artísticas!

Al principio en el descubrimiento y la conquista de estos países no fueron considerados gentes sino animales y así también se condujeron los españoles para con ellos pues los viajeros les echaron sobre los hombros la carga; ellos debieron hacer viajes de larga duración y el calor más grande; si algún *indio* quedaba padeciente de sed y la carga lo echaba al suelo, retiraban la carga de él, la echaban sobre algún otro y abandonaban en el campo al debilitado; se informaba también a España que estas gentes tenían en realidad la figura de gentes pero que no eran gentes y por ello [eran] inaptas para ser bautizados.

En realidad ningún *indio* salvaje sabe leer ni escribir, pero ellos demuestran la habilidad para ello, como yo he reconocido después, si sólo son enseñados en ello; de ahí resulta que como no tienen una historia escrita, cuentan tantas noticias falsas y erróneas de sus abuelos las que son completamente falsificadas porque estas noticias corren sólo de boca de uno al otro, aquí se agrega algo, allí algo se omite, al último toda la noticia y el conocimiento no semejan en nada a la primera. A mis escolares encontré tanto en la lengua de ellos como en la española y latina tan hábiles en leer y escribir como siempre un *uropeo*: ellos sabían escribir con la mayor similitud lo preescrito de cualquiera.

Entre los *guaraníes* que actualmente cuentan más de doscientos años desde la fundación de su *reducción*²⁵⁵, se halla algo especial en escribir y dibujar: ellos saben imitar tan exactamente con la pluma la impresión, todas las escrituras extranjeras, hasta las imágenes de la confesión augsburguense²⁵⁶ tanto en *miniatura* como en otras estampas que se podría distinguir la diferencia, no en el dibujo sino tal vez sólo en el color de la tinta. Con la mayor admiración he contemplado los antiguos *misales* para la misa y los *rituales*, he mirado las palabras coloridas en rojo y negro no preescritas sino preimpresas en ellas. Especialmente en el *Perú* hacen tan excelentes pinturas que nadie creería que una mano *india* hubiera manejado el pincel. Es cierto que en todas estas

254 / En dignidad.

255 / Ruiz de Montoya en su *Conquista espiritual en las provincias del Paraguay* escribe que en 1603 se fundó la primera misión en el *Paraguay* por tres padres españoles y tres italianos, si bien hubo una tentativa anterior desde el *Perú*.

256 / Siendo la Confesión Augsburguense una exposición doctrinaria protestante, es de suponer que Paucke contaría sólo con sus estampas sacadas de algún ejemplar ilustrado.

cosas les falta la ligereza que un *Europeo* tiene en tales ocupaciones pero con menor práctica el *indio* adquiere tanto en el arte de escribir como de pintar tanta elegancia que uno debe admirarse. Esta capacidad encontré en los *indios* en todo, tanto en la *música* como en otros trabajos manuales que también a mí me libraron de una gran fatiga.

De todo esto que yo he escrito hasta ahora sobre la capacidad de los *indios*, debe extrañar cada uno con qué conciencia los primeros españoles que se han esforzado en avasallar a la fuerza para ellos este país han podido comunicar en verdad a la Silla Romana que estos *indios* no eran gentes sino incapaces para el santo bautismo. Quien quisiere recoger noticia más exacta de esta inhumanidad de los primeros españoles puede servirse del historiador español *del Techo*²⁵⁷ y leerá noticias muy especiales del miserable estado de los *indios* de cómo han debido servir como acémilas a los viajeros españoles y los cansados han debido morir en los caminos como unos animales salvajes.

Desde el tiempo en que los *misioneros* han llegado a *América* y han comenzado a trabajar entre estos pueblos, los *indios* ya no más se consideraban animales salvajes sino gentes verdaderas; también han sido libertados de las violencias de los españoles y protegidos contra ellas lo que todo ha sido realizado por los reyes desde España a causa de noticias verídicas y sinceras de los *misioneros*. Los *indios* fueron aceptados y adoptados como niños de tutela y mediante muchas prescripciones reales, mandamientos y *decretos* fueron libertados de semejante esclavitud de modo que ellos quedaron dependientes sólo del rey y sus lugartenientes.

A los españoles les fue prohibida toda comunidad y comercio con los *indios* como también ordenado que cuando un español por su comercio al *Perú* tuviera necesidad de viajar por las *misiones* ya establecidas, no debería permanecer más de tres días en una *reducción* por cuyo motivo fue construida por cada *misionero* una vivienda especial fuera de la *reducción* que estaba destinada únicamente a *pasajeros* forasteros para reposar allí. Mientras el español permanecía en esta vivienda, tenía para su atención unos *indios* destinados por el *misionero* que le acarreaban gratuitamente por orden del *misionero* las cosas precisas para alimento. Cuando los tres días habían transcurrido y el español no hacía preparativos de partir se le recordaba el mandamiento real y él debía seguir marchando.

Los *indios* no debían acatar ningún otro mandamiento sino aquel que era expedido inmediatamente por el Rey o su *Gouverneur* en *Buenos Aires*. Las *misiones* recién constituidas fueron declaradas libres de todo tributo por veinte años por el Rey tras cuyos años transcurridos ellas recién venían a ser tributarias hasta que al fin esta orden (como yo sé recordar) alrededor del año 1760 en tiempo del gobierno y ahora de la más alta remembranza de *Fernando*, el tercero de tal nombre, dicha libertad tributaria fue

257 / Agradecemos aquí al doctor Buenaventura Caviglia, historiador uruguayo, haber-nos facilitado la versión inglesa: *The history of the Provinces of Paraguay, Tucumán, Río de la Plata, Paraná, Guaira and Urvaica and something of the Kingdom of Chili in South America*, Written in latin by F. Nicholas del Techo, priest of the Society of Jesus. Según su último capítulo, ha sido escrito después de 1645.

Noticias falsas por
españoles

Mandamiento
a los españoles

fijada sólo para diez años. Ellos obtuvieron del Rey poder establecer sus reducciones también en las regiones donde habían vivido como gentiles con la máxima promesa por el Rey de España de jamás desalojarlos de este terreno de modo que ellos permanecieran por eternidad *in pacifica possessione* y que el Rey los ampararía contra todos los asaltos adversos. Por esto para que no fueren intranquilizados por la vecindad de ciudades españolas fue ordenado que las reducciones *indias* se alejaran de los españoles y que se las dejara tranquilas. Pero en cuanto los *indios* aún habitantes en los bosques irrumpieren contra las ciudades españolas y en semejantes circunstancias algunos de entre ellos fueron capturados como prisioneros de guerra por los españoles deberían permanecer en la esclavitud no para siempre sino sólo por diez años, después de los cuales serían dejados en libertad y podrían ir para donde quisieren.

CAPÍTULO XVIII

Cargos de los españoles contra los *indios*

Tales y parecidas varias disposiciones otorgadas a favor de los *indios* por el Rey fueron tan insoportables a los españoles que ellos inventaron contra nosotros, los *missioneros*, las mayores falsedades para llevarnos al libro negro ante la Corte Real lo que sin embargo jamás han logrado hasta los actuales tiempos desgraciados. Se decía en la Corte que los *jesuitas* como hombres ávidos de bienes y oro pretendían *Paracuaria* como un reino propio. ¡Bien dicho! Donde en lugar de oro [hay] cueros de buey y las cosas se compran y se venden por trueque excepción hecha de la ciudad de *Buenos Aires* donde por ser el principal puerto marítimo en *Paracuaria*, no se vive sin dinero aunque se compren —excepción hecha del comercio— gallos y gallinas, huevos y los comestibles que fueren contra agujas, cuchillos, jabón y cosas semejantes. Mientras tanto para que se sepa cuánto oro y riquezas son de recoger en *Paracuaria*, recuérdese de aquel extranjero que yo he encontrado cerca de *Córdoba* en la estancia *Jesús María*. Éste recién llegado de España en esperanza del oro creyó que los caballos troteaban con herraduras de pura plata por las calles en el *Paraguay*; yo le di esta alegre noticia que allí los caballos no tenían herraduras y andaban por sus caminos sin ser herrados como él mismo conoció con tan gran alegría que por verse engañado lloró amargamente por haber abandonado su patria a causa de las herraduras de plata que él tendría que seguir buscando con *Platón* en la *concauidad* de la luna. Yo me remito a lo que yo en el transcurso de mi relato ya he referido acerca de este extranjero español y de la carencia del oro en *Paracuaria*. ¿Cómo podría ser de otro modo ya que ahí no se halla ningún establecimiento minero sino en las fronteras y sierras que separan *Paracuaria* de *Perú* y *Chile*?

También fue comunicado al Rey que los *jesuitas* habían establecido y situado tan prudentemente sus *misiones* para que las ciudades españolas fueran mantenidas rodeadas y como *bloqueadas* por reducciones *indias* con el peligro que esta barrera establecida alguna vez pudiera resultar inesperadamente en pérdida de todas las ciudades españolas y en completa independencia de los *indios* de la Corona española; a esto ellos sabían que los *indios* en sus treinta y tres reducciones de las cuales siete situadas a orillas del río *Uruguay*, las demás sobre el río *Paraná* habían establecido y bien arreglado diversos *magazines* [depósitos] y arsenales ¡más! que también fueren instruidos en armas y fusiles. A más que estas antiguas *misiones* ejercían constantemente sus comercios sobre el *Silberfluss* [Río de la Plata], *Uruguay* y *Paraná* para el mayor perjuicio del Rey y de los comerciantes habitantes en *Paracuaria*. ¿Quién no creería que todo esto en lo porvenir sería perjudicial al Rey y a todo el país? Pero el asunto tenía un aspecto muy diferente de como ha sido pintado.

En lo que se refiere a la situación de las reducciones, los *jesuitas* no tuvieron participación en ella sino que el mayor motivo estuvo en los mismos españoles que des-

Quejas por los
españoles contra los
jesuitas

Otras quejas

Refutación
de las quejas

de ya vivían en medio de los *indios* aún paganos antes de que fueran establecidas tantas reducciones y las ciudades fueron por ellos tan intranquilizadas que tuvieron que ceder, abandonar las ciudades y en otros parajes que distaban de las regiones desérticas debieron establecer nuevas colonias, al igual de la ciudad de *Santa Fe* que tuve que ceder por dieciocho leguas españolas ante los *indios* salvajes y sin embargo no tuvieron paz ninguna sino que por cuarenta años fueron combatidos por ellos de tal modo que frecuentemente estuvieron en peligro de ser asaltados por los salvajes y ser asesinados; hasta que ellos fueron al fin traídos al conocimiento de la verdadera Fe. Entonces hubo sólo el único pedir y solicitar: que los *misioneros* colocaran sus *misiones* nuevas tan cerca de la ciudad que pudieren para que les fueren útiles para amparo y valladar de sus ciudades contra otros asaltos salvajes por lo cual se conoce que estas reducciones han sido establecidas así no por astucia de los *jesuitas* sino por propia voluntad de los españoles.

El que sabe cómo se procede cuando se establece una nueva reducción *india*, puede reconocer aun mejor qué fundamento había tenido la sobredicha queja; cuán vanos habían sido el temor y el peligro y que parte habían tenido en ellos los *jesuitas*.

Informe sobre las
circunstancias
iniciales de una
nueva reducción
india

Cuando un *misionero* ha reunido *indios* salvajes a través de las regiones desérticas y quiere traerlos a una vida común y edificarles una aldea, se comunica esto en seguida al obispo y se consultan los *indios* cuales espirituales pastores de almas [y] de qué estado y orden piden, pero ellos continúan por lo común con su primer *misionero* que con increíble trabajo y peligro de vida los ha buscado. Después el obispo dirige una solicitud al *gouverneur* de la *Provincia* para que permita dejar edificar en un lugar cómodo una aldea, Por el *gouverneur* se comunica esto al *Virrey* a *Lima* en el *Perú*; el permiso viene desde allí. Tras esto va otra vez una solicitud por el *gouverneur* al obispo para elegir *misioneros* aptos; el obispo pide éstos al *Pater Provincial* quien al fin envía los *patres* pedidos o deja permanecer con los *indios* a aquél que los buscó. Tras esto se produce un escrito por el *misionero* al *gouverneur* con el pedido que se pueda elegir un sitio y terreno que fuere cómodo para el establecimiento de un pueblo. Si el permiso se ha dado, uno se pone en movimiento con los *indios* más principales y viaja frecuentes veces por dos, también tres meses hasta que se encuentra un lugar apto. Cuando el lugar ha sido fijado, el *teniente gobernador* (éste es el *teniente* de la ciudad) debe marchar entonces con soldados, inspeccionar el sitio y aprobarlo. Como yo quiero describir todo y dar a conocer con todas sus circunstancias ahí sobre la fundación de un pueblo que yo he establecido en 1763 por lo cual el lector verá que toda reducción es establecida en el paraje que primeramente fue inspeccionado por los españoles y aprobado por todas las superioridades. ¿Cómo han podido informar luego los españoles al Rey que los *misioneros* hubieren establecido sus *misiones* en semejantes parajes perjudiciales a los españoles? Recuérdese lo que yo he escrito cuando he relatado la fundación de la reducción de *S. Xavery* la cual dirigí como *misionero* instituido durante dieciocho años; de cómo en seguida después del establecimiento de esta reducción se produjo la deseada paz con los *indios*. Más adelante informaré también cómo se han

conducido los *indios* y cómo sus servicios han contribuido a la seguridad de la ciudad de *Santa Fe*.

Los *magacines* [depósitos] sobre los cuales los españoles informaron al Rey, no eran otra cosa que grandes casas erigidas donde cada *indio* ha depositado en diferentes bolsas sus propios productos agrícolas para el consumo, en parte fueron también conservados [en ellos] y repartidos poco a poco durante todo el año para alimentación precisa los frutos comunes para mantención de los enfermos, débiles e inútiles para el trabajo y semanalmente cada uno sacaba en presencia de su tutor tanto cuanto él necesitaba y esto [se hacía] a su vez porque los *indios* son tan voraces y no se preocupan por lo porvenir que devoran mientras tengan algo de alimento en sus manos. Ellos observan muy exacta pero irrazonablemente lo que dijo Cristo: —*nolite solliciti esse in crastinum* [no queráis ser solícitos para el mañana] porque ellos obran en contra del sentido en que Cristo lo ha dicho.

Aquí hay ocasión de que yo informe de la conducta que se usa en las *misiones* que fueron establecidas por *jesuitas* para que no falte el alimento. Por lo general está establecido que el *misionero jesuita* atienda a sus pueblos *misioneros* confiados a él, tanto en vestimenta, alimentación y en las necesidades parcialmente de las reducciones como en las propias a los *indios*, útiles de trabajo y cosas semejantes pues el pueblo necesita tener un repartidor a medida para su atención y alimentación permanente: de otro modo fiarse sólo a la moderación y economía [de ellos] sería lo mismo que llevar en las entrañas unas lombrices siempre royentes que en corto tiempo comen las entrañas. Debe de saberse que un *misionero* en *Paracuaria* debe hacerse cargo de por sí mismo de ser un padre alimentador, un espiritual pastor de almas y seglar médico personal. De todos los oficios manuales él debe saber por lo menos algo para instruir los *indios* pues cuando el *indio* sabe [hacer] algo, lo ha aprendido indefectiblemente de su pastor de almas o por otros hermanos *jesuitas* enviados a la *misión* por lo cual los *indios* en las antiguas *misiones* ya han progresado tanto que se encuentran gentes especiales y muy hábiles en la mayoría de los oficios. Por lo tanto el *misionero* debe ser [entendido en] todo que concierne tanto al bienestar espiritual como temporal, orden y conducta de los *indios*.

El motivo de cuidar y sostener los *indios* es para que por falta del alimento necesario no estén obligados a buscarlo como antes en los bosques porque anteriormente tenían que vivir sólo de la caza. En tal caso, ¿qué hubiera sido de la vida cristiana y de la enseñanza de la Fe? ¿A quiénes se hubiere hallado por días o a cuáles otros por muchos meses en la aldea y cómo habrían podido ser instruidos en la Fe? ¿Qué hubiere tenido el *misionero* para su vivienda, alimento y demás subsistencia para cuidado de los enfermos y débiles que de continuo debían permanecer en la aldea? ¿Cómo se hubieren educado sus niños que forzosamente habrían vagado con sus padres en las selvas? En esta manera el *misionero* hubiere sido sólo un alimentador de los selváticos y no de los cristianos convertidos a Dios. Puede imaginarse fácilmente lo que sucedería en otros países si el párroco debiera alimentar y vestir sus feligreses. Ahora para que

Refutación de la primera queja

Informe sobre la conducta en las reducciones en lo concerniente a alimentos

Por qué el misionero cuida sus *indios* en un todo

Lo que el Rey
aporta a la
fundación de una
reducción

los *indios reducidos* permanezcan en sus reducciones y no se extravíen por las selvas por falta de alimento, los *misioneros* se han hecho cargo de mantener los *indios* con alimentos y todo lo necesario a lo que el Rey de España jamás ha contribuido la menor cosa; sólo al principio de la fundación de un pueblo nuevo Él²⁵⁸ se ha comprometido a aportar quinientos pesos, éstos son en moneda nuestra mil Kr. que eran destinadas para adquisición del avío de iglesia y campanas aunque en otras fundaciones de tales reducciones no ha sido aportado nada por parte del Rey al igual como en mi *reducción* nueva que yo he comenzado en el año 1763 y he establecido con el mayor trabajo en el año 1766. ¡Oh lo que a mí ocurrió! Yo lo daré a conocer oportunamente en esta descripción.

258 / El pronombre *Er*, por hablar del Rey.

CAPÍTULO XIX

Del tributo de los *indios*

Además ha sido antes la costumbre que la reducción ha caído bajo el tributo del Rey transcurridos veinte años desde su fundación pero poco tiempo antes de cuando he partido de mi reducción, ya a los diez años. Ahora, ¿qué hacer con *indios* que aunque son incitados al trabajo e instalados en algo son sin embargo siempre espíritus débiles conforme a su naturaleza y jamás han acostumbrado ahorrar algo para lo porvenir ni han comprendido lo que significa dar tributo a su soberano? Así el *misionero* debe tratar de conseguir el dinero tributario en parte por cultivo del campo, cereales, algodón, cueros de ganado astudo, *cochinilla* y otras cosas pues los *indios* abrieron tamaños ojos cuando se solicitó de ellos un tributo que jamás en su vida habían acostumbrado dar ni habían oído de él. Por ello el *misionero* con buen modo debe inducir a los *indios* a que mediante su trabajo ayuden parcialmente para su sustento, parcialmente para el impuesto a ser pagado.

Se dice en Alemania que el Rey de España no tenía de las *misiones* otra utilidad sino que los *indios* fueren llevados por los *jesuitas* a una mansedumbre y que los negocios al *Perú* y otros países de allá no fueren obstaculizados por ellos. Ésta es una parte de sus designios pero no toda porque cada uno puede exigir de sus súbditos todo el provecho que pueda tener de ellos. Aunque ellos son gentes muy incapaces e indispuetas en provecho de otras, no se eximen tampoco del tributo general a su jefe supremo.

En el *Perú* donde los *indios* son ya más *civilizados* y desde antes habituados a obedecer a un superior ha sido ya establecido que cada uno pague anualmente al Rey de España siete *pesos* (en nuestra moneda 14 k.) de tributo que deben cobrar los superiores españoles y que se llaman *corregidores*. Pero es de compadecer cuán malamente se tratan por ellos los *indios*. Fuera de lo que cobran para el Rey estos *corregidores* oprimen por avaricia tan fuertemente a los *indios* que al pobre pueblo ocurre la mayor injusticia. Es ya costumbre que cuando el *indio* quiere comprar algo necesario para su alimento u otra cosa, no debe tomar ni comprar a ningún otro sino a su *corregidor* superior y eso en esta manera: si el *corregidor* compra algo al *indio*, debe contentarse entonces el *indio* con la mitad del pago; si el *indio* compra algo al *corregidor* como no debe comprar en ninguna otra parte debe pagar doblemente todo. Por esto ellos compran hasta muchas cosas y mercancías aún inútiles para los *indios* que ellos entregan por cajones insistentemente a los jefes *indios* para vender (como ser cajones llenos de naipes) aunque después se pudren y se pierden en las chozas entre ellos. Contra estos señores *corregidores* escribió tan enérgicamente el obispo *Montenegro* que cualquiera dudaría de poder salvar su alma en semejante cargo.

Quiero haber dicho esto sobre los *indios peruanos* que son ya mucho más *civilizados* y se han acostumbrado a ser súbditos [y que] aun en su gentilidad han sido gobernados bajo el rey *indio Inga* como los *mejicanos* por el rey *Moteczuma*. Pero mis

Qué tributos dan los *indios* al Rey

¿Quién debe juntar este tributo?

Tributo que los *indios peruanos* dan al Rey

Cómo proceden los *corregidores* con los *indios*

Los *indios paracuarios* no se dejan gobernar así

gentes selváticas entre las cuales he estado y he vivido dieciocho años con ellas, son quisquillosas sobremanera, toman pronto sus lanzas y macanas y se remedian pronto en la adversidad. Ya desde mucho tiempo los españoles de buen grado hubieren arreglado estos pueblos [reducciones] en la manera *peruana*; tal vez esto no ocurre ni en cien años, tal vez nunca. En lo que concierne al tributo en *Paracuaria*, las nuevas reducciones no pagan ninguno hasta que cuenten diez años desde su fundación de aquí en adelante, pero antes les habían sido destinados veinte años, pero los *lieutenant* [tenientes] de las ciudades son tan benévolos para con las nuevas reducciones que aunque hayan pasado los veinte años como ha ocurrido en la reducción mía ellos aún callan y ora ni recuerdan al *gubernium* de exigir el tributo, ora le expresan la pobreza del pueblo.

Tributo que las antiguas reducciones deben dar al Rey

Las antiguas *misiones paracuarias* de los *guaraníes*, *tapes* y *tobatines* (las cuales son treinta pero con reducciones recién establecidas treinta y tres) dan ya desde cien y más años al Rey en España el tributo que importa anualmente veinticinco mil *pesos*; para reunir éste los *misioneros* con ayuda de los *indios* deben coleccionar frutos del campo, cueros, algodón grana, *cochinilla* y remitirlo mediante grandes *barcos* a sus dos *procuradores* en *Santa Fe* y *Buenos Aires*. Los *procuradores* realizan todo esto en dinero con los españoles a quienes lo venden, reunir el tributo y pagarlo también anualmente en *Buenos Aires*. En pago de lo que los *misioneros* remiten en demasía de tales cosas por sus *barcos*, piden de su *procurador* todo lo que necesitan en vestimento, *instrumentos* de oficios manuales, cuchillos, azadas²⁵⁹ y semejantes cosas más. Nota bene: esto será el gran comercio que los *jesuitas* realizan en *Paracuaria*.

Tienen grandes herbales o arbustos de té

Aunque estas antiguas *misiones* poseen grandes herbales (éstos son bosques donde crece la *yerba* o *té paraguayo* y han sido plantados en su mayor parte por los *indios*) está prohibido sin embargo por mandamiento del Rey de España que los *misioneros* con sus *indios* remitan mayor cantidad de *té* de sus herbales que lo necesario anualmente para su uso y a más a vender cuatro mil *arobas* que importan un mil *Cent* nuestros pues una *arroba* contiene veinticinco libras. Y para que esto fuere observado estrictamente, había también una severa prohibición por el *P. General* en Roma que no se remitiera más que tal cantidad desde los *herbales*. Pero la causa de que no se exportara mayor cantidad de las *misiones* era que los españoles que a la vez tenían sus propios *herbales* pudieren mercar su *té*.

Infundada conversación de que en las misiones existen arsenales completos

Lo que concierne a los arsenales es muy infundado pues bien quisiera yo saber cuántas armas los españoles y *portugueses* (que hasta durante diez años han inspeccionado y revisado la *reducción* a orillas del río *Uruguay*) han quitado de tales arsenales a los *indios* pero jamás se ha oído algo de esto. Sin embargo en cada pueblo que han establecido cerca de las fronteras *portuguesas*, han guardado en una cámara algunas armas de fuego y esto tan luego por orden del Rey de España como también [era la orden] que se los capacitara de *tratar* [manejar] el arma de fuego para que

259 / *Hacke*, que en este caso debe significar más bien «hacha».

podrían defenderse en parte contra los *indios* salvajes, en parte contra los invasores *paulistas* o *mamelucos* y los *portugueses* invasores pues de estas dos razas han tenido poca tranquilidad desde el comienzo de su fundación hasta el día de hoy y muchas reducciones de los *indios* han sido destruidas por ellas.

Yo tenía en mi *misión* también una cámara donde yo guardaba cincuenta lanzas y arcos de flechas; el motivo fue porque mis *indios* acostumbraban vender sus lanzas a los soldados españoles y en su pago mercaban un caballo o vaca, también algunas ovejas. Ahora como yo vi que los más en mi reducción se desprendían de sus lanzas y cuando serían asaltados por *indios* salvajes y querían marchar contra ellos tenían pocas lanzas y sólo arcos y flechas, estimé ser necesario comprar otras lanzas tanto de mis *indios* como de otros, especialmente salvajes cuando visitaban a sus amigos en la reducción que yo marcaba con la marca de la reducción y guardaba en una cámara; luego en tiempo de una rebelión las he prestado a los *indios* que no tenían ninguna a devolvérmelas después de terminado el asunto. Y para que mis *indios* estuvieran provistos tanto mejor de armas suficientes para provecho de la ciudad de *Santa Fe* y también para su defensa, el *lieutenant* como *comandante* de la ciudad me envió al pueblo cincuenta puntas de acero para lanzas y doce sables de los cuales debían hacer uso mis *indios* tanto contra sus propios enemigos como también contra los de la ciudad.

Era también ésta la orden del rey de armar en lo posible a los *indios reducidos*, también proporcionarles armas de fuego para que ellos pudieran combatir contra sus enemigos y los de los españoles. También se enviaron a las reducciones antiguas unos sargentos principales que deberían enseñar a los *indios* de *tratar* [manejar] los fusiles; y esto se hizo por el mandamiento de varios reyes y antepasados del rey actualmente reinante. ¿Cómo han debido pues los *misioneros* edificar arsenales y enseñar a los *indios* en el arte bélico en la intención de derrotar con el tiempo a los españoles y dominarlos, cuando los españoles pusieron sus mayores esperanzas en los *indios* cristianos; quisieron tener establecidas no lejos de sus ciudades las nuevas reducciones para que en ellas tuvieran seguros parapetos y protección contra el asalto de *indios* hostiles?

No hubo otro propósito de calumniarnos en esta forma que alejar a nosotros, los *misioneros*, para que ellos pudieran proceder con los *indios* recién conversos en la misma forma como desde el comienzo de la conquista del país y servirse de ellos a su antojo para su servicio y sus trabajos.

Orden real de
ejercitar los *indios*

CAPÍTULO XX

Servicios de los *indios* en la guerra

Servicios de los *indios* de las misiones antiguas en la *Colonia*

Los servicios que los *guaraníes*, *tobas* y *tobatines*, todos ellos de las treinta reducciones, han prestado a favor de la Corona española son muchísimos y dignos de gran consideración porque ellos se han reunido a miles y han acudido en ayuda del español (cuando él sitiaba la *Colonia SS. Sacramenti* que los *portugueses* tenían ocupada). Y como los españoles nada pudieron con sus morteros de fuego contra la *Colonia*, estos *indios* han expuesto su vida, han osado hacer un fuerte asalto y quitado la ciudad a los *portugueses* en cuya conquista un *misionero*, nacido en Alemania que como capellán de campo estuvo presente, ha perdido su vida por una bala de artillería.

Esta ciudad de *Colonia* fue cedida de nuevo a los *portugueses* por condiciones de la paz y quedó bajo su administración hasta los tiempos en que yo ya me encontré en *Las Indias*: el año en que ocurrió esto ya se me ha olvidado: puedo recordar que debió haber ocurrido entre el quincuagésimo y sexagésimo año del *seculi* corriente, es decir en la guerra última que se hacían entre sí España y *Portugal*. Entonces de nuevo fueron sacados de las antiguas misiones más de cinco mil hombres *indios* para quitar por segunda vez la *Colonia* a los *portugueses*. El célebre estratega *don Pedro de Zeballos* como *gouverneur* efectivo de toda la *Provincia* de *Buenos Aires* comandaba tanto los *indios* como los españoles; los *indios* tenían otra vez a su lado un *misionero* y a saber un alemán, oriundo de Suabia, de nombre *Francisco Bauer*²⁶⁰, un buen amigo a mi bien conocido. *Don Pedro Zeballos* no pudo admirarse lo suficiente cuán intrépidos y valientes estos *indios* bajo el fuego de los cañones y las balas abrieron las *trincheras*. Este magnánimo *comandante don Pedro* permanecía por el mayor tiempo entre los *indios* en las *trincheras*, muchas veces para animarlos aún más él mismo tomaba la pala y el pico, trabajaba con ellos y venció con sus *indios* la fortaleza. Los españoles en su mayor parte eran vecinos de la ciudad de *Buenos Aires*, *Corrientes*, *Santa Fe* y otras ciudades del territorio de *Buenos Aires*. En cuanto a *regulares* había un regimiento de a pie y otro de a caballo.

Repetidos servicios contra los *portugueses*

Después que los *portugueses* fueron echados de la ciudad y los españoles junto con los *indios* la habían ocupado, vino después de algún tiempo una pequeña *escuadra* de un buque de guerra inglés y otros seis buques *portugueses* a velas desplegadas por el *Silberfluis* [Río de la Plata] correteaban a la vista de la fortaleza española de *Montevideo* sobre el río (que allí tiene hasta cuarenta leguas españolas de anchura) como si tuviesen la idea de atacar *Montevideo*. Apresuradamente llegó el informe desde allí a *don Pedro Zeballos* a la *Colonia* con el pedido: que enviara enseguida *cañoneros* [artilleros] a *Montevideo* porque de otro modo no serían capaces de defender esta fortaleza. (*Montevideo* dista alrededor de treinta leguas españolas de la *Colonia*.) ¿Qué podía

260 / También figura como Pauer.

hacer el *comandante Don Pedro*? Él se vio obligado a enviar apuradamente a caballo todos sus pocos *cañoneros* [artilleros] que él tenía en la *Colonia*. Cuando ya habían llegado los *cañoneros* [artilleros y] también estuvieron listos para esperar el ataque, la *escuadra* enemiga antes de hacerse día y sin notarlo los de *Montevideo* dobló por el río arriba y navegó a toda vela contra la *Colonia* y para no demorar el ataque el buque de guerra inglés entró en derechura al puerto marítimo²⁶¹. En esto el *capitán* del buque, un irlandés comenzó a proclamar a sus soldados y *tripulantes* (que todos eran una banda de voluntarios enganchados en Inglaterra) e incitarlos a la pelea en esa forma:—Ahora ha venido la ocasión ora de morir todos ora de vencer y llegar a ser dichosos mediante un rico botín. No nos alejemos de este lugar hasta que ganemos y penetremos victoriosos en este lugar.

Al mismo tiempo hizo varar el buque pues había mucha arena en la orilla contra la cual embicó por la fuerza de los vientos y al mismo tiempo fue hecho fuego con los *cañones* contra la ciudad y los fortines, siempre con diez *cañones* a la vez. *Don Pedro Zeballos* yacía enfermo en cama, se vistió en seguida cuando oyó el tronar de los *cañones*. Hasta entonces no se había hecho ningún disparo desde los fortines; los *cañoneros* españoles, fuera de unos muy pocos, estaban en *Montevideo* porque habían temido el ataque allí. *Don Pedro* corrió a los bastiones de la ciudad a los *cañones*, llevó consigo puros *indios*, les mostró cómo debían cargar los cañones, corrió desde uno al otro a dirigir los *cañones* y les *ordenó* dar fuego. Los *indios* se prestaron tan bien en esta artillería que atravesaron bonitamente con balas el buque inglés y a la vez voltearon a muchos ingleses en el buque. Yo cuento todo con las circunstancias como yo las he oído de un mozo inglés, de nombre *Eduardo Poule* que fue sirviente del *comandante* irlandés y después de su despedida de su prisión ha permanecido a mi lado en mi *reducción india* por un año entero y vino a ser católico²⁶². Él me contó de un muchacho (los cuales uno encuentra en los barcos que durante todo el día tienen colgados sobre sí las escobas de barrer para quitar en seguida la inmundicia que ellos encuentran en el buque y los que en lengua española se llaman *Paxes de escobas* en alemán *Kehrbesen Paaschen*) que cuando éste al lado de los *cañones* alcanzaba *cartuchos* y *granadas* (que tales gentes en estas circunstancias deben aportar siempre) fue partido a tiro por un *indio* por el medio en forma de que el cuerpo superior ha caído y los pies han quedado parados por sí solos por un rato.

Este disparar duró por algunas horas de ambos lados hasta que un *indio* acertó tan bien que él ha incendiado al buque con una bala ardiente. Ahí fue la perdición. El

*Don Pedro Zeballos
liberta la Colonia
mediante indios*

*Un buque enemigo
se puso en llamas*

261 / El P. Antonio Sepp, S.J. en su *Descripción de viaje a Paracuaria* describe en 1968 estos pajes como jovencitos de buenas familias, enviados para su reforma a bordo de los buques (traducción a terminarse por el presente traductor para el Museo etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras en Buenos Aires).

262 / Un Pedro Poule, inglés ex compañero de Paucke en la reducción, figura como su compañero a bordo del buque a su vuelta a Europa.

buque quedó en llamas, que la pez aumentaba cada vez más; comenzaron a arder los cabos y velas, el *comandante* echó la espada al fuego y luego él mismo se arrojó adentro donde quedó quemado. Cuantos pudieron, se tiraron al agua y entre ellos también el dicho *Eduardo* con ánimo de nadar a la orilla de la cual no estaban lejos. Cuando en la ciudad el *comandante don Pedro* vio esto, ordenó hacer zarpar desde la orilla todas las embarcaciones a navegar al encuentro de los nadadores y prestarles ayuda; algunos se han ahogado pero otros fueron traídos a la orilla. Había en este barco también seis judíos los que para salvarse del fuego se habían colgado del cabo del ancla afuera del buque pero [como] arriba habían ardido los cabos²⁶³ se han hundido todos al río y se han ahogado. Fue hacia el anochecer que el fuego alcanzó a la Santa *Bárbara* (así llaman al [depósito] de la pólvora en el buque) entonces se destrozó²⁶⁴ también el buque y voló con terrible crepitación al aire. Esto ocurrió el primero de *noviembre*. Yo no recuerdo del año como ya dije antes pero me parece que ocurrió en el año 1761. Los seis buques portugueses no esperaron el final de este fuego artificial sino que a tiempo se hicieron invisibles sobre el vasto río. En esta ocasión los *indios* habían realizado otra vez loablemente su cometido como el mismo *don Pedro* lo ha reconocido y ponderado. Después penetraron los españoles más adentro del dominio portugués y los portugueses fueron corridos por trescientas leguas de modo que el heroico *don Pedro Zeballos* conquistó el territorio incluido también hasta el *Río Grande*. ¡Oh cuán cariñosamente amaba este general sus pueblos auxiliares *indios*! Pero, ¿a qué sirvió ello? Se hizo la paz y la *Colonia* fue de nuevo entregada a los portugueses. Se hizo en la casa *borbónica* un llamado *pactum familiae*; *Don Pedro* fue llamado de nuevo a España y en su lugar [vino a ser] *Gouverneur de Buenos Aires don N. Bucarelli*: entonces comenzó con toda regla la persecución contra los *jesuitas*.

Don Pedro es llamado de vuelta a España

Don Pedro llegó a España y para que Él no compareciere en la Corte se envió a su encuentro un correo-mensajero con la orden de que Él se trasladara en seguida a *Navarra* para ser *gouverneur* allá. Pero Él no dejó se le impidiera el acceso a la Corte, corrió en seguida a *Madrid*. En el camino llegó otro correo-mensajero que de nuevo le ordenó tomar la ruta hacia *Navarra*. Pero fue en vano. Él no se desvió de la ruta a *Madrid*. Como sus buenos amigos vieron que era en vano retenerlo recurrieron a otros medios perjudiciales a *don Pedro* e hicieron tanto ante el Rey que él no tuvo *audiencia*. Todo esto fue en intención para que el Rey no supiera cuán leales habían sido al Rey los *jesuitas* con sus *indios* a ellos fiados y para que el inventado Rey en *Paracuaria Nicolás* no perdiera su fama en España.

Obtuvo audiencia mala en la Corte

Este excelente héroe guerrero *Don Pedro* obtuvo sólo una *audiencia* muy corta ante el Rey que no fue tan amable como él lo hubiera merecido. *Don Pedro* agradeció al Rey la merced de [ser] un *gouverneur* en *Navarra* y pidió ir a sus cortijos y vivir en sosiego lo que obtuvo también pronto. Él vivió por algunos años así escondido hasta que finalmente se le llamó de nuevo (esto fue ya después de expulsada la *sociedad* de

263 / Traduzco en esta forma, pero falta alguna palabra.

264 / *Ging zu Grunde* (se hundió) pero en realidad voló.

Portugal y de España) y él fue enviado como embajador a *Parma*. Después de transcurridos algunos pocos años, él fue de nuevo llamado a España. Y éste es aquél que como *Comandante* en realidad ha hecho velas con una *flota* considerable en el año 1777 hacia *Buenos Aires* contra los portugueses. En pocas palabras: este héroe guerrero mediante sus anteriores hechos en la conquista y subsiguiente defensa de la *Colonia* con ayuda de los *indios* de las *misiones paracuarias* como brevemente se mencionó antes, ha originado tan gran susto y temor que también las mujeres portuguesas para hacer callar sus hijos llorosos solían decirles que si no se estaban quietos ellas llamarían a *Don Pedro Zeballos*.

Para seguir quedando con nuestros *indios*, ¿qué han hecho ellos cuando recientemente los portugueses, antes de mi partida de *Paracuaria*, comenzaron a asaltar en las fronteras de las *misiones* para entrar en el *Potosí Peruano*? Había un *fuerte* español como precaución y en caso dado también para defenderlos contra el cual querían someter los portugueses pero los españoles se vieron demasiado débiles e incapaces; por esto pidieron ayuda a los *misioneros* que les enviaron hasta cien *indios* con *misioneros*, un español *Juan Sánchez* y un alemán de la *Provincia* bohema *Juan Unger*²⁶⁵. Apenas habían llegado fueron atacados de sorpresa en la noche por muchos cientos de *paulistas* portugueses (los que en la biografía del inventado Rey *Nicolás* son llamados *mamelucos*); muchos murieron tanto españoles como *indios*; otros fueron hechos prisioneros, otros se salvaron por la huida. En este combate nocturno *P. Unger* junto con *Sánchez* fueron hechos prisioneros [y] fueron llevados a la ciudad de *S. Pauli* y más tarde a la ciudad del Santo Espíritu a orillas del río *Jeneiro*. *P. Juan Sánchez* ha sido herido en el muslo derecho por una bala y ha muerto por ello; de lo que haya ocurrido con el *P. Unger* no sé otra cosa sino que él no ha vuelto todavía a nuestra *Europa*.

Ahora he escrito lo que han hecho de provechoso para los españoles los *indios* de las antiguas *misiones*; sin mencionar a otras cosas quiero informar también ahora lo que los neófitos, especialmente los de mi reducción, han realizado y contribuido para el bienestar, tranquilidad y seguridad de los españoles en la ciudad. Mientras yo fui su *misionero*, es decir durante diez y ocho años los *indios* más guerreros del pueblo han marchado en parte solos, en parte unidos con españoles por treinta y cinco veces y han perseguido los *indios* salvajes hasta a trescientas leguas. Yo mismo cuando tenía un segundo *misionero* para colaboración en la reducción he marchado con ellos por unas diez veces, siempre por cuenta de los *indios* y sobre caballos propios. Los españoles vieron de muy buen agrado que los *indios* al entrar al desierto contra los *indios* enemigos habían servido siempre como tropas auxiliares pero como yo vi que esto a los *indios* no les hacía bien alguno en sus [sentimientos]²⁶⁶ cristianos, los retuve en varias

Servicios de los
neófitos

265 / Suponemos tratarse de un P. Unger, S. J., cura de la *reducción S. Nicolás* en dominio portugués, que con P. Cardiel encabezó en 1756 la caravana guaranítica a través del río Uruguay a tierra argentina (véase: Falix F. Outes, *Diario del viaje, etc., de Cardiel, Buenos Aires*, 1930-33, pp. 53).

266 / Falta el sustantivo para el adjetivo «cristianos», que substituyo en esta forma.

ocasiones y yo podía hacerlo también porque ni el *lieutenant* [teniente] de *Santa Fe* ni otro alguno fuera del Rey de España o en su lugar el *gouverneur* de *Buenos Aires* tenía que mandar a mis *indios*. A esto advierto que cuantas veces los españoles han penetrado solos en la tierra silvestre no han visto ni un *indio* pero en cuanto ellos andaban en compañía con mis *mocovíes*, regresaban éstos con cabezas de hombres muertos. Los españoles no podían ponderar bastante mis *indios* por su valentía y rapidez en matar y cortar con un cuchillo la cabeza en un cerrar y abrir de ojo. Un *misionero* de una aldea a cuyo lado los *abipones* salvajes tuvieron un encuentro hostil con mis *mocovíes* me contó que un *abipón* salvaje bajado de su caballo por un lanzazo a quince o veinte pasos por un *mocoví*, ambos a caballo, había caído al suelo al cual en un cuarto de minuto apenas el *mocoví* descendido del caballo había cortado la cabeza y de nuevo saltado a caballo con ella en la mano se había alejado ligero. Él dijo haber visto esto con sus propios ojos.

En mi tiempo ocurrió que la ciudad de *Santa Fe* comenzó a recibir repetidos asaltos por *indios* infieles y eso por los *abipones*. Especialmente habían quitado a los españoles en reiteradas veces mucho ganado astudo y mayormente caballos lo que los españoles no habían sentido tan dolorosamente hasta que éstos atacaron y mataron las gentes en el campo. Ahí debieron prestar ayuda mis *mocovíes*; primero pidió el *lieutenant* [teniente] de *Santa Fe* que mensualmente se allegaran al *piquete* español, que se hallaba situado a diez leguas españolas de la ciudad en la frontera de la tierra silvestre, treinta *indios* para hacer la guardia allí contra los errantes *indios* infieles. Él prometió montañas de oro y no sólo un subsidio para el pueblo sino también de sufragar todos los costos. Esta propuesta no les agradó muy bien a los *indios*. Sin embargo, por consideración razonable, yo les convencí a que consintieran. Convinimos en reforzar mensualmente el *piquete* español con treinta *indios* relevables. Pero antes de dar el consentimiento mío o el de los *indios* quise hacer una *arma falsa* (como la llaman los españoles)²⁶⁷ o un ensayo bajo el falso pretexto de que el enemigo estaba en la cercanía. Sin embargo no era tan falso de que nosotros no hubiéramos oído un pequeño rumor que los gentiles marchaban contra la ciudad. Yo me puse en camino con cuarenta *indios* a reconocer la región donde ellos tenían su marcha secreta contra la ciudad. No hallamos nada hasta al segundo día; entonces vimos en un bosque ceniza reciente de fuego, algunos cueros de potrillos que ellos habían cazado y muerto entre los cimarrones en los bosques; además habían guardado acá y acullá en el bosque todos sus restantes avíos hasta su retorno de *Santa Fe*. En cuanto vi esto, no demoré en dar pronta noticia al *comandante* de que yo había encontrado rastro de *indios* paganos, que por lo tanto él tuviera buen cuidado de la ciudad y que hiciera marchar los españoles a su encuentro para que por acaso en las chozas dispersas de los establecimientos ganaderos no sucediera alguna desgracia. Entretanto yo con mis *indios* seguiría observando las andanzas de estos *indios*. La ciudad distaba de este lugar cuarenta leguas pero sin

267 / Error de copia por «alarma» falsa.

Treinta hombres de mis *indios* hacen guardia durante el año entero

Reconozco nuestra región y recorro el campo con cuarenta *mocovíes*

embargo mis *indios* fueron tan ligeros que con los caballos montados²⁶⁸ llegaron a la ciudad en diez y ocho horas. Yo envié otros dos *indios* al *piquete* español y otros dos a mi *reducción* para prevenirla, pero nosotros recorrimos los bosques si acaso pudiéramos encontrar sus caballos dejados pero no encontramos nada pues, como supimos, ellos los habían escondido en el bosque algunas leguas más atrás.

Si bien mi noticia había llegado suficientemente temprano a la ciudad, el *comandante* de *Santa Fe* no estuvo tan apurado en buscarlos y en evitar la desgracia que al otro día temprano sobrevino al establecimiento ganadero del *comandante*; porque los *indios* salvajes habían atropellado allí, habían muerto al cuidador junto con sus compañeros y quitado alrededor de trescientos caballos. Yo con mis *indios* quedé vigilante en derredor de la región de donde ellos infaliblemente buscarían en el retorno sus cosas que habían dejado en el bosque, pero fue inútil pues ellos regresaron por la otra banda del río llamado *Salado* donde ellos en el bosque justamente frente a nosotros como más tarde nosotros mismos supimos habían hecho descanso de mediodía. Nosotros también ya estábamos ocupados con nuestro descanso de mediodía cuando vimos remontarse sobre los árboles al otro lado del río un diminuto humo alegre. ¡Qué lástima no haber sucedido una hora antes! Tiramos a un lado nuestros asados medio listos, montamos todos a caballo y cruzamos el río pero demasiado tarde. En realidad encontramos sus fuegos ocupados también con asados, huevos de avestruz y otra caza, pero ya no *indio* alguno; todos ya habían huido con su robo, pues como posteriormente supimos, ellos habían visto mis *indios* desde el árbol más alto (en tal manera suelen *reconocer* el contorno) por lo cual habían abandonado su comida, se habían ausentado cabalgando y no habían tomado el camino derecho al *Norte* sino hacia el *Oeste*. Si bien los perseguimos por algunas leguas no pudimos alcanzarlos sin embargo; por lo tanto debimos regresar al lugar de donde habíamos partido cabalgando.

Los salvajes se nos escapan con el robo

Al siguiente día temprano llegaron los españoles; cuando nos vieron desde lejos, aceleraron su marcha contra nosotros creyendo que nosotros fuéramos tal vez los que ellos buscaban, pero cuando se acercaron más y nosotros marchábamos también contra ellos nos conocieron. Entonces supimos por ellos lo que había ocurrido al lado de la ciudad y cómo ellos habían dejado completamente sorprendido al *comandante* por este percance. Nosotros les informamos acerca de todo después de lo cual fue resuelto entre ellos *reconocer* la región por unos días si por acaso no hubieran de encontrarse otros en algún sitio que tal vez tuvieren ganas de visitar su ciudad. Ellos me pidieron también que yo dejara cabalgar junto con ellos algunos de mis *indios*. Yo di permiso a veinte hombres y con los restantes emprendí mi camino de regreso a la *reducción*. A los cuatro días llegaron de vuelta también los restantes veinte *indios* y trajeron la noticia que los españoles sin buscar nada habían regresado a *Santa Fe*. Así es: la *gravedad* española jamás alcanzará la velocidad del *indio* fugitivo.

Españoles marchan hacia nosotros

A causa de que los paganos osaran de nuevo intranquilizar el contorno de la ciudad de *Santa Fe* todos temieron y esperaron que otras acciones cometerían en lo futuro.

²⁶⁸ / *Unterlegte*, i. e. sin mudar caballos.

Los salvajes cometen otra vez un robo y asesinan en los caminos

Sobre todo los negociantes españoles no se atrevían a fiar sus mercaderías a la inseguridad de los caminos. Por esto resolvió que de ahí en adelante para el acompañamiento y seguridad de los viajeros se pagaran soldados españoles pero con ello no se remedió nada. Un rico negociante español, de nombre *Don José de Andino*, resolvió transportar por medio de carros de carga a la región *peruana* sus mercaderías. Él dio a cada carro de carga o *carreta* como era usual tres y medio tiros de bueyes, en número diez bueyes, tomó a sueldo catorce soldados para acompañar sus mercaderías por las regiones más peligrosas. Ellos no llegaron más lejos que a algunas cuarenta leguas de la ciudad, ahí fueron asaltados por una banda de *indios* salvajes, muchos de los españoles fueron asesinados, otros [fueron] hechos prisioneros. Se escapó un solo soldado que emprendió la huida a tiempo. Después del asesinato cometido los *indios* arrearon los bueyes y caballos, tomaron de las mercaderías lo que podían llevar consigo; al resto, *carretas* junto con las mercaderías, hicieron ceniza mediante el fuego.

Se solicitan mocovíes para acompañar una tropa

Cuando los españoles vieron que ni con sus soldados pudieron asustar a los *indios* salvajes, se les vino la idea de pedirme mis *indios* contra paga. Yo me negué por muchas circunstancias perjudiciales y consecuencias que podrían originarse de ellas pero como el *comandante* no cesaba en pedirme y solicitar mis *indios*, envié veinte *indios* a acompañar una *tropa* española. (Los españoles denominan *tropa* cuando muchas *carretas* se envían en conjunto lo mismo como en otros países se las llama *caravanas* a muchas marchando en conjunto). Justamente en el mismo lugar donde los anteriores habían sido desgraciados, comenzó de nuevo el baile. Mis *indios* demostraron allí una especial astucia; ellos cabalgaron todos al otro lado de las *carretas* en viaje para que si los *indios* acometieren desde el bosque, ellos no fueren vistos en seguida por esos. En cuanto los salvajes estuvieron en pleno acometer, marcharon apurados mis *indios* desde delante de las *carretas* y con la misma furia y velocidad contra los enemigos [y] en seguida bajaron [a lanza] de sus caballos a dos de ellos. Los restantes dieron las espaldas y corrieron para dentro del bosque. Pero mis *mocovíes* estuvieron tan airados que los persiguieron en el bosque y retornaron aún con tres cabezas enemigas cortadas; así fueron cinco los enemigos muertos cuyos cueros de cabeza desollados junto con los cabellos trajeron consigo a mi *reducción*. Alegría tras alegría hubo en la ciudad entera que mis *indios* habían dado tan buen acompañamiento a la tropa; cada uno de ellos recibió como paga siete *pesos*, esos son siete *Thaler* [pesos] duros y a la vez cuatro de ellos fueron obsequiados con nuevos sombreros, lienzos y franela teñida.

Mis *indios* matan cinco salvajes y salvan las *carretas*

Los salvajes quieren vengarse en mi *reducción*

Después de algunos meses cuando apenas uno hubiere supuesto que los *indios* salvajes se hubieren reunido a cientos a asaltar mi *reducción* a causa de los cinco matados, estábamos aún en buena tranquilidad. Un anochecer vinieron diversas noticias por los *indios* que desde el bosque trajeron su leña juntada a sus viviendas. Algunos dijeron que anochecer habían visto jinetes huidizos de pronto acá, de pronto acullá a orillas del bosque. Tras esta única noticia siguieron otras seis pero todas falsas como suele ocurrir aquí en nuestros países *uropeos* en una ciudad. Pero por precaución hice llamar ante mí los *caciques* del pueblo, consulté con ellos sobre lo que habría que hacer. Algunos lo tuvieron por vana charla, pero no obstante para hacer una precau-

ción cuarenta *indios* a caballo, veinte hacia el *Norte*, veinte hacia el Poniente, tuvieron enseguida que *reconocer* durante toda la noche. Los demás *indios* de los cuales quedaban aún más de doscientos en la *reducción*, arrearon todos sus caballos reunidos desde el campo a la aldea; cada uno agarró un buen caballo de silla y lo tenía atado al lado de su choza; a los demás los encerraban en sus corrales grandes. La noticia de los enemigos en marcha había llegado también a oídos de los cuidadores de ganado a cinco leguas de los cuales uno llegó al galope a la aldea en seguida y pidió ayudantes para recoger durante la noche el ganado del campo al que también di veinte *indios* en ayuda. Los demás se prepararon y se colocaron en orden delante del pueblo en el campo. Ya todos habían vestido sus *corazas* de cuero de buey y estaban [pintados] en la cara y por todo el cuerpo como vivos fantasmas diabólicos. Ahí yo hubiera deseado que mis señores compatriotas hubieran oído y visto este aparato, la ferocidad de los *indios* en armas, el sonido de las cornetas, trompas *indias* y de otros diversos pífanos, el griterío desaforado, pues me es imposible describirlo tan vivamente como lo fue. Así estuvieron por toda la noche hasta la mañana a las nueve. Al salir el sol vimos levantarse una grandísima polvareda por el lado donde a cinco leguas vivían los cuidadores de ganado que se levantaba cada vez más y más y ascendía más alta al cielo. Entonces creyeron mis *indios* que el baile ya había empezado entre los cuidadores de la partida *reconocedora* y los salvajes paganos. Alrededor de treinta hombres saltaron a caballo y corrieron hacia el lugar del combate, los restantes quedaron aún en protección de la *reducción*. Pero pronto supimos que ningún enemigo sino los cuidadores de ganado y los que del reconocimiento habían llegado con ganado habían causado tal polvareda después de lo cual mis *indios* se retiraron de nuevo a sus chozas.

Preparativos contra los salvajes

Durante esta revuelta no había nada más incómodo para mí que tener acampadas durante toda la noche las mujeres junto con sus hijos en todo el derredor de mi choza pues ya era su costumbre que ni bien corría una noticia aunque falsa, por el pueblo, tenía yo pronto en derredor de mi choza por toda la noche semejante asedio por mujeres y niños y debía escuchar la gritería infantil hasta la mañana temprano. Si acaso (como yo hacía a veces) yo me encaminaba a visitar los *indios alarmados* formados sobre el campo corría siempre detrás de mí todo una buena bandada de mujeres y niños como si ellas estuvieran ya seguras a mi lado.

Intranquilidad de las mujeres y niños

De nada tenía que reírme más que de las mujeres *indias* viejas de las que vi una gran bandada bailar y cantar detrás de los *indios* formados en orden [de combate]. El baile era tan abominable como el canto en el cual ellas habían arreglado el texto contra el enemigo. De pronto silbaban como las víboras; de pronto hacían movimientos supersticiosos con las manos contra el enemigo; de pronto alentaban sus hijos y sus nietos que se hallaban entre los armados. Delante de la línea cabalgaban en ida y vuelta los *caciques Cithaalin* y *Aletin*, animaban por una proclama el pueblo y les daban la *orden* de cómo debían manejarse en la pelea. *Domingo* mi *cacique* preferido no estaba presente pues él aleteaba durante toda la noche con su *Chor*²⁶⁹ [destacamento] volante por bosques y campos, regresó recién al día siguiente a mediodía en tiempo

²⁶⁹ / Error ortográfico por «corps» [cuerpo].

Mocovíes acuden
en ayuda de la
reducción S.
Hieronymi

en que todo en el pueblo estaba descansando y trajo la noticia que él había *reconocido* por un lado y otro [y] no había encontrado ni un rastro del enemigo. Después se oyeron diariamente nuevas noticias de enemigos pero mis *indios* les dieron poco crédito; no obstante yo dispuse veinte *indios* que por todos lados cabalgaban por una buena legua; aumenté también los cuidadores de ganado con varios *indios* que estaban bajo el mando de *Domingo*, en parte para que el ganado quedara protegido con mayor seguridad y también más tranquilas en el pueblo las mujeres y niños.

Ocho días después llegaron galopando seis *indios abipones* con caballos montados desde la *reducción Abipona* del Santo *Hieronymi* a nuestro pueblo con una carta del misionero de allí *P. José Nabalón*, un español y *José Lehmann* de la *Provincia Austríaca* con el informe: que los *abipones* salvajes que denominan *acaguitaggauehec* aliados con otros, en parte *tobas*, *mocovíes* salvajes y *occocolot* en alrededor de cuatrocientos hombres, se habían reunido al lado del pueblo *Hieronymi*²⁷⁰, habían recogido ya hasta cuatro mil cabezas de ganado astudo y todos los caballos tanto de la comuna del pueblo como los propios de los *indios* y estaban listos para partir; que yo permitiere pues que algunas tropas auxiliares de *mocovíes* de mi pueblo acudieran rápidamente en su socorro y quitaran de nuevo el ganado robado. Yo no tenía en casa a mi caro *Domingo* aunque esto no me era incómodo porque yo no quería de buen agrado exponer al peligro este honrado *indio* salvo en el mayor apuro; pero *Aletin* estuvo en seguida dispuesto a marchar con los suyos y algunos otros ayudantes. En cambio ¿qué movimiento hizo *Cithaalin* el viejo *tiembla barbas*? El estaba ya perezoso y haragán aunque en sus años de más joven había sido un diablo fogoso; se quedó en casa y dejó marchar solo al bien resuelto *Aletin*. La noticia llegó a las dos horas de la tarde; mis *indios* ya estuvieron listos para la marcha a las cuatro en número de cuarenta hombres, partieron con los *abipones* enviados e hicieron junto con la noche hasta las doce de mediodía del otro día las cuarenta leguas hasta el pueblo. *Aletin* encontró los habitantes del pueblo *S. Hieronymi* en plena alarma pero en la plaza de la aldea, y los *indios* salvajes estaban sentados muy tranquilos en el valle al lado de sus asados y del ganado robado. *Aletin* con sus compañeros estaban montados sobre caballos aún cansados; entonces él les reprochó su pusilanimidad que ellos llenos de sustos dejaban tiempo al enemigo de comer su almuerzo y finalmente arrear de ahí el robo. —¡Vamos! ¡Con toda fuerza y valentía contra el enemigo! ¡Aunque yo tengo parientes entre ellos, no debo perdonarles porque ellos nos persiguen tan injustamente! ¡Vosotros, *abipones*, montad vuestros caballos y corred junto con nosotros contra el enemigo!

Los *abipones* aconsejaron a *Aletin* que él con sus compañeros montaran también caballos frescos primero, luego osarían un valiente ataque. —No —dijo él— no hay que perder el menor tiempo. Ya veo que vosotros teméis porque tenéis muchos amigos entre los enemigos; yo también tengo pero ¡vamos! si no les dejamos tiempo que ellos

270 / Según el P. Dobrizhoffer en su tomo III, página 384, los *mocovíes*, *tobas* y *quairurus* sostuvieron siempre que San Jerónimo había sido edificado en tierra que jamás perteneció a los *abipones*.

lo sepan por algunos de sus amigos de vuestra aldea y nuestro viaje sería vano. Aun si nuestros caballos cayeran a tierra bajo nuestros traseros (*salvavenia*) debe hacerse esto en seguida. Por esto los *abipones* estimulados saltaron en seguida sobre sus caballos y con *Aletin* a la cabeza acometieron contra los enemigos pero *Aletin* con su gente casi hubiera llegado demasiado tarde pues los enemigos tenían ya noticia que *Aletin* con sus *mocovíes* marchaba contra ellos. En corto tiempo se terminó [la acción]. Los enemigos que ya habían experimentado y conocían muy bien la amabilidad *mocoví* abandonaron sus asados, el ganado robado y huyeron de ahí. En esta corrida quedaron muertos de cansancio cuatro caballos de mis *mocovíes* y durante el continuo perseguir unos mozos *mocovíes* *Clemente Enequeitin* y *Gerónimo Lazaquati* tuvieron la suerte de matar con sus lanzas dos enemigos cuyas cabezas trajeron también consigo a mi *reducción*. Al mismo siguiente día ya estuvieron de vuelta. El ganado que reconquistaron al enemigo fue alrededor de tres mil cabezas de ganado astudo y más de ochocientos caballos los que devolvieron todos al pueblo perjudicado.

Tras esto tuvimos tranquilidad en nuestra reducción por dos a tres años; ni de lejos se dejaba ver *indio* salvaje alguno; en el ínterin se rebeló un viejo *cacique abipón* a vengar, por donde siempre pudiere, la pérdida de su *nación* en años anteriores; avanzó su *nación* y otras iguales, con *familias* enteras hacia el poniente, a treinta leguas de *Santa Fe* y a diez leguas de mi reducción. Él acampaba en los bosques más espesos (los que sin embargo encerraban de vez en vez algunas abras, lagos y algún campo donde los salvajes suelen permanecer generalmente con sus *familias*, mientras encuentran algo a engullir) para hacer desde ahí sus salidas contra españoles y *mocovíes*. Nosotros tuvimos noticia en seguida desde la reducción del Santo *Hieronymus*, donde estaba domiciliado *José Benavides* con otro nombre *Ichoalai* o también *Oahari* el fundador de esta *reducción*, un célebre *cacique* y sobrino del *cacique Abipón* pagano. El *cacique* pagano se llamaba *Alainquin*, pero los españoles lo llamaban «*petizo*», porque él era un hombre pequeño y bajo pero un muy iracundo diablo fogoso.

Por esta noticia mis *mocovíes* estuvieron tan intranquilos que frecuente y violentamente me pidieron permitirles de hacerle una visita, pero fue inútil, pues yo pensé: —Tal vez no es así y el *indio* que ha llegado ahí con *familias* enteras buscaría sólo su alimento en los bosques —hasta que finalmente supimos que sus gentes cometían en la ciudad de *Santa Fe* horribles asesinatos y robos. Tras esto yo envié hasta cien hombres a echarlo pero demasiado tarde, porque él había abandonado ya su campamento y se había retirado muy adentro en la naturaleza silvestre. Al fin mis *indios* tuvieron noticia que él estaría no lejos de la reducción del Santo *Hieronymi* y vivía del común ganado del consumo de dicha reducción. Los *abipones* no se animaron a atacarlo; por eso fueron solicitados de nuevo mis *indios*, que acudieron en socorro para alejar de aquella región tales atrocidades. A la vez pidieron al *comandante* de la ciudad de *Santa Fe* que él les enviara también españoles en apoyo y refuerzo. El *comandante* se excusó por otras circunstancias y les respondió que incitaran los *mocovíes* contra el malhechor; éste pronto sucumbiría. Por cuyo motivo todo descansaba sobre mis *mocovíes*, los que también por una carta a mí fueron solicitados de nuevo.

Mocovíes marchan
de nuevo contra los
indios salvajes

Encontramos
abipones
cazadores de
avestruces

Mis *indios* aceptaron con placer la invitación, pero quisieron que yo acompañara esta campaña. Ellos tuvieron que pedir poco; yo marché con ellos en número de doscientos setenta hombres. Nosotros llegamos a un lugar de la naturaleza silvestre que distaba aún veinte leguas de S. *Hieronymo*. El lugar tenía el nombre: *nategonac ipague*, el nido de cigüeñas. Ahí vimos desde lejos a *indios* a caballo corriendo por un lado a otro. Mis *indios* estaban ansiosos como perros de caza a la salvajina [y] ya quisieron arrancar en contra²⁷¹; algunos se apresuraron por demás y cabalgaron en derechura contra ellos, pero encontraron que éstos cazaban avestruces y eran *indios* del pueblo del Santo *Fernando* (no mucho mejores que los salvajes que buscábamos) pero como ellos [vivían] bajo el amparo²⁷² (aunque eran pájaros muy picaros) les demostramos amistad. Ellos tenían su campamento nocturno más o menos a sesenta pasos del nuestro, cuando el sol ya declinaba al ocaso. Cuando todos habían vuelto de su caza y habían echado al suelo desde el recado la caza del monte, se sentaron todos de nuevo a caballo, tomaron sus lanzas y vinieron a visitarme. Por ello mis *indios* estuvieron tan disgustados que ya pensaron en matar en seguida a todos, pues hasta su mismo jefe [el de los cazadores] estaba ceñido con su coraza de cuero de toro. La causa de este enfado fue porque ellos me hacían la visita con lanzas, las que ellos como amigos debían haber dejado hincadas en su lugar, pues visitar con lanzas es entre ellos una seña de hostilidad. Pero yo no me preocupé por ello; los recibí amablemente y les regalé carne de vaca. Era la mitad de un vacuno, al cual por precaución había hecho arrear también junto con otras veinte cabezas y hecho carnear en este anochecer. Más sensible fue a la mañana cuando debimos marchar pasando delante de ellos: ahí todos ellos hasta doce hombres estuvieron parados a caballo en orden, todos armados como si iba a haber un ataque. Como ya la noche antes yo había notado en mis *indios* un resentimiento contra los *abipones*, les di una amonestación que en todas semejantes circunstancias se contuvieron y no pensaron en seguida en asesinato y matanza, sino lo harían injustamente alguna vez. Al fin llegamos a la reducción del Santo *Hieronymi* ¡y vean! ya había ahí los parientes del *indio* y *cacique Alainquin*, allí acampado al que en seguida a ese mediodía le dieron noticia que los *mocovies* habían llegado en su contra. *Alainquin* con su gente no demoró, abandonó el lugar y huyó por toda la noche más adentro a la naturaleza silvestre. Nosotros marchamos al otro día en unión de cincuenta *indios* de la reducción del Santo *Hieronymi*, pero nos vimos engañados, pues no encontramos otra cosa sino el sitio adonde habían acampado. Hicimos una fuerte marcha para alcanzar los salvajes, pero en vano, porque eran muy veloces. Después de algunos días encontramos pendiente de un árbol una coraza *india* de cuero de buey, por lo cual conocimos que el enemigo debía haber pasado por ahí. En los valles de la naturaleza silvestre encontramos cada vez más aguas y ríos que tuvimos que vadear; donde no había agua [el terreno] estaba sin embargo lleno de pantanos y barro; nuestros caballos llegaron a ser débiles y ya no quisieron comer; el ganado astudo, que

Llegamos a la
reducción de S.
Hieronymi

Marchamos más
adentro al Norte

271 / i. e. salirse de la cadena que los sujeta.

272 / i.e. de su misión.

en veinte cabezas habíamos arreado para alimento, estaba también ya sin fuerzas²⁷³. Como ya habíamos perseguido durante catorce días con el mayor empeño estos *indios* salvajes, llegamos a hora del anochecer a una agua tan honda que llegaba hasta las barrigas de los caballos; por lo tanto tuvimos que retroceder por distancia de una media hora para encontrar de vez en cuando un lugarcito donde podíamos estar echados en lo seco. No encontramos en el bosque dónde hubieren podido descansar alrededor de veinte hombres; todos nuestros caballos junto con el ganado tuvieron que estar parados en el agua en toda la noche y nosotros acampamos acá y acullá por el bosque y esperamos la mañana. Nosotros a la mañana nos asombramos y vimos recién adónde hubiéramos ido a parar si hubiéramos seguido marchando por una hora más. En todo el contorno todos los árboles estaban en el agua, que ya llegaba a nuestros recados. Nosotros sujetamos ahí en el agua y enviamos cuatro *indios* desnudos a caballo hacia delante para ver si ya pronto terminaría el agua y si ellos podrían encontrar un retazo de campo [seco]. Después de dos horas vinieron de vuelta y trajeron la noticia que todo estaba bajo agua, cuanto más lejos tanto más hondo y en frecuentes veces hasta de nadar; ellos habrían visto en realidad una abra en el bosque que era igual a un campo, pero pura agua como un lago. Los *caciques* consultaron entre sí y resolvieron emprender la marcha de retorno y recorrer otra vez las doscientas leguas que ya habíamos hecho.

En este regreso me pasó un cómico percance con mi barba, que ya tenía una edad de tres semanas y me mortificaba mucho en el cuello del traje. Cuando ya habíamos llegado a un suelo más duro y haríamos la hora del mediodía [siesta] se me ocurrió hacerme rapar por un *indio*. Yo no tenía navaja, ni jabón, ni vasijas; quise entonces proceder como algunos de mis *indios* que se arrancaban la barba. Yo comencé a tirar con ligereza del primer pelito, ¡oh, qué dolor se me ocasionó! Fácilmente hubiera costado un grito; con placer dejé estar el otro. Yo había visto también en algunos de mis *indios* que ellos ya no arrancaban la barba, sino que rasaban sus barbas con el cuchillo con que cortan todo. Ahora, ¿de dónde el jabón y de dónde la piedra para restregar y afilar el cuchillo? Yo llamé un *indio Miguel Dativio* (éste era ya maestro en la fabricación de carros) para que él me rapara la barba. Él estuvo listo pronto con su cuchillo; tomó una correa de cuero crudo de buey, colocó sobre ella un poco de tierra del suelo (porque por toda la naturaleza silvestre no se encontraba ni una piedrita) [y] comenzó a afilar su cuchillo sobre ella. Yo me senté sobre un tronco podrido. *Miguel Dativio* supo manejarse. A falta del jabón él puso la mano contra su boca y quiso jabonarme con su saliva. —Espera, espera —dije yo— tal jabón tengo yo también. Tomé mi saliva y me jaboné yo mismo. Al fin comenzó la rapada. ¡Oh qué verde y amarillo vi ante mis ojos de donde corrían las lágrimas! Yo no pude aguantar más [y] dije a mi barbero: —Tienes una mano muy pesada; creo que tú me quitas los pelos junto con la piel; deja que mi *Sebastián* haga lo demás; él tendrá una mano más liviana que tú.

Manera de rapar la barba a modo indio

Me rapan la barba con un cuchillo común en el bosque

273 / Arrear vacunos en la persecución del enemigo hace suponer que éste también llevara su ganado. De otro modo es incomprensible este movimiento poco bélico.

Por ocho días debo marchar con media barba

El *indio* insistió hablándome que yo no estuviere tan cobarde y no me dejara vencer por los dolores y que mostrara ser fuerte. Fue en vano. Tuvo que venir *Sebastián*. De nuevo remojé mi barba y a la primera pasada sentí unos dolores tan grandes que antes; sin embargo me hice fuerte y dejé desollarme durante un rato, hasta que la mejilla derecha quedó rapada hasta el mentón. *Sebastián* quiso comenzar luego a hacer su pasada también debajo de la nariz y como allí los pelos son siempre más duros, yo tuve que saltar del tronco por el dolor. Yo quise remediarme, pedí el cuchillo de *Sebastián* para probar si yo podría hacerlo mejor, en la creencia que no me dolería tanto, porque yo procedería más suavemente y podría cesar también en cuanto me dolía demasiado. Pero me vi engañado; si yo lo hacía demasiado suavemente, el cuchillo no agarraba pelos y pasaba llanamente por sobre la barba sin herir un pelo; si yo apretaba con más fuerza me sucedía lo de antes. Pero no quise pasar vergüenza ante los *indios* y proseguí hasta que en el interior ya me sentía muy mal y me fue imposible proseguir. El *indio Miguel Dativio* trajo un pedazo de costilla de buey y pidió afilar un poco el cuchillo. Ahora (pensé yo) éste estará mejor, pero cuando comencé de nuevo sentí la anterior incomodidad y tuve que desistir de raparme la barba. Por lo tanto quedé con media barba en pelos y rapado por el lado derecho más bien en el ánimo que en la barba, primero porque esta parte ardía horribilmente, estaba señalada acá y allá con sangre a causa de los pelos arrancados y finalmente porque yo con media barba tenía un aspecto muy ridículo. De ahí en adelante, por una semana entera, tuve que marchar con mi gente en esa manera hasta que de nuevo llegué a la reducción del Santo *Hieronymi*, donde los *PP. Misioneros* tenían un moro negro que era cocinero y a la vez un buen barbero. Cuando yo entré al patio por el corral o *palizada*, con la cual estaba rodeada la vivienda de los *misioneros*, vinieron a mi encuentro esos dos *Padres* y en lugar de saludarme comenzaron a reírse cordialmente por mi bella *figura*. Lo primero fue preguntar por el *negro* y hacerme quitar la barba. Al día siguiente marchamos hacia nuestro pueblo y después de un viaje de dos días en cuarenta leguas llegamos de nuevo a nuestra reducción, sin que hubiéramos conseguido otra cosa que un gran cansancio. Toda mi vida recordaré de esto.

Cabalgué con cinco *indios* a buscar sal

Tras muchos meses, como no habíamos notado *indios* hostiles algunos ni en *Santa Fe* ni en nuestra región, me empeñaba en saber dónde se podría encontrar sal para no comprar tanta sal, porque yo tenía que repartir a todos los *indios* e *indias* una cucharada llena de sal a cada uno tres veces por semana, como ser domingo, martes y jueves, no para cocinar o asar, sino para aliñar con ella el tabaco, que ellos, por su mal hábito, debían llevar mascado en la boca día y noche. En todo el año se gastaba mucho porque en cada vez apenas me alcanzaba un cuarto de *Metzen* [celemin]. Yo supe por unos *indios* que ésta se hallaba en un gran lago seco que está situado a unas veinticinco leguas al Oeste. Yo emprendí viaje con cuatro de los *indios* más nobles, a saber: *Domingo Nevedagnac*, *Baltasar Daavaguin*, *Gerónimo Gvetogyin*, *Tomás Copiacain* y un *indio* cautivo, *Francisco Cocimgaec*, para buscar sal. En el camino matamos muchos tigres y otra salvajina para nuestro alimento. *Copiacain* era sobre todo un fogoso cazador de

tigres. Llegamos a un río angosto y pando, el *Saladillo*; mis otros compañeros, como es generalmente usual entre ellos, estaban ocupados en cazar algo a lo lejos. Sólo *Capiacain* cabalgaba inmediato delante de mí para no dejarme solo. Cuando cabalgábamos cerca de la orilla de este río, vi en medio del río un animal que estaba parado para beber, pues el río era muy pando y en la orilla casi sin agua, a causa de la gran sequía. El sol lanzaba sus rayos justamente sobre aquel lugar donde bebía el animal, pero por eso yo no pude reconocerlo y mi jinete delantero no ponía atención a esta vista; proseguía siempre cabalgando hasta que yo, ya no cegado por los rayos del sol, reconocí algo más adelante que era un tigre. Yo grité lo más suavemente posible a *Capiacain* previniendo que había un tigre. Sin embargo el animal debe haberme oído: saltó desde el agua a la orilla para dentro de un matorral de juncos, pero no muy adentro. Ahí quedó parado, de modo que yo pude verlo todavía desde atrás hasta las costillas. Entre tanto acudieron los otros tres compañeros, cruzaron a lo lejos por el río, pues ellos notaron bien lo que sería, pues vieron en la orilla mi compañero apuntando con la lanza y a mí con el fusil hacia el otro lado. Yo descargué y el tigre saltó del matorral al campo libre hacia el bosque, donde ya los otros tres habían saltado de sus caballos y avanzaron con sus lanzas contra el animal. Él ya luchaba con la muerte, pero, no obstante, saltó contra las lanzas y fue muerto. Lo primero que buscaron los *indios* era la bala, la que hallaron también en el otro lado de las costillas, entre el cuero y la carne. Ahí hubieron un júbilo y alegría que yo había traído conmigo desde la casa el acertador. Y ahí fue que yo por primera vez tuve mesa franca²⁷⁴ con los *indios* y fui *tratado* [obsequiado] con tan feroz salvajina. Este viaje fue para mí el más penoso en cuanto concierne a la sed, pues llegamos al extremo de quedar totalmente privados de agua y obligados a tomar agua salada de los ríos. Casi dos días antes de llegar al apetecido lugar de la sal, habríamos podido perecer de calor y sed. Nuestros caballos al fin aún podían gustar y digerir el agua salada; mis *indios* tampoco se encontraron en tanta penuria como yo, pues aunque yo según su sabor hubiera podido tomarlo como un fuerte *cremor tartari*²⁷⁵, ella hacía en el estómago unos *efectos* tan perjudiciales que yo aún no podía digerirla como los *indios* y caballos sin un gran perjuicio para mi salud. Al fin llegamos al lugar y tuvimos ocasión de hacer una *visita* a tres tigres, la que fue de muy corta duración, pues ante nuestra vista huyeron al bosque. Ahí vimos un río —o para decirlo mejor— la sena de un río, porque él estaba completamente seco y blanco como si le hubieran cubierto con azúcar. Yo mismo junté un montón de esta blanca costra, probé y di a probar también a mis *indios*; les gustó y estuvieron conformes, pero yo encontré en ella más salitre que sal, pero como a mis compañeros de viaje ésta les convenía, resolví juntar más y en una próxima ocasión (antes de que bajo la lluvia se volviera otra vez en agua salada) traer conmigo varios *indios* y llevarla a casa sobre unas *carretas* bien cargadas.

Regresé después de algunas horas porque por carencia de agua dulce no pudimos

Mato un tigre

Padecemos mucha sed

Retornamos

274 / *Freie Tafel*, i. e. banquete pagado por otros.

275 / Oración obscura por faltar algunas palabras.

permanecer allí por un tiempo mayor. En el viaje de vuelta llegamos al mismo sitio donde en el viaje de ida no habíamos encontrado una gota de agua dulce. Pero mis *indios* eran tan atenciosos que aun en la noche oscura cabalgaron por entre la tierra selvática a buscar a lo menos para mí un dulce trago de agua. Uno encontró una laguna cerca de nuestro campamento nocturno, la que dio la mejor agua de beber. Ahí quedé remediado, aunque él la trajo en un cuerno de una cabeza de buey, fue sin embargo para mí una agradable refacción; si bien la noche [estuvo] calurosa [yo], sin embargo, no [estuve] sediento²⁷⁶, porque tenía el elemento contra la sed. Al otro día a la hora de mediodía tratamos de nuevo buscar agua dulce, desde cuyo lugar en adelante no nos faltó jamás agua dulce.

Quedé herido en la mano derecha por una flecha

Hicimos siesta en el bosque espeso; cuando mis *indios* se aproximaban con sus asados al fuego, sentimos por el bosque un gran ruido y trotar de caballos que de continuo se nos acercaba más y más hasta que vimos cerca de nosotros veinte *indios* salvajes, que en seguida nos saludaron con flechas. Yo estuve al lado de mi fusil y tuve la desgracia de quedar herido gravemente en la mano derecha por una flecha. A esto mis *indios* gritaron a los salvajes y agarraron sus lanzas. Cuando los salvajes oyeron la lengua *mocoví*, conocieron quiénes éramos; hicieron tregua con sus arcos de flechas y se colocaron en una fila no lejos de nosotros; por largo tiempo no dijeron palabra alguna y nos contemplaron. Todos mis compañeros, con sus lanzas en mano, comenzaron a reprenderlos espeluznantemente, pero ellos a caballo y cada uno con su lanza larga no contestaron ni una sola palabra hasta después de un rato largo; entonces dijeron a mis *indios* que ellos no nos habían reconocido al principio, que nos tranquilizáramos, que ellos cesaban de proceder hostilmente contra nosotros; que si queríamos, cabalgáramos con ellos hasta la otra abra del bosque donde acampaban sus *familias*; ellos nos darían a comer miel. Los míos me preguntaron si me gustaba si ellos cabalgaran con los salvajes. Yo les contesté que podían hacer lo que quisieran. Pero yo me quedé a causa de mi herida, de la cual corría abundante sangre y me dolía mucho para vendármela. Uno sólo quedó conmigo, los demás se alejaron cabalgando con los salvajes. Aún no había [pasado] una hora, vinieron ya de vuelta y trajeron en una pequeña piel de gama una buena *porción* de miel que los salvajes me enviaban, pero el *apetito* de comer era muy malo y la mano comenzó a hincharse mucho. La flecha por la cual fui herido era un huesito de la pata de un zorro cortado aguda y filosamente; éste estuvo sólo pegado a lo restante de la flecha; si ella hubiera volado así al vientre como [voló] a la mano, yo o ya habría estado muerto o habría tenido que morir poco después. Aun si se hubiera querido sacar la flecha de mi cuerpo, la punta de hueso de un dedo de largo hubiera quedado dentro del cuerpo y sin medio de lograrla para afuera. Nosotros cabalgamos pronto a casa y en el día siguiente llegamos al anochecer a nuestra aldea.

Mis *indios* quieren vengar en los salvajes mi herida

Después que el pueblo hubo sabido mi percance, todos los *indios* ya quisieron montar a buscar los *indios* y vengar en ellos el hecho pero yo no lo permití. Mientras tanto mi mano empeoró cada vez más, se puso dura como una piedra en rededor de la heri-

276 / Oración oscura por faltarle algunas palabras.

da y muy negro azul. Por el temor que acaso la gangrena se agregara a ello envié una pequeña *carreta* y cuatro caballos de silla, pedí al *P. Rector* enviarme prontamente a mi pueblo un hermano (que era un francés y cirujano) que viera si mi mano aún pudiera ser *curada*. Para hacer el asunto aún más rápidamente dos *indios* debieron adelantarse con la carta para remitir la noticia, para que todo estuviera ya listo cuando llegara la pequeña *carreta* de dos caballos. El hermano estuvo en seguida de viaje, llegó al tercer día al pueblo, trajo consigo dos grandes botellas *spiritus vini resacati*²⁷⁷ y comenzó a hacer su *cura* que duró quince días y la *cura* completa estuvo terminada en un mes.

Mis *indios* no pudieron digerir este golpe y pensaron aun siempre en vengarse. Era de temer que bajo el pretexto ora de correr caballos ora de cabalgar a cazar, un buen grupo se ausentara inesperadamente del pueblo y se empeñara en buscar los *indios* salvajes; lo hubieran hecho también si yo no hubiera sido tan vigilante. Yo consulté con mi *Domingo* y *Javier Aletin* si era factible que yo partiere con cinco carros de carga a buscar sal en el lugar anterior antes de que acaso sobreviniera un tiempo lluvioso. En seguida estuvo concertado el *consenso* y no faltó una cantidad de *indios* que quisieron acompañarme; entonces tuve que hacer para que no cabalgaran conmigo los más pero se arregló en cincuenta hombres y cinco *carretas* que yo cargué para el viaje con suficientes vasijas de agua. Habíamos viajado ya cinco leguas cuando me alcanzaron dos *indios* con una carta de mi *comisionero* en la cual él me comunicó haber llegado en todo apuro seis *abipones* de la reducción del Santo *Hieronymi* con la noticia que a los *indios* que me habían herido se habían agregado muchísimos más con todas sus *familias* y acampaban allí donde yo quería tomar la sal. Que yo volviere en seguida pues todo el pueblo de *S. Hieronymi* venía ya con sus *caciques* en marcha contra nuestra reducción a pedir a mis *indios* que todos partieren con ellos y marcharan contra los enemigos. ¿Qué hacer? *Domingo* y *Aletin* junto con todos los compañeros exigían el retorno a casa como también se hizo. Al día siguiente los *abipones* de *S. Hieronymi* ya estuvieron acampados sobre el campo al lado de mi aldea. Los *caciques* *José Benavides* o *Oahari* junto con los otros de nombres *Nereguini* o también *Aloatededanrain* me saludaron y me pidieron que permitiere a mis *indios* hacerles compañía contra los salvajes que se habrían reunido en gran cantidad hacia la entrada del sol y frente a mi reducción y que hacia el Norte se allegarían a ellos aún más de los que algún tiempo antes nosotros habíamos perseguido en la intención de exterminar todo lo que se les opusiere y finalmente atacar la ciudad de *Santa Fe*. Yo ya no encontré un medio de contenerlos [y] por lo tanto tuve que dejarlo suceder. También comuniqué en seguida a la ciudad de *Santa Fe* para que allá usaran de toda precaución y les previne del peligro en que se hallaban; también comuniqué que mis *mocovíes* reunidos con los *abipones* en cantidad de trescientos cincuenta hombres habían marchado contra los salvajes.

Al día siguiente de su partida ya estuvieron mis *indios* en el contorno pero antes querían asegurarse adónde estarían en realidad los salvajes, si el paraje servía para combatir y por dónde ellos podrían irrumpir en el mejor modo por el bosque. Esa no-

Padezco peligro de perder la mano o la vida

Quedo curado

Viajo con cinco carretas y cincuenta hombres a cargar sal

Se nos solicita como tropas auxiliares contra el enemigo

277 / Espíritu de vino concentrado.

Ataque al enemigo

Combate entre
indios salvajes y
los míos

che quedaron todos en un bosque a más o menos media legua, enviaron durante la noche por todos lados espías que los españoles llaman *bomberos* o *bombeadores*. Ellos habían realizado bien su asunto sin ser notados, habían encontrado los *indios* al lado de sus fuegos, habían observado la oportunidad de irrumpir, hasta habían contado los fuegos [fogones]. En virtud de esta noticia todos se prepararon a ponerse en marcha a la mañana antes de ser día y hacer el *ataque* al romper el día. Pero ocurrió que los salvajes tenían sus espías sobre los árboles el día antes de donde pudieron observar la región en derredor; si bien ellos no habían visto a ninguno de mi reducción, habían advertido sin embargo por el polvo ascendiendo sobre los bosques que ocurría una llegada de gente, por esto ya fueron encontrados vestidos con sus *corazas* que ellos llaman *latinal* y en orden de batalla. El *cacique Nereguini* junto con nuestro *Cithaalin* y *Domingo* con otros nueve *indios* estuvieron demasiado ardorosos, no esperaron a los siguientes, atacaron y fueron saludados por los salvajes con una cantidad de flechas por las cuales acertado *Nereguini* por una flecha en el ojo izquierdo cayó a tierra y quedó muerto en el acto, pues la flecha le había perforado tan poderosamente la cabeza que la punta se asomaba por la nuca. En seguida estuvo presente toda la gente [que seguía], se bajó de los caballos y acometió con sus lanzas contra ellos; entonces ya tuvo que cesar tirar de flechas y comenzó la pelea de lanzas; este combate duró por cerca de una hora y de los salvajes fueron muertos entre hombres y mujeres hasta setenta y dos; y fueron tomados prisioneros unos setenta y seis niños de ambos sexos. De los *abipones* murió sólo *Nereguini*, otros seis fueron heridos. De mis *mocovíes* *Cithaalin* recibió tres heridas en el brazo izquierdo, a saber dos flechazos en la mano y un lanzazo en el brazo. El otro de nombre *Canatnodin* de una flecha en el omóplato y el tercero fue rozado por una flecha en el vientre. Al tercer día volvieron mis *mocovíes* de la batalla con cuatro cabezas enemigas cortadas que eran las cabezas de los *caciques* salvajes más principales que se habían mostrado los más valientes en el combate; aún me vienen a la memoria los nombres de dos a los cuales ambos había traspasado mi *Domingo*: el uno con nombre *Lacalaguitchiga*, el otro *Vatala*, los mejores y más animosos jefes de los *indios* salvajes. Además ellos habían hecho para sus caballos collares de orejas y narices cortados a sus enemigos y se los habían colgado al pescuezo. Trajeron consigo también un gran botín de cueros de tigres, nutrias y puercos silvestres como también muchas lanzas y flechas que habían quitado al enemigo. *Domingo* me contó circunstanciadamente todo de cómo había sucedido. También trajeron consigo cuarenta y seis niños cautivos de ambos sexos. Los *abipones* que se habían dedicado más bien a saquear que a pelear porque tenían entre los salvajes, que también se llamaban *abipones*, muchos parientes consanguíneos, trajeron igualmente con ellos treinta niños cautivos. *Ichoalai* o *Oahari* vio entre los muertos un pariente sanguíneo cercano y también una hermana casada junto con su marido y dijo a los muertos: —Ha sido bien hecho a vosotros, ¿por qué no sois mejores? —*Domingo* me contó que ellos [los enemigos] tenían una doble coraza de pieles de bueyes y como ellos habían estado tan guardados en el vientre fue difícil de aplicarles un buen lanzazo por lo cual debieron

picarlos ora en la barriga delgada o en el cuello. Especialmente los dos susodichos *Lacalaguitchiga* y *Vatala* habían recibido ya varios lanzazos en el vientre de modo que la sangre manaba con fuerza de las heridas pero sin embargo no cesaron de pelear hasta que quedaron sin fuerzas; aun cuando ya no podían estar parados, sentáronse en el suelo y no dejaron caer sus lanzas hasta no quedar finalmente completamente atravesados.

En esta ocasión a un anciano, de nombre *Paulus Conoquin*, un generalmente muy devoto y buen cristiano (que era *manuductor* de los muchachos y diariamente estaba presente con ellos en la doctrina cristiana) le instigó el antiguo *apetito* de comer carne humana, buscó entre los muertos los más gordos, les cortó la piel de la frente junto con la carne la tiró sobre el fuego y la comió así asada.

Si antes de esto mis *mocovíes* eran temidos por los salvajes, el miedo después de este combate fue aun mucho mayor de modo que ninguno se atrevió de ahí en adelante a acercarse a mi *reducción* aun a muchas leguas. Tras esto quedamos tranquilos y no nos fue hurtado nada ni en ganado astudo ni en caballos. Ellos marcharon en realidad en frecuentes veces contra la *reducción* del Santo *Hieronymi* para causar allí daños a sus compatriotas pero jamás pudieron tentar mayor cosa porque en seguida se solicitaron mis *mocovíes* para el socorro y pronto estuvieron presentes; pues en cuanto los salvajes oían que los *mocovíes* se estaban acercando, quedaron pronto dispersos por el miedo y no esperaban la llegada de los *mocovíes*. Desde ahí en adelante pudimos viajar seguros por la naturaleza silvestre; cuando llegamos aunque a veces sólo seis u ocho *mocovíes* a la región donde ellos solían cazar, ya emprendían la huida. Una vez no los habíamos notado e hicimos el campamento no lejos de ellos; como en la noche vieron sólo nuestro fuego, ya huyeron, dejaron abandonados también muchos de sus caballos que en el apuro no habían podido encontrar pronto, de los cuales encontramos también en una mañana cuatro caballos maneados en las patas delanteras y se los quitamos. Esta derrota infligida a ellos la tuvieron que digerir sin ser vengados. Después de esto hubo entre los salvajes el rumor acerca de mí que los *mocovíes* tenían un *Pater* que enviaba sus *indios* a cortarles las cabezas.

Aunque ahora estábamos en buena tranquilidad y seguros contra asaltos enemigos, los salvajes sin embargo solían provocar a la ciudad de *Santa Fe*, si bien no con asesinatos sino con robos de su ganado astudo y de caballos lo que los españoles jamás sentían tanto como los asesinatos. Pero para que los paganos no creyeren que los españoles no lo notaban y para que a los *indios* les fuere impedido el robar, hicieron algunas entradas a la tierra silvestre pero donde jamás tuvieron la suerte de encontrarse con *indios*; por esta causa pedían *mocovíes* para auxiliares cuando querían hacer una entrada a la tierra silvestre. Donde ellos antes no habían podido encontrar ningún *indio* salvaje, pidieron para acompañamiento cincuenta hombres de mis *indios* pero voluntariamente marchaban más. Ellos encontraron entonces una reunión de treinta *familias* que no huyeron sino que se detuvieron para pelear en la otra banda de un río. El jefe de éstos fue un joven *Aliaquin* que quiso hacerse una fama entre los *indios*. Mis

Uno devora
carne humana

De ahí en adelante
quedamos libres
de enemigos

Santa Fe es asaltada
y los *mocovíes* se
llaman en su socorro

Prenden a cuatro salvajes

mocovíes estuvieron parados a escondidas tras el *frente* de los españoles; ellos en la otra banda, es decir los salvajes, formaron también su frente; lo bueno que el río estaba por medio pues los *indios* pensaron tener tiempo suficiente para huir antes de que los españoles se desvistieran y se prepararan a nadar. Y como sabían que en el nadar eran poco expertos, hicieron en la orilla del río tal alboroto como si quisieren devorar a todos los españoles. Ínterin mis *mocovíes* tras el frente estuvieron listos, saltaron con sus caballos por delante del *frente* y derechamente con sus lanzas al río para cruzar a nado. Ahí corrió la voz: —Hermano, corre al bosque, los *mocovíes* están aquí. —Mi *Sebastián* participó también en esta caza junto con otro mozo hábil de nombre *Comogon*, los cuales ambos me habían pedido fusiles. Mi *Sebastián* tuvo la suerte de enviar desde atrás la bala a un salvaje en uno de los dos *hemisferios* el cual imposibilitado de correr con los otros al bosque fue alcanzado por los *mocovíes* que habían cruzado nadando el río y fue muerto junto con otros tres que no pudieron alcanzar el bosque y también fueron muertos por mis *mocovíes*. *Sebastián* había hecho ahí su segunda obra de prueba: allá cuando bajó con una bala un águila desde la punta de uno de los árboles más altos y acá cuando con la bala hizo *brecha* a tiro en uno de los fortines posteriores del enemigo. Los salvajes se habían escondido en el bosque y ya no pudo ser encontrado ninguno más. Mis *mocovíes* regresaron con los españoles cruzando [éstos] por mi reducción; ahí hubo una gran ponderación que los españoles hicieron acerca de mis *indios*: los *mocovíes* han recibido la corona de honor y de la victoria.

Se refuta una falsa acusación

Yo no quiero detenerme más en un mayor relato de los servicios que los *indios* han prestado al Rey y su país, son suficientes estas pruebas para que se exterminen la conspiración que en la Corte se había producido contra las *misiones* y se reconozca claramente cuán vano ha sido el rumor que los *jesuitas* con sus *indios* trataban de cercar los españoles para destruirlos finalmente. Ningún español que ha estado en *Paracuaria* y que ha observado las *reducciones* de los *indios*, los incansables trabajos y peligros de los *misioneros*, podrá decir que él hubiera notado la menor señal por la cual él podría deducir que estas *misiones* fueren más para el provecho propio de los *jesuitas* y no para la utilidad de las almas y del Rey. Si ellas no eran de utilidad para el Rey, como se adujo, calcúlese a lo menos ahora desde que los *jesuitas* han sido expulsados del *Paraguay* y otros [países], la utilidad que la Corte española saca del *Paraguay*, entonces se reconocerá pronto si todo esto han sacado antes los *jesuitas* y lo han aprovechado para sí mismos.

¿Qué comercio han ejercido los jesuitas en Paracuaria?

El comercio que los *jesuitas* ejercieron en el *Paraguay* [Paracuaria], era en lo mínimo un comercio sino un trueque de sus frutos que ellos reunían mediante su labor constante y su diligencia para alimentar y vestir a ellos y a sus *indios* para lo cual no fue contribuido nada ni por el Rey ni por los españoles; lo restante lo enviaban mediante sus barcos a su *Procurator* en la ciudad de *Santa Fe* y en *Buenos Aires* que tenía que mercar esto entre los españoles y en parte lo hacía efectivo en dinero para pagar al Rey los veinticinco mil *pesos* de tributo; por el resto se compraba a los españoles lo que no se tenía en las *Misiones* como eran géneros para ropas, herramientas para trabajar y

otras mil cosas que se necesitan para sustento de la vida humana. Si los españoles no comprenden lo que en realidad significa el ejercer el comercio es preciso decirles: ejercer el comercio significa comprar para a su vez vender en la intención de una ganancia y tal comercio está prohibido a la persona eclesiástica en cosas eclesiásticas pero, ¿por qué no podrían vender los frutos que un párroco o un convento mediante su diligencia han reunido para su sustento y que les sobraran? ¿Entonces un párroco que en frecuentes ocasiones recibe un diezmo bendito dejaría comerlo por los ratones en los galpones y no vendería lo que le sobra de su alimento para no hacerse culpable de un comercio? Así era en las *Misiones*; ellas tenían sus *herbales* como yo ya he referido de donde podían sacar lo necesario para el propio disfrute y con licencia del Rey aún mil quintales más para pagar el tributo. Ellas plantaron tabaco, ocuparon campos enteros con plantas de algodón del cual hicieron en parte lienzo, en parte también lo enviaron labrado a su *Procurator*. Ellos plantaron cañas de azúcar de las cuales hervían azúcar, hacían miel y semejantes cosas más.

Se veían reducciones de las cuales una [sola] contenía cuatro mil *familias*, ¿Cuántos miles de almas había ahí que el *misionero* debía alimentar diariamente? La *familia* se calcula generalmente en cinco personas si bien el *indio* cuenta aun con más hijos. Un *misionero* me informó que en *Yapeyú*, su reducción, él debía carnear diariamente cien bueyes para alimento; pero yo debí carnear cuarenta y seis bueyes para mil novecientas personas. Esto ocurría semanalmente; y cuando yo tenía a su lado las nuevamente alistadas cuatrocientas personas debí hacer carnear semanalmente diez bueyes más; por lo tanto en total cincuenta y seis bueyes. Todo esto tenía que buscar y proporcionar el *misionero* con ayuda de sus *indios* y mantener muy míseramente. Ya se sabrá más de cuántas riquezas han hallado los españoles en mi reducción cuando yo debí salir de mi *misión*.

Veamos ahora si mis *indios* fueron también tan correctos en su fe cristiana aceptada al igual como en sus campañas.

HACIA ALLÁ Y PARA ACÁ

CUARTA PARTE

Del cristianismo de los *indios*

CAPÍTULO I

Su celo de devoción

No se puede negar que los *indios* eran más inclinados a pelear, robar y asesinar que a rezar y a concurrir a la iglesia de la cual en su vida habían visto ni oído nada. Sin embargo algunos eran más inclinados al servicio divino que otros, lo mismo como ocurre en nuestra Europa. Al principio, cuando llegué desde Córdoba a esta *reducción*, veía yo en días de semana fuera de niños pocos *indios* adultos en la iglesia; tampoco era de admirarse ya que la misma construcción no era de ninguna belleza ni atractivo. Yo supe que los *indios* en los pocos años en que se habían reunido en una *reducción*, ya habían edificado la cuarta iglesia.

¡Qué construcciones habrán sido éstas! Al edificar en tres, cuatro años cuatro iglesias y dejarlas derruirse, ¿éstas habrán tenido acaso aspecto de un tinglado en una casa de aldeano? Todavía [éste es] demasiado bonito. Esa cuarta iglesia que yo encontré, había tenido el mismo constructor y *materiales* que ha tenido mi primera choza cuando llegué al pueblo. La iglesia era un tinglado bajo, techado con paja: pero las paredes laterales eran unos palos largos que estaban en derredor a dos varas de distancia a los cuales se habían atado cueros de buey crudo y estirados mediante correas. El altar no tenía mayor adorno que una cruz entre dos astas de buey llenadas de arena en las cuales estaban metidas dos velas como ya antes en mi primera entrada a la *reducción* he dado noticia de este hermoso templo. Por lo cual se deduce fácilmente qué atractivo podía haber tenido esta iglesia hasta que al fin yo puse manos a la obra a hacer algo más vistoso a este altar como ya arriba he descrito. Pues yo extendí unos cueros vacunos frescos dentro de un marco grande y fuerte: cuando estuvieron secos, los raspé por ambos lados hasta que llegaron a ser bien blancos. Sobre ellos hice el esquiso de un altar con un nicho en el cual estaba la estatua de la Madre de Dios. Rompí el dibujo y según la especie de las flores puse también papel teñido tras ellas. Pincelé con cola las figuras superiores blancas y sobre ellas polvoreé *Katzenglas* [mica] quemada y molida a pequeños pedazos que los españoles llaman talco del cual se hallan rocas enteras en la región de Córdoba. Este reflejaba al altar tan bien como si fuere de plata batida; entonces ya tuve varios *indios* en la Santa Misa. Esta iglesia quedó así por dos años pero como tuvimos que ser alejados de este lugar por una inundación del Paraná que corría cerca, edificué otra iglesia y viviendas para dos *misioneros* sobre una colina distante unos quinientos pasos y levanté las paredes con tierra pisoneada hacia donde también se ha asentado el pueblo entero. En esta iglesia recibí de las *misiones guaraníes* un altar hecho enteramente en madera y en obra de escultor que los *indios* admiraron mucho y se alegraron por él. También aparecían en mayor número en la iglesia [y] de ellos he bautizado poco a poco cuarenta y aun más *indios* adultos de ambos sexos. Acreció aún más la presencia de los *indios* en el servicio divino cuando sus hijos comenzaron a cantar y a *tratar* [manejar] *instrumentos musicales* durante la

Su cuarta iglesia

Altar viejo

Hago un nuevo altar

Recibo otra vez un nuevo altar

Los *indios* son atraídos a la iglesia también por la *música*

misa. Todo esto atrajo a la casa de Dios también a los paganos. Por estos atractivos la iglesia les fue siempre más agradable y yo obtuve ocasión de predicarles tanto más frecuentemente el verbo de Dios. Esto llegó a tanto que la iglesia vino a ser demasiado chica en días de domingo y de fiesta por lo cual muchos *indios* debieron asistir al servicio divino y escuchar el sermón aun desde afuera de la iglesia. Me alegré especialmente que por lo general las mujeres con niños chicos quedaban fuera de la iglesia por propio impulso para no estorbar con gritería de niños el servicio divino, pero las puertas a ambos lados y la gran puerta de entrada quedaban abiertas.

Yo había levantado junto con el altar mayor también un altar lateral; sobre el mayor estaba la imagen de nuestro patrono, el Santo *Xaverij* en tamaño de hombre; cara y manos eran de cera que un *P. Procurator Romanus* [que cada cinco o seis años se enviaba por toda la Provincia], de nombre *Petrus Machoni*, un *sardeño* me había traído desde *Roma*: la demás vestidura era de *damasco*. A cada lado estaba parada la imagen de la Madre de Dios en una bella vestimenta que el *P. Provincial* me había enviado junto con una campana como una herencia de una *reducción* de los *indios pampas* la que contó ya veinte años desde su fundación y fue destruida por la conducta ruin de los soldados españoles que contra la voluntad de los *misioneros* llegaron allí bajo el pretexto de proteger los misioneros y todo el pueblo contra el asalto por los *indios*. Ellos eran únicamente diez. A mí me pareció una inútil engañifa. ¿Qué? ¿Diez soldados que no necesitaban más que [ver] dos *indios* pintados²⁷⁸ para estar ya ahuyentados? Estaba allí el *P. Manuel Rejón*, un hombre laborioso que había padecido muchísimo entre ellos. Ocurrió que un soldado español atentó contra una india y tan luego la mujer del cacique; la mujer se quejó ante su marido; el marido arremetió contra el soldado y trató de matarlo. *Buenos Aires* distaba más o menos unas cuarenta leguas de la *reducción*; para allá fue enseguida el informe que los *indios* eran rebeldes y querían copar la guardia. El *sucurso* [socorro] había llegado a los pocos días; se trató de castigar al *cacique*. Los *indios* estuvieron descontentos y quisieron tomar las armas, pero fueron contenidos por sus *misioneros*. Los españoles trataban únicamente de atrapar al *cacique* (pero el cual recientemente había recibido del *Gouverneur* una vara²⁷⁹ y el honor de jefe de la *misión*). Cuando ellos lo vieron andar solo por la aldea, saltaron con armas contra él. El *cacique*, solo contra muchos, no supo cómo salvarse, saltó para adentro de la iglesia, tras él los españoles y le asesinaron al lado del altar mayor. Cuando él había recibido las heridas y aún no había fallecido, tiró la vara a los soldados españoles a sus pies y dijo: —¿éstas son vuestras acciones cristianas? un día recibiréis el premio de ellas. Al corto tiempo falleció el *indio*.

Los soldados huyeron enseguida de la *reducción* hacia *Buenos Aires* antes de que los *indios* se reunieran contra ellos. Era lo suficiente que éstos no mataran al *misionero* en lugar de los soldados fugitivos pero todos se ausentaron enseguida y dejaron completamente sola la *reducción* y el *misionero*, el cual viajó también a *Buenos Aires* para infor-

278 / Para ir a la guerra.

279 / Como seña de mando a semejanza de los alcaldes españoles.

La *reducción*
Concepción de
María es destruida

mar al *Gouverneur* sobre todo este asunto. ¿Qué ocurrió? Los avíos eclesiásticos fueron enviados y repartidos a las *misiones* recientemente establecidas como también otros enseres como ser herramientas y semejantes, pero ¿quién tomó los caballos, bueyes, ovejas y otros importantes haberes de la *reducción*? El Rey de España no sabe nada de esto.

Ahora hemos hecho un desvío desde los mocovíes por algunas ciento cuarenta leguas; volvamos de nuevo y hablemos de la manera de vivir cristiana de los mocovíes.

Los *indios* salvajes que estuvieron en mi *reducción* como catacúmenos temieron entrar a la iglesia cuando vieron la *estatua* del Santo *Xaverij*, en tamaño de hombre. Su excusa era que ellos temían a ése que estaba parado sobre el altar mayor. Si ellos hubieran sido idólatras antes, no habrían temido esta *estatua* porque los idólatras representaban en sus templos también dragones y estatuas deformes. Pero poco a poco se animaron más porque vieron a los cristianos penetrar tan frecuentemente a la iglesia. Después de la doctrina cristiana a la tarde vi frecuentemente una *india* vieja más que centenaria de nombre *Andrea* hincarse completamente sola ante la imagen del Santo *Xaverij* y orar. Yo quise saber qué devoción ella hacía allí y la pregunté: —Abuelita, ¿qué hacéis aquí tan sola? —¡Oh mi nietito! Yo rezo que nuestro intercesor, este santo, pida a Dios que yo siempre tenga mi cabal alimento. —¿Pero qué alimento quieres tú? —seguí preguntando. —*Nazolac*— esto es trigo *indio* o *cucurus* y también *loguili* o *calabazas* dulces. Esta misma vieja venía generalmente a horas de la comida y comenzaba a cantar en *indio* sin tonada. Yo siempre le enviaba algo que comer afuera ante la puerta para que lo llevara consigo a su casa y lo comiere tranquilamente. ¡Pues! —dijo ella— yo no vengo aquí para comer sino porque tengo un placer en estar sentada en la puerta de mi nieto.

La más frecuente aparición en la iglesia para el santo sacramento de la penitencia y la santa comunión ya era usual en la población y [los indios] no tenían que ser incitados sino que venían voluntariamente. Había muchos que no dejaban pasar ningún día de fiesta de la Madre de Dios sin que hubieren confesado y *comunicado* [tomado la comunión] [y los] que también observaban a la víspera un exacto ayuno. Una casada, de nombre *Eulalia*, tenía la costumbre de ayunar todos los miércoles en todo el año por lo cual yo la llamaba en español *ayunadora*, eso es la *Fasterin*. Ella comparecía diariamente con los hijos en la doctrina cristiana, tanto a la mañana como a la tarde a las dos. Ella enviudó por la muerte de su marido *Joaquín Emacmequin*, un indio muy devoto y bien criado de algunos treinta años, uno de los *favoritos* de *Domingo*. Ella perseveró siempre en su buena manera de vida: se anunció también su última hora y ella murió en sus mejores años. Momentos antes de su muerte me pidió lo siguiente: —Mi *Pater*, toma a bien lo que yo te pido: yo te ruego que no sepultes mi cuerpo fuera de la iglesia en el cementerio común sino en la iglesia.

Yo le pregunté el porqué, si el cementerio no sería pues también un lugar bendecido y si no descansaban también otros en él.

Bien lo sé —contestó ella— pero mi único pedido va a que tú sepultes mi cuerpo en la iglesia por el motivo que yo he estado siempre con mucho agrado en la iglesia y he

Los *indios* salvajes temen la imagen del Santo *Xaverij*

Pedido de una *india* vieja

Eulalia una cristiana devota

Su pedido antes de morir

En la iglesia se sepultan sólo los virtuosos

asistido especialmente a la diaria doctrina cristiana; como yo después de mi muerte no puedo hacer esto cual una viva, te pido que siquiera mi cadáver (muerto) esté presente al tiempo de la doctrina cristiana.

Yo le he prometido y también realizado esto. Todos tenían deseos de ser sepultados después de su muerte en la iglesia como yo noté pero como les había dicho en frecuentes veces que yo no sepultaría a nadie en la iglesia salvo que hubiera dado en su manera de vivir unos testimonios especiales de ser un verdadero cristiano piadoso, esto obtuvo un efecto tan grande que he notado a ojos vistos que muchos *indios* de ambos sexos llevaban una vida más celosa. Otros que por su conducta (que era conocida públicamente) no pudieron exigirlo, creyeron obtenerlo si antes de su fallecimiento legaban algunas vacas, caballos u ovejas para el pueblo común, pero yo no aceptaba nada y procedía de acuerdo con su conducta como cristianos. Mediante esto obtuve que muchos comparecieran con más frecuencia en la iglesia y se empeñaran a llevar una vida devota. Ellos ya habían oído en la ciudad de Santa Fe que los españoles antes de morir, hacían un testamento y legaban algo de sus bienes a las iglesias pobres. Mis *indios* me preguntaron cómo se hacía esto. Después que les expliqué esto no moría ni *indio* ni muchacho que no legara a la iglesia algunos caballos.

Ofrenda de los niños a la Madre de Dios

Hasta los niños en la doctrina cristiana se mostraron en una ocasión tan dadivosos para con la Madre de Dios y el Santo *Xaverij* que me admiré. Esto ocurrió como sigue: en las vísperas de días de fiesta de la Madre de Dios yo acostumbraba vestir la *estatua* de esta más piadosa Virgen con mejores y diferentes ropas (de las cuales yo tenía cuatro).

Yo había hecho la corona con fajos de papel y en lo posible colgué en ella perlititas de vidrio y otras falsas. Mi *Sebastián* (que solía ayunar también en estas vísperas) había solicitado ornar él mismo la Madre de Dios conforme con mi *dirección*.

—Bien —dije en una ocasión— la vestimenta de nuestra amada Madre de Dios ya sería bella con tal de tener también una linda corona. *Sebastián* oyó esto y contestó a mis palabras: —*Pater*, esto se remediará en seguida. ¡Mira! las más de las niñas que llegan a la doctrina cristiana tienen colgantes en sus cuellos unas planchas de plata grandes y chicas que sus padres todavía en la naturaleza silvestre han quitado a los españoles; díles no más en alguna ocasión en la doctrina cristiana que a nuestra Madre Celestial sería mejor y más agradable si ella misma tuviera colgantes sobre ella las planchas de plata en vez que las niñas las llevaran en sus cuellos. Esta propuesta me agradó y obtuvo su real efecto. Los niños venían como de costumbre a la iglesia a escuchar la doctrina cristiana; después de impartida la doctrina, hice la propuesta que *Sebastián* me había insinuado. Ella bastó para que todas las niñitas se despojaron de sus collares aun en la iglesia, los quitaron de sus cuellos y me los trajeron; otras corrieron calladamente a sus casas y trajeron también los suyos. Especialmente una hija de un cacique de nombre *Juan Canatnodin* no tenía ningún adorno de cuello en el cual habría un pedazo de plata, pero recordó que una niñita de un *indio* aún pagano (que ya desde un tiempo estaba en mi *reducción*) tenía un collar semejante, corrió al lado de la niña aún pagana para

comprarle el collar pero ésta quiso saber primero el objeto y cuando oyó que era para adornar la Madre de Dios, se negó a vender el collar y dijo: —Pero yo también puedo hacer esto y yo misma puedo regalarlo.

—No —dijo la niña cristiana— ella no lo aceptará de ti porque tú aún no has sido bautizada. Ello no obstante, contestó la otra: —Aunque todavía no soy una cristiana, quiero serlo sin embargo y quiero regalárselo para que ella me deje llegar a ser pronto una cristiana. Lo que tuve que admirar más era que ellas estuvieron resueltas tan pronto y devolvieron para colgar en la Madre de Dios no sólo las planchas de plata sino también los corales fundidos y de vidrio, las medallas que ellas aprecian en máxima medida y las que yo mismo les había dado. Yo acepté únicamente la plata, lo demás les devolví. Para causarles un placer la colgué en la ropa de la Madre de Dios; al día siguiente vieron la Madre de Dios ya adornada con sus donaciones. Cada niña que había contribuido con algo, trataba de ver la suya y demostraba gran alegría en esto. Tras algunas semanas las avisé nuevamente que yo iba a fundir la plata y de ahí mandar hacer una corona y ellas estuvieron conformes. Había tanta plata que no sólo la Madre de Dios había recibido una corona *imperial* de ella sino que también el Santo *Xaverius* había recibido una gran aureola de plata.

Después que yo había notado además en mi pueblo que los cristianos ya se habían acostumbrado a una sincera devoción a Dios y su santísima Madre quise apoyar tal devoción, estimularla aún más y celebré con ellos un novenario a la Madre de Dios antes de la fiesta del nacimiento de *Mariae*. Yo orné el altar en lo más posible con objetos y suficientes velas de cera: después del toque de la oración se daba diariamente la señal para el sermón; después del sermón se rezaba el rosario y se exponía el Santísimo, después se cantaba *musicalmente* la *letanía lauretana*²⁸⁰; a ella siguieron las oraciones y la bendición. Durante la octava²⁸¹ los *indios* con su comandante espiritual hacían disciplina pública durante la cual yo les pronunciaba primero algunas oracioncitas jaculatorias²⁸² y *afectos* y los *indios* contestaban a ellos. Antes de la *disciplina* todas las mujeres eran despedidas para fuera de la iglesia y aunque ellas me pedían de permitirles de flagelarse en la plaza delante de la iglesia junto a la Cruz, no les di ningún permiso: supe sin embargo que muchas de entre ellas lo habrían hecho en secreto. Los *indios* se pegaban con toda fuerza y eso por tanto tiempo hasta que yo con la campanilla les daba la señal [de cesar]. Yo no me habría imaginado tal celo entre mis cristianos²⁸³. Después de la devoción los *caciques* venían en conjunto a mi cuarto y agradecían; pidieron a la vez también que yo les causara frecuentemente en el año tal alegría y placer. Pero (para que ellos no se habituaran y así no se originara entre ellos una menor estima de tales devociones si yo las hacía con anterioridad a todas las fiestas marianas) les prometí celebrar esta devoción todos los años antes del nacimiento

Conducta de una
niña aún pagana

Novenario a la
Madre de Dios

Oraciones
jaculatorias

280 / Relativa a la localidad santa de Loreto en Italia.

281 / Solemnidad durante ocho días.

282 / Schlussgebetlein invocaciones breves y fervientes.

283 / Se trata de *indios* convertidos.

de *María* con lo cual los contenté. Durante estos nueve días había que hacer bastante en el confesionario por nosotros, los dos *misioneros*, y no he notado que ni una sola persona adulta hubiere quedado sin la santa confesión y la *comuni3n*.

CAPÍTULO II

De su confesión

Pregunta: ¿los *indios* son fácilmente inducidos a la santa confesión?

Respuesta: no he encontrado en mis *indios* la menor dificultad de inducirlos a confesar; hasta eran tan sinceros que también fuera de la confesión hubieren contado todo el transcurso de su vida. Muchos que habían sido recién bautizados vinieron ante mí y querían hacer una confesión *general* de toda su vida salvaje para estar más seguros y puros en sus conciencias, pero desistían cuando yo les aseguraba que por el santo bautismo ya estaban purificados en el mejor modo de toda culpa y pena de pecados. Ellos me confesaron sinceramente que sentían un gran consuelo en sus corazones cuando habían confesado y que notaban que después de la confesión permanecían en el celo por una vida cristiana y no consentían tan fácilmente en un pecado y tenían también mayor placer en el servicio divino y en el trabajo en la aldea. Pero cuando ellos iban a cazar a los bosques y cabalgaban a pasear a la ciudad y en estos paseos se entretenían por unos catorce días más o menos, se volvían ya más débiles en su celo. Yo puedo asegurar también que en sus confesiones aun de dos meses no he hallado frecuentemente una sola materia para *absolver* [y] que también oía treinta y más *indios* en la confesión sin encontrarlos culpables de un pecado mortal. Y por esta sinceridad de ellos en la confesión pude conocer también que no temían descubrirme lo que ellos en ira se habían propuesto contra mí. Mis propios muchachos caseros me decían sinceramente lo que ellos me habían hurtado en golosinas; ellos hablaban sinceramente.

Tampoco puedo recordar que yo jamás hubiera oído en sus confesiones que ellos se acusaran haber callado voluntariamente en una confesión un pecado.

Pregunta: ¿de qué modo han declarado los *indios* el número de sus pecados, ya que ellos no podían contar más que hasta cuatro [y] cuando el número era mayor se ayudaban con los dedos en manos y pies? ¿Cómo podían demostrar esto en presencia de otros hijos de confesión?

Respuesta: las mujeres se ayudaban con hilos tejidos de lana y diversos colores; muchas *indias* tenían en las manos un hilo de un largo de dos o tres varas que era liado mediante pedacitos diversamente pintados. A una especie del pecado le daban un [pedacito] rojo; a la otra uno azul; a la tercera un amarillo y así en adelante. Para ejemplo; a la mentira dicha daban un pedacito rojo de hilo; si ellas acaso habían mentido tres veces hacían tres botoncitos en él y los mostraban al padre confesor. Tampoco podía ver esto nadie más porque las *indias* estaban cubiertas de su piel hasta por sobre la cabeza; y de este modo ellas enumeraban sus más pequeños pecados. Los hombres tenían un correón arrollado sobre el cual habían tarjado en pequeña medida cual sobre un marcador²⁸⁴ sus pecados; cuantos pecados de una especie había, tantas pequeñas tarjas hacían en la orilla de la correa; según la cantidad hacían una [tarja] a lo ancho de toda la correa que tenía un dedo de ancho para señal de que sólo había tantas de una especie. Seguían con hacer otras pequeñas tarjas en la orilla hasta que de nuevo la cantidad de otra especie de sus pecados estaba llena y de nuevo un corte

Los *indios* son inducidos fácilmente a la confesión

Modo de confesar de los *indios*

284 / Rabisch. Parece ser un término dialectal cuya verdadera acepción no nos es posible definir. En las antiguas marcaciones a rodeo, el traductor de la presente versión ha visto muchas veces a los capataces «tarjar» el número de animales sobre una correa haciendo una tarja más grande a cada quinta seña.

Marido y mujer descubren sus pecados que van a confesar

largo en la correa. Por un tiempo dejé pasar este modo de confesar, pero les enseñé lo que debían confesar, cómo y cuándo debían decir la cantidad y no admitía más que comparecieran con hilos de lana y correas en la confesión, sino que confesaran por buen examen de su conciencia sólo aquellos pecados que en ese tiempo recordaban.

Ellos tampoco recelan de confesar sus pecados en presencia de otros. Algunas veces venía también una que otra persona y comenzaba a decir en alta voz: —*Pater*, yo vengo a decirte que he hecho esto y aquello. Y si yo no se lo hubiera prohibido, habría dicho todo en presencia de veinte o treinta *indios*. Otros eran también tan ingenuos que la mujer o el marido antes de la confesión dijere de antemano a la mujer todo lo que él confesaría: —Mira, hoy confesaré esto al *Pater*. Cuando ella o él había olvidado algo y más tarde venía a su memoria, decía entonces él o ella: —Esto he olvidado hoy en mi confesión. Luego venía ya el marido, ya la mujer, ante mi puerta y me comunicaba que su marido había olvidado esos pecados en la confesión; por eso ella venía en su lugar a confesarlos. No se extrañe que semejante cosa ocurra entre ingenuos *indios*; parecida cosa me ha ocurrido varias veces en nuestros países entre gente campesina en que el marido de una campesina ha muerto bien provisto antes de su fallecimiento pero después de su muerte la mujer ha venido a la confesión y ha dicho: —Mi marido ha muerto en tal tiempo, pero yo sé que él ha cometido tal o tal pecado, pero no sé si él los ha confesado antes de su muerte; si acaso él no lo hubiera confesado, lo confieso ahora yo en su lugar para que él no deba padecer tanto en la otra vida. Tales ingenuidades las he conocido bastantes en nuestro territorio²⁸⁵.

Uso al llevar por primera vez los niños a la comunión

En el día en que los niños debían ir por primera vez a la santa *comunión*, venían antes del servicio divino los padres con su hijo a la iglesia donde yo les enseñaba de nuevo lo necesario para la santa *comunión*. Después se les pronunciaba primero la oración; ellos se hincaban de rodilla en orden delante del altar; sobre sus cabezas tenían coronitas de flores, en sus manos velas de cera ornadas con ramitos y recibían la santa *comunión* junto con sus padres. Después de ella se les pronunciaba primero de nuevo la oración y al final iban a mi patio; allí ya estaba preparado en una olla un almuerzo cocido que ellos comían e iban a sus casas.

Lo que ocurría en tiempo de cuaresma y confesión de Pascua

Yo había introducido ya en tiempo de cuaresma que nadie de la aldea saliere al campo a cazar o pasear para que todos ellos asistieren a los sermones de cuaresma allí como en nuestros países en miércoles y viernes y que atendieren a la enseñanza de la santa confesión. En cada semana todos los correspondientes al *cacique* estaban citados a comparecer durante todo el servicio en la iglesia: las mujeres temprano después de la santa misa, pero los hombres a la tarde en la quinta hora en la cual debían dejar a un lado todos los trabajos. A cada uno se le exponía durante una hora lo que era necesario para la santa *comunión*, además se les repetía la doctrina cristiana entera. El jueves temprano las mujeres eran examinadas acerca de todo, los hombres a la tarde y tanto los *caciques* como los demás contestaban de rodillas con las manos levantadas;

²⁸⁵ / i. e. en Alemania. Tales comparaciones, no siempre favorables a los Europeos, aparecen reiteradas veces en el relato de Paucke.

después los viernes y sábados iban a la santa confesión y el domingo temprano a la santa *comunión*. Así ocurría todas las semanas hasta que todos habían cumplido el mandamiento de la iglesia: después recibían permiso de atender el campo por ocho o si mucho por catorce días.

El viernes santo a la tarde se conducía por la aldea una *procesión* en la cual se veían bastantes arrastradores de cruces y *disciplinantes* que se azotaban fuertemente con sus cinco correones arrollados; durante la *procesión* se oraba el rosario y después de cada cántico se les pronunciaban algunos *afectos* al Salvador padeciente. Las *ceremonias* eclesiásticas se celebraban a *manera romana* y española y (así) también se erigía un sagrado sepulcro que se hacía sobre el altar mayor con muchas velas prendidas. Para tales cosas no era necesario instigar a los *indios*, ellos mismos venían de su voluntad y comparecían con devoción.

En domingos y días de fiesta ya estaba establecido por todo el año que era un consuelo de observar cómo los *indios* ya estaban listos en sus chozas y esperaban la señal por la campana. En un domingo estuvo presente en mi *reducción* un español y hombre temeroso de Dios que quería buscar entre el ganado de la aldea su ganado perdido. Antes de hacer dar la señal por la campana, lo llamé para que saliera conmigo al patio que yo quería mostrarle algo. Se dio la señal para la misa; ahí adquirió vida todo el pueblo y cual enjambres se arrastraron para afuera de sus chozas, se apresuraron rumbo a la iglesia tanto a pasos ligeros como corriendo; al español le corrieron las lágrimas sobre las mejillas y me dijo: —¡Oh Pater, qué veo aquí para vergüenza de nuestros viejos cristianos! Estas gentes hasta hace poco salvajes oyen apenas la señal de ir a la iglesia, arrástranse cual hormigas desde sus chozas y corren de una corrida a la iglesia. ¿Dónde se ve esto en nuestras ciudades cristianas?

Procesión en viernes santo

Celo de los indios de acudir a la casa de Dios

CAPÍTULO III

Extraña solemnidad en la fiesta de San *Javier*Procesión en el
día de S. Xaverij

Al uso de las ciudades españolas yo comencé a introducir en mi pueblo la costumbre de realizar anualmente una procesión a objeto y fin que los *indios* como *vasallos* españoles presentaran al Rey de España una especie de homenaje. Hay la costumbre en *Las Indias* y sus ciudades españolas que en el día del *patrono* de su ciudad (que en *Santa Fe* era el Santo *Hieronymus*) se realice una procesión por todos los habitantes y las personas del *Magistrado*²⁸⁶ que aparecen todas a caballo en *compañías* con sus *oficiales* nombrados entre los cuales ha sido elegido uno de los más nobles que representa la persona real y se denomina *Alférez Real* o *Königlicher Faehndrich* [y] que tiene también durante el año una diferencia y excepción entre los otros, más o menos como en nuestros países o ciudades el rey de los tiradores o aquel que en el campo de tiro ha acertado en forma mejor. En estas procesiones los caballos de los españoles participantes en ella se adornan en la manera más magnífica y cada [hombre] se empeña en estar sentado a caballo en las más ricas ropas. Lo mismo como yo me había empeñado en inspirar en las procesiones eclesiásticas a los indios una sumisión a Dios, Señor del Cielo, quise empeñarme en darles también una idea de qué modo debían mostrarse respetuosos ante un Jefe de la Tierra y rendirle homenaje. Igualmente realizaba tal procesión en mi reducción en el día de la fiesta del Santo *Xaverij* y eso en la siguiente manera: de entre los *caciques* se nombraba uno que debía representar al *Alférez Real* *Königlichen Faehndrich*, instituí de quince a dieciséis *compañías*, por cada *compañía* veinticinco hombres y un *oficial* que siempre cabalgaba sobre un caballo de diferente color que los demás; las *compañías* de los villanos tenían todos sus caballos de un mismo color; también tenían sobre sí *ponchos* o paños de un solo color con los cuales estaban vestidos. Tras el *oficial* cabalgaban dos *tambores* y dos *alféreces* con sus banderitas que a su vez se diferenciaban de las otras por su color; luego seguían los villanos y así también por todas las demás *compañías in completo*. Al último seguía una *compañía* sobre mulares y unas sobre burros; una *compañía* tenía sobre la cabeza sombreros con penachos teñidos; otra tenía únicamente turbantes de las mejores plumas de papagayos, otra gorros de campaña otra [casquetes] rojos y finalmente también *casquetes* azules a *manera* prusiana que yo había fabricado también en sus viseras con piel de buey perforada y vestida de mica quemada lo mismo como en el primer altar en mi iglesia. Mientras ahora estas *compañías* se trasladaban al campo extenso para hacer en orden la entrada, se hacía en la aldea todo el preparativo para recibir debidamente al *Alférez Real* junto con su séquito. Al lado de la iglesia estaban parados a ambos lados todos los niños de la aldea; de un lado los varones, del otro las niñas, pero las mujeres esperaban la entrada en el centro de la plaza, en parte con calabazas huecas en las cuales tenían granos de *cucurus* [maíz] y hacían un ruido;

286 / Término que en alemán indica la autoridad comunal.

en parte con las cabezas de enemigos muertos en la mano²⁸⁷ o sobre varas, bailaban en derredor entre la entrada y cantaban *victoria* en su lengua especialmente cuando llegaba el *Alférez Real* que vestido a la alemana con botas y espuelas cabalgaba entre dos acompañantes que sostenían a ambos lados las borlas de la bandera. La bandera era de *damasco* de un rojo *carmín* con *crespones* [cendales]²⁸⁸ mezclados de plata y seda. Delante del *Alférez* cabalgaban los dos *Alcaldes* o jueces de la reducción; cada uno llevaba en la mano una delgada vara negra que en España llevan todos los jueces de ciudad y aldea como un símbolo de la justicia. Después que todo el séquito había llegado a la iglesia, desmontaban todos de sus caballos y acompañaban al *Alférez* a la iglesia en la cual él entraba con sombrero puesto y con su *estandarte* llevado en la mano y se sentaba al lado del *evangelij* en un sillón en medio de dos hombres colaterales que sostenían las borlas del *estandarte*. En todo el tiempo él tenía el sombrero sobre la cabeza hasta la transubstanciación. Después de realizado el servicio divino era de nuevo acompañado para fuera de la iglesia, luego hacía con todo su séquito una procesión en derredor de toda la plaza de la aldea en cuyo centro había sido erigida una puerta triunfal, se había izado la bandera real y se guardaba por dos centinelas colocados al lado. Los demás galopaban todos a casa a atender a la comilona preparada.

Entrada y
recibimiento del
Alférez

Para ésta se carneaban cuatro vacunos, uno para cada *cacique principal* junto con el *cucurus* [maíz]. Pero antes del comienzo de su comida o almuerzo, los *indios* enviaban a la casa del *misionero* una mesita cubierta con un tapiz y ocupada por comida a la que él daba la bendición y enviaba de retorno; después de eso ellos comenzaban a comer. A la tarde a la segunda hora después que nosotros y los *indios* habíamos comido comenzaban ya a sonar los cuernos *indios*, pífanos y cornetas; todo el pueblo se *alarmaba*²⁸⁹ y se vestía del modo más feo como si debían ir a la guerra. Ínterin se colocaban al lado de la bandera una mesa y algunas sillas donde debían estar sentados los *misioneros*. El correr de los *indios* a caballo se cruzaba en la plaza; al fin fuimos invitados a ver un combate admirable entre dos partidos de *indios*, primero de a caballo, luego de a pie. Todo *potentado* del mundo hubiera visto con el mayor placer este juego.

Su banquete en este
día

Sobre el campo se reunían en gran cantidad dos partidas de *indios* que marchaban los unos contra los otros como hostiles a modo como generalmente solían atacar en toda verdad sus enemigos, entre gritería, sonido de flautas y cornetas, pintados y vestidos como diablos, hasta que chocaban en la plaza que era muy ancha; entonces comenzaba el tirar flechas, luego el combatir y correr de a caballo. En lugar de la punta

Combate de *indios*
de a caballo

287 / No debe extrañar la aparente indiferencia con que Paucke se refiere a estos trofeos macabros, pues los *jesuitas* eran muy cautelosos al quitar poco a poco los crueles hábitos a los salvajes.

288 / En el original aparece muy borrosa la palabra *crepineln* que suponemos tener relación con la voz francesa de *crêpe*, o sea de crespón, pero corresponde aquí más bien la castellana de cendal.

289 / Hispanismo, aquí no en sentido verdadero sino que se fingía alarmarse.

tenían en sus flechas botones forrados con algodón o lienzo y [llevaban] lanzas sin punta. Se originó tal entrevero que uno creía que ocurría de veras [y que] ninguno hubiera podido escapar con vida. Apenas puede imaginarse la agilidad que se veía en ellos. En un tal entrevero y choque de caballos uno veía saltar de sus caballos a algunos, pelearse de a pie y de improviso otra vez a caballo correr hacia dentro [del entrevero]. De pronto algunos corrían a los otros, se bajaban a tirones mutuamente de sus caballos [simulaban] como si se mataran de a pie los unos a los otros, saltaban de nuevo sobre los caballos que encontraban sin jinete porque a causa del entrevero no podían hallar siempre sus propios caballos. De pronto estaban entreverados, de pronto separados. A mí me parecía como si un *escuadrón* cruzaba a golpes a través del otro; apenas habían cruzado, se tornaban y venían ya a acometer por la espalda. Los ojos pudieren perderse en la contemplación del entrevero y de la agilidad de los *indios* en pelear de pronto de a caballo, de pronto de a pie y en un momento de nuevo a caballo; durante esta pelea había siempre bastante tumulto y gritería. Después que este simulacro de combate de a caballo había terminado, seguía el combate de a pie; en ambos era admirable cómo las viejas encanecidas *indias* saltaban de a pie entre caballos y pelea y animaban a los *indios* de cada lado; al mismo tiempo ayudaban a bajar a tirones los enemigos de los caballos sin miedo de ser pisoteadas por los caballos. De seguro que era muy horrible contemplarlo.

Combate de *indios*
de a pie

Cuando ellos comenzaban a pelear ahora de a pie, las mujeres viejas sostenían los caballos a un costado y de nuevo los *indios* se repartían a lo lejos por el campo; una parte hacia el *Sud*, la otra hacia el *Norte* y comenzaban a marchar los unos contra los otros. En el ínterin los muchachos *indios* corrían al lugar y recogían las flechas caídas en los tiros y las entregaban de nuevo a los *indios* acercantes. Era divertido ver las posiciones y saltos que hacían en la marcha de acercamiento; de pronto yacían por el suelo, de pronto saltaban de lado, de pronto en alto entre tocar [instrumentos de viento], silbar entre una gritería espantosa y tumultos, pintados en las caras y disfrazados que no se podía reconocer casi a ninguno. Algunos de ambas partes acometían entre sí y disparaban sus flechas por entre ellos durante el acometer, pero no con aquella fuerza como suelen hacer cuando pelean en realidad, y en toda rapidez ya estaban al lado de su partido. Al fin los aún sentados a caballo saltaban al suelo y se colocaban en orden junto con los demás. Ellos se acercaban entre sí ya hasta cien pasos. Entonces era admirable con qué rapidez por ambas partes los flechadores saltaban para afuera contra los enemigos, algunos corrían completamente agazapados contra ellos y durante la corrida cruzaban las flechas entre sí; ahí era el correr, de pronto para acá, de pronto para allá, de pronto yacían otra vez en el suelo, de pronto saltaban levantándose, en un continuo movimiento porque evitaban las flechas, pues lo podían hacer, mientras no estaban cerca uno de otro, en la *línea*; por eso podían notar también mejor las flechas que llegaban volando y que venían contra uno. Hay que notar que los *indios* al comenzar a combatir, están jamás parados estrecha y cercanamente entre sí como suele ocurrir en los soldados regulares, sino uno está separado del otro —aunque en

Cómo están en el
combate y
conservan el orden

la *línea*— lo menos unas dos varas. El motivo es para poder eludir con mayor facilidad las flechas y que ninguno impida al otro en manejar la lanza. Después que esta corrida unida y luego desunida había durado un buen rato, alguno simulaba como si hubiera quedado acertado por una flecha y caía al suelo; entonces otro saltaba con la lanza para fuera de la *línea* y simulaba que le daba una lanzada, pero esto era tan ligero, que yo no podía comprender ni ver qué habría ocurrido. Ínterin los dos partidos avanzaban cada vez más cerca el uno contra el otro hasta que las lanzas estaban punta contra punta; ahí yo quedé completamente confundido. ¿Quién puede describir suficientemente lo que ocurría ahí? Después que así habían combatido por un cuarto de hora, se separaban corriendo, se reunían en dos partidos y se sentaban en el suelo hasta que habían descansado; ínterin los muchachos juntaban las flechas tiradas y las llevaban a cada partido. Después que todos habían descansado comenzaban a sonar de nuevo las cornetas y pifanos, y de nuevo comenzaban a marchar los unos contra los otros hasta que yo les mandaba decir que cesaran ahora.

Cuando todo había terminado, venían todos los hombres y muchachos a mi lado derecho y se colocaban en orden. Yo estaba sentado a la mesa con mis otros compañeros y *misioneros*; llamaba primero los *caciques* y otros *indios* de buenos méritos y daba a cada uno algo según sus méritos y su conducta. Toda la mesa estaba cubierta por diversas cosas; sombreros, gorros, frenos para caballos, hachas, franelas, lienzos, con dieciocho a veinticuatro docenas de cuchillos, cinco o seis *paquetes* de agujas de coser, campanillas, tabaco, rosarios, un canasto lleno de corales de vidrios y semejantes cosas más; cada *indio* y aun los niños recibían algo de esto. Después de los hombres se acercaban las mujeres y también los niños que eran obsequiados con las cosas útiles para ellos.

Para los *indios* este día era el más alegre, el más deseado en todo el año, pero para mí el más pesado porque durante todo el año yo debía proveer y ahorrar para ese día; pero no me ocurrió ningún perjuicio por haber iniciado esta forma. Tal costumbre no la hubo aun en ninguna de las nuevas *reducciones* que fueron establecidas en este valle del *Chaco*. Así como yo he informado y en ese modo se hizo después todos los años. La fama de esta fiesta llegó a otras *reducciones*, a los españoles en *Santa Fe* y hasta a la región silvestre a los *paganos*. En el año siguiente tuve en este día ya muchos huéspedes de otras *reducciones*, también hasta *paganos* pero de la *nación mocoví* que habían venido desde trescientas leguas para asistir a esta fiesta y contemplar nuestra exhibición. No pudo ser de otro modo sino que este día también sedujo a muchos a trasladarse a mi *reducción* y aceptar con el tiempo el sagrado bautismo. Si bien yo tenía como habitantes a medias a muchos *paganos* en la *reducción*, había sin embargo algunos que estaban no del todo, los más en cambio completamente resueltos a permanecer.

Como los españoles en *Santa Fe* habían oído tanto de este día, cada uno estaba ansioso de contemplar de una vez este juego admirable. El mismo *comandante* me escribió junto con otros españoles distinguidos que él quería presenciar esto en el año venidero, como ocurrió en realidad. Al año siguiente, seis días antes de la fiesta del

Después del
combate son
obsequiados

El comandante de
Santa Fe aparece con
caballeros en esta
fiesta

Yo coloqué mis
indios en acecho
en ardid belicoso

Entrada del
comandante en la
reducción

Recibimiento por
el restante pueblo

Santo Xaverij envié dos *caciques* con 12 hombres a la ciudad de *Santa Fe* para invitar al *comandante* junto con todos los que él quisiera llevar consigo lo que le fue muy agradable. Fuera de él invité también a un muy buen amigo a presentarse también en ese día entre nosotros. Este era el hijo del difunto *comandante* de *Francisci Xavier, don Narciso de Echague*, un rico y excelente *caballero* que quería mucho a mis *mocovíes* a causa de la buena conducta de ellos y porque esta *reducción* se había establecido en tiempo del gobierno de su padre. Yo sabía bien que yo no tendría gastos en este convite de tales huéspedes y [que] más bien me traerían un suplemento para obsequiar los *indios*. Dos días antes de la fiesta tuve noticia de cuántos iban a visitarme y como yo sabía que el *comandante* iba a ir con una escolta *militar* porque él debía *pasar* en el camino por lugares peligrosos donde acaso podían acometer *indios* salvajes, envié a mitad de camino a su encuentro al *cacique Domingo* con veinticinco *indios* armados. Yo marché en esto a su encuentro con todos mis *indios*. A una legua de la *reducción* establecí en un bosque una *emboscada* o *Hinterhalt* de modo de que él no notara ningún *indio* antes de que con sus soldados estuvieran en medio de ellos y los hice esperar allí al *comandante* que se acercaba de marcha, pero yo con los otros *caciques* de mi *reducción* cabalgué a su encuentro. Él se acercaba en buen orden con sus soldados los que a mi aproximación tuvieron en alto todos sus fusiles y se repartieron en dos filas. Después del saludo habitual tuve que cabalgar al lado del *comandante*, tras nosotros mis *indios* y luego los españoles en dos hileras. Estuvimos muy absortos en nuestro *discurso*, cabalgamos por el bosque por el camino derecho, no se veía *indio* alguno; pero cuando me apercibí que a ambos lados ya estábamos bien rodeados y cercados por *indios*, comencé a toser lo que les había indicado para una seña. Entonces aparecieron visibles para el *comandante* hasta doscientos *mocovíes* en su medio los españoles y yo, los cuales todos inclinaban sus lanzas contra él hasta que él siguió marchando con sus soldados. Cuando el *comandante* vio tan de repente los *indios*, se asustó algo y dijo: —¿qué es esto? pero los reconoció presto. —Ay — dijo él— yo no me habría imaginado que los *mocovíes* fueren tan hábiles de hacerme un encierro sin haberlo yo notado primero. Seguramente Vuestra Reverencia habrá servido antes como *militar*.

—Aún lo soy —repuse— y eso en la *compañía* del cuerpo de *Jesús* bajo el capitán *Loyola*.

Por esto él demostró un gran placer. Nosotros seguimos marchando así tanto los españoles con sus fusiles levantados como mis *indios* a ambos lados con las lanzas levantadas como si nos habían cautivado a todos; los otros señores de *Santa Fe* seguían atrás en sus *carretas*.

Cuando entramos ahora así en la *reducción*, estaban los niños parados a ambos lados, luego el mujerío al lado de la iglesia hacia la cual el *comandante* cabalgó en derechura. Yo me había adelantado algo a caballo y lo recibí con el hisopo junto a la puerta de la iglesia. Después que había hecho su oración entramos ambos a mi cuarto y esperamos a los siguientes que seguían en tiempo de una media hora y dejaron paradas en el patio en su orden sus *carretas* y *carretones* en los cuales descansaban

también durante la noche porque todos tenían en ellos sus recostaderos. En seguida tras el saludo, el *comandante* comenzó a *protestar* que yo no anotara por cuenta del pueblo esta venida sino que ellos estarían contentos con que yo los convidara sólo con un pedazo de carne de vaca; que ellos traían consigo lo demás y lo necesario para la alimentación. Hubo así todo en abundancia por sus propios gastos tanto en lo concierne a la comida como también al buen vino español. Yo ordené carnear en seguida dos vacunos para los soldados españoles los que tras algunas semanas fueron abonados por 25 vacas; lo demás lo trajeron consigo y también abundantes regalos para los *indios* para ser distribuidos en los siguientes días los que a mi solicitud ellos repartían por sus propias manos. Ellos trajeron cajas y cajitas llenas de confites, muchos cestos de botellas de los mejores vinos españoles; ahí Dios había visitado muy bien a mi colega pues por algunos días tuvimos la oportunidad de volver a poner flexibles nuestros miembros entumecidos.

Conducta del
comandante en la
reducción

Trajeron con ellos
muchos regalos

Celebración de la
fiesta de San Javier

Para dar a los *indios* un buen ejemplo en el día de San *Xaverij* se encaminó el *comandante* con todos sus soldados (por ser día de aquel santo el elegido para su *patrono* por la *milicia* entera en *Las Indias*) y con los demás señores españoles a la santa confesión y con los *indios* también a la santa *comunión*. Cuando fue tiempo de conducir nuestra procesión, el *comandante* con todos sus soldados montó a caballo, cabalgaron a lo lejos con los *indios* por el campo donde se organizó el orden de entrada igual al del año anterior. El *comandante* hizo un gran honor a los *indios* por haber cabalgado él mismo delante del *indio* que representaba al *Alférez Real* y haber hecho rodearlo por ambos lados por sus soldados. Él tenía motivo porque este *Alférez* representaba al Rey de España en cuyo homenaje se hacía la procesión.

Cuando llegamos a la iglesia, iba el *comandante* delante del *Alférez* y tuvo su asiento al lado de la *epístola*, el *Alférez* al lado del *evangelio*, con cabeza cubierta pero el *comandante* sin cubrirse. Para la entrada al *evangelio* y todas las estaciones en las cuales en nuestras iglesias en *Europa* se hacen oír los timbales, los españoles hicieron una *salva* general con todos sus fusiles. Después de terminado el servicio divino, el *comandante* ya no marchó con los *indios* en derredor de la plaza sino sólo sus soldados y *oficiales*. Cuando el estandarte real se colocó debajo del arco de triunfo, los soldados dispararon de nuevo una triple *salva*, rompieron sus filas y se encaminaron a la comilona de los *indios* a la cual fueron también el *comandante* y los demás españoles para verla. Cada cual puede imaginarse con qué placer tanto los españoles como los *indios* la aceptaron; yo debo decir que los españoles y los *indios* se miraron entre sí con el mayor placer. Los *indios* nos dieron a todos el *apetito* para el almuerzo y nosotros también fuimos con el *comandante* a la mesa. Durante el tiempo de comer se hizo una *música* de mesa por mis *indios* virtuosos y también algunas danzas por muchachitos *indios* que yo había enseñado con una vestimenta de bailarines bien cómica. —Bien —dijo el *comandante*— yo desearía que nuestro clementísimo Rey tuviera hoy en su mesa un igual entretenimiento. Él olvidaría fácilmente sus preocupaciones por el imperio. Durante el baile los bailarines cantaron también en su propio idioma una canción

Todo estuvo alegre

Almuerzo en mi
vivienda

en honor del Rey y de su *comandante* que yo les había enseñado en forma rimada e interpreté al *comandante*. A los señores españoles les causó la mayor admiración la moderadísima conducta y amabilidad para con todos que ellos jamás habían sentido en los *indios*. ¡Ya lo creo! Si los españoles hubieran dado un trato más amable a los *indios*, habrían visto desde mucho tiempo que también gentes salvajes pueden ser transformadas en mansas y amables.

Los *caciques* reciben algunas botellas de vino

Pero yo lo agüé

Al fin vinieron también a la orden mía los *caciques* y saludaron al *comandante* tras cuyo asiento se colocaron y prestaron atención. Todo cuanto había en comida se les dio libremente; los bailarines y *músicos* fueron colmados de confites y azúcar. Sólo pedí en lengua española que no les dieran vino sino toda nuestra alegría obtendría una derrota. Sin embargo el *comandante* dijo: —sobre el comer corresponde el beber, hágaseles gustar también el vino español. Yo pensé: un vino español forma una *furia india*; por eso pedí que yo mismo pudiere repartirles el vino. Yo corrí con dos botellas a mi cancillería (ahí llámasela choza anexa) volqué ambas en un recipiente grande y sobre ellas tres partes de agua; a los *caciques* les di vasos, pero a los otros vasijas de cuernos de las cuales yo tenía varios. A los *caciques* los mandé volverse para mostrarse ante el *comandante* y los españoles y beber ahí en su presencia pues los *indios* no saben nada de beber a la salud [de alguno]. Cuando el *comandante* y los demás españoles vieron el vino español tan miserablemente aliñado por el agua, comenzaron a reírse entre sí, pero no dieron a entender nada a los *indios*; y cuando yo volví también, puse un gesto completamente inocente el que los movió a reírse aún más. Bien hijos míos —dije yo— ¿qué tal os sabe el vino español? (yo no debí reírme de ser más agua que vino). *Igameen madi loy* —dijeron ellos— cuán dulce es él. Ahí uno se habría caído del asiento por la risa. Todos mostraron tener el mayor placer por esta *comedia*, lo mismo que lo tenían mis *indios* por el vino español bien aguado.

Los *indios* hacen sus juegos en presencia del *comandante*

En el interin los *indios* ya estaban deseosos de hacer otra vez sus juegos de a caballo y de a pie; todos comparecieron en la plaza a caballo como diablos con sus *instrumentos* de viento que nosotros oímos muy bien en mi vivienda mientras comíamos.

—¿Qué novedad hay? —preguntó el *comandante*.

—No otra cosa —respondí— sino que los *indios* en plena *alarma*^{29º} ya esperan la presencia de Vuestra Merced y demás *caballeros*.

Él se levantó en seguida y se trasladó con todos a la plaza y a la mesa de la repartición del año anterior. Primero ocurrió el *Homagium* o la más respetuosa demostración de honor al *Alférez* en lugar del Rey y eso en siguiente forma: El *Alférez* estaba a caballo bajo el arco de triunfo; a su lado los sostenedores de las borlas del *estandarte* real; a la izquierda y a la derecha estaban las *compañías*, cada una con sus banderas y tambores y lanzas levantadas. Después desde ambos lados a la vez cabalgaban sendos por el medio de las dos *líneas* tan velozmente hacia el *Alférez Real* como si ellos quisieren pasar corriendo por sobre él pero cuando se le acercaron a seis pasos, sofrenaron tan ágil y fuertemente el caballo que éste se sentaba de anca; a la vez inclinaban las lanzas ante el

290 / Hispanismo, aquí no en sentido verdadero sino que se fingía alarmarse.

Alférez y cabalgaban de vuelta a su orden detrás de la *línea*. Después todos volvían a sus casas y se preparaban a pelear otra vez de a caballo y de a pie como había ocurrido en el año anterior. El *comandante* y todos los demás españoles se admiraron tanto ante este combate que uno de ellos dijo: ¡que el diablo lidie con ellos! Si esto se hace en broma ¿qué no harían ellos si fuera realidad? Al último se hacía de nuevo la repartición de los regalos. El *comandante* y los españoles habían traído consigo la mayor parte y ellos no me costaron mucho; todo fue repartido por manos de ellos. Como el *comandante* estuvo tan alegre, permaneció aun el otro día. Yo había enseñado ya de antemano a mis *indios* de qué modo en *Europa* se corre a caballo y con la lanza se levantan cabezas desde el suelo y se quitan desde lo alto y también cómo en una *carrera* se voltean con dardos arrojados las cabezas desde unas columnas. Por lo común esto se denomina *carroussel*. Yo hice colocar por el centro de la plaza seis columnas sobre las cuales en vez de cabezas estaban colocados unos zapallos redondos. Los *indios* acertaban todo con habilidad y con rapidez, recibieron también sus regalos. Luego comenzó la carrera por apuesta, la que los españoles llaman *correr parejas*, siempre dos y dos. Seis a siete parejas salieron cabalgando por una media legua para afuera al campo desde allí vinieron sobre sus caballos a la aldea a la meta fijada; esto ocurría con tanta rapidez que uno creía que los caballos reventarían. Los soldados españoles tuvieron ganas también y quisieron probar sus caballos; convinieron con los *indios* y perdieron en el juego más de un buen caballo, pues allí es la costumbre que un caballo gana el otro que ha sido sobrepasado al correr. Este juego duró hasta el anochecer y fue el final de nuestro día de fiesta hasta el año siguiente.

Los *indios* realizan diversas pruebas de su habilidad

Carrera por apuesta por los *indios*

Al día siguiente temprano después de la santa misa el *comandante* marchó con sus soldados llenos de placer hacia la ciudad; los demás *caballeros* le siguieron. Todo el pueblo montó a caballo y los acompañó en buen orden por cinco leguas españolas, pero otros veinticinco hombres [los acompañaron] hasta la ciudad de *Santa Fe* los que de nuevo fueron obsequiados allí por los españoles con vacas y ovejas que trajeron consigo a la aldea. Mi *Domingo* recibió del *comandante* seis vacas y veinte ovejas. Lo que sobró a los españoles en vino y pastelería, lo dejaron a los *misioneros* para ulterior disfrute.

Partida del *comandante*

Volvamos ahora a nuestro relato sobre la manera de vida cristiana de nuestros *mo-covés*.

CAPÍTULO IV

Virtudes cristianas, etc.

Diversos ejemplos de las virtudes cristianas entre los *indios*

La paciencia

Una cristiana tuvo algunas diferencias con una pagana que se había agregado en el pueblo con su marido y niños ya desde algunos meses. La cristiana cedía por mucho tiempo hasta que al fin se quejó también ante mí y preguntó qué hacer. Yo le di este consejo: que ella como cristiana fuera más razonable que la otra y no se vengara ni se metiera en una discusión verbal, sino toda la familia pagana emprendería viaje de retorno a la región silvestre y con esto ella se haría culpable de la pérdida de sus almas. La cristiana siguió mi consejo, pero la pagana no cesaba y provocaba a la cristiana para pelear, pero al ver que la cristiana no contestaba nada a eso, se encaminó a la choza de la cristiana [y] la tiró al suelo, pero para que no se llegara a una pelea a manos la cristiana se retiró y huyó a mi casa, en la cual quedó hasta el anochecer. Por causas razonables yo no quise intervenir, dejé todo a *Domingo* para que él apagara con lentitud este fuego de iras como también sucedió y la pagana se tornó más suave para con la cristiana.

Pregunta: ya que los *indios* en su gentilidad han vivido en manera tan bestial ¿cómo se portan luego cuando son cristianos?

Respuesta: en cuanto concierne a la preparación de su comida y otro alimento, proceden conforme al antiguo gusto y hábito; en lo que concierne a lo moral, no eran tan indómitos y hasta mucho más dispuestos a vivir conforme con la Ley de Dios, que conforme con sus antiguas inclinaciones. Ellos no consideraban pecado a muchas cosas que entre nosotros los cristianos que conocemos las leyes divinas y *civiles*, se consideran unos grandes pecados que debemos huir; pero no bien los *indios* fueron enseñados en nuestra fe única redentora se ha oído de seguro en raras ocasiones que alguno hubiere pecado en una forma tan grave como desgraciadamente se oye y se experimenta entre cristianos viejos. Si alguno de mis *indios* jóvenes cristianos había tenido un contacto con alguna mujer, el secreto no fue jamás conservado tanto que yo no lo hubiera sabido en seguida; yo sabía todo y eso pronto lo que *pasaba* entre mis cristianos. Que alguno anduviere por un tiempo considerable tras una niña no ocurrió jamás; o el mozo o la niña venían para acusarse de la persecución; o cuando ellos no se descubrían pronto, yo lo sabía por las gentes de la aldea. Tampoco tenían costumbre de hacerse arrimados el uno al otro; si esto ocurría alguna vez, no ocurría por mayor tiempo, pues en seguida era denunciado. Lo que concierne a esto, no se sabe entre los neófitos de tan grandes pecados como entre los cristianos viejos. Sólo agrego aquí algunos testimonios de esta verdad.

Cuidado y celo de los *indios* por la castidad

Un *indio* expulsa al diablo de la carne

Un *indio* y tan luego uno de los más valientes y hombre distinguido entre los *indios* de nombre *Baltasar Davaguin* (del cual aún he de escribir que él me ha pedido licencia de asesinar a otro por misericordia) cabalgó por el campo hacia el bosque, desde donde llegó a su encuentro una *india* a caballo con leña. Ésta comenzó a son-

reírle amablemente; él fue siempre un hombre serio y ningún amante de risas; él lo conceptuó una tentación y sujetó su caballo y ella también; luego él dijo: —Si quieres tener algo de mí, desmonta entonces. Ella se apeó. En seguida él desató del recado su lazo, lo tomó doblado. Ahora —dijo— quiero expulsar de ti el diablo de la carne —y le aplicó tremendos azotes, hasta que él creyó fuere lo suficiente; volvió a montar sobre su caballo y siguió cabalgando.

La mujer de un cuidador fuera de la aldea se encontraba un domingo en el lugar donde los cuidadores de ganado tenían sus chozas, completamente sola, para cuidarla, porque todos se habían ido al pueblo para asistir al servicio divino. Un despreciable mozo español llegó allá en este tiempo para ver si entre el ganado de mi pueblo no se hubiere mixturado acaso algún ganado de su amo. La *india* le obsequió con un pedazo de asado de vaca para almuerzo. Hay que advertir que ella entendía algo del [idioma] español, pero sin embargo ella no comprendió todo lo que él le hablaba. Tras largo hablar él quiso abrazarla; entonces ella se asustó y se rehusó. El deshonesto mozo español no cejó y quiso usar casi de la fuerza; la *india* no supo remediarse enseguida hasta tomar un tizón del fogón junto al cual estaban sentados y con éste no sólo le acometió, sino que le corrió para afuera de la choza. Él montó ligero en su caballo y se alejó cabalgando antes de volver los hombres, sino lo hubiera pasado mal si los *indios* lo hubieren atrapado.

La hija de un *indio* comenzó a hacer relación por algunos días con un joven *indio* casado; ella fue descubierta pronto; lo supo su padre que quedó tan airado contra su hija, que a pesar de ser ya cristiano quiso lancear su hija; lo que también hubiera ocurrido si otros no le hubieren detenido la lanza y lo hubieren impedido. Luego él vino junto a mí, acusó a su hija y pidió que yo hiciera castigarla, como ocurrió también por una *india* vieja para que el padre quedara satisfecho. Al inculpado lo dejé andar alrededor de un mes sin decir una palabra por ello y con semejante mudez le inspiré tales miedos que él mismo ha venido y ha pedido que yo hiciera castigarle. El *cacique* estuvo listo enseguida y le hizo dar doce azotes bien medidos, los cuales el castigado agradeció lo más sumisamente. Sobre semejantes amistades había en mi *reducción* una vigilancia tan exacta que apenas fuere posible que no fueren denunciadas enseguida y separadas.

Es hábito de los *indios* el bañarse con frecuencia. Tanto mujeres como hombres pasaban generalmente el día a orillas del río, especialmente bajo el gran calor y se bañaban; pero las mujeres tenían un lugar especial, lo mismo los hombres y unos distaban de los otros hasta unos mil pasos. Una vez la mujer de *Domingo* se encaminó al río para buscar agua donde nadie estaba cerca y comenzó a bañarse por un corto rato; esto lo supo *Domingo*, su marido, que abominó esto tanto en ella, que ella ha venido con ojos llorosos junto a mí y se ha quejado [diciendo] que ella había estado completamente sola; también me ha pedido que yo calmara de nuevo su marido, ella no volvería a hacerlo.

Me visitó un *misionero* cuya *reducción* distaba de la mía cuarenta leguas por el lado

Una ahuyenta al tentador

La relación sospechosa es castigada

Recato al bañarse

del Norte y trajo consigo tres *carretas* cargadas de cueros de bueyes para conducirlos a Santa Fe a nuestro *P. Procurator*. Él pernoctó a mi lado. Su *peón* o carretero [era] un semi español, llamado allí *mestizo*, porque era nacido de una *india* y un español; a éste, después de cenar, se le hizo algo largo el tiempo al lado de su *carreta*; por esto se encaminó por entre las chozas de los *indios* para visitarlos y conversar con ellos, pero su paseo le originó una noche desagradable; porque él comenzó en casa de un *indio* a hablar algo más amable con la hija y también a bromear. Él fue pronto sospechoso al padre, que informó de ello al *cacique Aletin*, que lo detuvo pronto. Lo llevó a mi casa donde los dos *misioneros* estábamos sentados ante la cena y denunció que este peón carretero había sido encontrado de noche en conversación y chistosa plática con una mujer. El huésped se fastidió por ello y dio permiso al *cacique* de castigarlo. Ellos tomaron al mozo, le condujeron a su *carreta*, lo ataron en la rueda, le pegaron con un corbacho quince fuertes azotes y le desearon una buena noche. Tales sucesos ocurrieron muchos durante el tiempo cuando yo he estado entre ellos; para que al lector no le resulte fastidioso de entretenerlo con semejantes relatos más, si él está ansioso de conocer otras novedades, ponemos otra pregunta:

CAPÍTULO V

Su preparación para la muerte

¿Cómo se portan los *indios* cristianos en su muerte ?

Respuesta: ellos eran muy cuidadosos de prepararse para la muerte dondequiera y cuando temían un peligro de muerte. Lo mismo hacían las *indias* casadas. Ni bien notaban que su alumbramiento se acercaba me llamaban a la iglesia a confesarlas y decían: —como yo estoy en peligro [duda] si seré feliz o infeliz en mi alumbramiento, quiero prepararme antes para ello y reconciliarme con Dios, suceda luego lo que Dios quiera, con tal que yo esté tranquila en mi conciencia. Quiero confesar para que no deba esperar miseramente mi tiempo.

Lo mismo los *indios* que tenían que marchar como tropas auxiliares con los españoles contra los salvajes, trataban de hacer su confesión primero antes de partir del pueblo, siempre que el tiempo lo permitía. Hay que tener presente que las *indias* parturientas dan a luz con una admirable facilidad, también bajo menor peligro que en *Europa*, de manera que no las perjudica el dar a luz, aun bajo el libre cielo, dondequiera, en el campo o en la selva, pero como algunas pocas, tal vez tres o cuatro en todo el tiempo de mi estada por allá, murieron durante el alumbramiento y habían visto que a causa de las *indias* viejas sentadas alrededor que en tales circunstancias suelen acudir en bandadas, ellas no tenían la oportunidad de confesarse [y] también por lo que entonces tenían en brazos era difícil hacer la confesión, establecieron ellas mismas el hábito de venir en persona a la iglesia y prepararse a ello mediante la santa confesión aunque fuera una semana antes de que creían estar cerca del alumbramiento. Esto era ya común y usual en todas ellas.

Pero la preocupación de que el niño recién nacido no corriera acaso el peligro de morir sin bautismo a causa de una demora [ocasionaba] que la madre enseguida, tras el alumbramiento, llevara ella misma su criatura a la iglesia solicitando que yo la bautizara. Yo no sabía y tampoco lo hubiera supuesto que ella fuera la madre si ella no hubiere contestado a mi pregunta que ella misma lo era. Ahí yo ya tenía dos padrinos de bautizo determinados: para los muchachitos un *indio* viejo *Paulus Conequin*, que era *manuductor* de los varones, pero para las niñas una *india* vieja *Estefanía*, que era nombrada para *manuductora* de las niñas y a la cual los niños llamaban *maistra*²⁹¹. Éstos dos debieron hacer las veces de padrinos para todos los niños recién nacidos. El motivo era para que por el parentesco espiritual muchos no quedaran impedidos de contraer el matrimonio con sus compañeros de aldea, pues casarse en otras aldeas es poco o de ningún modo usual entre ellos. También ocurría que muchos, acaso por un mes, querían atender fuera de la aldea en la naturaleza silvestre, la caza u otras utilidades, se acercaban primero al confesionario antes de partir y se preparaban para la muerte contra todo peligro, para que sin temores de conciencia

291 / Por lo visto, no existía en *mocoví* una voz sinónima.

Cuidado de los *indios*
de prepararse para la
muerte

Ellas mueren
cristianamente
y confiadas en la
salvación de sus
almas

podían atender su andanza. En una palabra: el confesarse era tan usual entre ellos que ni bien notaban razonablemente que podía ocurrirles un peligro, estaban pronto listos para confesarse primero.

Pregunta: ¿los *indios* mueren de buen agrado?

Respuesta: había muchísimos que me han dicho que cuando ellos habían confesado, no temían jamás la muerte. También debo confesar que me fue muy consolador el asistir a los *indios* moribundos porque yo vi que morían no sólo sin temor, sino también con deseo en plena confianza de tener después de la muerte una vida eternamente alegre al lado del Padre Celestial. En muchas ocasiones yo pregunté a los casi moribundos si acaso no estaban intranquilos, si no les pesaba que sus hijos de ahí en adelante debían vivir despojados de sus padres. —Mi *Pater*—respondían ellos— yo no me preocupo por eso de ningún modo pues si bien yo los abandono, ellos no quedan abandonados pues tú has sido y seguirás siendo aún su padre; si en el tiempo de mi vida tú los has atendido más que yo, has de atenderlos aún más después de mi muerte. ¿Para qué he de entristecerme por cesar de vivir en este mundo? ¿No has dicho tú muchas veces que los que hemos amado a Dios en este mundo y le hemos servido, obtendremos mediante la muerte una vida mucho mejor, que vamos a gozar con Dios? Siempre he creído esto y también lo espero.

De esta manera ellos fallecían con la mayor tranquilidad y consuelo de mi corazón porque yo no podía dudar de la salvación de sus almas. Tal consuelo me dieron los muchachos, mozos y mujeres de esta *reducción*, especialmente en el tiempo en que las viruelas se habían propagado en la aldea.

CAPÍTULO VI

De la peste «*india*» o de la viruela

Cuando las viruelas penetran entre los *indios* salvajes es algo tan lastimoso como en nuestros países cuando una peste salvaje asola el país; tampoco recuerdan de una peste peor que las viruelas en aquellos países. Los *indios* de las selvas las temen de tal modo que ni bien notan que uno solo ha sido atacado por este mal se escapan todos, abandonan al enfermo y sus *tolderías* (así es llamada la reunión *india* de los *indios* habitantes en la selva que sólo se compone por la parentela habitante en conjunto) pero no son ellos tan olvidadizos ni descuidados para con el virolento que no pongan antes a su lado una gran vasija con agua y carne asada y frutas del monte sobre un cuero para que él pueda beber o comer cuando él quiera; y así ocurre si ya varios están atacados por las viruelas que todos son atendidos por los sanos antes de que éstos se escapan; entonces padre y madre ya no se ocupan de sus hijos ni los hijos de sus padres. Si acaso uno u otro es algo más fuerte y atacado con viruelas menos fuertes, podrá aun remediarse y también asistir a los otros. Ellos están inclinados aun a esta obra de cariño pero un todavía sano no permanecerá al lado de ellos. ¡Oh, cuántas fatigas padecen entonces como ellos mismos me han contado en frecuentes veces cuando ellos tan abandonados han padecido las viruelas en los bosques y después de haber sanado han buscado durante mucho tiempo en la naturaleza silvestre sus amigos y padres! Ellos me contaron que en las selvas habían encontrado *tolderías* enteras extinguidas por la muerte, puras chozas vacías y a su lado los perros de los fallecidos los que ya habían comido en gran parte a los muertos. Ellos vieron yacer otros cuerpos al lado de los ríos o lagunas; los enfermos se habrían arrastrado tal vez hasta ahí para bañarse o para beber y se han ahogado o han muerto allí.

Pero la causa por la cual tantos perecen no se halla en que las viruelas acaso fueran pestilenciales en sí en aquellos lugares, sino porque el *indio*, ni bien siente el calor de las viruelas brotantes, salta en seguida para dentro del agua más fresca y se baña, por lo cual las viruelas retroceden al cuerpo y los matan. Corto tiempo antes de llegar yo a *Las Indias* las viruelas habían atacado las antiguas *misiones paracuarias* (que entonces consistían en treinta reducciones) y a pesar del gran cuidado de sus *misioneros* no se ha podido impedir que setenta y dos mil en total hayan muerto de viruelas.

Al fin en el año 1760 las viruelas, huéspedes ingratas, penetraron también en mi *reducción* a cuyo lado yo tenía muchos paganos. Entonces me sobresaltó un temor tan grande como no lo hubiera tenido si hubiera visto ante mis ojos también la muerte mía. ¡Qué otra cosa podía yo imaginarme sino que o se me morían los más y los otros me dejarían abandonado solo con los enfermos! Sin embargo muchos de los *indios* viejos de ambos sexos ya habían padecido las viruelas en la naturaleza silvestre de los cuales yo temí que infaliblemente, no por temor propio sino por el temor de perder sus hijos, partirían con ellos. Pero como vieron que yo día y noche estaba empeñado

¿Qué daño causan las viruelas?

Lo que son las *tolderías*

Cómo proceden los *indios* al haber viruelas

La causa de sucumbir tantos

Las viruelas atacan mi *reducción*

De cómo
llegaron las
viruelas a mi
reducción

en alcanzarles ya remedios, ya comidas que también no recelaba ni temía nada ni un solo *mocoví* cristiano me abandonó sino que todos quedaron en la *reducción* excepto algunos *mocovíes* aún paganos que han huido con sus hijos, pero otros todavía paganos quedaron a mi lado de los cuales han muerto algunos —es cierto— pero muchos más han sanado.

Cuando ya en el año 1745 las viruelas habían hecho tan grande destrozo en las mencionadas antiguas *misiones* estas mismas *misiones* fueron asaltadas en el año 1759 otra vez por las viruelas²⁹²; pero como éstas ya al año habían pasado, vinieron bogando otra vez a la ciudad de *Santa Fe* con *efectos* sus *barcas* cuyos tripulantes eran *indios* que ya habían padecido las viruelas. Mi *barca* estuvo también ya en el puerto en *Santa Fe* donde los barcos anclaron o fueron atados en la ribera. Mis *indios* lo sabían y veían también las cicatrices en los *indios* que habían padecido viruelas. El *P. Procurator* de *Santa Fe* era también tan cuidadoso por mis *indios* que les prohibió que alguno de ellos trasbordara a semejante buque. Todos obedecieron, menos un mocito neófito, de más o menos 18 años, de nombre *Franciscus Regis* que aún no había experimentado nada de viruelas [cuando los otros dejaron la *barca* para pasear por la ciudad]²⁹³ quedó este mocito con su compañero en la *barca*, se levantó para subir a los buques *indios* en intención de comprar allí tabaco y yerba *paracuaria* y aunque él fue prevenido por su camarada dijo: —qué me harán las viruelas, ellas me temen más a mí que yo a ellas.

Mi *barca* retornó el primero de *septiembre* con su carga, el siete de *septiembre* *Franciscus Regis* ya se encontraba indispuerto, el 8 ya vi que brotaban las viruelas. Yo me asusté y pregunté de qué manera él había sido contagiado por viruelas y supe todo como acabo de referir. Enseguida recorrí la aldea por todas las chozas y averigüé quiénes no habían padecido aún las viruelas. Encontré también que entre niños y adultos unos ochocientos aún no habían experimentado nada de ellas. Entonces me asusté aún más en consideración que entre ellos había tantos que entendían tan buenamente en parte la *música* en parte otros oficios manuales; especialmente los mejores *violinistas*, tocadores de *bajos*, tocadores de arpas y un muchacho de nombre *Petrus Palalaquinqui* que en madera hacía muy buena labor calada, hábil en trabajo de cerrajero, en hacer guarniciones y semejantes cosas más.

Mi ocupación y
trabajos en este
tiempo

Yo comencé a desempeñar el cargo de un médico de cuerpo y alma de día y de noche hasta donde lo permitían mis fuerzas. Lo más doloroso era para mí por otra parte que mi compañero, un inglés de nacimiento, *P. Petrus Polo* aún no entendía nada de la lengua *india*. En pocos días ya estaban virulentos unos 80 *indios*; nosotros repartimos el trabajo entre nosotros y cada uno hizo lo que pudo. Yo recorría temprano con ocho o diez muchachos que todos llevaban vasijas y botellas llenas de agua de cebada y arvejas; otros que llevaban grandes vasijas llenas de *emulsiones* y luego otros que llevaban manteca sobre platos; así yo recorría por toda la mañana la aldea hasta la hora de medio día; a los adultos les oía la confesión y los preparaba para la muerte; a la vez en-

292 / Oración muy embrollada.

293 / Paréntesis en el original.

viaba [mensaje] a mi colega que viniera en seguida con el sacratísimo y el óleo sagrado. También di a aquellos que veía en peligro la santa confirmación, pues allí nosotros los *misioneros* teníamos licencia papal a proporcionar este santo *sacramento in casu mortis* a los *indios* pero el *Superior Misionum* también *extra casu mortis*; el santo *chrisma* nos era enviado desde *Buenos Aires* por el obispo. Ínterin cuando yo estaba ocupado en oír confesiones, *curar* y cosas semejantes, hice traer en sus mantas también los muertos y coser para dentro de lienzo de algodón de tres varas los cuerpos por viejos *indios* sanos; se reunieron en muchos días especialmente a mediados del mes de *noviembre* y *diciembre* hasta 12 y 14 muertos; éstos quedaban tendidos bajo el pórtico de la iglesia hasta que otros fueron provistos por mi colega con los santos *sacramentos*, después él iba a sepultar los muertos. El *cacique Aletin* tenía ocho *indios* fuertes que de continuo hacían grandes fosas en las cuales se podían colocar dos o tres *indios*. A la mañana y a la tarde una papilla viscosa de cebada se llevaba de acá para allá en grandes ollas por otros *indios* destinados para esto; ellos daban a cada enfermo una cucharada grande. Después de un corto y escaso almuerzo se hacía lo mismo hasta el anochecer en que yo para reposar me acostaba en mi recostadero, pero como los enfermos en la noche siempre empeoraban y sentían también mayores dolores, fui llamado durante la noche a la aldea aun hasta por seis veces. Hay que advertir que no era posible desvestirme, por ello tuve que tener encendidas las velas desde mediados de *septiembre* hasta el primero de enero y descansar vestido sobre mi cama para poder acudir en seguida a los solicitantes.

Como yo notara ahora que mis fuerzas ya decaían en demasía yo tenía apenas poder de continuar esta vida intranquila sin la pérdida de mi salud, y más aún de mi vida, envié algunos mensajeros a caballo a *Santa Fe* con la solicitud que el *P. Rector* me facilitara el *Pater Manuel Canelas* (que antes ya había vivido conmigo en esta *reducción* y entendía bien este idioma) como también una española para ayuda y atención a los enfermos más peligrosos. Enseguida en el mismo día al recibo de mi carta fueron despachados el solicitado *P. Canelas* junto con dos viudas españolas *tertii ordinis* y al siguiente día llegaron con el mayor contento a mi *reducción* al anochecer. Como él vio que yo tenía tan mal aspecto y que mi colega que de por sí ya era un flacuchón, semejava una sombra, se ofreció en seguida de encargarse por sí solo durante toda la noche la espiritual y las españolas o dos compañeras atenderían a los enfermos sólo con las *medicinas* y otras necesidades. Así hubo socorro para mí y mi compañero pues pudimos descansar cómodamente durante una noche y yo estar echado desvestido. Pero, ¿cómo fue el descanso? Como mi ánimo ya estaba acostumbrado al cuidado y vigilancia sobre los enfermos hasta *noviembre*, no descansó como esperé sino que interrumpía el sueño casi a cada hora. Sin embargo noté en la madrugada que el cuerpo estaba algo más fuerte que antes. Durante tres días el *P. Canelas* al cual yo había comunicado todo mi poder en el cuidado de las almas, me suplió durante toda la noche y yo ya comencé con relevarlo de nuevo en la noche pues de día trabajaba uno como el otro. Él era de una configuración delgada y nunca de tanta fuerza como yo había sido

Solicito un ayudante

Pierdo muchos
buenos músicos

siempre antes. Con este relevo mejoramos todos y yo me repuse. Él quedó a mi lado en la *reducción* hasta Navidad cuando cuatro días antes de los días de fiesta lo he enviado de vuelta al *Colegium*; pero las españolas quedaron aún hasta fin de las viruelas que en *Januario* se aminoraron tanto que a mediados de enero tuve raras veces un muerto y que a fines de mes envié de vuelta en una *barca* a la ciudad las españolas bien pagadas. Yo di gracias a Dios que en estas viruelas he perdido sólo doscientos veinte y un *indios* y que así de ochocientos han escapado a la muerte quinientos setenta y nueve.

Pero ¡oh desgracia! Cuando pensé en mis *músicos* y artesanos yo tuve el mayor pesar. Con ellos perdí mi trabajo, consuelo y esperanza de reemplazar todos éstos con otros en corto tiempo. Se me quedaron con vida: un arpista, *Manuel Nimilliaganqui*, tres violinistas, *Miguel Cotomainqui*, *Santiago Aipic* y *Juan Cadigtac*; un tocador de flauta travesa: *Juan Comogninqui* y uno que tocaba la *trompa marina*: *Francisco Cadiagancaiqui*. [Sobrevivieron] de los cantores: un *discantista* (tiple), dos *altistas* [sopranos], 2 *tenores* y un *bajo*, todos ellos cantores de voces que Dios tendría misericordia²⁹⁴. Entre los muertos se encontraban los dos mejores tocadores de viola: *Joaquín Gdichimboqui* y *Vicente Accanagqui* junto con otros cuatro que no eran perfectos. Dos tocadores de arpas: *José Namalcoidinqui* y *Pantaleón Cozadai*. Un violinista: *José Dañoquen*. El primero sobre la flauta travesa: *Faustino Nimilliaganqui*; el organista: *Antonio Coñio-gocqui*. Dos *discantistas* (triples) *Antonio Cadiadi* y *Salvador Dativicqui*. Un *altista* (soprano), *tenor* y *bajo*.

Como también
artesanos

Entre los artesanos se me murieron muchos muchachos muy hábiles, especialmente uno que era el mejor y más apto que tenía ya muy buenas ideas de diversos oficios de nombre *Pedro Palalaquinqui*. ¡Qué preocupaciones he tenido durante esta peste! [¿qué hubiera sido de mí] si alguno de mis *caciques*, especialmente *Domingo* no hubiera soportado antes en la naturaleza silvestre las viruelas y yo hubiera sido despojado entonces de este buen amigo y cumplido cristiano? Este hombre ha demostrado en este tiempo con qué serenidad e indiferencia él ha visto morir su hijo más querido y mayor. Él tenía cuatro hijos: el mayor era de doce o trece años, de nombre *Didacus* o en español *Diego*, los otros tres se llamaban *Manuel*, *Florian* y *Francisco*.

Muerte edificante del
hijito de nuestro
Domingo

Diego tuvo que partir de este mundo pero ¡en qué circunstancias! Cuando el muchacho vio que tras algunos meses ya todo el pueblo fue atacado por las viruelas, me preguntó por qué las viruelas hasta ahora no atacaron a él. El estaba junto con su hermano *Manuel* en mi casa para mi servicio. Yo le respondí que también había muchos que no eran atacados tan de pronto y otros que si bien habían estado entre los virolentos, habían quedado sin embargo sin viruelas, que por lo tanto él no temiere. El muchacho me respondió: —Yo no temo en realidad pero no dudo de ningún modo de que yo también he de atraparlas y moriré a causa de ellas; yo muero de seguro. A los

294 / *zu erbarmen*. En la moderna dicción alemana sería una frase satírica que Dios tendría lástima de los cantores, pero aquí expresa que Dios se dejaría conmover para socorrer por quienes piden los cantores.

pocos días de sus palabras le atacaron las viruelas y él murió en realidad. Pero ¿cómo? *Domingo* estuvo sentado de continuo al lado de su hijo querido, le atendía y le consolaba: yo tenía no menos empeñoso cuidado de él porque yo sabía que su padre lo amaba íntimamente y no lo perdía de buen agrado. En esto yo sentí un sensible temor pues yo temía que este fallecimiento iba a despertar en el ánimo de *Domingo* una tristeza demasiado grande y que de ahí podría originarse también un cambio en él. Yo quedé convencido de que el padre tuvo aun un consuelo intenso al ver morir su hijito con señal de eterna buenaventura. Como él fue hijo de un padre tan buen cristiano, yo lo enterré en la iglesia. Poco antes de su muerte lo visité otra vez, hallé a ambos lados el padre y la madre que de continuo lo consolaban y le animaban; el niño estaba aún completamente en sí y me contestaba a todo. Al fin el niño se tornó al otro lado con una voz lastimera y gimiente. El padre se asustó mucho creyendo que el niño a causa de los dolores fuere atacado por una desesperación, luego le preguntó: —¿qué te pasa mi hijo? ¿Estás desesperado tal vez por tus dolores?

—No, padre —dijo el muchacho— pero yo estoy triste en mi ánimo porque no puedo creer tanto en Dios como antes; éste me entristece. En un tiempo de apenas un Padrenuestro le vino un sólo hipo desde adentro y él estaba muerto. En esta ocasión yo admiré la fortaleza de alma de *Domingo*. Las lágrimas en verdad le corrían desde los ojos pero sus palabras estaban llenas de edificación y de acuerdo con la voluntad de Dios. El muchacho tenía ya seis caballos, dos vacas y ocho ovejas que su padre le había regalado y atendía entre su ganado. Él regaló las vacas al hermano menor, al otro dos caballos y las ocho ovejas a los pobres como también cuatro caballos al Santo *Xaverio* que fueron dedicados al servicio común del pueblo. El padre repartió sus ropas que éste había recibido de mí por sus servicios y que eran muy buenas a otros niños pobres, y como *Domingo* era un hombre que en todo ponía empeño y sembraba fuertemente trigo, repartió en este día del entierro de su hijo más de cuatro fanegas²⁹⁵ de trigo entre los pobres del pueblo.

El *cacique Aletin* perdió su hija recientemente casada, esposa del difunto tocador de arpa *José Namalcoidinqui* y soportó también con la mayor fortaleza de alma este fallecimiento. Pero lo que yo no hubiere creído [era] que nuestro *Cithaalin* (que en esta peste había perdido tres hijos y una hija casada) también hubiera sido tan fuerte de alma; yo temía más bien que él en el pesar se ausentaría con mucha gente para fuera de la *reducción* por algunos meses y ahogaría con *chicha* en los bosques su tristeza. ¡Pero no!, él permaneció constante en el pueblo y demostró magnanimidad. Los tres hijos eran todos *músicos*, el *Vicente Accanaqqui* [era] violinista, *Joaquín Citai* lo mismo y *Antonio Cadiodi* que tuvo una muerte muy edificante era *discantista* [tiple]. Este muchacho llegó en su enfermedad a su último día y conoció que su última hora estaba cercana; era en un viernes cuando él dijo a los circunstantes: —Sería bueno que yo muriere hoy, pues este día es en el que nuestro Salvador ha muerto en la cruz por

[Muerte edificante]
de un hijo del
cacique *Cithaalin*

295 / *Strich*. Medida para cereales usada en Bohemia hasta tiempos modernos, si bien suprimida por ley en 1855.

nosotros pero yo no muero todavía hasta mañana que es sábado pues ese día es el día de nuestra Madre Celestial; ésta ha de llamarme. El viernes después de medianoche preguntó él de nuevo a los presentes si ya habían cantado los gallos. Cuando él hubo oído que aún no [habían cantado] pidió que le recordaran cuando los gallos habían cantado por tercera vez; cuando ahora esto había ocurrido le recordaron a lo cual él dijo lo siguiente: —ya rompe el día de nuestra querida Señora, ahora voy a morir y viajar hacia mi cara Madre Celestial.

Tal como él había dicho sucedió; él no vivió más de un medio cuarto de hora y falleció.

[Muerte edificante] de otro

El *violinista Francisco* no fue menos edificante. Aunque él permaneció durante todo un día en un grito muy fuerte —pues las viruelas penetradas completamente debieron causar sus dolores— y el ardor interno pareció ya haber prendido fuertemente; su gritar sin embargo no era otra cosa que implorar la Madre de Dios y repetir durante todo el día la [oración]: —Seas saludada tú, Reina, Madre de la Misericordia— hasta el anochecer en que él falleció con esta oración e imploración a la Madre de Dios.

Aún más extraña fue la muerte del mejor *violinista* en mi *reducción*: éste fue aquel que yo tuve conmigo en *Buenos Aires* cuando con mis *músicos mocovíes* ayudé allí a celebrar solemnemente la fiesta del Santo Padre *Ignatij* y que allí fue acometido por una enfermedad peligrosa como ya he contado antes circunstancialmente. Éste por lo general era un muchacho muy alegre y cuando yo no estaba presente, enseñaba con gestos divertidos a los otros, sus discípulos *musicales*, el modo de llevar el arco sobre el *violín*, a hacer un buen toque como también trinos, glosas, variaciones y *mordantes*. Mirad camaradas —decía él— cómo debéis hacerlo. Así lo hace nuestra *Paterle* (así me llamaban los *indios* en mis años de aún joven *Padriolec*, el *Paterle* porque yo tenía un aspecto aun delgado y finito; al *P. Burges* lo llamaban también *Padriolec* pero agregaban *Cogoecolec*, eso es: el *Paterle* viejo porque él ya tenía cabellos grises y era muy delgado de cuerpo y cara). A la vez hacía algunas monerías y ademanes ridículos con los cuales movía a risa a sus *coviolinistas* pero creaba también mucha utilidad pues para acrecer la hilaridad le imitaban y así aprendían a la vez poco a poco a hacer una buena *modificación* sobre el *violín*. Yo supe por otros lo que ocurría cuando yo no estaba presente en la escuela *musical*; por curiosidad quise ver de buen agrado esta *comedia*; por eso ordené ser advertido cuando ocurría tal juego de imitación y obtuve verlo con todas sus locuras por la hendidura de la puerta y oír sus palabritas. —Ahora —les dijo como si los enseñara en lugar mío— ahora mantened el *violín* en derechura hacia afuera, igualmente la cabeza, levantad el brazo izquierdo y la mano con el *violín* bien en derechura ni demasiado hacia arriba ni hacia abajo; jamás hay que apretar el codo contra el cuerpo; el plano de la mano no debe jamás apretar el cuello del *violín* a causa de la *aplicatura* para que vosotros seáis ligeros al efecto [y] podáis sin dificultad mover hacia arriba y abajo sin peligro de que el *violín* os escape, sino colocaré para vosotros en la parte inferior del cuello una aguja de tejer para que os pinchéis en caso que el plano de la mano quisiera hallarse colocada contra él.

Así él los *instruía* en cuanto concernía a la mano derecha en llevar el arco y semejantes otras cosas más en manera no diferente de cómo yo solía hacer cuando les indicaba las *reglas*. Pero él hacía todo con tal seriedad que todos tenían que reír por eso y yo tuve en esto mi mayor diversión. Puedo decir que con estas bufonadas él les daba buenas *lecciones* y noté que él tenía un buen concepto y comprensión *fundamental* de *tratar* el *violín*. Nada era más ameno para mí que cuando él les mostraba *formar* los trinos sobre el *violín*. —¡Ahora —decía él— los trinos suspendidos! —y los hacía sobre el *violín* con un dedo colocado tiesamente sobre la *cuarta* o la *quinta* cuya posición él cambiaba hacia adelante o atrás. —¡Ahora un trino simple, ahora un trino doble con cambio sobre la tercera! —Todo esto les enseñaba con una cara plena de broma como más de una vez he visto en él sin que él lo notara.

Este buen mozo tuvo también que igualarse a otros moribundos y fue arrebatado por las viruelas. Durante su enfermedad estuve presente a su lado día y noche en cuanto yo tenía un tiempito de alejarme de otros y encontré en él sólo religiosidad y fe en Dios. Él ya empeoró y cuando yo estaba ocupado con otros enfermos, ordenó buscarme y quiso ser provisto por el sacratísimo. Yo acudí ante su pedido y lo encontré rezando con voz clara; su oración fue toda la doctrina cristiana tal cual él la había aprendido con los otros: Fe, esperanza y caridad, arrepentimiento y pesar; pero él repetía especialmente el credo. Tras la confesión realizada recibió con gran devoción los demás sagrados *sacramentos* tras los cuales yo permanecí aún una media hora más a su lado. Durante este tiempo él deseó ver una vez más sus padres ambos reunidos: su padre *Lucas Quevachín* estaba sentado fuera de la choza lleno de tristeza y trabajaba algo para su caballo; a mi llamado penetró en la choza y estuvo parado con la madre delante de su moribundo hijo *Joaquín*; éste comenzó a hablar a sus padres en este modo: —Mis queridos padre y madre, yo ya iré hacia otro padre y madre si bien yo quisiera permanecer aún por más tiempo a vuestro lado para ayudaros pues ya estáis en años, pero yo quiero aún más a Dios que a vosotros, por eso quiero dejaros e ir hacia Él pero no he de olvidar de vosotros cuando yo llegue a su lado. Quedaos consolados y no lloréis por mi fallecimiento pues yo parto muy contento de vuestro lado. A vos, mi padre, regalo mis caballos, excepto los tres mejores que debe heredar el Santo *Xaverius* y vosotros los arrearéis para entre los caballos de la *reducción*. Tengo cuatro vacas, dos se dan a vos, madre, y las otras dos a mi mujer junto con las ovejas que también regalo a mi mujer (no hacía aún seis meses que él se había casado); lo que concierne a lo demás, recado y bridaje de caballo, dadlos a mis hermanos, quedaos bien todos y tratad que todos nos reunamos al lado de Dios.

Tras esta despedida²⁹⁶ comencé a decir otras oraciones para él; él repetía todas en alta y clara voz; en cuanto yo cesaba un poco, él comenzaba enseguida a rezar el credo; él me contestaba perceptiblemente durante un medio cuarto de hora; entonces noté que la voz y el habla le fallaban poco a poco hasta que balbuceante él comenzaba de

296 / Urlaub en su antigua acepción, hoy denota permiso.

nuevo con orar para sí el credo pero que no ha terminado pues ha expirado antes. Yo ya no puedo recordar cuáles fueron sus últimas palabras pero él rezó hasta el último aliento.

¿No son éstos unos sucesos que a todo buscador de almas —a decir así— pueden encantar e impulsar a vivir entre ellos aun si fueren unos diablos encarnizados? No quiero detenerme en una amplia descripción sobre la muerte de los *indios* ya bautizados aunque tuviere mucho más que contar para satisfacer en mis lectores el deseo de leer algo diferente. ¡Pero!...

Cómo se hace en
Las Indias la
emulsión que por
los españoles se
llama *orchata*

Pregunta: ¿cuál era pues la *emulsión* que en tiempo de las viruelas yo hacía para los enfermos y llevaba de acá por allá en el pueblo para dársela?

Respuesta: era una sustancia de diversas semillas de melones de agua [sandías] y otros melones machacados en conjunto; a los melones de agua llaman los españoles *sandías*, los *mocovíes Nevaqué*; otras semillas de pepinos o *semen cucumeris*: semillas de zapallos dulces y porongos dulces en español: *calabazas die Plutzer*²⁹⁷ a saber los dulces para comer zapallos o *porongos dulces*, en *mocoví*: *loguili*. Estas semillas todas machacadas en conjunto y coladas con agua por un pañito rinden una leche preciosa; ésta con más agua y endulzada con azúcar la daba a mis enfermos a beberla con ahínco, pero para bebida *ordinaria* [les daba] agua de cebada; para hacer brotar las viruelas agua de lentejas. También hacía abrir la vena a algunos en seguida al comienzo pues así había oído de médicos españoles y todo hacía un bien.

Cómo yo hacía
manteca

¿Pero de dónde provenía la manteca con la cual yo untaba viruelas? Yo tenía suficientes vacas y ninguna [no tenía] carencia en leche suficiente y hasta superfina pero los *indios* no sabían cómo manejarse con ella. Yo tomé un embudo que era de cuero crudo o seco; por ahí hice pasar la gordura de la leche, ora en una vejiga seca de buey o en una calabaza dulce bien limpia, sacudía la leche por media hora o menos dentro de la calabaza; entonces ya se separaba en ella la manteca o yo tomaba también una sopera honda y batía con una cuchara; entonces tuve pronto manteca. Esta lavada la mezclaba con albayalde²⁹⁸ bien raspado y untaba las viruelas. A la vez yo tenía buen cuidado que ningún *indio* se trasladara al aire libre o se bañara en un río como tenían costumbre por lo general y se morían como moscas. Después de haber pasado las viruelas hicimos una fiesta de gracias al Santo *Xaverio* por su solicitud ante Dios que había salvado de tan aparente peligro de muerte la mayor parte de los niños de la aldea.

297 / Término dialectal hoy desusual.

298 / *Bleiweiss*.

CAPÍTULO VII

Milagrosa incitación al santo bautismo

Pregunta: ¿Dios ha demostrado también entre estos paganos algunas milagrosas incitaciones al santo bautismo?

Milagrosa incitación al santo bautismo

Respuesta: las más notables [incitaciones] fueron en dos *indias* viejas; cada una tenía más de cien años y algunos más. Éstas llegaron cabalgando a caballo con sus hijos y nietos a nuestra *reducción* desde la tierra selvática desde doscientas o más leguas de distancia bien sostenidas por otros sobre el caballo con la sola intención de ver otra vez más sus nietos que ya eran cristianos y visitarlos. Ellas ya no podían caminar sino que estaban acostadas de continuo en sus chozas pero sin quejarse de una enfermedad sino que por su debilidad ya no podían estar paradas sobre sus pies. Yo las visitaba diligentemente y siempre les refería a semejanza de un cuento lo más preciso para el bautismo y el cristianismo. Yo no deseaba de ellas otra cosa sino sólo que me escucharan. Al fin después de algunos meses comencé con preguntarles si habían entendido bien todo y si tenían ganas de ser también como sus nietos. Ellas me contestaron bien dispuestas, por lo cual yo las enseñé seriamente, las habilité para el santo bautismo y como ellas comprendían bien la doctrina, no tuve miramiento en bautizarlas; a la una le di el nombre *Beata*; a la otra el de *Felicitas*. Muy bien hecho. Al transcurso de ocho días ambas ya estaban en la eternidad y sus cuerpos sepultados.

Un suceso aun más milagroso ocurrió con la abuela de nuestro cacique *Cithaalin*. Hay que saber primero qué edad tenía *Cithaalin* que tuvo a su lado en la *reducción* su madre vieja²⁹⁹. En realidad no se puede determinar propiamente cuánta edad tiene un *indio* anciano sino sólo por sus relatos en los cuales recuerdan de tiempos pasados cuando ellos como jóvenes valientes ya comenzaron a combatir con los españoles; por estos relatos y nombre del lugar del combate y de la región como también de las circunstancias porque éstas se leen en las historias de los españoles se puede deducir y en caso de una [circunstancia] igual suponer cuántos puede tener un indio. Así conforme con semejante cálculo yo pude suponer que *Cithaalin* ya tenía una edad de sesenta años más o menos.

[Una incitación] aún más milagrosa

¿Cuántos años habrá contado su madre, cuántos su abuela que ambas vivían aún? Su abuela era ya una anciana sin fuerza, blanca como la nieve, la cual para ver su nieto aun antes de la muerte de ella vino con otros parientes consanguíneos desde la naturaleza silvestre y lo visitó. Pero ella no habitaba con él sino entre los infieles en el campo cerca de la aldea, pero él no la dejó mucho tiempo entre ellos, la llamó al pueblo y la aposentó en una choza de sus amigos que eran ya cristianos. Debo confesar que ahí *Cithaalin* se ha empeñado con el mayor celo de convencer a esta su abuela para que se hiciera bautizar y aceptara la verdadera Fe. Él vino frecuentemente a mi lado y pidió que yo me compadeciere de ella y tratara en lo más posible atraerla a la santa

299 / *Eisgrau*, encanecida hasta confundirse con el hielo.

Fe. Yo lo hacía en muy frecuentes veces y la visitaba casi diariamente. Yo le conté todo de la conducta y leyes de los cristianos: de cómo debían ser, lo que Dios quería de ellos y lo que ellos debían a Dios; yo no omití nada que podría favorecer su enseñanza. Ella afirmaba que todo le era muy justo y placentero, pero cuando yo la preguntaba si ella también quería vivir en tal estado al lado de su nieto y amigos, recibía la respuesta: que para lo venidero ella ya quería permanecer así e ir allí donde estaban sus abuelos. Si yo decía que éstos ardían no en el cielo al lado de Dios sino en la casa del fuego (así llaman ellos al infierno: *Annodec labo* la casa del fuego) ella me respondía: —Si mis abuelos pueden padecerlo y aguantarlo, yo también podré aguantarlo; hasta ahora ninguno ha vuelto hacia mí que se hubiere quejado que él no podría padecer este gran fuego. Bastante placer tendré en verlos y vivir de nuevo con ellos.

Esta era siempre la respuesta cuantas veces yo preguntaba si ella quería ser bautizada. *Cithaalin* estaba lleno de preocupación de ver bautizada su abuela; él la aconsejaba frecuentemente con mucho celo y me llamó en repetidas veces. Yo aconsejé a *Cithaalin* le dijere que si bien ella después de la muerte quería vivir en el fuego, todos los parientes aún vivos y nietos que se habían hecho bautizar estarían separados de ella y jamás ella volvería a verlos. Sería pues mejor que una vez en el cielo ella viviera en el lugar de la mayor alegría con estos aún vivientes que en el lugar de los mayores martirios con los ya fallecidos.

—Ay —dijo ella— vosotros los restantes no sois tantos como los que ya han precedido, yo quiero vivir adonde hay más.

Un día —después del almuerzo— yo tenía ya un pie en el estribo con intención de cabalgar para fuera de la aldea y visitar y *reconocer* los cuidadores del ganado en la *estancia* mayor, cuando vino otra vez *Cithaalin* con un pedido mayor que yo visitara su anciana abuela y tratara si ella quería resolverse a ser bautizada. Yo le pregunté si ella acaso estaba enferma o si había algún peligro. —No —dijo él— ella está como siempre.

—Espera —dije— si ella está como siempre, proseguiré primero cabalgando por mi camino, dentro de una hora estaré de vuelta, luego he de visitarla.

Cithaalin estuvo conforme y se fue a su casa. Entonces sentí un fuerte impulso interno de ir, lo hice también en seguida y dejé mi caballo. Cuando llegué junto a ella, la hallé muy amable y sonriente; yo la pregunté: —¿cómo estás, abuela?

—Mi querido nieto —dijo ella a mí— ¿cómo he de estar? Aquí estoy sentada como siempre.

—¿Piensas aún en aquellas cosas —dije yo— que yo acostumbraba decirte cuando te visitaba? ¿Las has comprendido y recordado? ¿Te placen?

—Ellas son buenas —respondió ella.

—Si ellas son buenas —repuse— ¿por qué no quieres aceptarlas entonces y por ellas asegurarte el cielo para después de tu muerte? Yo te bautizaría de buen grado y te habría ya bautizado hace mucho tiempo si tú hubieras dado tu consentimiento. ¿Cuándo vas a querer? —Ahora —dijo ella.

Yo me sorprendí ante una respuesta tan inesperada y le pregunté de nuevo.

—¿Es esta tu firme voluntad que yo te bautice ahora?

—Sí. Yo quiero ser bautizada ahora, trae nomás el agua, yo la pido.

Enseguida comencé a enseñarla de nuevo. La encontré dispuesta y lista en un todo. Yo mandé enseguida en busca del agua del bautismo, de su nieto *Cithaalin* y su mujer *Ignacia Cainogquet*, hermana del *cacique Aletin* que debía ser la madrina. Después que yo le había referido todo lo necesario de saber y ella lo había afirmado, a la vez junto conmigo había despertado arrepentimiento y pesar como también fe, esperanza y caridad, inclinó ella misma su cabeza hacia mí y recibió el agua santa del bautismo y el nombre *Ignacia*. Después de terminado el bautizo un cristiano debería haber oído con qué expresiones ella me ha agradecido. Por ello mi corazón estaba lleno de alegría. *Cithaalin* por el consuelo no podía contener las lágrimas y todos los circunstantes estaban muy contentos. Después que hubimos conversado aún por un rato, monté en mi caballo y cabalgué para fuera de la aldea, pero apenas había yo llegado a la esquina de la plaza central cuando oí tocar las campanas por un fallecido. Cada cual puede imaginarse de qué modo yo me asusté: no saber antes de ningún enfermo y oír tañer por un fallecido. Yo cabalgué en seguida de vuelta para averiguar quién había muerto. En esto llegó a mi encuentro la noticia que la anciana abuela de *Cithaalin* ya había fallecido. ¡Milagroso destino de Dios! ¡Esta anciana en un cuarto de hora bautizada y también en el cielo! Lleno de consolación cabalgué por mi camino a la *estancia*, ya que antes remití tres varas de lienzo en las cuales fue cosido su cuerpo gastado.

CAPÍTULO VIII

Cómo Dios se dio a conocer a los *indios* mediante penas y beneficios

Dios se da a conocer a los *indios* también mediante castigos

Primer suceso

Pregunta: ¿Dios se ha dado a conocer a los *indios* también mediante castigos?

Respuesta: en tiempo de cuaresma cuando todo el pueblo se preparaba para la confesión pascual y ya era uso que en este tiempo nadie se alejara del pueblo para la caza u otra ocupación antes de haber hecho su confesión, un mozo de unos 30 años ya bautizado se tomó la libertad de ir a la caza. Su nombre era *Florian Conniogoinquin*. Yo visitaba los *indios* en sus chozas; ahí vi que él se preparaba por completo para salir al campo. Yo me acerqué a él y pregunté: —¿Para dónde *Florian*?

Él contestó con toda franqueza: —al campo, a cazar.

—¿Sabes —dije yo— que ahora es el tiempo de permanecer en la aldea, especialmente aquellos que aún no han hecho su confesión pascual? y tú eres uno de ellos; sería mejor que te quedaras aquí hasta haber confesado, luego podrás ir de paseo a caballo.

Él se rió muy despectivamente y dijo: —Pero yo iré ahora sin embargo.

—Bueno —dije— cuidado de cómo vuelves.

Él se encaminó y alejó cabalgando. Apenas había estado ocho días fuera de la *reducción* cuando ya volvió, pero fallecido pues un tigre lo había muerto. Sus compañeros no trajeron su cuerpo entero sino únicamente sus huesos en una bolsa pues la carne la habían quitado de los huesos y la habían enterrado en el campo pero querían que yo sepultara los huesos en el cementerio; pero yo me rehusé por que él había sido prevenido y asimismo no había querido conformarse con la confesión pascual; por lo tanto hice enterrarlo en el campo.

Segundo suceso

Un domingo después de oída la santa misa otro joven recién casado salió de la doctrina cristiana, quiso montar a caballo y cazar caballos cimarrones en el campo. Su madre le reprendió por que él descuidaba oír la doctrina cristiana y [le preguntó] si él no temía ser castigado por Dios en el campo. —Qué importa —dijo él— que yo muera aunque sea en el campo pero quiero esto.

Tercer suceso

A la tarde después de las dos ya vino su cadáver a la *reducción*: dos *indios* trajeron su cuerpo muerto que ya estaba echado tieso y atravesado sobre los caballos. Su madre corría delante del cadáver ululando y llorando con los gritos: —Ahí ves, hijo desobediente, el pago de tu desobediencia: tal como tú has querido, así te ha ocurrido.

De pronto escaparon de nuestra *reducción* dos maridos que abandonaron sus mujeres y se corrieron con tres mujeres seducidas y una criatura hacia la naturaleza silvestre; todos eran ya cristianos y querían vivir allí juntos en manera pagana. Nadie sabía de esto hasta que ellos estuvieron ausentes, pero yo lo supe pronto algunas horas después de su partida y [cuando] yo me encontraba en el campo con los segadores. Era

hacia las cinco de la tarde. Entonces no había que tomar otra medida sino que yo corriera tras ellos con cuatro o cinco *indios* lo que ocurrió también en compañía de *Aletin* y otros cuatro *indios*. Nosotros cabalgamos por el camino que conducía directamente a la naturaleza silvestre pero los fugitivos no han cabalgado por este camino sino que han cabalgado en derechura por las selvas. Cuando llegamos al río, recorrimos la costa por arriba y abajo y hallamos felizmente donde ellos habían pasado. No hubiera sido difícil para nosotros hallar la huella en la otra banda y correr tras ellos, pero la noche nos sorprendió en esta naturaleza silvestre con una espantosa tempestad y chaparrón. Entonces fue difícil hallar la huella porque todo estaba anegado. Así tuvimos que regresar sin cumplir el propósito y de nuevo tuvimos que cruzar tres ríos como en el viaje de ida. No hubiera sido tan insoportable si durante toda la noche y el día siguiente no hubiera persistido el continuo relampaguear y granizar [y] a la vez también un chaparrón tan fuerte. Todos estaban calados por completo por la humedad y yo debí cabalgar por todo el día hasta la noche con pies descalzos. Lo más difícil fue pasar los ríos pues no teníamos un cuero seco de buey para hacer el usual esquiife *misionero* para *pasar* el río; por esto tuve que cruzar sobre un caballo que nadaba. Esto se hacía así: *Aletin* se sentaba completamente desnudo sobre su caballo, pero yo con pies descalzos y ropa remangada estaba parado atrás sobre el caballo, abrazaba a *Aletin* y ambos cruzamos nadando con el caballo el río. Cuando hacia el anochecer nos acercamos a la *reducción*, envié adelante un [hombre] e hice enviarme por mi colega zapatos secos y medias. Llegué a casa muy fatigado y enfermizo porque había pasado 24 horas a caballo y sin comida. No pudimos obtener noticia de los fugitivos hasta pasados ocho días. Entonces oímos lo siguiente: que según su declaración en esa noche en que nos asaltó la tempestad, habían establecido su campamento nocturno no lejos de nosotros y ya habían encendido fuego en él. Si nosotros hubiéramos seguido cabalgando sólo quinientos pasos más, los hubiéramos encontrado; pero como por el fuerte viento y tempestad nosotros habíamos quedado parados ahí, ellos habían tenido tiempo de huir y habían marchado hacia la puesta del sol para allí dirigirse bien lejos hacia el norte a la naturaleza silvestre. Dios debe haber hecho ocurrir milagrosamente su destino sobre estos fugitivos: cuando ellos habían llegado frente a la *reducción* de Santo *Hieronymi*, llegaron a dar entre una cuadrilla de *indios* salvajes que de ningún modo los [hubieren] atacado como enemigos pero los dos cristianos escapados con sus tres mujeres no esperaron que se acercaran más sino que comenzaron en seguida de saludar con flechas a los *indios* y de tomar las lanzas pero los salvajes aún no cometían ninguna hostilidad sino que quedaron parados a cuarenta pasos de distancia delante de ellos. Los dos escapados llamados *Francisco Natacolec* y *Antonio Tieu* no cesaron de disparar flechas contra ellos y provocarlos con insultos por lo cual los *indios* se airaron, marcharon con toda fuerza contra ellos y mataron atravesándolos los dos hombres junto con las tres mujeres y la criatura ahí mismo. Dios los había bien enceguecido y hecho llegar a la contradefensa para que perecieran lo que según declaración de los *indios* no hubiere ocurrido si ellos hubieren sido pacíficos.

Igual suceso en otro

Este suceso no bastó para que algún otro se hubiera visto en el espejo en él. Un joven *indio*, casado desde dos años, llamado *Bartholomaeus Citai*, estuvo durante cuatro años en nuestra casa y servía a mi colega el *P. Canelas* por el cual había sido criado en lo mejor. Él tenía una linda letra, sabía leer y escribir el español, no tenía carencia en ropas, comida y toda provisión. En realidad él no era de condición de *cacique* pero ninguna hija de *cacique* quiso casarse con él³⁰⁰. El buen *P. Canelas* ya hacía muchos calendarios futuros³⁰¹ y creía que en este mozo se basaría alguna vez toda la felicidad del pueblo y si falleciere *Domingo* él representaría en realidad el lugar de éste. Él le casó con otra niña que si bien no era de condición de *cacique*, era sin embargo de una buena estimación, recato y devoción. El *Pater* le hizo construir tras la reducción pero en inmediación al pueblo en ladrillos sin cocer [adobes] una casita provista en su derredor con un angosto corredor y colocar también un cercado que debía servirle de jardín como también le había proporcionado desde *Santa Fe* muchos árboles frutales españoles. Él se ocupó también en obtener de sus buenos amigos y conocidos en *Santa Fe* para este mozo vacas, caballos y ovejas e hizo con su *Bartholomé* tales preparativos que yo temí en realidad que los *caciques* del pueblo con razón se resentirían. Sin embargo ellos callaron aunque yo noté un descontento en todos ellos. Mi *Sebastián*, un hijo de *Cithaalin*, también se había casado en el ínterin y eligió para su esposa la hija del *cacique Domingo* llamada *Estefanía*. ¿Qué hizo *Domingo*? Con ayuda de sus *indios* erigió inmediatamente su choza para *Sebastián*, una construcción aún más larga con dos puertas, una hacia la aldea, la otra al huerto al cual él había rodeado con varillas de cerco. Pronto se encontraron allí durazneros, manzanos, granados, *citrones*, limones, *Pomeranzen*, [naranjos] e higueras como si fuere en oposición al *Pater* y *Bartholomé*. Por todo esto podía notarse fácilmente un secreto descontento entre los *caciques* y también otros *indios* contra la solicitud del *P. Canelas* de crear a su muchacho *Bartholomé* una estimación en el pueblo. Yo le decía en frecuentes veces al *Pater* que se detuviera porque ello no causaría entre los *caciques* una buena sangre; la imparcialidad de los *misioneros* sería el mejor medio de mantener contentos a los *indios*; si por parte de los *misioneros* se hiciera algo especial para con los hijos de los *caciques*, no habría un peligro de ofender los *indios* porque ellos mismos estimaban más a éstos que a otros niños comunes. Pero él respondió que yo no temiere, todo cambiaría; él esperaba que su *Bartholomé* tendría aun como jefe toda la *reducción* bajo su mando. Yo le contesté: —¡En nombre de Dios con tal que fuere en mayor honor a Dios y felicidad del pueblo! La condición del mozo me hacía presente sólo que todo esto no ocurría de modo alguno en provecho del pueblo y yo deseaba que ello no progresara en daño y perdición del mismo. El *Pater* no experimentaría otra cosa que ingratitud y gran pesadumbre.

El *P. Canelas* trataba severamente al muchacho pero también le hacía todo bien; a él y a su mujer jamás faltaba ropa suficiente pues como el *P. Canelas*, un español americano, había nacido en *Tucumán* en la ciudad de *Córdoba* él recibía cuanto solicitara

300 / A pesar de las mencionadas buenas cualidades del *indio Citai*.

301 / Presagios o castillos en el aire.

de casa³⁰² para sus muchachos y sus mujeres. Llegó a tanto que sus cinco muchachos que nos servían en parte en la *sacristía*, en parte en casa, tenían vestimenta uniforme y ésa diferente de otros que todos los años eran vestidos por la aldea. Yo le aconsejé de nuevo que desistiere de todo esto; tal traje no era para los *indios* ni para edificación del pueblo, pero él dijo que nada del pueblo se empleaba para ellos y que todo esto procedía de sus padres como ocurría también en realidad. Como yo no podía remediar esto en otro modo, informé al *P. Provincial* del cual llegó una prohibición de proporcionar algo [especial] a sus muchachos salvo que fueren hijos de *caciques* a los cuales correspondía distinguir especialmente de los comunes. Por esto él trató de recibir a su lado dos hijitos de *Domingo* a saber: *Manuel* y el ahora difunto *Diego*. Él no los hubiera recibido si yo no hubiera sido un intermediario y hubiera prometido cuidar de ellos yo mismo. Yo sé bien qué reparos tenía *Domingo* para ceder sus dos hijitos al *Pater*: el motivo no era el *Pater* sino su sirviente *Bartholomé*. El vivía con su mujer hacía dos años; aquí debo recordar que *Bartholomé* antes de su casamiento contaba sólo dos años desde su bautismo pues hacía tres años que él había llegado con su padre a nuestra *reducción* desde la naturaleza silvestre como muchacho de ya diez y ocho años. Durante este tiempo yo notaba siempre que cuando venían a visitarnos desde la naturaleza silvestre semejantes mocitos con sus padres, nuestro *Bartholomé* se comunicaba con ellos muy amistosa y comúnmente [y] también secretamente corría hacia ellos en cuanto él podía faltar. Por esto yo aconsejé varias veces al *P. Canelas* que no permitiere este trato tan común y frecuente de *Bartholomé* con los mozos paganos y que tratara de impedirlo pues no resultaría nada bueno de ahí. —¡Ah, no! —dijo el *P. Canelas*— yo no recelo nada por ello; ¿acaso ellos lo seducirían? ¡Eso de ningún modo! Más bien es conveniente que él tome conocimiento con ellos; él convencerá a muchos para que no quieran volver con los suyos a la naturaleza silvestre sino quedar aquí al lado nuestro.

Ocurrió también que este nuevo apóstol *Bartholomé* tuviere la suerte de traer al *P. Canelas* algunos buenos mozos que enseguida se colocaron muy mansos en su derredor. ¡Qué mayor alegría pedía él sino que se realizaran sus palabras de que *Bartholomé* traería poco a poco muchos al pueblo! Ahí el *Pater* se empeñó con todas las fuerzas a enseñarlos, hacerles bien y mostrarles especial cariño. Sus conversaciones en la mesa fueron en mayor parte referentes a la habilidad de su *Bartholomé* de cómo este sabía atraer tan milagrosamente estas aves salvajes al pueblo. Yo no respondí otra cosa más que esto: que a mí también sería un placer si fueren atraídas aún más y de ahí en adelante no volvieron a ausentarse volando; que yo temía solamente que estas aves acaso fueren aves de rapiña.

¡Ah, esto no estaba bien dicho y uno no debía ser en seguida tan desconfiado!

Yo respondí de nuevo que no era ninguna desconfianza sino un cabal recelo. El tiempo lo enseñaría.

No mucho después mi *Bartholomé* estuvo harto de su mujer; en una noche se vistió

302 / *Haus*, voz usual en la Sociedad de Jesús para indicar la sede principal de la respectiva división eclesiástica.

bien a lo *indio* y desapareció con sus camaradas. Tras algunos meses supimos que el famoso apóstol *Bartholomé* había llegado felizmente a la naturaleza silvestre y ya se había casado con otra pagana. El *P. Canelas* recibió en esto su *ordination* de marchar a *Santa Fe* y permanecer allí *in Collegio*. Después de algunos años recibí otra vez una noticia desde la naturaleza silvestre que el *Bartholomé* quería volver de buen agrado pero que sólo temía al *P. Canelas* que le rechazaría. Inmediatamente di un informe a *Santa Fe* por el cual el *P. Canelas* tuvo la mayor alegría y en seguida me pidió insistentemente que yo hiciera todo lo posible para que volviere ese mozo: que enseguida lo mandara a *Santa Fe* a su lado al *Colegio*. Unos meses después llegó *Bartholomé* a nuestra *reducción*. Yo traté enseguida de saber si él tenía consigo aquella con la cual se había casado en la tierra selvática y supe que así era. Entonces todo me fue sospechoso otra vez; yo quise enviarlo a *Santa Fe* al *P. Canelas* pero *Bartholomé* no quiso de ningún modo hasta que al fin yo lo hube convencido. Él fue y se presentó al *P. Canelas* que lo recibió con la mayor amabilidad, lo retuvo a su lado *in Collegio* por catorce días y le dio por tres días una *recollección*³⁰³. Él hizo también una confesión general y a pedido del *P. Canelas* fue obsequiado por los españoles con muchísimas cosas varias. Ahora el *P. Canelas*, muy contento, me lo *recomendó* en todo el mejor modo. Esa misma noche se le vio aún en nuestra *reducción*; a la mañana ya no pudo verse *Bartholomé* alguno pues él había partido antes del día con su mujer salvaje y había marchado de nuevo a la naturaleza silvestre. Corto tiempo después tuvo ganas de invadir con otros salvajes en las antiguas *misiones* a orillas del río *Paraná*, llegó también a una *estancia* española donde él voleteó con otros en derredor de la casita y le tocó la desgracia de recibir en el vientre algunos perdigones bien cortados y quedar tendido muerto. Tal fue el fin infeliz de este apóstol.

Cómo también por
beneficios
especiales

Primer suceso

Dios ha demostrado también cómo Él se ha complacido de la ingenua pero firme Fe de los *indios*. Algunos *indios* me preguntaron qué remedios usábamos contra el dolor de cabeza o dolor de vientre pues ellos eran atacados frecuentemente por el *cólico*, especialmente cuando solían comer frutas de monte y beber agua fría encima. En aquel entonces no se me ocurrió realmente nada que yo podría indicarles como un remedio hecho que inmediatamente podrían tener a mano. Y yo les dije: ¡Hijos míos! en cuanto os comienza doler el vientre, tomad una ramita de árbol, haced de ella una crucesita, esa es de dos palitos atravesados el uno sobre el otro, así atada en cruz colocad ésta sobre el vientre y rezad con confianza un padrenuestro a Dios.

Hacía tiempo que yo había olvidado de lo que les había aconsejado contra el dolor de vientre; pregunté en un caso igual después de un año a los *indios* qué medicamentos tenían ellos en la naturaleza silvestre para curarse. Ellos me hablaron de diversas hierbas y raíces que ellos habrían encontrado buenas para tal o cual dolor. Al fin llegamos también al dolor de vientre; ahí informaron que hacían una crucesita de una ramita de un árbol, la colocaban sobre el vientre y rezaban con devoción un padrenuestro.

303 / Acción de contrición para demostrar su arrepentimiento.

—Esto no lo habréis aprendido en la naturaleza silvestre —dije yo, ¿quién os ha enseñado esto?

—Tú mismo —contestaron ellos y me recordaron las circunstancias en las cuales yo les habría dicho. Yo les pregunté de nuevo si esto les había curado. —Siempre cuantas veces lo hacemos —[contestaron].

Yo tuve conmigo en la ciudad de *Santa Fe* en el día de la fiesta del Santo *Francisci Xavierij* un excelente muchacho *indio* que aún no estaba bautizado, pero yo lo tuve al lado mío porque él mismo quiso quedar siempre a mi lado [y] por esto había abandonado su abuelo y abuela que lo habían traído consigo desde la naturaleza silvestre y aunque ellos habían vuelto a la naturaleza silvestre, él había quedado sin embargo junto a mí. Este muchacho todavía no estaba habituado a subir a las torres y andar sobre ellas. Cuando durante la misa hacíamos *música*, salió, erró las tablas y cayó hacia abajo por el mismo centro de la torre por unas brazas sobre unos escombros de ladrillos rotos; yo oí pronto la gritería de los circunstantes, salí corriendo del coro y vi al buen muchacho ya abajo parado sobre el escombro sin la menor seña de un daño o de dolores, ¡más! no se pudo encontrar en su cuerpo ni una seña o rasguño de que él se hubiera lastimado. Yo le pregunté si no le dolía nada. —Absolutamente nada —me contestó. Se vio en realidad que Dios había salvado especialmente de una muerte inmediata a esta criatura. Semejantes sucesos y salvaciones milagrosas de peligros de muerte vi muchos cientos de veces que ocurrieron ante mis ojos y humana o naturalmente jamás hubieren podido ocurrir.

Segundo suceso

Yo me hallaba con seis *carretas* o carros de dos ruedas a alrededor de cuarenta millas a distancia de mi *reducción*; sobre cada *carreta* se encontraban seis troncos que tenían tres cuartos de vara y un *diámetro* de tres cuartos y medio de vara. Viajábamos en la margen de un río cuya orilla y ribera tenían una altura de tres brazas. *Franciscus Regis* quien, como ya dije, había traído las viruelas a nuestra *reducción* conducía una *carreta* en la cual él estaba también sentado. A su parecer los bueyes no querían caminar derechos y parejos, por lo cual él picaneó al buey de mano en la lanza con su picana; este se alborotó, saltó hacia el costado y echó por la ribera abajo al muchacho junto con los troncos, *carreta* y demás bueyes. Hubiera bastado [para un milagro] que sólo el muchacho hubiere quedado ileso; [pero] no sólo él sino también la *carreta* quedaron sin rotura y los bueyes fueron sacados para arriba frescos y sanos. Semejantes cosas ocurrieron varias que en realidad uno debía considerar como que Dios quería darse a conocer especialmente a esta nueva cristiandad.

Tercer suceso

CAPÍTULO IX

Su ingenuidad

En realidad los *indios* son por lo general no tan simples que frecuentemente no den a conocer también de por sí algo inteligente, pero hay que deducir siempre en ellos lo que acarrea su simpleza, especialmente en aquellas cosas que ellos se imaginan como admisibles pero que en sí mismas son inadmisibles. Como algunos habían visto que sus *misioneros* tenían que *dispensar* en uno u otro mandamiento de la iglesia por motivos importantes o suficientes, creían que su *misionero* no podría tener dificultad alguna en desligarlos de bodas las demás cosas y darles cualquier permiso.

Uno solicita permiso para emborracharse

El primero fue *Thomas Capiacain*, un pequeño *cacique*³⁰⁴ estimado entre los *indios* a cuales pequeños *caciques* yo solía denominar *prophetas menores* o los pequeños *prophetas*. Éste debía haber tenido un entusiasmo y apetito especiales por querer emborracharse. La afición le atacó tan fuertemente que él viniera muy sumiso junto a mí y pidiera que yo le diera permiso para emborracharse a satisfacción todavía una vez y esa por última; con esto él no pediría más nada semejante de ahí en adelante; él ya se habría contenido durante mucho tiempo de modo que ahora no sería tan malo si él podría satisfacer por última vez su antojo. Yo le di suficientes razones de por qué no [él debía hacerlo] y él se hizo contentar con algunas almorzadas de hierba *paracuaria* o *té*.

Otro quiere entablar mala amistad con una mujer

Una vez vino muy confiado *Wenceslaus Quenagladin* junto a mí para conseguir un permiso. El pedido era aún más disparatado que el del anterior. Él pidió que yo le permitiera hacer un *lochiguemga*; yo entendí bajo esto un cuero de un vacuno cuando ellos traen para el pueblo el ganado de matadero y lo carnean para la comuna, pero por poco yo me hubiera engañado a mí mismo y le hubiera dejado partir con el permiso. Aquí hay que advertir cuánto denota esta voz *lochiguemga*; primero ellos denominan *lochiguemga* un cuero de cualquiera clase de ganado, *item* esta voz denota también el cuerpo de un ser humano; *item*: una nube, además la corteza de un árbol como también la cáscara de las frutas pero sin embargo ellos agregan [algún término] de donde se puede deducir cuál cuero, cuerpo o cáscara debe denotar; así la voz *lochiguemga* es entre ellos una voz común que debe ser distinguido especialmente como ser *Vacca lochiguemga* un cuero vacuno; *Ypiguem lochiguemga* una nube; *Coipac lochiguemga* corteza de un árbol; *Novelá lochiguemga* cáscara de nuez o baya; finalmente *salo lochiguemga* el cuerpo de una mujer y ése era lo que él pidió de mí le permitiera, como supe después aún a tiempo. Cuando este *indio* tan confiado vino ante mí y pidió de mí un cuero (yo supuse un cuero vacuno) dile bien dispuesto el permiso y mi *Wenceslao*³⁰⁵ tras el permiso obtenido se encaminó tan contento a su casa como si hubiera llegado a ser un nuevo novio, pero el *impedimento* le siguió al pie. Pues mientras él se alejaba de mi lado se me intrigó por cuál motivo él hubiera pedido un cuero en este

304 / Los «capitanejos» de nuestro lenguaje fronterizo.

305 / *Wencel* (Wenceslao) escrito en letra alemana y en sentido irónico.

día ya que éste no era día de carneada para el pueblo común ni [lo] sería al día siguiente; por lo tanto envíe enseguida en su busca, le mandé regresar y le pregunté por qué motivo él pedía de mí en tiempo tan extraordinario un cuero vacuno ya que el día de carneada para el pueblo sería más adelante.

—No —dijo él— no he pedido de ti ningún cuero vacuno sino *salo lochiguemga*, el cuerpo de una mujer que me place.

—Oh, hijo mío —le dije— éste es un pedido inconveniente que el sexto mandamiento prohíbe; en esto yo no puedo ayudarte. ¿Acaso te crees que éste sea sólo un mandamiento que yo he dado? ¡No! Es un mandamiento del Padre Celestial y yo no puedo actuar contra Él ni dar permiso a nadie a proceder en contra porque Él es el Señor Supremo y legislador al cual nadie se asemeja. Si entre vosotros un *cacique* prohibiera algo, ¿podrías tú contradecirle y dar permiso a otros a proceder en contra de su prohibición?

—Claro que no —respondió él— el *cacique* pronto me maltrataría y mataría.

—Por lo mismo —dije yo— no puedo permitir lo que Dios el Supremo Señor de todos los humanos ha prohibido.

El *indio* me dio la razón y dijo: —Yo había creído que tú podías dar el permiso, ahora ya sé que no; por lo tanto yo desistiré; ¡basta! yo ya no la quiero; sólo me he equivocado en mi creencia.

Yo no sé si ya he escrito algo de la misericordia cristiana *india*; es un suceso raro que ha ocurrido entre uno de mis *indios* y un escapado de las antiguas *misiones*. Yo debí hacer apuradamente un viaje a la ciudad de *Santa Fe*; a las cuatro de la tarde cabalgué desde mi aldea con la idea de haber hecho a la mañana temprano las treinta y cuatro leguas³⁰⁶ y estar en *Santa Fe*. En hora nocturna llegamos a un bosque espeso; vimos entonces ahí que debajo de un árbol el viento levantaba chispas de un fogón; ésta era una señal que poco antes unas gentes habían parado allí. Descendimos de nuestros caballos e hicimos un fuego para ver si podíamos encontrar la huella de las gentes que habían estado allí, pero no pudimos notarla porque la hierba era bastante alta salvo de que en un sitio estaba aprensada hacia abajo. Después que el fuego hizo llamarada, mi *Baltasar Davaguin* que me acompañaba como guía miró hacia arriba a los árboles y apercibió entre las ramas un recostadero que estaba hecho por ramas dispuestas al través; entonces mi *Baltasar* gritó hacia arriba que bajara el que estaba arriba. Como no ocurrió ningún movimiento, gritó por segunda vez con la amenaza que él subiría y mataría lo que encontrara, a lo cual el recostadero comenzó a moverse y descendió un hombre que por su cabeza rapada parecía ser un *guaraní* de las antiguas *misiones* y en realidad era un semejante. Él vino muy sumiso a besarme la mano; yo no entendía su lengua pero él sabía charlar algo en español, lo que yo pude entender y dijo que él era un *guaraní* escapado de una *barca* [de las] que vienen de las *misiones*. Como el *patrono* del barco le había azotado, se había escapado y buscaba dónde poder encontrar una reducción *india*. Mientras yo me entretenía en esta plática con él, mis *indios*

Un *indio* quiere matar a otro por misericordia

306 / Cálculo cabal y corriente aun en tiempos modernos en que se calculan con caballos de muda a trote y galope dos horas por legua.

lo contemplaban con ojos compasivos. Al fin *Baltasar* no pudo contenerse más y me pidió que yo le permitiera matar este *indio*.

—¿Qué pedido es éste? —le dije— En el quinto mandamiento de Dios no se prohíbe matar?

—Muy bien —dijo él— pero tú nos predicaste que nosotros debemos tener compasión de nuestros prójimos.

—¡Linda compasión —repuse— de matar un prójimo que jamás me ha ofendido!

A esto respondió *Baltasar*: —A mí me parece mejor matarlo antes de que él vague por la naturaleza silvestre y tal vez muera de hambre o sea desgarrado por un tigre.

Yo contesté a esto: —¿Pero él está obligado a permanecer en esta naturaleza silvestre? ¿No estamos aquí nosotros? ¿No puede él viajar con nosotros a la ciudad?

Entonces se le abrieron recién los ojos a mi *Baltasar* y dijo: —es cierto, yo no había pensado en esto. Así él puede viajar con nosotros.

Yo mandé dar un caballo al *indio*, él cabalgó con nosotros y en *Santa Fe* fue entregado nuevamente a su *barca* donde enseguida quisieron ponerle hierros, pero sin embargo no se hizo. Para seguridad le di una carta a su *misionero*.

CAPÍTULO X

De la fundación de una nueva población de San Pedro

Si bien en frecuentes veces fui requerido por orden del *P. Provincial* de constituir otras reducciones, no ocurrió sin embargo jamás que yo pudiera llegar a ello, pues mis *indios* no lo admitían y amenazaban que si yo partiera de su lado, ellos también abandonarían su *reducción* y conmigo viajarían a aquel lugar donde quiera que yo fuere. Ante tales noticias y resoluciones tampoco admitían los españoles que yo desde mis *indios* fuere enviado a otra parte, pues esta *reducción* era el valladar y toda la seguridad de la ciudad de *Santa Fe*. Por ello yo debí quedar por dieciocho años enteros en esta *reducción* y atender la salvación de estas almas.

Ahora como yo tenía gran deseo de penetrar aun más en este gran valle *Chaco* y buscar nuevos pueblos, pero no pude conseguirlo, resolví de traer a la verdadera *Fe* a lo menos los restantes de la *nación mocoví* que vivían aún como paganos hasta cuatrocientas leguas más adentro en el valle. Por esto resolví —sin comunicárselo ni a uno sólo de mis *indios*— de escribir al *P. Provincial* y solicitar permiso de poder hacer este viaje para dentro de la tierra silvestre. Pronto llegó la respuesta con esta condición: que mis *indios* estuvieren conformes con ello por lo cual yo les preguntara si lo admitían. Por esto ya perdí la esperanza de lograrlo de ellos; yo hubiera preferido haber podido decirles que esto ocurría por orden de mi superior. Sin embargo me atreví y animé a realizar mi deseo especialmente cuando los *indios* fueren asegurados por mí que yo no me separaría totalmente de ellos sino que quería volver de nuevo junto a ellos, y a la vez sabrían que yo no quería traer a la verdadera *Fe* algunos otros sino sus amigos y coterráneos. Yo les hice mi exposición, los notables me escucharon atentamente y no dijeron palabra alguna; ni sí, ni no. Sin embargo al fin ellos debieron responderme, pero la contestación por parte de *Domingo, Aletin* y *Nalangain* era negativa y decía: que esto no podía suceder ni que ellos querían permitir que yo emprendiera tan lejano camino; que yo no sería capaz de soportar todas las fatigas de un camino tan largo y en el camino moriría acaso por contratiempo. Ellos opinaban que fuere mejor que yo permaneciere en la *reducción*; que en lugar mío yo nombrara algunos *indios* de la aldea que entre ellos tuvieran una gran amistad y reputación; éstos efectuarían todo bien y cabalmente en lugar mío.

¿Qué iba hacer yo? Tuve que dejarlo valer. Por ello nombré diez *indios* notables y buenos cristianos que todos aceptaron con placer esta embajada y en algunos días estaban bien pertrechados de armas, bien provistos con caballos suficientes y *provisión* de carne secada al sol [charqui]. Yo hice prepararles una pequeña banderita blanca que de un lado llevaba pintada la imagen del Santo *Xaverij*, en el otro la imagen de la madre dolorosa de Dios por el motivo para que acaso no fueren considerados *indios* salvajes por los españoles que para la seguridad hacían recorridas al lado de sus ciudades y también en frecuentes ocasiones se hacían ver en la tierra silvestre y no llegaran

Mis *mocovíes* no quieren dejarme partir

Solicito penetrar más a la tierra silvestre

Recibo permiso del *P. Provincial*

Los *indios* no me dejan partir

Quieren partir ellos mismos en lugar mío

a tener una pelea. También les di un pasaporte con la orden que ni bien se encontraran con españoles ataran esta banderita en una lanza y la hicieren tremolar; que a la vez hincaran sus lanzas en tierra, avanzaran sin armas y mostraran el pasaporte dado. También les di a llevar muchos regalos para presentar éstos en mi nombre a los cote-rráneos salvajes, especialmente a los *caciques*.

Cómo parten

Todos cuantos fueron comisionados hicieron primero su santa confesión y comunión. En el día de su partida aparecieron todos con sus caballos, bolsas y fardaje al lado de la iglesia, entraron con sus lanzas y otras armas y durante el tiempo de la santa misa colocaban sus lanzas a las paredes de los muros laterales; hicieron la *comunión* después de la *comunión* del sacerdote. Cuando la bendición debía ser dada antes de la primera comunión, tomó cada uno su lanza y armas en la mano y recibieron la bendición. Después de la santa misa salieron de la iglesia, montaron en sus caballos, se colocaron en orden delante de la cruz y me esperaron. *Domingo, Aletin y Cithaalin* los arengaban entretanto: que invitaran a todos que quisieren [venir], que dieran un buen ejemplo a los paganos, se portaran como buenos cristianos y no se dejaran vencer de ningún modo de beber con ellos la *chicha* para que acaso no comenzaran turbulencias con ellos. Cuando yo también les hube dado buenos consejos, los dejé partir con la bendición y ellos prosiguieron justamente delante de la iglesia su camino fijado. El que cabalgaba con ellos como *cabo* o sea *comandante* fue *Nalagain*, un hermano de *Domingo*, el segundo *Xaverius Ybagguin*, *Lucas Quebachin*, *Thomás Capiacain*, *Hieronymus Quetogyin*, *Marcus Dinidin*, *Joannes Quilibitin*. Los restantes buenos mozos [eran] todos de los amigos y de la parentela de *Domingo*; ellos han estado afuera algunos días más de cuatro meses.

Uno de ellos se queda en la tierra silvestre

Regresaron con tres *caciques*

Mientras tanto hubieran en la *reducción* muchas nuevas noticias y avisos sobre nuestros viajeros que los *abipones* trajeron a mi pueblo, pero todas fueron sólo inventos y vana charla. Tras dicho tiempo supimos que mis apóstoles enviados venían de vuelta pero sin un joven *indio* y cristiano de nombre *Antonio Emagmec* que cual *Judas* separado de los demás había quedado atrás, pero que venía con ellos el *cacique* más notable *Elebogdin*, después en su nombre mudado en *Aamaquin* con otros seis entre los cuales había dos³⁰⁷ *caciques*. Yo ya tuve noticia cuando ellos distaban aún treinta leguas de mi *reducción*, envié al encuentro con ellos algunos *indios* con *Aletin* quien los condujo a nuestra *reducción*; todos vinieron en camino recto a mi casa y yo los recibí con alegría. Mis enviados habían desempeñado muy bien su cargo apostólico y los recién venidos quedaron conmigo por más de dos meses. Después de algunos días hice un viaje a la ciudad de *Santa Fe* y presenté estos *mocovies* recién venidos al *comandante*, quien los recibió muy amena y amablemente. Sin embargo ellos aún no le dieron seguridad alguna sobre su decisión aunque él los preguntara por frecuentes veces, pero al respecto le contestaron únicamente que ellos querían tratar todo esto con el *Pater* que los había llamado. Ellos fueron obsequiados copiosamente por los españoles, también

307 / En el original la nota marginal indica tres.

con vacas y ovejas, pero las cuales a su partida a la tierra silvestre dejaron a nuestro lado y entregaron a nuestro cuidado hasta que ellos regresaran de nuevo. Yo les di la elección si querían agregarse a mi pueblo o deseaban erigir una *reducción* especial. Ellos respondieron que les era más agradable que yo erigiera para ellos en un lugar más distante una nueva *reducción*. Yo concedí lo que ellos quisieron y lo que preferían los españoles en la esperanza de que mediante esto ellos obtendrían hacia la entrada del sol un nuevo valladar en provecho de su ciudad. Tras el transcurso de dos meses *Elebogdin* emprendió con sus compañeros el retorno a la tierra silvestre después de haber prometido llegar con su gente en tres meses. *Domingo* y *Aletin*, a quienes yo había encomendado muy empeñosamente que con todo celo aconsejaran a este *cacique* que volviere, han cumplido su cargo a mi entera satisfacción. Además *Elebogdin* era pariente de ambos. También nuestro *Cithaalin* les había murmurado en unas veces alguna cosa buena. En ocasión de su partida los acompañé junto con nuestros *caciques* más allá de una legua de camino y los despedí con palabras reflexivas e instrucción.

Como ahora yo tenía seguridad de su vuelta, hice todos los posibles preparativos tanto en la ciudad de *Santa Fe* como ante nuestro *P. Provincial* para que los *indios* al llegar encontraran enseguida un lugar donde establecerse como también suficiente alimentación. El *comandante* de la ciudad comenzó a hacer dificultades para erigirles una nueva *reducción* y opinó que era mejor que se agregaran a mi *reducción*. Entonces ya noté que el mal enemigo comenzaba a jugar y hacer dificultad para impedir la conversión de estos paganos. En lo que concernía a los vecinos de la ciudad, estuvieron todos muy conformes que se erigiera una nueva *reducción*, para lo cual prometieron contribuir no sólo con ganado de consumo, sino también con el ornato de la iglesia y trastos caseros para los *misioneros*. Yo noté también que el *comandante* de *Santa Fe* tenía el propósito de hacer los preparativos en tal modo para que la fundación de la *reducción* fuera atribuida por completo a él que como tal esperaba por esto recibir del rey su ulterior concepto y ascenso para él y sus hijos. En máximo modo le fastidió que yo ya había dado noticia a nuestro *P. Provincial* y por éste al *Gouverneur* de *Buenos Aires*, pues él hubiera sido de buen grado el primero en haber comunicado esto al *Gouverneur*. Mientras tanto sin que yo supiera de ello, marchó con ochenta hombres desde la ciudad hacia el *Oeste* y quiso elegir allí un lugar donde debía establecerse la nueva *reducción*, lo que de ninguna manera era usual de determinar sin la presencia del *misionero*. Yo lo supe recién después de hecho el asunto e hice una carta al señor *Comandante* en la cual yo le aconsejaba que en este asunto debía guiarse más por el parecer de los *indios* que por el suyo propio, pues había una orden del Rey que a los *indios* que querían convertirse se les dejara la libre elección de establecerse allí donde les gustara más, porque de otro modo no permanecerían. También le recordé de aquellos cambios que habían ocurrido desde un principio con mi *reducción* del Santo *Xaverij*, por eso que no esperara que acaso por inconveniencia del contorno se diera motivo de establecer varias *reducciones* con una pérdida de tan gran trabajo y gastos que tal vez serían inútiles en cuanto los *indios* se encontraran a disgusto. La respuesta fue

Solicitan una
reducción especial

Malas gentes y
el mal enemigo
quieren impedir la
reducción

El *comandante* busca
un lugar para la
nueva *reducción*

Yo mismo
inspecciono y
hallo muy
impropio el lugar

Los mismos
españoles
desestiman ese
lugar

que yo tomara buena vista del contorno; que éste era completamente conveniente y si ellos no quisieren [estar] ahí, no habría esperanza de fundar en otra parte una nueva *reducción*. Y sino ellos podrían agregarse a la *reducción* del Santo *Xaverij*; el lugar determinado se hallaba al lado de un gran lago y los bosques estaban también ahí cerca.

A esta respuesta marché con *Domingo Nevedagnac* y otros *indios* a inspeccionar el lugar; si bien he estado allí por frecuentes veces, no he contemplado tan pensativo toda la región. Mis *indios* y especialmente *Domingo* me dieron plena noticia de ella y también la despreciaban; pero para poder indicar fundadamente en el lugar todos los defectos quise inspeccionar todo yo mismo. Cabalqué hacia allá; el lago era incomparablemente grande, el agua era dulce, él fue llamado *Laguna Blanca, die weisse See*, pero el defecto era que en la estación seca el agua se retiraba hasta 60 ó 70 metros y remanecía hasta el agua un hondo pantano que exhalaba de sí, también durante el calor permanente, un hedor muy malsano de peces y barro. ¿Dónde iban a proveerse en conjunto los *indios* con agua sin hundirse en el barro?, ¿dónde iban a lavar?, ¿dónde bañarse? y, ¿qué iban a tomar?, los cuales tres asuntos son necesarios. Yo recorrí cabalgando toda la región en el derredor y encontré que era preciso abatir un retazo muy grande de bosque y sin embargo la aldea estaría situada entre puros bosques donde no puede soplar viento fresco alguno; por lo tanto los *indios* bajo el peligro de una peste estallada debían perecer por el máximo calor. Si se quería hacer agricultura, era preciso talar otro gran retazo de bosque junto con la raíz; fuera de esto los bosques estaban infestados de tigres y leones, no [había] campo para el ganado que por ello debía pacer en los bosques donde los tigres nos hubieran devorado todos los terneros y potrillos y ahuyentado el ganado; junto con esto [había] aun infinitas moscas³⁰⁸ y mosquitos que no hubieran dado reposo por noche y día a las gentes ni al ganado.

Yo comuniqué todo al *Comandante* y le solicité que él considerara esta gran inconveniencia. Todos españoles de la ciudad me daban la razón y hasta los soldados que habían marchado con el *comandante*, desestimaban este lugar. También recomendé al *comandante* que tuviera bien en vista tres asuntos que eran sumamente necesarios para una *reducción*: primero agua buena y permanente para la bebida, extensos campos de pastoreo para el ganado y la leña en la cercanía; si faltaba uno de estos [elementos] no era conveniente ni para gentes ni el ganado establecer una aldea. A la vez este lugar era el paso más habitual de los *indios* salvajes; ¿acaso era al objeto de que nosotros nos batiéramos de continuo con ellos para que la ciudad de *Santa Fe* estuviere en tranquilidad continua? Esta no era la opinión del Rey ni el cargo de los *misioneros* que ellos con sus *indios* representaran una guardia perdida. Yo esperaba primero la llegada de los *indios*, luego éstos elegirían el lugar que fuere el más apto para su domicilio. El *comandante* estuvo descontento con mi carta, pero esto me importaba poco; yo hice enseguida un informe completo al *Gouverneur* en *Buenos Aires*, del cual recibí también una respuesta que fue favorable a mis observaciones. Entretanto yo callé hasta que llegaron mis nuevos *indios*.

308 / *Gelsen*. Voz hoy desusual.

A los tres meses el *cacique Elebogdin* con cuatrocientas almas se hallaba aún distante de mi *reducción* por unas treinta leguas; él me comunicó su arribo mediante cuatro *indios* enviados e indicaba el día de su llegada a nuestra *reducción*. Yo le envié al encuentro unos diez vacunos y le hice decir que él no penetrara enseguida a nuestra *reducción* sino que esperara a una media legua de distancia de nuestra aldea hasta que yo lo buscara. En el día en que él había llegado al campo indicado permaneció ahí al mediodía; a la tarde yo hice montar a caballo todos mis *indios*, todos aparecieron con las lanzas enhiestas y los llevé al encuentro en buen orden. Al aperebir desde lejos nuestra marcha de llegada, los salvajes se aprestaron; estuvieron ya a caballo cuando nosotros llegamos junto a ellos. Después que yo y todos los buenos amigos los habíamos saludado, los tomamos al medio; mis *indios* cabalgaban a ambos lados con lanzas levantadas bien altas, pero ellos [iban] en el centro y arrastraban sus lanzas lo que entre ellos es una señal de amistad. Yo cabalgaba con mis *caciques* al lado de *Elebogdin* que cabalgaba como primero por delante de todos los suyos. Cuando llegamos al pueblo, se tocaron todas las campanas y toda la gente saltó para fuera de sus chozas para ver y saludar los nuevos huéspedes. Esto ocurrió en el año 1763. Yo los instalé fuera de la *reducción* bajo una *allée* [alameda] de árboles muy altos y umbrosos que los españoles llaman *Umbú* [ombú], pero mis *indios Nacalmayo*, y que distaba de mi *reducción* quinientos pasos; les di para el consumo diez vacunos por la semana; no pedí devolución alguna de cueros y sebo y los dejé a los que lo quisieren tomar, pero para cada vacuno se designaba uno de ellos que debía revisar que cada uno tomara aquel cuarto que le era destinado y concedido. Tras algunos días conversé junto con mis *caciques* con el *cacique* nuevo *Elebogdin* sobre lo que concernía a la fundación de la nueva *reducción* y escuché su opinión. Yo le nombré el lugar donde el *comandante* de *Santa Fe* pensaba instalarlos y solicité su opinión y la de otros *caciques* al respecto. Todos desestimaron al unísono este lugar que les era conocido mejor que al *comandante*; ninguno quiso consentir ni en establecerse en ese lugar ni en establecerse en nuestra *reducción*.

Yo cabalgué hacia la ciudad con *Elebogdin*, otros dos *caciques* y mi *Domingo* y *Nalangain*; yo sólo saludé al *Comandante* y le dije que desde la tierra silvestre habían llegado hasta cuatrocientas almas con el propósito de convertirse y fundar una nueva *reducción* en la seguridad que seguirían aún otros más; con su consenso yo se los enviaría para que él mismo tratara con ellos. Él estuvo conforme, pero no hacía tan grandes *cumplimientos* que antes. Yo no pude remediarlo y tuve que contentarme con su amabilidad. Los *indios* junto con sus dos ángeles protectores *Domingo Nevedagnac* y *José Nalangain* fueron enviados al *comandante*, pero él encontró que las proposiciones suyas, si bien amables pero equivocadas, no quisieron tener efectos. Él les dio una mala esperanza de componer una *reducción* si ellos no querían establecerse en el lugar indicado por él. Ellos se retiraron de su lado muy malcontentos y enseguida solicitaron al día siguiente que yo cabalgara de vuelta con ellos a la *reducción*. Yo conté al *P. Rector* todo cuanto el *comandante* había hablado con ellos y marché a casa con mis

En el año 1763
llega desde la tierra
silvestre el *cacique*
Elebogdin con 400
almas

Yo presento al
comandante este
cacique

El *comandante*
rehusó admitir otro
lugar que el indicado
por él

Obtengo permiso
del *gouverneur*

Marchamos a la
tierra selvática a
buscar un lugar

Hallamos un buen
lugar

indios. Los *indios* nuevos junto con sus *caciques* se volvieron aún más malcontentos y quisieron aprontarse ya para regresar, pero sin embargo yo obtuve que se quedaran hasta que yo tuviere una contestación del *P. Provincial* al cual yo informé de todas las circunstancias y a la vez comuniqué mi resolución de que yo, sin ayuda alguna del Rey y ni de los españoles, mantendría estos *indios* mediante las entradas de mi pueblo hasta tanto yo obtuviere el *consenso* de establecer esta nueva *reducción*. El *P. Provincial* escribió enseguida al *Gouverneur* y al obispo que yo quería llevar a la realización la *reducción* sin el menor socorro de los españoles, que él permitiera nomás que yo pudiera elegir con los *indios* un lugar conveniente donde fuere oportuno establecer la *reducción*. Pronto llegó la decisión y la orden al *comandante* que yo eligiere con los *indios* un lugar de mi agrado; y adonde yo determinara me ayudara el *comandante* con ciento cincuenta hombres a erigir la iglesia, las viviendas de los *misioneros* y de los *indios*. ¡Entonces hubo fuego en el techo! Yo escribí al *comandante* que de acuerdo con el buen parecer del *Gouverneur* de *Buenos Aires* y de acuerdo con su permiso especial emprendía viaje con mis *indios* a buscar un lugar conveniente para la nueva *reducción*; que él tuviera la amabilidad y me enviara los hombres auxiliares designados al efecto en cuanto yo hubiere hallado un buen lugar. El *comandante* no me contestó ni una palabra. Yo marché penetrando con mis *indios* en la tierra silvestre; revisamos todos los rincones por todos lados, hallamos en verdad las más bellas regiones pero todas deficientes, ora de agua dulce permanente ora de campos suficientes y tierras de pastoreo para el ganado; esto duró hasta al cuarto mes. Lo que yo he padecido durante este viajar de acá por allá a causa del calor, vientos, lluvias y tormentas, hambre, sed y plagas *egipcias* de sabandijas sea encomendado a Dios, todo lo cual le he sacrificado de todo corazón. Después que no habíamos encontrado nada fuera de un campo donde podríamos haber erigido una *estancia* o prado para el ganado, marchamos hacia el anochecer [oeste] y a ocho leguas de este prado para pastoreo³⁰⁹ llegamos a una colina que estaba en pleno bosque: junto a esta colina había muchos lagos grandes de agua no del todo dulce sino algo salobre que era aún buena a beber por el ganado. Al otro lado de esta colina hallamos un río angosto que acá y allá tenía hondos remansos muy ricos en peces y bien habitados por *crocodilos* [yacaré] de los cuales vimos nueve juntos acostados bajo el sol en la orilla; ya en el primer día yo maté enseguida tres de ellos con mi fusil. Hacia el Oeste hallamos campos extensos y anchos: de inmediato al otro lado del río un bello terreno para agricultura; desde la colina donde estábamos parados pudimos ver hacia el Norte y el anochecer hasta a ocho leguas; el lugar distaba de mi *reducción* alrededor de diez y seis leguas. Los bosques también estaban muy cerca, pero no en forma encadenada sino como islas repartidas distantes poco entre sí; el bosque grande que se extendía hacia el Norte por algunas cien leguas distaba seis leguas de ahí. Yo convoqué todos mis compañeros a la colina que contemplaran bien esta región; inquirí al *cacique Elebogdin* por lo que él opinaba si este lugar le era conveniente. Él estuvo contento y conforme. Yo le previne que confesara sinceramente lo que

309 / *Hutweide*, término desusual; denota prado de ganado bajo cuidado.

él opinaba; él permaneció constante con todos los otros [diciendo] que ellos querían vivir ahí. Bien —dije yo— es necesario que este bosque sea desmontado. ¿Queréis poner mano a la obra junto con nosotros? Yo procuraré suficiente herramienta para ello. Todos asintieron en colaborar.

Nos quedamos aún por un día y el otro a inspeccionar totalmente el contorno y a revisar todas las islas boscosas [para ver] la clase de los árboles que fueren aptos para la fundación del pueblo. Después cabalgamos de vuelta al lugar que habíamos elegido para el ganado [y] comenzamos a levantar el cerco. Yo hice llevar allí cinco carros de carga y muchas otras yuntas de bueyes desde mi pueblo, junto con hachas y varios ayudantes [éstos] abatieron los árboles para hacer el cerco y los condujeron al lugar. Yo tuve como ayudantes hasta unos ochenta *indios*, en parte de los nuevos, en parte de los de la *reducción*. En un mes habíamos abatido cuatro mil troncos y erigido el cerco desde un árbol al otro como *palizadas*, también [habíamos] erigido las chozas para el cuidador de ganados y una para el *misionero* para que él tuviere una vivienda cuando él debía llegar ahí para marcar o revisar el ganado.

Levantamos un cerco para el ganado

Yo di informe al *comandante* y le pedí enviarme los auxiliares destinados a la fundación del pueblo; que yo ya había elegido yo mismo un buen lugar para éste. Él me respondió que a causa de impedimentos él aún no podía hacerlo; que yo tuviera paciencia para tiempo ulterior. Como yo ya tenía todo preparado y los *indios* estaban aún en pleno celo, viajé con ellos hasta la colina designada y comenzamos a clarear [a hacha] el bosque. La colina ya había sido despejada, pero el *comandante* no hizo oír nada de él. Yo tomé de nuevo los árboles y [los indios] hicieron un cerco muy extenso de varios miles de palizadas; construí un largo cobertizo que debía servir para iglesia; mi vivienda era como la primera en la *reducción* del Santo *Xaverij* y aún algo peor, pues allí tenía yo una choza entera rodeada con cueros, pero ¿cómo vivía yo aquí? No como un gitano sino como un cabal *indio* salvaje, pues ella era medio abierta igual a una tienda de mercader en la feria; ahí debí soportar lluvia, ventarrones y espantosas tempestades y permanecer días y noches enteras bajo puro fuego de granizo, abajo pura agua, arriba pura lluvia.

Solicito del *comandante* los auxiliares

Yo pedí de nuevo al *comandante* me enviara el socorro indicado por el *Gouverneur*, pero él contestó: que él tenía todos sus soldados [destacados] en *piquetes* y otros servicios reales, que yo tuviera paciencia. Así sucede: cuando un *misionero* trata de aumentar el honor a Dios y el bien de las almas, los hombres de mundo en cambio, que en ello son los menos expertos, quieren dar las medidas al respecto con el único propósito de agrandarse y vender mercancía ajena como propia. Yo debí conformarme con esta respuesta y esperar hasta que él mismo se fastidiara de su oposición.

Mientras tanto yo tomé seis carros de carga con suficientes ayudantes de entre los *indios*, busqué un bosque de palmeras de árboles convenientes para construcciones que yo encontré a diez y seis leguas por el lado del *Oeste* de mi *reducción*, haché hasta mil palmas y cargué seis carros, los demás los apilé para que secan algo. Aún no se oía nada del señor *comandante* y de su gente auxiliar. Al fin comencé a escribir con

Reúno materiales para la edificación

Escribo una carta
agria al
comandante

una acritud muy serena: que él considerara lo que yo debía realizar con su ayuda; una de las cosas más importantes sería que uno no debía rehuir ninguna fatiga ni trabajo ya que servían tanto para la salvación de almas de personas extrañas y de la propia como también para la seguridad de la ciudad y de su persona: y para que ocurriera lo más pronto que él tuviera el mayor cuidado especialmente porque era la orden severa de su *Gouverneur* de contribuir con pronto socorro; que ya habían pasado dos meses que le había llegado la orden de su superior, pero yo había tenido paciencia hasta ahora y había aportado suficientes *materiales* lo que no había sido ni en lo más mínimo mi obligación ni la exigencia por el Rey y por su *Gouverneur*. En caso que él no ayudara, yo solo fundaría la aldea junto con la iglesia y viviendas de los *indios*, pero que *protestaba* que el señor *comandante Don Francisco Antonio de Vera de Muxica* fuera a comunicar al señor *Gouverneur* que la *reducción* ya había sido construida, pues eso concernía sólo a mí y mis empeñosos *indios*. Que él recordara la orden del Rey por la cual éste encomendó seriamente a todos los *Gouverneurs* y *comandantes* de las ciudades en *Indias* que ellos apoyaran lo más diligentemente a las nuevas reducciones y les ayudaran a erigir sus primeras aldeas, también si los *misioneros* lo estimaran conveniente, pusieran a su disposición una guardia de cuerpo de ocho o diez hombres como fuese necesario. Yo no precisaría una guardia de cuerpo, pero que aparecieran los correspondientes colaboradores los que yo esperaba ya desde dos meses; entretanto yo quedaba con la esperanza de ver pronto en este contorno los solicitados auxiliares.

Envía cincuenta
hombres

En lugar de la respuesta el *comandante* envió cincuenta hombres bajo el mando de un *sargento mayor Don Hieronymo de Leyes* que era un excelente y el mejor amigo de los *indios* y muy favorable a mí y al cual yo siempre visitaba cuando yo viajaba a *Santa Fe* (porque él tenía su *estancia* en el camino a ocho leguas de distancia de la ciudad); también era hospedado en un todo junto con mis compañeros *indios*. Este hombre era el verdadero al cual desde tiempos hubiera tenido de buen agrado conmigo pues yo podía hablar sinceramente con él porque él era buen cristiano y hombre fervoroso; mis *indios* lo conocían muy bien y también lo amaban.

El *comandante*
viene en persona

Yo aproveché esta ocasión y ambos estuvimos de acuerdo que en parte íbamos a comenzar a hachar la madera necesaria, en parte a hacer ladrillos *egipcios* [adobes] para erigir la iglesia con tal pared. Todo estuvo acorde y conveniente; todos trabajábamos con seriedad y ahínco de modo que en catorce días tuvimos junto con la madera preparada diez y seis mil ladrillos listos. Al fin tras estos catorce días pasados vino el mismo *comandante* y trajo consigo todavía sesenta hombres. Yo hice montar a caballo todos los *indios* y cabalgué a su encuentro; todos estuvieron amables conmigo, únicamente el *comandante* puso semblante hosco contra mí, pero yo le di la bienvenida con verdadera amabilidad. Desde lejos él vio ya las pilas de ladrillos.

Yo tuve que oír de
él palabras
fastidiosas

—¿Qué es esto? —me preguntó.

Yo respondí: —Son *materiales* para la casa de Dios.

—¿Así que Ustedes se han ocupado con esto hasta ahora? ¿para qué? ¿acaso debemos erigir un gran templo?

Yo tuve que esforzarme mucho para no responderle lo que entonces se me ocurrió, aunque tenía muchas ganas. Yo lo acompañé hasta el campamento de los otros; en el camino él empezó a chocar de continuo, pero yo quedé en mi anterior *humor* de responderle poco hasta que llegamos al lugar y sitio donde los primeros cincuenta hombres habían levantado sus tiendas, los que todos a caballo junto con su *Sargento Mayor* lo recibieron. La primera plática del *comandante* se dirigió contra el señor *Sargento Mayor* al cual increpó tan airadamente en mi presencia que todos los soldados se fastidiaron por ello. Yo no demoré mucho, le hice mi plática de despedida y cabalgué con mis *indios* hacia mi alojamiento.

Él vino a la mañana a oír la santa misa después de la cual yo me encaminé a mi choza. Él mandó sus soldados a tal o cual trabajo, dejó acostados todos los palos, palmas y ladrillos como si no quisiera emplear nada para la edificación. Cuando este señor vio que yo me quedé sentado con mis *indios* (pues ni yo ni mis *indios* teníamos la obligación a colaborar en la edificación porque la orden era que el *comandante* con sus soldados edificaran todo), quiso entonces que yo le mandara el bosquejo de la aldea entera que yo había hecho. Yo le envié en realidad el bosquejo, pero a la vez hice encomendarme a él y pedir que él construyere a su albedrío la iglesia, viviendas y aldea, yo no tendría nada que hacer en esto; los *materiales* preparados, ladrillos, postes y palmas me servirían muy bien para mis propósitos. Que edificara nomás todo como él quisiera; él tendría entre sus soldados suficientes artesanos que entenderían bien la edificación; entretanto yo atendería bien mi cargo, el que era de instruir a los *indios* en asuntos de la Fe. Yo estaba ávido de ver qué emprendería él por lo primero. Él conoció bien que él aún con toda su gente no terminaría a construir en cuatro meses la aldea, la iglesia y viviendas de los *misioneros*; sus *oficiales* también le aconsejaban fuertemente que él empleara los *materiales* preparados con los cuales él podría tener listo todo ya en algunas semanas; que había muchos gastos para el Rey de mantener esta tropa durante tantos meses y la ciudad junto con sus establecimientos quedaban abandonados y en peligro de ser devastados por los infieles (pues los más eran vecinos casados de la ciudad); que a la vez me solicitara que yo ayudara con mis *indios* para que todo se realizara rápidamente. El señor *Comandante* reflexionó muy bien sobre todo.

Al siguiente día vino de nuevo a asistir a la santa misa y permaneció en la iglesia o para decir mejor bajo el cobertizo levantado hasta haber yo explicado a mis *indios* la doctrina cristiana después de la misa. Tras esto él mismo me visitó en mi choza y preguntó qué tenían que hacer mis *indios* durante el día. Yo le contesté con toda cortesía que algunos se enviaban al bosque, otros al cultivo del campo para que a comienzos del mes de *Augusti* pudiéramos cultivar. ¿No sería mejor —dijo él— si Usted les hiciera la propuesta que ellos ayudaran en la construcción del pueblo?

—Señor —respondí— a esto estuve yo resuelto junto con mis *indios* pero como yo vi que mi trabajo anterior y preparativos no servían para nada, no quise causarles un mayor descontento; por esto he querido dejar enmendado todo a vuestra disposición

Dejé que los españoles trabajaran solos

Sus oficiales le instigan fuertemente

El *comandante* me visita

Él me encomienda la atención de la edificación

pero si a Usted le fuere un apoyo con la ayuda mía y de mis *indios* estoy dispuesto y pronto para todo.

Esto bastó para que el señor *comandante* ordenara que todos tomaran los *materiales* preparados y los emplearan para la edificación. Ahí hubo un júbilo entre los soldados españoles que por ello se esperanzaron de terminar pronto la obra y regresar a sus viviendas. Yo mandé a todos mis *indios*, especialmente a los cuarenta hombres que yo había traído conmigo desde mi *reducción*, que demostraran que ellos también podían trabajar. El *comandante* me solicitó a la vez que yo realizara a mi antojo mis ideas en esta edificación. Así yo vine a ser el arquitecto dirigente en todo. Los españoles me obedecieron como los mismos *indios* míos, trabajaron con placer y alegría de modo que el *comandante* que durante el día venía de visita varias veces se alegraba él mismo por ello. Todo progresó tan rápidamente que en tres semanas vimos terminada toda la aldea junto con la iglesia [edificada] en ladrillos egipcios [adobes] y las viviendas de los *misioneros* lo que contentó mucho al *comandante*. Yo fui invitado casi diariamente a su mesa y como él ya quiso marcharse, me entregó en nombre del Rey dos leguas *a fondo* y cuatro leguas *a frente*, ésas son dos leguas por el lado del *Sud* y cuatro leguas por el lado del *Norte*; por el *Löst* [este] tantas cuantas yo necesitara. Todos los *indios* y también los soldados españoles llegaron a caballo a la plaza, se pusieron en orden a ambos lados, el *comandante* estuvo parado al lado de la iglesia, yo a su derecha y el *cacique Elebogdin* a su izquierda. El *comandante* tomó de las manos a mí y al *cacique* y así cruzamos juntos la plaza. Él dijo sus frases como entre los españoles es usual en la entrega donde todo se hace en nombre del Rey como sigue: Yo, *Francisco Antonio de Vera y de Muxica* como comisionado entrego en nombre de Su *Majestad* Real a ti, *Florian Baucke*³¹⁰ y al presente *Elebogdin* este suelo y terreno como propios etc. y esto sea en nombre de la Santísima Trinidad.

Construimos todo en tres semanas

Cómo ocurrió la entrega del lugar

Durante las continuas frases el *comandante* se inclinaba, arrancó por tres veces la hierba del suelo sobre el cual marchábamos y me la entregó a mí quien debí echarla al aire. Con esto toda la *ceremonia* había terminado y ningún extraño podía acercarse por dos leguas al costado del *Sud* y por cuatro leguas al costado del *Norte* y establecer acaso allí su vivienda o realizar la cría de ganado. Tras el asunto realizado marchó de regreso a la ciudad junto con sus soldados el *comandante* al cual yo acompañé por media legua con mis *indios* y me despedí.

Recelo de mis *indios* de S. Xaverij

Hay que notar lo que hicieron mis *indios* en la *reducción* del Santo *Xaverij*. Ellos recelaron que al final yo no retornaría hacia ellos y que como yo estaba tan empeñado en la fundación de esta *reducción* me decidiría después de terminadas las viviendas y la iglesia permanecer en esa *reducción* del Santo *Petri*. Por esto se llegaban alternativamente en treinta y también cuarenta hombres desde *S. Xavier* a la nueva *reducción*, permanecían a mi lado por un mes entero y ayudaban en todo; esto ocurrió por todo un año. En el ínterin yo me ocupaba en pacer mis nuevas ovejitas en la necesaria

310 / Corresponde escribir *Paucke*. Por la misma confusión producida por el probable dictado en muchas otras veces se introdujo también este error de escribir *Baucke*.

doctrina y enseñanza; hice preparar y sembrar el campo de labranza para la comuna como también un campo de labranza para cada indio. Yo planté un gran huerto para el cual yo había hecho en la *reducción* del Santo *Xaverij* unos buenos viveros de diversos árboles de *Orangerie* [cítricos], de pomos de *granado* y de otras [manzanas] como también de otras buenas frutas.

Yo sembré con algodón dos campos de cultivo que ya en el primer año me dieron veintiséis quintales. Yo arreglé todo en el pie y la *manera* como yo lo había hecho en la *reducción* S. *Xaverij*. Los *indios* nuevos ya estaban más dispuestos al trabajo y al cristianismo pues ellos comparecían asiduamente en la iglesia aunque eran todavía paganos. No bauticé a ninguno salvo que él lo hubiere solicitado ya por algunas veces y oído asiduamente la doctrina cristiana. En el primer año obtuve tanto que bauticé ya ciento once entre adultos y chicos y casé trece parejas *in face Ecclesiae*. Estuve solo todo el año sin colaboradores pues en *San Xavier* había dejado a mi colega espiritual; como éste ya había estado algunos años entre los *abipones* en la *reducción* del Santo *Hieronymi*, no tuvo dificultad en aprender la lengua *mocoví* y poseer suficiente conocimiento³¹¹ de ella para que yo pudiese confiarle el pueblo. Entre tanto yo procuraba obtener del P. *Provincial* dos nuevos *misioneros* que aprendieren poco a poco la lengua *mocoví*; los obtuve pronto desde *Córdoba*; al primero de nombre P. *Antonio de Bustillos* lo tuve conmigo, envié al pueblo del Santo *Xaverij* el otro, a saber P. *Raymundum Wittermayer*³¹² hijo de un holandés recién converso a la Fe en *Cádiz* donde él fue comerciante.

Yo permanecí aún algunos meses al lado de mis nuevas ovejitas: en el ínterin colecté entre los españoles un *socorro* en ganado, caballos y ovejas para mantención de mis *indios* y recibí en realidad hasta setecientas cabezas de ganado vacuno, alrededor de cincuenta y dos caballos y doscientas seis ovejas. Pero para que yo no pudiera carnear las vacas (pues las más ya tenían terneros porque los buenos españoles habían elegido tales a propósito y me las habían enviado a la nueva *reducción*) tomé de mi otra *reducción* el ganado de carnear e hice guardar estas vacas. En este año obtuve hasta quinientos terneros.

Después que había arreglado bien todo en la *reducción* del Santo *Petri*, llegó el año 1765 en que entré de nuevo a mi antigua *reducción* S. *Xaverij*. Si bien todo ocurría muy gloriosa y pacíficamente en nuestras nuevas *misiones*, no hubo sin embargo paz ni tranquilidad en las viejas y grandes *misiones* a causa de las persecuciones que padecían de españoles y portugueses: éstos querían extrañar por completo todos los *misioneros*. La persecución duraba con el mayor celo ya desde diez años. Desde Portugal y España llegaron diversas noticias que cada vez más afirmaban que los *jesuitas* tendrían

Bautizo 111 de los
indios nuevos

Recibo dos nuevos
misioneros

Y 700 cabezas de
ganado astudo

Regreso a mi antigua
reducción

Persecución de los
jesuitas

311 / En S. *Gerónimo* habitaban *abipones* con lengua algo parecida al *mocoví*. Debe tratarse del irlandés *Pedro Poule* trasladado a S. *Pedro*.

312 / En la lista jesuítica de la Universidad de Munich y puesta a nuestra vista por el P. *Guillermo Furlong* figuran en dudosa ortografía un P. *Winti* y un *Aitermayr* de S. *Javier* que podría ser el aludido en este pasaje. Se trata de dos cartas.

un reino aparte en *Paracuaria* y habían elegido un nuevo Rey cuyo nombre sería *Nicolás 1*. También fueron enviadas desde Portugal y España diversas monedas de oro que habrían sido acuñadas por los *jesuitas* para su rey. El rumor fue tan extendido e indicado como verídico que también hasta en las ciudades *paracuarias* fue creído por muchos españoles donde sin embargo nadie tenía una seña cierta o una experiencia.

Hasta entonces los *misioneros* nos reíamos de esta sandia ficción; nosotros vimos las monedas de oro que habrían sido acuñadas en las *misiones*, pero ¿dónde estaba el establecimiento minero? De seguro no se encontrarían en las *Misiones* ni establecimiento de minas de plata ni de oro; pero supimos que los establecimientos de minas de oro estaban el primero en el *Brasil* que pertenece a los *portugueses*, el otro en *México* que pertenece a los españoles. De cierto oíamos siempre que todo se preparaba para nuestra caída, pero nadie podía creerlo y cada uno pensaba ser imposible que los reyes cristiano-católicos despojarían de sus pastores de almas o dejarían perecer a tantos miles y miles de *indios* conversos.

[La persecución]
acrece

Ya era el año 1766 y la persecución acrecía cada vez más ³¹³, pero aún no soñábamos nada del destino desgraciado que nos amenazaba ante Cortes cristianas. En todas partes proseguíamos nuestras tareas y cuanto más grande era la persecución, con tanto mayor celo nos dedicamos a convertir paganos. Este año vino otra vez un *cacique* pagano desde la tierra silvestre, solicitó nuevamente de mí una nueva *reducción* para su gente y me prometió también acercarse con todo su pueblo dentro de cinco meses. Ínterin se llegó a la gravedad y al último golpe. Ya entonces los *jesuitas* habían sido expulsados de Francia y Portugal, pero en *Las Indias* en *Paraguay* teníamos una firme confianza de que nuestro real *monarca* católico no permitiría ni podría [permitir] esto a causa del espantoso daño a las almas que resultaría no sólo entre *indios* sino también entre españoles. Pero junto con otros tuvimos que sentir también este golpe.

313 / En abril de 1766 el pueblo madrileño se amotinó pidiendo pan barato y mejoras económicas. Gracias a la intervención de los *jesuitas* se apaciguó a los gritos de ¡Vivan los *jesuitas*! Esto apresuró la expulsión de la Sociedad de Jesús por decreto de 1 abril 1767. (CANTÚ, *Historia Universal*, época XVI, Capítulo X).

CAPÍTULO I

Sucesos en la ciudad de Santa Fe y en mi reducción

Los jesuitas en Santa Fe son presos y extrañados

En este año 1766³¹⁴ a diez y seis de julio temprano a la mañana alrededor de las cuatro ocurrió el mal en la ciudad de *Santa Fe*. Cuando ni los mismos habitantes lo sabían, fue dada a los soldados la orden que rodearan el *Collegium*. Después de estar rodeado llegaron los *diputados* al portal, tocaron [la campana] y solicitaron que bajara el *P. Rector* por ser llamado apresuradamente para un enfermo en peligro. El portero tenía aún las llaves en poder del *P. Rector*. Ante la solicitud el *P. Rector* mismo corrió con capote puesto al portal y cuando lo abrió, tomaron presos a ambos y penetraron al *Collegium*, colocaron ante cada cuarto un centinela; otros penetraron a los cuartos, encontraron a muchos arrodillados rezando al lado de sus taburetes de rezo³¹⁵, otros ocupados aún en vestirse. Un hermano que era el maestro de los niños en [aprender] leer y escribir, recortaba justamente para sí una pluma de escribir; a ése le arrebataron de la mano el cuchillo; echaron a todos fuera de sus cuartos, tomaron las llaves de los cuartos y encerraron a todos en el *refectorio* o comedor hasta que los *diputados* habían sacado y asegurado todas las cosas que estaban en los cuartos. ¿Cuánto provecho habrá sacado el Rey de todas éstas que ellos encontraron en los cuartos y [como] provisión para la comuna del *Collegij*? Yo creo que ninguno, porque tal inhumanidad fue tramada, no por el Rey sino por los buenos amigos de los *jesuitas* que estaban en la Corte y tenían para ello cumplidos *executores* especialmente en *Las Indias* lejanas.

Gran aflicción en la ciudad

Entretanto se originó un alboroto general en la ciudad; el pueblo se reunió en la plaza donde estaba el *Collegium*; todo fue pleno clamor llorar y lamentarse; otros maldecían de tal proceder para con los *jesuitas* y compadecían íntimamente nuestro destino. Era de compadecer cómo clamaba al cielo todo el pueblo. En esta mañana se levantó una gran tormenta y un chaparrón que duró hasta después de medio día. El sacerdote que había venido en lugar mío desde *Santa Fe* a la *reducción*, me contó que por el clamar y llorar de los habitantes él se había imaginado el último día del mundo. Los sacerdotes del *Collegio* fueron llevados después de medio día, cada uno con su baúl para fuera del *Collegio*, sentados en la *carreta* y conducidos para fuera de la ciudad. Los baúles fueron revisados públicamente en la plaza y en ellos se dejó únicamente la ropa; en cuanto a lo demás cada uno con su *crucifijo* en el cuello y su *breviario* o libro de oraciones bajo el brazo se encaminó a la *carreta* o «*wagen*» fijada y ¡fuera con ellos!

Los esclavos del *Collegij* estaban tan insensatamente afligidos que como corridos por las furias recorrieron la ciudad y gritaban: —¡ay! nuestros padres ¡ay nuestros padres! ¿para dónde corremos? Muchos corrieron también para fuera de la ciudad y no

314 / Manifiesto error de copia o memoria, pues se repite en lo sucesivo. Fue el año 1767. El *Padre Furlong* da una justa descripción de este suceso en *Santa Fe* y sus *reducciones*.
315 / Damos tal sentido a la voz de *Bettschaemel* por creer la propia de *Betschemel*.

sabían para dónde; muchos se habían perdido. En un sólo día el *Collegium* y la ciudad fueron evacuados de *jesuitas*. En el campo donde los *jesuitas* permanecieron hasta el siguiente día hasta que recibieron el necesario alimento para el camino, se colocó al lado de cada dos carros un centinela para evitar que alguien de la ciudad pudiera hablar con los *jesuitas*. Bien temprano al otro día partieron y emprendieron el camino a *Buenos Aires*.

El 21 de *julio* sin que hubiéramos sabido algo de este triste suceso de *Santa Fe*, cuando comencé a comer el almuerzo con mi colega el *P. Raymundo* a mediodía, vino corriendo a mi cuarto un muchacho español de nombre *Pontianus* (el cual estaba comúnmente en mi casa para aprender la *música* y al cual yo había enviado temprano al capataz de nuestro ganado con un cierto mensaje) lleno de miedo y susto con la espantosa noticia: que los *Padres* en *Santa Fe* habían sido tomados presos el 16 de *julio* y enseguida habían sido conducidos a *Buenos Aires*. Si bien me asusté de modo que el cuchillo se me cayera de la mano, no quise creerlo hasta que él me dijo que el *sargento mayor don Francisco de Andino* traía esta noticia con una carta a mí por el nuevo *comandante* de la ciudad y dentro de una media hora llegaría a mi lado. Esto sucedió así: el *sargento* estuvo con otros cuatro soldados sin armas en mi pueblo, penetró en mi cuarto él solo, me entregó la carta y las lágrimas le corrían por las mejillas. Yo le pregunté: —¿Qué novedad?

Él me contestó: —La más triste que para usted y para todos nosotros no podría ser más triste y espantosa. Cuando yo hube abierto la carta y comprendido lo que había ocurrido a mis hermanos en *Santa Fe*, tuve un sobresalto en realidad, pero no tan violento como el suceso podría haberme causado pues yo quedaba como en un ensueño sin que esta inesperada nueva (como fácilmente podría haber sucedido) me hubiera causado un estado súbitamente mortal.

Yo leí con atención la carta de cuyo contenido agrego también algo aquí. El *comandante* escribió en esta forma: que los *jesuitas* habían tenido que abandonar por orden superior el *Collegium* en *Santa Fe* y ya estaban en camino a *Buenos Aires*. La orden habría atañido únicamente a los del *Collegio*; acerca de los *misioneros* aún no había sido determinado nada (esto era mentido); que yo no comunicara nada de esto a los *indios* y desempeñara sin impedimento mi cargo como antes. Yo no dije nada a nadie, no contesté al *comandante*, dije únicamente al *sargento* que si era la orden del Rey, yo también tendría que obedecer.

El *sargento* emprendió enseguida el viaje de retorno sin permanecer una media hora. Él estuvo apenas en camino, comenzó ya el llanto en el pueblo que yo lo oí hasta mi cuarto; entonces una noticia triste sucedía a la otra: que los *indios* se preparaban con sus mujeres e hijos para la marcha camino a la tierra silvestre. Fue una situación espantosa: yo mismo tuve que recorrer el pueblo de uno a otro; acá los consolaba, allá les arrancaba los frenos de los caballos, todos lloraban y empaquetaban lo que podían. A mi pregunta por qué lloraban, no recibí respuesta alguna; todo fue sólo llorar y empaquetar. Mis *caciques* eran los más sobresaltados y yo no supe remediarme de

Recién al sexto día supe lo que ocurrió en la ciudad

Recibo una carta del comandante

La reducción se intranquiliza

La gran congoja de
Cithaalin

otro modo que llamar a *Domingo, Nalangain y Aletin* y pedirles que intervinieren en la aldea y no dejaran partir ninguna persona a caballo. *Cithaalin* no se hizo ver y ¡quién hubiere creído que este hombre sentiría tan dolorosamente semejante noticia! Yo lo mandé llamar y él no pudo decir ni una sola palabra por puro llorar y lamentar; yo consolé a él y a todos los demás que esperaran hasta que viniera una noticia segura. En esta misma noche muchos *indios* cabalgaron a la ciudad de *Santa Fe* para recoger una noticia cierta; al otro día ya estuvieron de nuevo en sus casas en horas de la noche, contaron todo lo que habían oído y que ellos habían visto completamente cerrado el *Collegium* sin notar en él ni un solo *Pater*. Entonces se tornó revoltoso todo mi pueblo; todos quisieron partir entonces; en todo el día tuve que hacer para contenerlos. Yo convoqué todos los *caciques* y les dije: —Hijos míos; en caso fuera cierto que también nosotros debemos partir del lado de vosotros, no vais abandonarme de ningún modo antes del tiempo; esperad aquí conmigo hasta que el asunto se produzca. Si también nosotros debemos partir, os aseguro que recibiréis algún otro *Pater* que cuidará de vosotros; permaneced aún a mi lado y no me hagáis tan difícil la despedida. Yo no puedo describir las conversaciones que fueron hechas por mis *indios* contra los españoles; yo tuve asimismo el último consuelo que los contuve a todos hasta a *Cithaalin*; éste como si estuviere loco protestó que él partiría enseguida y abandonaría la *reducción* y esto hubiera ocurrido también sin mi conocimiento si yo no lo hubiera hecho llamar. Yo no creí que él vendría junto a mí. Yo le pregunté por cuál motivo él quería abandonarme. Él no podía casi hablar por el llanto y me pidió que yo no se lo tomara a mal; él había sido invadido por una tristeza tan honda que él ya no podía quedarse: —ora yo³¹⁶ acometería con mi gente contra los españoles o quisiera morir de pena si yo viera que los españoles te alejarían de nosotros como lo han hecho en la ciudad y han alejado a todos. ¿Qué han hecho ellos que lo han permitido? ¿No son ellos las gentes más timoratas? Yo te pido no lo tomes a mal: yo debo ausentarme, yo no puedo quedar; yo no retornaré a la tierra silvestre sino que sólo iré a la *reducción* del Santo *Hieronymi*; allí permaneceré hasta que todo esto haya terminado. Tal vez después que tú has partido, olvidaré de ti y vendré de nuevo para acá.

Cithaalin se
ausenta con 400
almas

Yo le aconsejé asiduamente pero no pude realizar nada; él partió como yo pude saber con cuatrocientas y más almas. *Domingo* y *Aletin* si bien estaban muy tristes se dejaron convencer sin embargo y me obedecieron.

Toda la gente de S.
Pedro se va

Al día siguiente recibí desde la nueva *reducción* del Santo *Petri* la noticia que ya todos habían vuelto a partir a la tierra silvestre y no había quedado nadie fuera de los *Patres*. ¡Dios mío! Una desgracia tras otra hubiera podido matarme. Yo pedí a *Domingo* que me acompañara con cuatro o cinco de sus íntimos para correr tras los fugitivos. Yo cabalgué durante toda la noche; a la mañana temprano oí de los *misioneros* de qué modo la gente llena de pesar había huido. Ellos no tenían ni un hombre a su lado y tuvieron que permanecer solos en esta tierra silvestre durante toda la noche. Yo leí mi santa misa y tras ella les ordené que ninguno se separara del lugar hasta que yo volviera. Yo

316 / Como en otros pasajes, el autor pasa exabrupto de tercera a primera persona.

cabalgué con mis compañeros hacia el *Norte* por donde habían emprendido la partida y antes del anochecer los encontré en un bosque. Considero innecesario agregar aquí de qué modo los aconsejé; cada cual puede imaginarse con cuánto celo he hecho esto. *Domingo* tampoco quedó callado. Yo obtuve de ellos que retornaran de nuevo a la *reducción*; entonces los *Patres* abandonados se consolaron también. Yo cabalgué otra vez a mi pueblo para consolar también allí los afligidos. Celebré mi servicio divino y todo como antes durante el mes *Augusti* entero: no faltó nadie fuera de *Cithaalin* y los que le habían seguido. Yo referí todo al *comandante* en *Santa Fe*; entonces se originó un gran temor en la ciudad porque habían temido siempre a *Cithaalin*. Entretanto recibí de nuevo noticia desde *S. Petro* que un español había dicho que pronto vendrían a sacar a los *Patres* por cuya noticia toda la gente se había alejado de nuevo cabalgando. Entonces no hubo más remedio sino que debí correr otra vez por las dieciséis leguas y de ahí en adelante pero [es] de admirar cómo Dios en esta aflicción me dio fuerzas. De nuevo encontré los *Patres* completamente sobresaltados; hablé algo con ellos en toda brevedad y monté otra vez a caballo [y] traje así otra vez de vuelta desde cuatro leguas la gente escapada. Yo ordené a los *Patres* que si de aquí en adelante algo se moviere, me lo hicieren saber enseguida; para tal fin y objeto dejé a su lado dos de mis compañeros y cabalgué con *Domingo* y otros dos a mi pueblo donde encontré todo bastante tranquilo y los incité a la permanencia por eso de que los *indios* recién *reducidos* habían regresado también y se encontraban todos en su *reducción*.

Es conducida de vuelta

Huyen por segunda vez

Apenas había pasado una semana cuando los malos rumores fueron más fuertes pues el *comandante* envió otra vez ese mismo *sargento mayor* para avisarme que no había remedio ninguno, todos nosotros los *misioneros* debíamos alejarnos también. Mis *indios* habrían muerto a ese hombre si yo no lo hubiera impedido con todo ahinco. El *comandante* me solicitó que yo enviara para un día fijo unos *indios* bien armados y leales para que buscaran los *diputados* desde la ciudad y acompañaran en el camino al pueblo. Yo contesté al *sargento* que todo se haría pero le previne que mandara sólo los *diputados* sin soldados pues de otro modo yo no sería culpable si todos ellos fueren asesinados en el camino en los bosques pues los *indios* estaban cada día más irritados contra los españoles. El *sargento* agradeció que yo no lo retuviera más con escribir cartas y regresó apuradamente a la ciudad.

De nuevo recibo una carta del *comandante*

Mientras tanto la aflicción creció aún más en nuestras reducciones y la gente de *S. Pedro* huyó otra vez. ¿Qué iba a hacer yo? Otra vez tuve que montar a caballo y correr tras ellos enseguida pero como ellos en el camino se habían apresurado mucho por el motivo que yo ya no los pudiera alcanzar, mientras yo, como también mis *indios*, teníamos cuatro caballos de muda, trotaba³¹⁷ yo junto con ellos por el segundo día y tuve la suerte de conducir de vuelta a todos. Enseguida tomé conmigo algunos de los más distinguidos de sus *caciques* que ínterin debían permanecer conmigo en mi *reducción*; ellos siguieron también con mujeres e hijos. Entonces ya tuve más tranquilos a mis *indios*, pues de ahí en adelante ninguno se me alejó porque tenían consigo sus

La gente de *S. Petri* huye por tercera vez

317 / *Tappete*, o sea marchaba inseguro del rumbo.

Los *indios* quieren que yo vaya con ellos a la tierra selvática

reinantes³¹⁸ cual las abejas pues en cuanto éstos hubieran salido volando de nuevo les hubieran seguido todos.

Aquí debo agregar fuera del orden de mi relato algo que ha ocurrido entre mis *indios* antes de que los *diputados* llegaran a la *reducción*. Tras la noticia recibida de que nosotros los *misioneros* debíamos salir en realidad de *Las Indias*, los *indios* se empeñaron en convencerme que yo me alejara junto con ellos hasta lejos para dentro de la tierra silvestre. Ellos recogieron todo el ganado que pastaba solo a algunas leguas de la *reducción*, pasaron éste a través del río a las islas; que yo entretanto empaquetara todo el avío de iglesia, lo hiciera cargar en los carros y partiera con ellos junto con todo el ganado y avío de iglesia a la tierra silvestre. Ellos efectuaron ya todos los preparativos como si debía hacerse en realidad. Me hicieron proposiciones que ellos creían ser justas y útiles para su bien. Mi colega que en edad tenía veinticinco años y recientemente había llegado a ser sacerdote, creyó ser muy bueno el plan de los *indios*, unió su voluntad con la de ellos y apenas hacía un año que él estaba en la *reducción*³¹⁹ ¡más! él había empaquetado ya todos sus libros y otros avíos y entregado a un *indio* para que echara tales cosas en el carro de carga en caso que debiéramos partir hacia el *Norte*. Esto se basaba únicamente en que yo consintiera. Él estuvo también empeñado a inducirme a ello, pero yo encontré diversas causas para considerar bien de no permitir esto. Yo pregunté a mis *indios* por qué motivo ellos deseaban tenerme con ellos. Me respondieron [que no era] ninguna otra sino para que yo pudiera bautizar sus hijos y asistirles a ellos en la última hora de la muerte. —Lo que atañe a ti en cuanto a alimento y vestimenta no te faltará nada; tú ya estás habituado a comer lo que nosotros comemos; no hay impedimento de proporcionarte vestimenta, ya te la daremos sin dificultad: quédate con nosotros y anda hacia donde nosotros iremos.

—Hijos míos —respondí— ¿qué dirían ante esto los españoles? ellos perseguirían a vosotros.

Ellos desvirtuaron mi respuesta mediante la siguiente refutación:

—No tenemos en cuenta las persecuciones por los españoles pues bien sabemos que ellos se muestran valientes cuando nosotros los acompañamos contra el enemigo y somos sus auxiliares; ellos solos no son capaces contra nosotros; ya conocemos su conducta cuando vamos juntos contra el enemigo; sus espuelas tiemblan y resuenan cuando ellos oyen los *indios* enemigos³²⁰.

Ha sucedido en realidad que un *oficial* español que había servido en España ya mucho tiempo y para premio de sus servicios había obtenido en *Paracuaria* el *comando* de la ciudad de *Corrientes*, debió *comandar* en una ocasión contra los *indios*; no había nadie más valiente que el *comandante* cuando él ha partido, pero ni bien él ha visto

318 / *Weiser*, término que indica la reina de la colmena.

319 / El *P. Wittermayr*.

320 / Justa observación, pero corriente en las unidades formadas antes de iniciar el ataque.

los *indios* pintados como diablos y disfrazados, se le escapó el valor³²¹ y le sobresaltó un repentino malestar que él estuvo obligado a trasladarse tras el frente.

Además me dijeron mis *indios* que ellos temían muy poco el fusil pues con sus saltos, con sus caídas en tierra, sus movimientos de allá para acá podrían ser acertados pocas o raras veces. Muy mal para los españoles [es esto que] cuando ellos han disparado sus fusiles, acometemos pronto con nuestros dardos contra ellos y ya no les dejamos llegar a cargar [sus fusiles] ¿qué quieren [hacer] luego con sus lanzas cuando nosotros nos acercamos a ellos? Nuestras lanzas son por lejos más largas que las de ellos. Y aun si ocurriera que ellos nos persiguieran, sería todo en vano pues nosotros tenemos en nuestro país rincones tan secretos que (esta frase me fue muy risible) si el diablo con tus ojos largos (así llamaban a mi *perspectiva*) por los cuales tú acostumbrabas mirar, viniera a buscarnos, no nos encontraría.

—Sí —les dije— ¿qué remediaría esto después? Yo haría una mala fama a todos los demás en España y en los demás países dirían todos que nosotros los *jesuitas* éramos en realidad rebeldes contra el Rey y queríamos conservar este país como reino nuestro para nosotros y esto lo creería el mundo entero si ellos oyeren que nosotros hemos partido junto con vosotros a la tierra silvestre. Y finalmente, ¿cuánto tiempo permanecería yo en este mal trance con vosotros? Yo no viviría mucho tiempo y cuando yo muriera, ¿de dónde vendría a vosotros otro sacerdote que como observáis debería bautizar vuestros hijos y os asistiría en la última hora de muerte? Vosotros no podríais pedir ninguno a los españoles porque ellos estarían enojados contra vosotros; entonces sería cosa que vosotros deberíais vivir y morir sin sacerdote. A la vez vosotros por carecer de un sacerdote volveríais a caer como cristianos abandonados en vuestra antigua costumbre de robar, hurtar y cometer asesinatos; volveríais a tomar de nuevo vuestra antigua costumbre de beber y aunque cristianos viviríais otra vez como paganos. ¿No es mejor que vosotros quedéis aquí en la *reducción* al lado de un sacerdote? Y aunque el nuevo sacerdote hasta ahora no entiende vuestra lengua, ha de empeñarse sin embargo en aprenderla poco a poco; con esto podéis permanecer en tranquilidad, servir a Dios y obtener vuestra salvación.

—En realidad nos place tu plática (dijeron ellos) pero no estaremos tan seguros con este sacerdote de España; tal vez ellos quieren engañarnos y proceder con nosotros como tiempos antes con nuestros antepasados que también se habían establecido en un lugar cerca de la ciudad *S. Tiago*; dos sacerdotes iban diariamente a ellos desde la ciudad pero ellos fueron de pronto asaltados por los españoles, cercados, cautivados y repartidos como *esclavos* entre los españoles. ¿Esto no podría ocurrir ahora también? Nosotros hemos tomado confianza en vosotros porque hemos hallado en vosotros nuestro Padre; tampoco hemos estado preocupados de que hubiéramos sido enga-

321 / Dobrizhoffer se ha referido igualmente al mismo suceso. Los soldados criollos salvaron la situación, agrega Dobrizhoffer. Los españoles del *Paraguay* (criollos) por ser tan gloriosa para ellos esta historia, la cuentan bajo grandes risotadas a todos los europeos que se vanaglorian de sus campañas (3ª parte, capítulo 12).

ñados por vosotros porque jamás hemos recibido de vosotros una traición; vosotros al contrario nos habéis protegido contra nuestro enemigo. Si tú aseguras pues a este nuevo sacerdote (que sabemos es tu buen amigo) nos atenderá también tan paternal y sinceramente, nos contentaremos entretanto por un año después del cual esperamos estarás de nuevo a nuestro lado. Si tú no vuelves, no sabemos si nosotros tenemos que esperarte por más tiempo.

Yo estuve cordialmente contento que yo retenía aún estos *indios*, pues todo lo malo que hubiera ocurrido o hubiera sido cometido por los *indios*, todo esto lo hubieran atribuido los malévolos españoles a nosotros los *misioneros*; también hubiéramos podido tener el honor de visitar en la torre del Santo *Sebastián in Portu S. Mariae* la obscura cárcel como ha ocurrido a otros en manera inocente³²². Pues los españoles habían encerrado a muchos únicamente para que la gente creyere que los *jesuitas* no eran tan inocentes y por lo tanto debían haber cometido grandes crímenes. Dios me ha protegido especialmente y me ha iluminado con buenos propósitos cuando yo me encontraba en las condiciones más peligrosas que se me hubieran escapado antes de mi partida todos los *indios* lo que en total se me hubiera inculgado. ¡Y cómo hubiera podido hacer de aconsejarles la huida y ayudarles en ella sin haber sido considerado uno de los peores malvados! Pues yo no sólo hubiera destruido mis buenas ovejitas sino que hubiera sido culpable de mucha efusión de sangre que se habría causado por los asesinatos.

Con semejantes causas emotivas yo refuté también los apresurados e irreflexivos propósitos de mi colega que había aceptado con satisfacción lo que era justo. Si yo mediante la ayuda divina y de su iluminación no hubiera tan felizmente aquietado mis *indios*, toda la *jurisdicción* de *Santa Fe* hubiera sido destruida y devastada por ellos en poco tiempo. Pues, ¡cuántas veces me preguntaron mis *indios* si ellos debían osar un asalto general contra la ciudad! Si yo sólo hubiera demostrado que yo no era contrario a ello, hubieran arrasado todo; hubiera sido sumamente fácil ejecutarlo, especialmente si yo les hubiera dado planes para ello. Pero ¡gracias a Dios! que entre nosotros los *misioneros* a ninguno ocurrió permitir semejantes crueldades. Al contrario muchos *misioneros* de las *reducciones* recientemente establecidas a las cuales no se animaban entrar los españoles se han entregado ellos mismos a los españoles en las ciudades españolas como ser en la ciudad de *Asunción* y en *Tucumán*, han entrado con ellos en las *reducciones*, han entregado todo y han regresado de nuevo con ellos³²³.

Al fin yo envié los *indios* pedidos para acompañamiento de los *diputados* con su séquito y ellos llegaron felizmente al pueblo junto con el sacerdote seglar que en *Córdoba* había sido *promovido* para *doctor* en la *Universidad*; un hombre muy honesto, docto y excelente del cual he sido siempre un buen amigo³²⁴. Él vivía sin *beneficio* en *Santa Fe* porque como él no lo necesitaba, quiso tampoco percibir uno. Él era hijo de

322 / *quid pro quo*, por decir inocentes.

323 / Termina aquí la defensa de los misioneros *jesuitas*.

324 / Más adelante este sacerdote criollo resulta ser un tal *Miguel de Ziburru*.

un difunto *comandante* en *Santa Fe*, tenía sus buenos medios, también una propiedad rural donde él contaba tres mil cabezas de ganado vacuno y doscientos caballos, por lo tanto él podía vivir muy bien sin *beneficio*. Fue para hacerme un favor que él se resolvió a relevarme para que los indios me dejaran partir con otros *misioneros*; pero tuve que prometer a ellos que para el caso de que yo regresara volvería al lado de ellos. Yo los consolé también con la esperanza de mi vuelta porque yo mismo junto con otros *misioneros* no me imaginaba otra cosa sino que el rey en España revocaría su *decreto* y nos enviaría de vuelta bien sea desde *Buenos Aires* o si sin embargo habríamos partido a España, desde allá dentro de un año. Nos era imposible creer que el rey así no más no tendría en cuenta cordialmente la espantosa pérdida de muchos miles y miles de almas, el gran peligro que se ocasionaría en *Chile*, en *Perú* como también en la misma *Paracuaria* para ejercer el comercio, las grandes rentas que por ello se perderían para el rey. Pero Dios cuyas disposiciones son inescrutables ha permitido sin embargo que tuvimos que salir sin esperanza alguna de un retorno.

Pero que el sacerdote mencionado se había decidido a hacerse cargo de la *reducción* en mi lugar, fue *puramente* por el motivo de que mis *indios* no quisieron admitir que se les nombrara un sacerdote de una orden y amenazaron con abandonar más bien todas las *reducciones* y ambular por la tierra silvestre que permitir esto; ellos indicaron como motivo que como estos [sacerdotes] para su sustento debían mendigar todo de los españoles, no era posible que ellos podrían alimentar las reducciones: a la vez ellos especialmente los *indios* de mi *reducción* del Santo *Xaverij* temían que mantendrían sus conventos justamente mediante el ganado de la reducción. Ellos sabían también muy bien que los *PP. franciscanos* (los que también tenían algunas *reducciones* que eran de *indios* entremezclados o prisioneros de guerra) permitían que pudieran permanecer en sus *reducciones* *mulatos* y españoles y vivir entre los *indios* por lo cual semejante mezcla podía causarles daño y ponerlos en aquella miseria en la cual deben vivir sus *reducciones*. No podían hallarse tantos sacerdotes que estas *misiones* pudieran sostener pero fueron enviados otros [religiosos] en parte *dominicanos*, en parte *franciscanos*, en parte también *de la merced* o de salvación de los prisioneros los que ellos aceptaron bajo la condición que debían permanecer entre ellos sólo por corto tiempo hasta que otros fueren destinados su lugar.

Ocurrió un suceso especial en la *reducción* denominada de la *Concepción* que estaba compuesta por *abipones* y más o menos distaba sesenta leguas del lado *oeste* de mi *reducción*. Para allá fue mandado uno de la venerable y loable orden de *S. Francisci* que debía encargarse de esta *reducción*. Cuando los *indios* lo vieron entrar en la aldea extrañaron que él llegaba ahí con los pies descalzos, comenzaron enseguida a sacudir las cabezas y no quisieron recibirlo pues ellos dijeron: —éste es igual a nosotros, él anda también descalzo como nosotros, él debe ser un disfrazado de religioso.

El buen hombre halló poca satisfacción en su entrada a la *reducción*; sin embargo quiso ver si él con amabilidad y manera cariñosa en su trato podría ganarse los *indios*; hizo todo lo posible tanto para con los *indios* como con las *indias*; pero los *indios* lo

Qué sacerdote ha venido en lugar mío al pueblo

Los *indios* no quieren admitir a nadie de *ordinis mendicantium*

Suceso especial con un *franciscano*

miraron siempre de soslayo y observaron atentamente su conducta la que en realidad se realizaba en la mejor intención. Ahí habían visto que él trataba muy amablemente con las mujeres, también las admitía en su cuarto aunque el buen hombre habrá tenido la más sincera intención como cualquiera debía haber pensado de él. Y como yo lo he visto, he podido pensar tampoco de otro modo de él, pues la inocencia y el celo de alma le relucían en apariencia en los ojos y las hablas. Los *indios* concibieron contra este hombre pío una ojeriza, pues ellos extrañaban altamente que este nuevo *misionero* admitía en su choza las mujeres, pues hasta entonces no habían visto jamás que para dentro de la choza de un *misionero jesuita* hubiera sido admitida una mujer; también [las] de aquellas por las cuales [fue] aportada el agua necesaria para beber, debían depositar siempre el agua en la puerta de la choza; de ahí se retiraba y llevaba a la choza por los muchachos que servían al sacerdote.

Uso en las
misiones jesuitas

En todas las *reducciones jesuitas* era usual que jamás fuese admitida una mujer para inmediata atención a los sacerdotes o que ella tuviere algo que hacer en lo más interno de la casa eclesiástica. Tampoco en las antiguas *misiones* se admitía una mujer para la preparación de las comidas; en la cocina hubo siempre cocineros. Yo tuve que remediarme solo con un muchacho (como ya he comunicado en mi relato). Por esto yo o mi colega debíamos mirar a la cocina cuando podíamos; a lo menos en cuando queríamos tener una comidita con fritada; por lo común debíamos comer la carne sólo cocida con sal y agua. Como en los últimos dos años como ya fue dicho por propia indicación tanto del *Provincial* como del *Rector de Santa Fe* yo tenía como cocinera una española viuda, no admitíamos que ésta cocinara dentro de nuestra casa sino que yo hice construir para ella una choza junto al cementerio, fuera de nuestro circuito; ella debía cocinar ahí y enviarnos la comida a la casa.

Ahora como los *indios* jamás habían visto semejante cosa entre nosotros los *jesuitas*, extrañaron este amable trato de manera que tuvieron recelo contra el buen religioso de que él no fuere un religioso verdadero sino disfrazado. Ellos ya querían matarlo, lo prendieron y ya lo habían atado. En esto estaban todavía presentes afortunadamente en esta *reducción* los españoles, los que lo han impedido. Los *indios* no hubieran libertado al religioso si un capitán español, de nombre *Landrial*, que entendía bien la lengua *india*, no hubiera pedido en su favor, mas ellos quisieron azotarlo bien, lo que también se impidió. No fue posible inducir a los *indios* a que conservaran en su *reducción* este buen religioso ellos lo despidieron que fuera desde donde había venido e hiciera saber a los otros que ellos no aguantarían en su *reducción* a nadie de esa especie. Cuando más tarde viajábamos hacia *Buenos Aires*, se encontró con nosotros este sacerdote y yo he sabido de su propia boca esto tal cual lo describo aquí.

Yo envié unos
indios armados a
buscar los
diputados

Ya era tiempo de que yo mandara a *Santa Fe* la pedida escolta de mis *indios* a buscar a los *diputados* que debían revisar, inventariar y recibir todo en la *reducción*. Fue en el mes de *agosto* pero ya no sé qué día. Yo envié a *Domingo* junto con su hermano *Nalain* y otros veinticinco *indios* bien armados a buscar, los que aparecieron también todos en mi *reducción* tras algunos días. El primer *diputado don Pedro de Miura* (del

cual he escrito antes de que él había sido juez urbano o *alcalde* en *Santa Fe* y al cual al dejar su cargo fue tañida la campana de muerte por mozos atrevidos) junto con el recién llegado sacerdote *don Miguel de Ziburru* y otros españoles que habían venido como testigos tuvieron (cuando vieron reunirse todo el mundo en el pueblo) ya tanto miedo que yo mismo noté que ellos temían mucho que sucediera algo extraño y desgraciado. Pero yo los consolé y les aseguré que mientras ellos estuvieren junto a mí y yo al lado de ellos, no ocurriría mal alguno a nadie. Ellos tenían también consigo algunos sirvientes que cual aves de rapiña estaban [ávidos] de todo, especialmente de comestibles y frutas. Ellos visitaron enseguida mi *despensa* donde yo tenía cierta cantidad de chorizos ahumados y jamones que yo mismo había preparado en la *reducción*; en el jardín habían saqueado las maduras *Pomeranzen* [naranjas] dulces en tal forma que sólo quedaron las verdes. Los *indios* vinieron hacia mí y lo denunciaron muy sentidamente. Yo me dirigí enseguida al primer *diputado* y le comuniqué todo. —Señor —le dije— si Usted no quiere padecer hambre aquí, ordene entonces a sus sirvientes que se conduzcan decente y modestamente y que no saqueen y roben en lugar de *inventariar*; lo poco que tengo en comida y frutas está reservado por mí puramente para que yo pueda atender aquí a ustedes. Ellos quitan todo; entonces ¡que vean cómo pueden alimentarse aquí! Yo no puedo darles otra cosa que carne de vaca y de carnero; los sirvientes arrancan para sí toda la verdura que tengo en el huerto; yo no sé de qué otra cosa podremos vivir. Los mismos *indios* están ya tan disgustados por ello que yo temo que ellos usarán de la fuerza contra ellos y podría ocurrir un asesinato, pues consideran esto una señal de que éstos han venido únicamente para saquear su *reducción* y que cuando habrán saqueado a su sacerdote ocurrirá también semejante atropello contra ellos. Contenga Usted esta perturbación y no me achaque a mí si aconteciera una gran desgracia.

Los sirvientes eran muy mal educados

El *diputado* junto con el señor eclesiástico se asustaron sobremanera por ello y pidieron que yo ordenara a los *indios* que ni bien vieren alguno de sus sirvientes cometiendo un *exceso*, lo prendieren acto continuo y los castigaran a su beneplácito en medio de la plaza. Yo no lo hice; en cambio pedí que hicieran convocar todos sus sirvientes junto con mis *caciques* y éstos en presencia de los sirvientes lo comunicaran a los *indios*, lo que se hizo también y se estableció la tranquilidad.

Todo fue inventariado

El primer *diputado* era un señor muy pío [y] devoto y un gran amigo de los *jesuitas* al cual el *comandante* por eso mismo había destinado para este cargo para que acaso por el nombramiento de algún otro que no fuere bien favorable a los *indios*, [no] sucediere una desgracia mayor. Todo fue *inventariado* en la casa, aun la menor cosa; hasta las mesas fueron medidas: cuán altas, cuán anchas y cuán largas, de qué madera eran, si los pies eran torneados o lisos. Yo tenía entre éstas una mesita que yo había elaborado a manera alemana con patas, es decir con tablas caladas ensambladas en cruz; entonces *Don Pedro Miura* me preguntó cómo debería él denominar en lengua española estas patas. Yo mismo no sabía cómo se las podría denominar, pero le dije como se me ocurrió primero por lo primero: —Usted escriba nomás: Con pies a la *pruhsiana*,

Él pregunta por el dinero

[*prusiana*] mit fuessen auf Preussische Manier. Él notó bien que sólo era ocurrencia mía, pero sin embargo escribió así en el *inventario*. Él revisó todo; al fin me preguntó dónde tenía yo el dinero, pues él no encontró dinero alguno. Yo respondí: —Señor mío, si Usted busca aquí dinero, sus calendarios le han engañado fuertemente, pues durante los diez y ocho años que estoy aquí, no he visto dinero alguno; tampoco lo necesitamos porque compramos todo para nuestra necesidad mediante rescate y contra agujas, tabaco, sal, *té indio*, también contra otras cosas semejantes; las que son cosas más importantes como ser herramientas para los talleres, hachas, ciceles³²⁵ y semejantes nos llegan por nuestro *P. Procurator* al cual remitimos los productos de la tierra y semejantes como ser cera, algodón, *cochinilla*, cueros vacunos y en cambio recibimos tales herramientas. Pero para que Usted sepa qué riquezas poseo aquí en dinero, abra Usted esta cajita; ahí en una gaveta encontrará Usted todo.

Se pide un juramento

Él la abrió y halló en ella trece *reales de plata* tanto como en nuestra moneda tres R. 5 sgl.³²⁶ Él me preguntó si yo tendría más en alguna otra parte. Cuando dije que no, pidieron los otros testigos que yo prestara un juramento al respecto. Yo les contesté que para mí bastaba a guisa de juramento que yo les aseguraba *in verbo sacerdotis*. Ante esto los señores y todos los demás se enternecieron y al señor *Don Pedro de Miura* corrieron las lágrimas desde los ojos; a la vez él dijo: Oh Dios, ¿éstas son las grandes riquezas que nuestro rey busca entre éstos pobres *misioneros*? Mi caro *Pater* tome, guarde este dinero para Usted para que si Usted en el camino encuentra ocasión de comprar pan, pueda comprarlo.

Pero yo le respondí esto: —Ha de saberse que este dinero no pertenece al pueblo, sino que me ha sido obsequiado por un buen amigo en Santa Fe, *don Francisco de la Mota*.

—Tanto mejor —dijeron los otros— tenemos orden de exigir el dinero que pertenece a la *reducción* y de *consignarlo*, pero lo que es suyo propio puede Usted conservar tranquilamente.

Me quitan todo lo que era de mi propiedad

Hubiera sido mejor que con otras cosas mías hubiera ocurrido así. Yo tenía muchos libros que en parte había traído conmigo desde *Europa*, en parte adquirido en *Las Indias* o había recibido de regalo por buenos amigos. Yo tenía tres lindos fusiles de los cuales uno solo había costado veinte y cinco pesos fuertes; yo tenía también muchos *instrumentos musicales* desde *Europa* como ser *violín*, *flauta traversa*, *mandora*, *viola d'amour*³²⁷ y otros más los que los presentes se repartieron entre ellos; a la par de éstos tenía yo mucha herramienta para trabajos de ebanista y escultor. Todo esto junto con

325 / *Grabeisen*, podría traducirse también como «palas de puntear».

326 / En el original, tras el número 5 figura una abreviatura que podría leerse como *sgn*, o sea *Silbergroschen* y que traducimos en tal sentido. La transcripción [ordenada por Ricardo W. Staudt] omite consignarla.

327 / *mandora*, corruptela de la voz latina *pandura*, instrumento de cuerda, parecido al laúd; la *viola de amore*, instrumento de arco, en aquella época muy apreciada, hoy desasual.

aquello que yo tenía de otras cosas como ser *instrumentos matemáticos* un instrumental entero con el *círculo proporcional* [¿compás?] que por sí solo costó seis *ducados* en Augsburgo y era completamente dorado, todo me fue quitado y en mi presencia se-
cuestrado; sólo se me dejaron el *crucifijo*, un antiguo *breviario* y dos pequeños libritos eclesiásticos. Yo pedí que me dejaran por lo menos dos libritos más grandes *en cuarto* que eran propios míos y en los cuales la vida de *Christi* estaba representada en contemplaciones³²⁸, pero yo no recibí respuesta de *don Pedro de Miura*, porque él temía los testigos presentes; si éstos no hubieren estado presentes, el *diputado* me hubiera dejado todo cuanto de mis cosas yo hubiera querido guardar, pero ¿para qué?, todo me hubiera sido quitado en el camino por otros españoles. Como *don Pedro de Miura* nada respondió a mi pedido, los que eran testigos tomaron estos dos libritos y me los alcanzaron de soslayo; el *diputado* lo notó muy bien y *disimuló*, pero yo comprendí que le gustó lo hecho por los otros pues él temía ser delatado únicamente cuando él me admitía algo, pero como lo hicieron ellos mismos, estuvo seguro de no ser acusado.

Asimismo recibo
junto con el
crucifijo y breviario
dos libritos

Después de hecho el *inventario* también de los objetos en la iglesia y de toda la casa, se recogió finalmente todo el ganado por treinta o cuarenta leguas se arreó a las *estancias* y en total junto con ovejas y caballos se contó exactamente. Pero fue imposible reunir todo el ganado astudo en forma tan perfecta como se pedía; en parte se había escondido en los bosques, en parte se había mezclado con el ganado de los españoles hacia *Santa Fe*. Sin embargo contamos veinte y cuatro mil cabezas de ganado astudo, entre ellas ocho mil trescientos terneros que yo había hecho marcar este año con la marca de la *reducción*; mil doscientas yeguas que estaban destinadas a la cría de mulas, cuatrocientos mulares nuevos, mil quinientos caballos, mil setecientas ovejas, quinientos bueyes de tiro. Mis *indios* observaron con tristeza todo y para que sin embargo no llegaran a acobardarse, les exhibí en todo un ánimo alegre, aunque no de corazón.

Los objetos de iglesia
y el ganado también
se inventarían

Mientras tanto yo tuve un consuelo cordial por mis *indios*; cuando ellos vieron que era realidad y que yo debía partir de su lado mientras ellos deberían quedar junto con un sacerdote cuya lengua no entendían, les ocurrió a ellos mismos antes de que yo partí de su lado, y me pidieron que les demostrara por última vez este cariño y permitiera que ellos pudieran reconciliarse primero con Dios. —Pues —me dijeron— nosotros quedamos ahora abandonados por ti, el nuevo sacerdote no entiende nuestra lengua ni nosotros la de él; cuán difícil les será a los que acaso en este tiempo fallieran y murieran sin confesión; así nos queremos reconciliar aún con Dios mientras te tenemos todavía entre nosotros y en lo futuro cuidarnos en no ofender de nuevo a Dios; queremos confesar.

Especial consuelo de
mis *indios*

Ocurrió también que durante el tiempo en que se realizó la entrega de esta *reducción*, yo estaba en la iglesia por lo general y atendía el escuchar confesiones. Mientras tanto los españoles revisaban e *inventariaban* con diligencia todo en mi casa; cuando era necesario responder por una u otra cosa se me llamaba de la iglesia. Creo que

328 / *Betrachtungen*. Trátase probablemente de la obra de oro *De imitatione Christi*, escrita por Tomás a Kempis y editada en primera ocasión por un padre jesuita.

La nueva *reducción* *S. Petri* se inventaría también

A los *indios* les choca [ver] una cocinera y un cocinero en la *reducción*

todos, grandes y chicos que eran capaces, han hecho su confesión antes de mi partida. Aun temprano en el último día yo bauticé nueve *indios* adultos que ya durante unos años estuvieron en la doctrina en mi *reducción*; yo no los había bautizado antes porque ellos no habían solicitado aún con suficiente celo e insistencia el santo bautismo; ahora cuando se llegó a la partida, comenzaron a pedir con tanto mayor celo el santo bautismo. También uní matrimonialmente *in facie Ecclesiae* tres parejas en esa mañana. A la tarde partimos a inventariar del mismo modo todo cuanto había en la nueva *reducción S. Petri* y condujimos con nosotros al otro sacerdote *don Francisco de Reyes*, también sacerdote secular. Yo di a los *diputados* veinte y cinco hombres *indios* bien armados para resguardo en el camino, pero no les convenía que yo permaneciere en mi *reducción*; ellos me pidieron que los acompañara, lo que hice también; de otro modo ellos aun con veinte y cinco hombres hubieron padecido ansias de muerte. Entre tanto yo dejé la *reducción* al sacerdote nuevo y a mi entristecido *P. Raymundo Wittermayer*, que solo lloraba continuamente. Al otro día llegamos a la nueva *reducción*, todos los *indios* corrieron reuniéndose para ver los nuevos visitantes y lo que nosotros haríamos allá.

El nuevo *misionero don Francisco de los Reyes* trajo consigo una viuda española para futura cocinera con dos hijos; los *indios* observaron diligentemente todo y entonces vieron que esta viuda le servía, le traía luz a la noche, le arreglaba la cama y entraba y salía continuamente por el cuarto. ¿Quién habría imaginado que los *indios* nuevos hubieran estado tan atentos? Algunos vinieron ante mí y me preguntaban si este *Pater* tenía mujer con la cual él estaría casado.

—No, hijos míos —dije yo— él es soltero como nosotros y todos los sacerdotes, pero ¿qué tendrá que hacer él? ¿Quién de vosotros podrá cocinar para él? Él aún no es conocido por vosotros y no sabe aún amoldarse a vuestro modo de cocinar porque jamás ha tenido costumbre de otro modo que comer a la manera española. Vosotros no debéis dejaros chocar por esto, él sabrá vivir también con el tiempo en el modo como vivimos nosotros.

Ellos rieron muy socarronamente ante esto y dijeron: —pues, ¿sois vosotros inferiores a este sacerdote?; ¿por qué vosotros no habéis admitido mujeres en vuestros cuartos y ésta entra y sale de continuo?

—Dejadla no más para el comienzo —respondí— con el tiempo él también la despedirá.

Aquí debo agregar que igualmente mis *indios* en *San Javier* habían extrañado que *don Miguel de Ziburru* que en lugar mío había entrado en *S. Xavier*, había traído consigo un cocinero con mujer e hijos. Ellos desaprobaban especialmente que él les había cedido una vivienda al lado de su cuarto, lo que ellos jamás habían visto entre nosotros. —¿Por qué tu cocinera ha podido vivir fuera de tu casa y por qué él no ha ordenado a la suya a vivir igualmente en esa choza que nosotros hemos levantado para tu cocinera?, pues ella ha tenido mejor vivienda que nosotros.

—No os fastidiéis por ello —respondí— tal vez porque ellos aún no os conocen y

son completamente extraños, temen vivir solos allá. Con el tiempo el *Pater* modificará todo esto y en cuanto él vea que vosotros le tenéis cariño y confianza tomará mayor confianza y cariño a vosotros. Vosotros no sabéis ni reconocéis cuán duro es vivir entre vosotros.

Ahora sigamos con *San Pedro*. Allá todo fue revisado e inventariado. Allá estaba como párroco *P. Pedro Polo*, o como él se escribía en inglés *Poule*; éste tenía aún bastante fuego como hombre joven, a quien en ocasiones acometía la *furia* inglesa. Por exceso de celo pensó meter un susto a los españoles; quiso hacer un terrible simulacro a los *diputados* y colocar ante sus alojamientos sus *indios* en armas y pintados como fantasmas con pífanos, gritería y otras exhibiciones terribles sin que ocurriera el menor daño a español alguno. Él me propuso el asunto sin reflexionar cuán grave era (fue bien hecho que yo había acompañado los españoles, si no se hubiera originado un alboroto extraordinario en esta *reducción*) y pidió mi opinión al respecto. Yo le respondí que era un asunto muy grave y peligroso y pudiera ocurrir que los españoles tomaran a lo serio semejante jugarreta, empuñaran sus fusiles y mataran algunos *indios* (los cuales no soñaban en algo serio); que él desechara semejante jugarreta como los más perniciosos pensamientos. Todo ocurrió aún pacíficamente y como los *diputados* ya anteriormente en el pueblo del Santo *Xaverij* habían recibido de mí como *superior* de esta *misión* entonces suficiente información, este *inventario* se hizo dentro de cuatro días. Ahora la marcha debía proseguir a la *reducción* del Santo *Hieronymi*. Yo solicité de nuevo de tomar la marcha de regreso a *S. Xavier*; pues cuando el pastor dista mucho de las ovejas, puede ocurrir fácilmente que algunas se extravíen. Los *diputados* no querían admitirlo, sino que pedían que yo siguiera viajando con ellos, porque el peligro parecía ser mucho mayor cuanto más penetraban en la tierra silvestre, pues *S. Hieronymo* distaba de *S. Pedro* [a decir] de paso cuarenta leguas. Pero yo les hice las más vivas observaciones de que no era conveniente que yo expusiera al peligro los *indios* por tanto tiempo. Ante estas observaciones estuvieron conformes, con la condición de que yo diere en lugar de mi persona hasta cuarenta indios armados para el acompañamiento. Estos estuvieron listos enseguida al siguiente día y acompañaron a los viajeros hasta *S. Hieronymo*; después del hecho cumplido alzarón en dicha *reducción* ambos *misioneros* y marcharon de vuelta a *S. Pedro*; de ahí alzarón también los otros dos *misioneros* y los trajeron hasta mi en *S. Xavier*, donde pernoctaron. La partida estaba fijada para la mañana temprano, pero no se realizó porque las yuntas de bueyes no se pudieron encontrar. La causa ha sido ésta: que mis indios los habían arreado a través del río para que no pudiéramos partir, pero después de que yo (cuando me confesaron sinceramente esta empresa) les había solicitado empeñosamente de que me dejaran partir para su bien, aparecieron enseguida los bueyes frescos para proseguimiento del viaje. Yo pensé no tomar conmigo ningún *indio* ni hasta *Santa Fe*, para que en el camino no me causaran mayor pesar; quise especialmente que *Domingo* permaneciese en la *reducción* para asistir al nuevo *misionero*, lo atendiese y protegiese contra toda revuelta. Pero fue inútil: *Domingo* junto con veinticinco *indios* en completa *alarma* [armamento] montó a caballo y me acompañó.

CAPÍTULO II

Viaje desde Santa Fe a Buenos AiresTriste partida de
la *reducción*

Cuando nuestras *carretas* comenzaron a partir de nuestro pueblo comenzó entonces en la aldea el llanto y lloro, que también a los *diputados* les corrieron las lágrimas desde los ojos. Todos cabalgábamos a caballo, desde todos lados los *indios* gritaban a los *misioneros*: ¡Amé *loguiji e Padril enomal ncopata gdapiliji!* ¡Andad y viajad padres pero volved en corto tiempo! El pueblo entero estuvo parado en la plaza, chicos y grandes en la mayor pesadumbre. *Aletin*, que en lugar de *Domingo* se había hecho cargo del cuidado del nuevo sacerdote, quiso acompañarme también, pero tras largo ruego retornó; sus últimas palabras fueron: *Naatic Padri zolemte tapeco gdiogdenatagan gaigui tomalet jovidos mjalamac m Dieleb*. Yo agradezco *Pater* la compasión y misericordia que tú me has demostrado y he de recordarla hasta que llegará mi muerte. *Loqui calagam ncopata gdapili*. Anda pero en poco tiempo retorna.

Llegamos al contorno de la ciudad de *Santa Fe* con nuestros carros que llevaban nuestros baúles y camas. Cuando nosotros [llegamos] a la *estancia* del señor *Sargento Mayor don Hieronymo Leys* (de quien como buen amigo mío yo he escrito en la construcción de la *reducción* del Santo *Petri*) estaba sentada ahí delante de la puerta de la casa toda su familia en completo llanto y lamento: ellos golpearon las manos por sobre las cabezas; era doloroso contemplarlo; ellos querían que nos detuviéramos ahí por un rato pero nosotros no tuvimos permiso de hablar ni una palabra con ellos y pasamos por delante de ellos. El señor *Don Hieronymo* corrió a caballo tras nosotros y rogó a los *diputados* que dieran permiso que él pudiese decirme siquiera una palabra pero él no obtuvo ninguno pues ellos alegaron no poder dar alguno, sería contra la orden del rey. Tal mentira era en realidad bien española y así apareció española³²⁹ a cada uno; por lo tanto debimos mirarnos el uno al otro y con lágrimas deplorar nuestra aflicción. Al rato llegó tras nosotros un enviado por la mujer del señor *Hieronymo* con una medida³³⁰ hecha de cuero que fácilmente podía contener dos celemines de trigo; en esta medida ella enviaba para todos nosotros diez y ocho chorizos largos secados al aire que los españoles denominan *salchichas* y aun otros gruesos cuartos de chanco, no secados a manera de jamones en la chimenea sino al aire. Obtuvimos sin embargo el permiso de aceptar todo esto aunque el *comandante* había amenazado que quien hablara con nosotros o nos alcanzara algo sería detenido enseguida como preso y enviado por la ciudad a la cárcel³³¹. ¡Oh, cuán estólidamente entendió la autoridad *paracuaria* el mandamiento del rey! La diferencia conocimos recién en España y supimos cuál era el tenor del mandamiento del rey.

Así seguimos cabalgando hasta un cuarto de camino delante de la ciudad de *Santa*

329 / Para el vulgo alemán, el adjetivo «español» es sinónimo de «incomprensible».

330 / *Masz*, antigua medida austríaca para trigo, de 1,5 litros.

331 / *Elend*, sinónimo de miseria, o sea antonomasia por prisión.

Fe; ahí nos detuvimos cerca del anochecer. Enseguida fue enviada desde la ciudad una guardia que no debía permitir una conversación con españoles. Para seis *misioneros*³³² fueron encargados también seis hombres que debían vigilarnos durante la noche. A nosotros nos semejaba como cuando los niños juegan a los soldados, puramente una completa *ceremonia* y nada de serio. Los españoles que nos habían entregado a la ciudad y fueron relevados, dieron *reporte* al *comandante* de haber llegado nosotros pero que el *cacique* con veinte y cinco *indios* bien armados había acompañado los seis *Padres*, por lo tanto era de temer que los *indios* aún en camino hiciesen algo indebido contra los españoles que por lo tanto se alejaran de la ciudad estos *indios* y se los mandara de vuelta a su casa. Pronto vino el mensaje desde la ciudad por parte del *comandante* que los *indios* *volvieren* en la mañana temprano a sus casas. Cuando *Domingo* oyó esto, quedó tan irritado que sin reparar en el mandamiento, contestó lo más apresuradamente a los españoles. La alocución fue tan terrible y vergonzosa para los españoles que la *prédica india* por el intérprete presente y también en mi presencia no les quiso saber en forma alguna. *Domingo* habló tan osada e insistentemente como yo jamás lo hubiera creído. Algunas expresiones eran tan poderosas que a los españoles podían haber sido muy sensibles. Recuerdo aun algunas palabras que yo no me hubiera atrevido a decir sin haber sido llevado tal vez esposado hasta *Buenos Aires* o hasta España. Él dijo así: —Yo no puedo imaginarme que vuestro Rey haya ordenado esto de despojar de nuestros padres a nosotros infelices, mucho menos que nosotros ya no debemos hablar con ellos. Vosotros mismos lo habéis urdido tal vez entre vosotros; vuestra picardía que habéis mostrado contra nosotros y nuestros padres y aún queréis demostrar, es toda la causa que este mal ha venido tan inesperadamente sobre nosotros. ¿Acaso creéis que vosotros mediante el exterminio de nuestros Padres seréis más felices? Yo no sé por cuál motivo vosotros lo habéis podido pensar y esperar. Vosotros sabéis muy bien cómo procedimos con vosotros primero y antes de que hemos vivido con nuestros Padres; ¿qué cosa buena tendréis ahora que esperar de nosotros después de habernos quitado nuestros Padres que nos han inducido a la vida moral y a la obediencia al Rey? ¿Sois vosotros seudo cristianos o habéis vivido únicamente con el engaño de defraudar a nosotros? ¿Ya se han sanado vuestras heridas que tiempos antes os hemos inferido? ¡Tened cuidado! Nosotros podemos renovarlas. Yo conozco bien vuestros actos de amistad que nos habéis brindado después que nosotros nos hemos sometido a la cruz; vosotros no nos habéis sometido a vuestro rey mediante vuestras espadas y fusiles, nuestros Padres nos han dominado con la cruz de nuestros Salvador, por esto no hemos llegado a ser vuestros *esclavos*. No es posible que nuestro rey os haya dado semejantes mandamientos, pues nuestros Padres nos han ponderado siempre su benignidad cristiana. Si vosotros fuerais buenos y fieles cristianos, sentiríais también como nosotros esta partida. Decid a vuestro *comandante* que él ha recibido recientemente la vara que él porta mientras yo la llevo desde más tiempo y que ella me ha sido enviada a mí espontáneamente por el *gobernador* antes que a él. Que él nos dé una prueba de su valentía y no se quede sentado en la ciudad; si él quie-

Acre alocución de
Domingo contra los
españoles

332 / i. e, cada seis.

re seguir combatiéndonos, no debe imaginarse que nosotros huiremos. Que él mande en su ciudad, pero no a nosotros; yo no regresaré antes sino cuando me plazca y si él quiere, ¡que salga y nos eche a la fuerza! Yo no cedo ante su orden y he de acompañar nuestros Padres hasta donde nuestros caballos tengan fuerzas.

Cuán agradable fue este mensaje al *comandante* ha evidenciado la siguiente respuesta que vino desde la ciudad: que *Domingo* con sus compañeros acompañara los *Padres* hasta donde él quisiera; que no había sido su orden de alejarlos; sólo debía haber sido la invención de algún soldado; en cuanto él lo conociere lo haría castigar especialmente. Todo esto era solo una engañifa para los testigos. No hay duda de que el *comandante* lo había hecho ante el pedido de los seis soldados que debían acompañarnos hasta *Buenos Aires*, porque ellos temían que los *indios* les infligirían algo para despedida. Pero el haber hablado *Domingo* tan *acrememente* contra el *comandante* y haberse negado a obedecerle, tiene su fundamento pues todos los *indios* en las *reducciones* son sometidos completamente sólo al rey y en lugar del rey al *Gouverneur*, pero ni en lo más minino a los *comandantes* de las ciudades salvo que tuvieren orden del *Gouverneur* sobre lo cual *Domingo* se fundamentaba.

Recibo mucha
provisión de los
españoles

Aunque la guardia estaba presente enviaron sin embargo los españoles a la noche diversas pastas, bizcochos, cajas con frutas acarameladas y semejante provisión más para que nosotros nos pudiéramos mantener durante el camino a *Buenos Aires* pues teníamos que viajar aún más de cien leguas. Hacia medianoche recibí de un buen amigo de la ciudad *Don Narciso de Echagüe* un pequeño carrito completamente cargado con provisiones, en parte grandes panes y dulces. El primer *diputado Don Pedro de Miura* me envió un par de medias de algodón y pañuelos. Al día siguiente fuimos pasados desde el lado *Norte* al lado *Sur* de la ciudad donde tuvimos que *pasar* dos ríos que pasan cerca de la ciudad. En el resto de este día hasta el tercer día que fue el sexto día del mes de *septembris* quedamos parados cerca de algunas viviendas. Enseguida de nuestra llegada el *comandante* mandó preguntar qué faltaba a cada uno en ropa blanca, vestimenta y otras cosas; debimos transmitirle todo por escrito pues él había nombrado al efecto un español que debía anotar todo cuanto pidiéramos. Al día siguiente recibí seis camisas nuevas, cinco pañuelos blancos, un par de medias negras, un traje de casa, zapatos y un gran *breviario* pues el mío ya no era utilizable porque en los viajes por la tierra silvestre y los ríos se me había caído alrededor de seis veces al agua y cuando en la última vez lo puse a secar al sol, fue despedazado por perros que jugaban en derredor.

Aunque estaba terminantemente prohibido que desde la ciudad algún español se nos allegara para hablar con nosotros, la antecedente prédica de mi *Domingo* había hecho sin embargo tanto efecto al *comandante* que los españoles contrariando toda orden o prohibición nos visitaron uno tras otro bajo el pretexto que los *indios* lo tomarían a mal si los *Padres* fueren mantenidos tan abandonados que ningún español debía hablarles. El *comandante* lo supo pero por causas importantes debía callar ante ello. Hasta trajeron diariamente consigo mucha comida, buenos vinos españoles para

beber, comieron con nosotros y trataron de consolarnos. Mi mejor amigo en la ciudad *don Narciso de Echagüe* junto con su amistad nos ha visitado en ambos días en que estuvimos parados en este lugar y diariamente ha traído todo para nuestro alimento; quedó también diariamente desde temprano hasta el anochecer al lado nuestro y ha hecho muchísimos gastos. Cada sacerdote tenía su propia *carreta*; fuera de éstas había otras dos que conducían toda la vajilla de cocina y mesa que toda contada se prestó desde el *Collegio* con la orden que toda se trajere de vuelta con las *carretas*. Nuestras propias *carretas* en que viajábamos los sacerdotes, estaban plenamente cargadas de comestibles y canastos de botellas llenas de vino, todos los cuales nos habían remitido nuestros buenos amigos desde la ciudad. El último día se hicieron ver también desde la ciudad muchas mujeres que venían a despedirse y cuando nos daban el besamanos nos apretaban en la mano disimuladamente en un papel hasta cinco, también más *pesos* o «harte Taler» y se retiraban llorando y entristecidas. Cuando ya íbamos a partir se me acercó *don Narciso de Echagüe* y me apretó a la mano tres piezas de moneda de oro *portuguesa* [y] dijo a la vez: *antes martyr que confessor* «eher ein Martyrer als ein Beichtiger»; él quiso decir si acaso en el camino nosotros seríamos *visitados*³³³ yo me hiciera martirizar antes que confesar de quién yo había recibido este dinero.

Así proseguimos viajando el seis de *septiembre* bajo acompañamiento de seis soldados y de un *cabo* u *oficial* que debía atendernos en todo; se sentaba también siempre con nosotros a la mesa porque lo quisimos así y lo invitamos a ello. Los soldados nos acompañaban y nos servían en todo; ellos habían colocado sus fusiles en los carros y jamás los han tomado en la mano hasta que entramos a *Buenos Aires*; ahí debieron tomar sus fusiles y conducirnos presos a la ciudad y entregarnos. El 2 de *septiembre* llegamos a pasar la noche a una aldeíta española donde había una capilla llamada de *S. Hieronymo*. El 8 de *septiembre* pensábamos escuchar lo menos la santa misa en esta capilla porque era la fiesta del nacimiento de *Mariae*; todos, tanto soldados como los carreteros, corrieron a la capilla para escuchar la santa misa. A nosotros dejaron solos, metidos en las *carretas* sobre el campo. Cuando ellos volvieron, quisimos que uno de nosotros [pudiera] leer una santa misa, pero que nosotros pudiéramos escucharla y a la vez tomar la *comunió*n; pero nos fue rehusado y negado rotundamente lo que nos dolió mucho ya que estábamos tan cerca de la capilla apenas distante trescientos pasos. Hicimos cuanto pudimos y opinamos desde lejos³³⁴. Después de comido el almuerzo, seguimos marchando, hicimos de nuevo nuestro campamento nocturno en campo libre como también se hacía de ahí en adelante hasta *Buenos Aires*. Si bien en el camino encontramos algunas pequeñas villas³³⁵ españolas, no debimos jamás comprar algo para comer pues los habitantes nos traían gratuitamente con el mayor

Se nos prohíbe
escuchar la misa

333 / i. e. revisados.

334 / Parece haber habido un error de copia. La voz de *Meinung* [opinión] será yerro de *Weihung* (bendición).

335 / *Marktflecken*. Caserío donde existen ferias.

afecto ganado, volatería, corderitos. Mis *indios* con *Domingo* estaban aún inseparables a nuestro lado cual escolta; ellos no sólo extrañaron sino que se fastidiaron que nosotros en el día de la Madre de Dios no debimos ni leer ni escuchar una santa misa.

El 10 de *septiembre* cruzamos el río *Carcaranial* junto al cual se hallaba la *estancia* jesuítica *S. Miguel* o *S. Michaelis*, situada a veinte y dos leguas de distancia de *Santa Fe*. Allí permanecemos en el campo a mediodía. Ahí mismo vivían treinta negros que atendían el ganado; ellos quisieron saludarnos y despedirse de nosotros porque eran nuestros *esclavos* pero esto no se les permitió. Ellos estaban parados delante de sus casas, lloraban sin dejarse consolar, nos llamaban y se encomendaban pero como los soldados habían ido junto a ellos, nos enviaron gallinas y corderitos, también cuatro quesos grandes, todo lo cual nos trajeron los soldados. Nuestro viaje seguía muy despacio porque encontramos todavía villas y aldeítas españolas. Nosotros los *misioneros* estábamos ya completamente cansados a causa del fortísimo sacudimiento de nuestras *carretas* y todos montamos a caballo, pues teníamos avíos de montar caballos con nosotros. Los caballos, por pertenecer a la *reducción* fueron conducidos de vuelta desde *Buenos Aires*, el avío de montar regalamos en parte a nuestros carreteros, en parte a los soldados que nos habían acompañado.

El catorce de *septiembre* llegamos a una pequeña villa, llamada *Capilla del Rosario* que distaba de *Santa Fe* hasta cuarenta y tres leguas. Desde ahí envié de vuelta mis *indios* junto con mis caballos de silla que yo había traído conmigo desde la *reducción*; sólo retuve hasta *Buenos Aires* un alazán que me había servido ya diez y ocho años, me había portado en todos los caminos y viajes y tenía un paso muy suave [y] estaba aún en buenas fuerzas³³⁶. El 15 de *septiembre* cuando debimos ponernos en marcha temprano, mandé llamar a *Domingo* junto con todos los otros, les di las gracias por su acompañamiento y dije que ahora retornaran a su *reducción*. Ellos aún no querían y pensaban acompañarme hasta *Buenos Aires*. *Domingo* me dijo: El *Gouverneur* nos compadecerá tal vez y nos permitirá que tú puedas regresar otra vez con nosotros.

—No— mi querido *Domingo*, tú no debes esperar esto; él no puede hacerlo tampoco porque el rey ha ordenado eso de que nosotros partamos de vuestro lado. Este podría aún modificarlo, pero antes de que recibiéramos noticia de él, podría transcurrir un año y vosotros no podéis quedar alejados de la *reducción* por tanto tiempo; tal vez vuestros caballos tampoco aguantarían este camino en modo de poder cabalgar vosotros de vuelta sobre ellos. Es mejor que vosotros cabalguéis de vuelta desde aquí. ¡Pasadlo bien! ¡Permaneced en vuestra *reducción*, servid a Dios, sed fieles a Él y al Rey! Dios no os abandonará si vosotros no lo abandonáis antes.

Todos dieron vuelta y se encaminaron a buscar sus caballos y se prepararon para el viaje de vuelta. Después de estar sentados a caballo cabalaron en el mayor pesar

336 / Era opinión general que los alazanes eran los caballos de mayor resistencia. De ahí el proverbio según Dobrizhoffer (I capítulo 25): *Alazán tostado antes muerto que cansado*.

hacia mi *carreta*; acudieron los soldados y nuestros carreteros y querían ver la última despedida; algunos de los *misioneros* se acercaron también, pero otros permanecieron en sus *carretas* y por pesadumbre y llanto no pudieron contemplar esta última despedida. Todos [los *indios*] desmontaron de sus caballos para darme el último besamanos. Era un lamento tan lastimero que todos los españoles debieron llorar a la par. Sólo mi *Domingo* no pudo hacer correr lágrima alguna desde sus ojos, estuvo parado mudo ante mí, palideció bien mortalmente y comenzó a temblar de manos y pies. Los españoles saltaron a su lado creyendo que *Domingo* estuviere acometido por un ataque al corazón. Al fin, tras largo rato, *Domingo* se repuso, comenzó a hablar y me dijo: —¡Mira Padre! todos tus hijos lloran por ti, sólo yo no lloro y tampoco puedo llorar. No es porque yo no sienta pena en mi más hondo sentimiento sino que esto ocurre por la violencia de mi pena de que tú debes abandonarnos pues el dolor oprime y contrae mi corazón de tal modo que me es imposible llorar; siento como si se me iría el aliento. ¡Anda, mi querido Padre y Dios te recompense todo cuanto tú nos has enseñado y has padecido entre nosotros y jamás se te ocurra pensar que nosotros no te habríamos amado como a nuestro Padre! Tú has merecido también ser amado por nosotros. Permanezco aún en la esperanza que volveremos a verte, pues yo no creo que el Rey nos despojará totalmente de ti. Esperaremos por un año entero, aun si tú debieras viajar a España. En cuanto tú llegas de vuelta a *Buenos Aires*, haz comunicarnos tu arribo y yo no tardaré en buscarte con mis gentes.

Todos ellos besaron otra vez mis manos, les di la bendición, montaron en sus caballos y se alejaron cabalgando.

Nosotros también proseguimos pronto el viaje y el 18 *septiembre* cruzamos el río al cual los españoles llaman *Río Montiel*, donde de nuevo hallamos algunas casas. El español que vivía allí de nombre *don Antonio Montiel*, ya nos dio noticia que los *indios* habían irrumpido en una aldeíta y habían puesto fuego en derredor del lugar de modo que el pasto seco había comenzado a arder y se habían quemado cuarenta y tres españoles. Ellos suponían que debían haber sido los *indios pampas* y *aucaes* que por lo común suelen tener su campo de correrías allá. Este mismo día *pasamos* todavía el «*Fluss Pavón*» o *Río de Pavón* y ya no encontramos viviendas. Teníamos hasta *Buenos Aires* algunas sesenta leguas. Pero donde encontramos viviendas otra vez, fue en una pequeña villa donde había una gran iglesia y dentro de ella una admirable imagen de *María*. El nombre del lugar era *Luxan*. Seguimos viajando siempre, llegamos ya a la llanura y campos dilatándose extensamente que son llamadas *pampas* por los españoles y en los cuales no se encuentra más que puro trébol; si bien de vez en vez crece algo de hierba, es únicamente parcial y de sabor muy amargo, la que el ganado no quiere comer³³⁷.

337 / Alusión al campo mestizo en la distinción por los ganaderos que los clasificaban en campos de pastos duros, mestizos (a medio refinar) y campos de vegetación retornada (pastos tiernos).

El 24 *septiembre* pasamos el «Fluss» *Río Segundo, Río del Medio* y vinimos a detenernos junto al *Río Tercero* para pernoctar. El veinte y cinco de *septiembre* llegamos ya cerca del río *Arrecifes*; todos estos mencionados ríos eran de agua baja y [nosotros] no tuvimos dificultad en *pasarlos*. Al veintinueve de *septiembre* estuvimos junto al río *de Areco* donde los *jesuitas* de *Buenos Aires* tenían su *estancia* más grande o sea una crianza de ganado. De nuevo tuvimos que permanecer en el campo durante la noche y nadie tuvo permiso de entrar. De esta *estancia* ya he informado en la hoja³³⁸ cuando debí viajar con mis *indios músicos* a *Buenos Aires* para celebrar la fiesta del Santo *Ignatij*. El treinta de *septiembre* permanecemos junto a este lugar para dejar descansar y comer nuestros caballos y bueyes de tiro.

Castigo
americano a los
soldados

Ahí mismo vi un castigo *americano* a soldados que nuestro *oficial* había impuesto a uno que antes se había emborrachado con la «*cachaza*» (especie de un aguardiente de caña de azúcar) y con grosería y desobediencia había faltado a su *oficial* a saber: en todo tiempo desde *Areco* hasta *Buenos Aires* [y] en la hora en que pasamos la siesta, debía sostener durante una hora sobre sus hombros tres yugos (lo mismo como antes en Alemania era usual llevar los fusiles) que son largos y muy gruesos a los cuales se uncen los bueyes sin que él debiera dar con ellos un paso hacia adelante. Los yugos no son como los que usamos en Austria y Bohemia³³⁹ sino más largos y más gruesos. Yo calculo un yugo como más liviano sólo en dieciocho libras; él es bien de un largo de tres varas y media y en el centro en lo más grueso de un ancho de buenos tres dedos, tanto al dorso como al lado; esto importaba cincuenta y cuatro libras. Al anochecer se hacía lo mismo por una hora. Yo podía imaginarme bien que él debía sudar fuertemente primero por el gran peso, segundo por el calor cruel desde que él debía estar de pie inmóvil en el campo libre. El hombre tenía ya pocas fuerzas; lo habíamos visto al otro día que él comenzaba a bajarse y que una vez hasta cayó al suelo. Yo pedí por él ante su *oficial* y obtuve que le fuere perdonado lo demás.

Llegada a Buenos
Aires

El dos de *octubre* pasamos el río que los españoles llaman *Río de las Conchas* y el cuatro de *octubre* temprano hacia las ocho llegamos cerca de *Buenos Aires*. Ahí quedamos parados por una hora larga. En este tiempo se juntó y contó todo el avío de cocina y mesa. Descendimos de nuestras *carretas*, liamos nuestros colchones junto con lo restante, regalamos a nuestros compañeros de viaje lo que no necesitábamos como más necesario, nos deslizamos de nuevo a nuestras *carretas* y viajamos en nombre de Dios para dentro de la ciudad hacia el segundo *Collegio* en *Belén* o *Bethlehem* donde ya nos esperaban dos compañías de *granaderos* regulares con las *bayonetas* caladas. Había una concurrencia tan espantosa de gentes de la ciudad como si debía realizarse una

338 / El autor no indica el número, pues no tenía siempre a mano el original, a nuestro parecer por haberlo dado a copiar. Tal copia es hoy día la principal, habiéndose extraviado el original. En el presente caso el número de la página es 648 del original.

339 / En el Litoral los yugos se hacen generalmente de sauce colorado, pero en el interior hemos conocido y usado yugos de chañar de un peso mucho mayor.

importante *ejecución* de personas *maléficas*. Los *granaderos*, todos con las *bayonetas* caídas, estaban parados en derredor nuestro; el gran cuerpo de guardia en formación; ya vivía en el *Collegio* el *mayor*, que lo era de *carabineros* y que debía hacerse cargo de todos los *jesuitas* prisioneros [como se decía] y atenderlos como su superior. A todos nosotros los *misioneros* arribados se nos ordenó vivir en la casa de los *ejercicios* inmediata al *Collegio*; era un edificio *regular*³⁴⁰ completamente de paredes de material, en el centro una rotonda completamente techada con bellos cobres y ornada con trabajos de estuco. Adentro había fuera del altar mayor seis altares, muy cómodos para los *ejercitantes*; yo conté veinte cuartos provistos de camas, mesas y banquillos. Al lado del portón estaban parados cuarenta y ocho *granaderos*, dentro y afuera hasta nueve centinelas; junto con ellos había un *lieutenant* y un Alférez que también vivían juntos en un cuarto. Antes de entrar nosotros en nuestro severo *arresto*, se tiraron desde las *carretas* todos los cofres y lo que nos pertenecía; a la entrada debimos entregar todas las llaves para nuestros cofres y canastos de botellas, en cuanto a lo demás³⁴¹ hacernos cargo de nuestro *quartier* [alojamiento] y dejar a los españoles que se manejaran con nuestras cosas. El *mayor* junto con los oficiales nos quitaron todo lo que nos había sobrado en vino, *proviant* [provisiones], *rosoli* de lo cual existía aún una buena *porción*; tal vez han tragado y bebido a nuestra salud. [De las existencias] de cosas, semillas *indias* y otras *curiosidades* que más de un *jesuita* había traído consigo para llevarlas y demostrarlas *in Europa*, quitaron todas, pero recién al tercer día volvimos a ver nuestros cofres y en esta revisión de nuestras cosas perdimos todo lo que no era ropa o vestimenta. ¡Oh cuánto nos pesaba haber traído con nosotros algo de semillas u otras *curiosidades*! ¡Cómo deplorábamos que en el camino no hubiéramos participado a nosotros mismos o a otros compañeros, lo restante que aún se podía disfrutar!

Fuimos revisados
severamente

340 / i. e. rectangular.

341 / *Uebrigens*. Adverbio temporal usado como modal que exige esta frase por la traducción.

CAPÍTULO III

Nuestros sucesos en Buenos Aires

Dos se arrestaron

Enseguida vinieron los *oficiales* y el *mayor* junto a nosotros; tuvimos que mostrar y entregarles todos los papeles que teníamos en el bolsillo. Tuvimos que entregarles todas las plumas y tintas, hasta las señas de nuestros *breviarios* sobre las cuales había algo escrito. Simultáneamente a dos *misioneros* se les colocó frente a cada uno un centinela en la puerta. Ellos no debieron salir del cuarto ni de día ni de noche; todo cuanto necesitaban se les trajo en realidad, pero no se les tenía confianza ni que miraran por la ventana que tenían hacia el jardín con rejas de fierro y se impedía que ninguno de nosotros pudiera hablar con ellos. ¿Cuál fue el motivo? No lo conocían ni ellos ni nosotros, mucho menos los que los habían hecho detener en esta forma; nosotros encontrábamos que sólo era una pura engañifa y que ésta se hacía para que en la ciudad supieren que algunos *jesuitas* estaban en *arresto* en el cuarto y por ello estaban guardados bajo doble guardia para que pudiera imaginarse ser reos de un gran crimen. Los encerrados solicitaron que se les indagara para que ellos supieren por qué habían incurrido en semejante *arresto*, pero se les dejó detenidos por más de dos meses. Al fin se envió por el *Gouverneur* un *auditor* con otros dos a preguntarles judicialmente, pero toda la pregunta consistió en esto: ¿qué nacionales eran? ¿Cuándo habían entrado en la *Sociedad*, si antes de su partida de su *Collegio* no habían llevado consigo algún oro?, y otras cosas semejantes que eran solamente un *blictri*³⁴²; sin embargo no fueron soltados y debieron seguir en el *arresto*. Teníamos centinelas tras centinelas, tanto adentro como fuera de nuestra casa de *arresto*. En la primera *visitación*³⁴³ yo perdí una cáscara superior de un animalito que por los *indios* se denomina *Etopinic*³⁴⁴ y sobre el cual informaré en su lugar sobre los animales en *Paracuaria*; esta cáscara me sirvió a mí en el camino en lugar de fuente en la hora de la comida. Yo pregunté al *mayor* si alguien me habría quitado esta corteza, pero él no quiso saber nada de ello.

Ganó la buena voluntad del *mayor* a favor de mis cofrades

Después de algunas semanas en que yo vivía en esta casa de *ejercicios*, fui tan conocido con este *mayor* que gané en todo su favor y amistad. Él comenzó a visitarme como [lo hicieron también] los *oficiales* que tenían que atender la guardia junto a nosotros. Entre ellos había algunos que entendían algo de *música*. Éstos estaban de continuo, excepto a la hora del mediodía, en mi cuarto que yo habitaba con otros cinco *jesuitas*. Ocurría también que el *mayor* me retenía junto a él en su vivienda que en el *Collegio* se encontraba inmediata a la casa de *Ejercicios* hacia la cual teníamos un pa-

342 / No nos fue posible hallar la etimología de esta voz, que no se halla en los lenguajes germanos ni eslavos ni en el romance. El sentido parece ser de «engaño» y simulación. Tal vez hay un error de copia por Flickerei, que indica obra mal concebida e hilvanada.

343 / i. e. revisión.

344 / La mulita.

sillo ocupado por una guardia pero por el cual no debíamos pasar. Junto al *Collegio* se había cultivado un jardín grande y muy formal con una casa de verano en el centro de dos pisos de alta y con *balcón* en derredor desde donde se podía mirar hasta al puerto marítimo y hasta la alta mar. Tanto los sacerdotes que estaban en el *Collegio* como también los que permanecían conmigo en la casa de *Ejercicios*, no debían entrar; a más que el *mayor* tenía consigo la llave para el jardín, había aún un centinela al lado. Como mis cofrades vieron que el *mayor*, junto con los otros *oficiales*, era favorable a mí, pidieronme, especialmente el *P. Rector* de la ciudad de *la Asunción Antonio Gutiérrez*, que yo interpusiere una buena palabra a favor de todos que vivían en la casa de *Ejercicios* a fin de que a veces en la semana pudiesen pasar al lado de aquellos que vivían en el *Collegio* y hablar entre ellos. Yo se lo propuse y él comenzó a sonreír; también me dijo:

—En realidad sus hermanos han buscado un buen abogado para conseguir su deseo. Usted no lo tome a mal, yo lo haría de buen grado sino hubiere entre ellos algunos *Procuradores* y *Rectores* quienes son mayormente los causantes de vuestro destino desgraciado. Yo reconozco bien que vosotros pobres *misioneros* debéis padecer a causa de vuestros superiores y *procuradores*; vosotros sois dignos de todos los honores y de alta estimación como hombres que habéis trabajado en honor de Dios y tranquilidad de la patria; éstos les han hecho el mal que [ustedes] —después de todos los grandes y peligrosos trabajos vuestros mientras éstos se dejaban estar bien— debéis padecer ahora junto con ellos.

Él me dijo esto muy amargado y resentido: —¿Sabe Usted una cosa? Desde mucho tiempo yo he pensado cómo podría trasladar a Usted a mi lado al *Collegio*, pero pensé que como Usted entre los que con Usted viven en la casa de *Ejercicios*, tenía sus *comisioneros* y los abandonaría de mal grado tampoco se separaría de ellos con placer. Pues si le agradara, anóteme quince otros sacerdotes entre sus mejores amigos que le gustaría tener a su lado; yo trasladaré todos junto con Usted al *Collegio*. Yo lo hice y asenté quince en el papel y entregué sus nombres. Al día siguiente vino a mi lado el sargento principal con veinte hombres de los *granaderos* y trajo una lista de otros quince *jesuitas* que enseguida debían trasladarse al *Collegio*. Él no vio lo escrito por mi mano sino por la de su sirviente que era un *carabinero* para que los demás no recelaran que esto se hacía únicamente por mí o que yo había indicado los restantes quince para el traslado conmigo. Todos habían estado en parte en el valle del *Chaco*, en parte en otras *reducciones*. Los restantes deploraban amargamente que nosotros habíamos sido separados de ellos y que ellos no debían trasladarse junto con nosotros. Allá encontramos cuartos grandes en los cuales estaban ocho *jesuitas* como en *cassarmas* [casernas]; yo recibí cerca de la puerta del jardín mi cuarto que era muy espacioso para dos personas. El *mayor*, después de haberme entregado las llaves para éste, preguntó: —¿a cuál de sus compañeros quiere usted tener en su cuarto? Yo nombré mi *comisionero*, el inglés *P. Pedro Polo o Poule* que había estado algunos años conmigo en la reducción del Santo *Xaverij* y últimamente me había relevado en *S. Pedro*. Enseguida se le comunicó que pasara sus cosas a mi cuarto, lo que fue muy agradable para él.

Obtenemos
permiso de
pasear en el
jardín

Ambos vivimos así juntos hasta la partida de *Buenos Aires* la que se realizó recién el 10 de *abril*, día en el cual debimos cruzar navegando sobre un *corsario* real a *Montevideo*.

Aún no había probabilidad de obtener un permiso que pudiéramos pasear algunas veces por semana en el jardín y tomar aire fresco. A solicitud de todos con los cuales yo vivía en el *Collegio*, fui a ver al *mayor* y le dije: —¿Qué se remedia con que yo viva al lado del jardín pero no puedo pasear con nadie fuera del cuarto en el jardín? Estoy acostumbrado a correr de un lado al otro, pero ahora debo permanecer encarcelado. ¿Qué tal sería si yo tuviere el permiso de pasear por el jardín, por lo menos algunas veces en la semana?

—Ahí tome usted la llave al jardín y sea Usted el portero de la puerta del jardín, pasee usted en él cómo y cuando le plazca.

Sin embargo yo no quise usar como único este permiso; por esto pregunté al *mayor* si mis hermanos podrían acompañarme adentro. —Lleve usted consigo a quien quiera.

—Pero si llamara a mi lado un compañero determinado, los otros que viven aquí en el *Collegio*, ¿no serían atacados por un pequeño pesar y envidia?

Con esta conversación obtuve permiso que todos los que estaban en el *Collegio*, podían usar del paseo. A mis hermanos fue pues muy agradable que por algunas veces podían tomar aire fresco. En la mayor manera nos alegraba estar parados en el balcón de la casa de veraneo y mirar por el extenso «*Silberfluss*» [Río de la Plata]. Cuando distinguíamos desde lejos un buque, ya se decía: —Tal vez viene la revocación de nuestra despedida. Pues estábamos llenos de esperanza que Dios modificaría todo y en breve tiempo. Cuando los demás *arrestados* supieron que en el *Collegio* ya disfrutábamos aire más fresco y paseábamos en el jardín, escribiéronme algunos *rectores* desde la casa de *Ejercicios* que interpusiera ante el señor *Mayor* una palabra buena también para ellos para tener permiso lo menos tres veces por semana de pasar hacia nosotros y refrescarse con nosotros en el jardín. Lo obtuve también; entonces ya vivimos más alegres.

Se nos permite
leer misa

Hasta entonces no debimos leer santa misa alguna hasta que al fin tuvimos ocasión de hacer rogar al *Gouverneur* y al obispo que no quedáramos privados de este consuelo espiritual. El *Gouverneur*, de apellido *Buccarelli*, fue opositor a ello. —Bien —dijo— ¿para qué los *Patres* cometan siempre más y más *sacrilegia*? Ellos pueden vivir ya sin leer misa, yo tampoco la leo.

Por el obispo obtuvimos sin embargo este permiso: primero solamente uno alternativamente en cada día; más tarde todos, pero *clausis valvis*³⁴⁵.

En corto tiempo fallecieron dos *misioneros* en la casa de los *Ejercicios*. No se oyó campana alguna ni en el gran *Collegio* ni en el nuestro donde estábamos. Nosotros hicimos los hoyos para los difuntos, conseguimos en secreto velas para ello y tuvimos que sepultarlos en silencio sin el menor tañido. Pero sin embargo todo se hizo como era usual en la *Sociedad*.

Comida escasa

Nuestra comida era muy medida y mala, aunque teníamos en la ciudad un abas-

345 / A puertas cerradas.

tecedor que debía ocuparse de comida y bebida para nosotros y era pagado muy bien por el rey. Él habría podido dar otro tanto de comer como siempre habíamos tenido en el *Collegio* pero ¡quién no se aprovecha de la ocasión, especialmente en circunstancias en las cuales uno ya oprimido no debe hablar, y si habla, es mortificado aún más! Nosotros fuimos mantenidos cada día más míseramente de modo que ya apenas podíamos subsistir. Al fin me atreví y conté todo al *mayor*, que enseguida inspeccionó la existencia en la *despensa* tanto en la nuestra como en la casa de *Ejercicios*.

En los días de carne no teníamos otra carne que de continuo la peor carne de vaca y de carnero. Los carneros se carneaban en la ciudad y se transportaban enteros a nuestro *Collegio*. Como una vez los vi colgados, llevé intencionalmente allí al *mayor*, quien enseguida hizo quitar y devolver todo al abastecedor con el siguiente mensaje: —que los devorara él mismo y mandara enseguida mejores sino él solicitaría del *Gouverneur* al cual él visitaba casi diariamente, que un hombre más correcto atendiera los sacerdotes. Pronto hubo otros carneros.

Habíamos fijado una hora en la cual diariamente íbamos al *refectorio* a tomar el desayuno. Se nos servía *chocolate*, pero ¡de qué clase! Un agua teñida de parda que en nosotros despertaba más horror que apetito. Si bien habíamos reunido algún dinero (pues en nuestro viaje habíamos recibido algo de parte de los españoles) debíamos manejarnos tan secretamente para que ningún otro supiera de ello. Había una sola entrada abierta hacia nosotros y ésta estaba ocupada por doble guardia. ¿Cómo se podría introducir algo? Muchos españoles pensaron enviarnos algo para una merienda, pero se les quitó a la entrada y se rechazaba la persona; no supimos quién lo ha comido. Al fin recibimos dos jóvenes españoles que habitaban junto a nosotros y eran mozos de *mesa* nombrados: ellos debían también atendernos en todo. El *mayor* había obtenido ante el *Gouverneur* estos sirvientes. Ellos podían entrar y salir libremente y como ellos informaban diariamente a su *patrón* o al primer abastecedor debían recibir todo y gastarlo para nosotros; conseguimos bastante para adentro mediante ellos. Y aun si hubieren sido atrapados, ellos se sabían remediar bien por una aparente *equivocación* y como nosotros los invitamos a ello, se empeñaban aún más.

En la ciudad se procedía aún muy severamente para con aquellos de quienes sólo sabían que eran buenos amigos de los *jesuitas*. Por esta causa muchos nobles *caballeros* fueron pasados desde sus casas a los buques; algunos se deportaron a *Montevideo*, otros a las islas *Vogtlande*³⁴⁶ (estas islas se llaman de otro modo de *San Malo* o *Malvinas*) sus bienes o haberes fueron *fiscalizados*. Especialmente un *oficial* distinguido que ya había sido *Gouverneur* en *Paracuaria*, de apellido *Ilson*, fue *arrestado* inesperadamente en la noche, llevado al buque y enviado a una isla distante ochenta leguas de *Buenos Aires* por la única causa de saberse que él era un buen amigo de los *jesuitas*. ¡Cómo lo era de cierto! Pues él tuvo ocasión de enviar de pura antigua amistad a un *Pater* llamado *Antonius Miranda* una tabaquera de oro junto con monedas de oro in-

Nuestros buenos amigos son severamente castigados

346 / Paucke escribe *Vogtland* y pronunciaría *Foctländ* por entender así a los marineros informantes. Tal vez la estimaría como tierra de dependencia (*Vogt*) o sea «colonia».

cluidas de cuya donación nadie supo que no debía saberlo. La guardia se relevaba diariamente y se conducían nuevos *granaderos*. En este relevo de guardia entraba donde [estábamos] nosotros el *oficial* nuevo con el sargento principal; se tocaba la campana de la casa; entonces venía con su bastón el sargento principal y nos contaba como ovejas. Si faltaba uno solo, teníamos que quedar parados y la *patrulla* recorría todas las piezas y rincones hasta que lo hallaban; al fin podíamos emprender la marcha de retiro. Éramos entregados diariamente a un *oficial* diferente. Un *lieutenant* era un hueraño y áspero tío³⁴⁷. Como estaba severamente prohibido, que ningún soldado, ningún centinela hablara con nosotros, él lo observaba tan estrictamente que si notaba que un soldado hablara sólo una palabrita con alguno [éste] al ser relevado, debía permanecer afuera al lado del centinela e inmóvil en un [mismo] sitio por dos, tres, también cuatro horas. Los otros *oficiales* no fueron tan estrictos y aun buenos amigos nuestros; especialmente yo he experimentado mucho favorable de ellos. En la mejor y la más amable forma se nos trataba cuando uno que otro *Alférez* tenía la guardia entre nosotros; entonces yo, como también cada uno de nosotros, podíamos hablar sin reparo con los centinelas.

La reiterada
visación de baúles
aprovecha a otros

Nada era más afligente para nosotros que deber hacer *visitar* nuestros cofres en tantas veces; pues ellos recelaban que nosotros debíamos tener escondidas muchas cosas que ellos no habrían hallado en la primera y la otra *visitación*. ¿O les pesaría acaso que no hubieran tomado antes algunas cosas que en la anterior *visitación* les habían gustado y ahora trataban de atrapar en otra ocasión? Se decía que algunos de entre nosotros estaban [descontentos] por la conducta de los españoles para con nosotros [y la habrían] descripto. [Por esto se ordenó]³⁴⁸ que saliéramos todos de los cuartos y fuéramos a la iglesia; cuando estuvimos adentro se colocaron dos *granaderos* ante la puerta. Ínterin revisaron nuestros cofres y cajas, todos los papeles y cuanto teníamos. Cuando esto hubo terminado, pudimos ir otra vez a nuestros cuartos y nos pasamos de ver de qué modo habíanse manejado.

Aquellos que venían de los *Collegios*, especialmente del *Collegio* de la ciudad *Paraguay*, trajeron consigo una buena provisión en vestimenta y ropa, pues el *Gouverneur* de allá que era un especial amigo de los *jesuitas* e irlandés de nacimiento³⁴⁹, les había suministrado una copiosa provisión en vestimento. Ellos trajeron consigo cortes enteros para su vestimenta, especialmente los hermanos que habían trabajado en la sastrería. Ellos tenían hasta cuatro o seis paños largos que los españoles suelen llevar en el cuello cuando están de viaje y que son llamados por ellos *corbatas*, estaban teñidos lo más primorosamente tanto en color rojo *violeta* como también amarillo. Estas

347 / *Knopf* (botón). Expresión familiar con que se designa cualquier individuo en sentido irónico.

348 / Hubo omisiones en el texto, que suplimos con esta frase.

349 / El citado *Ilson* en la página anterior, pero se denominaba en realidad Carlos Morphy.

corbatas tienen un ancho de media vara, las más tienen una *guarnición* de angostas puntillas plateadas cosidas por ambos lados con plata y con flecos mezclados con hilos de plata. Tales paños no son de seda sino de la más suave lana de un animal *paracuario* que ellos llaman *bicunia* [vicuña]. Es suave al tacto como una seda y muy caliente; las dos puntas una vez pasadas por tres o cuatro ocasiones por el cuello, cuelgan hacia abajo, una por delante, la otra atrás. Estos paños llamaban mucho la atención a los españoles de *Buenos Aires* porque son tan lindos, útiles y muy raros.

Después de la *visitación* ellos perdían siempre varias cosas tanto de estos paños como también de pañuelos trabajados de este mismo *material*. Nosotros los *misioneros* del valle *Gran Chaco* andábamos con vestimentas de lienzo que por el continuo uso no tenían aspecto negro sino mas bien blanco. Ya tenían el color de una tela de lienzo crudo remendadas en los codos y debajo de los brazos. El *mayor* demostraba una gran compasión para con nosotros los *misioneros*, pues él me dijo con frecuencia cuando yo era invitado a su mesa: —Ustedes pobres *misioneros* sois dignos de toda compasión e inocentes en todo, pero se debía *tratar* en lo posible con la mayor severidad a vuestros superiores y *procuradores*, pues ellos son culpables de toda esta adversidad.

Él hizo todos los trámites ante el *Gouverneur* para que nosotros los *misioneros* fuéramos vestidos todos y le informó de cómo los *rectores* y *procuradores* estaban provistos triplemente de todo, mientras los *misioneros* tenían una gran carencia de todo. En consecuencia el *Gouverneur* ordenó que se volviera a revisar todos sus efectos y donde se encontrara que alguno tuviere más de dos trajes o algo superfluo en sombrero, medias y semejantes cosas se les quitara y se entregara a los *misioneros*. Así se hizo: todos los baúles y cajas como también los cuartos debieron pasar otra vez por una *visitación general*: sobre cada cofre estaba acartonado el nombre de su dueño; después de la *visitación* los cofres se llevaron de vuelta al cuarto. Entonces cada cual quiso saber lo que le faltaría otra vez y vieron también que habían sido saqueados muy bien; nosotros los *misioneros* no teníamos nada que perder, por eso tampoco teníamos por qué mirar si nos faltaba algo. Pero los otros nos contaban que algunos habían perdido trajes ya cortados, pantalones, medias, camisas, tohallas, *corbatas* y cosas semejantes. ¿Dónde han ido a parar? ¿Quién lo ha tomado? En cambio yo oí de otros que eran *misioneros* que ellos habían hallado en sus baúles aun mucho más de lo que habían tenido antes y relataron todo. Yo también quise ver pues si *Nicolas*³⁵⁰ habría colocado algo adentro también para mí. Hallé bastante: un corte entero de paño *sevillano* para un traje donde la vara allá se compra en siete pesos, esos son catorce R. y esto lo habían quitado al compañero *Procurator* del *Collegio* de la ciudad de *Paraguay* y al hermano lego *jesuita* [habían quitado] un par de pantalones de este mismo paño, un sombrero y también bastante en ropa, pues ellos ya sabían que este hermano tenía más de dos docenas de camisas. Los *rectores* vieron también menguado su bien y haber los cuales nuestros *misioneros* hallaron en sus cofres. Ahora, ¿qué hacer? A nosotros nos pesaba deber tener provecho del daño de nuestros hermanos. Pero se nos indicó que por orden del

350 / San Nicolás que trae juguetes a los niños.

Intranquilidad
surgida

Gouverneur no debíamos devolver nada, se prestaría vigilancia estrecha. El hermano *Procurator* sintió mucho la pérdida de su paño y después de tener conocimiento que yo era el propietario de este traje, solicitó de mí lo hiciera llegar otra vez a su poder, él me daría en cambio otro traje ya terminado y poco usado yo hice el trueque con él pero nada de ello fue delatado.

Entre nosotros en el *Collegio* todo era pacífico y si bien nosotros debíamos vivir incómodos y vigilados fue aun pasable pues mediante nuestra buena conducta ya habíamos conquistado y mantenido contento a nuestro *mayor*. Pero en la casa de *ejercicios* donde había en su mayor parte *jesuitas* nacidos en *Las Indias* [los que allí se llaman *criollos*] no había tanta tranquilidad pues ellos tenían entre sí uno que otro hermano *Judas* que habían osado comunicar al *Gouverneur* todo cuanto ocurría entre ellos. Había dos aún no *profesos* pero ya sacerdotes que solicitaron del *Gouverneur* ser despedidos de la *Sociedad* en la esperanza de permanecer en *Las Indias* y vivir allá como sacerdotes seculares. Pero ellos se habían engañado y pronto tuvieron la respuesta que ellos podían cambiar su traje pero [debían] viajar sin embargo a España pues no sería admitido en *Las Indias* ni un *novicio* que se hubiera *secularizado*. Así sería la orden del rey. Si ellos querían abandonar la *Sociedad*, les sería permitido, sin embargo debían esperar con esto hasta que hubiesen llegado a *Italia*. Estos dos finos eclesiásticos escribían una cartita tras otra y las tiraban secretamente al cuarto de alojamiento de los *oficiales*. Como de continuo yo visitaba a ellos y ellos a mí, tuve un día la suerte de hallar una semejante cedulita en el alojamiento de *oficiales* en el suelo. Yo no sabía lo que era, la levanté y dije al *oficial*: —cómo desparrama usted los *billetes* en su cuarto. Ahí lo tiene. ¡Quién sabe lo que es!

—¿Qué será?

—Yo no sé nada, tome usted y léalo.

Él lo tomó pero no pudo leerlo —¡Ay, que lo lea el diablo! Es una letra tan confusa que yo no puedo sacar nada en limpio. Ahí se lo devuelvo, estudie usted lo que quiere decir.

Yo lo leí si bien con trabajo porque la letra era falseada para que no se pudiere saber quién lo había escrito. El contenido era que tales y cuales *jesuitas* (todos denominados con nombre) escribían algo contra el *Gouverneur* y actuales circunstancias jesuíticas. Yo di enseguida a los otros esta cartita para que vieran de quién era la letra y que se cuidaran de escribir algo contra alguien. Ellos reconocieron sin embargo la letra y arremetieron contra él. Los que en realidad habían escrito algo, rompieron y quemaron pronto todo pero el *Judas* no pudo cejar, urdió por tanto tiempo hasta que hubo presentado su denuncia. Yo pude como el mejor extirpar de nuestra comunidad a nuestro hermano *Judas* con la ayuda del *mayor* ante quien yo conseguía todo; yo hice al *mayor* las mejores proposiciones para que este hombre falso recibiere un alojamiento distante de nosotros. No duró tres días que vino la orden del *Gouverneur* que este sacerdote fuere alojado entre los *betlemitas* y detenido allí completamente solo como también se ha hecho enseguida. Pero restaba aún el otro, su buen camarada que en el alojamiento de su cómplice debía haberse mirado como en un espejo pero

lo mismo que a *Judas* la más enérgica palabra de su Maestro Santísimo no produjo ninguna enmienda ocurrió también en igual modo con éste su sucesor. Él nos causaba mucha intranquilidad pero fue impedido por el *mayor*.

Al fin se originó otra *controversia* entre nosotros y los [que estaban] en la casa de *ejercicios*. Aquí hay que anotar que cuando en la Sociedad moría un *provincial* que no había nombrado un *viceprovincial* en su lugar el *praepositus* de la casa de *profesos* era *ipso facto* reconocido como *viceprovincial*. Ahora ocurrió que nuestro *provincial* P. Manuel Vergara junto con los de Buenos Aires y Córdoba (en cuyo *Collegio* vivían frecuentemente ciento veinte *jesuitas* porque allí estaban reunidas la *Universidad* más grande en *Paracuaria*, el *terciarado* y también el *noviciado*) había partido ya antes en un buque a España y no había nombrado un *viceprovincial*. ¿Quién debía serlo en virtud de nuestro *instituto*?, pues nosotros no teníamos en *Paracuaria* ninguna casa de *profesos*; así estaba determinado en *Paracuaria* que el *rector Collegio Maximi* que estaba en Córdoba en el caso de desaparición mortal o inesperada del *Provincial* debía serlo el más viejo *Rector stante exercitio*. Ahora surgió entre nosotros la duda quién representaría los *vices Provinciales*, pues había un *rector* de *Tarija* que en realidad era el *rector* más viejo; le seguía el otro *rector paracuaria* P. Antonio Gutiérrez. Pero como en la ciudad *Paraguay*³⁵¹ junto con las escuelas más chicas se enseñaba también la *filosofía* sus *adherentes* que todos como él mismo eran *criollos* creyeron que esa dignidad correspondía a él. Ellos hicieron entre sí una asamblea en el *Collegio* sin nuestro saber que éramos en mayor parte *europeos* y ancianos, en parte *superiores*, en parte *bene méritos profesos*. Un *profesor de filosofiae* aun uno de *Jungbunzlau*³⁵² el cual a mi llegada desde *Europa* a Córdoba recién era *novicio primi anni* redactó un escrito en el cual él quiso demostrar según el *instituto* que en realidad su ex *rector* en *Paraguay* era el *viceprovincial* legal. Todos los de la casa de *Ejercicios* se reunieron en la iglesia, el sapientísimo joven señor *profesor philosophiae* leyó en presencia de esa asamblea sus escritos y ellos certificaron que P. Antonius Gutiérrez era *provincial* en realidad. Él aceptó el careo pero nosotros *in Collegio* no aceptamos a él. Y justamente por eso de que por todas las circunstancias vimos que este nombramiento se hizo no según el *instituto* de la sociedad sino según su propia voluntad (pues el escrito redactado lo dio claramente a conocer) él fue desestimado por nosotros. Y tuvimos razón ya que en la Sociedad siempre había sido un real *impedimentum* o *verhindernisz* para ser elevado a la dignidad a quien quería entrar no solamente por alistamiento de *votantes* sino también sólo por un indicio de aspiración a esta dignidad o por otros o por sí mismo. Y esto era *impedimentum ambitus*³⁵³, el impedimento que él mismo se originó por el empeño usado para ser *viceprovincial*. Así sucede cuanto más la pasión quiere forzar

351 / «Ciudad *Paraguay*» es topónimo usado frecuentemente por los *jesuitas* sin agregar la voz de *Asunción*.

352 / Topónimo de voz compuesta cuya primera sílaba denota «joven». Paucke lo emplea para indicar un lugar de la juventud inexperta.

353 / i. e. Impedimento por el ambiente.

Oímos nuevas noticias de los indios

todo, tanto más tropieza uno. Mientras tanto nosotros cumplimos todos nuestros deberes como era usual *in Collegis*. Sin embargo él fue *promovido* al poco tiempo con otro viejo de su *facción* ¿para dónde? Desde la casa de *ejercicios* después de media noche al buque a *Montevideo* donde el verdadero *provincial* estaba aún en el ancladero con los demás y a los pocos días debió hacer velas con ellos. Así sucede: *Honor fugientem sequitur. Sequentem fugit*³⁵⁴.

En el tiempo en que nosotros permanecemos en *Buenos Aires*, llegaron muchos rumores sobre los *indios* que en su totalidad nos contaba el *mayor* como que él lo supo inmediatamente por el *Gouverneur* como que los *mocovíes* de la *reducción* del Santo *Petri* todos juntos habían emprendido la huida a los ocho días de nuestra partida y todos habían corrido de nuevo para dentro a la tierra silvestre. Pero los *mocovíes* en la *reducción* del Santo *Xaverij* quedaban aún constantemente con su sacerdote. Tal noticia había recibido el *Gouverneur* del *comandante* de la ciudad de *Santa Fe*. También se oyó que los *indios* salvajes habían salido de pronto de sus bosques y habrían ocupado los caminos al reino *peruano* para asaltar a los viajeros españoles. Cerca de *Buenos Aires*, tal vez a una legua³⁵⁵ estaba sita una aldea llamada *Magdalena*; allí irrumpieron los *indios pampas*, mataron a todos los españoles adultos y llevaron consigo los niños. Desde la ciudad se enviaron tras los *indios* fugitivos dos *escuadrones* de *carabineros*. Los *indios* fugitivos fueron de improviso atacados por estos dos *escuadrones* a doscientas leguas de *Buenos Aires* (donde ellos creyeron estar ya en seguridad); doce fueron muertos al primer ataque y seis hechos prisioneros; los demás emprendieron la fuga. Con esta escaramuza feliz los españoles tomaron mayor coraje y persiguieron los *indios* fugitivos. Al tercer día después cuando los españoles creyeron que los *indios* estuvieran aun lejos de ellos, viéronse rodeados por una gran cantidad de *indios* que sin tardanza acometieron a los españoles tan lastimosamente con flechas, dardos tiraderos, piedras arrojadas y lazos como también con espadas que al corto tiempo todos los españoles yacían por el suelo y ni uno solo ha vuelto a *Buenos Aires*. Habían pasado ya más de dos meses que no se oía noticia alguna de ellos que todos esperaban. El *Gouverneur* envió en seguimiento una *compañía* de *dragones* que debían traer lo más pronto una noticia. A las cuatro semanas llegó la noticia que si bien esta *compañía* de *dragones* había encontrado el lugar del combate, había hallado a todos ya muertos y sólo [habían hallado] sus osamentas que habían sido comidas por los tigres y leones. Ante esta triste noticia hasta mil y algunos cientos de hombres que en mayoría eran vecinos de la ciudad de *Buenos Aires* se enviaron con la orden de penetrar hasta lo más interno de [la tierra de] los *indios*. Habían pasado ya tres meses y aún no se oía nada de esta *expedición*; pero nosotros los *jesuitas* tuvimos que embarcarnos desde *Buenos Aires* sin que hubiéramos podido saber el resultado de esta *expedición*³⁵⁶.

354 / El honor sigue al fugitivo, huye ante quien le sigue.

355 / Manifiesto error por decir «unas leguas».

356 / No habiendo obtenido hasta la fecha los datos al respecto, nos abstenemos de aludir a su importancia.

Justamente en el tiempo en que estábamos aún en *Buenos Aires*, oíamos que una nueva *misión* o *socorro* de nuevos *misioneros* había llegado desde España a *Montevideo*. Su viaje duró hasta diez meses sobre el mar a causa de las muchas tempestades y ventarrones por los cuales fueron echados de acá por allá; todos a bordo estaban enfermos del *escorbuto*. Estos pobres llegados no sabían nada aún de nuestra prisión ni tampoco lo que había ocurrido con los *jesuitas* en España pues todo esto ocurrió durante el tiempo de su viaje. Cada cual puede imaginarse qué alegría siente el hombre cuando después de un viaje tan largo oye caer el ancla en un puerto marítimo. A ellos no ocurrió así. Ellos en realidad bajaron el ancla pero recibieron la triste nueva de nuestro terrible destino; debieron quedar a bordo y ninguno tuvo permiso de bajar a tierra pues volverían en corto tiempo otra vez a España. Algunos entre ellos estaban muy enfermos y en peligro [de muerte]; por eso se solicitó que siquiera éstos pudieran pisar la ribera para que no perecieran en el buque y contagiaran aún a otros. No se permitió; el *Gouverneur* que era también un pillastre tan bueno como el de *Buenos Aires* contestó: que era indiferente si morían en el agua o en tierra; en el buque no necesitarían un sepulturero que les debía cavar la sepultura. Pero como el *capitán* del buque [estaba] obligado a limpiar de enfermos el buque para no quedar sin marineros en *Las Indias*, se permitió que se desembarcaran todos y se transportaran al *lazareto*. Únicamente nueve *jesuitas* entre los cuales había dos sacerdotes, cuatro *scholastici* y tres *novicios* debieron bajar del buque a una *barca* y se llevaron así al hospital a *Buenos Aires* entre los *betlemistas* que al igual de los hermanos misericordiosos sirven a los enfermos. *Buenos Aires* dista desde *Montevideo* unas cuarenta leguas aguas arriba por el *Silberfluss* [Río de la Plata]. Ellos viajaron con buen viento por el *Silberfluss* arriba hasta que en la noche se levantó un terrible ventarrón que los arrojó más allá de *Buenos Aires* en inmediación del río *de las Conchas* contra una roca donde naufragaron y todos juntos con los marineros y el *capitán* del buque se ahogaron. Unos días después hallaron en la costa de la *colonia S. Sacramenti* un *novicio* ahogado que había atado firmemente a su mano derecha el *crucifijo*. Él fue llevado a la ciudad de *Colonia* y por orden del *Gouverneur* portugués sepultado allá lo más pomposamente en la iglesia parroquial. Otros se hallaron poco a poco en la costa de *Buenos Aires* y se enterraron por orden del Señor *Bucarelli* en un completo silencio sin tañido ni ceremonia lo que los habitantes de la ciudad abominaron con el mayor bochorno.

La iglesia de la *Sociedad* junto al gran *Collegio* se emparedó en todas las puertas; los avíos eclesiásticos de plata y oro fueron transportados a la vivienda del *Gouverneur*; por ello hubo en la ciudad una consternación tan grande que los españoles en conjunto dijeron que dentro de diez años *Paracuaria* sabría ya poco de la Fe católica romana. Se decía públicamente que si se mostrara cerca de *Buenos Aires* una *potencia* marítima aunque fuera el inglés, se entregarían ellos y todo el país con la condición se dejara ahí sin impedimentos el *ejercicio* de la *religión* católica y los *jesuitas*.

Además durante nuestra permanencia en *Buenos Aires* supimos aunque los nuevos curas, al igual a los párrocos provistos de un *beneficio*, comenzaban ya a ser negligentes

en sus empleos lo que causó una gran lamentación entre los habitantes y [los que] deploraban con dolor la partida de los *jesuitas*. Muchos de los españoles que en tiempo de nuestra estada en *Buenos Aires* llegaban a los últimos días de su vida, añoraban por los *jesuitas* cuya asistencia solicitaban con afán en su última hora. Ellos hicieron solicitar al *Gouverneur Bucarelli* que permitiera y admitiera para el bien de sus almas que los *jesuitas* en una partida tan peligrosa los asistieran aun si debiera ocurrir con [presencia de] centinela pero no fue posible obtener tal cosa. Por esta causa durante el tiempo de nuestra prisión en *Buenos Aires* algunas treinta personas de los españoles nobles han partido de este mundo sin confesión y los últimos sagrados sacramentos.

Como el *Gouverneur* había notado que la gente en la ciudad se preocupaba tanto por los *jesuitas*, dobló las guardias, dio también a muchos *arresto* en el cuarto con centinela al lado y mensaje agregado; que no nos atreviéramos a tener por cualquier modo y manera la menor *comunicación* con [las gentes] de la ciudad sino nos haría colgar a todos en postes en la plaza pública como los racimos de uvas, pero ante este mensaje ni uno solo³⁵⁷ de nosotros se asustó y contestamos por nuestro señor *mayor*: —Su *Excelencia* nos tenía en sus manos, nosotros tampoco podríamos oponernos en cuanto se nos comprobara que habíamos merecido el verdugo y si a la vez fuera orden del rey de recurrir con nosotros a la pena de muerte. De todos modos nosotros íbamos a España donde estaríamos más cerca de su Majestad pues si se llegara a ahorcar, habría aun bastante tiempo. Su *Excelencia* sin embargo no procedería tan severamente con sacerdotes a los cuales aún no se les había achacado una culpa tan merecedora de la soga. En cuanto concernía a la *comunicación* con españoles, aún no se habían hecho ni se haría tampoco en lo porvenir, pues nosotros ejecutaríamos sus órdenes con todo respeto y exacta observación. Nuestro pedido sería sólo que su *Excelencia* requiriese del señor *mayor* y los señores *oficiales* exacto informe sobre nuestra conducta. Como nos contó el señor *Mayor*, el *Gouverneur* había recibido de ningún modo malévolo esta respuesta.

357 / *noch Keiner* [aún ninguno], idiotismo que vertimos en esta forma.

CAPÍTULO IV

Partida de Buenos Aires a Montevideo

Ya finalizaba el mes de marzo cuando oímos que había llegado desde España una *fragata* de guerra con 36 *cañones* junto con sus *oficiales* correspondientes y con una *compañía* de soldados *de la marina* y debía hacer velas de nuevo hacia España en el mes de *maji* [mayo]. Como nosotros entonces tuvimos que permanecer tantos meses en *Buenos Aires* por la falta de buques, tuvimos esperanza de ser libertados de nuestra prisión en tierra y ser transportados a la [prisión] sobre el agua. También fue así y llegó la orden que se nos vistiera completamente de nuevo y proveyera de todo. Los *oficiales* del buque junto con el *capitán* vinieron en un *cursario* desde *Montevideo* a *Buenos Aires*. Tuvimos el honor de verlos a todos al lado nuestro. Yo tuve la suerte de parte de nuestro *mayor* como de los *oficiales* que nos custodiaban de ser *recomendado* en lo mejor tanto al *capitán* como a los *oficiales* marinos. Después de algunos días se transportaron al *Collegium* muchas cajas llenas de trajes y ropa blanca. También se solicitó una lista de lo que cada uno había menester en vestimentas y otras cosas. Yo recibí otra vez un traje *jesuita* completamente nuevo de paño floreado negro de filose-da y muchos otros a la par mía [lo recibieron]; de nuevo recibimos camisas, pañuelos, medias, zapatos, sombreros y cada uno una libra de buen tabaco en una caja de lata. Todo el *proviand* [abastecimiento] se preparó en *Buenos Aires* y se envió en *barcas* a *Montevideo* a nuestro buque. En cuanto fue de mi conocimiento fueron [cargados] muchos toneles con carne salada, alrededor de diez pipas, cada una de doce cubas de vino, una cantidad de jamones y lenguas de vacas, tres grandes cajas de *chocolate*, muchos toneles de bizcocho común que son *golatschen* [panecillos] secos y se llaman *galietas* [galletas], seis cajas de bizcochos más finos y más blancos, algunas barricas³⁵⁸ de pan *piscoten*³⁵⁹, pasas, almendras, *castañas*, azúcar, cerca de cuarenta altas cajas de frutas azucaradas y lo que aún más imaginable en *Proviand* [abastecimientos] y frutas podía hallarse en *Buenos Aires*. Nuestro abastecimiento costó muchos miles de *pesos*; era la orden del rey que se procurara todo sin carencia, más aún en abundancia para nuestra alimentación y vestimenta. Si nosotros durante el viaje hubiéramos recibido todo lo que se destinó para nosotros y tal cual fue ordenado por el rey, no hubiéramos sabido de ninguna carencia ni penuria como experimentamos más tarde.

Después que nuestro *proviand* [abastecimiento] se entregó debidamente en su totalidad, se dispusieron avíos de cocina y de mesa y se cargó el buque. En *Montevideo* recibimos de pronto la orden de liar nuestros colchones y ropas de cama, hacer transportar adelante junto con ellos nuestros cofres a los buques aprestados, tras esto mantenernos listos para subir a los buques y hacer velas a *Montevideo*.

358 / *Verschlaege*. Traducimos de acuerdo con Paul.

359 / Bizcochos, error de oído por el copista.

Buena provisión y
abastecimiento para
nosotros

Nuestra partida de Buenos Aires

Partimos el 1 *abril* 1767³⁶⁰. Esto sucedió como sigue: en dicho día temprano formó una guardia doble, después de nuestro almuerzo todos fuimos contados otra vez en total por el sargento principal en presencia del *mayor* y demás *officiers* como se hizo también en la casa de *Ejercicios*. Alrededor de la una cuando ya los más de los españoles se van a sestar fuimos llamados desde nuestros cuartos, de nuevo debimos pararnos en el pasillo y fuimos contados otra vez. Nosotros pedimos a favor de un *misionero*, gravemente enfermo que estaba ya muy débil y extenuado como también a favor de uno del *Collegio* de *Córdoba* a quien este destino había mortificado a enloquecerse; que a lo menos retuviesen estos dos en *Buenos Aires* y los transportasen a los *Betlemitas*, hasta que sanaran acaso. Para el enfermo hubo aún piedad pero no para el loco; él debió viajar con nosotros. Todos comparecimos en capotes y fuimos acompañados hasta el portón por veinte *granaderos*. Afuera ya se hallaba una *compañía* entera de *granaderos* con *oficiales* y *suboficiales* y *bayonetas* caladas; éstos nos tuvieron en el medio; adelante [iba] el *oficial*, a los lados los *granaderos* y a la zaga *suboficiales* junto con soldados. Todos habían cargado con balas [los fusiles] con la orden que en cuanto uno de nosotros quisiera salir [de la fila] y huir, se le tendiese a tiros. Lo mismo nos contaban los *jesuitas* que en la noche fueron sorprendidos y presos por soldados en *Buenos Aires* que éstos tenían la orden que en cuanto vieran un *jesuita* que quisiera saltar por sobre las paredes, lo mataran a tiros enseguida.

Acampamos durante la noche a campo libre

Si bien era la hora en que por lo común los españoles hacen siesta y duermen, estuvo presente sin embargo mucha gente que contemplaba nuestra partida y lloraba de corazón. Fuimos sacados a esta hora en precaución de que acaso no se originara una revuelta en la ciudad. Así debimos marchar rodeados por *granaderos* por media hora hasta el pequeño río en que suelen entrar todos los *barcos* y que en español se llama *Riachuelo* y tener nuestro alojamiento nocturno sobre una pequeña y angosta lengua de tierra donde estaba levantada una carpa larga. Esta pequeña isla³⁶¹ de una anchura de apenas treinta pasos de ancho y sesenta de largo tenía por un lado al *Riachuelo* y por el otro lado al *Silberfluss* [Río de la Plata]. Nosotros cenamos bajo esta larga carpa y tuvimos que dormir también ahí toda la noche. Como comenzó a llover fuertemente y siguió por la noche, puede uno imaginarse fácilmente qué bien los setenta y dos *jesuitas* habían dormido sin camas sobre el césped especialmente porque la tierra sobre la cual estuvimos acostados, estaba cubierta de agua por la lluvia penetrante y [que] caía también en gotas desde arriba sobre nosotros. Por el lado del *Silberfluss* [Río de la Plata] se hallaban ya los dos buques *corsarios* reales; el nuestro estaba armado con cuatro piezas de artillería y seis morteros para balas de piedra, en cada buque había seis soldados de *infantería* con su *suboficial*. Al día siguiente aclaró algo, nosotros debimos permanecer aún ahí mismo, teníamos nuestra cocina de campaña bajo el libre cielo y sobre el césped. Por la otra banda a través del arroyito había parada durante

360 / Error de memoria.

361 / i. e. península.

el día entero bastante gente y otros nobles españoles que no podían ver ni contemplarnos lo suficiente. Nosotros hubiéramos podido hablar con ellos por sobre el riacho pero ellos no osaron dirigirnos la palabra, mucho menos nosotros porque estuvimos todo el día y la noche rodeados por seis centinelas. El tres de *abril* a la mañana temprano subimos unos cincuenta en el buque *cursario* más grande, los demás en el más chico y zarpamos desde la tierra hacia *Montevideo*. Partimos con viento fuerte, tuvimos un almuerzo seco y malo en el buque. Los soldados que nos acompañaban eran puros alemanes de diversos *potentados*: dos prusianos, un hessense, tres bávaros que habían servido también a la Casa de Austria y el *suboficial* era un suave casado en *Buenos Aires*. A la tarde el viento fue algo más suave y hacia las ocho del anochecer se levantó una fortísima tempestad que nos obligó a dejar caer el ancla y abandonar el buque a las olas tormentosas para un juego que no era nada divertido para nosotros. Estuvimos echados debajo de la cubierta del buque los unos sobre los otros pues nadie podía estar en pie a causa del fortísimo movimiento. Si alguno estaba obligado a subir a la cubierta del buque, tenía que arrastrarse sobre sus cuatro [extremidades] por encima de todos. Padecimos tremendos sacudones y no teníamos qué comer; ahí empezó el vomitar y como uno estaba sobre el otro, fuimos acondicionados miserablemente. No teníamos aire alguno abajo en el buque pero el sudar era continuo. Yo ya no podía aguantar por el malestar, hedor y calor; me arrastré hacia arriba sobre la cubierta del buque, me senté allá al lado de los soldados y escuché todo [su relato] de cómo ellos acá y acullá habían escapado a sus *potentados*, habían entrado a servicio de otros y luego huido otra vez de éstos; los prusianos habían desertado ya de cuatro *potentados*.

Al fin por puro movimiento del barco y cansancio me encaminé por entre palos reunidos por el rodar, me acosté entre ellos pero como temí que tal vez caería al mar por un empujón o me mojaría por algunas olas, me enderecé otra vez en parte por la fría tempestad y en parte por el peligro de ser arrojado al mar, bajé de nuevo, donde el caporal me ofreció su armazón de cama para que yo descansara sobre éste durante el resto de la noche pues él debió subir para la guardia. Yo acepté y me acosté en su recostadero que estaba asegurado por tablas en el lado derecho para que por el gran movimiento del buque uno no fuera arrojado para afuera; yo dormí sin embargo por un rato pero no con tranquilidad a causa del continuo hablar y lamentar de mis hermanos. Hacia la mañana el viento calmó un poco y fue más débil pronto; nosotros ya vimos el alto cerro de *Montevideo* pero aún a distancia; entonces nuestros corazones quedaron más aliviados. Todos subieron a tomar aire fresco, aun los más *marodes* [descaecidos] no quisieron permanecer abajo; entonces todo en el buque llegó a ser demasiado estrecho otra vez pero pronto hubo lugar porque los enfermos bajaron otra vez. Pasamos navegando por el costado de un buque de tres palos que, hacía algunos años, había varado en un banco de arena y se había hundido tan hondo que del palo del centro sólo se podía divisar la punta en altura de dos brazas, los otros dos palos de adelante y atrás estaban apenas en altura de una vara sobre el agua pero cada mástil tenía atada una crucecilla. Era media mañana cuando ya descubrimos al otro lado las costas del

Navegamos a
Montevideo

Penosa navegación

Tumulto en el
buque

*Brasil*³⁶², proseguimos con muy buen viento y almorzamos. Cuando estábamos en lo mejor de la comida originóse un tumulto en nuestro buque: todos corrieron a la cocina que estaba forrada afuera con ladrillos y adentro con fuerte lata; vimos humo y sentimos también el olor de que en alguna parte algo debía arder. Comenzamos enseñada a deshacer la cocina y vimos pronto que la madera interna ya ardía; lo bueno fue que habíamos estado en el río donde aún no se había mezclado ninguna agua salada del mar³⁶³; ahí pudimos apagar pronto pues el agua del mar alimenta a la llama más de lo que debía apagar; tal susto quedó mitigado y pasó. Hasta las dos seguimos tan bien adelante que ya pudimos notar los buques en el puerto y los movimientos de los marineros; entonces vimos también un buque al lado de *Montevideo* que cruzaba en derredor del puerto, quería entrar de buen grado y no podía. Nosotros notamos que el buque debía tener un viento contrario a entrar en el puerto. Cuando nos acercamos, padecimos la misma suerte adversa; hicimos los mayores esfuerzos para entrar al puerto pero fue en vano; de continuo tuvimos que *abordar* [bordear] para acercarnos al puerto poco a poco si bien con mucho trabajo y poco provecho.

Llegamos a la
Esmeralda, buque
de nuestro viaje

Hacia las cuatro de la tarde tuvimos la suerte de llegar a nuestro buque, llamado *Esmeralda* y subir en él. Allá encontramos ya alrededor de cien *jesuitas* que con nosotros formaban la cantidad de cientosetenta personas. Nuestro *capitán*, en cuanto nos había recibido, montó en su pequeña *lancha*, hizo tremolar la bandera y atravesó navegando hacia la ciudad de *Montevideo* para dar *reporte* al *gouverneur*, volvió a bordo al anochecer y nos saludó con completa indiferencia. El *capitán* no tenía en lo demás una cara de muchos buenos amigos, era muy áspero y breve en el habla, se llamaba *don Pedro Villano*, de baja estatura y grueso; uno de los *oficiales* era *teniente* primero, el otro *subteniente*, junto con un *Alférez*, sargento principal y dos *caporales*, uno era un alemán y *desertor* de la casa de Austria. El *uniforme* era azul con solapas rojas; [las] de los *oficiales* desde el *capitán* hasta el *Alférez* son de paño igual y bordados en idéntica forma con galones de oro de dos dedos de ancho y dobles sobre las solapas rojas, como también sobre el chaleco que era de escarlata roja y galoneado por completo, que sólo de una que otra vez se veía alguna manchita roja. El saco era bordado adelante como atrás y en derredor de los bolsillos; la *montura* [el uniforme] era rica y muy vistosa. En todo tiempo al bajar a tierra llevaban puestos sus *uniformes* pero en el buque cada uno iba como quería. Nosotros no consumimos aún nuestra *provisión* del buque mientras estuvimos anclados ante *Montevideo*; desde la ciudad recibimos todo lo que se nos llevaba diariamente a bordo tanto en verdura como en carne y pan. Aún estábamos bien atendidos en la comida, pero en el *quartier* [alojamiento] muy lastimosamente estrechados y apretujados los unos contra los otros. Estábamos acostados abajo en el *convexo* del buque, eso es debajo de la cubierta; a ambos lados del buque en total teníamos nuestros recostaderos dobles, uno sobre el otro, de puras

Instalación de
nuestro buque

362 / i. e del Uruguay entonces en poder de los portugueses.

363 / Era creencia general que el agua de mar era poco eficaz para apagar los incendios a bordo.

tablas, lo mismo en el centro. Un retazo al lado izquierdo era el *lazareto* libre y no separado donde yacían hasta catorce enfermos, en parte de fiebres ardientes, en parte de otras enfermedades. Nuestro recostadero era de igual largo y ancho: el largo hasta siete cuartos de vara³⁶⁴, pero el ancho sólo de tres cuartos, por ambos lados divididos y deslindados por una tabla.

Nuestros
recostaderos e
incomodidades

Yo debo confesar que yo por ser una persona de estatura sólo media no podía estirarme ni debía [hacerlo] pues mis piernas desde las pantorrillas hasta la planta del pie colgaban para fuera del recostadero. El pasadizo era angosto y como yo estaba acostado en el piso superior no podía pasar nadie ni de los soldados ni de los *tripulantes* sin chocar fuertemente con mis pies en la oscuridad. Para gruesos y delgados jóvenes y viejos la anchura de nuestro recostadero era solamente de tres cuartos de vara de ancho, lo digo no por medición por los ojos sino por haber estado presente cuando fue medido. Ahora puede imaginarse cuán estrecha y moleestamente hemos estado acostados; sin embargo debíamos dormir bien ahí. Estábamos acostados así mezclados sin distinción, gruesos y delgados yacían tan cercanos entre sí, que uno debía escuchar durante toda la noche el graznar de los viejos. El recostadero superior estaba elevado sobre el piso a una vara y media³⁶⁵. Nosotros, los jóvenes debíamos saltar para arriba siempre, y temprano al levantarnos saltar hacia abajo; a los viejos y gruesos debíamos ayudar a subir y bajar. Como era casi imposible subir y bajar durante la noche y la letrina estaba también en lo más alto del buque, éstos debieron tener siempre al lado su vaso de noche. Si ocurría un movimiento del buque, había peligro de vaciarlo; si uno se movía de un lado al otro, se volcaba todo a nuestro recostadero, lo que se repartía tan copiosamente que goteaba a la cara de los que estaban abajo. Lo peor fue que aquellos a quienes a causa del movimiento del buque y del mal olor el estómago comenzaba a rebelarse, no tenían otro lugar que vomitar sobre el recostadero de ellos o del otro. Teníamos entre nosotros algunos ancianos de setenta y aun de ochenta años que por edad apenas podían arrastrarse. ¡Cuántas molestias causaron a todos nosotros! Sin embargo debieron arrastrarse como los jóvenes a la parte superior del buque y tomar allí su almuerzo. Ellos debieron comer carne salada con nosotros y aprender también a digerir las grandes habas que se llaman por lo común habas cochineras. Lo único que se hizo en mayor bien de ellos, fue que en lugar de las *galletas* o comunes bizcochos se les dio diariamente un pedazo de pan recién cocido. ¿Qué efecto les podía hacer esto? Entre ellos se quejaban que se les hacía tanto mal por comer a la noche jamón salado. Esto lo supo el *capitán* del buque que se resintió tanto que en nuestra presencia se expresó en esta forma: —Yo sé que algunos de entre ustedes se quejan de la comida; si yo volviera a oírlo haré aherrojar a aquél [que se quejara]. Aunque él llevara sobre la cabeza una corona más grande que el Santo *Xaverius*, lo hago echar a la parte anterior

Ancianos

364 / La *Elle* (vara) austríaca tenía 0,77 mtr. de largo. El cuarto de vara resulta de 0,19 mtrs. Las medidas del recostadero llegarían a ser de 1,36 x 0,58.

365 / 1,15 mtr.

Envío de una
nueva misión
hacia *Magallanes*

del buque y allá lo dejó estar echado hasta que en *Cádiz* entremos al puerto. Los pobres ancianos tuvieron que tener paciencia de ahí en adelante en todo, pues sobre el mar estábamos en sus manos.

Cuando estábamos anclados aún en *Montevideo*, regresó desde el *Cabo de Hornos* el buque que al tiempo en que estábamos aún en *Buenos Aires* el *gouverneur Bucarelli* había despachado con dos *dominicos* hacia el *Zur* [Sud]. No era más grande que un pequeño *bergantín*, tenía seis *cañones* pequeños y delgados. Nosotros lo vimos partir desde el puerto de *Buenos Aires* y bajo repetido fuego de *cañón*. La intención del *gouverneur* Bucarelli fue de enviar estos dos *dominicos* al *Cabo de Hornos* y al país no distante de *Magallanes* como *misioneros* y allá predicar la verdadera Fe de Christi a los *indios* habitantes allí que fueron llamados *Caesares*³⁶⁶ y eran completamente blancos como los *uropeos*. Él les dio muchos regalos para seducir con éstos los *indios* y atraerlos a ellos. El *gouverneur* había expresado que él quería realizar esta *expedición* para demostrar claramente al Rey que no sólo los *jesuitas* sino también otros clérigos de órdenes tenían la habilidad de amansar estos pueblos y hacerlos afectos a la verdadera Fe. Con los *jesuitas* el Rey no habría perdido nada; en ausencia de ellos, la conversión de los paganos se produciría mejor. Pero Dios y los *indios* le perturbaron su *concepto* egoísta ya que ellos regresaron sin haber logrado algo y con esperanzas muy debilitadas. Entonces ya no se oyó ningún fuego de *cañón*, pues en *Montevideo* los vimos navegar pasando ante nuestro buque y en derechura hacia *Buenos Aires*.

Regresa sin haber
logrado algo

Nuestros buenos amigos en *Buenos Aires* nos dieron bajo cuerda la muy cierta noticia cómo se había desenvuelto esta nueva *misión*. Como este *Bucarelli* se había hecho oír tan gentilmente contra los *jesuitas misioneros*, este resultado de los nuevos *misioneros* consistió únicamente en puros *pasquines* contra ellos y el *gouverneur*. Lo que ellos contaban decía esto: que ellos habían encontrado muchos *indios* que eran aun más morales que los selváticos en *Paracuaria*: también habrían logrado hablar con ellos mediante un intérprete que era un español cautivado por ellos. Después que les habían explicado que querían permanecer entre ellos, dar a conocer el verdadero Dios y cual Padres cuidar de ellos, los *indios* habrían respondido: —¿Por qué es que vosotros lleváis vestimenta blanca? Nosotros hemos oído siempre ya por nuestros antepasados que los verdaderos Padres de nuestros coterráneos estaban vestidos completamente de negro y sabían muy bien tratar con nosotros. —Estos ya han sido alejados —respondieron los españoles— pues nuestro Rey los ha hecho llamar a su país a través del mar.

Ante esto los *indios* preguntaron si ya no habría ninguno de ellos en sus países y por qué el Rey había llamado a todos. Los *dominicos* contestaron muy insensatamente. Ellos habrían podido emplear otro motivo pero les dijeron que el Rey había alejado los padres negros de su tierra porque habían llegado a ser desleales para con el Rey y habrían incitado los *indios* contra él; su doctrina habría sido tampoco la doctrina verdadera. Ante esto los *indios* se habrían extrañado y respondido: —¿Vosotros no habéis

366 / Por lo visto aún subsistía el mito de los Césares de la Conquista.

sabido más antes que su doctrina no valía nada? Como nosotros sabemos, ellos están ya desde muchos años en vuestro país pero nosotros hemos oído siempre que ellos eran hombres muy buenos y muy dedicados a sus *indios*. Si el Rey y vosotros procedéis así con los hombres buenos, ¿cómo procederéis con nosotros que no somos buenos? Los nuevos *misioneros* contestaron que lo probaran nomás y los aceptaran, ellos [los *indios*] lo experimentarían todo aun mejor cuando más adelante se conocieran. Ellos dieron diversos y abundantes regalos a los *indios*; también pidieron que se encaminaran con ellos y les demostraran dónde tenían sus viviendas y sus familias. Los *indios* quisieron apenas admitir esto, pero condujeron los *misioneros* hacia donde ellos tenían su campamento en el bosque no lejos del buque. Los españoles trajeron consigo también muchos comestibles, los repartieron entre sus niños, luego al anochecer regresaron de nuevo a su buque. Los *indios* los acompañaron hasta el buque; ahí fueron obsequiados nuevamente y regresaron a sus chozas. Al otro día desembarcaron otra vez los *misioneros* y llevaron ya consigo la vestimenta sacerdotal para la santa misa con la idea de permanecer ya entre ellos y ver si era posible *civilizar* e instruir en la Fe estos *indios*, pero cuando llegaron a las chozas de los *indios* vieron vacías a todas, no vieron ya ente humano alguno y hallaron colgados en las chozas *indias* todos los regalos que los *indios* habían recibido de estos sacerdotes el día anterior. ¿Qué hacer? No se animaron correr tras ellos, por lo tanto debieron subir otra vez en su buque, pero dejaron colgados los regalos en las chozas *indias* hasta el día siguiente en que volvieron a desembarcar y se encaminaron a las chozas abandonadas las que encontraron iguales como en el día anterior. Ellos volvieron a reunir sus regalos y regresaron. Sin embargo permanecieron ocho días en este lugar, pero en vano; ya no se hizo ver ser humano alguno. Por lo tanto tuvieron que hacer velas desde ahí y retornar a casa. La gloriosa *misión* del *gouverneur Bucarelli* tuvo este resultado que ella ha causado al Rey grandes gastos sin la menor utilidad fuera de que ellos han navegado de paseo. Ahora, ¡otra vez al camino de nuestro relato!

CAPÍTULO V

Viaje de retorno a España

Nuestra partida
desde Montevideo
a España

Fuerte tempestad

Nosotros permanecemos anclados ante *Montevideo* desde el cuatro de *abril* hasta el quince de *Maji*. Algunos días antes de nuestra partida se trajeron al buque unos cuarenta bueyes junto con ovejas, cerdos, diversa volatería, frutas y verdura. El diez y seis de *Maji* temprano levamos el ancla y navegamos hacia la mar; *pasamos* ante la isla de *las Flores* que sólo [siendo] tres peñones distan mucho de la costa; cerca de ellas vimos tres *balinetas* (ballenatos) o pequeñas ballenas jugando de acá para allá. Proseguimos navegando con buen viento y nuestro buque marchaba bastante tranquilo cuando de improvisto, en la fiesta del Santo *Venantij* el diez y ocho de *maji* se originó en un momento una tempestad tan violenta que ya creíamos que se había concluido con nosotros y debíamos perecer todos. Ella llegó con tal furor que echó al buque fuertemente [inclinado] y lo mantuvo así por seis minutos de modo que los *cañones* en un costado estaban debajo del agua y que la mar penetrara con toda su fuerza de este lado al buque cuyas aberturas hacia las recobas inferiores [bodegas] no estaban cubiertas ni aseguradas. Era alrededor de las siete del anochecer a cuya hora el *capitán* junto con sus *oficiales* y algunos *pasajeros* tomaban la cena. Todos tales como estaban junto con el *capitán* fueron echados al suelo, las comidas junto con las fuentes, vasos y botellas cayeron tras ellos y se hicieron pedazos; todos cuantos estaban arriba en el buque yacían por el suelo juntos con el *piloto*, timoneles y el *contramaestre* que por la caída se había causado una lastimadura en el cuerpo. El *capitán* se enderezó como pudo y subió corriendo, lleno de conturbación, arriba pegó otra fortísima caída, clamó socorro a la Madre de Dios *de la Cueva* y gritó ¡Traigan hachas! [Fue] para cortar los cabos de las velas los que ellos no pudieron soltar porque estaban enredados en los *cañones*. Después de haber sido cortados los cabos volaron las velas por el aire de acá para allá y el buque se enderezó de nuevo; entonces el susto había pasado. Ahí se debía haber oído cómo los *tripulantes* en el buque habían pedido la *absolución*. Uno imploraba la Madre Dolorosa, otros comenzaron a rezar el credo, a despertar públicamente el arrepentimiento y el pesar por sus pecados. Fue una circunstancia tan peligrosa que nadie hubiera creído escapar con vida. La causa de esta tan peligrosa inclinación del buque fue porque la mayor parte de las velas estaban tendidas y los cabos de las velas enredados en los *cañones*. De otro modo si se hubiera podido soltar enseguida los cabos, las velas hubieran caído enseguida y el buque se hubiera enderezado. En el mar no se puede ser lo suficientemente cuidadoso que no ocurra acaso una desgracia semejante, especialmente bajo los cuatro o cinco grados antes o después del *aequator*: por esta causa al anochecer las velas se arrian en su mayor parte por no poder verse, como de día, la tempestad que se acerca y prepararse contra ella, pero esta tempestad ocurrió en el grado 37 del otro hemisferio delante del *Trópico Capricorni* donde los repentinos ventarrones no son tan comunes sino que si bien vienen fuertes, sólo arrecian poco a poco, no enseguida con toda fuerza.

Nosotros navegamos poco a poco hacia la punta de la desembocadura del «*Silberfluss*» [Río de la Plata] para entrar al mar extenso: dejamos a la derecha las costas de la tierra *americana*, vimos tres grandes y muy altos peñascos a cuya orilla estaba situado *Maldonado* e inmediatamente tras ellos las cimas del peñón de *Cabo de Castillos* penetrante al mar donde no lejos otea muy arriba sobre el mar la *isla de los Lobos* o mejor dicho, el gran peñón de los lobos marinos. Nosotros navegábamos hacia el grado cuarenta en cuyo grado están situadas las *Maloinas* o las islas del «*Vogtland*» [Falkland] como oí de los marineros.

Con nosotros viajaba también el *gouverneur* francés *Don Francisco de Nervile* que conforme con el convenio contraído y establecido entre la Corte francesa y española había entregado las islas *Maloinas* o «*Vogtland*» [Falkland] y había vivido allí tres años. Para mencionar algo sólo someramente acerca de estas islas lo que he oído de este *gouverneur* francés, [diré que ellas] fueron halladas hace poco por un *capitán* de buque *San Malo*, por lo cual han sido llamadas *Maloinas*³⁶⁷. Se encuentran a la altura del cuarto grado del Mar del Sud³⁶⁸ donde no está lejos el paso de los buques españoles que vienen del *Perú* o de *Chile*. Ninguna de estas islas está habitada, no hallan [en ellas] más que diversos animales marinos, especialmente canes marinos [focas] y lobos marinos, muchas grandes y diversas aves que por lo general permanecen sobre un alto peñón que se halla situado en el mar justamente ante el puerto de una isla. Él me dijo que él estuvo completamente solo con su servidumbre en la isla y que todos los víveres debieron serle enviados desde Francia porque no era posible cultivar algo allí, a causa de que raras veces el sol brilla claramente allí y generalmente había frío y nieblas. Él había sembrado allí algunas semillas de trigo para ver si algo crecería; aunque éste había comenzado a crecer, aún no había madurado nunca jamás en tres años. Sin embargo él había sembrado algo de lechuga pero ésta crecía mal. Pero que el español trató de obtener estas islas fue a causa de querer tener el paso libre hacia tierra *peruana* para que acaso en tiempos de guerra él no fuera impedido. Como he sabido, el Rey de España habría dado a los franceses en pago de estas islas tres millones. Cuando este *contrato* se había cerrado y los españoles navegaron en derredor para observar estas islas, habrían encontrado a cerca diez leguas del puerto principal unos ingleses los que en otro puerto tenían un fuerte de madera traída desde Inglaterra. Cuando a éstos se les avisó por los españoles que se mandarían mudar de la isla, los ingleses habrían respondido que los franceses no habían tenido derecho alguno de venderlas por pertenecer estas islas a ellos, porque habían sido descubiertas por ellos. Ahora no se podía decidir quiénes habrían sido los primeros dueños, si los franceses o los ingleses, pero sin embargo se quiere reconocer a los franceses como primeros y los ingleses habrían penetrado solo después con toda tranquilidad. Este *gouverneur* francés era un *caballero* en sus mejores años, un *músico* muy hábil sobre el *violín* de

De las islas *Malvinas*

367 / Los marineros creyeron en la existencia de un capitán de apellido San Malo, lo que originó el error.

368 / Anonomasia por la masa oceánica al sur del Ecuador.

Mi pasatiempo en el buque

que tenía dos de excelente *calidad* y bondad. Su pasatiempo era hacer diariamente conmigo la *música* por dos hasta tres horas. Él tocaba muy agradablemente el *violín*. Yo me mantenía completamente retirado del *capitán* en el buque y me había elegido arriba un rincón donde yo no estorbaba a nadie cuando acaso el *capitán* tendría que *comandar* las velas, pues el que se atravesaba a los *tripulantes* y los estorbaba en lo más mínimo, recibía de él enseguida una ruda reprimenda. Yo no quería experimentar tal cosa y quedaba sentado todo el día en mi rincón, ora leía en algún libro que pedía prestado a otros (los que aún habían podido llevar consigo libros), ora rezaba mis estaciones y lo que más tenía que orar. Yo no hablaba al *capitán* ni él a mí; yo iba durante el día por una o dos horas a la cámara del señor *Alférez* a instruirle en la *flauta traversa* y [volvía] de nuevo a mi sitio. Yo no podía aguantar el fuerte calor abajo en el buque durante la noche; creo también que yo debía haber exsudado todos los humores vitales. Pero no sólo esto fue el motivo sino también las mil y mil cucarachas³⁶⁹ que nos pegaban fuertes golpes en las caras; además también la abundancia de ratones y ratas que corrían por sobre nuestros recostaderos. Al fin yo aún había tenido buena suerte con mi recostadero pues yo tenía al costado derecho mi ex colega en la *misión* el *P. Petrum Poule*, a la izquierda al *P. Rector* de la ciudad de *Salta*, un amable, honorable y sincero *aragonés*, los que ambos cuando estuve echado enfermo entre ellos, me han servido fraternalmente y también consolado.

Cómo vienen los ratones al buque

Aquí se preguntaría cómo era posible poder haber en un buque tantos ratones y ratas. ¿De dónde vendrían luego al buque que de continuo está en el agua? No es difícil contestar: ellas son llevadas al buque cuando los buques se cargan con mercaderías que antes han estado guardadas en los almacenes y sótanos, por mucho tiempo y donde se encuentran muchos ratones y ratas. Así los ratones y las ratas que se mantienen escondidas en los fardos, se llevan también al buque cuando éste se carga, donde poco a poco se reproducen y también encuentran alimento abundante en el buque. Pero en estos ratones y ratas hay que notar una condición admirable: aunque ellas mordican para adentro del forro de madera del buque y hacen también grandes agujeros al igual como había uno en mi recostadero sobre mi cabeza, donde yo veía mirar todos los días por algunas veces un ratón³⁷⁰. Él me hacía reír muchas veces cuando miraba hacia mí, pues yo estaba echado con la cabeza donde yo tenía generalmente los pies; por eso a causa de ser tan corto mi recostadero, debí estar acostado completamente encogido y torcido. Yo tenía a mi costado un pedazo de tres cuartos de vara de una lanza *india* rota, espiaba con ella ante el agujero con la punta y cuando él llegaba arriba pegaba yo una picada para dentro del agujero, que uno oía caer el ratón por entre el forro. Mis dos *camaradas* laterales también daban vuelta con sus cabezas como yo

Cómica comedia ratonesca

369 / *Schwaben*. Blabera americana F. Insecto oriundo de América Central y Meridional queapestaba los buques e invadió otros continentes. (Brockhaus bajo «Schabe»).

370 / El autor suspende la oración y tras un relato que debía haber estado en paréntesis, retoma el hilo a renglón más adelante.

para ver la *comedia* ratonesca y debían reír cordialmente al ver que el ratón tan temerario volvía a subir y espiaba por el agujero; yo di a este sitio el nombre de *Belvedere* de los ratones. Si bien como digo los ratones mordican para adentro del forro del buque y hacen agujeros, no mordican jamás hacia afuera aunque ellos mordican a veces en el fondo del buque, no perforan mordicando jamás pues en cuando llegan a la humedad de la tabla no siguen mordicando. De otro modo ¡qué desgracia no se ocasionaría en los buques!

Así yo busqué para mí un rincón en la parte más elevada del buque donde poder dormir al aire durante el tiempo nocturno, y encontré que justamente este rincón en que yo solía estar sentado durante el día, era apto también para descansar de noche. No me estorbaba ente humano alguno y de seguro el *capitán* debe haberme visto frecuentemente estar acostado ahí; era mucho que él no me había despachado para abajo en horas de la noche como él había hecho a otros. Al fin yo me he indispuerto por completo con este aire nocherniego y enfermé mucho; de nuevo debí bajar espontáneamente a mi recostadero y durante todo un día no aparecí en mi lugar de guardia. Al otro día el *capitán* se paseaba arriba y vio que yo no aparecía tampoco al otro día³⁷¹; entonces preguntó a los demás dónde estaría el *P. Florian*. Ellos dijeron que yo estaba enfermo acostado abajo. ¿Con qué habría yo merecido que el *capitán* sin conocerme preguntara por mí, mucho menos que tuviera tan gran cuidado por mí como ha tenido en el tiempo de mi enfermedad? Él llamó enseguida su *medicum* y *chirurgos* (pues teníamos en el buque un médico y dos *chirurgos*), como también su cocinero. Al *médico* y a los *chirurgos* ordenó que me visitaran enseguida y vieran qué enfermedad me había acometido y que cuidaran tan detenidamente de mí como de él mismo. Él ordenó también al cocinero que diariamente me enviara comida de su cocina y me diera cuanto yo necesitara. Esta orden causó gran revuelo entre los *jesuitas* y marineros pues había tres *jesuitas* enfermos; uno de fiebre ardiente, los otros de otra enfermedad y estaban acostados separados de nosotros al lado de los demás en el *lazareto*; sólo yo pude quedar en mi recostadero entre los *jesuitas* sanos. Todos los *oficiales* me visitaron uno tras otro, se me hizo una sangría en el pie, al día siguiente otra en el brazo derecho, y a la tarde [fui] rociado³⁷² pues yo tenía gran calor; los *oficiales* me enviaban diariamente a la mañana y a la tarde un gran vaso de *emulsión* de almendras aunque en el buque se hubiera dado más bien vino que agua³⁷³. El *gouverneur* de las *Maloinas* me envió una *bouteille* entera de jarabe de *limón*, yo recibí en realidad comidas de la cocina del *capitán* pero yo no podía comer nada. Al fin me visitó también el *capitán* y mientras por lo general él era un hombre áspero, me habló muy amablemente y dijo —Mi *Pater Florian*, dígame si acaso Usted no fuera bien atendido por mi *médico* y cocinero y si acaso ellos no pudiesen aliviarle la enfermedad, yo he de *curar* a Usted. A la vez él destinó para mi

Me enfermo y guardo cama

Especial cuidado del comandante para mí

371 / i. e. ese mismo día.

372 / *Gesprenget*. Traducimos con reserva.

373 / i. e. por la escasez de ella.

servicio un *marinero* que estaba casado en España y era un inglés nato pero *convertido*. Yo estaba acostado ya catorce días; entonces al *capitán* le fue largo el tiempo de no verme en mi sitio de guardia y como él preguntaba siempre por mí, ya sabía que yo mejoraba, mandó decirme hacia abajo que yo no fuese un poltrón ni haraganease tanto tiempo abajo sino que subiese y tomase aire fresco, [así] yo mejoraría. Yo me levanté y me arrastré más bien que caminé a la cubierta del buque y saludé al *capitán* que me recibió lo más amablemente. —A ver —me dijo— hay que crear fuerzas. Usted está invitado hoy a mi mesa.

Yo di las gracias por el invite y le dije: —Como un enfermo y sin ganas de comer, le haré mal *apetito*. —Ay —dijo él— si Usted no puede hacernos *apetito*, entonces nos empeñaremos en hacerle uno a Usted, ¡venga nomás!

Tuve que presentarme entonces y sentarme a su lado; yo y todos los otros en la mesa nos admiramos cómo este señor me atendía y me servía como a un debilitado las mejores piezas y las cortaba él mismo. Pero yo pude comer poco, toda comida me repugnaba. Finalmente tuve que beber varios vasos de vino español y después de mediodía mejoré algo pero estuve muy débil. A la tarde él me llamó a la merienda; ésta consistía en *biscotos* en una fuente bien embebidos en vino español; él estuvo sentado a mi lado hasta que yo había terminado de comer todo y *discurría* conmigo frecuentemente también por una media hora. Eso era bastante largo pues durante el día él estaba en mayor parte arriba y *comandaba* el buque. Él era muy cuidadoso y entendido en la *marina*; esto lo seguía haciendo por muchas semanas. Finalmente yo ya mejoré algo y él me aconsejó que en lo futuro si me era molesto dormir abajo, no durmiere al aire libre sino en el cuarto en la parte posterior del buque lo que hice también.

Ínterin ocurrieron durante nuestra navegación varios *excesos* de parte de los tripulantes, especialmente de uno que había nacido de padres alemanes en España. Nadie podía vivir en paz con él y él era siempre el iniciador. En varias veces él fue castigado en el buque con *arresto* pero siempre permaneció siendo el mismo pendenciero.

En una ocasión cometió un hecho bien brutal, fue puesto en el cepo y debía ser acostado sobre un *cañón* en la mañana y recibir cincuenta azotes; entonces le invadió un gran temor e hizo solicitar a mí que yo pidiera por él ante el *capitán*. Yo lo hice, si bien con miedo de no ser escuchado. Ante mi deprecación se le perdonaron tanto los azotes como el *arresto*. Tal vez él se aferró a mi deprecación y otra vez cometió un hecho muy brutal entre sus camaradas, de nuevo fue puesto en el cepo y amenazado con cincuenta azotes, pero yo callé y dejé hacerlo. El *capitán* me preguntó si yo no quería interponer otra vez una deprecación por el *arrestado*. —No —respondí— yo no quiero abusar de la bondad del señor para conmigo, no sería ni en honor mío ni para enmienda del *arrestado*; éste debía admitir que yo no pidiera por él; si él ha pecado, puede recibir también la penitencia. Cierto —dijo el *capitán*— la misericordia es buena pero quien abusa de la misericordia debe experimentar corrección. Mañana le haré aplicar cincuenta [azotes] y para que no cause más inquietud a otros, lo hago encerrar y no lo pongo en libertad hasta que tocamos en *Cádiz*. ¿Qué opina Usted?

—En realidad como sacerdote yo no puedo dar sentencias —respondí— pero sin embargo, debo decir que no daña que él sea castigado porque de otro modo no se puede esperar una enmienda.

Exceso de un
marinero

—Tiene Usted razón —me dijo— le quitaré la oportunidad de cometer tales excesos.

Aquí deixo en silencio lo que hemos visto en nuestro viaje marítimo o cómo hemos avanzado de día en día en la navegación, [y] los ventarrones que hemos padecido; basta haber yo informado sobre ellos en mi primer viaje. Ya nos acercábamos al *aequator* en cuya región se eleva altamente sobre el mar la isla de la Santa Trinidad y también un peñón que tiene el nombre de *S. Pedro*. Ahí ya no podíamos viajar seguros de noche por el peligro para que no naufragáramos contra este peñón al igual como hace tiempo ocurrió a otro [buque]. Así tuvimos que hacerlo durante tres o cuatro noches y mantener el buque a la capa durante el tiempo nocturno³⁷⁴. Bajo el *aequator* tuvimos el sepelio de un hermano fallecido y algo más allá echamos al mar un *tripulante* y alrededor de cinco días después siguió otro hermano *Thomas Hayerle* que era un boticario y [había] venido desde la *Provincia bávara* a *Las Indias*. Nosotros en nuestro buque fuimos aún los más afortunados, pues los que habían precedido a nosotros habían perdido muchos *jesuitas* en el viaje; de treinta y dos que había en el buque zarpado antes, la mitad ha muerto y fue echada al mar. Según hemos calculado en tiempos en que estuvimos parados por nueve meses *in Portu S. María* mientras estuvimos reunidos casi todos [los llegados] desde América, han fallecido en esta travesía alrededor de quinientos *jesuitas* en el camino sobre el mar³⁷⁵.

Perdemos varios
jesuitas

Después de haber *pasado* la *línea* o el *aequator*, tuvimos una fortísima tempestad de tres días; quisimos ver si encontrábamos un viento mejor y dirigimos la roda hacia las islas *Azores* o como dicen los españoles, hacia las *Islas Terceras*, pues vimos que con tal tempestad debíamos subir hasta el grado cuarenta y de ahí bajar haciendo velas de nuevo al grado treinta y seis para facilitar la entrada a *Cádiz* y poder navegar sin peligro; después de mucho tiempo llegamos también entre las islas; una se llamaba *Foyal*, la otra *S. Miguel*, la tercera *S. María*, la cuarta *Isla de Madeira*, etc., y dejamos al lado derecho las islas *Canarias*. En general en cuanto concierne al tiempo, hicimos este viaje en modo felicísimo pero lo que concierne a lo demás, éramos aún los más mortificados. Pues, ¡qué se remediaba que el *capitán* me era tan favorable y tenía todo cuidado para conmigo si yo debí ver que mis hermanos eran tratados tan malamente! Yo no podía verlo sin gran pena del corazón. Yo hubiera preferido ver que se hubiera procedido algo más humanamente con mis hermanos y se hubiera dispensado mejor cuidado a los sacerdotes viejos, extenuados y ancianos. Sin embargo fue un bien que yo había encontrado al *capitán* favorable a mí por [ser] causa de que yo pude conseguir mucho ante él para el alivio de mis hermanos.

Nuestra alimentación y la condición para comer se desenvolvía mal; los *jesuitas* éramos ciento setenta personas, con los soldados, *tripulantes* y comerciantes viajeros, en conjunto cuatrocientos treinta y cuatro. Teníamos en verdad cuatro cocinas pero

Nuestra escasa
comida

374 / Hubo inversión en la oración.

375 / La reunión de *jesuitas* venidos de ambas Américas daría motivo a estos números. A la vez ha tenido los efectos de un Congreso por los diversos datos recogidos allá por los escritores de la Sociedad, como se comprueba en sus textos.

Dos buques
grandes nos
persiguen

muy angostas, un horno de panear, pero sólo para el *capitán* y sus *oficiales* y algunos *jesuitas* viejos para que tuvieran diariamente pan fresco; los demás debían comer bizcochos o *galletas* duras como piedras. Yo recibí también [hallándome] fuera de mi enfermedad, algunos platos que me enviaba el *capitán* que yo de buen grado entregaba a otros que poseían dientes extraordinarios. Nuestro almuerzo consistía en un pedazo de carne vacuna salada o muy flaca fresca que yo con algunas onzas hubiera podido pesar, agregadas a ella lentejas o habas coquinas y zapallo, cocido todo en conjunto en una olla; de este comestivo se nos repartía una cucharada entera y un vasito de vino del reino de *Chile* que habíamos traído con nosotros. A la noche teníamos jamón recortado en pedacitos y cocido; ahí cada uno recibía una cucharada entera de la sopa salada, otra vez un vasito de vino y luego ¡abur! Durante todo el día teníamos dos vasos cervancieros llenos de agua; pocos bebían en la mesa y preferían padecer sed, pero a la noche cada cual tomaba su trago de agua y se retiraba a descansar. Yo creo que el padecer sed ha contribuido mucho a mi enfermedad.

Tuvimos la suerte que después de cuatro meses y algunos días de viaje marítimo vimos la roda del buque dirigirse hacia el cabo de *S. Vicentij*. Entonces hubo alegría entre los *tripulantes*; nosotros también nos alegramos y consolamos en algo, pero como no sabíamos qué suerte nos esperaba, esta alegría estaba siempre mezclada con alguna amargura. Al día siguiente llegamos a ver muy de cerca el *Cabo S. Vicentij* y navegamos cerca de las costas rumbo a *Cádiz*, para lo cual teníamos que recorrer aún veinte y cinco leguas. Cuando viajábamos así muy contentos, distinguimos dos buques grandes que con todas las velas y aun velas laterales tendidas vinieron hacia nosotros. Nuestro *capitán* ya se preocupó y dudaba si estos buques serían buques de corso³⁷⁶ o de otra clase pues nadie quiso reconocerlos como buques de *Capers* [de corso], porque parecían ser demasiado grandes y [nosotros] sabíamos que los *argelinos* o *marrocanos* no solían tener buques grandes sino en mayor parte *kabequines* [jabequines]³⁷⁷ los que son buques muy ligeros si bien largos pero muy delgados. Otros dijeron saber que los piratas *argelinos* ya habían comprado a las *potencias* marítimas luteranas con las cuales estaban en *alianza*, dos buques grandes, uno de cuarenta *cañones* pero el otro de sesenta. Entonces nuestro *capitán* tuvo temor, pues él tenía a bordo un millón seiscientos mil en monedas³⁷⁸ de plata que en su mayor parte pertenecían al *comercio* pero la [parte] menor al Rey. ¿Qué hizo? Los buques que venían hacia nosotros, tenían buen viento, mas nosotros [un viento] no del todo contrario pero tampoco favorable. Él *comandó* el buque desde la costa hacia alta mar creyendo que durante la noche ellos se nos perderían [de vista]. ¡Sepa Dios cómo ha ocurrido que ellos no nos habían perdido [de vista] ni hasta la medianoche! (por tanto tiempo corrieron tras nosotros). Oímos un tiro de *cañón* tras nosotros que era la señal de ponernos a la capa y de esperarlos;

376 / *Capers*, voz inglesa escrita en letras latinas por Paucke.

377 / Pronunciación alemana de la ch.

378 / *Müntze*. El autor no especifica; suponemos tratarse de pesos.

nuestro *capitán* no quiso entenderlo sino que huyó a toda vela. En esto llegó otro tiro de *cañón* con una bala que cayó al agua no lejos de nuestro buque. Entonces todos dijeron que era un *cañón* de veinte y cuatro libras, pues el eco resonaba muy fuerte sobre el mar, tal vez sería un inglés. ¡Sea quien fuera, preparémonos para el combate! Nosotros debimos alcanzar para arriba todos nuestros colchones para parapeto en la plaza de armas; los soldados se colocaron arriba, las mechas ya ardían al lado de los *cañones*, balas y cartuchos fueron traídos apresuradamente. Todos nosotros estábamos sentados abajo en la oscuridad esperando únicamente qué ocurriría. Arriba faltaron algunos soldados, entonces corrió para abajo el sargento principal con la espada desnuda, buscó por todos los rincones y amenazó que él traspasaría con su espada al que él hallara. Los buques se acercaron cada vez más hasta habernos alcanzado; ahí oímos resonar ya el megáfono del otro buque y ordenar a nuestro *capitán* que los esperara, pues en la oscuridad ellos no vieron que nuestro buque ya estaba en la capa. Un buque se colocó en la parte posterior de nuestro buque, pero el segundo al costado. En nuestro buque hubo tal silencio que se podían entender todas las palabras que ambos *capitanes* de los buques dijeron entre ellos. Aquí debe saberse que en todo buque en que cuando el *capitán* no sabe hablar otras lenguas, hay un intérprete; pero por lo general los *capitanes* de buques entienden las lenguas de la mayor parte de las *potencias* marítimas excepto tal vez las de los suecos, dinamarqueses, holandeses y semejantes, pues ellos aprenden el francés, el italiano, portugués y español por sus frecuentes viajes a estos países. La primera pregunta fue que de dónde veníamos. El *capitán* contestó que de *América* y que él tenía *jesuitas* en su buque. Sucedieron otras preguntas. Ínterin al igual como entre nosotros había lo mismo en los otros buques un silencio completo y sólo se oía conversar los *capitanes* lo que se hizo en lengua española. Al fin el otro *capitán* de buque pidió que el nuestro bajara su bote al mar y viniera a su buque. Nuestro *capitán* se disculpó que él no podía porque todo estaba cargado. Ahí dijo el otro *capitán*: —entonces atravesaré yo —bajó su bote al mar y se embarcó. Entretanto nuestro *capitán* hizo descargar un *cañón* y tremolar el pabellón español. Nos quedamos medio muertos cuando oímos el tiro de *cañón* en el buque y creímos que la *batalla* ya comenzaba; en esto ya oímos el remar por los marineros del otro buque por lo cual fueron reconocidos enseguida por unos españoles de nuestro buque y ya nos llegó la noticia abajo que eran buques ingleses; entonces sentimos un alivio inmediato. Los navegantes llegaron a nuestra borda y subieron con toda amabilidad; trajeron para el capitán y los *oficiales* frutas de *Cádiz*, como ser: uvas, aunque en *septiembre* (pues ya era tiempo de vendimia), melones de ambas clases³⁷⁹ y otras frutas. Mientras el *capitán* inglés conversaba con el nuestro, los *tripulantes* ingleses se ocupaban en averiguar por tabaco de fumar y del *Brasil* y pedirlo. También recibieron buenas *porciones*. Después de una conversación de una media hora volvieron muy amables a su buque y sanos y salvos se alejaron de nosotros. De nuevo buscamos la costa española y a la mañana temprano navegamos en derecha hacia *Cádiz*. Más

Nos preparamos
para la defensa

Ambos *capitanes*
conversan

379 / i. e. melones y sandías, por llamarse las sandías en alemán: melones de agua.

Buscamos un práctico que debe ser pedido en un puerto peligroso

o menos a una legua nuestro buque dio la señal requiriendo un *práctico* que desde la ciudad debía venir al encuentro para conducir con seguridad el buque al puerto. Era la costumbre que en puertos donde hubiera un peligro de rocas como en *Cádiz* el *diamante*³⁸⁰ (que está debajo del agua y puede hacer malograr un buque inexperto del puerto), no puede entrar al puerto ningún buque sin un *práctico* que debe conocer todas las rutas del puerto. En cuanto el *practicus* está en el buque, el *capitán* no tiene ya ningún *comando* hasta que el buque ha dejado caer el ancla en el puerto. Ahí el *practicus* debe mandar todo y él solo dirigir el buque hacia adentro; si él tiene un percance, debe indemnizar todo y el *capitán* no es inculgado; en caso contrario el *capitán* responde por ello.

Llegamos a *Cádiz*, nuestro saludo a la capitana

Pasamos por delante de un lugar donde en tierra había una imagen prodigiosa de la Madre de Dios, llamada *la Virgen de la Regla*; ahí nuestro *capitán* hizo disparar todos los *cañones* en honor de la Madre de Dios.

A la entrada al puerto estaba anclada la *capitana*; nuestra fragata era una *fragata* de guerra; por esto debió saludar con descarga de los *cañones* a la *capitana*, la cual agradeció con cinco tiros de *cañón*; luego saludamos la ciudad de *Cádiz* y de nuevo se nos respondió mediante cinco disparos de *cañón*. En cuanto hubimos dejado caer el ancla, fuimos visitados por soldados de la ciudad con *bayonetas* caladas; entonces pensamos: ahora recién empezará en de veras el baile, pero pronto vimos que no habían venido por nosotros sino para vigilar el buque, para que nada fuese sacado hasta tanto el buque no hubiera sido *visitado*. Los *marineros* que habían traído consigo desde *India* tanto dinero como otras cosas prohibidas, se empeñaron grandemente a esconder todo en el buque. Ellos echaron el tabaco y otras cosas tras el forro del buque, otros hicieron en las columnas de madera sobre las cuales descansaban la cubierta o bodegas del buque, grandes agujeros cavados a hierro, colocaron adentro sus bolsas de dinero los cubrieron de nuevo con una tabla, taparon otra vez las hendijas laterales con estopa bien metida y untaron de nuevo todo con pez. Cuando hubo terminado la revisión del buque y ya se descargaba, la guardia volvió a la ciudad y cada cual podía poner a salvo su *contrabando*.

Rentas leales de un buque. Cuánto corresponde al rey de cien pesos

En España se ha establecido de manera que el rey debe recibir el décimo de cada centena que llegan desde *Las Indias* (pertenzca el dinero a quien fuere aun si él lo ha obtenido de cualquier manera o mediante el comercio o por propio mérito o por un regalo). Ahora cuánto habrá recibido el rey de un millón seiscientos mil pesos, dinero el cual pertenecía al *comercio*. Nuestro *capitán* poseía también alrededor de treinta y cuatro mil *pesos* de dinero que él había logrado en *Montevideo* y *Buenos Aires*; de este dinero él debe ceder al Rey diez *pesos* de cada cien.

El propósito de los buques perseguidores

Cuando ya estuvimos en el puerto, me contó recién nuestro *capitán*, cuál objeto y propósito habían tenido en visitarnos las dos naves inglesas que habían corrido tras nosotros en la noche. Él dijo que ellos habían entrado en nuestro buque a fin de preguntarle

380 / El mismo lugar donde Utz Schmidel naufragó en 1553.

si él quería entregarles a ellos el dinero que él había traído desde *Las Indias*, ellos depositarían fielmente todo en el lugar o ante la persona donde él dispusiere. Así lo hacen los ingleses que deben recorrer las costas contra los *argelinos* y los piratas; cuando divisan un buque de *Las Indias*, navegan enseguida a su encuentro y secretamente se hacen cargo del dinero que los que llegan quieren guardar aparte para no deber pagar parte alguna al Rey. Es cierto que los ingleses tampoco hacen de balde esto y los españoles deben pagarles algo: por ejemplo uno o dos *pesos* por cada cien; sin embargo tienen en cada cien un provecho de ocho *pesos*. Tampoco hay que temer que el buque inglés fuere incorrecto con el dinero recibido; nada se pierde pues en este asunto; los ingleses guardan lo más cumplida su palabra.

CAPÍTULO VI

Llegada a Cádiz y estada en el puerto Santa María

Somos
interrogados
diversamente

Estuvimos hasta el otro día en el puerto. A la mañana vinieron desde la ciudad cuatro *diputados* para inspeccionar nuestros cofres y haberes. Fuimos interrogados si teníamos con nosotros dinero y cuánto, que cada cual lo declarara y que no temiéramos aún si alguno poseyera hasta miles; nada se le quitaría pero que únicamente debía ser *consignado* cuánto dinero traía consigo cada uno. Cada cual dijo lo que tenía y esto se anotó por los *diputados*. Luego fuimos interrogados qué [clase] y cantidad de tabaco tenía consigo cada uno; que les presentáramos nuestras cajas de lata. Ahí se reunió una buena *cantidad* de tabaco en polvo y tan luego del mejor. Uno que otro vino con algunas grandes cajas de lata de cinco o seis libras de tabaco; sobre cada caja fue garabateado el nombre del poseedor. Ellos llevaron consigo a la ciudad todo el tabaco, pero nos dijeron que nosotros recibiríamos cabalmente de vuelta todo el tabaco sin mengua, que no nos preocupáramos por ello. Después de haber terminado todo esto, esperamos las *barcas* de *puerto S. Mariae* que debían recoger nos desde el buque y trasladarnos a esa ciudad, pues *puerto S. Mariae* está situado justamente frente a Cádiz de modo que entre Cádiz y *puerto* se encuentra la propia bahía marítima en la cual todos los buques que llegan a Cádiz hacen caer el ancla.

Somos trasladados
al puerto S. Mariae

Ya teníamos nuestros cofres y colchones arriba en nuestro buque; fuimos provistos este día muy bien de un todo en la mesa y todo se nos trajo a bordo fresco y bueno desde Cádiz sobre *barcas*. A la tarde llegaron al fin las *barcas* de *puerto S. Mariae*, se hicieron cargo de nosotros y de todas nuestras cosas y cruzaron en nombre de Dios. Llegamos a un sitio que por lo general es peligroso para las *barcas* y donde muchos han perecido: ahí nos clamaron los marineros que oráramos por las pobres almas que habían sucumbido en este sitio. Después de haber atravesado nos dijeron que ya no nos preocupáramos, pues ya estaríamos fuera de peligro. Cuando desembarcamos en la costa, nos esperaban ya los habitantes de la ciudad por miles y miles, hormigueaba [de gente] por todas partes. Pero de cómo las gentes se compadecieron de nosotros porque vieron a todos nosotros juntos completamente extenuados y de cómo con tanta lástima nos acompañaron hasta el *hospitium* o casa de *misión*, esto nos extrañó a nosotros mismos, pues nos imaginábamos encontrar unas dificultades mayores en España que las padecidas por nosotros en *Las Indias* y en el camino. Toda España estaba tan mal informada sobre nosotros como si hubiéramos merecido se nos ahorcara a todos. Más tarde supimos que la mayoría, especialmente el populacho, creía que nosotros éramos verdaderos *rebeldes* contra el Rey, que en realidad habíamos tenido un Rey *Nicolás* y que éramos herejes que en *Indias* habíamos inducido a muchos errores en la Fe a los españoles e *indios*. Pero los españoles fueron tan compasivos y amables para con nosotros que se llegaron a nosotros, nos tomaron de los brazos y nos condujeron hasta la casa que los españoles denominaban comúnmente *el hospicio de los misione-*

En España tuvimos
malísima fama

ros o Casa de los apóstoles «*das Haus der Aposteln*»; esta casa —como recuerdo— tenía una altura de tres a cuatro pisos. Los ventanales son como puertas; afuera tienen un balcón que está cercado por una barandilla de hierro, de modo que podíamos estar parados o sentados fuera de las ventanas. Durante todo el día los pobres estaban sentados debajo de nuestras ventanas y recibían muchísimas limosnas que les echábamos abajo en papelitos. Ellos comparecían empeñosamente todos los días en gran número. —¡Ay —gritó una pobre hacia arriba— qué lástima que estos *Padres* tan misericordiosos y compasivos sean herejes! De tal manera estaban engañados los ignorantes. Esta casa hormigueaba de *jesuitas* de *Las Indias*, pues los de España ya habían partido antes a *Italia*. Muchos conventos y casas distinguidas estaban llenas de *jesuitas*, pues de todas las *Provincias* de *Las Indias* ya nos habíamos reunido en mayoría; sólo se esperaban todavía algunas naves desde *Las Indias* que un mes después también arribaron. Nosotros los de *Paracuaria* no éramos sin embargo los últimos aunque tuvimos la mayor distancia. Ya estaban reunidos todos los de *Perú*, *Chile*, *Quito* y *Paracuaria* como también de *México* y *California*: faltaban aún los de *Sonora* y algunos de *Quito*. El que fue nombrado por el Rey de atendernos en todo, era el *marqués Terri*, un irlandés, un señor muy amable y compasivo. Él nos visitaba a menudo y averiguaba con cuidado si acaso teníamos una carencia en alimentos y ropa. Él nos dijo también que el Rey había dado una orden muy severa que no se nos hiciera faltar lo más mínimo y que en todo se nos mantuviera mejor de lo que antes habíamos estado *in Collegijs*. Él nos preguntó a todos de cómo se había procedido con nosotros en el buque. Algunos de nuestro buque ya querían comenzar a quejarse de nuestro *capitán*. En realidad él hubiera merecido que nosotros hubiéramos comunicado todo, pero yo fui aún su dicha [salvación] y hablé con los otros que no dijeran nada, especialmente cuando oí del *marqués*, que si llegara a oídos del Rey queja contra el *capitán* del buque, éste sería destituido seguramente de su empleo y enviado a la cárcel. Por lo tanto, que callaran; que ya todo había pasado y que no nos priváramos mediante quejas y deseos de venganza del mérito ante Dios, pues no debíamos esperar provecho alguno mediante el daño de otro. Así se hizo también. Después de hechas las cosas en el buque, vino nuestro *capitán* con todos sus *oficiales* y nos visitó; nosotros pudimos, pues, hablar con todos los que nos visitaban. Vinieron muchos *caballeros* para hablar con nosotros. Teníamos un solo centinela en la puerta, pero podía entrar todo aquel que tenía un *billete* del *marqués Terri* y éste era muy liberal en repartirlos. También nuestros cofres habían llegado desde el buque; entonces todos fuimos llamados hacia abajo donde estaban los cofres; todos se abrieron y se *visaron* superficialmente en presencia nuestra.

Después de haber permanecido nosotros unos días en esta casa de *apóstoles*, el *marqués* quiso hacernos más cómodo este alojamiento y trasladar a algunos a otra parte. Estaba enfrente el palacio del *marqués Borgia* que era de la parentela del Santo *Borgia*. Aún vivía la *marquesa* viuda. Ésta pidió a nuestro *marqués Terri* que le hiciera el favor y permitiera estar en una parte de su palacio los *novicios*, pero en la otra parte otros sacerdotes; ella iba a tener cuidado de ellos. Esto se permitió también y ella re-

Somos considerados herejes por la gente vulgar

La preocupación del Rey por nuestra buena alimentación

Somos visitados por nuestro capitán

Somos trasladados al hospicio y a otras casas principales

Somos solicitados por franciscanos a su convento

cibió ahí setenta y dos *jesuitas* junto con los *novicios* a los cuales atendió con el mayor afecto. Algunos *novicios* enfermaron y debían pasar a los hermanos misericordiosos, pero la *marquesa* no lo admitió sino que cuidaba de los *novicios* al igual de una madre para con sus hijos. El *P. Guardián* de los *Franciscanos* también se encaminó a pedir al *marqués Terri* que le enviara *jesuitas* a su convento, él los atendería. El *marqués* vino al *hospicio* y nos dio la elección si queríamos permanecer o pasar a los *franciscanos* al convento que estaba situado al fin de la ciudad sobre un cerro alto [y] tenía un jardín primoroso. Nosotros los alemanes estuvimos todos resueltos a ir a los *franciscanos*, especialmente los que *tratábamos instrumentos musicales* y también ya sabíamos que ya había allí en el convento algunos alemanes de la *Provincia de México*. Cuando los *jesuitas* españoles vieron que nosotros los alemanes queríamos trasladarnos, insistieron también en ir con nosotros y deploraban ser privados de nosotros, pues los alemanes éramos muy queridos y apreciados por los españoles tanto en *Las Indias* como en España. El *marqués* de buen grado quería acceder conforme al deseo de cada uno, pero no fue posible porque el convento no tenía espacio para tantos deseosos [de ir] allá. Él hizo por lo tanto el siguiente arreglo: él envió [recado] al *P. Guardián* que le hiciera decir qué nacionales de *jesuitas* quería tener en el convento. El *P. Guardián* estuvo enseguida con sus compañeros junto al *marqués* y solicitó tener puros alemanes, pues él había tenido que atender antes puros españoles durante algunos meses y había tenido varios sinsabores porque ellos no estaban muy conformes con la comida y porque especialmente los *jesuitas* jóvenes cometieron algunos pequeños excesos. Él prefería tener *misioneros* alemanes a su lado, pues él vio bien y estaba bien contento con pocos *misioneros* que él ya tenía consigo en los cuales él había reconocido verdaderos y buenos *jesuitas* que contentos con todo, amaban a su tiempo el silencio y eran una edificación para sus sacerdotes. Todos los musicales nos mantuvimos unidos y ninguno quiso estar sin el otro, obtuvimos también pasar juntos al convento. Ahí estuvimos reunidos unos treinta *jesuitas* alemanes; ocho verdaderos *músicos* y seis chapuceros. El *P. Guardián* y el convento entero estuvieron muy contentos. Los que éramos *músicos* habitábamos en un gran salón que se hallaba en la esquina del convento y tenía una agradable vista hacia la ciudad de *Cádiz*, el puerto y hacia la vasta mar; teníamos en un lado tres ventanas y vimos partir del puerto todos los buques y otros al entrar de nuevo. Vimos un buque francés encallar tan fuertemente contra el *Diamante* al cual ya he mencionado, y naufragar que ya no hubo posibilidad de salvarlo. El buque estaba echado bien contra la roca, ellos dispararon enseguida los *cañones* de la parte de arriba y pidieron socorro, el cual recibieron también por muchas embarcaciones, y todas las gentes se salvaron, pero las cosas y otras cargas estaban todas deterioradas por el mar. Más tarde despedazaron todo el buque y [éste] se trajo en pedazos a la costa. Por el otro lado vimos hacia *Xerez de la Frontera* los más bellos *olivares* plantados a cordel en el mismo orden como en los Países Bajos los bosques. En todo tiempo había algo nuevo de verse. Con permiso del *P. Guardián* tuvimos también nuestros *collegia musicales* y *música de concierto* de violines, violones, bajos, clarines, bocinas, flautas traversas,

Todos los misioneros alemanes que eran musicales quedaron reunidos

Un buque francés naufraga en el puerto

Celebramos nuestros colegios de música

fagotes; cuales *instrumentos* sacaron *profit* [aprovecharon en oír] los que estaban entre nosotros³⁸¹. A ellos se agregaba la *banda* de los *dragones* cuando y en cuantas veces ella podía apartarse. Las ventanas o los postigos estaban siempre abiertos y nuestra *música* resonaba abajo en la ciudad del *puerto S. Mariae*. Entonces llegaron arriba muchos *caballeros*, tomaban asiento en las afueras de nuestra vivienda y escucharon con placer nuestra *música*. Los *PP. Franciscani celebraban* la *octava* de la inmaculada concepción de *Mariae*; entonces no se oía en el coro otra *música* que la nuestra: hubo la mayor concurrencia de la ciudad en esta devoción. La fama de nuestra *música* había ahora tornado deseosos también a los sacerdotes conventuales de *S. Augustini* y *Dominici* de tenernos también en sus festividades. Los primeros fueron los *Augustinos* que con instancia han pedido que el *marqués* permitiere que nosotros fuéramos también junto a ellos y asistiéramos a su *solemnidad*. Se permitió y debimos ir hacia ellos durante tres días de la *octava* de los santos tres reyes, durante los cuales ellos celebraron con la mayor *solemnidad* los tres primeros días. Nosotros deberíamos pernoctar también allí, pero el *P. Guardián* no quiso dejar *pasar* nuestros colchones para afuera del convento de los *franciscanos* en temor que nosotros no regresáramos. Allí fuimos *tratados* en la forma más espléndida. Ellos nos hicieron preparar todas las comidas en la ciudad por un *tracteur*³⁸² que se encargó de proveer toda la mesa con vino y *confites*. Ahí puede uno pensar lo que habrá costado el *tratarnos* por tres días tan noblemente. Nosotros oímos que un solo almuerzo había costado también cuarenta y ocho pesos duros. Poco después los *jesuitas* españoles reunieron dinero entre ellos [y] celebraron una misa cantada; ya no sé qué devoción se habían propuesto realizar. Allí quedamos cinco días y de nuevo fuimos obsequiados muchísimo. Estos tenían encomendado a un abastecedor³⁸³ italiano que también puso todas las comidas, vajilla y mantelería para ello; la mesa estaba aún mejor y más copiosamente provista, costó también sesenta y nueve *pesos* o *Thaler* duros. ¿No estábamos ahí como verdaderos hermanos de una fiesta patronal? No tardó mucho, fuimos invitados otra vez con permiso del *marqués Terri* al mismo *hospitium* para una misa cantada; entonces ya no debimos tocar *música* en el coro sino que debimos actuar abajo en la iglesia, porque los *caballeros* habían solicitado del *marqués* que nosotros tocáramos *música* en la iglesia para que todos no sólo nos escucharan sino también nos vieran. Fuimos llamados nuevamente a los *PP. Augustinos* donde permanecemos por dos días y fuimos solicitados de acercarnos en el coro a las *cancelas*. Apenas habíamos comenzado, estaban ya todos los ojos sobre nosotros. Terminamos la primera *sinfonía* y nos entramos para dentro del coro porque vimos que los ojos de los españoles estaban dirigidos más hacia nosotros que al expuesto Santísimo Sacramento. Finalmente debimos [ir] otra vez al *hospitium* para

Somos solicitados en muchos conventos

Y tratados de modo distinguido

381 / Una redacción embrollada.

382 / Por lo visto, un organizador de fiestas o comidas. En las líneas que siguen aparece la voz alemana de *Gastgeber*, al parecer en el mismo sentido o de hostelero.

383 / *Gastgeber* o sea el «tracteur».

Debemos pasar de nuestro convento a otros, pero nos negamos

asistir con nuestra *música* a una misa cantada pero ya no quisimos tocar nuestra *música* abajo en la iglesia sino sobre el coro. Ya nos hastiaba esa vanidad que al principio aún no reconocimos. Al anochecer fuimos reclamados de pasar al *hospitium*; se decía entonces en nuestro convento que nosotros ya permaneceríamos allá y no regresaríamos más al convento como también en realidad había sido determinado así. Al anochecer hacia las ocho fuimos buscados en nuestro convento y conducidos al *hospitium*.

El P. *Guardián* con su *vicario* y *definitoribus*³⁸⁴ nos acompañó hasta el portal pidiéndonos que retornáramos al convento y no nos hiciéramos persuadir sino se originaría un bochorno al convento entero, pues los españoles en la ciudad dirían: [que] Ustedes habían sido tan maltratados entre nosotros que debieron alejarse de nosotros. Sólo depende de esto que Ustedes se nieguen a dejarnos. Si ustedes aceptan es cosa hecha y yo debo tener a Ustedes de vuelta a mi convento aun si debiera escribir al Rey; nadie puede obligar a Ustedes si Ustedes no quieren³⁸⁵.

Nosotros llegamos al *hospitium* con nuestros *instrumentos* que fueron buscados por los sirvientes. Ahí supimos la causa de todos los pensamientos que se originaron en derredor nuestro. Se decía que la *marquesa Terri* como hija de confesión de los PP. *Dominicanos* había sido solicitada a obtener del *marqués* que los PP. *misioneros* alemanes pasaran a alojarse entre ellos pues ellos ya habían arreglado unos cuartos para nosotros. Por esto, nosotros sin saberlo fuimos llamados al *hospitium* donde a la mañana el *marqués* nos quería preguntar y oír nuestra determinación: si era nuestra libre voluntad de alojarnos entre los *dominicanos*. Ínterin el P. *Guardián* tuvo un presentimiento de lo que debía ocurrir, acudió esa misma noche a las diez ante el *gouverneur* de la ciudad para *protestar* en contra, pero esto no habría remediado nada si sólo nosotros hubiéramos consentido. Pero nosotros no hicimos tal mal al convento ni a sus superiores y no lo admitimos. Tampoco pudimos quejarnos [y] aunque la comida y el vino eran medidos muy exactamente y no concordaban con el importe (que el Rey pagaba al convento en doce *reales* por persona) volvimos de nuevo a nuestro convento al tercer día, pues el convento de los *dominicanos* estaba en el centro de la ciudad, pero nuestro convento a orillas de la ciudad, donde teníamos la más bella vista en parte al mar, en parte hacia el país [y] aunque se nos prometió que hallaríamos toda atención entre los *dominicanos*. Había llegado la fiesta del Santo *Franciscus*; ahí los *franciscanos* habían iluminado a hora nocturna toda la torre y de nuevo fuimos solicitados de tocar una *música solemne* en la torre por la cual concurrió otra vez mucha gente. Durante todo el tiempo de nuestra permanencia en el puerto estuvimos ocupados en tales y parecidos ejercicios *musicales*: de pronto éramos *coristas*, de pronto *torreros* y pasamos buena estada con esto.

En este tiempo oímos con admiración en qué buena manera habían sido *expedidos* los *jesuitas* para fuera de España, no así en Portugal de cuya despedida habría que

Los jesuitas son despedidos de España en buena manera

384 / Definidores o sean Jefes de las diversas secciones locales.

385 / El tratamiento de *Sie* (Usted) aparece siempre escrito con minúscula en el original y causa dificultades por coincidir con la grafía *sie* (ellos).

escribir mucho aquí³⁸⁶, pero yo me atengo a los sucesos que han ocurrido en España; si bien los *Collegia* fueron rodeados, las personas fueron retiradas con toda cortesía por orden del rey: todo lo que era de su propiedad tanto en dinero como en objetos, se les dejó por completo; también se les permitió aceptar todo que les enviaban otros buenos amigos; las familias señoriales facilitaron todos sus coches y caballos para la partida; en el camino fueron atendidos óptimamente y bien; las piezas de paño y géneros que sólo estaban cortados, se les repartieron para la vestimenta; la manutención de ellos era por orden real mucho mejor que la que habían tenido en el *Collegio*.

Sólo se podía decir que este óptimo rey no había omitido nada que concordaba con su benevolencia. ¿Pero cómo ha tomado una resolución tan cruel contra los *jesuitas*? El mundo ha de saberlo aún; mientras tanto se dice que esto aún queda *in pectore* del rey. A lo menos todos podemos y debemos confesar que el rey de España es un señor muy piadoso y consciente; si su *ministerium* ha sido lo mismo, no tenemos tal motivo [de decirlo] y queda indefinido hasta que Dios mismo lo dará a luz. Finalmente se comenzó a proceder algo más severamente para con los *jesuitas* y se trató de prohibir que a *jesuita* alguno que quisiera volver desde *Italia* a España, se le concediere una estada en el país sino que se ordenó ponerlo preso enseguida. También se ordenó severamente que si un sacerdote regresara, permaneciera eternamente en prisión; pero si fuera un hermano, se le ahorcara. Era certificado legalmente que jamás se dejara entrar ni se admitiera en España un *jesuita* ni como sacerdote seglar. ¿Habría ocurrido esto luego por propia decisión del rey? Nadie va a convencerme de ello y yo tengo miedo al sólo pensar esto del rey porque es sabido que semejante tremenda decisión es completamente contraria a su benevolencia. Sólo ruego que Dios conduzca a la comprensión los perseguidores de la *sociedad*.

Después de un cierto tiempo fuimos visitados en el convento por algunos *diputados* que por su aspecto eran gentes humildes, un hombre de ya avanzada edad y un mozo muy joven. Todos fuimos convocados a un cuarto y a ellos que estaban sentados ante una mesita debimos contestar sus preguntas que anotaron todas en papel. Creíamos que se nos presentarían algunas acusaciones contra nosotros pero [no hubo] absolutamente nada de semejante cosa. Lo que preguntaron a uno [preguntaron] también al otro. Primero: ¿cómo se decía el nombre y el apellido? ¿De dónde había venido cada cual? ¿Desde cuándo había sido *jesuita*? ¿Qué cargos había desempeñado? ¿De qué manera y cómo había llegado a *Las Indias*? ¿Si sus padres habían sido cristianos viejos y católicos? ¿Qué edad tenía y cuántos años había estado en las *India*? ¿Cuántos años en *misiones* y dónde había tenido su *misión*? Nada [se preguntó] del Rey *Nicolao*, nada

386 / En Portugal, bajo el ministro Pombal, se acusó a la sociedad de Jesús de ejercer ilícito comercio a las colonias, querer fundar una república propia dentro de la Monarquía, ser instigadora de crímenes políticos y hasta de tentativa de asesinato al Rey. El 5 de septiembre de 1759 fueron expulsados como rebeldes, traidores y enemigos del Estado. Sus bienes se confiscaron (Cantú, *Historia Universal*, loc. cit.).

El Rey en España es un correcto y consciente señor

Los *jesuitas* son extrañados de España para siempre

Somos atendidos en diversos modos

de *rebelión* y nada de aquello por cuya causa hubiéramos merecido de ser expulsados del país. Yo oí las preguntas que se hicieron a otros, y como eran tan ingenuas, me causaron en parte un fastidio, en parte la risa. Yo me apresté bien de contestarles, especialmente de jugarle una [chuscada]³⁸⁷ al muchacho que se arrogaba la mayor *autoridad* y [vestido] con una camisola de paño estaba sentado ante la mesa, como en nuestro país un oficial sastre durante el trabajo³⁸⁸. Él me hizo las preguntas iguales a las dirigidas a los demás. Yo le contesté en forma ambigua, a muchas. Mis colegas comenzaron a reírse en secreto; el mozalbete notó también que yo no le ocultaba lo que proponía. Él me preguntó como a los otros si mis padres eran cristianos viejos. Sí —dije— si mi padre aún vive es ya cristiano por noventa y dos años menos ocho días, mi madre es cristiana desde ochenta y cuatro años menos ocho días.

¿Era éste un *examen* de inculpados por el asesinato al Rey de *rebeldes* acusados y malhechores atrapados en muchas otras causas y crímenes³⁸⁹ [hacer las] preguntas: ¿de cuándo y dónde habíamos entrado en la *sociedad*? ¿De dónde habíamos llegado a España? ¿Cuánto tiempo habíamos vivido en las *misiones*? ¿Si nuestros padres eran cristianos? y semejantes preguntas vanas. Yo puedo atestiguar que a todos nosotros no se ha dirigido ni una sola pregunta por lo que habíamos sido acusados.

Dos *misioneros*
alemanes son
arrestados

Dos meses antes de nuestra partida del convento donde estaban con nosotros dos *misioneros* de *Chile*, éstos fueron transportados a otro convento de *capuchinos*, introducidos allá a un cuarto y mantenidos bajo la más severa vigilancia; ambos eran alemanes, uno de la *Provincia* bohema, de apellido *Erlacher*, el otro un bávaro, su nombre se me ha escapado. Ambos estaban sentados encerrados en un cuarto por todo el día, pero sin embargo mediante buenas gentes tuvieron oportunidad de escribirnos y de descubrir de qué modo se los trataba. No les ha ocurrido ningún otro daño que sólo estar encerrados aunque no durante todo el tiempo, pues de ahí en adelante podían encaminarse al jardín del convento y tomar aire fresco. Nadie les dijo por qué motivo fueron separados y encerrados. Parecía como si todo fuese sólo una treta para la apariencia al fin de que las gentes sólo supusieran que el extrañamiento de los *jesuitas* era justo y no carente de motivo importante, cuando oían que de nuevo acá o acullá ocurría entre los *jesuitas* una indagación judicial [y] que éstos y aquellos habían sido separados y encerrados sin tardanza. Pero nosotros no fuimos preguntados jamás por aquello de lo que el pueblo charlaba éramos culpables. Pudimos estimar todo como pura fantasmagoría para presentar al mundo una engañifa. El populacho ordinario decía de los sacerdotes arriba mencionados que éstos habían sido acusados por haber querido vender la isla de *Chiloé* entera a los ingleses y ninguno de los dos supo de tal indagación ni acusación. ¿No debe estimarse todo una fantasmagoría? ¿Quién hubiera podido resistir a los *jesuitas* en *Las Indias* si ellos hubieran sido tales *rebeldes*

387 / *Eine anhaengen* (colgarle una) frase familiar.

388 / Con las piernas cruzadas.

389 / Alusión a las acusaciones hechas en Portugal, donde se llegó hasta a ejecuciones capitales de personas amigas de la Sociedad (Cantú, *loc. cit.*).

contra España y su Rey? Es preciso saber que la mayoría de los [jesuitas] que solicitan partir desde *Europa* a *Las Indias* no han sido el desecho de las *Provincias*; de este modo los superiores hubieran podido enviar todo aquél que ellos hubieran querido [enviar]. Pero no [hubo] tal; importaba una frecuentísima y reiterada solicitud que debía ser tramitada durante cuatro y más años por lo menos y hacerse directamente al *general* de la *sociedad* del cual debía esperarse también la aprobación de tal pedido. Debo decir en un todo que ninguno ha sido enviado obligada sino voluntariamente a *Las Indias*. Tal vez se cree que un *misionero* de *Indias* no precisa otra cosa que realizar una buena doctrina cristiana porque se considera a los *indios* unas gentes incapaces y de ningún modo inteligentes. ¡No! se necesita algo más pues los *indios* incapaces pueden dar también buenos bocados a mascar tanto en lo que concierne a la ciencia y la virtud del maestro, como también a la paciencia y la mansedumbre [del mismo]. Por esto, antes de que alguno de los *pretendientes* para *Las Indias* sea designado para esto desde Roma, debe realizarse una triple consulta: una con los maestros del *candidato indiano*, [por saber] qué fundamento él tiene en las ciencias. La segunda con su superior y padre espiritual [por saber] si posee las virtudes necesarias; la tercera con los médicos clínicos [por saber] si su salud es apta para soportar el viaje y los trabajos en *Las Indias*. Como yo sé de la *misión* en la cual yo estuve incluido, no ha habido ninguno que aún no hubiera oído por completo la *teología* entera en nuestros países, que no hubiera defendido públicamente en *universidades* la *filosofía*; había unos pocos que tras la *teología* terminada dieron *actum parvum* o la última prueba para *defensión* de la *teología*; había otros que tras haber terminado por completo la *teología* y el *tercerado* o tercer año de prueba como también haber rendido el examen público de toda la *teología* han partido conmigo a *Las Indias*. Enseguida [de arribar] en Lisboa dos de la *Provincia* bohema, P. *Obszierer* y P. *Prickril*, se nombraron el primero para *profesor* de *teología*, el segundo de la *filosofía* por la *Universidad en Goa*, en cuyo lugar (porque en realidad estaban destinados a *Paracuaria* para *misioneros*) yo junto con el P. *Tadeo Enis* (tuvimos que) ir al *Paraguay* y (que han sido) encontrados por nosotros recién en *Lisboa*. Cuando partió nuestra *misión* a *Paracuaria*, ellos debieron permanecer aún en *Lisboa* hasta presentarse algún buque que podría llevarlos a *Goa*. Ellos tuvieron un gran pesar cuando partimos desde *Lisboa* lo que han mostrado también con muchas lágrimas. Otro de de nombre *Nicolás Blantitsch*, un *croata* de nacimiento y *jesuita* de la *Provincia* austríaca, vino con gran celo a *Paracuaria* a lograr su objeto final propuesto en las *misiones*, pero en *Córdoba* vino a ser en la *Universidad* *profesor* de *filosofía* y después de *teología*. A pesar de que aún durante los años de su cargo docente él solicitó muchas veces del *Provincial* [poder] dejar su cargo docente y trasladarse a las nuevas *misiones*, no fue sin embargo atendido y recibía siempre la respuesta de que él había llegado a *Paracuaria* para obedecer; que por lo tanto se conformara con lo que los superiores le ordenaban.

Fuera de esto es muy raro alguno de entre los *misioneros* que antes no hubiera atendido por dos o tres años la *mathesis* y se hubiera probado en el dibujo, pintura, *música* y otras habilidades. A ninguno habría faltado la suficiente habilidad de enseñar e instruir los *indios* en asuntos *militares*. ¿Qué arte se habría necesitado de echar

A las *misiones* se envían hombres bien probados

Hubiera sido un trabajo sencillo librar de españoles al *Paraguay*

Es difícil pelear
con los *indios*

de *Paracuaria* a todos los españoles? Si nosotros los *jesuitas* hubiéramos sido semejantes inconscientes hombres, desleales a Dios y al Rey como cuales hemos sido difamados desgraciadamente en todo el mundo, sin que un sólo asunto del cual hemos sido inculpadados hubiera podido ser asentado mediante prueba una judicial. ¿Qué dificultad habría podido impedirnos semejante proceder inhumano, ya que en *Paracuaria* las ciudades distan entre sí a lo menos de ochenta a cien leguas [y] a la vez no son tan populosas? Se veían pocos soldados que eran *regulares*; junto con esto que el paradero de los *indios* está situado en los bosques más espesos, entre pantanos y lagunas. ¡Qué desasosiego hubieran podido realizar sólo los [*jesuitas* establecidos] en treinta reducciones de *guaraníes* donde se cuentan hasta ciento veinte mil almas, de entre las cuales se hubiera podido sacar por lo menos cincuenta mil y más hombres guerreros! ¡Qué pronto habríamos concluido con *Buenos Aires*! Yo sólo con mis cuantos cientos de *indios* hubiera podido destruir toda la *jurisdicción* de *Santa Fe*. ¿Pero pudiera haberse nos ocurrido jamás este perjurio maligno o nos hubiera preocupado? Tan impiamente habla el mundo de tales sacerdotes los que vertiendo su sudor y sangre, han dado tan múltiples testimonios de su leal sentimiento hacia Dios y el Rey. Nosotros los *misio-neros* hubiéramos podido realizar fácilmente esto, aunque los demás en los *Collegijs* han sido asaltados de improviso y extrañados; nosotros hubiéramos podido salvarlos y si bien lo hemos omitido, hubieran habido sin embargo suficientes *jesuitas* en las *misiones* que hubieran podido *comandar* los *indios*. Quien conoce el país, debe decir que aún si cien mil hombres penetraran en la tierra silvestre, llegarían a ver apenas un *indio* pues es imposible marchar tras ellos, menos aún de a pie que de a caballo, y aún si se hiciera de a caballo cada soldado debía tener ocho o diez caballos; de manera que para cien mil jinetes debía haber un *millón* de caballos. ¿Hacia dónde y de qué modo [se haría] el necesario acarreo del *abastecimiento*? Mientras el *indio* donde quiera que vaya encuentra siempre y come si no presa montesa pero a lo menos miel, cuernitos de chivos, raíces de una cierta clase de los árboles, frutas del monte, hasta víboras, *crocodilos*, lagartos y otra semejante asquerosidad hedionda ¡más!, hasta las hojas de los árboles. Ellos no necesitan ninguna otra *provisión*. Los *indios* no precisan cubrirse de pieles de tigres para espantar hacia los bosques a los caballos del enemigo; tal cosa aciertan muy bien las innúmeras moscas y otras sabandijas mortificantes a las gentes y caballos. Y aun si no fuera así el carrizo, la hierba y los cañaverales crecen tan altos y espesos en las tierras silvestres que no se necesita otra cosa para quemar por miles en una noche a todos [nosotros] que sólo poner fuego desde lejos en derredor nuestro. Si luego en el contorno entero está así en llamas todo o aun sólo [allá] donde el viento acomete contra el enemigo, ¿quién escaparía luego? Los *indios* tienen a más otras grandes ventajas que yo omito referir en su extensión. ¡No! No es tan fácil como en nuestros países buscar un enemigo y combatir con él. El *indio* es muy huidizo, ligero y hábil y certero al *tratar* (manejar) sus armas. Ellos no tienen ni necesitan pólvora ninguna la que podría humedecerseles. En general ningún fusil les es contrario; esto lo han experimentado los españoles desde hace mucho por lo cual marchan con lanzas

contra los *indios* pero pocos les llegan a la punta [de la lanza] y cuando los españoles menos creen, ellos [los indios] están a sus espaldas. Yo lo he conocido bien cuando los españoles sumando mil setecientos hombres, han penetrado desde todos lados a las tierras silvestres y han marchado con mis *indios* contra los salvajes lo que ha ocurrido durante mi estada treinta y cinco veces³⁹⁰. ¿Han podido decir ellos durante este tiempo que alguna vez un español hubiera muerto a tiros a un *indio* salvaje? ¡Ya se quisiera! Cuando mis *indios* acompañaban a los españoles contra los salvajes o marchaban solos contra ellos, hubieron entonces cabezas sangrientas y muertos. En lo demás aun en estas ocasiones, los españoles no han muerto con sus fusiles ni uno sólo. Debe saberse que en la *provincia* de *Paracuaria* no se encuentran muchos soldados regulares sino muy pocos, pues los habitantes de las ciudades deben salir a campaña en tales casos.

Dadas las cosas establecidas de este modo si nosotros hubiéramos sido gentes tan peligrosas, ¡cuánta adversidad hubiéramos podido causar en *Las Indias*! Esto puede convencer en verdad a los españoles que todas sus acusaciones contra la *sociedad* fueron una pura ficción por gentes malévolas. Naturalmente hubiera podido originarse contra toda su posición una gran desgracia si nosotros, los mismos *misioneros* entre los *indios*, no lo hubiéramos impedido con toda previsión y el mayor esfuerzo. ¡Bendito sea Dios que nos ha salvado a todos de semejante mala acción! En las ciudades los españoles pudieron ejecutar lo que habían ideado para la caída de la *sociedad*; nosotros dimos aun tropas de guardia a los que debían buscarnos, e hicimos todos los preparativos para que pudieran sacarnos de nuestras *misiones* sin el menor choque en manera muy pacífica. Si se toman en consideración semejantes tranquilas y pacíficas circunstancias con las maldades difundidas contra nosotros cada cual debe reconocer que nosotros hemos estado muy distantes de semejantes crímenes achacados a nosotros. ¿No hubiera podido suceder por un celo intempestivo e irreflexivo que todos los *misioneros* con sus reducciones se hubieren podido trasladar a las tierras silvestres y estar y permanecer entre ellos mientras vivían? ¿Qué choques hubiéramos tenido que temer, pues, de los españoles? ¿No hubiéramos podido hacer esto en celo especial en vista de la pérdida tan espantosa de tantísimas almas y del fracaso de nuestros incansables trabajos, en vista de tan dolorosa pérdida de tantos miles de paganos cuya salvación espiritual estuvo en peligro a causa de la falta de los siempre laborantes *misioneros*? Así cada cual puede imaginarse y debe reconocer él mismo que nosotros hemos estado empeñados únicamente a poblar el reino de Dios y a pacificar el reino del Rey y atraerle siempre más súbditos, y que nuestros propósitos han tendido únicamente al honor a Dios, a la salvación de las almas y al bienestar de los españoles. Pero haya eterna gratitud a Dios que en realidad nos ha hecho padecer pero no nos ha dejado perecer en esta cruenta tempestad. Ahora nuestro cargo debe ser: producir buenos frutos mediante la paciencia hasta que Dios a los paganos de sus príncipes del

Testimonio de que los jesuitas nunca fueron tan peligrosos como se imaginaron los españoles

390 / Es evidente la redacción o copia descuidada. Habrán ocurrido 35 choques, pero no 35 expediciones de 1700 españoles.

Un nuevo
arresto se prepara
en *hospitio*

mundo (los que Él tiene en sus manos y puede doblar cómo y para dónde Él quiere) dirija por aquel lado donde será conveniente para su mayor honor y mayor salvación, de las almas.

Como ahora en todo no se ha descubierto ninguna real falta contra Dios, el Rey y contra los *misioneros* de este país ¿habrían cometido, pues, dos *misioneros* aislados este crimen de vender al inglés toda la isla *Chiloé*? ¡Buena suerte! ¡Quién quiere creerlo que mire no ser engañado! En este tiempo en que los dos mencionados *misioneros* fueron separados de nosotros, se levantó [y] mantuvo lista en el hospicio una infamante encajadura [prisión]³⁹¹; se trajo todo lo preciso para el bienestar de los presos, se arreglaron sin fallas todos los cuartos únicamente las ventanas fueron cerradas por albañilería y dejado únicamente una pequeña ventanilla de un cuarto y medio de vara de altura y un cuarto de vara de ancha. Se oyó [decir] que se fabricaron y alistaron de nuevo y se guardaron, hierros y ataduras para doce presos. ¿Tal preparativo sería dedicado acaso a algunos *misioneros*? Algunos creyeron así, pero nosotros [quedamos] sin temor ni preocupación. Otros dijeron: —esta cárcel espera desde *Las Indias* y tan luego del reino de *Quito* doce *canónigos* que se habían hecho culpables de lesa *majestad*. Otros por su parte, dijeron que llegaría desde *Las Indias* un buque con doce *jesuitas* presos que habrían sido caudillos de los otros; por lo tanto, estos doce cuartos preparados habrían sido destinados a éstos. Ha sido cierto que han llegado doce y aun más pero ninguno tuvo entrada en estos nuevos cuartos *cómodos* [acomodados]; todos fueron transportados al igual de nosotros a otros alojamientos. Al fin, tras un tiempo antes de nuestra partida desde *Cádiz*, cayeron en olvido estos cuartos o cárceles preparadas y quedaron sin habitantes. ¿No era esto otra vez una engañifa ante el populacho ordinario?

Suspiramos por
nuestra partida a
España

Suspirábamos de corazón que de una vez fuéramos transportados a nuestras *Provincias*, pues las diversas noticias de mal género, los continuos cambios del aspaventero³⁹² público ya nos fastidiaron; de pronto recibíamos noticia que nos aprestáramos para el viaje, de pronto se decía que debíamos esperar aún por mucho tiempo, que no había dinero para acelerar nuestra partida. Al fin el trece de marzo nosotros, los alemanes, recibimos la orden de aprestarnos para el viaje. Aquí debo recordar que nosotros todos los alemanes habíamos resuelto pasar a nuestra *Provincia*, ya no por *Italia* sino por el mar del norte, por delante de Inglaterra a través de los Países Bajos, para que pudiéramos desembarcar y simultáneamente pisar el terreno de nuestro altísimo príncipe territorial como soberano de Austria. Antes de nuestra partida de la cual aún no sabíamos nada de cierto, nosotros los alemanes hicimos un escrito al Rey que él no quisiera hacernos trasladar a *Italia* sino a los Países Bajos. Enseguida obtuvimos la respuesta que con asentimiento del Rey sería hecho esto; que nosotros suscribiéramos con nuestros nombres quiénes querían navegar hacia los Países Bajos y quiénes

391 / *Schachielei*, término familiar de sentido de angostura.

392 / *Getümmel*, o sea alboroto.

a *Italia*. Antes se dijo que todos los alemanes querían viajar por un mismo camino, entretanto algunos se acobardaron por la impetuosidad y el peligro del mar del *Norte*, otros modificaron su resolución anterior y preferían trasladarse a *Italia*. Dieciocho de todos nosotros permanecieron constantes para viajar hacia los Países Bajos entre los cuales quedamos reunidos todos los *músicos*; por lo tanto subscribimos con nuestros nombres. En esta ocasión y junto con nuestro escrito los *jesuitas* españoles acompañaron al Rey un escrito redactado por ellos en que pidieron que Su Majestad se dignara hacerles llegar un tabaco. Pronto se produjo la contestación que este polvo [de tabaco] no era una cosa que fuera necesaria para la alimentación humana; que se contentaran con el buen alimento corporal que les era dado; que ellos podían vivir sin embargo sin tabaco. A los *jesuitas* alemanes se les daría a cada uno una libra de tabaco español para el viaje. Así nosotros los alemanes recibimos cada uno una libra de tabaco en cajas de lata, pero los españoles tuvieron que quedarse con el *apetito* y contentarse sin tabaco hasta otro momento.

CAPÍTULO VII

Viaje desde España por el Mar del Norte a Alemania

Zarpamos desde España

Nosotros fuimos convenidos [como viajeros] en una pequeña fragata holandesa [y] embarcados, y en la fiesta de *San José*³⁹³, en mil setecientos sesenta y nueve, hicimos velas temprano. El *capitán* del buque era un holandés de Rotterdam, de nombre *Andreas Cornelis*. Este luterano había hecho instalar muy bien y espacioso nuestro recostadero; también estaba muy bien ordenada nuestra alimentación para la cual el rey de España había hecho hacer cabal atención. Cada cual recibió para el desayuno lo que le placía o *chocolate* o manteca y queso con una *dosis* de *aqua vita* o también alguna otra cosa. El almuerzo y la cena eran suficientes y finalmente [además había] para la merienda un vaso de vino español; nosotros también nos habíamos hecho una buena provisión mediante un barril entero de vino español. A nuestra partida recibimos primero por el marqués *Terri* por orden del Rey cada uno setenta y cinco *doppies* [doblones] de plata que al igual de los pesos laureados franceses en nuestros países tienen un *agio* o comisión³⁹⁴.

Pasamos grandes tormentas en el camino en el canal de Inglaterra

Puedo decir que este viaje que duró veintiséis días ha sido muy tormentoso y en todo apenas pudimos reunir dos días y medio que podríamos llamar tiempo apacible. Cuando ya habíamos pasado las islas de Inglaterra y navegábamos a lo largo de las costas de Inglaterra, nos acometió una tempestad aún más violenta que si ella hubiera soplado por el lado derecho de nuestro buque, hubiéramos naufragado de seguro contra Inglaterra. En la última mañana hacia las tres temprano, a causa de la desatención del timonel que debió haber sorteado la ola que llegaba, el buque recibió un golpe tan fuerte en el costado derecho que todos en nuestros recostaderos nos hemos levantado de un salto sin saber si había sido disparado un *cañón* o si algún otro estampido de desgracia nos despertó; pero pronto supusimos que una ola había pegado este golpe contra el buque porque el timonel no había ladeado sino dejado su curso al buque. Debe saberse que durante una tempestad en el mar (el que por ingleses, holandeses, suecos y alemanes no es llamado Meer [mar] sino *See* o *grosse See* Mar grande) hay que sortear la ola que se aproxima mientras le sea posible al timonel; sino el buque ha de esperar un golpe muy fuerte, pero si el buque sortea, entra la ola sin fuerza por debajo del buque y lo levanta hasta tanto ella ha pasado.

Nuestro capitán, un luterano, está muy contento con nosotros

Nuestro *capitán Andrés Cornelis* estaba tan contento con nosotros durante este viaje como si él hubiera sido nuestro correligionario. Él nos hospedaba con toda amabilidad y nos *trataba* muy aceptablemente ¡más!, él era tan empeñoso que él se hacía cargo del cuidado de inspección en la cocina para que las comidas para nosotros, los *jesuitas*, se sirvieran limpias y bien preparadas. Hasta limpiaba y aseaba la volatería

393 / 29 de marzo.

394 / *Zugeld*, dinero accesorio.

para nuestro consumo, tenía placer y alegría en escuchar nuestra *música*. Yo obtuve especial afecto de su parte, él me invitaba diariamente al anochecer a su cuarto, me obsequiaba con ponche inglés, que se prepara de buen aguardiente, agua, *limones* secos, bastante azúcar y algo de canela y se bebe caliente. Yo le fui muy agradecido por ello, pues yo tenía aún una pelliza de veintidós cueros de nutrias preparados a manera *india* que le gustaba mucho. Él no se animó a hablarme él mismo que le vendiera ésta. Él me comunicó su deseo por medio de un comerciante neerlandés que estaba con nosotros en el buque. Yo le concedí enseguida la pelliza sin aceptar algo en pago [y le dije] que más me alegraba tener ocasión de retribuir con esta poca cosa su amable y prolija obsequiosidad. A raíz de este regalo pellejudo, este buen señor estuvo tan contento que de ahí en adelante no desperdiciara ninguna ocasión de demostrarse agradecido. Él comenzó a hablar conmigo con toda confianza [y] me dijo que si él no estuviera tan enredado en negocios mercantiles en el mar y además estuviera casado también en Rotterdam, él no tenía ninguna objeción de llegar a ser católico; que tampoco jamás había tenido ocasión de tratar con el clero católico y con *jesuitas* como en esta ocasión. Nuestro buque tenía el nombre: *Die Jungfrau* [La virgen] *Maria*. Yo le pregunté por qué motivo, siendo él un luterano, había dado este nombre a su buque. —Pues —dijo él— yo tengo hasta ahora ya el quinto buque; de éstos yo he [permutado] los tres [primeros] de éstos uno tras otro contra otros y adquirido para mí con adición de pago; todos tenían este nombre *die Jungfrau Maria* (La virgen María) y en todo tiempo ha sido afortunado con él; al cuarto di un nombre diferente y con éste he tenido desgracia: por este motivo yo me he formado el propósito de no tener en adelante ningún buque con otro nombre que el de la *Jungfrau Maria* y aunque yo mercara cien uno tras otro.

El doce de *abril* navegamos a través del estrecho que entre *Dover* de Inglaterra y (entre) *Calais* de Francia vuelca el *canal inglés* al mar. A la mañana temprano ya vimos cómo a mano izquierda la isla de Inglaterra se tendía hacia dentro del mar; a la derecha descubrimos junto a las costas la ciudad y fortaleza de *Dun Xerque* (Dunquerque), luego *Nieuport* y tras éste el *puerto marítimo Ostende*. Cuanto más nos acercamos a *Ostende*, encontramos tanto menos agua; se echó la sonda y no hallamos más de tres brazas de agua. El *capitán* dio la señal mediante un tiro de *cañón* por el cual él solicitaba un *practicum* que pronto vino volando sobre su pequeña *chalupa*. Nosotros no tuvimos que seguir navegando por el peligro de llegar inesperadamente a un banco de arena; por lo tanto pusimos a la capa nuestra pequeña *fragata* hasta que la marea de mar penetrara al puerto. Si entonces hubiéramos tenido un buque más grande, hubiéramos varado. Después que el agua había crecido ya bastante, nos acercamos cada vez más al *puerto de Ostende*, que no es un puerto hecho por la naturaleza sino por el arte, construido por algunos miles de postes de madera gruesos y clavados en el fondo los que se labraron en cuadrado y cada costado tiene según mi cálculo ocular una vara y media [de ancho]. Antes de entrar navegando, el *capitán* hizo colgar en el costado izquierdo del buque tanto en la parte delantera como posterior dos grandes barriles vacíos por el motivo que al buque no ocurriera algún daño y que el costado del buque

Cruzamos el estrecho entre Inglaterra y Francia

Entramos al puerto de Ostende

De nuevo son
revisados nuestros
cofres

no fuere echado por la fuerza del agua desnudo [de protección] contra los postes colocados. Cuando navegamos para adentro, los postes metidos alcanzaban en altura hasta la mitad del buque; a la mañana temprano cuando nos levantamos, vimos los postes otear alrededor de dos brazas sobre la borda del buque. Cuando hubimos anclado en el puerto, llegaron desde la ciudad dos revisores de cajas y cofres para revisar nuestro *bagaje*. Nosotros teníamos aún buen vino español, en un pequeño barrilito de cuartillo, alrededor de veinte libras de *chocolate* de *Indias* que se *fabrica* por los *indios Moxos*³⁹⁵; estas dos cosas les hicieron dientes agujosos [hicieron agua la boca] a estos hombres y ellos quisieron que nos priváramos de ella. Bien —dijimos— lo haremos nosotros aún hoy entre nosotros y consumiremos con nuestro *capitán* una *porción* de vino a la salud de ustedes; como el *chocolate* no ha de servir como mercadería mercantil sino para mantención nuestra en el camino, no podremos despachar tan pronto pero sin embargo trataremos que al entrar en nuestra patria no sobre nada.

Navegamos hacia
Brujas

Ellos ya no dijieran nada y regresaron a la ciudad que es pequeña y está fortificada en todo su derredor por murallas y trincheras. Desde afuera se veían únicamente los techos de las casas que [eran] levantados con bellas tejas coloradas de madera; en lo demás no podemos contar nada memorable del estado interior de esta ciudad porque ese mismo día pasamos desde nuestro buque a una *barca* y navegamos con el *bagaje* completo sobre el *canal* hacia *Brujas*, donde permanecemos durante ocho días; viajamos bajando en parte nuevamente por los *canales*, en parte con la *diligencia*, luego por el Rin superior e inferior como también por el *Meno* y finalmente otra vez en parte por agua, en parte por tierra, hemos llegado el trece *Maji* a *Ager*³⁹⁶ donde permanecemos por catorce días hasta que ha llegado la respuesta de nuestro *P. Provincial* como también la designación de los *Collegios*, entre los cuales fuimos repartidos. ¿Habríamos alcanzado ya nuestro sosiego? Esto no necesita contestación, pues ella ya se sabe por todo el mundo. Ahora es tiempo de que yo informe sobre otras cosas notables de la *Provincia Paracuaria* como he prometido.

395 / *Indios del Perú* cuyos misioneros bajaron por *Buenos Aires* al ser expulsados.

396 / Debe leerse *Eger*, ciudad situada en Bohemia, patria de Paucke.

SEXTA PARTE

Descripción del *Gran Chaco* en *Paracuaria*³⁹⁷

397 / Corresponde decir «*Paracuaria*» por tratarse del *Chaco argentino*.

CAPÍTULO I

Del gran río *Paraná* y del *Silberfluss* [*Río de la Plata*]Del *Paraná* y...*Silberfluss* [*Río de la Plata*]

El largo de la legua española

Residencia del inventado Rey *Nicolás*

Yo he viajado en este valle *Chaco* solo por más o menos doscientas leguas de profundidad hacia el *Norte* pero a lo ancho más o menos por unas cincuenta leguas. Este valle que comienza en la ciudad de *Santa Fe*, se extiende hasta la Sierra *Peruana* en la longitud al *Norte*, y hasta la gran sierra y las fronteras del reino de *Chile* hacia el *Oeste*; por el costado *Este* se limita por el *Paraná*. Este mismo río que se extiende hacia *Buenos Aires* y más allá hasta el mar donde desemboca, pierde su nombre junto a *Buenos Aires* y se llama *Río de la Plata* o *Silberfluss*. Pero la causa de ser llamado *Silberfluss* ya he referido anteriormente en el transcurso de mi relato³⁹⁸. Donde él se vuelca al mar se calcula la anchura en sesenta leguas, junto a *Montevideo* en cuarenta leguas, junto a *Buenos Aires* en diez leguas. Entiéndase: leguas españolas de las cuales una es de un largo de tres cuartos de legua alemana³⁹⁹. También debe considerarse que allá todas las leguas se estiman iguales, no como en nuestros países en que pocas leguas son calculadas igualmente, pues algunas y aun muchas salvo las leguas postales demandan dos horas, mientras en *Las Indias* las leguas se calculan según las horas cuando se las hace con carro de carga, pero a caballo con un jinete listo con paso ligero tres cuartos de hora, pero si se realiza a galope se hace en una media hora⁴⁰⁰.

En cuanto se ha pasado por *Buenos Aires* y se viaja para más adentro hacia el *Norte*, se da al *Silberfluss* [*Río de la Plata*] el nombre *Paraná* el cual alarga hacia el *Este* un gran brazo ancho y que se llama *Río del Uruguay*. A orillas de este río se hallan situadas siete reducciones que en los últimos tiempos debían ser permutadas junto con la *Colonia SS. Sacramento* de los portugueses. Entre estas poblaciones había la *Reducción S. Nicolás* o *S. Nicolai* de la cual se dijo que el Rey *Nicolaus Primus* tenía su *residencia* allí. El párroco de la misma durante esta revuelta era últimamente *P. Carolus Tux*, un Alemán de la *provincia* bohemia. Cuando *don Pedro Zeballos* (el que aun ahora según noticias públicas se encuentra como *comandante* en *América*) ya antes había estado por algunos años con su *milicia* en una de las mencionadas siete reducciones, y había preguntado al *P. Carlos Tux* dónde estaría el Rey *Nicolás*, pues él desearía verlo de buen grado. Dicho sacerdote le invitó a pasar nomás al jardín, ahí vería pronto al rey al cual deseaba ver con afán. No [fue] que *don Pedro* hubiera creído que éste existía en realidad, sino sólo por la curiosidad de ver al *indio* al cual los españoles indicaban como el Rey. Él lo vio también y ¿quién era? Un *indio* de nombre *Nicolás* que si bien de clase

398 / Paucke cambió su mala opinión anterior.

399 / La legua alemana contaba 7.420 metros y la española 5.572 metros. El cálculo resulta exacto.

400 / Consta al traductor que los hombres de campo argentinos calculan lo mismo yendo a galope y trote, es decir, trotar a cada cuarto de hora de galope, unos dos o tres minutos o sea 2 leguas por hora.

cacical cavaba sin embargo con una pala y azada la tierra en el jardín. Este era el terrible del cual se ha inventado tanta monstruosidad, al que Europa entera ha admirado y España ha temido tanto pero [que] causó risa a *don Pedro Zeballos*.

Del origen del Río Paraná que junto a *Buenos Aires* se llama *Río de la Plata* o *Silberfluss*, dicen algunos, como también se ve en los mapas, que se halla en la gran laguna o lago de los *Xarayes*. Los *misioneros* que han visto la fuente dicen que este famoso gran río mana hacia arriba desde debajo de un árbol de *cedro* inmensamente grueso; durante el curso este río se tira desde peñascos muy altos hacia abajo a la profundidad, con un intempestuoso ruido que esto se oye muy bien a dos leguas españolas. ¿Pero cómo se puede navegar sobre este río? Los *indios* que navegan río abajo sobre sus pequeñas *canoas*, detienen la marcha una media legua antes de esta catarata, desembarcan y transportan las canoas sobre sus hombros. Después que han pasado por delante de la catarata, echan otra vez al agua sus canoas y siguen navegando.

La orilla de este río *Paraná* es muy baja, barrienta por el lado *Oeste* contra el valle *Chaco* y no se encuentra piedrecita alguna donde se pudiera aguzar aunque sea un cuchillo. Por esto, el aguzador de un *indio* en esta banda donde yo también tenía mi *reducción* es ya una costilla o un hueso del ganado vacuno ya un cuero seco y la planta del pie del *indio*; desparramando por encima un poco de polvo de tierra y pasando el cuchillo algunas veces por encima, éste ya corta de nuevo. Pero él [el *indio*] afila por innumerables veces el cuchillo cuando él corta algo. Tras algunos cortes el *indio* toma otra vez su aguzador huesoso o de cuero pasa algunas veces sobre él con el cuchillo y ya han tomado tanto el hábito aun cuando en realidad no es necesario. Por lo común es su afilador también la vaina del cuchillo que tienen pendiente en el cinturón. Por este hábito resulta que entre *los indios* los cuchillos no duran mucho porque al corto tiempo están profundamente gastados en el medio por el constante afilar.

La otra banda del río tiene una orilla de altura de una torre desde la cual puede mirarse profunda y lejanamente al valle *Chaco*. En la orilla todo se ve de nuevo lleno de piedras y rocas. Allá se pueden encontrar las más bellas y diáfanas piedras de yeso como yo mismo he cargado hasta diez y más barcas con estas piedras y las he llevado a mi *reducción*, he enlucido no sólo mi casa y la iglesia sino he revocado por completo las paredes.

El agua de este río es completamente amarillo claro, muy buena para beber y conveniente al estómago porque ayuda mucho a la digestión. Si se bebe a suficiencia una buena cantidad, opera abertura [de vientre]. Los españoles de la ciudad de *Santa Fe* suelen enviar sus barcas y hacen traer barriles llenos de agua de beber del río *Paraná*, aunque a veces emplean en ida y vuelta un mediodía. Ellos encuentran que el agua del río *Colastiné* que pasa cerca de la ciudad no tiene ni la mitad de este efecto, aunque él es un brazo del río *Paraná*.

Esta agua posee el efecto que cambia en piedra a árboles, madera, huesos y *canillas*⁴⁰¹ de bueyes. Escribo esto por propia experiencia porque más de tres veces he

Origen del *Paraná*

Aguzadores de los *indios*

Se encuentra mucho yeso

El agua es muy sana

Posee efecto petrificante

401 / *Knochen und Bein*. La segunda voz debe traducirse por «canilla», pues Paucke la usa generalmente como sinónimo de la primera.

navegado río arriba por este río al *Norte*, en cuyo viaje he encontrado en una ocasión un pedazo de un grueso árbol de álamo que a mitad yacía afuera, a mitad adentro del agua. La mitad que se hallaba en el agua era piedra como un guijarro, pudo empleársela muy bien para dar fuego. He llevado también conmigo semejantes cosas *petrificadas* a la *reducción*: un pedazo de una vara y media de este álamo, algunos huesos de vacuno y el lomo de un *cocodrilo* cambiado en piedra. Este lomo conservaba aún todas las figuras sobre la piel como también el álamo conservaba todo el aspecto de la corteza, pero en lo demás todo [estaba] mudado en piedra. En otro lugar encontré cambiada en piedra la cabeza entera de un *cocodrilo*. Al igual como en el costado *Oeste* no se encuentra una sola piedrecita, lo mismo al lado *Este* del río todo está lleno de piedras. Frecuentemente vi las más bellas láminas de piedra de uno o dos dedos de gruesas; algunas como si fueren labradas en cuadrados, tan parejas y horizontales como si fueren pulidas. Si mi estada en *Las Indias* hubiera sido más larga, yo habría empedrado con ellas poco a poco mi iglesia y toda mi casa. Aquí debo hacer presente que este río Paraná en la banda del *Este* donde es navegable tiene también el efecto de petrificar barcas grandes mientras esto no ocurre en la banda del *Oeste* aunque muchos miles de árboles derruidos de la orilla yacen en el agua [y] que también raigambres enteros demuestran sus raíces en alto por sobre el agua. Dejo [la tarea de] indicar la causa a los actuales naturalistas que quieren dedicarse a investigar todo. También se hallan en la banda del *Este* buenas piedras calizas de las cuales hacen amplísimo uso los españoles. Si siquiera una vez yo me hubiera propuesto de revisar con atención esta orilla, hubiera descubierto muchas cosas raras y admirables. Mis *indios* aunque tenían que trabajar fuertemente navegaron siempre con placer sobre este río pues ellos encontraban piedras blancas completamente redondas que les eran muy útiles para sus boleadoras, las que jamás podían encontrar en nuestra banda del *Oeste*. Entonces yo tenía qué hacer para que no me llenaran la mitad de la *barca* con semejantes piedras.

Se encuentran también piedras calizas

Descripción [de la ciudad] de Corrientes

Más arriba hacia la ciudad de *las Siete Corrientes* el *Paraná* dobla completamente hacia el *Este* y llega a tener sólo la anchura del Danubio⁴⁰². Allí ya se denomina *Paraná miní*, eso es: el pequeño *Paraná*, en el cual desemboca el río *Paraguay* y que trae una agua de un color muy diferente como se puede distinguirla muy bien del agua en el *Paraná* y verla desde lejos. Por el lado del *Oeste* dobla el *Río Negro* o *Schwarzer Fluss* y desemboca también en el *Paraná*.

La ciudad de *las Siete Corrientes* se llama así porque en este contorno desembocan hasta siete corrientes en el *Paraná*. La ciudad está situada en la costa del *Paraná* por el lado *Este*; tenía un *collegium* de *jesuitas* desde cuyo comedor se podían ver todos los buques *pasando* por el *Paraguay* como también desde las *misiones* de los *guaraníes*. Junto a este *Collegium* y su parroquia, tienen también sus conventos los *PP. dominicanos* y *franciscanos*. Las casas son pequeñas como en otras ciudades pero no tan ordenadas ni vistosas. La ciudad tiene tampoco un aspecto tan ameno desde afuera

402 / Por coincidencia lógica este río sirvió de comparación a los diversos escritores rioplatenses de la época colonial, entre ellos Schmidl, Sepp y Dobrizhoffer.

porque los techos en vez de tablillas o tejas huecas están cubiertos por gruesas palmas que en una sola pieza llegan desde la punta del techo hasta el final. Ellos hienden por el medio una de las palmas gruesas, labran para afuera como un medio *canal* lo interior hasta la corteza o cáscara que es dura como hueso y en la tala echa a perder muchas hachas. Lo más interno es blando y cuando se labra para afuera, forma polvo; luego colocan las palmas labradas hacia arriba según su concavidad, una al lado de otra, por todo el techo como las tejas huecas, pero con las otras cubren por donde las dos palmas colocadas hacia arriba se tocan por el costado. Todas son firmemente clavadas por clavos de madera. Un techo semejante sabe poco de podredumbre, pero es triste mirarlo porque el techo entero tiene un aspecto tenebroso igual a un techo de tablillas viejo.

Aquí viene a mi memoria un suceso ameno y ridículo que ha ocurrido una vez entre un sacerdote muy inteligente de la venerable orden franciscana y una hermana de la orden tercera. Yo no sé si debo traerla aquí sin que acaso alguien se fastidiara por ello, pero creo sin embargo, que no estaré del todo mal si la cuento porque no perjudica a nadie. En el convento había un piadoso sacerdote anciano y muy dedicado a la salvación de las almas, que diariamente temprano atendía en el confesionario a los confesantes. Una mañana cuando él estaba sentado en el confesionario y por un largo tiempo no apareció ningún hijo de confesión, salió y se arrodilló al otro lado del confesionario a atender su devoción al Sacratísimo. Ínterin llegó una *terciaría* que no había apercibido al anciano al otro lado del confesionario, se arrodilló ante el confesionario en la creencia que su padre confesor estaba sentado adentro, comenzó a confesar y eso en voz algo elevada por creer estar completamente sola y porque la iglesia estaba completamente vacía. Ella refirió primero sus apariciones de *Jesús Nazareno*, ocurridas a ella durante el sueño las que todas entendió el anciano desde fuera del confesionario. En cuanto ella hubo comenzado a hablar de una aparición de *Jesús de Nazaret*, comenzó a hablar también el anciano sacerdote desde detrás del confesionario y dijo: —*¡Anda puerca! ¡Gehe du Sau!* Durante veinte años ya yo me he azotado bastante (salva venia) el trasero y no se me ha aparecido ni siquiera el *Cireneo*⁴⁰³ y a ti ¡puerca! ¡Ha de aparecer en una noche el mismo *Jesús Nazareno*! jeso es imposible, retírate puerca!

Al fin la persona confesante conoció que no le contestaba ningún padre confesor; salió del confesionario y vio al lado su padre confesor; por lo tanto quiso acercársele y ahí manifestarle sus apariciones pero el sacerdote no quiso escucharla y le dijo: —*¡Anda puerca! Ni el Cyrenaeo hasta ahora se ha dexado ver delante de mí ¿cómo a ti vendrá el Jesús Nazareno? ¡Gehe du Sau! weder der Cyrenaeus ist mir noch erschienen und zu dir soll gleich der Jesus Nazarenus kommen und dir erscheinen*⁴⁰⁴.

Abandonemos más bien la tierra y vayamos al agua. El río *Paraná* tiene además a sus orillas entre *Norte* y *Este* algo notable que son grandes piedras que están a sus orillas. La figura [de las piedras] es oval, de un largo de más de media vara gruesa y

Ridículo suceso de una beatona

403 / El personaje bíblico conocido en la pasión de Cristo.

404 / Ambas oraciones son fieles copias del original.

Piedras huecas a orillas del Paraná

alta algo más de un cuarto de vara y dos pulgadas. Por adentro (está) completamente hueca con una abertura redonda como en un pequeño barrilito. Yo mismo he poseído una vasija semejante dentro de la cual cabían bien seis buenas jarradas. La piedra es pardo negra, la vasija es también muy excelente para mantener fresca en ella durante el verano la bebida como si se la hubiera sacado de una fuente fresca. Además se encuentran también semejantes piedras que son redondas y grandes como pequeñas bombas; después que ya están maduras, revientan con un gran estampido de *cañón*, como yo mismo he oído reventar uno. Son también huecos pero adentro en su *convexidad*, se descubren innumerables piedrecitas del color que uno quiera. ¡Oh, cómo los joyeros de piedras [preciosas] *européos* aprovecharían éstas si ellos se encontraran en las costas del *Paraná*! Estas son las cosas extrañas que yo mismo he visto en la orilla del *Paraná*.

Navegación peligrosa sobre el Paraná a causa de los bancos de arena

Donde este río se denomina *Paraná*, no porta naves pero grandes *barcas* que cargan hasta mil *cent* (quintales), pero en la banda del *Oeste* no es tan profundo y capaz a aportar en todos los sitios una *barca* cargada, pues él tiene tal diversidad de bancos de arena que, al advenir las aguas, se cambian de continuo y se colocan en alguna otra parte. Él contiene muchas y largas islas que en generalidad [están] pobladas por árboles de álamos, entre las cuales pasan a raudales también grandes corrientes que asemejan grandes ríos. En el costado *Este*, está el *canal* por el cual navegan río abajo las *barcas* hacia el *Sud* o el *Sudoeste* pero sin embargo, éste tampoco es tan seguro por lo cual se realiza siempre la precaución que delante de la *barca* haga de guía un bote en el cual [hay] tres personas; a saber, dos reman y el tercero tira la sonda para averiguar qué profundidad tiene el río de poder portar la *barca* grande para que no embique en un banco de arena. Por lo común el indicador de ruta tiene en la mano una larga caña liviana con la cual averigua el fondo; en esta caña él tiene las señas de la profundidad que es precisa para la *barca* que él guía. Si él encuentra demasiado poca agua, da la señal para que los peones remeros cesen de remar y no adelanten con fuerza la *barca*; ínterin el bote busca mayor profundidad y llama mediante movimientos de mano la *barca*. En cuanto a los bancos de arena, especialmente cuando navegan embarcaciones chicas, no sería todavía tan peligroso aunque uno se quedara sentado sobre un banco de arena, pues ahí entran al agua los *indios* y empujan la *barca* hasta tanto llega otra vez a lo profundo, pero con grandes *barcas paracuarias* que están bien cargadas, es muy peligroso y [una *barca*] no puede ser sacada tan fácilmente de la arena. Sobre este río se conducen también desde los bosques *paracuarios* los más hermosos árboles de cedro y otras maderas útiles para la edificación en jangadas que ellos llaman *Ytapa* o *ytapayre*, de entre las cuales una jangada a veces vale cuatro mil y aun más pesos duros. Estas se conducen bajo peligro porque a veces entran al agua en profundidad de dos hasta cinco brazas, cuando ellas embican en un banco de arena, ya no hay remedio y deben quedar allí, varadas en el río hasta que la fuerza del agua las deshace del todo, y que los postes flotan a las costas o a otras corrientes que desde el *Paraná* penetran a la tierra firme, o también son echadas contra las islas del *Paraná*. En esta seguridad he hecho muchos viajes desde mi *reducción* con mis pequeñas

barcas para dentro del *Paraná*, y siempre he vuelto con buen botín en cedros y otros postes. Generalmente viajaba río arriba en la orilla del *Oeste* donde yo encontraba una cantidad de islas, recorría éstas con mis *indios* y hallaba en las orillas *barcas* destrozadas, tres *canoas* o botes, diversos postes, en un lugar más de un *Cent* [quintal] de cera amarilla; ésta estaba bastante cubierta de arena; yo creí que era una gran piedra redonda, pero cuando empecé a rascar sobre ella descubrí que era cera. En una ocasión parecida, yo junto con mi compañero *indio* casi hubiera sido presa de una tigre. Ambos habíamos desembarcado, dejamos seguir navegando nuestra *barca*, mientras nosotros marchábamos de a pie arriba en la orilla de la selva, y observábamos todos los árboles y cañas gruesas. Sin saberlo hubiéramos ido en derechura a la tigre si el perro con su gruñido no nos hubiera advertido. El *indio* vio también pronto la tigre que estaba echada a veinte pasos de nosotros y tenía consigo dos tigres cachorros. Yo me asusté no poco, pues no teníamos armas con nosotros; no debimos correr, sino el animal hubiera saltado contra nosotros, pues cuando él nota que uno tiene miedo, acomete más pronto contra uno. Nosotros nos retiramos poco a poco y llamamos a nuestros camaradas para afuera de la *barca*, los que desembarcaron prestamente y saltaron con sus lanzas a la orilla, pero por el ruido de los remos y de las gentes, el animal se asustó y corrió con sus dos cachorros para dentro de la profundidad del bosque.

A causa de los tigres

Un ulterior peligro existe también en este río por los árboles que el agua arranca en la orilla y lleva al medio del río donde quedan encajados en los bancos de arena y mantienen los muñones de las raíces por sobre el agua hacia arriba o también escondidos debajo del agua. Ahora si una *barca* cruzó por encima semejante raigambre, puede recibir un gran daño y naufragar. En frecuentes ocasiones se me ha ocurrido que mi *barca* ha quedado prendida en tales muñones, por lo cual he debido pasar por muchos sustos. Nosotros trabajábamos a veces por varias horas para bajar nuestra embarcación de semejantes muñones, pero se podía remediar cuando el agua no era profunda. Una vez hubo peligro, pues el agua tenía una profundidad de dos hombres⁴⁰⁵ y la *barca* estaba prendida en una raigambre o trozo abajo, cabalmente en el centro, el viento y las olas se enfurecían fuertemente; la *barca* se movía y era empujada en círculo, pero no pudimos salir del sitio; el trozo habría atravesado por completo a lo largo mi embarcación. Lo bueno fue que yo tenía aún otra *barca* conmigo; hice acercarla al costado, bien cerca de la *barca* accidentada de la que todos pasamos a la otra embarcación y usamos de toda la fuerza para salvar [la primera] pero fue en vano, porque la punta del trozo ya había penetrado demasiado en el fondo. Al fin hice lo que había visto en el mar de como se acostumbra elevar las *barcas* desde el mar al buque grande. Hice atar arriba en el mástil una ruedilla fuerte, pasé por ahí un cabo fuerte, hice prender bien con éste la *barca*, [y] nosotros, en la otra *barca*, tiramos con toda fuerza y levantamos la embarcación detenida por tanto tiempo, hasta que se desvió del trozo y comenzó a flotar.

A causa de raíces de árboles

405 / Entre los germanos de aquellos siglos la medida basada sobre la estatura de un hombre es muy corriente, pero a la traducción no le ha sido posible hallar en documento alguno su justa extensión.

Bellas presentaciones en las islas en el Paraná

Por semejantes peligros nadie puede navegar de noche por el *Paraná*, por lo cual todos desembarcan al tiempo de anochecer y suben a la orilla. Pero es siempre más aconsejable y seguro que uno desembarque en una isla, pues en la costa es peligroso a causa de no saberse si no se levantaría un ventarrón que allá se llama *pampero*, pues en tales circunstancias este río es muy furioso y ha tragado ya innumerables *barcas* y gentes; en una ocasión tragó a un obispo junto con todo su haber y bienes y todos sus sirvientes, que se trasladaba desde su obispado de la ciudad *Paraguay* o de *la Assumption* al obispado de *Buenos Aires*.

Las islas de este río están pobladas en la mayor parte por sauces y álamos que también tienen altura de diez y seis varas, pero no se puede describir lo bastante cuán agradable aspecto tienen las islas con sus altos árboles. Apenas se pasa por delante de una isla hermosa, ya se muestran de nuevo a lo largo otras islas que hacen agradables presentaciones. Además se ve mucha caza montesa en las islas mencionadas: de pronto se ven lobos marinos, de pronto una cantidad de puercos marinos [carpinchos], que en parte, yo mataba a tiros en la orilla desde una *barca*; de pronto los *indios* saltaban al agua con sus lanzas, nadaban hasta las islas y mataban puercos marinos y lobos marinos; de pronto veíamos una cantidad de ciervos que cruzaban desde una isla a la otra. Diariamente veíamos los tigres correr por las islas y cazar: a veces estaban parados en la orilla y cazaban peces. A nadie puede parecer largo el tiempo en semejante navegación.

Un misionero es herido

Yo vi al costado *Oeste* un lindo bosque alto de puras palmeras que, según me informó el *misionero* de ahí, tenía a lo largo doce leguas españolas, pero como mi propósito aún no era de buscar palmas sino postes para la construcción de la iglesia, entré navegando por el lado *Oeste* en el *Río Negro*, donde no distaba mucho la *reducción* del Santo *Fernandi*; los indios eran llamados *jaucanigas*, son muy parecidos a los *abipones* en el idioma; también se les conceptúa tales, pero ellos quieren ser una *nación* diferente. En esta *reducción* había un *misionero* alemán de la *provincia* bohemía, que había padecido muchísimo entre esta gente asesina; aunque según su ánimo era aún un hombre sano, había llegado a ser, según su cuerpo, también un medio mártir, pues en una ocasión por el mínimo motivo, no dado sino tomado, fue pegado por un *indio* atrevido con un garrote en la cabeza de modo que cayó desvanecido al suelo, pero en cuatro meses hubo sanado de la herida⁴⁰⁶. Yo bien puedo contar también algo de este suceso. El padre de este *indio* había perecido cuando había marchado a la guerra contra los españoles; el hijo atrevido que ha dado el golpe al *misionero*, quiso también probar su valentía con sus camaradas, y determinó a marchar ora contra los españoles ora contra los *guaraníes* en las antiguas *misiones*, [y] a entretenerse con asesinatos; él era todavía un pagano, pero ya domiciliado en la *reducción*. Su *misionero* tuvo noticia de su propósito [y] trató buenamente de hacerle desistir; él le recordaba la infeliz muerte de su padre que había perecido en esas mismas ocasiones, que por lo tanto se cuidara para que Dios no le castigara y dejara sucumbir de igual modo. Por

406 / Es el P. José Klein. Dobrizhoffer confirma el relato (tomo II, cap. XLV).

esta causa el *indio* quedó exacerbado contra el *misionero*, buscó por mucho tiempo la oportunidad hasta que lo encontró en su choza con otros *indios*, donde, con un grueso garrote, le aplicó desde atrás un golpe tan fuerte que cayó a tierra en seguida y quedó tendido como muerto. El *indio* saltó en seguida fuera de la choza y se escondió, pero Dios lo ha encontrado pronto, pues, como yo he sabido, a las pocas semanas después por los intestinos lo ha atacado un gran retorcijón y él ha fallecido sin bautismo, en una muerte dolorosa.

A unos mil pasos de distancia de esta *reducción*, pisé tierra con todos mis *indios*; yo tenía en mi *barca* dos tambores de buque, como también cinco fusiles con los cuales hice fuego por cinco veces, y al mismo tiempo mandé tocar los tambores en la creencia que los *indios* de la *reducción* acudirían, pero no pudimos divisar ninguno. Atravesamos el bosque y descubrimos un campo muy grande donde estaba la *reducción*. De nuevo hicimos ruido con tambores, pífanos y tiros, vimos los *indios* de la *reducción* jugando en el campo con garrotes que ellos llaman *nepun*: ellos debieron ver y oírnos también, pero nadie quiso venir hacia nosotros⁴⁰⁷. Al fin resolví escribir una carta y enviarla al *misionero* en la *reducción*. Yo envié uno de mis muchachos junto con un *indio* grande; cuando ellos se acercaron a la aldea, vieron que los jugadores en el campo se reunieron corriendo para ver los *mocovíes* recién llegados. Ellos los acompañaron hasta la choza del *misionero*, pero él no estaba en casa, sino únicamente su compañero el que en seguida me envió un caballo ensillado y me invitó a la *reducción*. Los *indios* de la aldea montaron a caballo en mayoría y marcharon presurosos hacia mis *barcas* a visitar mis *mocovíes*. Ellos trajeron también caballos para los principales de mis compañeros de viaje. Los *caciques* de la *reducción* invitaron mi *Domingo* hacia ellos y le atendieron en lo mejor. Hallamos que todo era contrario a la noticia que, al pasar por la *reducción* del Santo *Hieronymi*, habíamos recibido por los *indios* de ahí: ellos nos previnieron que no nos fiáramos de viajar a la *reducción* del Santo *Fernandi*, porque estos *indios* estuvieron muy exacerbados contra los *mocovíes*, a causa de la gran derrota que habían causado a sus padres y amigos, porque habían muerto a setenta y dos y habían cautivado cuarenta y seis niños; que también vivían algunos a quienes ellos en esta ocasión habrían cortado narices y orejas, pero nosotros recibimos de ellos gran amabilidad, sin que ellos hubieren recordado del descalabro infligido. Yo manifesté al *misionero* el motivo de mi llegada y le pedí que, durante el tiempo en que yo trabajara en el bosque, me ayudara con suficiente carne que yo le restituiría con agradecimiento. Por cierto que ellos no tenían ganado en esta banda del río, sino que la *estancia* donde tenían todo su ganado para alimentación de la *reducción*, estaba sita en la otra banda del río *Paraná* por causa de que los *indios*, cuando el ganado estaba cerca de su *reducción*, carneaban irreflexiblemente en cuando querían, cada uno a su antojo, de modo que, al corto tiempo, habrían muerto y devorado todo el ganado. Aunque el buen hombre, su *misionero*, estaba empeñado otra vez en reunir un buen rebaño de ganado de

Nos muestran de
cerca la *reducción* de
S. *Fernandi*

Se nos previno
contra los *abipones*

407 / Por lo visto, aún no había decaído el entusiasmo por el juego del *nepun* como deploraba el autor anteriormente.

Modo de pasar los
bueyes a través del
Paraná

algunos miles de cabezas, en parte por compra, en parte por limosna de las antiguas *misiones* de los *guaraníes* ellos no cejaron en repetir su antigua dispendiosa voracidad. Ellos devoraron tanto hasta que otra vez estuvo consumido este ganado ¡más! no perdonaron ni las pocas vacas lecheras que debían servir para el sustento de los *misioneros*. El pobre hombre —como fui informado— tuvo que mantenerse mediante su escopeta durante cuatro meses. Al fin, se dispuso, de que de ahí en adelante, él no pusiera jamás ganado alguno en la banda donde estaba la *reducción*. Con el consenso del *comandante* de la ciudad *de las Corrientes*, él recibió por el lado *Este* a través del río un lugar donde tener ahí mismo el ganado. La ciudad ayudó también para que el ganado para la carneada fuera buscado desde la *estancia*, en días correspondientes, y transportado a través del río. El río era demasiado ancho y el ganado no hubiera podido cruzar nadando por cuyo motivo se aprestaron dos grandes *canoas* o botes distantes entre sí, sobre las cuales se hallaban colocados y bien asegurados unos gruesos tirantes de modo que las puntas de los tirantes por ambos lados estaban sobre los botes, y entre ellos todo estaba libre para los bueyes. Los bueyes eran arreados a orillas del río al agua, entre las canoas, para debajo de los tirantes, donde eran prendidos con lazos por las astas, y atados debajo de los tirantes. Así viajaban los sentados en los botes y remaban a través del río. Cuando habían llegado a la otra banda, el ganado era desatado y saltaba para fuera del agua, pero para que el ganado no se extraviara para dentro de la selva, esperaban ya diez o doce *indios* de a caballo para arrear el ganado al pueblo.

Peligro ante los
tigres

Yo permanecí en el bosque hasta que habían pasado catorce días, y hasta que pude llevar conmigo bastantes árboles. Pero en este tiempo estuve otra vez en dos ocasiones en peligro de caer en las garras de los tigres, la primera vez cuando al anochecer caminaba desde el bosque hacia la ribera del río, donde teníamos nuestra parada y en todo tiempo nuestro campamento nocturno. Los *indios* ya se me habían adelantado; yo a solas con mi perro que me seguía siempre, era el último. En el camino el perro encontró la huella de un tigre, corrió apenas veinte pasos hacia el costado para dentro del bosque, cuando ya estuvo entre las garras del tigre, pero se le escapó y me siguió completamente arañado en el lomo y tenía un mordiscón arriba en el lomo. Creíamos que el perro no salvaría su vida, pero sin embargo, volvió a sanar a causa del buen cuidado de los *indios* que querían al perro. En la segunda ocasión habíamos carneado tras el trabajo cumplido un buey cuyas cuatro postas colocamos juntas y las cubrimos con cueros crudos secos, para mayor seguridad, para que acaso un tigre durante la noche no quisiera llevarse un almuerzo. Nos acostamos en derredor, hincando cada uno su lanza a los pies y dormimos. A la mañana, alrededor de las tres, un tigre grande penetró entre nosotros desde el bosque, echó a un lado los cueros y agarró un cuarto posterior entero [y] lo llevó al bosque, como un gato un ratón. Nosotros vimos el tigre, pero ningún *indio* osó asir la lanza porque sólo moverse era peligroso, si no el tigre hubiera saltado contra él. Es cierto que a la mañana nos ocupamos en averiguar para dónde él habría seguido viaje, pero él fue descubierto ya demasiado lejos. Tras esto se nos contó también por los *indios* de la *reducción* del santo *Ferdinandi*, que unos días

antes un tigre había entrado hasta al pueblo, en una choza *india*, donde estuvo sentada una *india* vieja y tenía a su lado un perro, al cual el tigre había sacado del lado de la vieja y llevado.

Después que hubimos reunido nuestra madera, crucé para enfrente a la ciudad de *Corrientes* y visité los *jesuitas in Collegio*, donde encontré al párroco de la *reducción* del Santo *Ferdinandi* preparándose para navegar a través hacia mí; pero él quedó conmigo durante el almuerzo *in Collegio*, después del cual navegamos juntos hacia nuestras gentes y eso a través del *Río Negro* hasta cerca de su *reducción*, donde permanecí durante la noche y el otro día, hasta el almuerzo; luego tras mediodía, navegué otra vez hacia mi gente. Nosotros ya habíamos transportado la mayor parte de la madera desde el bosque a la orilla; ahí empecé a trabajar un *Itapa* o una gran jangada. Primero formé la carnada para asegurar en ella los postes restantes. En el ínterin vino hacia mí desde su *reducción*, el *P. misionero* para cruzar el *Paraná* y viajar a su *estancia*, para elegir allá para su pueblo el necesario ganado de carneada. Esto fue para mí una oportunidad hallada, sino hubiera tenido que abandonar muchos postes. Después que ambos nos hubimos despedido, él me dejó y viajó en nombre de Dios hacia la ciudad de *Corrientes* que estaba situada cabalmente en la otra banda del río. Pero le pedí primero que me vendiera dos canoas o botes de las que tenía cuatro echadas ahí; yo se las pagaría en debida forma, más la respuesta fue negativa. —Bien —dije yo— si no las obtengo contra un pago, las tomo de balde.

El *misionero* estuvo apenas en el medio del río cuando yo comencé ya a mover sus botes. Había allí cuatro de ellos; uno completamente nuevo pero corto, con grandes rasgaduras alternadas; los otros tres tenían grandes aberturas donde tuve que colocar grandes piezas [de remiendo]. Era una justa seña de que estos botes ya no habían sido usados durante algunos años y habían sido abandonados a la podredumbre. Yo no omití trabajo, compuse todos los cuatro en forma que pudieran servir útilmente en el agua. Dejé en su lugar las dos mejores; eché al agua las otras dos y construí una balsa; así se llama la embarcación sobre el agua que se construye mediante botes con tablas atravesadas. Mientras los *indios* trabajaban en ella, subí a una de mis barcas y navegué a través del río al *Collegium* de la ciudad de *Corrientes*. Llevé conmigo una manta de género *escocés* azul que me costó dieciocho *pesos* o *harte Thaler*, saludé al *P. Rector* del *Collegij* que de por sí quedaba establecido como *Procurator* de esta *reducción*, y le hice la exposición acerca de estas dos *canoas*, de cómo yo las precisaba por necesidad, pero que el *misionero* no quiso hacérmelas entregar aún contra previo pago. El *P. Rector* decidió en seguida de que yo sin titubear tomara las dos *canoas* siguiera viaje con ellas. Mas yo no las quise de balde sino que le di la manta de género *escocés* para pago de las canoas, las que no valían la cuarta parte. No demoré mucho y regresé; entonces el trabajo se realizó aún mucho más para que mi querido camarada el *misionero* no me hallara a su viaje de vuelta y quisiera quitarme de nuevo los botes. Como este *puerto* debía semejar a un ancladero, donde se acostumbraba tocar tierra y zarpar desde la *reducción*, extrañé que ahí no podía verse alguna cruz, ya que él era un ancladero de

Substraigo a un
misionero dos canoas

Mi jangada de
palos naufraga en
el Paraná

Recupero los más

una *reducción* cristiana. Enseguida mandé algunos *indios* a abatir un bello árbol de madera *cetrina*, construí una alta cruz, grabé en el travesaño la siguiente escritura: *Ecce signum Crucis, fugite partes adversae*. Llené las letras con sebo ennegrecido y cera y la coloqué a orilla del río, de modo que cualquiera en la ciudad de *Corrientes* podía verla. Luego me apresuré a tener todo listo para acelerar la partida. Yo había comprado también en la ciudad un gran lío de cañas de azúcar que estaba colocado en la *balsa* por sobre los maderos; se cargaba un poste tras otro, pero cuando se levantó un árbol que por su peso demandaba muchos ayudantes, se reunieron para ayudar, todos a un costado, por lo cual el otro costado de la *balsa* resultó demasiado liviano y escaso [de peso]; se dio vuelta por completo y volcó al río todos los postes cargados y los *indios* parados sobre ellos. Hubo un manifiesto peligro de que algunos hubieran quedado muertos, otros hubieran sido retirados del río con piernas y brazos rotos, pero felizmente Dios los ha protegido a todos; uno después del otro salió riéndose para fuera del río. Ahora sólo se trataba de los postes que, frescos y aún verdes, habían caído al fondo como plomo, pero también a éstos los saqué del río sin haber perdido más de tres postes pues los *indios* en seguida estuvieron listos con sus lazos, se tiraron con ellos al agua, llegaron hasta el fondo, prendieron la madera con el lazo, subieron con él y la tiraron hacia arriba. Ya estaba parada la cruz, los maderos estaban cargados otra vez, menos unos pocos, y los botes preparados para despegar de la orilla, cuando recibí desde el *Collegio* por el *P. Rector* la noticia que el párroco ya había regresado desde su *estancia* al *Collegium* y había preguntado si yo estaba todavía en el mismo sitio con mis *indios*; que me alejara pronto, pues el *misionero* tenía la intención de encontrarme aun en el día siguiente. Ante este mensaje hice todos los preparativos para iniciar la marcha temprano, antes de la salida del sol, como también ocurrió tan apresuradamente que, aun si el *misionero* ya hubiere zarpado desde la otra banda hacia mí, no me hubiera alcanzado sin embargo, porque yo ya navegaba río arriba. Pero la cartas que él me ha escrito más tarde, hubiera valido la pena de copiarla para mi eterna memoria.

Yo he leído sobre esto durante un buen tiempo, lo mismo que todos los demás y con ellos nuestro *P. Provincial* al cual he descrito prolijamente mi obra artificiosa y [la que] ha sido estimada por todos como muy bien hecha. Ese mismo *misionero* me visitó un año después, pero no hubo idea alguna de hacerme una mención de esta acción; todo era amistad. Él conducía algunos cientos de palmas a *Buenos Aires*, necesitó doce bueyes y también caballos para proseguir su viaje; todo encontró a mi lado. Yo le regalé un caballo de silla guapo [y] le presté doce bueyes que él, a su regreso, me restituyó debidamente. ¿Pero quién fue este *Pater*? quiero confesarlo ya. Fue el *P. José Klein*, nativo de *Glatz*, actualmente vive en *Crumau* en Bohemia; ¡Dios le proporcione un buen día!⁴⁰⁸

Ulteriores peligros
con mi madera

En la ruta tuve muchos choques con mi madera, algunas veces quedaba pegado contra las raíces de árboles, luego el *Ytapa* o jangada se abría por un costado; por lo tanto yo tenía que tocar en tierra, descargar, hacer de nuevo el asiento para las maderas y cargar otra vez. Pasamos a lo largo de una isla donde encontré como perdida

408 / *Glatz* es ciudad en Silesia.

una jangada entera de puras cañas gruesas, de un largo⁴⁰⁹ de doce a quince varas; me acerqué con mi *barca* y cargué en mi esquife y jangada cuantas pude, pero elegí las mejores. En el camino desembarqué frecuentemente en la orilla y hallé diversas clases de cañas, en parte huecas, en parte completamente llenas, como también otras bellas clases; algunas estaban como si se les hubiera pasado un barniz mezclado [con pintura] negra y amarilla obscura como mármol, gruesas como un dedo y por lo común servían de bastones a los *misioneros*. La clase de cañas grandes se llama *Naadeganga* por mis *indios*, porque se las emplea como picanas para los bueyes de carreta, por otros *Tacuara* (*Guadua angustifolia*).

Por el río más abajo hallé alrededor de once ejemplares de árboles de cedros, un bote debajo de la arena, y otro grande que yo pude usar con velas. Este bote se denomina *garandumba* por los españoles, sus juntas estaban abiertas y por esto y por no haber timón, no era posible traerlo con nosotros, pero el celo de llevar esta *garandumba* cargada a la reducción, no me dejaba tranquilo. Yo tuve que detenerme ahí y ocuparme por unos días con el calafateo. Las aberturas en esta embarcación eran todas de la anchura de un dedo; yo no tenía tampoco suficientes materiales conmigo, aunque no faltaban herramientas. Por lo tanto tuve que remediar lo que podía remediar. Mis muchachos tuvieron que cubrirse por un tiempo con sus tapetes a manera *india*; sus camisas y ropa interior, hasta mis pañuelos, toallas y cuanto yo podía tener de menos en lienzo, fue preciso emplear para tapar. Yo lo compuse de modo que pude cargarlo en el interior, y en el exterior (y) colgar también por ambos costados muchos madejos. Como éstos se aseguraron directamente sobre el agua, pude de nuevo colocar algunos cientos de cañas sobre ellos. Luego navegué muy feliz y rápidamente río abajo por el *Paraná*, hasta mi *reducción*. De nuevo yo había hecho pues mi obra maestra también en construcción de naves. Esta embarcación la arreglé ulteriormente tan bien que me ha servido hasta mi partida de *Las Indias*.

Además se halla en este río un animal muy peligroso que vive sólo en ciertos lugares y es muy perjudicial a las gentes como al ganado. Los *guaraníes* lo llaman *Jaguar* [a la alemana *Yaguar*], los *mocovíes* *ladoco love*, esto denota: de largos dientes; pero no es tan peligroso por sus dientes que por sus garras. En realidad yo no he visto tal animal pero los *indios* me han dado noticia de él. En cuanto un hombre o un animal penetra al agua donde él para, desaparece en seguida, sólo se ve subir por el agua tripas y entrañas. Él tiene tan agudas y largas uñas, que desgarrar con gran rapidez los animales y las gentes. Él cava grandes cuevas en la orilla para dentro de la tierra [y] espía a los viajeros; en cuanto nota que los viajeros descansan sobre su cueva, trabaja hacia arriba, de modo que la tierra se derrumba, y hace su presa. Así me ha sido referido⁴¹⁰.

409 / Este término de medida queda implícitamente incluido en el adjetivo *ellige* (perteneciente a vara) sin conexión con el *dicke* (gruesas) antecedente.

410 / Dobrizhoffer, en el texto del tomo I, lo describe también como *tigris aquatilis* de un tamaño mayor al de un mastín, y confirma así lo relatado por Paucke, pero confiesa igualmente no haberlo visto jamás. Se trata, pues, de otro de los monstruos inventados por la fantasía indígena y castellana.

El pez *Pexe Rey*,
di *Peche Rey* [a la
alemana]

El pez *Pacu*, en
lengua *mocoví*
Docup

Dorado, en *mocoví*
Aciasnac

Además he visto en este río diversas clases de peces que todos son buenos por excelencia para consumirlos, especialmente el *Pexe Rey*, un verdadero pez regio, que no se encuentra durante todo el año en este río, sino que suele venir en cierta estación, generalmente en los meses de *juni*, *juli* y *augusti*. Ellos vienen en cardúmenes y son pescados únicamente con el anzuelo. Su sabor es agradable y distinguido; son tan largos pero no tan anchos como una carpa; desde afuera tienen un aspecto como si fueren diáfanos. Las escamas como también las aletas, son blancas: a ambos lados por el medio tienen desde la cabeza hasta la cola dos rayas azul claras como venas. Se secan fácilmente, también se conservan y transportan ressecados. Cuando yo lo comía ressecado, aunque no estuviere muy aguado, podía notar apenas si yo comía un pescado fresco o ressecado. Este pez regio merece ser servido en una mesa regia⁴¹¹.

La ponderación de sabrosidades merecen también los que son llamados *Pacu* [pero] que los *indios* llaman *Docup*⁴¹²; éstos son formados chatos como una plancha para ropa, pero más largos, más anchos, y no lisos sino bien de cuerpo [redondeado], de cabeza muy chica e igualmente los ojos; las escamas en el color de una carpa; en el peso es el más grande que yo he visto; para no decir mucho [es] de cuatro a veinticinco libras. Comúnmente [es] un pez gordo y muy sabroso. También se le seca al sol; pero mejor a la sombra, para que no se vuelva rancio, pues bajo el sol, la gordura gotea de él como aceite. Por sus grasas tiene un sabor agradable como un salmón fresco, pero la carne es algo más compacta.

Aun otro pescado es grueso como un salmón pero otro tanto de largo. Se le llama *Dorado* o *vergoldten Fisch*; los *indios* lo llaman *Aciasnac*, no sin motivo, pues sus escamas son completamente como si estuvieren cubiertas con oro pálido. Yo he visto varios que tenían una vara y media y aun dos de largo. Dicen los españoles que la cabeza es lo mejor, y en la ciudad de *Córdoba*, donde estos peces son muy raros, se paga también por una cabeza de este *dorado* un peso duro. La carne es granulenta y agradable de comer; especialmente la lengua es un buen bocado de regalo. Ella es bastante grande y sumamente gorda, lo que es agradable al comerla. Estos peces son mejores que el *Pacu* para secar al sol porque no son tan gordos. También en el mar he visto *dorados*, yo mismo he pescado también uno con el anzuelo; éstos tienen escamas azuladas y por todo [el cuerpo] bellas manchas coloradas, como las truchas en nuestros países.

Item péscanse en este *Paraná* peces lisos de un largo de dos a tres varas con manchas negras a los costados y en el lomo, la cabeza es ancha, larga y achatada, a modo de un gran sollo, pero mucho más grande; la longitud de la cabeza pasa algo de una media vara, la carne es muy blanda, pero de un buen sabor. Los españoles lo llaman *Churubí* (pronuncie jurubí) pero los *mocovíes* *achibcaic* [pronuncie ajibcaic]⁴¹³.

Hay en este río otros peces completamente lisos, que en largor son de una media

411 / Ni Paucke ni Dobrizhoffer han dado el nombre de este pez en idioma guaraní ni mocoví, pero el segundo lo denomina *Lalagraic* en abipón (*op. cit.*, tomo I, bajo peces).

412 / Según Dobrizhoffer, *pyrayu* en guaraní y *kenegelraik* en abipón.

413 / Dobrizhoffer lo denomina *Etapranak* en abipón.

vara, que los españoles llaman *vagres* [bagres]. Si bien ambos se semejan en apariencia, no tienen una carne de igual color; pues los primeros, después de hervidos, tienen carne completamente blanca, los otros completamente amarilla. Hay que asirlos con cuidado, pues en el lomo tienen una púa que no se ve, con ésta hieren y la herida es difícil de sanar. A su vez a otro pez de igual conformación pero de medida más larga llaman ellos *Pati*; los españoles estiman más a éste que a los dichos dos peces⁴¹⁴.

El pez *Surubí*

Además hay también otros que los españoles llaman *Palometa*, los *mocovíes na-agueanga*⁴¹⁵. Su figura es igual a las planchas de ropa, corta y muy ancha; tienen una dentadura muy aguda. Los niños deben cuidar de no jugar en el agua, sino les arrancan con un mordiscón en un momento el dedo; también aquellos que se bañan, están en peligro que les arranquen de un mordisco un pedazo de carne del cuerpo.

Palometa

En este río viven en gran cantidad puercos marinos [carpinchos], lobos marinos y *cocodrilos* [yacaré]. Durante el año el *Paraná* sale de su cauce generalmente tres veces; la mayor inundación ocurre en tiempo del mes de agosto, y el agua penetra por el costado del *Oeste* a nuestro valle en tanta altura que de los bosques que hay en la orilla en derredor y también en las islas sitas junto a él se ven sólo una que otra vez algunas puntas de los árboles por sobre el agua. Durante esta altura del río tenemos en la banda nuestra toda la caza montesa y sabandija, que por la mucha agua huye a nuestro valle. Algunos nos sirven para provecho porque tenemos para cazar y comer bastante caza montesa, pero otros, especialmente la abundancia de tigres y leopardos, nos acarrearán un gran daño entre el ganado astudo, caballos y ovejas. A mediados de *septiembre* se realiza el descenso de la inundación. Más abajo, hacia *Buenos Aires* donde el *Paraná* ya se llama *Río de la Plata*, al lado de la fortaleza *Montevideo*, se pescan también otros peces que se parecen a los salmones y se llaman *curubinas* [corvinas], su carne tiene un sabor excelente y es muy apreciada⁴¹⁶.

Inundación del *Paraná*

Como ya he hablado del río más grande en el *Paraguay* que es el *Río de la Plata*, debo informar también sobre otros ríos que en parte salen de este río, en parte penetran en él, son también importantes y [de los cuales] algunos llevan agua dulce, otros agua salada. Abajo al lado de *Buenos Aires* se halla el *Río Negro*, es diferente de aquel que, al lado de la ciudad de *Corrientes*, desemboca al *Paraná*, no lejos de la *reducción*. Más arriba hay otra vez un río grande y ancho y se llama *Uruguay*, a cuyas orillas hay siete reducciones de *guaraníes*, a saber aquellas que debían ser entregadas a los *portugueses* por⁴¹⁷ la *Colonia SS. Sacramenti*. Aún más arriba, entre la ciudad de *Buenos Aires* y *Santa Fe*, desembocan en el *Paraná* los siguientes ríos: *Río de las Conchas*, *Arrecifes*, *Río*

De otros ríos de la región *Paracuaria*

414 / Dobrizhoffer iguala el *patí* al *surubí* y al *bagre*. A éste le da el nombre *guaraní Nundia* y en *abipón* *Ypik* o *Yhelonaye*.

415 / Dobrizhoffer lo llama en *abipón* *Rakik* y lo describe más detenidamente. Es extraño que Paucke no informe sobre su carne mientras Dobrizhoffer escribe haberlo comido en abundancia.

416 / Coinciden Paucke y Dobrizhoffer en estos datos.

417 / *Por*, aquí esta preposición denota «en trueque de».

de Areco, Río de Luxan, Río Pavón, Río de Montiel, Río Seco, Río del Medio, Río Segundo, Caracaranial, el Salado que los *mocovíes* llaman *Inniati*. Y de inmediato ante la ciudad de Santa Fe, corren después de éstos: Río Colastiné, Río de los Calchines, Río de los Algarrobos, de los Dorados, de las Barrancas, junto con varios otros ríos chicos. Al lado de la ciudad de Corrientes: el *Paraná mini o der kleine Paraná*, Río del Paraguay, luego siguen dos ríos más grandes y más importantes: Río Vermejo, llamado así, porque lleva agua colorada, y Río Pilcomayo. Las orillas de estos ríos, en ambas bandas están pobladas por muchos paganos aún desconocidos.

De lagos y lagunas
mayores

Por el lado Oeste en el país hay bastantes ríos cuyos nombres sería demasiado largo poner aquí. En este costado se encuentran también muchos lagos y grandes lagunas extensas, especialmente entre Santa Fe y la ex *mía reducción* del Santo Xaveri, cuyas más importantes en esta región son como sigue: Laguna blanca, Laguna de los Ríos y Laguna de Paiva, no lejos de la ciudad de Santa Fe. Por el costado Oeste se hallan también muchos ríos chicos, lagunas y charcas; los ríos se llaman *saladillos* porque llevan agua completamente salada, justamente esta carencia de agua dulce origina a los viajeros la mayor penuria, y ellos deben llevar consigo en grandes vasijas el agua. Los animales pueden aún beber mucha agua salada, pero cuando ésta es demasiado fuerte, les hace daño y ellos no apetecen de beberla en modo alguno, aun cuando tuvieren que padecer la mayor sed.

Del pez esponja
[raya]

En los ríos vecinos del *Paraná* se encuentra también una clase de otros peces que por los españoles son llamados *rayas*, por los *mocovíes* *Dopocnic*, pero en alemán *Schwammfisch* [pez esponja]⁴¹⁸. Los más grandes son como una gran mesa redonda, su carne se asemeja más a una grasa pura que a una carne. Él es un *círculo* completo, tiene una colita de un dedo de largo, tanto de grasas como abajo de un hueso, por ambos lados recortado como un serrucho. Esta colita es muy puntiaguda y sirve a los *indios* en lugar de la *lanceta* para sangrarse ellos mismos. Si alguien es herido en algunos sitios por el pez mediante esta colita, debe morir⁴¹⁹, en otros conserva la seña sin medio de borrarla. Con este mismo *instrumento* los *indios* se perforan jactanciosos la lengua, de un lado al otro, se untan con sangre el cuerpo y creen que ninguna bala ni espada pueden causarles daño; pican con él también el pecho y ambos brazos de lo cual pueden verse las cicatrices en cada *indio*. También tienen otro uso de su sangre, que ellos escupen desde la lengua y semejantes heridas o desde la boca en una fuente; o él la bebe él mismo o da a beber a sus mejores camaradas; ninguno se rehúsa de beberla y [esto] ocurre sólo por jactancia de mostrarse valiente. También se queman verdaderos agujeros en la mano o en cualquier otra parte, con un tizón o un clavo enrojecido; hasta los mismos muchachos de diez y más años [lo hacen] sin demostrar un dolor. Un *indio* salvaje, ya hombre viejo, me visitó a la hora de la mesa, colocó su brazo sobre mi hombro, me miró a la cara y hasta en la boca. Yo le pregunté si él aún no había visto a uno comer. Suficientes —dijo él— pero tengo placer en verte comer.

Lanceta india para
sangría

Un indio se perfora
la lengua

418 / Dobrizhoffer da su nombre español de *raya* y el abipón de *Eparanik*.

419 / Dobrizhoffer, ítem.

Luego asió mi ropa delante el pecho y me sacudió diciendo: —tú eres mi amigo y en lo futuro ambos juntos seremos amigos.

—Bien —dije yo—si yo te plazco, tú me places.

Él se colocó delante de mi mesita, tomó su aguijón y se perforó la lengua, no pudo retirar el aguijón porque a ambos lados de éste los dientes estaban dirigidos hacia abajo. Por lo tanto él arrancó con fuerza hacia un lado el *instrumento* y rajó su lengua. Cada cual puede imaginarse cómo yo quedé asombrado ante este acto *bárbaro*. Él se untó con esta sangre el vientre, el pecho y brazos sin demostrar un dolor, siguió hablando sin tartamudear y se comió aún un pedazo de bizcocho que yo le alcancé, y lo tragó junto con la sangre.

Este *Schwammfisch* [raya] es completamente liso arriba y nadie lo estimaría un pez sino una gran mesa redonda que fuera *convexa*. Arriba se ven únicamente dos pequeñísimos ojitos, tampoco se puede ver una cabeza. Él tiene abajo —pero muy especial de contemplar— la boca sobre la cual tiene una abertura torcida que indudablemente debe ser la nariz. Se le caza también con un anzuelo fuerte en un cordel de un dedo meñique de grueso, pero hay que sacarlo rápidamente para que él no gane tiempo de prenderse de la tierra o del fondo: si él se prende del fondo, puede atarse ya una yunta de bueyes para tirarlo fuera del agua; esto no ha de conseguirse de seguro, pues él contrae debajo de sí el aire de tal manera y se pega contra la tierra en todo el derredor de tal modo como una *máquina neumática*. Se me dijo que su carne o mejor dicho la *substancia* de sus grasas, sería una comida muy sabrosa; yo no la he probado jamás y no puedo dar un testimonio por experiencia.

A causa que en todos los ríos que deben ser cruzados en la tierra silvestre, no se encuentra bote alguno, débese cruzárseles siempre nadando. Pero a nosotros los *misioneros* esto no conviene porque desnudarse ante los *indios* es contra toda dignidad, aunque esto no les causaría el menor asombro; también hay pocos *misioneros* que sepan nadar. Ahí tenemos siempre un cuero seco doblado que los *indios* guardan pendientes del recado; si llegamos a un río que debe ser *pasado* a nado, se abre y se pliega el cuero en las cuatro esquinas, de modo que los cuatro costados de esta embarcación pasan por un buen jeme por sobre el agua; en el medio se ata una correíta que el *indio* toma con los dientes, se tira al agua y arrastra tras de sí al *misionero* dentro del cuero. Como yo creo ya habrá sido escrito de otras cruzadas sobre los ríos, por cuyo motivo no quiero ser explícito⁴²⁰.

Como la bebida [de agua] se encuentra tan escasa en el campo, la mucha agua salada que existe en la mayoría de los ríos y charcas es casi nunca clara y pura, porque los caballos cimarrones que van allí a beber, revuelven toda con sus patas delanteras y la empantanan. En innumerables ocasiones me ha ocurrido que de sed yo ya no podía remediarme de otro modo que poner un pañito por sobre el barro y sorber el agua por entre éste y los dientes. La causa de estar llenas de tanta agua salada las lagunas como también los ríos no está en que el mar no distara de mi *reducción* o del valle

La fuerza de la raya

Cómo se cruza por los ríos

La bebida debe ser tomada a través de un pañito

420 / Por no tener a mano el original, Paucke no indica la página correspondiente.

Manera de
obtener buena sal
de una hierba

Chaco, pues por el *Sud*, donde estaría más cerca, dista por más de cien leguas, pero hacia el *Oeste* muchos cientos de leguas, sino que en muchos lugares el terreno se halla muy mezclado con salitre y la superficie de la tierra está tan blanca como si estuviere espolvoreada con sal, igualmente también la orilla de los ríos salados. En tales parajes no crece hierba alguna sino únicamente un pasto salado que en lugar de las hojas tiene redondos choricitos [amentos] de una pulgada de largo, verdes y redondos. Los españoles lo llaman *Vidriera*⁴²¹ o *Glaskraut* [pasto de vidrio] por los mocovíes *ove*, esto es *Salzkraut* (pasto de sal). Yo también he sacado de ella mediante un hervor la sal, lo que se hace como sigue: por más fresca y verde que esté esta hierba, se la quema hasta ser ceniza por el fuego; esta ceniza [se coloca] dentro de un cuero de buey que está asegurado en cuatro palos en la tierra [y] se cuelga en modo de formar una bolsa. La ceniza se echa ahí dentro y sobre ella agua, por debajo se hace una pequeña abertura que se tapa no del todo con un manojito de paja, por donde la lejía cae por gotas en una vasija colocada debajo. Se toma una nueva [otra] olla, se vuelca en ella la lejía, y con ésta [se va] al fogón. Tras un hervir y revolver por seis o siete horas, la sal se pega en los costados de la olla. Tras esto se rompe la olla y se quita la sal. Lo mismo se hace con otro follaje que tiene hojas muy gruesas y redondas, [de] un gusto natural que el ganado astudo come también con agrado. Lo mismo ocurre también con el agua de mar. En realidad no hay falta de sal, de la cual se excavan láminas grandes, gruesas y blancas, pero es muy penoso llegar allá a causa de la carencia de agua dulce.

421 / *Spirotachys, Ritteriana Mo.* Crece en los terrenos salitrosos como el jume, la zampa y otras plantas indígenas. Adaro recomienda la extracción de sus sales alcalinas como una industria criolla (*op. cit.*, pág. 137 a 141), pero que se ha perdido.

CAPÍTULO II

De la calidad del terreno en el valle *Chaco*

Aunque este valle está en una hondonada [y] se halla copiosamente dotado⁴²² de muchas aguas y ríos y pantanos se encuentran sin embargo muchas colinas del terreno donde unas grandes abras de los más bellos campos, hacen entre los bosques una amena presentación. Fácilmente puede reconocerse que el suelo debe ser muy fértil a causa de la gran cantidad de bosques y de la hierba, que por sí solo basta para producir en corto tiempo una gordura en el ganado astudo, caballos y otra caza silvestre⁴²³. En la mayoría de los lugares, la tierra es negra y gorda, pero de una profundidad de tres cuartos de vara o de una [vara]. Debajo de la tierra buena y fértil se encuentra en alguna parte arena o una greda dura o seca que es muy poco fértil. Cuando esta tierra se labra por los *indios* con un arado de madera, el arado penetra apenas un cuarto de vara en la tierra: sin embargo, todo cuanto se siembra crece bien. Si estos arados cortaran para dentro de la tierra, al igual de los de hierro y la revolvieran como ocurre en nuestros países alemanes, se cosecharían frutos más copiosos.

El arado *indio* se fabrica de pura madera dura, ésta es de una fuerte rama de un árbol que tiene atrás una horcadura hacia arriba; luego hay una vara gruesa en lugar de timón, en cuya punta se labra un agujero cuadrado pero longitudinal. Finalmente el timón se ata mediante una soga gruesa contra la madera cortante [reja], luego [se ata] en la punta de la vara el yugo, y se uncen en él los bueyes. Atrás en el arado se mete un palo grueso [mancera] hacia arriba, mediante el cual el *indio* guía el arado. Él tiene en la mano izquierda una soga que es envuelta en derredor de la oreja del buey; a la vez tiene en la mano izquierda una larga caña delgada con la cual él picanea los bueyes. Junto a cada arado hay un hacha con la cual la punta del arado, cuando ya está gastada, puede ser arreglada otra vez. La estación para arar es *abril, mayo, junio y julio*. En cuanto a cereales se cultivan únicamente tres clases, a saber: de trigo dos clases: uno es barbudo para hacer panecillos el otro es también barbudo, pero no se usa para hacer harina sino que sólo se quiebra y sirve para cocer; por los españoles es llamado *Trigo de Chile, Waitzen aus Chile*; la tercera es cebada. En el mes *augusti* se siembra el trigo turco o *cucurus*, que se puede sembrar todos los meses hasta a enero, como yo lo he hecho también. Al mismo tiempo se siembran también los *chicharos* [guisantes] y otros redondos, que los españoles llaman *garbanzos*, una especie de grandes arvejas pero mucho más sanos que los que comemos en Alemania⁴²⁴.

Yo tuve siempre veinte hasta veinticinco yuntas de bueyes que eran dedicadas a la agricultura, y para que los bueyes demasiado viejos pudieran ser reemplazados por

Modo de hacer el arado para labrar

Estación de labranza

Lo que se cultiva

Los bueyes deben ser amansados

422 / *Untermenget*, i. e. entremezclado.

423 / Paucke equipara caballos y vacas cimarrones a la caza del monte.

424 / El garbanzo, llamado arveja española o *Kichererbse* en alemán, no obtuvo nunca gran aceptación en Alemania.

nuevos, había agregado siempre además una yunta de nuevos y jóvenes bueyes para que fueren amansados y acostumbrados al arado. No es tan fácil como en nuestros países, de poner el yugo a los nuevos bueyes; cuesta mucho esfuerzo y trabajo acostumbrar los bueyes al yugo, pues ellos saltan y se enfurecen al principio, como los animales menos domados que recién se traen desde los bosques. Así tuve también [trabajo] con los destinados para bueyes de tiro en los carros de carga. Las lanzas de carros de carga tienen un ancho de un cuarto de vara y un grueso de media [vara], como un grueso tablón de madera liviana; úncese contra él un buey nuevo (pero) si no se le atan todas las patas para que esté echado en el suelo y luego se le aten los cuernos en el yugo, el buey arrastrará seis hombres hacia donde él quiera, y, ya uncido, romperá el yugo⁴²⁵.

De qué se hacen
las rastras

Las rastras de campo son completamente diferentes a las de nuestros países [se hacen] de ramas de árboles que en *Paracuaria* casi todas tienen espinas de un largo de una a dos pulgadas. Estas se atan a lo ancho y se carga con grandes palos se arrastran por una yunta de bueyes por sobre la tierra de labranza, y [así la rastra] hace su oficio. Todos los años los arados usados se emplean para el fuego y cada año se hacen nuevos por lo cual antes de que se comience la labranza, los indios van al bosque y hacen una cantidad de ramas, en parte para arados, en parte para rastras.

No es necesario
abonar el campo
de cultivo

Ninguna tierra de labranzas es estercolada pues ¿de dónde se tomaría el estiércol? porque en todo el año ningún animal [se halla] en establo sino que paca y para día y noche en los campos y bosques. Lo mejor en *Indias* es esto que cada cual donde quiere establecerse, pueda sin el menor impedimento pescar en los lagos, talar leña en los bosques, cazar salvajina o lo que sea; él puede usar como él quiera praderas, campos y lo que sea útil para el cultivo y no debe temer que algo le sea vedado salvo que a un español le plazca ésa o aquélla situación. ¿Qué hace éste? Él solicita del *gouverneur* un terreno de un largo de una o dos leguas y abona algo al Rey, entonces el campo ya es de su propiedad, también es inscripto como comprado y por esto él obtiene el derecho que sobre este suelo ni en su cercanía puede establecerse ningún otro. Los españoles llaman esto: *pedir merced del Rey, den konig um Gnade bitten* o *Gnade begehren*. El lugar entero del campo donde antes había estado la *reducción S. Xaverij* en su primera fundación, había recibido por cincuenta *pesos* o *harte Thaler* y hecho hereditario a sus descendientes un español de *Santa Fe, don Pedro de Quiroga*. Todo el campo era de dos buenas leguas españolas que como ya he dicho hacen en conjunto tres cuartos de leguas alemanas, es decir una legua entera y una media alemana.

Ahora como de este modo la nueva *reducción* [tiene] cuatro leguas *a frente* y dos leguas *a fondo* o sean dos leguas hacia el *Este*, hacia el *Oeste* cuatro o también hacia el *Norte* o mediodía dos y hacia el otro lado cuatro leguas, hay campo suficiente hacia donde la labranza pueda mudarse a los dos o tres años cuando se nota que el terreno

425 / Por nuestra cabal experiencia podemos decir que el amansamiento de vacunos cerriles en el arado es de facilidad pero jamás hemos visto romperse un yugo, ya fuera de sauce colorado en el Litoral, ya de chañar en el *Oeste*.

ya se debilita. Antes de que uno vuelva al campo primero, éste ya ha descansado seis o nueve y aun doce años. Pero este campo debe ser mudado junto con los cercos con los cuales estaba rodeado, porque anda paciando tanto ganado astudo y caballos que en invierno y verano jamás se encierran en un establo sino que siempre recorren bosques y campos.

Ellos cortan el trigo y la cebada con hoces como en nuestros países. Cuando el día es hermoso, se ata en la tarde lo que ha sido cortado a la mañana tal cual yace en el suelo, se coloca en cueros vacunos que están liados en las cuatro puntas, se ata con un correón, se arrastra por veinte o más muchachos de a caballo hasta el lugar de la trilla, allí se suelta y se echa en un montón de modo que forman una alta parva grande, la que luego rodean en su derredor con gruesos postes y cercan. Aquellos que acarrear el trigo en los cueros no deben jamás apearse del caballo; cada uno tiene un muchacho diferente de a pie que le carga el trigo, y los *indios* que con horquillas están dentro del cerco, lo desatan y lo echan sobre la parva. En corto tiempo tienen tanto juntado que puede ser pisado. Luego se hacen entrar dentro del cerco unos cuarenta o más equinos, generalmente yeguas, con dos muchachos encabalgados; el cerco se cierra y los yeguarizos se arrear a azotes; ínterin poco a poco cae todo de la parva grande bajo los pies de los caballos hasta que todo lo que es paja, queda deshecho a pisotones y los granos han salido. Luego los caballos son de nuevo arreados para fuera del cerco y los indios entran con largas horquillas revuelven todo bien y juntan la paja más gruesa, la tiran afuera en derredor del cerco y hacen entrar de nuevo los caballos que de nuevo pisotean por un buen cuarto de hora tras lo cual todo se revuelve otra vez por unos *indios* y se tira para afuera la paja mas gruesa como antes. En muchas ocasiones si la paja no está bien seca es necesario pisotearla por tresveces.

Después que [el trigo] ha sido limpiado de las cáscaras pajizas más gruesas la restante se empuja por los *indios* adultos a otro cerco que está completamente unido por un costado al primero. Entretanto los muchachos jinetes con sus cueros cargados ya están listos ante la abertura del corral de trilla para hacer la otra parva. Mientras este corral se llena, otros *indios* están ocupados en el segundo corral en limpiar de todas las cáscaras pajizas lo trillado mediante echarlo al aire y limpiarlo a pala y prepararlo para embolsarlo; mientras tanto los yeguarizos ya han asolado de nuevo la parva; así se procede hasta el anochecer. Mientras se hace esto, hay a su vez otros *indios* que durante todo el día no tienen otra ocupación que hacer bolsas de cueros remojados de vaca o bueyes, otros que meten por celemines el trigo para dentro de los cueros, cuentan los celemines, pisonean fuertemente para entre las bolsas y cierran éstas cosiéndolas por arriba. Así va todo de una mano a la otra de manera que el trigo que en un día ha sido cortado, también se trilla, limpia, mide y se embolsa en este día. El motivo de este apuro está en el miedo que no caiga acaso al anochecer o durante la noche una lluvia, porque todo se realiza al cielo libre, por lo tanto se causaría un gran daño por el peligro de perder todo lo que ha sido trillado. Por lo tanto hay en *Las Indias* también el permiso que cuando se hace la corta, se puede atender a ella también en días dominicales y feriados.

Cómo los *indios* cortan el trigo, recogen y no lo trillan sino que lo sacan haciéndolo pisar por los caballos

Cómo ventean la cosecha

Las bolsas para este fin

Alimentación de los trabajadores durante la corta

Durante el tiempo de la corta los *indios* tienen suficiente carne y legumbres para comer, tienen sus propios cocineros, carros de carga que acarrearán de continuo agua en barriles, muchachos que ambulan con vasijas llenas de agua entre los cortadores y les dan de beber. Yo tenía hasta cuarenta cortadores que inmediatamente antes de romper el día tomaban con los otros su desayuno junto con todos los demás y trabajaban hasta las nueve. Luego ayudaban a otros en la trilla y otros trabajos hasta las diez. Hasta las dos comía el ganado y los *indios* almorzaban. Desde las dos a las tres los que querían que el sol les ayudara a digerir las comidas consumidas, estaban echados de espaldas.

Otras disposiciones en la corta

Yo había erigido hasta cuatro *barracas* en un buen largo y había cubierto todas con ramas de árboles. A la noche se les daba otra vez la cena, alrededor de las ocho o las nueve según lo exigía el tiempo el tomar *té* o la yerba *paracuaria* no cesaba durante el día y la noche. Había bastante tabaco para mascar y fumar como también sal, lo que todo se les repartía abundantemente. Esta cosecha se prolongaba a veces por catorce días; ellos quedaban conmigo sobre el campo de labranza día y noche; nadie pensaba [ir] a casa aunque la aldea no distaba mucho, más o menos dos mil pasos. Ellos no tuvieron una vida más alegre y divertida que durante la corta. A la noche cuando estaban echados al lado de sus fogones, algunos que generalmente eran de ánimo divertido, comenzaban a representar los cantos de los *indios* emborrachados, otros las mujeres *plañideras* ante los difuntos; hacían burlas de otros que tal vez tenían un modo especial de hablar o de pronunciación y tales cosas cómicas que yo no podía escuchar sin gran risa. Todo estaba tan bien organizado que una cosa movía a la otra y a la hora del trabajo nadie podía estar ocioso. Temprano cuando mis *indios* ya estaban metidos en pleno trabajo, cabalgaba yo a la aldea para leer la santa misa después de la cual regresaba hacia mi gente. Cuando un retazo de campo de labranza ya había sido cortado, venían otros niños desde la aldea y podían espigar el rastrojo para ellos, pero los muchachos bajo el *comando* de un *indio* anciano y respetable, las niñas con una *india* respetable en el otro campo. Al anochecer los niños volvían con sus superiores otra vez a la aldea. En total todo lo que había que hacerse, tenía sus obreros determinados y capataces; cuando uno comenzaba a trabajar, todos estaban en movimiento.

Gastos por la corta

Lo que se había gastado durante la corta, lo calculaba yo en un *cent* (quintal) de tabaco, dos *cent* de yerba o *té*, treinta y más bueyes que ellos —si mucho— habían consumido en catorce días. Terminada la corta yo les daba permiso de cazar con sus caciques caballos cimarrones en el campo por tantos días como ellos habían pasado durante la corta; ellos preferían esto a cualquier otro pago.

Manera de guardar el trigo

Adonde las bolsas están cosidas con correas, quedan muchas aberturas que esta costura de bolsas deja abiertas, por las cuales se meten muchos pequeños insectos voladores negros o gusanitos que los españoles denominan *gorgojo*, los *indios* *lapacata*, piojos de pan y comen el granito entero. Contra éstos toman estiércol fresco de vaca y untan espesamente todo por donde se cose la bolsa. Las bolsas con el trigo se colocan luego al sol y se secan. Como el trigo está apretujado estrechamente dentro de las bolsas la

bolsa llega a estar dura como una piedra y así las bolsas se guardan en la casa al aire debajo de un cobertizo.

Otra manera de guardar el trigo es la siguiente: se carnean seis u ocho toros, éstos se abren a lo largo por el lomo hasta la cabeza, el cuero se saca entero tan cuidadosamente sin una herida hasta a los pies de modo que las pezuñas quedan todas pegadas en él; luego se meten dentro de la tierra cuatro postes y en las puntas se les provee con fuertes travesaños de los cuales el cuero de toro se cuelga en medio de los cuatro postes. Cuando éste está ya algo seco así en el interior, se vuelca dentro el trigo y hay un [hombre] parado en este cuero que pisonea firmemente el trigo hasta que el [cuero] se haya llenado por completo. Luego se coloca otro cuero seco sobre la abertura y se asegura bien por arriba. Así cuelgan de los postes estos cueros llenos levantados en el mejor orden sobre el suelo y parece que hubiera puros bueyes en fila. Del mismo modo se guarda el trigo en campo abierto cerca de las casas; puede llover como quiera, toda el agua fluye lisamente hacia abajo; si en caso el cuero se humedece algo, vuelve a secar al sol en seguida y de nuevo se torna duro y firme. Esta es la mejor manera de ahorrar cueros y no gastar tantos cueros en fabricación de bolsas; lo mismo como se emplea para cada bolsa un cuero entero, se gasta tampoco en un buey llenado de este modo más de un cuero, pero en éste puede echarse tanto trigo que no cabría en otras cuatro bolsas. Hay más seguridad contra el robo que en nuestros países. El trigo puede estar así en el campo; está seguro aun entre los españoles, si bien éstos se hacen daño entre ellos en caballos o vacas pero apenas se ha oído [que lo hagan] en trigo, mucho menos ocurre entre *indios* que cometan entre ellos o contra ellos un robo pero contra sus enemigos de otras *naciones* lo hacen maestramente.

La tierra en este valle es también muy útil y buena de levantar muros para los edificios y se prepara del modo siguiente: en tiempo otoñal se cava mientras se encuentra la tierra buena, se tira en grandes montones más o menos de una vara de alto y se deja durante el invierno sobre el mismo sitio donde ha sido reunida, para que, mojada frecuentemente por las lluvias, comience como a podrirse [y] se usa en la primavera. Cuando se quiere levantar un muro, se hacen primero de tablas gruesas y cepilladas parejamente unas tablazonas largas y altas en una longitud de más o menos de cinco a seis varas pero en una altura de diez varas; éstas se clavan pareja y espesamente en el dorso sobre travesaños, de modo que en el interior las tablas son completamente lisas; en cada travesaño o crucero se ata una sogá larga con la cual se pueden elevar las tablas y ser tiradas más y más a lo alto, conforme el muro se eleva más. A espalda de estas tablas se colocan profundamente en tierra, tras cada crucero, unos postes de palmas gruesas y altas que están afirmados en contra y aseguran las tablas para que no cedan cuando se comienza con pisonear la tierra en el interior entre las tablas, y para que la pared sea levantada también derecha, se cortan en una longitud en cuanto la pared debe ser gruesa, unos palos iguales que deben servir adentro como separadores para que las tablas no se inclinen tampoco en el interior cuando las tablas arriba en las puntas se unen por sogas.

Otro modo

La tierra es buena
para construir muros

Modo de preparar la tierra para paredes

También hacen de rajas de cañas un enrejado [zaranda] tejido, echan tierra a través de él y la vuelcan adentro por entremedio de las tablas sólo en altura de un dedo parado, suben luego entre las tablas y pisan primero con los pies la tierra, luego con angostos pisonos de madera preparados al efecto, pisonean poco a poco tan firme hasta que esta primera carnada de tierra ya empieza a retumbar y la uña del dedo puede ser impresa [sólo] con dificultad. Después se vuelca adentro la segunda capa de tierra otra vez en la misma altura como antes; ésta se pisa y pisonea como antes; así se acostumbra hacer hasta que la tierra está pareja con las tablas. Si cada capa ha sido bien pisoneada, no queda más gruesa que un dedo. La tierra no debe estar demasiado seca ni demasiado mojada sino únicamente algo húmeda. Yo tenía hasta diez tablas iguales de fuertes maderos gruesos de las cuales colocaba cinco a cada lado; por lo tanto yo podía construir en una mañana con suficiente pisoneo un trecho de pared de una longitud y altura como tenían los maderos. Luego las tablas se tiraban hacia arriba aseguradas de nuevo abajo en la pared terminada, y se seguía como al principio. Las tablas abarcaban abajo un cuarto de vara de alto de la pared, contra la cual en parte se afirmaba por las palmas mediante cuñas hechas, arriba se colocaban otra vez los separadores para que la pared acaso no se ensanchara o angostara, y las palmas también se unían de nuevo por las sogas y en igual forma como al principio la tierra se echaba en altura de un dedo y se pisoneaba.

Modo de abrir las ventanas y puertas de esta construcción

Ahora hay que advertir que en la construcción de las paredes no se hace ninguna ventana ni puerta, sólo se colocan derechos en los cuatro costados grandes postes labrados, uno al lado del otro, en grosor de la pared, lo mismo también donde debe estar la puerta. Sobre estos postes se echa de nuevo la tierra y se sigue pisoneando. Después que la pared ya tiene una altura de seis o siete varas, son retiradas a un lado las tablas y palmas y donde se ve estar los postes que muestran la altura de las ventanas y puertas, se coloca una plomada en el cordel y se dibuja la anchura y altura de la ventana y de la puerta, luego, con una fuerte barra de fierro, puntiaguda de un lado, afilada por el otro, de un peso de a lo menos veinticuatro libras, se hace la abertura a través de la pared y se la arregla de manera que los marcos de ventana pueden ser colocadas convenientemente. La pared si bien aun no secada y todavía húmeda se atraviesa difícilmente y la tierra que se tira hacia fuera es aún más firme si se pisonea humedecida y de nuevo se usa para la pared. Pero cuando hay que romper una pared ya secada y reseca, está tan fuerte que se apercibe hasta fuego cuando se la labra a través mediante la barra de hierro.

Revoque de las paredes

A causa de haber allá poca cal aunque se encuentran suficientes piedras de cal en otros parajes donde la sierra *paracuaria*⁴²⁶ linda con *Chile* y también en la otra banda del *Paraná*, cuesta sin embargo mucha fatiga, trabajo y dinero para conseguir ésta. Por esto hacen diferentes revoques en las paredes: el primero es de tierra, arena y estiércol caballar seco molido que se mezcla con agua arcillosa; este revoque no se raja jamás,

426 / Paucke se refiere a la sierra de Córdoba. En lo siguiente, la voz de Chile indica la división jesuítica de Cuyo.

y mucho menos aún el segundo que se hace de puro estiércol vacuno fresco sin una mezcla de otra materia. El tercero se mezcla con arena caliza de puras conchas quemadas y con polvo de ladrillo. Al principio he usado siempre el primero hasta que he encontrado el yeso en el *Paraná*; después he revocado las paredes por completo con yeso. Esto ocurrió en los últimos siete años cuando yo me había edificado una casa completa y la había cubierto por entero con tejas quemadas.

En *Paracuaria* la pared se construye también de ladrillos crudos que son llamados ladrillos *egipcios* [adobes] pero existe mucho peligro [con su uso] especialmente si para el fundamento no se toma otra cosa que justamente esta materia y el edificio si se lleva a altura algo elevada. Así me ocurrió a mí cuando yo había construido algo más alta la parte anterior de la iglesia o —como se la denomina— el pórtico. Yo construí esta edificación únicamente en tales ladrillos crudos; mientras yo estaba en esta obra, hubo frecuente tiempo de lluvia que ablandó mucho los ladrillos inferiores. Ello no obstante, yo proseguí mi obra bajo cielo ameno hasta que llegué a la altura determinada, pero la pared inferior comenzó a sentir el peso y la pared superior a rajarse desde arriba hasta abajo. Yo estuve con cuidado y en temor que ocurriría alguna desgracia, observé las paredes durante tres o cuatro días y comprobé que el desgarro se ampliaba de día en día.

Cierto día a la tarde, alrededor de las dos, realicé otra vez mi paseo de cuidado en este edificio [y] observaba todo durante media hora en pura reflexión de qué modo podría remediarse el asunto o si aún era posible remediarlo. Bajo tales pensamientos entré a mi cuarto, me acosté en mi cama a descansar un rato, cuando oí una fuerte caída que tronaba bastante y fue [por] esta construcción que cayó por completo al suelo. Como los indios desde sus chozas me habían visto ambular poco antes en esta obra, corrieron en crecido número hacia las paredes caídas en temor que yo habría sido sepultado y cavaron con toda fuerza para hallarme; otros me buscaron en el cuarto desde donde yo corrí presuroso hacia la pared caída y vi todo tendido en un solo montón.

Yo hice retirar todos los escombros y postes y construí la pared en pura tierra pisoneada que después permaneció duradera.

En otros parajes, especialmente junto a los ríos salados, lagos y lagunas la tierra es poco fértil porque en su mayor parte es salitrosa y arcillosa pero [el terreno] situado más alto tiene muy buena tierra y es fértil. También se encuentra en los boscajes dispersos una tierra semejante suelta y porosa de modo que uno se hunde a cada tranco alrededor de tres pulgadas cuando se camina sobre ella. Esta [tierra] no es apta para albañilería y no queda compacta cuando se seca pero es excelente para las plantas que dan sus frutos debajo de tierra como las batatas, las *Erdaepfel* [patatas] que allí se llaman papas; ítem *mandioca* [y] *maní* que en parte [la primera] son raíces sabrosas o [la segunda] nueces. Los *mocovíes* llaman esta tierra *Datipini aloba*. Por lo general crecen en esta tierra hermosas y gruesas cañas las que, entretejidas sirven para cama de los techos sobre la cual ora se teje luego la paja, ora se colocan las tejas.

La buena calidad de la tierra en los parajes altos se reconoce por la espléndida y

Peligro de ser cubierto [por un derrumbe]

De la tierra suelta que se encuentra

Hierba y carrizo

jugosa hierba que en los lugares silvestres crece muy alta pero en derredor de las ciudades españolas es muy escasa a causa de la gran cantidad de ganado astudo, caballos y mulares allí existente por lo cual no puede crecer lo suficiente porque el ganado en *Paracuaria* no recibe otra comida que la que encuentra en el campo y sin embargo engorda mucho de pura hierba. Pero hacia el *Norte*, donde comienza la verdadera tierra silvestre y se encuentran los *indios* salvajes [como] tampoco existe una cantidad tan grande de ganado cimarrón, hay una hierba muy alta y jugosa y carrizo⁴²⁷ que en frecuentes ocasiones sobrepasa también a un indio jinete y alcanza donde está más baja hasta la barriga del caballo y aun hasta más arriba. Aunque el camino desde mi *reducción* a la ciudad de *Santa Fe* ya estaba trillado durante los muchos años en que yo he estado allá, sin embargo con el rocío caído durante la noche la hierba cubría mis zapatos y mis medias [polainas] de cuero de ternero (que allí en idioma español se llaman borceguíes) de un modo que quedaban como para retorcerlos; más adelante en la soledad y tierra silvestre el caballo apenas podía adelantar [sin tener que dar] frecuentes saltos. Es suficiente prueba y testimonio de ello el que entre la hierba uno no llega a ver a un tigre parado ni caminando sino que [éste] se percibe únicamente en el movimiento de la hierba por donde él cruza, como yo mismo he notado y he estado presente muchas veces y justamente esto me causaba durante mis viajes la mayor preocupación que no yo sino alguno de mis compañeros de viaje fuere asaltado inesperadamente por algún tigre escondido al lado del camino como he experimentado en un indio llamado *Comogon* y lo mismo ocurrió con otro llamado *Hieronymo Gvetogyni*, cuyo caballo comenzó a espantarse ante el olor de tigre cercano [y] y no se movía del sitio y aunque el *indio* miraba por todos lados no pudo notar donde estaba echado este monstruo hasta que él fue asaltado inesperadamente y por el movimiento del caballo él se metió la lanza en el cuerpo un cuarto de vara.

No se henifica

En *Paracuaria* no se hace heno porque el ganado queda en el campo día y noche, invierno y verano pero para que el campo que por el fuerte rocío se quema y seca tenga de nuevo aire para producir la hierba nueva los campos se incendian por trozos con lo cual la hierba seca incinerada da con su ceniza al nuevo pasto fuerza para crecer.

Calidad de la arcilla

La arcilla es muy fuerte y en sí misma no sirve para vasijas de barro pues también dentro de la tierra es tan seca que se la excava en pedazos cual los pequeños trozos de piedra de las canteras de Bohemia; por esto las *indias* buscan y excavan la arcilla a orillas de los ríos donde tampoco toda arcilla sirve para vasijas sino algunas veces y luego deben trabajarla bien y mezclarla con carbón molido y polvo de cachos viejos de ollas triturados. Con toda esta preparación ellos tenían que dejar secar únicamente a la sombra las vasijas fabricadas sino se resquebraja todo. La arcilla es de color de ceniza; no he visto allá arcilla amarilla o azul veteada; ni sirve para fabricar ladrillos la excava en el campo. La que sirve aún en algo para ladrillos se excava en lagos y lagunas secas pero debe ser mezclada con estiércol de caballo molido, tierra negra y algo de arena.

427 / *Schilf*: La versión usará el término «carrizo», que aquí representará el pastizal o pajonal acuático, aunque el autor le da sentido de «totora» en castellano.

La tierra preparada como se acaba de decir es usada para hacer vasijas del modo siguiente: hacen de ella unos choricitos de un largo de una vara y cuarto y un grueso de un dedo, comienzan a hacer la olla desde el fondo que no es ancho sino puntiagudo como un huevo, forman con un trapo mojado o un lío corona como llevan en sus cabezas las gentes de servicio cuando transportan sobre ellas las vasijas de agua o canastos de frutas al igual como Estiria y en el Tirol. Sobre esta corona forman puros choricitos las ollas y otras vasijas, aprietan éstos uno después del otro poco a poco en círculo que por dentro y fuera emparejan con una concha y unen de modo que en ninguna parte se conoce la separación de uno y otro. Luego dejan secar a la sombra la vasija y cuando aún no está completamente seca, la pulen con una piedra lisa, la pintan por afuera de color rojo ladrillo la alisan de nuevo y la dejan secarse por completo. Luego encienden un gran fuego; cuando éste ya contiene carbón y ceniza, reparten la ceniza en derredor del fuego, colocan en ella sus vasijas para que se sequen aún mejor y se calienten; luego hacen en el centro del fuego un sitio dentro del cual colocan sus vasijas y en derredor agregan más leña para que arda bien. Cuando la vasija ya está bien cocida dejan ir apagándose el fuego, sacan la vasija con un palo pero de manera que no quede de repente al aire fresco sino se resquebraja. Si acaso se agrieta alguna que debe servir para el agua, tienen ellos una cierta resina de un árbol, untan con ella el desperfecto por adentro y por afuera. Esta es una espléndida argamasa en el agua pero no al fuego.

Cómo los *indios* hacen las ollas y vasijas de beber

Una tierra muy buena y fértil se encuentra desde *Buenos Aires* hasta veinte leguas de *Córdoba* sobre la cual no se encuentra ningún arbolito ni un solo pedazo de leña para que con él se pudiera hacer o alimentar un fuego. En cien leguas calculadas escasas hay que servirse con huesos de animales o guano de ganado en lugar de leña para el fuego de cocina. Especialmente cerca de *Buenos Aires* se tienen para cocinar y también para cocer ladrillos, únicamente huesos de caballos o tallos de una especie de comino que los españoles llaman *viznaga* y comúnmente usan para mondadientes. Ellos dicen que es muy bueno para los dientes por cuyo motivo entre los españoles hay el refrán: *mondadientes oro o viznaga o nada* «der Zahnstocher seye entweder Gold o viznaga oder Nichts». Como en el distrito de *Buenos Aires* se halla muchísima cantidad de dicha *viznaga*, esta planta se corta, se seca, se ata en líos y se vende a los habitantes de *Buenos Aires* que con ella alimentan los fuegos de cocina.

Cómo cuecen las vasijas

Qué leña se quema en *Buenos Aires*

En algunas leguas desde *Buenos Aires* sobre todo el campo que es completamente llano y no se puede divisar la llanura [en su fin] crece el más hermoso trébol que no se sembró ni cultivó por nadie porque desde *Buenos Aires* hasta el fuerte Pergamino toda es tierra inculta. Lo mismo he observado al lado del Silberfluss [Río de la Plata] y sobre campos cercanos del Río del medio hasta cerca de *Buenos Aires* donde se encuentra trébol abundante pero por trechos también [hay] otro pasto amargo que el ganado no quiere comer. En lo restante hacia el valle del *Chaco* donde yo había establecido mi reducción el pasto para el ganado es tan nutritivo que éste con él solo mejora y engorda en corto tiempo.

Allí crece puro trébol

CAPÍTULO III

De las hierbas que son comestibles o medicinales

Cardos para quemar

Algunas de las hierbas que comen los indios, son de buen sabor, otras en cambio [son] desabridas y acres. Ellos tienen un cardo que en su mayor parte crece en la isla⁴²⁸ entre el río *Paraná* y el río *De los dorados* a cuya orilla estaba establecida mi *reducción* del Santo *Xaverij*. La caña [del cardo] que frecuentemente tiene una altura de dos varas la cortan mientras está aún verde y jugosa y la comen bien sea cruda o también cocida; tiene un olor y sabor balsámico; los *mocovíes* lo llaman *apologo*. De las raíces de estos cardos se alimentan tanto los puercos silvestres como los caseros de los cuales yo tenía alrededor de trescientos que corrían por la isla [y] de los que escribiré en mejor oportunidad cuando dé noticias del ganado doméstico⁴²⁹.

Ajo del campo

Hay una especie de pequeñas cebollas que los *mocovíes* llaman *Acalatiole*; no tienen un sabor como nuestras cebollas sino que son dulces, agradables de comer y de tamaño de una avellana. (Tienen) también una especie de ajo pero que no es de comer porque exhala un hedor demasiado fuerte. Los pequeños venados [pecarí] lo comen con muchísimo gusto y por el hedor se puede notar desde lejos que en la región viven tales venaditos del campo. Cuando se acierta con caminos donde ha corrido esta pequeña salvajina se siente de manera muy fuerte ese hedor repugnante de ajo.

Apio del campo

También crece abundante apio campero que por lo común se encuentra a orillas de las lagunas y lagos. La hierba es algo semejante al apio en nuestros países pero la raíz tiene este mismo gusto, aunque no es tan gruesa como el verdadero apio. Yo lo he usado para ensalada como también para comidas cocidas.

Manzanitas campestres

También se encuentran muchas pequeñas manzanitas de agradable aroma y buen sabor que crecen sobre pequeñas plantitas de un jeme de altas cuyas hojas son verdes oscuras, fuertes como hojas de olivo pero con figura de hojas de *sen*. La fruta es como una manzana con una coronilla negra arriba. Allá hay un rábano campestre que tiene el gusto de un apio de huerto y es un buen purificador de la sangre. En derredor de mi *reducción* crecía mucha *salvia* campestre que tenía un olor y un sabor más fuertes que la *salvia* de nuestra *Europa*. Por lo general bajo los árboles del bosque se halla la pimienta *paracuaría* en ramitas [matas] de una vara de altas que es más picante que los *peferoni*⁴³⁰ consistentes en pequeñas bayas alargadas que una vez maduras llegan a ser coloradas como *peferoni* [peperone]. Al florecer produce una florecilla blanca, amarilla en el centro. Los españoles llaman esta pimienta *ají del monte*: *waldpfeffer*; los *mocovíes*: *jtimagaje*; los *guaraníes* *cumbarí*. Los avestruces lo comen de buen grado.

Rábano campestre

Pimienta

428 / Paucke denomina «mi isla» al terreno contiguo a *San Javier*, entre el río *De los Dorados* y el *Paraná*.

429 / Este propósito no se cumplió o se expuso en la parte final del libro, tal vez extrañada o no redactada.

430 / Hay variación de grafías de «Feferoni» o «peperoni» en el texto.

La hierba *Tausendgulden* [centaurea] se encuentra en grandes cantidades en el campo; tiene *florechillas* de un rojo violáceo; los españoles la llaman *canchelagua*⁴³¹. [Hay] dos clases de *Süssholz* [regaliz] o para decir mejor, raíz dulce según el sabor y el efecto como el regaliz; la primera clase es una raíz amarilla de un grosor de un dedo pero más corta, tiene sobre la tierra tres o cuatro ramitas con hojitas puntiagudas verdemar, tiene pequeñas *florechillas* amarillas cuya *figura* es igual a la *retama*. Por todas partes se ve ginebra en las abras de los bosques. La otra clase de raíz dulce es más grande que la primera; la raíz en el largor, grosor y color es como un nabo amari- llo, sus hojas son anchas, redondeadas, y en la punta algo agudas al igual de la *Hedera terrestris*; están echadas completamente sobre la tierra. El sabor es más fuerte y más dulce que el del regaliz que usamos en *Europa*. Los españoles la llaman lo mismo que a nuestro regaliz: *orozuz*. En muchos sitios se halla otra raíz de un largo de un medio dedo; es del grosor de un dedo meñique pero de puros botoncillos y en su derredor con colitas muy delgadas. Su olor es el de un higo o ramitas de higuera; por los españoles se denomina *higuerilla* porque tiene el olor de «*Fiege* o *Feigenbaum*» que en español se llama *Higuera* pero la fruta de higuera es *higo*. Esta *higuerilla* se masca y se unta en los miembros para los dolores que el frío o el viento frío han causado.

Hierbas y raíces
medicinales

Regaliz

Higuerilla

En el contorno de mi *reducción* se halla una raíz para curar las heridas frescas como también la planta que crece de esa raíz; se llama por los españoles *Hierba* o *Yerba Guacurú*, esto es *Guaicurus Kraut*⁴³². La raíz es rojo obscura, crece como un nabo delgado, las hojas por encima de la tierra son rectas hacia arriba a manera de las remolachas cuando están aún tiernas; no se ensanchan jamás pero se agudizan por arriba. Los *indios* dicen de estas raíces y sus hojas que son excelentes para curar en cortísimo tiempo las heridas originadas por punzar [con arma blanca], rascar, golpear o [causas] semejantes. Ellos cuentan también que muchos muy gravemente heridos se han curado con esta raíz o planta y la conceptúan un remedio general para todas las heridas. Pero la causa por la que ha recibido el nombre de *Yerba Guaycurú* es ésta: un *mocoví* al cual los españoles [como] a todos los pueblos habitantes en el *Chaco* dan el nombre *Guaycurú*, fue herido en un sangriento choque con los españoles por cuatro o cinco lanzadas y tomado prisionero. Cuando él vio en el camino por donde era conducido la planta o la raíz pidió arrancarla y juntó una buena *porción* para su *medicinación*. Los españoles vieron que él ora la mascaba ora la friccionaba entre dos piedras y de continuo la colocaba sobre sus heridas y que así se había curado en corto tiempo. Desde entonces los españoles trataron de emplear contra tales heridas esta raíz o planta con el apetecido efecto pero como el nombre no les era conocido, llamáronla *yerba Guacurú* porque el *indio Guaycurú* les había dado a conocer esta planta y raíz milagrosa. También se halla *Melilotus* [trébol de olor] que tiene un olor muy agradable. La raíz *mechoacan* es muy

Hierba y raíz *Guácurú*

431 / La primera voz alemana responde a *Erythraea* Rich, de flor parecida a la «canchelagua» o «canchelagua» (*Linum Scoparium*), usada en el oeste argentino como purgante.

432 / Resulta errónea la antecedente voz de *Gucurú*.

Mechoacan

Hinojo

Melissa citrata

Culén

Verdolaga

común en el campo donde estaba mi *reducción*. *Jalapa*, *Cañafistula zarzaparrilla*. En los campos y en las abras de los bosques se encuentra mucho *Fenichel*, que los españoles llaman *hinojo* y como hay tantísimo por todas partes, es usual en los días de grandes fiestas cubrir el suelo de la iglesia con esta hierba. *Quinoa* lo mismo que *Melissa citrata* que los españoles llaman *Paico* y del cual los *indios* suelen echar dos o tres hojas en su té *paracuario*, son muy sabrosos como se puede ver en el *Herbario*. Hay aun otra clase de té que es muy útil para la purificación de la sangre y para el pecho al cual los españoles llaman *culén*, *capillos Veneris* o *Frauenhaar* que ellos llaman *culantrillo del pozo*. También crece el *Tartarus* que los españoles llaman *higuera infernal* o *der höllische Feigenbaum*: *Consolida* o *suelda consuelda* buena al usarla para curar las piernas rotas. En resumen debo decir que las más importantes plantas *medicinales* crecen en *Paracuaria* y poseen una fuerza y cualidad muy milagrosas. Un buen *botanicus* tendría bastante ocasión de deleitarse.

A una hierba que en *Paracuaria* crece con mucha frecuencia especialmente sobre los campos labrados llaman los españoles *verdolaga*⁴³³. Ella es de un sabor algo agrio. Los españoles la comen con gusto; la cuecen con carne de vaca u otra carne y acostumbra comerla caliente en días de ayuno como *colación* con aceite y vinagre. Suelen plantar también muchas habas grandes que entre nosotros se llaman *tiabas cochinearas*; las sirven también estando aún verde junto con la planta, cocidas con vinagre y aceite de oliva para *colación* en días de ayuno. Las *verdolagas* tienen un peciolo blanco o colorado del grosor de un dedo meñique que está lleno de jugo. Las hojas son muy angostas abajo pero arriba [son] anchas y gruesas como el lomo de un cuchillo delgado y de un largo de media pulgada; todo es muy sano y refresca el estómago. Esta hierba molida o también mezclada con algo de vino⁴³⁴ y colocada en la sien a guisa de un emplasto apacigua los dolores de cabeza. Cuando se aplica, machacado y mezclado con harina de cebada alivia los ojos irritados. Esta planta, cocida y comida es muy buena contra la diarrea aun si ésta fuera con sangre; también sirve contra las lombrices. El jugo exprimido apaga los dolores de riñones.

El *tártago* crece con frecuencia también allá; sus hojas aplicadas donde hay una erisipela, quitan en corto tiempo todo el calor. Yo tuve erisipela en la cabeza y yo mismo me he curado mediante la aplicación de estas hojas. Él tiene abundante semilla que pende hacia abajo en racimos de delgadas cortezas; esta semilla es como una pequeña haba y gris. Se le puede extraer abundante aceite y usar éste para quemar como el de olivo; los portugueses en el *Brasil* emplean este aceite para sus lámparas.

433 / *Portulaca oleracea* L.

434 / Frase trunca que tal vez se refiere al sujeto anterior, o sea: hierba.

CAPÍTULO IV

De las plantas terrestres y raíces [tubérculos]

Ebagyole es una pequeña raíz blanca, no tan grande como un rabanillo pero muy semejante a él; tiene un sabor dulce y me servía comúnmente para ensalada. *Ebagyac lette* es una fruta del tamaño de un pequeño huevo de gallina, cubierta por una cáscara parda delgada pero adentro es blanca como nieve y semejante a una pelota de nieve *congelada* es muy fresca, refresca mucho, tiene sólo gusto de agua y no tiene olor. Las *papas* son una especie de *Erdaepfel* [patatas] y puedo decir que son verdaderas patatas. Los españoles las cuecen y comen con miel, hacen de ellas harina y también almidón. Se las corta en anchas hojitas, se las seca y a su tiempo se cuecen. Hacen de ellas también tortas de almendras; las colocan en almíbar o en azúcar purificado y las guardan por mucho tiempo para el consumo por lo cual las llaman *conserva* y ésta es sabrosa para comerla.

Peselagze son raíces [del grosor] de un dedo, aun más delgadas y se asemejan a las raíces de espárragos o lúpulos. Los *indios* cuecen éstas en ceniza caliente; si no están bien cocidas, son tan amargas que no pueden ser comidas. Pero en la ceniza pierden su amargor y son buenas para comer; cuando se apura algo comiéndolas raspan fuertemente en la garganta y causan ardor en el pecho. Otras más gruesas tienen un sabor mejor; son las que se excavan debajo de un carrizo. Los españoles llaman *tatora* al carrizo; se asan también en ceniza caliente. Finalmente los *indios* usan también una clase de *fasoles* que se encuentran en los bosques; el tronco es una substancia puramente leñosa con sus ramas de las cuales pende la fruta, no diferente del modo como los *fasoles* cuelgan de sus tallitos en las vainas; para comerlas se hierven durante toda la noche y frecuentemente aun hasta el mediodía siguiente; de otra manera no son comibles. Yo mismo he plantado estos fasoles en derredor del *Zaun* o cerco del jardín en la nueva *reducción* del Santo *Petri*, y sólo por los *indios* para que ellos al sentir apetito de comerlos se ahorraran el trabajo de buscarlos en los bosques y pasar algunos días holgando.

Hay aun otras plantas que los españoles comen y que se cultivan. La primera, que también es una planta propia del país y ahora se planta con ahínco en campos y jardines, es *mandioca*, la cual habría sido indicada a los *indios* por el santo apóstol *Tomás* para comidas al igual que la *yerba* o *té* de *paracuaria* para bebida. Estas raíces se cultivan amplia y bastamente en *Paracuaria* y especialmente los portugueses en el *Brasil* se aplican a plantarla abundantemente; ella es una excelente comida para las gentes y se usa y prepara de diversas maneras. Se cuece con toda clase de carne, tiene un completo sabor a miel pero cuando uno la come con más frecuencia se habitúa tanto que a uno le parece como la mejor raíz y deja una incitación de regusto aunque al principio, antes de haberse acostumbrado uno a ella, no parece ser tan agradable de por sí. Los españoles la usan también cortada en pedazos para cocerla junto con otras

Raíces que comen únicamente los indios

Ebagyat lette

Papas

Pezelagze

Tatora

Raíces que comen también los españoles

Mandioca

Cómo se usa la planta

Cómo crece

comidas y es muy buena para comerla. Esta raíz es también secada a la sombra y enviada hasta *Portugal* donde yo he visto suficientemente esta *mandioca* durante ocho meses sobre la mesa del *Collegio de S. Antonio* en *Lisboa*, pero la he probado una única vez. Ellos hacen una gacha o cocimiento como con otra harina cualquiera pero le vuelcan luego adentro vinagre de vino; resulta una preparación que por primera vez me ha quitado todo *apetito*; yo aún no sabía bien qué clase de harina se usaba para esta papilla; oí que era importada desde *América* y que se llamaba *harina da pao* por cuyo nombre yo supuse que sería harina de una madera, hasta que he conocido en *América* qué harina era y de qué fue hecha⁴³⁵. Más tarde he comido esta raíz con carne de vaca con tanto gusto que yo mismo me he preparado en mi jardín una parte de tierra para ella y la he plantado. Una sola mata tiene debajo de la tierra en su alrededor unas raíces de un [término medio] cuarto pulgadas de gruesas. Sobre la tierra crece un tallo o dos de una vara de altos y del grueso de una fuerte caña española que desde arriba hacia abajo hacen divisiones o botones distantes entre sí un medio cuarto de vara. La médula de los tallos es como la (de) un saúco; las hojas son alargadas y angostas; el pecíolo, en cuya punta hay tales hojas, es rojizo y liso, pero en frecuentes ocasiones de un largo mayor de un cuarto de vara y brota desde esos botones.

Cómo se planta

Este tallo se corta al aproximarse el otoño por algunas pulgadas; los tallos sirven en primavera para planta: por consiguiente se conservan en un sitio umbroso como sigue: se cava una fosa, bien sea debajo de un cobertizo o cerca de la pared de un edificio; por donde abajo está el corte [en el tallo] se los coloca por series; uno tras el otro la fosa se llena nuevamente de tierra y lo mismo se cubre bien la parte inferior de las cañas. Los tallos colocados erectos son cubiertos con carrizo [totora] o alta hierba seca y quedan en tal estado hasta la primavera. Primero se hace preparar la tierra en la cual uno quiere plantar esta *mandioca*; se corta la caña entre botón y botón de modo que en cada pedazo que es del largo de un dedo queda una yema en el medio; dos o tres piezas de éstas se colocan en tierra pero de manera que las puntas se topan como un triángulo, luego son aseguradas. A media vara de distancia se colocan y se entierran otra vez tales pedazos y así sucesivamente. De los botones de estos pedazos brotan después las ramas que muchas veces crecen hasta dos varas de altas y a la vez forman las raíces en la tierra. Junto a la ciudad de *Corrientes* donde también se ocupan mucho en cultivar esta planta, crece ella de tanto grosor que por término medio tiene una altura de cinco dedos. Pero en el *Brasil* han plantado grandes campos y tienen la venta a *Portugal*. Si para el alimento casero se quiere usar esta raíz solamente cocida o sólo asada debajo de la ceniza o solamente fresca, se dejan las raíces bien cubiertas de tierra durante el invierno debajo de tierra y se excava poco a poco [parte] de las raíces cuanta se necesita diariamente para comer.

La raíz *batata*

Una diferente clase de raíces se tiene no sólo en *Paracuaria* sino también en España como yo he encontrado en la ciudad de *Málaga* y en la restante Baja *Andalucía*. Los *indios* llaman a esta raíz *batata*, pero los españoles *camote*. Hay dos clases diferentes

435 / Paucke confundió las voces portuguesas *páo* [leña] y *pão* [pan].

en *Paracuaria*; redondas y también alargadas; las redondas tienen una cascarita colorada o rojo violácea, pero las alargadas una pardo amarilla. Las coloradas sobrepasan en grosor un buen puño y tienen una longitud de un jeme, que son las más grandes que he visto. En el interior son blancas, de un sabor dulce, aún más dulces que una almendra. También pueden comerse crudas, pero mucho más agradables son asadas debajo de la ceniza o cocidas; son tan harinosas como las patatas pero agradablemente dulces y de un sabor tan precioso como si hubieran estado en agua de rosas. Yo mismo he plantado en mi *reducción* esta clase y no he omitido de comer diariamente una buena *porción* de estas raíces; también [la] he colocado en azúcar refinada llenando muchas cajas y guardado así para comer. Los otros *camotes* son alargados del grosor de un buen jeme como un chorizo de hígado; son también muy dulces, pero el interior es amarillo; por afuera cubiertas por una cascarita pardo amarilla, se preparan y se comen también como las primeras. Cuando se quiere plantarlas, se elige un suelo algo arenoso y suelto; éste se trabaja bien con el arado, luego se toman las *batatas* menores, se parten algunas en tres pedazos, otras en dos, se dejan enteras las más chicas y se colocan una tras otra, distantes entre sí por un jeme, en los surcos se les cubre con tierra. De estos pedacitos brotan sobre tierra las ramitas que poco a poco al igual a las grandes frutillas hacen correr sus vástagos de crecimiento [estolones] sobre la tierra, producen hojas, echan nuevas raíces y ahí mismo crecen nuevas *batatas*. Estos vástagos sobre la tierra se entretejen entre sí por todo el campo, echan sus hojas como la *hedera terrestris*. También tiene una eflorescencia rojo laca, la flor tiene la figura de la flor del berro español. La estación para sacar fuera de la tierra estas batatas es cuando ya han caído algunas heladas y las plantas superiores como también los vástagos se hallan quemados completamente por la helada; entonces se abre mediante un arado todo el campo y se juntan las *batatas*, no las que están cerca de la raíz sino las que cuelgan de largos hilos de la raíz. Las *batatas* más grandes se juntan para la comida, pero las menores para plantar nuevamente en la primavera. Sin embargo no puede hacerse tan prolijamente que mediante la arada por encima se puedan extirpar todas las raíces de la tierra, por lo cual apenas pueden extinguirse. Si queda aún la raicecita más pequeña en la tierra, brota entonces en primavera y se multiplica. Estas *batatas* son excelentes en forma de rodajas en las comidas cocidas, dan un buen gusto y suplen a las castañas. Si se quiere conservar contra la corrupción y la podredumbre esas raíces que están destinadas al cultivo en la primavera, se cava un foso hondo que se cura [desinfecta] a fuego, se coloca una camada de paja, sobre ella las raíces y otra vez paja, luego se cubre con tierra.

Hay aun otra planta que fructifica en la tierra. En alemán no se puede denominar de otro modo que *Erdnüsse* [avellanas terrestres]. Ellas son llamadas *maní* por los españoles. Crecen en derredor de la raíz y cuelgan de delgados hilitos dentro de una cáscara [vainas] que es muy débil y tiene al centro cual una división por la cual un grano se halla separado del otro. La cáscara [vainas] no se adhiere al grano sino que está algo separada de manera que cuando se la arranca de la tierra suena como campanillas.

Cómo se planta

Maní

Los granos son como los de las avellanas; la cáscara superior del grano es colorada como en las avellanas grandes o «Bartnüsse» [avellanas de Lombardía], completamente iguales a ellas también en el tamaño y la *figura*. No pueden ser comidos crudos y sin preparación como la avellana porque entonces tiene un gusto demasiado verdoso [áspero]; por eso es preciso tostarlos primero en una estufa calentada, entonces tienen un buen gusto algo parecido a la nuez [y] se pueden comer sin otro agregado. También se cortan como almendras y se usan de igual forma en las comidas y pastas. Los españoles los comen de buen grado con miel y [así los granos] tiene un sabor excelente; se hace también buen aceite de ellos. Entre los portugueses ocurren grandes engaños con estas *Erdnüsse*⁴³⁶ de tal modo que ellos ponen más de estas «nüsse» que como son tan aceitosas ellos hacen una mezcla de *cacao* en el *chocolate*. También se las tuesta como el *café*; en verdad deberá tener un paladar muy vivo quien no resulte engañado por ello. Los españoles, después de haber tostado este *maní*, suelen cubrirlo con azúcar y así obtienen el sabor de almendras tostadas.

Cómo se planta

Estas avellanas se plantan a cordel en la tierra, pero el terreno debe ser suelto y no demasiado gordo. Desde la tierra crecen muchos ramitos⁴³⁷ que luego producen en los pecíolos unas flores amarillas de *figura* y color como la *retama*: estos ramitos se echan sobre el suelo, arraigan en diversas partes y [producen] otra vez avellanas terrestres sobre estas raíces. Si se quiere aumentar en la tierra estas avellanas, se cubren entonces con tierra los ramitos producidos, dejándose únicamente libres el corazón o el centro de esta mata; las avellanas se aumentarán fuertemente de este modo en la tierra. Las hojas de esta mata son como hojas de trébol.

436 / Verbalmente nueces terrestres, nombre alemán a los cacahuetes o maníes.

437 / *Straüsslein*.

CAPÍTULO V

De las frutas terrestres que crecen de por sí en la tierra silvestre

Los *pluzer*, que los españoles llaman *porongos* [y] los *mocovies Capaga*, existen en *Paracuaria* en muchas clases de diferente tamaño, *figura* y uso. Ellos no son comibles porque saben muy amargos, también porque algunos por venenosos son nocivos al hombre. Hay tales *pluzer* [*porongos*] que en parte son redondos y aplanados, en parte largos y anchos de manera que en ellos se vierte tanta agua como en una gran jarra.

Porongos

Hay otras muchas clases que son muy harinosas, dulces y agradables de comer si primero se asan. Ellos son redondos, algunos con cáscara lisa, otros —y esos los más— tienen sus divisiones en derredor como los melones, pero son mucho más grandes. Por los españoles se llaman *zapallos*. Son amarillos adentro, pero no tan acuosos como los melones; tienen algo de humedad y carne dura, pero cuando se asan o para decir mejor cocinan en ceniza caliente son agradables de comer, pues los más son muy dulces y el sabor puede compararse con el de una castaña. La cáscara tiene un grosor de un buen lomo de cuchillo grueso y afuera [es] ora blanco ora verde mar o también de un color de ceniza. Algunos son lisos, otros como si tuvieren verrugas o fueren excrescencias. Otros son como una verdadera gorra polaca, en derredor verde o blanca, por encima un bonete rojo o blanco. Cuando estos *zapallos* son aún chicos cual la redondez de una pequeña bola de bochas, tienen una cáscara muy blanda y los españoles suelen cocerla sin cortarla, haciéndose una buena ensalada. Otras veces cuecen estos *zapallos* junto con el *cucurus* o trigo turco en manera de que los *zapallos* quedan recocidos por completo y molidos. Los españoles y también los *indios* comen con mucho agrado esta comida; aquéllos llaman *locro* esta comida, pero éstos llaman *loquili* al fruto. En *Paracuaria* estas calabazas se plantan con empeño. Fuera de que yo en mi *reducción* había plantado un campo con este fruto para que yo pudiere participarlos a la comuna del pueblo para su alimento como de otros frutos, cada *indio* labraba también para sí un gran trozo de campo [de cultivo] donde él hacía gran cultivo⁴³⁸ de estas calabazas.

Sus clases, gusto y uso

También se cultiva en *Paracuaria* una clase de largos *zapallos* de cáscara verde como también de redondos cuyo nombre es: *calabazas*. La primera clase se llama: *calabazas de Castilla*, pero la otra *calabaza de Angola*; ambas clases son una más acuosa que la otra, pueden ser bien cocidas pero no tienen un gusto dulce; generalmente se cuecen con la carne. Los españoles las comen con tanto gusto y frecuencia que son el aditamento a la carne vacuna y a otras comidas; ellos hacen dulces de ambas clases de calabazas, los cuecen en azúcar refinada hasta [formar] una gruesa masa o cocimiento, los vuelcan en una caja o un cajoncito preparado al efecto de madera de *cedro* y los guardan para la comida. Los españoles comen a cucharadas las frutas conservadas, tan grandes amantes son de los dulces; a mediodía después del almuerzo hay que traer las cajas y un gran vaso de agua a la par, lo mismo también a la tarde; nosotros

Calabazas, otra clase de zapallos

438 / *Fechsung*, voz desusual.

lo llamamos *Jausen* [merienda] pero ellos *refresco*. Una caja se vacía pronto por cuatro personas durante tal *refresco*; si uno no lo prepara él mismo, debe pagar por cada una de semejantes cajas dos o también tres *pesos*. Tales cajas se obtienen especialmente desde el reino de Chile en que se encuentran todas las conservas de frutas de árboles y campo o huertas. Ellos llaman *conservas* a estas frutas preparadas. En las ciudades no hay casi ninguna casa de un vecino donde no se preparen tales frutas *conservadas* y como este uso es tan común he aprendido de los españoles a hacer todo esto y *practicado* con una u otra fruta porque en *Paracuaria* el azúcar se puede comprar por un escaso precio, pero no era posible que yo me ocupara siempre con semejante oficio sino que ocurría en el año tal vez en una sola ocasión, en otro año ni una sola vez; yo no era tampoco amante de tales golosinas, pero sin embargo esto tenía que ocurrir con frecuencia, especialmente cuando yo tuve en la *reducción* por mi colega a un español.

Melones

Por lo que atañe a los *melones*, tanto a los primeros que son llamados *Melopepones*⁴³⁹ como los otros [que son llamados] *melones* de agua [*sandías*], se plantan campos enteros en *Paracuaria* y ellos son tan dulces porque son bien cocidos por el sol que sería un desperdicio si se los comiera con azúcar. También se puede comer uno solo un *melón* entero o varios y no hay que temer fiebre fría alguna. Los españoles y más aún los *indios* son grandes amantes de esta fruta y la comen a todas horas del día; a la mañana, a mediodía, a la tarde y al anochecer; especialmente al anochecer pueden beber también agua sobre ella sin temer una enfermedad. Se ven *melones* cuyas cáscaras tienen color blanco y algo de amarillo pero en el interior son completamente blancos; al comerlos se diluyen en la boca y son dulces como azúcar. Lo mismo los que adentro y afuera son completamente amarillos, tienen igual condición. La tercera clase es como en nuestros países. Los blancos y amarillos son completamente lisos afuera y más expuestos a la podredumbre que la tercera clase, que puede ser conservada por mucho tiempo; por esto los *indios* llaman las dos primeras clases *Jáigdaye* o la *faulende Frucht* [fruta de putrición] pero los españoles a todos sin distinción *melones*. Los blancos y amarillos a pesar de tener un gusto dulce como azúcar son también muy desabridos y se vuelven amargos cuando las lluvias persisten mucho y el sol brilla poco sobre ellos; se pudren también mucho cuando están echados aún sobre el campo.

Melones de agua [*sandías*]

Igualmente se plantan campos de *Wassermelonen* (*sandías*) las que también se desarrollan mucho cuyo interior es ya [de color] amarillo pálido o también rojo sangre y tienen un gran dulzor. Los españoles saben poner excelentemente sus cáscaras en azúcar. Primero ablandan la cáscara en una lejía, luego se lava bien; tras esto les dan un hervor al fuego y las colocan en azúcar refinada y cocida que ellos llaman *almíbar*. Los españoles llaman *sandías* a tales melones de agua, pero los *mocovíes*: *nevaque*. Algunas son completamente redondas, otras de un largo de media vara, otras al contrario [son] *ovales*. Yo he visto una tal *sandía* en un convento de vírgenes de la santa *Teresa*

439 / i.e. en latín. Se refiere a la *cucurbita melopepo* (melón turbante). El lenguaje alemán denomina «*melones*» a ambas cucurbitáceas y especifica la *sandía* con el genitivo posesivo de *wasser* (agua).

en *Córdoba*; que siendo ciertamente hasta veinticuatro vírgenes todas recibieron una buena tajada para cada una. Yo dudo mucho que en Hungría y en cualquier otra parte en nuestros países alguien haya visto semejante gran sandía.

También hay otros meloncitos de olor, por afuera amarillos, o en derredor amarillos con listas verdes oscuras de un olor muy agradable si se tiene en el cuarto uno de éstos, el cuarto se llena de olor. No se acostumbra comerlos; tampoco tienen un gusto dulce, pero los *indios* tragan todo. Los más grandes son como un huevo de pato. La voracidad de los *indios* es de admirar también en las frutas a causa de que un solo *indio* puede comer de una sentada en *sandías* y otros *melones* ocho y más de estas frutas. En una ocasión he encontrado al *cacique Cithaalin* sentado en su choza en el suelo y en su derredor tenía seis sandías y otros seis *melones*. Él comía fuertemente. Yo le pregunté si él terminaría comiendo sólo estos *melones* y él me preguntó si yo dudaba de ello.

A lo menos yo —dije— podría comer apenas uno.

Melones de olor

CAPÍTULO VI

De las plantas de bosques y de campo que dan frutos

Higueras *indias*
Dayamic

Su clase, hoja y
fruta

Se encuentran cinco especies de higueras *indias* que yo mismo he visto e incluso he comido en los bosques y también he plantado cerca de mi *reducción* en lugar de cercos en derredor de las huertas. A una de estas cinco especies pertenecen los grandes higos verdes que los españoles llaman *Tunas* y los *mocovíes Dayamic*. El árbol [planta] no es un árbol⁴⁴⁰ leñoso sino que cuando una hoja cae al suelo de cualquier modo que caiga, arraiga en seguida por el lado que solo toca en tierra. Esta hoja pierde ya en un año el aspecto de una hoja y llega a ser un tronco del cual crecen para afuera por todas partes unas verrugas que en los primeros dos años se transforman en otras grandes hojas; en el tercero, cuarto y restantes años se forman parcialmente en hojas, parcialmente en higos. La fruta es muy desemejante a los otros higos; las hojas tienen un ancho de dos o uno y medio jemes, un largo de dos cuartos de vara y aun más, [y] el grueso de un dedo meñique. Ellas tienen tanto en la orilla como en la superficie púas blancuzcas de dos pulgadas de largas, duras como un hueso y pardas en sus puntas. La fruta⁴⁴¹ crece también en parte en el borde, en parte en la superficie de la hoja, es alargada, abarrigada, arriba en la corona es igual a la redondez de un veintén⁴⁴² o de [una pieza de] diecisieteavo abajo puntiagudo, tiene una cáscara del grosor de un medio dedo, de la que se despega fácilmente el grano que es lo único que se come. Basta rasgar o restregar la fruta en derredor y a lo largo para poder separar la cáscara. Por afuera tiene esta cáscara muchas hebritas de color pardo claro que se hallan muy espesadas y que pican en seguida por la piel si se toca sin cuidado la fruta; ellas causan una picazón muy cosquillosa si uno acaso las toca y penetran inadvertidamente en la piel y la carne porque son tan delgadas como el cabello más fino pero cosquillean hasta la impaciencia. ¿Pero quién sacará estas hebritas? Cuando ellas no se han metido, hay que poner a prueba la paciencia por algunos días. Los *indios* tiene un modo habilidoso muy bueno de sacar esta fruta de la planta de higuera sin meterse los dedos en dichas *sutiles* hebritas [espinitas]: ellos toman los higos con las puntas de dos dedos en los sitios donde no tienen tales hebritas y los echan en una bolsa que ha sido tejida como una red; cuando hay ya bastantes adentro, sacuden la bolsa con los higos durante un rato para que choquen uno con otro y de este modo se despejan estas púas fibrosas que caen todas a la hierba por entre medio de la red; pero quienes no tienen tales bolsas o redes, echan entre la hierba los higos recogidos, arrancan otra hierba, cubren

440 / El autor emplea la voz de *baum* (árbol) para indicar de tratarse de un tallo erecto, como se desprende de su posterior manifestación. Aquí se refiere a la familia de las *cactáceas*.

441 / Parece ser la higuera, *Opuntia peniciliger* Speg.

442 / Pieza de veinte *Kreutzer*, corriente en Austria y Alemania del sur en aquel tiempo. La traducción no halló datos referentes al siguiente «diecisieteavo».

con ella los higos y los restregan con la hierba. Luego pueden tocarlos tranquilamente como quieren sin recelo de ser heridos. De la corona de la fruta surge la flor que tiene el color y la forma de un lirio de color de fuego⁴⁴³. Cuando la fruta llega a su madurez, se vuelve verde amarillosa y de un lado donde recibe los rayos del sol llega a ser algo rojiza. Las hojas son una substancia untosa y muy útiles durante el calor del verano cuando los carros de carga viajan por un lado y otro por el frotamiento de la maza [cubo] o el caño de la rueda en derredor del eje comienza a arder como sucede frecuentemente, se despedazan hojas de higueras *indias*, se meten por entre el caño y el eje [y] todo se refresca pronto. Cuando se quiere blanquear una habitación [y] para que acaso al rozarse contra la pared no se blanquee también *la ropa*, se cortan las hojas en pedazos, se colocan en algunas tinajas y el agua llega a ser completamente untosa. Con esta agua se prepara la cal y se pinta y se enlucé el sitio. La pared aun al rozarla no deja mancha blanca en la ropa y lo mismo la lluvia no lava ninguna pared que haya sido pintada con este preparado de cal. En *Las Indias* tienen aún otro modo de blanquear con la cal las paredes exteriores de las viviendas en las ciudades: en lugar de agua toman la leche pura y blanquean. Leche no falta donde hay tan asombrosa abundancia de ganado astudo, pues en *Las Indias* no se compra ni se vende leche porque cada cual tiene suficientes vacas. Si hay una persona pobre que no tuviera vaca alguna recibe en todas partes tanta leche como ella necesite: el pago por ella consiste en una buena palabra.

El jugo de las hojas
sirve para blanquear

Es muy fácil plantar esta higuera y ella crece tanto y [tan] rápidamente que es de admirar. Si cae sólo una media hoja o un pedazo del tamaño de una mano al suelo desnudo, ya arraiga. Debo llamarla más bien una planta herbácea que un árbol. Lo interior de la fruta debajo de la cáscara es del tamaño de un huevo de gallina y mezclado con muchas semillas chatas que son duras como piedras, del tamaño de una lenteja, pero no tan levantada. Esta semilla también se come; no hace la menor presión en el estómago aun si se comen seis o más de estos higos a la mañana sin haber comido antes otra cosa. Los *indios* suelen también comerlos por docenas en el desayuno. En el mes de *febrero* ya comienzan a madurar y tienen una dulzura agradable y completa.

Los *indios* e *indias* usan las púas de esta planta herbácea para pintarse sus caras, cuerpo y brazos y se hacen tatuar diversas figuras en la cara que ellas frotan con carbones molidos. Con estas plantas se puede tener al derredor de las huertas y campos el mejor cerco por donde no pueden penetrar ni un ser humano ni el ganado. Se toman sólo las hojas, se hace una zanja en la tierra en una profundidad que la mitad de la hoja quede dentro y la otra mitad fuera de la tierra: en el primer año ya brotan otras hojas que los españoles llaman *pencas*. Cuando la hoja originaria ya comienza a crecer en grosor pero no en altura, se cortan del tronco aquellas hojas que brotan hacia los lados y se deja únicamente la hoja que crece del tronco por el lado de afuera. Al año siguiente brotan de nuevo otras hojas de esta hoja y ésta crece en grosor: de nuevo se cortan aquellas hojas que crecen del lado de abajo: se dejan las erectas. Después que ellas echan otra vez hojas, crecen éstas en grosor de modo que ya no son iguales a las hojas sino a un tronco. Al fin cuando el tronco tiene altura de un hombre se dejan

443 / La *Feuerlilie* Alemana, *Lilium bulbiferum* L.

crecer las hojas donde ellas broten y aparece la fruta sobre las hojas. Ya no se necesita usar mayor cuidado. En invernáculos principescos he visto tales plantas herbáceas, pero jamás tan grandes como en *Las Indias* y tampoco con fruta alguna. Falta pues el *temperamento indio*⁴⁴⁴ o el calor necesario.

La otra clase de higos que crecen en los campos y en esta tierra silvestre, es otro tronco que crece como el *Dayamic* [tuna], tiene hojas igualmente alargadas pero no tan anchas; la fruta brota también desde las hojas, es lisa y verdosa fuera de la cáscara pero dentro roja como sangre. Ella es aún más grande que el *Dayamic*, pero el sabor es algo menos dulce y tira a verde⁴⁴⁵; ni las hojas ni las frutas tienen púas. Esta planta herbácea se encuentra en los bosques, pero no es tan común como las demás y como la fruta no es tan buena, los *indios* no la aprecian tanto como a las otras.

Decobie

La tercera clase es de nuevo más agradable. El tronco tiene hojas gruesas, púas, y la fruta aquellas hebritas que firme e insensiblemente penetran en los dedos. Las hojas son completamente redondas y no anchas como las otras. La fruta tiene una cáscara rojo violáceo, el grano es verde, el sabor agridulce, agradable de comer en caso de gran calor pues refresca mucho, pero los dientes quedan pronto contráctiles o tiesos⁴⁴⁶. El remedio está en mascar hojas del árbol *Amapic*⁴⁴⁷: entonces se remedia pronto la contractilidad de los dientes. Se plantan donde se las quiere tener cerca de una *reducción*: en general crecen en los bosques sin que se las plante a propósito.

Etuginiguiló

La cuarta clase es la que los *mocovies* llaman *Etuginiguiló*; [ésta] tiene hojas gruesas como las otras, de una mano de anchas y de un buen jeme de largas, también tienen por todas partes muchas púas de más de una pulgada de largas, duras y muy puntiagudas. La fruta es la mitad del tamaño de la *Decobie*, su cáscara es de un rojo subido, el grano es de un gusto dulce y de un [color] rojo pálido. Sobre estas hojas anida con agrado la *cochinilla* o *grana* que los *mocovies* llaman *Coile*⁴⁴⁸.

De la grana o cochinilla

La *grana* está por completo pegada en ambos lados de las hojas y en ocasiones sobre la fruta; se la percibe ya desde lejos y ella se hace ver por los niveos mojoncitos o botoncitos en que la *grana* está envuelta. Mediante una púa de madera ella se saca de las hojas a una vasija o un cesto hecho de cuero vacuno crudo, se prensa juntamente con los botoncitos blancos y de ahí se hacen pequeñas masitas redondas u hojitas que los *indios* secan en un lugar umbroso. De ahí guardan para ellos [una cantidad] para teñir y venden lo que les resta. La libra se les paga en un peso o *harten Thaler*. Yo recuerdo que mis *indios* habían reunido con trabajo en un año treinta y siete *Stein* [fanegas] que pesaron nueve *Cent* [quintales] con veinticinco libras sin [contar] aquella

444 / i. e. de Las Indias.

445 / *Grünlet*. El autor forma del adjetivo *grün* (verde) un verbo a semejanza del «ver-dear» castellano. Aquí el verbo denota tener gusto agridulce.

446 / *Einlich Oder starr*, Paucke forma un adjetivo *einlich* (contraído a uno) y un sustantivo *einlichkeit* que traduzco como «contractilidad».

447 / Algarrobo blanco.

448 / La *Opuntia coccinellifera* Mill.

grana que cada *india* guardaba para su uso y tintura. Estos nueve quintales y veinticinco libras se entregaron por separado a mí para que yo los enviara en provecho de ellos al *Procurator* de la *misión* y fuere pagado lo que cada *india* pedía por ellos. Yo tuve mucho trabajo con esto como también el *Procurator misionero*; primero porque cada *india* me traía a mí lo suyo en una bolsita. Ahí debí poner todo en la balanza para saber cuántas libras tenía cada una; luego debí hacer una cédula para cada una, anotar su nombre, el peso y las cosas que ella pedía en cambio, colocar la cédula en una bolsita especial y remitirla al *procurator* que igualmente tuvo este trabajo de pesar todo, de separar las cosas pedidas como ser lienzo, franela, sombreros, cuchillos, hachas y cosas semejantes y remitírmelas a la *reducción*, junto con la cédula agregada para cada una a fin de entregarle a cada una lo suyo.

En los botoncitos blancos que en ambos lados comienzan en abundancia en estas hojas de higuera se hallan en cada uno tres y también cuatro y más bayitas de un color rojo oscuro que están llenas de un jugo colorado. En el centro del interior se encuentra un pequeño gusanito que es de un bello [color] rojo y tiene la forma de los gusanos que en los lugares húmedos habitan debajo de piedras, ladrillos y tablas que están en el suelo como también bajo las macetas de flores. En latín se llama *millipedes*⁴⁴⁹ pero en el tamaño no hay comparación, pues los gusanitos *cochinilla* son muy chicos. Se sacan pues de la pequeña baya redonda que está llena de jugo o se colocan junto con la baya sobre una plancha de hierro o de latón, se tuestan sobre ella mediante un suave fuego puesto debajo o se matan en agua caliente, y luego se secan; es mejor mediante el agua que sobre la plancha, porque sobre ésta la *cochinilla* puede resultar fácilmente quemada. Debajo de un vidrio de aumento se puede ver el gusanito en su total cualidad o figura. La *cochinilla* resecada de esta manera es colocada luego en bolsas de cuero de vaca y remitida a los países.

En una ocasión quise probar si esta *cochinilla* era en realidad algún ser viviente, porque yo dudaba y no encontraba en él ningún movimiento de vida. Yo veía bien que ella tenía la *figura* de un pequeño *insecti*, pero quise conocer si lo era en realidad. Tomé una gran caja, coloqué en ella algunas *pencas* u hojas que estaban completamente ocupadas por estos botoncitos blancos. Yo conservé estas *pencas* u hojas guardadas en la caja durante un mes entero. Resultó para mí un milagro cuando abrí la caja y vi arrastrarse puros gusanitos velludos de pelos pardos que tenían la figura de una pequeña oruga o escarabajo de la longitud que [ocupa] la palabra escrita *Raupe*⁴⁵⁰ [oruga] y completamente velluda. Cubrí de nuevo la caja y la dejé cerrada así por un cierto tiempo otra vez. Cuando volví a mirarla por si acaso los gusanitos o pequeñas orugas habían perecido o se habrían trocado en algo diferente encontré que de todas estas oruguitas se habían formado pequeñas avispidas negras que en parte estaban sentadas sobre las hojas mientras otras salieron volando de la caja. Yo me ocupé en seguida de colocar una buena cantidad de estas hojas o *pencas* en mi huerta posterior.

De cómo se saca el gusanito de la *grana* y se prepara

Hago un ensayo con una *cochinilla*

449 / O sea el término latino de «miriópodos» del ciempiés.

450 / Esta palabra tiene 8 mm de extensión en su grafía en el original.

Por toda la anchura de la huerta posterior coloqué estas hojas en línea recta a distancia de seis pasos una de otra. A los dos años ya crecieron a altura de un hombre y tenían muchas hojas en cuyo derredor volaban semejantes avispiditas negras; en esto yo vi que éstas eran las trabajadoras y elaboradoras de la *grana* y *cochinilla* y obtuve poco a poco una buena cantidad⁴⁵¹ de *cochinilla*. Si el año no es muy húmedo, se obtiene en la estación en que debe recogerse la *cochinilla*, una buena cosecha. Pero si cae mucha lluvia no se debe esperar mucho, pues la lluvia lava mucho, y [la cochinilla] comienza a podrir.

Notegogzco, una fruta silvestre

Es también muy común al lado y dentro de los bosques otra planta herbácea, que los *mocovíes* llaman *Notegogzco*. Esta está echada por el suelo [en forma] como largos chorizos verdes y se extiende mucho; está en todo el derredor completamente velluda por pequeñas púas algo parduscas delgadas y flexibles. De vez en cuando brotan de estos choricitos verdes unas grandes flores coloradas, luego crece una fruta roja muy alta que en todo derredor tiene [como unas] verrugas rojas; debajo de la cáscara la fruta es como una pequeña bola de nieve, completamente acuosa mezclada con redondas semillas negras; tiene un sólo sabor a agua pero muy fresca y refrescante cuando se come. Más tarde supe por los *misioneros* de la *California* que la fruta tenía allá un gusto agradable y dulce y era una de las mejores frutas de *California*.

Tazes o Lobagyo

Se encuentra también una fruta semejante a una gran pera completamente verde, no es lisa del todo sino completamente rugosa: los españoles llaman *Tazes* [tasi]⁴⁵² los *mocovíes* *Lobagyo*. Esta planta *paracuaria* no crece sobre los árboles sino que su tronco es como una planta corriente al igual que el *Nachtschatten* [solano] o campanilla española. Ella se retuerce en derredor de los árboles o también por los arbustos; si se corta la fruta o también unas hojas, mana una leche blanca y muy pegajosa. Adentro tiene muchos cientos de hebrillas colgantes como de seda blanca, en cada una hay pegada una semilla alargada; cuando ésta madura, tiene un color amarillo pardo. En las pequeñas y aun tiernas peritas la semilla es blanca y se come junto con la cáscara. Cuando la fruta está ya pasada de tiempo, se come sólo la cáscara, se desecha la parte interna porque entonces ya es amarga y astringe la boca. Cuando se come mucho de esta fruta, arden mucho los labios a causa de la leche que queda pegada contra los labios; en lo demás la cáscara de esta fruta es algo dulce. Yo la he hecho cocer en agua y la he comido mezclada con vinagre y aceite como una ensalada.

Granadilla

Hay otra planta herbácea que gusta crecer debajo del arbusto, se levanta sobre él

451 / Dobrizhoffer en su primer tomo refiere bajo el título de *Cochinilla*, que el P. Juan Marchisetti, oriundo de Fiume, realizó en la *reducción guaraní* de Nuestra Señora de Santa Fe unas grandes plantaciones y las propagó entre las demás *reducciones*. El cultivo en forma de cercos dió seguridad a las *reducciones* y un buen provecho económico.

452 / La *Morrenia brachystephana* conocida como tasi. Según la *Fitotecnica* de Dalmiro S. Adaro (pág. 20), su materia fibrilar, colocada en las colas del quirquincho, sirve aún hoy día a los campesinos del noroeste para yesca.

y se enreda en su derredor. La flor es blanca y redonda, extiende sus hojas en derredor igual a un *círculo*; la punta de las hojas es dentada, tiene cerca del centro en derredor unas hebrillas azul violetas como un nimbo. Del centro surgen tres tallitos blancos de una pulgada de alto; en la punta de arriba tiene un botoncito amarillo limón semejando tres clavos que chocan entre sí con las puntas hacia abajo, el nimbo azul violeta representa una corona por cuyo motivo los españoles llaman *Flor de la Pasión*⁴⁵³ a esta flor o *Passionsblume*. La fruta crece hasta el tamaño de un huevo de gallina; la cáscara que es muy delgada, tiene un color muy anaranjado. En el interior se encuentran los más bellos granos de un rojo subido como la cáscara de un grano de la *momordica* [balsamina]⁴⁵⁴, que también están cubiertos por un cuerito jugoso. Los *indios* comen con gran placer esta fruta —pero el gusto desemeja mucho con la hermosura— que se llama *granadilla* por los españoles porque en su interior está llena de granitos colorados iguales a las granadas y tiene un gusto si bien algo dulce muy silvestre.

He encontrado otra fruta cerca de mi *reducción* en los bosques que crece en arbustos al igual a nuestras *Mehlweisen* [sauquillo]⁴⁵⁵ en nuestros países; es de color rojo, tiene mucha carne y un sabor dulce. Los *indios* majan esta fruta junto con los granos, hacen como unos *Golatschen*⁴⁵⁶ o panecillos, los dejan secar al aire y los comen por parte en manera de absorber lo que es carne y escupir los granos mojados.

Cotoque

Yo admiré también una fruta que a más o menos cuarenta leguas de mi *reducción* hallé muy frecuentemente en los bosques y me pareció por su gusto ser seguramente *ananás*. Yo vi manchones enteros, grandes y extensos sobre los cuales crecía únicamente esta fruta. Las hojas entre las cuales crece en el medio esta fruta sobre un largo tallito de un buen dedo de grueso, son en la figura iguales a las hojas de *ananás*, pero la fruta no es alargada como los *ananás*, sino redondas como una pequeña bola de bochas, tienen flores amarillas, arriba una coronilla; la cáscara exterior se monda, se corta en forma de rebanadas⁴⁵⁷, lo interior se polvorea con azúcar, tiene el verdadero gusto agridulce como el *ananás*. En las huertas en *Paracuaria* se poseen también las más exquisitas plantas de *ananás*, infaliblemente de mejor gusto y agrado que en nuestros países pues el arte de la jardinería bien debe ceder cuando la naturaleza tiene preferencia, especialmente allá donde la condición de la temperatura celestial contribuye mucho.

Ananás

Los *ananás* se plantan desde la corona de la fruta, pues ésta consiste en puras plantitas que una vez cortadas se colocan en la tierra como yo mismo lo he hecho en mi huerta, pero se produce tarde la fruta que no se debe esperar antes de a lo menos cuatro a cinco años. Los españoles la llaman *piñas*⁴⁵⁸ pero los *indios guaraníes*: *Patobas*.

453 / La «pasionaria» de varias especies.

454 / Los balsaminos o brincos, *Balsamine impatiens* L.

455 / *Sorbus aria* Crantz.

456 / También *kolatschen* (buñuelos).

457 / *Blattelweis* (*blättelweis*).

458 / Paucke representa con dos enes la ñ castellana, por no existir ésta en las letras alemanas.

Hay que tener cuidado en comer moderadamente estas frutas pues son muy refrescantes y suelen enfriar poco a poco al estómago hasta no ser capaz de digerir otro alimento.

Quinoa

De la fruta *quinoa* se comen en *Paracuaria* dos diferentes clases⁴⁵⁹: la primera que crece en todas partes en este valle *Chaco* se llama *quinoa de la tierra*. Esta es usada para la lejía cuando se fabrica jabón y es excelente para ello. Se corta, se coloca en montón, debajo de él se pone el fuego y se quema a ceniza; ya en la ceniza se encuentran pedazos enteros de sal conglomerada; de la ceniza se forma una lejía fuerte y muy útil para jabón. La otra *quinoa* se planta y se llama *quinoa de Castilla* esa crece a la altura de un hombre, el tallo tiene el grosor de un fuerte pulgar, tiene en todas las ramas y especialmente en la punta del tallo grandes mazorcas de semillas blancas; muchas plantas dan un cuartillo entero de semilla que es blanca y se asemeja a pequeños gusanitos blancos estrujados en redondo [enroscados]. Cocida con agua y grasa pero aun mejor en leche es muy agradable de comer y muy conveniente para la salud, especialmente cuando la lejía comienza a pudrirse; basta dar para bebida usual el agua en la cual la *quinoa* se cuece, entonces el enfermo encuentra remedio. Yo lo he probado en un *indio* de nombre *Juan Enaqueitin* que había estado acostado enfermo por dos meses en la ciudad de *Santa Fe* [y] había usado muchos remedios, pero sin mejorar. Su expectoración era tan fuerte que él escupía diariamente más de una palangana llena; parecía no haber esperanza de una mejora; por lo tanto él regresó a la *reducción* a esperar allí la muerte. Yo recordé de lo que había oída referente a la *Quinoa de Castilla* que ella tenía poder de sanar los podridos internamente. Yo había plantado bastantes en mi huerto. Le di diariamente el agua, pero para comer la *quinoa* cocida como en una gacha [papilla]. El *indio* se encontró muy bien a los pocos días y al corto tiempo estuvo curado, animado y sano.

Hago una cura con ella

Azafrán

El *azafrán paracuario* es rojo amarillo, no tiene sabor, da sólo una sopa amarilla, pero sin embargo es sano. Los españoles llaman este *azafrán alazor*⁴⁶⁰. Él crece en un arbusto de una vara de alto que tiene muchas ramas erectas con muchas hojas verde-oscuras; cada hoja tiene en la punta una púa. Las hojas tienen un largo de un medio dedo y un ancho de una pulgada; en cada rama hay una flor amarilla que tiene abajo un botón; en éste se halla la semilla que es blanca y tiene el tamaño de la semilla del girasol⁴⁶¹ o *solsequia*⁴⁶². Los españoles llaman a esta flor: *Mirasol*. La flor se parece a una pequeña flor de cardo, no tiene hojas sino que sólo brotan cortas hebritas amarillas que se arrancan, se tuestan y se guardan para el uso. La semilla se cuece y el agua proveniente de ahí se bebe; es muy buena para el pecho, lo purifica por la expectoración y saca también la flema por la evacuación.

459 / La primera *Chenopodium hircinum* Schrad; la segunda cultivada *Chenopodium Quinoa* L.

460 / Es el falso azafrán *Carthamus tinctorius*.

461 / *Sonnenblume* en el original.

462 / *Solsequia*, nombre latino sinónimo del griego *heliotropos* o sea el que gira al sol. Paucke demuestra su conocimiento del griego.

Yo tenía bastante mostaza en mi huerto; los españoles llaman *mostaza* al «Senf»; ella crece también dos varas y media de alta. El tronco es también de un grosor de dos dedos, tiene muchas ramitas delgadas en las cuales crecen puras vainitas, alargadas, redondas *sutiles* en donde se encuentra la semilla. Yo tenía anualmente abundante semilla de mostaza; el que en *Las Indias* es aficionado a la mostaza, la planta él mismo; tampoco he oído que allí se haga algún comercio con ella.

Sinapis o mostaza

También se plantan campos enteros con cañas de azúcar, especialmente en la región de la ciudad de *Paraguay* o de la *Assumption* como también junto a la ciudad de *las siete Corrientes* sobre la cual ya he escrito. También el tabaco se planta en mayoría en esta provincia superior del *Paraguay*⁴⁶³ hacia el *Norte* como también en las antiguas misiones de los *guaraníes* o también en las nuevas hacia *Tucumán*. Unos años antes del que tuvimos que salir de *Las Indias*, se comunicó por orden real a todas las *misiones* de los pueblos nuevos que se ocuparan en plantar el tabaco en todo terreno que se hallara apropiado para él y lo enviaran a España contra buen pago; esto se realizó también y por el celo de los *misioneros* se *fabricó* también tabaco *brasileño*⁴⁶⁴ y se envió a España.

Cañas de azúcar

Las cañas de azúcar crecen en la figura como las cañas del trigo turco, también más altas que éstas. Se plantan en el modo como he escrito de la *mandioca*. Como las canas tienen en todo [su largo] botones y divisiones, se corta la caña en pedazos de manera que en el centro de los pedazos cortados quede siempre un botón. Así se ponen en la tierra preparada, se cubren y de estos botones brotan las matas que desde la tierra crecen a lo alto; las hojas no son tan largas ni tan anchas como las del trigo turco. Se cortan las cañas de azúcar después de haber llegado a la madurez y se pasan aún jugosas por entre dos rodillos que se hallan en una máquina y se impulsan y prensan como en un molino. Tal máquina se denomina por los españoles *trapiche*⁴⁶⁵. Los rodillos aprietan tan estrechamente como los rodillos en una imprenta de imágenes. Basta colocar contra ellas la caña cuando ya la toman, la pasan por entre ellos y exprimen todo el jugo. Para captar este jugo hay debajo una gran olla de cobre. Este jugo se hierve fuertemente luego y se lleva a la *subsistencia*; primero se extrae por el hervor lo más fino de azúcar de que se hace el azúcar blanco y que no se bate en conos como se *fabrica* en nuestros países el azúcar de *Canarias*, sino que permanece *in grano* como aquí la sal y se llena en bolsas de cueros para la exportación.

Cómo se plantan

Se prensan

Los portugueses en el *Brasil* fabrican grandes *cantidades* de esta azúcar y la exportan a *Europa* donde se pone luego en formas y se endurece, pero en *Las Indias* queda sólo unida como la sal. Por ello los portugueses usan una astucia y un fraude, pues ellos mezclan entre esta azúcar una buena *cantidad* de *harina pao*, la harina de la *mandioca* que es blanca como azúcar. Este fraude no se apercibe hasta que se la usa pues la harina flota arriba en seguida. Después de este azúcar blanco queda la parda

463 / i. e. de *Paracuaria*, tomando como base la ciudad de Buenos Aires.

464 / O sea de mascar.

465 / *Trapitche* en el original, por error de copia de *Trapitsche* a la alemana.

que los *guaraníes* llaman *Azúcar Pé*. En *Las Indias* la *arroba* se vende por tres *pesos* o en nuestra moneda por seis R. [rixdales] pero la blanca aun por ocho R. [rixdales]. La *arroba* en peso es igual a un *Stein* y según nuestro peso es igual a veinticinco libras. Así la libra a seis R [rixdale] llegará de paso allí a más de 14 Kr. 1 &⁴⁶⁶ si no me he equivocado en mi cálculo. Después que el azúcar ha sido hervida definitivamente, hace una miel pardo obscura que es como un jarabe en el color, pero dulce como la miel. Las cañas exprimidas se usan de nuevo y ellos hacen de ellas un fuerte aguardiente que los españoles llaman *cachaza*.

Dos clases de tabaco en *Paracuaria*

Cigarros o cigarrillos españoles para fumar

El tabaco es excelente en *Paracuaria*; el primero [de las dos clases que existen] crece con hojas tan grandes como en nuestros países, el otro⁴⁶⁷ de hojas doblemente grandes que tienen más de dos cuartos de vara en longitud y más de un cuarto de vara en anchura se llama por los españoles *Tabaco de hoja*. Los españoles forman unos choricitos de un largo de un cuarto de vara y un grosor de un meñique que se hacen de una hoja arrollada. Ellos colocan entre la hoja arrollada algunas semillas de anís. Pero para que la hoja no se quiebre al ser arrollada mojan la hoja seca con algo de saliva de la lengua, así queda muy bien unido este choricito de tabaco; lían siempre una docena de éstos para la venta. La manera de fumar sin una pipa tabaquera es muy buena y también muy cómoda. El español enciende este cañito de tabaco en una punta, lo toma entre los labios en la otra punta, aspira el humo y a su tiempo desecha el carbón ardido [ceniza]. Este *cigarro* arde así despacio sin apagarse hasta estar ardido a una pulgada distante de la boca. ¿El español desecha acaso lo restante? No, él apaga el fuego bien sea con los dedos o lo restrega contra una pared o en la suela del zapato; el pedazo sobrante que aún es bueno se conserva y se corta con el cuchillo como se corta el tabaco para la pipa tabaquera. Luego colocan el tabaco cortado en esta forma dentro de un papelito de un dedo de largo que a lo ancho tiene una pulgada, lo unen arrollándolo, lo encienden y lo meten en la boca para fumarlo. A éstos llaman *cigarrillos*, de los que los españoles hacen muchas docenas para la venta⁴⁶⁸.

Desayuno español en día de fiesta

Aquí viene a mi memoria lo que se acostumbra en España y especialmente en *Las Indias*. Cuando un convento o un *Collegium* celebra la fiesta de uno de sus santos de la orden, todos los dicen en la iglesia la santa misa y también otros buenos amigos seglares del convento cuando ya han hecho su devoción, son llamados al convento e invitados a un cuarto determinado donde se les sirve un manyar que los españoles llaman *desayuno*. El desayuno consiste en *chocolate*, buen *rosoli* y tales *cigarros* de tabaco para fumar. El que toma rapé con placer o gusto también del tabaco para fumar, puede entrar en un tal cuarto, él tendrá la nariz llena de tabaco que creará que ha de ahogarse. Yo he visto españoles que excepto durante la comida tenían continuamente

466 / Abreviatura ilegible que reproducimos mediante «&».

467 / Lozano indica el cultivo de dos clases de tabaco entre los *abipones* y las denomina blanca y negra.

468 / El uso del cigarro y el cigarrillo, ya corriente en la península Ibérica, se desconocía en Europa aún en los últimos años del siglo XVII (Brockhaus).

el *cigarro* en la boca; ellos me confesaron también francamente que no les era posible contenerse; ellos llaman este hábito *vitium*; por eso cuando ellos tienen semejante hábito en cualquiera *materia* que fuere dicen ellos: *ya es mi vicio. Es ist schon meine Gewohnheit* [hábito]; otros podrían traducir al alemán: *Es ist schon mein Laster* [vicio].

Los *indios* fuman y mascan tabaco. El fumar no ha sido tan usual entre mis *indios* como el mascar; después de haber tenido entre mejilla y maxilar durante todo el día una bola de tabaco mascado, tienen que poner una [porción] recientemente mascada en la boca antes de ir a dormir. También es admirable lo que una vez me dijeron los *indios*: que ellos tragan especialmente por la mañana temprano el jugo del tabaco mascado y que éste les servía contra la flatulencia que les causa la indigestibilidad y el jugo estomacal; ellos aseguraron también que este jugo [de tabaco] les ayudaba en la digestión. Generalmente cuando los *indios* fuman se contentan con unas cuantas aspiraciones; en pocas ocasiones hacen salir el humo por la boca; ora lo tragan, ora lo pasan por la nariz.

Ellos usan poco el tabaco mediante *cigarros* sino que ellos mismos se hacen unas pipas tabaquetas, ora de madera ora de arcilla quemada o también de una cañita cortada a tal fin. Cuando ellos usan una de éstas y están sentados en reunión, aquel que quiere ofrecer un obsequio debe hacer el obsequio a todos cuantos sean mediante algunas aspiraciones; luego pasa la pipa en rueda de uno a otro aun si estuvieren sentados en reunión unos veinte en *círculo*. Pero las pipas tabaquetas de los *indios* son completamente diferentes a las que nosotros usamos en nuestros países. Una figura sola es [forma] la yuxtapuesta +. La [del dibujo] superior —en la cual hay un pequeño agujerito— es en realidad ancha pero no redonda y a ésta la toman en la boca; [en la figura del dibujo de] abajo se contiene el tabaco. La otra pipa tabaquetera⁴⁶⁹ se la hacen pronto mediante dos cortes en un pedazo de caña de un dedo de larga, [cortan] lisamente la redondez que toman en la boca, el otro corte se hace al sesgo como si yo hiciera de un canuto de pluma un mondadientes cual en esta figura. (+)

De hojas pegadas entre sí y ya secas hacen líos al igual como el *Saint Omer*⁴⁷⁰ o el *rapé* de Estrasburgo, arriba gruesos, abajo puntiagudos, pero más gruesos y líos tan gruesos que los españoles llaman *manojos* que arriba en el grosor no pueden ser abarcadas con dos manos aun por un hombre de dedos largos. Los líos del tabaco más chico son mucho más angostos, [hay] también algunos que se pueden abarcar con una mano. Los líos no han sido atados con «spagat» [hilo]⁴⁷¹ sino de una manera muy elástica y fuerte con una clase de paja o filamento.

469 / Se trata de una descripción elíptica y tal vez mal copiada. En el cuadro marginal hay que considerar cinco elementos: dos cruces de llamada y tres dibujos. La primera cruz abarca dos dibujos que deben contemplarse como uno solo. La segunda cruz entre paréntesis se refiere a la última figura. Ambas cruces se escribieron también como llamadas en el texto original. El segundo dibujo copiado tal vez al revés completa la figura de la primera pipa. El traductor se abstiene de dar opinión definitiva sobre ambas pipas por carencia de más amplios datos.

470 / Tabaco para picar, mascar o en rapé.

471 / Modismo de la Alemania del sur proveniente de la voz italiana «Spago» (hilo bramante).

Pipas de tabaco indias



Cómo se lía el tabaco

Manera de preparar tabaco del Brasil

De este tabaco así liado aunque es de hojas secadas, puede prepararse ahora también un sabroso tabaco para mascar de modo que se iguale mucho al *brasiliano*. Como todos los peciolos de las hojas están arriba en lo grueso del lío se recortan los despuntes completamente igual; después cuando el tabaco ha sido despuntado y recortado, se vuelca miel adentro la que penetra de tal modo en todo el lío y lo hace tan sabroso que se imagina tener en la boca un tabaco del *Brasil*. Yo mismo lo he probado y lo hubiera supuesto un tabaco del *Brasil* si yo mismo no lo hubiera *fabricado*.

También ya se ha empezado en el *Paraguay* desde hace muchos años a fabricar el tabaco del *Brasil* por orden del rey y con buen progreso han sido remitidos también muchos *Cent* a España que enviaron en parte el contorno de la ciudad *Paraguay* (Asunción)⁴⁷² en parte también la nueva *reducción Miraflores* del costado *Oeste* del *Paraná*. Se creía que el tabaco del *Brasil*, se podía preparar solamente del tabaco que ha crecido en el *Brasil*; por una parte es cierto y verdadero en cuanto concierne a lo material; el tabaco debe haber crecido en el *Brasil* para ser llamado tabaco del *Brasil*, pero lo que concierne al sabor, la *calidad* y la preparación se puede preparar también en nuestros países todo tabaco como un tabaco *brasiliano* para que en el sabor y su aspecto exterior parezca ser un verdadero tabaco del *Brasil*. ¿Qué tabaco sorben [como tabaco de rapé] en nuestros países los aficionados al tabaco *brasiliano*? ¿acaso al verdadero tabaco *brasiliano*? Pudiera ser si él no fuera oriundo de Sajonia. Si los sajones de su tabaco pueden hacer un *brasiliano* aunque él no ha crecido en el *Brasil* ¿por qué no [se puede hacer] también uno del tabaco húngaro al igual como en *Paracuaria* se *fabrica* el tabaco sin que él haya crecido en el *Brasil* y tiene también su buen *efecto* y operación de tabaco? Para⁴⁷³ preparar tabaco *brasiliano*, se cosechan las hojas aún verdosas y se las deja marchitarse y debilitarse algo; también se quita el peciolito céntrico de la hoja. Luego mediante retorcimiento se unen las hojas como en una soga; para recoger el jugo que a causa de la torcedura cae de las hojas, se colocan debajo uno o varios baldes. Cuando la soga de hojas torcidas está lista se la unta de nuevo en todas partes con el jugo destilado o aceite de tabaco y se hace embeberse a la soga de tabaco retorcido hasta tanto sea lo suficiente. Luego el tabaco se lío en derredor de un palo redondo al igual del tabaco de fumar. El palo puede ser más grueso o más delgado en su redondez según se desea, [y] se le coloca a la sombra. [El tabaco] se envuelve o desenvuelve por muchos días hasta quedar seco, sino comenzaría a podrirse si fuera guardado estando aún demasiado húmedo. Los portugueses por lo general sorben [en rapé] el tabaco *Brasil* en hojas sin macerarlo sino que tuestan las hojas sobre un latón o también en una olla nueva, lo pulverizan y lo usan para sorberlo [como rapé]. Él es fuerte pero no era para mi gusto porque olía como a quemado.

El tabaco crece del mejor modo en bosques donde los árboles se talan en la extensión que debe tener el campo de tabaco. Los españoles llaman tal campo *roza* derivado

472 / Según Azara (*Viaje a la América Meridional*, tomo I, capítulo VI), el cultivo del tabaco se atrasó desde 1779 a cansa de los derechos fiscales.

473 / El original trae la voz de *num*, que debe leerse *um*.

de la voz rozar que denota talar, *rozar un monte* o una *selva: einen Wald aushauen*. Ellos dejan estar acá y acullá en este sitio talado algunos arbolitos chicos o colocan algunos palos altos, cuelgan en ellos las yemas en las cuales se halla la semilla de tabaco por los cuales la semilla se desparrama por acá y acullá por el viento sobre la tierra arada lista y así brotan las plantas. Las plantas se colocan luego en orden sobre este campo. Hay que advertir que las plantas se trasplantan en la mejor forma al tiempo en que cae una pequeña lluvia en el modo como se dice en nuestros países: *es stöbert*⁴⁷⁴. El español dice: *garuar*. Las plantas trasplantadas en semejante tiempo son las más seguras. Antes de que se prepare el campo es lo mejor que se quemen todas las hierbas, totoras y arbustos; sus cenizas son un buen abono. La flor del tabaco es rojiza; también he visto muchas amarillas. Yo no estimo este informe como el más perfecto pues los *misioneros* que han vivido en los mejores campos tabacaleros y en el cultivo del tabaco son más peritos por la constante experiencia pueden dar información más precisa al respecto. Yo en realidad he plantado también tabaco pero no con todas las dichas condiciones aunque asimismo ha dado un buen resultado.

Como los *indios* son tan amantes del tabaco, no tanto de fumarlo como de mascarlos muchos de ellos por lo general llevan continuamente consigo tabaco en una bolsita larga pero angosta que los españoles en *Paracuaria* denominan *Chuspa*. Otros tienen además de esta *chuspa* todavía un cuernito de un dedo de largo [en el lugar] donde llevan atado sobre el hombro su manta o capa de nutria el cual [cuernito] pende del hilo o correíta de atar; en éste guardan el tabaco ya mascado y mezclado con sal; sacan de tiempo en tiempo una especie de bola de tabaco y la meten en la boca. La mencionada *chuspa* es de la piel del pescuezo del avestruz.

Cuando un *indio* visita a otro, éste le obsequia con un pedazo de tabaco mezclado que ya una vieja, ya la misma dueña de casa, mascan, aliñan con sal, la mezclan con él en la mano, escupen varias veces sobre él y lo amasan bien; reparten luego por pedazos a los visitantes que en seguida lo meten en la boca. ¡Cada cual puede imaginarse qué *delicadeza* apetitosa, hedionda y aseada será ésta! Ocurre también generalmente cuando se encuentran que uno pida tabaco al otro como ocurre entre nosotros con el tabaco rapé. Entonces el indio mete en seguida el dedo a la boca retira el pedazo de tabaco, saca una parte y la alcanza al otro que la mete con *apetito* en su boca. En nuestras *misiones* donde aún no se planta tabaco, es una cuestión difícil mantener el pueblo con tabaco porque durante el año se gastan muchos *Cent* [quintales] y los *indios* y también *Las Indias* lo apetecen con avidez. Al principio pedían diariamente tabaco de mascar, también sal para agregarle hasta que yo comprendí finalmente que la existencia no alcanzaba; por eso determiné que durante la semana sólo por dos veces se buscara tabaco: los domingos después del servicio divino donde recibieron también una cucharada de sal para él y los jueves en que se les daba sólo un pedazo de tabaco.

Ceremonia
tabaquera india

474 / «Cae un chubasco». La siguiente ortografía de «garruar» pertenece al original.

CAPÍTULO VII

De otras plantas terrestres en el Paraguay

Sobre el algodón en América

En *Paracuaria* se cultivan dos diferentes [clases de] algodón: la primera blanca, la otra pardo clara pero no tan clara como parda. Yo tengo la experiencia que las extensiones de algodón recién plantadas han dado buen rendimiento hasta al séptimo año. También me parece que la semilla de algodón de América fuera notablemente más grande que la que se halla entre el algodón de Turquía. Lo mismo que yo desde mi juventud he tenido un gran contento y placer en semejantes ensayos y experiencias, tanto en el cultivo de semillas como en las metamorfosis de los *insectos* o sabandijas y otras semejantes curiosidades, he tratado también en toda la manera posible cuando estuve en Ollmuetz de obtener algunas semillas del algodón turco y plantar en macetas de flores. Aunque yo con respecto a la semilla había imaginado firmemente que ella estaba pasada de años, sin embargo donde el fracaso no daña y no acarrea pérdida consigo, puede aguantárselo pronto, especialmente si sólo es una curiosidad. Yo tuve entonces ni buena ni mala suerte; la semilla sembrada debería contar ya algunos años secos. La semilla *india* hace lo mismo cuando a algunos años más allá de su capacidad de dar fruto no se la echa en la tierra. ¿Qué ocurre pues en *Paracuaria* cuando se quiere plantar el algodón? La tierra se labra bien y prolijamente en cruz [y] se rastrea; luego se hacen los surcos para la semilla en esta forma: un surco queda distante del otro a lo ancho a alrededor una vara, también más. Tanto a lo largo como a través del campo donde los surcos se cortan en cruz, se echa ahí la semilla, más o menos tres o cuatro granitos, se aprieta un poco con el pie y se tapa muy delgadamente con tierra, pero la semilla debe ser limpiada bien de las motitas blancas que están pegadas firmemente en la punta de la semilla y ser ablandada en agua por alrededor de veinticuatro horas. Cuando la semilla ya brota por sobre la tierra no hay mucho que hacer todavía hasta que tenga más de dos hojitas, entonces ya hay que arrimar tierra a la planta. La primera figura de la planta cuando ella empuja por sobre la tierra es ésta [aquí el dibujo fjp]; cuando el tallo crece que ya ha pasado a una vara de alto sobre la tierra, se le arrima bastante tierra, se lo deja crecer. Muchos suponen que el algodón crece de un árbol porque es llamado *Baumwolle* [lana de árbol en alemán] pero es sólo un arbusto cuyo tallo tiene un grosor de un buen pulgar y crece a la altura de un hombre. La florescencia o es amarilla como limón o azufre o también de naranja y algo rojiza, tiene cuatro hojas y forma una flor como los lirios azules; ahí brota en el centro un verde botoncito puntiagudo que poco a poco llega a tener el tamaño de una nuez; tiene más o menos tres o cuatro divisiones que se abren de por sí cuando el algodón ya está maduro adentro y empujan para afuera el algodón con la semilla que aún se halla pegada en la cáscara y es agradable ver cómo los motones blancos penden de sus botones. Se debe cuidar diariamente de juntar el algodón, especialmente cuando amenaza una lluvia sino la lluvia baja al algodón y este comienza a podrirse en la tierra. Aunque el algodón

Cómo se cultiva el algodón

Cómo se cuida

Cómo crece

parezca estar suficientemente seco debe colocarse sin embargo por uno o dos días bajo el sol antes de ser embolsado para que pueda secarse muy bien. Yo estuve muy empeñado en plantar campos enteros, especialmente en la nueva *reducción* del Santo *Petri* que yo he fundado en el año 1766. Yo obtuve el primer año ochenta u ochenta y dos *Stein* [arrobas] de algodón; el *Stein* [arroba] a veinticinco libras y el valor de este *Stein* que los españoles llaman *arroba* se pagó a tres *pesos* equivalentes a *taler* duros, éstos son seis Rixdales. A su vez es una buena ayuda para alimentar los *indios*, vestirlos, proporcionales lo necesario y pagar al rey el *tributo* por ellos y en su lugar. Una cosa ayuda a la otra y jamás me fue difícil pensar en nuevos hallazgos para socorrer a la *reducción*. Para realizar estos hallazgos el *misionero* en realidad no puede tener un tranquilo cuarto de hora en su vivienda, justamente porque el *indio* es un haragán tan terrible [y] en su vida jamás ha ejercido un trabajo útil ni ha sido ejercitado [en él]. Sin embargo lo que en tales *misiones* hay que atender y mayormente propender debe ser lo espiritual y cristiano para que los indios sean instruidos especialmente en la Fe y manera de vivir cristianas para lo cual yo había fijado las horas de la mañana y de la tarde. En la ocasión ya informaré de aquí en adelante con cuánta fatiga y por qué causas he debido empeñarme para atender dos *reducciones*.

A qué precio se vende

Escuchemos otras cosas más del cultivo del campo y de los arbustos del algodón. Después que el algodón ha sido recogido, quedan en pie los arbustos hasta el otoño que comienza en marzo; entonces los arbustos se cortan a poca altura por arriba de la raíz y se cubren con tierra. En nuestros países sería preciso que a causa del frío demasiado grande se echara encima algo de guano si bien yo dudo que el algodón llegara a madurar en los parajes de mayor frío hacia el *Norte* aunque los arbustos crecieran y produjeran sus botones. Podría ocurrir en las provincias de más calor como Hungría, tal vez también en Austria; sería cuestión de probarlo. La semilla podría obtenerse bien en España porque se transportan muchos *Cent* [quintales] de algodón junto con la semilla desde *América* a España. Los arbustos así cubiertos quedan debajo de la tierra hasta la primavera en el mes de *Augusti*, entonces se rasga la tierra a ambos lados mediante el arado de manera que la tierra caiga bien contra las plantas; no hay necesidad de hacer ya otra cosa sino dejar crecer [la planta] de nuevo. Esta atención debe realizarse todos los años. Un campo de cultivo semejante puede conservarse por más de siete años. También puede conservarse por más años si uno se ocupa en arrancar siempre la raíz en cada primavera si acaso alguna que otra planta pereciera y colocar en su lugar una planta nueva.

Lo que hay que hacer en otoño

En las antiguas *misiones* de los *guaraníes* se planta también arroz pero él no prospera tan bien sobre el campo libre como en el terreno húmedo; por esto los *misioneros* hacen labrar con el arado grandes lagos secados y lagunas, sembrar ahí el arroz que prospera mucho mejor que a campo libre a causa de que estos lagos no demasiado hondos conservan por más tiempo y mejor la humedad. El arroz crece en panojas bajas al igual del mijo⁴⁷⁵ o como se dice en otro modo la papilla⁴⁷⁶ pero los granos desnudos cuelgan de las varitas como la avena sin otra corteza o vainas que sólo la que está firmemente pegada contra el grano.

Lo que [se hace] en primavera

Sobre el arroz

475 / *Hirsche* o *hirse*.

476 / *Brey* (*brey*, antonomasia de mijo). Dobrizhoffer (tomo I, bajo arroz), pondera las abundantes cosechas de arroz en las *reducciones guaraníes*.

Mijo

Del vino

Casi habríamos olvidado la vid. La vid crece también muy bien en *Paracuaria* en todas partes. Yo mismo había formado en mi jardín un camino cubierto por completo por sarmientos que había sido trazado por el centro de toda la huerta como yo había plantado también en la nueva *reducción* del Santo *Petri* otro pasillo o camino que en seguida en el primer año ha producido acá y acullá sus racimitos pero aún incapaz de madurarlos. En todos los jardines de *Colegios* y en las ciudades del país se encontraban bastantes vides. El *Collegium* en *Córdoba* como también el *Collegium* de la *Rioja* tenían a su lado grandes viñedos y lagares. El *Collegium* de *Córdoba* tenía suficiente vino durante todo el año para él y sótanos bien construidos. En la ciudad de la *Rioja* tenían también ventas de vino y buena exportación hacia otros *Collegios* y ciudades de *Paracuaria*. Por lo general en las otras ciudades nadie se ocupa de viñedos y buenos sótanos pero como la ciudad de la *Rioja* no daba abasto para proveer de vino a una y otras dos ciudades tuvo que ser importado la mayor parte desde el reino de *Chile* el cual reino produce casi todos los frutos que tenemos en *Europa* y los exporta al *Paraguay*⁴⁷⁷.

Como ahora existen tan pocos sótanos en *Paracuaria* [y] ni tampoco ni cualquiera se halla en condición de establecer viñedos sino que todos se dedican más bien al comercio [con el vino] que a su cultivo no se debe extrañar que se encuentre tan poco vino en *Paracuaria*. Si ellos quisieren conservar vino como en *Europa*, éste se pondría agrio durante el año a causa del gran calor y carencia de sótanos. Por este gran calor el vino que en *Córdoba*, en la *Rioja* como también en el reino de *Chile* debe ser conservado, se hierva y se aliña con un *Syrup* [jarabe] de puras uvas sino habría bastante perjuicio para el santo sacrificio de la misa. Pero como el *Syrup* [jarabe] se cuece únicamente por uvas y no tiene ni una sola mezcla diferente, se usa este vino para el santo sacrificio de la misa.

En Las Indias todos los vinos se hierven, pero no en España

En nuestros países suele decirse que todos los vinos españoles que se remiten a otros países o a través del mar, se hervirían pero esto es un error. En España no conozco ningún otro vino que se hirviera fuera del que se denomina *vino de Peralta*; éste asemeja completamente en el sabor y el color al vino *chileno* y *paracuario* también es excelentemente mejor cuanto más tiempo yace en sótanos frescos y es agradable para beber y también se exporta a *Buenos Aires* en cajones enteros, canastos y barriles. Ninguno de los otros vinos en España se hierva en cuanto yo sé. Cuando nuestro *P. Procurator Ladislaus Oros* nos condujo en el año 1748 a *Paracuaria* había traído consigo algunas botellas del mejor [vino de] Tokay⁴⁷⁸ como experimento, éste se había descompuesto algo a través del mar pero era aún bebible y ya no tenía un color tan claro si bien en el gusto era bueno aún. Tampoco era de extrañar porque él había estado embotellado ya durante algo más de un año. Los mejores vinos que yo he gustado en *Andalucía* son primero el *Tintillo* de la *Rota*, un vino rojo, deliciosamente dulce y fuerte [agridulce] que no permanecía por mucho tiempo abajo sino que quiere salir

477 / Llama la atención que el autor escribe *Paraguay* en la antecedente oración y ahora *Paracuaria*, tal vez para dar el sentido justo de los países del Río de la Plata.

478 / Vino húngaro de renombre pero proveniente de una zona limitada.

pronto y rápidamente⁴⁷⁹: el vino *Xerez de la Frontera*, a dos leguas españolas de *Cádiz* y del *Puerto de S. María*; el de *Alicante* y *Málaga*. Todos estos vinos los hay en *Andalucía* junto con otros de los que yo tengo menos experiencia en ese país. Generalmente nos fue procurado en nuestras misiones por nuestro *Procurator* el vino del reino de *Chile* pero [éste] no se suministra en barriles sino en alargadas ollas de arcillas cocidas y vasijas. Como la ciudad de *Rioja* está situada al comienzo de la sierra *chilena* su vino es llevado por los mulares en bolsas de cuero empegadas en su interior que los españoles llaman *udres*⁴⁸⁰.

El vino que se suministra en vasijas de barro desde *Chile* a *Paracuaria* es muy caro. Sobre un carro se cargan veinte de tales vasijas que son bien forradas con carrizo espesamente tejido que los españoles llaman *Tотора*⁴⁸¹ y se llevan atadas en fila en ambos costados del carro; todas están aseguradas de tan buen modo que los golpes del carro no pueden causarles daños. Si en cada una de tales vasijas entra un cubo de vino y apenas puede haber más, ¿cuál será entonces el precio de una vasija semejante llena de vino? ¡De seguro en nuestros países uno se asustaría! nada menos que doce o trece pesos duros que son treinta y seis Rixdales. Por esto ocurre que se calculan para dos *misioneros* dos botellas de vino por semana para la misa y la mesa, ¡Una ayuda muy exacta para animar los espíritus de vida ante tales constantes trabajos y esfuerzos! ¡Si tuviéramos siquiera buena y fresca la apreciada agua! Pero qué cosa buena podemos esperar de lagunas del campo donde la mayor parte de las aguas ora hieden a barro ora están llenas de inmundicias. En las sierras se encuentran por cierto arroyos buenos pero a algunos cientos de leguas. Sin embargo el agua mala debe ser la mejor contra la sed aun si no lo fuere para la salud. A las vasijas de barro llaman los españoles *Botijas*.

En *Las Indias* no hay cultivo de lino ni de cáñamo⁴⁸² pero en las antiguas *misiones* los *misioneros* alemanes han hecho todo lo posible por procurarse lino desde nuestros países y cultivarlo allí. Sin duda no habrán recibido lino por cuartillas sino encerrado en una carta; bastan algunos granitos con los que uno podría sembrar andando el tiempo campos enteros. Yo he tenido ocasión de hacer una prueba; yo pedí una vez a un *misionero* alemán que él me enviara desde allá un cuarto de sextario de semilla de lino o linaza. Cuando la hube sembrado, nació una única plantita de cáñamo que pronto reconocí. Yo me alegré mucho por ella pero estuve en dudas porque no sabía de dónde era la semilla. Tampoco sabía si en las *misiones* se hallaría un granito de semilla de

El vino es muy caro en *Paracuaria*

En *Paracuaria* no hay lino ni cáñamo

De un granito obtengo en cinco años un celemín y medio de semilla de lino

479 / *hoch hinaus*. Es difícil dar sentido a esta frase que la versión traduce en esta forma.

480 / *Odres*. Según Lozano los *indios* hacían odres de cueros de cuisés para conservar la miel.

481 / Paucke especializa aquí la voz de *schilf* que nosotros tradujimos en ocasiones como «carrizo», pues con ella el idioma alemán designa a las plantas que crecen a orillas de lagos o entre los pantanos, especialmente las arundíneas, tipáceas y fragmíticas.

482 / Lozano expresa que ambos se suplían por el chaguar.

Me fabrico una
espadilla y un
rastrillo

¿Cuál es la planta
que en *Paracuaria*
sirve en lugar del
cáñamo?

De cómo lo
preparan

cáñamo. Ella comenzó a florecer, entonces la reconocí mejor pero sin embargo con alguna duda. Al fin echó los botoncitos y esperé la madurez. Entonces encontré la verdadera semilla. La plantita tenía una altura de más de una vara; guardé la semilla como oro. Al año siguiente eché toda la semilla en tierra bien preparada y obtuve alrededor de una pequeña jarrada. Hice igual al tercero [y] cuarto año, eché siempre toda la semilla y jamás malogré el cáñamo largo el que naturalmente no pude usar todavía para nada a causa de su escasez. Puedo confesar sinceramente en verdad que el quinto año yo había sembrado en el campo ya un celemín y medio. Como en cada año siempre acrecía más cáñamo, lo conservé hasta cierta *cantidad*, lo eché al agua, lo puse a secar como se acostumbra y me fabriqué una espadilla. ¡Oh, cómo me corría el sudor por todo el cuerpo! Labrar el cáñamo y hacerlo utilizable no debe ser una pequeña fatiga ni un placer. También me fabriqué un rastrillo; entonces comenzaron a sangrar mis manos pues metí por demás a lo hondo en el rastrillo cáñamo y manos y me pinché con la punta muy bien y prolijamente las manos, especialmente en los dedos. Yo vi que no me era posible trabajar el cáñamo para la condición más fina; lo dejé pues en forma como se le deja en gavillas después de espadarlo y lo empleé para componer mis barcas y buquecitos. No se puede describir cuán sangriento tributo de aprendizaje he debido dar frecuentemente en mis chapucerías, especialmente cuando tenía que manejar *instrumentos* cortantes y puntiagudos. El fuego tampoco me ha perdonado.

Aunque por lo general no se planta ni cáñamo ni lino en *Paracuaria*, no obstante los *indios* tienen una planta que ellos suavizan mediante el remojo que el cáñamo y en lugar de las espadillas mediante garrotazos y refregones e hilan. Los *mocovíes* denominan a la planta *Nocite*⁴⁸³. Los españoles *echaguar*. Ellos hacen de ella unos hilos tan fuertes que los zapateros en las ciudades los usan para trabajar como el cáñamo en Europa. En *Paracuaria* este cáñamo tiene un largo de alrededor tres cuartos de vara porque las hojas de la planta son más chicas. Hacia el *Perú* o hacia *Chile* este hilo terminado de labrar es muy blanco y también de un largo hasta de dos varas porque la planta es tan larga en sus hojas. He sido informado que este cáñamo largo se hace de las hojas más largas del *áloe*; la planta en *Paracuaria* no es otra que un *áloe* más chico.

Ellos echan las hojas al agua y las dejan podrir, entonces toda la carne se cae de las hojas y queda un tejido de red venoso y como enredado por completo. Este se quiebra y como tiene al igual del lino o del cáñamo un delgado cuerito [cortecita] de filamento, la parte interna se quiebra, cae para afuera de entre el cuerito y resta esta sutil substancia de filamento que se refriega bien y se hila. Las *indias* hacen de ella sus redes con las cuales en su estado de viudas se cubren la cabeza y la cara. También hacen de ella bolsitas largas en las cuales guardan sus tejidos de lana y las usan en horas de la noche como almohadas. He traído uno conmigo de *Las Indias* y he dejado para recuerdo en un convento de sacerdotes.

Aunque yo he compuesto para mí con toda diligencia en orden un registro de todas

483 / Paucke escribe por error *echaguar*, sino es que el copista copió mal la palabra *schaguar* de la ortografía pauckense. Es la *agave minúscula*.

las cosas de que quiero escribir no tengo la culpa si ello no obstante han sido omitidos muchos [puntos] que se me presentan fuera del orden a los cuales no me he referido anteriormente. No ha de ser inoportuno para mí si yo pido perdón al lector por diversas salidas realizadas para afuera del orden narrativo pues dar a veces durante el camino un paso para fuera de la senda, no será de seguro una falta tan grande como si de vez en cuando uno pegara a propósito un salto.

Debo informar sobre el trigo turco o *cucurus* que en *Paracuaria* se planta en una extensión mayor que todos los frutos de granos. Este trigo representa el pan de los *indios* y españoles americanos [criollos]. Yo me he ocupado especialmente en plantar campos anteros para alimento de mis *indios* porque yo he visto que ellos consumen en diversa manera este trigo turco aún verde en la leche [jugo] y también ya más maduro y lo comen de gran agrado. Debo confesar que yo también fui muy afecto. He cuidado y atendido muy bien estos campos [de cultivo]. Cuando la caña ya fuera de la tierra tenía la altura de un cuarto y medio [de vara]⁴⁸⁴ hacía uncir bueyes en el arado y tirar un surco con el arado a ambos lados de las plantas pero para que los bueyes en el camino no arrancaran ni comieran las plantas que muy bien podían agarrar con la boca, les hice bolsas de lienzo fuerte adecuadas y se las ataba en derredor de la boca o les hacía cerrar la boca con anchas correas para que no pudieran hacer daño alguno. Esta diligencia daba el fruto deseado; las plantas crecían por más de la altura de un hombre, la mayoría de las plantas tenían cuatro y también cinco espigas; tres era lo común; las espigas tenían a la vez casi todas un largo de un cuarto de vara pero otras eran tan largas que yo no pude pasarlas con un jeme. En la mayoría de los años tuve un beneficio tan abundante que he llenado desde abajo hasta arriba a la punta del techo una troj de treinta pasos de largo y ocho varas de ancho. Yo en verdad necesitaba tanto pues fuera de que cada *familia* recibía todas las semanas un buen cuarto de buey yo participaba a cada *familia* todos los miércoles y viernes un cuarto de celemín de trigo turco. ¿Pero qué era esto para los *indios*? Séame permitido decirlo: lo mismo como si a un mendigo se le mandara al infierno. Yo tenía en esto un gran trabajo e incomodidad con los *indios*, y esto ocurría todos los años. Yo les señalé grandes campos [de cultivo] para que uno plantara para sí sólo *cucurus*, *sandías* y *melones*; les dejaba cuatro meses de tiempo para labrar; cada uno tenía dos bueyes, hachas para hacer los arados, y carros para conducir éstos desde el bosque. Todo lo necesario fue entregado a cada uno. Yo los repartía al *cacique* con el cual querían tener su cultivo debajo de un sólo cerco. Cada parte debía ayudar a la otra para que el campo de cada uno se cultivara debidamente. Ellos aprovecharían todo el fruto para sí y en cuanto quisieren; sólo deberían conservar de ahí la semilla para el año futuro pero no fue posible que fuera de los *caciques* hubiera habido uno solo para conservar la semilla hasta el año siguiente, pues todo tuvo que ser comido hasta el último resto. Si al tiempo de siembra yo quería que mis *indios* cultivaran de nuevo el campo para ellos, tenía que darles yo otra vez la semilla para esto; de otro modo quedaban tan contentos sin cultivo de

Acerca del *cucurus*

Cómo se planta en *Paracuaria*

484 / *Ein Viertel und halbes*. Debe entenderse por un cuarto o mitad de una vara.

Los *indios* no quieren plantar algodón para ellos

campo y sin fruto como si tuvieran una abundancia de todo. Aquí vuelve a mi memoria lo que dije a nuestro famoso *Cithaalin* y lo que él me respondió. Yo aconsejaba muy enérgicamente a mis *indios* y quise convencerlos para que plantaran también para ellos de todo lo que yo plantaba; que sólo sería para su provecho y tendrían bastante terreno para aumentarlo. Les prometí el suministro necesario para todo lo concerniente en tanto en semilla como lo restante. Por separado les dije a los *caciques* que ellos se ocuparan también de plantar algodón. Ahí *Cithaalin* estuvo listo como el primero y con sus palabras porfiadas dijo:—Yo plantaré bien el *cucurus* y estoy conforme porque todo esto puede ser comido pero no se puede comer el algodón.

En nuestra *Alemania* apenas se sabe de una diferente clase de trigo fuera de cuyos granos son amarillos. A éste llaman los españoles *maíz canario*. Junto con éste yo he plantado aun tres diversas clases de otras; el primero era completamente blanco, afuera en la cáscara del grano no tenía ninguna lisura ni brillo; [era] también muy tierno y ligero de cocer; los españoles lo llaman *maíz capia*. La otra clase era un *maíz* blanco, la cáscara del grano era completamente lisa y reluciente como si los granos fueran algo diáfanos. Este era más áspero, muy duro pero al poco de cocer llegaba a ablandarse pronto y de buen sabor. Los españoles lo llaman *maíz morocho*. La tercera clase era el *maíz spicingallo* [pisingallo] [con] granito puntiagudo y tampoco tan duro como el *maíz canario* y *morocho*. Entre todas estas clases había muchas espigas que eran completamente coloradas con diversos tintes u obscuridad de los colores; otras completamente azules tenían una espiga de granos de diversos colores y otras tenían granos blancos hermosamente listados de rojo.

¿Cómo comen los *indios* este *maíz*?

Ahora la cuestión es: de qué modo suelen comer los españoles e *indios* en *Paracuaria* este *maíz* cuando está aún verde y en su leche. Los *indios* en parte lo comen crudo, en parte colocan sus espigas en derredor del fuego y los tuestan para comerlo. Si ocurre que ellos al último plantan este trigo [turco] lo que se acostumbra a hacer generalmente en el mes de *Januarij* [enero] especialmente si se planta el *maíz canario* que tiene que crecer cuatro buenos meses hasta llegar a su madurez, no tiene tiempo suficiente para que comience a crecer antes que comiencen las heladas del tiempo invernal. Si él es sorprendido por las heladas cuando está aún tierno, se encoge y no madura. Pero para que no se pierda y pueda ser comido calientan los españoles un horno y lo vuelcan ahí en las espigas recogidas, las tuestan y las guardan y lo comen así. Tiene un buen sabor y es bastante agradable de comerlo. Este *maíz* preparado en esta forma llaman los españoles *chuchoca*⁴⁸⁵ aunque este nombre no es español sino *indio* y proviene de la lengua *peruana* e *india* que se llama *lingua Quichoa* y es casi una lengua común en *Perú*.

¿Cómo los españoles?

El *maíz Capia*, *morocho* y *pisingallo*, cuando se le planta en enero puede madurar aun antes que el *canario* porque dichas tres clases necesitan sólo tres meses para su crecimiento. De todas estas clases, cuando aún están en leche, se puede echar a la

485 / *Cuchoca*. Tal voz hemos conocido en el oeste argentino como denominación de una especie de frangollo a base de zapallo.

olla de carne de vaca las espigas junto con la cáscara interna [mazlo] a la que rodea la espiga y cocer en conjunto; los españoles sacan luego la espiga entera y sacan a mordiscones los granitos cocidos [éstos] son muy sabrosos de comer. Frecuentemente también aquí en *Europa* cuando estuve como *ministro* de *Collegij* en Znaym, he hecho cocer para mí semejante matiz con la carne de vaca y llevar a la mesa. La curiosidad picaba a los otros *jesuitas* y decidieron probar, les ha gustado también mucho, lo que me ha alegrado. Lo mismo los españoles tienen también otra preparación cuando el *cucurus* está aún en la leche: ellos cortan también los granitos de espiga y después que han sido pisados en un mortero agregan en él algo de harina fina, sal y pimienta española u otra pimienta, mezclan y pisan todo junto; luego colocan abajo la corteza [chala] más fina de la espiga, ponen sobre ella una o dos cucharadas de esta *masa*, las cubren con corteza [chala] la lían cual paquetito y la cuecen con carne de vaca y la comen fuera de las cortezas: tiene un sabor muy bueno⁴⁸⁶.

También toman los granos de *maíz* que ya están maduros; lo pisan a pedacitos y lo cuecen con carne de carnero; esto he saboreado con mayor gusto que la carne de carnero con cebada perlada⁴⁸⁷. De ellos hacen también una gacha chirla como una sopa que preparan en la siguiente forma: ellos ablandan los granos de *cucurus* en una salsa [remojo], los cuecen en agua hasta ablandarlos por completo, agregan algunas cucharadas de salsa [y] cuando los granos están bien cocidos, cuelan todo por un lienzo y lo toman para comer sin sal ni grasa. Tiene el gusto de la salsa y no otra cosa; yo rehusaba siempre esta sopa desabrida que yo no podía comer aunque los españoles metían cuchara muy rápidamente⁴⁸⁸.

Los *indios* usan igualmente el *cucurus* para su bebida embriagadora. También los españoles ordinarios, negros y *mulatos* hacen del *cucurus* una semejante bebida. Entre los *indios* se prepara ésta como sigue: ellos dejan ablandar en agua los granos hasta estar bien henchidos, vuelcan todos sobre un cuero seco; en derredor se sientan puras *indias* viejas, toman *grano* por *grano* en la boca y los mascan; lo mascado lo echan a un solo montón; cuando han concluido esto, se remoja otro cuero y se cuelga entre cuatro palos de sus cuatro puntas de tal modo resulte cual una bolsa ancha⁴⁸⁹; en ésta echan el *cucurus* mascado, vuelcan agua encima y lo dejan fermentar al sol hasta que la bebida tiene una buena fuerza. Luego se reúnen muchos *indios*, y beben hasta que todos están frenéticos y embriagados, luego estalla la *batalla* entre ellos y se golpean sin misericordia mutuamente aun si quedan muchos muertos⁴⁹⁰.

Los *indios* hacen del *cucurus* su bebida

486 / Es la «humita en chala».

487 / El conocido locro.

488 / Se trata de la mazamorra, muy difundida sobre las mesas del *Oeste* y *Norte* argentino, y de excelente sabor.

489 / Preparación secular que también describió Juan Staden en 1554 en el Brasil.

490 / La frase debe entenderse como «exponiéndose a quedar muertos».

CAPÍTULO VIII

De los árboles frutales y de las plantas que se encuentran en *Paracuaria* al igual de *Europa*

¿Qué árboles auranciáceos se hallan allá?

Citrones

Limas

Citronados

Si bien no se encuentran en *Paracuaria* todas las frutas ni en la cantidad que en *Europa*, no es sin embargo, tan pobre como para misma encontrarse muchas de ellas. Sin duda estos árboles frutales han sido traídos acá por los españoles bien sea en plantas o por semillas. En su mayoría se encuentran *citrones* [limones] ácidos y dulces, *limas*, que en la cáscara son iguales a los *citrones* pero algo más cortas en la *figura*. Igualmente *citrones* muy chicos que son del tamaño de una nuez italiana, pero mucho más dulces que los *citrones*. Tienen una cáscara muy delgada, están llenos de jugo y crecen por lo común como los arbustos. No he visto ningún árbol de ellos; puede ser acaso porque no se los cuida como los otros árboles de *orangerie* [auranciáceos]. Otros *citronados*⁴⁹¹ [limoneros] que los españoles llaman *toronjas* del tamaño de calabazas amarillas, tienen por afuera unas cáscaras completamente jibosas. Hay también naranjas ácidas y dulces; las ácidas tienen una cáscara gruesa y algo áspera pero las dulces una muy fina y lisa. Yo me he admirado cuán altos y gruesos troncos se encuentran en tanta cantidad que especialmente junto a la ciudad *Paraguay* o *de la Asunción* uno ve pequeños bosques enteros de estos árboles en campo libre y que son libres para cualquiera.

He sido informado que en esa ciudad se hacen de madera de naranjos los armazones de sillones hasta los ejes para los carros cargueros. Ellos crecen tan altos y gruesos como en nuestros países el tilo que un hombre no puede abarcarlos con los dos brazos. Esto lo he visto yo mismo y especialmente en las *ciudades de Buenos Aires, Córdoba, Santa Fe y de las Siete Corrientes*⁴⁹²; en estas ciudades he estado por meses los dos primeros años en seguida de mi llegada a *Las Indias* antes de partir a las *misiones*. Los *citrones* o naranjas ácidas son llamados en lengua *mocoví Coniogoë nca Itimé*: Las dulces *Coniogoë loite*.

Descripción de mi huerto

Yo tenía unos sesenta y ocho troncos de tales árboles que había plantado yo mismo como *Allé* [alamedas] a través de todos los caminos transversales de mi jardín.

El jardín tenía 150 pasos a lo largo y también tantos pasos a lo ancho con un muro de tierra pisoneada en todo derredor de dos varas y media de alta y cinco cuartos de vara de ancha. Arriba sobre la barda yo había ocupado todo con las *Docobie*⁴⁹³ sobre cuyas hojas anidan la *grana* y *cochinilla* las que ya pasaban una altura de una vara y llevaban frutas. En el muro posterior había plantados puros *citronados* [limoneros] y sus ramas estaban atadas a los muros cual espalderas; ellos ya daban abundantes frutas.

491 / Con esta voz Paucke alude a las auranciáceas que él llama *orangeriebaueme* en la primera nota marginal de la presente página.

492 / Se refiere a las dos primeras ciudades, pues su visita a *Corrientes* fue posterior.

493 / Aquí generaliza Paucke este término como de la *Opuntia coccinellifera*.

Al lado derecho tenía yo en fila veintiocho manzanos por entre los cuales por todo el largo del huerto a ambos lados del camino había rosales. Al lado del otro camino más allá hacia el muro yo tenía plantados también por la longitud del huerto entero a ambos lados del camino hasta cuarenta *granados* de los que yo en el tercer año ya recogí hasta un par de cientos de *granadas*. A lo largo del muro en toda la longitud tenía yo esparragueras de una vara de anchas. Hacia el centro del huerto a lo largo había nardos blancos por ambos lados en pareja fila. Cerca del camino central hasta el camino transversal había por ambos lados *Näglein* [clavelines] de diferentes colores. Después del primer camino transversal hasta a los otros [había] entre los naranjos plantas *Rosmarin* [romeros] altamente ramosos; desde este [camino] a través de otros caminos transversales [había] hasta el fin *mayorana*. Dentro de los cuadros que los caminos separaban entre sí había la verdura de cuanto yo pude obtener. Sólo me faltaba el *Krenn* [rábano] el que no pude hallar ni obtener en *Paracuaria*⁴⁹⁴. Yo recuerdo que nuestro *P. Procurator a Roma Ladislaus Oros* transportaba uno desde *Europa a Paracuaria* en una cajita con tierra en la idea de plantarlo allá, no hay duda que allá hubiera prosperado pero nuestro rábano se marchitó y debido a la falta de humedad, porque se economiza en el buque el agua dulce.

El camino central se hallaba en toda su longitud ocupado por vides que hacían agradable y umbroso al camino. Al lado izquierdo había entre los árboles auranciáceos hasta el primer camino transversal unas plantas de espliegos⁴⁹⁵.

En la segunda sección [había] *basilicum* que los españoles llaman *albachaca* [albahaca en pronunciación alemana]. En la tercera sección había pelitre y salvia a ambos lados. En el cuarto camino al lado izquierdo en la longitud del huerto había otras diversas hierbas útiles para la cocina y *medicina*. Después de este camino hasta a dos varas del muro quedaba un retazo de más o menos quince pasos por todo el largo de la huerta en el cual estaban plantados puros durazneros. Había cuatro hileras en total de ocho clases de durazneros como ser: por afuera y adentro unos completamente amarillos que los españoles llaman *melocotones*, de especial tamaño y dulzor que uno solo llenaba toda la mano. Por curiosidad pelé uno y dejé a la cáscara una anchura de un dedo meñique para probar qué largo tendría la cáscara. Yo sostuve una punta contra mi frente y la otra llegaba al suelo⁴⁹⁶. Esto causará tal vez mucha duda. Yo mismo no lo hubiera creído tal vez si yo no lo hubiera experimentado por mí mismo. Yo lo he oído en realidad también, ya por otros pero yo dudaba hasta que yo mismo tuve tales durazneros y he hecho la prueba en mí. La segunda clase era también de duraznos grandes y amarillos pero cuando uno partía la fruta los carozos no pendían

De clases de duraznos

494 / Dobrizhoffer llama también *krenn* a la planta que debe ser el rábano negro y que aún no ha entrado en *Las Indias*. Probablemente hay un error de copia y se trata de *Kresse* (berro) como insinúa el renglón siguiente.

495 / *Lavendel*. *Lavandula spica* L., la planta siguiente es la albahaca u *Ocimum basilicum* L.

496 / Hay que tener presente que Paucke se declaró hombre de estatura mediana.

Por qué se llaman duraznos de Santa María

Diferencias de las higueras llamadas en mocoví Lavegdanaë

de la carne como los duraznos blancos. La tercera y la cuarta clase tenían cáscaras blanco verdosas; una [de éstas] no soltaba los carozos de la carne y se llamaba *priscos* por los españoles; pero las otras son en aroma y sabor como los duraznos blancos en *Europa*; los españoles los llamaban *albérchigos*. La quinta clase es de duraznos chicos que son del tamaño de una *Amarelle* [guinda] y se llaman por los españoles *Duraznos de Santa María* o *Marianische Pfirsiche*⁴⁹⁷ que maduran antes que los otros o sea: éstos en *Noviembre*, los otros en *Febrero*. Quiere contarse⁴⁹⁸: un *misionero* en este reino habría llevado de paseo en su huerta un hijito pequeño de un *cacique* y habría pasado delante de los durazneros cuando la fruta era ya del tamaño de una nuez grande pero aún muy verde. El niño codiciaba esta fruta y el *misionero* quería satisfacerle de buen agrado pero temió que por comer semejante fruta inmadura enfermara y que sus padres podrían achacar a su *misionero* haber querido matar al niño mediante la fruta. Por esto el *misionero* entre sí habría hablado así a la Santísima Virgen: —Santísima madre y virgen. En vista de esta inocente criatura bien podrías hacer que ella comiera esta fruta sin dañarse la salud. La criatura se empeñó en extender la mano hacia las frutas, arrancó una y ¡anda! a la boca con ella. El *misionero* vio que la criatura saboreó con placer [y] que la fruta estaba completamente blanda; él mismo arrancó una para probar y encontró que todos los duraznos en este árbol estaban maduros. Desde aquel tiempo tales duraznos han aumentado allá y hasta ahora han madurado, por chicos y verdes que fueren, en el mes de noviembre. La sexta, séptima y octava clase llaman los españoles únicamente *duraznos* que es el nombre común de los *Pfirsiche*. Algunos son completamente blanco amarillos y medio rojos; otros del mismo color en su aspecto exterior pero el carozo se despega de la pulpa. Los últimos son completamente rojos por afuera y la pulpa tiene también un color rojizo. A más yo tenía dos grandes higueras al lado de higos blancos; detrás del huerto yo tenía dieciséis grandes higueras de higos negros como los higos en nuestros países en Alemania⁴⁹⁹. Tras éstos tenía más de cien durazneros colocados en fila; después de los cuales había higueras indias que los españoles llaman *tunas*, los *mocovíes* *Dayamiqui* pero la fruta *Dayami*. Esta tras huerta estaba rodeada por *estacadas* o palos colocados estrechamente entre sí tras el cual un camino bajaba hasta muy abajo a un lago largo y profundo, desde el cual yo hacía proveer a la huerta con el agua precisa. A las tardes después de la doctrina cristiana iban todas las niñas del pueblo a la huerta a llevar agua a cuyo fin yo había comprado en parte en *Santa Fe*, unas treinta vasijas, en parte recibido de balde las que repartidas por la huerta, siempre a tres juntas en las cuales el agua se conservaba, estaban enterradas profundamente en el suelo. Estas vasijas eran las de barro en que el vino se transporta desde *Chile* a *Paracuaria*.

497 / Suponemos tratarse de los conocidos duraznos de la Virgen.

498 / *Man will erzählen*, frase o idiotismo, seguramente no alemán, equivalente a «se pretende sostener o afirmar».

499 / Paucke distingue aquí entre las higueras (*ficus*) y las llamadas «higueras indias» (*opuntia*).

Yo me construí en el comienzo de la huerta un pequeño horno redondo en que yo secaba los duraznos; fuera de éstos que yo repartía diariamente a los *indios* y niños, obtenía yo también ocho, o nueve, también diez celemines de duraznos secados que cocidos tenían en nuestra mesa un sabor muy bueno y dulce para postre. Yo hacía de los *melocotones* otra clase muy útil y buena de postre. Hice venir niñitas, colocar en fila ramas enteras de árboles espinosos, pelar puros *melocotones*, también rebajar a corte la pulpa de los carozos en forma de hojas a lo largo: estos recortes se ensartaban en las espinas de las ramas para que se secan al sol y quedaran desecadas. Estos pedacitos que los españoles llaman *bocadillos* son dulces como azúcar y sirven cocidos para un agradable aditamento de comida o para un *postpass* [postre]⁵⁰⁰. Los españoles proceden también de otro modo con los *melocotones*. Lo mismo como quitan en forma delgada la cáscara, quitan también la pulpa igual a una cáscara delgada las que cuelgan en fila al aire y sol en unos cordeles para que no queden demasiado resacas sino algo húmedas y flexibles, luego colocan juntos y uno sobre otro estos *melocotones* en una longitud de dos jemes: después se atan con estas mismas cáscaras de modo que llegan a ser unos atados muy gruesos. Los españoles los conservan o remiten en esta forma a todas partes en *Las Indias*. Los españoles llaman tales atados *orejones*, pero los *melocotones* que son resacados dentro del horno con carozo y corteza, llaman *pelones*. En mi *reducción* había bastantes higos y duraznos. Fuera de que yo repartía diariamente buenas cantidades a los niños y también a los *indios* adultos había aún suficientes que servían para comida fresca: otras [cantidades] por bolsas llenas hacía conservar; de otras, también de las caídas debajo de las higueras hacía preparar un buen vinagre. Después de recogidos los higos, los colocaba a lo ancho sobre cañas liadas entre sí que los españoles llaman *zarzos* para que se restringieran bajo el sol; luego los entremetía entre afrecho de trigo para que quedaran bañados del todo, luego de nuevo bajo el sol; ahí se mezclaba el jugo dulce con la harina de trigo pegada, los dejaba secarse bien; después se colocaban con hojas de laurel en las bolsas.

También se plantan árboles de olivas u olivos en *Paracuaria* y ellos dan fruta abundante. Aún verdes en el árbol no deben tomarse en la boca o morderse porque contraen por completo a la boca; pero manidas primero en una colada y luego *maceradas* en vinagre son excelentes, especialmente a la hora de la mesa donde se hace uso de ellas junto con la carne de vaca o el asado. Al principio yo no podía comer *olivas*; más tarde me he acostumbrado tanto a ellas que también me comía una media sesentena sin cualquier otra cosa. Después de la colada en que fueron manidas primero se colocaban en vinagre fuerte junto con *peperoni* [pimienta]. Con las *olivas* me ocurrió un caso extraño cuando en *Córdoba* y en la más íntima amistad con un *canónico Antonio Zebrero* yo era aún ante la iglesia catedral efectivo *canónicus scholasticus*. Allí aun en el tercer año de prueba tuve la obligación generalmente en días de domingo

500 / Del latín *post passum*, después de la comida. Son los descarozados en almíbar. La voz de *bocadillos* debemos entender aquí como aplicable a diversos elementos de comida de regalía.

Para qué he usado los duraznos

De durazno e higo se hace también buen vinagre

De los olivos olivas

Comiendo olivas omito un día de ayuno

de cabalgar a cierto lugar donde pacían las ovejas y las chivitas del *Collegij* y estaba también el horno de cal por lo cual el lugar se llama *Calera*; ahí yo tenía que leer a los habitantes el sacrificio de la santa misa y hacer una pequeña *exhortación*. Ocurrió que yo debí cabalgar allá a [visitar] a un enfermo, entonces vino viajando en mi zaga mi reverendísimo señor *canonicus* hasta el lugar. Después que hube atendido al enfermo y proveído tuve que entrar al coche a su lado donde él ya me esperaba con una taza de plata llena de buenas grandes olivas y dijo: —[ven] acá con buen apetito, esto será tu desayuno. Yo lo admití con placer pero no recordé que este día era de *vigilia* anterior a la fiesta de de la Asunción de *María* y comí a gusto una buena *porción* de *olivas*. Yo vi que el reverendísimo señor no quiso servirse y cuando yo le invité a ello dijo que él había comido ya bastantes *olivas*. Naturalmente. Bastantes en toda su vida. Cuando yo estaba en lo mejor de comer y ya había despachado bastantes, él me preguntó qué hacía yo. Bien —dije yo— tomo buen gusto a las *olivas*. —¿Pero no sabes que nosotros los cristianos católicos tenemos hoy día de ayuno?

Yo me asusté por ello y aparté todo pero él rió cordialmente.

Yo me quejé ante él por no habérmelo dicho antes y haberme prevenido desde un principio. Él me respondió: —como yo vi que las *olivas* te daban tanto gusto, te dejé seguir comiendo en tu buena fe.

—Es cierto —dije— lo he hecho de *bona fide* pero no de *bona venia*.

Yo debí quedarme ya pasado el día de la Asunción de *María* en este lugar para leer a los restantes moradores la santa misa; no tuve que preocuparme de nada; el señor *canonicus*, un señor grande y gordo, ya había traído consigo toda provisión para comer y beber para los dos días enteros: *vigilia* y día de fiesta.

De un ejemplar
sacerdote seglar

Como en esta *Calera* se reunía en días festivos mucha gente de servidumbre cuidadora de los alrededores y también españoles que tenían sus ganaderías en esta región, y como no todos los días podía cabalgar para ahí afuera uno del *Collegio*, había vivido de continuo allí mismo desde antes un sacerdote seglar, de nombre *Salvatierra*, un hombre que por propio impulso y celo se había trasladado a la tierra silvestre entre los *indios* salvajes para traerlos a la verdadera fe. Él estuvo tan afortunado que reunió hasta veinte *familias* y les había construido una aldeíta parcialmente a sus propios costos, parcialmente por la diligencia y las limosnas de buenos españoles y había vivido muchos años junto con ellos. Pero como tras toda la fatiga y trabajo él vio que sus *indios* por corruptoras enseñanzas de los españoles ordinarios se corrompían siempre más y más de modo que su predicar y su amonestar no daban resultado porque ellos tenían demasiada comunicación con los españoles, que más trabajaban por dinero al lado de ellos [de los españoles] y no colaboraban en la conservación y adelanto de su pueblito, los dejó (de todos modos los más ya eran cristianos y fueron visitados siempre en días Domingos y festivos por un sacerdote de la ciudad de *Córdoba* que les leía la misa y daba doctrina cristiana) y se trasladó a la *Calera* donde él se construyó una chocita hasta que el *Collegium* lo mantuvo como *capellán* en este lugar y lo proveyó de todo. Él tuvo antes buenos haberes pero los había gastado todos en sus *indios* y que-

dó pobre. Cuando sus *indios* estaban aún en el comienzo de su conversión hicieronle mucho mal en frecuentes veces y él recibió de ellos muchas azotainas. Él era de gran paciencia y mansedumbre. Su pueblito distaba de la *Calera* una media hora. Si bien él se había alejado de sus *indios* ellos corrían frecuentemente hacia él, lo llamaban su padre y trabajaban más para él que antes cuando él vivía con ellos pero no de balde. Este hombre virtuoso y ejemplar era un *doctor theologicus & juris* promovido en la *universidad en Chile* y falleció en la paz del señor en la *Calera*. Antes de su muerte hizo los votos de la *Sociedad* en la que fue aceptado con el consenso del *P. General* y fue sepultado en la capilla de allá. Todo el pueblito se reunió para su entierro y los *indios* lo llevaron muy tristes a la sepultura.

De este pueblito abandonado se ocupó seriamente el obispo de *Córdoba*. Su nombre ya no me viene a la memoria, su apellido era *señor de Zeballos*, un obispo verdaderamente santo y celoso. Él pensó atraerse más *indios* salvajes y agrandar el pueblito; por esto cabalgó con unos pocos (otros) *indios* hasta muy adentro a la tierra silvestre [y] llevó consigo grandes y numerosos regalos. Después de haber transcurrido un mes y medio, este celoso obispo regresó al pueblito con muchas otras *familias* salvajes, hizo todos los preparativos de convertirlas y conservarlas.

A causa de que los *indios* de mayor edad en este pueblito ya conocían algo el idioma español, este piadoso obispo tuvo también la oportunidad de instruirlos en la fe cristiana [y] les instituyó un sacerdote seglar para su cura. En realidad él lo propuso a la *Sociedad* pero el *P. Provincial* se excusó porque entonces habían partido los más de los misioneros a las nuevas y a las más antiguas *reducciones* pero los restantes en parte aun no habían terminado sus estudios, en parte su tercer año de prueba. El nombre de esta *nación india* era *Lules*. El obispo viajaba frecuentemente a la *reducción* de estos *indios* porque el pueblito distaba sólo dos leguas de *Córdoba*. Él tenía el mayor placer con ellos; les erigió una hermosísima iglesita. Las ropas de misa eran bonitas y entre ellas él tenía también todas las cosas *pontificales*. Yo mismo he visto todo un *ornato pontifical*, total y ricamente bordado con puro oro y todos los bordados ornados con buenas perlititas que valían cerca de catorce mil *pesos*. Después de haber muerto este pío obispo todo quedó en esa *reducción*. Él ordenó que después de su muerte su corazón fuese engarzado en plata, se pusiera en una cajita y se sepultara en esa *reducción* sobre el cual corazón se ha colocado también una lápida sepulcral labrada en mármol. Pero la diligencia y el celo de estos *indios* no quisieron agradar a muchos porque éstos estaban cerca de la ciudad y de las *estancias*, también porque tenían mucho trato y comunicación con españoles, no se podía esperar jamás que ellos fuesen igual a los otros *indios* que distan mucho de los españoles y poco saben de maldad, pues cuando los *indios* tienen mucho trato con españoles (hablo del populacho) ven y oyen muchas inconveniencias de ellos y creen que ellos [los *indios*] pueden cometer todo lo que oyen o ven de parte de los españoles por ser cristianos.

Ruego no tomarme a mal que en frecuentes veces salgo del carril de mi relato pues me parece ser imposible que yo pueda redactar todo inmediatamente en el mejor or-

De un piadoso y celoso obispo señor Zeballos

Pasas o *cubebas*

den en los lugares correspondientes por haber tanto que tengo que escribir y no se me ocurre en seguida lo uno tras lo otro. A veces hago un aparte y lo cuento para no volver a olvidarlo o no tener que hacer un agregado en lugar respectivo. Así me viene casualmente a la memoria lo que yo debía haber informado cuando he escrito de las uvas en *Paracuaria* y esto es: modo y manera de cómo se hacen «Rosinen» [pasas] o *cubebas*⁵⁰¹.

No todos los granos de uva sirven para hacer *cubebas* de ellos aunque pueden hacerse con algunos que son más carnosos que jugosos. No obstante los mejores son los granos alargados y gruesos, en mayor parte de cáscara verde. Estos se recogen bien maduros, cada racimo se ata en una hebra de hilo, se cuelga al aire y a la sombra pero en forma de estar libres y no tocar a nada en igual forma como suele hacerse cuando se cuelgan los pabilos en los palitos para hacer velas. Se vuelca en una caldera una buena colada o se echa ceniza y sobre ella agua, se deja hervir bien sobre un fuego; luego se vierte adentro aceite de olivo de modo que el agua esté cubierta por ella más o menos por un lomo de cuchillo o algo menos. Después se toman los palitos de los cuales penden los racimos y se sumergen uno tras otro en la colada cubierta de aceite que aún hierve; el sumergir dura por un rato en que yo puedo pronunciar: uno, dos, tres, cuatro. Tras esto se los vuelve a sacar de la colada hirviente y se los cuelga otra vez bajo la sombra al aire o en un desván o en un cuarto y se los deja secarse. Luego se colocan estos racimos bien prensados en un barrilito el que se conserva cerrado en un lugar fresco para la comida.

Volvamos a recordar nuestro huerto y los restantes árboles frutales que había adentro. Yo tenía también un hermoso nogal que ya desde hacía algunos años daba fruta. Al partir de *Córdoba* a mi *reducción* del Santo *Xaverij* recibí algunas avellanas de las que me sobraron unas pocas. Estas las eché pronto en tierra y obtuve alrededor de diecinueve plantas que en el invierno a causa de las heladas perecieron todas fuera de una sola. La causa fue en mayor parte el mal cuidado a mis nogales porque yo mismo tenía que hacer todo pero frecuentemente olvidaba de ellos; así perecieron sin mi voluntad.

Cómo se plantan los *granados*

Yo me empeñé con toda diligencia en aumentar las *granadas* y no necesité ni semilla ni plantas para ello pues las ramitas de los *granados* grandes fueron mis plantas. En cuanto comenzaba la primavera, cortaba yo ramas de los *granados* viejos, hacía una zanja de media vara de largo en la tierra, más o menos de una profundidad de una *tertia* [de vara], tomaba dos gajitos unidos algo en las puntas, los colocaba en la zanja de modo que el corte de ambos gajitos quedaba fuera de la tierra en altura de un dedo parado. Afirmando que todos mis granados fueron plantados por mí en esta forma. Lo mismo hacía yo con los *olivos*. Yo me hacía cortar una rama al que en parte quitaba los *gajitos*, colocaba las puntas de las ramitas en tierra pero dejaba estar fuera de tierra el corte; donde generalmente brotan las hojas desde las ramas, había bajo tierra puras raíces y los pocos botoncitos que estaban fuera de la tierra daban hojas.

501 / *Cubebehn* por error, pues en seguida aparece la grafía *cubeben*. Frutos del arbusto *piper cubeba* L., usados en medicina y conocidos en el sur alemán como «Zibeben».

Yo tuve curiosidad de ver si las hojas al brotar se dirigirían hacia arriba o hacia el suelo pero vi que las hojitas tiernas se dirigían al comienzo hacia el suelo pero en seguida se doblaban hacia arriba. Los *olivos* se plantan por lo general como en nuestra Alemania los sauces o álamos. Sólo se necesita meter en tierra un palo del grueso de un puño y cubrir arriba con arcilla o césped y atar por encima un trapo. El aceite vegetal se prensa para afuera del *olivo*⁵⁰².

He hallado duraznos en la sierra de *Córdoba* a ambas orillas de los ríos. En las islas del río *Paraná* se encuentran duraznos, naranjas, manzanas y hasta vides. De todas estas clases yo he visto llevar a tierra barcas enteras llenas en parte de frutas, en parte de plantas [leña]. Cerca de *Buenos Aires* en el *Silberfluss* [Río de la Plata] donde ya comienzan las islas, debe crecer una gran cantidad de *melocotones* o duraznos amarillos dulces pues he visto en frecuentes ocasiones que los españoles en la estación de las frutas traían barcas llenas de *melocotones* y los vendían por escaso dinero. En una ocasión encontré también en una de estas islas un tronco grueso y alto que tenía en cantidad naranjas ácidas y he cargado algunos miles de estas frutas en nuestras *barcas*. ¿Sería esto una excepción?⁵⁰³ No. Debo decir que ni en España ni en *Portugal* en tantas huertas que he visto, jamás he hallado unos naranjos tan altos, gruesos y fructíferos; se encuentran naranjos cual tilos grandes; he visto semejantes; en *Buenos Aires* y uno en el *Collegio* en *Santa Fe*, a la entrada del jardín éste daba frutas dulces y grandes con unas cáscaras sumamente delgadas. Las frutas se llaman *naranjas chinas*, éstas son *Chinesische Pomeranzen*.

Alguien preguntaría ahora: ¿cómo han llegado pues semejantes árboles a las islas que jamás han sido habitadas y trabajadas? Yo mismo he tenido esta duda pero he encontrado que ha podido ocurrir muy fácilmente pues he navegado muy frecuentemente por las islas del *Paraná* y como por lo general yo tenía conmigo naranjas dulces y ácidas, desparramaba las simientes en la isla en derredor del lugar donde acampábamos ora a mediodía ora a la noche. Fui hasta tan curioso que en diversas islas puse las semillas en tierra, hacía cavar ésta por los indios y colocaba en ella cebollas, ajos, zapallos y plantas semejantes. Más tarde tuve que pasar forzosamente por estas islas o acampar otra vez a la noche y encontraba todo bien crecido. Yo hacía lo mismo cuando viajaba para más adentro a la tierra silvestre; en cada *estación* [parada] desparramaba semillas, cebollas y cosas semejantes y encontraba en realidad que todo había prosperado bien. Como me contó un viejo *misionero* en una ocasión él ha encontrado durante su viaje en un sitio donde él quedara a mediodía, cebollas y guindas y también los ha comido a mediodía y yo supe por él que esto ocurrió en aquel sitio donde yo había plantado. Hasta los *indios* me imitaron cuando viajaban; uno había plantado en

Árboles frutales en las islas del *Paraná*

Cómo han venido a las islas estos árboles frutales

502 / Usamos aquí el término «aceite vegetal», mientras en otros pasajes escribimos aceite de oliva por *baumoel* (aceite de árbol) con que Paucke lo determina.

503 / *Schwung*. Es difícil establecer el verdadero sentido de esta voz cuya acepción implica movimiento. Tal vez podría significar también una «variación»; de ahí nuestra traducción.

la tierra silvestre *cucurus* [maíz] *melones* de agua [*sandías*] y otros *melones*; en tiempo de la madurez cabalgó con mujer e hijos al lugar, comió ahí algunos días y aun regresó cargado de frutas a su casa. Así hacían también mis compañeros al navegar entre las *islas* y desparramaban la semilla.

Ahora puede comprenderse fácilmente cómo en *Buenos Aires* se hallan también duraznos en las islas y tantos *melocotones* cerca de *Córdoba* a orillas de los arroyos. Pues al lado de *Buenos Aires* en toda la región hasta cerca de *Córdoba* o *Santa Fe* apenas se encuentra un arbolito, menos un pequeño bosquecillo; por esto deben zarpar diariamente muchas *barcas* grandes desde *Buenos Aires* a las islas y buscar leña para la ciudad. En tiempo de las frutas los marineros llevan consigo de todas las clases, ¿no prenderían entonces los carozos y semillas allá o también serían llevados por el agua a orillas del río y brotarían en alguno que otro sitio? ¿O alguno de los marineros no habrá tenido en tierra la ocurrencia de meter allí la semilla? Tampoco puede ser de otro modo sino que ha ocurrido así: ora que las semillas y carozos han sido llevados por el agua a las islas o que los españoles han tenido consigo tales frutas para su comida y han tirado allá o plantado a propósito como yo lo he hecho con mis *indios* cuando yo viajaba por tierra o agua. En las huertas de las ciudades, hay muchos almendros, también cuyas hojas son la mejor comida y alimento para los gusanos de seda. Se encuentran en cantidades los membrilleros⁵⁰⁴ junto a *Córdoba* y *Santa Fe*. Los españoles hacen allí mucho dulce de membrillo; los comen también cocidos con miel y asados debajo de ceniza caliente. En *Córdoba* donde por lo común viven generalmente [en el Colegio] ochenta personas y a la llegada de una *misión* hasta ciento veinte⁵⁰⁵, toda la comunidad teníamos a la noche en día de ayuno frecuentemente un membrillo asado con miel, cada uno del tamaño de un puño y aún más grande.

Chile es muy fértil
en todas las frutas
que tenemos en
Europa

Donde se puede hallar en *América* todas las frutas iguales como en *Europa* es en el reino de *Chile*. Si bien yo no he estado jamás en ese reino sino que he llegado únicamente hasta la frontera o a la gran sierra que divide *Chile de Paracuaria*; ésta forma una gran cadena hasta la [tierra] *peruana*. Así me he hecho contar y también muy bien reconocido por los *efectos* [productos] que son importados continuamente desde *Chile* a la *Provincia Paracuaria* en parte frescos pero generalmente secos y ressecados. Especialmente las ciudades de *Mendoza* y *San Juan* deben tener una abundancia en frutas, peras, manzanas, guindas, ciruelas, todas ressecadas, nueces grandes y chicas vienen todos desde *Chile*; pues *Chile* comercia con sus *efectos* a la [tierra] *Paracuaria* y *Paracuaria* exporta las suyas a *Chile*; éstos consisten en grasa de vacas y bueyes, sebo y carne secada al sol que los españoles llaman *charque*. Pues parece que en *Chile* hay una carencia notable en ganado astudo pues todo éste se transporta para allá en gran cantidad y también se paga muy bien allá; igualmente se arrea mucho ganado vivo para allende. Los *peruanos* sienten la misma carencia de ganado. Parece que entre

Quitten Baume

504 / *Quittenbaüme*. En seguida figura el «pan de membrillo», que debe responder al término de «carne de membrillo» y que traducimos como «dulce de membrillo».

505 / i. e. en el colegio jesuita.

estos reinos *Paracuaria* es el [reino] principal en ganado astudo, caballos y mulares. Como he informado aquí sobre la división de frontera quiero agregar también lo que he oído frecuentemente de la sierra que es llamada la Cordillera de aquellos que la han cruzado.

Los que quieren pasar desde *Paracuaria* a *Chile* o comerciar para allá, deben trasmontar forzosamente la *cordillera* o la alta sierra grande y extensa por cuya causa los carros de carga *paracuarios* viajan con sus mercaderías sólo hasta *Mendoza* las que luego se colocan sobre los mulares y se llevan a través de la sierra. Ésta tiene horribles abismos hacia las aguas corrientes profundamente abajo; en los peñascos arriba hay caminos tan angostos que una mula cargada puede apenas caminar sin peligro; en cuanto choca contra la roca del lado que se eleva muy alta puede caer pronto al abismo como ha ocurrido ya muchas veces. Especialmente me he hecho informar acerca de un comerciante que transportó sus mercaderías por un mular [y] que éste por casualidad ha chocado con la mercadería contra el peñasco y ha caído al abismo. En vista de esta desgracia el comerciante que caminaba tras el mular, se habría tirado también tras éste y antes de su caída habría dicho a sus compañeros las siguientes palabras: *Adiós caballeros, ¿hay una carta para el infierno? Ich empfehle mich ihr Herr ist ein Brief den Sie mitgeben in die Hölle?* En tiempo de invierno esta sierra está cerrada y nadie debe pasarla: por esto hay en la boca de esta sierra una vivienda y una guardia que no deja pasar ningún transporte ni ente humano por motivo del gran frío y de la nieve por lo cual antes se han congelado muchas gentes y han perecido porque en tiempo de invierno nadie los había detenido.

Árboles frutales tales como *Apfel*, en español *manzano* y *Pflaumen*, en español *ciruelo* no he visto en ninguna parte en *Paracuaria* fuera de *Córdoba* y cerca de *Córdoba* en *Sinsacate*, pero ciruelas sólo un único árbol. Nada se encuentra de peras, guindas y cerezas. Los españoles se empeñan en hacer en sus huertas diversos admirables injertos en lo cual son muy hábiles y sobre un solo árbol injertan muchas clases de frutas como yo he visto en un árbol en todas las cuatro partes [lados] una fruta diferente: en una *citrones* ácidos, en otra *citrones* dulces, en la tercera *naranjas* ácidas y en la cuarta [*naranjas*] dulces. Hasta aquí acerca de árboles frutales y jardines que son iguales a los *europeos*.

De la gran sierra
Cordillera

CAPÍTULO IX

De los árboles que se encuentran desde el comienzo del valle *Chaco*, de sus frutos, su uso y utilidad

A seis leguas al Norte de la ciudad de *Santa Fe* se terminan las *estancias* españolas o cortijos de ganadería, luego uno cae como en un abismo de la tierra silvestre hasta la (tierra) *peruana* salvo que en estas tierras silvestres se han establecido desde el año mil setecientos cuarenta y cuatro hasta mil setecientos sesenta y seis otras doce o quince poblaciones indias, verdaderas *reducciones* o aldeas planteles que distan entre sí en parte cuarenta, y en parte aun más millas. En inmediato comienzo de este valle vivieron en tiempos anteriores los *Calchines* que eran una *nación* numerosa pero que por las enfermedades y guerras entre ellos o con otros se han aniquilado poco a poco y disminuido tanto que en el costado *sur* de la ciudad de *Santa Fe* junto al río *Carcarañal* cerca del camino a *Buenos Aires* se encontraba una aldeíta de seis o siete *familias* que como se supo siempre disminuían. Ella tenía un sacerdote de la orden del Santo *Francisci* entre ellos el que en días domingos y festivos les celebraba el servicio divino. Los *indios* eran libres, no recibían nada de su *misionero* ni él algo de ellos; cuando acaso él necesitaba algo de ellos, tenía que pagárselos, cual a otros que no tuvieran nada que ver con él. Además ellos no plantaban nada para la comuna sino que cada cual vivía para sí en atención a la *familia* de su casa. Los domingos iban a misa los que querían, los demás se dejaban estar entre españoles y vivían como querían. Durante la semana trabajaban la mayoría en el cultivo del campo, en el cuidado del ganado o también en los viajes de comercios españoles. Es cierto que cuanto más el indio se hace conocido de los españoles y sirve entre ellos, tanto menos hay que esperar algo bueno de él y los españoles saben sacar muchos excelentes *indios* de las aldeas-planteles y traerlos a la perdición que luego no son ni cristianos ni paganos y vienen a ser los hombres más mal intencionados y traidores. Por este motivo cuando semejantes *indios* fugitivos de las aldeas-planteles han estado ya uno o dos años entre los españoles y por la miseria o por fastidio regresan a las aldeas-planteles admitidos muy difícilmente o casi nunca, pues ellos serían una peste para el pueblo entero y seducirían a los más los que generalmente viven cristianamente en sus *reducciones*.

Aldeíta de los
Calchines

Los *calchaquíes*

Clases de árboles

Más allá, treinta leguas más adentro por el valle comienza el terreno donde años antes vagaban los *calchaquíes* que han sido aniquilados en la misma forma que los *Calchines* en parte por las viruelas o guerra o se han perdido entre los españoles. A otras cuatro leguas más allá tenía yo mi domicilio y reducción, junto al río *de los Dorados*. Ahí mismo comenzaban ya los bosques más espesos que unos tras otros penetran hasta trescientas y más leguas hacia el Norte. Estas selvas de treinta leguas y algunas más estaban [compuestas] en su mayoría por [árboles de] la clase de *algarroba blanca*, en lengua *mocoví Amapic*, algarroba negra en lengua *mocoví Neveté lala caic*; ítem *algarrobilla*, el nombre *mocoví* se me fue de la memoria, *espinillo*, llamado por

los *mocovíes* *Alpagquic*. *Channar* [chañar] léase *Tschanniar* en lengua *mocoví* *Betacaic*; *Misto*, en lengua *mocoví*: *Cotequé*. *Apiguinic* en *mocoví*, *Ambrá*⁵⁰⁶ en español. Luego los árboles: en lengua española *Canelón*, en *mocoví* *Cogagangat*. Laureles silvestres de dos clases; en español *laurel*, en *mocoví* *Nitiga ceipac*; *Seibo* [ceibo] en español, *nanic* en *mocoví*. Ítem *palo de leche* en español *Doic* en *mocoví*. A más *Ybajai*, léase *Ybachai* como dicen los españoles, pero los *mocovíes* pronuncian: *Olagye locoic*. Ítem *Molle*, en *mocoví*: *Nac atec lagi*. Se encuentran dos clases de éste bajo el nombre *Nacatec lací*, pero los españoles dan a la otra clase el nombre: *molle montés*. Finalmente los árboles que los españoles llaman *moro* pero los *mocovíes* *Etevelgaic*. En la isla entre el río *de los Dorados* y el río *Paraná* se encuentran los árboles *Ibirarira*, *Abedagnio* e *Ybaró* que ambos se llaman así en idioma *guaraní* como también los árboles [llamados] por los españoles *Cedro Blanco*⁵⁰⁷, por los *mocovíes* *Otelaledic*.

Algarrobo blanco denota el árbol, *algarroba* la fruta. [Esta] es una especie de cuernitos de chivo de otra figura, de chauchas o vainas amarillas de un sabor dulce y harinoso. Los *mocovíes* llaman al árbol: *Amapic* pero a la fruta *Amap*. Si bien estos árboles son gruesos, no son muy altos, puede que se encuentre alguno que crece en altura como una encina⁵⁰⁸. La madera es muy parecida a la madera de encina en calidad y resistencia pero el color no [es] tan amarilla sino más azulada. Ellos crecen no muy rectos aunque más derechos hasta donde acerca de tres varas a lo alto comienzan sus ramas. También llegan a ser muy gruesos. Tienen una corteza áspera [y] rugosa. En lo que concierne a la semejanza de la madera he notado que ella es bastante similar a los robles pero las hojas se diferencian por completo de las hojas de robles.

En muchos años la fruta es muy abundante y consiste en unas chauchas amarillas de un largo de un buen jeme, también de un cuarto y medio de vara y de anchura de un dedo de las que en muchas ocasiones cuatro o cinco juntas penden de las ramas. Su semilla se halla en fila una tras otra en esta chaucha. Cuando están aún verdes, es imposible comerlas pues ellas contraen mucho la boca y tienen el sabor más amargo al igual del pan de San Juan⁵⁰⁹ inmaduro pero cuando maduran bien, son harinosas y dulces. Los caballos cimarrones, puercos y otra salvajina, se reúnen en los bosques debajo de estos árboles y engordan mejor con esta fruta caída que el ganado cerdudo con las bellotas en nuestros países. Cuando esta *algarroba* madura, se hace la cosecha que las *indias* con sus hijas realizan completamente solas; entonces cabalgan a los bosques todas las mujeres con sus hijas con grandes bolsas hechas de cuero de puercos monteses, juntan esta fruta y la transportan a su *reducción*. Ellas efectúan un viaje tras otro lo más rápidamente posible para que la fruta caída no sea devorada por caballos u otra salvajina o la lluvia la eche a perder, pues las chauchas son muy delicadas o sensibles; en cuanto las ataca una lluvia que continúa por más de un día,

Algarrobo blanco

Su fruta

506 / El *liquidambar styraciflua* L., del cual mana una resina que antes se comerciaba.

507 / *Prosopis campestris* Gr.

508 / *Steineiche*. *Quercus sessilifera*

509 / Las chauchas o cuernitos de chivo del algarrobo.

se ablandan, comienzan a pudrirse y tienen gusanos blancos; también comienzan a fermentar y se vuelven agrias.

Cuando hay un año fértil, hallan los *indios* tanta [fruta] en los bosques que su diligencia no alcanza a llevar toda la fruta al pueblo. Por esto reúnen dentro de los bosques toda cuanto pueden, dejan secarse primero la fruta al calor del sol para que en ella no haya ninguna humedad que comience a fermentar y agríe todo. Mientras tanto en un sitio seco, clavan en tierra en círculo unos palos de un puño de grueso; cada palo tiene arriba una horqueta en donde descansan los travesaños; sobre ellos forman una cama de palos colocados estrechamente uno contra el otro, sobre éstos ponen carrizo seco; luego toman una clase de juncos largos, los tejen gruesamente por arriba en derredor de la armazón de modo que los juncos traspasen en una altura de una vara la cama hecha. Sobre ésta vuelcan la fruta pero para que los juncos [no]⁵¹⁰ sean derribados por el peso hacia afuera, los ciñen en derredor con una sogá. Cuando la fruta está entre los juncos ya en una altura que las puntas sobrepasan por dos jemes la fruta volcada adentro, tejen de nuevo otros en derredor y reúnen a la vez las puntas con los nuevos colocados para ser tejidos, vuelcan otra vez la fruta para adentro y de esta manera prosiguen hasta que han tejido un troj de una altura de cuatro y más varas. Conforme tienen más fruta, construyen también más trojes semejantes. Para la seguridad de que acaso en tiempo de lluvia no se derrumbe por demasiada humedad o que por los caballos sean abiertos a mordiscones algunos agujeros, colocan en derredor palos largos que llenan con carrizo y con cuanta yerba seca encuentran. No puede entrar ninguna lluvia, pero ocurre que los caballos y otra salvajina hacen daño en algunas ocasiones. Ellos arrastran a sus chozas cuanto pueden guardar en ellas y hacen otros tantos trojes más al lado de sus chozas. Es en verdad admirable que aunque en los bosques distantes a una legua y aun más de la aldea y hasta en la región de la ciudad de *Santa Fe* tienen colocados muchísimos trojes semejantes hasta adentrado el invierno, ninguna india robe algo de esto a la otra cuando entre cristianos no estaría de ningún modo seguro. Se tiene bastante experiencia que los cristianos en nuestros países se roban entre ellos las frutas de los árboles.

También ha ocurrido que mis *indios* han sido despojados de las frutas juntadas pero por los españoles que con carros han marchado a los bosques cercanos de la ciudad y a los *indios* les han vaciado muchos de estos trojes. Los *indios* los han espiado, los han prendido [y] quitado carros y bueyes; fue bien que nadie fuera asesinado; los españoles no deberían haber intentado tales atrevimientos contra los salvajes; ellos habrían sido muertos sin misericordia por los salvajes. La cuestión se falló en la ciudad; los españoles tuvieron que sufrir grandes castigos y arreglarse con los *indios* los que luego les devolvieron los bueyes y los carros.

Estos trojes se llaman *chivas* por los españoles, pero por los *mocovíes Nöacaga*. La gente ordinaria de los españoles compra y usa esta fruta pues ellas machacan estas chuchas bien secas, echan la harina junto con los granos y vainas en una fuente, vuelcan

510 / Introducimos esta negación omitida por el copista.

agua encima y la transforman en una *masa*; toman ésta, meten una manada en la boca y sorben la humedad junto con la substancia harinosa; esto les sirve para un buen alimento y tiene un sabor muy dulce. Los españoles más distinguidos vuelcan también sobre la fruta machacada una *cantidad* mayor de agua, la dejan fermentar por veinticuatro horas hasta que forma una capita, cuelan el agua, agregan un poco de canela y azúcar y la beben. Tiene buen sabor y es muy *diurética*. Los españoles llaman esta bebida *aloja*; di *Alocha* [pronunciación alemana de la j castellana].

Los *indios* usan esta *algarroba* de diversas maneras; ellos comen esta fruta también como los españoles ordinarios como acabo de informar, pero con esta diferencia: ellos vuelcan en una olla grande o fuente, la fruta machacada, vuelcan encima bastante agua, lo revuelven con sus manoplas⁵¹¹ [manos] y se sientan en derredor de la fuente; cada cual saca con cuatro dedos de ahí lo que él puede, sorben el jugo, vuelven a sacar de la boca las vainas y la semilla y las colocan en derredor de la fuente basta que han absorbido todo. Luego vuelcan otra vez agua encima, vuelven a removerlo con las manos y comienzan de nuevo a sorber o chupar como antes. ¡Puf, cuán apetitoso!

La semilla es extraordinariamente fértil, pues cuando ellos tiran las vainas sorbidas en cualquier parte del campo, brotan [éstas] a los pocos días aunque la semilla es dura. Ha de recordarse lo que yo dije al comienzo de mi descripción que este pueblo ha debido trasladar su aldea de un lugar a otro pero como esta *algarroba* en todas partes ha servido de alimento a los *indios*, han quedado también y han sido dejadas en tal lugar muchísimas semillas sobre el suelo. Entonces he visto con admiración que en el lugar abandonado había crecido todo un pequeño bosque de *algarrobos* en algunos años. De ahí yo reconocí que sería casi imposible que los bosques de *algarrobo* disminuyeren sino que sobre los campos donde los *indios* utilizaban para alimento la *algarroba*, debían crecer con el tiempo grandes bosques. Los *indios* mismos me contaron que donde ellos en su juventud habían visto puros campos se encontraban ahora bosques espesos lo que ocurrió también en derredor de la región donde yo tenía la *reducción*; no hubo árboles allí al comienzo; en pocos años vi crecer nuevos árboles de *algarroba*; si nosotros hubiéramos abandonado también este lugar como antes otros [sitios] hoy día todo [el contorno] sería un bosque.

Tienen otra manera de hacer pasar por un colador únicamente la harina de la fruta machacada; de ésta estando seca comen por manos llenas. A más humedecen también la harina con un poco de agua, hacen una masa, [y] para ésta un molde de cuero vacuno crudo y aprietan esta masa fuertemente en el molde, la dejan secar. Ella tiene la vista de un queso amarillo y lo comen por pedazos. Yo he hecho hacer muchos de tales quesos para mí y me han gustado mucho pero en frecuentes veces este comestral me repugnaba a causa de su dulzor y también temí que dañara mi salud porque yo no estaba acostumbrado a él como mis *indios*.

Los españoles llaman *Patay* a este queso harinoso redondo, pero yo le daba el nombre de un *Pumpenikl* [pan de Westfalia] *indio*. Uno no debe jamás contemplar de qué

511 / *Pratzen*, manos torpes como de osos.

Cómo por los *indios*

Cuán fértil es la semilla

Hacen harina de esta fruta

Hacen la bebida de la *algarroba*

manera esas *indias* elaboran este *Pumpernikl*⁵¹² pierde todo *apetito* pues tanto los utensilios cuales son sus «limpias manos» como también el molde hecho de cuero crudo contribuyen mucho para despertar un gran asco en uno.

Los *indios* hacen de esta fruta también una bebida embriagadora; por esto mientras tienen una provisión de esta fruta no cesan de beber en demasía; terminan de dormir una borrachera [cuando] ya beben para otra. Esto ocurre del siguiente modo: la fruta de *algarroba* se seca de nuevo a la sombra para que se quiebre con menos fuerza, se machaca bien, se cava un buen hoyo en tierra que forran con un cuero crudo de buey o vaca, vuelcan adentro la *algarroba* machacada, echan agua encima basta arriba, dejan fermentar bien todo durante dos, también tres días, según cómo el calor sea más débil o más fuerte, o colocan cuatro palos en tierra, cuelgan de ellos un cuero de sus cuatro puntas de modo que semeje una bolsa; ahí dentro vuelcan la sustancia machacada, sobre ella agua y síguese así. Entonces ya hay encomendados algunos de los hermanos borrachines que andan en derredor para probar si la bebida ya tiene suficiente fuerza. En cuanto lo notan y encuentran así, pasan por las chozas de los *indios* distinguidos y dan *rapport* [informe]. Los *indios* que han preparado la bebida para el beberaje, se reúnen allí por veinte, también por cuarenta y beben entre [toques de] tambores y pífanos. Para denominar esta bebida los españoles usan la palabra *chicha* que no [es] una palabra española sino *india*, de la lengua *quichua* que en [el reino] *peruano* es la lengua común pero los *mocovíes* dicen *Lataga*. Al *alambique* de cuero u olla *destiladora*, o sea el cuero en que dejan fermentar la bebida, lo llaman *Nóque* y también *Napé*. Después de haber terminado de beber el *napé* en una choza, se encaminan a comenzar con el otro y así sucesivamente. Dudo si yo ya he escrito o no (todo lo de esta hermandad de borrachones con sus pormenores que en realidad merecen ser relatadas) y no puedo salvarme de esta duda antes de tener reunida toda la descripción; como quince o dieciocho pliegos no los tengo a mano, pues se están copiando⁵¹³, por esto y a causa de tantas cosas que tengo en el cerebro, estoy a veces tan distraído que la memoria no me alcanza. Nadie extraña por ello que yo sienta una notable merma de mi memoria en el 59° año de mi vida, después de haber sufrido mucho calor solar y tantos debilitamientos en los viajes, y después de veintiún años⁵¹⁴ de labores en *Paracuaria* sin haberme llevado aun un papel siquiera antes cuando estuve en aquellos países, u otro breve apunte; más bien me admiro por haber conservado totalmente presentes en mi memoria aun tantas cosas que escribo. Si me hubiera hecho la esperanza de ver

512 / Pan de calidad inferior, fabricado para los pobres por primera vez en Westfalia, en 1400 (según Brockhaus).

513 / Sería difícil establecer hasta qué número de páginas, pero ciertamente no menos de 400. Por esta razón el autor no da números de páginas al principio, como lo acostumbraba más tarde.

514 / Tanto Paucke como Dobrizhoffer cuentan siempre la duración de su estada en misión desde la salida de Alemania hasta su vuelta, como también lo indica el título de la obra de Paucke.

jamás a *Europa* de nuevo, no hubiera dejado desecarse con tanto descuido mi pluma de *anotaciones* pero fue mi voluntad permanecer para siempre con mis *indios*. Como debe ser también conocido a todos nosotros, los *jesuitas*, especialmente los oriundos de los países alemanes quienes con empeñosa solicitud ante nuestros superiores logramos poder partir a estos países paganos, nos trasladamos voluntariamente allá y estamos por completo muertos para nuestra patria. Si yo he omitido mucho que haya escapado a mi débil memoria en los pasajes pertinentes y lo recordara más tarde, he de hacer, en cuanto Dios me conceda la vida, un apéndice al final.

Ahora a volver al orden de mi relato sobre la fruta de los árboles de la *algarroba*. ¿Qué utilidad da a la salud y cómo purifica mucho el cuerpo? Es que la bebida de ella es muy *diurética* y a la vez alimenta bien. La bebida de esta fruta tal cual la beben los *indios*, tiene un olor repugnante hasta como para decir mejor un hedor muy fuerte. De esta manera los *indios* se han traicionado ante mí de haber tomado el *napé* pues en cuanto uno entraba en mi cuarto, yo sentía el fuerte olor en mi nariz. Como ellos notaron que yo reconocía al que había bebido la *chicha*, los bebedores se guardaban de visitarme por algunos días pues sabían que yo no tardaba en darles en seguida un buen *recipe* o reprimenda. Con el tiempo uno se acostumbra a este hedor como el curtidor a los cueros macerados y el *indio* a su *sobaquina* o hedor del sudor propio que apenas es de aguantar. Sin embargo yo he debido acostumbrarme.

La causa del hedor de la *chicha* está en que los *indios* dejan fermentar demasiado la *algarroba* o como ellos dicen el *amap* hasta que ella [está] algo ácida y tiene un fortísimo sabor y acidez. Esta bebida expele la *orina*, purifica al cuerpo de malos humores y flujos duros, de substancias de piedras y arenas y también alimenta bien. Los *indios* me contaban muchas veces que ellos se habían encontrado mejor cuando habían bebido fuertemente la *chicha* durante su paganismo que en la *reducción* donde debían abstenerse de ella; ellos estaban mucho más sanos que cuando ya no debían beber más *chicha* alguna. Seguramente yo podría haber encontrado un remedio si ellos hubieran bebido con moderación pero era en vano; pues el *indio* por estar habituado ya desde joven a admitir todo para sus pasiones por lo cual es demasiado débil de dominarse, cede al impulso de su naturaleza la que él por costumbre demasiada adquirida ha llevado hasta al desenfreno, especialmente en comer y beber. En otras cosas en las cuales ellos antes no habían sido tan desenfrenados podía esperarse de ellos aún algo bueno; por esto para quitarles la ocasión en la cual su pasión se aviva aún más, les había prohibido por completo poner un *napé* o *chicha* en la aldea y con enseñanzas y moderadas amonestaciones les he requerido tanto hasta que al fin han ahogado esta pasión por beber. En lugar de ésta hice la previsión de contentarlos con yerba *paracuaria* que han bebido día y noche sin emborracharse. Es admirable que buen alimento les daba esta *chicha*; ellos me dijeron frecuentes veces que en tiempo de las lluvias sobrevenidas, cuando ya no pueden cazar salvajina porque toda se halla oculta y escondida en los bosques y cuevas, especialmente cuando este tiempo persiste por un mes y más (como suele ocurrir frecuentemente), sus mujeres y niños

Utilidad de la *chicha*
para la salud

Sirve de alimento

se mantenían únicamente con comer *algarrobas*, pero los hombres en la mayor parte con beber *chicha*.

En la consunción

Buena para desgrasar lana

Desde las antiguas *misiones* de los *guaraníes* algunos *misioneros* me escribían todos los años pidiendo de esta fruta; yo les enviaba bolsas de un cuero entero de vaca completamente llenas de donde ellos hacían y bebían no la *chicha* a uso *indio* sino la *aloja* a manera española⁵¹⁵. Cuando yo estaba en mi *reducción* me servía de esta bebida y olvidaba todo vino. Quisiera Dios que yo tuviera esa fruta acá en Alemania, de buen grado me abstendría de la cerveza y del vino. Los *misioneros* hallaban en esta bebida un medio probado para su salud. Hasta el *P. Procurator* del *Collegij* en *Santa Fe*, *Miguel de Zea* padecía de una fuerte consunción; yo le procuré algunas bolsas llenas de *algarroba*; él bebió la *aloja* hecha de ella y él mejoró de tal modo que se compuso muy bien. Cuando los españoles desean que la lana tejida o sin tejer llegue a tener un hermoso [color] rojo, fabrican la más fuerte *chicha* que les sirve en lugar del alumbre. Como ellos no deben hervir primero en alumbre la lana aún blanca, toman sólo una *chicha* fuerte, desgrasan la lana por unos días en ella, vuelven a lavarla muy bien y la colocan en el tinte, hierven en él la lana, entonces el tinte rojo resulta muy perdurable. Los *indios* machacan la corteza del *algarrobo* con el agregado de las chauchas gomosas del árbol *algarrobilla* y tiñen con ella [en colores] hermosamente negros la lana y también el algodón.

Utilización de las hojas

Las hojas del *algarrobo* que son unas ramitas de un medio dedo de largas y a ambos lados tienen hojitas muy delgadas ovales cortas y enfiladas en el verde tallo central, son buenas a los *indios* cuando los dientes se hacen contráctiles⁵¹⁶ o débiles luego de haber comido la fruta ácida. Si se las masca entre los dientes cesa la contractibilidad. Las chauchas machacadas preparadas con agua caliente y colocadas sobre una hinchazón quitan la hinchazón en pies y brazos. Los pequeños loros verdes que son sólo del tamaño de un tordo gustan de anidar en las ramas de este árbol; generalmente se encuentran pendientes de las ramas de tal árbol, tres, también cuatro nidos.

La madera

La madera de este árbol sirve para forro de ventanas y puertas y para tirantes sobre ventanas y puertas cuando se hace la pared con tierra pisoneada para que la pared superior que sobrepasa a la ventana y puerta descansa sobre ella: a estos tirantes llaman los españoles *umbrales*, sirven muy bien para travesaños de puerta. Esta madera es también muy durable sobre y debajo de tierra. Todas las ruedas de mis carros eran de esta madera hasta que yo encontré buenos *laureles* gruesos o *Lorbeerbaueme* de los que luego hice también ruedas de carro. Sin embargo la madera de *algarrobo* no es tan buena como la del *laurel* porque ésta tiene más vetas tejidas entre sí, pero el *algarrobo* [tiene vetas] parejas y es más quebradizo. Si bien los arcos de ruedas son aún algo durables [la madera] no puede usarse bien para rayos porque a veces se raja demasiado y cuando se seca, se contrae mucho.

515 / Mientras la *aloja*, ya descrita por Utz Schmidl en la página 91 de su *Derrotero*, se hace a base de miel, la *chicha* se fermenta de granos de maíz o *algarroba*.

516 / *Einlich*. El autor deriva de *ein* (uno) un adjetivo *einlich* y sustantivo *einlichket* para expresar la sensación de contracción en encías.

El *algarrobo negro* o *schwarzer Algarrobo*, llamado por los *mocovíes Navete lalacaic* es en parte también del tamaño del primer *algarrobo* generalmente más chico o más bajo. Tiene también chauchas que son algo más cortas y más redondas; contienen en todo el largo una semilla que no es tan achatada⁵¹⁷ y más chica que la semilla del otro, la chaucha fresca es también más jugosa y más dulce si no demasiado dulce. La chaucha es por afuera verde amarilla y listada con bellas rayas rojas. Pero estando maduras y secas se vuelven amarillas y las rayitas rojas [se cambian] en azul oscuras. La *chicha* que los *indios* hacen de ella es notablemente más fuerte que la de la *algarroba blanca*, daña algo a la salud porque origina grandes dolores de cabeza y más pronto vértigo en las cabezas. La fruta no es tan desagradable en su olor como la otra *algarroba* ni la *chicha* de ella, pero es mucho más ardiente que la otra. Cuando los *indios* están sentados ahí [al lado de ella] bebiéndola sudan por todo el cuerpo de manera que semejan hallarse mojados en agua; como luego no tienen un paño para secarse tienen unas correas de un largo de un cuarto de vara y de un dedo y medio de ancho con cuyo filo quitan el sudor desde la cara, brazo, cuerpo y piernas. Ellos beben reunidos hasta tanto que el *napé* ha dado la última gota; luego vienen las mujeres *indias* rodando las ollas, sacan las chauchas para afuera del *noque*, las echan en las ollas, vuelcan aguas encima y las colocan al fuego; los *indios* beben luego esto calentado y entretienen aún con esta bebida el *apetito* de beber.

Algarrobo negro

Con las chauchas bien resecas proceden lo mismo que con las de *algarroba blanca*; después de haberlas machacado bien, pasan por un colador la harina más fina, la que remojan un poco, aprensan bien, colocan en el molde, forman cual un queso y lo dejan secar. Puedo asegurar que si se toma un pedazo en la boca y se deja ablandarse despacio, resulta igual como si se tuviere el mejor azúcar en la boca y no parece ser harina sino azúcar pero su dulzor es tan fuerte que pronto repugna. La madera es clara anaranjada, buena de labrar, especialmente en la silla del tornero, sirve mejor para arcos de ruedas porque no es demasiado quebradiza. Cuando está aún húmeda, se nota poco [olor] pero cuando está seca, tiene un agradable olor *balsámico*; especialmente cuando esta madera se serrucha, se percibe en todo el taller el agrado de éste. Debajo de la tierra y dentro del agua no vale gran cosa y en pocos años se carcome.

Hacen de él el mejor *patay*

Su madera

Hay otra clase de árboles en estos bosques dispersos que los españoles llaman *algarrobillo* y las frutas *algarrobilla*; tiene chauchas azuladas; cuando están maduras semejan estar cubiertas por un tenue azul al igual de las ciruelas. No son comestibles porque contienen mucha resina y goma; sirven únicamente para teñir de negro o para hervir con el polvo para tinta⁵¹⁸. La semilla es parda y dura como piedra. Si estas chauchas machacadas con *alcaparrosa* o sea *vitriolo* se hierven, se tiene una bella tinta negra que tiene también un buen brillo; para ésta se toman también pedacitos de ramas de higueras; este es el modo común de hacer tinta en *Paracuaria*. Los árboles son en grosor y altura iguales a ciruelos; la madera es poco ponderable.

De la *algarrobilla*

517 / *blättlig*. Error por *plattig* (platt).

518 / Lo mismo escribe Azara. Dobrizhoffer (capítulo 25 del tomo I) la fabrica del mismo modo, pero del árbol Tayy.

Del espinillo
blanco

Para lo que sirve
la madera

Del espinillo negro

Más adentro en la tierra silvestre se encuentra otro árbol de mayor altura y de mejor madera que también tiene chauchas de color igual a las de la *algarrobilla* pero ninguna propiedad gomosa. Ella se come y es más agradable para ser comida que la *algarroba*; el nombre *mocoví* ya se me perdió de la memoria.

El árbol *Espinillo*⁵¹⁹ tampoco crece muy alto, pero a un grosor de uno y medio o también dos cuartos de vara en su diámetro. Las chauchas son más largas y más gruesas que [las de] la *algarroba negra* pero *matizadas* o también en rojo y azul o *geschäkig* y tampoco pueden ser comidas secas pues originan bocas torcidas [muecas] como al comer manzanas silvestres en el campo. Su madera es pesada y dura como hueso, negriroja, muy lisa y brillante, sirve mejor debajo de tierra donde endurece aun más. Se usa también para cercos del ganado. Los españoles la conceptúan igual al hierro, pero sin embargo es madera. Su mayor utilidad es para *palizadas* en las fortalezas y durante cincuenta años y más no habría que componer una brecha. El árbol tiene bien debajo de la corteza una madera blancuzca que no puede resistir mucho a la putrición pero el grano [el cuerpo leñoso] que en término medio tiene a veces un cuarto y aun un cuarto y medio de vara está muy tardíamente sometido a la podredumbre.

Los *indios* usan en la agricultura esta madera para hacer las puntas de los arados, hacen puntas para sus flechas, fuertes garrotes para matar, también palas de puntear para cavar la tierra. Sería una hermosa madera para trabajo de revestimiento en mesas, cajones de ropa [cofres y semejantes [usos]. Sirve muy bien para torno de tornero pero daña a muchas herramientas. La fuerza de esta madera hace saltar frecuentemente al primer hachazo el acero de las hachas si ellas no han sido templadas como para batir hierro. Los *mocovíes* dan a este árbol el nombre *Apigni*. Cuando yo entre los años sesenta y cuatro y sesenta y cinco [1764-1765] fundé la nueva *reducción* del Santo *Petri*, tuve que despejar primero de estos árboles al sitio y destroncar hasta cinco mil de ellos los que luego usé para cercos en derredor de la huerta nueva cuando ya antes en el lugar donde hice pacer el ganado para estos *indios* había abatido basta catorce mil de ellos⁵²⁰ para hacer con ellos el cerco para el ganado.

El árbol al que los españoles denominan *espinillo negro*, los *mocovíes* *Apagquic*, tiene por lo general escasa altura y grosor pues es un árbol bajo, delgado y generalmente torcido. Lo mismo, como todos los otros recién mencionados tienen espinas en sus ramas y gajos, este árbol está lleno de espinas blancas, tiene gruesas chauchas pardirojas de un dedo de largo, la madera estando seca es muy quebradiza y rompible, pudre pronto en la tierra, es muy inservible para quemar porque estalla mucho y chispea y no sirve para otra cosa que para carbón de herrería. Este árbol florece el primero en la primavera; antes de que brote una hojita, se halla cubierto por completo con flores anaranjadas, las flores semejan por completo en la figura pero no en el color a los

519 / *Acacia cavenia*.

520 / Cercos a palos, o sea en forma de palenques, colocando unos travesaños de árbol a árbol o de poste a poste.

clavelitos de *Indias*⁵²¹ que expiden un olor dulce muy agradable que se siente alegremente desde lejos por cuyo motivo los españoles lo llaman árbol de *ambra* (ámbar).

Los gusanos de seda silvestres son muy afectos a este árbol en cuyo tronco ellos se pegan en hilera desde abajo hasta arriba en sus blancas capitas y ellos son del tamaño de alargados huevos chicos. Yo recuerdo haber visto parecidos en Europa en un gran jardín de adorno, pero no sé dónde. Estos árboles exudan también una bella goma que en parte es completamente amarilla y diáfana, en otra también blanca. Cuando él exuda pende de esta goma cual un pegote de cola de carpintero en la corteza pero cuando se endurece asemeja al *ámbar* de la cual se pueden hacer los más bellos rosarios iguales a los de *ámbar*; sólo se toma un pedacito de *Pimbsen* [junco]⁵²² o una espina de este árbol, se envuelve esta goma mientras está blanda en su derredor [y] después que se la ha formado en coral redondo, se hace secar y queda el *grano* ya con su agujerito.

El árbol que los españoles denominan *Channar* [chañar]⁵²³, los *mocovíes* *batacaic* crece por lo general en un grosor no mayor de poder abarcarlo con dos manos; aunque he visto más gruesos éstos son sin embargo los menos. El tronco está ocupado por completo con largas espinas puntiagudas. La corteza es verde como hierba al igual de la segunda corteza que en los abedules está situado debajo de la blanca, su flor es amarillo limón, también de un olor agradable pero no fuerte; la fruta estando madura es pardo amarilla, tiene un carozo fuerte, carne harinosa cubierta por un cuerito delgado pardo amarillo del tamaño de una gran nuez *moscada*; tiene un gusto y olor de chinches, ello no obstante los *indios* la comen con buen *apetito*. Cuando la fruta está madura, comienza también la mortandad de niños chicos, pues la fruta es muy ardiente, muy perjudicial a las madres amamantantes y más perjudicial aun a los niños que maman, pues ella parece envenenar la leche materna. Yo me he esforzado lo bastante en prevenir las *indias* contra esta fruta, pero en vano pues *los indios* proceden con esta fruta como con la *algarroba* y la usan para bebida de *chicha*, la beben a llenarse y embrutecerse pero luego tienen que pagar el pecado porque por esto se les originan grandes dolores de cabeza. Si la *chicha* de *algarroba* hiede, la de *chañar* hiede aun más fuerte. Aunque esta bebida es también dulce porque la fruta es dulce, el hedor es sin embargo muy repugnante, pero muy *apetitoso* a los *indios*.

Se encuentra una clase de árboles que son iguales a un peral alto, denominados por los españoles *Ybajai*, por los *mocovíes* *Clagye locoic*. Sus hojas son angostas, de un largo de dos pulgadas, verdes como las hojas de olivos, por abajo ásperas y blancas tienen una buena madera blanca y fuerte. La fruta es como un gran huevo de gallina,

El árbol de *chañar*

Tiene fruta mala y hedionda

Del *Ybajai*

521 / Flor amarantácea. En cuanto a la subsiguiente voz de «ambra» se trata de un manifiesto error de lectura, pues es el aroma del árbol «aromo».

522 / La voz correcta es *binsen*.

523 / *Gourliea decoraticans* Gill., en *abipón* «apehic», y su fruto «apehe». Paucke escribiría «chañar», pero faltando la letra ñ en la imprenta alemana la sustituye repitiendo la n.

Su fruta hedionda

amarilla como naranja, cubierta por una corteza delgada, tiene en el medio un carozo como de avellana, es muy jugosa y agridulce es muy refrescante. Lo principal para la comida está en que ella hiede a chinchas de árboles aun peor que la fruta anterior; los *indios* comen también con mucho agrado esta fruta. Los españoles exprimen el jugo como de los *citrones* lo hierven con azúcar purificado que ellos llaman *almíbar*, hervido lo conservan cual *syrup* [jarabe] claro y lo usan a guisa de *sorbete* refrescante cual una *limonada*. Para un vaso de dos sextarios de agua toman una cucharada llena de este almíbar, unen bien esto revolviéndolo y lo beben con sumo agrado, pero entonces no hiede mucho. Si bien la madera al principio es buena para su empleo, no tiene sin embargo persistencia y pudre en pocos años aun cuando no esté debajo de tierra sino que se use sólo para la edificación, ventanas o puertas⁵²⁴.

Del ceibo o nainic

Junto a mi *reducción* del Santo *Xaverij* como también generalmente junto al camino a la ciudad de *Santa Fe*, de vez en vez en bosques y en la isla de la cual yo ya he informado entre el río *Dorados* y *Paraná* que se extiende a lo largo por cuarenta leguas, se encuentran árboles que tienen una corteza áspera, cuyas ramas son como puros palos que abajo son gruesos pero poco a poco terminan puntiagudas, en derredor tienen espinas que son como las de bayas del cambrón⁵²⁵, pero de doble tamaño y en su vista como garras de tigre; los españoles lo llaman *ceibo*⁵²⁶ los *mocovíes nainic*. Lo más agradable en este árbol es la florescencia que es de un rojo subido y da flores como la ginesta pero algo más grandes en la figura. La florescencia no está dispersa por todo el árbol sino que es un gajo verde que por una *tertia* pende de la rama. Desde éste hay en derredor unos delgados mangos de un largo de dos pulgadas, de cada uno de los cuales cuelga una de tales flores y representan una semejanza de un largo *lemnisco* [lemnisco]⁵²⁷ colorado. El árbol tiene bellas hojas verdes pero que no visten tan copiosamente sino moderadamente al árbol, es muy agradable ver cómo a estos rojos arbustos han sido mezcladas tan moderadamente las bellas hojas verdes semejantes a las hojas de naranjas; cae la flor y no se produce ninguna fruta. Los niños *indios* se hacen de ellos muy bellas coronas y pasean con ellas en la aldea también arrancan las flores y las chupan pues tienen en el mango un jugo dulce. La madera no sirve a ninguna otra cosa que para las partes anteriores y posteriores de los recados porque estando seca es muy liviana; las tablas de esta madera podrían emplearse en la mejor forma para cajones de comercio y otros embalajes livianos.

Su bella florescencia

Su madera

Su corteza contra las heridas venenosas por el tigre

Hay que advertir que el tigre cuando está furioso y airado mitiga únicamente en este árbol el veneno de sus garras y rasguña y rompe la corteza toda en derredor del árbol. Yo lo he visto muchísimas veces con mis [propios] ojos. Cuando los *indios* han sido mordidos o rasguñados por un tigre, toman la corteza de este árbol *nainic*, la machacan

524 / No encontramos en otros autores el nombre de este árbol.

525 / *Creuzbeeren*. Arbusto de la familia de las ramnáceas, de ramaje espinoso.

526 / El autor escribe «seibo» *Erythrina crista-galli*.

527 / Esta voz latina denota una cinta asegurada en una caña y pendiente de ella como trofeo.

y la hierven en agua, colocándose compresas calientes con ella, hasta ponen encima también la corteza cocida; mediante esto se les pasa el pasmo que ha causado el veneno de las garras y dientes y sanan en corto tiempo.

Palo de leche⁵²⁸ es el *Milchbaum* [árbol de leche] denominado por los *mocovíes Doic*, es llamado palo de leche por los españoles a causa de que (si se rasga desde arriba hasta abajo con un cuchillo la corteza) mana en seguida leche que los *indios* no denominan *Lio* como otra leche sino *labaga*. Esta leche es tan retentiva que yo la he dado en lugar de liga para [cazar] pájaros a mis muchachos *indios* que con ella han cazado ave-cillas. Las hojas son largas como las de sauces, verdemar y abajo blancuzcas. La madera es blanca, seca y muy liviana, la corteza blanco gris, sólo sirve para lo que sirve el *ceibo*.

El *molle* es de llamar más bien un arbusto que un árbol⁵²⁹ tiene pequeñas hojas, arriba redondas y abajo algo puntiagudas pero de un grosor de un lomo de un cuchillo delgado, los gajitos son quebradizos y muy pronto rompibles, no tiene frutas. El ganado come con placer sus hojas porque son gordas y algo ácidas. Las hojas pueden ser usadas para labrar el cuero ovino cuando la lana debe quedar pegada a él.

*Molle montés*⁵³⁰ es un alto tronco delgado, tiene las mismas hojas que los españoles denominan únicamente *molle*. La madera es pálidamente rosada y buena para revestir labores de ebanista. El tronco es recto como a cordel, la corteza es rojiza, semeja a la corteza de nuestros pinos silvestres pero es mucho más sutil y cuando se descortezada algo es cual hojitas que son extremadamente finas pero se rompen pronto. La madera se raja igualmente y yo tenía un gran placer ante estos árboles por el bello color rojo de su madera. Cuando yo estaba en los bosques a cortar madera de construcciones, trataba siempre con diligencia de traerme de esta madera, hacía de ella diversas labores de torneó. En frecuentes ocasiones yo comenzaba en el bosque a tallar diversas cosas cuando tenía tiempo porque a veces permanecía en él por ocho y aun más días; yo tallaba de ella muchos carretes para las hiladores en la aldea para obsequiárselas, cucharas grandes y chicas tanto para revolver las comidas como para la sopa, hice también un pequeño violín de palo y otras semejantes minucias. Cuando mis *indios* vieron esto, comenzaron también en sus horas libres a tallar semejantes carretes y cucharas para sus mujeres y parientes. Algunos se abismaban tanto en este trabajo que apenas pude arrancarlos de él cuando tenían que ir a su trabajo *ordinario*. También se hacían puntas de flechas y diversos instrumentos para rascarse cuando algo les pica pues el *indio* se rasca poco el cuerpo con las uñas sino con un instrumento dentado de madera. Yo me alegraba [de ver] cómo mis *indios* me imitaban todo y para ello no tenían otra herramienta que sus cuchillos; su obra no era basta sino armoniosa y buena. Finalmente yo construí diversos *instrumentos* de viento como ellos usan cuando van a la guerra; hice pipas de fumar a su modo, ya en forma de una cabeza de *cocodrilo*,

Palo de leche o *Doic*

Molle montés

Tallo de esta
madera diversos
objetos menores

Los *indios* las imitan

528 / *Galactodendrum utile* Kth. En *abipón*: *nichiegik*.

529 / El molle morado, *Lithraea molleoides* Vell.

530 / El molle dulce, *Lithraea Gilliesii* Gr., molle a beber, pues de él se hace aún hoy una aloja.

Tallo una *trompeta*
india

tigre o león, luego ya en alguna otra. Entonces ellos demostraron su mayor alegría y yo obtenía en seguida mi título honroso de un *piognac* o hechicero. Les animé a probar a hacer cosas semejantes pues ellos podrían ser iguales hechiceros. Ahí a su vez todos comenzaron a hacer puramente tales cabezas y pipas de fumar. Pero yo tenía que presentarles mi trabajo que ellos de continuo observaban muy detenidamente y finalmente imitaban de un solo corte. Para alegrarlos aún más hice también una *trompeta* como ellos suelen usar en sus guerras sin tomar para ello otro *instrumento* que mi propio cuchillo y un cortaplumitas. Esta *trompeta* tenía dos jemes de largo y como yo no tenía a manos un torno de tornero para taladrarlo, lo hice en dos partes a lo largo; tallé adelante una *bocina* o abertura de sonido como suele hacerse en las *trompetas* y el *canal* hasta la punta; lo mismo en la otra parte. Cuando todas estaban bien juntas y una sobre la otra, tomé la resina que el árbol *molle montés* exuda, que bajo el fuego se diluye rápidamente y cuando enfría, sujeta fuertemente, unté los sitios donde estas dos partes debían amoldarse y los reuní entre sí.

Luego hice desollar para mí por un *indio* la cola de un buey matado, túsar la piel por afuera, quitar adentro en algo la carne de la piel para que el forro no resultara demasiado grueso. Luego forré con esta piel de cola la *trompeta* y la dejé secar. Cuando él estuvo terminado y yo en seguida comencé a tocarla quisiera haber deseado [como presente] a alguien de *Europa* que hubiera oído esta gritería de júbilo que resonó por el bosque. El sonido era también mucho más puro y fuerte que el de sus *trompetas* que ellos hacen sólo de madera blanda como ser *ceibo* o *palo de leche* que es suave para cortarla. Entonces estuvieron en seguida deseosos de hacer cada uno su *trompeta*; habría sido necesario que yo para ellos hubiera carneado de una vez algunos cuatro o cinco bueyes sólo para que pudieren conseguir la piel de las colas. Yo acostumbraba siempre cuando yo cabalgaba al bosque para un viaje o un trabajo con mis *indios* hacerles a la hora del descanso un pasatiempo o también en ocasiones dispensarles un mediodía para cazar carpinchos, ciervos o puercos monteses; mediante esto trabajaban luego más ligeros, con mayor placer y estaban contentos. Yo podía viajar por agua o por tierra por donde quisiera, hacer un trabajo cualquiera que fuera, que siempre tenía en demasía quienes querían viajar conmigo y yo tenía que hacer por retener otros para el trabajo necesario en la aldea pues todos querían ir conmigo y les parecía como si fueran al más alegre entretenimiento y no al trabajo.

La resina de este
árbol

Este árbol exuda una resina de muy buen olor, pegajosa y fuertemente compriente; los *indios* la usan para afirmar los palitos [puntas] de sus flechas en las cañitas, también las puntas de las flechas que ellos hacen de un pedazo de caña rajada y venenosa para rellenar el interior o *concovum* de esta caña, como también pegar y atar sobre ella⁵³¹ las plumas que abajo en el pie de la flecha sirven como alas.

Los *mocovíes* llaman *Nacatec laci* estas dos clases de *molle* porque una clase de abejas que tienen la figura de una avispa construyen entre sus ramas su tejido para la

531 / Según Dalmiro S. Adaro (pág. 104), esta resina se usa en parches para quitar dolores de cabeza persistentes.

miel; la clase de miel llaman *Nocatec* y *laci* denota un palo en el cual se ata algo o cuelga. Tal voz tiene en realidad también otros significados pero aquí no es el lugar de escribir sobre ellos. Las *indias* usan esta resina también para pegar con ella sus vasijas de agua rotas para el prosiguiente uso pero no sirve en las ollas que se ponen al fuego pues se derrite.

Laurel es el árbol de Lorbeer del cual se encuentran dos clases: la primera se llama *laurel blanco*, la segunda *laurel negro* esto es: *weisser* o *schwarzer Lorbeerbaum*. Los *mocovies* denominan a ambos *Nitiga coipac*, el árbol maloliente porque sus hojas y frutas que son unas bayas verdes alargadas huelen desagradablemente, pero no ambas maderas pues la madera del laurel blanco, especialmente cuando está seca tiene un buen olor *balsámico*; aunque la madera del laurel negro cuando está seca tiene un hedor insoportable, no diferente a la que ha sido pan una vez. El español dice: *así hiede como lo que pan fue* (*so stinket es als das was jemals Brod gewesen*); tal frase ha de entender bien cualquiera. Por este motivo este árbol o sólo un pedazo de esta madera no puede ser usada ni para la edificación ni para obra de ebanista pues ¿quién quisiera sentarse en semejante mesa labrada de esta madera?

Laurel, dos clases

El laurel blanco en cambio puede servir para todo y la madera tiene un bello colorido amarillo. Hay también otra clase de laurel negro que no hiede tan fuertemente cuya madera puede ser usada para camas de las ruedas de los carros de carga; ella es más durable que el *algarrobo* porque las vetas de este árbol son muy entretrejidas y la madera no se raja y resquebra. La fruta no puede comerse de la más mínima manera porque son sólo laureles silvestres, las hojas son lisas y verde oscuras. En estos árboles cuando están huecos, habitan de buen grado los murciélagos de los cuales el árbol está lleno.

Umbú [Ombú]⁵³² es un grandísimo y altísimo árbol como el tilo más alto y grueso, muchos pueden ser abrazados apenas por tres hombres; no prestan otro servicio que [dar] amplia sombra contra el sol. Es agradable descansar y dormir debajo de él a mediodía. Se me ha dicho que quien duerme debajo, se levantaba con fuertes dolores de cabeza; yo no he querido hacer jamás la prueba en mí, por lo tanto no sé toda la verdad. Por los *mocovies* se llama este árbol *Nacalmaic*, por los españoles *Umbú* (Ombú). Aquí debe saberse que los españoles frecuentemente dan nombres a los árboles y plantas *paracuarias* no en su lengua sino en alguna lengua *india* porque en la lengua española no han sabido nada de tales árboles *indios*; por lo tanto me parece que la voz Ombú es más bien una voz *guaraní* con la que los *guaraníes* lo denominan.

Ombú

Este árbol da a las ciudades españolas en el *Paraguay* una gran amenidad porque ellos tienen debajo de su sombra a casi toda la ciudad y semeja que la ciudad estuviera dentro de un bello alto bosque. Por esto la ciudad de *Santa Fe* es muy agradable de contemplar desde lejos porque la ciudad está situada en una llanura agradable y por el *Norte* no se ve por tres a cuatro leguas ningún bosque. Este árbol está lleno de humedad de modo que si se hacha hacia su interior, mana en seguida la humedad

Es muy húmedo

532 / *Phytolacca dioica*. Dobrizhoffer entendió y escribe también «Umbu».

y asimismo él no se seca aunque se hagan en él en su derredor unas aberturas tan grandes que uno se podría sentar adentro. El árbol tapa tales aberturas con su corteza dentro de un año. Cuando los *indios* en tiempo de lluvias o durante la caza no tienen ninguna otra cosa para comer, cavan hasta la raíz, la cortan y la cuecen para comer. La fruta que lleva el *ombú* son unos racimos verdes bastante grandes cuyas bayas son muy jugosas pero no redondas sino chatas y tienen la *figura* de pequeños botoncitos como se suelen llevar sobre chalecos blancos, forrados con hilos como la fruta alquermes [alquermes]⁵³³.

El árbol padre nuestro

A más hay un árbol que yo he denominado árbol del padre nuestro y el que ni en lengua española ni *mocoví* tenía un nombre. Yo le di este nombre por causa de que él llevaba grandes bayas negras que eran muy redondas [y] duras como un *frutil*⁵³⁴ también del tamaño como se usa en un rosario grande para el padre nuestro. Esta baya negra tiene una capa amarilla gomosa y sobre ella un delgado cuerito transparente amarillo en cuyo medio está metida esta dura baya o —para decir mejor— *grano* negro. Cuando la baya con su capa amarilla pende aún del árbol, asemeja a las grosellas maduras. Estos dos árboles no sirven para otra cosa fuera de lo que he contado de ellos que para quemar los pedazos y transformarlos en cenizas, hacer una lejía de ellas y emplearlas para hervir el jabón.

Canelón

También el árbol del *canelón* no sirve para otra cosa que para hervir jabón. Si bien este árbol tiene el aspecto de un naranjo cuyas hojas son igualmente grandes, coloridas y completamente parecidas a las hojas del naranjo, la madera no obstante es completamente igual en el color y en su tejido a la madera de la haya, pero no tan fuerte y dura. No sirve ni para la edificación ni para trabajo de ebanistería porque se tuerce aun cuando esté bien seca. Los *mocovíes* no tienen nombre alguno para este árbol pero como han visto que yo de la ceniza hacía lejía para jabón lo nombraron *Coyagangat* como también con este nombre denominan al jabón.

Nogal

Árboles especiales los hay más allá hacia la ciudad de *Tucumán* en cuya región los bosques están ocupados fuertemente por el *nogal*, ese es el *Nussbaum*. Estos nogales silvestres son de una madera excelente que es muy buena de labrar; tiene vetas parejas, es de color de *oliva* y mezclado por vetas, sirve para bellos sillones de respaldares, marcos de puertas y mesas, también para trabajo de revestimiento. Pintado y pulido

533 / La voz parece relacionarse con el «alquermes» árabe, o sea el insecto quermes parecido a la cochinilla.

534 / *Hart wie ein frutil*. La voz de «frutil» no existe en el romance ni en lenguas germanas ni eslavas; hubo error de copia. La voz *hart* [duros] debe leerse *fast* [casi]. Dobrizhoffer escribe que hay un árbol ybaro que se llama «palo de rosarios» porque de sus frutitas se hacen los rosarios y que en algunos campos existen plantas parecidas que producen también parecidas bayas aunque más chicas «*quales in Europa vulgo frutillas vocamus*». Su traductor traduce tal voz como *frutil*, a la par de Paucke. La frase tiene sentido si leemos «redondas casi como una frutilla», lo que explica su buen uso para cuentas.

con aceite o con cera tiene un bello brillo y un color más oscuro.

En la isla entre el río *de los Dorados* y el *Paraná* he hallado también unos bellos árboles pero los cuales por estar en lugares pantanosos no son tan buenos como los de campos abiertos y bosques. Hay uno todavía que merece ser mencionado aquí. Los españoles lo llaman *mora*, los *indios Etevelgaic*, el árbol rizado porque él tiene el aspecto como si estuviera erizado. Esto lo ocasionan sus muy pequeñas, delgadas y singulares hojitas que son muy parecidas a las del *algarrobo*. La madera es fuerte de color amarillo, sirve para trabajo de ebanistería y para camas de ruedas, también es buena para tablas para las barcas y pequeños buques, aprieta tan firmemente los clavos metidos que sin un gran esfuerzo apenas se pueden retirar con la tenaza.

Mora

Hay aun otro árbol cuyo nombre jamás he oído en lengua española, los *mocovies* lo denominan *nitinic*. Él crece hasta bastante altura, no tiene hojas, en cuyo lugar penden de las ramas unos verdes gajos de un largo de varas como los juncos o *senten* [espadañas]⁵³⁵ que crecen junto a los ríos. La madera es anaranjada y fuerte. Los *indios* cortan de ahí unos palitos que dejan secar, luego los usan para hacer fuego, por lo cual jamás viajan al campo u otra parte sin su avío encendedor que consiste en dos palitos: uno largo como un arco de violín y uno más corto pero más grueso que está cortado no a la redonda sino al igual por los cuatro costados. En este palo inferior horadan con el cuchillo un hoyito dentro del cual colocan la canilla más larga con la cual frotan. Todo el manejo y proceder para encender fuego sucede así: ellos toman un manojito de hierba seca, lo colocan en el suelo toman también estiércol de caballo bien seco y molido, colocan encima un cuchillo —eso es la hoja del cuchillo a lo largo—, el palo dentro del cual quieren frotar a través sobre la hoja del cuchillo, siéntanse con pies cruzados en el suelo, sujetan firmemente con ambos pies por ambos lados el palo sobre el cuchillo para que no pueda ceder; luego colocan la canilla en el hoyito taladrado arriba. Cuando el hoyito ya está algo frotado meten algo de polvo adentro y comienzan a fregar con la canilla. Pero el frotamiento se hace en esta forma: ellos toman la canilla⁵³⁶ entre dos manos, que están extendidas en el modo como el cocinero con la cuchara de madera bate espuma o mueve el molinillo pero lo hacen rápidamente y con fuerza aprietan siempre firme la píldora [bolita] para dentro del hoyito. Durante el batir pasan con ambas manos para abajo a lo largo del huso pero rápidamente llegan de nuevo a la punta superior del huso y durante el batir bajan de nuevo con las manos a lo largo del huso. En tiempo de pocos minutos ya cae un fino polvo pardo quitado por el frotamiento del palo de abajo por en medio de la muesca o pequeño *canal* cortado sobre la hoja del cuchillo, ya comienza a haber humo por el agujerito, entre esto ya cae un poquito de harina ya encendida que ellos en seguida meten en la hierba seca, ponen junto a ella más paja o heno, polvorean encima estiércol seco de caballo y comienzan

Nitinic

El avío de encender de los *indios* sin piedra

535 / Paucke explica el adjetivo *ellenlange* [largos de vara] para la altura que suelen tener los juncos o espadañas.

536 / *Spulle* [*Spule*] significa que la cañita hace las veces de instrumento frotante que el autor denomina *Spule*.

a soplar despacio hasta que llega a hacer llamas tras lo cual en seguida ponen encima pedacitos muy pequeños y delgados de ramitas secas y hacen fuego. Algunos saben hacerlo tan maestramente que al poco frotar ya tienen fuego pero tienen que padecer las manos sobre las que se originan ampollas y les causan mucho dolor; algunos ya tienen en las manos una piel como de anta.

Otelaledic

Miremos ahora un poco por sobre el río *de los Dorados* cuáles [árboles] se hallan allí en la isla. El árbol más útil para trabajo de ebanistería y para tablas es el que los *mocovies* llaman *Otelaledic*; es una especie de *cedro*⁵³⁷. Ellos dicen que sería la mujercita del *cedro*. La madera blanca fuera del grano [núcleo leñoso] está muy expuesta a la podredumbre y a los gusanos, muy suave de trabajar pero no muy firme. Estando seca y resecada para lo cual se precisa mucho tiempo una tabla es muy liviana y débil. El tronco crece bastante alto pero poco parejo y recto. Si él tiene cinco o seis varas de altura sin una torcedura debe ser apreciado, yo he visto en realidad más altos, más grandes y bien gruesos pero no en terreno bajo sino en el elevado sobre la tierra.

Cuando ya no tuve *cedros* cerca, éste [árbol] fue para mí el mejor cuando yo hallaba un tronco largo y grueso, éste tenía que servir en seguida para un bote que los españoles llaman *canoas*. La corteza asemeja por completo a un nogal; la fruta es achatada como un higo conservado colocado a lo ancho o —para comparar mejor— como una semilla de malvavisco⁵³⁸ en la figura, únicamente un comistrajo para monos y jamás lo comen los *indios*.

Abedagnic

Otro que los *mocovies* llaman *abedagnic*, tiene una buena madera granujosa, la fruta que es redonda y del tamaño de un guisante es algo agradable para comer. Los *indios* lo llaman *abedagnic*. La madera es buena para tornear; sirve también para cubos para las ruedas. Cuando este árbol está hueco las abejas, por los *indios* llamadas *aloba nate*, elaboran entonces sus colmenas para una miel que semeja estar aliñada con agua de rosas. Los *guaraníes* nombran al árbol *ybirarira*. Los *indios* me han contado que si las abejas ponen su miel en este árbol ésta es siempre más dulce, más agradable y de mejor sabor que cuando asientan en otro árbol.

Ivaró

El árbol *Ivaró* aunque grande y grueso tiene una mala madera, es algo rosada, es llamada por los *mocovies* *Acit*. En esta isla se hallan también otros árboles que dan frutas como las *castañas* silvestres; otros cuyas frutas si bien tienen esta misma figura son mucho más chicas; los *mocovies* la llaman *novelá*. Son también de esta misma clase unas plantas que en su mayor parte crecen en la raíz de un árbol grande y grueso y se balancean al igual que una *hedera arborea*⁵³⁹ junto al árbol hacia arriba, se prenden

537 / Dobrizhoffer al hablar del cedro [tomo I], manifiesta ignorar su nombre *abipón*, pero que los *mocovies*, en cuya región abunda este árbol, lo denominan *Otelalaric*. Es una de las pocas ocasiones en que Dobrizhoffer, antecesor de Paucke entre los *mocovies*, recuerda un vocablo de estos *indios*. Luego describe dos especies de cedro, lo mismo que hace Paucke.

538 / *Pappelrose* en el original. *Lavatera thuringiaca* L.

539 / Las lianas españolas o *ysipos guaraníes*.

entre las ramas, son del grosor de un brazo y tiene una corteza verde blancuzca. Más adentro en la región silvestre se hallan también semejantes plantas que se envuelven en derredor del árbol y debilitan tanto a éste que él se seca por completo. Lo mismo otra planta que envuelve unos hilos tan largos hasta la cima del árbol como si colgaran de él puras sogas. Luego se ve otra clase en los bosques cuyo filamento es fuerte y negro al que los *indios* descortezan desde arriba hasta abajo, hacen de ahí largas sogas y las emplean también cuando hacen las mantas de cañitas delgadas para tejer en derredor de ellas tal filamento negro y representar diversas figuras. Habría aún mucho para escribir de los árboles y extrañas plantas si se quisiera agregar exactamente su cantidad aquí. Veamos más bien qué bosques utilizables se encuentran más al *Norte* que con excepciones son muchos más valiosos que los que aquí he presentado.

CAPÍTULO X

De los árboles de selva que se encuentran en este valle hacia más allá al Norte

Guayacán

A alrededor de treinta y cuatro leguas de mi *reducción* y a nueve leguas de la *reducción* del Santo *Hieronymi* hallaba yo bellos árboles que los españoles denominan *Guayacán*⁵⁴⁰ pero los *mocovíes Uanalieaic*; ellos tienen una corteza blanca y manchada verde blanca. La madera es negra o rojo parda y muy pesada; estando aún verde y fresca es buena para labrarla; pero estando reseca es dura como un hueso: cuanto más se *trata* con las manos, más color obscuro toma hasta que parece ser casi negra, sin embargo conserva algo de un rojo muy oscuro, también llega a ser muy lisa y brillante. Los *indios* emplean esta madera para sus lanzas que por lo común tiene una longitud de cinco a seis varas, hacen arcos y garrotes de ella como también sus palas de cavar. Cuando verde es excelente para ser torneada, pero seca pagan los hierros [al trabajarla].

*Quebracho colorado*⁵⁴¹ son árboles de una altura de dieciséis a veinte varas, tienen una rugosa corteza negra y bella madera roja, algo más claro que *Pompadour*; por adentro tienen grandes cáscaras gruesas entre las cuales se muestra una resina colorada que es dura y en el color también tan transparente como un *rubí*. Este árbol es duro como un hueso y cuando se abate, echa a perder un hacha tras otra, por lo cual se denomina *quebracho* o como denota en lengua castellana: *quiebra hacha* tanto como *Axtbrecher*. Dentro de los árboles huecos se halla mucha miel de la clase que los *indios* llaman *alebánaté*. La madera es pesada como plomo; cuando cae un árbol hace temblar la tierra. Cuando los tigres son perseguidos en el bosque, se refugian en estos árboles: he tenido la ocasión de matar a tiros tres tigres y tan luego no de esos de una [hermosura] admirable [?]⁵⁴² en presencia de diez *indios* con sus lanzas me protegían el asalto del tigre. Todas las columnas existentes por afuera en derredor de mi vivienda nueva que estaban por cinco varas fuera de la tierra eran de esta madera. No pueden ser usadas para una techumbre o vigas de habitaciones porque ningún muro podría aguantar el peso.

Quebracho blanco

También he tenido tales árboles en la proximidad de mi *reducción*. Su corteza es blanca⁵⁴³ y rugosa y ellos son muy gruesos; la madera es alternadamente blanca con vetas de color rosado; tiene también muchas grandes manchas rojas; también se encuentran en la madera tales bellas vetas azules. Estando verde es buena para laborarla pero en cuanto está seca desafilaba mucho los *instrumentos*. Yo hacía de ahí los cubos, arcos y rayos para las ruedas, pero encontré que esta madera en cuanto empezaba a secarse, se constreñía y las ruedas quedaban todas flojas, especialmente cuando viajaban y no pasaban

540 / El *guayacán*, pero el autor usa la -j- alemana que posee sonido de nuestra ye. La *Caesalpinia melanocarpa* Gr.

541 / *Loxopterigium Lorentzii* Gr.

542 / Falta el sustantivo.

543 / *Aspidosperma quebracho* Gr.

por alguna agua en el camino; tampoco sujeta las ruedas porque se tuerce demasiado.

Mora. Este árbol tiene en realidad un nombre igual al de la *mora* sobre la cual ya he escrito, pero no iguales propiedades. Él es un árbol grande y grueso; la madera tiene el más bello color de naranja. Yo probé una vez cuando hice abatir tales árboles, y tomé agua, coloqué en ella astillas junto con lana blanca. A las veinticuatro horas ésta estaba bien amarilla. De la madera [hice] cubos para ruedas, lo demás dediqué al trabajo menor en la ebanistería como también para tornear.

Mora

Este árbol que por los españoles es denominado la *espina corona*, *die dörnere Cron*, por los *mocovíes* *Nouvetic* o *Teufelsbaum* [árbol del diablo] es admirable de contemplarlo. Él crece a una altura hasta de diez o algunas varas más; tiene una corteza rugosa pero desde arriba hasta abajo no tiene aisladas, sino por docenas unas espinas de un dedo de largas que reunidas abajo cual agujas de tejer distan entre ellas con las puntas de modo que ningún hombre puede trepar sin herirse fuertemente. Él tiene madera blanca y liviana que puede servir para tirantes de cuartos, o para pértigos o carros de carga. Las espinas son muy duras y los indios las usan para tejer sus redes; no sirve de ningún modo para trabajo de ebanistería, está también muy sujeta a la putrición.

Espinea corona

Guayabi en lengua *guaraní*, en *mocoví* *Vavacaic* es también un árbol grande, sirve muy bien para bellas cumbreras⁵⁴⁴ y tirantes para cuartos.

Guayabi

Los árboles nuevos son los mejores para ejes de carros que en el diámetro de su grosor tienen un buen cuarto de vara; tal eje más bien se torcerá y doblará antes que romperse. Cuando el eje a causa de la carga se tuerce, colocan los carreteros [hacia] arriba lo doblado para que toda la carga del carro se halle sobre el eje, así vuelve a ponerse derecho. Pero mientras un [eje] de otra madera en menos tiempo se gasta y se adelgaza, así ocurre muy tarde con un eje semejante. De los árboles aún muy jóvenes hacen los *indios* los mangos de sus hachas y [éstos] son los más durables. Los españoles llaman a los arbolitos muy jóvenes *pimpillos*⁵⁴⁵. La madera es fuerte, de color amarillo azufre. Se toman también los árboles medianos para pértigos.

Hay también un árbol muy bueno que tiene madera citrina y se llama por los españoles *lanza*; él no crece ni grueso ni alto, pero es de excelente fuerza para los ejes de los carros. Los *indios* hacen del *Guayabi* y de ésta bellas lanzas que tienen un bello color amarillo; son muy fuertes y mucho más seguras para matar los tigres que otras maderas de las cuales hacen sus lanzas; pues las otras aunque son duras como huesos quiebran más fácilmente que éstas. También sirve para armazones de bellos sillones, para trabajos de revestimientos en cosas de ebanistería y para arcos de flechas. Es tan fuerte y durable que estos ejes desgatan e inutilizan más bien el cubo del carro antes de que padezcan un achicamiento perceptible.

Lanza

En los bosques de la selva distante más de cien leguas he visto una muy rara figura

544 / *Patagonula americana* Endl.

545 / *Pimpillos* en el texto, por error. La Real Academia da a este diminutivo sentido de «pino nuevo».

Palo borracho

de árboles; los españoles lo llaman *palo borracho* el *versoffene Baum* por el motivo de que él asemeja a las vasijas de barro que llenadas de vino llegan desde Chile a Paraguay [*Paracuaria*]. Él tiene una altura de alrededor tres o, a lo mucho, cuatro varas, redondo hasta arriba, grueso arriba, delgado abajo. Si se le observa bien, no se halla en él ninguna diferencia con tales vasijas de barro. Las hojas surgen bien gruesas arriba donde está el borde de la vasija, no tienen rama alguna más que arriba. Debajo de su primera corteza tiene un filamento blanco que es muy fuerte y firme. Se descorteza este filamento del árbol comenzando desde arriba o desde abajo hasta su altura entera. El otro motivo porque este árbol es denominado *Palo borracho* puede estar también, en que los *indios* abaten de buen grado este árbol para hacer de él una artesa dentro de la cual dejan fermentar sus bebidas embriagantes, y a la que emplean como un *napé*. Este árbol causaría placer a cualquier extranjero a causa de su figura extraordinaria y muchos *caballeros* preferirían tener en sus jardines de paseo semejante árbol silvestre antes que la más apreciada planta de Europa.

Lapacho

Uno de los árboles más apreciados es aquel que los españoles llaman *Lapacho*⁵⁴⁶, los *mocovíes* *Enedagangat laté*; se hallan bosques enteros de ellos. El árbol es muy alto y grueso; sus hojas tienen la forma, tamaño y verdor como el peral; cuando en el mes de agosto comienza la primavera florecen éste y el árbol *ambra* los primeros como ya he informado. Es muy agradable contemplar tal bosque pues sobre todos los árboles no se ve nada más que pura florescencia que tienen el color de la más bella florescencia de los duraznos y expande un olor muy agradable. La madera es completamente verde loro oscuro; cuando se talan los árboles se espolvorea a cada hachazo una abundante harina y parece que el árbol no contuviere humedad. La madera expide de sí un olor a miel, sirve excelentemente y es la mejor madera de la cual los españoles hacen sus *carretas* y una *carreta* que está hecha de semejante madera se paga en sesenta pesos que en nuestra moneda importan tanto como ciento veinte Rixdales. De ella también hacen los *indios* sus remos para sus *barcas*; a la vez sirve para todo tanto para tornear como para trabajo de ebanistería; se la usa también para la edificación pero no con tanto agrado porque el árbol es muy pesado. Para probar si sus astillas servían para teñir, he hervido primero la lana en alumbre, después he terminado de hervirla junto con estas astillas y la lana ha tomado un lindo color de *oliva*. Lo mismo hice de ella para mí una buena tinta o tinta china: tomaba las astillas de este árbol, encendía un pequeño fuego, colocaba en derredor tres pedazos de ladrillo, sobre ellos una fuente de barro, la abertura hacia abajo contra el fuego, en toda la fuente se pegaba el humo del fuego [hollín] que yo unía luego mediante una pluma; esto lo hacía hasta haber reunido bastante hollín; una parte guardaba para la tinta, la otra para la tinta china que conservaba en píldoras y ella me hacía el mismo servicio que me debía hacer una [verdadera] tinta china.

Bitiribi

Bitiribi: de este árbol he visto tirantes que han sido también de un largo de veintidós varas. ¿Qué altura ha de calcularse para el mismo tronco? Yo no he llegado a tanta

546 / *Tabebuia Avellanadae* Lor. Azara lo denomina *iberaró*.

lejanía en este valle que yo hubiera visto estos bosques, pues en su mayor parte esta clase de árboles crece en la región de la ciudad *Paraguay* que por lo común es llamada *la Asunción*. Yo mismo había hallado semejante tirante de veintidós varas junto a mi *reducción* en el río *Paraná* cuando yo navegaba a la ciudad *de las siete Corrientes* y este árbol me es conocido además porque he oído muchísimo acerca de él y he visto generalmente su madera⁵⁴⁷.

Él tiene iguales vetas y muchos reflejos como la madera de haya, un fuerte olor *balsámico* y agradable, es excelente para la edificación, trabajo de ebanista y tornero; especialmente en el *Paraguay* los españoles hacen con ella sus grandes *barcos*; ella mantiene al clavo de fierro como si hubiera sido fundido para adentro. Las tablas hechas con ella no son blancas sino que tienen un color que se acerca a un verde pálido.

Un árbol, diferente y muy medicinal es el que los españoles llaman *Palo santo*, los boticarios *lignum sanctum*, pero los *indios* *Enedagangat*. La madera es de color *oliva*, de olor *balsámico* como ya se sabrá. Los *indios* hacen de ella vasijas de beber en las que la bebida tiene muy agradable sabor. Las vasijas son copitas o como un jarrito que los españoles denominan *mate*, los *mocovíes* *nogotequet*. Los españoles usan esta madera para purificar la sangre; ellos cuecen algunas astillas de ellas y beben el agua que es contra la enfermedad francesa⁵⁴⁸. Si se la quiere usar en otra forma para *corregir* la sangre, se vuelca agua fresca en una copita o semejante *mate*, se la deja en ella durante una noche y se la bebe. Si se frota un poco esta madera o se la enciende, se nota un olor muy agradable por entre la vivienda. No es necesario anotar aquí otras buenas calidades de esta madera porque es bastante conocida en *Europa*. Yo no lo sé de cierto pero supongo que en España deben ser hallados bastantes árboles de esta clase porque se exportan desde España a *Paracuaria* barriles enteros llenos de cuchillos cuyos mangos son de *palo santo*. Los *indios* hacen mangos para pisonear, para azadones y largos batientes para tejer. Cuando me visitaban los *indios* salvajes, traían grandes pedazos de *palo santo* para obsequiarme, que yo generalmente usé para trabajos de tornero. Una vez recibí de ellos cinco bastones bellamente labrados que yo pronto regalé a algunos españoles y les hice un agradable *presente*.

Netagguic, éste es un árbol o para decirlo mejor es de tres o cuatro troncos desde una sola raíz que crecen en seis y aun más varas de altura y desde abajo hasta la punta no tienen ninguna rama⁵⁴⁹. En la cima comienzan sus ramas que están unidas en un penacho, no tienen hojas sino en su lugar pinchos verdes. Las frutas son chauchas pardinegras como del pan de San Juan [*algarrobo*]; por lo general los troncos crecen erectos como velas, son gruesos que en su diámetro miden un buen jeme. La madera

Palo santo

Netagguic

547 / Paucke no da nombre *guaraní* ni español de este árbol que él no ha visto tampoco.

548 / 200 años antes Schmidl emplea este mismo término.

549 / Por error del copista de las láminas aparece allí como *Nettagguie* con *e* en lugar de *c*. Azara le menciona como *neterge* o «palo de dardos» de cuya madera se hacen las mejores lanzas. Es una de las pocas veces en que se encuentra una voz *abipón* semiparecida a la *mocoví*.

es azul oscura; estando fresca se puede labrar muy bien: se raja también en seguida pero cuando está bien reseca, se vuelve roja oscura y no se puede pasar por entre ella taladro alguno ni un cuchillo de cortar sin romperse; es también muy pesada. Estos árboles son también los más preferidos por los *indios* que de ellos hacen todos los *instrumentos de mortificación* para la matanza de los cristianos y gentiles porque ellos hacen de ella en mayor parte sus lanzas que generalmente tienen un largo de seis varas, los arcos de flechas y los garrotes que los españoles y algunos otros *indios* llaman *macanas*, pero los *mocovíes nepun*. Con estos garrotes matan gentes y ganados. Ellos cortan desde arriba las ramas secas de los árboles que luego parten en el suelo en palitos; cuando ellos no tienen hachas debe servir el *nepun*, todo lo efectúan mediante golpes. Cuando están de caza, corren a caballo tras los avestruces y venaditos fugitivos; cuando ellos están más o menos a quince o veinte pasos tras la salvajina perseguida, tiran entonces esta macana con tanta destreza hacia la salvajina y avestruces que bien el pescuezo o bien los pies quedan rotos.

Numerosos *indios* van en conjunto hacia donde crecen los árboles *Netagguic* abaten tantos hasta que cada uno puede hacerse una lanza. Cuatro *indios* se reparten un árbol pues lo dividen en cuatro partes; el mejor pedazo toma aquel de quien es el hacha, pues ellos tienen pocas hachas, en su mayor parte tienen sólo mazas de pedernales o de hierro. Los españoles llaman a éstas *hachas de cuña*. Para mango excavan de la tierra un arbolito nuevo junto con la raíz, cortan todas las raíces laterales, hacen únicamente con su cuchillo en la raíz madre un agujero alargado por entre el medio de toda la raíz. ¡Oh, cuán despaciosa y penosa es la tarea hasta cansar cavando con el cuchillo! Dentro de este agujero meten la parte posterior en esta *hacha cuña* y para que no se raje la raíz a causa de la fuerza con la cual a cada golpe la maza pétrea o férrea se mete adentro, forran ésta con cuero de buey y aseguran también mejor el hacha en el agujero hecho. Después que el árbol está partido, toma cada cual su pedazo y labra con su cuchillo la lanza para adelgazamiento mientras aún se deja cortar; cuando está ya tan delgada que tenga en su diámetro más o menos dos pulgadas o algo más comienzan ellos ya a raer con el cuchillo o con un caracol filoso. Con este raer prosiguen hasta que la lanza está completamente redonda y en la parte superior tiene en el diámetro una fuerte pulgada pero abajo una pulgada chica. Si acaso la lanza es algo tuerta o arqueada, la untan con una grasa o sebo adonde está torcida, la sostienen sobre un fuego hasta que esté bien caliente, luego la meten entre dos árboles que están muy cercanos entre sí, doblan hasta enfriarse la lanza y repiten esta operación en seguida hasta quedar bien derecha la lanza. Igualmente hacen también puntas de flechas que tienen más o menos dos o tres lengüetas en un lado; con éstas se puede tirar hacia dentro de un árbol y se apercibe poco de un trozo [de la punta]⁵⁵⁰.

También he encontrado algunas islas de monte donde los árboles en las hojas eran completamente parecidas a los naranjos, de una fuerte madera resistente: la corteza pálida y lisa. Si se dejaba la madera en el agua, se tornaba azul a las veinticuatro horas

550 / Significa que la punta penetró casi por completo.

como las astillas azules del [palo] del *Brasi*⁵⁵¹, su nombre no me es conocido.

Cedros

En los bosques de las antiguas *misiones* cerca de la ciudad del *Paraguay* se encuentra una cantidad maravillosa de los apreciados *cedros*. Cuán ameno y placentero es contemplar semejantes árboles altos, gruesos y rectos cual bujías como puede imaginarse cualquiera, especialmente quien reconoce su utilidad. Su madera es roja-oscuro y de un olor *balsámico* muy fuerte. Fácilmente se puede reconocer qué gran cantidad de *cedros* existe allí pues no se repara en abatir un *cedro* solo para hachar de él una o dos tablas. El motivo está en que allí no existen aserraderos algunos: yo sé de uno solo que en la ciudad de *Tucumán* estableció un hermano *jesuita* alemán que era sólo un carpintero de obra y jamás en su vida había instalado semejante aserradero⁵⁵². A causa de la falta de estos aserraderos —digo— se hacen generalmente con el hacha tablas de un ancho de dos a tres dedos. De un *cedro* no demasiado grueso hacen los *indios* solamente una tabla que hacen de en medio del árbol; cuando el árbol es muy grueso sacan a hacha dos de tales tablas. Ahora, ¡véase cuánta madera se malgasta en vano y sin provecho de un sólo árbol!

Los *paracuarios* hacen de estos árboles también unas grandes y largas lanchas que ellos llaman *canoas*, también unas más cortas pero más anchas con una vela que ellos denominan *garandumbas*; usan éstas para transportar sus mercaderías por el *Silberfluss* (Río de la Plata) desde *Paraguay* hasta *Buenos Aires*. Yo he visto en la ciudad de *Santa Fe* una lancha hecha totalmente de un solo *cedro* que fue labrado en la *reducción guaraní* llamada *Jesús*. Yo no fui tan curioso de asegurarme cuánto medía él a lo ancho y cuántas varas tenía a lo largo. Estaba en venta y se hallaba en el patio grande debajo del techo de la sacristía de la iglesia; a ojo de buen cubero yo calculaba su anchura en popa y su *bodega* en más de dos varas, pero en longitud hasta más de treinta varas; en la proa de esta lancha hallé algo menos en la anchura. Ahora, ¿qué altura y longitud habrá tenido el árbol cuyo grosor ha alcanzado tantas varas sin una sensible disminución del tronco en la medida de su grosor? Se me dijo que esta gran lancha cargaba hasta cuatro mil *Stein* [arroba], ésas son mil *cent* [quintales].

Hacen de él canoas

Las tablas del *cedro* sirven para todo trabajo de ebanistería y muy bien para escultura. En España usan para obra de escultura el *pino* o también el *cedro* porque allá no tienen tilo alguno. Yo obtenía muy buen resultado con el *cedro* porque él es muy suave y blando para cortar y los hierros bien afilados no necesitan mucha fuerza para hacer un corte bien liso. Yo tenía un lindo cofre grande [los españoles lo llaman *baúl*] que he traído desde *Las Indias* hasta *Ollmütz* en el cual yo guardaba mi ropa y vestimenta; lo regalé allá a un buen amigo. Si las astillas se cuecen bien en agua, puede darse a beber esta agua a alguien que ha caído desde un caballo o una altura, pues ella tiene el efecto de expeler la sangre coagulada en el vientre.

Para qué otro uso es apto

Para la salud

551 / Se refiere a la madera del campeche (*Haemataxylon campechianum* L.) que da un color rojo pero cuyos trozos descascarados presentan exteriormente un color azul.

552 / Al hablar de los cedros, refiere Dobrizhoffer que en *Tucumán* un hermano lego *jesuita* estableció un aserradero movido a fuerza hidráulica, pero los habitantes resultaron opositores a tal innovación.

La madera es muy liviana y el cepillo la labra con mucha limpieza. El taller se llena por completo con su olor. Hay dos clases de *cedros*: unos de un color más colorado, otro de [un color] rojo oscuro; el colorado es más blando, el oscuro necesita de mayor fuerza para ser cortado pero no tiene un olor tan fuerte como el más colorado, pero sin embargo se vende uno al igual del otro y ninguno por precio más caro si bien el rojo oscuro es más durable que el otro.

Dónde crecen los cedros en mayor cantidad

La región de la ciudad *Paraguay* envía frecuentemente algunos miles de troncos a la ciudad de *Buenos Aires*, para la venta. La madera baja hacia allá ni por tierra ni en naves sino que ellos construyen jangadas que cargan con *cedros* y diversos otros árboles de los mejores. También se envían desde *Buenos Aires* apoderados hasta el *Paraguay* donde conchavan obreros con los cuales permanecen por muchos meses en los bosques de *cedros* y se ocupan de continuo en talar y labrar los *cedros*, construyen una o dos jangadas que cargan con una cantidad de maderas de modo que una jangada entra frecuentemente al agua por cuatro o cinco brazas y por sobre el agua emerge sólo una media [vara], en frecuentes ocasiones sólo un cuarto de vara. Con frecuencia una jangada semejante tiene hasta treinta varas de longitud.

De la ytapa

Estas jangadas se llaman *Ytapa* o *ytapagere* por los *guaraníes*. En una ocasión he encontrado una gran *Ytapa* [sola] pues la segunda la habían perdido durante una tempestad inmediatamente sobre el río *Paraguay*. El apoderado me dijo que por la pérdida de esta *ytapa* había recibido un daño de veinticinco mil *pesos* (calcula cincuenta mil Rixdales). Él me aseguró que por esta *ytapa* que él aún había conservado esperaba aún conseguir por ella en *Buenos Aires* un pago de veinticinco mil *pesos* en caso que no se le fuera a perder también ésta. Él estaba entonces a una distancia de cincuenta leguas de *Buenos Aires* en el río *Paraná*. Por este relato uno puede deducir qué cantidad de madera debe hallarse metida en una *Ytapa*.

Cómo la conducen río abajo

A causa de haber tanto peligro en el *Paraná* que ora por ventarrones, ora por bancos de arena pueda originarse un gran percance, ellos conducen con el mayor cuidado tales *Ytapas*. Si cae una lluvia o una tempestad no hay que pensar en viajar sino en detenerse siempre, cuidar la *Ytapa* y asegurarla bien con cordeles y sogas para que no se abra. Sí ocurre que por un viento impetuoso las olas del río (que con frecuencia son más peligrosas que en el mar aunque no se elevan ni pueden elevarse a su altura) se eleven, deben detenerse con su *Ytapa* [por] lo cual ocurre frecuentemente que ellos no zarpen del sitio por ocho o más días. Sólo digo ante semejantes casos: ya que la ciudad de *Paraguay* dista de *Buenos Aires* trescientas leguas, no podría ser de otro modo sino que a causa de las tempestades y ventarrones, una *Ytapa* semejante pudiera necesitar tanto tiempo en este viaje como éste del cual he referido haberlo visto, pues su *patrón* me aseguró que ya había pasado diecisiete meses de viaje hasta ahí donde yo hablé con él y que a causa de semejantes accidentes dudaba llegar a *Buenos Aires* dentro de tres meses. Cada cual puede recordar ahora cómo habré llegado yo desde *Corrientes* hasta mi *reducción* sobre este río con mi pequeña *Ytapa* de la que he escrito en la página 914.

Yo era muy inexperto en construir una *ytapa* pero sin embargo tan animoso y atrevido que al igual a un inglés sobre el mar yo hacía con mi *ytapa* mis recorridas sobre las aguas del *Paraná* pero no en una forma de que yo debería o podría jactarme sin gran trabajo y accidentes perjudiciales. Es cierto que no se encontraba la duodécima parte de los árboles sobre mi pequeña ridícula *ytapa* pues ella tenía sólo trescientos palos; el error fue que yo tenía muchos palos que eran pesados como plomo. Después que ya a mi partida con mi primera obra maestra de *ytapa* fui tan feliz que el peso de tantos *indios* por un lado había tumbado a ésta, el asunto era aún más peligroso en el viaje; los *indios* que estaban sobre la *ytapa* para gobernar los timones, uno en la punta, el otro a popa y que debían estar en lo seco sobre la *ytapa*, se encontraban parados en el agua hasta por sobre la cintura, por lo tanto la *ytapa* entera marchaba con una vara de profundidad por debajo del agua que no se veía nada de la madera y mis *indios* tenían que estar parados encima con el mayor peligro de que elevados ellos mismos por el agua la *ytapa* se les huyera debajo de los pies. Ya era tiempo de anochecer que debíamos tocar tierra para acampar durante la noche; no pudimos acercarnos a la ribera porque la corriente la arrastraba de continuo. Al fin saltaron al agua todos los que en las *barcas* viajaban junto conmigo para ayudar y detenerla. De imprevisto tanta tripulación pesó en tal modo por un solo lado que la jangada se tumbó sobre sí misma y la mayor parte de la madera estaba de nuevo a fondo en el agua. ¿Qué hacer? Estuvimos esperando hasta la mañana después que todavía fuimos tan dichosos que ni uno solo de los *indios* hubiera perecido herido por la madera. Entonces tuve que trabajar primero para volver a enderezar la armazón dentro del agua, sacar del fondo los postes y cargarlos otra vez en mejor forma. Lo bueno fue que al pasar por una isla yo había hallado una *ytapa* perdida de grandes cañas largas que los españoles llaman *tacuaras*. Yo ordené a mis dos *barcas* que regresaran y cargaran allá las cañas. Con éstas construí una cama, por sobre la armazón cargué encima mis postes sacados desde el fondo y aseguré bien todo. Con esto mi flotante ballena de madera marchaba como se debía marchar y seguimos navegando con felicidad hasta casa.

Construyo una *ytapa*

Peligro con ella

Aquí debo referir lo que en la página 916, donde he descrito justamente este viaje, no se me había ocurrido. Se relaciona con un portugués que yo por misericordia había traído conmigo a mi *reducción*, como un extraviado en la ciudad de *Santa Fe*. En realidad debo confesar que este portugués fue entonces para mí un verdadero expósito de la dicha porque él había sido tripulante de un buque portugués y yo en ese tiempo precisaba con suma necesidad [y] buscaba alguno que me ayudara. Mi situación era ésta:

Diversos sucesos por un portugués

Su *excelencia*, el señor *Don Pedro Zeballos* como *gouverneur* de *Buenos Aires* me regaló una lancha portuguesa capturada con contrabando en el *Silberfluss* [Río de la Plata]; ésta es una embarcación pequeña con una vela grande en el mástil que los marineros llaman *cangreja* y provista en la rota de la embarcación de un trinquete y un *foque* [vela delantera]. Las *barcas* de las *misiones guaraníes* que viajan todos los años desde las *misiones* hacia *Buenos Aires* para conducir sus productos al *Procurator misionero* y en cambio de ellos llevar de vuelta a las *misiones* los avíos necesarios en paños, cuchillos, hachas y cientos de diversas cosas, trajeron con ellas para mí la embarcación regalada

Recibo una embarcación

por el *gouverneur* hasta el puerto de *Santa Fe* donde por suerte yo estuve presente. Mis *indios* aún no sabían gobernar y conducir esta embarcación. Entonces yo me preocupaba y me afligía [por saber] de cómo yo la llevaría sobre el río a mi *reducción*. Este portugués vio en la orilla tal embarcación a la que reconoció en seguida, porque él mismo había transportado en ella mucho contrabando a través del *Silberfluss* desde la *Colonia* portuguesa a *Buenos Aires* en horas de la noche. Él entró a mi *barca* para [hablar] a mis *indios*. Él les preguntó de dónde venía este barco y adónde sería llevado. Cuando supo todo por ellos de dónde y adónde ellos marchaban, se declaró dispuesto a navegar con esta *lancha* y de acompañarla hasta el pueblo. Los *indios* me comunicaron en seguida sus conversaciones; yo les dije que me lo enviaran. Ínterin este *tripulante* ya se quedó junto a mis *indios* en la embarcación y sin haber sido solicitado arregló espontáneamente todo para hacer velas. A la vez presentaba un notable espectáculo a mis *indios* cuando él trepaba por el mástil liso desde abajo hasta la punta y lo mismo se deslizaba hacia abajo. Al siguiente día el portugués charlatán vino ante mí y se ofreció a conducir la embarcación hasta mi *reducción*. Por un lado yo estaba contento pero también temeroso que él me raptara la embarcación junto con los *indios* y la hiciera llegar a manos de los portugueses, lo que hubiera podido suceder fácilmente porque los portugueses cruzan de continuo por el *Silberfluss* y el *Paraná* con sus *contrabandos*. Yo estaba con una sola *barca* en el puerto pero tenía en la *barca* mi gente en número doble en previsión que si la *lancha* de cuya venida ya había recibido noticia antes (si) ya hubiera arribado a *Santa Fe*, pero yo no sabía si ella me esperaba. Yo estuve pues conforme y lo llevé conmigo sólo hasta tanto la *lancha* estuviere en seguridad en mi *reducción* a lo cual él consintió. Como yo tenía ahora un bien experimentado *marinero* a mi lado, tuve ganas de navegar, no por el río *Colastiné* sino por el *Paraná* río arriba y hacerme conocedor de la ruta por este río y de saber dónde estaría la entrada desde el *Paraná* al río de los *Algarrobos* el que conducía justamente donde yo tenía los guardianes del ganado vacuno. También he encontrado cabalmente la entrada y he navegado en derechura al paraje que yo buscaba. Tras haber llegado a mi *reducción*, quise liquidar y despedir este portugués (el que en *Santa Fe* me aseguraba que él no aceptaría ningún pago por este viaje) pero mi portugués dijo que él estaba tan contento que le dolía partir de mi lado, él quería quedarse mientras a mí me placiera. Yo consentí en ello y lo guardé en mi vivienda; su cargo era de cuidar las embarcaciones para que se conservaran en buen estado, pues yo tenía una *barca* grande, un bote y ahora también una *lancha*. Esta estaba muy bien arreglada a manera *contrabandista*. El mástil estaba colocado abajo en el piso de modo que dentro de un minuto podía estar acostado a lo largo por sobre la roda de la *lancha* y eso por la siguiente causa: pues a hora nocturna los *contrabandistas* no permanecen sobre el río verdadero ni en la costa de la corriente sino que se esconden ora en una entrada lateral al país que los españoles llaman una *ensenada* o entre las islas, las que por ser tan numerosas y seguidas dificultan hallar un buque de contrabando, especialmente si mantiene no erecto sino acostado al mástil, y aún si un *cursario* o un buque real recorriente llegara a pasar es sin embargo

Navego río *Paraná* arriba

Informe acerca de la *lancha*

difícil reconocer la embarcación de *contrabando* porque los *contrabandistas* cubren a la vez con ramas verdes la embarcación entera y [así] la esconden debajo de ellas.

A más de esto que la *lancha* estaba construida graciosa y ventajosamente con postes muy delgados, navegaba tan ligera sobre el agua con vela y remos a la vez como si fuere un perro de caza; mi segundo bote también a vela y remos era por lejos demasiado débil de alcanzarla. El portugués que ahora quería ser en todo *mi piloto*, se hizo cargo al principio de arreglar bien mis embarcaciones pero a la vez con perjuicio, pues cuando era cuestión que se debía componer la *lancha* o el *bote*, *mi* portugués tomaba una sogá tras otra aun de las mismas pertenecientes a la *lancha* o de las sogas más necesarias, las deshilachaba y las usaba sin mi conocimiento para *calafatear* la embarcación y tapar las aberturas entre las tablas. Cuando lo noté, le prohibí seguir tocando una sola sogá y procuré algunos *cent* [quintales] de los *cables* y sogas que se rompen en los grandes buques, que ya no sirven y se venden a otros *barquitos* para *calafatearlos* con ellas.

El portugués trata de hacerla inservible

Yo me fié algo por demás de mi *portugués* y en frecuentes ocasiones lo envié con las *barcas* y la *lancha* a la ciudad de *Santa Fe* con mis *indios* que ya sabían gobernar bien la *lancha*. En el camino el *portugués* quiso retroceder un [trecho] y no tomar con la *lancha* cargada el usual camino por el *Colastiné* sino por el río *Paraná*; pero los *indios* no lo permitieron porque ellos no tendrían nada que buscar en *Paraná* y tampoco era una orden mía sino que al contrario yo les había mandado de no viajar a ninguna otra parte ni tocar tierra sino de tomar a la vuelta el camino recto. Por esto el portugués no pudo realizar lo que tal vez se proponía. Yo supe todo al regreso por mis *indios* pero *disimulé*. El portugués me informó que un buen amigo, también un portugués en *Santa Fe* deseaba comprar mi *lancha* y quería pagar ochocientos *pesos* por ella si yo quería cedérsela. Yo di en seguida una respuesta negativa y le dije que no había que esperar ni compra ni venta en esto, primero porque yo la había recibido como un regalo del *gouverneur* para mi uso; segundo porque esta *lancha* podría ser empleada otra vez para el *contrabando*, de modo que yo en vez de ser un agradecido sería un perjuró ante mi rey, ya que obraría contra su mandamiento, porque había sido ordenado severamente a no permitir a ningún *contrabandista* la permanencia dondequiera que fuere, mucho menos darle alimentos [elementos de] transportes o de defraudación y finalmente podría ocurrir que esta *lancha* llegara de nuevo a manos de reales barcos de caza y guardia y que tal vez yo sería hecho apremiantemente responsable. Por lo tanto la *lancha* queda a mi lado porque me ha sido enviada por el *gouverneur*.

Me indica un comprador de mi lancha

Yo quise conocer aún más a mi señor *portugués* y comprobar si en realidad él era un pillastre como yo suponía y ya tenía indicio. Yo lo envié por segunda vez con una carga a la ciudad de *Santa Fe*; le di como compañeros unos elegidos mozos fuertes y valientes y antes de la partida les di una *orden* secreta que ni de día ni de noche dejaran sola la *lancha* ni por un momento; si acaso durante el día querían ir a la ciudad, debía quedar siempre la mitad de ellos en la *lancha*. A los ocho días la *lancha* estuvo de vuelta con felicidad en la *reducción*; mis *indios* me refirieron sinceramente todo lo que había

Él da motivo a sospechar que él quiere substraer la lancha

pasado en *Santa Fe* y en el camino; que el portugués había vendido a los españoles en *Santa Fe* diez vejigas de chanco llenas de grasa, pero yo supe que él mismo las había comprado a mis *indios* en la *reducción*. Contra esto yo no tenía nada [que objetar] porque esto se lo había permitido para que él en franco modo pudiese ganar algo aparte mediante un honesto negocio.

Pero lo que más supe fue que los portugueses habían andado siempre cual judíos en derredor de mi *lancha* y habían ofrecido a mis *indios* que les prestaran la *lancha* contra muy buena paga sólo por unas horas; mi *piloto* portugués aceptó de buen agrado esta oferta, pero ninguno de mis *indios* quiso se hiciera mover de su lugar la embarcación. Ellos informaron en seguida al *Procurator misionero* el que acto continuo hizo llamar mi *piloto* y le ordenó que de ningún modo retirara de la orilla la embarcación sino que esperara la carga. Después de recibida la carga el *piloto* en realidad había zarpado con ellos al río pero había pretextado diversas causas a tomar un camino más cercano al *Paraná*, contra lo cual mis *indios* se habían opuesto siempre, así que el *piloto* había querido usar de la fuerza y había dirigido el timón junto con las velas para salir del camino hacia un lado. El asunto había llegado a tal extremo que el portugués diere en el barco un golpe a un mozo que era el más joven de mis *indios*, pero éste sin mayor titubeo dio al portugués un contragolpe tan rudo con el puño que él se cayere desde el timón hasta el fondo del buque y se golpeó fuertemente. Entonces el portugués perdió su ánimo y se aquietó. Lo mejor fue que otro *indio* se puso al timón y que no admitió más en éste al portugués por todo el camino. Por ello él tuvo que navegar con ellos hasta la *reducción* sin poner una sola mano en el timón. Ahí recibí mi *piloto* con una buena reprimenda y quise despedirlo de mi lado, pero él prometió prestar para lo futuro toda obediencia y lealtad. No obstante yo no tuve que confiarme mucho en él porque luego él se traicionó en muchas cosas que él era un falso. Especialmente noté en él un continuo rencor de corazón y como él viera no poder hacer pasar a manos de los portugueses la embarcación hacía todo lo posible de inutilizarla.

Él me expone a perder la cabeza

Yo mismo quise conocer de qué modo él se conduciría en mi presencia durante un viaje largo; tomé el bote y la *lancha* con el propósito de navegar río *Paraná* arriba y a buscar en las islas madera de construcción para mi nueva parroquia. Yo llegué río arriba hasta la ciudad de *Corrientes*; justamente éste era el viaje del cual he hablado desde la página novecientos siete. Frecuentemente navegábamos en la banda Este del río, si bien por lo común cruzábamos por entre las islas; ahí demostró el portugués muchas de sus malas intenciones creyendo que yo era inexperto en la navegación. Su primera tentativa era tan maligna que él hubiera podido causarme la mayor desgracia, pues como en el mástil sólo había una vela grande que es denominada *Cangreja* y está asegurada abajo en su lugar en una vara movable que en un momento puede mover la vela o hacia la derecha o hacia la izquierda como lo exige el viento, aprovechó su oportunidad de darme con esta vara en repentino cambio de la vela un peligroso golpe contra la cabeza. Yo estaba sentado arriba en el buque a su izquierda junto al timón sin sospecha de algún accidente; ahora cuando hubo que cambiar la vela él

hizo moverse la vara con la vela desde la derecha a la izquierda sin prevenirme como otras veces él lo había hecho antes y debía hacerlo, y como el fuerte viento ayudaba para una fuerza mayor, él me hubiera echado con la vara en el río o me hubiera roto la cabeza. Pero yo fui tan ligero que la vara no me hirió sino que sólo volteó al agua el sombrero. Mis perros de agua *indios* (me refiero a mis *indios*) saltaron en seguida desde la borda al agua, agarraron el sombrero y nadaron a la *lancha* a la cual treparon sin trabajo.

Yo no hice mayor observación sobre este golpe, pero le previne que de ahí en adelante él previniera cuando quería girar la vela para que no sucediera una desgracia como fácilmente hubiera podido suceder a mí; que tampoco girara tan fuertemente la vela con el palo para que el barco por el golpe no recibiera una trepidación tan grande, con detrimento del casco o que el gorrón de la botavara se saliera de su anillo o tal vez se quebrara, que yo no veía mucha mejoría ni necesidad alguna en girar tan violentamente la botavara, pues él tenía una buena sogá con algunas ruedas que los españoles llaman *garruchas* mediante las cuales, también bajo viento fuerte, hubiera podido hacer girar la vela despacio con la vara y poco a poco y sin peligro también con fuerzas menores, pero la *furia* portuguesa no la haría obrar *moderada* y despaciosamente.

Apenas había yo terminado de hablar, cambió el viento y él giró la vela a su antojo, hizo volar la botavara tan fuertemente al otro lado que el barco sufrió una trepidación tremenda. El gorrón no sólo saltó del anillo sino que se quebró también. El viento echó la vara con la punta hacia la *proa* o parte delantera del barco y la parte inferior de la vara donde se había roto el gorrón contra mí. Dios lo ha dispuesto que no me ha pegado en el corazón sino inmediatamente junto a él en el *camarote* sino yo hubiera quedado muerto en el acto pues el golpe fue tan fuerte que las tablas del *camarote* fueron horadadas y completamente rotas por la vara. Este era un daño que nosotros en el río no pudimos componer de otra manera que mediante sogas. Yo no sé cómo me he contenido de no haber castigado enérgicamente este hombre malvado y había sucedido también muy bien que yo no me he mostrado airado contra él por una mayor desgracia que hubiera podido ocurrir pues mis *indios* lanzaron sus miradas violentas contra él y murmuraron entre ellos pero yo no supe bien lo que les pasaba, sólo a uno le oí decir a otro que querían echarlo al agua. Si yo me hubiera mostrado airado contra el portugués y también si él no se hubiera callado, se hubiera originado un gran alboroto y el portugués hubiera llegado a ser en el *Paraná* un *stockfisch* [pejepalo]. Aún no bastaba esta maldad. Él quiso vengarse también de los *indios* que estaban remando y hacerlos desfallecer inútilmente. Viajábamos contra la corriente por el río con velas tendidas y remos pero él aunque viera y cada cual reconoció que tan cerca de la orilla había muchas piedras y peñascos bajo el agua, no desvió tampoco y el buque recibió muchos grandes golpes. Llegamos a una región donde la corriente detenía fuertemente al barco y no lo dejaba adelantar, las velas hinchidas y la fuerza de los remos no lo dejaban retroceder. Durante un buen tiempo lo dejé estar. Al fin dije al portugués que no pusiere el barco en derechura contra la corriente sino que diera bordadas y endere-

Segundo peligro

Otra maldad del portugués

zara por el río algo lateralmente; nosotros saldríamos sin embargo con velas y remos y podríamos proseguir. Él no contestó ni una palabra y permaneció en la posición anterior hasta que yo no pude aguantar más esta maldad. Le arranqué de la mano el timón, dirigí el barco con la roda algo a la izquierda, luego de nuevo a la derecha [y] con este *virar* y con este dar *bordadas* cruzamos la mayor *fors* [fuerza] de la corriente. De ahí en adelante no le dejé más en manos el timón, en parte yo lo dirigía, en parte llamaba uno que otro *indio* que debía gobernarlo como yo le decía. Cuando mi portugués vio que nosotros no lo necesitábamos y podíamos gobernar el barco sin él mientras él cual *excomulgado* debía estar sentado en el fondo del barco, que nadie le hablaba y todos los *indios* le hacían malas caras, no sabía qué destino ingrato le esperaba aún. Por esto tuvo que ceder mansamente, comenzó a mostrarse muy amigo y a ayudar por propia voluntad donde había trabajo, hasta que a la vuelta él mismo tomó el timón. Si yo no hubiera hecho seña a mis *indios* de admitirlo nuevamente, le hubieren arrancado el timón de las manos. Cuando hubimos regresado otra vez a nuestra *reducción*, despedí a mi *piloto*; él tuvo que alejarse y lo envié a caballo con algunos *indios* a la ciudad de *Santa Fe*, pero él no estuvo ausente por mucho tiempo, pues había tomado *para patrón* al *P. Procurator* de *Misiones* el que por una carta rogativa me saludó y envió de vuelta el portugués. De nuevo estuvo un corto tiempo a mi lado, se enfermó y después quedó completamente *contract* [paralizado]. Yo lo envié después de algunas semanas en la *lancha* de nuevo a la ciudad de *Santa Fe* para que allá usara de medios aptos para su curación. Fue todo en vano, él no sanaba y suspiraba por venir de nuevo a mi *reducción* lo que también aconteció y así enfermo como estaba, regresó otra vez en un barco, no podía estar de pie sino que tuvo que arrastrarse por el suelo; así permaneció por dos meses en mi vivienda y murió al fin. Tras una salida tan larga en mi relato volvamos a la huella de la que nos desviamos y hallaremos aún más bosques y árboles dignos de ser recordados, pues cuanto más se viaja al interior del Norte, tanto más diferencias se encuentran entre los árboles.

Lo despido

Más tarde muere en la *reducción*

Ybirapigtá

Un árbol excelente para todo tanto para materiales de construcción como trabajos de carpintería de obra y mayormente para construcción de barcos y para hacer *carretas* es aquel que los indios denominan *Ybirapigtá*. Él crece grande y grueso, tiene madera roja de ladrillo y una corteza fuertemente negruzca. Las *indias* machacan esta corteza, se lavan con ella; así sus caras llegan a ser tan lisas y relucientes como si fueren pintadas con un barniz.

Cebil

Otro que los españoles llaman *cebil*⁵⁵³, se halla en el lado del *Oeste* no lejos de la ciudad *S. Jago del Estero* y en la región junto a la ciudad de *Tucumán*; su corteza machacada sirve en lugar de las agallas para preparar los cueros de buey y hacer el cuero para suelas que los españoles aprovechan mucho en *Santiago*.

Acite

El [árbol] llamado *acite* por los *mocovíes* es un arbolito delgado del cual despegan los *indios* la corteza, la machacan cuando está seca, ablandan en *orina* y pintan en particular los cuentos de nutrias, las cuales unen cosiéndolas para mantas y pellizas enteras. El color es también rojo de ladrillo.

553 / *Piptadenia cebil* Gr.

CAPÍTULO XI

De las palmeras y sus clases que yo he visto

Hay en realidad diversas clases de palmeras de las cuales se encuentran también grandes bosques como aquel que he visto al costado *Oeste* justamente sobre la ciudad de *Corrientes*, cerca de la aldea plantel [colonia] del Santo *Fernandi*. Se dice que este bosque de palmeras se extiende por doce leguas españolas. Hay sólo cuatro clases de las que yo sé y he visto. Las dos clases más útiles son las que los *mocovíes* llaman *Atiavic* y *Atiavic laté*, la primera para la construcción, la segunda para el consumo de sus *cocos*⁵⁵⁴.

Atiavic laté es una palmera que al crecer en grosor apenas puede ser abrazada por un hombre. Ella comienza inmediatamente contra el tronco abajo a echar hojas que poco a poco, cuando el árbol crece, pierde sus hojas. El tronco queda pues con puras escamas puntiagudas que tuercen las puntas hacia arriba; en las cimas crecen nuevas hojas. La más alta palmera que he visto de éstas, habrá sido más o menos de una altura de siete u ocho varas. Yo no sé para qué podría ser utilizado el tronco entero. Los *indios* hachan la cima, buscan en el centro la pulpa, la comen bien sea fresca, pues ella tiene el sabor de almendra, o la secan y la machacan para harina, cuecen la harina en agua, hacen de ahí una gacha y la comen. Sus frutas son dátiles, pero no como los dátiles turcos o *africanos* que son alargados y después de haber estado echados un tiempo y haberse secados, son agradables para comer, sino que éstas son redondas, tienen cáscara amarilla, bastante carne y olor agradable. Pero los *indios* comen sólo la pulpa sea cruda o tostada. La pulpa es muy aceitosa, sabe como avellana, la cáscara tiene la dureza y el color de un coquito en el tamaño de una pequeña almendra con cáscara. Los *avestruces* son afectos a esta fruta cuando está aún fresca, las tragan enteras, una después de la otra y cuando ellos las despiden por la vía natural se encaminan los *indios*, buscan el excremento del cual sacan la pulpa junto con la cáscara, rompen el *coco* y comen la pulpa. Cuando yo viajé por tierra hacia el *Norte* hice abatir alrededor de quinientas palmeras para construcción, hallé también en la región de *Malabrigo* no lejos de la reducción del Santo *Hieronymi* muchos *Atiavic laté*, hice juntar una gran cantidad de estos *cocos* y los llevé a mi vuelta a la *reducción*. Hice entonces con ellos un agradable regalo a los niños.

Las palmeras que por los *mocovíes* son llamadas únicamente *atiavic* se hallan en gran cantidad; ellas tienen hojas completamente diferentes y se distinguen por completo de las otras. No son gruesas, tendrán término medio un cuarto de vara, algunas algo menos, otras algo más. La corteza es muy lisa y dura como un hueso pero no gruesa. El interior es una substancia puramente fibrosa, pero muy fuerte y rojo obscura. Esta palma crece completamente recta; cuanto más crece en alto, llega a ser tanto más delgada que un muchacho puede abarcarla con las dos manos pero hay que cortarla

554 / La palmera *caranday*, *Copernicia cerifera* y la *Cocas Yatay* d'Orb.

Atiavic laté

Atiavic

Cómo se usa esta palmera

a distancia de una vara de la copa porque ahí no tiene todavía una fuerza real. La altura es por lo general de doce varas, también de más; he encontrado también muchas que llegaban hasta dieciocho varas. En la misma punta tienen las hojas que se hallan erectas hacia arriba en largas ramitas delgadas y asemejan a plumeros. Ellas sirven de modo muy excelente para una armazón de techo aunque recién cortadas pesan cual plomo, pero cuando se secan llegar a ser muy livianas. Son buenas para recuadrarlas aun en cuatro partes, sirven excelentemente para travesaños⁵⁵⁵ cuando se hace un cerco que los españoles llaman *palo a pique*. Yo había hecho toda la armazón sin las ligazones que los españoles llaman *claves* para mi nueva vivienda. Cuando el techo se cubre con paja se emplean únicamente palmeras partidas; cuando se quiere techar con tejas quemadas, se las emplea enteras. Lo mejor [en ellas] es que una vez estando secas no se tuercen ni se doblan. También se las puede usar para canaletas o en lugar de tejas sobre el techo⁵⁵⁶, así están techadas todas las casas en *Corrientes* como ya antes he mencionado cuando he escrito sobre esta ciudad; se corta la palma en pedazos de un largo igual a la altura del techo. Estos pedazos se parten, y se saca la parte interna de modo que la corteza queda sola; luego se colocan estrechamente unidos en fila o uno junto al otro con lo hueco hacia arriba; sobre éstos donde están colocados juntos, se ponen los segundos sobre los primeros adonde se juntan a modo no diferente al usual de colocar las tejas sobre la armazón del techo. Las palmas se aseguran al techo mediante clavos de madera. De este modo el techo se construye en un solo día por sobre toda la casa. Un techo semejante dura por más de cincuenta a sesenta años.

Qué terreno necesita la palma

Aun cuando la palma está metida sólo en la tierra es admirable su duración. Yo tengo la experiencia por una cruz que en la *reducción* se colocó en tierra como lo primero e inmediatamente a su fundación. Habían transcurrido ya hasta veintitrés años cuando yo había construido una nueva cruz de *quebracho* colorado para nuestra iglesia. Yo saqué la cruz de palma de su sitio y no noté la menor podredumbre por lo cual la hice meter en seguida de nuevo en tierra en el cementerio. El terreno donde crecen estas dos clases de palmas es de tierra muy suelta. Las que tienen alguna humedad y se hallan cerca del agua o terreno pantanoso no valen mucho para la construcción.

Yo elegí en este *palmeral* algunas de las palmas más gruesas y como estaban todavía verdes las corté en pedazos de media vara, hice labrar la parte interna de modo que sólo quedara la corteza y el fondo e hice de ellas recipientes⁵⁵⁷ para agua.

Lachiquic

La tercera clase crece en mayor parte en islas bajas y pantanosas; los *mocovíes* las llaman *Lachiquic*; ellas son gruesas, tienen una corteza rojiza que en verdad es dura pero la parte interna es muy húmeda de manera que si se hacha hacia adentro, salta

555 / *Seitenbänder*, o sea los palos transversales colocados de poste a poste.

556 / Se entiende desde la cumbrera hasta la punta del alero.

557 / *Wasser Kahnen*. Aceptión y ortografía dudosa; como «Wasserkahn», (bote de agua) denotaría una batea al igual como nuestros pobladores del Oeste Argentino solían hacerlas de los troncos de árboles; como «Wasserkannen» serían jarras para el agua.

el agua para afuera. Yo no tenía aún experiencia alguna de estas palmas; hice cortar unas cincuenta en la isla en la creencia de que una vez secas, podrían ser usadas sin embargo para algo, pero me había engañado pues cuando se secaron, se restringieron completamente cual una estopa. El grano [pulpa] en la cima es bueno de comer y las ramas en esta palma son muy largas y penden agradablemente arriba en la palma; yo hice traer éstas en el día de Palmas para la bendición y las repartí al pueblo. Hay aún otras palmas muy bajas cuyos nombres se me han escapado; no dan otra utilidad fuera de que sus ramas se usan para hacer de ellas escobas para barrer; no son más altas, junto con su tronco y ramas, que un hombre alto⁵⁵⁸.

558 / Otra variación de la medida «hombre».

CAPÍTULO XII

Del clima, vientos y tormentas en el *Paraguay*

Diferente clima en el *Paraguay*

Lluvia rara en *Santiago*

La lluvia acarrea generalmente tormentas

Durante diez meses debo andar sin remedios con treinta y siete heridas en mis pies

Horrible tempestad

En cuanto yo he experimentado, no hay en el *Paraguay* un clima uniforme. Como el país es tan extenso, también los *climata* en los diferentes parajes distantes no se parecen entre sí, los unos a los otros. Si en *Europa* las *provincias* que no distan ni cien leguas unas de otras, son tan desemejantes, ¿qué diferencia no se encontrará en un país que cuenta sus cuatrocientas o quinientas leguas? Hay allá una gran diferencia en el clima, en enfermedades, en modo de vivir, usos e idiomas como en otros países extensos. *Paracuaria* es un país *temperado* [templado] en el clima, ni mayormente frío ni demasiado ardiente; ello no obstante a causa de que el tiempo lluvioso no [es] tan frecuente como en nuestros países, el calor y la sequedad perduran muchas veces durante tres a cuatro meses; por lo general en el otoño y en el invierno hay tiempo lluvioso. En la región de *Santiago* [del Estero] llueve muy poco durante todo el año; en muchos años [no llueve] absolutamente nada. En *Chile*, según se afirma, no hay jamás una lluvia y es algo muy raro si alguna vez llueve allá pero a la lluvia la reemplaza un rocío copioso y muy húmedo que cae en todas las noches. En *Santiago del Estero* tienen un río que a veces se desborda y riega todos los agros, huertas y frutas terrestres. En *Chile* una tormenta es más temible que en nuestros países un terremoto el que a su vez es muy común en *Chile*, *Perú* y *Quito*, si bien en el *Paraguay*⁵⁵⁹ han ocurrido muchos temblores. Para testimonio baste que yo he visto una mesa de altar en albañilería que se hallaba unido con el muro de la iglesia el cual por un temblor se había distanciado en anchura de una mano del muro lateral de la iglesia. En *Córdoba* en el *Collegio* contaban que cabalmente en aquel terremoto las campanas sobre la torre habían tocado por el movimiento y las lámparas en la iglesia se habrían inclinado a uno y otro lado.

Es casi imposible que aun la más mínima lluvia no traiga consigo una tormenta; puede chispear lo menos que fuere que ya truena y graniza y hay tempestad que uno se atemoriza; frecuentemente, ¡más!, comúnmente tras un refucilo, ocurre una descarga. Cada cual puede deducir cuánto *misionero* habrá temblado que ha debido tener su alojamiento durante tres a cuatro meses en la región silvestre bajo el cielo libre sin tienda, cubierto únicamente por una vestimenta de lienzo, días y noches bajo un cielo tan tempestuoso. Yo puedo afirmar ante Dios que yo durante noches enteras he debido estar agazapado cual un conejo bajo un árbol en el bosque y que el agua debajo de mis pies ha estado tan alta que pasara los tacos de mis zapatos. Yo he sentido pronto el *efecto* de tal humedad pues fui mortificado durante diez meses lo más violentamente en mis pies por treinta y siete heridas, tuve que estar sentado a caballo a la vez y realizar todos los viajes necesarios. Cuando uno penetra en los bosques hay que admirar de qué modo los árboles son destrozados por el trueno [rayo]. A causa de tan terrible y perdurante tempestad yo pensé frecuentemente que los sacerdotes en

559 / Es decir *Paracuaria*.

Europa cuando conjuran las tempestades y las mandan y destierran a la soledad de las tierras silvestres, envían las tales desde *Europa* a *Paracuaria*. En frecuentes ocasiones una tempestad permanece por dos a tres días inmóvil sobre un mismo lugar entre continuo estallido y granizo. Se me ha contado de la ciudad de *Chile* donde un año tras otro no se oye ningún trueno, que allá, y eso sobre la ciudad, se había colocado una tempestad tan terrible que la plaza estuvo bajo continuo fuego y los rayos han descargado cruzándose hasta que el mismo obispo ha entrado con el Sacratísimo en la plaza y la ha conjurado.

En *Paracuaria* las estaciones en el clima se pueden distinguir muy perceptiblemente y mejor que en muchos países *Europeos* donde se debe aguantar el invierno frecuentemente aún hasta el mes *junis* [junio]. En un país tan salvaje y desarreglado se experimenta un mejor orden de las estaciones que de seguro por lo común se contentan con sus tres meses a saber: la primavera, el verano, otoño e invierno. Pero debe saberse que cuando hay invierno en *Europa*, hay verano allá. Lo determino según los meses: en *Europa* se tiene en *noviembre, diciembre, enero* el tiempo de invierno más crudo, pero en *Paracuaria* hay el verano más fuerte pues allá en seguida tras Navidad hay la corta [del trigo] y en enero hay los días caniculares. *Febrero, marzo, abril* son aquí la primavera, pero en *Paracuaria* son otoño. *Mayo, junio y julio* corresponden aquí al verano, en *Paracuaria* hay invierno. *Agosto, septiembre, octubre* son aquí otoño pero allá primavera, pues en el mes de *agosto* todos están [ocupados] en sembrar los campos de cultivos.

Todo el invierno consiste allá sólo en fuertes heladas y frío durante el tiempo de la noche, de modo que a la mañana el campo está completamente blanco. Alrededor de las nueve de la mañana, si es un día claro, el sol calienta hasta la tarde a las cuatro; a esa hora el aire comienza ya de nuevo a arrecirse, *continúa* durante la noche siempre más fuerte y en el modo más fuerte a la mañana temprano antes de salir el sol. En vez de nevar llueve en el invierno. Ningún río se congela, sino que únicamente las lagunas se cubren con un hielo completamente delgado bajo el frío continuo. Nunca cae nieve; a lo menos yo no he visto ninguna nieve en los tantos años mientras he estado en *Paracuaria*⁵⁶⁰.

En *Europa* la vendimia se hace en *octubre*, pero en *Paracuaria* en marzo. En *febrero* están maduras tanto las *sandías* y *melones* como los *higos* y *duraznos* de los árboles frutales que [son] para los españoles una excelente ayuda para observar los ayunos, pues durante la cuaresma ellos no comen nada de huevos, leche, queso o manteca, todo consiste en pescados, verduras y frutas. Durante todo el invierno los campos de cultivo quedan verdes, fuera de las cosas que sienten mucho la helada; a éstas las quema.

Las tormentas más fuertes ocurren a comienzos de la primavera y al empezar el invierno y no cesan durante el invierno; por lo común son también más fuertes y duraderos en el invierno que en el verano y matan muchos ganados en el campo. En mi *reducción* y en mi alojamiento los truenos [rayos] se han descargado que yo he hallado

Las estaciones del año

¿Cuándo es la corta?

En qué consiste el invierno

¿Cuándo son más fuertes las tormentas?

560 / Debe entenderse por *Santa Fe*.

las señas aun a seis pasos ante mi puerta de casa. Ha sucedido que mis cuidadores de ganado en la *estancia* habían recogido algunos miles de cabezas de ganado para afuera de los bosques en tiempo en que una gran tempestad tronante se descargó sobre ellos. De pronto cayó entre ellos el trueno [rayo] de manera que mientras antes todos estaban sentados a caballo, todos tras la descarga se hallaban en tierra desmontados de los caballos sin saber cómo se habían apeado del caballo y todos [estaban] sanos. Nosotros hemos experimentado que ningún *misionero* ha sido ni muerto por el trueno [rayo] ni mordido por una víbora, ni desgarrado por un tigre. Acerca de tempestades puedo dar testimonio de parte mía y de otros del suceso que ha ocurrido a mí y a mis colegas en la *estancia Candelaria* de lo cual ya he dado noticia en la hoja 235.

De los ventarrones

Si bien durante el año se levantan frecuentemente unos fuertes ventarrones en esta tierra, éstos son lo más furiosos en la primavera durante los meses de *agosto* y *septiembre*. Ellos soplan en los más de los casos desde el *Sud* o *Sud-sud-oeste*. Llaman *huracanes* a los vientos del *Sud*; desde el *Sud-sud-oeste*: *pamperos*. Estos llegan generalmente con la mayor fuerza, con rayos y granizo de granos hasta [del tamaño] de un huevo de gallina; tras semejante tormenta los *indios* hallan muertos [por la descarga] gansos silvestres, patos, cigüeñas y muchas otras aves al lado de las aguas. Por lo común soplan desde el rincón del *caballo de Hornos* o *del Fuego* y *Magallanes*. Por tales ventarrones fueron derribados al suelo también costados enteros de las chozas *indias*. Fuera de estos vientos experimentamos a veces también la fuerza de los remolinos de viento los que donde aciertan, arrancan también para afuera del suelo las chozas de los *indios* y las echan al campo fuera de la *reducción*. Los muchachos de la aldea tienen en ocasión de tal remolino de viento su pasatiempo. Como desde lejos ya se ve cómo él mueve los árboles, los arranca frecuentemente también de raíz y eleva a los aires lo que halla en los campos, corren los muchachos más grandes y se colocan en su camino si él los encuentra voltea a tierra a uno tras otro; entonces gritan y se regocijan que los ha derribado de este modo.

El viento *Sud* y los *pamperos* son los más fríos y soplan comúnmente en tiempo de invierno mientras al contrario el viento *Norte* es el más caliente. Este fatiga por completo y debilita a uno porque es demasiado caliente y asemeja provenir de un horno de panear caliente; es muy dañino a las plantas porque las agosta. Lo contrario experimentamos en *Europa* donde el viento *Norte* es el más frío y el viento *sur* el más caliente. Cuando soplaba el viento *Norte* en *Paracuaria*, teníamos que esperar de seguro un *pampero* desde *Sud-sud-oeste* que es muy perjudicial a la salud pues por el viento *Norte* todos entran en gran sudor; si luego el *pampero* viene con gran fuerza enfría con su soplo la vestimenta llena de sudor en una manera que uno cree estar cubierto por el hielo. ¡Cuántas veces me ha ocurrido haber experimentado a campo libre una cosa semejante! Yo no tenía otro reparo sino que con el caballo me ponía en dirección del viento y de la lluvia y dejaba granizar, tronar y llover sobre mí.

La humedad es perjudicial en el Paraguay

El rocío como también la lluvia son muy perjudiciales en *Paracuaria* por lo cual muchos *uropeos* son privados de su salud, padecen mucho de los pies, reciben grandes agujeros y heridas a causa de sus descuidos que cometen en sus viajes creyendo que

la humedad de aquel país no sería tan perjudicial como lo es en realidad. La causa está sin embargo en la humedad y en el rocío pero no del todo porque éstos no dañan tanto a los *indios* como a los españoles y *uropeos* pues los *indios* no andan vestidos ni en el cuerpo ni en los pies como los *españoles* sino que la causa mayor está en que dejan secarse en el cuerpo los zapatos y medias húmedas como también su ropa. El que quiera ver librados sus pies de semejantes sucesos perjudiciales, no debe jamás dejar secarse contra sí la vestimenta húmeda sino que en cuanto llega al lugar donde durante el viaje quiere tener su almuerzo o su campamento nocturno, debe desvestirse, especialmente quitarse todo de los pies, y lavarlos con buen aguardiente. Si él no tiene nada de aguardiente, debe emplear en su lugar por lo menos agua bien caliente, lavarlos bien y secarlos con un paño, mudar zapatos y medias, reemplazar las mojadas con secas o dejar secar al lado del fuego las mojadas. En el comienzo de mi viaje desde *Santa Fe* a la *reducción* descuidé mucho mi salud y creía que la humedad no significaría tanto que sería allá tan perjudicial como en *Europa*, pero que no es tan perjudicial a la salud como en *Paracuaria*. Si bien ese primer viaje ha sido descrito en la hoja doscientos cincuenta y uno, pero entonces no ha sido dada por mí la causa de cómo yo a los dos años he recibido tantas heridas en ambos pies. De cierto yo poseía zapatos y medias que ambos eran de cuero de ternero, cada uno doble, pero no bastaron para cabalgar durante once días entre pura agua y continua lluvia. ¿Qué tenía yo que hacer sino en todas las *estaciones* secar ambas junto al fuego? Yo era hasta tan hábil o más bien tan inhábil que a las *Strümpfe* [medias] que en español no se denominan *medias* como otras *Strümpfe* [medias] tejidas o labradas, sino *borceguíes* las he arrimado junto con los zapatos demasiado cerca del fuego y en parte su cuero se quemó, en parte todo se encogió de modo que ya no pude calzarlos; por lo consiguiente tuve que llevar siempre húmedos y mojados los zapatos durante el camino restante y en esta forma he dañado en el modo mayor a mi salud.

Cómo la humedad me perjudicó

En frecuentes veces el tiempo lluvioso es tan persistente que uno no puede prever el fin y se cree que siempre sería el mismo. También he conocido años que en el verano casi a cada ocho días ha caído una fuerte lluvia de corto rato; si luego el sol llegaba tras ella, y recalentaba al suelo húmedo, la humedad y el calor entumeciente no eran solamente repugnantes sino también perjudiciales, pues por ellos se hinchaban las venas y también las carnes en manos y cara tan fuertemente como si hubiera una hinchazón y la sangre comenzaba a bullir violentamente.

Lluvias de larga duración

Yo he sabido por *misioneros* que en [el reino] *peruano* donde están las *misiones* de los *moxos* hay muchísimo frío y no obstante crece allá con fuerza el *cacao* y la *vainilla* [vainilla]. De estas *misiones* se obtiene un *chocolate* genuino que se prepara sin azúcar y recién cuando se hierve hay que agregarle el azúcar.

Se dice que entre los *indios* que se llaman *chiquitos* y distan de *Paracuaria* alrededor de quinientas leguas, pero que pertenecen sin embargo a la *provincia paracuaria* porque de continuo se envían para allá *misioneros* desde el *Paraguay* como me fue dicho, llovería en el invierno en tanta cantidad que todo queda inundado y los *indios* están obligados a permanecer en sus *reducciones* hasta que llega el verano, pues los campos

Milagrosos efectos del trueno [rayo]

y bosques están todos inundados de agua. Cuando bajan las aguas, salen de sus reducciones y viajan a los bosques para atender allá a la caza de monos. Ellos continúan en esta caza hasta que cada uno ha muerto tantos monos y secado bajo el sol su carne cuanta le parece suficiente para mantenerse con su *familia* durante seis meses en que él no puede cazar a causa de las aguas. Sobre estos susodichos *moxos* y *chiquitos* podrán dar noticias más exactas los *misioneros* [que] han estado entre ellos y han regresado a *Europa*⁵⁶¹.

Aquí debo agregar todavía algunas circunstancias milagrosas que han producido las tormentas allá. En *Calamuchita* a algunas leguas de *Córdoba* hubo una tempestad tan grande que el sacerdote para conjurar la tempestad salió de su cuarto al patio y comenzó allá sus *exorcismos*. Él tenía a su lado un *frater* que le respondía y alcanzaba el hisopo. Apenas hubo comenzado el sacerdote a conjurar la tempestad, el rayo cayó entre ellos de modo que el hermano lego, como él mismo me ha contado, estaba echado por el suelo hasta a unos veinte pasos de su sitio anterior, el sacerdote tampoco habrá estado muy lejos de ahí, pero sin daño alguno. El trueno [rayo] voló cruzando sobre las herramientas en la cerrajería y prestó a todas las limas el poder de atraerse cual *magneto* el hierro.

En *Buenos Aires* estaban sentados seis españoles rodeando una mesa sobre la cual tenían una gran cantidad de dinero y lo contaban en su derredor; el rayo descargó entre ellos, consumió todo el dinero y los españoles quedaron indemnes. Una *india* viajaba con su niño en el pecho a través de grandes selvas en el valle *Chaco*. El rayo mató la madre, pero el niño quedó indemne. El rayo cayó sobre un barco en el mar, pasó por el cuello del traje de un *ex jesuita* hasta los zapatos, los que también le arrancó de los pies, luego mató un tripulante y cuatro carneros. A otro al lado del altar el rayo pasó desde el lado derecho de la cara hasta abajo por el brazo, dejó reluciente toda su mano como si estuviere pintada por un barniz, pero no le hizo daño, sólo le dejó para recuerdo en la mejilla derecha una mancha parda del tamaño de un *siebenzehner* [diecisieteavo]⁵⁶². En *Córdoba* todos los *jesuitas* aún estudiantes se hallaban sobre el coro en la iglesia a las dos de la tarde para rezar en común su rosario como era su hábito diariamente a esa hora; el rayo cayó entre ellos en el coro, corrió por en medio de ellos y ni uno solo fue lesionado ni afectado por el susto. Semejantes cosas han acontecido en gran cantidad que de seguro debe admirarse que ni un solo *jesuita* ha sido lesionado. A los *indios* no les importa mucho, cuanto mayor es el estallido, con tanta mayor frecuencia y violencia gritan como si tuvieran una fiesta de jubileo, chancean a la vez como si quisieran desagraviar [perdonar] al rayo. Si el rayo hubiera muerto a uno u otro, les habría pasado probablemente este desparpajo. Mis *indios* que ya eran cristianos, no pensaban gritar sino que se persignaban con la santa cruz como suelen hacer los cristianos temerosos de Dios.

561 / Alusión al *jesuita* Sánchez Labrador, último misionero entre los *chiquitos*.

562 / Lo suponemos parte de un «Rixdale», pero no nos fue posible obtener datos seguros al respecto.

CAPÍTULO XIII

De los animales que viven parcialmente en el agua, parcialmente sobre la tierra

Entre los animales que viven parcialmente en el agua, parcialmente en la tierra me ha gustado siempre lo más el Seewolf [lobo de mar]. Los españoles lo llaman *lobo marino* pero los *mocovíes Enelquiagae*. La longitud, incluso la cola, es alrededor de tres varas; la cola es más o menos de un largo de una vara y de un ancho de una mano; la cabeza es redonda y chica, formada como la cabeza de un muflón⁵⁶³ los pelos de la cabeza por lo general son pardo oscuros, cortos pero muy blandos y suaves como terciopelo. En la garganta tienen una raya lista blanca hasta el pecho, tienen pescuezos algo largos, orejas completamente cortas como si hubieran sido recortadas, tienen un cuerpo redondo y largo, pies cortos, las manoplas como [de] patos o gansos y un cuero grueso. Los españoles labran muy bien estos cueros de manera que los pelos quedan sobre el pellejo, de ahí hacen para ellos en parte chalecos, en parte pantalones y [éstos] asemejan al terciopelo más fino. Yo he visto cueros de colores cenicientos y blancos como también overos blancos y pardos que sin duda han sido traídos desde la *isla de los Lobos* porque en ella es en mayor parte su estada. En el agua se alimentan de peces, nadan muy ligeros debajo del agua pero cuando quieren respirar sacan para afuera muy en alto sus cabezas con un intenso grito y [la] meten de pronto otra vez debajo del agua. Ellos se aproximan tanto a los navegantes que uno puede alcanzarlos con la bala pero son tan ligeros debajo del agua que cuando el fusil estalla desde la cazoleta, ya están otra vez debajo del agua. Yo he hecho desde mi bote más de un tiro vano contra ellos.

Durante el día permanecen más en el agua que en tierra y nadan en pos de su comida o juegan a orillas de los ríos a los cuales llegan desde el mar pero no moran en alta mar sino cerca de la ribera donde en frecuentes veces suelen jugar bajo el calor del sol; cuando nosotros [pasamos] por la *isla de los Lobos* (que es sólo un peñón distante mil pasos de la ribera) vimos ahí una gran cantidad corriendo en idas y venidas. En horas de la noche tienen su recostadero en cuevas y agujeros junto a la orilla; si ésta es de suelo arenoso cavan ellos mismos sus agujeros que van muy lejos debajo de tierra. Yo tuve una vez la suerte cuando viajé por agua desde *Santa Fe* a mi *reducción* ver seis lobos marinos en la orilla que entonces se metieron para dentro de sus agujeros. Yo me apuré en atracar antes de que volvieran a saltar al agua. Ellos tenían tres bocas en sus cuevas: yo coloqué junto a cada una dos *indios* con grandes garrotes para que en seguida a la salida les rompieran los lomos; con los otros *indios* pisé tierra desde arriba para abajo y fui tan dichoso que matamos todos los seis que estaban abajo los que después labré muy bien con mis *indios* y los di de *presente* a mis buenos amigos en *Santa Fe*.

Las pieles tienen un efecto excelente contra dolor de cintura y *sciatica* si se lleva só-

Lobo marino
Enelquiagae

Su figura y color

Dónde viven durante
la noche

Matamos seis de
ellos

Efectos de sus cueros

563 / *Ovis musimon Schreber*, antes difundido en Europa austral, inclusive partes meridionales de los Alpes, hoy existente solamente en Córcega.

lo un cinturón de semejante piel en derredor del vientre. Su carne es, como me referían los indios, muy asquerosa, insalubre y difícil de digerir.

De la capiguara

Otros animales que habitan en nuestra isla y en todos los ríos de mi *reducción* hasta Buenos Aires y también hasta muy al Norte son los carpinchos que los *guaraníes* denominan *capiguaras*, los *abipones* *Etepenga* pero los *mocovíes* *Nocupiaga*. Se encuentran grandes cantidades en el río *Paraná* y sus islas. Ellos no se alimentan de los peces sino de la hierba y las raíces que produce la tierra; ello no obstante no les gusta alejarse mucho de la orilla para que en caso de ser perseguidos, sea por gente, sea por tigres, puedan echarse pronto al río. Ellos tienen cerdas rojo pardas, son grandes de cuerpo y muy gordos. Tienen una cabeza formada como la de una liebre pero orejas muy chicas. Tienen en cada pie tres uñas, los ojos muy chicos; dos grandes dientes delanteros arriba y abajo, saltan muy ligero que no se les puede cazar. Por lo común están sentados con sus críos, gozan el sol y jamás duermen acostados sino que están siempre sentados sobre sus patas traseras, las delanteras mantienen paradas; si sienten tras ellos un ruidito, saltan con la mayor rapidez al río y lanzan un grito.

De su configuración

En horas de la noche duermen en el campo pero no lejos del agua. Ellos son buscados intensamente y comidos por los tigres. Los *indios* comen con agrado su carne como yo también pronto había aprendido de comerla. Al principio no [me] resultaba sabrosa pues sus grasas tenían el olor y sabor a aceite de linaza; con el tiempo me habitué a ese sabor y comí aun la carne asada sin sal ni pan. Cuando yo viajaba por los ríos hacia el *Paraná*, mataba en un día siete a ocho. Ahí se alegraban mis *indios*. Se podían matar a tiros bien y seguramente. En cuanto yo los veía sentados en hilera en la orilla mandaba recoger la vela pues yo había experimentado que ellos tenían mucho miedo a la vela tendida y en seguida saltaban al agua. También los remos debían cesar y dejaban viajar muy silencioso al bote no lejos de la orilla. Los *indios* me enseñaban siempre cuál entre éstos era el más gordo contra el cual yo disparaba y lo mataba felizmente. Algunos no quedaban muertos en seguida, saltaban al agua hasta que se habían desangrado y que el vientre estaba henchido por el agua; entonces nadaban sobre el agua y [los *indios*] podían subirlos al barco. Los *indios* me regalaban la piel de la barriga y el cuero en derredor del pescuezo junto con carne y grasa por ser lo mejor para comer, lo restante lo repartían entre ellos. Por lo general yo recibía devuelta mi bala pues lo primero que los *indios* buscaban en el puerco, era la bala. Los *indios* tenían siempre una gran alegría cuando mataban un puerco marino [carpincho] y acompañaba esto con una gritería jubilosa. Yo también me alegraba en mayor manera de cazar por agua que en tierra porque en ella hallaba más para matar sin el trabajo de buscar [la presa] como en tierra.

El tamaño de éstos

Los más grandes de estos puercos son como un cerdo mediano, generalmente paren también seis u ocho crías. Los lechones son muy buenos de comer porque no tienen todavía un sabor aceitoso. Cuando los *indios* precisan acaso el cuero para sus canastos de viaje [maletas]⁵⁶⁴ no sacan la piel sino que la asan⁵⁶⁵ junto con los pelos los

564 / *Tannister*, voz dialectal usada por Paucke para canastos y alforjas.

565 / *braten* [asan] en el original, probable error por *brauchen* [usan].

que pronto se quitan chamusqueándolos; si cuecen la carne, ésta debe ir con cueros y pelos a la olla y ellos toman esta sopa. Yo mismo he criado en mi vivienda dos lechones de estos cerdos pero no debía dejarlos ir al agua [río] sino hubieren rechazado la buena atención recibida y se hubieren escapado aunque yo he visto criados entre los *indios* a semejantes cerdos los que les seguían cual perros cuando iban al agua [río] y regresaban con ellos. Sus cerdas no son de utilidad porque no son ni por la mitad tan fuertes como las de los cerdos comunes, [son] ya de color mate ya rojos. Cuando su carne macerada en vinagre se asa, pierde todo gusto repugnante y es muy buena de comer, muchas [carnes] tienen también un tocino de dos dedos de grueso. En cuanto los *indios* cuando van de caza tras estos cerdos, notan en la orilla algunos que han saltado al agua, nadan algunos [*indios*] a la otra banda con sus dardos y siguen a los cerdos que nadan debajo del agua pues ellos aperciben exactamente sobre el agua dónde nada el cerdo. En cuanto él alza la cabeza por sobre el agua, fuere aun a treinta pasos, ya arrojan (el dardo) contra la bestia y de seguro lo aciertan debajo del agua en la barriga o alguna otra parte. Como el dardo tiene una punta, ésta no puede ser retirada sino que hay que sacarla a tajos. Estos cerdos, luego de estar heridos, se sumergen junto con el dardo a lo profundo debajo del agua pero como el dardo tiene una asta larga, ésta sobresale sobre el agua. Los *indios* se echan al agua y nadan en pos hasta que agarran la extremidad del asta, luego nadan con el cerdo [preso] en el asta hacia la orilla donde terminan de matarlo.

Sus cerdas, etc.

Manera de matarlos

En los grandes lagos hay *Fischotter* por miles, los españoles las denominan *nutrias* los *mocovies Nitigze* y los *guaranies Quia* por lo cual ellos llaman las mantas y pellizas que hacen de estos cueros para su abrigo *Quiapi* lo que denota: cuero de nutria, pues *Quiá* significa nutria y *Pi* denota cuero o pellejo. Estas nutrias tienen pelos mucho más finos que las de *Europa*. La nutria es allá algo más grande que mi conejo en la dentadura tiene arriba y abajo dos dientes rojo pardos, es de nariz roma como la liebre, tiene a ambos lados debajo de la nariz largos pelos de bigote como un gato, orejas pequeñas, una larga cola casi desnuda, pero es de más cuerpo que un conejo. Debajo de los pelos más largos que brillan tiene la lana más fina. Mientras la pelliza de este cuerito conserva aun los pelos, es más fresco que caliente pero sí los pelos ya han sido raídos y la lana queda sola, la pelliza es bien caliente. ¡Cuántos miles de estos cueritos podrían ser exportados anualmente a nuestros países que aquí no tienen mal precio! De esta lana podrían ser labrados también sombreros de *castor*. Algunos años antes de nuestra partida de *América* un *misionero* de la *reducción de la Concepción* estuvo ocupado en juntar estos cueros para mejor entrada para su pueblo y de enviar los *indios* a la caza de nutria contra pago. Él reunió hasta cuatro mil cueros, los envió al *procurator* para que mandara éstos a España y empleara el *producto* en cosas necesarias para el pueblo. El *procurator* se hizo cargo de los cueros pero como esperó un escaso provecho⁵⁶⁶ de ellos y los cueros no fueren comidos por la polilla, los repartió entre los *esclavos* del *Collegij* que de ellos se hicieron cobijas como yo mismo las he visto.

Nutrias

Su figura

Abundancia de ellos

566 / *Wertschaft*, término obscuro al que la versión debe dar este sentido.

Su cuero da buenas pellizas

Cómo se pintan los cueros

Cómo las llevan los indios

Focas

Los *indios* hacen para ellos y sus mujeres mantas dobles⁵⁶⁷ de treinta y seis hasta cuarenta cueritos, ésta es aun su mejor y más noble vestimenta en la *reducción*. Cuando los lagos no están crecidos, es la mejor ocasión para los *indios* de cazar nutrias y ellos regresan a veces de esta caza con tanta abundancia que traen con ellos también caballos cargueros bien cargados con semejantes cueros. Cuando el *indio* ha regresado, la *india* se hace cargo en seguida de los cueros porque ella es la peletera que debe preparar y pintar los cueros. Ella lava el cuero y lo fija en tierra con clavos de madera y los estira de las cuatro puntas hasta que están secas. Después comienza a pintarlos y tan luego mediante un palito. La pintura proviene de la corteza del árbol *acité* como ya he informado en la página 1037⁵⁶⁸, pues la corteza machacada macerada con *orina* ya sirve para la pintura. Pero lo que ellas pintan encima ya he de copiar en tiempo oportuno. Cuando la pintura ya se secó, comienzan a hacer de una esquina a la otra de la piel y también así en cruz un dobléz o torcedura al lado de la otra. En cada dobléz raspan prolijamente con el filo de una concha; con este solo manejo la piel queda flexible pero no curtida como debía estar, pero sirve y luego se corta bien derecho por todos los cuatro costados, se unen cosiéndolas una contra la otra con muy pequeñas agujas e hilo fuerte de *Echova*⁵⁶⁹ o como dicen los *mocovíes* *Nocité*. Por lo común las mantas simples son de tales dieciocho o veintidós pieles. Ellos visten tales pieles aun durante el verano pero con los pelos hacia afuera; en cambio en el invierno doblan para adentro el lado peludo. Cada cual puede imaginarse qué mal huelen en el verano tales pieles a medio sobar y no curtidas completamente que todavía no han sido libradas de las grasas de nutria, especialmente cuando ellos [vestidos] con ellas aparecen en la iglesia en la cual el pueblo ya de por sí solo sin sus pellizas huele mal a causa de su sudor. Yo estuve en una *reducción* de *charrúas* que comen pura carne de caballo y tienen de cueros yeguarizos sus mantas, leí la santa misa en su iglesia y había sólo algunos viejos con su manta los que asistían a la santa misa pues los otros ya estaban en su trabajo. Cuántas veces me descomponía de este hedor porque yo no estaba habituado a este hedor a caballo lo mismo como al hedor de las pellizas de las nutrias en mi *reducción*. En mi viaje desde *Las Indias* a Ostende traía aún conmigo una semejante pelliza que finalmente he regalado a nuestro señor *capitán* del barco *Don Andreas de Cornelis* aunque él quiso pagar de buen agrado y bien por ella pues él quiso darme por cada piel un florín. Por lo tanto la pelliza habría sido pagada con veintidós Rixdale. Sobre esto ya he escrito en la 894.^a página.

En nuestros ríos no he visto canes marinos [focas] ningunos, pues éstos viven generalmente en el mar y tienen para vivienda islas desiertas como las islas del *Vogtland* [Falkland] que los españoles llaman *Maloínas* donde se encuentran en gran cantidad los *lobos marinos*, como me ha contado a mí mismo el *ex gouverneur* francés de [las islas] *Maloínas* *Don Francisco de Neuvil* como se informó en la 359.^a página. Debo mencionar

567 / Al parecer son ponchos.

568 / Por lo visto, el autor aún no entregó estas páginas para la copia.

569 / Manifiesto error de copia de *chaguar*.

aún de cómo las nutrias hacen su recostadero; donde los lagos están cubiertos con alguna vegetación verde, juntan varias ramas⁵⁷⁰ verdes de carrizo, las entretajan bien y se sirven de ellas para recostadero o también para disfrutar el calor solar durante el día.

570 / *Zeug*, error por *Zweig*.

CAPÍTULO XIV

De otros animales dañinos, serpientes y víboras en las aguas**Cocodrilo****Su figura y
condición corporal**

En los lagos y ríos hay muchísimos *cocodrilos* que los españoles conforme a otra lengua *india* llaman *Caymán* [caimán], los *guaraníes* *Ycaré*⁵⁷¹, los *mocovíes* *Ananoc*. En *Paracuaria* no son tan malos ni ávidos de [comer] gentes como en el *Egipto* o en el *Orinoco*, ni tan grandes como allá. El *cocodrilo* más grande que he visto habrá sido de cuatro o cinco varas. La piel es por arriba completamente cual una gruesa masa córnea con diversos adornos elevados como si hubiera sido apretada en un molde. En el vientre tiene un cuero blanco, también duro pero algo más delgado que se halla unido como por coyunturas de cuatro dedos de anchas al igual como se ve en las armaduras de hierro. El color del cuero en el lomo y los costados es ceniciento, que en gran parte semeja a lo verde mezclado con manchas negro verdosas. La cabeza tiene una longitud de una pequeña media vara y es de puro hueso fuerte; en las fauces tienen alrededor de ochenta dientes. Yo los he contado frecuentes veces; especialmente delante en la dentadura tienen arriba y abajo unos dientes de un largo de medio dedo, redondos y puntiagudos. Todos los dientes tienen su hueco donde les corresponde estar cuando cierran las fauces. Los de abajo los tienen arriba, los de arriba abajo por lo cual ellos tienen en el agua las fauces cerradas tan exactamente que no les puede penetrar ni una gota de agua. Él tiene bien levantados los dos ojos; en lugar de orejas tiene pequeñas aberturas retorcidas. Tiene un oído muy bueno de modo que él siente aún el menor ruido; la cola tiene una longitud algo mayor de una vara. Arriba sobre las dos patas posteriores hasta la extremidad tiene emergentes unas altas puntas que tienen la figura de los dientes de una sierra grande.

**El cubil del
cocodrilo**

El *Cocodrilo* tiene también su cubil donde generalmente él goza del calor del sol sobre lo verde⁵⁷² que crece en los lagos [y] se sostiene sobre el agua más bien con sus cuatro patas en vez de que lo verde acuoso lo sostuviere. Cuando el lago o el río no tiene nada de una verde vegetación acuática, el *cocodrilo* está echado en el agua y sólo mantiene encima la cabeza sin el menor movimiento. Si se dispara contra él golpea en derredor con la cola entre mucho ruido y se tira al fondo pero al rato retorna con la cabeza por encima del agua.

**Mato muchos de
ellos**

Se me dijo al principio que ninguna bala podría traspasarlo salvo que se le disparara en la cabeza. Yo probé en uno al cual espí en la orilla, tuve entonces una buena puntería y le metí la bala en el centro de la cabeza. Yo noté bien que la bala le había aplicado un buen golpe y le sacudió fuertemente el cerebro porque él no se vino tan pronto al agua. Él abrió primero bien grandes las fauces y cayó de espaldas al agua porque él estuvo echado en la orilla con la cabeza hacia arriba por la cuesta. Yo lo probé en una segunda vez con otro; apunté para meterle la bala a través del ojo izquierdo

571 / Error de copia por *yacaré*.

572 / Perífrasis por «camalote».

pero le acerté por el costado algo debajo y delante del ojo de modo que la bala penetró por el costado de la boca y pasó hasta la nuca que se le rompió; él quedó echado muerto en seguida. Yo observé todo el cuerpo si no se le podría aplicar la bala en alguna otra parte y encontré que el *cocodrilo* tenía la mayor fuerza en la cabeza por lo cual era inútil [tratar de] matarlo por la cabeza. De ahí en adelante atrapaba a los otros por el cuerpo, especialmente debajo de las patas delanteras hacia el costado y tuve siempre la suerte de matar el *cocodrilo*. Varias veces no pudiendo alcanzar el blanco debajo de las patas delanteras, le tiraba en derechura al vientre, rompíale el espinazo y él quedaba muerto.

En una ocasión yo había cargado con gruesos perdigones mi fusil, vi un *cocodrilo* joven de una vara y media de largo y tiré contra él; pronto estuvo muerto en el agua con el vientre hacia arriba. Por semejante experiencia aprendí pronto matar muchos *cocodrilos*. Aun cuando el *cocodrilo* parece estar ya muerto y si no se le corta en seguida la cabeza vuelve otra vez en sí y corre al agua; por lo tanto hay que tener mucho cuidado en esto y no tomarlo de la cabeza sino pega el mordisco hacia la mano. Una vez que él la agarre, es imposible retirársela pues lo que el *cocodrilo* atrapa una vez ya no lo deja escapar. En una ocasión pegué un tiro a uno de los *cocodrilos* más grandes de manera que en seguida él quedó echado inmóvil; entonces corrió un *indio* con su lanza y lo atravesó por completo con ella; ahí mordió el *cocodrilo* con tanta fuerza en la lanza que no fue posible arrancársela de la boca y aunque la cabeza estuvo separada del resto del cuerpo, ella no largaba la lanza [y] tuvimos que abrirle con varas de hierro la boca.

Yo he admirado lo que he visto en un *cocodrilo* muy grande que he muerto a tiros en el río *Paraná*. Él quedó muerto ya en el agua, mis *indios* lo agarraron con sus dardos y lo arrastraron a la orilla hasta más o menos diez pasos de distancia del agua. Después que le habían cortado la cabeza (pues yo tomaba conmigo sólo las cabezas a causa de sus dientes que sirven para buen uso) yacía el cuerpo inmóvil sin cabeza en el sitio por un medio cuarto de hora, también ya estábamos de vuelta en el bote para partir con el *cocodrilo*, cuando vimos que el cuerpo comenzó a moverse con las cuatro patas y en derechura entró al río como si él aún estuviere vivo. Ahí un alegre mozo de entre mis *indios* comenzó a gritar: —¡Vamos, vámonos, remad cuanto podéis, tended todas las velas! ¡El *cocodrilo* viene a buscar su cabeza y llevará consigo todas las cabezas nuestras!

Aunque el *cocodrilo* es muerto por los *indios* también con los dardos, un *indio* sin embargo no es bastante fuerte para traerlo a la orilla y matarlo del todo. En tierra él es tan ligero que pronto puede alcanzar a un hombre, pero la maña de escapársele consiste en que el perseguido cuando el *cocodrilo* ya está cerca, se dé vuelta de pronto y corra para atrás lo que el *cocodrilo* no puede imitar sino que al querer regresar debe formar primero un gran círculo, porque él puede doblarse poco hacia el costado. Los *indios* comen asado el *cocodrilo*, especialmente la cola que según ellos dicen tiene la mejor carne. El *P. Franciscus Burges* que al principio estuvo conmigo en esta *reducción*,

Un *cocodrilo* sin cabeza se arrastra de nuevo al agua

Su fuerza y ligereza

Los *indios* comen *cocodrilos*

comía con mucho gusto los viernes si él podía tener albóndigas de carne de *cocodrilo*; yo también las hubiera comido de buen grado si no hubieren tenido este gusto repugnante de almizcle. El *cocodrilo* tiene también en un sitio que no es de nombrar por mí, dos excrecencias que son cortados por los *indios*. Ellos los cuelgan en sus chozas y todo el contorno tiene ese color. Muchas veces los españoles pedían este almizcle para preparar agua caliente que ellos en los días de grandes fiestas vertían en vasijas de plata y ponían ante el altar mayor en el *presbiterio*⁵⁷³. Toda la iglesia se llenaba con olor a almizcle. Yo sólo admiro cómo las españolas han podido aguantar este olor cuando muchas sólo por el olor de *lirios* se desmayan.

Sus huevos

El *cocodrilo* pone huevos y se sienta sobre ellos⁵⁷⁴. Los huevos son alargados como un gran huevo de gallina y redondos en ambas puntas. La cáscara es rugosa como si tuviera por completo verruguitas erectas. En el interior hay puro blanco y no hay yema pero ésta no es tan blanca como en los huevos de gallina sino algo azulada. En sus nidos se encuentran de sesenta a setenta huevos, yo mismo los he hecho sacar cavando y observado prolijamente. Generalmente se dice que los animales cuadrúpedos no ponen huevos pero los *cocodrilos* aunque cuadrúpedos ponen sin embargo huevos e incuban. Ahí tienen una buena prueba aquellos *Philosophi* de que toda bestia, *omne animal, es oviparum*.

Su nido

Es agradable contemplar el nido que el *cocodrilo* hace para sus *huevos*. Él excava un hoyo, más o menos a profundidad de una pequeña media vara, en éste mete, una vez que ha colocado todos juntos, toda clase de hierba secada, carrizo y cuanto puede encontrar de tales materias herbosas, tapa con ellas los huevos, escarba en derredor aun algo de tierra entremezclada, forma aun sobre la tierra un montículo alto de esta misma mezcolanza sobre el cual él se sienta pero yo no sé por cuánto tiempo ni tampoco de qué manera se arrastran para afuera de este montón los pequeños *cocodrilos*: sólo y únicamente [digo que] he encontrado muchos de tales nidos y he visto en frecuentes veces al *cocodrilo* sentado encima. Una vez encontré a semejante *cocodrilo* incubante que al marchar yo con mi fusil hacia él abrió sus fauces contra mí como si quisiera comerme pero como vio que yo me acercaba cada vez más, saltó desde su nido que siempre está cerca del agua, para dentro del lago pero de continuo quedó con la cabeza por encima del agua y puso buena atención a mí pero yo dejé intacto su nido y pasé de largo.

Cuando están sentados sobre los huevos son muy iracundos

Se dice que el *cocodrilo* sería muy venenoso; yo lo declaro [ser así] pero no en su carne al igual de otras parecidas sabandijas acuáticas sino en sus dientes. En este sitio y por esta herramienta la mayoría de los animales venenosos comunican su veneno pues todo animal iracundo, hasta un ser humano, si muerde, deja un veneno en la herida, uno más [venenoso] que el otro, por lo cual la herida comienza fácilmente a ulcerarse, lo mismo que en mordeduras de serpientes hay mucha diferencia porque

573 / Según Dobrizhoffer, los sacerdotes solían colocar este almizcle en el tabernáculo.

574 / Según los naturalistas, el *cocodrilo* no incubaba, pero en el primer tiempo vigila el lugar del nido.

algunas tienen un veneno más violento en los dientes que las otras, pues conozco serpientes que con la mordedura no dañan mortalmente al ser humano sino que sólo le cansan una alta temperatura durante una hora: mientras otras [no originan] ningún cambio ni aun el menor en la salud. Más adelante informaré sobre las clases de serpientes y víboras que yo mismo he visto en *Paracuaria*. Ahora si bien los dientes del *cocodrilo* contienen algo venenoso, son sin embargo un *preservativo* contra todo veneno si uno lo lleva consigo y lo cuelga sobre el cuerpo desnudo, igualmente [lo son] contra el aire malo que ataca.

Yo hablaba una vez con un negro que era un *esclavo* del *Collegij* en *Santa Fe*: él tenía pendiente del cuello un diente de *cocodrilo*. Mientras yo hablaba con él, el diente se partió. Entonces dijo el negro: —Si yo no hubiera [tenido] pendiente sobre mí el diente, algún mal aire me habría dañado.

Cuando el diente estalló expidió un pequeño chasquido. Yo he hecho con estos dientes algunas experiencias y pruebas. Una vez yo viajaba hacia la ciudad de *Santa Fe*. Cabalgamos a través de un bosque y arreamos delante de nosotros nuestros caballos. Entonces vi que en el pie de un caballo había mordido una víbora a la cual prendida por el mordiscón el caballo arrastró aun por algunos pasos consigo, luego ella cayó. Al caballo se le hinchó en seguida la mano izquierda. El *indio* al que pertenecía el caballo, se entristeció. Nos detuvimos; el *indio* agarró el caballo, tomó el diente de *cocodrilo* que él tenía atado en su brazo y lo ató sobre la herida del caballo y lo abandonó en el bosque para ver si el caballo hubiera sanado cuando volveríamos de la ciudad. A los ocho días transcurridos llegamos otra vez a este bosque y encontramos fresco y sano al caballo; el diente del *cocodrilo* ya no se hallaba atado ni fue encontrado más. Los *indios* e *indias* llevan tales dientes de *cocodrilos* en derredor de todo el cuello pero yo llevaba el mío atado a guisa de brazalete. Los españoles buscan mucho estos dientes, pagan por uno de buen grado dos o tres *reales* de plata [éstos] importan un medio florín o quince cuartos. Los cuelgan a los niños, los llevan engarzados en oro y plata. He visto también algunos dientes de *cocodrilos* del *Egipto* como también de [las tierras] *peruana* y *orinoquense*; que eran tres veces más grandes que los del *Paraguay*; [vi] especialmente uno, engarzado en oro, que abajo en *diámetro* tenía una anchura de una pulgada y media y en longitud un dedo.

Los *cocodrilos* no permanecen en un mismo lago o un río; marchan en la noche aun hasta una legua a otro río o laguna. Cuando yo estaba ocupado en establecer la reducción del Santo *Petri* vi en el río que pasa cerca más o menos nueve *cocodrilos* grandes; yo maté a tiros a tres, los demás pronto estuvieron ahuyentados y ya no apareció ninguno en este río.

Se dice que cuando los *cocodrilos* han matado un ser humano, lloran al muerto; si se quiere dar crédito a mi experiencia, puedo decir en verdad que jamás he visto llorar ni reír un *cocodrilo* ni he tenido una noticia referente a ello en *Las Indias*. De tal lloro parece provenir el refrán: *Crocodili lacrymae*. Lágrimas de *cocodrilo* que son más propias a las mujeres que a los *cocodrilos*. El refrán quiere significar: lágrimas falsas.

Sus dientes sirven
contra el veneno y
aire malo...

Experiencia de esto

Serpientes
acuáticas

En *Paracuaria* hay también serpientes de agua de las que una tiene el grosor de un puño y el largor de tres varas. Cuando brilla el sol, se acuestan arriba sobre el herbaje juntas en rueda de manera que en su mayor parte tienen las cabezas en el centro pero así están acostadas juntas cinco, seis o siete. En una ocasión encontré tras mi huerta cerca de la laguna grande un tal nido. Yo tenía conmigo mi fusil cargado con perdigones gruesos y vacilé en disparar el tiro entre ellas pues yo no sabía qué movimiento harían después del tiro. Al fin decidí hacer fuego y emprender en seguida la huida. Cuando hube disparado contra ellas, estuvieron todas con rapidez de rayo en el agua; yo no sé cuántas he muerto. Si no he herido ninguna en la cabeza han quedado todas vivas en realidad, pues en lo restante del cuerpo [el tiro] las dañó poco.

Los *indios* me contaban aún de una gran serpiente y me dijeron que había sido el diablo. Su ruta que por lo menos tenía tres leguas de largo fue desde un lago; ella siguió arrastrándose por el campo e hizo una senda de la anchura de más de una vara. Un *Principal cacique* fidedigno o había visto todavía esta senda, me dijo que esta monstruosa serpiente había quemado y tornado completamente amarilla toda la hierba por donde ella se había arrastrado. Hasta aquí acerca de sabandijas acuáticas en aguas *paracuarias* en cuanto yo he visto. Si acaso otros han visto más, quedan en libertad de narrarlo.

CAPÍTULO XV

De aves y otra volatería que viven sobre y al lado de las aguas

La gran cantidad y diversidad de las aves anatóideas que viven cerca de mi *reducción* en las aguas existentes en el contorno no me habría sido tan pronto digna de crédito si yo no tuviera un propio conocimiento de ellas. Donde quiera que haya una lagunita, se ven reunidos cuatro o cinco casales de patos. Un lago distante un cuarto de hora de mi aldea me asombró cuando vi pulular de patos toda su orilla; yo los calculé en tres o cuatro mil de diversas clases conocidas y desconocidas. No habría sido posible que un solo granito de la *munición* hubiera podido perderse inútilmente si alguien hubiera tirado contra ellos. Como estos patos silvestres jamás son perseguidos por un cazador, no son tan ariscos como en nuestros países; también permiten llegarse a ellos para un tiro de cerca. Aun si ocurre que uno dispara con perdigones contra ellos han de levantarse en verdad, volotear varias veces por sobre el lago y luego posarse nuevamente tranquilos. Aun cuando se alejan volando, se hace esto hacia la próxima laguna. No hay menester de otra cosa que cargar, buscar un arbustito para esconderse y de nuevo tirar contra ellos. Yo podía tener diariamente este pasatiempo con tal que yo atravesara mi huerta donde tenía un buen lago largo y en una punta redondo en el que los patos silvestres nadaban con mucha frecuencia.

Abundancia de los patos y aves

Si no existieran tantas aves en el agua y en el aire como también otra caza silvestre, ¿cómo podrían sustentarse muchas veces los *misioneros* viajeros? La pólvora y el plomo deben ayudar en la tierra silvestre, especialmente cuando un *misionero* tiene que gobernar unos *indios* tan especiales que le comen todo el ganado y hasta no perdonan ni la única vaca lechera y la carnean como así ha ocurrido a un *misionero* alemán de manera que él se vio precisado a asir el fusil durante tres a cuatro meses y alimentarse de la caza a los patos y otros [animales]. Esto le ha ocurrido por una segunda vez y cuando por tercera vez volvió a poseer un rebaño de ganado, en parte por limosna de los españoles, en parte por compra, tuvo que establecer su *estancia* retirada de su pueblo a la otra banda del río *Paraná* y en el tiempo pertinente hacer venir el ganado para carnear por más de seis o siete leguas, al fin también a través del río *Paraná*. Como esto ha sucedido ya lo he descrito en la página 910.

Como los patos pasean sus crías por las aguas antes de que éstas puedan volar, lo que ocurre a fines de enero y comienzo de *februarij* no me han faltado jamás patos silvestres jóvenes. Mis muchachos *indios* eran mis perros de agua y me traían diariamente suficientes desde las lagunas, los que habían captado con nadar tras ellos. Yo construí en mi patio delantero una vivienda de puras cañas dentro de la cual había edificado con ladrillos cocidos un estanque y llenado de agua; en éste yo conté alrededor de veinte casales de patos silvestres de diversas clases lo mismo que tres clases diferentes de gallaretas, tortugas y un pequeño *cocodrilo* hasta cuarenta casales de palomas, cuatro conejos y diversas aves acuáticas. Durante todo el día estaban parados junto a él

Caza de pato por los niños

niños e *indios* adultos para contemplar esta arca de Noé y escuchar la gritería de estas aves, pues como toda la casa era de cañas ellos podían mirar por entre éstas y observar todo, lío había que preocuparse por la comida pues había bastante *maíz* o trigo turco.

Dacavi

La clase más común de los patos no es tan grande como un pato silvestre en Alemania, tiene carne más blanca y muy buen sabor. El color de las plumas es pardo claro, en las alas tienen plumas blancas azul-verdes y entremezcladas algunas amarillas. El pico y las patas son rojos. Los *mocovíes* los llaman *Dacavi*. Hay otros que tienen sobre el pecho y en las alas plumas con manchas de un bello [colorí pardo. Los picos y patas son de color ceniciento. Otros tienen plumas pardas oscuras, picos negros y patas que son doblemente altas que [en] otros patos. Hasta el pescuezo (que mantienen siempre bien erecto en alto) tienen la cabeza poblada con las más *sutiles* plumitas negras, la garganta blanca [y] un delgado circulito blanco en derredor del pescuezo. Por cientos están parados en orden agradable a orillas de los lagos. Los *mocovíes* los llaman *Bilili*. Entre ellos uno se coloca cual centinela perdido; tal cosa lo he notado de continuo y en frecuentes ocasiones me causó risa. Cada vez que se reunía una bandada grande, uno de ellos distante tal vez a tres o seis pasos, tenía que estar alejado de ellos y completamente solo. Si este pato desprendido notaba algún ruido o veía venir alguna salvajina o un ser humano, hacía una gritería a la cual los otros que acaso dormían levantaban sus cabezas, comenzaban también a gritar y cuando oían el ruido más de cerca, levantaban el vuelo y se posaban en la orilla opuesta del lago. Patos *duck* y *blass* hay allí bastantes⁵⁷⁵.

Bilili

Patos reales. Dalim

De una clase más grande que según su cuerpo del tamaño igual a patos caseros bien crecidos son los que por los españoles son llamados *Patos Reales*, por los *mocovíes* *Dalim*. Las hembras de éstos tienen plumas de un pardo mate, picos y patas azulados; los machitos están cubiertos con plumas negras como el carbón, entremezcladas en las alas con algunas plumas blancas. Pico y patas de color rojo subido, ojos colorados, y sobre el pico también una excrecencia muy roja que se levanta en la raíz del pico. En el centro de la garganta tienen como un botón hueco que crece en modo cartilaginoso como la garganta. Tienen un buen y aun mejor sabor que todas las demás clases de los patos, tienen un pecho bien lleno y tan gordo como un pato casero cebado. Los españoles los llaman *patos reales*, *Konigliche Aenten* pero no son aun los verdaderos grandes *patos reales*. Los patos más chicos que yo he visto son aquellos que tienen totalmente plumas del mismo color de las tórtolas, tienen también un anillito blanco en derredor del cuello pero una cabeza más grande en la cual exhiben unas plumitas muy angostas que están paradas hacia arriba como si hubieren sido cepilladas. Tienen picos y patas azuladas.

Juanás

Otros que son aún más grandes que los patos caseros y similares en tamaño corporal a los gansitos, son denominados *Juanás* por los *mocovíes*; tienen patas y picos azulados, por sobre todo el cuerpo unas plumas gavilanadas⁵⁷⁶ [salpicadas] blancas

575 / Zambullidores y patos blancos.

576 / De un plumaje en dibujos parecidos a los llevados por los gavilanes.

y pardinegras al modo como las tienen sobre el pecho las aves que se llaman tordos. Desde la raíz del pico hacia arriba les crece por sobre la cabeza al igual que a los gallos una gruesa cresta dentada pálida. Ellos son muy afectos a las cebadas y por el mayor tiempo permanecen sobre los campos de cultivos especialmente cuando la mies ya está lista para la cosecha o si ya está echada por el suelo. Donde invaden causan un gran daño; no temen a los fusiles. Por esta misma causa fueron intensamente muertos a tiros y son agradables de comer. En cambio otros que no tienen un pico ancho sino puntiagudo, son muy negros en la carne. Los *indios* comen pocas de todas estas clases y no con mucho agrado. Pero de aquellos a los que son muy afectos encuentran en todos los ríos y [ésos] son una clase de patos negros que generalmente se hacen ver en grandes cantidades sobre los ríos en tiempo de otoño e invierno. Ellos nadan remontando y bajando por los ríos, zambullen debajo del agua y pescan, de lo que viven únicamente; tienen colas largas. Es agradable oír en la noche cómo con sus voces o un carillón —para decir mejor por su semejanza— nadan recorriendo los ríos y cantan. El sonido no es nítido sino más sordo y me daba la impresión como si alguien tocara con el martillito sobre los maderos de un sonador de madera [xilófono]⁵⁷⁷.

Patos negros
pescadores

Sus nidos

Estos patos no hacen jamás sus nidos entre las cañas de los lagos y carrizos sino sobre los árboles más altos pero no sobre verdes sino sobre los completamente secos que ya no tienen ningún follaje ni corteza en el tronco. Tantos cuantos pueden caber sobre un árbol para hacer sus nidos los construyen en tal cantidad que he contado sobre un árbol semejante hasta más de una media centena de nidos. Los nidos son de puras pequeñas ramitas secas de árbol. La gritería de los viejos y crios se oye desde lejos. Jamás construirán sus nidos sobre un árbol que aunque seco está en el campo [libre] o en el profundo bosque; el árbol debe estar siempre cerca del río por cuya causa ellos se descubren pronto por los *indios* que pasan navegando. Cuando yo navegaba por ríos y lagos hacia la ciudad de *Corrientes*, encontramos en frecuentes veces unos árboles que estaban por completo ocupados por tales nidos y en el justo tiempo que ellos tenían sus crías en los nidos. Los *indios* no podían pasar navegando sin tocar tierra y gritar: ¡*Jepeyec!* ¡*jepeyec!* Así llaman a estos cotos de patos. No se tomaban el tiempo de trepar al árbol, sino que hachaban contra el árbol con el hacha hasta que estaba en el suelo. Cada cual puede imaginarse con qué ardor saltaban hacia los nidos y mataban los crios. En una ocasión semejante he contado también hasta arriba de doscientos y más de tales patitos nuevos que mis *indios* echaban muertos al barco. Fuera de esto causaron un gran hedor en el bote, ¿pero qué iba a hacer yo? Por complacer a los *indios* tenía que aguantar el hedor.

Los *indios* lo comen
con placer

La preparación para la comida era algo extrañamente apetitosa. Ellos arrancaban a medias los cañones [de las plumas] y chamuscaban [los cuerpos] al fuego, cortaban las tripas y demás intestinos y en seguida se asaban [los patos] ya en el asador, ya debajo de ceniza caliente. Recién cuando ya estaban asados, sacaban el cuero y los comían sin sal ni pan. Yo rehusaba agradecer semejantes bocados de regalo que ya

Cómo se preparan

577 / Oración obscura.

me desganaban el estómago cuando debía contemplar semejante comestral. Lo que yo admiraba aún más era que un *indio* ponía en el asador cinco o seis de éstos y los engullía con *apetito*.

Patos reales
Ogagni

Otros *patos reales* que son iguales a los que se ven negros y blancos en nuestros países tienen una excrecencia colorada en derredor del pico y los ojos y también plumas blancas entremezcladas en las alas. Muchos de éstos se ven en el *Paraná* y sus afluentes y he muerto muchos a tiros desde mi bote. Ellos no sólo nadan por los ríos sino que se sientan también sobre los árboles en la orilla; el sabor de la carne es bueno en ellos pero primero deben estar echados por unos días en maceración, tras ésta son agradables de comer. No son tan ariscos que los *indios* no pudieran matarlos tirando contra ellos con un garrote pesado desde el barco. Los *mocovíes* los llaman *Ogagni*.

Gansos silvestres.
Gansos Naquetetac

Yo he visto dos clases de gansos silvestres⁵⁷⁸: la primera completamente blanca, la otra con cabezas y pescuezos negros en lo restante blancos y la punta de las alas completamente negra. Ellos se distinguen de los gansos caseros en *Europa* por el pescuezo largo y me parecen más bien ser una clase de cisnes que de gansos, pero sin embargo no tienen pescuezos tan largos ni son de cuerpo tan grueso como los cisnes sino únicamente del tamaño de gansos *ordinarios*. Ellos no tienen el grito de un ganso silvestre ni manso sino algo del grito de cisne. Los *indios charubas* los llaman *Godgororoy*, pero los *mocovíes Naquetetac*. Ellos vuelan muchos juntos y muy en alto; durante la duración del vuelo gritan también. Parece que los *chambas* y *mocovíes* les han denominado según su canto. Si se pone buena atención, el machito parece no gritar otra cosa sino *godgororoy* y esto en el tono más profundo con fuerte voz; la hembra tiene una voz algo más clara y más alta, parece que ella gritara: *Naqueteladi*. Es costumbre entre los *indios* que generalmente denominan las aves según su canto. Cuando se quiere matarlos a tiros, hay que apuntarles a las cabezas y pescuezos. Es inútil tirar con perdigones contra el cuerpo; ello no hace *efecto*. En una ocasión yo probé [de tirar] contra seis de tales gansos que nadaban juntos y maté con suerte cuatro de ellos.

He visto tres clases de pollas de agua [fúlicas] y tuve también en mi arca de *Noé* de cañas algunas de cada una. Todas son de plumas negras, algunas con picos verdes, otras con blancos y la tercera con rojos. Todas [son] buenas de comer cuando las prepara un buen cocinero alemán y francés pero si es un cocinero de *Indias* las va a envolver en pasteles; que los coma *Barrabás*⁵⁷⁹. Los *mocovíes* los denominan *Natacole*.

Natacole

578 / *Anser ferus* L.

579 / El criminal, en la pasión de Cristo.

CAPÍTULO XVI

De otras aves que se encuentran en los ríos y otras aguas

Junto a los ríos y lagos he visto aves grandes y chicas de tan bello colorido que las he admirado grandemente por sus colores tan subidos y preciosos; tuve especialmente [gran placer] ante dos pájaros completamente rojos cuyo color era muy agradable: el primero Löffelgans [pelicano] pero muy diferente de los que se hallan en Hungría según se dice. El ave es completamente y en un todo de color rojo carmín, tiene patas altas, es de buen cuerpo, tiene un pescuezo algo largo y también un pico largo en cuya punta tiene dos cucharas redondas que son achatadas o conciertan exactamente entre sí. Cuando caza peces, camina por la orilla del río o hasta la distancia y profundidad que le permite la longitud de las patas, mantiene de continuo el pico bajo el agua moviéndolo continuamente de un lado al otro debajo del agua; no se ve jamás cuando ella agarra algo pues lo traga siempre debajo del agua; tiene garras como otras aves y no nada jamás. El otro es un pájaro más alto que está completamente cubierto con plumas de un rojo subido, no tiene cola, [tiene] un largo pescuezo y patas [largas], el pico es negro, y tan encorvado contra la garganta que yo no pude comprender de qué modo y qué cosa él come; pues el pico superior sobrepasa al inferior que es muy corto⁵⁸⁰.

Gallineta [o] en lengua *mocoví* *Vataá* es una pequeña gallina acuática de plumas pardo claras o pardirrojas, lleva la cola como una gallina casera, tiene un pico rojo y patas rojas elevadas, corre muy ligera y no vuela más de cien pasos pero corre de nuevo un buen [trecho de] camino. Su carne es blanca como de una gallina, tiene también ese mismo gusto.

Otras aves acuáticas son completamente negro pardas; tienen altas patas negras, el pico muy delgado, pero de un largo de más de un jeme, en la punta torcidas hacia abajo; su grito es penetrante y muy desagradable, especialmente durante la noche. El vientre es muy menudo, tienen un pescuezo delgado pero largo y cabeza chica. Sin embargo sus huevos son del tamaño de un huevo de gallina, redondos y en toda extensión [pintados de] manchas negro rojas. Los *indios* los comen con placer, a mí me han gustado tanto como los huevos de gallina.

Los *Chahá* [chajá]⁵⁸¹ que por los *mocovíes* son llamados *Etecac* habitan constantemente junto a los lagos, andan y vuelan en parejas en todo tiempo; si el machito grita, contesta la hembra. Son del tamaño de un urugallo, tienen un corto pico colorado, plumas pardas, cabeza redonda, [un color] blanco en derredor de los ojos, sobre la cabeza una coronilla de plumas. Anidan entre el carrizo de los lagos, sus huevos son del tamaño de los huevos de gansos, los que yo comía con mucho placer a la par de los *indios*. Ellos son muy vigilantes; al menor ruido ambos comienzan a gritar en seguida, lo que es muy desagradable. Los *indios* en la tierra silvestre tienen en su gritería una

Del pelicano

Gallineta o Vataá

Doanigui Loota

Chacá

580 / El flamenco.

581 / *Chauna torquata* Oken; grafía equivocada en *Etevae*.

señal verídica que ya un tigre o ya otro animal no apercebido por ellos [los *indios*] ha de estar cerca. La gritería es tan desagradable como la de los pavos a los que ellos se asemejan algo en tal sentido. Las plumas de sus alas son mejores para escribir que la de los gansos.

Natacolec

Otro pajarito pequeño pero de patas muy largas es el que los *mocovíes* llaman *Natacolec*; es más chico que una becasina, tiene un pico largo puntiagudo, una cabeza negra y por el cuerpo restante plumas pardirojas, no tiene cola; es tan menudo y liviano que sobre las hojas de las plantas acuáticas brinca alrededor y siempre tiene algo para hurtar; es muy rápido en el vuelo, muy movedizo, y en una guiñada de ojos [ya está] en otra parte⁵⁸². En lo que concierne a las demás pequeñas aves acuáticas, son tan diferentes, de tantos colores y tamaños que los informes sobre ellas demandaría mucho [tiempo] y que también a mí el tiempo engorroso que yo malgastaría en su descripción.

Cigüeña. En mocoví: Etuque litil

He visto tres diferentes clases de cigüeñas: la primera como en nuestros países pero en número mucho mayor que vuelan también por cientos pero no reunidas o en conjunto. La segunda clase es más chica, de plumas blancas, sólo negras en las puntas de las alas, tienen picos y alas de color negro. Los *indios* dicen de ellas que han caído del cielo porque hasta ahora no habían encontrado ni un nido ni jamás un huevo de ellas. La cigüeña más importante y más grande es la que los *mocovíes* llaman *Nategonac*, ésta es de un cuerpo muy grande, las plumas [son] completamente blancas, sus cañones en las alas son del grosor de un dedo meñique, tienen un pico de una vara de largo, ancho y muy negro que en la punta está doblado hacia arriba. Toda la cabeza junto con el pescuezo está cubierta por un grueso cuero negro que [es] liso y sin plumas. Este cuero es de un bello rojo subido más o menos desde un jeme del pecho hasta medio pescuezo. Cuando esta cigüeña se enoja pone la cabeza sobre sí en el hombro y comienza a batir con la parte superior e inferior del pico de modo de causar un ruido grande que se puede oír hasta muy lejos. Cuando el pájaro está muerto, entremuere el color rojo en el pescuezo y palidece. Los *indios* le sacan a esta cigüeña el cuero por sobre el pescuezo y la cabeza, lo soban con las dos manos mientras está aún húmedo, luego meten heno adentro y lo dejan secar; después vuelven a sobar hasta que el cuero esté bien flexible; hacen de él una bolsita en que llevan consigo el *té paracuario*. Esta cigüeña hace su nido sobre el árbol más grande que ella pueda encontrar arriba en la punta al aire libre. Esta tonta se traiciona ya desde lejos: aunque no se la vea a ella, el nido ya la traiciona. Los fuertes perdigones no le hacen efecto pero una buena bala debe traspasarla. Por lo general tienen dos, a lo más cuatro críos en un nido muy grande que está construido en la manera de otros nidos de cigüeñas; a este efecto ella busca y prefiere los árboles que no tienen follaje alguno o muy escaso. Cuando los *mocovíes* consiguen uno, córtanle por el medio en derredor el cuero junto con las plumas y lo sacan; en seguida se colocan sobre su cabeza la parte posterior quitada a la ave junto con la cola que es corta pero ancha para aprensar de este modo en el molde el cuero y

Nategonac. Su figura.

Uso del cuero de este pájaro

582 / Ave de la especie *ibis*.

de ahí en adelante lo usan como gorro ya cuando marchan a la guerra, ya cuando quieren hacer una *parada*⁵⁸³. Toman aún para ambos lados unas alas agregadas y si ellos tuvieren aun en los pies otras dos alas se los podría considerar modelos de *Mercurius*.

Esta *Nategonac* tiene un enemigo especial en un gato silvestre; cuando ella está parada a la orilla de un lago o sentada arriba en su nido, un gato se arrastra completamente inadvertido hacia ella, salta sobre el lomo, se prende tan firmemente con las garras que el ave no tiene poder ninguno de librarse de él. Ella se eleva por sus alas al aire, pero el gato la muerde en la nuca y bebe la sangre basta que la cigüeña cae al suelo, entonces él la come. Una vez saqué con un tiro a bala a una para afuera de su nido pero ella no estaba muerta aún y la tuve atada en el bosque aún por tres horas, ella quedaba parada sobre sus dos patas igual a sana y todavía picoteaba contra los *indios*. Cuando ella estaba muerta, buscaron la bala, pero encontraron que la bala había desgarrado el corazón. ¿Cómo ha sido posible que ella haya vivido por tanto tiempo?

En el *Paraguay* junto a las aguas [ríos] pueden verse muchas clases de garzas grandes y chicas, de plumas grises y blancas, iguales en la figura a las *européas*; [son] de largos picos, de largos pescuezos y patas y de carne flaca. Los *mocovies* tienen en este caso una superstición que cuando una garza vuela por sobre la *reducción* y comienza a gritar sería una señal que pronto moriría alguien en la aldea. Las llaman *Atigmaec*. Recuerdo haber escrito ya lo que ha *pasado* a un *indio* por esta superstición.

Su enemigo es un gato

Atigmaec

583 / *Parade*, o sea una exhibición de gallardía personal.

CAPÍTULO XVII

De las aves de rapiña en el país

Dateguezan,
cuervos
paracuarios

Su figura

Dateguezan es un cuervo en *Paracuaria* que se diferencia completamente de los cuervos *europesos*; en el tamaño del cuerpo es de un doble grandor que el cuervo más grande en nuestros países. Él tiene plumas negras sobre el cuerpo pero en el pescuezo (que tiene el largo de un jeme grande) y sobre la cabeza tiene un cuero negruzco que es igual a un arrugado témpano [cuero de tocino] y es muy áspero. El pescuezo es bastante delgado para semejante cuerpo, la cabeza [es] pequeña, el pico [es] de un largo de dos pulgadas y adelante doblado hacia abajo; las patas son negras y cortas.

Más al *Norte* se encuentran a su vez otros que se desemejan a los primeros sólo en el pescuezo porque a éste junto con la cabeza tienen vestido con un témpano [cuero de tocino] blanco y algo enterrojizo; en lo restante son totalmente iguales a los primeros. Cuando el calor solar es muy fuerte, están sentados sobre los árboles, levantan y extienden ambas alas contra el aire cual las águilas para refrescarse. Los *mocovíes* denominan *Dateguezan* al cuervo primero. Cómo llaman al segundo ya se me olvidó, pero él tiene un nombre diferente.

Tienen un olfato
muy *sutil*

Por lo general son asiduos asistentes a su figón que ellos tienen en todas partes donde encuentran un cadáver. Ahí están sentados en gran número sobre los árboles; por eso son para los *indios* una señal de que por el contorno está escondido un tigre, pues donde hay un cadáver no está lejos tampoco un tigre que comúnmente hace ahí su desayuno. Los *indios* cabalgan entonces con rumbo a los cuervos, observan el cadáver si acaso en alguna parte tiene impresiones de dientes o garras de tigre. Ellos observan el rastro para donde se ha dirigido y buscan en el bosque hasta tanto lo atrapan. Me ha parecido asombroso lo que he observado en estos cuervos: yo viajaba frecuentemente por bosques y campos donde no he encontrado ni un solo cuervo. Ni bien ocupamos un lugar para pasar el mediodía [y] comenzamos a poner carne al fuego y preparar un almuerzo, ya se presentaban en gran cantidad los cuervos que buscaban todos los trocitos de carne. Yo no puedo imaginarme otra cosa sino que los cuervos deben tener un olfato muy *sutil* y de rápida sensibilidad. Sobre esto he hablado con españoles expertos y reflexionantes acerca de tales cosas que me han asegurado que el cuervo toma el olor de un cadáver o de una substancia carnosas hasta desde tres a cuatro leguas españolas. También puedo asegurar que esto debe ser así porque he hecho bien la siguiente experiencia: cuando nosotros los *misioneros* quisimos mudar nuestra *reducción* del Santo *Xaverij* por seis leguas más arriba, es decir desde *Río de los Algarrobos* hasta *Río de las barrancas* en este lugar no se vieron antes ni cuervos ni otras aves; el contorno parecía ser muy triste; en cuanto los *indios* comenzaron a trabajar allá y a carnear ganado, estuvieron presentes en seguida en el lugar cuervos y otros pájaros carnívoros.

También considero como una previsión especial de Dios que este país tenga tantas clases y de cada clase un número tan grande de aves carnívoras. Cuántas veces podría

estallar una peste horrible donde muere tanto ganado manso y cerril, especialmente donde hay ciudades y reducciones *indias* si los negros degolladores no sacaran en seguida la carne del cadáver y la comieran, pues donde muere una bestia, ahí queda echada hasta que los cuervos la comen. También debe morir mucho ganado si los de la *estancia* de *Areco* calientan con él los hornos de amasar, con él cocinan y con puros huesos de caballos queman los ladrillos. Sin embargo, en Portugal se dice lo contrario: que los cadáveres que quedan echados en las calles purificarían con su hedor el aire y *preservarían* contra la peste. Esto queda a discutirse, pero lo cierto es que un cadáver hediondo repugna a todos los cinco sentidos del ser humano.

Fuera de esta utilidad aparente que estos carnívoros podrían prestar al país, hacen grandes daños entre los corderitos que se caen en el campo, pues en cuanto cae uno o si recién tiene una semana de edad y se acuesta a descansar entre la yerba, ya están ahí los cuervos y en seguida se dirigen a los ojos, los comen como lo primero arrancándolos de la cabeza. Frecuentemente he contemplado con compasión en mi majada tales corderos comidos, en muchas ocasiones aún vivos, sin ojos y el cuarto posterior devorado hasta el hueso.

Otras grandes aves de rapiña de plumaje pardo que los españoles llaman *Caracarás*⁵⁸⁴, los *mocovíes* *Yacade*, andan siempre mezclados con los cuervos y son del mismo oficio. Sobre la cabeza tienen una varilla de plumas, [tienen] muy agudas garras, algunos tienen patas y picos rojos, otros [tienen] picos amarillos y luego otros azulados. Aunque hay muchas clases de aves de rapiña en *Paracuaria* no hay sin embargo nada especial que referir; pero éstas son entre todas las otras [clases] las más comunes que comen el ganado muerto.

Las que también prestan gran utilidad en la tierra silvestre es una clase de aves de rapiña gabilanadas que tienen plumas negras y blancas completamente entremezcladas. Son grandes como un gallo desarrollado, tienen garras grandes y filosas. Ellas acechan en mayor parte las serpientes y víboras a las cuales cazan rápidamente, remontan con ellas el vuelo, las matan durante el vuelo, se asientan en seguida sobre un árbol alto y comen las serpientes. Otras son más grandes, iguales a un águila. Estas ya agarran serpientes más grandes. ¿Quién de otro modo podría vivir en campos y bosques con serpientes y víboras ya que todo está inseguro a causa de estos bichos venenosos? Ellas cazan muy astuta y cuidadosamente las serpientes. Cuando ven arrastrarse una serpiente la que ellas observan desde la mayor altura durante el vuelo, la acometen para decir así en un instante, desde la altura, aseguran de un golpe el pico en la nuca y con sus garras la prenden del cuerpo restante y de nuevo vuelan a la altura hasta que han muerto y comido la víbora. Sus plumas sirven para buenas plumas de escribir; los *indios* las sacan del cañón y las usan para alas de flechas.

Pero el ave de rapiña más grande y más importante se llama *Cóndor*⁵⁸⁵ por los españoles. Estas aves viven en las sierras más altas. Yo he visto muchísimos en la sierra

Son muy dañinos entre las ovejas

Caracarás

Coic

Cóndor

584 / El carancho *Polyborus plancus* Mill.

585 / *Vultur gryphus*.

cerca de *Córdoba* que alcanza ya hasta la sierra *chilena* denominada la *Cordillera*. Estas son tan grandes que no temen atacar a terneros y potrillos, matar y comerlos. Su tamaño puede imaginarse fácilmente, ya que tienen unas alas tan largas que desde la punta de una hasta la otra pueden medirse más de cuatro varas. Los cañones de las alas de vuelo tienen el grosor de un buen dedo. Con éstas se elevan a tanta altura por el aire que desde abajo semejan pequeñas cornejas⁵⁸⁶; no se puede distinguir ningún movimiento de las alas sino que parecen estar pendientes en los aires y en algunas ocasiones de vez en cuando dar impulsos.

De qué modo los
indios matan estas
aves

Es particular el modo cómo se cazan y se matan por los *indios*. Ellos levantan unas chozas verdes sobre la sierra, en el medio de estas chozas matan un burro, le sacan el cuero y se esconden en sus chozas [armados] con fuertes garrotes. Pero como estas aves tienen unos ojos de tan penetrante vista desde la mayor altura, aperciben el cadáver, pronto varias se reúnen en la altura, vuelan varias veces en *círculo* en derredor y con la mayor velocidad pican hacia abajo contra el burro muerto [y] comienzan a comer con la mayor voracidad. Entre tanto los *indios* espían en sus chozas hasta que notan que las aves ya están bien llenas de comida. Entonces ellos saltan afuera con toda rapidez y a buenos golpes matan una tras otra. Pero el no poder escaparse antes en vuelo es por la causa de que están repletas de comida y apenas pueden elevarse del suelo, pero si ellas tienen un poco de mora y no son acometidas rápidamente se remedian pronto. Todo cuanto han comido, vomitan otra vez desde el estómago con lo cual se vuelven más livianos y pueden escapar volando más fácilmente. Por esto los *indios* deben acometerlas rápidamente con sus garrotes, pues si les dan el menor tiempo no atrapan ya ninguna después que ellas han vomitado. Los españoles que allá en la sierra atienden su ganado y caballos hacen lo mismo pero en vez de los garrotes toman el fusil y tiran con perdigones y plomo recortado en medio de ellas.

Madian, una
lechuza nocturna

Hay en abundancia lechuzas nocturnas. Una grande que los *indios* denominan *Madian* tiene la figura pero no el tamaño de una gallina⁵⁸⁷. A la noche las hembras y machitos están sentados juntos sobre los árboles y a tiempos hacen una gritería triste. La hembra comienza y el machito contesta.

Iquiquidiquic

Entre otras hay una lechuza muy chica que vive en el campo debajo de tierra. Ella es llamada *Iquiquidiquic* por los *mocovíes*. Generalmente están delante de sus cuevas y se arrullan; son muy inquietas, doblan la cabeza hacia donde ellas quieran, hasta la cara pueden girar hacia atrás. Cuando uno pasa cabalgando siguen en pos y derredor del jinete de tan cerca como si quisieren volarle a la cara; uno no puede librarse de ellas de otro modo que alejándose cabalgando. Cuando ellas ya se han retirado algo de su cueva, piensan en la vuelta y se alejan volando⁵⁸⁸.

586 / Tollen. La versión debe suponer aquí una corruptela de Dohlen, *Corvus monedula* L.

587 / *Puhn*, probable error por *Huhn* (gallina).

588 / La lechuza de las vizcacheras, *Spectyto cunicularia* L.

CAPÍTULO XVIII

De otras aves de bosques y campos

Las aves que en la mayor cantidad se hallan sobre los extensos campos que hay que cruzar desde *Buenos Aires* a *Córdoba* [y] de ahí hasta *Santa Fe*, son las *Rebhühner* que por los españoles bien son llamadas *perdices* y por los *indios Nazalole* pero en el aspecto y su figura no son verdaderos *Rebhühner* ni verdaderas codornices sino alguna [clase] tercera entre ambas, pues para perdices tienen un pescuezo demasiado largo, para codornices son demasiado grandes. En las plumas semejan en realidad a las codornices pero en el tamaño, el grito y la timidez a las *Rebhühner*. Dejemos que sean perdices pues así lo quieren los españoles.

Perdiz o Nazalole

Hay otra clase de unas perdices mayores que son del mismo tamaño de una gallina chica⁵⁸⁹; ellas tienen plumas más rojizas que pardas; el pescuezo es más largo que el de una gallina; sobre la cabeza tienen un penacho de plumas; [tienen] patas cortas, corren muy rápidamente y también cuando vuelan, hacen un ruido de aletadas como las perdices pero no vuelan lejos, bajan en seguida a tierra y corren entre la hierba para esconderse. Ambas clases son de pecho muy lleno; tienen una carne muy blanca pero muy seca y muy desemejante al sabor de las *Rebhühner*. Sus huevos son de un [solo] color; es decir obscuro violeta rojo; los de la primera son algo más grandes que los huevos de paloma; los de las otras son de ese mismo color pero del tamaño de un huevo de gallina; ellas anidan entre la hierba. Por los españoles son denominadas *Martinetas*, pero por los mocovíes *Nazaló*.

Martinetas o Nazaló

Estas perdices son muy fáciles de cazar, pues una vez que se asientan puede colocarse con toda comodidad el lazo en derredor del pescuezo y tomarlas vivas. En el campo donde estaba mi *reducción*, mis muchachos *indios* pudieron cazar bastantes, pues cuando ellos estaban un poco fuera de la aldea, ya se hallaban entre perdices. Ha de saberse que ellas no andan recorriendo en bandadas sino cada una de por sí. Como también todo el campo estaba ocupado por vacas las perdices permanecen con mucho agrado donde hay ganado, no era de extrañar que también ahí se reunían perdices. Por los niños de la aldea se mataban en parte con flecha, en parte volteándolas con cuchillos; si no había ninguno de estos [medios] tomaban el primer palo que encontraban y las mataban tirándose.

Cómo son fáciles de cazar

Ellas se cazan lo más fácilmente cuando los *indios* están montados a caballo. Ellos toman una caña de más o menos cuatro o cinco varas de largo en cuya punta hacen un lazo fino de plumas de avestruz entretejidas; en cuanto ven correr una perdicitita (la que durante la corrida se descubre por su continuo silbar) cabalgan hacia ella acercándose más o menos hasta a diez pasos, cabalgan en derredor pero mantienen siempre en el medio a la perdicitita. Con este cabalgar en derredor, la ponen confusa y semimareada. Ella no se anima a salir corriendo de este *círculo* porque el jinete

589 / La *Eudromia elegans*.

cabalga de continuo en derredor, mantiene en el centro al animalito y poco a poco estrecha el *círculo* más cerca de ella pero mantiene siempre el lazo en la caña frente a la perdicita la que de miedo se asienta. Cuando ya está sentada, él acerca tanto el *círculo* hasta sostener el lazo justamente sobre la cabeza y lo hace bajar siempre más hacia la cabecita, luego él se detiene con el caballo, coloca el lazo de modo que la cabecita está en medio de él, aprieta un poco la caña contra el lomo de la perdicita por lo cual ella se asusta y se eleva para alejarse volando. Ella misma cierra el lazo y queda pendiente en él [y] aleteando así se alza y se saca del lazo por el *indio*. Cuando mis *indiecitos* me acompañaban a la *estancia* donde pacía el ganado, la presa de perdices era muy copiosa. Unos cabalgaban con su caña y lazo, otros con sus boleadoras; cuando ellos habían cabalgado en esta forma en derredor de la perdicita y la habían hecho sentarse la mataban con las piedras o con sus cuchillos. Aunque algunos erraban, los más acertaban sin embargo, especialmente los que tenían consigo sus arcos de flechas. De esta manera habíamos hecho frecuentemente un buen botín. La *Martineta* es más difícil de cazar con el lazo pero también muchas debieron quedar colgadas en él. Los *indios* comen en realidad las perdices pero no con tanto agrado como la otra caza montesa.

Palomas silvestres

Allá teníamos tres clases de palomas silvestres: las primeras tenían plumas de azul ceniciento mezclado con brillos blanco claros, las otras eran verdaderas tórtolas⁵⁹⁰, las otras palomitas eran tan chicas como un oriol⁵⁹¹ pero con plumas azul cenicientas y debajo de las alas [plumas] blancas.

Torcaces o covinig

Yo no puedo asegurar que las grandes palomas silvestres en *Paracuaria* fueren desemejantes a las palomas silvestres en nuestros países alemanes pero más bien puedo decir que ambas son iguales, tanto en las plumas como en el tamaño corporal. Además por la experiencia puedo afirmar en verdad que en vez de una sola paloma silvestre en Alemania, vuelan por cien en *Paracuaria* [y] en el campo corren de un lado al otro tan abundantes y buscan su comida que yo en el viaje con mis *indios musicales* desde *Buenos Aires* a mi *reducción* he tirado durante el cabalgar al medio de ellas y he muerto dos, también tres al montón. La abundancia de estas palomas silvestres junto con los innumerables pequeños loritos verdes ha causado en cada año un gran daño al *cucurus* [maíz]. Los españoles las llaman *Torcaces*, los *mocovíes* *Covinig*.

Tórtola
Covinigodole

Las *Turteltauben* que los españoles llaman *Tórtolas*, los *mocovíes* *Covinigodole* aparecen, como es cierto, en bosques y campos pero con más frecuencia se encuentran donde hay un trapiche de vino. Ahí se reúnen en modo de bandadas para comer las uvas exprimidas o bagazos. En una ocasión cuando ellas comían semejante simiente de uvas exprimida en la *estancia* *Jesús María* a doce leguas de Córdoba, aventuré sólo un tiro único al medio de ellas y maté dieciocho de ellas, por lo cual puede conocerse claramente cuán comunes y abundantes son las tórtolas en *Paracuaria*. Las de la tercera clase, denominada *tortolita*⁵⁹² por los españoles, *Covinigodale* por los *mocovíes*, no

590 / *Turteltauben*. *Turtur* Selby.

591 / *Aimerling*, o sea *Emerling*, modismo por *Ammer*. *Enderiza citrinella* L.

592 / *Columbina picui* Temm.

son tan abundantes y comunes como las anteriores dos clases; tampoco vuelan en conjunto en bandadas.

Otra ave grande con largas patas rojas y de un pico rojo de unas dos pulgadas de largo se presenta algo más adentro en la tierra silvestre hacia el poniente y el Norte. A ésta llaman los españoles *Faisán*, los *mocovíes Odagdag*, pero en nada es igual al faisán. Es grisáceo el color de las plumas [que son] cortas contra el vientre; [tienen] un pescuezo largo con plumas iguales a las del avestruz; sobre la cabeza tienen una coronilla [carúncula] como los pavos⁵⁹³; corre tan ligero que un caballo en plena carrera apenas puede alcanzarla. Cuando ella nota que el caballo ya se le acerca, se levanta y vuela más o menos por unos trescientos pasos, luego corre de nuevo, pero su vuelo no es elevado sino más o menos unas tres varas en alto sobre la tierra. Su grito es como el de una «Krutel»⁵⁹⁴ o de la hembra de un urogallo, por lo cual los *mocovíes* dan también el nombre de *Odagdag* a los pavos porque los pavos gritan igual como este llamado *Faisán*.

Odagdag

Pero las que tienen una mayor semejanza con los faisanes son las que los españoles llaman *charatas*, los *mocovíes Cotivini*. [En] la figura, la movilidad sobre los árboles donde saltan de continuo de un lado al otro y no quedan sentadas tranquilas sobre rama alguna tienen la mayor semejanza con los faisanes. Las plumas son de color pardo-rojiza, ellas tienen una cola larga; el machito tiene sobre la cabeza una carúncula como los pavos; el machito y la hembra vuelan siempre juntos. A la mañana temprano cuando comienza el día, comienzan ellas a gritar por parejas en los bosques, pero en manera de que no [griten] todas unidas sino que cuando un casal cesa de gritar, comienza el otro y esto en un orden tan estricto que parecería que cada casal ya supiera cuándo debería gritar. Tal gritería dura tal vez por un medio cuarto de hora, luego todo permanece silencioso. Igual cosa hacen también los monos. En cuanto comienza el día, comienzan a gritar todos en conjunto como si formaran un coro; esto también dura por más o menos un pequeño cuarto de hora, más tarde ya no se oye a ninguno durante todo el día. Esta gritería temprana me daba ocasión de hacerla notar bien a los *indios* que estaban conmigo en el bosque y de ponderarles y de incitarlos a la oración matutina a Dios. Estos faisanes o *Charatas* son de carne blanca, pero también muy seca en lo cual se diferencian de los faisanes en nuestros países. Las más [de estas aves] las he encontrado en bosques cercanos y también en la isla en el río que toca mi reducción. De las primeras que los *indios* llaman *Odagdag* tengo que referir todavía que también son de carne sabrosa y se dejan criar muy bien en una casa; ellas llegan a ser caseras y limpian la vivienda de toda sabandija las que ellas buscan en su totalidad.

Charata o Cotivini

Su sabor

593 / *Pfauen*. Con esta voz el autor parece referirse a los pavos reales de *La India*.

594 / *Krutel*, corruptela de *Grüttel*, diminutivo de *Grutte* (pavo o gallipavo).

CAPÍTULO XIX

De los loros, del ave tunca [tucán] y los avestruces

Gran abundancia de loros

Muy dañinos

Modo de cazarlos

Buenos para comer

Son muy parlanchines

Hay allá una gran abundancia de loros de diversas clases y tamaños como de raros y bellos colores. Son muy dañinos en los campos de *maíz o cucurus*. En mi *reducción* yo tenía todos los años la peste de loros en el *maíz*. Ellos no dejaban indemne a ninguna espiga. Sucedió que muchas varas del maíz estaban tan deshojadas que los marlos de las espigas se hallaban sin granos algunos. Por esto yo debía hacer vigilar los campos y debía emplear no sólo un guardián sino muchos muchachos con flechas que los ahuyentaban. Yo mismo estuve obligado a matarlos o a ahuyentarlos mediante el fusil. Lo más perjudicial en estas aves es la costumbre de dañar más de lo que comen, pues debajo de las cañas de maíz todo [el suelo] está lleno de granos mordidos y roídos. Ellos no vuelan en parejas sino que se reúnen en una cantidad tan grande como los estorninos y en diversas bandadas invaden por cientos en los campos y como yo había dividido los campos en grandes secciones para la rotación⁵⁹⁵ [de cultivos] cuando eran perseguidos en un lado volaban al otro y devastaban el maíz por todas partes. Para alejar o a lo menos disminuir el mal, cabalgaba yo todos los años con cincuenta o más muchachos a los bosques de algarrobo sitios en derredor donde ellos tejen sus nidos sobre los mencionados árboles en el mes de *febrero* donde ellos ya habían empollado sus crios y los tenían ya en mayor parte emplumados. Cada muchacho tenía una vara larga en cuya punta se había atado un manojo de paja (ha de saberse, como pronto he de referir, que de un árbol penden de cinco a seis nidos de ramitas delgadas). Se ponía fuego a este manojo, se mantenía debajo del nido con lo que éste se incendiaba y se escapaban cuantos podían de todos los crios existentes adentro, otros caían semi-asados hacia abajo junto con el nido en llamas. Yo hacía juntar todos los crios vivos y asados a medias y meterlos en dos canastos preparados al efecto. En casa yo y también mis muchachos teníamos bastantes de éstos para comer.

En cuanto a la carne gorda y el sabor agradable que tienen los loros, puedo afirmar que cada cual cambiaría muy gustoso por ellos un pájaro grande o un tordo. Ellos son también sólo del tamaño de un tordo, tienen la figura y manera de los loros grandes, son llamados por los españoles *Catita*⁵⁹⁶ por los *mocovíes Iquilio*. Ellos son de bellas plumas de un verde loro sobre todo el lomo y en la cola junto con las alas. Tienen plumas blanco amarillosas comenzando desde la garganta hasta el fin del bajo vientre. Tienen picos y patas iguales a los loros más grandes en la figura pero blancas en el color. Son muy parlanchines y aprenden hablar lo que se les dice en cualquier lengua. Lo mismo que los *indios* en la aldea, yo tenía algunos que podían parlotear mucho en lengua *mocoví*. Los que tenía en mi vivienda hablaban algo también en lengua

595 / *Gewanne*, término hoy desusado para establecer ciertas porciones de tierra de las comunas, donde se alternaban los cultivos. De ahí nuestra versión.

596 / La catita, *Myiopsilla monacha catita* (Jard. et Selby).

española. Del mismo color y figura eran aún algunos otros que tenían el tamaño de un gorrión, igualmente parlanchines y cómicos como los demás. Su denominación en lengua *mocoví* ya se me perdió. No había una cantidad tan grande como de los otros.

Más allá en el valle hacia el *Norte* hay otros grandes que son llamados por los españoles *loro* y por los *mocovíes Eclé*. Tienen una voz más profunda, un color verde loro más claro, y desde la garganta bajando por todo el cuerpo bellas plumas de amarillo claro. Cuando son aún nuevos, tienen sobre la cabeza unas plumas bien negro verdes; los *indios* arrancan éstas, por lo cual luego se producen las más bellas plumas amarillas. Las alas son verdes pero las plumas de vuelo [están] mezcladas con plumas azules, y de un hermoso rojo subido y amarillo. Arriba en derredor de la raíz del pico tienen muy pequeñas plumitas *sutiles*. Los *indios* toman éstas para su adorno [y] cuelgan en las puntas de sus casas borlas enteras o penachos. Su parloteo es muy agradable y divertido; no hay que instruirlos trabajosamente; se necesita únicamente que se los tenga sentados sobre una vara delante de la casa para que oigan a las gentes [y] niños hablar o reír o silbar: ellos aprenden muy pronto entonces por propia voluntad todo lo que escuchan y [lo repiten] tan exactamente que uno puede entenderles todo. Los *indios* tenían en su aldea bastantes de estos loros que sus amigos del valle de más allá les habían traído. Había uno cerca de mi vivienda que era tan cómico que hablaba casi todo el día. De pronto lo oía llamar, de pronto gritar como los muchachitos cuando reciben paliza; de pronto estallar en carcajadas como solían reír las niñas, de pronto otra vez silbar al igual de uno que llama al otro. En muy frecuentes veces he sido engañado por él que en realidad me creía que algún muchacho sería azotado o que unas niñas jugaban y reían entre ellas. Lo más admirable era que este pájaro pudiera reproducir tan naturalmente las voces tanto de un muchacho como de una niña.

Más allá en el valle cerca de la ciudad *Paraguay* y también en las *misiones* de los *guaraníes* se ven loros mucho más grandes que tienen por completo sin mezcla con otros colores unas hermosas plumas rojo purpurinas, otros unas azul celestes sobre el lomo y alas, pero amarillas como *citrón* desde la garganta hasta por todo el bajo vientre inferior [y que tienen] también colas muy largas. Los españoles los llaman cuervos de *Indias*. Sus ojos están rodeados en derredor del globo del ojo por circulitos multicolores. Estos [cuervos] tienen sus nidos en los árboles más altos. Merecen ser observados especialmente los nidos de los primeros, es decir de las *Gatitas* [Catitas] o *Jquilio* que con ramitas espinosas del árbol de *algarroba* se entretajan de tal manera que cual una bomba redonda penden de una débil ramita del árbol. En derredor de estas grandes bolas de espinas tienen ellos para adentro tres a cuatro agujeros que en la *periferia* no tienen más que la suficiente para que una semejante *Gatita* pueda salir y entrar y sólo estos agujeros son las entradas al nido verdadero que se halla en el centro de esta bola. Él es tejido tan prolija y cuidadosamente que no puede penetrar ave rapaz alguna. Si ello no obstante ellas fueren atacadas por una ave rapaz delante del hueco que les quisiera impedir llevar la comida a los críos, se deslizan ellas por el otro hueco para adentro del nido. Si el ave de rapiña cambia de lugar y vuela al hueco por

Clase más grande

Su figura

Los nidos de las
Gatitas

donde la *Gatita* se ha deslizado para adentro, ésta sale volando por el otro lado, hace una gran gritería a lo cual las otras *Gatitas* [Catitas] se reúnen volando con horrible gritería desde todos lados en derredor del ave de rapiña a la que vuelven tan *confusa* que debe alejarse volando.

Otras clases de loros

Se ven otros, especialmente cerca de *Córdoba* que tienen también plumas azuladas, verdes y amarillas, pero los colores en éstos no son tan vivos como en los anteriores. Su cuerpo es completamente delgado, tienen también colas largas, anidan en la tierra arenosa elevada como suele haber en los carriles en los que hacen agujeros redondos a mucha profundidad donde construyen sus nidos. Otros a su vez que viven en bosques de palmeras, picotean arriba en una palma donde ésta no está tan dura un hueco redondo donde anidan.

Aves nocturnas

He admirado una ave y jamás me he imaginado o creído que ella podría gritar de esta manera que uno no distingue claramente si se trata de un ser humano o una ave. En la mayoría de los casos he creído que fuera un ser humano que nos llama en el bosque, especialmente en la noche silenciosa; cada cual debe admirarse y creer que en esta tierra silvestre habría un ser humano que pedía socorro y nos llamaba. Por primera vez lo oí de noche y me asusté cuando ya descansaba con mis *indios*; yo desperté a todos, pero cuando la oyeron me dijeron que estuviera tranquilo, sólo era una ave que de noche burlaba las gentes⁵⁹⁷. Jamás he llegado a verla. Hay otra ave nocturna que silba como un ser humano. Acerca de ésta los indios tienen esta superstición de que ha de morir quien la oye primero pero el *contra pact* estaría en contestarle de inmediato: *Amé loqui atipinic*, aléjate volando, te sumergirás en la tierra.

Cotaá o Tunca

A ochenta leguas de mi *reducción*, muy adentro en este valle hacia el *Norte* he visto con admiración y placer y también he muerto a tiros una ave. Ellas están sentadas siempre en las cimas de los árboles más altos. Valía la pena que yo matara una a tiros para contemplarla de cerca y luego disecarla. De estas aves que todas tienen plumas negras sobre el lomo y las alas, hay algunas que desde la garganta hasta la cola [tienen plumas] blancas y un pico verde; otras [tienen plumas] completamente negras en la garganta y debajo de la cola las más bellas plumas purpurinas, otras [con] completamente amarillas en el vientre y pecho tienen un pico amarillo rojizo. Pero lo que más hay que admirar son sus bellos ojos diversamente colorados y el extraño pico que es mayor y más largo que toda el ave⁵⁹⁸; ésta es del tamaño de la más pequeña corneja pero el pico tiene una longitud mayor de un buen cuarto de vara y una anchura de dos pulgadas y media; él comienza en el cráneo de la cabeza. Ningún ser humano, aun el de la nariz más grande puede aparecer tan disforme y contrahecho que esta ave con su pico colosal. En la punta el pico está algo doblado hacia abajo y los filos donde cierran la parte superior e inferior son dentados como una sierra. El pico es rojo ígneo en la punta, en el centro amarillo claro y en la raíz contra la cabeza otra vez rojo. Figúrese

Su figura

597 / Dobrizhoffer, tomo I, en la sección aves, cuenta algo similar de una ave nocturna llamada *Tiñini*. Tal vez fuera el Carau, *Aramus scolopaceus Carau*.

598 / Resulta ser el tucán. Por el pico verde sería el *Rhamphastus discolor*.

un ser humano cuya nariz comenzara ya en la frente y así siguiendo desde la frente por más de un cuarto de vara larga quedara derecha, ¿en qué *proporción* [estaría] esto en un ser humano [comparado] con otro? Así me semeja esta ave frente a las otras. Su grito es fuerte, pero de ningún modo desemejante al de las hembras de pinzón cuando ya van a anidar. Por afuera en derredor de sus ojos tiene muy pequeñas plumas azul celestes. Los ojos [son] de coloridos diversos de manera que asemejan a un arco iris. Los *mocovíes* la llaman *Cotaá*, los *guaraníes Tunca* [tucán].

Nadie podría imaginarse la utilidad que esta ave presta a los *paracuarios*. Estas aves son las que en *Paracuaria* plantan la hierba común que beben los *paracuarios*, los *peruanos*, *chilenos* y *quiteños*. Aunque los españoles y *guaraníes* ya se han ocupado en plantar esta hierba sin ayuda de estas aves, éstas lo hacen sin embargo más fácilmente con más escaso y menor trabajo que los españoles y *guaraníes*. Sucede de la siguiente manera: estas aves están por lo general en los *Herbales* o bosques de *té*, comen con agrado la semilla de esta hierba. Ahora esta semilla es otra vez echada fuera entre el guano de esta ave a través de la salida natural. Donde cae ahora la semilla, ahí brota la semilla y produce nuevas plantas de esta hierba. Se halla todavía mucha semilla entre la yerba ya reseca y preparada para el *té*. Que cualquiera haga la prueba y eche en tierra la semilla y no ha de ocurrirle apenas o jamás que aperciba una planta, de ahí. Pero ahora porque —como dicen— el mundo siempre se torna más inteligente (yo desearía que en esto yo no me equivocara con ellos) los *misioneros* ya han adelantado tanto que no necesitan del guano del ave y ya han aprendido con mucha diligencia y muchos experimentos a preparar la semilla y obtener plantas.

La semilla no se deposita en la tierra tal cual ella es en sí misma sino que primero se la quiebra. El terreno debe estar bien preparado, deben ser hechos pequeños canteros y la semilla depositada con las cortezas quebradas, debe ser regada con agua todos los días cuando no hay sol, y aunque la semilla no brotara en un mes no hay que desmayar y atendida de esta manera ella ha de volver en sí y dará plantas. Yo he tenido la descripción entera de esto he recibido también desde las *Misiones* semilla ya quebrada y preparada y he hecho todo lo que se ordenaba; era para echar juramentos del modo cómo yo me he fatigado. ¿Qué cree el lector cuántas plantas de tal *té* he conseguido? Ninguna. Lo que yo he plantado y conseguido mediante mis fatigas fueron ortigas y yuyos. ¡Oh! cuántas veces pensé entre mí: el ave *Tucán* hace en un solo silbido lo que yo no puedo conseguir durante meses.

La cáscara y la semilla contenida en ella son verdes, toda la semilla junto con la cáscara no es más grande que un granito de pimienta. Sus plantas se trasplantan en buen orden, crecen en forma de pequeños arbolitos como he sido informado. Quien las ha visto puede dar mejor informe, pues conmigo han vuelto a *Europa* bastantes que han tenido que hacer con ellas. Pero la mayoría de las *reducciones guaraníes* no tienen *Herbales* o *Yerbales*, como dicen los españoles, y las que tienen *Yerbales* necesitan a su vez para el alimento el ganado que no falta en otras *misiones*... Ahora como todos los *guaraníes* quieren usar este *té*, una o varias dan a estos necesitados el *té* y

El provecho que hacen en los *yerbales*

De cómo se prepara la semilla del *té paracuario* para la plantación

Forma de la semilla

éstos les dan en cambio ganado astado. Hay también *yerbales* comunes hacia donde viajan para hacer hierba tanto los españoles como otros, para lo que se exigen muchos gastos a causa de los obreros y su alimentación. Los que tienen *herbales* propios están también limitados a una *cantidad* fija por el Rey. La causa está en que los españoles *paracuarios* quieren apropiarse para ellos solos el comercio de este *té* y ellos prohíben que las *misiones* de los *guaraníes* no envíen a ninguna parte semejante *té* para que no perjudiquen a su comercio. El asunto ha sido tratado hasta ante el Rey de España que ha expedido el *Resolutum*: que las *misiones* que poseen *yerbales* no recogieren anualmente una cantidad mayor de *té* que sólo la que necesitaran los habitantes dentro de la *reducción*. A más de esto para el abono del tributo al Rey sería permitido a cada pueblo recoger fuera de lo necesario todavía unos mil *Cent* [quintales] de hierba que ellas podrían exportar para socorrer al pueblo en las correspondientes necesidades.

Dos clases de *té* de un solo árbol

Ellos recogen de un mismo árbol dos clases de *té* diferente, es decir no en la *substancia* (pues una y otra proceden de un mismo árbol) sino en la manera de cosecharlas de un [mismo] tronco: la primera se llama: *Yerba de palo Holzkrout*. Esa es toda cuanta se cosecha del árbol en hojas junto con los tallos y se prepara para la venta. La otra se cosecha únicamente de las hojas de las cimitas del árbol, es la más fina y más valiosa del árbol, es más fuerte, tiene un olor agradable, es más cara y se denomina en lengua *guaraní*: *Caá mini*, hierba chica, mientras la *yerba de palo* [se] llama sólo *Caá*: hierba. La *arroba* (veinticinco libras) de la *yerba de palos* cuesta lo más tres *pesos* o seis *Rixdales*; la *arroba* de la *yerba Caá mini* cuesta en *Santa Fe* cuatro *pesos*. Si se exporta a *Chile* o *Perú*, pagan por la *arroba* aún ocho o diez *Rixdale*. El gusto de la primera es amargo, así la toman el pueblo ordinario, los *esclavos* y los *indios* pero los españoles que son de origen más elevado y se llaman *Gente granada* (esto quiere denotar: gentes distinguidas) toman esta hierba con azúcar y algo de jugo de *limoni* o *Citron*.

Su sabor

Cómo se toma el *té*

Pero la manera de tomar este *té* es la siguiente: las gentes humildes toman la mitad de una calabaza, cortada por el medio; esta es la vasija de la cual la beben. En esta media calabaza echan una pequeña manada de yerba tal cual la retiran del costal, vierten sobre ella no una agua hirviente sino bien tibia y la toman; con el labio superior se retiene la yerba para que no pase para adentro de la boca; ellos sorben el agua por entre los dientes delanteros como por entre un chupador. Otros toman una cuchara ancha con la cual empujan hacia atrás la hierba y la dejan quedar parada derecha hacia arriba para que sujete la hierba detenida hasta que el agua ha sido tomada. Los que son españoles distinguidos tienen sus *mates* o medias calabazas guarnecidas con plata en derredor. Estos tienen a más un pie de plata sobre el cual están parados y dentro del *mate* una lata perforada muy finamente de plata con un sostén de plata hasta la orilla del *mate* sobre el cual ponen la yerba, vierten encima el agua y sorben en seguida. Pero ellos no beben del modo como se suele beber generalmente un *té* sino que tienen una cañita de plata de un jeme de largo, llamada *bombilla* que tiene abajo un botón redondo, hueco, perforado por completo por pequeños agujeritos para que en caso de haber caído algo de la yerba por la lata de arriba no se deslice para dentro de la cañita.

El agua se sorbe por en medio de la cañita a la boca y así se bebe. Cuando los españoles beben así, no les basta uno solo de tales *mates* que contiene por lo menos un buen sextario de agua sino que beben dos, tres de éstos, otros aun más por cuyo motivo tienen sobre la mesa un recipiente tapado, alto y bellamente labrado que abajo está provisto en tres a cuatro sitios con canillitas de plata por las cuales dejan correr el agua al *mate* y vuelven a beber. Después que han bebido tres o cuatro de tales *mates*, dejan adentro la hierba anterior, agregan encima algo de hierba fresca y siguen bebiendo. Tienen también la costumbre que los españoles distinguidos no beben el primer *mate* sino que lo hacen beber por su *esclava*, la *mulatilla* (hija de padres blancos y negros); luego beben los patrones. El motivo está en que con frecuencia la hierba está mezclada con polvo y arena. Sin embargo, la *mulatilla* se encuentra muy bien con esto.

Cuando los *indios guaraníes* son enviados desde sus *misiones* a los *yerbales*, marchan muchos reunidos, arrean para alimentarse muchos bueyes con ellos y permanecen también en esta cosecha de *té* durante varios meses. Así he sido informado por uno que estuvo presente en ella. Ellos tuestan sobre el fuego la yerba recolectada junto con los tallos, pero suficientemente retirada, tras lo cual quiebran las hojas junto con los tallos y las colocan en los costales, denominados *tercios*. Por lo común un *tercio* contiene siete u ocho *arrobas*. Estos [*tercios*] son bolsas que tienen más o menos una vara chica en cada costado; los *tercios* de la hierba burda llamada *yerba de palos* son algo más ventrudos, pero los de *Caá mini* son chatos y algo más largos. Si estos costales llenos de esta hierba están por cierto tiempo en bodegas, la hierba llega a ponerse mohosa y negra en el interior; luego cuando se vende, los compradores tienen un taladro largo que introducen para dentro del costal, retiran algo de hierba desde adentro, lo prueban si está húmedo o ven si está ardido. Cuando conducen esta hierba al *Perú* o *Chile*, cargan veinte *tercios* en una *carreta*. Como con sus carros [sólo] llegan hasta la ciudad de *Salta*, [aquí] ya tienen [un] *almacén* donde se guarda la *yerba* hasta que se transporta por los mulares a través de la sierra *peruana*. Sobre cada mular se le cuelga a cada costado un costal semejante y para esta bestia es bastante carga que importa dieciséis *arrobas*, esto es cuatro *Cent* [quintales].

Yo no puedo expresar tal vez cuán grandes *efectos* hace esta hierba sino éstos: que bajo fuerte calor y cansancio en el viaje fortalece en algo al ser humano y apaga mucho mejor la sed que el agua fría. También la beben con agua fría y dicen que refresca muchísimo. *Fides penas authorem* [La fe al lado del autor]. Yo no la he probado así, pero la he tomado caliente todos los días, pero no puedo hablar ni bien ni mal de ella pues como es costumbre general de tomar este *té* temprano, a la tarde, al anochecer y a todas horas he seguido la costumbre. Lo que yo noté mayormente fue que con ella yo me mantenía despierto cuando a la noche tenía que trabajar o que orar. Muchos quieren atribuirle buenos efectos, otros no quieren saber nada de ellos, pero es una bebida general a la que los *paracuarios* se han acostumbrado tanto que a los más, especialmente a los *indios*, les es casi imposible abstenerse. Tomándola sin azúcar es amarga y desabrida, pero los más la toman sin azúcar y no les sabe cuando tienen azúcar en ella.

Grandes gastos de preparar el *té*

Efectos de esta hierba

Yo recuerdo que cuando estuvimos en Lisboa nuestro *P. Procurator Ladislao Oroz* que nos conducía hacia *Las Indias*, nos invitó a beber esta hierba. Por lo primero él la dio sin azúcar. Yo tuve bastante con un trago y miraba la bebida. —Oh —dijo el *P. Procurator*— por más desabrida que ahora le parezca esta bebida, tan de buen gusto le parecerá en *Paracuaria* y se va a acostumbrar mucho a ella. Recuerde entonces mis palabras.

Debo confesar que él ha dicho la verdad, porque a todos [los] que estaban con nosotros, los he visto más tarde en *Córdoba* por completo afectos a esta bebida de *yerba* y muchos preferían tomarla sin azúcar que con azúcar. Pero aunque ninguno, ni aún de los más peritos en la *botánica*, pueda determinar con certeza la eficiencia de este *té*, debo agradecerle sin embargo, un *efecto* especialmente bueno que he conseguido⁵⁹⁹ por la introducción de esta bebida entre mis *indios* y en mayor parte les he desacostumbrado de la embriaguez con la *chicha*. Parece que el beber en exceso fuera entre los *indios* una calidad arraigada en *quarto modo*, por esto he preferido proporcionarles aunque con grandes costos este *té* para que ellos satisficieren mediante su uso su afán por beber y no fuesen incitados a la *chicha*, porque aquella bebida los conserva frescos, mientras ésta los enloquece [y] hasta enfurece. A más de esto los *indios* trabajaban más por una manada plena de esta hierba que por otra cosa de un valor mayor. Mediante ella yo los invitaba al trabajo; hasta *Las Indias* hacían por una manada de esta hierba cualquier trabajo que se le encomendaba.

De otras aves

Retorno del ave *Tucán* o *Cotaá* por la que he sido desviado de la recta ruta de mi relato sobre las aves y me toca decir a más lo referente a otras clases de las aves *paracuarias*: que he visto algunas que son casi iguales a los orioles en Alemania y así también en tales bandadas vuelan de un lado al otro. En el bajo vientre son completamente iguales entre sí; en el lomo tienen plumas pardas. [Hay] otras que en el tamaño y en el color verde amarillo asemejan a los verderones⁶⁰⁰, tampoco desemejan en el canto y el gorjeo. Se ven pájaros trepadores azules⁶⁰¹ salpicados verdi rojos, alciones, muchas diversas golondrinas acuáticas, diversas clases de zambullidores y otras que los españoles llaman *gaviotas*. En *Córdoba* he visto también una clase de estorninos que los españoles llaman *Tordos*; otras a su vez que en Alemania se llaman *Bier olen*⁶⁰² [oropéndola] lo mismo reyezuelos, en Silesia se los denomina *Schneekönige* [reyes de la nieve] como también las llamadas *Grasmücken*⁶⁰³ [curruacas]. [He visto] dos clases de aves de color niveo; unas completamente blancas, la otra si bien blanca pero muy negra en las puntas de las alas y en la cola; otras completamente rojas escarlatas; el ojo se siente herido si uno las mira bajo el brillo del sol. [Hay] también otra clase más que llevan

599 / Se entiende que no se trata de una iniciativa particular, sino dentro de lo aconsejado por la Sociedad de Jesús.

600 / *Zeiseln* (*Zeisig*) *Frigilla spinus* L.

601 / *Baumklette* (*Blauspecht*), *sitta caesia*.

602 / Supongo una corruptela de *Pirolen* (*oriolus* L.).

603 / *Sylvia* Lath.

sobre el lomo colores bellamente pardos, pero contra el pecho y contra el cuerpo rojo-subidos; todas tienen no mayor tamaño que los pinzones. Hay otras que en lugar de los gorriones se hacen ver también en semejante abundancia a las que los españoles llaman *torditos*. Los machitos son negros como carbón y bajo el rayo del sol dan reflejos como el más bello chisporroteo azul; las hembras tienen el color como las hembras de gorriones o pardales⁶⁰⁴. Otra ave tan pequeña como un reyezuelo o rey de la nieve, llamada por los españoles *Ruiseñor* o [sea] *Nachtigal*, tiene un canto muy agradable, pero no tan fuerte como un ruiseñor en Alemania.

Los españoles llaman *Cardenal* a otra [ave]⁶⁰⁵ por el motivo de que tiene una coronita [penacho] rojo subido sobre la cabeza, la eriza o la recoge. Ella tiene por todo el cuerpo plumas de color ceniza. Los españoles dan con gusto por una de estas aves un *peso* o *Thaler* duro a causa de su canto. Yo no lo encontré tan agradable como decían los españoles. En mi *reducción* había muchísimos que en muy frecuentes ocasiones revoloteaban en derredor de mi vivienda, pero su canto me parecía más un silbar que un cantar. En mayor parte aparecían en invierno. Su canto natural no me quiso agradar, salvo que hubiera sido ensayado en el «Flaschinetel» [caramillo]⁶⁰⁶ de lo que no tengo testimonio. Mis *indios* los cazaban en lazos por las patitas, me traían una gran cantidad de ellas que yo enviaba en jaulas a la ciudad de *Santa Fe*. Yo encontré que eran más agradables al gusto, cuando estaban asadas, que al oído. Los *indios* la llaman *Dotozole*, los españoles *Copetudo*.

Cardenal

Las *Schwalben* que por los españoles son llamadas *golondrinas*⁶⁰⁷ de *Indias* no tienen ninguna semejanza con nuestras golondrinas en Alemania, si bien son negras y de este tamaño pero tienen una cola muy larga, en la extremidad de doble punta. Ellas no temen a ninguna ave de rapiña. Las aves las temen mucho más y huyen ante ellas porque estas golondrinas tratan de continuo de volarles por sobre la cabeza y con su pequeño pico les aplican algunos golpes en la cabeza.

Golondrina

Hay también entre las aves *paracuarias* *Carpinteros*⁶⁰⁸ o «Zimmermeister». Su tamaño es como de un tordo. Tienen plumas leonadas pardas sobre el lomo; desde la gorja hasta la cola son amarillas citrón. Por los *mocovies* el ave es llamada *Piognac* o hechicero, porque él construye su nido con mucho cuidado y habilidad contra toda tempestad. Su nido se fabrica con el mismo material con que en nuestros países las golondrinas pegan sus nidos. Ellas los construyen sobre un poste vacante o donde hallan una cruz, pero jamás sobre ramas hojosas. El nido en su interior es igual a la concha de un caracol. Por esto no temen ningún ave de rapiña [pues] aún si fuere tan chica que podría penetrar por todas las vueltas, tienen ellas el tiempo suficiente para

Carpintero o Piognac

Sus nidos

604 / *Spatzen oder Sperlinge*. La versión reproduce la sinonimia en esta forma.

605 / El cardenal común, *Paroaria cristata* (Bodd.).

606 / Corruptela de *flageolet*.

607 / *Progne elegans* Baird.

608 / Por el texto subsiguiente se ve que hubo por parte de Paucke un manifiesto error al usar este término en lugar de «hornero», que corresponde aquí.

hacerle pagar con la muerte la entrada. Pero para que tampoco el agudo [viento] *Sud* pueda soplar para adentro, construyen siempre la entrada al nido por el *Norte* de donde soplan los vientos más tibios y suaves. Su construcción se realiza con gran rapidez, pues en dos días terminan su nido barriento, el que una vez seco resiste muy bien a la lluvia y es duro para ser derruido. Ni bien tal ave se hace ver cuando los *indios* están sentados en rueda y conversan, vuela arrojado contra ella todo cuanto tienen en las manos o pueden tomar porque ellos creen que esta ave descubre a otros todo cuanto ellos hablan entre sí. Tampoco dejan intacto nido alguno cuando dan con él.

Aves selváticas
negras

Más adentro en el valle hay también unas avecillas negras cuyos nidos he admirado mucho. Todo el nido es una bolsa de media vara, arriba muy angosta para que sólo pueda penetrar el ave, tejido en parte por cerdas de caballo, en parte por filamentos, de manera que con la mejor comparación podría decirse que estas aves fueran verdaderos *hechiceros*. Este nido que más semeja una bolsa que un nido cuelga de una ramita delgada para abajo del árbol en una soguita tejida de esta *materia* tan libre en el aire que puede ser revoloteado hacia uno y otro lado por el viento⁶⁰⁹. ¿Cuál es el maestro artífice que pudiera construir un nido igual como los tejen estas aves? En él hay una urdimbre tan admirable que yo creo que uno podría desatar más fácilmente el nudo *gordiano*, no con un golpe de espada como [hizo] *Alejandro* Magno, sino poco a poco que desenredar este tejido. Yo he hecho arrancar bastantes nidos semejantes de ambas clases; si yo los hubiera llevado conmigo a *Europa*, hubieran causado la admiración de muchos. Estos nidos deben ser admirados por estar arreglados en una manera por la cual tienen suficiente amparo contra sus enemigos y los salteadores y pueden incubar con tranquilidad sus crios. ¿Cuál ave les entraría por el boquete que es tan angosto y [donde] hasta la misma madre de los crios no tiene la costumbre? Y aún si se deslizara desde arriba para adentro, ¿de qué manera saldría? ¿Quién podría desenredar una substancia tan entretejida cuando pende al aire hasta muy abajo desde una ramita [y] no puede asentarse en ninguna parte? ¿Cuál ave podrá sostenerse tan largo tiempo balanceándose en el aire bajo y débil hasta hacer un boquete en esta bolsa de nido para robar las avecillas nuevas? En una ocasión yo [he hecho] a alguien esta observación: ¿de dónde se originaría que también los animales procedían en sus obras tan circunspecta y cautelosamente? Él me contestó: *est denique gratio vocatio-nis*. Ya es la merced que acompaña la vocación⁶¹⁰.

Sus nidos

Nilimiagna o
Nilimiagdona

La avecilla que yo estimo ser muy extraña se llama en español *Picaflor*⁶¹¹, en *mocoví* *Nilimiagdona*. Ella es tan pequeña que yo jamás hubiera podido imaginarme que pudiera haber una especie tan chica de aves. Los españoles la llaman *picaflor* a causa de que vuela de continuo en derredor de las flores y liba con un piquito largo muy sutil el dulzor de las flores el que es todo su alimento. Pero esto ocurre de este modo.

609 / Podría tratarse del boyero.

610 / Esta oración es traducción interpretativa de la antecedente latina. Se comprende que la pregunta se hizo a un comisionero.

611 / *Chlorostilbon aureoventris*.

Ella no se sienta sobre la flor sino que se sostiene en el aire libre [a distancia] de la flor y como con las alas produce un ruido, los *mocovíes* la llaman *Nilimiagdona* o *Nilimiagna* pues *Nilimiagna* denota en lengua *mocoví* un estrépito o ruido.

Parece que esta avecilla no tuviera más que plumas que son tan bellas como las de un pavo real. He visto verde rojas y grises de ellas. Ella se alimenta únicamente del jugo de las flores, para lo que tiene un piquito de una pulgada y media de largo y muy *sutil* que hincan en la flor y durante un continuo aletear liba el jugo. Aunque jamás las he oído cantar ellas son sólo por su belleza y su cuerpo tan fino tan amenas y admirables que se podría hacer con ellas un regalo a un príncipe o a un rey. Pero ¡quién las transportaría vivas a través del mar! Y aunque no hubieran flores en el barco, podría ser bien factible si en lugar de jugo de flores se les presentara agua de miel.

Sus niditos son tan graciosamente entretejidos de filamento y *sutil* heno que hay que admirarlos. Una vez hallé un tal nidito con huevos; ahí vi milagros: todo el nidito no tenía dos pulgadas en *diámetro* y era labrado admirablemente; se asemejaba a un pequeño pocillo de *té*. Es de admirar aún más que este nidito pende al aire en una sola cerda de caballo. Yo hallé este nidito pendiente desde un travesaño afuera contra mi choza junto al mojinete. Adentro había cinco huevecitos del tamaño de un pequeño padrenuestro en el rosario y [éstos] tenían sobre la cáscara unas manchitas verdes. Ahora cualquiera puede imaginarse cuán pequeñas avecillas pueden nacer de tales huevos.

Por esto debo declarar mi admiración ante el pequeño animalito que he visto junto a mi ventana aquí en Neuhaus en el mes de *julij* del año 1777. Yo tenía puestas en la ventana algunas plantas de flores y me hallaba junto a ellas; en esto llegó a mis oídos no sé qué ruido de aleteo y cuando indagué vi balanceándose ante la flor un pequeño animalito que volaba en modo que en realidad se me imaginaba la avecilla de *Las Indias picaflor*. Tenía un piquito tan largo y muy *sutil* que ella hincaba en la flor, una larga colita; en sus movimientos era tan natural como si tenía que ser así. Pero esta [avecilla] era aun más pequeña que la *paracuaria*. Por ello yo me asombré y únicamente por la sorpresa⁶¹² no reflexioné de cazarla o matarla para que yo hubiera podido contemplar y observarla mejor si en realidad era una clase del *picaflor* de *Las Indias* o si sólo era una clase de sabandija. Ella se ha balanceado delante de la flor más o menos durante dos padrenuestros y muy de cerca delante de mis ojos pero a causa de los tan rápidos movimientos de sus alas yo no pude ver si tenía plumas. He visto muy nítidamente la colita y el piquillo pero sin embargo no pude distinguir si era un ave verdadera con plumas o sólo una especie de sabandija. ¿Pero cómo podía ser tan parecida al picaflor en todos sus movimientos y propiedades circunstanciales? Frecuentemente me ha pesado no haberla cazado.

De la avecilla más pequeña llego a la más grande que he hallado en este valle. Esta es el *Straussvogel*, llamado por los españoles *avestruz*, por los *mocovíes* *Amanic*, por los *abipones* *Peú*. Una gran cantidad de los avestruces corren de un lado al otro en los

612 / *Vergastung*, expresión dialectal a la cual damos un sentido de acuerdo con la oración.

Su figura

Sus niditos

Vi algo semejante en Neuhaus

Del avestruz

Su figura

campos de la ciudad de *Santa Fe*, junto a la ciudad de *Córdoba* en *Tucumán*, por todo el campo en *Buenos Aires* hasta *Córdoba* por más de ciento veinte leguas y por todo el valle del *Chaco* hasta veinte y treinta juntos. Aunque estas aves son muy perseguidas y muertas por los *indios*, no se nota carencia ninguna y los campos están muy poblados por ellas. Tampoco no es un milagro que ellas aumenten tanto ya que en un solo nido se hallan setenta huevos⁶¹³. Esta ave tiene un cuerpo corto, patas largas y pescuezo largo que tiene más de un vara grande en la longitud. Toda el ave desde los pies hasta el cráneo es en ocasiones más alta que un hombre. Tiene una cabeza chata, ojos grandes y un pico grande que será más o menos de un largo de tres pulgadas; en las patas tiene en cada una tres uñas que abajo son filosas y de pura masa córnea. Las plumas son grisáceas entremezcladas con blancas; en el pescuezo tiene plumas grises muy delgadas y cortas; en el pecho unas más largas que son negras; en las alas tiene las plumas en un largo algo mayor a una media vara que en los costados no están derechas sino que penden hacia abajo y [los avestruces] no tienen colas. Los *indios* me decían que ellos habían visto en los grandes campos que los españoles llaman *pampas* avestruces completamente rojos y más al *Norte* completamente blancos⁶¹⁴. Jamás vuelan y las plumas podrían soportar tampoco sus cuerpos, de modo que en el avestruz sirve únicamente para sostener el equilibrio cuando es perseguido fuertemente o cuando por espíritu travieso comienza a jugar y brincar lo que es divertido de contemplar; de pronto corre y mantiene en alto sobre sí una ala, la otra hacia abajo; de pronto tiene ambas extendidas en alto; de este modo cambia de continuo las alas cuando corre; en frecuentes ocasiones da con el cuerpo unos giros tan extraordinarios como si quisiera caer de uno a otro lado como para sortear las boleadoras o una macana arrojada. He visto en diversas ocasiones que ellos por sus enormes saltos de través y a los lados se han roto las patas como ha ocurrido en la plaza de la *reducción* a muchos avestruces criados en el pueblo los que por su saltar animoso se han roto las patas⁶¹⁵.

Para qué se sirven de sus alas

Del modo que los *indios* cazan los avestruces

Los *indios* los cazan de a caballo y cuatro o cinco *indios* tienen siempre que trabajar para matar un avestruz; no les sería tampoco posible de conseguirlo si a los veinte o treinta pasos no recurrieran a las boleadoras o le rompieran mediante un tiro de la macana ya el pescuezo, ya las patas, pues el avestruz ni bien nota que se le acerca demasiado el jinete, da vuelta tan rápidamente y retorna corriendo que al jinete le es imposible hacer dar vuelta al caballo y cabalgar tras él, por esto el jinete avanza demasiado hasta

613 / En el año 1887 encontramos en la costa del Napostá Grande (Bahía Blanca); una nidada de ochenta huevos.

614 / Si bien hemos visto avestruces blancos, no divisamos jamás uno de color rojo.

615 / En las desplumadas de avestruces, con fines comerciales, usando mangas y redes de hilos en las cuales hemos intervenido a fin del siglo pasado, ocurre con frecuencia que un avestruz padezca la luxación de una tibia. En tal caso, el peón desplumador vuelve a colocar el hueso en su sitio y tras un corto momento de descanso suelta el ave que de nuevo emprende la corrida hacia el campo libre. (*La Prensa*, 25 de mayo de 1929, Edmundo Wernicke, *En la desplumada de avestruces*).

que pueda hacer girar el caballo. Mientras tanto el avestruz ya retrocedió cien pasos y más. Por tales ardidés del avestruz el caballo pierde aliento y se debilita de modo que no puede perseguir al avestruz pero si hay varios *indios* que lo corren el avestruz gana demasiado poco con todas las correteadas y es matado.

Los *indios* pueden comer sólo las alas, el estómago y los dos muslos del avestruz porque él no tiene carne alguna en todo su cuerpo, ni en el pecho ni sobre el lomo; todo es [puro] hueso revestido de cuero. Debajo del cuero, especialmente sobre el trasero tiene unas grasas amarillas de un dedo de gruesas. Los *indios* recogen éstas junto con las grasas que él tiene cual otra volatería en derredor del estómago y debajo del lomo. Ellos hierven la carne de los muslos y esta es flaca [y] derriten las grasas en un recipiente⁶¹⁶. Después que la carne de los muslos cortada en trocitos ya está bastante hervida, toman un pedazo en la boca lo mastican bien, lo retiran masticado otra vez de la boca, meten éste entre las grasas derretidas y lo comen. La grasa tiene un gusto de aceite de linaza y a montaraz. El estómago [buche] se asa y es bueno de comer, pues es como cualquier otro estómago de un ganso o de una gallina. Este estómago tiene en el interior una piel gruesa que se saca, se seca y se pulveriza. Este polvo ingerido es muy conveniente y bueno cuando se tiene algo sin digerir en el estómago, sobre todo cuando alguien a causa de haber comido demasiados huevos de avestruz, ha quedado duro de vientre. Yo he estado en muchas situaciones en que por muchos días en la selva tenía para comer únicamente carne de avestruz y estómago de avestruz. Yo ponía los pedazos de la carne hervida de avestruz en la sopa, agregaba a ellos pequeños *Peferoni* silvestres que los españoles llaman *Ají del Monte*, los *guaraníes Cumbari*, pero los *mocovíes Jtimagdayole*. Con esta sopa yo me alimentaba en los bosques hasta por cinco o seis días. La carne de avestruz me sabía como carne de ternero, es algo dulzona. Los *indios* me decían que al igual de la carne de avestruz sabía la carne humana. Por otra parte me decían los *indios* que las alas del avestruz eran lo mejor. La preparación se hacía como sigue: ellos arrancaban todas las plumas sin los cañones, la [carne] colocaban debajo de ceniza caliente; después que estaba asada, sacaban el cuero y comían la carne. Yo vi también junto a los intestinos de los avestruces muchas tripas delgadas que tenían sólo el grosor de un cordel de un hilo de atar, las que por más de una hora se retorcián como largos gusanos blancos; de éstos decían los *indios* que eran puros espíritus familiares del avestruz.

De los huesos de los muslos como también de los huesos más gruesos de las alas, los *indios* hacen largos pífanos. Ellos usan éstos cuando van a la guerra contra sus enemigos y producen con ellos antes de la *batalla* una gran batahola. Ellos conservan las pequeñas plumas blancas para teñirlas con diversos colores, luego las usan para su adorno, como [usan] también las grandes [plumas] blancas que los avestruces tienen debajo de las alas. De ellas hacen bellos penachos multicolores de plumas. Pero de las grandes plumas grises tejen sus *parasoles* contra el sol cuando cabalgan o se sientan

Del modo como los preparan para comerlos

Utilidad de sus huesos

616 / *Bletsche*. La versión no ha encontrado dato alguno sobre esta voz y debe usar con reserva este término. Según el doctor Guillermo Rohmeder, la voz indica en lunfardo bávaro «boca» o «jeta» y su significado original podría ser «sartén».

en el campo libre. Los *indios* sacan la piel del pescuezo del avestruz y hacen con ella sus tabaqueras que los españoles llaman *Chuspa*. También usan la parte lisa de los cañones de las plumas la que mondan y tiñen diversamente, luego la entretejen muy hábilmente entre las bridas de los caballos, las que usan los españoles más principales cuando hacen *cabalgatas* públicas.

En lo que se refiere a comer alas de avestruces, ninguno de los mozos solteros tiene permiso de comerlas ni tampoco el tuétano de las patas de ciervos (hablo de la costumbre que tenían en su gentilidad, pues como cristianos no se dejan prohibir nada por los ancianos), pues éstas deben ser traídos a los ancianos que únicamente ellos las comen. Todo esto es sólo un engaño para que los ancianos consigan de los mozos jóvenes lo que ellos mismos comen con agrado.

Los *indios* tenían muchísimos avestruces en la *reducción* que ellos habían cazado chicos y los habían criado en la aldea. Yo mismo tenía seis que ya eran grandes y altos [y] también me servían en la mesa cuantas veces yo comía debajo de la glorieta de mi vivienda. Muchas veces yo me divertía y ponía sobre la mesa abundantes duraznos pero en seguida ellos se presentaban y tragaban uno tras otro. También ya ponían huevos; si yo no los hubiera mandado sacar hubieran empollado también. Cuando es la estación en que los avestruces ya tienen pronto llenos de huevos sus nidos, marchan los *indios* hasta lejos a la campaña, buscan huevos de avestruz y traen, fuera de los que han comido en el campo, una cantidad considerable a casa. Sólo sé hacer un cálculo [aproximado] según los huevos de avestruz que mis *indios* sin buscar mucho encontraban sólo durante la duración del viaje a la ciudad de *Santa Fe* no lejos del camino: ellos tuvieron los suficientes para comer y también para vender contra pan a los españoles en la ciudad.

De qué modo los
indios preparan los
huevos

Los *indios* comen de diversas maneras los huevos; cuando los quieren comer duros, colocan los huevos sobre la ceniza caliente cerca del fuego pero no deben dejarlos acostados de un lado sino poco a poco darles vuelta para que comience a hervir por todos lados, de otro modo revientan. [Si quieren comerlos] de otra manera hacen arriba un agujero, colocan [el huevo] al fuego y lo revuelven con un palito⁶¹⁷, si lo dejan por mucho tiempo sin revolver, produce el huevo un estallido y todo [el contenido] salpica la cara del cocinero. Un *uropeo* puede hartarse con un solo huevo. La yema en su tamaño es igual a una bala de tres libras; las cáscaras de los huevos tienen el grosor de un lomo de cuchillo; cuando ellos revuelven el huevo, se deposita lo interno; entonces rompen desde arriba pequeños pedazos de la cáscara y los usan en lugar de cucharas con lo que poco a poco sacan y comen el huevo revuelto. Los *indios* comen con tanto gusto estos huevos que espantan a los avestruces de sobre los huevos y se los quitan. Aun si ya hubiera vida en el huevo sacan para afuera los pequeños avestruces, revuelven lo restante aun si fuere pura sangre y hacen un revoltijo de huevos. He visto esto muy frecuentemente. Otra cosa para que les sirve a los *indios* el cuero con las alas

617 / El traductor observó este mismo modo de preparar los huevos de avestruz en 1887 en la campaña de Bahía Blanca.

pegadas es hacer una manta o mandil para detrás del recado. Ellos sacan al avestruz todo el cuero junto con el cuero de las alas, lo estiran con clavos de madera sobre el suelo para que se seque, lo colocan debajo del recado para que las plumas estén tendidas sobre el anca del caballo por motivo de las moscas y «Bremsen» por los cuales los caballos son mortificados especialmente en los bosques, en español se llaman *Tábanos*, en lengua *mocoví Coodol* los que se ahuyentan por las plumas tremolantes de continuo.

Cuando los nuevos avestruces [charitas] ya caminan junto con la madre y se cazan por los *indios* peatones, es un hermoso espectáculo de cómo los *indios* corren tras ellos y cuanta fatiga y aliento deben emplear para cazarlos. Si ocurre que el *indio* se acerca algo a un avestruz tan chico [y] ya quiere atraparlo y cree ya tenerlo, da el avestrucito una inesperada vuelta para atrás de modo que el *indio* se cae de boca. Antes de que él vuelva a levantarse, el avestrucito ya está ¡quién sabe dónde! Cuando yo veía andar una buena cuadrilla de cuarenta o cincuenta avestruces chicos, les decía a mis muchachos (los que en ocasiones eran hasta veinte) que separaran los crios de la madre, juntaran corriendo los crios, saltaran de los caballos y los atraparan de a pie. Entonces era divertido de ver cómo brincaban los avestrucitos y tras ellos corrían los muchachos cual perros de caza; muchos eran tan ligeros que alcanzaban también los pequeños avestruces; en algunas ocasiones yo creía que el avestruz ya sería agarrado ¡lo contrario!⁶¹⁸ ahí vi al muchacho echado de boca y el avestruz ya estaba a una división de prado⁶¹⁹ lejos de él. A mí me complacía lo más esto: que los pequeños avestruces sabían engañar tan especialmente a los muchachos.

Cuando los *indios* cazan pequeños avestruces para conservarlos, toman sólo un pedazo de cuero fresco, ponen en éste primero en derredor algunos palos, atan en éstos en derredor un pedazo de cuero crudo de cualquier animal que fuere y ponen adentro los pequeños avestruces cazados. Sobre el cuero fresco se juntan abundantes moscas que son cazadas muy hábilmente por los avestrucitos. Estos se alimentan de ellas. Si los *indios* los traen al pueblo, ya no tienen que preocuparse por sus avestruces; éstos se alimentan muy fácilmente porque comen todo y se alimentan de lo que fuere. Tan luego yo no he visto animal alguno que se dejara amansar tan pronto y que tan rápidamente actúe en oposición a su naturaleza selvática y huidiza como el avestruz. Cuando los traen así chicos a la *reducción*, éstos se conservan sólo por algunos días en la casilla de cuero, luego se sueltan pero ya no se retiran de la *reducción*. Cuando son más grandes, pasean por el campo y en derredor de la aldea y regresan luego. Los avestrucitos tienen una manera de llorar por la madre como si silbaran, comienzan desde un tono alto y bajan con la voz hasta en la *cuarta*, pero los crecidos comienzan desde el tono más bajo y suben más o menos hasta la *cuarta* o *quinta*. Ellos arrastran el tono de modo que no se puede notar ningún tono definido porque no entonan especialmente

Divertida caza de los avestruces jóvenes

De qué modo se crían los avestrucitos

Cómo pían

618 / *Jawohl*, exclamación adverbial que expresa literalmente «bien cierto», pero encierra un sentido contrario.

619 / *Gewandte* o sea *Gewann*, antigua medida de longitud para la división de los campos de cultivos en las antiguas aldeas, más o menos 60 metros.

ninguno; se produce como si ellos solos gruñeran. Este gruñido suena únicamente en la garganta porque ellos mantienen cerrado el pico. Pero los pequeños cuando pían abren el pico y se oye tanto el piar como gruñir hasta muy lejos.

Con este motivo ya que escribo sobre avestruces voy a dar a conocer también lo que he leído y oído frecuentemente [es decir] si los avestruces podrían digerir el hierro y de qué modo incuban sus huevos. En esto yo debo creer más a mi experiencia y observación de muchos años que a lo que algunos naturalistas han escrito sobre los avestruces. En realidad no me es permitido acusarles de una falsedad intencional sino de un error en este informe: primero que los avestruces en virtud del calor de su estómago digieren el hierro; que ellos exponen sus huevos en la arena al calor solar, quedan parados al lado y mediante el continuo mirar y contemplar por sus ojos extraen sus crios para afuera de los huevos. Tal vez porque ellos han visto a los avestruces tragar hierro, supondrán que el avestruz puede también comer y digerir el hierro.

Las avestruces comen hierro, pero no lo digieren

Como yo he visto tantos cientos de avestruces y puedo decir he vivido entre ellos [y] tenía también seis en mi vivienda, he visto en realidad que han tragado hierros, duros terrones, astillas de madera en la carpintería, también algunas herramientas de hierro, pero debo decir también que todo lo del herraje he vuelto a encontrar, pues ni bien los *indios* perdían algo de sus instrumentos de trabajo manual, no tenían más que hacer que mirar donde éstos depositaban el guano; ahí encontraban también nuevamente sus instrumentos. Cada cual debe reconocer y decir también que el hierro es mucho más fuerte y duro que cocos o carozos de duraznos. Los avestruces comen con muchísimo gusto los cocos y con mayor gusto aún los duraznos, los que tragan enteros a ambos pero desechan de sí por la vía natural los carozos y que como he escrito en mi relato de la hoja 1038 los *indios* hallan en el guano de los avestruces los carozos de cocos, rompen la cáscara de éstos y comen lo interno. Ahora si el avestruz no tiene en su estómago tanto calor para digerir los carozos de cocos y duraznos, ¿cómo podrá digerir el hierro?

No cocean como los caballos

Igualmente se dice que los avestruces cocean como los caballos y que hay que cuidarse de ellos... ¿Dónde cocearían con más frecuencia que cuando son perseguidos y muertos? Pero yo he visto innumerables veces cuando fueron cazados y muertos, cuando los niños de los *indios* corrían tras ellos, los perseguían y jugaban con ellos, pero jamás los he visto cocear. Tampoco he oído que alguno hubiera sido coceado por algún avestruz. Esto es lo cierto que cuando ya están en el suelo y el cuchillo les pasa por el pescuezo, ellos cocean con sus patas y como sus unas son tan filosas es conveniente que el *indio* cuide sus pies desnudos para que no sea herido, pero no se puede decir que ellos cocean como un caballo sino que se debe decir que patalean y eso lo hace también una gallina o un gallo como también cualquier otro animal cuando se quiere cortar el pescuezo⁶²⁰.

620 / En las desplumadas de avestruces organizadas, las yuntas de peones que conducen al avestruz agarrado de los alones, deben cuidarse de las patadas hacia los lados que pegan estas aves con toda mala intención.

Contra lo segundo de que los avestruces entre la arena incuban sus crías por el calor del sol y mediante el continuo mirar sobre los huevos, debo decir en verdad que es una falsedad. Pues si bien los avestruces acostumbran generalmente poner sus huevos en campo libre entre la hierba alta, tienen sin embargo verdaderos nidos grandes en los cuales ponen sesenta a setenta huevos y los incuban al igual de otras aves y gallinas, cuando éstas se sientan sobre los huevos. Los avestruces tienen aún otra cosa especial [y es que] que no sólo la hembra sino también el machito se sienta sobre los huevos y esto ocurre en modo alternativo; cuando la hembra sale a comer, se sienta el machito; cuando llega la hembra, sale a comer el machito. Yo he visto ambas cosas; en una ocasión hubiera casi muerto a tiros al machito sobre los huevos si no me hubiera fallado el fuego por lo que el avestruz tuvo tiempo de levantarse y huir. Se reconoce muy bien cuál es el machito entre los avestruces, pues éste tiene sobre el pecho y debajo de la gorja unas plumas negras; la hembra es de color blanco gris y tiene iguales plumas también sobre el pecho y aún debajo de la gorja⁶²¹.

Incuban sus huevos como otras aves

Acerca de que los ojos de los avestruces tendrían un efecto muy grande de arrancar con ellos sus crías para afuera de los huevos, no sé qué opinan en esto los *Philosophis* al decir que el poder visual no tiene efecto en su contraposición y *objeto* sino que lo atrae. Si fuera cierto esto de que uno con contemplar y por la fuerza del contemplar pudiera realizar tales milagros, yo desearía que en virtud de mi contemplación o de mis ojos yo pudiera hacer un *efecto* milagroso en mi bolso de dinero y sería éste: que todos los *Kreuzer* [centavos] de cobre se cambiaran en *ducados*. ¡Oh, con qué ojos tamaños y perseverancia yo miraría para dentro de mi bolsa de monedas de cobre! Yo usaría esta *química* visual en frecuentes ocasiones, especialmente cuando el maestro de cocina latino me pide dinero en pago de *medicinas* retiradas por mí. Yo debo separarme de esta *materia* y dirigirme a algo diferente, sino los *simpatistas* y *antipatistas* me asaltarían por completo y con mi⁶²² *P. Francisco tertio de lanis* me confundirían por completo.

Los ojos no contribuyen nada a esto

621 / Es decir, que tiene también plumas de color blanco gris, pero no las negras del machito.

622 / La palabra *einem* (uno) puede leerse también como *meinem* (mi) en el original, al referirse a este Pater. Parece tratarse de algún religioso escritor.

CAPÍTULO XX

De la volatería casera⁶²³ [europea]

Aquí bastará informar lo qué se encontrará de ésta en *Paracuaria* ya raras y en corto número, ya de ningún modo. Los gansos y patos caseros [europeos] son raros allá y si bien se encuentran de todas [clases] que se pueden encontrar en *Europa* porque los españoles las han transportado ahí por sobre el mar, pero sin embargo escasean en máximo grado porque los españoles no son muy afectos a gansos y pavos⁶²⁴. En las ciudades he visto gansos y patos europeos únicamente en casa de algún español distinguido; entre la gente ordinaria [no he visto] ninguno. ¿Sería posible que la gente ordinaria fuere tan inepta o tan haragana de cuidar este ganado [de plumas] y cuidarlo como lo hacen los *europeos* y especialmente los alemanes? Si el español ordinario en *Paracuaria* tiene sólo su asadito de vaca, éste le es más de su agrado que faisanes asados. En mayor cantidad tienen gallinas y palomas. Yo tenía en mi *reducción* una gran cantidad de gallinas que poco a poco se han habituado [a estar] en las chozas de los *indios*, pues ya no tenían lugar en la vivienda mía. En la aldea junto a los *indios* (que no quieren comer gallinas) han aumentado tanto que había más de muchos cientos en la *reducción* y se mantenían ellas mismas, de las cuales en frecuentes ocasiones he enviado al *Collegium* de *Santae Fidei*, especialmente en los días de altas fiestas por veinte yuntas en apeas⁶²⁵ de gallinas.

En las ciudades se puede obtener también por algunas agujas o algo de jabón una yunta de pollos. Yo trataba bien en mi *reducción* de tener de todo, tanto de patos como de gansos de los que el *comandante* de la ciudad me había mandado de cada clase un casal, pero como yo no podía cuidarlos yo mismo y las *indias* eran demasiado haraganas para ello, perecieron pronto uno tras otro. Yo me ocupé en preparar a unos trescientos pasos de mi *reducción* un sitio debajo de los más bellos *Umbu* [ombúes] que estaban en derredor e hice cercar en el centro un lugar espacioso junto con los *ombúes*, cerca de muchos lagos siguientes uno tras el otro donde hubiera sido la mejor situación de criar toda clase de volatería. Allá hice una fuerte vivienda para una familia *india*; ellos tenían al lado fuera de los cercos su cultivo que los españoles denominan *chacara*, los *indios Anananea*. Hice llevar allá toda la volatería, di muchos cereales y *cucurus* para alimentarla. ¿Qué ocurrió? En lugar de las gallinas los comió el *indio* con mujer e hijos; la mujer llegó hasta mercar con ellos en la aldea contra frutas del bosque, miel y semejantes [alimentos] y las gallinas y los patos, pavos⁶²⁶ y gansos fueron devorados por

623 / *Einheimisch*, es decir, hogareña o casera. Uso el término vernáculo por tratarse de las europeas.

624 / Por lo visto, Paucke equipara los pavos a las aves domésticas europeas sin tomar en consideración su origen americano.

625 / *Hunner Strige*. La versión lee *Hühnerstricke* (piolas de gallinas), de ahí el término empleado.

626 / *Krutteln*.

los *crocodilos* y yo tuve que hacer desalojar y abandonar por completo este lugar por la *familia india*. El *indio* que estaba libre de todo otro trabajo paseaba aún algunas veces por catorce días con mujer e hijos en el campo y bosques de caza sin el menor cuidado del asunto confiado a él. Pronto había yo terminado con mi empresa. Allá tienen también muchas gallinas que tienen plumas crespas, de manera que uno cree que los cañones estén metidos para atrás dentro del cuero.

CAPÍTULO XXI

De los animales silvestres que viven en este valle *Gran Chaco***De tigres**

El animal más peligroso y peor allá es el tigre, que se encuentra por todas partes y vuelve muy inseguros los campamentos nocturnos [y] los caminos. Se encuentran tigres, no sólo en el lado *Oeste* de este valle sino también en el lado *Este* del *Silberfluss* y *Paraná* en tanta abundancia que los españoles en la costa del *Este* organizan continuas cazas al tigre y en un año envían hasta cuatro mil cueros de tigre a España⁶²⁷. Ahora si en el costado *Este* se encuentra una cantidad tan grande de tigres donde se persiguen tan continuamente por los españoles y anualmente se matan en tantos miles, ¿cuán plagado de tigres estará y [será] peligroso para los viajeros el costado *Oeste* donde yo vivía donde sólo se mata lo que se presenta a la lanza o al fusil y no se organiza tal caza?

La gran abundancia**Cuándo sale a asaltar**

La hora en la cual el tigre sale a cazar es a la madrugada, al anochecer y durante la noche. A mediodía cuando calienta el sol los tigres están echados en los bosques [y] cañaverales que se hallan cerca del agua o también entre la hierba alta junto a los ríos y duermen. Cuando se pasa por semejantes parajes, débese tener en fresca memoria al tigre, sino pronto se puede caer entre sus garras. Él sabe esconderse sobre el pastoso campo llano en un modo tan magistral que uno podría llegarle pronto a su [alcance de] salto. Aun si la hierba tuviera sólo un largo de media vara, no se podrá notar tan pronto que un tigre está cerca. También sabe arrastrarse sobre el vientre que sólo puede reconocérsele por el movimiento de la hierba por donde él se arrastra.

Miedoso sobre el campo

Cuando se topa con un tigre en el campo donde la hierba está muy baja, no se debe temer de a caballo pues uno puede escaparle pronto porque el tigre se cansa pronto especialmente bajo el calor del sol a causa de su gran gordura que no le permite perseguir saltando sin cansancio ni unos trescientos pasos. Tampoco es su costumbre perseguir mediante una corrida; sólo la primera atropellada es encarnizada y poderosa; cuando se le ha escapado a ésta, no hay que temer ya mucho. En una llanura el tigre ha perdido todo el coraje de perseguir a un ser humano; él es más bien tímido y huye; y una vez que él huye ya no piensa en otra cosa sino en salvarse del peligro. Por esto los españoles que los quieren prender sin deteriorar el cuero, los persiguen con seguridad hasta que les pueden poner el lazo en el pescuezo por el cual se les ahoga. Pero esto ocurre de este modo: ellos tienen una soga trenzada de cuero de un largo de once brazas, una argolla de hierro en tamaño de un peso fuerte que está bien asegurada en la punta de la soga, pasan por medio de ella la soga y hacen con esto una gran lazada extensa que tiran tras el tigre fugitivo a veinte o treinta pasos en la cual el tigre penetra corriendo y queda agarrado del pescuezo. A causa de que esta soga está bien atada

Cómo se les prende con lazos

627 / Según Humboldt (ápuđ Cabrera y Yepes, *Mamíferos Sudamericanos*, página 174) aun a principios del siglo XIX salían anualmente del puerto de *Buenos Aires* dos mil cueros de tigres.

en el recado por la otra punta, dan al caballo fuerza de correr y de arrastrar tras de sí en la sogá al tigre hasta que él queda ahogado. De esta manera los españoles matan al tigre con lazos a fin de que el cuero quede indemne, porque se vende. Al *indio* no le importa si en el cuero hay varios lanzazos porque él no lo negocia sino que lo regala a alguien o lo usa para debajo del recado o hace para sí una coraza con él. Cuando yo daba al *indio* un cuchillo ordinario por el cuero, le hacía el efecto como que yo les había pagado demasiado. Yo tenía cubierto de cueros de tigre todo el suelo de mi vivienda.

Cuando el tigre está en el bosque, en cañaverales, el viajero debe prestar buena atención; de seguro él será pronto espiado por un tigre y padecerá un asalto sorprendente antes de lo que él lo supone, máxime cuando la tigra tiene crías. Pero generalmente ella no tiene más que dos: un machito y una hembra. Entonces ella está [furiosa] como una gata casera contra los perros. En semejantes circunstancias Dios me ha preservado que en tal ocasión yo no haya perecido sobre lo que ya he informado en las hojas 906 y 912.

Si el tigre se halla tras un arbusto permanece echado hasta que uno se acerca y [entonces] se endereza para el asalto. Si uno lo apercibe antes de que el tigre ha sido descubierto por los perros, no se debe marchar contra él; tenga uno cuantas armas pueda tener, él será vencido. Él debe quedar de pie con su lanza lo menos a diez o más pasos y con ella esperar al tigre ya enderezado para el asalto pues entonces él mismo salta para dentro de la lanza. Si el tigre perseguido huye a un bosque que no está poblado de hierba larga, busca entonces un árbol sobre el cual trepar, pero no le es posible subir a un árbol delgado porque no puede abrazar el árbol e hincar sus garras. Cuando el tigre ya se halla sobre una rama gruesa, los *indios* no pueden hacer nada con sus lanzas aunque con ellas pudieran alcanzarlo pues él es tan hábil que en cuanto ellos intentan un lanzazo contra él, desvía infaliblemente de un golpe la lanza. En este caso el fusil debe hacer lo mejor. Así ocurrió en una ocasión cuando yo viajaba con mis *indios* por entre un gran bosque. Encontramos un tigre que huyó ante nosotros; lo perseguimos hasta que estuvo obligado a señorearse de un árbol grueso. Era un tigre viejo y muy grande. Él se había refugiado sobre una rama gruesa desde donde nos miraba muy airado. Los *indios* hicieron frente con sus lanzas para el caso que él saltara hacia abajo; yo estuve a caballo tras mis *indios* peatones y le metí una gruesa bala al centro del corazón por la que él cayó inmediatamente de la rama. En otra ocasión nuestros perros descubrieron en un cañaveral un tigre sin que nosotros pudiéramos distinguirlo. Mis *indios* saltaron en seguida de sus caballos y se colocaron para dar el golpe final al tigre en caso que él saltara para afuera. Yo estuve parado sobre el caballo más o menos a diez pasos de distancia. El tigre permanecía escondido. Al fin los *indios* encendieron fuego y pusieron en llamas al pequeño cañaveral; no se hizo ver tigre alguno hasta que al fin el fuego ya se le acercaba por demás y le quemaba los pelos sobre el lomo; entonces él saltó para fuera en la parte posterior del cañaveral. Como yo le perseguía de a caballo y llamaba mis *indios*, el tigre se echó debajo de un árbol para sorprenderme y de continuo se movía con la mirada hacia mí pero yo

La tigra con cría es de temer

Su astucia cuando está escondido

Se refugian sobre árboles gruesos

Son muy veloces en el ataque

En el campo se alimenta de caballos cimarrones y ganado astudo

Fuerza del tigre

Padezco peligro ante un tigre

me movía siempre de manera que yo le quedaba a un lado. Entretanto acudieron los *indios*; apenas tuvieron tiempo de colocarse para darle el golpe final cuando él saltó contra los *indios* con unas horribles fauces y velocidad que yo apenas pude observar como esto ocurría pero sin embargo los siete en conjunto metieron sus lanzas en el tigre de las que cuatro se rompieron en seguida; sólo tres lo mantuvieron clavado en el suelo y vencieron la bestia. Yo le hice sacar el cuero, extenderlo en el suelo y secar al sol; él tenía tres varas de largo y siete cuartos de varas a lo ancho. En el primer ataque el tigre es muy veloz y furioso pero su ímpetu y velocidad no perduran mucho a causa de su grasa y por el calor solar se cansa pronto. Cuando él persigue una presa, correrá apenas unos doscientos pasos tras ella. Por esto ocurre que generalmente él sale a robar en la mañana, al anochecer y durante la noche.

El tigre caza de buen grado donde hay mucho ganado astudo, caballos y ovejas. Él puede encontrar bastantes caballos y vacas a causa de que tantos miles de caballos cimarrones [y] también ganado astudo cerril recorre campos y bosques. Como los caballos cimarrones pacen por lo común en la región donde están aquerenciados, tienen ya sobre este campo sus habituales sendas por las cuales van al agua y luego de vuelta a su prado; ahí espían los tigres y hacen su presa. Tienen en mayor parte la costumbre de atrapar su presa por la cabeza y morderla en la garganta. Cuando el caballo ha muerto, el tigre come primero el pecho, luego prende todo el caballo, no lo deja echado en el lugar donde lo ha muerto sino que lo arrastra hasta debajo de un árbol o de un arbusto, lo deja echado hasta que se pudre y hiede; entonces él comienza a comer el cadáver todos los días antes de la salida del sol y al anochecer. Cuando los *indios* hallaban un cadáver semejante [de un animal] muerto por el tigre [y] si era reciente miraban entonces las pisadas frescas del tigre; sabíamos también que el tigre estaría echado no muy lejos de allí y lo hallábamos cerca. Yo he admirado en frecuentes veces la fuerza de un tigre cuando he notado que él pudo arrastrar aun un caballo entero hasta a distancia lejana pues el caballo tiene un buen peso. Por curiosidad he cabalgado desde el sitio donde fue muerto hasta el sitio donde yacía y comprobé que el tigre había tenido que arrastrarlo por doscientos a trescientos pasos. Los *indios* me contaron que en una ocasión cabalgaron en conjunto por un bosque a atender su caza; el tigre había espiado a uno de sus camaradas, lo había asaltado, había agarrado al caballo con una mano del cogote, con la otra de la cola y lo había doblado como un arco, había mordido al jinete en la pierna gorda [muslo] y la había quebrado.

En una ocasión estuve en muy peligrosa situación de montería⁶²⁸ con un tigre cuando yo buscaba cañas para cubrir con ellas la techumbre de mi vivienda. Yo llegué a algunos cañaverales que tenían hermosas cañas altas y gruesas. Todos descendieron de los caballos y comenzaron a cortar cañas. Yo estaba en medio de mis *indios* y cortaba cañas junto con ellos y llegué a un hoyo que estaba tan cubierto por la vegetación herbácea que yo no lo noté. Si bien yo percibí que la hierba se movía fuertemente, creí

628 / *Beitze*, término que significa cacería mediante halcones, pero empleado impropriamente aquí. La versión debe decir «montería» o caza mayor.

que esto era causado por el quebrar de las cañas. De pronto los *indios* saltaron para atrás y para afuera del cañaveral, me gritaron que saliera rápidamente pues a mis pies estaba echado un tigre. Yo me asusté y no supe para dónde saltar por lo primero. Al fin retrocedí poco a poco hasta que agarré a mi caballo y me alejé junto con mis *indios* pues en aquella ocasión habíamos dejado todas nuestras lanzas en el lugar donde teníamos nuestro campamento. Cuántas veces me ha ocurrido que en los bosques donde permanecí con mis *indios* frecuentemente por ocho a catorce días, me quedaba muchas veces completamente solo en el paraje donde teníamos nuestro alojamiento mientras mis *indios* dispersos por el bosque hachaban madera. Ocurría que los tigres existentes en él emprendían la huida a causa de la hachada y del ruido crujiente de los árboles como también por la gritería de los *indios*, pasaron también ante mí a diez pasos de distancia como si no me hubieren visto. Yo tendría mucho que escribir si yo debiera informar de todos mis peligros que he pasado entre tigres. Por lo tanto lo omito.

En una ocasión estuve catorce días en el bosque con el propósito de preparar madera para construcciones. En este tiempo logramos matar dieciocho tigres en parte por medio de las lanzas y en parte con mi fusil. Estos eran sólo los que por casualidad se nos presentaron donde trabajábamos. ¡Cuántos habríamos muerto si hubiéramos organizado una caza de tigres! Puede imaginarse fácilmente qué abundancia de tigres debe haber en el lado *Oeste* del río *Paraná* cuando los españoles en el lado *Este* matan en un año hasta cuatro mil, ya que en el lado *Oeste* jamás se organiza a propósito una caza. Cuando el *Paraná* se desborda, todos los tigres que están metidos en las islas y junto a las aguas se alimentan únicamente de los peces, huyen entonces a la tierra firme [y] hacen mucho daño tanto entre las gentes como entre el ganado. Yo he visto muchos españoles e *indios* que estaban lastimosamente desfigurados por tigres y horriblemente deshechos tanto en el cuerpo como en la cara, tenían hasta brazos y piernas desgarradas a dentelladas. Más de uno de mis *indios* ha perdido su vida. ¡Dios salve al ser humano que llegue a estar frente a un tigre que ya ha comido a un ser humano! Este recibe tal incitación a la carne humana que corre hasta muy lejos sobre las pisadas donde ha caminado un ser humano.

La carne de tigres es muy blanca y buena de comer, especialmente cuando el tigre aún no es viejo, pero se reconoce pronto si el tigre se alimenta de caballos y otra caza de monte o de peces, pues la carne no tiene tan buen sabor en éstos como en aquéllos porque ésta tiene mucho gusto a pescado.

Aquí debo hacer una pregunta: ¿si el tigre ya ha probado carne humana y se encuentra otra vez con gentes que no son todos españoles sino de razas diferentes, por ejemplo que fueren un español⁶²⁹, un mulato y un negro que quisieren matar al tigre, a cuál de los tres asaltaría primero el tigre, y por qué a uno antes que al otro?

Abundancia de tigres

Su carne es buena para comer

El tigre prefiere comer un negro que un mulato o español

629 / Casi todos los escritores *jesuitas* escriben algo similar. Resumiendo lo que informan Techo, Montoya, Dobrizhoffer y Paucke, el tigre, frente a un grupo, ataca primero al perro, luego al negro, si hay varios negros al más viejo por tener mayor olor, luego al mulato, al indio y al último al español.

Rapidez de sus garras

La experiencia ha demostrado, como me han referido los españoles e *indios*, que el tigre asaltará siempre primero al negro que al mulato o español. Pero cuando ante él se encuentra un mulato o un español asaltará primero al mulato que al español. El motivo está en que el tigre come siempre con mayor agrado lo que más hiede. Ya he referido que el tigre no come el cadáver hasta que éste hiede fuertemente. Ahora como el negro hiede más que el mulato, también el mulato más que el español, él acomete primero al negro que al mulato y antes al mulato que al español.

Yo mismo he experimentado en dos pequeños tigres la rapidez que el tigre posee en sus garras para defenderse en echar a un lado las flechas que desde lejos se disparan contra él y aún mucho mejor inutilizar una lanza. Por este motivo los *indios* jamás acometen con sus lanzas contra un tigre sino que primero lo enfurecen fuertemente mediante gritos y el arrojar de muchos palos estando a distancia de diez o doce pasos a fin de que él mismo asalte a ellos. Entonces completamente ciego en ira él se ensarta de un salto en las lanzas, pues si los *indios* asaltaran a él con sus lanzas cuando está echado en tierra y espía cual gato, no serían capaces y suficientemente rápidos para meterle un lanzazo.

Los *indios* matan un tigre y agarran dos crías

Yo cabalgaba con mis *indios* a través de un gran campo donde sólo de vez en vez se veía en algún lugar algo de carrizo. Detrás de una mata de carrizo se hallaba echada escondida una tigre con dos crías. Nuestros perros la avistaron pronto. Como todo [el contorno] estaba libre y el campo bastante llano, mis *indios* prepararon sus lazos arrojados para prender y ahogar la tigre. Yo estaba a unos veinte pasos de ahí, los observaba [para ver] qué *comedias* ocurrirían con ella. Los *indios* saltaban con sus caballos por algunas veces contra el animal, entonces ella saltaba como un rayo contra los *indios*, pero ellos giraban tan rápidamente sus caballos que escaparon a sus garras y la tigre retornaba siempre de nuevo a su cubil. Los *indios* repitieron frecuentemente los asaltos para cansar a la bestia; en esto uno se descuidó y la tigre atrapó desde atrás su caballo e hincó bien sus garras. Yo temí que aún pudiera ocurrir una desgracia, les grité que ya le tiraran el lazo lo que también hizo el del caballo herido pero como a causa del arbusto no pudo ponerle bien seguro el lazo, ellos acosaron tanto la tigre hasta que ella saltó para afuera a fin de emprender la huida. Ahí la tigre se había aconsejado muy malamente pues en la huida tuvo en seguida el lazo en el pescuezo. El *indio* espoleó al caballo y arrastró en plena carrera por sobre el campo la tigre hasta que ella estuvo ahorcada. Después de muerta la tigre, buscamos sus crías, que eran ya más grandes que un gato grande; en seguida fueron tomados y capturados por los *indios*. Eran muy airados y se defendían como podían. Yo les hice cortar pronto todas las uñas. Para impedirlos a morder, ellos [los *indios*] les metieron un grueso garrote en la boca firmemente atado atrás en la nuca al modo como se coloca el freno a un caballo y trajeron ambos a mi vivienda donde los tuve atados a cadena en el patio posterior y los alimenté por tres meses. Nadie debía acercárseles que ya comenzaban a mostrar los dientes y querían asaltar. En curiosidad [de saber] si yo podía dar a uno una punzada, tomé una lanza liviana y me coloqué delante de ellos, mantuve la lanza muy cerca de

ellos para ver si les podía dar un lanzazo inesperado. Yo lo probé hasta por veinte veces con la mayor rapidez y en la manera más astuta pero me fue imposible llegar con mi lanza a su cuerpo pues con sus garras desviaban de continuo la lanza. Vi a la voz que no había esperanzas de amansarlos. Por esto los maté con una pistola [y] conservé los cueros para mí. Di a los *indios* uno para comerlo, pues estaban muy gordos, al otro conservé para nosotros, puse la carne en buen vinagre, hice asarla y tuve para varios días comida de ella. Yo tenía entonces como colega a un inglés, el P. *Pedro Poule*. Éste aunque recientemente llegado del *terciorado* de *Córdoba* se acomodó tan bien con este platito de regalo que con *apetito* comió a mi par y no tenía recelo de comer junto conmigo lagartijas y otros animalitos.

Antes de este *Pater* había otro conmigo en la *reducción*: el P. *Manuel Canelas*. Este tenía hasta un horror [aun] cuando sólo me veía comer carne de tigre. Yo me propuse una vez de sorprenderle y de enseñarle a comer carne de tigre sin que él supiera nada de ello. Las *indias* habían muerto en el bosque un tigre joven; como sabían que yo era afecto, me trajeron un costillar a casa. Yo lo envié en seguida a la cocina para el asador sobre el fuego sin que mi camarada supiera de ello. Yo mismo me ocupé del asado; ordené a mis muchachos en la cocina que no descubrieren nada como [ordené] también a los que servían a la mesa que no rieran cuando vieran al *Pater* comiendo carne de tigre. Todo se hizo en secreto y de modo imperceptible. Yo corté en trozos el asado y a cada cual puse suficiente *porción* en su fuente; ésta se sirvió primero al uso de los españoles porque en la mesa española se sirve siempre primero el asadito con una vianda cocida. El P. *Manuel* que era un *criollo*, ése es un nacido en *Indias* de padres españoles, tomó con *apetito* el asadito y vació bien limpia la fuente. Yo tenía que comer todavía de lo mío, pero él ya había terminado. Yo le serví todavía un pedazo de lo mío al que él atacó también. Trajeron la carne de vaca pero él cortó poco de ella diciendo no poder comer ya porque se había satisfecho con la carne de carnero asada. —¿Cómo? —le dije— ¿Dónde ha comido usted hoy carne de carnero asada? Yo no he tenido otro asadito que un costillar de tigre.

Yo no pude convencerle de que él había comido hoy conmigo en la mesa carne de tigre hasta que tomé para testigos los muchachos circunstanciales los que lo afirmaron con todas las circunstancias. Mi caro colega comenzó a extrañar por un rato; al fin dijo: —Haberlo sabido con anterioridad, no habría tocado ni un bocado, pero como ya ha ocurrido, debo confesar sin embargo que me ha gustado muchísimo y he creído comer el mejor carnero.

Habían transcurrido algunos días cuando cabalgamos por sobre el río a la isla. Muchos *indios* nos acompañaron; pronto espantamos allá un tigre, lo perseguimos desde todos lados hasta que él saltó para dentro de una laguna y dejaba ver sólo la cabeza. Yo tenía ya bien cargado mi fusil, me coloqué a caballo a un lado, calculé [meterle] una bala por debajo del agua por donde creí acertarle por entre la paleta en el corazón; cuando él ya quiso asaltarme desde el agua, disparé y le acerté en el corazón por el lado izquierdo. Él hizo más o menos cinco saltos para fuera del agua y quedó muerto

Un *misionero* come carne de tigre (creyéndola de carnero)

Le supo muy bien

en la orilla. Los *indios* quitaron el cuero y en seguida hicieron otra vez con la [carne] fresca un desayuno asado. Quién pensaría que mi colega tan asqueante no hubiera participado en comer bien de él, pues él comió como si la carne de tigre le hubiera servido de alimento toda su vida. Nadie se crea que la carne de tigre fuera tan dura de digerir; por lo menos yo no sé que alguien se hubiera roto un diente con ella. A mí me ha resultado buena siempre.

De qué modo pesca el tigre

Ahora como tantos tigres existen en islas y junto a las costas de los ríos [y] viven también sólo de peces y animales acuáticos, alguien preguntaría si ellos se alimentan sólo de peces muertos que flotan a la orilla o también de otros que deberían cazar. En el último caso se preguntaría de nuevo de qué modo cazan los peces vivos para fuera de los ríos. Yo contesto esta pregunta con la experiencia que tengo yo mismo porque he visto y observado los tigres en la caza de peces. Como yo he cruzado tantas veces el *Paraná*, he visto bastante de este [asunto]. Por lo general ellos estaban en la costa, jugaban entre ellos como los gatos, especialmente los tigres jóvenes; los viejos buscaban su alimento mediante la pesca; hundían la garra derecha en el agua, [la] movían de un lado al otro. Por el ruido y el movimiento de la garra, los peces eran atraídos. Cuando el tigre notaba que se acercaba un pez y que él podía alcanzarlo con la garra, lo tiraba con un solo golpe para fuera del agua a la orilla; entonces el tigre saltaba sobre él, le daba una fuerte dentellada y proseguía hasta que él creía tener suficientes. Las crías comenzaban a comer pronto, pero el viejo iba a la segunda mesa.

De qué modo se apodera de los *crocodilos*

Él caza también al *crocodilo* y sabe espiarlo cual gato cuando éste está echado bajo el calor solar en la costa y duerme. Él le salta entonces sobre el lomo, le muerde y rompe la nuca; el *crocodilo* si está aún con fuerza y no muere en seguida, salta al agua; el tigre lo deja y se retira. El *crocodilo* en cuanto está muerto se eleva del agua y flota hacia la costa donde el tigre lo halla de seguro y lo come.

El rugido del tigre

Un horrible rugido se origina en el bosque donde dos tigres riñen entre ellos. Recuérdese qué estrépito causan los gatos en horas nocturnas cuando riñen entre sí. A veces pelean tan arduosamente que uno de los dos queda muerto. En no raras ocasiones yo encontré tigres muertos ya comidos por los gusanos en que aún se podían contar [las señas de] las uñas del otro.

El tizón de fuego ahuyenta al tigre

Un viajero se hallaría en el mayor peligro durante la noche si el tigre no temiere el fuego. Cuando en hora de la noche pasaba un tigre, no había mejor medio para ahuyentarlo que arrojar tizones encendidos contra él; pronto huía. Si bien los *indios* están seguros de pegar la punzada con sus lanzas, no están sin embargo fuera de peligro aun cuando el tigre atravesado ya está clavado contra el suelo, pues frecuentemente el tigre atravesado se desliza para arriba en el asta de la lanza hasta atrapar al *indio* de la cabeza. Muchas veces yo tuve que curar a *indios* atrapados de este modo; recuerdo de dos que murieron, pues las uñas de los tigres son tan perjudiciales que con su veneno causan también la muerte en modo que ni bien el tigre ha herido con dientes o unas a alguien, comienza a haber hinchazón.

De qué modo se curan las mordeduras de tigres

Las heridas por mordeduras y uñas de tigres deben ser *curadas* con la cáscara o

corteza del árbol *Nainic*. Dos de las más importantes *curas* he hecho en dos *indios* heridos por el tigre; uno sólo ha muerto porque había vuelto demasiado tarde al pueblo. Yo cocía corteza machacada del árbol *Nainic* como he referido en la hoja 1010 o en español *Ceibo* y le hacía cataplasmas. El otro era un hombre anciano de unos setenta años al que un tigre había desgarrado a dentelladas el brazo izquierdo y ya tenía mal olor; hice una cataplasma de corteza cocida de dicho árbol por algunos días, le saqué hasta cincuenta astillas de hueso triturado hasta que vi que la materia disminuía en algo; tras esto preparé un ungüento; para este tomé sebo de tigre, *leopardo*, avestruz, carnero y ciervo, mezclé con él cardenillo destilado y se lo coloqué sobre la herida. En tres semanas el brazo quedó curado, pero torcido. Un muchacho de veinte años fue espiado por un tigre y asaltado cuando iba a caballo. Yo hice *Steine* [fichas] de cuerno de ciervo y coloqué una sobre cada herida; todas ellas hicieron tan fuerte efecto que la materia desapareció de la herida junto con la hinchazón y por un ungüento las heridas fueron curadas.

Los españoles hacen también en sus *estancias* donde crían y apacentan su ganado dos clases de trampas de tigre donde cazan muy bien este monstruo. Una está provista de un cigoñal que está asegurado en un árbol tierno y en una [punta] de un fuerte lazo que está preparado para el tigre; en el otro sitio [punta] del árbol pende un peso muy fuerte y pesado de puros trozos de madera pesada. La punta del árbol en la que está el lazo se inclina hacia el suelo y aquella donde [está] el peso se levanta para arriba. Ni bien llega el tigre y toca el cadáver, el palo con el lazo pega para arriba y el tigre pende en el aire. La segunda manera es así: los españoles ponen atención en donde el tigre ha muerto recientemente un caballo o un ternero. Ahí mismo construyen una casilla de postes más fuertes de manera que la casilla esté firme por todos lados y no pueda ser destruida por el tigre. La cuestión está en la entrada a la casilla que se halla arreglada al natural como una trampa de ratones, pues un grueso bloque pesado pende entre dos postes; tiene a cada lado unas ranuras en las cuales la madera que debe caer está ensamblada. En cuanto el tigre comienza a comer adentro, cae para abajo el trozo y mantiene preso al tigre vivo que luego se mata a tiros por los españoles en la misma trampa por entre los agujeros intermedios de los postes.

Cuando los *indios* cabalgan por los bosques donde hay inseguridad y peligro a causa de los tigres, toman dos cueros ovejunos, los unen cosiéndolos, los colocan detrás del recado y cubren el anca del caballo pero de modo que esta manta ovejuna esté metida algo debajo del recado para que el *indio* esté un poco sentado sobre ella y la manta durante el cabalgar no caiga tal vez para abajo. En caso de asaltar un tigre (lo que ocurre frecuentemente al pasar por delante donde él está escondido) sólo le queda entre las uñas el cuero de oveja, pero el jinete huye indemne con el caballo.

Los *indios* se sirven de diversos modos del cuero de tigre. Ellos forran sus recados, hacen de ellos buenas alforjas que pueden llevar fácilmente consigo a caballo; hacen también de ellos una especie de coraza o chaquetas guerreras que ellos denominan *Natima*. También hacen de ellos sombreros; abren el cuero del tigre en derredor del

Trampas de tigres

De cómo los *indios* escapan al tigre asaltante

Uso de los cueros de tigre

Otra manera de matar los tigres

pescuezo, lo bajan por sobre la cabeza del tigre; el cuero de la cabeza del tigre les sirve para copa del sombrero, el pescuezo les da el ala. Yo puedo comprar un cuero de tigre a los *indios* por cualquier cuchillo, pero los españoles que comercian con él en *Paracuaría*, dan uno allí contra doce *reales de plata*; [éstos] son tres florines.

Algunos valientes *mulatos* y españoles que no usan fusil ni otra arma para matar tigres los observan de manera extraña y emplean medios especiales de matarlos ellos solos mediante un gran cuchillo o sólo con un garrote de madera. Los primeros toman un cuchillo largo en la derecha; sostienen en la izquierda una manada de *feferoni* machacados o sal. En cuanto asalta el tigre, arrojan los *feferoni* o *ají* al tigre en los ojos y le meten el cuchillo en el vientre; otros toman en lugar de cuchillo una macana y le pegan con él sólo en los hijares donde se dice que el tigre es lo más débil.

Los *mocovíes* no comen al tigre que ha herido a un *indio* sino que lo cortan en pedazos junto con el cuero; cuelgan la cabeza en el primer árbol cualquiera. Está prohibido también a las mujeres comer carne de tigre. Con la sangre untan el pecho y toda la cabeza de sus caballos para que perciban y encuentren el rastro del tigre y [para que ellos, los *indios*] sean advertidos en seguida por el caballo en caso de que un tigre estuviere cerca. Hacen esto mismo también con sus perros y les frotan las narices con las garras del tigre.

Empleo de la lengua del tigre

He oído no sólo de *indios* sino también de españoles que la lengua de tigre era un excelente remedio contra la epilepsia. La lengua se corta de las fauces, se divide muy delgada en pedazos, se seca al sol y se pulveriza. Dan esto bien sea en agua o en una sopa al enfermo. Las uñas del tigre se queman y pulverizan, se mezclan con alumbre igualmente quemado y pulverizado, esta mezcla desparramada sobre un poco de algodón y metida en el diente mitiga los dolores de muelas resultantes de dientes huecos. Yo he probado este remedio en mi *comisionero* y también en muchos otros y se han aliviado.

Las uñas del tigre

Color y figura del tigre

El color de los tigres es amarillo claro; el de las tigras algo más blanco-amarillo, entremezclado sobre todo el lomo y los costados con redondelitos y manchas negras: abajo en el vientre es blanco; [el tigre] tiene una cabeza grande, orejas muy cortas, fauces muy grandes, un cuerpo largo pero redondo, patas cortas y grandes garras. El rugido resuena fuertemente por campos y bosques, él ruge muy hondamente y tiene una voz muy hueca. Él no es otra cosa que un gato grande en su figura y cualidades, en el robar, en el pelear y en el jugar.

Otra clase de tigres

Hay también otra clase de tigres blancos con manchas negras que los *indios* no denominan *Lidiagatgaec* sino *Pollo*; son algo más chicos que los tigres; también son más ligeros pero no tan perjudiciales al ser humano porque más bien huyen antes que esperarlo, también son más fáciles de matar. Tienen una figura igual al tigre⁶³⁰. Cuando yo pasaba con mis *indios*, por un bosque oímos pelear dos no muy lejos; mis *indios* se aproximaron cabalgando y pusieron pronto fin a la riña: ambos fueron muertos a lanzazos. No tengo mayor conocimiento de ellos; por lo tanto ceso en esto.

630 / Cabrera y Yepes (*Mamíferos*, 173) mencionan unos raros albinos y que Azara vio uno en el *Paraguay*.

León paracuaria

En *Paracuaria* llaman *león* a otro animal y éste sería un *Löwe* [león], los *mocovíes* lo llaman *Ezobagaec* pero no asemeja en lo más mínimo a un león. De tales leones se ve también una gran abundancia y ellos hace entre las ovejas un gran daño lo mismo como la marta lo hace tan grande en nuestros países entre las gallinas en cuanto se refiere a la abundancia de las muertas. Estos leones pueden matar también en una noche cuarenta o cincuenta ovejas sin llevárselas. Su velocidad y resistencia es grande, cazan también un avestruz. Tampoco se los podría alcanzar corriéndolos con un caballo si esta bestia no tuviera la costumbre de que ni bien viere un sitio u oportunidad de esconderse, se quedara ahí. He oído de unos *misioneros* que en *California* este animal es muy perjudicial al ser humano, pero no es así en *Paracuaria*. Él es muy tímido y cobarde, también a la vez indefenso. Con mis *indios* corrí frecuentemente tras él; ni bien él topaba con un arbusto, se metía por adentro, se sentaba sobre sus dos patas traseras y nos mostraba los dientes. El *indio* saltaba del caballo, picaba con su lanza hasta cinco veces en él pero como ella estaba desafilada, no penetraba en el cuerpo y el león no hacía resistencia alguna, sino que mostraba los dientes continuamente contra él. Yo me animé al igual del *indio*, salté del caballo y le mandé con una pistola una bala a través de la cabeza. Con ningún tigre yo hubiera osado matarlo tan de cerca y de a pie. El animal es gris, la piel peluda y muy suave en el pelambre; la figura es también la de un gato, larga y flexible, tiene una cabeza chica y cola larga, las garras como las de un tigre, pero en mitad del tamaño. Yo lo tengo por un *leopardo* porque es llamado *león* y es *grau* pues *pardo* denota en lengua española lo que nosotros denominamos *grau*. Su carne es mucho mejor que la del tigre, blanca, sabrosa y granulosa⁶³¹. Su cuero sirve a los *indios* para mantas, hacen de él también unos buenos morrales. Los españoles me han asegurado que el cuero era un remedio probado contra la *ciática*. Tienen [los leones] una grasa muy salúfiera para las heridas. Cazados cuando chicos son fáciles de amansar.

Yo tenía en mi vivienda uno joven que jugaba conmigo como un gato y siempre tenía cuidado de no herirme ni con las uñas ni con los dientes aún cuando yo le metía la mano entre las fauces. Finalmente lo regalé al *comandante* de *Santa Fe*.

¿Quién aprecia la peletería y las pellizas abrigadas en país cálido donde el invierno no es tan riguroso? Tanto calor hace en *Paracuaria* que uno puede no soportar durante el verano ningún [ropaje] aún si es el más liviano y uno quisiera desechar aun éste si no fuera contrario a la honestidad. Sin embargo los zorros no deben quitarse del todo sus pellizas si bien las alivian en el verano ya que poco a poco sacuden sus pelos viejos y que entre éstos crecen nuevos, pues allá⁶³² se encuentran tres diferentes colores de pelos: rojos, azulados y grises de buen tamaño. Yo me había creído que el de pelo rojo fuera más bien un lobo que un zorro. Los españoles lo llaman *zorro* aunque los *mocovíes* lo denominan *Caalac* y no *Navagaiga* como los zorros; por lo menos en lo

Acerca de zorros en América

631 / *Marb*. Voz escrita con letras alemanas, pero que suponemos derivada de la voz francesa *marbré* (entreverada) usada en carnicería.

632 / *Alldort*. i. e., entre el total de zorros.

que concierne a la altura es tan grande como el lobo. Por lo demás él tiene largas orejas anchas, patas altas, un hocico puntiagudo o su boca no desemeja a un gran *Bummer*⁶³³ lo mismo los dientes; pelos del largo de un dedo, una cola larga, peluda y la pelliza muy abrigada. Él salta con fuerza y pega saltos grandes. Pocos usan su pellejo porque hiede algo, pero algunos lo usan para sobrepuesto del recado. Los *mocovíes* matan solamente este zorro, lo cuelgan de un árbol y hacen con él diversas bromas; le ponen una larga pipa tabaquera en la boca, un sable al costado y lo visten con cuantos harapos pueden y lo dejan colgado. Ellos hacen lo mismo con los zorros de menor tamaño. Yo he encontrado en los bosques muy extrañas figuras de zorros ahorcados. Lo que ellos emplean aún de los zorros grandes *Caalac* son los huesitos de sus patas inferiores o garras que los *mocovíes* afilan en forma puntiaguda y de doble filo y emplean para sus flechas.

Desde que mis *mocovíes* ya están acostumbrados a carne vacuna y otro alimento [y] tienen también abundancia de otra caza montesa quieren ya despreciar la carne de zorro aunque la habían comido de buen agrado en su tierra silvestre. Un *misionero* nuevo⁶³⁴ que desde el lado *Norte* había penetrado con algunos *indios* en este valle grande y selvático para reunir los *indios* y traer a la verdad de la fe, me refirió que su mayor alimentación consistió en comer zorros asados. Lo que este hombre debe haber pasado entre peligro de muerte, hambre, sed y desasosiego me es bien conocido porque yo me he encontrado en iguales circunstancias en que debí vivir de esa alimentación que me daban los campos y bosques. Este hombre se había perdido también por bastante tiempo junto con sus *indios* en la tierra silvestre hasta que al fin Dios los ha conducido a un pequeño grupito de *indios* a cuyo cruel espíritu sanguinario e innato gozo en matar Dios había detenido y [él] fue dirigido por ellos a aquel lado por donde fue llevado para fuera de la tierra selvática infinita a decir así⁶³⁵.

De las otras clases de zorros unas son grises, las otras azuladas y del mismo tamaño como en nuestra Alemania. Los *mocovíes* los llamaban en tiempos anteriores *Nayam*, pero ahora *Novagaiga*.

De la pequeña
marta *Hurón*

Se hallan también pequeñas martas que por los españoles son denominadas *Urones* [huronos], las que muerden fuertemente y se enojan pronto por cuya causa los españoles dicen en un refrán de un hombre iracundo: *está hecho un huroncito; er ist zornig wie ein kleiner Uron* o semejante marta⁶³⁶.

De comadreja *aál*

También he conocido algunas clases de comadreas; los *mocovíes* las llaman *aál* las que en el bosque gritan de modo que se cree fuere un hombre que llama o se lamenta.

633 / Suponemos tratarse de una corruptela de *Pommer*, o sea *Spitzhund* (perro puntiagudo), el perro de Pomerania.

634 / De cierto, una alusión al *jesuita* Sánchez Labrador, llegado entre los últimos a *Paracuaria* que descubrió de nuevo la ruta desde las orillas del *Paraguay* hacia los *chiquitos*.

635 / Se refiere al adjetivo «infinita»

636 / El recuerdo coincide con lo manifestado por Azara y Hudson (Ápud Cabrera y Yepes, página 147) referente al carácter del hurón.

Ella tiene una nariz puntiaguda como un zorrillo joven, es blanca en la cabeza; el cuero es de bello brillo de pelos negros y blancos⁶³⁷. Los *mocovíes* la desuellan entera empezando desde la cabeza hasta el fin del cuerpo y hacen con ella su tabaquera o *chuspa* pero [llamada] en su lengua *Nocolicziag*.

En este Chaco se halla también un animalito famoso sobre el cual ya he escrito en la hoja 214 y que por los españoles es denominado *zorrino* o *xorrillo*⁶³⁸ por los *mocovíes* *Jnigzac*, sobre el que omito de escribir otra cosa pues en dicha hoja ha sido escrito circunstancialmente sobre él. Pero tal vez no he referido de qué modo el hedor de su orina se puede alejar de un cuarto. Si ello es tal cual yo lo he oído lo asiento aquí. Yo he sido informado así: hay que verter al aire una jarrada de agua fresca, entonces se desvanece el hedor.

Los osos hormigueros (que tienen muy diferente aspecto que los osos en nuestros países del Norte) vagan no raros por los bosques en este valle. Tienen en relación con su cuerpo una cabeza deformemente chica, no se puede distinguir adónde empieza en realidad la trompa de este animal, pues la trompa comienza en forma puntiaguda y frecuentemente sigue por un largo de una vara, poniéndose siempre más gruesa hacia la cabeza sin dar una seña para apercibir dónde termina la trompa y comienza la cabeza. En ésta tiene a ambos lados orejas bien chicas como desmochadas. Sus dos ojos los tiene muy chicos, alargados y no redondos, semejan estar invertidos en el mentón. Apenas es cognoscible su boca pues él tiene en la punta de esta trompa una abertura que a ambos lados tiene una incisión [boca] de un largo de apenas una media pulgada y toda su dentadura parece ser una abertura redonda. Él no tiene ni tampoco necesita dientes porque no tiene otro alimento que hormigas por lo cual se denomina también oso hormiguero. Pero para cazar las hormigas y alimentarse con ellas a saciarse, tiene una larga lengua redonda y puntiaguda. Él camina y busca los grandes montículos de hormigas removidos en alto, mete la lengua puntiaguda (la que él puede sacar por más de una media vara para afuera de la dentadura) profundamente para dentro de las aberturas o agujeros por donde entran y salen las hormigas. Pronto se cuelgan las hormigas en todo derredor de la larga lengua redonda. Cuando el animal nota que las hormigas ya están pegadas, retira su lengua y las traga. Él hace esto hasta tanto él nota estar satisfecho. Este animal es pardo en el color del pelo, tiene a ambos lados junto al lomo una lista de un ancho de cuatro dedos con pelos negros desde la espalda hasta cerca de la cola. La cola tiene un largo de casi una vara entera cuyos pelos cual cerdas de puerco (yo podría decir más fuertes que cerdas) están paradas hacia arriba y debajo de sí [abajo] penden en la cola en la longitud de un fuerte cuarto de vara. Los *indios* usan estos pelos caudales en lugar de peines; ellos arrancan un buen mechón, los unen más o menos a dos pulgadas por arriba de la raíz y se alisan con ellos los cabellos.

Del zorrino o zorrillo

Del Ameisbären oso hormiguero

Su figura

Su comida

Para qué (sirven) sus pelos de la cola

637 / Sería la marsupial llamada Comadreja overa (*Didelphis Azarae*), descubierta por Azara (Cabrera y Yepes, página 23).

638 / La cita con el relato del zorrino prueba que el original estuvo de nuevo en poder de Paucke.

Sus garras

Sus patas anteriores tienen una figura diferente a las posteriores; esto se nota en su rastro. Las anteriores tienen en el medio una uña torcida de un grosor de más de un buen dedo, la cual desde la raíz hasta la punta mide de seguro más de tres pulgadas. Si entonces la naturaleza no le hubiera provisto de un forro en el plano de la garra, él estaría impedido de dar un solo paso. Él puede extender y volver a meter dentro del forro esta uña. Voy a explicarlo más comprensiblemente. En cada garra delantera tiene en la palma un agujero hondo, criado naturalmente y forrado de una fuerte piel en un tamaño que toda la uña cabe perfectamente dentro de él. Cuando él quiere caminar, dobla la larga uña para dentro del agujero y corre de continuo como si no tuviere uñas algunas, pues las otras son muy chicas como en un perro y él usa solamente estas dos uñas en ambas garras si los perros lo persiguen. Cuando él está ya cansado de correr y los perros le persiguen ya demasiado de cerca, se pone de espaldas, pega al perro que por descuido se le aproxima por demás, el golpe mortal y le clava las uñas hasta el corazón o las usa también para trepar a los árboles, pues las hinca bien para adentro. También es ligero para llegar a estar arriba en el árbol. Yo bajé a tiros por primera vez uno de un árbol y por curiosidad hice abrirle el estómago. Él tenía en él únicamente la comida [hecha] de hormigas de diversos colores y tamaño. Las pisadas de las patas posteriores son cual las de un ser humano sin dedos de los pies. Él no tiene ninguna uña grande en las patas posteriores. Él es fuerte y alto de cuerpo, pero las patas son algo bajas.

Su carne dura

Su carne que tiene arriba una grasa de un grosor de un buen dedo como un animal cerdudo apenas puede ser comida porque es tan dura. Sin embargo los *indios* la comen con mucho gusto. En una ocasión yo estuve con algunos de mis *indios* en la selva; ya no tenía nada que comer; había ayunado también todo este día de tal modo que junto con mis *indios* aún no había comido nada caliente aunque los *indios* acaso ya habían probado algo de frutas silvestres y comistrajos de monos. Al anocheecer estuve sentado al lado de mi fuego que tenía [encendido] sólo con mis muchachos con estómagos hambrientos cuando vimos venir cabalgando un *indio* de los salvajes que quería visitar sus amigos en nuestra *reducción*. Él había muerto en ese día un oso hormiguero y traía a éste despedazado colgante de ambos lados del caballo. Él dio a mis *indios* suficiente carne; trajo para mí y mis muchachos un trozo de ocho o más libras. Yo me alegré y creí poder tenerlo pronto asado. —No —dijeron mis *indios*— hoy no lo comerás, hasta la madrugada tendrás que aguantar.

Un mal consuelo para mi estómago hambriento; tener que esperar aún por once o doce horas la comida. Tuve paciencia y debí distraerme el hambre mediante el sueño. Lo mismo ocurrió a mis *indios*, pues ellos pusieron el asado al fuego y esperaron hasta la mañana aunque comenzaron a probar en varias veces pero no fue posible comer un solo bocado. A la mañana temprano mis *indios* ya cortaron sus asados; yo quise probar lo mismo pero aún no pude morder ni un solo bocado ni siquiera cortar sin trabajo un pedazo del asado. Yo no pude hacer otra cosa que recortar la carne en pedacitos los más menudos como si estuviera picada y comerla de este modo. No es ninguna fábula y si yo mismo no lo hubiera experimentado, podría haber dudado que esta carne

asada o hervida durante una noche entera sería sin embargo tan dura que se comería con trabajo.

La piel de este oso es muy fuerte y gruesa. Él lleva su cría sobre el lomo. Por dondequiera que él camine o trepe a un árbol, la cría cuelga tan firmemente prendida que no se la puede bajar. En una ocasión encontré en un campo cerca de la selva una osa [hormiguera] vieja muerta y asada con su cría sobre el lomo muerta y también asada a causa de que los *indios* —quién sabe cuáles— habían puesto fuego al campo del que este animal no ha podido salvarse y se habrá ahogado antes. Mis *indios* comieron pronto la cría.

Otras clases de animalitos que están cubiertos en el lomo con una cáscara completamente córnea u ososa y son de buen gusto, se encuentran en el campo libre; otras en los bosques y otras más grandes junto a los ríos de todas las cuales hay muchas clases diversas. Algunos se llaman *Bolita*⁶³⁹ por los españoles porque cuando son perseguidos se contraen como una bola o se enroscan como un erizo. Estos viven en los bosques; tienen sus cuevas en la tierra: su figura es una especie de erizos lisos porque se redondean, tienen patas bajas y una trompita como un ericito pero [su figura] es algo más grande. En la restante figura corporal este animalito desemeja al erizo, pues la cabeza semeja estar forrada con cuerno, especialmente en la frente. Tiene por todo el lomo empezando desde la cabeza hasta la cola una cáscara que a lo ancho tiene por todo unas articulaciones de un dedo y medio y tiene el aspecto de una coraza. Él tiene una colita de un dedo de largo también forrada con tales articulaciones y anillos ososos. Pero abajo en el vientre tiene sólo un cuero tierno, pero en los pies algo más áspero. La cáscara tiene sobre sí unas figuras en relieve como si hubieran sido impresas en un moldecito. Corre ligero, pero se le puede alcanzar. En cuanto uno se acerca o ya lo cubre con las manos se arrolla como una bola redonda y los *indios* juegan con ella sobre el campo antes de que lo maten. Pero hay que tener exacto cuidado que se le tome sólo por el lomo, pues si el pulgar pasa en algo para abajo de la cáscara contra el vientre o los dedos por el otro lado le agarra los dedos de manera de obligarle a gritar y él queda tan prendido que uno no los saca hasta que él no ha sido muerto. Es una diversión con los perros cuando son torpes [y] al correr y prenderlo lo tumban y lo quieren agarrar por la barriga. Él les agarra entonces en seguida toda la boca y la apretuja de modo que gritan y el animalito cuelga de ellos como un candado. Los perros pueden revolearlo como quieran, pero no obstante él queda colgado hasta que se le mata. Cuando este animalito ya está contraído, puede pasar por él un carro cargado sin herirlo. Él tiene una lengüita redonda puntiaguda que cuando está muerto cuelga para afuera de la boca en un largo de una pulgada. En las patas anteriores tiene unas uñas de un largo de una pulgada con las cuales cava tan ligero que al correrlo hay que atraparlo pues ahí él se gana al hoyo uno puede cavar mucho tiempo tras él y sin embargo cuando se le atrapa ya de una pata, un hombre debe tironear con toda fuerza para sacarlo para afuera de la tierra, pues con las garras anteriores se prende tan fuertemente que por

Otros animalitos

*Bolita, en indio
Natognaye*

Su figura, condición
y paradero

639 / *Tolypeutes mataco* (Des.).

Cómo preparan los *indios* este animalito

Su sabor

De la *mulita* o *Etopinic*

Feliz caza de *mulitas* en corto tiempo

Peludo o *sinit* o *quirquincho*

nadie puede ser tirado para afuera con una mano sola; al acaso uno puede agarrarlo con las dos manos cuesta mucho trabajo sacarlo. Mientras se saca, gruñe adentro en la cueva. Muchos *indios* han tenido también la desgracia que al meter la mano para adentro de la cueva se han encontrado con una víbora y fueron mordidos en la mano. Después que los *indios* han deshecho con las boleadoras la cabeza del animalito y lo han destripado, lo colocan cerca del fuego junto con la cáscara y asan primero el lomo y luego los costados. Ellos hacen con el dedo la prueba si está terminado de asarse, castañetean con la una o golpetean con el dedo encima sobre la cáscara; si suena hueca, ya basta entonces. Luego lo colocan de espaldas y echan brasas enrojecidas sobre el vientre hasta que basta. Luego le arrancan del lomo la cáscara en donde queda una sopita sabrosa que se come con *apetito*, todo el animalito está forrado por el lomo entero con una grasa amarilla de un grosor de lomo de cuchillo que lo mismo que la carne no tiene la menor repugnancia en el gusto. He oído de los *indios* que su alimento en mayor parte sería de raíces y hierbitas jugosas. Los *mocovíes* la llaman *Natognaye*.

Los españoles denominan a la segunda [clase] *mulita*⁶⁴⁰ porque tiene orejas del largo de una pulgada, muy delgadas y transparentes y más largas que las de las otras; [porque] tienen también la figura de las orejas como las *Maultiere* que por los españoles son llamadas *mulas*. Pero entre los *mocovíes* son denominadas *Etopinic*. De cierto tiene también una coraza ososa sobre el lomo pero no tan fuerte como la [de la] *bolita*. La colita es más larga que un dedo; los *indios* la desuellan y colocan en la punta de la colita una boquilla de caña; ésta les sirve como corneta de guerra. Ella también se enrosca en una bola y es preparada para la comida como la anterior. Cuando se le saca la cáscara por el lomo está cubierta totalmente por una grasa de bella blancura. La carne es blanca como de una gallinita, sólo en las garras anteriores tiene dos clases de carne: blanca y negruzca. La grasa es agradable, la carne tiene un olor a tierra. Los *indios* me dijeron que su alimento era de pura tierra como yo también he experimentado cuando le he hecho abrir los intestinos y el estómago. Se les encuentra del modo mejor sobre los campos quemados donde viven sólo ellas. Los *mocovíes* llaman tal campo quemado *Nquipaga*. En un viaje a *Santa Fe* con mis *mocovíes* he visto prender sobre un campo quemado dentro de dos horas con ayuda de los *indios* y sus perros una cantidad tan numerosa que sólo para mí y mis muchachos compañeros de viaje he recibido sesenta y cuatro de ellas, pero los *indios* habían cazado también [cada uno] cinco o seis para sí. En una ocasión traje catorce al *Collegium* en *Santa Fe*, una para cada *jesuita*; ellos las comieron en la mesa con mucho placer. Como este animalito tiene una cáscara más delgada que el anterior, los *indios* lo asan también en el asador; primero rompen la cáscara superior sobre el lomo pisoteándola con fuerza y lo colocan al fuego junto con la cáscara para lograr la sopita [juguito] y para que no gotee la grasa.

La tercera clase que también vive en los campos es algo más grande que las dos sodichas, tiene también la misma figura de las otras pero un lomo algo más ancho que es más chato que elevado. La cáscara es dentellada por ambos costados ellas; tienen

640 / *Dasyopus septemcinctus* (Lim.).

sobre la cáscara y los costados unos pelos de una pulgada de largo que están muy ralos; [son] rojizos en su color; ella corre muy ligera y no es tan fácil de cazar porque corre pronto a su paradero y se esconde. Los *indios peruanos*, en su lengua *quichua* lo llaman *quiriquincho* [quirquincho], los *mocovíes sinit*, los españoles *peludo*⁶⁴¹ a causa de ser peloso. Tiene también una grasa completamente amarilla. El sabor de su carne es algo repugnante. Los *indios* y la gente española ordinaria lo comen sin embargo con gusto y están habituados a ella. Los *indios* le arrancan la cáscara aún fresca y la guardan para su plato⁶⁴².

Otro animal completamente igual al *Etopinic* [mulita] se encuentra por lo general en la ribera de los ríos, pero es algunas veces más grande que el *Etopinic*. Yo he visto uno que en toda [su] longitud tenía cinco cuartos de vara y tenía un ancho de dos buenos jemes. No tiene buen gusto para comerlo. El nombre ya se me ha olvidado.

En los países *paracuarias* se hallan grandes cantidades de lagartos que los españoles llaman *Juanas*, los *mocovíes Acilcaic*. Ellos son largos de cuerpo, de una larga cola redonda y terminándose en una punta. Todo el animal tendrá en la longitud más o menos una vara o el [animal] más crecido un cuarto de vara más. En la figura es de clase igual a los nuestros en *Europa* pero en el tamaño [le es] superior por lejos; es feo de contemplarlo, bueno para comerlo, de un buen sabor; tiene poca carne en el cuerpo; las patas y la cola son lo mejor. El cuero es de color ceniza, con manchas negras, arriba algo áspero como cuero de peces. Si es perseguido, se resiste, salta también para arriba hasta el estribo del jinete. Tiene fuertes dientes, saca una larga lengua muy puntiaguda que es de dos puntas cual un tenedor; habita en agujeros subterráneos, por lo general entre las raíces de árboles; también salta al agua y nada maestramente. Como se cuentan entre los *anfíbios*, se comen en *Las Indias* en días de ayunos. Cuando yo estuve en una ocasión durante la *vacancia* [vacación] habitual para los estudiantes en la *estancia Alta Gracia*, en unión del *P. Minister* me pidieron que fuera a cazar lagartos (era en viernes) y les matara a tiros unas cuantas para la mesa de mediodía para que toda la *comunidad* pudiera comerlos. Yo salí antes de las nueve y a eso de las diez ya había muerto diez de ellos y sacado a tiros delante de sus cuevas donde estaban echadas al sol. Las tuvimos ya a mediodía sobre la mesa bien aliñadas con un buen moje de *citrón*; todos comieron con *apetito* pero entonces yo no tenía aún placer alguno en comerlas que recién adquirí entre mis *indios* cuando la penuria y el hambre me obligaron a comerlas.

La preparación *india* es como sigue: les sacan los intestinos y los ponen entre la ceniza caliente; después que han sido asadas, se les quita el cuero y se comen sin pan [ni] sal. La cola sabe lo mejor. Los *indios* quitan a este lagarto la cola cuando aún está fresco y hacen con ella una trompeta de guerra como suelen hacer con la cola del *Etopinic*. Como la cola está compuesta por unos anillos muy angostos pegados entre sí por un cuerito muy delgado, proporciona a los *indios* unos anillos diferentes en la

Cuarta clase

De la *iguana*, un lagarto grande

Su figura y condición

Son buenas de comer

De qué manera los preparan los *indios*

Uso de la cola

641 / *Chaetaphractus villosus* (Desm.).

642 / Y lo usaba el mismo Paucke.

Lagartos rojos y verdes

pequeñez y el grandor que llevan puestos en sus manos y que la punta de la cola les brinda según diverso tamaño. También les sirve a los *indios* para un forro cuando sus arcos de flechas están rotos que de otra manera deberían ser liados en manera muy fuerte [gruesa]. Ellos estiran sólo un pedazo de cuero de lagarto por encima, éste se seca cerrándose firmemente sobre la rotura, sujeta fuertemente las rajadas rotas y [el arco] rompe más bien en otro sitio que no sobre la rotura vieja.

He visto en *Tucumán* también lagartijas rojas como el fuego lo mismo como se encuentran *cocodrilos* rojos más adentro en el valle [del *Chaco*]. Se encuentra una gran cantidad de pequeñas verdes como en Alemania. También son buenas para comer. No hay que temer como se alega en nuestros países que ellos soplan contra uno, pues los *indios* los tienen generalmente atados de un hilo para jugar, las colocan vivas en el seno y hasta en la boca sin perjuicio. Ellos dicen que estas pequeñas lagartijas eran muy fieles al ser humano pues guardan al humano dormido cuando se acerca un peligro de una víbora o serpiente, pues se arrastran entonces en derredor de sus orejas y por sobre la cara hasta tanto que él se despierta y puede salvarse del peligro.

Cuando en *Znaym* estuve como *Minister Collegij* [administrador] donde sobre el campo encontraba muchas de un buen tamaño, hubiera sido mi placer haber podido convencer los asqueantes con ellos; pero fue mi mala ventura de cortar de un golpe sólo las colas a algunas pero de no poder cazarlos en alguna otra forma sino yo hubiera engañado a más de uno con un plato de semejantes lagartijas, los hubiera embromado al igual de seis colegas eclesiásticos en la *reducción india* con la carne de tigre sin temor que les hubiera causado un mal porque ellos habían execrado siempre de que yo había comido lagartijas en *Las Indias*.

De conejos

Hay también una clase de conejos muy chica que tienen la figura y el color de grandes ratones o ratas excepción hecha del hocico y el resto de la cabeza que es igual a un conejo pero no tiene las orejas semejantes. En lo demás son iguales en tamaño y color menos la cola por no tener ninguna. Los españoles los llaman *conejos del campo*, *Feld Königlein* o como dicen otros *Kaninichen*⁶⁴³. Después que los *indios* les han arrancado los pelos al igual de plumas se asan junto con el cuero en ceniza caliente, luego se les quita la piel y se comen. Asados tienen el aspecto de un ratón asado. Por los *mocovíes* son llamados *Nezogna*. En algunos años he visto pocos, pero en otros he visto muchísimos en el campo de tal modo que todo ha hormigueado de conejos campestres más que en Europa de ratones campestres y los *indios* han traído al pueblo grandes alforjas llenas. La manera de prenderlas es la siguiente: como ellos viven en sitios extendidos desde donde salen a buscar su alimento, encienden los *indios* fuego y los esperan con flechas. Entonces comienzan a correr de un lado a otro y son muertos por disparos de flechas. Corren tan ligeros como los ratones, pero pocos escapan a las flechas y perros *indios* que son amaestrados al efecto. Hay también grandes ratones peludos. Los *indios* los cazan y comen sin repulsión. Más adentro en el Valle por la parte del *Oeste*⁶⁴⁴

Manera de matarlas

643 / Primitiva voz de *Kaninchen* (conejo). Aquí el *Cavia aperea* L.

644 / Cabrera y Yepes (página 234) describen como propio del noroeste argentino un conejo americano (*Sylvilagus brasiliensis gibsoni*).

se hallan verdaderos conejos que en tamaño y figura no son desemejantes a los de Alemania. Los *mocovíes* los llaman *Nqueelaye* porque tienen orejas largas como las liebres.

La *Gran Bestia* o anta⁶⁴⁵, llamada *Alolyac* por los *mocovíes*, se halla en los bosques más espesos, especialmente en el alto *Norte*. Los bosques aun si estuvieren enmarañados completamente por arbustos, no son demasiado espesos para ella, pues ellas rompen por el medio y se lastiman poco en la carne porque su cuero es muy grueso. En su aspecto es un animal muy disforme, tiene cabeza y boca muy iguales a un burro, el cuero es tan grueso como el más fuerte cuero de suelas. Una vez un *indio* me trajo un látigo cortado en cinco correas [ramales] de semejante cuero labrado a manera *india* y me dijo: —Ahí te traigo un azote para los niños malcriados de la aldea.

Yo admiré el grosor del cuero que jamás había visto. Si bien lo acepté, no lo usé jamás, pues sólo con mostrar y exhibirlo hubiera podido mantener en la mejor disciplina a los niños porque tenía un aspecto muy homicida. Es un animal de uñas hendidas o *vasos*⁶⁴⁶ como un ciervo, pero algo más grande. Ya desde lejos se le oye correr a través del bosque y el modo como rompe ramas y arbustos. Dentro de esta anta se encuentra un noble *bezoar*, pero los *indios* prestan poca atención a éste aun cuando matan alguna y desechan [también] sus uñas al igual de las uñas de un buey salvo que entre ellos haya algún otro que lo conoce [en sus valores].

Más por adentro y también hacia los lados hacia *Córdoba* en la sierra fronteriza de *Chile* y del *Perú* se encuentran [animales] como pequeños camellos que llaman *Huanacos*⁶⁴⁷. Tienen pelos rojizos o más bien zorrunos, un pescuezo largo, patas largas y si tuviesen un lomo más alto serían iguales a los camellos, aunque son mucho más bajos. Ellos prefieren los peñascos y rocas al igual como las cabras montesas o gamuzas en el Tírol. Aunque los *pampas* no lejos de *Buenos Aires* tenían ya su *reducción* en el país llano, no podían sin embargo carecer de los cueros de *huanacos* pues iban a cazarlos en la sierra cercana. Muchos en la *reducción* ya se vestían en realidad con mantas tejidas de diversas maneras, pero los más trataban de abrigarse con los cueros de *huanacos* en tiempo de invierno. Donde viven los salvajes *pampas*, *serranos*, *aucaes* y *pelchues* ya es [la región] hacia la *cordillera* hacia *Chile* adonde se encuentra una gran cantidad de estos animales y los *indios* en mayor parte se cubren ya con cueros de *huanacos* o ya con cueritos cosidos del ya susodicho *Zorrino* o *zorriño*. De estos recién nombrados cueritos hacen una pelliza tan bella y vistosa que uno quisiera comprarla por mucho dinero, pues los cueritos están cosidos entre sí con tanto orden que es placentero contemplarlos con sus listas mezcladas blancas y negras. Se me podría decir que esta pelliza debería heder asquerosamente, pero no. Cuando los *indios* prenden este animal, se apoderan primero de su cola y lo levantan al aire sin demora, entonces ya no despide de sí la *orina* y así lo matan.

En *Tucumán*, cerca de la sierra, se hallan también muchos *huanacos* donde también

645 / *Tapirus americanus* Brisson.

646 / Aparece esta palabra castellana en el texto del original.

647 / *Lama guanicoe* Müll.

De la gran bestia o anta

De los huanacos

Dónde habitan la mayor parte

Su carne es poco saludable

organizan sus cazas los españoles, los *mulatos* y los *negros*. Estos animales tienen una costumbre especial: cuando uno se acerca mucho a ellos, le escupen en la cara; donde cae la humedad escupida, el ser humano que fue escupido se torna sarnoso y padece roña. En la *estancia Alta Gracia* cerca de *Córdoba* vi un *huanaco* manso que paseaba por el patio. Yo fui prevenido de no acercarme demasiado, si no él me escupiría en la cara como yo mismo he visto cuando se le acercó un negro cubierto en las manos y en la cara y en seguida fue escupido. Los *indios* comen la carne del *Huanaco*, pero como he sido informado por españoles y *mulatos* que durante la caza tuvieron que comer la carne por el apremio, ella —según dicen— no es saludable porque ellos han experimentado una gran repugnancia en el estómago y cansancio en los miembros después de su consumo.

Del *bezoar*

He visto muchos *bezoares* que crecen dentro de este animal y los entendidos dicen de ellos que son verdaderos *bezoares*. Los he observado por adentro y afuera. Por afuera son lisos cual una piedra pulida, de color de un suave verde que pasa algo al grisáceo, tiene una cáscara del grosor de un lomo de cuchillo, una sobre la otra. Después de las cáscaras se halla como un comistrajo [mascado] de hierbas endurecido. Algunos [bezoares] son redondos, muchos también alargados. He tenido en manos uno de dos libras, y se me ha referido acerca de uno de tres libras por aquellos que me han asegurado haberlo visto. En las ciudades de *Las Indias* todos usan este *bezoar* en la *medicina*. Una vez un español que vivía en esta sierra me mostró hasta doce de éstos de diferentes tamaños; los tenía todos juntos en una bolsita. Allá no son tan caros y se consiguen por un precio barato porque allá se encuentran tantos.

Graciosa diversión por un supuesto *bezoar*

Aquí recuerdo de una diversión que tuve con un nuevo *misionero* cuando él partió a través de *Santa Fe* a las *misiones guaraníes*. Él era nativo de *Aragón* en España. Cuando éste partió desde *Córdoba* fue requerido por uno de sus buenos amigos que le consiguiera un *bezoar* de las *misiones* de las que se sabía había muchos obtenibles. A causa de la falta de una oportunidad para [viajar por] el agua, tuvo que permanecer por unos meses en *Santa Fe*. En el ínterin yo también llegué a verlo. Como él había oído que yo era un *misionero* de las nuevas aldeas pobladoras del *Chaco*, creyó que yo tendría una gran cantidad de *bezoares* en mi *reducción* y me solicitó empeñosamente. Aunque yo le aseguraba no tener ninguno, fue inútil decirle la verdad en tal sentido. Por esto para hacer dejarme en paz, le pregunté si él estaría contento si yo le mandara alguno tal cual teníamos igual en la *reducción*. ¡Oh, qué contento y agradecido estaría él!

Después que hube regresado a mi *reducción* envié dos indios jinetes con uno tan grande como una bola de bolos. Pero, ¿era un *bezoar*? No, una bola grande que estaba forrada con una cáscara delgada parda y reluciente tal cual yo había hecho sacar caliente de una o varias vacas más. A la vez le escribí que éste era el *bezoar* que se encontraba en mi *reducción*. Que él ordenara no más pues este *bezoar* se mandaba sólo para prueba. Mi *misionero* nuevo era tan inocente en estas cosas que lleno de alegría mostró este supuesto *bezoar* a los demás en el *Collegio* que lo reconocieron bien, pero para seguir la diversión simulaban admirarse ellos mismos por su tamaño. Los

portadores del *bezoar* de vaca fueron muy bien regalados por él y enviados de vuelta con el agradecimiento y el pedido que como yo le había propuesto otros más le sería muy agradable si yo podría facilitarle algunos más. Yo le contesté que era inútil de importunarle con mayor cantidad ante tan inminente viaje; yo ya había sabido que en esas *misiones* para donde él pensaba viajar, habían de encontrarse incomparablemente muchos más que al lado mío. Mientras nosotros cambiábamos tan amables cartas entre nosotros, él tenía entretanto puesto sobre la mesita en su cuartito este *bezoar* de vaca que un *negro* o «Schwartzter» que se le dio para encargarse de lo necesario para su atención, había visto diariamente colocado sobre la mesita y una vez se decidió a preguntar al nuevo *misionero* para qué necesitaba esta bola que tenía guardada sobre la mesa. —Oh —dijo el sacerdote burlado— hijo mío; éste es una de las más importantes y mayores piedras de *bezoar* que no se encuentran tan pronto. ¡Cuánto no costaría si la tuvieran en España! Con ella yo obtendré un gran honor ante mis amigos.

—Eso no —dijo el negro— los otros se burlarían mucho de Vuestra Reverencia y su amigo que conoce muy bien tales bolas, creería que Ud. se quería reír de él. No se fie, pues esta bola es una de aquellas que con frecuencia se encuentran en la barriga de una vaca o de un buey. Ábrala no más de un corte y encontrará que no es otra cosa que una bola entretrejida por los pelos que ellas lamen de sí y de otras vacas, los tragan y así [éstos] se tejen para [formar] una bola espesa; *examine* Usted todo [y] lo constatará así.

El nuevo *misionero* había pagado la primera cuota de aprendizaje [chapetonada], tuvo que conformarse con esta *burlesca* [broma] y ya no me escribió pidiéndome *bezoar*, pues él no halló en mi valle lo que debía haber buscado en las sierras.

CAPÍTULO XXII

De otros animales de caza**De ciervos**

Los ciervos que los *mocovíes* llaman *Epelve* se hallan en abundancia en máxima cantidad junto a los ríos, grandes lagunas con cañaverales e islas [y los que] viven cerca del *Paraná* o en sus islas también vienen a la tierra firme⁶⁴⁸. No son tan grandes como los de Europa, tampoco de ese color sino que tienen pelos rojos como de zorros. La carne es blanca y de buen sabor; los cuernos son también grandes, pero no tanto como en algunos ciervos de Alemania. Su corrida no parece ser tan rápida como la de un caballo, pero ello no obstante a causa de los grandes saltos que pegan, un caballo debe esforzarse para alcanzarlos y si esto no ocurre pronto, él [ciervo] pasa por medio de una hondonada pantanosa a través de la cual el caballo no le puede seguir.

Son peligrosos al cazarlos de a caballo

Es muy peligroso acercárseles al cazarlos, especialmente a los machos, pues ellos corren osados contra el jinete [y] hieren o el caballo o el jinete. Sé de muchos caballos y también de *indios* a los que han dejado maltrechos, por cuyo motivo los *indios* se sirven de sus lazos arrojadizos y cuando están de quince a dieciséis pasos tras el ciervo, espolean fuertemente el caballo y tiran el lazo en derredor de los cuernos del ciervo. Una vez que él está enlazado, el jinete debe ser hábil y no demorar mucho en echarlo de espaldas bien sea [para] romperle el espinazo o que otro le desjarrete rápidamente los tendones de las patas traseras y para que ya no pueda correr.

Su cuero es poco apreciado por los indios

Los *indios* desechan generalmente el cuero de ciervo, lo dejan estar donde mataron al ciervo, pues ellos temen la sabandija achatada [garrapata] que los ciervos tienen en cantidad en su cuero y la que en seguida se pega al ser humano, sorbe la sangre e hinca el mordiscón tan fuerte para dentro de la piel que no es posible despegarlos. En otro lugar he de escribir más sobre esto. Los españoles llaman *Garrapata* a esa sabandija, pero los *mocovíes* [la llaman] *Apelá*. Los *indios* comen con mucho gusto la carne de ciervo y con mayor placer aun el tuétano de los huesos. Los *indios* viejos prohíben a los muchachos comer el tuétano de los huesos y les repiten diversos dislates, a los que dan un gran crédito sólo para que los viejos no queden privados por los muchachos de sus bocados de regalo. Los ciervos cruzan una laguna o zanja pantanosa con mucha facilidad y ligereza para que ningún caballo les pueda seguir y hay peligro que éste se hunda en ellas. Por esto cuando son perseguidos, buscan pronto alguna laguna o zanja semejante y se salvan a la otra banda. La cantidad de éstos es muy grande y se los encuentra en todas partes junto a las lagunas de carrizo [totora] y cañas, como lo he experimentado en un viaje a la ciudad de *Santa Fe*. Cuando a la vuelta busqué otro camino para llegar a mi *reducción*, estuve obligado a cruzar por puras lagunas semejantes. Ahí hallamos en el camino bastantes tigres, ciervos y *leopardos*. En este viaje tuve la buena suerte de matar con el fusil en un día ocho ciervos, un tigre y un zorro grande. Nuestros dos carros como también los caballos de los *indios* estaban car-

648 / Parece tratarse del ciervo de los pantanos, *Blastoceros dichotomus*.

gados y provistos de colgajos de pura carne de ciervo y este día y el siguiente tuvimos bastante que comer.

Yo no dejaba abandonar los cueros sino que hacia extenderlos sobre el techo de los carros que en español se llama *toldo* y los traje al pueblo donde pronto instalé un taller para labrarlos. Para esto mis *instrumentos* eran una pala redonda afilada en su derredor, [y] cuatro marcos que hice bien fuertes y gruesos. Sobre éstos pasé el cuero de ciervo bien estirado, lo dejé secar en el marco, después raspé toda la carne de un lado como también los pelos del otro lado de modo que el cuero vino a quedar completamente blanco. Limpiados así de pelos y materias venosas [los cueros] fueron regados bien por ambos lados con grasa de potro (las mejores grasas para esto eran las del pescuezo de caballo), coloqué uno sobre otro y los dejé macerar por algunos días. Luego durante una noche los eché en la lejía y los *indios* llevaron por la mañana estos cueros al río en cuya orilla yo había plantado algunos postes de árboles. Los *indios* debieron jabonar muy bien los cueros, enjuagarlos en agua, envolverlos en derredor del poste, meter otro palo entre el poste de árbol y el cuero arrollado y torcer por tanto tiempo hasta que la grasa fue exprimida para afuera, la que quitaban rascándola con caracoles. Esto se hacía unas tres o cuatro veces hasta que del cuero torcido no salía grasa alguna sino agua clara. Luego se extendieron otra vez en el marco.

Se estiraron muy bien aún frescos y húmedos con otra pala de una madera dura como hueso. Bajo esta operación el cuero se secaba cada vea más y más, llegaba a ser más flexible y también más extenso. Tras un corto tiempo de su expansión se estiraba de nuevo y se limpiaba de continuo por ambos lados de retazos raspados aún pendientes en parte por la pala redonda de hierro (que en lengua española se llama *Paleta*) como por la pala de madera. Si el cuero acaso llegaba a ser demasiado seco, especialmente en el comienzo de su estiramiento, lo humedecía con un trapo mojado y procedía así hasta que el cuero llegaba a ser flexible cual un paño.

Como yo vi que los primeros cueros labrados habían obtenido tan buen resultado, traté siempre de reunir una cantidad mayor de la cual antes de mi partida de *Las Indias* había labrado hasta noventa y tres. Proseguí como sigue y eso de completo acuerdo con la opinión de los *indios*: yo elegía ocho o nueve muchachos de trece, catorce o quince años, que eran livianos y ágiles de a caballo (en *Las Indias* muchachos de seis o siete años ya corren carreras y lo mismo ocurre cuando los *indios* viejos [adultos] juegan a las carreras; ellos presentan sus mejores caballos, hacen sentarse en ellos unos muchachos que deben hacer correr los caballos; éstos están más bien echados sobre los caballos que sentados, acerca de lo cual más adelante [escribiré] algo más)⁶⁴⁹. Cada uno [de estos muchachos] llevaba consigo sus cuatro o seis mejores caballos para correr y para que no tuvieran que temer el peligro de los tigres, designé cuatro o seis *indios* viejos [adultos] de lanza para su acompañamiento. Por ejemplo ellos salían cabalgando un día después de mediodía para pernoctar en la isla, también les daba

Preparación de los
cueros de ciervo

Los muchachos son
adiestrados para la
caza de ciervos

649 / Paucke parece haber escrito o haber tenido el propósito de describir las carreras, pero no cumpliría su propósito o esa parte del libro se ha extraviado junto otros temas.

un buey de carnear para que tuvieran su alimento en caso que no cazaran lo suficiente. Yo les fijaba el tiempo hasta al siguiente día después de mediodía en que debían estar de vuelta en la *reducción*. Todos volaban en ansias de comenzar la caza, hasta [ocurría que] mis pequeños *indios* llegaron de vuelta al día siguiente tras mediodía y traían con ellos veinte y —como secretamente varios más cazaban junto con ellos— hasta treinta cueros de ciervo que tenían colgantes tras el recado por sobre los caballos. Entonces yo obtenía bastante sebo de ciervo y astas, las que empleaba útilmente todas. Yo regalaba también a cada uno por tantos cueros también tantos cuchillos⁶⁵⁰. Entonces había bastante alegría y ellos se afanaban en salir a cabalgar cazando pronto de nuevo, pero esto no debía ocurrir tan atropelladamente para que los cueros no se echaran a perder, pues yo no hubiera tenido tiempo suficiente para terminar de trabajarlos. Nadie piense que yo mismo haya trabajado; sólo se hacía bajo mi dirección que no necesitaba mucho tiempo. Así yo tenía ya dos fuertes *indios* mayores junto con cuatro o cinco buenos aprendices adultos que ya ellos solos podían hacer todo. Yo adelanté tanto con mi *fábrica* que ya tuve reunidos noventa y tres cueros de ciervo que quise enviar en bien del pueblo junto con setenta y cuatro *ponchos* tejidos o tapetes a la capital de la *Asunción* en *Paraguay*. Y en esto llegó el inesperado y para los pobres *americanos* desgraciado extrañamiento de los *jesuitas* que causó la mayor consternación a la *Paracuaría* entera y a todas *Las Indias americanas*. ¿Qué iba a hacer yo entonces? Como estos cueros labrados eran el sudor de mis *indios* y para que no fueren abandonados a cualquier español relajado, los repartí entre los *indios* como también a los caciques más importantes y a los que habían trabajado de la manera más diligente para el bienestar de la redacción. Cada uno de ellos recibió dos cueros y yo reservé para mí los cueros más chicos, los que traje afortunadamente conmigo a *Europa*.

Regalo los cueros elaborados

Uso de los cuernos de ciervos

Yo aproveché muy bien los cuernos de ciervos, pues los calcinaba en una olla nueva bien tapada y daba el polvo de éstos con buen efecto contra la hemoptisis y disentería⁶⁵¹. Yo hice también de ellos la llamada piedra serpentina⁶⁵² sobre las cuales en el tiempo que escribo he oído un buen cuentito que ocurrió como sigue: aquí en Neuhaus un perro rabioso había herido a un muchachito. Entonces se halló en una vivienda una piedra así llamada que decían era la piedra serpentina que una serpiente en la isla de Chipre tendría en la coronilla [copete] y desechara todos los años. Esta [piedra] extrae el veneno de una mordedura venenosa. El muchacho herido ha sanado también en algunas semanas. Cuando yo oí hablar de esta piedra, recordé cómo yo mismo había fabricado en *Indias* tales piedras y con ellas había *curado* algunas mordeduras de serpientes, tumores y rasguños de garras de tigres. Entonces yo pregunté a la persona poseedora si esa piedra era negra, si era liviana y *porosa*, si extraía bien y si se caía por sí misma a los pocos días de ser colocada. ¿En qué [substancia] habría

650 / Debe entenderse que por cierto número de cueros daba un cuchillo, pero no uno por cada pellejo.

651 / *Blutspeyen und rothen Durchlauf*, i. e. escupida de sangre y diarrea roja.

652 / *Schlangensteine* (piedras de serpiente, o sea, «piedra de cobar»).

que poner esa piedra para que expidiera otra vea el veneno? Ellos dijeron que en leche; y coincidía también que la leche se volvía amarillenta por ella y elevaba una espuma. Esto no puede ser de otro modo sino que sólo la porosidad de la así llamada piedra causa la espuma. Ahora —dije yo— tengo todas las señas de mi piedra *preparada* en *Indias* para todos estos efectos con la que he curado tantas mordeduras venenosas y tumores. Yo también he sido engañado en España con semejante piedra por alguien que ha hecho mucho dinero con esto para sí. Él la llamaba *piedra cobar* que sacaba el veneno de las heridas si alguien fuera mordido por víboras, serpientes o también perros rabiosos. Como yo partía a *Las Indias*, donde hay un peligro continuo de ser mordido por las serpientes, me compré semejante piedra; ya no sé cuántos *reales* he dado por ella. Yo no sabía al llegar qué tesoro tenía en esta piedra. Yo lo referí a muchos españoles, también a uno que ante mi noticia dada comenzó a sonreírse y dijo: —¿Sabe Usted qué piedra es esa?; es una piedra bautizada⁶⁵³ y no otra cosa que cuerno de ciervo quemado.

De la Stein *piedra cobar*

También me contó de qué manera se hacía. Después yo hacía como él dijo y fabriqué algunos cientos de tales piedras que en parte regalé a otros, en parte conservé para mí con la experiencia más feliz y deseada en muchísimos *indios* mordidos por serpientes. Ahí tuve yo mis verdaderas piedras serpentina y mis *piedras de cobar*.

Una india estaba afectada de un tumor tan grande en la pierna derecha que la pierna entera ya no semejaba [a una pierna]. El tumor había aumentado tanto que yo dudaba de su vida y ya la había provisto con los últimos sacramentos. En esto recordé de mi famosa piedra serpentina; ella (la enferma) tenía abajo en los tobillos unas pequeñas ampollas que parecían querer reventar. Yo le hice una *incisión* muy chica y menuda, coloqué sobre ésta una piedra que pronto se pegó de modo que se la habría despegado con gran trabajo. Cuando al otro día la revisé, la piedra se soltó de por sí misma y poco a poco el pus comenzó a correr de modo que fluyeron de ahí dos buenas cubetas. Yo volví a colocar la piedra y salió toda la *materia*. Luego le hice varias cataplasmas de hierbas y el tumor disminuyó y a los pocos días ella estaba fuera de peligro y al poco tiempo estaba sana.

Curas con esta piedra

Otro *indio* llamado *José Zalapiriqui* tenía tres tumores en el vientre que le causaban grandes dolores y le inhabilitaban por completo para sus trabajos. Yo le puse sobre cada forúnculo⁶⁵⁴ una tal piedra, ésta le extrajo el pus y él sanó. Un tigre había atrapado a un muchacho de dieciséis años e inferido ocho heridas, en parte con los dientes, en parte con las uñas. Yo le coloqué sobre cada herida una piedra semejante y él sanó en ocho días. Es preciso no quemar ni de más ni de menos el cuerno de ciervo, sino las piedras se rompen pronto. La mayor maña consiste en el modo de quemar el cuerno. De una cornamenta entera se logran pocas piedras, más o menos unas veinte

653 / Es decir, falsificada como un vino «bautizado» con agua.

654 / *Ais* en el original: la voz alemana de *Ais*, usada por Paucke, aunque en desuso hoy en Silesia, todavía se emplea en Austria, el país de los Sudetes y Alta Baviera por los paisanos y quiere decir forúnculo.

o unas pocas más. Luego se alisan sobre una piedra algo rugosa. Para *pulirlas* se toma una piedra más lisa.

Uso de los cuernos de las aspas de ciervos

Los *indios* usan las puntas de los cuernos de ciervo también para puntas de sus dardos arrojadizos. Ellos cortan con el cuchillo la mejor punta en una longitud de algo más de un dedo, abajo lo resquebrajan⁶⁵⁵ para que quede cual un trapito; agujerean éste para que el cuerno o la punta pueda ser asegurada con una gruesa correíta contra este trapito. Abajo ahuecan la punta para que pueda ser pegado en la punta de la vara; atan en el dardo la correíta que pasa a través del trapito y aseguran la punta afirmada en la lanza que tiran con mucha seguridad a distancia de veinte o treinta pasos contra el ser humano o al vientre de la caza montesa. Aun si cae la vara, queda no obstante colgada por la correíta contra la punta del cuerno que ya está dentro del vientre. Por el trapito se impide que el cuerno pueda salir del cuerpo, por lo tanto la vida se termina. No se puede arrancarla, por lo tanto hay que cortar la correíta y dejar la punta en el vientre hasta que el ser humano fallece o la bestia *crepiret* [se muere]. Ellos usan tales dardos arrojadizos al pelear contra sus enemigos y para que antes de llegar al cuerpo [a cuerpo] puedan pelear mediante sus lanzas. Así ellos envían hasta a veinte y más pasos estos peligrosos precursores junto con un chaparrón de flechas y hacen mucho daño. Los *mocovíes* denominan *Yedenal* a estos dardos.

De pequeñas gamas campestres y monteses

En *Paracuaria* se ven dos clases de gamas⁶⁵⁶; algunas están de continuo en el campo y aun cuando se las corre y persigue, jamás penetran aunque tengan un bosque por algún lado hacia dentro de éste para huir sino que quedan en la orilla y corren hasta tanto llegan a tener amplitud⁶⁵⁷ de dirigirse al campo. Un jinete sólo cazará raras veces alguna; para tal caza tienen que aparecer varios de a caballo para que ellas sean perseguidas por todos los lados, pues entonces se confunden de modo de no saber hacia dónde dirigirse y de esta manera llegan al alcance de las boleadoras de los *indios*. Son altas y largas cual ovejas, pero la figura es la de un corzo. El color de sus pelos es de pálido panecillo [amarillo], en el bajo vientre completamente blanco. Ellas tienen también una corta colita blanca como de una liebre. Los machos tienen una cornamenta con muchas puntas como los ciervos, pero completamente bajas y delgadas. Los pelos son muy suaves y reunidos espesamente. Por lo común los *indios* hacen mantas o pequeñas pellizas para sus niños a cuyo fin necesitan sólo un cuerito; para una manta de un *indio* toman cuatro de estos [cueros]. La carne de los machos no se puede comer porque hiede fuertemente como el ajo más penetrante. Ellas corren con mucha maña, pues durante la corrida pegan frecuentemente saltos altos y largos de modo que recorren de un salto cinco o seis pasos y lo que el caballo realiza en tres saltos, ellas lo

Su tamaño

655 / *spröd schneiden*, frase de difícil versión, pero cuyo sentido creemos reproducir en esta forma.

656 / El *guazú-ti*, ciervo de las pampas, *Ozotoceros bezoarticus* (venado) que evita siempre los bosques. Cabrera y Yepes *op. cit.*, página 273.

657 / *Luft*, o sea; aire.

ejecutan en un solo salto. Es cómico contemplar cómo una después de la otra pegan saltos en el campo, pues con frecuencia hay reunidas treinta y más. La carne de la hembra es muy blanca y muy buena de comer. Por los españoles es llamada *Gama* o *Gamita*, por los mocovíes *Avenec* o en el plural *Avenca*. Los *mocovíes* denominan a los machos a causa de su hedor de ajo *Diogne*, que denota hediondo. Los *indios* tienen una superstición respecto a las uñitas que ellos cortan y las atan en sus pies sobre los tobillos tanto a los hombres y mujeres como también a sus niños. Ellos dicen que por esto obtienen una gran velocidad durante la corrida. Las *indias* hacen del cuerito de gama unas bolsitas en que guardan sus avíos de costuras, adornos de brazos y cuellos y de noche las usan en lugar de la almohada.

Las otras gamas son del mismo grandor; los pelos [son] pardos y algo grises, tienen también una figura igual, pero los machitos no tienen cuernos, tampoco hieden. Estas gamitas son llamadas *Acaguedetá* por los *mocovíes* son también muy ligeras. Tienen también propiedades contrarias a las otras: así como las *Avenca*, al ser perseguidas, corren siempre por el campo y jamás para adentro de un bosque; éstas corren así siempre en el bosque y jamás al campo. Su carne es blanca y aún mejor que la de las campestres. No se pueden cazar de a caballo, pues se pierden pronto en la espesura boscosa. ¿Y quién podría atravesar con el caballo semejante espesura sin herirse? Ellas tienen sin embargo esta condición buena para el cazador que no emprenden enseguida la huida sino que esperan por un rato y miran como sorprendidas al ser humano que se les acerca. Así he muerto a tiros dos de ellas que estaban pasmadas mirándome así en el bosque.

Acaguedetá

Es muy fuerte y resistente su cuero, del cual los *indios* hacen esas correas trenzadas que les sirven muy bien para uso de sus cuerdas de arcos de flechas. También les sirve para forro de sus tambores que construyen de este modo: buscan un grueso tronco de ceibo que los *mocovíes* llaman *Nainic* o de *Palo de leche*, en *mocoví Doic*, hachan algunos trozos para pequeños tambores bajos, hachan en el centro un hoyo, colocan dentro de éste ascuas enrojecidas y raspan con conchas lo encendido para afuera y de nuevo colocan adentro ascuas enrojecidas; así prosiguen hasta poner al aro de un grosor conveniente y lo forran por encima con tales cueros como a un tambor. En la altura y en su circunferencia no pasarán la mitad de un pequeño tambor y suenan muy bien y fuerte. Ellos se sirven de estos tambores cuando están sentados en reunión y beben.

Uso de sus cueros

CAPÍTULO XXIII

De los puercos monteses

Jogongaec,
puercos silvestres

Informe falso de
que tengan un
ombligo

Prueba de que la
excrecencia no es
un ombligo

Para qué sirve su
cuero

En los bosques *paracuarios* he visto tres diferentes clases de puercos silvestres; los primeros son de cerdas completamente negras, grandes como un cerdo mediano, de fuertes y puntiagudos dientes que les sirven para hachar, de cabeza alta pero no de trompa tan larga. Tienen un hedor salvaje a causa de que sobre el lomo algo cerca de las patas traseras tienen una excrescencia entre el cuero y la carne la cual excrescencia es supuesta por muchos que escriben de ella ser un ombligo de modo que se dice que los puercos silvestres en *América* tienen un ombligo sobre el lomo⁶⁵⁸. Es un *solemne* cuentito. En innumerables veces he visto sacar a tajos esta excrescencia que se separa muy bien del lomo y da un hedor repugnante. Si los *indios* no sacaran a tajos esta excrescencia, y asaran la carne, ningún *indio* podría comerla; pero en cuanto ésta se saca a tajos, la carne es bien comible. La grasa que en grosor de un medio dedo aparece debajo del cuero es agradable. Los lechones son muy buenos de comer y se prestan para venderlos; de ellos se pueden hacer cerditos para el mercado⁶⁵⁹. Corren reunidos por cien y más; no tienen un paradero constante en el bosque sino que siempre siguen recorriéndolo y después de mucho tiempo regresan. A causa de esta condición de semejante caza silvestre que los *mocovíes* denominan *Jogongaec*, una clase de *mocovíes* se denomina también así: *Jogongaec* porque ellos vagan de continuo y por tiempo largo no vuelven al paraje antiguo.

Un testimonio de que la excrescencia que esta salvajina tiene sobre el lomo no es el ombligo, da el mismo nombre, pues entre los *mocovíes* el ombligo se llama *Ledam*, pero la excrescencia sobre el lomo es denominada *Jtigda* que deriva de la voz radical *Nitiga* «hiede». Si los *indios* hubieran visto que era el ombligo, lo habrían llamado *Le-dam*. No acuerda tampoco con la naturaleza formal de que el ombligo esté sobre el lomo. Sólo parece ser la jactancia de algunos historiógrafos que cuentan cosas extrañas para que causen asombro entre los lectores. Los acompañan con tal apariencia de verdad que engaña también a más de un entendido⁶⁶⁰.

Los *mocovíes* hacen de sus cueros unas bolsas anchas pero cortas que los españoles llaman *Sarganas* [árganas]⁶⁶¹ los *mocovíes* *Anogco* y las usan para buscar en el monte la leña para quemar que consiste en puras ramas secas. Hay siempre dos juntas de ellas de modo que cuelgan detrás del recado por ambos lados del caballo como alforjas. En estas alforjas conducen todos los avíos caseros, ollas, morteros de madera junto con

658 / El pecarí labiado, *Tayassu pecari*.

659 / *Marksenne*. Voz sin sentido en alemán. La suponemos una corruptela de *Marktsauerl* (chanchito para el mercado) y de ahí nuestra versión.

660 / Dobrizhoffer y Sánchez Labrador no se dejaron engañar tampoco.

661 / Error de copia por «árganas».

todo lo perteneciente a la economía doméstica. Llevan colgados por sobre el recado otros dos pares en los que arrastran con ellos lo restante. Todas están cubiertas con cueros, sobre éstos están sus gallinas, se hallan acostados juntos los perritos y los gatitos, cuando acaso el *indio* se ausenta marchando con su *familia* a la lejanía o si sólo cabalga a cazar por algunos meses.

En cuanto los *indios* han apercibido un nuevo rastro de puercos silvestres, tiran todo [el ropaje] de sí a un mismo lugar, ciñen las cinturas con un cuerito de gama, lienzo o franela si la tienen consigo, toman una buena macana y jen marcha con sus perros siempre por el rastro!, pues ellos están seguros de encontrar los puercos en algún paraje donde ya comen o descansan. En frecuentes veces en tales ocurrencias tuve que permanecer con un [solo] muchacho, atender y cuidar los caballos; esto bastaba tampoco que las ansias por cazar no hubiera alejado también a mi compañero. Frecuentemente se me hacía largo el tiempo de estar sentado siempre a caballo y de reunir arreándolos los caballos desparramados. Si un tigre me hubiera asaltado yo hubiera sido desparramado junto con los caballos.

Los perros van siempre adelante especialmente cuando sienten un rastro reciente y los indios de a pie siempre presurosos tras ellos. En cuanto los perros ven los puercos silvestres, empiezan enseguida a ladrar y aullar, los puercos se embravecen, todos se juntan contra los perros; entre tanto los *indios* corren por entre ellos y pegan a los puercos sobre las cabezas con fuertes golpes de modo que por acá cae uno por allá otro. Los puercos prosiguen huyendo porque ven que otros quedan echados. ¡Enseguida los perros tras ellos! Los *indios* siguen. Mientras tanto los puercos al estar cansados se oponen otra vez a los perros. Entonces los *indios* pronto se hacen presentes de nuevo y pegan con toda fuerza hasta que creen ser tiempo de volver y de desollar los puercos yacentes muertos por el camino, [y] de llevar los cueros y la carne a su lugar. Entonces vuelven juntos siempre dos *indios* por donde se produjo la caída de los puercos. Cada uno sabe cuál puerco ha sido muerto por cada cual, quitan los cueros y los traen en largas varas como aquellos que [trajeron] las uvas desde Tierra Santa. Frecuentemente traen sobre sus varas hasta veinte, también más puercos. Cuando los *indios* retornan con su caza al lugar del campamento, yo oía ya desde lejos una gritería y barullo en el bosque como si vinieran a hacer un asalto. Después de haber descargado cada uno su carga comenzaban el asar y los relatos extensos de la caza como si ellos hubieran retornado de la *batalla* más sangrienta. Había bastante comicidad y diversión en escucharlos. Pero debo hacer notar aquí que también han regresado bastante heridos. No cabe describir de cómo se habían perforado las plantas de los pies por las espinas, cómo aparecieron rasguñados por todo el cuerpo y ensangrentados y sin embargo conversaban tan alegres entre ellos y hacían tantas chuscadas embromadoras que yo frecuentemente debí reír fuertemente por ellas. Yo he visto en un español un par de mudas interiores labradas de cueros de puercos silvestres que por su suavidad hubieran sido convenientes a un *caballero*, pero se veía una cantidad de hoyitos, señas de las cerdas anteriormente adheridas.

Caza a los puercos
silvestres

- Jölo, segunda clase** La segunda clase de puercos silvestres no es tan numerosa pues en frecuentes veces no se ven más que tres casales corriendo unidos. Los *mocovíes* los llaman *Jölo*, de igual grandor que los negros o *Jogongaec*. Las cerdas están entremezcladas blancas y negras de modo que parecen grises. No hieden ni tienen sobre el lomo el ombligo supuesto. Como son más iracundos que los primeros, son también más peligrosos al matarlos de cerca porque en seguida acometen contra las pantorrillas y arrancan pedazos de carne. Por lo común rechinan con los dientes, tienen también largos colmillos, dos por cada lado, los inferiores son los que sobresalen sobre su hocico. Su carne es también muy buena, pero no como la de la tercera clase. Estos son también grises y frecuentemente se ve uno solo. Por los *mocovíes* se llama *Alimagze*. Estos tienen la carne más agradable para comer; son también algo más chicos que los otros y mucho más veloces para correr.
- Alimagze**
- Azonot** En *Paracuaria* se encuentran también *Hasen*, que por los españoles son llamadas *Liebres* y por los *mocovíes* *Azonot*. No tienen nada parecido con las liebres *européas*, salvo la cabeza, orejas y patas. Son mucho más grandes que las otras liebres, tienen un vientre grueso y los pelos son como los de las corzuelas que por los *mocovíes* son llamadas *Avenca*⁶⁶².
- Abaczac** Otros [animales] tan grandes como conejos *européos* se hallan también en los campos desnudos donde tienen sus cuevas. Por los españoles son llamados *vizcachas*, por los *mocovíes* *Abaczac*. En el aspecto no son agradables, tienen por ambos costados a comenzar desde la nariz hasta detrás de la quijada listas negras cual bigote y un curioso silbido fuerte⁶⁶³.
- De monos** He visto tres clases de monos. Sin embargo se encuentran varias clases de mayor tamaño, pero no he encontrado ninguna de éstas. Los *mocovíes* los denominan *Cociquiagua* palabra que denota: *Unser Gesicht ähnlicher* [parecido a nuestra cara]. Pues *icig* denota: mi cara; *cocig* nuestra cara, de donde deriva *Cociquiagua*. Una clase es de monitos tan chicos que se pueden encerrar dos en un estuche de *breviario*. De éstos he visto ya en la ciudad *Lisboa* en *Portugal* [algunos] que habrían sido traídos desde *Paracuaria*⁶⁶⁴.
- Otra clase** La segunda clase es del tamaño común de los monos como se llegan a ver en nuestros países: son también del mismo color en cuanto son hembras, pero los machitos son completamente negros⁶⁶⁵ y tienen barbas como también colas largas con las cuales se mantienen pegados tan firmemente en las ramas de los árboles que en caso de fallar con sus garras al saltar de una rama a la otra o también de un árbol al otro, se sostienen tan fuertemente con la cola que quedan pendientes al aire sólo con ella y tienen tiempo de prenderse nuevamente con sus garras. Ellos quieren tanto a sus

662 / Ateniéndonos a Cabrera y Yapes (Mamíferos, etc.), la creemos la liebre de los llanos, *Dolichotis australis centricola*.

663 / La «vizcacha máxima» de Azara, *Lagodomus maximus*. Paucke ya aludió anteriormente a ella.

664 / Los *titís*, monos hapálidos.

665 / Parece ser el Carayá o mono aullador, *Alouatta caraya*.

crías que frecuentemente las aprietan contra sí hasta que también a veces las ahogan. Este amor de monos alude en verdad a aquellos padres que echan a perder sus hijos con un cariño tan insensato y por ello cooperan a su perdición.

Frecuentemente he cabalgado a través de los bosques donde habitaban bastantes monos, pero al principio no distinguía ninguno porque estaban sentados completamente silenciosos y cubiertos sobre los árboles debajo del follaje; no hubiera visto tampoco a alguno si ellos no se hubieran traicionado por su propio estiércol que por el miedo dejaban caer desde los árboles. He capturado y también matado a tiros a muchos de ellos, pero no quise admitir vivo a ninguno en mi casa a causa de la gritería lastimera que hacían durante todo el día. Algunos no duraron mucho y pronto estuvieron muertos de tristeza cuando yo en la embarcación cruzaba el Paraná. Otra clase de monos que generalmente traían desde las *misiones* de los *guaraníes* tenía el mismo color que los otros, pero en derredor de toda la cara tenían como un nimbo de pelos blancos como la nieve; su grito era un puro gorgojejar como un pájaro. Este *Aff* [mono] es llamado *mono* por los españoles⁶⁶⁶.

Otra clase más

Se me habló de unos monos más grandes que se encuentran más cerca de la antecordillera *peruana* que habrían hecho una cómica jugada a un viajero. Este viajero llevaba consigo una caja dentro de la cual tenía exclusivamente redecillas de seda que los españoles usan mucho y llevan atados en derredor de la cabeza teniendo reunido adentro su cabello. Este español cruzó por un bosque donde habitaban muchos monos, pero que por él no fueron apercibidos. Mas como durante la noche había caído sobre su caja un fuerte rocío, que había penetrado por entre los resquicios de las tablas y había humedecido las redes superiores, él se quedó a mediodía en este bosque para descansar y también para secar las redecillas humedecidas. Él abrió su caja, sacó una y se la ató en la cabeza para dejarla secar sobre ella. Las demás las colgó en las ramas de los árboles circunstantes; tras la última [colgada] se acostó a descansar sobre el césped con el propósito de dormir su *siesta* a hora de mediodía, lo mismo como hicieron sus compañeros. Cuando los monos que habían observado todo vieron que él ya descansaba y dormía, bajaron uno tras otro desde los árboles, tomaron las redes y se las ataron en derredor de la cabeza y de nuevo jarriba a los árboles! El español despertó de su sueño, quiso ver si sus redecillas ya estarían secas, pero ya no halló ninguna. Esta ocurrencia causó una gran pena al español. Él miró por todos lados y no pudo conocer para dónde se habrían extraviado sus redecillas hasta que finalmente apercibió sobre un árbol un mono grande y vio que éste tenía sobre la cabeza una de sus redecillas; él siguió averiguando y apercibió varios monos en el contorno, todos con redecillas sobre la cabeza. Él no sabía de qué modo podría recobrar sus redecillas. Bajar a bala a alguno hubiera sido motivo que todos se hubieran dispersado por el bosque. Tras largo cavilar se le ocurrió una buena y útil astucia; volvió a quitarse de la cabeza su redecilla y la colgó en una rama, se acostó de espaldas con sus camaradas sobre el césped como si

Curiosa monería

666 / El *cai* común, *Cebus paraguayanus*.

De qué modo se
cazan los monos

quisiera dormir, pero los espío bien. Cuando los monos vieron que él se había puesto a descansar de nuevo, bajaron un mono tras otro de los árboles; cada uno se quitó su redcilla de la cabeza y la colgó en una rama. Cuando el español espiente vio que otra vez estaban colgadas todas sus redcillas, se levantó súbitamente de un salto junto con sus compañeros y corrió con gran gritería hacia los monos. Todos los monos asustados subieron ágiles a los árboles y el español juntó otra vez sus redcillas y se alejó.

Para cazar los monos se toma una calabaza de largo cuello delgado, se hace arriba una abertura que debe ser de un tamaño donde el mono puede meter su mano. Dentro de esta calabaza uno pone muchos granos de *maíz* o *cucurus*, la deja y se *retira* a un arbusto a espiar. Como el mono lo codicia tanto, desciende del árbol, [mete] la mano en la calabaza para sacar el *maíz* pero como él está habituado a no largar lo que ya tiene en la mano no puede sacar más a ésta ya llena de *maíz*. Ínterin acuden los cazadores y prenden al mono. Otra manera de agarrar al mono es la siguiente: Se hacen pequeñas botas de lo que fuere, éstas se embetunan adentro con pez o resina de árboles; con ellas uno va al bosque donde se encuentran monos. Los cazadores de monos que también tienen puestas las botas, se quitan en presencia de los monos sus propias botas y luego se las ponen de nuevo, se alejan a un lado y se esconden. Entonces los monos bajan de los árboles, meten sus manos para dentro de las botas preparadas o entran en ellas con sus patas posteriores; como sus patas son peludas, quedan pegadas de pronto y ya no pueden salir. Entre tanto, mientras los monos se afanan de sacar sus manos o patas son sorprendidos y cautivados.

CAPÍTULO XXIV

De la sabandija reptante

En *Paracuaria* hay que tener mucho cuidado con las víboras y serpientes, pues esta sabandija se encuentra en cantidad en todas partes, especialmente en el valle *Chaco* que ya de por sí es completamente pantanoso y aguanoso, donde esta sabandija se reproduce en la mayor cantidad. Hay algunos lugares que por la abundancia de tales animales venenosos son llamados *Eloaica lomate*, el campamento o paradero de las serpientes. Yo tenía mi *reducción* a dos leguas españolas distante de ahí. El nombre común de todas las víboras es *Enonaic*; sin embargo, junto con éste tienen su nombre propio que diferencia una clase de la otra. No he estado seguro de tales huéspedes venenosos ni en mi jardín ni en mi cuarto donde he muerto bastantes serpientes y víboras. No hubiera sido un milagro que ellas me hubieran mordido muchísimas veces en el campo, en la huerta y en el propio cuarto, porque he estado frecuentemente en peligro de pisarlas [y] ellas se han arrastrado en la huerta desde los árboles sobre mi mano cuando quise podar los árboles. Es seguramente milagroso que en *Las Indias* jamás se ha oído que un *misionero* haya sido mordido por serpientes, yo a lo menos no he sabido nada de esto.

De serpientes y víboras

Una vez estuve sentado junto a un bosque para rezar mis estaciones diurnas cuando se arrastró desde debajo de mis pies una serpiente. Mientras yo miraba mi brevulario, noté una *aparición* al lado que me creí fuere una perdicitita que se arrastraba para afuera, quise ya tomarla con la mano pero al extender la mano, vi salir una pequeña serpiente. Quedé sentado inmóvil y dejé pasar tranquilamente en paz la serpiente. En otra ocasión cuando pernocté en un bosque estaba acostado sobre una piel de tigre y tenía mi recado por almohada. Durante el sueño se me cayó de las manos el rosario que yo tenía en las manos. A la mañana temprano lo busqué, levanté todo del suelo y vi cerca de mi cabeza, echada debajo del cuero del tigre, arrollada como una salchicha grande una serpiente de cascabel. De seguro había dormido durante toda la noche debajo de mi cabeza. En otra ocasión estuve sentado en la orilla del río *de los Dorados*, observando los *dorados* que saltaban para afuera del agua al igual de los salmones en el [río] Elbe⁶⁶⁷ cuando percibí un suave ruido a mi derecha [con] que una serpiente de una media vara cerca junto a mí corría el agua y muy bien nadó sobre el río; durante esta observación llegó otra a la izquierda que tomó igual camino a través del río.

Peligro ante una serpiente

Un peligro mayor padecí en un bosque de la isla entre el río *de los Dorados* y el *Paraná*. A hora de mediodía penetré en un bosque desde la claridad del sol bajo cuyos ardientes rayos yo había cabalgado hasta mediodía; por esto, cuando llegué al bosque oscuro mis ojos quedaron muy enceguecidos que no pude conocer adónde apearme del caballo. Los *indios* que aún no habían tenido tiempo de revisar el contorno de nuestro descansadero me ayudaron a descender del caballo. A unos seis o menos pasos de mí

667 / El río Elba de Bohemia y Alemania.

descenso me parecía como que yacía un tronco de árbol caído. Yo corrí allí a sentarme. Mis *indios* que seguían mirándome, notaron que yo me aproximaba a una serpiente que ellos no habían percibido antes. Me gritaron y a la vez corrieron a detenerme que no era un tronco de árbol sino una serpiente sobre la que iba a sentarme. Me asusté y volví corriendo enseguida a mis caballos como hicieron igualmente los *indios* y nos alejamos corriendo a buscar otro descansadero. Era una víbora grande y gruesa que me pareció ser un árbol caído la que por los *mocovies* es llamada *Ampalaga* sobre la que pronto he de escribir⁶⁶⁸. Entre tanto comienzo con las clases pequeñas que yo mismo he visto y a cuyo peligro he escapado muchas veces. Frecuentemente recordé de las palabras de *Christi: serpentes tollent*⁶⁶⁹; yo he experimentado en frecuentes ocasiones que si las serpientes no hubieran huido antes, hubiera pisado muchas.

Culebras

Comienzo con las serpientes menores pero más peligrosas que son las culebras. Sus mordeduras son las más duras para curar porque tienen un veneno que penetra muy rápidamente. Si después de la mordedura se tarda un corto tiempo en usar remedios, la sangre ya está tan revuelta que sale por la nariz, boca y orejas y ya no hay remedio alguno. Un muchacho *indio* de catorce años fue herido por una culebra cuando en el campo había metido la mano en un agujero en la tierra para sacar para afuera un *Etopinic* [mulita]; él se había demorado en el campo de modo que no pudo buscar socorro tan pronto. Él no duró mucho después de todos los remedios empleados porque el veneno se había extendido en exceso por toda la sangre y le había *inficionado* por completo. Él arrojaba sangre por la boca, nariz, ojos y oídos y debió perder su vida. Esta serpiente, cuando mucho, es de un largo de tres cuartos de vara, tiene diversos colores en su piel por todo el lomo hasta abajo como si tuviere anillos de diferentes colores; en el vientre es completamente roja, desde la cabeza hasta unas tres pulgadas más o menos está cubierta por una piel negra. Además tiene una raya blanca tras una intensamente roja y otra vez una negra y así en adelante. Las rayas negras son más anchas que cualquiera de las otras. Los *indios* me dijeron [algo] como que esta serpiente hería también por la cola y que tenía una semejanza como de una boca en su cola. Yo no he tenido la experiencia propia y jamás me he tomado el trabajo de *examinar* a ésta.

Serpientes de cascabel

Las otras serpientes peligrosas son las serpientes de cascabel, cuyas mordeduras aunque muy venenosas no son tan difíciles de sanar que las de las culebras. Estas en veces frecuentes son de un largo de dos varas y del grosor del brazo de un muchacho de doce años. Ellas tienen una cabeza chata y más grande, en la boca tienen cuatro dientes con los que muerden, éstos son muy delgados, largos y encorvados por ambos lados uno arriba y abajo. Ellas pueden entrar y sacar estos dientes al igual como los gatos sus uñas. Su piel es pardo claro entremezclada con figuras pardo negras. Abajo en la punta de la cola tienen cinco, seis hasta ocho botones [anillos] de delgado cuerno blancuzco que se une en hilera uno tras otro y de los cuales cada uno es movable de por sí mismo. Se oyen llegar estas serpientes pues cuando reptando hacen siempre

668 / Tampoco cumplió este propósito.

669 / «Huyen las serpientes».

mediante sus resonantes botones o coyunturas de la cola un ruido de modo que se las puede oír a diez pasos. Los indios me contaron que a estas víboras les crece cada año una nueva coyunturita en la cola, de lo cual puede deducirse la edad que tiene la víbora. Los españoles me dijeron que los botones de esta serpiente serían un remedio bien probado contra las *convulsiones* o calambres del corazón si se toman machacados en polvo. Yo tenía bastantes de estas colitas, pero me han sido quitadas por los españoles lo mismo como me ha ocurrido con otras cosas que eran de mi uso. Estas serpientes habitan generalmente en bosques y están echadas en árboles huecos.

Otras son las víboras de la cruz que tienen la piel como las culebras de cascabel. Son de una media vara de largas y de mitad del grosor de una serpiente de cascabel. Se llaman víboras de la cruz porque tienen sobre la cabeza una cruz negro parda. Ellas silban cuando reptan, por lo cual se perciben pronto cuando están cerca. Frecuentemente ocurrió que aparecieron también junto a nuestro fuego en derredor del cual al anochecer estábamos sentados y se arrastraron sobre el regazo o el vientre de los *indios*. En tales ocasiones no hay que asustarse ni saltar sino en seguida ya ocurre el mordiscón, pues ellas son muy ligeras para morder. Lo mejor es estar sentado o echado inmóvil y dejar arrastrarse a las serpientes, de este modo no ocurre nada.

La serpiente que los *mocovíes* denominan *Caicala* es completamente gris: tiene una longitud de más o menos una y media o dos varas, es ligera para arrastrarse que uno apenas puede alcanzarla a saltos. Generalmente huye ante los humanos, se alimenta de ranas y [es] gruesa como una caña de *Indias*. También muerde fuertemente, pero su mordedura no causa la muerte; produce en cambio una fuerte calentura; finalmente el *paciente* comienza a sudar y sana.

Se ven víboras que tienen por completo una piel de un verde de papagayo; por lo común pasan del largo de una vara. Los *mocovíes* las llaman *Navaté*. Parecen estar forradas de terciopelo verde, se arrastran hacia arriba por los árboles y arbustos; por esto son difíciles de reconocerlas desde lejos y distinguirlas del follaje. Lo mejor es que ella no muerde ni tiene veneno. Ella corre tras las ranitas de zarzal y si bien la víbora tiene una boca chica y no es más gruesa que un dedo, puede tragar sin embargo poco a poco una ranita bien grande. Cuando estas víboras cazan ranas son traicionadas también por la gritería de las ranas, porque éstas gritan unas tras otras cuando están en la boca de la víbora y son tragadas; entonces acuden pronto los *indios* y matan la serpiente o víbora. He observado frecuentemente de qué modo la víbora tenía realmente en la boca la rana y [la] apretujaba para dentro de la garganta. Por esto se llama por los *mocovíes* *Navaté* porque es parecida a las grandes *cañas* verdes que crecen en el lago, las que los *mocovíes* llaman *Navaté*.

Hay un error general al creer que estas serpientes pican sólo con la lengua y expeleen el veneno. Ellas muerden en forma y es por la mordedura de sus dientes venenosos por donde distribuyen su veneno. Se dice que los charlatanes de feria les quitan el veneno a las víboras [y] luego se hacen morder sin perjuicio. Esto es pura engañifa, pues ellos agarran las víboras mediante un *instrumento* preparado para ello y cuando la víbora abre la boca y saca los dientes para afuera, los rompen. Luego se hacen morder

Víboras de la cruz

Serpiente *caicala*

Víbora *Navaté*

Error por las serpientes

en presencia de la gente y no es otra cosa sino que la víbora sólo aprieta con la boca y queda colgada. Ellos no dejan ver la mordedura por nadie⁶⁷⁰.

FINIS

670 / El libro quedó trunco aquí. Aparece muy borrosa una voz final que, ateniéndonos a la transcripción del señor R. W. Staudt, leemos como «finis».